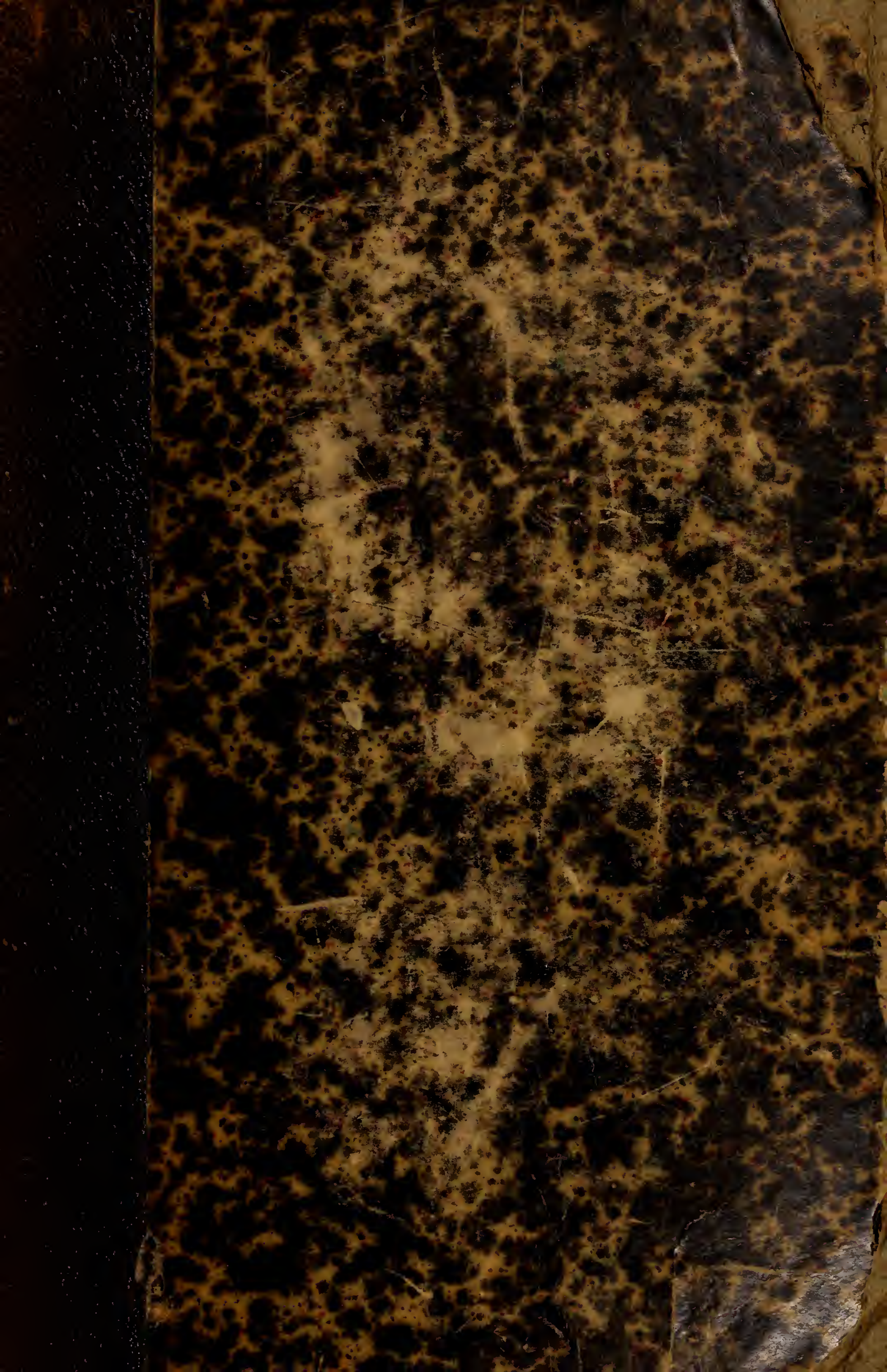






OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

OBRAS

DE

LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

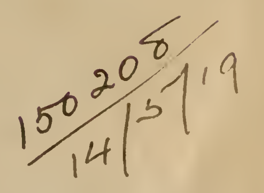
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICIÓN)

OBRAS DRAMÁTICAS

TOMO I





MADRID
TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS»
Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.
1916

PRÓLOGO

Al acordar la Real Academia Española la publicación de las obras completas de Lope de Vega se reservó la facultad de hacer de ellas una edición popular o económica. Hoy cree llegado el momento de comenzar esta nueva serie. La edición en folio, costosa y de no fácil manejo, impide la divulgación y lectura de los escritos del más genial y fecundo de nuestros autores dramáticos: ambos inconvenientes se reparan imprimiéndolas en menor tamaño y en condiciones que las hagan asequibles a todos.

Pero la Academia ha querido que esta nueva edición sea a la vez continuación o complemento de la anterior. Hasta lo último no reimprimirá las obras que ya figuran en la colección antecedente. Así, este volumen se compone todo él de piezas inéditas menos una. Hace ya bastantes años que el académico que esto firma tuvo la suerte de hallar en la Biblioteca del Real Palacio un buen número de comedias inéditas y no conocidas pertenecientes a Lope de Vega. Tomó nota de ellas y la comunicó a don Marcelino Menéndez y Pelayo, encargado entonces de dirigir la edición académica de Lope. La Academia Española obtuvo de S. M. el competente permiso y se hizo la copia de aquellas obras. Iba ya adelantada la publicación y cerradas algunas series, como las comedias devotas, mitológicas, pastoriles e históricas de asunto extranjero, y no comenzadas otras como las novelescas y de costumbres, por lo que no pudieron intercalarse los dramas copiados de Palacio.

Alterado y descompuesto ya el plan y clasificación que Menéndez y Pelayo había establecido, y persuadida la Academia de que lo esencial es que se publiquen todas las obras de Lope, sea cualquiera su orden, ha acordado que en esta nueva serie se dé la preferencia a las más raras o desconocidas, a fin de que en plazo no lejano pueda decirse que está ya de molde todo el inmenso caudal dramático que nos ha legado el *Monstruo de la naturaleza.*

De las veintiuna comedias de este tomo, diez y seis corresponden al fondo de manuscritos de la Real Biblioteca (1), y las cinco restantes, a la sección, también de manuscritos, de nuestra Biblioteca Nacional.

(1) Van por orden alfabético, excepto *El Grao de Valencia,* que ha parecido después de impreso *El Hijo venturoso.* Todas estas comedias se hallan contenidas en varios tomos en 4.°, escritos en el siglo XVII, aunque de ruda Minerva, como puede juzgarse por

Estas diez y seis comedias ofrecen la particularidad de corresponder todas a la primera época de su autor: son obras de la juventud de LOPE. De algunas casi puede precisarse el año de su composición; pero todas son, o parecen, anteriores a 1598.

La primera, *Los Amores de Albanio y Ismenia,* era desconocida. No se halla citada con este título en las listas de *El Peregrino en su patria* (1), donde LOPE dió dos catálogos de las comedias que tenía escritas en 1603 la primera, y en 1618 la segunda (2). Pero no puede dudarse que es obra suya al recordar el parecido que tiene con otra comedia de su primera juventud, titulada *La Pastoral de Jacinto,* impresa en el tomo V de la edición académica anterior. Hasta la clase de metros preferidos (quintillas, endecasílabos en esdrújulo, octavas reales, sonetos), muy poco usados por los poetas de aquel tiempo, comprueban la certeza con que se atribuye a LOPE esta obra.

Las Burlas de amor aparece citada en la primera lista (1603) del *Peregrino.* Es obra completamente distinta de *Las Burlas veras* y de *Amar por burlas,* ambas del mismo LOPE; la primera impresa suelta a principios del siglo XVIII en Sevilla, por los Leefdael (a juzgar por su aspecto) (3), y la segunda inédita hasta ahora, que la incluímos en el presente tomo. Tampoco tiene nada de común con otra titulada *Las Burlas veras,* obra, al parecer, del poeta salmantino Julián de Armendáriz, de que existe un ejemplar manuscrito en la Biblioteca ducal de Parma (4), y menos, por supuesto, con otras de época posterior y que llevan título seme-

---

los innumerables errores de lectura e inteligencia de su primitivo texto, que ya no sería muy limpio, que van señalados. Llevan actualmente las signaturas 2-C-1; 2-C-4; 2-C-8 y VII-2-5.

(1) *El Peregrino* se imprimió por primera vez en Sevilla, por Clemente Hidalgo, en 1604; pero estaba ya aprobado en noviembre del año anterior. Contiene los títulos de 219 comedias que LOPE llevaba escritas hasta entonces. En 1618 hizo en Madrid, por la viuda de Alonso Martín, una nueva edición de esta obra y en ella dió otra lista de sus dramas comprensiva de 208 títulos; pero hay que descontar 19 que por descuido puso repetidos, pues ya constaba en la primera de 1603. En cambio, dejó fuera de una y otra gran número de piezas correspondientes a ambos períodos sin duda por no conservar los originales, como se ve ya por las contenidas en este primer tomo.

(2) En la más antigua de dichas listas se citan la comedia de *Los Jacintos* y *La Pastoral de Albania,* como distintas. Por llamarse Albania uno de los personajes de la primera (impresa también con el título de *La pastoral de Jacinto*) han creído algunos que LOPE había repetido bajo diferentes títulos una misma comedia. Pero nosotros creemos que hay un ligero error de imprenta en el título mencionado en segundo lugar, debiendo leerse *Albanio* y no *Albania,* y entonces *La pastoral de Albanio* sería la misma de *Los amores de Albanio y Ismenia* que, como puede verse, es tan pastoril como la otra.

(3) Fué reimpresa en Filadelfia, en 1912, por S. L. Millard Rosenberg, con esmero y primor tipográfico.

(4) Da noticia de ella don Antonio Restori, profesor de la Universidad de Génova, en su erudito trabajo *La collezione CC-IV-28033 della Biblioteca palatina parmense.* (*Studj di Filología romanza*: fasc. 15: Roma, 1891, pág. 17.)

jante (1). *Las Burlas de amor* tiene toda la frescura y desenfado que pueden advertirse en las obras de la mocedad de Lope, y los caracteres, en especial los femeninos, aparecen ya diseñados con aquel esmero y dulce afecto que luego constituyeron sus mayores excelencias como dramaturgo.

La comedia de *Los Contrarios de amor* no está mencionada en *El Peregrino en su patria* ni en otro catálogo conocido. El manuscrito palatino la da como de Lope, y suya es, sin duda; no sólo por la gran facilidad de su versificación, algo descuidada en fuerza de fácil, como se ve en las demás obras de esta época suya, sino por los metros, poco comunes en los demás autores dramáticos y hasta por lo novelesco y aun inverosímil del argumento; circunstancia que también concurre en estas sus primeras comedias. Es posible que le corresponda alguno de los títulos no identificados del *Peregrino.*

No sucede lo mismo con *El Galán escarmentado,* que, aunque no lleva al frente el nombre de Lope y una mano distinta y posterior a la del primer copiante escribió: "Por don Guillén de Castro", es evidentemente del primero. Consta en la más antigua lista del *Peregrino* su título, y toda ella está denunciando la pluma del joven *Belardo,* cuyas aventuras, al regresar de su expedición en la *Invencible,* cuenta embozadamente.

El Ganso de oro, extraña comedia que parece de las que después se llamaron "de magia", está recordada en el primitivo catálogo del *Peregrino,* donde igualmente se consigna el título de la linda comedia *El Hijo venturoso* o *Venturoso,* pues tal es el nombre del principal personaje de ella. Por cierto que, años después, olvidado Lope de esta su antigua obra, o enamorado de su argumento, la volvió a escribir, plagiándose a sí mismo, con el título de *La Esclava de su hijo,* y así la registró en la lista del *Peregrino* de 1618. Es obra inédita, y se publicará en uno de los tomos siguientes, puesto que, aunque idéntica en el asunto a la anterior, es el contexto diferente.

También consta el título de *La Infanta desesperada* en el *Peregrino* de 1603, comedia novelesca en grado sumo, donde se ve intentado el suicidio de la heroína, recurso dramático muy poco frecuente en nuestro teatro del siglo XVII.

Pero no hallamos la titulada *Las Justas de Tebas y Reina de las Amazonas,* desde luego muy distinta de *Las Mujeres sin hombres,* del mismo Lope, recordada por él en la segunda lista del *Peregrino* (1618) e impresa en la *Parte XVI* (1621) de su colección y en la de la Academia (tomo VI). Es conjetura, a nuestro ver muy fundada, la de que esta come-

(1) Por ejemplo, la titulada *Burlas veras o el amor invencionero y Española de Florencia,* atribuída a Calderón, impresa en la *Parte XII* de la colección de *Escogidas;* suelta a principios del siglo XVIII y también gallardamente reimpresa en 1911 por el señor Rosenberg, de Filadelfia.

dia sea refundición de *Las Amazonas*, obra de la juventud de Lope, pues la menciona en su catálogo de 1603, y por eso le habrá cambiado el título. En cuanto a *Las Justas de Tebas*, probablemente será la citada en dicho primer catálogo con el título de *La Abderite*, que es el nombre que lleva la *Reina de las Amazonas* y protagonista de este drama.

El Mesón de la Corte, graciosa comedia de enredo, lleva en el encabezado el nombre de su autor, y se halla igualmente en la primera lista del *Peregrino*. Y aunque no figura en ella la titulada *El Premio riguroso y amistad bien pagada*, aparte de que consta el nombre de Lope en la misma comedia, parece muy creíble sea la que en el primitivo catálogo de 1603 menciona con el título de *Las gallardas Macedonias*, ya que las infantas Excelsa y Leonor, protagonistas de la obra, son hijas del Rey de Albania, territorio que formó parte de la Macedonia antigua.

El Príncipe melancólico no inscribe el nombre de su autor en la comedia, si bien está registrada con el propio título en la repetida lista de 1603. Pero sí lo lleva la difusa e interesante comedia del *Prodigioso Príncipe Transilvano*.

Parece que debió de titularse también *El Capitán prodigioso*, según declaran los últimos versos de ella, al decir:

Este es, ilustre senado,
el príncipe Segismundo
que *hoy tiene revuelto al mundo*
y con razón admirado;
el que al Turco poderoso
tantos encuentros le da,
que él mismo *le llama ya*
el Capitán prodigioso.

Si bien a continuación se añade: "Aquí da fin la comedia del *Prodigioso Príncipe de Transilvania*", que, como se nota, encierra una pequeña variante respecto del título inicial de la obra. Esta comedia, según el sentido de los versos anteriores, será de 1595, fecha del escrito que el Gran Turco halla, y le predice sus desgracias, causadas por Segismundo y en otros documentos que se copian en las páginas 388, 404 y 409, relativos a sucesos reales ocurridos al componerse el drama.

Ahora bien; esta comedia se imprimió, a principios del siglo XVII, con otras varias, en un tomo, sin filiación conocida (1); pero atribuída a Luis

(1) Reimprimió este tomo, en 1887, el benemérito alemán Adolfo Schaeffer, en dos volúmenes, con el título de *Ocho comedias desconocidas*, Leipzig, F. A. Brockhaus, en 8.º La comedia atribuída a Vélez está en el primero, y lleva el título de *El Capitán prodigioso, príncipe de Transilvania;* páginas 147-261. El texto es defectuoso, sin que el cuidado del moderno editor haya bastado a salvar los muchos errores que contiene. Por esta razón, y no interrumpir la serie de las tomadas de la Real Biblioteca, se incluye esta comedia, que, a diferencia de las demás, no es inédita.

Vélez de Guevara, y en forma mucho más incorrecta que la del manuscrito palatino.

Luis Vélez, de edad, en 1595, de quince años, se hallaba en la Universidad de Osuna, cursando el bachillerato de Artes, en que obtuvo el grado el 1.° de julio del año siguiente de 1596 (1), pasando luego a servir de paje al arzobispo de Sevilla don Rodrigo de Castro, en cuya compañía se hallaba aún en 1600; yéndose después de soldado a Italia, y no vino a Castilla hasta 1603 (2), cuando ya Segismundo, hecho clérigo y jesuíta, había abdicado su corona (3) y no daba temores al Turco.

No hay, pues, razón suficiente para despojar a Lope de esta obra, sin que puedan contribuír a ello algunos defectos de rima, porque concurren igualmente en otras comedias indubitadas que se incluyen en el presente volumen.

Con el título de *La Defensa de la fe y Príncipe prodigioso,* y atribuída a Matos y Moreto, por mitad, se ha publicado en el tomo *El mejor de los mejores libros que han salido de comedias nuevas,* Madrid, 1651 y 1653, una refundición de la comedia de Lope, reimpresa en 1751, en Madrid, por Antonio Sanz. Pero en una impresión suelta de fines del siglo XVII o principios del siguiente, y con el título de *El Príncipe prodigioso,* se atribuye esta misma comedia al "Doctor Iuan Perez de Montalvan", y lo mismo en otra edición suelta de fines del siglo XVIII. Y suponemos que será también imitación de la comedia de Lope la titulada *Amar sin favorecer,* de don Román Montero, estrenada en 1660, porque lleva casi los mismos personajes interlocutores que aquélla.

El Rey fingido y amores de Sancha, está citada como anónima en el *Catálogo* de Medel del Castillo (4), y así lo repitió Huerta en el suyo (5); Mesonero Romanos la atribuyó a Lope (6), sin explicar la razón, y Barrera (*Catálogo del teatro antiguo español*) cita una comedia anónima con el título de *Amores de Sancha y rey fingido.* Como esto no era bastante para formar juicio seguro, quedó como dudosa esta obra en cuanto a serlo de Lope de Vega (7). Pero habiendo ahora parecido la comedia con el nombre de su autor y las internas señales que le dan autenticidad,

(1) *Archivo universitario de Osuna. Registro de Grados,* correspondiente a 1596, publicado por don F. R. Marín en el *Homenaje a Menéndez y Pelayo;* II, 804.

(2) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.* Año 1902; pág. 119.

(3) Segismundo Batorí sucedió a su padre Cristóbal en 1581. En medio de sus grandes empresas, y a instancia de su confesor, Simón Genga (el Carrillo de la comedia) abdicó la Corona en el emperador Rodulfo II y se hizo sacerdote en 1602, a pesar de hallarse casado con una Princesa de la Casa de Hapsburgo. Este carácter de Príncipe devoto está bien mantenido en el drama de Lope.

(4) *Indice general alfabético de los títulos de comedias.* Madrid, 1735; pág. 97

(5) *Catálogo alphabetico de las comedias...* Madrid, 1785; pág. 157.

(6) *Bibl. de Autores Españoles: Dramát. post. a Lope:* II, XLV.

(7) H. A. Rennert, en su excelente *Bibliografía de las obras dramáticas de Lope de Vega.* New-York, 1915; pág. 234.

no debe ya vacilarse en enriquecer con ella el caudal dramático del gran poeta. Pudiera ser esta obra la que con título de *La Palabra mal cumplida* figura en *El Peregrino* de 1603, porque de la falta de cumplimiento de un compromiso verbal se deriva el argumento de la fábula en la comedia.

Con el rótulo de *San Angel, carmelita,* hallamos en la segunda de las listas de LOPE una comedia que seguramente será la que se estampa en este volumen con el de *Santo Angelo,* pues de este antiguo padre del Carmelo se trata en ella (1). Por desgracia, el texto está tan depravado, que sólo el deseo de no suprimir nada de lo que a LOPE se refiera pudo mover a la Academia a imprimir tan estragada copia, mientras no aparece otra mejor (2).

Tampoco se nombra en los catálogos de LOPE la comedia de *La Venganza piadosa,* distinta de *La Venganza venturosa* del mismo, impresa en la *Parte X* de su colección especial. Pero como en la cabeza del manuscrito consta el autor y el texto no desdice de los de otras comedias contenidas en este volumen, no hay razón para dejar de creer que le pertenezca. Y hasta parece tener incidentales semejanzas con la preciosa titulada *El Grao de Valencia,* recuerdo, a no dudar, de la primera residencia que LOPE hizo en esta ciudad. *El Grao de Valencia* se registra en el primer *Peregrino,* y consta el autor en el texto manuscrito. No es esta comedia semejante, más que en el lugar de la acción, con la titulada *Las Barracas del Grao de Valencia,* impresa en la *Parte XXXVI* de la gran colección de *Escogidas* (Madrid, 1671). Por más que en el encabezado se afirme que es obra de tres ingenios, al final, dice:

Y las *Barracas del Grao,*
si no fueran agradables,
tendrá la culpa *el poeta,*
que el *autor* pudo engañarse.

Y con esta comedia del *Grao de Valencia* se termina la importante serie de las suministradas por la Biblioteca regia, todas menos una hasta hoy desconocidas, como se ha visto; todas importantes, por corresponder

(1) Su vida cuentan difusamente el padre Alonso de Villegas y los adicionadores del padre Rivadeneira, en el 5 de mayo de su *Flos sanctorum.* Según ellos, nació en 1186 y murió en 1220. De Villegas habrá tomado LOPE el asunto, donde constan hasta los episodios de San Francisco y Santo Domingo y los incestuosos amores de Berengario y su hermana.

(2) El señor Rennert, en su citada *Bibliografía* (pág. 237), dice que el *San Angel* se cita en el *Catálogo* de Medel. Por más que hemos buscado no hemos podido dar con la mención dicha, y eso que hay abundancia de comedias de *Santos* y *Santas* en este libro. Quizá tomó la noticia de Menéndez y Pelayo (*Ob. de Lope,* V, LVI) que incurre en igual error. Tampoco lo citan Huerta ni Mesonero Romanos en los suyos. Este último sólo trae el *San Andrés, carmelita,* del *Peregrino* de 1603. Barrera ya incluye los dos.

a un período poco estudiado aún de la producción dramática del *Fénix de los Ingenios.*

Pasemos ya a enumerar las que proceden de la Biblioteca Nacional.

El Alcaide de Madrid, menciona LOPE en su lista de 1603: es obra también, por consiguiente, de su juventud. Como anónima la registra Medel (pág. 6) y, por tanto, Huerta. Mesonero ya atribuye a LOPE una de este título. Citóla como manuscrita y existente en la biblioteca ducal de Osuna don Cayetano Alberto de la Barrera, en su *Catálogo del teatro antiguo español,* y, por fin, entró en la Biblioteca Nacional, y dió noticia de la comedia don Antonio Paz y Melia en su *Catálogo de piezas de teatro manuscritas,* núm. 74 (1). El manuscrito consta de 58 hojas en 4.°; es de letra del siglo XVII y bastante defectuoso, como se ve por las faltas que no se han podido subsanar.

Pero es indudablemente de LOPE (2) y el primer modelo de una serie de obras que tienen por asunto la conocida y dramática leyenda de las hijas de Gracián Ramírez, desde la de Rojas Zorrilla hasta la de García Santisteban.

Alejandro el segundo es la misma que LOPE declaró suya en la segunda lista con el título de "*la de Alejandro*". Perteneció el manuscrito al bibliófilo don Agustín Durán, quien lo creyó autógrafo y le dió el título de *Alejandro el segundo, César el primer traidor,* pues la comedia no tiene ninguno. Lo tomó Durán de los últimos versos de la jornada primera, en que Filipo, hermano de Alejandro, dirigiéndose a César, capitán de su guardia, le dice:

Sepa el mundo
que es *Alejandro el Segundo,*
César, el primer traidor.

Pero la manera de contraponer las palabras *segundo* y *primero,* aplicadas a la misma persona, indica cuál es el título de la obra. César no sólo no es traidor, sino personaje secundario de la pieza.

El manuscrito es del siglo XVII, pero no autógrafo; consta de 58 ho-

(1) Una nota del señor Paz dice que esta comedia es "igual a la impresa como de *Un ingenio*". No hemos visto esta comedia impresa ni leído autor que la mencione como tal. Sin duda habrá querido referirse a alguna de las imitaciones.

(2) El señor Rennert (pág. 137), dice que, en opinión de Menéndez y Pelayo, es dudoso que el manuscrito de Osuna sea idéntico a la comedia citada por LOPE en su lista. Creo que el docto extranjero ha dado mayor extensión que la debida a las palabras del ilustrador de LOPE. Dice textualmente: "*El Alcaide de Madrid.* Una comedia de este título se atribuye a LOPE en un manuscrito de la colección Osuna. Sea o no la misma (que la citada en *El Peregrino*), irá en el apéndice" (*Ob. de Lope de Vega*: XIII, XLII). No hay, pues, duda sino desconocimiento, por aquel entonces, del texto del manuscrito que, de todos modos, se proponía publicar, como hoy lo hace, la Academia.

jas en 4.° (1). Y en cuanto a su autenticidad, es, para nosotros, indudable, por su estilo, versificación y lenguaje.

No aseguraremos lo mismo en cuanto a la titulada *Amar por burla.* No la menciona LOPE en ninguna de sus dos listas; pero la registran en sus *Catálogos* Medel (pág. 7), y, por consiguiente, Huerta (pág. 18), y también Mesonero, sin decir ninguno el lugar en donde se hallaba. Ya le consta a Barrera, que dice pertenecer a la colección ducal de Osuna, y efectivamente, de tal procedencia es el manuscrito que existe hoy en la Biblioteca Nacional y ha servido de texto para esta impresión, que parece ser la primera. Consta de 52 hojas en 4.°; su letra, del siglo XVII, y se atribuye en el frontis a LOPE DE VEGA (2).

Esto no obstante, y reconociendo que el argumento es muy propio del ingenio de LOPE, nos causan recelo lo artificioso y enrevesado del estilo y largos discreteos en los personajes; el empleo de las décimas, tan poco frecuentes en nuestro poeta y el gran predominio del romance, que LOPE empleaba sólo en las relaciones. Con todo, algunas escenas, como la descripción de la caza de altanería y cetrería del acto tercero, recuerdan otra que se halla en la comedia de *Alejandro el segundo,* y los caracteres de los personajes no puede negarse que son muy del genio de LOPE, circunstancias todas que nos llevan a presumir que esta comedia, escrita primero por él, haya sido refundida, en el mismo siglo XVII, por otro poeta menos espontáneo (3).

La de *Antonio Roca* consta en la primera lista del *Peregrino*: la citan como anónima Medel (pág. 11) y su eco Huerta (pág. 24); ya la adjudica a LOPE Mesonero (pág. XXV), y declara que es de la biblioteca de Osuna, Barrera. Vino después a la Nacional y la registró en su *Catálogo* (número 220) Paz y Melia. Es un manuscrito en 4.° de 58 hojas, letra del siglo XVII: las dos primeras jornadas, de una mano, y la tercera, de otra más moderna y firmada por don Pedro Lanini y Sagredo, que habrá refundido y copiado este último acto. Lleva el título de *Antonio Roca o*

(1) Su actual signatura es: Ms. 16071. Algunas correcciones marginales que lleva parecen del autor, LOPE DE VEGA; pero no los atajos que oscurecen el sentido y dejan sin antecedentes o explicación varios sucesos del drama.

(2) Otro manuscrito, también a nombre de LOPE, se halla en la Biblioteca parmense, según don Antonio Restori (*Una collezione di commedie di Lope de Vega Carpio*: *Livorno,* 1891; pág. 17), que corresponde a los últimos años del siglo XVII o primeros del siguiente.

(3) Lleva hoy esta comedia la signatura Ms. 16905; y pruebas evidentes, a más de las dichas, de que la primitiva comedia fué refundida, son que hasta se le quiso cambiar el título, que en la segunda forma sería *El Enamorar burlando,* como resulta de los encabezados de las jornadas segunda y tercera, el doble nombre aplicado a un mismo personaje, como en los casos del Secretario del Duque, a quien unas veces se llama Jacinto (que sería el primero: nombre predilecto de LOPE), y otras, Ramiro, y el gracioso, que ya es Matorral y ya Maroto; las muchas tachaduras, atajos y duplicados de un pasaje, y la falta de claridad en ciertos lugares, por omisión de los necesarios antecedentes, cosas muy propias del que retoca y trabaja sobre obra ajena.

La Muerte más venturosa. Este segundo se lo habrá dado Lanini (1). Con el de *La Muerte más venturosa* citan una comedia anónima Medel (pág. 74) y, por supuesto, Huerta (pág. 121) y Barrera (pág. 566). Rennert (pág. 92) menciona un manuscrito de *Antonio Roca,* que perteneció a lord Holland. Si fuese anterior a Lanini, sería importante conocerlo, al menos para restablecer el texto del acto tercero, sin duda alguna maltratado por Lanini.

Lope respetaba bastante los hechos, leyendas o tradiciones en que fundaba sus comedias. ¿Cómo ha de admitirse que, sin razón ninguna, hiciese morir a su héroe en esta comedia sólo de dolor de sus delitos, cuando unos minutos antes se muestra el más empedernido pecador? Antonio Roca, terrible bandolero catalán de mediados del siglo XVI, era, efectivamente, clérigo, y, antes de su ejecución, fué degradado por el Obispo de Gerona, atenaceado, ahorcado y descuartizado, en unión de su compañero Sebastián Corts. Mostró grande arrepentimiento de sus culpas en el cadalso, circunstancia que acaso aprovecharía LOPE para dar patético desenlace a su obra; pero no en la forma en que lo hizo Lanini.

LOPE, que en esto, como en todo, dió modelos a los futuros autores dramáticos, compuso además el drama *Roque Dinarte,* evidente errata de imprenta, en lugar de *Roque Guinart* o *Roca Guinarda,* célebre bandido, también catalán, mencionado por Cervantes (*Quijote,* II, 60) y de cuya vida y aventuras ha escrito larguísima relación don Luis María Soler (2); *Las dos bandoleras, La Serrana de la Vera* y otra comedia hoy no conocida, titulada *Nardo Antonio, bandolero,* que citaron don Juan Isidro Fajardo y Medel del Castillo, de que parece hubo ejemplar en la Biblioteca de Osuna, pero que, desgraciadamente, no pasó a la Nacional de Madrid. A imitación de estas primitivas comedias de forajidos, más o menos *generosos,* se escribieron luego *El Catalán Serrallonga, El Bandolero Solposto, La Condesa bandolera, El Dichoso bandolero, La Bandolera de Italia, El Bandolero de Flandes, A lo que obliga un agravio, El Bandido más honrado* y toda la caterva de dramas de esta clase tan en boga hasta nuestros mismos días.

---

(1) Se deduce de los últimos versos:

> Y aquí, senado discreto,
> tenga fin de Antonio Roca
> en tan peligrosa vida,
> *la muerte más venturosa.*

Sin embargo, ya en el encabezado, aunque de otra tinta posterior, se añade el segundo título; por eso lo conservamos. Los dos primeros actos son evidentemente de letra del siglo XVII, aunque muy descuidada; el tercero es de mano de Lanini. Lleva actualmente el manuscrito la signatura Ms. 15205. Lanini, censor de teatros a fines del siglo XVII, tenía a su disposición los archivos dramáticos de los corrales de la Cruz y del Príncipe. Murió en 1714 o en 1715.

(2) *Perot Roca Guinarda. Historia d'aquest bandoler.* Manresa, 1909. 4.°; 476 págs.

Y la última comedia de este volumen es *Arminda celosa,* título que aparece en la lista de LOPE de 1618; desconocido de Medel y de Huerta; pero que ya citó Mesonero (pág. XXVI) y repitió Barrera (pág. 435), con referencia al manuscrito de Durán. Afirmó éste ser copia del autógrafo fechado en 1622, que habría visto, aunque no dice dónde, y que se había impreso atribuída al doctor Mira de Amescua. En esto último padeció error, porque en ninguna colección ni catálogo antiguos ni modernos se menciona tal obra con tales circunstancias. El manuscrito de Durán, hoy en la Biblioteca Nacional y que sirvió de original para la presente edición, es de buena letra del siglo XVII y consta de 39 hojas en 4.º Lleva el título de *Arminda celosa. Compuesta por el caballero Lisardo. Pasa en Madrid, año de 1622.* (1)

LOPE empleó alguna vez el seudónimo de *Lisardo,* por lo que no hay imposibilidad de que sea suya esta pieza, que parece haber sido abreviada en la copia, puesta en parangón con otras comedias del mismo tiempo y poeta.

Nada diremos sobre las fuentes ni el mérito de estas obras, cosa que alargaría este prólogo a más de lo que al colector se le ha puesto por límite; pero no lo cerraremos sin añadir algunas palabras acerca del sistema de reproducción seguido. Como de estas comedias no existe más que un ejemplar, no ha habido dudas en la elección de textos (2). De la ortografía insegura y caprichosa de los originales hase respetado sólo aquello que puede afectar al sonido de las palabras, sin hacer empeño en enmendarlas cuando aun en eso mismo variaban. Así unas veces se escribió *ahora* y otras *agora; trae* y *tray; mesmo* y *mismo; ansí* y *así; reprender* y *reprehender; trujo* y *trajo; güérfano* y *huérfano; acetar* y *aceptar; defecto* y *defeto; coluna* y *columna; dino* y *digno; mano* y *magno; eceso* y *exceso; monstro* y *monstruo,* etc., variantes que más que del autor eran de los que trasladaban sus obras.

EMILIO COTARELO Y MORI.

(1) Signatura actual: Ms. 15113. Como se ve, estando citada la comedia y escrita en 1618, mal puede pasar la acción en 1622. Se conoce que el copista puso el encabezado a su gusto.

(2) Si algún día la Academia pudiese haber a mano las otras copias de las comedias *Amar por burla* y *Antonio Roca,* ya aprovecharía cualquiera ocasión para consignar las variantes que ofrezcan, que no serán pocas, especialmente en el tercer acto de esta última obra. Las variantes útiles de la edición impresa del *Príncipe prodigioso* son tan insignificantes, que unas van entre corchetes en el texto y otras al final del tomo, como erratas.

INDICE DEL TOMO I

COMEDIA

DE LOS

AMORES DE ALBANIO Y ISMENIA

COMPUESTA POR

LOPE DE VEGA

FIGURAS SIGUIENTES

ALBANIO, *pastor.*
ISMENIA, *pastora.*
SILVANA, *pastora.*
LA CONDESA LERIANA.
ANTANDRA, *pastora.*
VIRENO, *pastor.*
ASCANIO, *pastor.*
DALISO, *pastor.*
PINARDO, *pastor.*
MARANDRO, *viejo.*
EL CONDE ERACLIO.
GALATEO, *pastor.*
PENISO, *pastor.*
BURESTO, *pastor.*
BERTOLANO, *alcalde.*
ALBANEGO, *alcalde.*
UN VOLTEADOR.
DOS GITANAS.
FRONDOSO, *criado.*
UNA ESFINGE.
EL MAESTRESALA.
Dos o tres PASTORES (1).

JORNADA PRIMERA

(*Salen a un bateo los* PASTORES *que sean menester para las fuentes, rosca y aguamanil y niño, y luego* ALBANIO, *padrino, y* ISMENIA, *madrina, y* ASCANIO *y* VIRENO, *pastores.*)

ASCANIO. Honrado habéis el aldea,
hermosísima zagala.
VIRENO. Venturoso el que hoy emplea
en vos su donaire y gala.
ALBANIO. Quiera el amor que lo sea,
que si yo soy venturoso,
como el principio dichoso
lo va prometiendo ya,
seguro Albanio estará
de ser de nadie envidioso.
ISMENIA. Antes vuestra calidad
engrandece este bautismo.
ALBANIO. Y la vuestra mi humildad.
ISMENIA. Si no os igualo a vos mismo,
no hay en el mundo igualdad.
ALBANIO. Bien decís, que siendo dino
de ser igual y padrino
de tan hermosa madrina
por la parte que es divina,
vengo de humano a divino.
Yo puedo decir que soy
el que hoy nace, pues en mí
ha de nacer desde hoy
ser otro Albanio que fuí.
ASCANIO. ¡Muerto vengo!
VIRENO. ¡Muerto soy!
ASCANIO. ¡Ay, celos! ¡Rabioso mal!
VIRENO. ¡Celos, me llevan mortal!
ASCANIO. ¡Envidia de Albanio tengo!
VIRENO. ¡De Albanio envidioso vengo!
ALBANIO. ¡Oh hermosura celestial!
¡Oh claros, divinos ojos!
Consagro a vuestro desdén
mi libertad en despojos.
ISMENIA. Mirad, Albanio, que os ven
mil ojos y mil antojos.
Creedme que os agradezco
saber de vos que merezco
pareceros agradable.
ALBANIO. Calle la lengua y no hable,
que a muy buen tiempo enmudezco;
que quien de un ángel tan bello
esto merece escuchar
y de su boca sabello,
a la suya puede echar
de eterno silencio un sello.
Callaré, pastora mía,
tanto bien, porque podría
temer de fortuna ingrata,
que si envidia no me mata,
me matará mi alegría.
ASCANIO. Dejad lo que se concierta,
que a la puerta habéis llegado.
ALBANIO. La del cielo viera abierta

(1) Interviene además LISEO, *pastor.*

si siendo yo tu velado
llegáramos a la puerta.

ASCANIO. Ya el teniente y sacristán
puestos a la pila están.

ISMENIA. ¿Hay música?

ASCANIO. A maravilla.
Entra y verás la capilla,
toda raso y tafetán.

ISMENIA. Y ¿qué nombre le pondremos?
¿Será el de su madre o cúyo?

ALBANIO. Del tuyo, Ismenia, le honremos.

ISMENIA. Para ser dichosa, el tuyo
será mejor que le demos.

ALBANIO. Siendo niña, es justa cosa
pueda en tu nombre fiarse
de que saldrá muy hermosa.

ISMENIA. Eso no, porque en casarse
tendrá desdicha forzosa.

ALBANIO. Pues ¿qué haremos de ese modo?

ISMENIA. El de entrambos le acomodo:
Ismenia Albania se llame.

ALBANIO. Pues dame esa mano y dame
licencia.

ISMENIA. Y el alma y todo.

(*Vanse todos como que es en la iglesia, y queda* VIRENO *solo.*)

VIRENO. Si son envidia los celos
bien se prueba en mi dolor,
pues de invidiosos recelos
en un infierno de amor
me van poniendo los cielos
¡Oh bastardos pensamientos!
Que no habéis estado atentos
al sol de Ismenia que adoro.
¡Qué tarde mi engaño lloro
y vuestros locos intentos!
De mi pecho os quiero echar
porque sois hijos ajenos
de amor, que me ha de obligar
con mil pensamientos buenos
a servir y porfiar.
Que no porque Ismenia sea
hoy madrina en nuestra aldea,
con un pastor extranjero
en un favor tan ligero
ha de caber cosa fea.
Ya el temor de efeto muda;
mas ¡ay! ¿de qué me aprovecha
que agora el remedio acuda?
Que es aumentar la sospecha
poner la verdad en duda.
Mejor es darme a entender
que verdad debe de ser,
para templar el dolor,
querer Ismenia un pastor
que vino de Extremo ayer.
Hallaráme apercebido
el temor del mal que espero;
porque un daño prevenido
no suele ofender tan fiero
como engañando el sentido.
Pero Ascanio vuelve aquí.

(*Sale* ASCANIO.)

¿Qué hay de nuevo?

ASCANIO. Que ya vi
declarado nuestro mal.

VIRENO. ¿Qué dices?

ASCANIO. Que estoy mortal.

VIRENO. Pues ¿qué dirás de mí?
Dirásme que ya soy muerto.

ASCANIO. ¡Bien puedes, Vireno amigo,
temer tu daño por cierto!
De mi muerte soy testigo,
y de la tuya te advierto.
Yo vi...

VIRENO. ¿Qué viste?

ASCANIO. Encontrados
de Albanio y Ismenia fiera
los ojos enamorados,
tanto, que un ciego pudiera
adivinar sus cuidados.
Vi los espíritus vivos
que de los ojos salían,
como rayos atractivos,
que poco a poco encendían
los corazones cautivos.
Vi que se estaba mirando
Ismenia en los ojos dél,
y que él la está contemplando;
ella abrasada por él,
y él por ella suspirando.
No es el niño que han traído
el que hoy han apadrinado,
sino el amor, que hoy ha sido
por los ojos engendrado
y en las entrañas nacido.
Mas si ella es Venus hermosa
y él Adonis, que en rigor
tiene esta tierra envidiosa,
que nazca de nuevo amor
no parece injusta cosa.

VIRENO. Calla, no me digas más,

que bien parece que estás
enamorado de burlas,
pues de los celos te burlas
que recibes y me das.
En fin, que amor ha nacido
de los dos apadrinado.
Haz cuenta, Ascanio, que ha sido
un demonio bautizado,
aunque en ángel revestido.
Que quien tan hermoso y tierno
de celos al duro infierno
un alma puede atraer,
de aquellos debe de ser
que viven en fuego eterno,
y tanto es verdad segura,
cuanto de Ismenia nació
este amor o desventura,
pues al infierno cayó
del cielo de su hermosura.
¡Vive Dios! que rabio y muero
y que espero con su muerte
remedio a mi daño fiero.

ASCANIO. Más temo yo desta suerte,
pues ningún remedio espero;
que si tú en su muerte estribas
para que seguro vivas,
yo en la tuya y en la suya,
pues tú también con la tuya
del bien de Ismenia me privas.

VIRENO. Toda tu vida tuviste,
Ascanio, esas libertades;
mas si en mi muerte consiste
el bien de que te persuades,
hoy tus deseos cumpliste;
que yo voy donde procure
hacer que ese tiempo dure
mi vida y pena cruel
cuanto en un roble un cordel
mi frágil cuello asegure.

(*Vase* VIRENO.)

ASCANIO. Allá vayas y no vuelvas,
pastor grosero, envidioso,
para que no nos revuelvas,
sátiro fiero y celoso,
basilisco de estas selvas.
¡Qué contento quedo aquí,
por más que me alcance a mí
parte de pena tan fiera
en que Ismenia a Albanio quiera
para vengarme de ti!

(*Sale* LISEO, *pastor.*)

LISEO. ¿Desta manera acompañas,
Ascanio, nuestro bateo?

ASCANIO. Son mis descuidos hazañas
de aquel amor y deseo
que me abrasa las entrañas.
Apostaré que se han ido.

LISEO. Por otra puerta han salido,
no los aguardes en ésta.

ASCANIO. ¡Qué mal se hallara en su fiesta
la guerra de mi sentido!
Déjalos ir norabuena,
que el principio de su historia
mi dura tragedia ordena;
que el asistir a su gloria
crece del alma la pena;
que todo mi daño es poco
pues a morir me provoco.

LISEO. ¿Qué gloria y qué pena es ésta?
¿Qué historia, tragedia y fiesta?
¿Estás, por ventura, loco?

ASCANIO. Sí estoy, Liseo; sí estoy,
pues Albanio me ha quitado
dos mil esperanzas hoy.

LISEO. ¿Albanio?...

ASCANIO. Albanio, que ha dado
el alma a quien yo la doy.

LISEO. Pues ¿Ismenia corresponde
a su pasión?

ASCANIO. Y de suerte
que he visto mi muerte.

LISEO. ¿Adónde?

ASCANIO. En sus ojos vi mi muerte,
que en ellos Albanio esconde.
Allí, con letras de fuego,
Albanio escrito se vía,
y vi en los de Albanio luego
que Ismenia en rayos se ardía,
dejándome loco y ciego.
Mira tú si Albanio es tal,
cuando Ismenia no quisiera
pagar su fe con fe igual,
que darme celos pudiera
y el más gallardo zagal;
que, como en el cielo Apolo,
es único, raro y solo,
Albanio en sangre y riqueza,
discreción y gentileza
es fénix de polo a polo.

LISEO. ¡Oh! ¡Plegue al cielo que doble
tu cosecha el blanco trigo.

y tú, ganando tres doble;
que loar al enemigo
arguye pecho muy noble!
Si yo tu pastora fuera,
en este punto te diera
de mi alma posesión.

ASCANIO. Mal sabes la condición
de esta mi adorada fiera.

LISEO. Poco a poco hemos llegado
en casa de la parida.

ASCANIO. Y poco a poco abrasado
me va quitando la vida
este amor desesperado.

LISEO. Has de entrar.

ASCANIO. Conmigo ven,
que por parabién es bien
que le dé en ocasión tal,
quizá que para mi mal
voy a dar el parabién;
que si a Albanio miro honrado
de mis debidos despojos,
muerto soy.

LISEO. Pierde cuidado.
Entra, pues.

ASCANIO. ¡Ay, falsos ojos,
cuán presto os habéis mudado!

(*Salen* ALBANIO *y* ISMENIA *y* DALISO *y* SILVANA *y otros* PASTORES *que acompañan.*)

ALBANIO. Cristiana viene la dama.
¿Sábelo ya la parida?

SILVANA. Sí, Albanio; ya está advertida
que Ismenia Albania se llama,
y de vuestros nombres dos
que ha de tener se asegura
la ventura y hermosura
que en entrambos puso Dios.

ISMENIA. Como la de Albanio tenga
segura vivir podría,
que no es bien que con la mía
tanta desdicha le venga.

ALBANIO. A todos, Ismenia, espantas
con iguales maravillas
de ver que al suelo te humillas
y que al cielo me levantas.
Pero cuanto más al suelo
te humillas por ensalzarme,
tanto más siento humillarme
al resplandor de tu cielo.

DALISO. A fe que estáis cortesanos.

SILVANA. Gentiles golpes se tiran.

DALISO. Advertid muy bien que os miran
algunos ojos villanos.
Cese la conversación,
aunque le pese al deseo,
que el dueño de este bateo
os quiere dar colación;
que, aunque es pobre, se ha empeñado,
y desde ayer se previno,
en fe del noble padrino
que le tiene por honrado.

ISMENIA. Bien lo pudiera excusar.

ALBANIO. ¿Qué ha de ganar ni perder?

SILVANA. ¿Cómo se puede romper
la costumbre del lugar?
¡Hola!, dadnos colación,
y siéntate junto a mí.

ISMENIA. Pues siéntese Albanio aquí.

ALBANIO. Siéntome del corazón.

(*Salen* VIRENO *y* ASCANIO.)

VIRENO. A buen tiempo hemos venido.

ASCANIO. No ha sido poco acertado
si, como habemos llegado,
nos hubieran recibido.

VIRENO. Hablando están y de suerte
que no nos echan de ver.

ASCANIO. ¡Que vengo mi muerte a ver!

VIRENO. ¡Que he venido a ver mi muerte!

ASCANIO. ¡En qué tiempo, amor, me pones!

VIRENO. ¿No miras, Ascanio, atento
que se beben el aliento
entre dudosas razones?

ASCANIO. Veo lo que no quisiera
y quisiera que cegara
porque, ciego, no mirara,
y mirando no muriera.
Si esto no llaman amor,
siendo pura ceguedad,
llamen traición la verdad
y verdadero el traidor.
¡Vive Dios!, Vireno amigo,
que tengo mi mal en poco,
pues que no me vuelvo loco
y soy de su bien testigo.

VIRENO. Pinta bien tu desvarío,
pinta tu agravio y cuidado,
que será infierno pintado
respecto del fuego mío.
Pero cese tu pasión,
aunque en el alma te ofenda,
porque no es razón que entienda
nuestros celos la ocasión;
y siéntate mientras dan

la colación a esa gente,
que amor, a mi sed ardiente,
me dará presto alquitrán.

ASCANIO. Siéntome a ver mi dolor,
tan sentido de agraviado,
que quiero esperar sentado
para sufrille mejor.

VIRENO. ¿Comerás?

ASCANIO. Eso condeno;
que si el alma come enojos,
también agora los ojos
están comiendo veneno,
como el libre corazón
y en su gusto se regale
que es manjar...

VIRENO. Calla, que sale
la música y colación.

(Sacan unos platos de colación y digan los MÚSICOS *cantando mientras se da:)*

"A la gala de la madrina,
que nadie la iguala en toda la villa.
Esta graciosa zagala
vence a todas en la gala,
y ella a sí mismo se iguala,
porque es de suerte divina
que nadie la iguala en toda la villa.
Fué tal su valor divino,
que en algún modo convino
que la igualase el padrino,
porque era tan bella y linda
que nadie la iguala en toda la villa."

ALBANIO. Bien habéis los dos cantado,
y es extremada la letra.

VIRENO. Bien el sentido penetra.

ASCANIO. El que tengo me ha quitado.

ALBANIO. Iréis, Peniso, a mi choza,
y diréis que luego os den,
porque habéis cantado el bien
en que mi alma se goza,
aquellos manchados bueyes
que ayer al yugo pusieron.

PENISO. Dame esas manos, que hicieron
ventaja a infinitos reyes.
Das como rey, y lo fundo
en que a reyes te prefieres
y no das como quien eres,
que a darlo, dieras el mundo.

VIRENO. Harto bien lo encareciste,
pues la mano que besaste
a todo el mundo igualaste.

ALBANIO. ¡Oh, Vireno! ¿Tú lo oíste?

VIRENO. Yo lo oí con gran contento
del buen estado en que estás.

ALBANIO. Eso le debes y más,
Vireno, a mi pensamiento.
¿Es Ascanio, nuestro amigo,
el que está contigo?

ASCANIO. Soy
el que a tus noblezas doy
la fe de que soy testigo.
Vivas mil años, amén,
que tales grandezas haces.

ALBANIO. Haced, señora, las paces,
pues sois mi paz y mi bien,
que son grandes cortesanos
estos discretos pastores.

ISMENIA. No son tus gracias menores.

ALBANIO. Hechura soy de tus manos.

ISMENIA. Regocíjese la fiesta
con algún juego, Daliso.

DALISO. Yo os quise dar este aviso
y temí mala respuesta.
Diga Silvana el que sea,
pues que en tal conversación
de hermosura y discreción
es lo mejor del aldea.

SILVANA. Siempre a mí me hacéis pensar
novedades que os decir.

VIRENO. Hago los ojos reír
y quiere el alma llorar.

SILVANA. Ya estoy pensando qué sea,
que mil veces se ha jugado,
propósitos y soldado.

ASCANIO. ¡Quién hay que mis males crea!

SILVANA. Ahora bien, ya le he pensado.

DALISO. ¿Cuál es?

SILVANA. El del a b c.

ISMENIA. ¡Bravo juego!

ALBANIO. No lo sé,
ni en mi vida le he jugado.

ISMENIA. ¿El a b c no?

ALBANIO. Ese sí,
mas no el que se ha de jugar.

ISMENIA. Pues yo os le quiero enseñar,
que de una vez le aprendí.

ALBANIO. Con tan hermoso maestro
no hay favor que no me valga,
ni es posible que no salga
un discípulo muy diestro,
y más si me declaráis
el a b c de querer:
*a*mar, *b*er y *c*onocer
el bien del bien que me dais.

ISMENIA. No es amor, Albanio, ciencia
que quiere ser aprendida,
que viene a ser conocida
del alma con la experiencia.
Quiere bien y aprenderás
el arte del mal o el bien,
y cuanto quisieres bien
tanto más de amor sabrás.
Pero vengamos agora
al juego, y cesen las veras,
que si amaras, tú supieras
eso que tu alma ignora.
ALBANIO. ¿Cómo no?
ISMENIA. ¡Calla!
ALBANIO. No mandes.
ISMENIA. Mira que...
ALBANIO. Pues ¿por qué niegas?
ISMENIA. Advierte, Albanio, que ruegas.
VIRENO. ¡Qué efetos de amor tan grandes!
ALBANIO. En fin, no tengo de hablar.
ISMENIA. Digo que es el juego ansí.
ALBANIO. Yo te adoro.
ISMENIA. ¿A quién?
ALBANIO. A ti.
ISMENIA. ¡Calla!
ALBANIO. No puedo callar.

ISMENIA.

Ha de decir el que jugare un nombre
de un huésped, de una venta donde llegue,
que empiece por la letra que le cabe
si fuere *a*, por *a*, si *b*, lo mismo,
y luego diga el nombre de la huéspeda,
y qué le ponen de comer prosiga,
postre y principio y el manjar que sea,
carne y pescado, y que también comience
por la letra que digo que le toque,
y la ciudad también adonde vaya
de la primera letra tenga el nombre,
y adviertan que si yerra acaso alguna
ha de pagar su penitencia.

ALBANIO.

Sea,
y tú comienza.

ISMENIA.

¿Yo?

ALBANIO.

Tú.

ISMENIA.

¡Vaya!

ALBANIO.

¡Ea!

ISMENIA. *A*, primera letra tengo.
Por eso digo que voy
a *A*ntioquía, y porque estoy
cansada aquí me detengo,
que es una casa en que vive
*A*lbanio, un gran caballero,
a quien tanto estimo y quiero
cuanto él me estima y recibe.
*A*lcida, una bella dama,
quiere tomar por mujer,
de quien se puede creer
también que le adora y ama.
Por principio me pusieron
h*a*bas verdes, mal granadas.
PENISO. ¡Qué fruta para preñadas!
ISMENIA. Y en postre *a*lmendras me dieron;
carne de *á*nade comí
y una *a*nguila por pescado;
quedóse el huésped pagado
y yo contenta me fuí.
SILVANA. Bien ha dicho.
DALISO. ¿Quién mejor?
SILVANA. Vaya, Albanio.
ALBANIO. En mi conciencia
que temo la penitencia.
ISMENIA. ¡Oh qué gracioso temor!
ALBANIO. Pues me ha cabido la *B*,
yo digo que caminaba
a *B*enecia, donde estaba
el tesoro de mi fe.
Posé en casa de *B*ernardo,
que era un galán ginovés,
discreto, afable y cortés,
noble heredado y gallardo.
Era su mujer *B*elisa,
y tan bien me pareció,
que hasta el alma me robó
con una boca de risa.
Sentámonos a comer
y fué la carne un *b*enado
y un *b*esugo fué el pescado,
echado vivo a cocer.
Postre y principio, por Dios,
que no me acuerdo qué fué.
ISMENIA. Erró. Pague.
ALBANIO. Pagaré,
que basta mandarlo vos.
ISMENIA. Dadme una prenda.
ALBANIO. Ya es tarde;
la mejor tenéis allá.
ISMENIA. Si yo la tuviere acá
palabra os doy que la guarde.

Dadme aquesa banda verde.
ALBANIO. Cubrid el alma con ella,
porque esperanza tan bella
en ningún tiempo se pierde.
ISMENIA. El juego pase adelante.
VIRENO. Este me dicen que es juego;
yo le llamo fuego.
ASCANIO. Y fuego
al infierno semejante.
SILBANA. Diga Daliso.
DALISO. La *C*
es la letra que me cabe,
y digo que en una nave
a *C*orinto me embarqué.
Tomé puerto, y vino a ser
mi huésped en él un hombre
que era *C*larindo su nombre,
*C*amila el de su mujer.
La carne que allí comí
fué *c*alandria, y el pescado
un *c*angrejo, *c*olorado
como un fino *c*armesí.
Fué el principio, en verde hierba,
un *c*ardo, y no corredor;
pero el postre fué mejor.
SILVANA. ¿Qué?
DALISO. *C*alabaza en *c*onserva.
SILVANA. Bien dijo.
ALBANIO. Bien por extremo.
SILVANA. Diga Vireno.
VIRENO. Ya digo.
Por la *D* un camino sigo
donde *d*espeñarme temo.
Voy, en fin, a una ciudad
que se llama la *d*esgracia.
SILVANA. ¿Qué es lo que dices?
VIRENO. *D*almacia
iba a decir, en verdad.
En la venta en que posé
el ventero se llamaba
*D*emonio, y casado estaba
con el *d*esdén de mi fe.
DALISO. Gentil marido y mujer,
casados sin bendición.
¿Qué te dieron?
VIRENO. Un *d*ragón.
DALISO. Duro será de comer.
VIRENO. Fué el pescado una *d*esdicha,
iba a decir un *d*elfín.
Y fueron principio y fin
mucho daño y poca *d*icha.
SILVANA. Extremadas frutas son.
VIRENO. Pues pusiéronme otras ciento:
*d*olor y *d*esabrimiento
y gran *d*esesperación.
ISMENIA. Diga Ascanio.
ASCANIO. La *E*.
Yo os diré, por que os disguste,
que a la ciudad del *E*mbuste
por tierra y mar caminé.
Hallé casa, por mi daño,
llena de sombras y miedo.
Era el huésped el *E*nredo
y su mujer el *E*ngaño.
DALISO. Si a Troya, a lo menos, fuera
la *e*, llevara la joya;
que *E*lena le diera en Troya
casa y pecho en que viviera,
o le aposentara *E*neas,
que empieza también por *e*.
ASCANIO. Por donde yo caminé
son las huéspedas más feas.
Finalmente, yo comí
por principio *E*nigmas tales,
que en las primeras señales
mi destrucción conocí.
La carne fué unos *e*rizos
que el corazón me pasaban,
de unos ojos que miraban
livianos y antojadizos.
Un hechizo fué el pescado
que en piedra me transformó
después que el alma bebió
veneno en vaso dorado,
y fué el postre unas *e*ndechas,
propia fruta de desdichas,
a mi sepultura dichas
y para mis celos hechas.
ALBANIO. Ahora bien, el juego baste,
que no tenéis buen humor,
y así este tiempo es mejor
que en otro tiempo se gaste.
Yo he visto vuestro disgusto
y en veras de tanto fuego
mal pueden burlas de un juego
entreteneros el gusto.
Vámonos, y trataremos
que a la recién bautizada,
para cuando esté casada,
el dote le aseguremos.
DALISO. Bien ha dicho Albanio, y digo
que yo le mando el primero,
del buen agosto que espero,
dos cargos de blanco trigo.

ISMENIA. Yo una huerta orilla el Tajo
coronada de membrillos.
SILVANA. Yo le mando tres novillos
antes del yugo y trabajo.
VIRENO. Pues yo le mando a la niña
media legua de dehesa.
ASCANIO. Yo, un molino con su presa,
treinta almendros y una viña.
ALBANIO. Como quien sois habéis dado,
y por que sepa quien soy
desde aquí le mando y doy
mil cabezas de ganado.
Vamos, y cédula haremos
para que segura esté.
VIRENO. Vamos.
ASCANIO. Vamos.
PENISO. A la fe
que buen padrino tenemos.

(*Vanse todos y quedan* ISMENIA *y* SILVANA.)

ISMENIA. Enojado parte Albanio.
SILVANA. Enojado y de ira lleno
de las cifras de Vireno
y las enimas de Ascanio.
ISMENIA. Bien dicen que son los celos
más ciegos que el mismo amor.
SILVANA. Tal es la gracia y valor
que han dado a Albanio los cielos.
ISMENIA. ¡Ay, Silvana, por tu vida,
dime muchas cosas dél!
SILVANA. Sin duda que estás por él...
ISMENIA. ¿Qué estoy, Silvana?
SILVANA. Perdida.
ISMENIA. ¿Perdida?
SILVANA. Perdida, pues.
ISMENIA. ¿Qué dices?
SILVANA. ¿De qué te admiras,
que parece, si le miras,
que el cielo en tus ojos ves?
ISMENIA. Encubrirte la verdad,
fuera de ser caso injusto,
era agravio de mi gusto,
de su amor y tu amistad.
Yo adoro a Albanio, Silvana,
desde que hoy a Albanio vi.
SILVANA. ¿Díceslo de veras?
ISMENIA. Sí,
y estoy de la empresa ufana,
que a su raro entendimiento
ninguno habrá que resista.
Al sol de su hermosa vista
se desmaya el pensamiento.
Miren más los ojos tuyos
estos fáciles antojos,
que en nadie pondrá los ojos
que no le cieguen los suyos;
que tal cuerpo y alma hermosa
juntando a tanta nobleza
la misma naturaleza
puede dejar envidiosa.
SILVANA. Es de manera tu empleo
y tan rica tu esperanza,
que ningún ingenio alcanza
la gloria de tu deseo.
De Albanio la gentileza
y el nunca visto valor
podrán encender de amor
las piedras de más dureza.
Es gallardo, es apacible,
afable, humano, discreto
y, al fin, un alto sujeto
para amor incomprensible.
ISMENIA. Del todo quieres perderme.
¡Ay, Dios! No me digas más,
que en ocasión me pondrás,
Silvana, de enloquecerme.
Ella es una empresa bella;
pero, vamos, por tu vida;
hallaremos la parida
y despediréme de ella,
que de su amor y mis quejas
mañana hablarte confío.
SILVANA. Vamos.
ISMENIA. ¡Ay, Albanio mío!
¡Qué loca y ciega me dejas!

(*Vanse, y salen* ALBANIO *y* DALISO.)

ALBANIO.

¿Agrádate el papel?

DALISO.

Por todo extremo.

ALBANIO.

Bien significa lo que soy dichoso
el bien que sigo y el rigor que temo;
que es justo que se muestre temeroso
el que puede tener más confianza;
que es la humildad un acto virtuoso.

DALISO.

Al mismo cielo la humildad alcanza;
con ella vencerás el que pretendes.

ALBANIO.

¡Gloriosa posesión, rica esperanza!
¡Oh bella Ismenia! Que mi pecho enciendes
de dulce fuego que me abrasa el alma;
yo moriré, si acaso te defiendes.
Quedo por tu respuesta en mayor calma
que en alta mar la nave sin el viento.

DALISO.

Espera y sufre y llevarás la palma:
que en el amor el sabio sufrimiento
tarde o temprano coronado sale.

ALBANIO.

Yo forzaré mi ardiente pensamiento,
que si en Amor el sufrimiento vale
y yo me abraso bien, será forzoso
que a la del Fénix mi paciencia iguale.

DALISO.

Y ¿quién al rayo de su vista hermoso
el papel osará poner?

ALBANIO.

Silvana.

DALISO.

¿Quién se la dió a Silvana?

ALBANIO.

¿Quién? Frondoso,
que a todos mis zagales se la gana
en la solicitud de mi servicio.

DALISO.

Solícito es amor.

ALBANIO.

Todo lo allana.
Esta tarde, Daliso, tengo indicio
que Ismenia ha de ir al soto de la aldea,
siguiendo, como suele, su ejercicio;
y porque temo ya que el tiempo sea
en que podré gozarla, adiós, Daliso,
que está mi vida en que mi muerte vea.

DALISO.

Mira que te gobiernes con aviso
si algún competidor te diere enojos.

ALBANIO.

¿Dices Ascanio?

DALISO.

Sí.

ALBANIO.

¡Gentil Narciso!

(*Vase* ALBANIO *y queda* DALISO.)

DALISO.

Como eso enredan fáciles antojos
y temerá un hermano que te estima
no menos que en las niñas de los ojos.
Pero ¿qué me desmaya y desanima,
que el gran valor de Albanio es rayo fuerte
y no hay violencia que la suya oprima?

(*Salen* VIRENO *y* LISEO.)

VIRENO.

He trazado, en efeto, de esta suerte
el destierro de Albanio.

LISEO.

Has acertado,
pues sin sacarle sangre le das muerte;
mas, oye, que no está seguro el prado,
que está su hermano aquí.

VIRENO.

Daliso amigo,
¿qué haces pensativo y descuidado?

DALISO.

Aquí he venido a descansar conmigo
y volveréme si me das licencia.

VIRENO.

No quiero ser de tu dolor testigo.

DALISO.

Guárdete el cielo.

(*Vase* DALISO.)

VIRENO.

En fin, que de su ausencia,
si agora el pensamiento no me yerra,
es esta traza la mejor sentencia.
Yo pienso hablar al Conde, que esta tierra
tiene por suya y todos obedecen,
o sea en bien o en mal, o en paz o en guerra.
Diréle, entre otras cosas que se ofrecen,
que estos valles están alborotados
y grande mal y escándalo padecen
porque Albanio y Ascanio, enamorados
de Ismenia, se procuran dar la muerte
y tienen mil amigos conjurados.

El Conde, pues, si en el remedio advierte
de tanta gente estrago y alboroto
y que fuera imposible de otra suerte,
desterrará de nuestro valle y soto
este enemigo Albanio a Extremadura,
o algún lugar más áspero y remoto.
Hecho el destierro en esta coyuntura,
cesará de los dos el pensamiento
y quedará mi voluntad segura.
¿No te parece peregrino intento?

LISEO.

De suerte me parece peregrino,
que temo ya de Albanio el perdimiento.

VIRENO.

Vamos, que hablar al Conde determino.

(Vanse y salen ISMENIA *y* SILVANA.)

ISMENIA.

Negarte cosa alguna me parece
hacer un imposible al gusto mío.
Ya te he dicho que Albanio me enloquece.

SILVANA.

Pues ¿cómo hacerle intentas tal desvío?
¿Por ventura respuesta no merece?

ISMENIA.

Eso fuera, Silvana, desvarío.
Merece mucho Albanio, ya lo veo;
mas no merece fácil mi deseo.
Dilatémosle agora la respuesta,
que una mujer, por más que esté rendida,
ha de seguir los términos de honesta,
y en un papel está la muerte o vida;
que una palabra libre y descompuesta
de dos amantes y un tercero oída,
ni aun obra muy estrecha no confirma
lo que un papel en una letra afirma.

SILVANA.

Bien puede, Ismenia, hacerse confianza
de Albanio en fama y honra.

ISMENIA.

En honra y fama
no ha de ponerse en hombre la esperanza,
porque el mejor la quita y la disfama.—
Mas ¡ay mi Albanio! que con vos no alcanza
lo que con todos deslealtad se llama.
Perdón os pido, que ya sé que puedo
perder con vos de mi deshonra el miedo.

(Sale ALBANIO.)

ALBANIO.

Siguiendo vengo el sol más loco y ciego
que el tornasol que busca su luz pura,
y como Adonis, por los cisnes llego
a conocer la diosa de hermosura.
¡Oh bella imagen de mi alma, fuego
que en mi sentido en su crisol apura!
¡Temblando estoy! Si llegaré, si puedo...
Mas ¿ha de ser mi amor menor que el miedo?
¡Ismenia mía!

ISMENIA.

¡Albanio!

(Quédanse helados mirándose.)

SILVANA.

¿Sois de piedra
que ansí os quedastes mudos en miraros?
Aún si estuviera el olmo entre la hiedra
pudiera este silencio perdonaros.
Deja, Teseo, de adorar tu Fedra
dentro del alma, y comenzad a hablaros,
que hay mucho que decir y el tiempo es poco.

ALBANIO.

¡Ay, Silvana, que estoy perdido y loco!
Los más altos concetos que podía
imaginar de amor el amor mismo
pensados desde anoche los traía.
Mil de su cielo y mil de aqueste abismo,
y no sé cómo en ver la prenda mía
se cubre de un helado parasismo
el alma toda, que ya tiembla y duda
que ha hecho de los ojos lengua muda.
Yo hablo, y no soy yo, que yo no tengo
instrumento, señora, que voz forme.
Imagínoos mujer y a hablaros vengo
para que de mis males os informe;
más véoos ángel, y la voz detengo,
que es la humana a la angélica disforme,
y fuera bien, pues hay cielo en el suelo,
que diera el cielo al suelo voz de cielo.
Asegúroos humilde y como puedo
que soy, Ismenia mía, vuestro esclavo,
y que perdiendo a vuestra luz el miedo,
os contemplo, os bendigo y os alabo.
Como este nombre en alma y cuerpo quedo,
y en mi vida será principio y cabo.
Heladme o abrasadme, que en mis labios
tan bien suena favores como agravios.

ISMENIA.

¡Albanio mío!, que a pesar de un miedo
que heló mi alma cuando más ardía,
te llamo mío, pues en nombre quedo
de ser más tuya que me llamo mía,
ni responderte ni pagarte puedo;
la voluntad no es deuda que se fía;
mas si en amor hay justa confianza,
muera mi honor y viva tu esperanza.
Mucho te he dicho, no sé yo cuál fuerza,
en la sazón que yo más libre estaba,
mi lengua ayuda, mi temor esfuerza
para decirte lo que no pensaba.
Mas ríndase el temor, que amor me fuerza
a darte la esperanza que dudaba;
estima esta verdad libre y desnuda,
que esto respondo, en lo demás soy muda.

ALBANIO.

¿Posible es que merece el mismo suelo
ver tan humilde con su hechura indina
la estrella más hermosa de aquel cielo
adonde amor mi pensamiento inclina?
Aves ligeras, detened el vuelo;
parad, arroyos, vuestra plata fina;
estad, viento, en los árboles suspenso,
oiréis mi gloria y vuestro gozo inmenso.
Enmudeced, silvestres animales;
peces, dejad el agua; verdes días,
no la mentéis enamorados males;
dejad los mirtos y las fuentes frías,
y tú, gran Tajo, si a escucharme sales
de tus cuevas heladas y sombrías
y amor me da licencia al bien que pienso,
oiréis mi gloria y vuestro gozo inmenso.

SILVANA.

Albanio, pon silencio a tus razones,
que no está el bosque ni tu bien seguro.

ALBANIO.

Segura está mi alma de ladrones
si un pecho de cristal es fuerte muro;
mas ¿para qué, señora, miedo pones
al bien que temerario me aventuro?

SILVANA.

Porque he sentido gente.

ALBANIO.

¡Gente! ¿Adónde?

SILVANA.

Por esos blancos álamos se esconde.

(*Sale* ASCANIO *y escóndese.*)

ALBANIO.

Tienes razón, Silvana; Ascanio viene,
el mayor enemigo de mi gloria
y el que mayor envidia a mi bien tiene.

SILVANA.

No te cause tormento su memoria,
sufrir su competencia te conviene,
que en el amor no hay pena meritoria
como sufrir en paz la competencia.

ALBANIO.

No he visto en celos ni en amor paciencia.

ASCANIO.

¿Esto vienen a ver mis tristes ojos?
¿Esto viene a sufrir el alma mía?
¿Esto es razón que un hombre noble sufra?
¡Oh basilisco de mis ojos tristes!
¡Oh fuego que me abrasa las entrañas!
¿Quién te mudó tan presto del propósito
en que estabas ayer, cuando mi alma
enternecer se vió de tus estrellas,
que me miraron tiernas y suäves?
¡Ingrata Ismenia! ¡Plegue al alto cielo
que adonde estás agora... (Mas no sea
hasta que salgas del ameno bosque),
caiga un violento rayo que en memoria
de que hablabas secreto con Albanio
abrase y tale céspedes y hierbas,
árboles, flores, fruto! ¿Cómo es esto?
¿Sufriré que se hablen a mis ojos,
o con este puñal desesperado
en sangre albana lavaré mis celos?
¡Vive el cielo que adoro, que me han visto
y que se hablan y se ríen! Bueno,
no hay que esperar; no es sólo desdén éste:
pero desprecio y rabia que me abrasa.
Acometerle quiero, y este día
se encienda un fuego que estos valles queme,
los parientes y amigos amenace
y hasta el Conde, señor de aquesta tierra.
Mas ¡ay! que no, que Albanio está sin culpa.
Ismenia le miró, que Ismenia es falsa;
Ismenia me mató, de ella me quejo.
Llegarélos a hablar, aunque no sea
más de para estorbar que no se hablen.

¡Oh Albanio amigo! ¡Oh hermosa y bella Ismenia!
Gloria de aquestas selvas, luz y fuego
de mil apasionados corazones.
¿Dónde bueno?

ALBANIO.

¡Oh mi Ascanio! Entreteniendo
la tarde por aquestos mirtos
que en los cristales de este arroyo nacen
hallé estas damas con sus blancos ánades,
y a Ismenia, como a Venus, con sus cisnes.

ISMENIA.

Tarde es, Silvana, ya para nosotras.
Vocea aquesas aves y salgamos,
si te parece, de la selva al valle.

SILVANA.

Vamos, señora.

(*Vanse* ISMENIA *y* SILVANA.)

ALBANIO.

¿Mandas algo, Ascanio?
Porque Ismenia se va y quiero seguilla,
que, como es tan discreta, fuera loco
quien, pudiendo gozar su entendimiento,
por ocasión del mundo le dejara.
Hablaremos después en el aldea.

(*Vase* ALBANIO *y queda solo* ASCANIO.)

ASCANIO.

¿Hase visto en el mundo un pecho mísero
combatido jamás de tales ánsias,
ni en el ardiente Etiopia o fría Cítia
un hombre ajeno de razón tan bárbaro?
¿Por qué me acompañáis, armas inútiles
si no es para volver el temple rígido
al corazón y pecho pusilánimo
de quien en ocasiones tan legítimas
no sabe aprovecharse de la cólera
y entonces tiene el corazón más tímido
cuando le abrasa más el fuego cálido?
¡Oh Ismenia, Ismenia hermosa y ingratísima!
¡Alma cruel, en la hermosura angélica!
¿Adónde están mis esperanzas frágiles?
Pero fundélas en tus fuerzas débiles,
que fué fundar sobre el arena máquinas.
¿Qué fuego es éste que mi sangre y médulas
abrasa tan cruel y velocísimo,
que en ese mismo punto están mis nérvios
como cuelgan del hielo los carámbanos?
Marchito el corazón, y el color pálido;
en las entrañas tengo vivos áspides
y entre los ojos todo el fuego esférico.
¿Qué me miráis atentos, viles árboles?
Fuentes a quien llamé cristales líquidos,
¿por qué me retratáis y estáis mirándome
con este fuego y este ardor solícito?
Agora es tiempo de sacar los mármoles
de las entrañas de estos montes ásperos
y de romper las hiedras y los álamos,
tejidos nidos de casadas tórtolas
y lazos que enredaron vides fértiles,
que es menester aquí concorde música
adonde todo es voces y es escándalo:
que a un triste y solitario hasta los pájaros
causan disgusto y dolor intrínseco
saber se tiene desde el Tajo aurífero
al mar de España y las colunas de Hércules
que me miraron unos ojos fáciles
y quieren bien otro pastor más rústico.
Si aquesto no es envidia de sus méritos
y que en venganza desto voy con ánimo
de arder del Tajo las floridas márgenes,
los sembrados ajenos y domésticos,
y cuanto fuere de mi celo epítima,
pastores, loco estoy, loco está Ascanio.
¡Albanio quiere a Ismenia! ¡Ismenia a Albanio!

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* ALBANIO *y* DALISO *y* FRONDOSO.)

DALISO. ¿Has por ventura perdido,
Albanio, el entendimiento?

ALBANIO. Fuera en el dolor que siento
más poco haberle tenido.
No es el mal al bien igual,
su estado a entrambos los den,
que como se goza un bien,
es bien que se llore un mal.
Si es del bien el alegría,
sea del mal la tristeza;
el bien acaba, y empieza
el mayor mal que temía.
Su secretario del Conde,
que es señor de aquesta tierra,
me dice que me destierra
y el sol de mi vida esconde.
Larga plática me hizo
de toda su voluntad:
dióle voces mi verdad,
pero no le satisfizo.

Dice que soy confusión
de estos valles, y, en efeto,
que enciendo un fuego secreto
en daño de mi opinión.
Al fin me manda que salga
dentro de un hora de aquí:
juzga, Daliso, por ti
si hay paciencia que me valga,
y si con causa la pierdo
y estoy deste agravio loco.

DALISO. Cuando el mal, Albanio, es poco,
¿qué hace el hombre en ser cuerdo?
Cuando es grande, entonces es
la cordura y el valor,
y hacelle rostro al dolor
es sujetalle después.
Ya sucedió desta suerte.
¿Qué se puede, Albanio, hacer
sino ausentarte y poner
el mismo pecho a la muerte?
Aunque no es tanta crueldad
esta que agora se ofrece.

ALBANIO. ¡Ay Daliso, bien parece
que hablas con libertad.
¡Qué bien habla de la guerra
quien trae ceñida la espada
limpia de sangre y dorada
en los muros de su tierra!
¡Qué bien habla de la mar
quien desde el puerto la mira!
¡Qué poco el griego se admira
cuando ve a Troya abrasar!
¡Qué bien sabe dar consejos
el que a nadie tiene envidia!
¡Y qué bien al toro lidia
el que le ve desde lejos!
¡Qué bien duerme con sosiego
quien nunca tuvo dolor!
¡Y qué bien habla de amor
quien nunca ha visto su fuego!
¡Seso pides y paciencia
para mal tan inhumano!
Bien sabes, Daliso hermano,
las condiciones de ausencia.
Tan poca paciencia y seso
pienso en este mal tener,
que ya me puedes temer
algún temerario exceso.
Ve, Frondoso, y si por dicha
a mi Ismenia puedo hablar,
di que le quiero contar
la ocasión de mi desdicha.
Iba a decirte que quiero
despedirme della.

FRONDOSO. Iré
como mandas, aunque sé
cuán triste respuesta espero.
Podrá ser que haya bajado
con sus ánades al río.

ALBANIO. ¡Ay! detente, que el sol mío
ya viene alumbrando el prado.
La hierba que reverdece
me ha dicho que viene aquí,
que para avisarme a mí
todo se alegra y florece.

(*Sale* ISMENIA.)

Retiraos a aquel lentisco.
¡Ay, Ismenia! Que tus ojos,
siendo paz de mis enojos,
hoy serán mi basilisco.
Hoy, mi bien, serás mi mal,
mi cielo y mi duro infierno,
mi alegría y llanto eterno,
mi vida y mi muerte igual.
Tú, que mi descanso fuiste,
hoy serás mi perdición,
y aunque eres tú la ocasión,
no eres tú quien me la diste.
No sé si sabes mi pena;
no sé si sabes mi daño,
la envidia y el falso engaño
que a la muerte me condena.
Mas ya él mismo se descubre,
ya creo que le sabrás,
porque el alma donde estás
ninguna cosa te encubre,
que de tantas penas mías
la causa juraré yo
que apenas me sucedió
cuando tú ya lo sabías.

(*Un lienzo en los ojos.*)

¿Adónde el rostro me escondes?
Cuando espero en tanta mengua
el consuelo de tu lengua
¿con lágrimas me respondes?
Enjuga en tu rostro luego
las perlas que resplandecen,
que aunque de agua te parecen
son en mi alma de fuego.
Y aunque en mi daño te asombres,
me importa más tu consuelo;
que si llora fuego el cielo

abrasaránse los hombres.
Habla, mi bien. ¿Qué es aquesto?
¿No merezco oír tu voz?

ISMENIA. ¡Ay, tiempo libre y veloz,
tarde al bien y al daño presto!
¡Para tan breve contento
fabricabas tanta historia,
y para tan breve gloria
tantos años de tormento!
¿Es posible ¡Albanio mío!
(Mas ¡qué falso nombre os doy!
pues se viene a acabar hoy
el poderos llamar mío.)
que han tenido tanta fuerza
mis crueles enemigos
y vuestros falsos amigos
a la envidia que los fuerza,
qué os han de apartar de mí
adonde no os pueda ver?

ALBANIO. Envidia debe de ser,
que nunca a nadie ofendí.
¡Ay! no volváis a llorar,
porque tanto sentimiento
crece del alma el tormento
y del agravio el pesar.
Y ya que como el aurora
de aljófar la hierba honréis
y con nubes ecliséis
el sol que la tierra dora,
ya que esas lágrimas hayan
de verterse a mi pesar,
haré yo mi alma el mar
adonde paren y vayan.
Y de las vuestras y mías,
ahogado entre mis daños,
al principio de mis años
veréis el fin de mis días.
El Conde me ha desterrado
porque dicen que ha sabido
lo poco que os he servido
y lo mucho que os he amado.
Hanme hecho matador,
sin que sepa de qué modo;
y lo más cierto de todo
es que me ha muerto el amor.
Porque mato me destierra
siendo yo el muerto; mirad
si se engaña la verdad
y si la justicia yerra.
Quise hablar al Conde, y vi
que era mostrar sentimiento
acreditar el tormento
del mucho bien que perdí.
De suerte que estoy dispuesto
a la muerte y a la ausencia,
que como tenga paciencia,
la vuelta me afirman presto.
Y creo yo que será
luego que cese el rigor
de esta opinión que tu amor
entre la gente me da,
que dicen que estoy tan ciego,
que si el Conde te sirviese,
le aseguran que pusiese
a toda su casa fuego.
Y no se engaña el jüez,
porque el fuego que me abrasa,
el mundo, que no su casa,
puede abrasar de una vez.

ISMENIA. Albanio, donde la fuerza
el mayor derecho pierde,
la verdad se humille y tuerza,
porque cuando el sol se esfuerza
se seca el campo más verde.
Al Conde no hay resistencia,
y aunque el mal es sin paciencia,
es menester esforzalla
y apercibirse a batalla
contra las armas de ausencia.
Lleva, mi bien, por escudo
la mucha fe que me debes,
que, como otra tanta lleves,
que le embotarás no dudo
cuantos aceros le pruebes.
Lleva el peto de mi amor,
que es diamante de valor,
y de esperanza la gola,
que el alma por ella sola
respira de su dolor.
Mas ¿cómo yo te aconsejo?
¿Es posible que he creído
que te vas y que te dejo?
Si tu ausencia he consentido,
¿por qué del Conde me quejo?
Pero ¿qué sirve engañarme?
Que siendo para matarme
era tu ausencia muy cierta.

ALBANIO. ¡Ay de mí si fuese muerta
quien ha de resucitarme!
Yo te juro que yo sea
tan leal, firme y constante,
que en esta ausencia se vea
en su punto de un amante
la fe que el amor desea.

La noche, la oscuridad,
serán mi sol y mi día;
el enojo, mi alegría,
y la misma soledad
mi regalo y compañía.
Será el abril a mis ojos
un campo lleno de abrojos;
el cristal del agua, un fuego;
la cama, desasosiego,
y los amigos, enojos.
Yo viviré, si no muero,
tal que te espantes y digas:
"¡Albanio fué verdadero!"

ISMENIA. Si mucho, Albanio, me obligas,
es mucho lo que te quiero,
porque jurarte podría
que en tu ausencia ningún día
salga de mi choza al campo;
ni en esta arena que estampo
se vuelva a ver planta mía.
Huiré la conversación
de cualquiera que me adore
o no me tenga afición,
y jamás oiré canción
que no me obligue a que llore.
Esos ánades que guardo,
que cisnes llamar solías,
no beberán aguas frías
en los años que te aguardo,
aunque tú los llamas días.
No mojará la ribera
del Tajo mis tristes pies,
ni el baile de mes a mes
sentada a verle siquiera
mientras que tú no le ves.
Seré esta peña en firmeza,
y aqueste roble en dureza
para Vireno y Ascanio,
que es rey de mi pecho Albanio
y adoro su gentileza.

ALBANIO. Yo creo cuanto me afirmas
dese valor soberano,
y en señal que lo confirmas,
dame, señora, esa mano,
que, apretadas, hacen firmas;
y también alguna prenda
que del dolor me defienda
que tu ausencia me ha de dar.

ISMENIA. Tras el alma no hay que dar;
ésta Ismenia te encomienda.
Ve aquí, Albanio, mi mano.

ALBANIO. Salió el sol entre las nubes
de mi pensamiento vano.
¡Oh mano que al cielo subes
de tu cielo un hombre humano!
Aquí se acaben mil vidas
primero que me dividas,
ausencia, de tanto bien.

ISMENIA. Haz que las almas estén
como las manos, asidas.

ALBANIO. De la mía lo aseguro.

ISMENIA. Pues yo también de la mía.

ALBANIO. Yo lo afirmo.

ISMENIA. Yo lo juro.

ALBANIO. Amor a entrambos nos fía.

ISMENIA. Yo soy hiedra.

ALBANIO. Yo soy muro.

ISMENIA. ¿Dónde vas?

ALBANIO. Aquí me quedo.

ISMENIA. Pues ¿no te vas?

ALBANIO. ¿Cómo puedo?

ISMENIA. Luego ¿aquí te quedas?

ALBANIO. Sí.

ISMENIA. ¿Y si te vas?

ALBANIO. ¡Voy sin mí!

ISMENIA. Pues ¡llévame!

ALBANIO. ¡Tengo miedo!

ISMENIA. ¿Qué temes?

ALBANIO. ¡Tu daño temo!

ISMENIA. ¿Olvidarásme?

ALBANIO. ¡Jamás!

ISMENIA. ¡Ya me abraso!

ALBANIO. ¡Ya me quemo!

ISMENIA. Pues contigo y sin ti vas,
dime dónde...

ALBANIO. Voy de Extremo,
que pues lo soy de querer,
en todo le he de tener.

FRONDOSO. ¡Gente viene!

DALISO. Avisa a Albanio.

FRONDOSO. ¡Ce! Albanio, aquí viene Ascanio.

ISMENIA. ¡Ay, triste! ¡Qué hemos de hacer!

ALBANIO. Entra, por que no te vea,
entre esos sauces, mi gloria.

ISMENIA. Como quiere el tiempo, sea.
Adiós.

ALBANIO. Ten de mí memoria.

ISMENIA. Vuelve esta tarde al aldea.

(*Vase* ISMENIA *y salen* VIRENO *y* ASCANIO.)

ASCANIO. En tu busca hemos venido,
y en nombre de todo el valle,
que ya llora haber perdido
un pastor tan bien nacido,

de tus prendas, gracia y talle.
Por todos te doy aquí
el pésame, si es ansí
que tan apriesa te vas.

VIRENO. Y como a quien pesa más,
yo, mi Albanio, de por sí.

ALBANIO. ¡Que os pesa mucho!

VIRENO. En extremo,
y que lo mereces sabes.

ALBANIO. (Declararme agora temo.)

VIRENO. Pues entre pastores graves
eres, Albanio, supremo.
Bramarán por ti las fieras,
estas huérfanas riberas
y aquestos desiertos valles,
que las piedras de las calles
te nombran.

ALBANIO. ¿A fe?

VIRENO. ¡De veras!

ALBANIO. ¡Gran cosa será de ver!
Ahora bien, yo he menester
partirme; quedad con Dios.

VIRENO. ¿Tan seco estás con los dos
a quien debieras querer,
los que tu ausencia lloramos?
De tan fiera ingratitud
galardonados quedamos.

ALBANIO. ¡Ansí os dé Dios la salud!
Ahora bien, Daliso, vamos.
Dame tú, Frondoso amigo,
aquel mi gabán leonado,
de mis venturas testigo.

VIRENO. Por Dios, que nos has tratado
con aceros de enemigo.

ALBANIO. Antes de mi fe soy franco.

FRONDOSO. ¿Llevarás pellico?

ALBANIO. ¿Pues?
Si yo parto, el alma arranco.

FRONDOSO. ¿Cuál?

ALBANIO. Cualquiera que me des
que tenga amarillo y blanco;
y pon a mi yegua el freno
mientras que me visto. Adiós,
¡adiós, Ascanio y Vireno;
adiós, que entrambos a dos
habéis sido mi veneno!
¡Adiós, Tajo! ¡Adiós, ribera!
¡Adiós, peñascos y plantas,
que mejor tiempo os espera
si vuelvo a poner las plantas
donde os vi la vez primera!
¡Oh envidia, todo lo alcanzas!;
mas si vuelvo a ver mudanzas
en mi destierro y congojas,
yo os veré vestidos de hojas
y vos a mí de esperanzas.

(*Vanse y quedan* VIRENO *y* ASCANIO.)

VIRENO. Mas que nunca ¡plegue al cielo!
te vuelva a ver esta selva,
ni este bosque a ver te vuelva.

ASCANIO. ¡Mal áspid salga del suelo
y en los pies se te revuelva!

VIRENO. ¡Oh basilisco del valle!,
que ni ventana ni calle
se libró de tus enojos,
que tantas envidias y ojos
iban siguiendo tu talle.
¡Ya no habrá quien me dé celos!

ASCANIO. Luego ¿ya quedas seguro,
Vireno, de mis recelos?

VIRENO. Yo sé que el bien que procuro
hoy me le han dado los cielos,
que aunque tu buena presencia
pudiera hacer competencia
con todo el valle, yo sé
que estima Ismenia mi fe
y que me alaba en ausencia.

ASCANIO. Tan vana es tu confianza
como fué tu pensamiento,
que si algún merecimiento
al mucho de Ismenia alcanza,
se ha de hallar en mi tormento.
¿Cuándo en el valle ha vivido
pastor más favorecido,
ni cuándo ha habido pastor
que, como tú, su rigor
haya llorado y sentido?
Si alguien piensa que te ama
es porque tú por la aldea
andas echando esa fama;
que yo sé que te desama
y que tu muerte desea.
Sino que a ti te parece
que el decir que favorece
tus fingidas confianzas
ataja mis esperanzas
y mi intento desvanece.
Pues no, Vireno, que es mía,
y, a pesar de aquesos fieros,
he de seguir mi porfía,
de noche, con mis aceros
y con mis galas de día.
Mi bayo de cabos negros

ha de salir por la villa
con el freno bajo y silla,
por quien ya más de dos suegros
suelen andar de rencilla,
y aun hoy pasear me agrada
y darte envidia pesada
y celos que disimules
con mis polainas azules
y mi espuela plateada.

VIRENO. Eres un galán jinete,
porque a pie para galán
poco tu brío promete.
Hoy a gran peligro están
más de dos y aun más de siete.
Arderánse mil zagalas
entre tu jineta y galas,
pues que si sales bridón
tirará desde el airón
Cupido flechas y balas.
¡Ah, confiado Narciso!
Yo sé que tú eres infierno
donde yo soy paraíso,
pues pisas hielos de invierno
adonde yo flores piso.
¿Piensas que me maravillo
cuando más se desvanece
tu fe con mi amor sencillo?
Pues busca algún buen novillo
que apostar que te aborrece,
que yo (1) otro que ayer
sufrió con dos mil corcovos
el hierro a más no poder,
con un mastín que ha de ser
persecución de los lobos,
que si ella no te dijere
que te aborrece y se muere
por Vireno, desde aquí
será tuyo.

ASCANIO. Quede ansí.
Dóisele si ella le quiere,
que yo sé que le he ganado.

VIRENO. ¡Oh cómo está confiado!

(*Sale* ISMENIA.)

ISMENIA. Tanto se tardan en ir,
que por fuerza he de salir
por no pasar por el vado.
¡Dios sabe lo que me pesa!

ASCANIO. ¡Ay, Vireno! ¿Ves aquí
la causa de nuestra empresa?

VIRENO. No es pastora, ¡juro a mí!,
sino señora o marquesa.—
A tiempo, Ismenia gallarda,
has venido; espera, aguarda,
que en paz nos has de poner.

ISMENIA. Agora tengo que hacer.
Desvíate, Ascanio, guarda.

ASCANIO. Cuando escuchado nos hayas
consentiré que te vayas.

ISMENIA. Pues ¿qué me queréis decir?
¿No veis mis ánades ir
por entre esas verdes hayas?

VIRENO. Deja ya, Ismenia, el ganado;
ten cuenta con el perdido,
que mi novillo el manchado,
para servirte ofrecido,
he con Ascanio apostado,
y aquí nos has de juzgar,
aunque yo me juzgo indigno
de que me puedas amar,
si soy de tu amor más digno
o si él me puede ganar.
¡No te muestres desdeñosa
por una tan fácil cosa!
¡Hazlo, por tu vida!

ISMENIA. Espera.
¿Quieres que alguno prefiera?

ASCANIO. Eso mismo, Ismenia hermosa.

ISMENIA. Un poco de prisa llevo,
pero, al fin, por lo que os debo,
quiero detenerme un poco.

VIRENO. ¡Si el favor me vuelve loco!
A darte el premio me atrevo.
¡Bien sé yo que el precio es tosco!
Pero serviráste dél,
que es la voluntad fiel
y el toro castizo y hosco,
manchado como un lebrel.

ASCANIO. Si yo venzo, Ismenia mía,
indino el precio sería
de darte por triunfo y palma,
y ansí espero que mi alma
goces en premio este día.
Di a cuál de los dos te inclinas,
que si esas manos hermosas
darme, Ismenia, determinas,
yo haré en el mundo famosas
tus perfecciones divinas.

VIRENO. O escribiráslas en verso,
y ansí por el universo
irá la fama con ellas.
Mejor yo con perlas bellas,

(1) Falta el verbo, que sería "ofrezco" o "pongo".

plata pura y oro terso.
Ea, Ismenia, ¿qué imaginas?

ISMENIA. Miro vuestras voluntades
tan raras y peregrinas
y hallo mil dificultades.

VIRENO. Algún peligro adivinas;
mas, mira: concierto ha sido
que tanto el aborrecido
como el querido te quiera.

ISMENIA. Yo, amigos, bien escogiera
el que ha de ser preferido,
pero igualaros deseo,
y ansí digo que el trofeo
de aquesta apuesta se dé...

ASCANIO. ¡Cielos! Yo soy.

VIRENO. ¡Yo seré!

ISMENIA. Oíd.

ASCANIO. ¡Lo que temo creo!

ISMENIA. Encima de esta montaña,
cuyo pie riscoso ciñe
el que en las sierras de Cuenca
tiene nacimiento humilde,
salutíferos romeros
y verdes retamas visten;
entre solitarios tejos,
una cueva inaccesible
adonde nuestros pasados
dicen que vive una esfinge
como la antigua que en Tebas
propuso enimas sutiles.
Tiene el rostro de doncella
y el cuerpo de fiera tigre,
aunque afirman que cubierto
de plumas de águila y cisne.
Esta guarda el agua pura
que un alta peña despide
que ningún hombre la coja,
ave beba, animal pise,
que en lavándose con ella
cualquiera pastora, dicen
que su rostro vencería
a alabastros y marfiles.
Al que quiera entrar por ella
sola una cosa le pide,
y es que una enima declare,
ni muy clara ni difícil:
si la acierta, coge el agua;
si la yerra, muere el triste
entre sus manos sangrientas,
por más que el cielo lastime.
Aquí dicen que subió
una vez gallardo Tirsi
y halló durmiendo en la cueva
los ojos de fiera lince;
trujo el agua a su pastora,
que amaba entonces a Lisis,
cuyo rostro vence agora
la nieve que el sol derrite.
Pero no hay fiarse en esto,
que a veces el sueño finge,
y ansí es bien que se prevenga
quien tan alta empresa admite.
Agora el que de vosotros
con esta hazaña me obligue,
quiero que mío se nombre
y estos brazos lo confirmen,
que, fuera de que es muy justo
que su fama inmortalice,
será mi esposo y la prenda
que más en mi alma estime.

ASCANIO.

Aunque esta empresa, bella Ismenia, tiene
más que de varonil de temeraria
y parece que un hombre a morir viene,
con alma a tu servicio voluntaria
emprendella animoso me conviene,
que del amor la muerte es vil contraria
que, venciendo, el gozarte es dulce suerte,
y muriendo por ti, vida es la muerte.

Yo voy a verme con aquese monstro
que con tan alto ingenio enimas fragua,
y tú verás si no le rindo y postro
y, a pesar de sus manos, traigo el agua;
que no será belleza de tu rostro,
pero mitigará la ardiente fragua
que me consume el pecho. Adiós, que subo
con más valor que en Grecia Alcides tuvo.

(*Vase* ASCANIO.)

VIRENO.

Si este competidor, si este cobarde,
parece que me da valor y ejemplo,
crea este fuego que me abrasa y arde
que en estas aguas desta vez le templo,
y aunque presuma amor que voy más tarde,
yo llegaré más presto al palio y templo,
trairéte el agua y mataré la esfinge
que es tigre y es mujer y enimas finge.

(*Vase* VIRENO.)

ISMENIA.

Si como llevan ánimo les dura
y quiere amor que a lo difícil vayan

y al mostralles el miedo su figura
no vuelven las espaldas y desmayan,
su destruición y muerte va segura,
por donde sus remedios atalayan:
y estáme bien la muerte de esta gente
para llorar mejor mi Albanio ausente.

(*Sale* MARANDRO, *viejo, padre de* ISMENIA.)

MARANDRO.

Ventura ha sido hallarte, Ismenia, hija,
en aquesta ocasión.

ISMENIA.

¡Oh padre amado,
de qué nueva ocasión se regocija!

MARANDRO.

Ismenia, en este punto me ha nombrado,
entre los mayorales de esta aldea,
para un oficio sumamente honrado
el Conde que gobierna y señorea
estas riberas que corona el Tajo.

ISMENIA.

El parabién te doy; para bien sea.

MARANDRO.

Será para mi bien, aunque es trabajo
vivir agora de mi tierra ausente;
pero mi hacienda y crédito aventajo.
Adonde el Betis con ceñida frente
de blanca oliva a la vecina playa
del mar de España junta su corriente,
me manda, Ismenia, que a cobralle vaya,
de ciertas rentas suyas, grande hacienda,
sin que otro dueño en las cobranzas haya.
La brevedad tras esto me encomienda,
y así será muy justo que esta tarde,
ya cuando el sol ni pueda ni te ofenda,
de lo que has de llevar haciendo alarde,
partas, Ismenia, aunque una legua sea
y no repliques, ansí Dios te guarde.

ISMENIA.

¡No sé, señor, si lo que dices crea!
¿Tan lejos ausentarme determinas?

MARANDRO.

Sí, hija; que eres moza y no eres fea,
y de todas las villas convecinas
hacen nido en mi casa mil pastores,
como en techo de iglesia golondrinas,
que todos, por tu amor competidores,
decienden a bandadas el verano
al grano de tus gustos y favores.
Yo he menester guardar con llave el grano;
que aquestas aves de dorado pico
suelen echarle sueño al hortolano.

ISMENIA.

Ya sabes que a tu gusto no replico,
y que le sigo en cuanto puedo sabes.

MARANDRO.

Déte marido el cielo, hermoso y rico,
que con esa humildad tendrás las llaves
de mis secretos y mi hacienda. Vamos,
vamos, hija querida, ojos suäves,
y haz cuenta que en llegando que llegamos
te pones un vestido de palmilla,
con mejor guarnición que al otro echamos.

ISMENIA.

Ya voy, señor; ¡oh extraña maravilla
de las que el tiempo fugetivo hace!
¡Adiós, famoso Tajo y verde orilla,
que ya con más razón me satisface
aquesta ausencia, pues Albanio os deja,
de quien mi soledad comienza y nace.
Yo me alejo de vos, pues él se aleja,
que ausente quiero de mi bien quejarme,
pues él ausente de su bien se queja,
que cuando vuelva volveré alegrarme.

(*Vanse y salen* VIRENO *y* ASCANIO.)

VIRENO. Ve despacio y pisa quedo,
Ascanio, que entre estos ramos
parece que ya pisamos
la muerte en sombra de miedo,
que por dicha dormirá
aquesta esfinge cruel.

ASCANIO. Hablé a Tirse y supe dél
adónde la cueva está,
y entre estos pálidos bojes
me dice que tiene el puesto.

VIRENO. Mejor irás, y más presto,
si entre ellos el cuerpo encoges,
que te agarran el pellico
y al soltar suenan las hojas.

ASCANIO. Ya con la esfinge te antojas.

VIRENO. ¡Dios nos libre de su pico!
¡Ay, ay!

ASCANIO. ¿Qué es eso?

VIRENO. ¡Ay!

ASCANIO. ¿Qué fué?
¿Qué dices?
VIRENO. ¡Cata la cruz!
ASCANIO. ¿No ves que es una avestruz?
VIRENO. ¡Que era la esfinge pensé!
¡Dios nos saque con bien desto!
ASCANIO. ¡Calla, que aquésta es la cueva!
VIRENO. Con el viento que se mueva
habemos echado el resto.
¡No veo sino visiones!
¡Todo es fantasmas y sombras!
ASCANIO. Si la esfinge...
VIRENO. ¡Si la nombras,
muerto soy!
ASCANIO. ¿Dónde te pones?
VIRENO. ¡Aquí detrás!
ASCANIO. ¿No la ves?
VIRENO. ¡Ay de mí!
ASCANIO. ¿Vesla dó sale?
VIRENO. ¡Si agora el huír me vale
la vida debo a mis pies!

(*Huye* VIRENO *y sale la* ESFINGE, *con rostro de mujer y cuerpo de león en pie.*)

ESFINGE.

¿Quién eres tú, atrevido,
que has osado pisar estos umbrales?
¿No miras, divertido,
mil cadáveres de hombres y animales
que en la hierba blanquean,
el campo cubren y este monte afean?
¿Supiste, por ventura,
que era mía esta cueva, o por engaño
diste en su boca escura?

ASCANIO.

Yo soy de aquesta tierra tan extraño
que vengo sin indicio
de tu nombre, tus señas y tu oficio.
Amor me inspira y llama
a conquistar la temerosa empresa
de tanto nombre y fama.
Amor de una pastora que profesa
hacer tu oficio mismo
condenando mil almas al abismo.
Por esa agua me envía
que guardas con tu enima y con y con tus [manos,
y aunque la muerte mía
puede ser fin de mis intentos vanos,
propónla, a ver si acierto,
que cuando yerre, matarás a un muerto.

ESFINGE.

Escúchame y responde:
¿Cuál es aquel hermoso y viejo padre
de todo cuanto esconde,
desde que se formó la antigua madre,
que tiene seis amigos,
de su grandeza y majestad testigos;
hace un largo camino
adonde doce huéspedes le acogen,
ya fiero, ya benino,
para que ellos se ablanden o se enojen,
y éstos, que le sustentan,
otros doce criados le alimentan?
En cinco partes rige,
y más de dos mil veces muere y nace,
despierta, cansa, aflige,
deleita, ofende, ciega y faltas hace,
y no hay quien le parezca
aunque hay quien le dé enojo y enflaquezca.

ASCANIO.

¿Has dicho?

ESFINGE.

Esta es la enima.

ASCANIO.

Pues imagina que es cosa tan clara
que ya mi fe se estima
y en mi favor el premio se declara.
¡Oh cielo! ¡Ismenia mía!
Y tu enima es el sol que alumbra el día.

ESFINGE.

¡El sol! Pues ¿de qué suerte?

ASCANIO.

Porque el sol es de todo el mundo padre,
pues él y el hombre advierte
todo lo engendran y la antigua madre,
la tierra, y los amigos,
los seis planetas de su luz testigos.
El camino es el año
que tarda en dar la vuelta por los cielos...

ESFINGE.

¡Engáñaste!

ASCANIO.

¿Me engaño?
Por su eclítica línea y paralelos.

ESFINGE.

¿Y los huéspedes doce?

ASCANIO.

Los planetas, que un niño los conoce.

ESFINGE.

¿Y los doce criados?

ASCANIO.

Los doce meses en que el año partes,
o graves o templados,
y las zonas, que son las cinco partes,
las frías y encogidas
del ártico y antártico regidas;
las otras dos templadas
al trópico de Cancro, y la más hórrida
de las cuatro nombradas
que por su fuego ardiente llaman tórrida;
la rige y guarda en torno
la línea equinocial y el Capricorno.
El sol nace al oriente,
muere al ocaso y cansa en el verano
con el calor ardiente.
Es en invierno saludable y sano;
ninguno le parece,
y un eclise le ofende y escurece.

ESFINGE.

¡Vencísteme! ¡Venciste!
¡Oh ingenioso pastor! Entra y alcanza
el bien que mereciste
y duélase el amor de tu esperanza,
que en siendo yo vencida
corta la parca el hilo de mi vida.

(Vase.)

ASCANIO.

¡En su cueva se mete!
¡Oh qué suspiro dió! ¡Sin duda es muerta!
¡Gran premio me promete
amor, y a recibirme está a la puerta!
¡El agua pura sale,
que no hay puro cristal que se le iguale!
¡Quiero cogerla, y sea
templanza de mi fuego, y aun el monstro,
si es muerto, irá al aldea
por que vean sus obras y su rostro,
igual al que me vende,
que, siendo de ángel, como infierno enciende.

(Vase y salen ALBANIO *y* FRONDOSO.*)*

ALBANIO. ¿Que eso me cuentas, Frondoso?
¿Que Ismenia al Betis se fué?

FRONDOSO. Apenas lo imaginé
cuando el Tajo caudaloso
y sus montañas dejé,
y, no dando al tiempo tregua,
puse los pies a la yegua,
que corrí por tanto extremo,
lo que hay del Tajo al Extremo,
como si fuera una legua.
Ella, señor, se partió
porque su padre, celoso
de dejarla, presumió
hallarla con nuevo esposo.

ALBANIO. No dudes fuéralo yo.
¡Oh qué gran ventura fuera
si sólo al Betis partiera
y yo al Tajo de secreto,
donde amor su dulce efeto
a mis esperanzas diera.
Y no le tendrán muy malo
si sus jornadas igualo
y, por fin de mis enojos,
me vuelvo a ver en los ojos
donde me abraso y regalo.

FRONDOSO. Luego ¿allá quieres seguilla?

ALBANIO. Pues ¿quién me lo estorba? ¡Necio!

FRONDOSO. Pues...

ALBANIO. No hay pues: camina, ensilla.

FRONDOSO. No tienen tus priesas precio.

ALBANIO. ¡Oh Betis! ¡Oh santa orilla!

FRONDOSO. Aqueso sí, canoniza
agora el arena y agua
y a idolatrar te desliza.

ALBANIO. Este es hisopo de fragua
que, por apagar, atiza.
¡Demonio! Dame en que ir
a ver aquel ángel bello.

FRONDOSO. ¿Luego, te quieres partir?

ALBANIO. Luego, que estoy de un cabello,
¿quieres dejarme morir?

FRONDOSO. Pues, alto; vente conmigo,
que a estar a punto me obligo
antes que nos cubra Tetis.

ALBANIO. ¡Oh santas aguas del Betis!,
¡yo os adoro, y yo os bendigo!

(Vanse y salen PINARDO *y* GALATEO, *pastores del Betis.)*

PINARDO.

Vino a aquesta ribera, Galateo,
la hermosa Ismenia puede haber diez días,
de cuya vista es hijo mi deseo,
y comenzaron las desdichas mías.

Es mi alma la mesa de Fineo,
que la persiguen áspides y arpías,
que así mis pensamientos se sustentan
y con rostros hermosos me atormentan.
Su viejo padre, que Marandro llaman,
es por extremo de mi bien celoso,
que ha visto los suspiros que derraman
mi alma y pecho por el suyo hermoso,
que como nunca pueden los que áman
tener cubierto el fuego riguroso,
no solamente gente de su casa
sabe ya el fuego que mi alma abrasa.

GALATEO.

Ese tu fuego, público o secreto,
Pinardo amigo, es tal, que no consiente
ser visto de hombre noble ni discreto
que no se rinda a su rigor ardiente.
Es Ismenia un altísimo sujeto
que obliga siempre a amar por acidente,
y cuando desta suerte no moviera,
la mejor eleción del mundo fuera.
No te condeno el alto pensamiento
que has tenido en amarla, antes le alabo,
y en el discurso de tu nuevo intento
te serviré, Pinardo, como esclavo,
que aquel rostro y divino entendimiento,
cuyos misterios de entender no acabo,
vencen las piedras y este monte admiran,
cuanto más a los hombres que la miran.

PINARDO.

¡Oh Galateo! ¡Cómo muestras claro
tu buen entendimiento y tu buen gusto
en conocer aquel ingenio raro,
altísima ocasión de mi disgusto,
que de su rostro peregrino y raro,
no sólo nuestros ojos, como es justo,
pero los rudos, simples animales
reconocen las partes celestiales!
Yo he de seguir aqueste pensamiento
si me cuesta la vida.

GALATEO.

Y ¿en qué punto
está tu pretensión?

PINARDO.

Está mi intento
en obligarla.

GALATEO.

Aqueso te pregunto.
No pienses, convertido en tu tormento
y de abrasado amor fénix difunto,
vencer la condición de las mujeres;
ni con sólo llorar remedio esperes.

(*Vase* ISMENIA.)

PINARDO.

¡Oye, escucha, detente, Galateo!
que ésta es Ismenia o en la misma idea
me la muestra en imagen el deseo.

GALATEO.

No tienes que dudar de que ella sea.

PINARDO.

¡Gracias, amor!—Ismenia, ¡que te veo!
Si no te pesa a ti de que te vea
en esta soledad, donde mis ojos
te muestren de mi alma los enojos

ISMENIA.

¡Qué buen encuentro para quien venía
a buscar y llorar su Albanio ausente!

PINARDO.

Siéntate un poco en esta fuente fría.

ISMENIA.

No me mandes, Pinardo, que me siente.

PINARDO.

Pues ¿cómo tan de paso, Ismenia mía?
¿Quieres oír mi mal?

ISMENIA

Paso, detente

PINARDO.

¡Ay! bellos ojos, para todos claros
y a mí tan sólo de su cielo avaros.
¿Quieres oírme?

ISMENIA.

¿Quieres tú dejarme?

PINARDO.

Pues ¿qué te cuesta oír?

ISMENIA.

Cuesta ofenderme.

PINARDO.

¿Qué te ofende de mí?

ISMENIA.

Sólo el cansarme.

PINARDO.

¿Tanto te canso?

ISMENIA.

Estoy para perderme.

PINARDO.

¡Aguarda!

ISMENIA.

¿Tienes más de qué informarme?

PINARDO.

¡Mucho te quiero!

ISMENIA.

Cánsaste en quererme.

PINARDO.

Pues ¿quieres que te olvide?

ISMENIA.

Ya quisieras.

PINARDO.

¡Ay, muero!

ISMENIA.

¿Qué me importa que te mueras?

PINARDO.

¿Piensas que soy algún pastor grosero?
Pues sabe que esta tierra que corona
el Betis olivífero, primero
me reconoce a mí que a otra persona,
y hasta la imagen que humedece el Duero
desde los bellos campos de Archidona,
soy más famoso por el nombre y talle
que el más rico pastor de aqueste valle.
Yo no soy tan galán como se dice
de aquel tu Albanio que te amó en el Tajo,
ni para que mi cuerpo se autorice
levanto el pelo y el gregüesco bajo.
No muevo con mi música a Euridice
ni en la jineta a todos me aventajo;
pero en lo que es la espada, a Marte hiciera
bajar a voces de su quinta esfera.
Manda, Ismenia gentil, estas riberas,
del árbol de Minerva coronadas,
el rubio trigo de mis blancas eras
y estas huertas de frutas sazonadas;
la pálida manzana y verdes peras
y las endrinas de color moradas,
con mucha higuera, que a su tiempo lleva
el tardo higo y la temprana breva.
Apenas nacerá el cabrito tierno,
el suelto gamo y la medrosa liebre,
cuando en todo el distrito que gobierno
los fieros ojos de la envidia quiebre,
que no habrá en el verano ni en invierno,
de cuanto por el Betis se celebre,
cosa que no te sirva y tuya sea
antes que el rey la goce ni la vea.

ISMENIA.

No dirás esta vez que no te escucho.

PINARDO.

Ya sé que me has oído y escuchado,
y para tu desdén lo tengo a mucho.
Y ¿qué respondes? ¡Di!

ISMENIA.

Que me has cansado.

PINARDO.

¡Con qué tigre, león, a brazos lucho!
¡Con qué sierpe cruel! ¿Qué monte helado
es este que mi fuego arder pretende
y qué nieve es aquesta que me enciende?
¿Qué Citia helada, qué abrasada Armenia
tal víbora crió?

GALATEO.

Vuelve, Pinardo,
que acá te rogarán Silvia y Cardenia.

ISMENIA.

¿Y deténgole yo, pastor gallardo?

PINARDO.

¡Ah! ¡Cómo pocas veces, bella Ismenia,
miente la fama!

ISMENIA.

Lo demás aguardo.

PINARDO.

¿Piensas que no se sabe, tigre hircanio,
que quieres como al alma...

ISMENIA.

¿A quién?

PINARDO.

...a Albanio?

ISMENIA.

¿Ya te atreves conmigo?

PINARDO.

Ya me atrevo.

ISMENIA.

¿Que a Albanio quiero bien?

PINARDO.

Como a tu vida

ISMENIA.

¿Y por acá se sabe?

PINARDO.

Y no por nuevo.

ISMENIA.

Pues ¿qué dicen de mí?

PINARDO.

Que estás perdida.

ISMENIA.

¿Parécete gran yerro?

PINARDO.

¡No le apruebo!

ISMENIA.

¿No lo merece?

PINARDO.

No, desconocida.

ISMENIA.

Anda, que es como un ángel.

PINARDO.

De tus cielos.

ISMENIA.

¡Ay, Albanio! ¡Ay, ausencia!

PINARDO.

¡Ay, muerte! ¡Ay, celos!

ISMENIA.

Quedaos con Dios, que tengo ciertas quejas
que decir a las aves de estas plantas.

(*Vase* ISMENIA.)

PINARDO.

¿Adónde, Dafnes, de un pastor te alejas
que va adorando tus pisadas santas?
¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué me dejas?
Pero yo seguiré tus bellas plantas
con pena viva y esperanzas muertas,
hasta que lauro o caña te conviertas.

(*Vase* PINARDO.)

GALATEO.

¡Vuelve, vuelve! ¿Dó vas, segundo Apolo?
¿Adónde vas, Hipómenes, siguiendo
aquel fénix de amor y desdén solo
que está por otro en vivo fuego ardiendo?
No hay desde aquesta playa al indio polo
oro, diamantes, perlas que, en diciendo
una mujer de no, su pecho venzan,
que siguen hasta el fin lo que comienzan.

JORNADA TERCERA

(*Salen* VIRENO *y* ASCANIO, *cada uno por su parte.*)

VIRENO.

¡Seco, agostado río;
monte espinoso que en el fértil mayo
pareces seco estío;
flores cubiertas de mortal desmayo,
ya el cielo no os esmalta
después que Ismenia de vosotras falta!

ASCANIO.

¡Campos tristes, más secos
que en soberbia ciudad poblada calle;
llenos de tristes ecos,
ya iguala en soledad el bosque y valle
con la sierra más alta
después que Ismenia de vosotras falta!

VIRENO.

¡Mejor que en verde planta
anida el ruiseñor en alta torre:
ni la tórtola canta,
huye el cielo veloz, el gamo corre,
ni el cabritillo salta
después que Ismenia de vosotros falta!

ASCANIO.

¡Espinas dan las rosas;
cicuta las abejas, y los prados
víboras ponzoñosas!
¡En huertas, en labranzas, en ganados,
se conoce la falta
después que Ismenia de vosotras falta!

VIRENO. Paréceme que he sentido
voz de alguno que se queja.

ASCANIO. Si no me engaña el oído,
de alguna amorosa queja
el eco responde herido.

VIRENO. ¡Oh! ¡Hele allí donde está!
Pues, Ascanio, ¿cómo va?

ASCANIO. ¡Oh, Vireno! ¿Dónde bueno?
VIRENO. A desistir el veneno
que aquella sierpe me da.
ASCANIO. ¿Aún está por desistir?
VIRENO. Es un manjar indigesto
que lleva un hombre a morir.
ASCANIO. ¿Qué dijo la esfinge desto?
VIRENO. ¿Tú quieres que vuelva a huír?
¡Dala al diablo! ¡No la nombres!
ASCANIO. Ya no hay para qué te asombres.
VIRENO. Dios nos hizo mil mercedes.
ASCANIO. Por Dios, Vireno, que puedes
ser cobarde donde hay hombres.
VIRENO. Tú, a lo menos, loco y necio,
que la que es discreta huída
no causa a un hombre desprecio.
ASCANIO. Todo peligro en la vida
es del honor gloria y precio;
y por tenerle, la guerra
se estima tanto en la tierra.
VIRENO. Sí, mas llaman necedad
a lo que es temeridad.
ASCANIO. Y valor, si no se yerra.
VIRENO. Al menos, si fué locura
agora lo puedes ver:
poner tu vida a ventura
por el incierto querer
de quien tu muerte procura,
y cuando el agua trujiste,
mira el premio que tuviste.
ASCANIO. Yo sé que si no se fuera,
por loco y necio me diera
lo que por cuerdo perdiste.
VIRENO. ¿Sabes nuevas de esa ingrata?
ASCANIO. Sé que Albanio la fué a ver
y que de celos le mata
por un pastor, bachiller
de concetos de oro y plata.
VIRENO. ¿Sabes el nombre?
ASCGNIO. Pinardo,
gran mayoral vandalino
y hijo de Clarinardo.
VIRENO. ¿Y a lo que el suceso, vino
de Albanio?
ASCANIO. Saberlo aguardo.
VIRENO. Dejó el pellico gayado
y metióse a ser soldado
de un capitán andaluz,
puesto al hombro el arcabuz
y hecho astillas el cayado,
y en una artesa de aquestas
que caminan por el mar,
tuvo ya las plantas puestas
por irse a desesperar
sin oír malas respuestas.
Pero atajóle el intento
del Conde una honrada cartà
con expreso mandamiento
que se vuelva y no se parta,
y vuelve a darnos tormento.
ASCANIO. Y ¿quién ha podido tanto?
VIRENO. De su madre el tierno llanto,
que él se precia de tal hombre,
que esperaba con su nombre
la victoria de Lepanto.

(*Sale* DALISO.)

Mas ¿no es aquéste Daliso?
DALISO. ¡Albricias, Vireno, Ascanio!
VIRENO. ¿De qué son?
DALISO. De que os aviso
que agora en este improviso
llega de la guerra Albanio.
ASCANIO. ¿Cómo viene?
DALISO. Muy galán,
muy bravo, muy capitán
y gentilhombre también.
Venid, dalde el parabién
Que sus amigos le dan.
VIRENO. Viniendo para mi mal,
¿qué parabién le daré?
ASCANIO. ¡Ya estoy de celos mortal!
VIRENO. ¡Oh verdugo de mi fe
y de mis bienes fiscal!
Ascanio, ¿qué hemos de hacer?
ASCANIO. Penar, morir, padecer;
mas consolarnos podrá
que Ismenia lejos está
de poderla hablar ni ver.
VIRENO. Pues si en el valle estuviera
¿no fuera yo muerto?
ASCANIO. ¡Ay cielos!
Sin duda que viene.
VIRENO. Espera,
que imaginando mis celos,
toda la sangre me altera.

(*Sale* ALBANIO *en hábito de soldado, muy galán y* FRONDOSO, *de criado, y* PENISO *y* BURESTO, *pastores.*)

PENISO. Está nuestro valle loco,
Albanio, de haberte visto.
ALBANIO. No penséis que el ser bienquisto
es prenda que estimo en poco.

VIRENO. Seas, Albanio gallardo,
bien venido.
ALBANIO. ¡Mi Vireno!
¡Oh Ascanio!
VIRENO. ¡Oh fiero veneno,
por quien ya la muerte aguardo!
ASCANIO. Deseábamos tus brazos,
los que alegra tu venida;
que te fuiste en la partida
sin los amigos abrazos.
¿Cómo vienes?
ALBANIO. Con salud.
VIRENO. Muy soldado, muy galán.
ALBANIO. Los humos de capitán
hacen al vicio virtud.
Vengo ya muy belicoso,
muy de sombrero y gregüesco,
y un lenguaje soldadesco
muy cortesano y honroso.
BURESTO. Bien cuadra con tu buen talle.
ALBANIO. ¿Qué hay de damas?
ASCANIO. A tus ojos
lo pregunta, que en despojos
se llevan las de este valle;
que con esta pavonada
que has dado con el vestido,
más de dos habrán tenido
la cabeza alborotada.
ALBANIO. ¿Cómo está Silvana?
VIRENO. Buena.
ALBANIO. ¿Y Marfisa?
ASCANIO. Desdeñosa.
ALBANIO. ¿Y Antandra?
VIRENO. Está muy hermosa
ALBANIO. ¿Y Flavia?
ASCANIO. Con harta pena.
ALBANIO. Ismenia, ¿está muy gallarda?
ASCANIO. ¿Qué Ismenia?
ALBANIO. La hija bella
de Marandro.
ASCANIO. Y qué, ¿por ella
preguntas?
ALBANIO. Espera, aguarda.
¿Es muerta acaso?
VIRENO. ¿A qué efeto
te nos haces inocente?
¿Ya no sabes que está ausente?
ALBANIO. Que no lo supe os prometo.
VIRENO. No ha sido el cuento gallardo.
ASCANIO. Quizás nos habrán mentido.
VIRENO. Luego ¿tampoco has sabido
como es su galán Pinardo?
De esa suerte, ¿negarás
que del Extremo no fuiste
al Betis y que la viste?
ALBANIO. ¡Vireno, engañado estás!
Porque, ¿a mí qué me importara
saber su ausencia y por qué?
VIRENO. A la fe, Albanio, tu fe
un ciego la adivinara.
Si acaso el ser preferido
a Pinardo, como está,
esos aceros te da,
de qué vienes prevenido
tarde, Albanio, te aconsejas,
porque acá todo se sabe.
ALBANIO. Cuando Pinardo se alabe,
no a lo menos de mis quejas.
Cuanto más que en largos días
largas mentiras se cuentan:
hablen, digan, burlen, mientan,
que ya yo conozco espías.
Si Ismenia a Pinardo quiere,
yo no debo estar quejoso,
porque nunca fuí envidioso
de favor que nadie espere;
cuanto más que yo sospecho
que esto está agora en estado
que ni él ama confiado
ni ella le tiene en el pecho;
que es Ismenia un gran diamante,
y aunque muchos le conquisten.
los que ella tiene resisten
a los que ofrece el amante.
Pero esto dejando aparte,
si acaso os queréis volver,
yo tengo un poco que hacer.
VIRENO. No entendimos enfadarte.
ALBANIO. El cielo a todos os guarde.
Peniso y Buresto, adiós.
VIRENO. Picado le hemos los dos.
ASCANIO. De celos se abrasa y arde.
BURESTO. ¿Cuándo a verte volveremos?
ALBANIO. Frondoso os dará el aviso.

(*Vanse* ASCANIO, VIRENO, BURESTO *y* PENISO.)

¿Qué te parece, Daliso?
DALISO. Que dejes celos y extremos
y que al remedio camines.
ALBANIO. Luego ¿remedio ha de haber?
DALISO. El mismo amor ha de ser
cuando al ajeno te inclines.
ALBANIO. En fin, ¿tengo de olvidar?
DALISO. Un clavo con otro sale;

si esta purga no te vale,
morir y desesperar.

ALBANIO. ¡Desesperar y morir!
¡Ay de mí! ¡Mi mal es cierto!
Nuevas que pasan el puerto
no se deben de fingir.
¡Oh Ismenia ingrata! ¿Qué es esto?
¿Quién tan mal te aconsejó?
¿Tan poca ausencia bastó
para olvidarme tan presto?
¿Eran éstas las firmezas
que al partirme prometías?
¿Las lágrimas que vertías
entre amorosas ternezas?
¿Los juramentos, los lazos,
los requiebros, los amores,
los regalos, los favores,
las prendas y los abrazos?
¡Ay, Ismenia, ya no mía!
Sin duda cuando llorabas
como sirena cantabas
para matar como arpía.
¡Oh lágrimas de mujer!
Tempestades del estío,
poca agua y con mucho brío,
para dejar de llover.
¡Oh cuánto mejor me fuera
haber pasado la mar
para ver si mitigar
aqueste fuego pudiera,
que si allí de su templanza
hallara el alma sosiego,
muriera en agua mi fuego
como en viento mi esperanza!
¡Oh si el pecho me pasara
la lanza de un extranjero!

DALISO. ¡De la causa veas primero
en piedra la hermosa cara!
¡Guarden tu vida los cielos
para sucesos más graves!

ALBANIO. ¡Ay, Daliso, que no sabes
qué es esto que llaman celos!
¿Era más rico Pinardo,
más gallardo, más brioso...?
¡Ay, triste! Fué más dichoso...
Pero ¿de qué me acobardo?
¡Muera, Daliso, hoy en mí
la que tan mal me trató,
que no he de ser menos yo
que una mujer!

DALISO. Eso sí.
Si es verdad que el amador
se transforma en lo que ama,
cuando Ismenia te desama,
¿qué sirve tenerla amor?
Y más teniendo con quien
hacerla desesperar.

ALBANIO. ¿Cómo se puede olvidar
lo que se quiso tan bien?
¡Ay, que es Ismenia muy bella!

DALISO. ¿Ahí llegamos agora?

ALBANIO. Pero a Pinardo no adora,
que fealdad no vive en ella.
Fea es cuanto él dichoso,
pues, después que en él se emplea,
se ha quedado el alma fea
y no más del cuerpo hermoso.
Esta es ya resolución.
¿Quién del valle te parece
que el primer lugar merece
de hermosura y discreción?

DALISO. Muchas hay en quien podrías
vengarte de Ismenia bien,
pero has de querer a quien
no desmientan las espías.
Quiero decir que te ame
con tan público favor,
que en la fama vuestro amor
de un polo al otro derrame,
porque llegando las nuevas
a quien causa tus recelos,
pruebe la purga de celos
que agora de rabia pruebas.
Y ésta me parece a mí
que Antandra debe de ser,
que te ha empezado a querer
y aun también te agrada a ti.
Con ésta podrás herir
a tu Ismenia por los filos,
imitando los estilos
de hacerte arder y morir.
Y mira si el cielo ayuda
tu pretensión, y si es justa,
pues ya del principio gusta.

ALBANIO. Pues ¿viene?

DALISO. Viene, sin duda.

(*Sale* ANTANDRA, *pastora.*)

ANTANDRA. ¡Verdes riberas amenas,
testigos y soledad
de mi honesta libertad
y de lágrimas ajenas!
¡Apacible y claro río,
frío cristal desatado,

de muchos acompañado
y libre del llanto mío!
¡Montes, que mil quejas tristes
escuchastes tantos días
y nunca a las quejas mías
ecos liberales distes!
Antes que veáis mudanza
en el estado que veis,
más estériles quedéis
que lo estará mi esperanza.
Los que agora me persiguen
el viento van combatiendo,
que tanto más voy huyendo
cuanto más ellos me siguen.
No toque mi alma un fuego
que tantos ojos cegó.

ALBANIO. ¡Ay de aquel que ya tocó
si está de ese fuego ciego!

ANTANDRA. ¡Ay de mí!

ALBANIO. ¿De qué te espantas,
bellísima Antandra?

ANTANDRA. ¡Ay Dios!
¿No me he de espantar de vos?

ALBANIO. Sosegad las bellas plantas.
Albanio soy, un pastor
de estos valles conocido.

ANTANDRA. ¡Oh! Albanio, seas bien venido.
Perdona mi ciego error,
que ese traje de soldado,
tan nuevo en esta ribera,
me turbó como si viera
alguna sierpe en el prado.
Gallardo estás. ¡Bien te cuadra
el vestido de galán!
Mereces ser capitán
de la más valiente escuadra.
¿Vienes ya convalecido
de aquella herida pasada?

ALBANIO. Debes de estar engañada,
que nunca me has visto herido.
Herido de mano ajena
que de la tuya.

ANTANDRA. ¡Oh qué bien!
¿Que tú me has querido bien?

ALBANIO. Pregúntaselo a mi pena.
Al aldea lo pregunta
y a cualquier conversación
adonde la discreción
del Tajo se allega y junta,
verás si en mi boca han sido
algunos ojos más bellos,
o si acaso otros cabellos
más almas habrán tenido.
Si servicios declarados
entonces no te mostré,
fué porque siempre te hallé
entre mil apasionados;
pero de que me has debido
una tierna voluntad,
por tus ojos, que es verdad.
como es verdad que he nacido.

ANTANDRA. Eres tú muy verdadero
a la fe, Albanio, trocado.
Cuando aprendiste a soldado
aprendiste a lisonjero.
Dirás que esta larga ausencia
de tu Ismenia te olvidó.

ALBANIO. Tuve en otro tiempo yo
con su amor correspondencia.
Mas ¿quieres tú que me abrase
si ha un año que no la veo,
y es nieve el mayor deseo
con un invierno que pase?
Antandra, en esto me fundo:
haya amado o no haya amado,
siempre Albanio te ha estimado
por la más bella del mundo.
Yo te quiero y te deseo;
si me quieres y deseas,
presto haré que arder me veas
en los ojos que me veo.
Puede ser que en otros halles
más galán que ves agora,
mas no quien te haga señora
de todos aquestos valles.
Confírmese nuestro amor
y dame esa mano hermosa.

ANTANDRA. ¡Ay, Dios! ¡Estoy temerosa!

ALBANIO. ¡Qué injusto y loco temor!
No imagines que te miento,
que juro a fe de soldado.

ANTANDRA. Que mientes has confirmado
con ese buen juramento.
Que aunque en vuestros pareceres
esa fe tanto estimáis,
con los hombres la guardáis,
pero no con las mujeres.

ALBANIO. ¡Pues a fe de Albanio juro!

ANTANDRA. Esa tiene tal valor,
que creo tu falso amor
y engañada me aseguro.
Esta es mi mano y mi fe.

ALBANIO. ¡Oh blanca y hermosa mano!
Vuestro marfil soberano

de oro puro cubriré.
Darán perfición aquí,
ya que no pueden blancura,
la esmeralda y perla pura,
el diamante y el rubí.
Antandra, estoy muy contento
de este bien, y quiero...

DALISO. Espera,
que viene por la ribera
gente en número sin cuento.

ALBANIO. Todos vienen dando voces.
¡Válame Dios! ¿Qué será?

FRONDOSO. El valle decienden ya
muy ligeros y veloces.

(*Dicen dentro:*)

¡Parido ha la Condesa, la Condesa!
¡Albricias! ¡Que ha parido! ¡Que ha parido!

ALBANIO.

Parido dice el eco que no cesa.

DALISO.

Esto debe de ser que le ha nacido
al señor desta tierra el heredero
de todos esperado y dél temido.

ANTANDRA.

Albanio, hacia el aldea volver quiero.

ALBANIO.

Yo quiero acompañarte, gloria mía.

ANTANDRA.

¿No ves que nos verán?

ALBANIO.

Este sendero
un poco del camino se desvía
y por aqueste bosque entrar podremos.
Hasta que baje el importuno día
quedaos los dos aquí.

ANTANDRA.

Vamos.

ALBANIO.

Entremos.

(*Vanse* ALBANIO *y* ANTANDRA.)

DALISO.

¿Qué juzgas del suceso, buen Frondoso?

FRONDOSO.

¿Qué te parece a ti de sus extremos?

DALISO.

En alguna manera estoy gozoso;
lo uno, porque deje entretenido
su vano intento y su dolor celoso;
lo otro, porque brame con su olvido
la ingrata Ismenia. Pero espera un poco;
¿qué nueva gente es ésta que ha venido?

(*Salen* PINARDO *y* GALATEO.)

GALATEO.

Llegar puedes, Pinardo, poco a poco;
no piense quien aquí te conociere
que vienes por Ismenia ciego y loco.

PINARDO.

¿Habrá llegado Ismenia?

GALATEO.

Quedo (1) espere
en esa aldea adonde la dejaste.
Será porque la gente no se altere.
Marandro no te ha visto.

PINARDO.

Bien pensaste,
que sus celos hubiera despertado.

GALATEO.

Aunque ciego amador, ciego acertaste.
Pregunta a los zagales de este prado
si llegó por ventura.

PINARDO.

¡Hola, vaqueros!

FRONDOSO.

Parece este pastor recién llegado.

DALISO.

Sin duda son entrambos forasteros.
Andaluces parecen en el talle.

FRONDOSO.

Y mayorales, ricos herederos.

PINARDO.

¿Habéis visto por dicha en este valle
a Marandro llegar, un pastor viejo,
con una...

GALATEO.

No aprovecha que lo calle.

(1) Parece que debiera decir "Quizá".

DALISO.

¿A Marandro, un pastor de buen consejo
que fué a cobrar del Conde cierta hacienda,
y tiene...

PINARDO.

Sí, una hija que es su espejo.

DALISO.

¿Pues ése vino?

PINARDO.

Luego, en esta senda
¿no le habéis visto?

DALISO.

Yo me holgara dello,
porque es de este lugar la mejor prenda.
Y si yerro no es querer sabello,
no nos neguéis quién sois, pastor gallardo,
porque os sirvamos.

PINARDO.

Poco os sirvo en ello.
Yo soy Pinardo.

DALISO.

¿Quién?

PINARDO.

Yo soy Pinardo.

FRONDOSO.

Dice verdad, que yo le vi y me acuerdo.

DALISO.

¡Oh hijo del famoso Clarinardo!
Dame esos pies.

GALATEO.

¡Y préciase de cuerdo!

PINARDO.

Muy descubierto a todos quedo. Importa
que no lo sepa nadie.

FRONDOSO.

El seso pierdo.

PINARDO.

Gentil pastor, un poco te reporta,
y sepa yo quién eres.

DALISO.

Soy Daliso,
de larga fama y de ventura corta.
Hermano soy de Albanio.

PINARDO.

Tengo aviso
del gran valor de tu dichoso hermano.
Gran descendiente del divino Eliso.
¡Oh Galateo! Ya mi intento es vano.
¿De qué me importa ya que ande secreto?
Lo que fuera más tarde, fué temprano.

GALATEO.

Eres tú muy solícito y discreto.
A fe que has acertado en descubrirte.

FRONDOSO.

¿Que Ismenia vino?

DALISO.

¡Calla!

FRONDOSO.

¡Extraño efeto!
Mira si la siguió.

DALISO.

¿Quieres oírte? (1).

FRONDOSO.

Verdad debe de ser que ella le ama.

DALISO.

¿Eso quieres agora persuadirte?

(*Salen* ALBANEGO *y* BERTOLANO, *alcaldes villanos.*)

ALBANEGO.

Está el rapaz encima de la cama,
que dice quien le ha visto que pedía,
luego en naciendo, el pecho de su ama.

PINARDO.

¿Qué gente es ésta?

DALISO.

Es fiesta y alegría
que hacen por un hijo que ha nacido
al Conde de esta tierra y serranía.

PINARDO.

Pues ya que soy, Daliso, conocido,
vamos, para que sepas mi cabaña.

DALISO.

Albanio te ha de dar el bien venido.

(*Vanse y quedan los* ALCALDES *solos.*)

(1) Acaso Lope escribiese "o irte..." u otra cosa; porque el texto no forma claro sentido.

BERTOLANO.

No ha de quedar pastor en la montaña
que no decienda al valle a ver la fiesta.

ALBANEGO.

Córtese luego juncia y espadaña,
y desde el puro rollo hasta la cuesta
se hagan los andamios para el toro.

BERTOLANO.

Y la plaza ha de estar de red compuesta.

ALBANEGO.

Pues ha de haber mucho cristiano y moro.

BERTOLANO.

¿Luego soízos hay?

ALBANEGO.

¡Y qué soízos!
Al sol rellocirá la seda y oro.
Yo he visto mil bohordos y cañizos.

BERTOLANO.

¡A fe que han de saber quién soy agora
del Tajo los famosos vaquerizos!

ALBANEGO.

Trataban en la igreja no ha media hora
de hacer una sortija.

BERTOLANO.

¿Una sortija?
¡Tómame si la fiesta se mejora!
¡He Dios que si a ese son se regocija,
que venga a ver la gente desde Francia!

ALBANEGO.

Y aun desde Leganés vendrá mi hija.

BERTOLANO.

Mira, Albanego, que será importancia
que haya danza de espadas.

ALBANEGO.

¡Pues no había!
¡Y aun tarasca, par Dios!

BERTOLANO.

Está muy rancia.
Eso de la tarasca es cosa fría...
Si fuera un dominguillo...

ALBANEGO.

¿Dominguillo?

BERTOLANO.

Dominguillo.

ALBANEGO.

¡Donosa burlería!
Bertolano, de vos me maravillo.

BERTOLANO.

¡Mirá, Albanego, no seáis doblado!

ALBANEGO.

¡Mirá, compadre, no seáis sencillo!

BERTOLANO.

Ha de haber dominguillo colorado,
o se ha de revolver toda la aldea.
Alcalde soy.

ALBANEGO.

Yo soy ahorcado.
¡Dios! Que ha de haber tarasca que la vea
todo el lugar.

BERTOLANO.

Y aunque...

ALBANEGO.

Y aun pienso.

BERTOLANO.

Pienso habrá de ser.

ALBANEGO.

Para vos sea.

BERTOLANO.

Mirad lo que os digo...

ALBANEGO.

Por el santo encienso
que en el cirio pascual está bendito,
que ha de saberlo el Conde por extenso.

(*Salen* PENISO *y* BURESTO *y* ASCANIO *y* VIRENO *y* LISEO.)

PENISO.

Llevará cada cual su mote escrito
para dar a las damas y jüeces

BURESTO.

A todo vuestro gusto me remito.

LISEO.

Sortija hemos jugado muchas veces.
Aquí están los alcaldes.

ALBANEGO.

¡Oh Vireno!
A qué buen tiempo tu persona ofreces.

VIRENO.

Está ya de manera el monte lleno
de fiestas, de placer y regocijo,
que anda el más cuerdo de sentido ajeno.
Y aunque en esta sortija fué prolijo,
Albanio el mayoral será por fuerza,
porque hoy Liseo al Conde se lo dijo.

ASCANIO.

¿A quién no regocija, a quién no esfuerza
el heredero de esta tierra hermosa,
por más que de su humor se mude y tuerza?
Yo, a lo menos, saldré, si algún brioso
gustare de servirme de padrino,
o sea desdichado o venturoso.

VIRENO.

Lo mismo de mi parte determino.

LISEO.

Pues por la mía, yo lo doy por hecho.

PENISO.

Que ha de haber otros muchos imagino.

BURESTO.

Ea, señor alcalde, aquesto es hecho.
Váyanse aderezar lo que es la plaza
y háganse los andamios a provecho,
que el toro que compramos amenaza
las más altas ventanas de la torre.

BERTOLANO.

Con todo, he de comerle con mostaza.
Pero si acaso el sábado se corre,
será luego el domingo la sortija.

VIRENO.

Si el cielo con buen día nos socorre.

ALBANEGO.

Pues vamos, que esta noche queda fija,
y la plaza barrida de manera
que no se vea una pequeña guija.

(*Vanse los* ALCALDES.)

LISEO.

Vamos nosotros tres a la ribera,
Peniso, amigo, y tú, Buresto.

BURESTO.

Vamos,
porque os quiero enseñar mi yegua overa.

PENISO.

Vamos.

LISEO.

Echad por esos verdes ramos.

(*Vanse todos y quedan* VIRENO *y* ASCANIO *solos.*)

VIRENO. Cumplido se me ha un deseo;
en que quedamos a solas,
que entre la mar y las olas
morir y vivir me veo.
¿Qué sientes de la venida
de esta Ismenia fementida
y de Pinardo su amante?

ASCANIO. Que es una caña inconstante
del furioso viento herida.
Deseaba que viniese
imaginándola hermosa,
y agora no tengo cosa
que por su ausencia no diese.
Ya ninguna cosa dudo
de mujer que olvidar pudo
a Albanio con tal rigor.

VIRENO. Y ¿qué replica el pastor?

ASCANIO. Está del agravio mudo.
¿Quién duda que no le pese?
Pero suelen los agravios
pegar a un hombre los labios
como si no los tuviese.

VIRENO. ¡Andá, que sabéis muy poco
de la materia que toco!
Albanio se venga bien.

ASCANIO. ¿Cómo?

VIRENO. Quiere bien.

ASCANIO. ¿A quién?

VIRENO. Está por Antandra loco.

ASCANIO. ¿Por Antandra?

VIRENO. ¿Qué lo dudas?

ASCANIO. A ti, Vireno, en efeto,
no se te escapa secreto,
que entiendes las peñas mudas.
¿Tienes algún familiar,
que cuanto hay en el lugar
como pasa te lo dice?

(*Salen* DALISO *y* ISMENIA.)

ISMENIA. ¡Ay, Daliso! Si tal hice,
nunca yo le vuelva a hablar.
¿Cómo eso me han levantado?

ASCANIO. Detente un poco, Vireno.

ISMENIA. Esos testigos condeno.

ASCANIO. Tu víbora pisa el prado.

VIRENO. ¡Ah, cómo viene muy bella!
ASCANIO. Daliso viene con ella;
escóndete por aquí.

(*Vanse* VIRENO *y* ASCANIO.)

DALISO. Albanio, Ismenia, de ti
justamente se querella.
Sabe que el alma entrégaste
aquel pastor extranjero,
y que con seso ligero
la que te dió despreciaste.
Sabe las conversaciones,
las prendas, las ocasiones,
las finezas, los cuidados,
los papeles, los recados
y hasta las mismas razones.
Es muy solícito amor:
lo que otro recato encubre
presto él mismo lo descubre
para doblalle el dolor.
Y ansí, no te cause espanto
que se haya mudado tanto,
que es lo que agora se usa.
ISMENIA. Si tal es, como Aretusa
me vuelva en fuente mi llanto.
No lo digas de esa suerte,
sino con embustes vanos,
porque con mis propias manos
me daré violenta muerte.
¡Albanio! ¡Albanio! ¡Querer
otra ninguna mujer!
DALISO. ¡Por mi fe, que eres terrible!
ISMENIA. ¡No! ¡No! ¡No lo he de creer!
DALISO. Que lo crea o no lo crea,
él está bien donde está.
ISMENIA. Pues que no me he muerto ya
no creas que verdad sea;
y esto quiéreslo fingir,
porque me piensas pudrir
con martelos y embelecos.
DALISO. Iguales quedan los truecos:
no tienes tú que decir.
Tú le dejas por Pinardo,
y él por Antandra te deja.
ISMENIA. No sé qué fe me aconseja,
que contigo me acobardo;
que te quitara la vida.
DALISO. Si te precias de atrevida
con el que también lo es...
ISMENIA. Pues ¿viene?
DALISO. Qué, ¿no le ves?

(*Salen* ALBANIO *y* FRONDOSO.)

FRONDOSO. Aquí la dejé escondida;
que dice que solo quiere
que la hables.
ALBANIO. ¡Ah, Frondoso:
que si la veo es forzoso
que la sangre se me altere!
Mal conoces mi enemiga,
pero... no sé que te diga.
¡Vesla allí!
FRONDOSO. ¿Qué te demudas?
¿Qué tiemblas?
DALISO. Siempre están mudas
las lenguas que el alma liga.
¡Ea! ¿Qué os estáis mirando?
¿No os habéis visto otra vez?
FRONDOSO. ¿Qué reo mira al jüez
cuando le está sentenciando?
ALBANIO. ¿Eres tú a quien yo dejé
mi alma cuando me fuí
y la que me dijo a mí
que la suya me llevé?
¿Eres tú la que llorabas
las lágrimas que fingías
cuando a voces me decías
que ya sin alma quedabas?
¿Eres tú la que decía:
"En tu ausencia ningún día
saldré de mi choza al campo,
ni en esta arena que estampo
verán de hoy más planta mía;
huiré la conversación
de cualquiera que me adore,
y jamás oiré canción
que no me obligue a que llore
el alma triste a su son;
seré esta peña en firmeza
y aqueste roble en dureza"?
¿Eres tú?... ¡Debes de ser,
porque del ser de mujer
se espera mayor flaqueza!
¿No eres tú la que dijiste,
¡cruel Ismenia, engañosa!...
¡Qué muy diferente cosa
de lo que juraste fuiste!
Fuiste inconstante y liviana;
de fuera como manzana
de alegre y bella sazón,
pero enfermo el corazón
y la voluntad malsana.
Fuiste como falso amigo

que, dando paz, hace guerra,
y fuiste extranjera tierra
y celada de enemigo.
Fuiste una Circe que encanta,
y una serena que canta
y mata los que enamora;
un cocodrilo que llora
y una ligera Atalanta.
Fuiste, en efeto, mi muerte.

ISMENIA. Y ¿eres tú aquel que me diste
el alma cuando partiste
con lazo inviolable y fuerte?
¿Eres tú aquel que decía:
"La noche, la escuridad,
será mi sol y mi día,
y la misma soledad
mi regalo y compañía.
Será el abril a mis ojos
un campo lleno de abrojos;
el cristal del agua, un fuego;
la cama, desasosiego,
y los amigos enojos"?
Eres, Albanio, en efeto,
un hombre que te trocaste,
y en la mudanza imitaste
a nuestro flaco sujeto.
Y que para estar prendado
de esa Antandra que has amado
tuviese buena color,
levántasme a mí ¡traidor!
que en ausencia te he dejado.
Ya que olvidarme querías,
¿para qué me levantabas
que en otras prendas hallabas
la fe que dado me habías?
Amárasla norabuena,
que yo sufriera mi pena,
pero no tus testimonios.

ALBANIO. ¡Oh mujeres! ¡Oh demonios!
¡Ved si me acusa y condena!
A tu raro entendimiento
será culpa la disculpa
que, aligerando tu culpa,
culparás mi pensamiento.
¿Cómo niegas que a Pinardo
le entregaste?

ISMENIA. Paso.

ALBANIO. Aguardo.
a que digas que no fué.

ISMENIA. Si tal, Albanio, entregué,
que me mate un tigre, un pardo.
Siempre, señor, te he querido,
siempre tu ausencia he llorado
y aun palabra no he pensado
en que te hubiese ofendido.
¡Y si el alma no me cuestas,
vida mía, plegue a Dios!

(*Llora* ISMENIA.)

ALBANIO. No más, que mi bien sois vos
y mis lágrimas son éstas.
¡Ismenia mía! ya creo
en la fe de lo que veo
más que pudieras decirme.
Ya te adoro como a firme
y aun abrazarte deseo.
Mi alma está satisfecha,
porque una lágrima sola
mi puro amor acrisola
y mata cualquier sospecha.
¡Dame esas manos, mis ojos!

ISMENIA. Manos que Antandra tocaron,
¿se alabarán que tomaron
mis manos?

ALBANIO. ¡Ea! ¡Bueno! ¡Enojos!
¡Acaba ya, por mi vida!

ISMENIA. ¡Qué falsa y qué fementida!
Pues ¿hablarásla?

ALBANIO. No a fe,
que toda su historia fué.
por darte celos, fingida.
Ya la verdad te confieso.

ISMENIA. ¿Y qué?, ¿no la hablarás más?

ALBANIO. ¡Tú, mis ojos, lo verás!

ISMENIA. Pues jure primero eso.

ALBANIO. ¡Por tu vida, que Dios guarde
—que esto muy de tarde en tarde
lo solía yo jurar—,
que no la tengo de hablar!

ISMENIA. ¡Cómo me tienes cobarde
que aun abrazarte no osa!...

ALBANIO. Llega, que estás temerosa.

ISMENIA. ¡Ay, mi bien!

ALBANIO. ¡Ay, dulce esposa!
¡Ay, mi alma!

ISMENIA. ¡Ay, dulce esposo!

(*Abrázanse y salen* ANTANDRA *y* PINARDO.)

ANTANDRA. Mis propios ojos no creo.

PINARDO. Ni yo lo mismo que veo.

ALBANIO. ¿Quiéresme dar otro abrazo?

PINARDO. A tan buenos yugo y lazo
asista el santo himeneo.

ANTANDRA. ¡Por mil años os gocéis!

ALBANIO. Aquéstos culpa tuvieron,
que callaron y los vieron.
ANTANDRA. ¡Que no, no os alborotéis!
ISMENIA. Antes no hay que alborotar,
porque bien se puede dar,
a quien de fuera ha venido,
un abrazo, como ha sido
el que aquí nos viste dar;
que a no ser honestamente
no hubiera tantos testigos.
PINARDO. Delante de los amigos
todo aquesto se consiente.
ANTANDRA. Pues, Albanio, ¿cómo va?
ALBANIO. Antandra amiga, muy bien.
ANTANDRA. Como estos brazos te den,
¿quién lo contrario dirá?
Dirás que esta larga ausencia
de tu Ismenia te olvidó.
"Tuve en este tiempo yo
con su amor correspondencia.

(*Halo de decir fisgando* ANTANDRA.)

Mas ¿quieres tú que me abrase
si ha un año que no la veo
y es hielo cualquier deseo
con un invierno que pase?
Pero de que me has debido
una tierna voluntad,
por tus ojos que es verdad,
como es verdad que he nacido.
No imagines que te miento,
que juro a fe de soldado..."
ISMENIA. Señores, yo no me he hallado
al principio de este cuento,
ni quiero yo ser testigo
de celos tan declarados.

(*Vase* ISMENIA.)

ALBANIO. ¡Oh pasos apresurados
cuyas estampas bendigo!
Sin duda parte enojada.
Ve, Frondoso, ve tras ella.
FRONDOSO. Va herida y temo ofendella
como víbora pisada.

(*Vase* FRONDOSO.)

PINARDO. ¿De aquesta suerte, enemiga.
te huyes y aquí me dejas?
Escuche el cielo mis quejas
y éste mismo te maldiga.
ALBANIO. ¿Parécete, Antandra, bien
el alboroto que has hecho
sabiendo tú de mi pecho
que Albanio te quiere bien
y que hablar a Ismenia aquí
son puras obligaciones?
ANTANDRA. No, Albanio; mas sin razones
yo he de creer lo que vi.
Conozco tus libertades
y conozco tus desdichas,
y estas cosas para dichas
aún eran muchas verdades,
cuanto más para los ojos.
Ahora bien, no más conmigo;
ya te conozco, enemigo,
y tus livianos antojos.
¡Tan buena te parecí
para amartelar tu dama!
En fin, que por sola fama
veniste a quererme a mí.

(*Torna a fisgar* ANTANDRA.)

"¡Por la fe de Albanio juro!"
Gentil juramento a fe:
yo no creo en esa fe,
que no es fe la del perjuro.
Ni me nombres ni me quieras,
que eres para mí, tirano,
un Albanio, un león albano,
rostro hermoso, ¡entrañas fieras!
ALBANIO. ¿Qué te parece, Pinardo?
PINARDO. Que eres un hombre dichoso.
ALBANIO. Tú en ser libre, venturoso.
PINARDO. ¡Libre! Si me abraso y ardo.
ALBANIO. Sé muy bien tu condición
y adónde tus pasos vienen,
que eres de aquellos que tienen
en la mano de afición.
Presto quieres, presto olvidas.
PINARDO. A fe que te han engañado:
que he tenido yo cuidado
que me durara mil vidas.
Y ésta tu Ismenia engañosa,
que puede enseñar mudanza,
hoy será de mi esperanza
la vuelta dificultosa.
Que con estos desengaños
que aquí me ha dado su fe,
por un mes que la adoré
la aborreceré mil años.
ALBANIO. Dejemos, por vida tuya,
estas pasiones de amor,
porque dellas es mejor
que el que más puede más huya,

y dime si acaso quieres
salir a aquesta sortija
que pena en el alma fija
mejor es que no la alteres.
Sal, por tu vida, galán
de buen caballo y librea.

PINARDO. Como tú quisieres, sea,
si alguno bueno me dan,
que sin ellos he venido,
como, en efeto, extranjero.

ALBANIO. ¡Oh qué yegua darte espero!

PINARDO. Pues yo buscaré el vestido.

ALBANIO. Ven por aquí, trazaremos
el mote que sacarás.

PINARDO. Celos quiero.

ALBANIO. Esos me das.

PINARDO. ¿Y tú?

ALBANIO. ¡Amor!

PINARDO. Buenos saldremos.

(*Vanse y salen los* ALCALDES *y algunos* VILLANOS.)

BERTOLANO.

Aquí estarán muy bien, que en todo el día
los puede hacer el sol ofensa y daño.

ALBANEGO.

¡Hola! Vosotros espaced la juncia,
que el Conde ha salido de su casa,
y pues habemos sido desgraciados
en que el toro se vuelva a la dehesa
y no ha habido remedio de encerralle,
verá las danzas y las otras fiestas.

MAESTRESALA.

¡Plaza! que viene el Conde. ¡Plaza! ¡Plaza!

(*Salen* ISMENIA *y* ANTANDRA *y gente que acompañe al* CONDE ERACLIO *y la* CONDESA LERIANA *y un tamboril y flauta delante y siéntanse.*)

CONDE.

Las danzas, por mi fe, me han agradado.

LERIANA.

Han sido por extremo y bien compuestas.
El toro solamente ha resfriado
en alguna manera nuestras fiestas.

MAESTRESALA.

Señor, un volteador que aquí ha llegado
que hace vueltas difíciles y prestas,
quiere entrar a servirte.

CONDE.

Entre en buen hora.

(*Sale un* VOLTEADOR *en camisa y calzones, con una espada.*)

VOLTEADOR.

¡Bésoos, Conde, los pies, y a vos, señora!
¡Ea, galanes! Brava vuelta es ésta;
pero aquésta es mejor, y por serviros,
haré la cogujada, que es difícil.

BERTOLANO.

¿Esa es difícil? Ténganme esta vara,
que si no la hiciere...

ALBANIO.

¡Verá el diablo!
¿Estáis en vos?

MAESTRESALA.

¿Qué hacéis? ¡Señor alcalde!

BERTOLANO.

¡Eh, Dios! Que la he de dar.

CONDE.

¡Graciosa cosa!

VOLTEADOR.

Esta llaman la vuelta peligrosa.

BERTOLANO.

¿Esta es la peligrosa? ¡Afuera! ¡Tenga!
¡Eh, Dios! Que la he de dar.

MAESTRESALA.

¡Teneos, alcalde!

BERTOLANO.

¡Toma si os la daré! Burlaos conmigo.

VOLTEADOR.

Esto he hecho no más, porque mañana,
cuando se corra el toro, haré milagros:
que habemos de poner una maroma
y he de volar por ella y dar mil vueltas.

BERTOLANO.

¡Oste, puto! Eso no, vuele algún turco,
que yo vi un albañir volar un día
y dió una pajarada...

MAESTRESALA.

¿Qué? ¿Murióse?

BERTOLANO.

Pues si no se muriera, habíase visto
mejor vuelta que aquélla.

MAESTRESALA.

¡Plaza! ¡Plaza!
que vienen a bailar unos gitanos.

(*Salen dos* GITANOS *y* GITANAS *y bailan y vanse.*)

CONDE.

¡Oh, qué bien han bailado!

LERIANA.

¡Por extremo!

MAESTRESALA.

¡Ea, lugar! que viene cierta máscara.

(*Salen dos* BOTARGAS *en dos caballitos de caña con reguileros.*)

CONDE.

¡Buena invención!

LERIANA.

Muy buena y a propósito.

MAESTRESALA.

Los que han de hacer mañana la sortija
han hecho una soíza aquesta tarde
de moros y cristianos muy vistosa
y vienen ya a la plaza con sus cajas.

CONDE.

¿Quién es el capitán de los cristianos?

MAESTRESALA.

Albanio, el extremeño.

CONDE.

¿Y de los moros?

MAESTRESALA.

Pinardo, el andaluz.

CONDE.

Será muy buena.

LERIANA.

¿Quién entran los primeros? ¿Los cristianos?

(*Sale una caja y bandera y* ALBANIO, *capitán, y* DALISO, *alférez.* FRONDOSO, PENISO *y* BURESTO, *soldados cristianos, y por la otra parte, otra caja y bandera.* PINARDO, *capitán turco;* VIRENO, ASCANIO, GALATEO *y* LISEO, *de soldados turcos, y puestos cinco a cinco, diga el* CONDE:)

CONDE.

A fe que está lucida la soíza,
y que me huelgo que este valle tenga
tan buenos mozos y robustos brazos.

ISMENIA.

¿Qué te parece de tu Albanio, Antandra?

ANTANDRA.

¡Más del tuyo dirás, Ismenia mía!

ISMENIA.

¿Mío? ¡Pluguiera a Dios!

ANTANDRA.

Espera y calla,
que los diez se aperciben a batalla.

(*Comienzan cinco a cinco a reñir de espada y rodela.*)

PINARDO.

¡Muera, amigos, Albanio!

VIRENO.

¡Albanio muera!

ALBANIO.

¡Mueran Pinardo y el traidor Vireno,
y todos los que fueron de su parte!

(*Levántase el* CONDE *y pónese en medio, muy enojado.*)

CONDE.

¡Paso, villanos! ¿Qué traición es ésta?
Delante de mis ojos y fingiendo
que en amistad venís, ¿queréis mataros?
¡Prendedlos luego! ¡Quítenles las armas!
¡Qué graciosa invención!

ALBANIO.

Invicto Conde,
a servirte he venido, como has visto,
con Daliso, mi hermano, y con Frondoso
y los demás en traje de cristianos.
Pinardo, con traición aconsejado
de los embustes del traidor Vireno,
con Ascanio, Vireno y Galateo,
en traje turco, bien conforme traje,
a su traidora fe y amistad falsa,
me quiere dar la muerte en tu presencia,
que yo le diera, si esa misma causa
no hubiera agora sido su defensa.

PINARDO.

Eso te dijeran ¡oh traidor! mis manos,
si el Conde no estuviera de por medio.

ALBANIO.

Pues fírmenos el Conde desafío
de persona a persona, o cinco a cinco,
y tú verás aquí...

CONDE.

¡Paso! ¿Qué es esto?
¿No sabremos la causa de estas voces?

ALBANIO.

¿Qué hay que decirte más sino que entrambos
queremos bien a Ismenia, esa pastora,
y de envidia de verme ya su esposo
me quieren dar la muerte los tres juntos?

CONDE.

¿Es aquesto verdad?

VIRENO.

¡La verdad dice!
Pero si ella dijere que es su esposo,
aquí le dejaremos libre el campo.

CONDE.

¡Ismenia! ¿Qué respondes? ¡Habla!

ISMENIA.

Espera;
que mientras en el caso averiguamos,
le he dicho a la Condesa, mi señora,
mi voluntad y el gusto de mi padre.

LERIANA.

Conde, su voluntad es de casarse
con Albanio y cumplille la palabra
que le ha dado y jurado muchas veces.
Confirmádsela vos, por vida mía,
y en tiempo que tenéis tanto contento
no permitáis que se alborote el valle.

CONDE.

Si eso es así que Albanio gusta dello
y Ismenia sabe el gusto de su padre,
yo la confirmo, y a vosotros mando
que ninguno palabra se replique.
Y con esto volvamos a palacio
y acábense por hoy todas las fiestas.

ALBANIO.

Yo soy tu esposo, Ismenia.

ISMENIA.

Yo tu esposa.

PINARDO.

¡Fenecieron aquí mis esperanzas!

VIRENO.

¡Aquí cayeron de mi fe los muros!

ANTANDRA.

¡Aquí se vió burlada mi ventura!

ASCANIO.

¡Aquí toda mi vida fué tragedia!

ALBANIO.

Y aquí ponemos fin a la comedia.

COMEDIA

DE LAS BURLAS DE AMOR

COMPUESTA POR

LOPE DE VEGA

FIGURAS SIGUIENTES

Ricardo, *caballero mozo.*
Teucro, *su criado.*
Fabio, *su criado.*
Camila, *reina.*
Severo, *su secretario.*
Amérigo, *cazador.*
Telemo, *alcaide.*
Belardo, *viejo.*
Fronimo, *villano mozo.*
Timbrio, *villano viejo.*
Livio, *capitán.*
Un Paje.
Jacinta, *villana.*
Melampo, *preso.*
Otavio, *preso.*
Leonido.
El duque de Atenas.
El rey Arcano, *padre de Camila.*
Fabricio, *criado del Rey.*
Estacio, *preso.*
Arcelo, *preso.*
Tancredo, *estudiante, preso.*
Luceo, *preso.*
Polifemo, *preso.*
Dos o tres Criados *de Camila* (1).

PRIMERA JORNADA

(*Salen* Jacinta, *pastora, y* Ricardo, *caballero mozo, con espuelas y botas de camino.*)

Jacinta. No me pellizque otra vez,
que alzaré el cayado.
Ricardo. Alzalde,
que no he de comprar de balde
el bien de que soy jüez;
antes quedo enriquecido
si recibo bien como ése.
Jacinta. Y aun podría ser que os pese
del haberle recibido.
Ricardo. No hará; que un dichoso palo
de tan hermosa villana,
de la dama cortesana
excede al mayor regalo.
Jacinta. ¡Oh! Cuántos necios sustenta
la corte.
Ricardo. Tal es su fama.
Jacinta. Al palo dichoso llama,
siendo la mayor afrenta.
Ricardo. Pues ¿puede un palo afrentar
de esa mano?
Jacinta. ¿Dais licencia?
Remítolo a la experiencia.
Ricardo. Tened.
Jacinta. Dejadme probar.
Ricardo. Dejádmelos merecer
y quedaré satisfecho.
Jacinta. ¿Cómo?
Ricardo. Tocando a ese pecho,
adonde me siento arder.
Jacinta. ¿No digo yo que sois necio?
Si os estáis ardiendo en él,
¿para que os llegáis a él?
Ricardo. Porque arderme estimo y precio.
Jacinta. Tiémplese vuestra merced
en la nieve de esa sierra.
Ricardo. Agua le falta a la tierra
que pueda templar mi sed,
mas sobrará de mis ojos.
Jacinta. No habláis palabra, en verdad,
que no sea necedad.
Ricardo. Más necios son mis antojos.
Jacinta. Requebráis una villana
que guarda gansos allí,
y estáisle diciendo aquí
regalos de cortesana;
no gastéis vuestras dulzuras
en el picote y sayal,
guardad tan fino caudal
para mayores venturas,
y seguid vuestro camino,
que os daña el sol.
Ricardo. Sólo el vuestro.
Jacinta. De freno dais en cabestro
y de humanista en divino.
Andad con Dios.

---

(1) Intervienen además Leridamo y Un Relator.

RICARDO. ¡Brava cosa,
por la fe de caballero!...
JACINTA. ¿Vos caballero?
RICARDO. Y primero
que fuérades vos hermosa.
Tengo tanta calidad,
que me pesa, pues por ella
pierdo la cosa más bella
que adora mi voluntad.
JACINTA. ¡Qué! ¿por ser mi desigual
perdéis tanto bien, señor?
RICARDO. Dislustra un sayo de honor
cualquier jirón de sayal;
que, si no, prometo a Dios,
a quien pongo por testigo,
de que os llevara conmigo
y me loara con vos;
que me habéis de tal manera
olvidado de mi ser,
que fuérades mi mujer
como yo vuestro igual fuera.
JACINTA. Si en eso os debo, señor,
también me debéis a mí,
que desde el punto que os vi
sospechoso que os tuve amor;
y, por vida de los dos,
que me sois prenda tan cara,
que con vos me desposara
a no ser mejor que vos.
Que estos ánades que guardo
por dicha vasallos fueron,
y algunas telas cubrieron
lo que agora es sayal pardo.
Soy tan bien nacida, que...
Baste... No más.
RICARDO. Si eso fuese,
obligárame a que os diese
la mano, palabra y fe;
que aún podría ser verdad;
pero podéisme creer,
que el igualarme ha de ser
con muy grande calidad.
JACINTA. Eso temo yo de vos,
creyendo que ha de faltar
de vuestra parte el llegar
adonde me puso Dios.
RICARDO. Creo que estáis engañada.
Decidme, ¿seréis condesa?
JACINTA. Ni duquesa, ni marquesa,
ni princesa estimo en nada.
RICARDO. Pues ¿qué sois?
JACINTA. Emperatriz.
RICARDO. ¡Válgame Dios!
JACINTA. Cuando menos.
RICARDO. ¡Y guardáis gansos ajenos!
¿Cómo os llamáis?
JACINTA. Beatriz.
Mirá si me igualaréis.
RICARDO. Si aqueso fuese verdad,
mucha mayor calidad,
señora Beatriz, tenéis;
mas yo soy un mayorazgo
de un reino, y perdido voy,
aunque ya ganado estoy,
y a vos se os debe el hallazgo.
Si os viene bien que me deis
la mano, el alma juntad,
el reino y la calidad
al imperio que tenéis.
JACINTA. Si pensáis que os he burlado
haced conmigo una cosa:
que yo sea vuestra esposa
cuando estéis desengañado,
y también que cuando vos
probéis ser príncipe, sea
el bien que el alma desea
celebrado entre los dos;
pero hasta entonces no hay orden
de otra cosa.
RICARDO. Aunque me mate
el deseo, es disparate
que llegue a tanta desorden.
Vos misma sois la defensa;
venid conmigo, que os doy
palabra, a fe de quien soy,
de no haceros ofensa.
JACINTA. Y ¿adónde me llevaréis?
RICARDO. Peregrinando conmigo
hasta daros un testigo
y porque vos me le deis;
y cuando probado hayamos
que somos reyes, seré
muy vuestro marido.
JACINTA. ¿A fe?
RICARDO. Sí, por Dios.
JACINTA. Pues vamos.
RICARDO. Vamos.

(Vanse, y sale FRONIMO, *villano mozo, con una honda tras dellos.)*

FRONIMO. ¿Dónde lleváis la zagala?
¡Hola! ¡Hao! Mas no responda,
que al disparar de la bala,
si me desciño la honda,

ningún arcabuz le iguala.
¡Oh, hi de puta, ladrón!
Luego vi que eras halcón,
porque la dorada espuela
me pareció la pigüela
y la lengua el corazón.
Mirad que sus gansos lloran
por la laguna esparcidos,
y los prados, que la adoran,
de su ausencia, entristecidos,
se marchitan y desfloran.
Ya toma sus manos blancas,
tanto ya las hace francas
del favor que nunca tuve;
en el caballo la sube
y se la lleva a las ancas.

(*Coge el villano piedras y sale* FABIO, *criado de* RICARDO, *de estudiante capigorrón.*)

FABIO. Mancebo, ¿has visto por dicha
a un caballero galán
en un potrillo alazán?
FRONIMO. No, sino por mi desdicha.—
Dejad la moza, rufián.
FABIO. ¿Qué buscas?
FRONIMO. Piedras apaño
para un gavalucho (1) extraño
que me lleva una paloma.
FABIO... ¡Con qué cólera las toma!
FRONIMO. Es pajarote de hogaño.
FABIO. Oye acá, deja las piedras;
responde a lo que te digo.
FRONIMO. Cosa que si no te arriedras
las hayas de haber conmigo,
porque veas lo que medras.
¿Por ventura no lo ves
que pone al caballo pies
y las manos a aquel pecho
por quien tomo a mi despecho
las piedras de tres en tres?
FABIO. ¡Oh, villano, casta infame!
¿A mi señor? ¡Suelta, suelta!
FRONIMO. Paso, no me las derrame.
¿Queréis andar de revuelta
y que mis zagales llame?

(*Sale* TIMBRIO, *villano viejo.*)

TIMBRIO. Dejad al zagal, hidalgo;
mientras no os ofende en algo,
que lo habéis de haber con dos.
FRONIMO. Dejádmelo, padre, vos;
quizá veréis lo que valgo.
FABIO. ¿Es vuestro?
TIMBRIO. Debe de ser,
que así lo dijo su madre.
FABIO. Muy bien se os echa de ver;
cual el hijo, tal el padre.
TIMBRIO. A fe que sois bachiller.
FABIO. Dios me libre de villanos
si a las armas ponen manos
y decienden en cuadrilla.
FRONIMO. ¿Esto poco os maravilla?
FABIO. Quedaos en buen hora, hermanos,
que se aleja mi señor.
FRONIMO. No, no; diréisme primero
quién ha sido el robador.
FABIO. Es un pobre caballero
aventurero de amor.

(*Vase* FABIO.)

TIMBRIO. Pues ¿qué? ¿llévanse a tu hermana?
FRONIMO. Para bella cortesana.
¿Luego no lo habías sabido?
TIMBRIO. Desta vez quedo perdido.
¡Oh rapacilla liviana!

FRONIMO.

Timbrio, si tú permites que Jacinta,
el alma propia desta vida ajena,
como el temor se me figura y pinta;
si aquella que a la muerte me condena,
por quien el alma toda arder se siente
a veces gloria como a veces pena,
de mis ojos permites que se ausente
y que la lleve aqueste peregrino,
cuéntame, por ejemplo, de la gente;
cuéntame, Timbrio, si mi sol divino
un punto deja de alumbrar mi vida
en la noche mortal de su camino.
De mi propio ser seré homicida;
de aquesta sangre tú verás la imagen
de un Isis ciego en este robre asida.

TIMBRIO.

Tus palabras y lágrimas se atajen,
caro Fronimo, y esos torpes miedos
no mi valor y voluntad ultrajen.
¿Cuándo para mi bien tus brazos quedos (1)

(1) Así en el texto; pero será "gavilucho", voz que no traen nuestros Diccionarios.

(1) Parece que debiera decir: "para tu bien mis brazos."

viste jamás ni mi opinión contraria
a la dispusición de tus enredos?
No piense agora la fortuna varia
quitarnos de las manos la vitoria,
que yo pondré la fuerza necesaria.
Tras tanto mal y perdición notoria,
tras tanta ausencia de la patria amada,
que agora me enternece su memoria,
sólo por la pasión desenfrenada
con que siguiendo vas esta doncella,
cual roble dura, como nieve helada,
se quiere la fortuna alzar con ella.
¿No verán sus ojos que a seguilla
nos fuerza a entrambos una misma estrella?
Ellos irán del monte media milla;
y pues ella se va como liviana,
cosa que me enloquece y maravilla,
rogar que vuelva es cosa incierta y vana;
mejor será decir que soy su padre,
y tú, quejoso, llamarásla hermana.
Diré yo a voces que su muerta madre
ha sido causa de su vida libre,
y todo lo que a nuestro engaño cuadre.
Con esto cuanta gente bebe el Tibre,
para favorecernos juntaremos,
y no hayas miedo que de mí se libre.

FRONIMO.

¡Oh, Timbrio generoso, á quien debemos
cuantos a tu favor nos aplicamos
la vida y sangre, el alma que tenemos!
En seguimiento de Jacinta vamos,
que con aqueste engaño convencida,
sospecho que a la villa la volvamos.

TIMBRIO.

Hoy, ¡oh, Fronimo! perderé la vida.

(*Vanse y salen* CAMILA, *reina, y* SEVERO, *secretario, vestidos de caza, y* CRIADOS *con ellos.*)

REINA. ¿Qué? ¿se fué el corcillo herido?
SEVERO. La hierba le hará parar
cuando le venga a tocar
el corazón encendido.
REINA. ¡Que no llegaras a tiempo!
SEVERO. Llegué, señora, después;
que por aquesto sus pies
son comparados al tiempo.
REINA. El que hace me ha cansado
y agrádame la floresta.
SEVERO. Convida a pasar la siesta
la bella estancia del prado;
los arroyuelos suäves
que se ríen por las piedras,
la sombra de aquestas hiedras
y la canción de las aves.
Podrás, si quieres, dormir.
REINA. Sí; mas en tanto que duermo,
haz seguir el corzo enfermo
hasta que venga a morir.
SEVERO. ¡Gran cuidado te maltrata!
REINA. ¿Agora echaste de ver
que es condición de mujer
perseguir hasta que mata?
SEVERO. ¡Líbreme Dios de su furia!
REINA. Retira luego esa gente,
que el rayo del sol ardiente
me hace notable injuria.
SEVERO. ¿Quién ha de quedar contigo?
REINA. Tú solo.
SEVERO. ¿Yo solo?
REINA. Sí.
SEVERO. ¡Hola! Nadie quede aquí;
lleva esa gente, Amerigo.
AMÉRIGO. ¿Dónde mandas que aguardemos?
REINA. En el río; y ten cuidado
que esté en la hierba el venado
cuando nosotros lleguemos.

(*Vanse los criados y quedan* CAMILA *y* SEVERO.)

SEVERO. Sola estás.
REINA. No mucho.
SEVERO. ¡Cómo!
REINA. ¿No estás conmigo?
SEVERO. Es verdad.
REINA. Entre dos no hay soledad.
SEVERO. Por triste que estoy la tomo.
REINA. Y es la mejor compañía.
SEVERO. Y más si entre aquestas dos
sola un alma puso Dios.
REINA. Como lo fuera la mía.
SEVERO. ¿Qué dices?
REINA. Que entre dos pechos
pueda asistir sola un alma
cuando de igual triunfo y palma
quedan de amor satisfechos.
Mas no tratemos de amor,
que es malo para dormir.
SEVERO. No sólo el sueño, el vivir
suele quitar su dolor.
REINA. ¿Tanto puede?
SEVERO. No lo sé.
En un libro lo leí.

REINA. Y lo leyeras en mí
a tener ojos de fe.
SEVERO. ¿Qué es eso de ojos?
REINA. Que amor
al alma por ellos entra
y que abrasa lo que encuentra.
SEVERO. ¡Brava experiencia de amor!
REINA. ¿Has querido alguna vez?
SEVERO. Nunca.
REINA. Pues ¿a cuándo aguardas?
SEVERO. Tú me animas y acobardas.
REINA. ¿Por ventura a la vejez
quiere el amor verdes años?
Yo a lo menos, quiero...
SEVERO. Quieres,
señora, como quien eres.
REINA. Pero como son mis daños...
SEVERO. Tu semejante querrás
porque te dé el casamiento
de por vida su contento,
que amor no puede dar más.
Siempre tus cosas me encarga
solos estamos, y creo
que mi secreto y deseo
merece...
REINA. Mucho te alargas.
SEVERO. ¿Es mucho en conversación,
y de tan secreta parte,
¡oh, Camila! preguntarte
de quién has hecho elección?
REINA. ¿Qué sacarás de sabello?
SEVERO. Confirmar lo que he creído
de tu buen gusto.
REINA. ¿Y sabido?...
SEVERO. Sabido...
REINA. ¿Qué?
SEVERO. Holgarme dello.
REINA. Pagaré tu buen intento.
Cree que el que yo escogí
no está muy lejos de aquí.
SEVERO. ¡Ay, Dios! ¿qué dudo? ¿qué siento?
¿Si por mí lo dice acaso?
Pies míos, ¿tanta flaqueza
cuando mayor fortaleza?...
Más corto y turbado quedo (1).
Quiérome poner muy bien...
Gran falta me hace un espejo
con quien tomara consejo.—
¡Hola! ¡Un vestido me den!—
Mas ¿qué digo? ¡Estoy sin seso!
¡Tanto una palabra puede!
Pensamiento, aquí se quede
vuestro temerario exceso.
¡Tanto puede un pensamiento!
Ahora bien; yo vuelvo en mí.—
Suspensa has estado.
REINA. Sí.
SEVERO. ¿De qué?
REINA. Del propio contento.
SEVERO. ¿Contenta estás?
REINA. En extremo,
de ver tan cerca ¡oh, Severo!
lo que te dije que quiero.
SEVERO. ¡Ay, Dios! ¿Qué dudo? ¿Qué temo?
Vuélvome a poner galán.
¡Ea! que yo soy, sin duda;
tanto el color se me muda
cuántas sospechas me dan
que no la hacen declarar.
Bien sé que me quiere bien.—
¿Que tan cerca estás de quien,
señora, te hace penar?
REINA. Mucho, Severo, lo estoy.
SEVERO. ¿Qué tanto?
REINA. No estoy un paso.
SEVERO. ¿Viene aquí algún hombre acaso?
Estoy solo; sí, yo soy.—
Aquí entiendo que estará,
aunque contigo, sospecho.
REINA. ¿Y cómo si está en mi pecho,
que en otra parte no está?
De lejos me da molestia,
aunque está en mi corazón.
SEVERO. Engañóme el afición;
digo que soy una bestia.
¿No es bueno que lo creí?
REINA. Gente parece que viene.
SEVERO. Guarda vuestra alteza tiene,
y guárdeme Dios a mí.

(*Entran* RICARDO *y* JACINTA.)

RICARDO. Como sois de tal valor,
zagala, por quien suspiro,
mientras más, mi alma, os miro,
mucho más me incita amor.
Ya de vuestro trato entiendo
tan cortesano y afable,
que es mucho más agradable
lo que me vais descubriendo.
Si la siesta os causa enojos,
esta sombra lo defiende;

(1) Parece evidente que esta palabra debe ser "paso" y no "quedo".

guardaos del sol, que os ofende
de envidia de vuestros ojos.

JACINTA. Mas antes vos, pastor mío,
con vuestro color de azor,
no sois para labrador;
guardaos del sol y el frío.
Aquí podéis recostaros,
y para que no os ofenda,
quitad al amor la venda
y cubrid los ojos claros.

SEVERO. ¿Qué le parece a tu alteza?

REINA. Escóndete, y calla un poco.

RICARDO. Tal favor me vuelve loco.
¡Extraña delicadeza!
Mucho le debéis a Dios.
Divino ingenio tenéis.

JACINTA. Cuanto agora encarecéis
en mí, resulta de vos.

RICARDO. ¿Para qué busco testigo
de que sois reina? Es sin falta
que sois reina, y sois tan alta,
que apenas de vista os sigo;
que esas razones no son
de villano nacimiento.
Ahora bien; aquí me siento.

JACINTA. Como yo del corazón.

REINA. Escucha a ver en qué para.

RICARDO. Que os sentéis conmigo os ruego.

JACINTA. Si yo me llegara al fuego,
¿quién duda que me quemara?
¿Olvídaseos el concierto?

RICARDO. No se olvida; mas ¿qué importa?

JACINTA. Probar si mi espada corta
es notable desconcierto.
Vos estaréis bien ahí,
y yo, si quiero guardarme,
aquí podré recostarme.
¿Ya os dormís?

RICARDO. Creo que sí.
Ando un poco desvelado.

JACINTA. Pues dormid enhorabuena.
Dormilón sois. Gente suena.

REINA. No para daros cuidado,
y podéis llegar sin miedo
que gente segura soy.

JACINTA. Puesto que con miedo voy,
de vos tenelle no puedo.

REINA. Dadme esos brazos hermosos.

JACINTA. Pues que pude merecellos,
los vuestros serán los bellos
y los míos los dichosos.

REINA. ¿Has visto más bella cara,
Severo?

SEVERO. En extremo es bella,
y a fe que declara en ella
sangre más ilustre y clara.

REINA. ¿Posible es que aquese traje
mereció tanta hermosura?

JACINTA. No; a lo menos mi ventura,
la humildad de mi linaje.

REINA. ¿Y adónde os lleva perdida
ese galán?

JACINTA. ¡Ay, señora!
que ha sido el hallalle agora
mi ventura conocida.
Aficionóse de mí.

REINA. Y vos dél.

JACINTA. Con su licencia,
bien le quiero en mi conciencia.

REINA. ¿Dónde os lleva?

JACINTA. Por ahí.

REINA. ¿Hay lástima como aquésta.
que se la lleve engañada?

JACINTA. De que yo voy mejorada
la razón, señora, es ésta:
que es hijo del rey de Atenas.

SEVERO. ¿Este es Ricardo el famoso?

JACINTA. Sí; mi señor, y es mi esposo.

REINA. ¡Sea con mil norabuenas!
¿Dónde se casó con vos?

JACINTA. Llevamos hecho un concierto
de hacer casamiento cierto
cuando probemos los dos:
él, que es príncipe heredero,
y yo, princesa heredera;
él de una provincia entera,
y yo de un imperio entero.

SEVERO. ¡Nuevo caso!

REINA. ¡Caso extraño!
Por cierto con gran razón
os tiene tanta afición;
mas resulta en vuestro daño,
que en gozando esa hermosura,
que es de los hombres deseo,
será en la crueldad Teseo
y vos Ariadna en ventura.

JACINTA. Pues ¿en qué lo conocéis?

REINA. ¿En qué? En haberos fingido
que será vuestro marido
cuando ser reina probéis;
que bien sé que una pastora
del traje que vos venís

no será, como decís,
tan grande reina y señora.

JACINTA. ¿No veis que yo le he contado
mil mentiras que he fingido,
con que viene persuadido
que traigo el traje prestado?
La reina de aquesta tierra,
de quien es muerta la madre,
tiene agora al rey su padre
en una conquista y guerra;
y yo le he dado a entender
que dos hijas que dejó
la una de ellas soy yo.

REINA. Y eso ¿cómo puede ser?

JACINTA. Díjele que me ha tenido
mi hermana un odio tan fuerte,
que, desde niña, la muerte
mil veces darme ha querido,
y que un aya que tenía
me libró de su furor,
entregándome a un pastor
que en este monte vivía.
Con esto va satisfecho,
y yo, para dar testigos,
buscaré algunos amigos
que les duela su provecho.

REINA. Ninguna mejor que yo;
que os tengo tal afición,
que haré cualquier invención.

SEVERO. ¿Quién tal suceso pensó?

REINA. ¡Disimula, necio!

JACINTA. En fin,
¿me queréis favorecer?

REINA. Sobrara veros mujer,
cuanto más un serafín.
Y aun os diré lo que haremos
porque más crédito dé:
que reina me fingiré
muy grave y por mil extremos,
diciendo soy la tirana
que mataros pretendí,
y que andando a caza os vi
y os conocí por hermana.

JACINTA. Señora, por bien tan grande
vuestra esclava me confieso;
la tierra que pisáis beso.

REINA. Eso no, ni Dios lo mande;
tan buena sois como yo,
pues a mi hermana os igualo.

JACINTA. Hoy, fortuna, tu regalo
hasta su punto llegó.
Vos, señora, sois, sin falta,
alguna rëal persona
bien digna de la corona
que con tanto agravio os falta.
Deberé a vuestro valor
el bien que por vos tendré;
vida y alma os deberé.

REINA. Pagadme sólo el amor,
y despertad vuestro esposo;
comenzaráse el enredo.

SEVERO. Apenas hablarte puedo;
que esto...

REINA. ¡Calla, enfadoso!

JACINTA. ¡Ah, Ricardo! ¡Ah, señor mío!

RICARDO. ¡Qué dulce voz! ¿Quién me llama?

JACINTA. La esclava, señor, que os ama.

RICARDO. Y el dueño de mi albedrío.

JACINTA. Sabed que he sido dichosa,
que mientras habéis dormido
justamente he merecido
el nombre de vuestra esposa.

RICARDO. ¿Cómo ansí?

JACINTA. Que hallé testigos
fidedinos y abonados
y amigos reconciliados
de mortales enemigos..
Mi hermana la reina es
ésa que miráis allí,
que anda a caza por aquí.

RICARDO. Echarme quiero a sus pies.
¿Haos tratado con amor?
¿Podré sin miedo llegar?

JACINTA. Bien la podéis abrazar,
que sabe vuestro valor.

RICARDO. Reina ilustre y poderosa:
a gran ventura he tenido
haber ocasión habido
para mí tan venturosa.
El duque de Atenas soy,
indigno de merecer
vuestra hermana por mujer,
a quien ya rendido estoy.
Hízome Amor conocella
en el traje [en] que venía.
Mas, ¿quién no adivinaría
mirando cosa tan bella?

REINA. Duque: cuanto a lo primero,
vos seréis muy bien venido.
Ya por fama habréis sabido
lo que yo por fama os quiero.
Ninguna cosa me ha hecho
hablar mi hermana enojada
como el venir amparada

dese generoso pecho
El hábito en que la veis
no es el que merece, no;
que es éste que tengo yo,
como vos lo merecéis.
Si os ha parecido hermosa,
para aqueste casamiento
yo doy mi consentimiento
y me tengo por dichosa.

RICARDO. Yo lo soy, y desde aquí
os doy mi mano.

JACINTA. Esperad;
que si os di mi voluntad
sobre francas os la di.
Yo he probado el ser quien soy,
resta que vos lo probéis.

RICARDO. Señora, razón tenéis,
pero satisfecho estoy.
Yo he visto lo que tenía
y vos lo veréis también.

JACINTA. Pues así estaremos bien
mientras que llega ese día.

RICARDO. Grave estáis con la verdad.
Más humilde os conocí.

JACINTA. Cuando yo pastora fuí
era tiempo de humildad.
Ya que soy reina, es muy justo
representar lo que soy.

RICARDO. Yo, señora, humilde estoy,
y no con poco disgusto.
Algún día seré rey.

JACINTA. Mientras que no lo probéis
justo es que humilde estéis,
que ansí lo manda la ley.

REINA. Mi hermana tiene razón.

RICARDO. ¡Paciencia!—¡Yo estoy corrido!

JACINTA. Si es porque rey no habéis sido,
soislo de mi corazón.

RICARDO. ¡Dios os lo pague este bien!

(*Suena ruido adentro de gente.*)

SEVERO. Tu gente viene, señora.

REINA. Venga mi gente en buen hora,
y tráiganme el palafrén;
bien está así lo fingido.
Váyase vuestra merced.

SEVERO. ¡Hola! El palafrén traed.

JACINTA. Paso, no hagamos ruido.
¡Vaya en buen hora, señor!

SEVERO. Luego ¿pensáis que os burlamos?

(*Entra* AMÉRICO, *cazador, y* CRIADOS.)

AMÉRIGO. A muy buen tiempo llegamos.

JACINTA. Temblando estoy de temor.

AMÉRIGO. Danos tus pies a besar.

REINA. Alza, Amérigo, del suelo.
¿Cómo vienes?

AMÉRIGO. Como suelo,
cansado de montear.

REINA. ¿Pareció el corzo?

AMÉRIGO. En el río.

REINA. Dente un caballo.

AMÉRIGO. Esos pies
me bastan.

JACINTA. Sin duda es
la Reina. ¡Oh, gran desvarío!—
Quiero hablar a tu grandeza.

REINA. ¿Qué quieres?

JACINTA. ¡No me dijeras
que eras la Reina de veras!
Perdona mi rustiqueza
y di qué tengo de hacer.

REINA. Llevarte quiero conmigo.

JACINTA. Tu virtud, Reina, bendigo;
mi vida está en tu poder.

REINA. Ahora bien; el sol deciende;
a la ciudad caminemos,
que al fin güéspedes tenemos
y ya la caza me ofende.
Mi casa es vuestra, Ricardo;
venid, veréis mi ciudad.

RICARDO. Vaya vuestra majestad
mientras mi caballo aguardo.

REINA. No os detengáis.

RICARDO. Está bien.

REINA. ¡Qué graciosa gentileza!

AMÉRIGO. ¡El palafrén a su alteza!

SEVERO. ¡Hola, gente, el palafrén!

(*Vanse todos y queda* RICARDO.)

RICARDO. ¿Qué es esto, tiempo, qué es esto
que a ti solo te pregunto?
¿Sabes por dicha en el punto
que tu mudanza me ha puesto?
¿Qué reina o qué casamiento
es aqueste en que me pones?
¿No sabes las pretensiones
de un humilde nacimiento?
Dime agora por qué ley
te ha parecido importante
que ayer me acueste estudiante
y que hoy me levante rey.

Íbame ayer de camino
a Bolonia, donde había
de estudiar quiromancía
por curioso desatino,
y hállome agora casado
con una Reina extranjera,
que ayer de gansos lo era
en la fuente de aquel prado.
Si viniera, como voy,
de Bolonia, imaginara
que el arte mismo causara
aqueste enredo en que estoy.

(*Entran* FABIO *y* TEUCRO, *criados de* RICARDO, *estudiantes capigorrones.*)

FABIO. Eres dómine ¡ah! señor:
¿adónde dejó la dama?
¿No responde?

RICARDO. ¿Quién me llama?

TEUCRO. Grande estudiante de amor
que se hizo.

RICARDO. ¿Estás en ti?

FABIO. Que no hay que negarme, no;
ya la vimos Teucro y yo.

RICARDO. ¿Tú la viste?

TEUCRO. Yo la vi,
y a fe de criado tuyo
que aguijé por alcanzalla
por ayudarte a llevalla:
con este texto te arguyo.
Acuérdome que decías
en España que estudiabas
esta ciencia, porque amabas
a cuantas mujeres vías;
y deseabas saber
alguna buena invención
con que hacer su corazón
en llamas de amor arder.
Mas, pues, ya sin ciencia sabes
hacerles tan buena guerra,
volvamos a nuestra tierra
y el viaje no le acabes.

RICARDO. ¡Ah, Teucro! Si tú supieses
en el peligro que estoy,
te juro a fe de quien soy
que lástima me tuvieses.

FABIO. Apostaré que de tierno
por la gansera se aflige,
y quel pastor que te dije
le ha puesto a piedras el cuerno.
¡Hi de puta! ¡Cuál salía
la piedra que disparaba!

RICARDO. ¿Qué pastor?

FABIO. El que quedaba
en aquella casería.

RICARDO. No vi tal hombre ¡por Dios!
Lo que pasa, brevemente,
es que junto aquella fuente
nos recostamos los dos,
y al recordar, confiado
de hallar una oveja o buey,
me hallé con nombre de rey
y con dos reinas al lado.

TEUCRO. Esta tierra es encantada.
Fabio, vamos por las mulas.

FABIO. ¿Por ventura disimulas
la burla?

RICARDO. Fuera pesada.
Esta es la verdad.

FABIO. ¿Qué dices?

RICARDO. Que la villana es hermana
de la Reina.

TEUCRO. ¿Qué villana?

FABIO. Tú mismo te contradices.

RICARDO. ¿Sabéis qué tengo pensado?
Que, pues me obliga la ley
a que pruebe que soy rey,
como Beatriz lo ha probado,
que os finjáis embajadores
y tengáis las manos llenas
de los despachos de Atenas
de aquellos gobernadores.
Viendo vuestra autoridad
y las cartas que traigáis,
¿quién duda que confirméis
mi fingida majestad?
Voy a tomar mi caballo,
que le dejé atado allí;
veníos los dos tras mí,
que tiempo habrá de trazallo.

TEUCRO. En esto vino a parar
este mozo.

FABIO. ¡Ay, triste! (1)

TEUCRO. ¿Por qué no le detuviste?

FABIO. Teucro, temíle enojar.
El ha perdido el jüicio.

TEUCRO. Bien ha estudiado ¡por Dios!

FABIO. ¡Buenos quedamos los dos!
Perdí mi largo servicio.

TEUCRO. Algo le han dado a comer.

---

(1) Quizá escribiría Lope, para que el verso constase: "¡Ay, de él, triste!"

Fabio, ya tengo jurado
de no comer hoy bocado.

FABIO. Sí, pero no de beber;
que Altracia, hechicera, cría
tales hierbas, y esecuta
cual y tos tan mala fruta,
cual Libia tan fiera arpía (1).
¿Hase de quedar ansí?

TEUCRO. Eso no; vele a buscar:
quizá se podrá enojar.

FABIO. ¿Por dónde fué?

TEUCRO. Por aquí.

(*Vanse* FABIO *y* TEUCRO *y sale* SEVERO, *secretario.*)

SEVERO.

Dulce, atrevido pensamiento loco,
¿adónde te levantas por mi daño?
Ligeras alas de un gustoso engaño,
¿adónde me lleváis? Tened un poco.
Divinos ojos, vuestra luz invoco,
que me despeña un fácil desengaño;
y en el principio del camino extraño
la sombra de la muerte piso y toco.
Camila, dulce fin de mis enojos,
a cuyas bellas manos e inclemencia
me trujo atado la enemiga suerte,
vuelve a mi alma tus hermosos ojos
y muérame yo allí si en tu presencia
tiene poder la rigurosa muerte.

(*Entra la* REINA.)

REINA.

¿Secretario?

SEVERO.

¿Señora?

REINA.

¿Acaso sabes
si vino el Duque?

SEVERO.

No lo sé.

REINA.

¡Que tarda!

SEVERO.

Son del camino aquellas cuestas graves.

(1) Pasaje viciado, pero que no podemos mejorar. El "esecuta" será "cicuta"; pero el "cual y tos" no sabemos qué podrá ser.

REINA.

¿Qué dices de la historia?

SEVERO.

Que es gallarda;
cuanto jamás se vió en el mundo escrita.

REINA.

Toda para que yo me abrase y arda.
¿Ves la villana cuán al propio imita
la persona rëal? Basta que ufana
el matrimonio injusto solicita.
¡Bueno fuera, por Dios, que una villana
casara con un príncipe de Atenas
por una fácil hermosura vana!

SEVERO.

¿De manera, señora, que condenas
el favor que le diste con tu engaño?

REINA.

Y agora la maldigo a manos llenas.
¡Bueno es que hiciera tan notable daño
a un hombre tan ilustre y que mezclara
preciosas prendas con grosero paño!
Temiera, y con razón, que castigara
el cielo mi maldad si deste imperio
una villana frente coronara.

SEVERO.

Sin duda tiene la ocasión misterio:
ya el ciego amor el corazón rebela
de celos el infierno y cautiverio.
¡Oh! más liviana reina que la vela
que azota el viento de una y otra parte,
y más que el humo que a su centro vuela!—
No niego, Reina, yo, ni he de negarte,
que la villana injustamente abonas
y puede el Rey quejarse y enojarte.
Siendo tan desiguales las personas
fuera traición hacer el casamiento
juntando de oro y robre las coronas.
Mas creo que algún nuevo pensamiento
te mueve a andar solícita en el caso.

REINA.

Mucho del lance presumir te siento.
Dicen que en las montañas del Caucaso
un águila le rompe las entrañas
a Prometeo sin mover el paso.
Tú, semejante, aquéste desmarañas
los mismos pensamientos de mi pecho,
y siempre en mis cuidados me acompañas.

Ya tiempo fué que verte satisfecho
de un hombre que yo amaba, deseabas,
por bien del reino y general provecho.
Severo, haz cuenta que a este punto acabas
de saber el secreto que te inflama,
por lo que ya tan congojoso estabas.
Al Rey de Atenas yo le amé por fama,
que su valor y esfuerzo en paz y en guerra
del Ártico al opuesto se derrama.
Trújole el cielo aquí, a mi misma tierra,
que por ausencia de mi padre, Arcamo
levanta la cerviz y el pie deshierra.
Por sosegarle, y porque yo le amo,
habrá de ser, sin duda, mi marido.

SEVERO.

Desde hoy, señora, yo mi Rey le llamo;
mas mira bien que puede ser fingido,
y es bien que te asegures claramente.

REINA

Poco discreto en avisarme has sido.
Así lo haré; mas mira que en la frente
escrita lleva la nobleza suya,
que pocas veces a los ojos miente.

SEVERO.

Antes, no hay cosa, Reina, que más huya
de la verdad del alma que el semblante,
puesto que a veces por allí se arguya.

REINA.

En todo haré satisfación bastante.

(*Vase* CAMILA, *reina, y queda* SEVERO *solo.*)

SEVERO. ¿Qué es esto, enemigo amor?
Cielo, fortuna enemiga,
tiempo vano y burlador,
¿qué queréis que el alma os diga
reducida a tal dolor?
¡Esto agora me faltaba,
tras la pena que me daba
una esperanza tan loca!
Mas, pues, me mató de poca,
gracias a Dios que se acaba.
¡Que traiga el tiempo a mi tierra
un hombre extranjero a darme
dentro de mi casa guerra!
¡Que venga en ella a mandarme
y que della me destierra!
Pensé que la ausencia larga
del viejo Rey que me encarga
su hija y yerno, pudiera
hacer que su yerno fuera,
y ha sido mi muerte amarga.
Que él propio me hiciera daño,
bien cupiera en mi tormento
al cabo de tanto engaño;
mas que me mate un extraño
no cabe en mi pensamiento.
Acabar quiero con todo,
y será de aqueste modo,
que esta daga... —Gente suena.

(*Entran* FRONIMO *y* TIMBRIO, *villanos, al tiempo que se quiere matar.*)

FRONIMO. Estará la casa llena.
Paso, no me deis del codo.
TIMBRIO. Calla, y entra con respeto.
FRONIMO. ¿Con qué respeto he de entrar?
SEVERO. ¡Que aun para tan triste efeto
no me da el tiempo lugar!
FRONIMO. Por Dios, Timbrio, que arremeto.
TIMBRIO. ¿Es éste?
FRONIMO. Sin duda es él.
TIMBRIO. ¡Oh traidor falso y cruel!
SEVERO. ¡Suelta, grosero villano!
TIMBRIO. ¿Tenéis la presa en la mano
y hacéis del ladrón fiël?
FRONIMO. Aquí del rey, que me tien
mi hermana.
TIMBRIO. Y mi hija.
SEVERO. ¿Yo?
Villanos, ¿paréceos bien?
FRONIMO. Y a vos, ¿cómo os pareció
la pobre mochacha?
SEVERO. ¿Quién?
¡Hola! gente de la guarda.
Nadie escucha. ¿En qué se tarda?
Uno de vosotros, ¡hola!
FRONIMO. Ello ha de haber carambola.
SEVERO. Pasalde aquesa alabarda.
TIMBRIO. ¡Ah, señor! Por Dios os ruego
reduzgáis vuestros enojos
a más templado sosiego,
y a la hija de mis ojos
mandéis me la vuelvan luego.
Basta que la hayáis tenido
del modo que hayáis querido;
bástame ya mi deshonra,
mirad que traigo la honra
cubierta en pobre vestido.
SEVERO. ¿Qué hija?
FRONIMO. Señor, mi hermana;
aquella moza aldeana

que a las ancas se llevó
cuando la juente pasó.

SEVERO. ¿Yo moza?

FRONIMO. Aquesta mañana,
cuando la llevaba al trote.

TIMBRIO. ¡Ea! no nos alborote,
sino mándenosla dar,
que la queremos casar
y está aparejado el dote.

SEVERO. Ya estoy en el caso bien.
¿Su padre es de la pastora?

FRONIMO. Y yo su hermano también,
que allí estaba agora, agora.

SEVERO. Venid, haré que os la den.

TIMBRIO. Dios le haga bien después.

SEVERO. No alborotéis el palacio.

FRONIMO. ¡Hola, padre! Alzad los pies.

TIMBRIO. ¿No ves como voy despacio?

FRONIMO. Y es bien que priesa te des,
que mira el de la alabarda.

TIMBRIO. Calla, hijo, que es la guarda.

FRONIMO. Si en el campo me cogiera,
yo aseguro que me hiciera
al restallar de la parda.

SEGUNDA JORNADA

(*Sale la* REINA *y* SEVERO, *su secretario.*)

REINA.

¿Que eso ha pasado con los padres della?

SEVERO.

Esto ha pasado, y encerrados quedan
derramando mil lágrimas por ella.
No quise que al palacio salir puedan
hasta saber si tú gustabas dello,
por mucho que sus lástimas excedan.

REINA.

Holgádome he en extremo de sabello;
porque la lleven a su pobre aldea,
que traigo celos de su rostro bello.

SEVERO.

¿Qué cosa puede haber, cielos, que sea
de menos sufrimiento que mi daño?

REINA.

¿Qué dices, secretario?

SEVERO.

Que no es fea.

REINA.

Váyase luego, sepa, sí, el engaño,
guarde sus blancos ánades y vuelva
a las vacas y el grosero paño.
Allá estará mejor, en monte o selva;
váyase con sus padres y villanos
y con igual marido se revuelva.

SEVERO.

Crueles celos de sangrientas manos,
no me arranquéis el corazón del pecho
con dolores tan fieros e inhumanos.
¡Qué dulces esperanzas me has deshecho,
y envuelto con acíbar, niño ingrato,
con dura fuerza rompes mi derecho!

REINA.

Arrepentida estoy del falso trato
que tuve con el Duque; me desgracio
haber sido la causa.

SEVERO.

Y yo me mato.

(*Entra* UN PAJE *de la* REINA.)

PAJE.

Dos hombres a la puerta de palacio
se apean de dos postas y te piden
licencia.

SEVERO.

¡Oh tiempo, mátame despacio!

REINA.

¿Qué señas traen?

PAJE.

El vestido miden
hasta la planta, a la costumbre griega,
y de varios colores la dividen.

REINA.

Entren.

SEVERO.

Por dicha, tu padre llega.

(*Entran* FABIO *y* TEUCRO *como griegos.*)

FABIO. Reina, a quien dió la ventura
de la tierra, que mantiene
la corona en paz segura
donde Parténope tiene
celebrada su ventura:

después de besar tus pies,
te pedimos que nos des
licencia para hablarte.

TEUCRO. Sospecho que has de turbarte,
Fabio.

FABIO. Disimula, pues.

REINA. ¿De qué tierra sois?

FABIO. De Atenas,
como lo muestra el vestido,
y por mil tierras ajenas
a ver habemos venido
de tu ciudad las almenas.

TEUCRO. Bueno vas, Fabio.

REINA. ¿Y es ocio
o fuerza de algún negocio?

FABIO. Fuerza nos obliga a verte.

TEUCRO. De perlas vas desa suerte.

FABIO. Tú verás cómo negocio.—
Tiene Atenas un Rey solo
después que murió Leopolo,
que, con deseo profundo,
anda visitando el mundo
desde el uno al otro polo.
Muerto Leopolo, se aflige
Atenas por el ausente,
el vulgo otro rey elige,
su madre no lo consiente,
y a los rebeldes corrige.
Porque el alboroto cese
mandó el Senado que fuese
de su gente alguna copia
desde Alemania a Tiopia,
y por el mundo corriese.
Todo a efeto de saber
si le podremos hallar:
dos años cumplen hacer
que le andamos a buscar,
mas muerto debe de ser.
La fuerza (1) habremos corrido,
y por donde más crecido
Irún y Vizcaya baña
hemos, entrado en España,
la vida y tiempo perdido.
Agora de Barcelona
hemos venido a tu tierra,
que la fama, que pregona
los hechos de paz y guerra,
tu nombre, Camila, entona.
Y querríamos saber,
que por dicha puede ser,
si en algún tiempo ha venido
a tu tierra este perdido
que así nos hace perder.

REINA. Severo, ¿qué te parece?

SEVERO. Que la prueba que deseas
hoy a las manos [te] ofrece,
para que del cielo creas
lo bien que te favorece.
Si éstos conocen por Rey
a Ricardo, prueba es cierta.

REINA. ¡Estoy de contento muerta!

SEVERO. ¡Qué dura es, amor, tu ley!

TEUCRO. ¡Ah, Fabio, cuál se concierta!
¡Mal año para Sinón
que iguale con tu invención!
Jacinta y Ricardo vienen.

SEVERO. ¡Oh, cuántos celos me tienen
oprimido el corazón!

(*Entran* RICARDO *y* JACINTA *vestida de cortesana.*)

RICARDO. Después que adornado habéis,
Jacinta, esas partes bellas,
con las galas que traéis,
como el sol a las estrellas
a la Reina escurecéis.

JACINTA. Paso, no os oigan, Ricardo.

REINA. Que le conozcan aguardo (1).

FABIO. ¡Duque de Atenas!

TEUCRO. ¡Señor!

FABIO. Famoso Ricardo ilustre,
cuyo infinito valor
ha dado nobleza y lustre
a la sangre de Ajenor,
danos tus pies, y las vidas
a tu servicio ofrecidas
las recibe en esta parte
por el hallazgo de hallarte.

RICARDO. Ellas son bien recibidas.

REINA. Conocido le han; ¿qué espero,
Severo, mayor probanza?

SEVERO. Ni yo crudo amor, pues muero.
¿Para qué aguardo esperanza
al tiempo que desespero?

RICARDO. ¿Qué os ha traído a una tierra
de la vuestra tan remota?

FABIO. La vulgar y civil guerra
que tus reinos alborota
y la blanda paz destierra.
Estas leerás al punto
del Senado y de tu madre.

(1) Quizá deba decir "La tierra".

(1) Este y el anterior son dos versos sueltos entre dos quintillas.

RICARDO. Por el Duque te pregunto.
FABIO. Ya es muerto el Duque, tu padre.
RICARDO. ¿Que mi buen padre es difunto?
Rasgaré las cartas todas.
FABIO. ¡Oh, Rey, que desacomodas
la traza que viene dada,
que viene capitulada
para tus reales bodas!
REINA. Duque, para tiempos tales
es el ánimo y grandeza
de las personas reales;
que nunca fué la tristeza
medicina de los males.
Volved, por mi vida, en vos.
RICARDO. ¿Y mi madre?
TEUCRO. Buena queda.
RICARDO. ¿Quedáronme hermanas?
TEUCRO. Dos,
Caritania y Fieliseda.
RICARDO (1). ¡Extraños nombres, por Dios!
TEUCRO. Milagro fué no reírme.
FABIO. Calla, buen Teucro, ten firme,
que has de ver milagros hoy.
RICARDO. Señora Reina, Rey soy,
¿queréis que más se confirme?
JACINTA. ¡Buena está la gravedad!
¿No hacéis más caso de mí?
RICARDO. Cuando yo escudero fuí
era tiempo de humildad;
esto de vos lo aprendí.
JACINTA. Casi corriéndome voy,
y no con poco disgusto.
RICARDO. Después que soy Rey es justo
representar lo que soy (2).
REINA. Basta, que os habéis vengado.
RICARDO. ¿De manera, que trazado
estaba mi casamiento?
TEUCRO. Sí, señor.
RICARDO. Trazas al viento.
FABIO. ¿Cómo al viento?
RICARDO. Estoy casado.
TEUCRO. ¡Casado! ¿Con quién?
RICARDO. Con quien
es el dueño de mi vida.
Véisla presente.
FABIO. No hay bien
que la fortuna no impida
con su mudanza y vaivén.
TEUCRO. Pues ¿cómo quieres burlar
la reina de Chipre bella?
RICARDO. Vasallos, no hay que tratar;
ninguno me trate della.
TEUCRO. ¿Quién lo basta a remediar?
RICARDO. La mujer que tengo agora
es hermana de Camila,
de Parténope señora.
FABIO (1) ¡Qué dura espada que afila
el que ya en su ofensa llora!
RICARDO. No más; echaos a sus pies.
FABIO. Esos pido que nos des,
señora, y que nos perdones
estas bárbaras razones.
REINA. De buenos vasallos es.
RICARDO. Ya, Reina, que cierto ha sido
la nobleza con que gano
el nombre de tu marido,
dame aquesa hermosa mano.
REINA. Ese matrimonio impido.
RICARDO. ¿De qué es el empedimiento?
REINA. De que en este casamiento
hay mucha desigualdad.
RICARDO. Será de la voluntad,
mas no del merecimiento.

(*Entran* FRONIMO *y* TIMBRIO *y* UN PAJE *diciéndoles que no entren.*)

PAJE. Tente, villano. ¿No es bueno
que quiere entrarse en la sala
de paja y de polvo lleno?
TIMBRIO. La josticia nos iguala
con el Rey, si el Rey es bueno.
FRONIMO. La Reina nos ha de oír
nuestras justísimas quejas;
a sus pies habemos de ir.
TIMBRIO. ¡Oh, Reina! Si tú nos dejas,
¿dónde habemos de acudir?
Perdona el injusto ultraje
de pisar con pobre traje
tus ricos palacios yo,
cuya torre apenas vió
desde lejos mi linaje.
La gran fuerza del honor
es tal, que esfuerza y obliga
al más rústico pastor
que hasta tus plantas siga
al atrevido ofensor.
Una hija que tenía,
sola, que sola ponía
a mi vejez regocijo...

(1) Sin duda deberá leerse: "SEVERO".
(2) Para la quintilla falta un verso.

(1) Sin duda es SEVERO quien dice estos versos.

FRONIMO. Y es mi hermana.
TIMBRIO. Calla, hijo.
Al fin, por quien yo vivía.
Estando habrá cuatro días
en el campo de mi aldea,
no con buenas compañías,
que a la mujer que no es fea
nunca le faltan espías;
no sé en lo que se ocupaba,
que yo en mi cabaña estaba.
¡Sabe Dios cuánto me aflijo!
FRONIMO. Gansos guarda.
TIMBRIO. Calla, hijo.
Al fin, sus gansos guardaba.
Pasó un hombre de tu casa;
al fin, hombre palaciego
que por doquiera que pasa
como a rastrojos el fuego
solemos decir que abrasa.
Me la llevó sin empacho,
sin poder este mochacho
guardalla, por más que dijo...
FRONIMO. Con mi honda.
TIMBRIO. Calla, hijo.
Y caballero en el macho,
y viendo que a tu merced
veníamos enojados,
entre una y otra pared
nos han tenido enjaulados.
FRONIMO. Muertos de hambre y de sed.
REINA. Ha sido muy gran maldad;
tal, que por vida del Rey,
que si entiendo la verdad,
ha de pasar por la ley,
tenga cualquier calidad.
RICARDO. Señora, espantado estoy;
mira si por dicha soy
y es aquesta la villana.
REINA. ¿Luego piensas que es mi hermana?
JACINTA. ¡Ay, Dios! Perdiéndome voy.
REINA. Por burlarte, duque, ha sido
de la manera que es
aqueste engaño fingido;
por eso no he consentido
que la palabra le des.
Descubra el rostro, señora;
basta la burla hasta agora
y desnúdese el vestido.
Basta lo que reina ha sido;
vuelva agora a ser pastora.
TIMBRIO. ¡Muchacha!
FRONIMO. ¡Hermana!
JACINTA. ¡Señor!
TIMBRIO. ¿Cómo estás desa manera?
¿No estabas allá mejor?
JACINTA. Por pensar que reina fuera;
pero son burlas de amor.
FRONIMO. A fe que habréis engullido.
¿Paréceos bien cuál andamos
yo y vuestro padre perdido
desde anteayer que os buscamos?
JACINTA. Burlas del amor han sido.
TIMBRIO. Tengos yo para casar
y andaisos a pasear.
JACINTA. Paje, tráeme mi vestido
y éste que traigo fingido
comiénzamele a quitar.
REINA. Eso no, ¡por vida mía!
Hacéisme agravio notorio.
Guardaldo allá para el día
dese vuestro desposorio.
FABIO. ¿Para aquesto nos traía?
¡Temblando estoy, Teucro!
TEUCRO. ¡Ah, cielo!
que al (1) gran trabajo recelo.
Tú verás en lo que para.
TIMBRIO. Reina, por merced tan rara,
adoro en tu nombre el suelo.
Ya sé que burlarte sueles
cuando a caza al monte sales.
FRONIMO. Yo he criado dos lebreles
para tus manos reäles,
hijos de padres fiëles:
mañana vendré con ellos.
REINA. ¡Hola! Haced que algo les den,
que yo sé que os irá bien
cuando vengáis a traellos.
TIMBRIO. Haz que tus pies se nos den.
REINA. Id en buen hora.
JACINTA. ¡Ah, Ricardo!
¡El cielo os guarde, señor!
RICARDO. De lo que yo no me guardo.
JACINTA. No os afrente el sayal pardo,
que fueron burlas de amor.
Adiós, mi señor.
RICARDO. Adiós.
REINA. ¿Estarás corrido en forma?
JACINTA. Vamos.
TIMBRIO. Id delante vos,
y por vida de los dos,
que os he de echar una corma.

(*Vanse* TIMBRIO *y* FRONIMO *y* JACINTA.)

(1) Parece que sobra este "al".

RICARDO.

Reina, por muchos reinos he pasado,
en cuyas nobles cortes he vivido;
mas en ninguna sin razón burlado
del vario pueblo sin razón he sido.
Sabes que soy Ricardo.

TEUCRO.

¡Desdichado!
Fabio, el negocio cuenta por perdido.
¿Qué es lo que lo que dice agora aqueste loco?

REINA.

No ha sido burla, ni tenerte en poco.
Andando a caza por la verde orilla
del Seveto corriente, hallé cual sabes,
contigo aquella hermosa pastorcilla
de palabras de amor y ojos suäves.
Causóme el verla extraña maravilla,
y por entretener cuidados graves,
que el reino, como ves, trae consigo,
reina la hice y me burlé contigo.
No te pese de aqueste desengaño,
que como sea conviniente cosa,
habrá sido, Ricardo, aqueste engaño
para que sea yo tu dina esposa.

RICARDO.

No digas más, que el alma en bien tamaño
no cabe toda en sí ni en mí reposa.
Bien sé que tu grandeza no merezco;
pero cual soy a tu valor me ofrezco.

REINA.

Esto pensé desde el primero día
que supe el tuyo, y sé que el Rey, mi padre,
ha de juzgar por buena mi osadía
por ver el reino solo y yo sin madre.
Mañana haré juntar la gente mía
y tratarás lo que al negocio cuadre,
que ya sé que te estiman.

RICARDO.

Yo confieso
que estoy a pique de perder el seso.
¿Posible es tanto bien?

REINA.

Severo, escucha:
A aquestos caballeros atenienses
darás tu casa, que es razón...

SEVERO.

Y mucha,
que su largo camino recompenses.—
Otro cuidado en mis entrañas lucha;
verás mi fin cuando no lo pienses.

RICARDO.

Dame licencia, acompañarte quiero.

REINA.

Yo soy dichosa y para siempre, espero.

(*Vanse* RICARDO *y* CAMILA *y quedan* SEVERO *y los* EMBAJADORES.)

SEVERO.

¡Gran tierra es la de Atenas!

FABIO.

Grande y rica.

SEVERO.

¡Bella ciudad!

FABIO.

Extraña y belicosa.

SEVERO.

¡Gallarda juventud!

FABIO

Toda se aplica
a letras y armas, que no vive ociosa.
El valor de Ricardo testifica
de su felicidad alguna cosa.

SEVERO.

¿De qué ciudades es cabeza?

TEUCRO.

¡Oh, Fabio!
Agora es tiempo que te muestres sabio.

FABIO.

¿Qué tengo de mostrarme? ¡Derreniego
de quien me puso aquestas sopalandas!
¿Yo no soy español? ¿Quién me hizo griego?
Por arrojarme estoy destas barandas.

SEVERO.

¿Entiendes lo que digo?

FABIO.

Hablaré luego
y te satisfaré como lo mandas.
Teucro, quédate adiós.

TEUCRO.

¿Aquí me dejas?
¡Oh! ¡pesia a mi linaje!

FABIO.

¿A quién te quejas?

TEUCRO.

¿No me estuviera yo con mis vecinas
contándoles consejas en mi tierra,
hurtando los capones y gallinas
que el avariento gallinero encierra?
Echarles tres o cuatro bernardinas...

FABIO.

Como digo, señor, en paz y en guerra
es Atenas ciudad muy eminente,
con fuerte cerca, muros, río y puente.
Hay mucha nieve, fruta y muchas damas,
mucho galán y mucho viejo grave,
muchos mesones donde alquilan camas
y con cada aposento dan su llave.
Trátase bien y mal de buenas famas...—
¡Ah Teucro! y cuánto sudo Dios lo sabe.

TEUCRO.

No le digas aqueso.

SEVERO.

Bajamente
habla este griego para noble gente.
Muy lindo necio embajador hicieron.

FABIO.

Necio dice que soy; ya nos perdemos.

SEVERO.

Al fin, señores, que los dos vinieron
visitando del mundo los extremos.

FABIO.

Así es verdad.

SEVERO.

Y que elegidos fueron
del Senado y ciudad.

TEUCRO.

Otra tenemos.

FABIO.

Si él vuelve a la ciudad, yo soy perdido.

SEVERO.

Sospecha tengo de que es el Rey fingido.

TEUCRO.

No te aguardo ya a más, mis pies me valgan.

(*Huye* TEUCRO.)

SEVERO.

Huyó el traidor. ¡Traición! ¡Traición! ¡Ah,
¡Ah, de la guarda! [gente!

(*Salen dos* ALABARDEROS *y huye* TEUCRO.)

ALABARDERO.

Yo aquí estoy.

SEVERO.

No se (1) salgan
del palacio.

ALABARDERO.

La guarda está presente.

SEVERO.

Apenas el patin donde cabalgan
pasa el traidor, ¿qué hacéis, decidme, gente?
Ninguno vuelva, pena de la vida.

FABIO.

Esa permite que a merced te pida.

SEVERO.

¿Osas, traidor, hablarme aquí delante?
¿Quién es este Ricardo?

FABIO.

Ten la daga.
Un escolar que es medio nigromante,
que esta invención con un doblón me paga.

SEVERO.

¿Qué habrá que no cometa un estudiante?

FABIO.

No tiene el mundo cosa que no haga.

(*Entran la* REINA *y* RICARDO.)

REINA.

¿Qué alboroto es aquéste?

RICARDO.

¿A mí, vasallo
traidor?

SEVERO.

¡Tú eres traidor!

RICARDO.

¿Tal sufro y callo?

SEVERO.

¡Date a prisión, infame; date, perro!
Ya se sabe quién eres; no te importa
cubrir de blanca plata el negro hierro.

RICARDO.

Tú probarás lo que mi espada corta.

(*Entran la guarda y* CRIADOS.)

(1) Sobra el "se".

REINA.

¡Prendelde luego!

SEVERO.

Tu nobleza (1) y yerro,
¡oh, loca Reina! a tal furor me exhorta,
que quisiera...

REINA.

¡Tenelde!

RICARDO.

¿Qué es aquesto?

FABIO.

Ricardo, en el peligro que me has puesto...

SEVERO.

Si estás contenta ¡oh, Reina! del marido
que ciegamente escoges por tu daño,
sabe que el Rey es un traidor fingido;
aqueste embajador ha sido engaño,
que nunca a Grecia vió.

REINA.

Si tal ha sido
y fuere agora cierto desengaño,
¡vive el cielo! que mueras de una muerte
la más infame y de dolor más fuerte.

SEVERO.

Declara luego su maldad notoria,
o pasaráte esta alabarda el pecho.

FABIO.

Señor, ya sabes la fingida historia,
y estás de mi inocencia satisfecho.
Digo que ayer tomamos de memoria
cuanto hoy has visto que tenemos hecho.
Ricardo nos lo ha dado por escrito.

RICARDO.

Me espanto que la vida no te quito.

REINA.

¿Enmudeces, traidor? ¿Esto se usa?... (2)
débesla de buscar, y no la hallas.
¿Has oído decir de Siracusa,
aquél que a tantas bancaras (3) canallas
hizo temblar, y de Agrijentes fiero?
Pues ser contigo más cruel espero.

Llévenle luego al punto, al punto, digo,
a la pública cárcel de ladrones,
mientras ordeno el más cruel castigo
que vieron indios, scitas ni teutones.

RICARDO.

¿Merezco la crueldad que usas conmigo?

REINA.

¿A responderme, bárbaro, te pones?
Lleven también su embajador el griego.

FABIO.

¿A mí, señora?

REINA.

A ti, llevalde luego.

(Llévanlos presos y quedan CAMILA *y* SEVERO.)

¡Oh Severo famoso, a quien se debe
el bien que me resulta deste daño!

SEVERO.

¿Creerás agora que tu bien me mueve?

REINA.

Y oblígame tan justo desengaño.
Castigo haremos que la fama lleve
de aqueste nuestro reino al más extraño.

SEVERO.

Bien merece su culpa castigalle.

REINA.

¡Quién lo creyera de su hermoso talle!

SEVERO.

Amor, buen tiempo es éste; agora puedes
pagarme el daño eterno que me haces.
Buen tiempo es éste de hacer mercedes;
por un año desde hoy hagamos paces,
cuelgue yo desta vez en las paredes
del templo que con lágrimas deshaces
las ropas que mojaron estas mías,
vean mis ojos tan alegres días.

(Vanse y salen FRONIMO *y* TIMBRIO *y* JACINTA.)

FRONIMO. Al fin te asienta ese paño
de tu propio nacimiento
harto mejor que el extraño,
y mi pobre pensamiento
mejor que aquel rico engaño.
Aquélla fuera, Jacinta,
naturaleza distinta
de tu ser; mas no hay mujer

---

(1) Sin duda que Lope escribiría "torpeza" y no "nobleza".
(2) Faltan dos versos a esta octava.
(3) Desconocemos el significado de esta palabra, que no trae el *Diccionario* de la Academia.

que no se deje perder
por el color de una cinta.
¿Parécete bien que has dado
a Timbrio buen galardón,
¡cruel, de haberte criado
con más regalo y pasión
que si te hubiera engendrado?

TIMBRIO. Ya, mi Jacinta, también
que siempre te quise bien,
y pues tal la vida en calma
me has dejado arder el alma
entre tu celo y desdén,
¿no hablas?

JACINTA. ¿Qué he de decir
viendo que tan sin razón
me fuistes a perseguir
en la más alta ocasión
que pude al cielo pedir?
Por vosotros he perdido
el más gallardo marido,
con el estado mejor
que la fortuna y amor
ambos dar habrán podido.

TIMBRIO. ¿Tú no ves, Jacinta mía,
que es burla que aquesos reyes
suelen hacer cada día?
¿No ves que de aquestos bueyes
se aparta la monarquía?
Créeme y busca tu igual,
que el amor crece entre iguales;
busca un honesto zagal,
y aunque a Fronimo señales,
Jacinta, no te está mal.
¿Quién te sirve y te desea
que más diestro y suelto sea?
¿Quién más rico y más galán
de cuantos mozos están
en el corro del aldea?
¿Qué servicios no te ha hecho?
¿Qué días no te ha buscado?
¿Qué noches no te ha rondado?
Y después del alma y pecho,
Jacinta, ¿qué no te ha dado?
Apenas el pardo vello
al palomino cubrió
cuando ya gozaste dello.
Y apenas perdiz cazó
que no le torciste el cuello.
¿Qué panal en sus colmenas
cubrió de miel las casillas
que fuese a manos ajenas?
¿De qué frutas sin pedillas?
¿De qué rosas o azucenas?
Más presto que tú la hallaste,
no nació la verde almendra,
ni más flores que pisaste
Flora por el campo engendra
cuando por tu choza entraste.
La verde pera en sazón
con el escrito melón,
el durazno blanco, el higo,
y cuando madura el trigo,
el rubio melocotón.
¡Ea! Jacinta, no más;
los ojos vuelve a Fronimo,
que asaz obligada estás.

JACINTA. Digo, Timbrio, que le estimo
por el precio que le das.
Ya le conozco.

FRONIMO. Conoces
una alma que pide a voces
verte piadosa a su llanto.
¿Por qué quiere el cielo santo
que tan exenta te goces?
¿Cuándo te dejé de amar,
desde el día que a mirarme
te pudo el tiempo obligar,
o cuándo para matarme
me dejaste de olvidar?

JACINTA. ¿Por fuerza te he de querer,
Fronimo?

FRONIMO. Pudiera ser,
si en amor cupiera fuerza;
mas un bien querer esfuerza
siquiera a no aborrecer.

(*Entra* TEUCRO *huyendo.*)

TEUCRO.

¿Qué monte me dará de sus entrañas
alguna cueva oscura do me esconda?
¿Por qué ramos iré de espesos árboles
que no me puedan ver las que me buscan?
Pastores ¡ah! pastores.

TIMBRIO.

¿Quién nos llama?

TEUCRO.

Un desdichado caminante, un hombre
que de sus enemigos viene huyendo.
Si vive la piedad en vuestros pechos
como en aquellos de otros mil pastores
que aposentaron príncipes y reyes,
amparadme escondido en vuestras chozas,
que me quieren matar.

FRONIMO.

¿Este no estaba
en el palacio, Timbrio?

TIMBRIO.

El mismo era.

FRONIMO.

Decidme, caballero: ¿Vos no estábades
con unas ropas largas y un turbante
en el palacio de Camila agora?

TEUCRO.

Estaba ¡ay! triste, y la ocasión amarga
que huyendo me ha traído a aqueste monte,
es el haber estado en aquel hábito,
que aquel Ricardo, aquél... O yo me engaño,
o sois aquella dama que traía
robada desta aldea... no es de Atenas,
ni rey como pensáis, sino un hidalgo
que va de España, donde fué estudiante,
a Bolonia a estudiar quiromancía,
y por casar con reina nos ha hecho
fingir embajadores atenienses,
como nos vistes; pero aquel engaño
tuvo por fin que yo me vine huyendo
sabida la maldad, y que Ricardo
con Fabio queda preso en cárcel pública
y a pique de sufrir injusta muerte.

TIMBRIO.

Extraño caso.

JACINTA.

¡Oh, cielos! ¿Que es posible
que no es Ricardo rey?

TEUCRO.

Es un pobrete:
bien es verdad que lo parece el talle,
mas en linaje es sumamente humilde.

JACINTA.

Sin seso estoy, y aunque el contento es grande
de verme tan vengada de la Reina
y del traidor que me burló, no puede
dejar de lastimarme su peligro.
Dejadme un rato descansar, que el alma,
aunque se densengaña de sus prendas,
de su hermosura no se desengaña.

(*Vase* JACINTA.)

FRONIMO.

¡Que aún tienes tal locura en la memoria!
Vuelve, ¡cruel! y ya que me atormentas
con tus razones, de mortales celos,
no sea con ausencia, que esa sola
es la que quita el respirar del todo
al sufrimiento y la vida al alma.

(*Vase* FRONIMO *tras della.*)

TEUCRO.

Pasión debe de haber.

TIMBRIO.

¡Pasión, y cómo!
No lo digas de burlas, que este mozo
pierde el juicio; pero yo os prometo
que la zagala, aunque parece rústica,
tiene más que divinos pensamientos.
Quieren casarse y andan de revuelta,
porque él la adora.

TEUCRO.

¿Y ella?

TIMBRIO.

Le aborrece.
Pero venid conmigo a mi cortijo,
que aquí podréis pasar aquesta noche
seguro de enemigos.

TEUCRO.

¡Dios os pague
el bien que me hacéis!

TIMBRIO.

Sin que nadie os vea
iréis por este monte hacia el aldea.

(*Vanse y salen* LEONIDO, OTAVIO *y* MELAMPO, *presos, en hábito de cárcel, y* RICARDO *en el suyo, dándole de rempujones.*)

OTAVIO. Entre adentro, pesia tal,
deje aparte gravedades.
RICARDO. Ni para menos crueldades
ha dado causa mi mal.
Paso; no me arrempujéis.
MELAMPO. Acabe; tenga vergüenza,
pues desde agora comienza.
RICARDO. Si es ansí, no me acabéis.
MELAMPO. ¿Desto se enternece y llora?
Allá le aguardo a la siesta.
LEONIDO. ¿Sabe que es la cárcel ésta?
RICARDO. Nunca lo supe hasta agora.
MELAMPO. Muy bien se le echa de ver.
RICARDO. ¿Cómo?
MELAMPO. En que no se ha quitado
la ropilla y nos la ha dado.

RICARDO. ¿Para qué?
MELAMPO. Para comer.
RICARDO. ¡Qué confuso barbarismo!
Señor, ¿no basta, decí,
un julio que traigo aquí?
MELAMPO. Aunque fuera el César mismo.
¿Somos algunos guillotes
de calabozo podrido,
cuyas espaldas han sido
sacrificadas a azotes,
que un julio nos ha de dar?
LEONIDO. Ten el cuchillo, Melampo.
MELAMPO. Guarda, pesia tal; haz campo.
¡Un julio! Donoso azar.
OTAVIO. ¡Qué cien doblones de España
se le sueltan!
MELAMPO. ¡Ea! Desnude,
pues tan bajamente acude,
y de quien es desengaña.
LEONIDO. No es malo el sombrero.
OTAVIO. Acabe.
RICARDO. ¿El jubón?
OTAVIO. Del mismo modo,
y los calzones y todo.
LEONIDO. Esta es cárcel, ya lo sabe.
RICARDO. No son de España tan fieras
ni de gente tan soez.
LEONIDO. Luego ¿ha visto otra vez
la cárcel?
MELAMPO. Y aun las galeras.
Si la camisa le quitas
y lavas sus carnes bellas,
verás las firmas en ellas
de letra tan larga escritas.
LEONIDO. Bueno está ansí.
OTAVIO. Bueno queda.
RICARDO. ¿Paréceos que bien estoy?
OTAVIO. Aguarda, que adentro voy
por un vestido de seda.

(*Vase* OTAVIO.)

RICARDO. ¿Qué? ¿Aún falta más?
LEONIDO. ¡Bueno es eso!
El que entrare aquel postigo
sólo tenga por castigo
los ocho días del preso.
Esta noche le apercibo
para vernos a los dos,
que ha de dar gracias a Dios
si acaso amanece vivo.
MELAMPO. ¿No ha llegado a su noticia
que hay un duende en esta cueva?
RICARDO. La cárcel tengo por nueva,
pero no vuestra malicia.
MELAMPO. Pues es un duende tan malo,
que aunque tenga el sueño fuerte
le juro que le despierte
a puro zapato y palo,
si no se esconde primero.
Tira cuanto halla y topa,
ni deja jarro ni copa,
plato, mesa o candelero.
LEONIDO. Y una culebra con él
que en esta cárcel nació,
que nunca Libia crió
monstruo tan fiero y cruel.
No hay que te enojes ni asombres,
si no halla que comer,
a un hombre suele poner
que no le conozcan hombres.

(*Entra* OTAVIO *y saca un coleto y calzones pícaros.*)

OTAVIO. Este es vestidillo al uso.
LEONIDO. ¡Ea! Vista.
RICARDO. ¿Para qué?
MELAMPO. Vista, que le pasaré.
OTAVIO. Que más galán se lo puso.
LEONIDO. Extremado es el coleto.
MELAMPO. No dice mal el calzón.
RICARDO. No hay hombre libre en prisión
que no le haga sujeto.

(*Entra* LIVIO, *capitán, con* FABIO, *que han acabado de darle tormento.*)

MELAMPO. Oigamos quién es aquéste.
LIVIO. Hicistes discretamente
en confesar llanamente
para que la vida os cueste.
MELAMPO. ¡Oh! mi señor capitán,
¿qué busca por estas redes?
LIVIO. Traer a vuesas mercedes
—pase adelante, galán—,
un amigo más.
LEONIDO. Por Dios,
que viene muy cabizbajo.
LIVIO. Ha pasado su trabajo.
OTAVIO. ¿Y confesó luego?
LIVIO. A dos.
MELAMPO. Ruin señor es. Pase acá.
LIVIO. Y tiene mal pleito, a fe.
OTAVIO. Y ¿por qué viene?
LIVIO. No sé.
LEONIDO. ¿Cómo?
LIVIO. El tiempo lo dirá.

LEONIDO. Al fin se sabrá después.
LIVIO. ¿Quién es el de la librea?
RICARDO. ¿Quién queréis, señor, que sea?
Es aquel que ya no es.
LIVIO. Oiganme, que ¿así desnudan
un hombre tan principal?
MELAMPO. ¿Cómo principal?
LIVIO. Y tal,
que ha sido rey. ¿Qué? ¿Lo dudan?
LEONIDO. ¡Rey! ¿Cómo?
LIVIO. Por eso viene
preso, y el galán con él (1).
OTAVIO. ¡Bravo caso!
LIVIO. Rey tenéis.
MELAMPO. No pocos vasallos tiene.
LIVIO. Es delito de valor
que apenas le ha visto ley,
que este galán se hizo rey
y esotro su embajador.
OTAVIO. ¿A qué efeto?
LIVIO. De engañar
la Reina, con quien casaba.
LEONIDO. ¡Qué bizarro agora estaba
para llevalle a casar!
LIVIO. Ahora bien, la Reina aguarda:
no me puedo detener,
que me ha mandado poner
a los calabozos guarda.
Quédese adiós.
OTAVIO. El os guarde.
LEONIDO. ¿Qué piensa su majestad?
¿En negocios de ciudad?
¿Hay ordinario esta tarde?
MELAMPO. Habrá tardado el correo
de las paces de Turquía.
OTAVIO. ¿Qué cartas trujo la espía?
¿Era la cifra en guineo?

(*Entran* FRONIMO *y* JACINTA.)

FRONIMO. ¡Hola! Estaos quedito, hermano.
JACINTA. Que no me espantan razones
de hombres presos y ladrones.
MELAMPO. Hacia acá viene un villano.
LEONIDO. Y una villana con él.
FRONIMO. ¿Pensáis que en la cárcel come?
MELAMPO. ¡Ea! Cuenta se les tome.
JACINTA. Por aquí nos dirán dél.
MELAMPO. ¿Qué busca la buena gente?
JACINTA. Señor mío, esté en buen hora:
dos hombres que agora, agora
han prendido injustamente.
LEONIDO. ¿Es un rey y embajador?
JACINTA. ¡Ay, señor! Los mismos.
FRONIMO. Creo
que son aquellos que veo.
RICARDO. ¡Extrañas burlas de amor!
OTAVIO. Llegad, que su majestad
a nadie negó los pies.
JACINTA. ¡Ay, triste! Ricardo es.
¿Quién hizo tal crueldad?
FRONIMO. Jacinta, volvámonos
que esta es cárcel.
JACINTA. ¡Ah, Ricardo!
RICARDO. ¿Qué es esto? cielo, ¿qué aguardo?
Esto me faltaba. ¡Ay, Dios!
JACINTA. ¡Ah, rey mío!
RICARDO. ¡Ah, dura suerte!
¡Tanto género de penas!
JACINTA. ¿Es este el reino de Atenas?
RICARDO. Es mi desdicha, es mi muerte.
LEONIDO. Ahora bien, demos lugar
que el Rey negocie, y primero,
avisa, Otavio, al portero
que vengan a negociar.
MELAMPO. Vamos, razón has tenido;
negocie, pues tiene tanto,
y almorcemos entre tanto
lo que se hubiere traído.

(*Vanse los* PRESOS *y quedan* JACINTA, RICARDO FRONIMO *y* FABIO.)

RICARDO. ¡Deme el cielo sufrimiento!
FRONIMO. Dél mucho me maravillo.
JACINTA. ¿Habéis hecho el vestidillo
para nuestro casamiento?
RICARDO. Eso pasa de crueldad,
señora; dejadme aquí.
JACINTA. "Cuando yo escudero fuí
era tiempo de humildad;
mas ya que soy rey, es justo
representar lo que soy."
RICARDO. Por darme la muerte estoy.
¡Qué dura afrenta y disgusto!
JACINTA. "Pues ¡cómo! ¿quieres burlar
la reina de Chipre bella?
Ninguno me trate della,
vasallos, no hay que tratar;
echaos luego a sus pies."
RICARDO. ¿No hay un cordel que me mate?
Mi paciencia se remate,
que ya de diamante es.

---

(1) Así el texto; pero Lope habrá escrito: "y el galán que veis".

JACINTA. No más que siento el rigor,
Ricardo, que te amolesta,
y es burla de amor aquésta.

RICARDO. ¿Estas son burlas de amor?

JACINTA. ¡Pluguiera a Dios que lo fueran
y que a tanto no llegaran,
que el reposo me quitaran
y el corazón me encendieran!
A veces burlas se tratan
que veras suelen volver;
ellas pueden burlas ser,
mas, como veras, me matan.
Porque fué burlas tu fe,
de veras, triste me mato;
burlando me amaste, ingrato,
mas yo de veras te amé.
Si supiera que supieras,
cruel, dejarme perdida,
no comenzara en mi vida
burlas para tantas veras.
Burlas en veras mezcladas
siempre pararon aquí;
burlarme y dejarme ansí
burlas son, pero pesadas.
Dejáronme desta suerte
tus palabras lisonjeras.
¡Oh, burlas, para mí veras!
¡Oh veras, para mí muerte!

RICARDO. Si aquesas palabras son
de veras y no burlando,
haz cuenta que vas rasgando,
Jacinta, mi corazón.
Conozco que te burlaste;
pero, dime: ¿qué perdiste?
que si tú engañada fuiste
no menos tú me engañaste.
La Reina, cruel, me pone
en el traje vil de esclavo
y en la cárcel, que al más bravo
rinde, humilla y descompone.
Por Severo, aquel traidor
que asistió presente al caso,
cárcel y deshonra paso;
pero son burlas de amor.
Rey soy, Jacinta; rey soy,
por más que el tiempo lo impida.
Tú verás de oro ceñida
mi frente aquí donde estoy,
y aunque en ese traje estás,
conozco tu nacimiento,
que con solo un pensamiento
bastantes indicios das.
No dejes, por Dios, de verme
mientras que me veo así,
que la honra que perdí
no está perdida, que duerme.
Para verme te apercibe,
que aunque este traje me afrenta,
el alma que te aposenta
rica y limpia te recibe.

JACINTA. No me rompas mis entrañas,
que con el alma me llevas;
con esas palabras nuevas,
de nuevo, cruel, me engañas.
Lo que por concierto estuvo
ya se ha vuelto desconcierto;
bien me acuerdo del concierto;
mas, amor, ¿cuándo lo tuvo?
Hasta el último y postrero
punto que tu vida aguardo;
te quiero bien, mi Ricardo,
no más de porque te quiero.
Que te has de volver a ver
en riqueza, no lo creas;
bien puede ser que rey seas,
mas tienes perdido el ser.
Sola una cosa te digo,
y ésta me puedes fiar,
que no te pienso dejar
hasta que muera contigo.

RICARDO. Bese yo la tierra bella
que tus pies dichosos toca,
porque se estampe en mi boca
la señal que queda en ella.

JACINTA. Baste ya, que tuyos son,
que no son libres ni suyos,
y que el hierro de los tuyos
estampó en el corazón.—
Fronimo, no te dé pena
lo que con Ricardo trato,
que es fuerza del tiempo ingrato
que a su voluntad ordena.

FRONIMO. Yo, Jacinta, ¿qué he de hacer?
conozco tu condición;
que mal sufre reprehensión
la obstinación de mujer.

JACINTA. Ahora bien, Ricardo amigo,
voime por fuerza, que es tarde.

RICARDO. Jacinta, el cielo te guarde.

JACINTA. Y el mismo quede contigo.

RICARDO. Venme a ver.

JACINTA. ¿Quién lo duda?
Que tienes mi alma acá.

(*Vanse* JACINTA *y* FRONIMO.)

FABIO. Ricardo, ¿qué piensas ya?
RICARDO. Que todo el tiempo lo muda.
FABIO. ¡Estoy bueno desta suerte!
RICARDO. Paciencia.
FABIO. Ya está perdida.
RICARDO. Criado fuiste en la vida,
serás amigo en la muerte.

(*Vanse y salen* SEVERO *y* LIVIO, *capitán.*)

SEVERO.

Livio, del alma sabes ya el secreto;
la Reina adoro, y este pensamiento
a nadie como a ti estuvo sujeto.
Mil veces mi esperado casamiento
tuviera dulce efeto, y su esperanza,
que tantas veces se ha llevado el viento,
sino que apenas el remedio alcanza,
cuando la novedad de algún suceso
pone a mi firme bien mayor mudanza.

LIVIO

¿Qué puedes ya temer, si tanto exceso
de bien te muestra la fortuna varia;
si a Ricardo ves vil, infame, preso?
Ya no puede mostrarse tan contraria.
En una cárcel mísera le tienes
con la probanza y guarda necesaria.
Ya sabes que no es rey, y que las sienes
que ayer pensaste ver ceñidas de oro
a ver cubiertas de una soga vienes.
El morirá por inventor del toro,
bramando en él, y tú verás, Severo,
como Dionisio, su bramido y lloro.

SEVERO.

¿Alivio? Mal entiendes mi mal fiero;
que cierta novedad le ha puesto a punto
que casi del remedio desespero.

LIVIO

¿Agora muestras ánimo difunto
cuando viene en tu busca la esperanza
y a sus espaldas el remedio junto?
Si te pudo poner desconfianza
este fingido rey, su dura muerte
está en la ejecución de tu venganza.

SEVERO.

¡Ay, Livio! No es fingido.

LIVIO

¿De qué suerte?

SEVERO.

Escucha en breve, y gustarás despacio
la causa de mi mal.

LIVIO

Prosigue.

SEVERO.

Advierte.
Subiendo ayer la escala de palacio,
un hombre viejo hallé sentado en ella
leyendo en un borrado cartapacio.
La cara honesta, aunque arrugada, bella;
que es la vejez alguna vez afable,
tal, que obligaba a detenerse a vella.
La barba, blanca, larga y venerable;
el vestido, mediano, y la presencia,
con un respeto y gravedad notable.
Piséle, y él sufriólo con paciencia.
Yo no la tuve, que me llevó a velle
una curiosidad y impertinencia.
Al fin, en preguntalle y respondelle
de su tierra y camino estuve un rato
alegre, capitán, de conocelle.
Era español, y de tan noble trato...

LIVIO

¿En qué te paras?

SEVERO.

En efeto, vino,
después de haber culpado el tiempo ingrato,
a decirme que viene peregrino
en busca de un mancebo que de España
a Bolonia llevase su camino.
Dióme las señas déste, ¡cosa extraña!
que está preso en la cárcel.

LIVIO

Pues ¿qué importa?

SEVERO.

Tú verás si me importa o si me daña.
Tras una prevención, que no fué corta,
el secreto encargándome de nuevo,
a cuya guarda mi nobleza exhorta,
me dijo ¡oh, capitán! aquel mancebo
era de un Rey el heredero hijo.

LIVIO

¿Y atréveste a creello?

SEVERO.

Sí me atrevo.

LIVIO

¿Con qué fuerza y razón?

SEVERO.

Porque me dijo
que le sacó de manos de un tirano
que el vulgo amotinó fiero y prolijo,

porque estando el pueblo humilde y llano
le dijo el Rey legítimo que había
guardado como a ilustre ciudadano,
y que mirando que el furor crecía,
él lo sacó y se lo trajo a España;
y cuando el mozo, que en valor crecía,
él le enseñó con diligencia extraña,
y con la disciplina necesaria,
la ciencia que a las ciencias acompaña.
Y de darse a la falsa judiciaria
vino a hacerle saber quiromancía,
confusa, incierta, necesaria y varia.
Y que durmiendo descuidado, un día
de casa se le fué con dos criados,
adonde oyó decir que se leía.
El viejo, con sus años y cuidados,
en seguimiento suyo viene y quiere
hablar la Reina.

LIVIO

¡Fuerza de los hados!
Suceso extraño, por el cual se infiere
que es Rey sin duda, y que a su mano agora
de tu remedio la esperanza muere.
Mas si en hablar la Reina, mi señora,
consiste el daño, ponme con el viejo,
que algún orgullo en estos brazos mora.

SEVERO.

Matallo, capitán, no lo aconsejo,
que lo que agora hacemos en la tierra
se ve en el cielo como en claro espejo.
¿Sabes qué pienso hacer? Decir que encierra
este viejo, del Rey nuestro enemigo,
todo el secreto y fuerza de la guerra
y que sus trazas declaró conmigo
y, al fin, le prenderemos por espía,
atestiguando yo siempre contigo.

LIVIO

La traza es buena, pero bien podría
verse en la cárcel con Ricardo.

SEVERO.

Advierte
que no ha de ver la luz del claro día.
Y estando divididos desta suerte,
seguros estaremos entre tanto
que al Rey la Reina diere injusta muerte.

(*Sale* BELARDO, *viejo, vestido de peregrino.*)

LIVIO

¿Es éste acaso?

SEVERO.

El mismo.

BELARDO.

¡Oh, cielo santo!
¿Que esperanzas son éstas que a mis ojos
ofrecen gloria y deshaciendo en llanto?
Si ya se acerca el fin de mis enojos,
díselo agora al alma, que la vida
quiere dar a la tierra sus despojos.
No quiere permitir que se divida
primero deste cuerpo que yo vea
aquella prenda por mi mal perdida.
Y cuando por mi bien hallado sea
podrá matarme y moriré contento
con lo que más mi corazón desea.

LIVIO.

Ya cumpliré, señor, tu mandamiento;
vete en buen hora, que ya entiendo el caso.

SEVERO.

Esta es la espía, préndase al momento.

LIVIO.

Tente, no muevas ¡oh, traidor! el paso.

BELARDO.

¿A mí con armas? Yo, señor, ¿qué hecho?

LIVIO.

De requemada cólera me abraso.
¡Oh, falso, injusto y arrugado pecho,
entre cuyos dobleces se ha guardado
lo que este reino ha puesto en tanto estrecho!
Bien pensaba venirse disfrazado
con su barba el traidor, espía doble,
y en el traje español disimulado.
Pues yo le haré colgar de un duro roble.
Tome el camino y a la cárcel vamos.

BELARDO.

Señor, mira que soy seguro y noble.
No se alborote el patio donde estamos,
que yo me iré con vos humildemente
hasta que desto la verdad sepamos.
Mirad que estoy seguro e inocente.
¿Espía yo, señor?

LIVIO.

¡Oh, viejo infame!

BELARDO.

No des más voces, que se llega gente.

LIVIO.

¿Quieres, por dicha, que a la guarda llame?

TERCERA JORNADA

(*Salen* TELEMO, *alcaide, y* LIVIO, *capitán.*)

LIVIO.

Alcaide, en esa sala que responde
a la puerta que sale a tu aposento,
estarán los estrados de la Reina;
y por aquel postigo, con silencio,
irán saliendo, del primero al último,
todos los presos que la cárcel tiene;
que hoy en persona quiere visitallos,
como en esta República acostumbran
los otros reyes que han tenido el cetro.

TELEMO.

No es menester que impongas a Telemo
en lo que tiene, capitán, a cargo;
sólo me espanto que esta real visita
se haga fuera del alegre día
que cumplen años nuestros reyes.

LIVIO.

Basta
que ser gusto de la Reina importa;
pon este estrado, y lo que digo advierte.

TELEMO.

Pues voy a prevenir las chirimías,
para que al tiempo que a la sala baje
todo se hunda de contento y música,
que no es aqueste día para menos.

LIVIO

Derramaréis por esas salas todas
juncia, espadaña, lirios y verbena
para que esté la casa de olor llena.

(*Vanse y salen* RICARDO, *con su vestido de picaño,* *y* JACINTA *y* FRONIMO.)

RICARDO. Claros y divinos ojos,
luceros del alma mía,
soles del hermoso día,
fin de mil penas y enojos;
no sé si me queje aquí
de mi suerte sin por qué,
pues apenas os miré
cuando, sin culpa, os perdí.
No sé si fué sin razón,
duro amor, tanto tributo,
pues sin que gozase el fruto
quiero gozar la pensión.
Acerté, Jacinta, a veros;
mas ¿qué me ha importado hallaros
si a la gloria de miraros
vence el daño de perderos?

JACINTA. Mientras el negocio en calma
tiene el tiempo desta suerte,
no me digas de tu muerte,
que me vas rasgando el alma.
Que ya puede ser que Dios,
piadoso de ti, se duela,
y si no, ya me consuela
que moriremos los dos.

RICARDO. ¡Qué rigurosos enojos!
¡Qué extraña riguridad
que tenga mi voluntad
otro dueño que tus ojos!
Juntos, en un mismo día,
pusieron mano al aljaba
el amor que me prendaba
y el tiempo que me prendía.
De dos ha sido la palma
que su vitoria pretende;
uno, que el cuerpo me prende,
y otro, que me prende el alma.
Del tiempo nunca pensara
que con el cuerpo pudiera
hacer que su cárcel fuera
cárcel del alma tan cara;
que al fin el cuerpo ha podido,
siendo cárcel de hombre muerto,
tener con su desconcierto
el bien del alma oprimido;
pero no con tanta fuerza
que de su bien no se valga
y a buscar su gloria salga
donde vuestra luz la esfuerza.
Que el que agora me ha faltado
fué a buscar el alma mía
la vida por quien vivía,
es la vida que me has dado.

JACINTA. ¿Que no ha de haber un remedio
para sacarte de aquí?

RICARDO. Vano me parece a mí
con tanta muralla en medio.

JACINTA. ¿Sabes qué pienso?

RICARDO. ¿Qué piensas?

JACINTA. Que si has de morir, intentes,
acabando aquestas gentes,
vengarte de tus ofensas.
Pon aquesta cárcel fuego,
que aunque es un hecho tirano,
con venganza, y por tu mano,
morirás con más sosiego,
y quizá podrás librarte.

RICARDO. Estoy por hacerlo ansí
para vengarme de ti,
muriendo para vengarte.
La muerte que quieren darme
es de temer que es de hierro,
mas si tanto fuego encierro,
¿cuál fuego puede abrasarme?
Y aun podré librarme ansí.

JACINTA. Mas ¿qué llama pïadosa
viendo cara tan hermosa
no se apartará de ti?
No te cause el fuego enojos
ni sus llamas, que bien sé
que yo las aplacaré
con lágrimas de mis ojos.

RICARDO. Quiérote dar mil abrazos.

JACINTA. Bien merezco que me creas,
que, cuando no como Eneas,
te libraré con mis brazos.
Fronimo, vuelve a la villa,
que pienso quedarme aquí.

FRONIMO. Ya tu loco frenesí,
Jacinta, me maravilla.
¿Cómo te piensas quedar?

JACINTA. Presa con mi esposo preso,
que se ha visto su proceso
y hoy se quiere sentenciar.
Porque si a morir sentencia
la Reina, a quien quiero tanto,
a su piedad mi llanto
apele de la sentencia,
y cuando no, moriré
con el remedio tratado.

FRONIMO. En buena locura has dado.

JACINTA. ¿Locura llamas la fe?

FRONIMO. Fe que condena, no es buena.

JACINTA. La que salva es la mejor;
mas aquésta es fe de amor,
que cuando salva condena.

RICARDO. Jacinta, la hora es ya
que la Reina ha de venir
a sentenciarme a morir.
Vete, porque ya vendrá;
vete, señora, no aciertes
a estar a ver mi sentencia,
que si a morir me sentencia
es sentenciarme a dos muertes.

JACINTA. Esas me das en decirme
que te deje en este extremo;
o no temes lo que temo,
o no me tienes por firme.

FRONIMO. ¡Oh, cuánto puede el amor!
¿Quién hoy ha un mes te dijera
que a aquesta cárcel viniera
tu soberbia y pundonor?
¡Brava llaneza, por Dios!

RICARDO. Ya suena rumor de gente.
Vámonos, y tú detente.

JACINTA. Fronimo, quédate, adiós.

(*Vanse* JACINTA *y* RICARDO *y queda el* ALCAIDE.)

ALCAIDE. ¡Ea! ¿Qué hacéis vos aquí?
Salid fuera noramala.

FRONIMO. ¿Es para vos esta sala?

ALCAIDE. ¿Osas burlarte de mí?
Sal allá, villano.

FRONIMO. Iránse.

ALCAIDE. ¡Ea, pues!

FRONIMO. ¡Ay, piernas mías!

ALCAIDE. Acuerden las chirimías,
Leridamo.

LERIDAMO. Acordaránse.

(*Suena música y sale la* REINA, *y habrá un estrado puesto, y saldrá con ella* UN RELATOR *y acompañamiento.*)

REINA. Espantados estaréis
de verme en esta visita
en el día que me veis,
y la razón que me incita
es la que agora sabréis.
Hanme informado que había
ya de la presencia mía,
toda aquesta presa gente,
necesidad tan urgente
a tardarme sólo un día;
si aquestos descuidos son
por el mucho que yo tengo,
bien se quejan con razón;
pero ya, señores, vengo
más brava de corazón.
Echad esos presos fuera,
y vos haced de manera
que no me ofendan las voces.

TELEMO. Los principios son feroces;
poca clemencia se espera.

(*Entra* ESTACIO *preso.*)

Salid vos.

ESTACIO. De buena gana,
que yo espero en la piedad
de la Reina, siempre humana,
de gozar mi libertad
contra mi parte villana.

REINA. ¿Qué pleito es éste?
RELATOR. Está preso
Estacio por un exceso
de que confiesa la culpa.
No hay descargo ni disculpa;
esto es, en suma, el proceso:
Que amaba a Tisbe, doncella,
y que entró por un jardín
para casarse con ella.
REINA. De amor el primero, en fin.
¿Quién es parte?
RELATOR. El padre della.
REINA. ¿Qué pide?
RELATOR. Haberle escalado
su casa y haber forzado
su hija, noble doncella.
REINA. ¿Confiesa la fuerza ella?
RELATOR. La de amor ha confesado.
REINA. ¿Que fué su gusto?
RELATOR. Así pasa.
REINA. ¿Y él cásase?
RELATOR. Ya se casa.
REINA. Pues ¿qué pedís de esa suerte?
RELATOR. El padre pide la muerte
por el honor de su casa.
Es intratable y cruel;
ya le ruegan que se aplaque,
pero no hay razón con él
que de aqueste mal le saque.
REINA. Aquí lo haremos sin él.
Los hombres cuerdos y ancianos
de crédito y cortesanos,
de nobleza y pundonor,
a los casos del honor
ponen delante las manos.
¿Quieres tú casar con ella?
ESTACIO. Sólo deseo la vida
para servilla y querella.
REINA. No quiera Dios que lo impida.
Que goces mil años della.
ESTACIO. Esos vivas, plegue al cielo.

(*Vase* ESTACIO *y sale* ARCELO, *preso.*)

REINA. Salga otro.
RELATOR. Este es Arcelo,
preso porque dió la muerte
a su mujer desta suerte.
REINA. ¿De qué manera?
RELATOR. Diréla.
Este amaba a una ramera,
a quien trató muchos años,
mujer de mal trato y fiera,
remediadora de daños
y por extremo hechicera.
Fué de este Arcelo el intento,
quitando el impedimento
de su mujer y enemigo,
casarse con la que digo,
y hubo efeto el casamiento.
Matóla con bebedizo,
porque le dió con su mano
cierto veneno o hechizo,
y ha confesado de plano
quién lo ha dado y quién lo hizo.
Sentenciáronlos a muerte.
REINA. Pues sea de aquesta suerte:
que se casen, y casados
por medios tan desdichados,
será rigurosa y fuerte
que ella temerá al traidor
cuando por otra le acabe,
y él, viendo que hechizos sabe,
tendrá ese mismo temor.
¿Qué muerte más dura y grave?

(*Vase, y sale* TANCREDO, *preso.*)

Venga otro.
RELATOR. Este es Tancredo.
REINA. ¿Quién eres?
TANCREDO. Soy estudiante.
REINA. ¿Y qué estudias?
TANCREDO. Lo que puedo.
De las leyes soy pasante;
puesto que agora estoy quedo.
Soy hombre de buen humor;
soy reo, soy relator,
y entrando en un melonar
una mañana a estudiar,
descalabré a un labrador.
La hambre es cara de hereje;
vuestra majestad me deje,
que no es bien que esta ciudad
pierda tal habilidad
porque un villano se queje.
REINA. A risa me ha provocado.
Echalde luego de ahí.
TANCREDO. Yo me soy tan bien mandado,
que me saldré por ahí
hasta ponerme en sagrado.

(*Vase* TANCREDO *y sale* LUCEO, *preso.*)

REINA. Otro preso.
RELATOR. Este es Luceo.
Ha hecho un grave delito;

que la imagen y trofeo
de Alcestes, tu agüelo invito,
arrancó del colisco
y a su casa la llevó,
y dicen que la quemó.
Confiesa un gran desvarío,
que era pobre, y que el gran frío
a quemalla le obligó.

REINA. En muy poco le disfama.
¡Vaya fuera! que otra llama
viera su mano blasfema,
mas si la estatua le quema,
no le ha quemado la fama.

(*Vase* LUCEO *y sale otro* PRESO.)

RELATOR. Este es un mozo que amaba
una mujer por extremo,
que su afición le pagaba.
Es su nombre Polifemo.

REINA. Prosigue.

RELATOR. Es el caso...

REINA. Acaba.

RELATOR. Que después de muchos celos
le ha escrito muchos libelos.

REINA. ¿Pruébase que se han querido?

RELATOR. Y que su nombre ha subido
otras veces a los cielos (1).

REINA. Toda es pasión amorosa.
Quitalde aquesa cadena
y rasgad su verso y prosa,
que si hoy dice que no es buena
mañana dirá que es diosa.

(*Vase y salen* RICARDO *y* JACINTA.)

Llamad otro.

RELATOR. Este es Ricardo.

REINA. ¡Oh, cielos! Aquéste aguardo.

RELATOR. No hay más que decirte dél.

REINA. ¿Vos venís también con él?
¡Qué gentil hombre y gallardo!

JACINTA. Como supe su prisión,
vine a verle, enternecida
de su pasada afición,
para ofrecer, con la vida,
la sangre del corazón.

REINA. Ya habréis sabido el suceso
por que le tenemos preso.

JACINTA. Todo lo sé, mas no es parte
a que del alma se aparte,
que le tengo en ella impreso.

REINA. Ya poco le gozaréis;
que puesto en un cadahalso
cortalle el cuello veréis.

JACINTA. ¿Por qué causa?

REINA. Por rey falso.
Mirad si le defendéis.

JACINTA. Como la fe de mi pecho
no lo suele (1), vengo a ver,
no a defender su derecho,
que defensa de mujer
no puede ser de provecho.
Si defendiera su vida,
con dar la mía por ella
ya estuviera defendida,
y si bastase ofrecella,
ya la doy por ofrecida.

REINA. No tenéis vos que ofrecer.
Advertid que son excesos
que os pongáis a defender
la justicia de los presos
guardando gansos ayer.
Mirad que es gran libertad
venir a los Tribunales,
y más de mi majestad,
mostrando en palabras tales
tan notoria liviandad.

JACINTA. Si yo pensara enojarte
y no, señora, aplacarte,
nunca viniera a tus pies.

REINA. Esa humildad ya no es
para su remedio parte
como no vuelva por sí
el rey fingido.

RICARDO. No estoy
para que vuelva por mí,
porque no fuí lo que soy
ni ya seré lo que fuí.
Dispón a tu voluntad,
que solamente me anima
la fuerza de la verdad.

REINA. Hasta el hablar es enima,
confusión y variedad.

(*Entra* FRONIMO.)

FRONIMO.

Ya mi dichosa boca
ha besado otra vez la rica tierra
que agora besa y toca,
cuando bajé de la montaña y sierra

(1) Aquí parece aludir Lope a sus propios sucesos. Esta comedia es obra de su juventud.

(1) Este verso está viciado. Quizá diría "le consuele, vengo a ver,".

en busca desta hermana
nacida, por mi mal, torpe y liviana.
Y agora, Reina, vuelvo,
porque ella vuelve con mayor deshonra,
adonde me resuelvo
de volver justamente por mi honra
y por la de mi padre,
y las cenizas de mi muerta madre.
No pido que la obligues
a que deje aquel llano pensamiento,
ni menos que castigues
su temerario y loco atrevimiento,
que al fin es mujer loca
a quien un ciego y vano amor provoca.
Mas que con tu presencia
hagas que el falso engañador que pudo
engañar su inocencia
y el pecho que vivió libre y desnudo
de todo amor infame
no la traiga perdida y nos difame.
Que le tiene tan ciego
aquel entendimiento, que hoy quería
poner incendio y fuego
a aquesta cárcel en presencia mía,
y si no lo remedias,
llorarás esta noche mil tragedias.

REINA.

Espera. ¿Qué es aquesto?
¿Fuego a la cárcel? ¿Cómo? ¿De que suerte?

JACINTA.

(Sin duda que más presto
negocio por aquí mi amada muerte.)
Dios te pague, Fronimo,
el bien que me haces, que en el alma estimo.—
¡Oh, Reina! Yo no niego
que a tu palacio por librar mi esposo
pensaba poner fuego;
pero forzóme el ciego poderoso,
con el que me ponía
dentro del pecho y en el alma mía.

REINA.

¿Que tal atrevimiento
haya en el mundo de mujer tan mala?
Llevalda en el momento:
sacalda, alcaide, luego de la sala,
y hacelda abrasar luego
y muera ardiendo entre su mismo fuego.

RICARDO.

¡Suerte cruel y avara:
Esto faltaba a las desdichas mías!

FRONIMO.

Reina, si tal pensara
y que tomallo desa suerte habías,
muera yo primero
como es verdad que por Jacinta muero.
Un ciego amor, señora,
que ya ha seis años que me enciende el pecho
pudo obligarme agora,
de vivos celos en su ardor deshecho,
a publicar venganza
viendo morir del todo mi esperanza.
Mas yo me vuelvo loco
de arrepentido, y lo que dije niego.

REINA.

Te aprovecha poco;
mas dime: ¿cuál amor y ardiente fuego
te abrasa y enloquece
siendo tu hermana, como aquí parece?

FRONIMO.

¿Estás determinada
que muera mi Jacinta?

REINA.

Estoilo tanto,
que de su muerte airada
en el mundo quedará perpetuo espanto.

FRONIMO.

Pues, Reina, de esa suerte
yo me declaro; en lo que digo advierte:
No soy pastor, ni hermano de Jacinta,
ni Timbrio padre, ni pastor tampoco.
La historia larga te diré distinta.
De Roma somos, y el que agora toco
es un patricio, sólo que en pensando
lo que es y ha sido a llanto me provoco.
Aquéste, pues, en un aldea estando
de cierta aldea suya un cierto anciano,
vino por Lucio Floro preguntando.
Este era entonces nombre de romano,
no Timbrio como agora, y era el mío,
en lugar de Fronimo, Floriano.
No era Timbrio mi padre, sino tío,
y aunque muchacho, adiviné la trama
de lo que agora referir confío.
Llega el anciano, y ya después que llama,
una pequeña niña que traía
llorando de los brazos de su ama,
a Lucio Floro se la dió, y decía
que era de un Rey, mil veces repitiendo
que la criase como a tal debía.
Yo, como niño, atento estaba oyendo,

y ellos, fiando de mis verdes años,
lo que estaban de todos encubriendo.
Después de mil sucesos tan extraños,
como sabrás mejor cuando te vea
por ella padeciendo eternos daños,
mudando de costumbres y librea,
de nuestra Roma a Nápoles venimos
y hemos vivido en esta pobre aldea,
donde de Timbrio alguna vez oímos
que había de ser Reina, y que lo era,
tanto, que alguna vez crédito dimos.
Que me casase yo Timbrio quisiera,
mas nunca aquesta ingrata lo ha querido
que agora mandas que abrasada muera.
Bien tiene, Reina, el fuego merecido
por lo mucho que aquellos ojos tienen,
adonde siento arder alma y sentido;
mas no permitas que su suerte ordenen
hasta que sepas de quien digo el caso.

REINA.

¡Cuántos vanos sucesos me detienen!
De uno en otro por momentos paso.

(*Habla dentro* BELARDO, *recio.*)

BELARDO. ¡Que consienta el cielo santo
que aquí me tenga un traidor!
REINA. ¡Hola! ¿Qué es ese rumor?
BELARDO. ¡Que he de beber de mi llanto
y comer de mi sudor!
Ya que en la cárcel me pones,
¿por qué de hambre me matas?
REINA. ¿Quién dice aquellas razones?
TELEMO. Es un loco.
REINA. Mal le tratas.
TELEMO. Siente mucho las prisiones.
REINA. Pero sea loco o cuerdo,
sácale acá.
LIVIO. Yo me pierdo.
REINA. ¿No abres la puerta?
TELEMO. Harélo.
BELARDO. Parece que salgo al cielo
y de la muerte recuerdo.
Por el gran rumor que oí
tu majestad entendí
que en esta prisión estaba,
y ansí aquellas voces daba
por que llegasen a ti,
a quien suplico que quieras
ver la causa por que estoy
en estas prisiones fieras.
REINA. A eso venida soy.
Ricardo, ¿de qué te alteras?

RICARDO.

No puedo, padre amado,
dejar de echarme aquesos pies mil veces.
¿Por cuál estrella o hado
hoy a mis ojos, mi señor, te ofreces?
¿Conócesme?

BELARDO.

No lo creo (1)
que tanto bien merezca mi deseo.
¡Hijo del alma mía!
¿Posible es que estos ojos son ya dinos
de verte en este día
por tan varios trabajos y caminos?
¿Eres tú aquel Ricardo
cuya vida, a pesar del tiempo, aguardo?

RICARDO.

Yo soy, que aquí he llegado
después que desprecié tu casa y ruego.

BELARDO.

Pues ¿cómo a tal estado?

RICARDO.

Por un amor desenfrenado y ciego.

REINA.

Extraño caso ha sido
haber aquesos años conocido.
Decidme, honrado viejo,
¿es vuestro hijo aquéste?

BELARDO.

Es hijo mío
de crianza y consejo;
que desde niño lo dotrino y crío,
y tanto amor le tengo,
que desde España en busca suya vengo.

REINA.

¿Y no sabéis quién sea?

BELARDO.

Ya que me fuerza el tiempo que lo diga,
aunque no se me crea,
lo que es razón y la verdad obliga.
Es hijo de Leopolo,
duque de Atenas, en grandeza solo.
Huyendo de un tirano
saqué este niño, príncipe heredero,
como buen ciudadano,
que dar a Atenas, ya que es hombre, espero

---

(1) Sobra el "lo".

para que vengar pueda
al muerto padre y goce lo que queda.

REINA.

Si verdaderos fuesen
los casos de Jacinta y de Ricardo,
bien sé que no hubiesen
sucedido jamás.

BELARDO.

Probarlo aguardo,
que habrá, si es necesario,
testigos, a pesar del mundo vario.
Pero saber deseo
por qué está preso con rigor tamaño.

REINA.

Bien era el caso feo
si tú no entretuvieras el engaño;
no porque yo te crea,
mas porque en duda estoy de lo que sea.
¿Quién te conoce y sabe
que tú llevaste al niño en ese tiempo?

BELARDO.

Hombre será bien grave,
y sé que vive y que ha llegado a tiempo,
que por Ricardo viene,
por quien en su lugar el cetro tiene.
Que ya es muerto el tirano,
y éste que digo me entregó al infante
cuando con fiera mano
mató a Leopolo el bárbaro arrogante,
que escrito nos habemos
y espera Atenas que su Rey le demos.

REINA.

Dime, Livio, ¿quién hizo
la prisión deste hombre?

LIVIO.

Porque me satisfizo (1),
muy al revés de lo que dice agora,
y porque me decía
Severo a voces que era falsa espía.
Esta prisión es suya,
él dará cuenta a vuestra alteza. Crea
que aunque éste más arguya,
hemos de ver despacio lo que sea;
que al fin es estudiante,
no menos que español y quiromante.

(1) Faltan palabras, probablemente las de "Yo, señora".

REINA.

En un caso tan nuevo,
de tanta confusión y tanta duda,
y que cuando lo pruebo
de mil colores se me vuelve y muda,
no puedo hallar salida;
de sus dificultades es impida (1).

(*Entra* FABRICIO *y dice de adentro.*)

FABRICIO.

Adondequiera que estuviere agora,
aunque fuese en su cama. ¿Entrar me niega
sabiendo que soy Fabricio?

REINA.

¡Oh, cielo!
¿Qué nombre es el que oigo?

FABRICIO.

El de Fabricio.
que las albricias a tu alteza pide,
puesto que del haberte hallado buena
las debe una afición a todo el mundo.

REINA.

¿Es posible que tanto bien me ofrezca
el cielo santo? Por sin duda creo
que viene el Rey mi padre.

FABRICIO.

Bueno y mozo.
Del puerto donde queda nuestra armada
triunfante, alegre, salva y vitoriosa,
con poca gente y harto menos postas,
tan sólo para verte, que le debes
en esto al Rey un tierno amor del alma,
viene con el de Atenas el gran duque,
que pasa a España en busca de un sobrino,
y viene acompañándole y a verte,
porque nos debe haberle redimido
de manos de un tirano aquel Estado.

BELARDO.

¿Qué es esto, cielo? ¿Tal favor me ofrece
vuestra piedad agora?

REINA.

¡Exraño caso!
¿Que el Duque con el Rey, mi padre, viene?

FABRICIO.

Viene, cual digo, y llegará muy presto.

(1) Así el texto. No atinamos con la enmienda.

REINA.

Cese esta vez la cárcel y visita.
Recoged esa gente, y a Ricardo
quítenle la prisión, denle una ropa.
Vos, Jacinta, también venid conmigo;
que si estas cosas tienen el efeto
que ha prometido tan alegre muestra,
Italia no ha tenido otro suceso
después que la fundaron Remo y Rómulo.

JACINTA.

Iré a servirte, como tú lo mandas.

(*Vanse y queda el* ALCAIDE *y* BELARDO *y* RICARDO.)

TELEMO.

Vuestra majestad se ponga aquesta ropa
y me perdone haberle maltratado,
que al fin es cárcel.

BELARDO.

¡Qué! ¿Es posible, hijo,
que nos socorra desta suerte el cielo,
que venga el Duque en nuestra busca á España
y que nos halle desta suerte presos
en tierra ajena, donde ser pudiera
perder las vidas?

RICARDO.

Son secretos suyos,
amado padre, de mi alma y vida.
Ya es tiempo que cesasen tus trabajos,
y que descanses ¡oh, Belardo! es tiempo,
que no tanto por mí lo he deseado
cuanto por darte lo que tú mereces.

BELARDO.

¡Qué gloria en verte a mi sentido ofreces!

(*Vanse y queda el* ALCAIDE *y salen* TIMBRIO *y* FRONIMO.)

TIMBRIO. Vengo, Fronimo, tan muerto
de la nueva que me has dado,
que apenas a hablar acierto.
¿Que nuestro Rey es llegado?
FRONIMO. Desde ayer partió del puerto.
¿Ves ahí? El Alcaide llega
y que te informe le ruega
si Jacinta ha vuelto aquí.
TIMBRIO. ¿No ves que no ha vuelto en sí
después que fué palaciega?
¿Quién duda que está con él?—
El cielo, señor, os guarde.
FRONIMO. No se llegue tanto a él
que me ha molido esta tarde,
que andaba palo cruel.
TELEMO. ¿Buscan algo?
TIMBRIO. Aquella moza
nos confunde y alboroza
con irse y venirse acá.
TELEMO. ¡Ea, buen viejo! Ya está
donde la tierra la goza.
TIMBRIO. ¿Es muerta?
TELEMO. Sí.
TIMBRIO. ¿De qué suerte?
TELEMO. Mandaron darla la muerte.
TIMBRIO. ¡Triste de mí si eso es cierto!
¡La hija del Rey han muerto!
FRONIMO. Que se burla, padre, advierte.
TIMBRIO. Ya no es tiempo de burlar.
Decid, señor, ¿sabéis della?
TELEMO. Con un hombre la vi estar
que, según es él y ella,
entiendo que han de reinar.
¿Veisla allí con más contento
que cupo en su pensamiento?
Hablalde; no hayáis temor,
que hoy viene el Rey mi señor
y voy al recibimiento.

(*Vase* TELEMO *y entran* BELARDO *y* RICARDO *y* JACINTA.)

RICARDO. Harto me ha sido agradable
tu camino, te prometo.
TIMBRIO. ¿Cómo quieres que le hable,
que me detiene el respeto
de aquel rostro venerable?
FRONIMO. Llega, que antes te conviene.
RICARDO. Aqueste viejo que viene,
Belardo, a buscarte aquí,
Jacinta, como yo a ti,
por padre y señor le tiene.
Sin duda te quiere hablar.
TIMBRIO. Bien sé que vengo a enojaros;
mas no lo puedo excusar.
Huélgome agora de hallaros
tal que me obligue a callar;
y pues a tal tiempo llego,
no lo quiero haber con vos
que sois mozo, amante y ciego.
Hablemos, señor, los dos.
BELARDO. Lo propio, señor, os ruego,
y lo primero que os pido
será, siendo vos servido,
que quien sois me declaréis,

que más nobleza tenéis
de la que muestra el vestido.

TIMBRIO. Como vos me prometáis
que me diréis otro tanto,
diré lo que me mandáis.

BELARDO. Prometo deciros cuanto
de mis cosas me pidáis.

TIMBRIO. Pues sabed que aqueste traje
no es herencia de linaje,
que en mi vida fuí pastor.

BELARDO. Nunca el hábito al honor
hace para el alma ultraje.

TIMBRIO. De Grecia, donde nací,
vine a España, donde estuve;
d'España a Roma volví,
adonde un negocio tuve
que agora me tiene aquí.
Tengo un hermano en España,
de quien es hijo este mozo,
que mi desdicha acompaña.

BELARDO. Agora veo que el gozo
siendo de improviso, daña.
¡Muerto soy!

RICARDO. Belardo ha muerto.

TIMBRIO. Pues ¿de qué se ha desmayado?

BELARDO. No es desmayo, sino susto
que la sangre, con el gusto,
trujo al corazón helado.
Dame esos brazos, hermano,
y tú, hijo, Floriano,
abraza a tu padre.

FRONIMO. ¿A quién?
¿Es posible que este bien
cabe en pensamiento humano?
¿Eres por dicha Teofilo?

BELARDO. Soy lo que aqueste mancebo,
es el que libré del filo
de la espada de Corebo,
tú sabes bien por qué estilo.

FRONIMO. ¡Extraño acontecimiento!

TIMBRIO. Sobrino, a tu padre abraza.

FRONIMO. En el corazón lo siento
que el pecho me despedaza
del contino movimiento.

(*A* RICARDO:)

Y vos, señor, esos pies
me dad, y sabréis después
quién es aquesta doncella,
que cuando os caséis con ella
tan buena como vos es.

TIMBRIO. Mis brazos os quiero dar
y en ellos me detuviera;
pero habéisme de contar
toda aquesa historia entera
si diere el tiempo lugar.

BELARDO. ¡Oh cárcel santa, que ha sido
mi libertad y sosiego!

FRONIMO. Para mí, señor, lo ha sido.
De todo hablaremos luego.
Sepamos este ruïdo.

(*Salen el* REY ARCANO, CAMILA, *reina*, DUQUE DE ATENAS *y* SEVERO.)

DUQUE. Vuestra alteza me perdone,
que aquí le traigo conmigo.

REY. Duque, el amor del amigo
más que el vuestro descompone.
Creed que vuestro deseo
conmigo lo mesmo puede.

RICARDO. ¡Me espanto que vivo quede
viendo lo que agora veo!

BELARDO. ¿Conócesme, gran señor?

DUQUE. Eres Teofilo.

BELARDO. Mi nombre
se te acuerda.

DUQUE. No soy hombre
que olvido a quien tengo amor.

BELARDO. Llega, Ricardo, a sus pies,
y tú, hermano, también llega.

DUQUE. ¡Qué poco a su padre niega!
Velle me faltaba, él es.—
¿Es Lucio Floro, tu hermano,
aquéste?

BELARDO. El mismo.

REY. ¿Qué escucho?
Que fuera tuviera a mucho
cierto patricio romano
a quien he dado a guardar,
cuando a la guerra me fuí,
un tesoro que escondí
que no le pienso cobrar;
que aunque en la tierra escondido
a veces seguro está,
si aquéste enterraron ya
para siempre va perdido.

TIMBRIO. Yo soy ese mismo Floro
que aquese tesoro encierra
desde que fuiste a la guerra.

REY. ¿Y adónde fué mi tesoro?

TIMBRIO. Esta serrana que ves
es tu hija.

REY. ¡Cielo santo!
¡Que junto venga bien tanto!

TIMBRIO. Llega, Jacinta, a sus pies.
REY. ¡Ah, gloria de mi vejez!
¿Es posible? No lo creo.
SEVERO. ¡Triste! ¡A qué punto me veo!
Yo me ahorco desta vez.
REY. Camila, aquesta es tu hermana,
cuya madre es mi mujer,
que este secreto ha de ser
público a todos mañana.
Que está en el templo de Vesta
y pienso con más contento
celebrar el casamiento
con mayor aplauso y fiesta.
RICARDO. Si tu alteza gusta, sea
el de Ricardo también,
que quiere a Jacinta bien
y ella lo mismo desea.
REY. Si el Duque gusta, yo gusto.
DUQUE. Yo te lo suplico y pido.
REY. Pues otro que he prometido
que lo cumpla agora es justo.
Severo.
SEVERO. ¡Gracias a Dios,
que me ha hecho tanto bien!
¿Qué me mandas?
REY. Que te den
una prenda destas dos.
Dale, Camila, la mano.
REINA. Digo que yo soy su esposa.
TIMBRIO. Aquí, Rey, falta otra cosa,
que es mi hijo Floriano.
REY. Yo le hago de mi gente
Gran Capitán general.
FRONIMO. Yo, señor, por merced tal
te bendigo eternamente.
REINA. Alcaide, abre aquesas puertas,
y en memoria deste bien
a todos los presos den
libertad.
TELEMO. Ya están abiertas.

(*Saldrán de la cárcel algunos, los que más pudieren, de presos de figuras graciosas.*)

RICARDO. Saldránse de la ciudad;
parece que se les cierra.
DUQUE. No tiene precio la tierra
que compra la libertad.
SEVERO. Eso diré yo mejor,
pues mi prisión se remedia.
RICARDO. Aquí acaba la comedia
llamada BURLAS DE AMOR.

COMEDIA

DE LOS CONTRARIOS DE AMOR

POR

LOPE DE VEGA

FIGURAS SIGUIENTES

El Rey de Ingalaterra.
Ricardo, *caballero.*
Erbagio, *capitán general.*
Angelia, *dama,*
Florinda, *dama.*
Alberto, *vasallo.*
Aurelio, *secretario del Rey.*
Torcato, *criado.*
Un Alguacil.
Una Fregona.
Un Acompañado *del Alguacil.*
Lucano, *criado.*
Un Paje *del Rey.*
Un Corchete.
Una Mujer.
Una Niña.
Un Soldado, *preso.*
Dos Soldados.
Fabricio, *paje.*
La Reina de Escocia.
El Gobernador.
Un Viejo.
Un Muchacho.
Un Portero.
Cuatro Soldados.

PRIMERA JORNADA

(*Sale* Ricardo, *y tras él* Angelia.)

Ricardo. ¡Oh, reniego de la fiesta
adonde estuve tan ciego!
¡Nunca se empezara el juego!
Angelia. Ricardo, ¿qué pena es ésta?
Ricardo. ¿Qué pena? ¡Bien disimulas!
Disimula, enhorabuena;
que bien conozco que es pena
que a las demás acumulas.
Mas ¿cómo paso por tal?
¿prenda delante de mí?
Angelia. ¡Por Dios, Ricardo, que a ti
el vicio te hace mal!
O es vicio o poco juicio.
Ricardo. Bien dices: que vicio fué
el extremo de mi fe.
Si cualquier extremo es vicio,
vicio fué el extremo mío
que me puso en tal extremo,
que en mi fuego no me quemo
y ardo en tu hielo frío.
Pero ¿qué quieres decir?
es decir, ¿que es vicio aquel
que por fuerza un pecho fiel
viene al fin a descubrir?
Angelia. Que hablas de confiado
y con segura esperanza
de que no ha de haber mudanza.
Ricardo. Ya ese verde se ha secado;
ya la flor se marchitó
de la esperanza que tuve;
ya se escurece en la nube
el sol que al alma alumbró.
Y el responderme también
que el vicio me hace mal
es argumento y señal
que quieres hacerme bien;
y ese bien yo no le quiero,
y si es vicio que me quieras (1),
en vicios quiero que mueras,
pues sabes que en vicios muero.
Pero esta cinta me mata,
porque a tu mano sujeta,
la breve lazada aprieta
donde mi vida le mata.
¿Quieres por dicha acabarme
que así pruebas ofenderme?
¿Caste (2) ya de quererme,
o es principio de dejarme?
Al cabo de tantos días
que vivo en fuego deshecho,
hallo, tocando a tu pecho,
unas entrañas tan frías...
Dulce Angelia, ¿qué es aquesto?
¿En qué fundas tu razón?
¿Es aquése el corazón
a morir por mí dispuesto?
¿Cómo, Angelia, no merezco
que me quieras?
Angelia. Sí mereces;

---

(1) El original dice "creas".
(2) Quizá haya escrito Lope "cesaste" o "cansaste".

mas para lo que padeces
bien basta lo que padezco.

RICARDO. Basta, no me digas más,
que más mi vida se gasta;
para matarme bien basta
la respuesta que me das.
Pero no basta, ni es cierto,
que si a matarme bastara
esa respuesta en mi cara,
mil veces hubiera muerto.

ANGELIA. Sin ocasión te fatigas,
y en tal extremo me tienes,
que a pedirme celos vienes
y a quererte mal me obligas.
¿Tengo de ser yo tan loca
que, aunque me muera por ti,
me tengo de andar tras ti
diciendo: qué quieres, boca?
Basta que te quiero bien:
no escarbes en daño tuyo,
pues por tu causa atribuyo
a favor cualquier desdén.

RICARDO. Vuelve, mi bien, esos ojos
a los que en ellos se ven;
da lugar que al alma den
los prometidos despojos.

ANGELIA. ¿Conténtaste con mirarme?

RICARDO. Tanto contento recibo,
que no me cuento por vivo
cuando dejan de alumbrarme.

(*Sale* ERBAGIO *huyendo, y* FLORINDA *tras él.*)

ERBAGIO. ¿Una cinta ha de ser parte
de que te ofendas ansí?

FLORINDA. Sí, porque ligada en ti
puede el dueño cautivarte.
Pues delante de mis ojos,
traidor, te atreviste a tal,
fué aquello darme señal
que procuras mis enojos.
¡Oh, vista que al alma viste!
del tormento que la abraza!
¡Oh, lazo que al alma enlaza!

ERBAGIO. Señora, ¿qué es lo que viste?

FLORINDA. No he visto nada. ¡Oh, señores!
El cielo sagrado y santo
alivie cualquier quebranto
contrario a vuestros amores
y ponga en paz la querella.

ANGELIA. Y de vos también se acuerde.
Guárdese mi cinta verde,
que pediré cuenta della.

RICARDO. ¿Qué dijiste?

ANGELIA. Que me aguarda
verde tormento, pues pierde
una negra cinta verde
el sabor que verde tarda.

ERBAGIO. Yo daré della tal cuenta
que apenas me la pidáis.—
Señora, ¿por qué os cansáis?
Ya os digo que me atormenta.

ANGELIA. Mirad que ya que la di
di el alma enlazada en ella.—
Ricardo, ¿así se atropella
la firmeza que hay en mí?
Mas ¡ay! que allá se me olvida
un guante hermano de aquéste.
¡Plegue a Dios que no me cueste
cara la breve salida!

RICARDO. ¿Volveré a buscalle?

ANGELIA. Sí.
Ve por toda aquella calle
antes que alguno le halle.

RICARDO. Yo voy, aguárdame aquí.

(*Vase.*)

ANGELIA. Pues, señor, la cinta verde
ha hecho alguna impresión
en un seco corazón
para que de mí se acuerde.

ERBAGIO. Quedo: ¿no ves que está aquí
ésta que el verde marchita
y a que lo siegue me incita?

ANGELIA. Pues échala tú de ahí.

ERBAGIO. Vuelve a tu casa, señora,
que si la cinta tomé
es porque el juego jugué;
que el alma en tu pecho mora,
y la tuya vive en mí;
a ti sola adoro y quiero.
Despídete tú primero (1)
y vuélvete luego aquí.
Ansí que el juego lo pide
y fué término hidalgo.

ANGELIA. Señores, ¿mandáisme algo?,
que me voy.

ERBAGIO. Los pasos mide;
no te alejes de manera
que no aciertes a volver.

ANGELIA. Tengo mucho que hacer.

(*Vase* ANGELIA.)

(1) Estas palabras parecen dirigirse a ANGELIA.

FLORINDA. Aunque estorbarlo quisiera,
id, mi señora, en buen hora.
¿Haste, por dicha, partido? (1).
¿Es posible que te has ido,
que me dejaste, traidora?

ERBAGIO. ¡Oh, hermosa y bella Florinda!
¿Quién hay de tanta dureza
que a la luz de esa belleza
no se humille, postre y rinda?
(¿Es posible que te fuiste,
Angelia, y que me dejaste?
¿Es posible que mudaste
los ojos de aqueste triste?
¡Que no me quiere dejar
ese diablo de mujer,
que yo no la puedo ver
ni ella me puede olvidar!)
Bien puedes darme un abrazo
Si con mi afición te mides.

FLORINDA. ¡Traidor! ¿Un abrazo pides?
Mejor pidieras un lazo,
y fuera justa razón
que pidieras un cordel,
porque, ahorcándote dél,
se acabara tu traición.
¿Piensas, traidor, que no sé
que a Angelia quieres y adoras,
y esas palabras traidoras
son túnicas de tu fe?
¡A fe, que encarece y pinta
bien Angelia su pasión,
pues te envuelve el corazón
en la color de una cinta!
Pero no lo gozarás,
que yo teñiré, traidor,
de la cinta la color
en que sustentado estás.
Mis ojos con llanto igual,
viendo lo que el alma pierde,
borrarán la color verde
aunque fuera natural.

ERBAGIO. Mira, mi bien, que se hace
agravio a un alma que es tuya.
Mi vida el cielo destruya
antes que a Angelia me enlace.
Yo, Florinda, vivo en ti
y por ti la vida pierdo,
que de Angelia no me acuerdo.

FLORINDA. Pues si eso es, Erbagio, ansí,
dame agora aquesos brazos.

(*Está asomada a la puerta* ANGELIA *viéndolo todo.*)

ANGELIA. ¿Qué es esto? ¿Abrazarla intenta?

ERBAGIO. (¡Oh, amor! recibe a tu cuenta
un lama puesta en dos lazos.)

FLORINDA. ¿No me abrazas?

ERBAGIO. No me atrevo,
que me dicen que ya voy...

FLORINDA. ¿Qué aguardas?

ERBAGIO. Ya entiendo... Estoy...

FLORINDA. Mira que te aguardo...

ERBAGIO. (Llevo
tanto temor en el alma,
que esa gloria... No lo haré...
No la merece mi fe
y ascondérteme en calma) (1).

FLORINDA. No sé qué me siento en ti.
¿He de empezar yo la fiesta?

ERBAGIO. (¡Qué tentación es aquésta!
¿Quién me metió en esto a mí?)

FLORINDA. Abrázame.

ANGELIA. (Que le abraza.)

ERBAGIO. (Que no la abrazo.)

FLORINDA. ¿No vienes?
Señor, ¿en qué te detienes?

ERBAGIO. Esta capa me embaraza.

FLORINDA. Y aun la ropilla también,
y la espada es embarazo
para no darme un abrazo.
¡A fe que me quieres bien!
¡Vete, traidor, y no niegues
que me aborreces, si en tanto
no quieres que con mi llanto
forme un mar en que te anegues!

(*Vase* FLORINDA.)

ERBAGIO. ¿Fuístete?

ANGELIA. ¡Dulce alegría!

ERBAGIO. ¡Gloria mía!

ANGELIA. ¡Mi consuelo!

ERBAGIO. ¡Luz con cuya luz el cielo
escurece el alma mía!
Aunque con sólo mirarme
puedes de luz encenderme
y con mirarme y quererme
puedes inmortal tornarme,
mi dulce Angelia, no creo
que gozo de este favor,

---

(1) Este y los dos versos que siguen parecen ser propios de ERBAGIO.

(1) No atinamos cómo deba leerse este verso para que forme sentido.

y es muy demasiado amor
y la fuerza del deseo.

ANGELIA. Pues cree que siempre estás
adondequiera que estoy;
y si acaso vengo o voy,
conmigo vienes y vas.
Mira que temo que estás
muy rendido de Florinda.

ERBAGIO. Primero a la muerte rinda
la vida que tú me das.
Mira que formo querella,
mi bien, de que tal me digas.

ANGELIA. Y yo lloraré, si ligas
el alma en el lazo della.

ERBAGIO. Mi alma en tu pecho mora,
que ya una vez te la di;
pues si el alma vive en ti,
¿cómo he de darla, señora?

ANGELIA. Podrás rendirle dos almas,
para mayor sacrificio;
ofréceme a su servicio
y ofrecerásle dos palmas.

ERBAGIO. Basta, mi bien, que te burlas
y con burlas veras labras.

ANGELIA. Siempre tomas mis palabras
como palabras de burlas.

ERBAGIO. Luego ¿no te burlas?

ANGELIA. No.

ERBAGIO. ¿Que de veras hablas?

ANGELIA. Sí.
¿Cuándo, Erbagio, para ti
he tratado burlas yo?
Digo que cierta sospecha
de entrambos a dos recibo.

ERBAGIO. Primero muera cautivo
de quien nuestra ley desecha.
Vuelve, mis ojos, los ojos;
no los revuelvas con ceño,
que mi palabra te empeño
que me causas mil enojos.
Gente parece que suena.

ANGELIA. Ricardo debe de ser.

ERBAGIO. ¡Que por él he de perder
tal gloria!

ANGELIA. No tengas pena,
que yo me veré contigo
mañana.

ERBAGIO. Dime qué hora.

ANGELIA. De noche.

ERBAGIO. Adiós, mi señora.

ANGELIA. Conmigo vas.

ERBAGIO. Tú conmigo.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. En todo el lugar no hay tal,
ni en la sala, ni en la calle,
ni es posible que se halle
de vuestro guante señal.
Toda la calle he corrido
con dos hachas que tomé,
y en ella tengo por fe
que el guante no se ha caído.

ANGELIA. En fin, ¿que no pareció?

RICARDO. No queda en todo el camino.

ANGELIA. Mejor le buscó quien vino
a buscar quien le perdió.

RICARDO. Ese que os busca soy yo
y anda siempre en vuestra busca;
esotro no, que no os busca,
sino que luego os halló.
En fin, ¿que el guante os trujeron?
Pues ¿cómo yo no encontré
al que le halló?

ANGELIA. No sé,
pues agora me le dieron.

RICARDO. ¿Hay cautela semejante?
Sin duda que te movió
lo que aquella que pidió
a don Manuel otro guante.
Y si intento tan cruel
te movió, fuera bastante
que yo te diera otro guante
como el que dió don Manuel.
Mas por tu honor y fama
no quiero con torpe mano
darte, señora, el hermano,
el guante de aquella dama.

ANGELIA. Mira que...

RICARDO. No te disculpes,
que no hay disculpa a tu culpa,
y en lugar de dar disculpa
será ocasión que te culpes.

(*Vase* RICARDO.)

ANGELIA. Ricardo se va enojado.
¡Ay, si fortuna ordenase
que en libertad me dejase
por libertar mi cuidado!
Voy a dar orden de ver
a mi Erbagio, antes que vea
por no verle que se emplea
en servir a otra mujer.

(*Vase, y sale la* REINA DE ESCOCIA *y su* GOBERNADOR.)

REINA. Si más en eso me tratas
te he de hacer quemar vivo.

GOBERN. Pues ¿en qué estribas?
REINA. Estribo
en ser ejemplo de ingratas;
porque el mundo de mí diga
que en él una Reina encierra
que hace a los hombres guerra
por ser dellos enemiga.
Tanto aborrezco al que es hombre,
tan contraria suya soy,
que dondequiera que estoy
me asombro de oír su nombre.
GOBERN. Mira, señora, que es justo
que rompas tan torpe ley (1),
y que nos des, Reina, rey
que nos gobierne a su gusto.
Mira que tu reino queda
sin heredero que herede;
es bien que de ti nos quede
hijo que heredarte pueda.
Si tú te casas, tendremos
rey que por rey conozcamos;
si no te casas, quedamos
sin rey, sin reina qué haremos (2).
Mira, pues, cuál quedará
sin reina y sin rey el reino.
REINA. Agora por reina reino:
muerta yo, rey le vendrá.
GOBERN. Será rey contra derechos,
y ansí lo será con guerra.
REINA. En mí reinará, en mi tierra.
GOBERN. Sí, pero no en nuestros pechos.
Los más grandes de tu corte
que te cases apellidan.
REINA. Pues otra cosa me pidan
que más a mi reino importe.
¿Con hombre había de juntarme?
Cuando tal imaginara,
sólo en pensarlo pensara
que el cielo había de abrasarme.
Queden sin rey y sin ley
mis villas y [mis] ciudades,
levanten comunidades
sobre el ser cada cual rey.
Que no tengo de tratar
con hombre mientras que viva,
y antes la muerte reciba
que hombre me venga a gozar;
antes si alguna mujer
pone en hombre sus antojos,
la he de hacer sacar los ojos
que la hicieron querer.
Y por que entienda mi tierra
cuánto a los hombres persigo,
contra Ingalaterra digo
que pretendo mover guerra.
Contra la tierra, mal dije,
que a más venganza me entrego:
arbolen banderas luego
contra el Rey que en ella rige.
Este a las mujeres sigue,
porque aborrece sus nombres,
y yo persigo a los hombres,
que quiero lo que persigue.
Bastante ocasión me mueve
a perseguir al tirano,
pues él con sangrienta mano
contra una mujer se atreve.
A entrambos nos mueve un brío,
a entrambos un desengaño,
pues yo procuro su daño
y él procura el daño mío.
Por ser hombre le aborrezco,
por ser mujer me aborrece;
él a matarme se ofrece,
y yo a matarle me ofrezco.
GOBERN. No digo yo que esa guerra
la dejes, mas que te cases,
y una vez casada, abrases
a fuego y sangre su tierra.
REINA. Ya me amohinas de suerte
que me ofendes y maltratas,
y si más dello me tratas
te he de hacer dar la muerte.
GOBERN. Pues, señora...
REINA. No repliques.
GOBERN. Mira que...
REINA. No me aconsejes.
GOBERN. Aunque sin vida me dejes
y aunque la muerte me apliques,
no dejaré de avisarte
de lo que a tu reino importa.
REINA. Por no ver tu vida corta
quiero irme y no escucharte.

(*Vase la* REINA.)

GOBERN. Pues aunque los pies ausentes
por no escuchar la razón,
yo he de buscar la ocasión
de convocar a tus gentes.
Casarte tienes, y darnos
rey, que tu reino lo pide,

(1) En el original dice: "tanto peley".
(2) Este galimatías está así en el original.

pues si te casas se impide
el mal que puede acabarnos.
Voy a incitar las perdidas
gentes sin lo de la corte,
que aunque mi vida se acorte
alargaránse mil vidas.

(*Vase, y salen* Aurelio *y* Alberto.)

Aurelio.

Al fin, Alberto, lo que pasa digo;
entré en la sala donde nunca entrara,
pues vi, en entrando, mi contrario amigo;
dos mil colores viéronse en su cara.
¡Ah, cielo!

Alberto.

¿No prosigues?

Aurelio.

Ya prosigo.
Que una maldad tan conocida y clara
bien merece que el mundo la publique
y que al traidor castigo se le aplique.
Entré, cual digo, y siéntome a su lado,
y a tiempo fué que se empezaba el juego;
la cinta anduvo el círculo usado
hasta volver do se forjaba el fuego,
y entonces con color disimulado
tomó la cinta, de mi vista ciego
contempla la color, los cabos mira,
y con ella del juego se retira.
No dió lugar a que segunda vuelta
corriese la ocasión de mi tormento,
que así, añudada, sin coger revuelta,
con ella se salió del aposento.
Quedé turbado, la cabeza vuelta,
siguiendo sus pisadas por el viento,
que, fingiendo un dolor en cierto lado,
se levantó con ella del estrado.
Con largo paso a sus espaldas deja
los primeros umbrales de la casa;
quíseme levantar, mas con la ceja
Angelia puso a mi braveza tasa.
Disimulado me llegué a la reja,
y apenas divisé la cinta escasa
que en el sombrero, por mayor trofeo,
la llevaba el traidor por camafeo.
La fiesta se acabó, y apenas vide
lugar para salir, cuando, rompiendo
a Erbagio, Aurelio las pisadas mide.
Por entre el golpe de la turba hendiendo
ninguno el paso de que pase impide,
antes me ayudan el camino abriendo,
que en la color me conocían los hombres
que iba sin alma el cuerpo, no te asombres.
Al fin llegué contigo al sitio y puesto
adonde agora de mi mal tratamos;
pero si mi tormento nace desto,
¿cómo en venganza el tiempo dilatamos?

Alberto.

Ya que en mis manos tu deshonra has puesto,
verás también lo que en tu bien trazamos.

Aurelio.

Pues traza, amigo, y traza de manera
que este enemigo a nuestras manos muera.

Alberto.

Déjame a mí, que yo haré de suerte
que le tracemos al traidor.

Aurelio.

Advierte
que suenan pasos de encubierta gente,
y si la traza de su triste muerte
por tus voces coléricas se siente,
será ocasión...

Alberto.

A aclararte empieza.

Aurelio.

¿Quién hacia acá sus pasos endereza?

(*Sale el* Rey de Inglaterra *y* Erbagio.)

Rey. De tu pasión informado,
respondiendo a tu pasión,
digo que estoy espantado
de verte así emponzoñado
del veneno de afición.
¿Cuál es el hombre que es hombre,
que si sustenta este nombre
se nombre de una mujer?
¿Quién tan ciego puede ser
que del ciego dios se nombre?
Esa amorosa pasión,
ese querer, ese olvido,
esa muestra de afición,
esa Venus y Cupido
origen de tu prisión,
esos cuyos lazos tocas
y cuyo favor invocas
por alcanzar un favor,
por quien al lascivo amor
dos almas ciegas provocas,
jamás en mi pecho asisten;

para los cuerpos se queden
que mujeril ropa visten.
No es bien que en amor se enreden
los que las armas resisten.
Jamás a mujer rendí
despojos; jamás vertí
lágrimas por sus antojos;
jamás lloraron mis ojos
por el favor que perdí.
¡Oh! ¡Maldiga Dios el hombre
que de mujer se enamora!

ERBAGIO. ¿Tú quieres que yo me asombre?

REY. ¿De qué, Erbagio?

ERBAGIO. De que agora
quieres que libre te nombre.
¿No ves que es naturaleza
que al alma libre endereza
y la inclina a bien querer?

REY. Sí, mas no la fuerza a ser
pertinaz en su dureza.
¿Quién me fuerza a intentos tales?

ERBAGIO. Un amoroso acidente
que fuerza a los animales.

REY. ¿Y entiéndese entre la gente
lo que en los irracionales?
Esos sola inclinación
los rige, y como razón
les falta, al amor se entrega.

ERBAGIO. ¿Y el hombre?

REY. Tiénela ciega.

ERBAGIO. ¿Quién se la ciega?

REY. Afición.

ERBAGIO. Y esa afición, ¿de qué nace?

REY. De que al lascivo amador
amor la razón deshace,
que es lo primero que amor
en un alma libre hace.

ERBAGIO. De modo que para entrar
amor a tomar lugar
en un alma y posesión,
¿ha de cegar la razón?

REY. Primero la ha de cegar;
primero la razón ciega
y ella lo contrario niega,
porque si no la cegara,
nunca un alma se entregara
a padecer cual se entrega.
No quiero oír de mujer:
"¡Por ti me muero! ¡En ti vivo!
¡De otra te siento cautivo!
¡A otra debes de querer!"
No quiero ver ademanes
de aquestas damas guzmanes
por quien a morir te enseñas,
que hacen al cielo señas
para amartelar galanes.

ERBAG. (1) De experiencia juzgue el Rey (2)
el ajeno corazón.

AURELIO. Habla, amigo, su pasión;
que donde hay pasión no hay ley
que se sujete a razón.

ERBAG. (3) Pues déjame, Aurelio, el cargo,
que, pues de tu bien me encargo,
carga será que me cargue
hasta que la soga alargue
que aprieta tu cuello amargo.

(*Está el* REY *hablando con* ERBAGIO *en secreto.*)

REY. En esto estriba mi gusto,
Erbagio; yo gusto de esto,
y pues yo de aquesto gusto,
mostrad el pecho dispuesto
a darme gusto en lo justo.

ERBAGIO. En fin, ¿quieres que me aleje
y el alma cautiva deje?
Pues no podrán...

REY. No repliques,
ni a servir damas te apliques
si no quieres que me queje.

ERBAGIO. Pues, dime, señor, ¿no fueran
hombres de tu Corte, y tales,
que este cargo merecieran
con tus banderas reales
y que más provecho hicieran?
De un mozo cual yo confías
tus banderas, y las fías
sin saber lo que haré;
muy buena cuenta daré
de todas tus compañías.

REY. Sólo porque amor sujeta
ese flaco corazón
y tan de veras le aprieta
has de dejar la afición
y has de tomar la jineta.

ALBERTO. Bien tu negocio se traza
si Erbagio de aquí se ausenta.

REY. Por la corona que abraza
mi cabeza, a quien se cuenta
el honor que ella enlaza,
que no ha de tener mi Estado

---

(1) Sin duda será ALBERTO y no ERBAGIO quien diga ésto.
(2) Probablemente deberá leerse "juzga el Rey".
(3) También debe ser ALBERTO.

algún hombre enamorado
que a la guerra no le envíe,
por que entre fuego se enfríe
quien anda en hielo abrasado.

ALBERTO. Aurelio, vente tras mí,
que voy ya trazando un hecho
que ha de aprovecharte a ti,
y si sale cual sospecho,
también me va parte a mí.

REY. Y más hay: que la mujer
que en amores conociere,
la tengo de hacer prender.
¿Por qué no he de ver arder
a quien abrasarme quiere?

ERBAGIO. Yo me partiré, señor,
pues gustas que del amor
no siga el dulce estandarte.

REY. Pues mañana con sol parte,
so pena de ser traidor.
Para Escocia se endereza
la jornada que concierto;
mañana a marchar empieza;
queda por su Reina muerto,
o tráeme aquí su cabeza
por que mi furor mitigue.
Que ésta a los hombres persigue,
yo a las mujeres, y pues
también ella mujer es,
también mi furia la sigue.
Si su cabeza me dieres
o el cuerpo en prisión sujeto,
pídeme lo que quisieres,
que desde aquí te prometo
de darte lo que pidieres,
como no pidas tu vida,
que ésta es justo que se impida,
porque puedes, confiado
en la palabra que he dado,
serme traidor y homicida,
y es bien que los que pretenden
con el Rey tan loco intento
mueran, pues su fuego encienden.

ERBAGIO. Justo es este pensamiento;
mas...

REY. Tus palabras me ofenden.

ERBAGIO. No te ofendas, pues me pago,
por servirte, de mi estrago.

REY. Pues obedéceme y calla.

ERBAGIO. Ya yo callo.

REY. A la batalla
te apercibe.

ERBAGIO. Ansí lo hago.

REY. Las banderas se descojan
que en mis servicios se alojan,
y la caja rompa el parche
tocando a que el campo marche.

ERBAGIO. ¡Ah!...

REY. Tus razones me enojan.

ERBAGIO. Yo arbolaré tus banderas,
cual mandas que se enarbolen,
aunque no cual de mí esperas,
y aunque al viento tremolen
las tus banderas ligeras.
Yo me partiré cual dices,
sin que más el fuego atices
que me abrasa por quemarme.
Yo parto a martirizarme
sin que tú me martirices.

REY. Pártete luego.

ERBAGIO. Ya estoy
pensando.

REY. ¿En qué?

ERBAGIO. En que tardo.

REY. Larga licencia te doy.
¿Qué aguardas?

ERBAGIO. Tu gusto aguardo.

REY. Pues vete luego.

ERBAGIO. Ya voy.—
¡Ah, cielo, que ya se ve!

REY. No mormures, anda, ve.

ERBAGIO. Voime; mas si en ese pecho
es verdad lo que sospecho,
quien me agravia guárdese.

(*Vase* ERBAGIO.)

REY. ¿Posible es que puso el cielo
tanto veneno encerrado,
en este femíneo velo
que, de su vista tocado,
tiene emponzoñado el suelo?
No es milagro que me asombre,
mas que no me asombre el nombre
de la mujer es milagro;
pues si el alma le consagro
no es quien la consagro el hombre, (1)
que no consagro tal palma
a una mujer con modestia,
y es más llano que la palma
que si la consagro el alma
no soy hombre, sino bestia.

(*Sale* UN PAJE.)

(1) Parece deba leerse "no es quien la consagra hombre;".

PAJE. Señor, a la puerta aguarda
una mujer por tu guarda
y dice que hablarte quiere.

REY. No me entre aquí si no fuere
en el pecho una alabarda.
¿Mujer tengo de escuchar?
¿Mujer ha de entrar aquí?
¿Mujer me tiene de hablar,
que no hay cosa para mí
más difícil de tratar?

(*Dice* UNA MUJER *de dentro.*)

MUJER. Déjenme entrar, pues es ley
hacer justicia a su grey
quien la gobierna en el suelo.
Justicia le pido al cielo,
pues no me la hace el Rey.

(*Sale* UN PORTERO.)

PORTERO. Señor, los pechos estraga
una mujer con sus voces
por hablarte.

REY. Pues por paga
apartalda de allí a coces
o atravesalda una daga.

(*Sale la* MUJER.)

PORTERO. Tened, que no habéis de entrar.

MUJER. Al Rey tengo de hablar
aunque aquí me dejéis muerta.

REY. ¡Hola! Cerrad esa puerta.

MUJER. Por fuerza me has de escuchar.
Ayer, cuando ya la luna
sus rayos iba encubriendo,
estando sola en mi casa
con una hija que tengo,
y por faltarla su padre
con mi sudor la mantengo,
Aurelio, tu secretario,
a quien yo guardo respeto,
rompiendo con mano armada
las puertas de mi aposento,
llegó con gente a la cama
donde con mi hija duermo,
y, queriéndola forzar,
contra su fuerza y mi ruego,
porque no lo consentí
me arrastró de los cabellos.
Y no fué el daño menor,
que ojalá fuera el postrero,
que no sintiera este agravio
si no le hiciera más feo.
De la sala me sacó
y él se volvió luego adentro,
y con mi hija y su gusto
cumplió su malvado intento,
dejándola deshonrada
y él alegre y satisfecho.
Viendo mi hija cuál queda
mira tú qué hacer debo.
Sola soy y sin marido;
ni hermano ni deudo tengo,
si tú no me haces justicia
para ante tu Rey apelo,
que éste, el día del juicio,
me igualará con tu cetro,
y al tomarte residencia
te culpará si me quejo.
Esta es, señor, la desdicha
o la desgracia que tengo.

REY. ¿Y las lágrimas también?

MUJER. Desas mis ojos estén
hasta vengarme cual ruego.

REY. Salte de la sala luego,
que Aurelio hizo muy bien.

MUJER. ¿Que hizo bien? ¿Qué me dices?

REY. Lo que escuchas.

MUJER. No te entiendo

REY. Que hizo bien.

MUJER. Contradices
al nombre de Rey.

REY. Pretendo
matar el fuego que atices.
No te canses, que será
verme a mujer blando ya
ver que al agua venza el fuego
y que al fuego mate luego
la pólvora.

MUJER. Bien está.
Bien encareces tu celo
tan poco.

REY. De aquí te parte.
No me repliques.

MUJER. Harélo.

REY. Lo mejor será dejarte.

(*Vase el* REY.)

MUJER. Justicia le pido al cielo;
justicia pido a la tierra
pues un Rey que en ella encierra
no me la quiere hacer;
antes, porque soy mujer,
en mi deshonra me aferra.

(*Vase, y sale* ERBAGIO *y* ANGELIA.)

ERBAGIO. El Rey gusta que me aparte
de ti, mas no será parte,
pues contigo el alma dejo,
y mientras yo más me alejo
ocupas en mí más parte.
No entiendo lo que pretende.
ANGELIA. ¿Para qué entenderlo quieres?
ERBAGIO. Para saber de dó pende
ser contrario de mujeres.
ANGELIA. El solo en eso se entiende,
pues en ese extremo da.
ERBAGIO. Tanto las persigue ya,
que aquel que a mujer maltrata...
ANGELIA. Es porque una le fué ingrata,
de quien olvidado está.
Muy bien hace; huiga dellas;
muéstrese a todas cruel;
persiga a las más estrellas,
que ellas no son para él
por no ser él para ellas.
Pero volvamos al cuento
de nuestro pasado intento.
En fin, ¿quiere que te ausentes?
ERBAGIO. Por fuerza.
ANGELIA. Poco lo sientes,
pues lo dices tan contento.
ERBAGIO. Sí siento, pero la fuerza
de ver que he de obedecer
hace que mi gusto tuerza.
ANGELIA. En fin, ¿qué piensas hacer?
ERBAGIO. Amor a callar me esfuerza;
amor, viéndome penar,
no me deja pronunciar
tan rigurosa sentencia.
ANGELIA. ¿Qué has de hacer?
ERBAGIO. Con tu licencia
quiero...
ANGELIA. ¿Qué quieres?
ERBAGIO. Callar.
Callar me será mejor.
ANGELIA. Pues ¿no te partes?
ERBAGIO. Temor
me obliga a decir que sí.
ANGELIA. Luego ¿apártaste de mí?
ERBAGIO. No, que ya me vuelve amor.
ANGELIA. No te partas.
ERBAGIO. Partir tengo.
ANGELIA. ¡Ay!
ERBAGIO. El alma he de partir,
que no a despedirme vengo,
ni a ella puedo repartir
si todo en ti la entretengo.
ANGELIA. Acábate de aclarar.
ERBAGIO. Pienso partirme a penar,
pues el Rey así lo ordena.
ANGELIA. No serás solo en la pena,
que yo te he de acompañar.
Pero [en] tan triste partida
sin ti, ¿qué tengo de hacer,
que eres mi alma y mi vida?
ERBAGIO. No soy en amar mujer,
que en ausencia luego olvida.
Yo me partiré, y es cierto
que si partirme concierto
no es porque quiero apartarme.
ANGELIA. En fin, que quieres dejarme;
ya tu pecho has descubierto.
Vete, si el estar conmigo
te enfada.
ERBAGIO. El cielo es testigo
si tal me puede ofender.
ANGELIA. ¿Y acertarás á volver
para visitarme, amigo?
Mas ¡ay! que no acertarás;
que olvidará tu memoria,
si una vez ausente estás,
el camino de mi gloria.
ERBAGIO. En gracioso extremo das.
Y es extremo y desatino,
que aunque partirme imagino,
lágrimas he de verter,
que cuando quiera volver
me enseñarán el camino.
Esta señal dejaré;
pero mira que vertidas
cuando vuelva a ver tu fe,
se secarán si me olvidas
y el camino erraré.
ANGELIA. No le errarás, que el suelo,
si eres tú mi cielo...
ERBAGIO. El vuelo
baja al hoyo.
ANGELIA. Cielo sí eres,
si cual te quiero me quieres.
ERBAGIO. Digo que agora soy cielo.
Angelia, cielo me llamas
y como a cielo me amas,
pues cuando en el suelo el fuego
se mata, el humo va luego
al cielo desde sus llamas.
El fuego que te ha hecho
quererme dure encendido,
que si le matas, partido
el humo ha de ir a mi pecho
y he de conocer tu olvido.

Pues soy de firmeza ejemplo,
esa fe que en ti contemplo
no la mates, no se muera,
arda en mi nombre, cual cera,
por sacrificio en el templo.

ANGELIA. Sí arderá hasta que a ver
tornes mi fe viva y cierta,
y no porque soy mujer
entiendas de hallarme muerta,
que no me gasta el arder.

ERBAGIO. Ya, mi bien, se llega el plazo
de dar la lazada al lazo
que las dos almas enlaza;
pues un lazo las enlaza,
abrácelas un abrazo.

(*Abrázanse, y sale* FLORINDA, *que ha estado escuchándoles, y vela* ERBAGIO *primero.*)

Así que toda mi fe
a Florinda he entregado;
en ella estoy transformado.
A Florinda adoro.

ANGELIA. ¿Qué?
¿Qué dijiste?

ERBAGIO. Que te quiero.

FLORINDA. Muy mal tu traición se tapa.
¿No te estorbaba la capa
para abrazarla?

ERBAGIO. En ti muero.
Florinda, llégate acá
que quiero hablarte a ti.
Angelia, apártate allí.

ANGELIA. Traidor, aclarada está
tu traición y tus cautelas:
pues de Florinda te extrañas,
señal es que a mí me engañas,
pues que della te recelas.
Bien sabes disimular.
Quieres cumplir con las dos.
¡Traidor, maldígate Dios,
que así me haces penar!
Bien cumples lo que prometes;
de presto me satisfice,
pues de tus palabras hice
cordel para que me aprietes.
Tarde esperaré bonanza,
pues una vez que la tuve
se me deshizo, cual nube,
al sol de ajena esperanza.
Traidor, di: ¿qué te parece
de esta cautela y traición?
¿Es aquése el corazón
por quien el mío padece?
Si es éste el llanto, imagino,
con que el camino regabas
para acertar, si tornabas,
por no errar el camino,
presto tus ojos se truecan.
No acertarás, si me olvidas,
que esas lágrimas fingidas
antes que caigan se secan.
Bien disimulas tu engaño,
y esta razón te condena,
que si sintieras mi pena
mal se disimula el daño.
"Esa fe que en ti contemplo,
pues soy de firmeza ejemplo,
no la mates, no se muera,
arda en mi nombre, cual cera,
por sacrificio en el templo."
¡Qué bien estudiadas tienes,
traidor, aquestas razones!
¡Qué bien partes corazones
y en mil partes te entretienes!

ERBAGIO. Mira, Angelia...

ANGELIA. No me hables.

FLORINDA. Erbagio, déjala entrar.

ERBAGIO. No puedo.

ANGELIA. He de escuchar
que tus traiciones entables.
Ya, traidor, no habrá disculpa
que disculparte me mande,
que no hay disculpa tan grande
que baste a salvar tu culpa.

FLORINDA. Déjala, Erbagio.

ERBAGIO. No puedo.
Florinda, déjame aquí.

ANGELIA. Traidor, no vengas tras mí.

FLORINDA. Erbagio, contigo quedo.

ERBAGIO. Déjame, que no es posible
dejarla.

ANGELIA. ¿Quieres dejarme?

ERBAGIO. ¿Cómo? Si vas a matarme
y es el vivir imposible.

ANGELIA. Acaba, que ya me enfadas.

FLORINDA. Erbagio, ¿quieres tornar?

ERBAGIO. Angelia, venme a matar
si de mi muerte te agradas.
¡Mal haya la cinta, amén,
pues cuando della me acuerdo,
y me acuerdo lo que pierdo,
al alma privo del bien!
Tal fuego se encienda en ella
que te torne fuego a ti,
pues por dártela perdí
el bien que gané por ella.

ANGELIA. No te disculpes conmigo;
ya la traición está hecha.
ERBAGIO. Déjame.
FLORINDA. Que no aprovecha.
ANGELIA. Quédate.
ERBAGIO. Tus pasos sigo.

(*Vase* ANGELIA.)

Déjame, que el ciego amor
me lleva a desesperar.
FLORINDA. ¿Qué? ¿No me quieres hablar?
Seguirte tengo, traidor.

(*Vanse, y salen* AURELIO *y* ALBERTO, *solos.*)

ALBERTO. ¿Estáis bien en el concierto?
AURELIO. Bien le apercibo en mi pecho.
ALBERTO. Pues, Aurelio, yo sospecho
que ha de salir todo cierto.
Tras Angelia caminaba
y ella de él iba huyendo.
AURELIO. Pues ¿cómo se tarda?
ALBERTO. Entiendo
que Florinda le atajaba,
y habráse allí detenido.
AURELIO. En llegando, no aguardemos
a que en vano trabajemos,
que será mucho el ruïdo,
y si acaso me cayere
el soberbio bravonel,
déjenme solo con él,
que de la primera muere.
ALBERTO. No es razón que así le mates;
mejor es como yo digo,
que no es bien que con tu amigo
con doblado pecho trates.
AURELIO. Pues si es amigo, ¿qué ley,
qué Rey, que Dios, qué razón
le obliga a hacerme traición?
¡Aquí de Dios y del Rey!
ALBERTO. Escucha, que viene gente.
AURELIO. Las espadas se aperciban
y entre sus puntas reciban
el pecho de este valiente.

(*Sale* RICARDO, *y en diciendo una copla, echan mano contra él los dos, y él también.*)

RICARDO. Angelia, ¿por qué me engañas?
Poca firmeza hay en ti.
Bien se muestran contra mí
tus cautelas y marañas.
AURELIO. ¡Muera el traidor que pretende
ofenderme!
ALBERTO. Que no es él.
AURELIO. Sí es; acabe el cruel
que darme la muerte entiende.
RICARDO. ¡Oh, traidores! Que me matan
por no haberme conocido.

(*Vanse. Salen* UN ALGUACIL *y* UN CORCHETE.)

ALGUACIL. ¿Dónde suena este ruïdo?
¿Dónde estas voces rematan?
CORCHETE. Bien cerca suenan de aquí.
ALGUACIL. Horcajo, corre esa calle.
CORCHETE. Plegue a Dios que no los halle
de modo que den en mí.
Que do el corchete se mete
no saca sino un chichón
tamaño como un león,
asido con el corchete.
ALGUACIL. Prende al que vieres correr;
prende al que huyere más.
CORCHETE. ¿Cómo? ¿Piensa que no hay más
sino llegar a prender?
ALGUACIL. Acaba, necio.
CORCHETE. Ya acaban.
Miro que hay unos mocitos
que traen unos cuchillitos
que de pasada le enclavan,
y me harán que no coma
más pan, y si va a buscarme,
hallarán que van a echarme
como a las de Tibre en Roma.
ALGUACIL. Anda, demonio, ¿qué aguardas?
CORCHETE. Ya voy; no me mate tanto,
que me hace tomar espanto.

(*Vase.*)

ALGUACIL. ¿Agora ansí te acobardas?
El alboroto fué parte
que perdiese una ocasión
donde el premio y galardón
no fueran pequeña parte.

(*Sale el* ACOMPAÑADO *del* ALGUACIL.)

ACOMPAÑ. Señor, todo lo he sabido.
En efeto, no fué nada.
Una pendencia trabada
fué la ocasión del ruïdo.
Ya los hicieron amigos;
ninguno herido se va.

(*Sale el* CORCHETE *con una espada que ha quitado.*)

CORCHETE. El mundo está lleno ya
todo de mis enemigos.

¡Oh, pasión de Dios! ¡Cuál vengo
de correr tras un ladrón,
que le cojo en la ocasión
si un poco más me detengo!
Todo el pueblo he rodeado.

ALGUACIL. ¿Tan presto? No puede ser.

CORCHETE. Si no he dejado el correr
¿no le puedo haber andado?
En fin, por pies le alcancé;
un hombre como un Sansón,
valiente como un león,
y la espada le quité.
Metí mano para él;
afirmóseme, y envuelvo
la capa al brazo, y revuelvo,
y embisto, y cierro con él.

(*Sale un* MUCHACHO.)

MUCH. ¡Lleve el diablo el bellacón!
¿La espada me quita ¡cuero!
que la llevo al espadero
a echar otra guarnición?

ALGUACIL. Horcajo, ¿es éste el Sansón?
¿Es éste el hombre cruel,
el que cerraste con él,
el bravo como un león?
Vuélvele luego la espada.

MUCH. ¡Vive Dios! Que si tuviera
barbas como él, hiciera
que la diera colorada.

(*Vase.*)

ALGUACIL. ¡Bien, por Dios!

CORCHETE. ¡Vaya el gallina!
Llévese su espada y calle,
o aguárdeme en esa calle,
que ¡por Dios! que me amohina.

ALGUACIL. ¿No ves que es muchacho y dan
cuenta?

CORCHETE. Lo mismo hiciera
si muchacho me volviera
o él se volviera Roldán.

ALGUACIL. Bueno está. Vamos rondando.
Llama en cas de esa mujer.

CORCHETE. ¡Hola!

MUJER. ¿Quién es?

CORCHETE. ¿Qué ha de ser?
El diablo que anda cazando.
Abrid luego.

MUJER. No podemos.

CORCHETE. Pues romperemos la puerta
y haré que se quede abierta.

MUJER. Aguárdense.

CORCHETE. ¿Que aguardemos?
Todo el mundo se aperciba.

(*Asómase* UN VIEJO.)

VIEJO. ¿Por qué no dejan dormir?

ALGUACIL. ¿Habéis de acabar de abrir?

MUJER. Ya está abierto.

ALGUACIL. Sube arriba.
Algún lance hemos echado,
que de mala gana abrieron,
y después que nos sintieron
anda todo alborotado.

CORCHETE. ¡Oh, señor! Lance tenemos.

ALGUACIL. ¿Qué dices?

CORCHETE. Aguarde un poco,
que luego vuelvo.

ALGUACIL. ¿Estás loco?
El quiere que le aguardemos.
¿Qué puede haber en tal casa?

CORCHETE. ¡Oh, señor! Buen lance echamos.

ALGUACIL. Ya tu respuesta aguardamos.

CORCHETE. Luego diré lo que pasa.

ALGUACIL. La casa está alborotada.
¿Qué puede ser?

ACOMPAÑ. No lo sé.

CORCHETE. ¡Ah, señores! Óiganme.

ALGUACIL. ¿Qué has topado?

CORCHETE. Una empanada.

ALGUACIL. ¿De qué?

CORCHETE. Dos amancebados.
Un galán con una dama
he sacado de la cama,
como barbos empanados.

ALGUACIL. ¿Hase visto tal maldad?
¿Quién son?

CORCHETE. El viejo meón
y la que pesa el carbón.

ALGUACIL. Muy buena gente, en verdad.
Anda ve, sube por ellos.

CORCHETE. ¡Hola! ¿Acabáis de salir?

VIEJO. ¿No nos dejaréis vestir?

ACOMPAÑ. ¿No subiremos a vellos?

ALGUACIL. Ellos bajarán acá;
pero, si queréis, subamos.

CORCHETE. Camine, señor Juan Ramos.

ALGUACIL. Ya bajan ellos de allá.

(*Sale el* CORCHETE *asido a* UNA FREGONA *y a* UN VIEJO.)

CORCHETE. Helos aquí.

ALGUACIL. ¡Gente honrada!

Muy buenos presos son esos.
Llévalos a entrambos presos.

FREGONA. ¡Ay! Mire que soy casada.
No llegues a mí, ladrón.

CORCHETE. ¿Ladrón, señora pelleja?
¡Vive Cristo! puta vieja
que la abolle la faición.
Diga, señora pescada,
no cecial, sino abadejo,
¿cómo duerme con el viejo
si, como dice, es casada?
¡Miren con quién fué a emplearse!

FREGONA. Negocios son que acaecen
y cada día acontecen.
No tiene de qué espantarse.

CORCHETE. Ven acá, viejo braguero,
ofrézcote a Belcebú;
¿no tienes vergüenza tú
de andar cual gato en enero?

VIEJO. ¡Hola, hola! Hombre honrado.
No os descompongáis conmigo,
que os pondré, Dios es testigo,
como trapo mal lavado.

ACOMPAÑ. Señor, si es casada ella
suéltenla, que no es razón
que la pongan en prisión.

ALGUACIL. Váyase con Dios, doncella.

CORCHETE. ¡Vos doncella! Como yo,
que fuí tres años casado;
ya sois de clavo pasado,
ya vuestra flor se vendió.

FREGONA. Ya que yo no lo soy trato
con mil hermosas doncellas.

CORCHETE. Sí, mas es para vendellas:
que a fe que hacéis barato
de la fruta que se escota.

FREGONA. Voime, señor alguacil;
quede adiós, señor mandil.

CORCHETE. ¡Vaya adiós, señora sota!

ALGUACIL. Procura agora llevar
al viejo, aunque más te ruegue,
y antes que a la cárcel llegue,
Horcajo, le has de soltar;
que sólo quiero apartar
una maldad tan extraña.

CORCHETE. Venid, viejo de Susaña,
que luego os han de azotar.

VIEJO. Mocito, andá norabuena;
¿dónde llevarme queréis?

CORCHETE. Venid, que allá lo veréis.

VIEJO. ¿Adónde he de ir?

CORCHETE. A la trena.

VIEJO. ¿Qué es la trena, la dotrina?

CORCHETE. ¿La dotrina? Acabe ya.

VIEJO. Mancebo, téngase allá,
mire que ya me amohina.

CORCHETE. No saquéis cuchillo, viejo.

VIEJO. ¿Queréisme llevar a mí
entre los muchachos?

CORCHETE. Sí,
para que les deis consejo.

VIEJO. Ya entiendo vuestra malicia.

CORCHETE. Acabe el viejo podrido.

VIEJO. Téngase.

CORCHETE. Que me ha herido.
¡Ay, favor a la justicia!
Que se resisten de mí.
¡Favor al Rey, que me matan!

(*Salen los* VECINOS.)

VECINOS. A la justicia maltratan.
¿Daremos al viejo?

CORCHETE. Sí.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* ANGELIA *y* FABRICIO *en hábito de labradores.*)

ANGELIA. ¿Estáme bien el vestido?

FABRICIO. Tan bien, que dice a tu gusto:
viénete pintado y justo.

ANGELIA. Vendrá pintado y nacido.
Ahora bien, Fabricio amigo,
la paga desto prometo
si me guardas el secreto
que quiero tratar contigo.

FABRICIO. Señora, agravio me has hecho.

ANGELIA. Pues ¿en qué te he hecho agravio?

FABRICIO. En sospechar de mi labio
lo que se encierra en mi pecho.
Tuyo soy: ordena y manda,
dispón, concierta y propone,
mueve, rígeme y compone,
que siempre estoy de tu banda.
Baja al centro de la tierra;
sube a la región de fuego,
camina al ártico luego,
al mar donde el sol se encierra;
dame vida o tenme muerto,
quítame la paz que gozo,
que mi pecho será un pozo,
sin suelo, de tu concierto.
Dime tu secreto aquí,

que, pues procuro tu bien,
aunque la muerte me den,
nadie lo sabrá de mí.
Dirásme que soy muchacho,
y que con pequeño aprieto
descubriré tu secreto
sin más vergüenza ni empacho.
Si te temes desta mengua,
dime el secreto, y después,
por que más segura estés,
córtame el pico a la lengua.

ANGELIA. Yo estoy de ti satisfecha:
ya tu pecho he conocido.
Pues sabrás que este vestido,
que es causa de tu sospecha,
me ha de llevar donde quiero,
que es donde mi Erbagio está,
porque él sin mí vive allá,
y yo sin él acá muero.
No puedo sin él vivir,
y así, pretendo con él
morir o vivir por él,
que lo más cierto es morir.
Fabricio, tú has de seguirme
y jamás decir quién soy,
que el hábito con que voy
bien basta para encubrirme.
Y otra cosa has de hacer,
que me es de importancia harta,
y es que has de dar esta carta
a Erbagio, de una mujer.

FABRICIO. Y esa mujer ¿quién será?

ANGELIA. Es Florinda.

FABRICIO. Bien entiendo.

ANGELIA. Veré, con lo que pretendo,
si Erbagio la quiere ya;
veré si se acuerda della,
si con la carta recibe
contento; si muere o vive,
si vive o muere por ella.
Y yo luego llegaré
con otra carta que diga
que es de Angelia, su enemiga,
y leyéndola, veré
con cuál de las dos se huelga,
con cuál recibe más gloria,
a cuál mide la vitoria
que de su memoria cuelga.
Este es, Fabricio, mi intento.

FABRICIO. Pues contigo determino
ponerme luego en camino.

ANGELIA. Darásme en ello contento.

FABRICIO. Pues vamos, señora, y deja
lo que en el secreto estriba
a mi cargo.

ANGELIA. Mientras viva
a mandarme te apareja.

FABRICIO. Yo soy quien ha de servirte.

ANGELIA. Yo quien tiene de agradarte.
Partiremos luego.

FABRICIO. Parte,
que luego quiero seguirte.

ANGELIA. Entra y daréte la carta.

FABRICIO. Vamos, y dámela, pues;
mueve, señora, los pies;
de este lugar los aparta.

(*Vanse, y salen* AURELIO *y* ALBERTO.)

AURELIO. Todo el mundo me importuna,
contrastando mi contento,
pues cuanto hacer intento
me deshace la fortuna.
Ya no me queda esperanza
de satisfacer mi pecho,
pues la fortuna ha deshecho
la ocasión de mi venganza.
A Erbagio ausentó de aquí,
y cuando el Rey le ausentó
de las manos me quitó
el bien que entonces perdí.

ALBERTO. Aurelio, no te congojes,
que, pues Angelia te queda,
no hay razón que formar pueda
causa para que te enojes;
y si no te satisface
estar con ella y sin él,
muera Erbagio, pues que dél
tu pena resulta y nace.

AURELIO. Ese punto sólo aguardo:
mi remedio es descubierto.
Tú solo puedes, Alberto,
matar el fuego en que ardo.

ALBERTO. Pues lo que pienso hacer
lo quiero tratar contigo.

AURELIO. Declárate presto, amigo:
amigo, date a entender.

ALBERTO. Pues oye: tus esperanzas
se ven ya sobre la luna.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. ¡Ah mudanzas de fortuna!
¡Sola en mi daño mudanzas!

AURELIO. Ricardo es éste, sin falta;
no es bien que nos halle aquí.

ALBERTO. Aurelio, vente tras mí,
y diréte lo que falta.

(*Vanse* AURELIO *y* ALBERTO.)

RICARDO. Angelia, ¿dónde caminas?
¿Quién de mis ojos te lleva?
¿Quién hay que los pies te mueva?
¿En qué piensas? ¿Qué imaginas?
¿Por qué mal no me socorres
y de la razón te alejas,
que al que más te quiere, dejas,
y tras quien te olvida, corres?

(*Sale* FLORINDA.)

FLORINDA. Pues, Ricardo, ¿qué hay de nuevo?
RICARDO. Muchas cosas nuevas hay,
que el viejo tiempo las tray,
que a decirlas no me atrevo.
FLORINDA. ¿Qué son?
RICARDO. Mudanzas.
FLORINDA. ¿De quién?
RICARDO. Del tiempo.
FLORINDA. ¿Quién las alcanza?
RICARDO. Quien alcanzó mi esperanza.
FLORINDA. ¿Quién fué?
RICARDO. Quien robó mi bien.
FLORINDA. Aclárate más conmigo,
que tu desgracia recelo.
RICARDO. Quiérome aclarar, ¡ah, cielo,
de todo mi mal testigo!
¡Angelia! ¡Angelia!
FLORINDA. ¿Qué dices?
RICARDO. Que Angelia mi bien causó
y della mi mal nació.
FLORINDA. Tú mismo te contradices.
RICARDO. En efeto, Angelia es ida
tras Erbagio. ¡Ah, dura suerte,
cómo acercas a la muerte
una miserable vida!
¡Ah, traidor Erbagio!
FLORINDA. Calla,
que tú la culpa tuviste.
RICARDO. Yo callaré, mas ¡ay, triste,
qué mal el daño se calla!
FLORINDA. Ricardo, ya la fortuna
me dejó del lazo suelta,
y agora ha dado la vuelta
en otro que me importuna.
Un tiempo te aborrecí
y a Erbagio quise, y agora
a Erbagio aborrezco y mora
el alma que él tuvo en ti.
Tuya soy, Ricardo mío.
RICARDO. ¿Qué dices?
FLORINDA. Que tuya soy
y que por tu causa estoy
abrasada en hielo frío.
Vuelve a quererme, mi bien,
pues Angelia de ti huye
y por Erbagio atribuye
a gloria cualquier desdén.
RICARDO. No puedes, Florinda, dar
remedio al mal que padezco,
porque si a Angelia aborrezco
a nadie es posible amar;
que primero el sol dará
de noche la luz al día,
y primero el alma mía
finita y mortal será,
y primero tú verás
lo que es imposible ver,
y primero has de tener
lo que jamás no tendrás,
y primero desde el suelo
verás lo que el cielo encierra,
y en el centro de la tierra
verás el noveno cielo,
y primero llanto eterno
el que descanso tendrá,
y al que pena dejará
de atormentar el infierno,
que yo te quiera, y primero
no será cierta la muerte
y lo flaco será fuerte,
que olvide aquella que quiero.
FLORINDA. Bien encareces, traidor,
mi olvido y tu amor. Escucha,
que si tu afición es mucha
también es mucho mi amor.
Y pues soy aborrecida,
al cielo daré mil voces;
yo haré que no la goces,
aunque me cueste la vida.
Ningún temor me acobarda,
y pues de Angelia te acuerdas,
yo haré, traidor, que la pierdas.

(*Vase* FLORINDA.)

RICARDO. Aguarda, Florinda, aguarda.
Desesperada se va,
y temo no me levante
alguna traición que espante
a quien de mí la creerá;
que es mujer y va ofendida,
y quizá en mi daño piensa

satisfación de la ofensa
de ser de mí aborrecida.

(*Sale el* Rey *medio vestido, y* Alberto *con él, y otras gentes.*)

Rey.

¡Oh sueño aborrecible y temerario!
Tenedme, amigos, que sin seso quedo
por mi enemigo y capital contrario.

Alberto.

¿Qué es esto, Rey? Sosiégate.

Rey.

No puedo;
que ya la muerte contra mí dispara
en triste flecha original del miedo.

Alberto.

Si más tu majestad no se declara,
todos ignoran la ocasión que turba
el natural color de aquesa cara.

Rey.

Una mujer es, ¡triste!, quien perturba
mi paz y mi sosiego y quien intenta
hacer lo mismo en la plebeya turba

Ricardo.

Pues ¿qué te ha sucedido? Danos cuenta
de tu pena, señor, por que se aplique
remedio al daño que tu pena aumenta.

Rey.

La fama pregonera comunique
con vosotros mi mal, y todo el mundo
mi fiero extremo y mi dolor publique.
Sabed, amigos, que mi daño fundo,
¡ah, cielo!

Ricardo.

¿En qué le fundas?

Rey.

Escuchadme,
y escúchenme los cielos y el profundo.
Mas antes que lo diga, amigo, dadme
la muerte y no se sepa un torpe hecho.
Matadme, amigos, ¿qué hacéis?, matadme.

Alberto.

Sosiega, Rey, el alterado pecho:
dinos la causa que te aflige tanto,
quizá te dejaremos satisfecho.

Rey.

Pues ya que el cielo, o mi confuso llanto,
os incita a saberlo todo, os pido
que estéis cual suele el áspid al encanto,
porque tan noble y principal sentido
no participe de escuchar un caso,
el más abominable que habrá oído.

Ricardo.

Ya de paciencia el término traspaso;
no nos tengas confusos, señor, dilo,
que estoy, cual hoja, tremolando el paso.

Rey.

Y yo, formando de mi pecho un Nilo
por ver que desde anoche, anoche triste,
yo propio con mi infamia me aniquilo.
Tuve en la cama...

Alberto.

Di lo que tuviste.

Rey.

La causa que [me] pone en tal estrecho,
por quien el alma de dolor se viste.
Al fin, cuando se rinde el flaco pecho
al dulce sueño, me acosté en la cama.
¡Fuera, pluguiera a Dios, pedazos hecho
por no sentir el fuego de esta llama!
En fin, apenas di tributo al sueño,
cuando sentí abrazarme de una dama.
Sólo en contarlo mi palabra empeño,
que paso más que muerte al fin ha sido.
Con ella estaba, cuando luego sueño
que estaba mi pecho de amor herido,
que la abrazaba, que la daba abrazos,
de amoroso regalo enternecido;
que la abrazaba con estrechos lazos
el blanco cuello, que cortara agora
del cuerpo, que hiciera mil pedazos;
que la estaba diciendo: "Mi señora,
por ti muero; tú me das la muerte,
pues muere por gozarte quien te adora."
Y que ella se hacía constante y fuerte
por no venir a conceder mi ruego.
¡Oh triste trueco de mi triste suerte!
¿Qué rayo abaja publicando fuego?
¿Qué tempestad el fiero mar levanta
que iguale a mi mortal desasosiego?
¿Yo con mujer conformidad, y tanta,
que en una cama nos juntase el cielo?
¿A quién no espanta lo que a mí me espanta?
¿Cómo es posible que me sufre el suelo
y no me traga? ¡Ábrase la tierra
y trague un Rey precipitado a duelo!
¿Qué es esto, cielo, que mi pecho encierra
memoria de mujer, que a mujer nombro,
que una mujer me haga tanta guerra?

¿Soy yo quien viendo una mujer me asombro,
y no soy quien gusta de buscalla
y quien para que pase el suelo al hombro?
¡Oh, Rey, el más infame que se halla!
Dejadme, que reviento de coraje;
reviento, digo, o tengo de matalla.
¿Tengo de consentir que tanto ultraje
me haga una mujer?

ALBERTO.

Aguarda un poco,
que no dice esta furia con tu traje.

REY.

Estoy a pique de tornarme loco,
y ver que una mujer la causa sea
hace que toque en el furor que toco.
Sólo venganza el corazón desea,
y por vengarme de mujeres muero,
que soy quien en su daño el tiempo emplea.
Mil veces por momento desespero,
mil veces doy lugar al pensamiento
de quien la fiera ejecución espero.
Mil veces ciego de furor reviento
por vengarme de aquestas mujercillas,
y dos mil en su daño la edad cuento.
No siento tanto las reales sillas
verlas a pies de mi enemigo puestas
como esas amorosas pasioncillas.
No las nuevas, confusas y molestas
de haber sorbido el mar toda mi armada
me aflige, así cual amorosas fiestas.
Que un sueño, que una sombra alborotada,
por ser de una mujer, me aflija tanto,
y que dellas mi Corte esté poblada!
¿Qué es esto, cielo soberano y santo?
¿Queréis con sueños acabar el cetro
que a un Rey sublima y favorece tanto?

RICARDO. Señor, el sueño no es cierto,
sino vana fantasía.
REY. Cierta fué la pena mía,
pues me dejó casi muerto.
Temo tanto su crueldad,
que aun la imagen suya temo.
Temo el fuego en que me quemo
por ser sombra de verdad.

(*Sale* FLORINDA.)

FLORINDA. Yo haré a Ricardo agora
que se arrepienta su pecho
de lo que conmigo ha hecho.
ALBERTO. ¿Qué es lo que queréis, señora?
FLORINDA. Al Rey quiero hablar, señor.
REY. Quitalda presto de ahí
o llevadme a mí de aquí,
que aumenta más mi dolor.
Mi triste muerte es ya cierta.
FLORINDA. Señor...
REY. Sacalda allá fuera.
FLORINDA. Escucha.
REY. ¡Matalda, muera!
FLORINDA. No es razón.
REY. Abrid la puerta.
Dejadme salir. ¿Qué es esto?
Arrojaréme de aquí.
¿Cómo delante de mí
habla mujer?
ALBERTO. Idos presto.
FLORINDA. Ya me voy. Óyeme, Rey.
REY. Vaya fuera, que me ofende,
y darme la muerte entiende
contra justicia y sin ley.
FLORINDA. Ya me voy.
ALBERTO. Salíos, pues.
FLORINDA. Mira que Ricardo...
REY. Calla,
no hables. ¿Queréis sacalla?
ALBERTO. Señora, moved los pies.

(*Vase* FLORINDA.)

RICARDO. Alguna traición traía
Florinda con que engañarte.
REY. ¡Cielo, acaba de cansarte
de ofender la vida mía!
¡Ah, mujeres! ¡Quién pudiera
todas juntas acabaros,
que por el gusto de daros
muerte, mil muertes sufriera!

(*Torna a salir* FLORINDA.)

FLORINDA. Rey, Ricardo te levanta
un bien falso testimonio.
REY. Quitadme aquese demonio,
que con su vista me espanta.
Porteros, ¿adónde estáis?
PORTERO. Por fuerza se entró, señor.
REY. Vos me pagaréis, traidor,
la pena que me causáis.
Seguidme, que ya no puedo
resistir su vista amarga.

(*Vanse el* REY *y* ALBERTO *y su gente.*)

FLORINDA. Ricardo, mi pena alarga;
quita de la muerte el miedo.
RICARDO. Traidora, [¿qué] imaginabas
decir al Rey de Ricardo?...

FLORINDA. Aún decir al Rey aguardo
lo que en palacio intentabas.
RICARDO. ¿Qué intenté en palacio yo?
FLORINDA. ¿Matar al Rey no intentaste
cuando el veneno le echaste?
¡Malhaya quien te encubrió,
que fuí yo, pues que tan mal
me pagas lo que allí hice,
pues que tu traición deshice
con otra traición igual!
RICARDO. ¿Hay maldad que a aquésta iguale?
¿Yo intenté jamás tal hecho?
FLORINDA. Con el Rey valdrá este pecho
ya que contigo no vale.
Quédate, traidor, que aguardo
que has de venir a rogarme.

(*Vase* FLORINDA.)

RICARDO. Florinda puede matarme
si en poner remedio tardo,
porque habrá cosa de un mes
que el Rey en cierta bebida
halló su muerte escondida,
que ahora la mía es.
Cierto veneno le echaron,
no se supo quién lo echó,
si agora dicen que yo
los que el veneno hallaron,
el Rey creerá que es ansí,
y más si Florinda jura,
que jurará, quien procura
vengarse en esto de mí.
Pues no hay cosa que me importe
más que partirme a la guerra
y ausentarme de esta tierra,
dejando el palacio y corte.
Amor me da la ocasión
que más el alma desea
para que a mi Angelia vea
huyendo de la prisión.
Ella tras Erbagio fué,
ahora voy yo tras ella,
que con la luz de mi estrella
a tiento la hallaré.

(*Vase, y sale* ERBAGIO *marchando con su gente.*)

ERBAGIO. Soldados: ya la ciudad
sus chapiteles descubre,
y el valor que en ella encubre
verifica su bondad.
Mañana en ella entraremos
aunque pese a quien la rige.
Largo es el plazo que dije.
SOLDADO. Por ser tarde, aguardaremos.
ERBAGIO. Idos, y dejadme solo,
y volved de aquí sin falta
cuando ya la luz nos falta
por el ausencia de Apolo.

(*Vanse los* SOLDADOS, *y queda* ERBAGIO *solo.*)

Amor, ¿qué pasos son éstos?
¿Qué vida es ésta importuna?
¿Tiene acaso la fortuna
mis pies en su rueda puestos?
¿Tiénesme acaso en el cielo,
o en el hondo del abismo?
Mas ¿quién mejor que yo mismo
puede juzgar de mi duelo?
¿Vivo acaso, o muero yo?
Sí muero, y vivo penando,
pues muerto estoy aguardando
vida de quien me mató.
¡Ay, Angelia! ¿Qué recelos
en tu pecho se engendraron
que la vida me quitaron,
pues fueron muerte tus celos?
De Florinda los tuviste.
¡Mal fuego a Florinda abrase
y a mí cuando te dejase
por la ocasión que dijiste!

(*Salen* ANGELIA *y* FABRICIO.)

ERBAGIO. Gente parece que suena.
ANGELIA. Señor, esté norabuena.
ERBAGIO. Y en ella vengáis, rapaz.
ANGELIA. ¡Qué buen principio de paz!
FABRICIO. Será principio de pena.
ERBAGIO. ¿Qué buscáis o qué queréis?
ANGELIA. Busco un hombre de mi tierra,
si acaso le conocéis,
que diz que vino a la guerra.
ERBAGIO. Mala información traéis.
¿Cómo se llama ese hombre?
ANGELIA. Un hombre es que sabe mucho.
ERBAGIO. ¿Cómo se llama?
ANGELIA. Perucho,
¿acuérdaste tú del nombre?
FABRICIO. ¿Yo? No por cierto; ¿de qué?
ANGELIA. Pues yo tampoco me acuerdo.
Pero las señas diré,
y pues por señas le pierdo,
por señas le hallaré.
Tiene de verde el vestido:
pero ya le habrá rompido,
que yo a romperle empecé.

Vístese de poca fe
y trae la capa de olvido.

ERBAGIO. ¿Cómo? ¿Qué color es ésa?
ANGELIA. La que mi gusto interrompe
y pésame.
ERBAGIO. ¿De qué os pesa?
ANGELIA. De que la color no rompe
que dejó en mi alma impresa.
ERBAGIO. No os entiendo.
ANGELIA. Ni tampoco
entenderéis que estoy loco
y no me dejo entender.
Hablo por una mujer
que él dejó y estimó en poco.
ERBAGIO. Pues decidme, si os lo enseño,
¿conoceréisle?
ANGELIA. Por Dios (1),
que me parece, o lo sueño,
que casi parece a vos;
pero no, que es más pequeño.
ERBAGIO. ¿Tanto me parezco a él?
Mira, si acaso soy él,
que podría, por ventura.
ANGELIA. No, que no tiene él postura
de ser tan malo y cruel.
ERBAGIO. ¿Tan malo ha sido? ¿Qué ha hecho?
ANGELIA. Deja una dama con queja
y huye de su provecho,
y aunque la olvida y la deja,
ella le tiene en su pecho.
Por él deja su quietud;
por él huye la virtud,
y, en fin, por él se fatiga.
¿Qué mayor desgracia, diga?
¿Qué mayor ingratitud?
ERBAGIO. No llores, por Dios, que haces
que yo me acuerde de cosas...
ANGELIA. Si esas cosas fueran paces,
a las palabras llorosas
que escuchas a los rapaces,
mi tormento y padecer
se convirtiera en placer.
ERBAGIO. No entiendo tu desvarío,
que aplicas al dolor mío
memorias de otra mujer.
Ven acá; que yo me asombre
es razón de oírte hablar.
Sin saber señas ni el nombre,
di: ¿cómo piensas hallar
entre tantos ese hombre?

(1) El original dice "Por nosotros"; error evidente.

Dime a mí lo que le quieres,
y está seguro después
de lo que aquí me dijeres.
Quizá por lo que le quieres
descubriré yo quién es.
FABRICIO. Pues el principal indicio
es que la dama me dió
un papel.
ANGELIA. Calla, Fabricio.
ERBAGIO. ¿Traéis carta?
FABRICIO. Sí.
ERBAGIO. Hablara yo
para el día del juïcio.
Muestra, que en ella dirá
de quién viene o a quién va,
que siempre en el sobrescrito
va a quien va la carta escrito.
FABRICIO. Y en aquésta lo dirá.

(*Toma la carta.*)

ERBAGIO. "Para Erbagio, capitán."
A mí vienen, rapacito,
las letras que en ella están.
ANGELIA. ¡Ah, señor mozo, pasito!
ERBAGIO. Erbagio, señor galán.
Espántome que un mancebo
hable tan tosco.
ANGELIA. Soy nuevo
en hablar de cortesía,
y turba la lengua mía
la pesadumbre que llevo.
Nunca andaba en las callejas
de la corte, do los nobles
hacen las casas con rejas,
sino entre encinas y robles
guardando cabras y ovejas.
ERBAG. (*lee*). "La que te adora y te quiere (1)
y en tu ausencia pena y muere
y espera que amor te rinda
por que la quieras, *Florinda*."—
Pues, hasta la muerte espere.—
"Bien sé que a mí me aborreces
por Angelia; ella te olvida
por Ricardo, y tú padeces
por quien te quita la vida
y la quitará mil veces.
Pues avísote que está
con Ricardo envuelta ya,
y tú por ella interrompes..."—
¡Ah, cielo!

(1) En el original faltan la acotación y el nombre de ERBAGIO; pero es evidente que es él quien habla y lee la carta.

FABRICIO. ¿Por qué la rompes?
¿Qué ocasión la carta da?
ERBAGIO. Quisiera cortar los brazos
que trujeron tal papel.
ANGELIA. ¿Por qué la has hecho pedazos?
ERBAGIO. Porque aquí me pinta en él
unos amorosos lazos,
y quien los pinta me asombra.
Mas porque a mi Angelia nombra,
pedazos, quiero guardaros
y con el alma juntaros
porque viva a vuestra sombra.
Ya que el cuerpo ver no espero,
veré a lo menos el nombre
de la ingrata por quien muero.
Quiero besaros en nombre
de aquella que adoro y quiero.
ANGELIA. Pardiez, que agora en él caigo,
y que otra carta le traigo;
mas no ha de ser tan cruel
que despedace el papel
que yo con el alma arraigo.
ERBAGIO. Muestra, veré cúyo es.
ANGELIA. A su voluntad me postro;
mas temo el verla después...
ERBAGIO. Concerásme en el rostro
si me es de algún interés.
"La que de tu ausencia harta,
porque amor della reparta,
vive, sin el alma suya,
Angelia, cautiva tuya."—
¡De mi Angelia es esta carta!
¡Oh nombre, oh papel, oh firma,
oh pluma dichosa, oh letra,
oh tinta donde se afirma
nombre que al alma penetra
y en gracia suya confirma!
Mil veces te veo y pido
perdón de haberte ofendido.—
Si ansí tu afición se gana,
pues hoy resucita ufana
un alma muerta en tu olvido (1),
dime que en su mano estuvo
aqueste papel.
ANGELIA. Sí estuvo,
pues su mano me le dió.
ERBAGIO. Pues porque ella le tocó
hasta mi boca le subo.
(*Carta.*)
"Mi afición pide que escriba,
tu olvido a callar me obliga;
no sé qué remedio siga
en batalla tan esquiva.
Pero al fin, el afición
vence, y digo que te acuerdes
de aquellos colores verdes,
principio de mi prisión.
Bien sé que en ausencia estás
de todo lo que ha pasado,
tan ajeno y descuidado,
que aún memoria no tendrás
de la pena que padezco,
pues a eso sé que empleo
en ti todo mi deseo,
pues por ti a morir me ofrezco.
Tuya soy, tuya he de ser.
Si por Florinda me olvidas,
quedarán por ti dos vidas
sujetas a una mujer,
y está seguro, mi bien,
que eres de mí tan querido,
que jamás entrará olvido
do tus memorias estén.
Bien puede el cielo acabarme
y la fortuna importuna;
mas el cielo y la fortuna
no podrán de ti apartarme.
El que aquésta lleva agora
no le tratéis cual villano,
porque es de leche mi hermano,
hijo de una labradora.
Regálese como a mí,
que lo que por él se hiciere
lo recibo yo si fuere
hecho por amor de mí."
¿Que tú eres su hermano?
ANGELIA. Digo
que soy su hermano y amigo,
y aun tan cercano lo soy,
que dondequiera que estoy
vive en mi pecho conmigo.
Yo soy ella y ella es yo;
por eso no me deseche,
ya que por mí la buscó,
que mamamos una leche
y un padre nos engendró.
ERBAGIO. Buena necedad, por Dios;
mas ¿qué leche os toca a vos
si de un padre os engendrastes?
ANGELIA. ¿Luego a malicia lo echastes?
Yo llamo mi padre a Dios.
ERBAGIO. ¡Bien, por Dios! Bien nos hablastes.
¡Gran ciencia en tu pecho mora!
mas cuando a Angelia dejaste,

(1) Sobra el "tu".

dime, amigo, dime agora
lo que con ella pasaste.

ANGELIA. Yo la dije que me diese
quien conmigo acá viniese
porque el camino no errase,
o al menos que me enseñase
porque yo no me perdiese,
y ella respondió: "Imagino
que con las lágrimas suyas
dejó regado el camino,
por donde las plantas tuyas
sigan el rastro divino.
Sigue el rastro, no te ciegue
el sol, ni el andar te niegue,
ni el agua te ponga espanto;
puede mi bien llorar tanto,
que todo un camino riegue."
Yo por el camino vengo,
pero lágrimas no hallo,
y en buscallas me entretengo.

ERBAGIO. Calla, amigo.

ANGELIA. Ya yo callo,
aunque ocasión de hablar tengo.

ERBAGIO. Yo he de callar mi cuidado.

ANGELIA. A fe, dígame, ¿ha llorado?
Que no se le ve en los ojos.

ERBAGIO. Encúbrenlo los despojos
que dellos a Angelia he dado.

ANGELIA. ¿Cómo? ¿Qué despojos son?

ERBAGIO. Los que me tienen ya muerto;
los que brota mi pasión:
unas lágrimas que vierto
salidas del corazón.

ANGELIA. ¿Luego verdad viene a ser
lo que Angelia dió a entender,
que dejó, cuando acá vino,
regado todo el camino
para acertar a volver?

ERBAGIO. Las lágrimas, como tales,
van a salir; pero luego,
por atajar sus raudales,
sube de mi pecho el fuego
que seca los lagrimales.
Y ansí, por esta ocasión,
aunque es mucha mi pasión,
no se echa de ver mi llanto,
¡porque ya he llorado tanto
que está seco el corazón!

ANGELIA. ¡Ay, qué lástima! No llore,
que se secará en dos días.

ERBAGIO. Cuando yo en tu hermana more
¿quitarán las ansias mías
que con el alma la adore?
Ahora bien; vente conmigo.
¿Cómo te llamas, amigo?

ANGELIA. Señor, yo me llamo Antón.

ERBAGIO. Pues, Antón, de mi pasión
seréis de vista testigo.
Antón, en esta cercana
villa quiero que os quedéis,
en casa de una aldeana,
de quien servido seréis.
Por tener tan buena hermana,
este es el medio mejor.

ANGELIA. Con él tengo de ir, señor,
si a mi hermana se sujeta,
para paje de jineta
o por mozo de atambor.
Que suelen muchos guzmanes
venir niños a la guerra
por sólo verse galanes,
y luego van a su tierra
sargentos o capitanes.
Yo quiero volver galán
do mis parientes están,
y aun ser capitán podría,
porque siempre el alma mía
va aspirando a un capitán.

ERBAGIO. ¿Quedaráste aquí, sin duda?

ANGELIA. Iré contigo sin falta.

ERBAGIO. ¿No ves que en la tierra cruda
muchas veces el pan falta?

ANGELIA. Sustentaráme tu ayuda.

ERBAGIO. No podrá mi corazón
sufrir que duermas, Antón,
sobre los duros terrones,
y yo con blandos jergones
cercado de pabellón.

ANGELIA. Pues, señor, si el interés
de dejarme en tal jornada
haber pocas camas es,
no se le dé deso nada
que yo dormiré a tus pies.

ERBAGIO. ¿A mis pies?

ANGELIA. A sus pies dél.
Limpio estoy como un papel.
Y aun más de dos veces, digo,
quisiera él dormir conmigo
y yo no quise con él;
y aun me daba el almohada,
mas ya me niega los pies.

ERBAGIO. Tu conversación me agrada.

ANGELIA. Tiempo ha de llegarse, pues,
que busque lo que le enfada.

ERBAGIO. Ven conmigo, sígueme.

ANGELIA. Camine, que sí haré.

ERBAGIO. No te pierdas.
AÑGELIA. Si me pierdo
será porque dél me acuerdo,
y por él me perderé.

(*Vanse, y salen* ALBERTO *y* AURELIO.)

AURELIO. ¿Estás en el caso, Alberto?
ALBERTO. Sí, porque es traza escogida.
AURELIO. Pues en aqueste concierto
está quedar yo con vida
y Erbagio a mis manos muerto.
Dirás que Erbagio le trata
muerte, que Erbagio le mata,
y que Erbagio le es traidor
confiado en el favor
en que su culpa recata.
No te turbe ni te altere
la temeridad del hecho,
que si Erbagio una vez muere,
de la fortuna sospecho
hará lo que le pidiere.
ALBERTO. Sin darle muerte quisiera
que tu gusto se hiciera.
AURELIO. Mira, que ya sale el Rey.
Rompe del temor la ley
que el corazón tuyo altera.

(*Sale el* REY *con una carta en la mano, y* LUCANO, *su criado, con él.*)

REY.

Casamiento me pide, casamiento.
Primero parará en (1) el primer moble
el curso de su antiguo movimiento
que a tal sujete corazón tan noble,
y antes el arco del postrer tormento
se doble en mí que amor el suyo doble,
y antes que deste intento me demude
del cuerpo el alma a padecer se mude.

LUCANO.

No lo pide la Reina, mas los grandes,
que quieren Rey que los gobierne y rija;
y ya es razón, señor, que el pecho ablandes
y a la razón que tienen se corrija.
Ellos gustan, señor, que tú los mandes.

REY.

Y tú gustas también que yo me aflija,
pues que negocio semejante tratas
sabiendo que en tratarlo me maltratas.

¡Malhaya el hombre que a mujer sujeta
el libre corazón!, porque es un yugo
que no sólo el exento cuello aprieta
del que de amor la sujeción le plugo,
pero es del alma una pasión secreta;
juez secreto, público verdugo,
y la mujer que más al hombre adora
con poca causa lo que quiso llora.
Si dice que se muere, entonces vive;
si dice que te adora, te aborrece;
si llora, es por la gloria que recibe;
si ríe, es por la pena que padece;
si dice que te olvida, se apercibe
para quererte; finge que se ofrece
a darte vida cuando acaso mueres.
Tales son las cautelas de mujeres.

AURELIO.

Alberto, llega.

ALBERTO.

No me atrevo.

AURELIO.

Llega.

ALBERTO.

Espera un poco.

AURELIO.

¿Qué te turba?

ALBERTO.

El miedo.

AURELIO.

¿Qué miedo?

ALBERTO.

El que me ciega.

AURELIO.

¿Quién te ciega?

ALBERTO.

Aguarda, que yo llego; mas no puedo.

AURELIO.

Pues ¿quién lo niega?

ALBERTO.

La razón lo niega.
Aguarda, que yo voy; pero el enredo
me falta por trazar. ¿Qué diré, amigo?

AURELIO.

Lo que quisieres, y hazme a mí testigo.

ALBERTO.

Yo voy; agora voy; espera un poco.
Diré que Erbagio una traición ha hecho;
que tú la sabes.

---

(1) Sobra el "en" para el sentido, aunque no para el verso.

AURELIO.

En tu industria toco.

ALBERTO.

Ya no me atrevo, que recela el pecho.

AURELIO.

Medroso estás.

ALBERTO.

Y tú medroso y loco,

pues ya mi perdición por ti sospecho.

AURELIO.

Aparta, que yo voy; llega conmigo.

ALBERTO.

Llega tú solo y hazme a mí testigo.

AURELIO. Yo parto.
ALBERTO. ¿Qué estás dudando?
¡Oh, Rey! Dame aquesos pies.
REY. Ya yo lo estaba aguardando.
Levanta.
ALBERTO. Escúchame, pues.
AURELIO. Ya mi bien se va trazando.
ALBERTO. Rey supremo, ¿qué razón
mueve el fiero corazón...?
AURELIO. Bien mi negocio se entabla;
que el ánimo con que habla
hará verdad la traición.
REY. ¿Qué dices?
ALBERTO. Que sin justicia,
y esme el cielo buen testigo...
Pero de aquella malicia...
Ya voy turbado; ¿qué digo?...
Sólo venganza, codicia.—
Señor, no quiero cansarte,
Aurelio viene a hablarte.
AURELIO. ¿Qué dice aquel hombre?
ALBERTO. Digo
que él conoce un enemigo
que ha procurado matarte.
Este dirá todo el caso,
que yo, señor, no lo sé.
REY. Paso, Alberto; habla, paso.
AURELIO. ¡Ay, triste! ¿Qué le diré,
que el temor ataja el paso?
REY. Dime, Aurelio, ¿quién ha sido
el traidor tan atrevido
que a su Rey matar quería?
AURELIO. Sabrás, Rey, que estuvo un día
en tu palacio escondido
un hombre, con pensamiento
que diese la noche fría
lugar a su fiero intento.
Yo le encontré, que salía
de tu secreto aposento,
y como me conoció,
todo el rostro se cubrió
porque no le conociese,
bajó del palacio y fuése
sin que el rostro viese yo.
No le conocí; mas creo
que tengo de conocelle
por cierta traza y rodeo,
y, conocido, ponelle
por cebo de tu deseo.
REY. Pluguiese al cielo que ya
el que tras matarme va
estuviese en estos brazos
para hacelle pedazos
si por dicha vivo está.

(*Salen dos* SOLDADOS *con un* PRESO *y una* NIÑA.)

SOLD. 1.º Señor, aqueste soldado
una maldad intentaba
que te dejará espantado:
que aquesta niña forzaba.
REY. ¡Oh! ¿Lo hizo en despoblado?
SOLD. 2.º Sí, señor, los dos lo vimos
y por eso lo prendimos;
que a los gritos que dió ella
diciendo que era doncella,
desde el camino acudimos.
REY. Doncella, ¿es esto verdad?
NIÑA. Sí, señor; que yo llevaba
a vender a la ciudad
pan cocido, y éste andaba
tras manchar mi honestidad.
Haz que mi fama recobre,
que como pobreza sobre.
Iba, cual digo, a vender
pan para poder comer,
que soy de gente muy pobre.
Supo que venía yo
a la ciudad, y siguióme,
y tanto me persiguió,
que en medio el campo cogióme
y su voluntad cumplió.
REY. Ya tu lástima he escuchado;
no digas más, calla un poco.
Pero ven acá, soldado,
¿estabas, por dicha, loco,
o estabas endemoniado?
PRESO. Señor, ya yo cometí
el pecado, pero en ti
tengo de hallar favor.

Haz tú, Rey y señor,
en perdonármelo a mí.

REY. En fin, ¿la forzaste?

PRESO. Digo
que sí.

REY. Pues óyeme, amigo.
Porque a mujer ofendiste
no te castigo, que hiciste
muy bien, el cielo es testigo,
y así te perdono, pues
fué contra mujer tu pecho.
Soltalde.

PRESO. Dame esos pies.

REY. Pero porque con tu hecho
ánimo a muchos no des,
de una almena le colgad,
pues tuvo tal libertad
que en mujer puso los ojos;
y por señal y despojos
el corazón le sacad.
Y no te mato por ser
mucho el daño que hiciste,
que antes me hiciste placer,
sino porque te atreviste
a querer bien a mujer.

PRESO. Señor, mira que...

REY. Llevalde
y de una almena colgalde.
Y tú, niña, vete luego
si no quieres que en el fuego
te arroje.

NIÑA. ¡Qué buen alcalde!

(*Llevan al* PRESO.)

REY. Tú, Aurelio, saber procura
quién es el traidor infame
que darme la muerte cura,
porque luego se derrame
su sangre en la tierra dura.

(*Vase el* REY.)

ALBERTO. Aurelio, ¿qué es lo que has hecho?

AURELIO. ¿Qué quieres? Turbóme el pecho
el cogerme de repente.

ALBERTO. Eres poco suficiente
para tan soberbio hecho.

AURELIO. Pues óyeme. Ya has sentido
lo que al Rey acaso dije
del traidor que ha pretendido
darle muerte, y él se aflige
por no haberle conocido.
Este habemos de fingir
que es Erbagio, a quien sufrir
no puede el Rey, y su muerte
será cierta.

ALBERTO. Pues advierte
bien lo que has de decir.

AURELIO. No ha de ser agora el trago.
Tiempo mejor hallaremos
de dar a Erbagio su pago.
Pues vamos, Alberto.

ALBERTO. Entremos
a apercibir el estrago.

(*Vanse, y salen* ANGELIA *y* FABRICIO.)

ANGELIA. Fabricio, ¿qué te parece?

FABRICIO. Que merece Erbagio al justo
tu gusto.

ANGELIA. ¿Cómo mi gusto?
¿Por qué causa le merece?

FABRICIO. Porque te paga el amor,
aunque adeudarle procuras,
y sufre mil desventuras
esperando tu favor.
¿No notaste lo que hizo
cuando la carta le di?

ANGELIA. Todo, Fabricio, lo vi,
y mucho me satisfizo.

FABRICIO. Y después, cuando le diste
la tuya, ¿no le miraste
lleno de contento?

ANGELIA. Baste.

FABRICIO. Baste, pues, si tú lo viste.

ANGELIA. No sabes tú la traición
que Erbagio encierra en su pecho.
Otro Galalón se ha hecho,
no fué sólo un galardón.
Disimulemos, que importa
hasta ver en lo que para
una cautela tan clara
con que mi esperanza acorta.

(*Sale* ERBAGIO *hablando con un* SOLDADO.)

ERBAGIO. Idos delante, que yo
quiérome quedar atrás.

SOLDADO. Pues ¿solo te vas, señor?
Aguardarémoste.

ERBAGIO. No.
Idos delante de todos.—

(*Vanse.*)

Pues ¿en qué se entiende, Antón?

ANGELIA. En dar fuego al corazón
por muchos y varios modos.

ERBAGIO. ¿Halláisos bien en la guerra?
ANGELIA. Nunca la guerra me espanta,
porque no mide mi planta
en paz un palmo de tierra.
Dábanme en mi casa fuego
y continua batería;
mira en casa que no es mía
cómo esperaré sosiego.
ERBAGIO. Ya volveréis muy soldado
cuando a la tierra volváis.
ANGELIA. Si con la que voy me dais,
me volveré muy medrado.
ERBAGIO. Pues ¿qué quieres que te dé
un hombre que nada es suyo?
Todo lo que tengo es tuyo.
ANGELIA. Por cierto, muy bien se ve.
Ese papel me hallé hoy
junto a los pies de su cama;
mire si es de alguna dama,
y agradece a que lo doy.
ERBAGIO. De doña Juana. Bien puedes
romperle.
ANGELIA. ¿No importa nada?
Guarde la carta, y guardada
espere della mercedes;
pero yo lo escribiré
a mi tierra y a mi hermana
que tiene una doña Juana,
y aun quizá yo le diré...
¿Esto tenemos ahora?
Buen pago le dais, pardiez,
y es justo, porque otra vez
mire de quién se enamora.
ERBAGIO. Ven acá. Si ella me quiere,
¿qué tengo yo de hacer
más que no querer?
ANGELIA. Querer
a quien por su causa muere.
Mire, no me espanto yo
que levante el pensamiento
a nuevo entretenimiento.
ERBAGIO. ¿Que eso no te espanta?
ANGELIA. No.
ERBAGIO. Pues ¿qué te espanta?
ANGELIA. Negarme
lo que con los ojos veo,
sabiendo que es mi deseo
en su servicio ocuparme.
Y ansí, si aquí me promete
de no escribirlo a mi hermana,
con aquesa doña Juana
le serviré de alcahuete.
Venga acá, ¿quiere que lleve
a doña Juana un ringlón
o un recaudo suyo?
ERBAGIO. Antón,
no me atrevo.
ANGELIA. ¿No se atreve?
Pues ¿por qué yo callaré
si se recela de mí?
ERBAGIO. No me recelo de ti,
sino de mi propia fe.

(*Sale un* SOLDADO.)

SOLDADO. Señor, doña Juana viene
con un paje, de secreto,
y quiere hablarte.
ANGELIA. ¿En efeto,
licencia de hablarte tiene?
Entre, que la quiero ver.
Yo voy por ella.
ERBAGIO. Soldado,
dile que estoy ocupado
aquí con una mujer.
ANGELIA Nunca mayor necedad
ha dicho en toda su vida,
que es necedad conocida
una infalible verdad.—
Mas dime, ¿por qué razón
que doña Juana se fuese
mandaste?
ERBAGIO. Porque se viese
la fuerza de mi afición,
y porque me pareció
que mi Angelia me escuchaba
y que de mí se quejaba.
ANGELIA. Se queja en quejarme yo.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. Erbagio, dame un abrazo.
ERBAGIO. Mucho en dártele me tardo.
¿No eres Ricardo? ¡Oh, Ricardo!
RICARDO. Ya de mi bien llegó el plazo.
ERBAGIO. ¿Qué venida es ésta, amigo?
RICARDO. Sólo a visitarte y verte,
que el lazo amigable y fuerte
me trae a lo que te digo,
y también para apartarme
de una traición que sospecho
trazada en un cauto pecho
que muere por acabarme.
ERBAGIO. Escríbeme Angelia, amigo.
RICARDO. ¿Qué dices? Espera un poco.
¿Estás loco?
ERBAGIO. ¿Cómo loco?

RICARDO. Pues ¿no se vino contigo?
ERBAGIO. ¿Conmigo?
RICARDO. Contigo, pues.
ERBAGIO. ¿Qué dices?
RICARDO. Que tras ti vino.
ANGELIA. (¿Qué es esto, cielo divino?)
RICARDO. Tras ti se partió después.
Que vino tras ti fué fama;
mas, pues contigo no está,
cierto es que tras otro va.
ERBAGIO. ¿Qué fuego mi pecho inflama?
¿Búrlaste, o dices verdad?
RICARDO. La verdad pura he contado.
Digo que Angelia ha volado;
que no queda en la ciudad.
No hay que fiar en mujer,
pues Angelia te burló
y a mí también me dejó.
ANGELIA. (Este ha de echarme a perder.)
ERBAGIO. ¿Qué es esto, tierra enemiga?
¿Tal maldad en ti se encierra?
Trágame a mí también, tierra,
porque halle en ti mi amiga.
Antón, ¿qué os parece a vos
de la fe de vuestra hermana?
¡Ah, injusta, falsa, liviana!
ANGELIA. (No sé qué diga, por Dios.)
ERBAGIO. Bien pagas, Angelia, bien,
lo que por ti padecí.
Véngueme el cielo de ti,
que no le pido otro bien.
Dime, Angelia, ¿qué hiciste
que por otro me dejaste,
que por otro me olvidaste
y que con otro te fuiste?
¿No bastaba, di, cruel,
que por otro me dejases,
sino que a tanto pasases
que te salieses con él?
¿Merecíte aqueste trago?
¿Has visto en mi fe mudanza?
¿Es ésta buena esperanza?
¿Es aquéste justo pago?
¿Es éste buen galardón
al cabo de tantos días?
¿O acaso, Angelia, te fías
de que te tengo afición?
En esto debes fiarte.
Pues, Angelia ingrata, advierte
que como supe quererte
sabré también olvidarte.
Que ya las muchas querellas
que de mi pecho han salido
han en hielo convertido
las encendidas centellas.
ANGELIA. Mire que podría ser
mentira lo que éste afirma.
ERBAGIO. Sí; pero el caso confirma
el ser Angelia mujer.
¡Oh, más mudable que el viento,
más que algún monte inmovible,
más que el mar fiera y terrible,
más fácil que el pensamiento,
más revolvible y más queda
que la tierra y la fortuna,
más grata y más importuna
que la volvedora rueda!
Mas ¿qué es esto? Enciéndase
el hielo que el alma enfría.
Abrázame, Angelia mía.
ANGELIA. Mas, arre allá, téngase.
ERBAGIO. ¿No eres tú mi Angelia?
ANGELIA. No.
ERBAGIO. Pues ¿dónde mi Angelia está?
¿Tras quién mi Angelia se va?
¿Quién la lleva?
ANGELIA. ¡Qué sé yo!
ERBAGIO. Angelia, ¿no soy tu amigo?
Angelia, ¿huyes de mí?
ANGELIA. Fabricio, ayúdame aquí,
que quiere cerrar conmigo.
Lleve el diablo quien le hizo.
¿Piensa que soy yo mujer?
ERBAGIO. ¡Cielo! Angelia ha de volver
a hacer lo que deshizo.
Pero ya mi furia aplaco.
Mi Angelia, aguárdame un poco.
ANGELIA. Este está borracho o loco,
o lo hace de bellaco.
RICARDO. Erbagio, ¿qué es lo que haces?
¿Quién del seso te desvía?
ERBAGIO. Aguárdame, Angelia mía,
que quiero que hagamos paces.
ANGELIA. (Ya ha dado en que Angelia soy.)
ERBAGIO. Mira que muero por ti.
ANGELIA. (El ha de pegar en mí
si mucho con él estoy.)
Mire que me llamo Antón.
RICARDO. Ya con su Angelia se ofusca.
ANGELIA. Téngale, que este hombre busca
como nos hagan carbón.
ERBAGIO. ¡Mi Angelia! ¡Mi Angelia!
ANGELIA. Calle,
que no soy Angelia.
ERBAGIO. ¡Oh, cielo!
¡Oh, mi gloria! ¡Oh, mi consuelo!

ANGELIA. (Lo mejor será dejalle.)
Fabricio, vente tras mí.
Guarda no pegue contigo.
FABRICIO. Tus ligeros pasos sigo.

(*Vanse.*)

RICARDO. Hola, Erbagio, vuelve en ti.
ERBAGIO. Déjame seguir mi estrella,
pues della la vida aguardo.
Déjame luego, Ricardo,
si no quieres tú ser ella.

(*Vase.*)

RICARDO. ¡Guarda afuera, hermano, vete!
No quiero que se le antoje
que soy su Angelia y se arroje
a lo que el furor promete.
¡Ay, Angelia! ¿Tras quién fuiste
que con Erbagio no estás?
¿Tras quién, enemiga, vas?
¿Por quién y quién te perdiste?
Pero ya poco aprovecha
buscarte, pues en mi pecho
de tu mudanza sospecho
lo que ninguno sospecha.
Pero ¿tú no me dejaste?
¿Por qué he de guardarte fe?
Yo también te olvidaré,
pues también tú me olvidaste.

JORNADA TERCERA

(*Salen la* REINA *y el* GOBERNADOR.)

REINA. Tan imposible ha de ser
que yo reciba marido,
como dejar de haber sido
lo que una vez tuvo ser.
No se ligará esta mano
con la de varón jamás.
GOBERN. ¿Qué?, ¿aún perseveras y estás
en un intento tan vano?
Dime: ¿a qué razón te arrimas?
¿No ves que no es caso justo,
y que por seguir tu gusto
a todo un reino lastimas?
Tus tierras se van alzando
por ver que sin rey están,
y al rey Leonicio se dan,
que ya las viene allanando.
¿Quieres que aquí nos perdamos
y al enemigo aguardemos?
¿Quieres que en prisión entremos,
pues bien cerca de ella estamos?
Pues avísote, y advierte
que tu reino llama rey;
y pues sin justicia y ley
tú les procuras la muerte,
ellos se van levantando;
y el que te juró en la silla,
aquése hace cuadrilla
como cabeza de bando.
REINA. Piérdase toda mi tierra;
abrásese cual se abrasa,
y jamás dentro en mi casa
me falte sangrienta guerra.
Viva en paz o sin consuelo,
quede libre o tributaria,
sea parcial o contraria
de las gentes y del cielo,
que antes yo me entregaré
a la muerte más infame
que hombre su mujer me llame
ni yo el sí de serlo dé.

(*Sale* TORCATO, *viejo, desenvainada la espada, y mucha gente de labradores con él.*)

TORCATO.

Manda, señora, luego que se cierren
de la ciudad las principales puertas
antes de ver en tu palacio propio
cebada la cudicia del contrario.
Yo desde una atalaya he descubierto
las banderas, que el viento revolvía,
en la soberbia mano que las rige;
los atambores pregonando guerra,
publicando el furor de quien los sigue;
y el estrépito grande de la gente
al más valiente atemoriza y turba,
porque ya las fronteras han rompido
y en tus castillos sus banderas dejan,
ya como tierra propia de Leonicio.
Pues oye, Reina, y sigue mi plegaria,
que en nombre y voz de tus vasallos todos
te pido y ruego lo que tantas veces
los grandes de tu Corte te han pedido,
y es que te cases. Mira que ellos quedan
con sus tierras enteras. Que Leonicio
ni se las toma ni las mete a saco;
sólo les pide que se nombren suyos,
y ellos, viendo que tú no les concedes
lo que por tu provecho te suplican,
se dan al Rey en amistad y gracia.

Y el Rey sólo pretende de ti sola
venganza justa. Mira lo que haces.
No te arrepientas, Reina. Mira, advierte
que te procuran dar infame muerte.

REINA. Entre la gente atrevida.
Seguid vuestra voluntad,
pues aquesa libertad
os ha de costar la vida.

TORCATO. Reina, todos te pedimos
que nos ayudes y ampares,
y la miseria repares
de quien huyendo venimos.
Toda tu tierra destruye
el enemigo cruel,
y sólo se libra aquel
que antes de probarle huye.
De nuestras casas nos echan
y en ellas se quedan ellos;
asidos por los cabellos,
como a viles nos desechan (1).
Reina, un mar de sangre corre,
porque en furor tan prolijo
ni el padre socorre al hijo
ni el hijo al padre socorre.
Y si algunos quedan vivos,
van con apretados lazos,
cruzados los tristes brazos,
del enemigo cautivos.
Mira tú qué sentirá
ver la mujer al marido,
el padre al hijo querido,
que en tal cautiverio va.
Yo lo que me dicen, digo:
que te cases, y tendremos
paz, y que no nos veremos
sujetos al enemigo.

GOBERN. Esa es justísima ley.
Reina, no se la traspases.

REINA. ¿Qué me pedís?

TORCATO. Que te cases.
Que queremos tener Rey.

REINA. Ese atrevimiento loco,
locos, os ha de matar,
que ni me quiero casar
ni me casaré tampoco.
Mueran los hombres apriesa;
no con su muerte me asombres.
No me pesa de los hombres,
de las mujeres me pesa.

(1) Este pasaje está en contradicción con lo que se dijo antes en los versos de arte mayor, que quizá fueron interpolados.

Que si mi ciudad pudiera
sin los hombres ser ciudad,
tened por cierta verdad
que a todos la muerte diera.

GOBERN. Divina y humana ley
negará que a tal llegases.

REINA. ¿Qué me pedís?

TORCATO. Que te cases.
Que queremos tener Rey.

REINA. Salid de palacio luego,
que esa libertad liviana
antes que llegue a mañana
os ha de entregar al fuego.

TORCATO. Que te cases pediremos
hasta que la muerte venga.

REINA. Por mucho que se detenga
será presto.

TORCATO. Rey queremos.

REINA. ¿Qué atrevimiento les mueve
a descomponer el pecho?

GOBERN. Como ven que es tu provecho,
cada vasallo se atreve.

REINA. Atrévanse, pues si es justo,
bien hacen. Atrévanse,
que yo les contradiré,
hasta la muerte, su gusto.
Y cuando no pueda más
he de entregarme a la muerte,
porque ellos, de aquesta suerte,
no vivan libres jamás.

(*Vase.*)

GOBERN. ¡Oh maldito proceder!
¡Oh venenífero pecho!
Pero bien; basta ser hecho
y trazado por mujer.

(*Vanse, y sale* ANGELIA *huyendo de* RICARDO.)

ANGELIA. Váyase muy noramala
el caballero entonado.
¿Piensa que soy su criado
y con un mozo me iguala?
Pues si me descubro, a fe
que quizá...

RICARDO. Muestra esa mano.

ANGELIA. ¿El sabe que soy hermano
de Angelia?

RICARDO. Agora lo sé.

ANGELIA. ¿Agora lo sabe?

RICARDO. Sí,
y es porque tú le pareces.

ANGELIA. Pues más de quinientas veces
me ha visto con ella a mí.

Atrévese porque estoy
con aqueste sayo pardo,
pues si le quito, Ricardo,
conoceréisme quién soy.
¿No sabéis vos que el sayal
puede brocado encubrir?
¿No habéis oído decir
debajo el sayal hay ál?
Pues esto por mí se dijo,
que aunque me veis de este traje,
soy de más alto linaje
y de nobles padres hijo.
Y si este sayo vestí
es, aunque nadie lo entiende,
por ver si acaso se vende
una verde que perdí.
Y ya le he visto llegado
en manos del pregonero
hasta el remate postrero,
pero no se ha rematado,
y aguardo que se remate
para tener ocasión
de aprisionar al ladrón
sin que disculpa me trate.

RICARDO. Si aguardáis a que se venda,
no lo cobraréis después.

ANGELIA. Hoy cobraré, porque es
muy conocida la prenda.
No son todos como vos,
que por poco se perjuran
y lo que no saben juran,
con poco temor de Dios.

RICARDO. Acábate de aclarar.
¿Qué he jurado yo?

ANGELIA. Una fiera
maldad...

RICARDO. ¿Qué fué?

ANGELIA. Que estuviera
harto mejor por jurar.
Que mi hermana se había ido
con un hombre.

RICARDO. Pues ¿mentí?

ANGELIA. ¿Cómo si mentistes? Sí.
Mentistes, y muy mentido.
En este lugar está.
Tras Erbagio vino. Mira
cómo es notoria mentira
decir que con otro va.

RICARDO. ¿Cómo no la he visto yo
si, cual dices, con él vino?

ANGELIA. Porque llega de camino,
que aun ahora se apeó.
En este punto ha llegado,
y a mí, como a hermano suyo,
me halló primero.

RICARDO. Concluyo
con que yo he sido engañado.
Pero si yo no la veo
diré que mentís, Antón.

ANGELIA. Pues yo buscaré ocasión
que cumplas ese deseo.
Yo me voy y haré que venga
Angelia luego a hablarte.

RICARDO. Pues, Antón amigo, parte,
y haz que no se detenga.

ANGELIA. Tú puedes quedarte aquí,
y si Erbagio, a dicha, sale,
dile que se aguarde, y dale
las nuevas que yo te di.
Dile que Angelia ha venido
a buscalle. Que aventure
una hora, en la cual procure
cobrar el tiempo perdido.
Dile por cosa muy cierta
que Angelia vendrá, tan cierto,
como contigo concierto
o como Angelia concierta.
Yo me voy, que esperará
mi hermana donde paró.

RICARDO. Vete, amigo Antón, que yo
voy adonde Erbagio está.

(*Vase* RICARDO.)

ANGELIA. ¿Tú no me pusiste mal
con Erbagio, y le contaste
lo que de mí imaginaste,
no imaginando yo tal?
Pues yo haré que de ti
tome Erbagio tal sospecha,
que aquesta lazada estrecha
de amistad rompa por mí.
Y con esta enemistad,
si el breve tiempo me ayuda,
yo haré que ponga en duda
si le contaste verdad.
Amor, haz que quede salva;
la fortuna el clavo apriete;
la ocasión me dé el copete,
y no me vuelva la calva.

(*Vase, y sale* ERBAGIO *con la* REINA *presa, y su gente de* ERBAGIO.)

REINA. Si eres noble, Capitán,
soldado en tu proceder,
como al fin lo suelen ser
a quien esos cargos dan,

no mires que soy ni he sido
enemiga de los hombres,
ni de mi intento te asombres
si acaso le has entendido.
Soldados, no me tratéis
de esa suerte, que os infama
vuestro propio nombre y fama,
si en mí las manos ponéis.
Capitán, toma ese sello,
y mi palabra con él,
y prométote por él,
si es que puedo prometello,
de darte cuanto pidieres
por que así no me maltrates,
lo que con tu gusto trates,
que será lo que quisieres.
Pide, aunque mi reino pidas,
de mis tierras la mitad;
pídeme villa o ciudad,
y lo que pido no impidas;
pide[, que] aunque soy mujer,
cumpliré lo que prometo.

ERBAGIO. Reina, por tal te respeto,
que no te quiero ofender;
la merced que me prometes
recibo como soldado,
aunque harto me habrás dado
cuando a mi Rey te sujetes.
Soldados, la Reina reina
en la tierra donde estamos,
y pues su tierra pisamos,
respétese como a Reina.
Con la persona rëal
cumplo en llevarla en prisión,
que no tengo obligación
de tratar al preso mal.
Llevalda al alojamiento,
respetada de tal suerte,
que vuestro servicio acierte
a darla en todo contento.

REINA. ¡Oh, Capitán! No es posible
que eres hombre, ni este nombre
tienes, que si fueras hombre,
fueras más fiero y terrible.
El cielo te dé la paga
de tan justo beneficio.

(*Vanse la* REINA *y los* SOLDADOS.)

ERBAGIO. Y de mi justo servicio
a mi Angelia satisfaga.
Ya la guerra es concluída,
ya está ganada la tierra,
y empieza agora la guerra
que da combate a mi vida.
Bien, Angelia, me pagaste;
bien justa paga me diste;
porque mi fe conociste,
la tuya, incierta, mudaste;
que me tienes hecho a prueba
de tus fingidas caricias.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. ¡Oh, Capitán! Dame albricias.
Daréte una buena nueva.

ERBAGIO. ¿De qué, Ricardo?

RICARDO. Muy buena.

ERBAGIO. ¿Ya tu lengua se detiene?

RICARDO. Que Angelia a buscarte viene.

ERBAGIO. Eso me dobla la pena.
Fuése la ingrata con otro
y viene agora a buscarme;
quiere de nuevo entregarme
a los cordeles del potro.
¡Ingrata! ¿Qué te movió
a dejarme? ¿Es caso justo
que tú busques mi disgusto,
buscando tu gusto yo?
¿Con qué tu gusto se emplea
que no se espere otro tanto,
pues eres hecha del canto
con quien Sísifo pelea?
Estoy, Ricardo, por irme,
y no hablarla ni oírla.
¿Será bueno despedirla?
¿Bueno será despedirme?
¿Cuándo dijo que vendría?

RICARDO. Luego dijo.

ERBAGIO. Pues ya tarda.
que desespera el que aguarda
mil veces en solo un día.
Desespero, porque acaba
la paciencia el sufrimiento,
no por gozar del contento
que algún tiempo imaginaba.
¡Ay, Angelia!, que ya es tarde
para esperar yo sosiego;
que en mi pecho el vivo fuego
de tus sinrazones arde.

(*Sale* UN SOLDADO.)

SOLDADO. Señor, la Reina te llama
y tu tardanza condena.

ERBAGIO. El llamarme será arena
que da más fuerza a mi llama.
Yo voy, Ricardo, que es tarde.
Di a Angelia que en un momento

vuelvo, que en este aposento,
secreta, a que vuelva, aguarde;
que yo volveré en un vuelo.
Vamos, soldado, de aquí.

(*Vanse* ERBAGIO *y el* SOLDADO.)

RICARDO. Hoy puede tomar en mí
el olvidado consuelo.
Sólo el olvido consuela
al galán que quiere y ama;
si no le mira su dama,
que ya le olvida recela.
Si alguno ha sido querido
y agora le han olvidado,
sujeto está el que es amado
al fiero golpe de olvido.
¡Pero yo, que fuí galán
primero, que me sujete
mi hado a ser alcahuete
de Angelia y el Capitán!
A mí me deja la llave
de la que buscando voy.
¡Mal sabe el fuego en que estoy!
¡Mal mi pensamiento sabe!

(*Sale* ANGELIA *vestida de dama, como que sale hablando hacia adentro.*)

ANGELIA. Antón, aguárdame ahí
y apercibe lo que digo,
porque, si vienes conmigo,
conoceránme por ti.
Ricardo, ¿qué ha sido aquésto?

RICARDO. ¿Qué ha de ser, fiera enemiga,
sino que quieres que siga
tras tu proceder molesto?

ANGELIA. Luego ¿buscándome vienes?

RICARDO. A ti te busco, cruel,
porque de mi pecho fiel
tú sola la llave tienes.

ANGELIA. Ricardo, ya se pasó
el tiempo que tú me amaste;
en una cinta acabaste,
y en ella comencé yo.
Tienes brava condición,
no hay quien sufra tus antojos,
no quieres que alce los ojos
la dama de tu afición.
¿Acuérdaste de aquel día
que tomé la cinta verde?
Razón es que se te acuerde,
pues por ella el alma mía
te aborreció, porque hiciste
tantos extremos por ella,
que me espanto cómo en ella
este cuello me (1) envolviste.
Amigo, ya te ha pasado,
y a Erbagio guardo el decoro,
y en ausencia suya lloro
lo que en buscarle he tardado.
¿Dónde está mi Erbagio?

RICARDO. Espera.

ANGELIA. No puedo esperar. ¿Qué aguarda?
¿Cómo Erbagio en verme tarda?
¿Quiere que, sin verle, muera?
¡Buen cuidado tiene, a fe,
sabiendo que soy venida!
¡Yo he sido bien recibida,
pero yo me pagaré!

RICARDO. Erbagio está más contento
que yo sabré encarecer.
Ahora bien, ello ha de ser.
Señora, en este aposento,
dice que aguardéis un poco.

ANGELIA. Pues adentro voy, Ricardo;
dile al Capitán que aguardo.

(*Vase* ANGELIA.)

RICARDO. Sin duda alguna estoy loco,
pues de la razón me alejo;
pudiéndola bien gozar,
¿de quién me puedo quejar?
¡Vengarme, vengarme quiero!
Mas son pensamientos vanos;
que Angelia se ha de ofender
y Erbagio me ha de coger
con el hurto entre las manos.
Gran sinrazón imagino,
pero la ocasión convida.

(*Sale* ERBAGIO.)

ERBAGIO. Pues, Ricardo, ¿es ya venida?

RICARDO. Más ha de un hora que vino.
Entra, que te está esperando.

ERBAGIO. Yo voy; al momento vuelvo.

(*Vase.*)

RICARDO. En fuego y hielo me envuelvo,
confuso quedo y temblando.
¡Que, por quedar yo bien quisto,
tengo de pasar por tal!

(*Sale* FLORINDA.)

FLORINDA. Hoy dejo de ser mortal,
pues a mi Ricardo he visto.

---

(1) Así en el texto; pero parece debe decir "no envolviste".

¡Oh, mi Ricardo!
RICARDO. Enemiga,
¿dó vas?
FLORINDA. A buscarte vengo,
que el mucho amor que te tengo
a tal extremo me obliga.
RICARDO. En vano tu mal me cuentas.

(*Sale* ANGELIA *con el hábito de* ANTÓN, *huyendo de* ERBAGIO.)

ANGELIA. Hombre, tente; ¿estás borracho?
¿No ves que yo soy muchacho?
¿Qué es lo que hacer intentas?
El diablo me trujo aquí,
que en tal peligro me veo.
Verme ya libre deseo.
"Alma" me llamaba a mí.
¿Estaba borracho, diga?
ERBAGIO. Pues, Ricardo, ¿ansí me engañas?
¿Ansí tu hecho marañas?
¿Ansí mi amistad te obliga?
¿Eres Florinda?
FLORINDA. Yo soy,
Erbagio; dame esos brazos.
ERBAGIO. Para hacerte pedazos
te los daré, si los doy.
ANGELIA. (¿Qué es aquesto? ¿Estoy despierta?
¿Estoy en mí? ¿Duermo o velo?
¿No es ésta Florinda? ¡Ah, cielo,
y cómo mi muerte es cierta!
Mas quiero disimular
hasta ver en lo que para.)
ERBAGIO. Una traición que es tan clara
¿cómo la puedes negar?
RICARDO. Señor, con mis propios ojos
en tu aposento la vi;
yo propio en él la metí.
ERBAGIO. Da, Ricardo, a tus antojos
rienda, suéltales el freno,
despéñense en daño mío,
que pues de ti me confío
con mi boca me condeno.
ANGELIA. Pues ¿teniendo aquí mujer
me tiene a mí por su dama?
ERBAGIO. No mata aquésta la llama
en que yo me dejo arder.
Al fin, Ricardo, has trazado
una notoria traición.
ANGELIA. Este tiene el corazón
de traiciones engendrado.
Conózcole muy bien yo,
que nunca dice verdad;
como decir la maldad
que a mi hermana levantó.
Señor, no le crea cosa;
que es un traidor sin segundo,
y basta enredar un mundo
una lengua mentirosa.
Esta sí que supe yo
que se fué con un gitano,
y estuvo todo un verano
y al invierno se volvió,
y volvió cual digan dueñas,
con dos gitanicos chicos,
todo narices y picos,
harta, al fin, de saltar peñas.
FLORINDA. Hablad, villano, mejor.
que sois muy desvergonzado.
ANGELIA. Sí, porque habéis vos comprado
la vergüenza y el temor.
Y como es tan importante,
vale un ojo de la cara,
y vos la vendéis tan cara
que no se os vende un pesante.
Mas toda la habéis vendido,
que dije mal, porque creo,
según la poca en vos veo,
que se os debe haber perdido.
ERBAGIO. De ti, Ricardo, sospecho
que me has querido engañar,
pues has osado aprobar
la malicia de ese pecho.
Lo que de Angelia dijiste
mentira debió de ser,
sólo por darme a beber
la hiel que a beber me diste.
Ya no creeré tus verdades
cuando me cuentes verdad,
que quien hace una maldad
hará quinientas maldades.
RICARDO. Ven acá; ¿tú no dijiste
que estaba aquí Angelia, di?
ANGELIA. Si yo lo dije, mentí;
pero agora tú mentiste;
nunca yo te he dicho tal,
no me eches a mí la carga.
FLORINDA. Ricardo, mi pena amarga
ha de quedarse inmortal.
ERBAGIO. ¡Hola, Antón! Vente conmigo.
ANGELIA. Ya voy, señor.
ERBAGIO. Vente, pues.
ANGELIA. Mira, doncella al revés,
los dos tenéis ya castigo.
Nunca revolváis con puntos
a los amantes más flacos,
que hoy se llaman de bellacos

y mañana duermen juntos,
y quedan diciendo mal
de aquel que los revolvió.

(*Vanse* ERBAGIO *y* ANGELIA.)

FLORINDA. Bien la fortuna dejó
mi pena y mi culpa igual.

RICARDO. A un enredo como aquéste
bien a espantarme bastante.
¿Hay cautela semejante
que tanto a un alma le cueste?
¿Es verdad o son antojos?
¿Angelia no estaba aquí?
Con estos ojos la vi,
si no están ciegos los ojos.

FLORINDA. Ricardo, ¿quiéresme hablar?

RICARDO. Déjame, Florinda.

FLORINDA. Advierte
que vengo sólo por verte.

RICARDO. Ya no te puedo escuchar.

(*Vase* RICARDO.)

FLORINDA. ¿Así me dejas, traidor?
Traidor, ¿así me desechas
y a los pies ajenos echas
las lágrimas de tu amor?
Pues bien pude yo llegarte,
traidor, al último extremo;
pero tu peligro temo,
como soy principal parte;
pero si hallo ocasión,
Ricardo, tú me vendrás
a las manos, y tendrás
por regalo mi prisión.

(*Vase, y salen* ALBERTO *y* AURELIO.)

AURELIO. ¿Cuándo el Rey llegará acá?

ALBERTO. Esta noche llegará,
que ya ha mucho que partió,
y según de allá salió
entiendo que cerca está.

AURELIO. Alberto, Angelia ha venido,
según por cosa muy cierta
de personas he sabido,
o pública o encubierta,
tras aqueste fementido;
y agora es bien que tracemos
de qué suerte le armemos
que no se escape con vida,
y será traza escogida
lo que concertado habemos.

ALBERTO. No me has dicho a mí ninguna.

AURELIO. Pues será de aquesta suerte,
si nos ayuda fortuna,
a dar a un traidor la muerte.

ALBERTO. La tardanza me importuna.

AURELIO. Que, estando el Rey sosegado,
libre de cualquier cuidado,
hemos de buscar espacio
que Erbagio vaya a Palacio,
de la traición descuidado.
Los dos iremos con él,
y cuando al Rey llegue a hablar
abrazarémonos dél,
diciendo que le iba a dar
muerte afrentosa y cruel.
Y como el Rey vuelva luego,
y él esté turbado y ciego,
y porque mejor se haga,
yo le enseñaré la daga
y la sacaré del fuego,
ha de entender el Rey cierto
que Erbagio a matarle iba;
y teniendo esto por cierto,
le ha de poner en esquiva
prisión, donde quede muerto.

ALBERTO. ¡Plegue al cielo que suceda
como concertado queda
o cual de lengua se trata,
y que la fortuna ingrata
no dé la vuelta a su rueda!

AURELIO. Tente. ¡Qué grande contento
muestra la gente!

ALBERTO. ¿Si acaso
salen al recibimiento
del Rey? Salgamos al paso.

AURELIO. ¡No sé qué gran tropel siento!

ALBERTO. El Rey es: ¿no le conoces?

AURELIO. No; porque el polvo y las voces
que alza la gente por vello
no me dejan conocello.

ALBERTO. Con poco le desconoces.

(*Salen el* REY *y* ERBAGIO *y la* REINA, *presa.*)

ERBAGIO. Ves aquí, Rey, te sujeto
la Reina que me pediste
puesta en prisiones y aprieto;
dispón de ella y de este triste,
que obedecerte prometo.
Que pues ya te obedecí
cuando este cargo admití,
viendo lo que allí perdía,
sólo pide el alma mía
lo que entonces no pedí;
y es, pues que de mí apartaste
quien me daba gloria inmensa,

por paga quiero que baste
deste triunfo en recompensa
lo que entonces me negaste,
que fué darme cruda muerte,
para que, muriendo, acierte
a hallar mi cielo y [mi] gloria.

REY. Capitán: deja memoria
y trago tan triste y fuerte.
Ven acá, Reina enemiga,
que a favor puedes tener
que no te llame mujer,
sino que reina te diga.
¿Qué furia tu pecho mueve,
que se atreve contra mí?
¿Cómo una mujer ansí
con un hombre y Rey se atreve?

REINA. Reina soy para atreverme
contra un Rey, que ésa no es culpa
y el ser reina me disculpa
de la culpa de atreverme.
En lo que toca a ser hombre,
tanto a los hombres persigo,
que tú serás mi enemigo
por tener aquese nombre.

REY. ¡Hola! En prisión la llevad,
pues por mujer se confiesa;
vaya la enemiga presa,
sin esperar libertad.

REINA. Bien muestras el pecho injusto
de ser hombre en lo que haces,
pues cual hombre satisfaces
con los cautivos tu gusto.

REY. Vaya la enemiga; corre,
Capitán, vete con ella,
y manda luego ponella
en la más escura torre.

ERBAGIO. Injustamente la tratas,
si maltratarla pretendes;
injustamente la ofendes
y sin razón la maltratas.
Mira que al fin reina ha sido,
y que no hay razón ni ley
que trate a una reina un rey
como a esclavo conocido.

REY. Anda, Capitán.

ERBAGIO. Yo voy;
pero sin razón pretendes...

REY. Camina, que ya me ofendes.

ERBAGIO. Como yo de ti lo estoy.

(*Vanse* ERBAGIO *y la* REINA.)

AURELIO. Alberto, aguárdame aquí,
que ya se llega ocasión
de vengar mi corazón.

ALBERTO. Haré lo que prometí

REY. ¡Alberto!

ALBERTO. ¡Señor!

REY. Ordena
que de mujer importuna
no quede libre ninguna
que no se ponga en cadena.
Préndanse todas a hecho,
la más discreta y más bella,
la casada y la doncella,
y aun la que mamare el pechó.
No se use con mujer
sombra alguna de piedad;
mueran en cautividad,
como mueren por prender.

ALBERTO. Señor: mira que la tierra
agora está alborotada,
que aún no está bien sosegada
de la temerosa guerra.
Déjala agora unos días,
y luego podrás mejor
tratar de aquese rigor
que nunca de ti envías.

REY. Aunque es dilatar mi gloria
el dilatar su castigo,
Alberto, tu gusto sigo,
aunque jamás la memoria
apartaré de su muerte.

(*Salen* ERBAGIO *y* AURELIO.)

AURELIO. En fin, Erbagio, en llegando...
¡Oh, traidor!, ¿qué vas pensando?...
¡Guárdate, Rey!

REY. ¡Caso fuerte!

ALBERTO. ¡Tente, traidor! ¿Dónde vas?

AURELIO. ¿Qué es lo que hacer querías?
Señor, ¿de un traidor te fías?
Bien poco seguro estás.

REY. ¿Qué es esto, Aurelio? ¿Qué ha sido?

AURELIO. Erbagio, señor, que iba
a darte la muerte esquiva
con furor, bravo, atrevido.
Veis aquí, señor, la daga
que le quité de la mano.

ERBAGIO. ¿Qué dices, Aurelio hermano?
¿Así mi amistad se paga?
¿Yo quise hacer tal traición?
¿Yo imaginé tal maldad?
Amigos, decid verdad,
que adelgaza la razón.
No me condenéis sin culpa,
y si acaso culpa tengo,

a dar la disculpa vengo
que bastará por disculpa.

REY. Traidor, ¿qué disculpa tienes,
si procurabas matarme?
¿Qué disculpa puedes darme,
si a darme la muerte vienes?

ERBAGIO. Que no dicen tal, señor.
Amigos, ¿yo he dicho tal?

AURELIO. Sí, traidor; que este puñal
te publica por traidor.

ERBAGIO. ¿Esa daga saqué yo
para hacer lo que decís...?
Muy bien la traición urdís
que vuestro pecho tramó;
pero de vuestra injusticia,
ya que me dais este pago,
al cielo y la tierra hago
jüeces de esa malicia.
La tierra dará señal
de dos traidores que encierra,
que ha prometido la tierra
de no encubrir ningún mal.
El cielo ve cómo es cierto
vuestro cargo y mis descargos,
porque es el cielo otro Argos
que nada le es encubierto.
Y como todo lo sepa,
él hará que la verdad
se descubra, y tal maldad
en cielo ni en tierra quepa.
Bien sé que morir espero
y que la muerte me espera,
y sólo en cambio quisiera
saber por qué causa muero.

REY. Llevalde preso; concluya,
que me enfadan sus razones.

ERBAGIO. No te enfadan las traiciones
déstos, que el cielo destruya,
y enfádate mi inocencia.

REY. Anda, traidor, ¿qué te abonas?

ERBAGIO. Tú, como Rey, me aprisionas;
yo doy, cual siervo, obediencia.

REY. Justifica tu derecho,
que no te valdrá descargo;
que ya me parece largo
el plazo que di a tu pecho.
Y pues que se ofrece aquí
tan urgente la ocasión,
asombro de tu traición,
yo me vengaré de ti.

(*Vanse, y sale* RICARDO.)

RICARDO. Ya el cielo, sagrado y justo,
da remedio a mi pasión,
pues que me ofrece ocasión
para vengarme a mi gusto.
Erbagio va preso, y sólo
aguarda el Rey que responda
y a que en las aguas esconda
sus rayos el rojo Apolo
para entregarle el castigo.
Pues si su muerte se trata,
no es Angelia tan ingrata
que no se vuelva conmigo.
Muera Erbagio y viva yo
para gozar lo que él quiere,
que vivo si Erbagio muere,
y si él vive muero yo.

(*Sale* ANGELIA.)

ANGELIA. Traidores, iba llamando,
al Rey, Aurelio y Alberto,
diciendo: "Estaré, aunque muerto,
vuestra traición publicando."
Todo el enredo he sabido,
que Erbagio me lo ha contado,
que estuvo un rato parado
en hablarme entretenido.
A Angelia dice que avise,
que se duela de su mal,
y púsome en verle tal,
que ya descubrirme quise.
¡Oh, fortuna varïable,
que justo nombre te doy,
pues que por tu causa estoy
en punto tan miserable!
Apriesa volvió tu rueda
al tiempo del descenderme,
y agora para subirme (1)
la lleva despacio y queda;
y tan despacio, que sé
que mil siglos tardarás
en ponerme, según vas,
adonde yo puse el pie.

RICARDO. ¡Antón!

ANGELIA. ¡Ricardo!

RICARDO. ¿Qué es esto?
¿Con quién vienes ocupado?

ANGELIA. Con las mudanzas del hado,
que en tal extremo me han puesto,
que ya la muerte me sigue.

RICARDO. ¿Adónde los ojos subes?
¿Qué miras entre las nubes?

(1) Así en el original; pero Lope habrá escrito "ascenderme".

ANGELIA. La estrella que me persigue.
Miro al sol, miro a la luna,
que un punto jamás sosiegan:
corren, vuelan, y no llegan
a igualar con mi fortuna.
Dígame, señor, ¿no sabe
como mi amo va preso
por el mandamiento expreso
deste Rey, que el cielo acabe?

RICARDO. Ya lo he sabido, y me pesa
de que el Rey a un hombre tal
pague el trabajo tan mal
de darle una Reina presa.—
No quiero más de hablarla,
sólo esto el alma desea:
no más de que ella me vea
y que yo pueda mirarla.

ANGELIA. Ven acá; que si tú haces
lo que te pidiere aquí,
yo me obligo hacer por ti
que con Angelia hagas paces.

RICARDO. A trueco de ese interés
haré cualquiera maldad.
Dime, Antón, tu voluntad.
Dila, acaba...

ANGELIA. Escucha, pues.
Florinda ha hecho prender
a Erbagio porque se muere
por él, y Erbagio no quiere
dejarla de aborrecer.
Ansí que, para pagarse,
con Alberto concertó
y Aurelio, que lo sé yo,
de aprisionarle y vengarse.
Tú busca luego ocasión,
y di al Rey que sabes cierto
que fué de Aurelio y Alberto
concertada su prisión,
y que tú fuiste testigo
al concierto de esa muerte;
y advierte, Ricardo, advierte
que darte a Angelia me obligo.
El Rey te ha de dar allí
crédito, pues no interesas
nada y verdad confiesas
no yéndote nada a ti.
Dirás que no concediste
con su traidor parecer,
y que sobre el conceder
con ellos te revolviste.
A ti no te culparán,
pues descubres la traición,
y de la injusta prisión
será libre el Capitán.
A Erbagio Florinda adora,
Erbagio mi hermana quiere,
pues si Erbagio, preso, muere
por culpa desta traidora,
dirán que mi hermana ha sido
la ocasión, y siendo honrada,
ha de quedar deshadada
de quien el caso ha sabido.
Si esto haces, yo te prometo,
a pesar de estos villanos,
de ponerte en esas manos
a mi hermana.

RICARDO. Yo lo aceto.

ANGELIA. Abrevia, pues, la partida.

RICARDO. ¿Qué es lo que hacer imagino,
que al cabo de este camino
está mi muerte escondida?
Pero, mi Angelia, por verte,
a mil muertes me convidas,
y si tuviera mil vidas
las entregara a la muerte.
Yo voy al Rey, le diré
aún más que tú me has pedido.

(*Vase* RICARDO.)

ANGELIA. Bien del enredo he salido
que con Ricardo tracé.
Fortuna, en esto te ruego
que el brazo airado mitigues.

(*Sale* FLORINDA.)

FLORINDA. Fortuna, ¿por qué persigues
un corazón hecho fuego?
¿Por qué persigues un alma
que siempre te pide ayuda?
Mi poca esperanza muda
adonde alcance su palma,
que la esperanza que tengo
deja el premio muy atrás.

ANGELIA. Pues, Florinda, ¿dónde vas?

FLORINDA. Antón, a buscarte vengo.

ANGELIA. Pues ¿qué me quieres?

FLORINDA. Pedirte
que me enseñes a Ricardo,
que si lo haces, aguardo
eternamente servirte.

ANGELIA. Pues ¿no sabes el suceso?

FLORINDA. No sé nada, amigo Antón.

ANGELIA. Que está Ricardo en prisión.

FLORINDA. ¿Cómo en prisión?

ANGELIA. Que está preso.
Ven acá, ¿quiéresle bien?

FLORINDA. En tal extremo le quiero,
que él me aborrece y yo muero
a manos de su desdén.
ANGELIA. Pues oye: Aurelio y Alberto,
movidos de sus antojos,
delante de aquestos ojos
hicieron este concierto
de levantar a Ricardo
que quiere matar al Rey.
Que no hay en amigos ley.
FLORINDA. Saber lo demás aguardo.
ANGELIA. Hiciéronlo. El Rey prendióle
en oyendo la traición,
y sin más información
en una torre encerróle.
FLORINDA. Pues dime, Antón: ¿qué haré
si Ricardo preso está?
ANGELIA. Oye, Florinda, que ya,
por bien tuyo, le encontré.
Al Rey tienes de hablar
cuando se ofrezca ocasión
y descubrir la traición
que a Ricardo ha de matar.
Dirás que saliendo un día
a un corredor a holgarte,
que estabas en cierta parte
donde Aurelio no te vía,
y que Aurelio concertaba,
o concertó con Alberto,
de dejar un hombre muerto,
cuyo nombre se callaba.
No digas que era Ricardo,
ni Sancho, ni Juan, ni Pedro.
FLORINDA. Pues di: en callarlo, ¿qué medro?
ANGELIA. Ya en decírtelo me tardo.
Si dices que esta traición
contra Ricardo se hacía,
dirán que a ti te movía
o que te movió pasión.
Y no señalando parte,
entenderán que es ansí,
pues no ven muestras en ti
de que procuras vengarte.
Dirás que el concierto fuerte
fué decir al Rey que aquel
hombre, con pecho cruel,
le procuraba la muerte.
Que tú los viste tratar
la traición, y concluyeron
en esto, y luego partieron
y al Rey fueron a buscar.
Desta suerte librarás
al que está sin culpa preso.
FLORINDA. Digo que es de mucho peso
el consejo que me das;
pero ese hecho demanda
un pecho cual le atribuyo.
ANGELIA. Bien basta, Florinda, el tuyo
si entre el fuego de amor anda.
FLORINDA. Ahora bien, Antón, yo voy
a disculpar a Ricardo.

(*Vase* FLORINDA.)

ANGELIA. Pues si vienes presto, aguardo
en el lugar donde estoy.
Ahora bien; todos dirán:
¿Qué enreda aquesta mujer?
Pues más que han visto han de ver
si atentos un rato están.

(*Sale* FABRICIO.)

Fabricio.
FABRICIO. ¿Quién llama?
ANGELIA. Ven.
Yo soy quien tu voz publico
y contigo comunico
todo mi mal o mi bien.
FABRICIO. Por la parte que me alcanza
de tus males y tus bienes.
ANGELIA. Pues, Fabricio, agora tienes
la llave de mi esperanza.
FABRICIO. ¿Cómo?
ANGELIA. Presto lo sabrás.
Escucha, pues, y diréla.
FABRICIO. Algún enredo recelo
que quizá trazando estás.
ANGELIA. Fabricio, tú has de tomar
un vestido de mujer
y, vestido, has de tener
cuenta de disimular.
Yo tengo de entrar huyendo,
cuando ocasión se ofreciere,
adonde el Rey estuviere,
y tú me has de entrar siguiendo
diciendo a voces que soy
tu marido, y que lo niego,
que me manden prender luego,
pues de ti huyendo voy.
Que te dejo deshonrada,
pues la palabra te alargo.
Lo demás queda a mi cargo,
que será traza extremada.
FABRICIO. ¿En qué, señora, te fías?
¿Acaso estáste burlando?
¿Estás despierta o soñando,
o por dicha desvarías?

ANGELIA. Lo que me importa te digo;
y pues que me importa tanto,
no te dé, Fabricio, espanto
si de atrevida prosigo.
FABRICIO. Quien vino a morir por ti
obligado está a servirte.
ANGELIA. Fabricio, ven a vestirte.
FABRICIO. Ya voy.
ANGELIA. Camina tras mí.

(Vanse, y sale el REY *y* AURELIO *y* ALBERTO, *hablando.)*

REY. Ansí, ¿que Erbagio es el hombre
que en palacio se escondió?
¿Quién habrá que como yo
con justa causa se asombre?
¡Oh traidor! ¿De aquesta suerte
muestras el pecho leal
mostrándole liberal
en dar a su Rey la muerte?
¿Qué hace la Reina?
ALBERTO. Estraga
su rostro con triste llanto.
REY. Llore, pues, la infame tanto
que en lágrimas se deshaga.
¿Qué llora?
ALBERTO. La sujeción
en que cautiva se ve.
REY. Por ser mujer la traté
contra la ley de razón.
Traedme a la Reina vos
que quiero vengarme della,
y venga Erbagio con ella,
aprisionados los dos.

(Vase.)

AURELIO. Yo los traeré.
REY. Parte luego;
apresura bien los pies,
pues te aguardo, como ves,
de rabia y cólera ciego.
ALBERTO. Señor, ¿por qué te fatigas?
No es bien, pues presos están
los que disgusto te dan,
que aqueste tormento sigas.
¿No los tienes presos?
REY. Sí.
ALBERTO. Pues no te aflijas, señor.
Da muerte al que fué traidor
y acabe tu pena allí.
REY. Tú me aconsejas lo cierto;
pero ¡que un traidor se atreva
contra un Rey, y [el] brazo mueva
por dejar a su Rey muerto!
Cada vez que lo imagino
más cólera me reviste.

(Sale AURELIO *con* ERBAGIO *y la* REINA, *presos.)*

ERBAGIO. ¿Qué quieres a aqueste triste,
¡ah Rey!, de este nombre indino?
Salgo a ver la paga injusta
que ese injusto pecho da;
que bien injusto será,
pues no haces cosa justa.
Y vosotros, que las muestras
distes de maldad tan clara,
¿cómo me miráis la cara
sin que se turben las vuestras?
¿Qué?, ¿quiere el cielo sufrir
una traición como aquésta?
REY. Mucha libertad es ésta
para quien viene a morir.
ERBAGIO. Justo es que este gusto sigas;
pero...
REY. Calla.—¿Que es posible,
dime, Reina aborrecible,
que tú también me persigas?
¿Qué causa te mueve, di,
que contraria de hombres eres?
REINA. La que a perseguir mujeres
te tiene movido a ti.
¿Qué ley, qué razón ordena
que a una mujer quieras mal?
REY. A la honesta y principal
ninguna ley la condena;
sólo a mudables, livianas,
fáciles, incorregibles,
cautelosas, insufribles,
locas, ligeras y vanas;
pesadas, revolvedoras,
amigas de que las quieran
y que por ellas se mueran;
antojadizas, traidoras,
tibias, exentas, taimadas,
furiosas y variables,
quebradizas, contrastables,
libres y determinadas;
perturbadoras del bien,
causadoras del disgusto,
enemigas de lo justo
y amigas de su desdén.
Gustan de ver padecer
al que las quiere, y no dudes
que todas estas virtudes
se encierran en la mujer.

REINA. Rey, muy engañado vas
en seguir esa opinión.
REY. Pues dime tú la razón
en que sustentada estás.
REINA. Los hombres sois mentirosos,
fanfarrones, palabreros,
inconstantes y ligeros,
desenfrenados, furiosos.
Queréis con dificultad;
decís lo que no hicistes
y olvidáis lo que quisistes
con mucha facilidad.
Sois muy libres en hablar,
decís vuestro parecer,
y está la pobre mujer
sujeta siempre a callar.
Disfamadores de famas,
pregoneros de maldades,
polilla de las ciudades,
cuchillo de muchas damas.
Tenéis más trampas y vueltas
que de Creta el Laberinto,
y sois hombres, que aquí pinto
sus enredos y revueltas.
REY. Reina, ese falso argumento
para más despacio es.

(*Sale* ANGELIA, *huyendo, y* FABRICIO, *vestido de mujer, tras ella.*)

ANGELIA. ¡Malos años y mal mes!
¿Yo con ella casamiento?
REY. ¡Hola, mancebo! ¿Qué ha sido
la causa de tu querella?
ANGELIA. Señor, aquesta doncella
que me pide por marido.
Diz que he de casar por fuerza.
FABRICIO. ¡Señor, que me ha deshonrado!
Manda que quede casado
y que su gusto se tuerza.
ANGELIA. ¿Yo casarme? ¿Mujer yo?
Primero el cielo me abrase
que mano a mujer tocase.
REY. Pues ¿no la quieres bien?
ANGELIA. No;
que huyo de mis placeres,
huyo que (1) mujer me nombre;
mejor me parece un hombre
que cincuenta mil mujeres.
De mujer no me aprovecho,
que nada puedo sacar;
un hombre puédeme dar
y puédeme hacer provecho.
REY. Por ser tan hecho a mi gusto
te daré cuanto me pidas,
como de ti no despidas
ese pensamiento justo.
Tú solo has venido a ser
el más firme, huye (1) el agravio,
el más discreto, el más sabio,
pues huyes de la mujer.
ERBAGIO. ¿Qué es esto, cielo sagrado?
Antón, ¿no venís a verme?
Poco debéis de quererme,
pues os habéis descuidado.
ANGELIA. ¡Oh, cielo! ¿Qué es lo que veo?
REY. Di, ¿qué te admiras? ¿Qué ves?
ANGELIA. De que aqueste traidor es
de quien vengarme deseo.
REY. ¿Tiénete en algo agraviado?
Porque le daré castigo.
ANGELIA. Sí, señor; que este enemigo
mi linaje ha deshonrado.
¿No es aqueste el capitán
Erbagio?
REY. Sí.
ANGELIA. Pues mi tierra
le alojó yendo a la guerra,
que no se hartaba de pan.
En mi casa se alojó,
señor, y es cosa muy llana
que tuve sola una hermana
y este traidor la mató.
Este pretendió su amor,
y ella, cual mujer de aviso,
jamás concederlo quiso
y, en fin, la mató el traidor.
Manda agora por su culpa
darle por castigo muerte.
REY. Yo os vengaré de tal suerte
que dé la vida en disculpa.
ERBAGIO. ¿Qué dices, amigo Antón?
¿No basta mi desventura?
Sin duda el cielo procura
que yo muera por traición.
Antón, el pan que comiste
¿conoces de esa manera?
ANGELIA. ¡Ah! Nunca yo lo comiera,
pues tan crudo me lo diste.

ERBAGIO.

Bien la fortuna revolvió la rueda
que tanto tiempo sustentarme pudo,

(1) Quizá deba leerse "quien" y no "que".

(1) Así en el texto; pero acaso se escribiría "el más firme hoy al agravio".

pues este pecho, de traición desnudo,
sujeto a muerte tan sin culpa queda.
No hay ya tormento que ofenderme pueda,
pues siento a la garganta el filo crudo.
El Rey me puso el lazo, amor el ñudo
y Angelia de vivir me deshereda.
De modo que el amor y la fortuna,
Aurelio, Alberto, el Rey, Angelia bella,
ponen sobre mi cuello el mortal yugo.
Y lo que más, muriendo me importuna
es que no sepa Angelia que por ella
estoy entre las manos del verdugo.

REY. Ya traidor, de tus razones
se conoce el proceder:
que fué forzar la mujer
la mayor de tus traiciones.

ERBAGIO. ¿Qué es esto, que a quien más quise,
a quien más quise ensalzar
me venga agora a pisar
y entre sus plantas me pise?

ANGELIA. ¡Ah, traidor! Si yo pudiera
vengar en vos mi disgusto,
yo os diera pago tan justo
antes que hoy anocheciera.

REY. ¿Cómo pagaras su pena
si yo te le diera a ti?

ANGELIA. Dándole una muerte aquí
de dos mil tormentos llena.

REY. Pues él muerte ha de pasar
y tú el agraviado eres,
haz tú dél lo que quisieres
que yo te le quiero dar.
A tu voluntad le dejo;
dale la muerte a tu gusto;
quede mi derecho justo.
Por que te vengues me alejo.

ALBERTO. Aurelio, vente tras mí
que gran peligro sospecho.

AURELIO. Por ser de cobarde pecho;
pero al fin, iré tras ti.

(*Vanse* AURELIO *y* ALBERTO.)

ANGELIA. ¡Ah, señor! Bien puedo agora
mandar y vedar en vos.

ERBAGIO. ¡Espantado me has, por Dios!
¿Que tal crueldad en ti mora?
¡Que tú persigas mi bien (1)
queriéndote más que a mí!

ANGELIA. Si dijeras cual yo a ti
encareciéraslo bien.

(*Sale* RICARDO.)

RICARDO. Señor, oye una traición:
la mayor que nunca viste.

REY. Apenas el pecho triste
da lugar al corazón.

RICARDO. Señor: Aurelio y Alberto
han concertado de dar
muerte a Erbagio, y de tratar
contigo un falso concierto.
Rey, yo propio los hallé
concertando la maldad,
y porque mi voluntad
a las suyas les negué,
han querido darme muerte,
y si no sabes el modo
y quieres saberlo todo,
escucha, señor, advierte:
Concertaron de decirte
que Erbagio te procuraba
dar la muerte, y que intentaba
de la vida despedirte
yo no sé por qué ocasión.

REY. ¿Es posible tal maldad?

RICARDO. Esta es la pura verdad.

(*Sale* FLORINDA.)

FLORINDA. Oye, Rey, una traición.
Estando yo estotro día
en cierta parte, oí a Alberto
estar tratando un concierto
contra quien no se decía.
Pero Alberto concertaba
con Aurelio de contarte
que un hombre quería matarte
y tu muerte procuraba.
Sólo les oí decir:
"Desta suerte le daremos
la muerte, y nos vengaremos
privándole del vivir."
Por eso, Rey, mira bien
de quién tu vida confías.
Mira bien de quién te fías;
guárdate de algún vaivén.

(*Sale* LUCANO, *criado.*)

LUCANO. Señor, oye una maldad
que el cielo va descubriendo.
Aurelio sale huyendo
apriesa de la ciudad,
y ha dado la muerte a Alberto,
que no se sabe del caso
más de que al último paso
oyeron decir al muerto:
"¡Ah, traidor! Que por seguir

(1) Este lugar está viciado. Quizá deba leerse: "¡Que me persigas también".

la traición que preparaste
y la que al Rey levantaste
vengo, en efeto, a morir.
Como de mí sospechabas
que tu traición descubriese,
que por que no la dijese (1)
con triste muerte me acabas.
Si tu traición descubría
¿no me condenaba a mí
y había de pagar por ti
la culpa que merecía?"
No dijo más.

REY. Pues ¿por qué?

LUCANO. Porque expiró, y a su costa
Aurelio tomó la posta
y a reino extraño se fué.

REY. Sin duda los del concierto
Aurelio y Alberto son;
sin duda ha sido traición
la de Aurelio y la de Alberto.
A Erbagio le levantaron
la traición que me dijeron,
y las apariencias dieron
que más á Erbagio culparon.
Mas quiero disimular
hasta ver en lo que para
una cautela tan clara,
que a Erbagio viene a salvar.
Mancebo, ya de tu suerte
no tienes que te ofender.
Del preso ¿qué has de hacer?

ANGELIA. ¿Qué he de hacer? Darle la muerte.

ERBAGIO. Rey, aunque al mal me sujete,
quiero una merced pedir;
que obligado está a cumplir
el que es Rey lo que promete.
Tú me prometiste a mí,
cuando por ti fuí a la guerra,
que si te daba en tu tierra
a la Reina, que está aquí,
de darme en cambio y partido
la merced que yo pidiese,
como mi vida no fuese.
Pues, Rey, lo qué agora pido,
y no lo puedes negar
sin que tu palabra pases,
es que con la Reina cases
que yo pude cautivar.

REY. Que a tal disparate vengo
que por fuerza lo he de hacer:
aunque no quiera mujer
cumplir mi palabra tengo.

ERBAGIO. Reina, ¿conoces, por dicha,
este sello que me diste
cuando sujeta te viste
a tal fortuna y desdicha?
Pues por él me has prometido
una merced, y ha de ser
que has de ser del Rey mujer,
quedando él por tu marido.
Esto te quiero pedir;
para cumplirlo te esfuerza.

REINA. Cumplirlo tengo por fuerza;
por fuerza lo he de cumplir.

REY. Dame, Reina, aquesa mano
y pérdoname, si quieres,
y perdonadme, mujeres,
si acaso he sido tirano.
Que desde hoy prometo ser
de mujeres tan amigo
cuanto hasta aquí enemigo
de la que ha sido mujer.

REINA. Pues Rey, yo también te pido
perdón, y a todos los hombres,
y quiero que ya me nombres
tu mujer, yo a ti marido.

ERBAGIO. Agora manda matarme,
que yo moriré contento,
pues aqueste casamiento
será parte de vengarme.

REY. Libre quedas ya por mí,
que la razón te disculpa.
La traición que a Alberto culpa
viene a disculparte a ti;
pero agora este mancebo
pide una muerte que diste
a una hermana suya.

ANGELIA. ¡Ay, triste,
que mirarle no me atrevo!

REY. Mancebo, pues te le entrego,
usa de piedad con él.

ANGELIA. Pues óyeme, Rey; que a él
y a ti que me oigáis os ruego.
Yo soy Angelia.

REY. ¿Qué engaño
es éste?

ANGELIA. A Erbagio perdono
y de su culpa le abono,
pues que llegó el desengaño;
que todo ha sido fingido,
trazado y hecho por mí.
Agora te pido a ti
que me le des por marido.

(1) Sin duda este verso deberá leerse "porque yo no la dijese".

REY. Yo lo aceto.
ERBAGIO. ¡ Mi alegría !
¡ Oh mi Angelia ! ¡ Oh mi consuelo !
¿ Posible es que otorga el cielo
tanto bien al alma mía ?
ANGELIA. Ricardo, yo prometí
de ponerme en esas manos.
Vesme aquí, pero son vanos
tus propósitos en mí.
Ricardo, perdóname.
REY. Pues que yo casarme aguardo,
Florinda lleve a Ricardo.
FLORINDA. Ya mi esperanza alcancé.
REY. A Erbagio quiero pagar
dando a sus servicios pago,
y así desde aquí le hago
Almirante de la mar.
ERBAGIO. Dame a besar esos pies
por el favor que me has hecho.
REY. Levanta, que aquese pecho
digno de más cargos es.
Ricardo, quede de aquí
con vuestra propia jineta,
pues que su gusto sujeta
a lo que yo le pedí.
LUCANO. Pues ¿ yo estoy descomulgado ?
¿ Soy hijo de algún tortugo
que no me das ese yugo ?
REY. Pues qué, ¿ quieres ser casado ?
LUCANO. Sí, señor.
REY. Pues bien, será
que con aquesa doncella
os caséis, casaos con ella.
LUCANO. Soy contento.
FABRICIO. ¡ Arre allá !
LUCANO. El Rey me casa con vos
y que mi mujer os nombre.
FABRICIO. Téngase allá, que soy hombre.
LUCANO. ¡ Bueno es eso !
FABRICIO. Soy, por Dios..,
REY. Que bien casada estaréis.
Basta que lo mande yo.
FABRICIO. ¡ Oh ! Pese a quien me parió
que soy hombre.
REY. No os canséis.
FABRICIO. ¡ Vive Cristo ! Que soy hombre.
¿ Que es lo que quieren hacer ?
Ya reniego el ser mujer.
ANGELIA. Oye, Rey ; nadie se asombre.
Mi paje es, y le vestí
desta suerte para hallar
el bien que vine a buscar
y para hallarte (1) a ti.
Porque dando yo a entender
que por mujer la dejaba,
con aquesto imaginaba
venir contigo a valer :
esta es la verdad del caso.
REY. Admírame tanto enredo.
LUCANO. ¡ Por Dios, que muy bueno quedo
si acaso con vos me caso !
ANGELIA. Fabricio, no perderás
el premio de tu servicio.
FABRICIO. Esa memoria es indicio
de que merced me harás.
FLORINDA. Aquí se acaba el dolor
que mi pecho sujetaba.
ERBAGIO. Y aquí la historia se acaba
de LOS CONTRARIOS DE AMOR.

---

(1) Será "hablarte", pues se dirige al Rey.

COMEDIA FAMOSA

DEL GALÁN ESCARMENTADO [1]

CELIO, *galán.*
ROBERTO, *su criado.*
GODOFRE, *galán.*
POMPILIO, *galán.*
RICARDA, *dama.*
FINEA, *dama.*
TÁCITO, *padre de* RICARDA.
DRUSILA, *dama.*
ELVIRA, *su criada.*
POLÍFILO, *rufo.*
FESENIO, *rufo.*
RISELA, *cortesana.*
DOS ALGUACILES.
JULIO, *marido de* RICARDA.
TANCREDO, *su criado.*
UN ALCALDE.
COSTANZA, PINARDO, GALERIO, ARMENTO, MISENA, *labradores.*
ANTANDRO, *padre de* CELIO.
FABRICIO, *viejo.*
UN AGUADOR *y* ORLANDO, *lacayo.*
LEONOR, ESTEFANÍA, *fregonas.*

JORNADA PRIMERA

(*Salen* CELIO, *galán, y* ROBERTO, *su criado, un poco atrás.*)

CELIO. No te quedes tan atrás.
ROBERTO. Vengo mirando la gente,
que de haber estado ausente
me da el parabién no más.
CELIO. ¿Y no de la guerra?
ROBERTO. No;
que no habiendo pierna o brazo
manca de algún mosquetazo
dicen que el hombre huyó.
CELIO. No hemos peleado mal,
para nacer en Madrid.
ROBERTO. Luego ¿cuéntase del Cid
hazaña a la tuya igual?
CELIO. El Cid y los de sus días
podrían, muy a la larga,
con la lanza y con la adarga
ejecutar valentías.
¡Si él oyera un arcabuz!...
ROBERTO. ¿Si no es por ti y por mí hubiera
triunfado de la Tercera
el Marqués de Santa Cruz?
Y eso de Madrid, señor,
no te lo quiero sufrir,
porque dél suelen salir
hombres de mucho valor.
Hay muchos nobles en él
de muchas casas antiguas.
CELIO. Si eso, Roberto, averiguas,
yo tengo mi origen dél;
y, por Dios, que en nacimiento
y en condiciones de honrado,
me puedo poner al lado
del más alto pensamiento.
Y a esta prueba te reduce,
que basta alcanzar tal cielo
para ser benigno el suelo
y bueno cuanto produce;
que yo, lo que te decía,
en un lugar cortesano;
no hace tan en la mano
la guerra y la valentía.
El que vive en la frontera
tendrá mayor ocasión,
mas lo que es el corazón
siempre es uno donde quiera.
Lo que aquí falta, Roberto,
es experiencia eficaz;
pero trátase de paz,
de policía y concierto,
porque es como la cabeza
que rige los pies y manos,
siendo aquí los cortesanos
gobierno, ejemplo y nobleza.
Mas contigo no es bien, no,
tratar materia de Estado.
ROBERTO. ¿No soy un lacayo honrado?
¿Quién más de estado que yo?
CELIO. ¡Qué Tácito o Machabelo,
qué Juan Bothero o Bodino!

(*Salen* GODOFRE *y* POMPILIO, *galanes.*)

GODOFRE. Vile pasar de camino.
POMPILIO. ¡Oh, Celio, que os guarde el cielo!
Dadme un abrazo y seáis
muchas veces bien venido.

---

(1) De letra distinta: "Por don Guillén de Castro."

CELIO. Ya con veros lo habré sido,
y en sabiendo cómo estáis.
GODOFRE. ¿Cómo ha ido en la conquista?
CELIO. ¡Así me fuera en Madrid!
POMPILIO. Algo de paso decid,
como testigo de vista.
CELIO. Para serviros.
POMPILIO. Y vos,
¿venís bueno?
CELIO. Ya lo veis.
Y vos, Godofre, ¿tenéis
salud?
GODOFRE. Sí, gracias a Dios;
que acá no sabemos más
que como el Marqués tomó
la Tercera.
CELIO. Así pasó.
ROBERTO. Señor.
CELIO. ¿Qué?
ROBERTO. Ven donde vas,
ques domingo y no habrá misa
ni verás lo que deseas.
CELIO. Que me descuide no creas.
GODOFRE. ¿De qué es, Roberto, la priesa?
ROBERTO. Vamos a San Nicolás
a oír misa.
GODOFRE. Aún es temprano.
POMPILIO. Antes pienso que es en vano,
y aunque madrugara más.
GODOFRE. Vamos juntos poco a poco.
CELIO. Vamos, sabréis la victoria.
POMPILIO. Otra hallarás de tu historia
que baste a volverte loco.
CELIO. Del gran río de Lisboa,
la víspera de aquel grande,
que Dios le puso este nombre
y Juan sus dichosos padres,
a quien cristianos y moros
con tanto amor fiestas hacen,
el Marqués de Santa Cruz
con cinco galeones parte,
treinta naos, doce galeras
y doce armados patajes,
dos galeazas, quince cebras (1),
siete barcas chatas grandes,
con catorce carabelas
y con nueve mil infantes
de bizarros españoles,
italianos y alemanes;
cuatro mil hombres de mar
en faenas y balances,
y cincuenta aventureros
señores particulares.
Maestres de campo lleva
aquel invencible Marte
don Lope de Figueroa,
famoso del Tajo al Ganges;
don Francisco Bobadilla,
ilustre en armas y sangre,
y don Juan de Sandoval,
claro en obras y en linaje.
Lleva la coronelía
de alemanes arrogantes
el conde ilustre Lodrón,
cuyas hazañas se saben;
Lucio Pinatelo lleva
los de Italia, inexpugnables,
y don Félix de Aragón
los portugueses leales.
Los cachopos de Navarra
hicieron volver la nave
de don Miguel de Cardona;
lo demás paso adelante,
haciendo que los soldados
en los patajes se embarquen,
y con vientos por bolina
se fué siguiendo el viaje
hasta ver a San Miguel,
isla entonces sin el Angel.
A Villafranca y la Punta
Delgada, que está distante
cuatro leguas, el Marqués
pasó a embarcar los infantes
de la muestra del Maestre
de Campo famoso y grave.
Augustín Iñiguez luego
a San Sebastián se parte.
Surge en la playa, a pesar
de sus cañones, y hace
que un soldado y un trompeta
a los fuertes se acercasen
a publicar el perdón
que del Rey de España trae;
mas respondieron las piezas
de muros y de baluartes.
Reconocióse la isla,
y con acuerdo bastante,
por una ensenada y calas,
entra a seis de julio, un martes,
remolcando los barcones,
las pinazas y patajes
en que irían cuatro mil

(1) El escribiente, que era andaluz, escribió *sebras* y *galeasas*.

y más quinientos infantes
de los tercios de don Lope
y de otros tres capitanes.
Entró, en efeto, el Marqués (1)
al tiempo que el alba sale,
llevando en su capitana
muchas personas notables.
El Duque de Fernandina (2),
nuevo español Alejandro;
don Pedro Ponce de León,
Juan Martínez de Recalde,
don Jorge y don Juan Manríquez,
con don Alonso de Idiáquez,
a don Cristóbal de Heraso
y al honor de Sandovales,
don Luis, y los dos Antonios
de Enríquez y Portugales,
a don Pedro de Padilla
y otros tales capitanes,
comenzando a un cuerpo
de galera el gran combate,
las que llegaban, haciendo
de suerte, que en varias partes
la gente en barcas arrojan
de asperísimos lugares.
Ganaron, al fin, los fuertes,
sin que a defender bastasen
los franceses las trincheras,
y manda que desembarquen,
ordenándole a don Lope
los escuadrones formase,
mejorándose los nuestros
con valor incomparable.
Vino la segunda gente;
y como al cuerpo llegasen
del ejército enemigo,
se mostraron arrogantes;
quisieron desbaratarnos
con mil vacas a la tarde;
mas la orden del Marqués
fué que a ninguna tirasen.
Resueltos estaban todos
que de perdón no les traten,
sino que un poder y otro
en la campaña batallen,
y esto fué por el socorro
que trujo monsiur de Xatres,
y así tornaron al alba
a escaramuzar como antes.

(1) D. Alvaro Bassan, Marques de Sta. ✠.
(2) Don Pedro de Toledo.—(Notas de la comedia.)

Pero los nuestros lo hicieron
de suerte en este combate,
que del agua los retiran
y por la montaña esparcen.
Ganóse la artillería,
San Sebastián luego dase,
y a la ciudad de Angra vuelve
nuestro ejército triunfante,
donde a la Armada francesa
la nuestra acomete y bate,
y así se entró en la ciudad
sin resistencia notable.
Concedió saco tres días,
y después, por bien de paces,
diez y ocho banderas rinden
los franceses capitanes,
dando licencia a los nuestros
que uno a uno los desarmen,
y quedando victoriosa
la gloria de los Bazanes (1).

POMPILIO. Suceso extraño.
ROBERTO. Señor,
ya el sermón acabó.
CELIO. Entremos.
GODOFRE. ¿Quieres que aquí te aguardemos?
CELIO. Tendrélo a mucho favor.
Adiós, que me importa entrar.
Roberto, mira si hay misa.

(*Vanse.*)

POMPILIO. Justamente su divisa
puede el Marqués ensalzar.
GODOFRE. Por cierto, con gran razón
le da el mundo nombre y fama.
POMPILIO. Y nuestra España le llama
Pirro, Alejandro, Scipión.
Ningún capitán de guerra
se ha merecido igualar
al de Santa Cruz por mar
y al Duque de Alba en la tierra.
Cuando tales españoles
miro en el gobierno y manos,
no me espantan los romanos
que fueron del mundo soles.

(*Salen* CELIO *y* ROBERTO.)

GODOFRE. Tuvieron valor y dicha:
uno propio, otro importante.

(1) Lope afirmó haberse hallado en esta jornada. Quizá esta comedia, que como las de esta sección es obra de su juventud, sea un recuerdo de ella.

CELIO. ¿Hay suceso semejante?
¿Hay tal cosa? ¿Hay tal desdicha?
¡Jesús, Jesús, dos mil veces!
¡Válame Dios! ¡Dios me valga!
ROBERTO. ¡Ah, señor!
CELIO. ¿Quieres que salga
de seso?
ROBERTO. Ya lo pareces.
POMPILIO. ¿Qué descompostura es ésta?
CELIO. ¡Ay, Pompilio, muerto soy!
POMPILIO. Roberto, ¿qué fué?
ROBERTO. No estoy
para darte la respuesta.
GODOFRE. Celio, ¿no se fué de aquí
en este mismo momento?
CELIO. En un momento me siento,
Godofre, fuera de mí.
¡Jesús, Jesús!
POMPILIO. Di, ¿qué viste,
que así te santiguas?
CELIO. ¡Cielos!
¿Para tales desconsuelos
guardaste mi vida triste?
GODOFRE. ¿Hale dado algún dolor?
POMPILIO. ¿Es, acaso, enfermedad?
CELIO. ¿Así murió mi verdad
a manos de tu rigor?
¡Oh! Pluguiera al cielo santo
que la bala de un cañón
en tan honrada ocasión
me volara por el viento,
o que un flamenco revés
todo el cuello me cortara,
o que el pecho me pasara
la pistola de un francés,
o que me alzara una mina
con el caballo, de suerte
que nos cubriera una muerte
entre alquitrán y resina;
de los rebelados fuera,
como fuí de los fieles,
por que a las manos crueles
de algún verdugo muriera!
¡Jesús, Jesús!
POMPILIO. ¿Hanle hurtado
en la iglesia alguna cosa?
CELIO. ¡Qué bien dicen que es dichosa
la muerte al que es desdichado!
¿A esto vine, a esto corrí,
desde Lisbona, la posta,
juzgando la tierra angosta,
Madrid, hasta verme en ti?
Pues en la Punta Delgada
no me acabó la refriega,
Tajo en aldea gallega
fuera el fin de mi jornada.
¡Jesus, Jesús!
GODOFRE. Mal parece
que no digáis qué tenéis,
y que así desconfiéis
de quien la sangre os ofrece.
CELIO. Dejadme; no me apretéis,
que daré voces.
ROBERTO. Dejalde.
¿Pensáis que se queja en balde?
POMPILIO. Celio, decid qué tenéis.
CELIO. ¡Oh, pesia quien tal pregunta!
¡Matadme!
POMPILIO. ¡Tenedle al loco!
CELIO. ¡Dejadme, dejadme un poco,
o arrojaréme en la punta!
GODOFRE. Poneos la capa y sombrero.
¡Jesús! ¿Así la arrojáis?
CELIO. ¡Verdugos, pues me matáis,
daros los vestidos quiero!

(*Vase.*)

POMPILIO. ¡Por Dios, que se va furioso!
Godofre, ¿qué haremos?
GODOFRE. Di:
¿cómo enmudeces así?
Habla.
ROBERTO. No puedo, ni oso.
Al acabar el sermón...
POMPILIO. ¿Que estás tragando saliva?
ROBERTO. Bajó un clérigo de arriba...
POMPILIO. Ya imagino la ocasión.
ROBERTO. Y puesto junto al altar,
un papel...
POMPILIO. Acaba.
ROBERTO. Aguarda;
diciendo: "Julio y Ricarda..."
GODOFRE. ¿Oyólos amonestar?
ROBERTO. Sí, que Ricarda decía
con Julio, y que era tercera
amonestación.
GODOFRE. ¿Quién diera
en que tal suceso había?
Que, aunque la tercera es,
agora lo sé, por Dios.
POMPILIO. Presente estuve a las dos,
y sospecho lo que es;
pero no lo oso decir.
ROBERTO. ¿Y no fuera harto mejor?
GODOFRE. Ve siguiendo a tu señor.
ROBERTO. ¿A un loco podré seguir?

¡Oh! ¡Nunca, ingrata Ricarda,
engañado a Celio hubieras!

POMPILIO. ¿En mujer ausente esperas?
Eso le dan al que tarda;
porque el agua del olvido
vale barata en Madrid.

ROBERTO. Los dos conmigo venid,
que a casa, sin duda, es ido,
y allí le sosegaréis.

GODOFRE. ¿Para qué fué a la Tercera
cuando casarse pudiera?

ROBERTO. Allá se lo reñiréis.

(*Vanse, y salen* RICARDA *y* FINEA.)

FINEA. Bien estás vestida así,
y es esta noche, sin duda.

RICARDA. Si no es que Julio se muda,
esta noche doy el sí.

FINEA. ¡Qué bien te está ese tocado.
Y esas plumas, con extremo.

RICARDA. Que se ha descompuesto temo.
¿Está bien?

FINEA. Sí.

RICARDA. ¿Y deste lado?

FINEA. También; mas pide un espejo.

RICARDA. ¿Qué mejor que el de una amiga?

FINEA. Estoy por darte una higa,
y no sé por qué lo dejo;
que estoy propria de azabache.
¿Haste puesto muda?

RICARDA. Sí;
porque al dar la mano así
no dé en el rostro y se tache,
aunque de noche ha de ser
y la vela es brava cosa.

FINEA. Hace una mujer hermosa;
adorna a cualquier mujer.

RICARDA. No hay, por tu vida, Finea,
cuando parezca más mal,
que cuando en ocasión tal
parecer mejor desea;
una mujer descuidada
y revuelta suele estar
más bella para mirar
que muy vestida y tocada.
He madrugado y estoy,
sin dormir, con estos rizos.

FINEA. ¿No fueran mejor postizos?

RICARDA. Mal con el postizo estoy;
porque no hay cosa postiza
para desposorio buena.

FINEA. ¡Qué linda es esa cadena!
¿Fué comprada así o hechiza?

RICARDA. Con las joyas me la dió
mi Julio.

FINEA. ¡Dios te le guarde!
¿Qué hará agora aquel cobarde
que a Lisboa se partió?

RICARDA. Creo que fué a la Tercera,
prometiendo que a mis pies
trayera (1) el mejor francés
que enarbolase bandera.
Pero muerto será allá.

FINEA. ¿Muerto?

RICARDA. Sí.

FINEA. ¡Dios le perdone!

(*Sale* CELIO, *solo.*)

CELIO. No hay yerro que amor no abone
si dentro del alma está.
Grande fué mi atrevimiento
en haberme entrado aquí.

RICARDA. ¿Qué hombre es éste? ¿Es Celio?

FINEA. Sí.

RICARDA. ¡Celio! ¿Es sombra, es fingimiento?
¡Ay, Dios!

FINEA. De camino viene.
Sin duda alguna hechicera
le trucho (1) de la Tercera,
que el rostro espantado tiene.

RICARDA. ¿Cómo te has entrado aquí?

CELIO. No soy sombra, ni fingido,
ni por el aire he venido,
aunque todo lo hay en ti,
que, pues fuiste fingimiento,
y aire, y por ti vengo agora,
bien puedo decir, señora,
que he venido por el viento.
No vine de la Tercera
por las que hechiceras son,
mas por tu amonestación,
que también era tercera.
Entrando en San Nicolás,
porque pensé hallarte allí,
que te casabas oí:
quiero callar lo demás.
Si tus padres te han forzado
o piensas que muerto soy,
vivo, mi Ricarda, estoy;
mira a qué tiempo he llegado.
Yo perdono cualquier cosa
que hayas hecho contra mí,

(1) Será "traería" o "trairía".
(1) Debe ser "trujo".

pues, en fin, no has dado el sí,
ni hasta agora eres su esposa.
Allí el clérigo decía
que quien pudiese impedillo
viniese luego a decillo,
que se le recebiría.
Yo lo estorbo, y lo impido,
porque tu marido soy.

RICARDA. Ya, Celio, casada estoy;
Celio, ya tengo marido.
Ya no son esas razones
para estos tiempos; sal fuera,
sal luego.

CELIO. ¡Ay, Ricarda fiera!
¿A rempujarme te pones?
¿Es posible?

RICARDA. Posible es.
¿No te fuiste? Pues ¿qué quieres?
Anda, ve, que a otras mujeres
puedes dar aquel francés,
que yo tengo un español.

CELIO. ¡Cielos! ¿Que aquí no doy voces?

RICARDA. Pues habla; ¡mal me conoces!

CELIO. Tan mal se conoce el sol.
Mira que...

RICARDA. ¿Qué me has de hacer?
¿Valentías para mí?

CELIO. Rendido estoy; vesme aquí.

RICARDA. Aún no te quiero vencer.
Ea, pues, salte allá fuera.

CELIO. Digo que estoy loco.

RICARDA. Bien.
¿Quieres, dime, que te den
como a loco muerte fiera?

CELIO. ¡Qué justamente me ofreces
a quien su esposo condena!
¿No le alcanzará la pena
de quien se casa dos veces?

RICARDA. ¿Piensas que soy la Tercera?

CELIO. Antes mi primero amor,
aunque en mudanza y rigor
no has sido tú la primera.

RICARDA. Salte ya.

CELIO. No quiero, digo.

RICARDA. ¿Cómo no?

CELIO. Como no quiero.

(*Sale* TÁCITO, *padre de* RICARDA, *viejo.*)

TÁCITO. ¿Quién habla en casa tan fiero?
¿Es, por ventura, contigo?

CELIO. Aunque no me conocéis
por el hábito soldado,
nacido soy y criado
en Madrid; visto me habéis.

TÁCITO. No sé quién sois.

CELIO. Hijo soy
de honrados padres.

TÁCITO. ¿Qué importa?

CELIO. Por ser mi ventura corta,
donde veis sin ella estoy.
Soy vuestro igual.

TÁCITO. Yo lo creo;
mas, ¿qué queréis en mi casa?

CELIO. Sé que Ricarda se casa.

TÁCITO. Es verdad; eso deseo.
(Sin duda este gentilhombre
es maestro de danzar,
y quiere regocijar
la boda.) Decidme el nombre.

CELIO. Mal entendéis lo que soy.

TÁCITO. ¿Traéis alguna comedia?

CELIO. Si no se vuelve tragedia,
en ese principio estoy.
De Ricarda soy marido.

TÁCITO. ¡Válame Dios!

CELIO. Esto pasa;
y hoy Ricarda se casa.
Este matrimonio impido.

TÁCITO. Hija, ¿es aquesto verdad?
¿Quién es este caballero?

RICARDA. Ni le conozco, ni aun quiero.

CELIO. ¿Cómo que no?

TÁCITO. ¿Hay tal maldad?

CELIO. Esta cédula lo diga.

TÁCITO. Mostrad. ¿Es ésta tu letra?

RICARDA. No.

CELIO. ¿Que no es tu firma ésta?

RICARDA. No, digo.

CELIO. ¿Que no, enemiga?

RICARDA. Ni la escrebi, ni la vi
otra vez.

CELIO. ¿Visto tampoco?

TÁCITO. Caballero, si estáis loco,
no vengáis a serlo aquí;
que os haré, por Dios, tirar
una escopeta.

CELIO. Eso os pido.

TÁCITO. Salid, que sois atrevido.

CELIO. Justicia hay.

TÁCITO. Ilda a buscar.

(*Vase* CELIO.)

¿Conoces este hombre?

RICARDA. No.

TÁCITO. Pues entra, y no te dé pena.
FINEA. ¡A fe que has andado buena!;
pero no lo hiciera yo.
RICARDA. Ya estoy a Julio rendida.
FINEA. ¿Que no te has de enternecer?
RICARDA. Mal conoces la mujer,
cuando con ausencia olvida.

(Vanse, y salen GODOFRE *y* POMPILIO *y* ROBERTO, *con un capuz.)*

ROBERTO. Pues a casa no ha llegado,
¿quién duda que se mató?
GODOFRE. No llores, Roberto, no;
que amigos le habrán llevado.
ROBERTO. ¿Quién duda? A la sepultura
le debieron de llevar.
¡Que se escapase del mar
para tanta desventura!
¡No le matara un franchote
de aquellos de la Tercera!
POMPILIO. No hagas desa manera
que su padre se alborote,
que imagine que es muerto.
ROBERTO. ¿Si se habrá echado en el río?
POMPILIO. En tan poco agua yo fío
que no se ahogase, Roberto.
ROBERTO. Nunca le falta una soga
al que le sobre el vivir;
quien en agua ha de morir
en una taza se ahoga.
Ya hemos visto a Manzanares
cubrir la puente de arena.
GODOFRE. Fué en tiempo de la ballena.
ROBERTO. Nunca en fábulas repares,
que todo fué desatino.
POMPILIO. En efecto, es fingimiento
lo del río y el jumento
con los dos cueros de vino.
GODOFRE. Que le trujo la creciente
entre el agua y el arena,
y llamándole ballena
salió a matarla la gente.
Es antigua tradición.
ROBERTO. Es antiguo desatino.
POMPILIO. Luego, llamar sangre al vino,
¿también es falsa opinión?
ROBERTO. Dejadme, que no sé tal.
¡Que éstos burlándose estén!
GODOFRE. No temas.
ROBERTO. Quiérole bien,
y pésame de su mal.

(Sale CELIO, *y* ROBERTO *arroja por ahí el capuz de contento que tiene.)*

CELIO.

Ya vengo con el voto y la cadena,
desengaño santísimo, a tu casa,
a que de la mayor columna o basa
el grillo cuelgue que a tus puertas suena.
Aquí la vela y la rompida entena
pondrá mi amor, que el mar del mundo pasa,
y no con alma ingrata o mano escasa
te ofrecerá la imagen de su pena.
Ya quiero ser tu fraile y ermitaño,
a tus órdenes y hábitos resuelto;
la vida que es razón que en sí revuelva.
Pero aguárdame un poco, desengaño;
mas no me aguardes si a Ricarda vuelto,
que es imposible que a tu templo vuelva.

ROBERTO. Ya es parecido el perdido.
¡Oh, gracias a Dios, señor,
que ha cesado aquel furor
y que has cobrado el sentido!
GODOFRE. ¿Dónde fuiste tan furioso?
CELIO. Sólo, amigos, a saber
lo que es ausencia y mujer
y un hombre amante y celoso.
Todo, en efeto, lo vi
con un ejemplo en mi daño;
y al llegar al desengaño
hame sucedido así
como el que, estando en descanso.
va a la guerra y atropella,
que va furioso hasta vella,
y en viéndola vuelve manso.
Tres años serví a Ricarda,
esta doncella o sirena
que cantó para mi pena
tan engañosa y gallarda.
Ofrecióseme ocasión
en que los mozos honrados
están, por serlo, obligados
a su rey y a su nación.
Fuí a la Tercera y serví
por un hombre, hombre de bien;
volví, pero no tan bien,
pues a lo que veis volví.
De su casa vengo agora,
donde, a su padre cruel,
he mostrado este papel
con esta firma traidora.
Negóme, y fué de manera
que aun dice que es invención;
salí con tanta pasión,
que lloré en viéndome fuera.

Y al fin derecho me fuí
a hablar al Vicario, y luego
comencé a tener sosiego
sólo en que las puertas vi;
o sea que el casamiento,
llegado al efeto, espanta,
o que una violencia tanta
siempre tiene fin violento;
o el ver la dificultad
de forzar una mujer,
que aun suele peligro haber
cuando tiene voluntad;
que, en fin, quiere lo contrario,
en la distancia que pasa,
el alma desde su casa
a la casa del Vicario.
¿Veis agora este papel,
cédula de aquella dama,
en que su esposo me llama
y que así lo firma en él?

(*Rómpelo.*)

Pues veisle aquí roto en dos,
en señal que así lo estamos.

POMPILIO. Ese parabién te damos.

CELIO. Y yo doy gracias a Dios.
Mujer doncella no más,
aunque la misma Diana
se me mostrase más llana
que a Endimión lo fué jamás.
¿Esto acostumbran doncellas?

POMPILIO. Si olvidas en tal distancia
un amor tan de importancia,
¿para qué te quejas dellas?
Si distancia tan ligera
tres años de amor impide,
¿qué mucho que ella te olvide
de Madrid a la Tercera?

CELIO. Esta es ya resolución;
yo busco una casadilla
de algunas que en esta villa
tienen firmado el perdón;
este es amor, ¡pesia tal!,
por que un hombre pena y goza.

ROBERTO. Yo sé una gallarda moza.

POMPILIO. Creo que lo piensas mal;
que aquel sufrir que el marido
goce lo que un hombre adora
mucho del gusto desdora,
o el temor, si lo ha sabido.

CELIO. Eso es lo mejor, ¡por Dios!;
pues de balde, si hay secreto,
tengo un hombre que, en efeto,
la ha de guardar por los dos.

GODOFRE. Al fin, cansancio, si es ruin.

CELIO. Enamorarse primero
del marido.

POMPILIO. Otro más fiero
que ha de dar celos, en fin.

CELIO. ¿Por qué, si aquélla le deja
por mí? Pues si le estimara,
ni me viera ni buscara.

POMPILIO. Lo que no siente aconseja.

ROBERTO. Aquí viene una tapada,
y no de mal parecer.

(*Sale* DRUSILA, *dama, con su manto y tapada, y* ELVIRA, *su criada, con ella.*)

CELIO. ¡Hola, tapada mujer!
¿Eres doncella o casada?

DRUSILA. Casada; mas ¿a qué efeto
lo preguntáis?

CELIO. Tuyo soy.
Desde hoy mi hacienda te doy,
y a tu chapín me sujeto.

DRUSILA. ¡Gracia tiene el forastero!

CELIO. ¿De casa (1) vuesa merced?

DRUSILA. No suelo yo hacer merced
si no hay servicios primero.

CELIO. ¡Pesia tal! A tiempo estoy,
como de la guerra vengo;
que os quiero dar cuanto tengo
si sola una mano os doy.
Descubrid, a ver.

DRUSILA. Entrad
en esta tienda, que aquí
parecerá mal.

CELIO. ¡Ah, sí,
no me acordaba, en verdad!
No traigo dinero.

DRUSILA. ¡Adiós!

CELIO. No os vais: sobre esta cadena
lo darán.

DRUSILA. ¡A fe que es buena!
¿Tiene otra?

CELIO. Y otras dos.
¿Tenéis celoso marido?

DRUSILA. Sí; pero es hombre ocupado.

CELIO. ¿Deja alguna noche el lado?

DRUSILA. Agora a Toledo es ido.

CELIO. Pues, alto, en la tienda entrad.

DRUSILA. ¿Qué tomaré?

CELIO. Hasta mil reales.

---

(1) Quizás haya escrito Lope "¿Do posa vuesa merced?".

DRUSILA. Entro.
CELIO. Oíd.
DRUSILA. ¿Ya dais señales
de arrepentido?
CELIO. Escuchad,
que se ha de hacer una cosa.
DRUSILA. ¿Cómo?
CELIO. Que el concierto sea
ninguno en siendo vos fea,
y cierto si sois hermosa.
DRUSILA. Yo sé que os agradaré.
CELIO. Si no, llamaréme a engaño.
DRUSILA. ¿Sois menor de edad?
CELIO. Este año.
DRUSILA. Pues el otro os hablaré.
CELIO. Entrad; que basta oler bien
para que seáis hermosa.
DRUSILA. Voy.
ROBERTO. La moza es amorosa;
yo me he de empeñar también.—
Perdone vuesa merced (1),
porque mi cadena está
con la jáquima.
POMPILIO. Está ya
la casadilla en la red.

CELIO.

Adiós, doncellas fáciles y blandas,
que, en nombrándoos cualquiera casamiento,
dejáis las esperanzas de otro al viento;
adiós, cabellos, cartas, cintas, bandas.
Adiós, tejados, rejas y barandas,
que ya no quiero andar sin fundamento
hecho, por adorar un aposento,
majadero cruel de vuestras randas.
Adiós, deseos y esperanzas vanas,
verdades imposibles, mas doncellas,
que, por ventura, aquel lugar guardado.
Adiós, aquel mañana, mil mañanas;
que ya me voy a las casadas bellas,
que pagan lo que deben de contado.

(*Vase.*)

ROBERTO.

Adiós, adiós, virgíferas fregantes;
adiós, cama de ropa, o casamiento;
adiós, cruel murciélago sangriento,
túnica de otros mil disciplinantes.
Adiós, bolsa de arzón, cuero de guantes,
remiendo que zurcido engaña a ciento;

(1) Esto se lo dice a la criada.

adiós, puerta de carros de convento,
abierta sólo a tiempos importantes.
Adiós, talludas y ásperas doncellas;
un necio os busque, sirva y os halague,
que todos dicen que lo hurtado es bueno.
Adiós, que voy a las casadas bellas,
donde, entre puertas, como perro, pague
a puros palos el bocado ajeno.

(*Vase también.*)

POMPILIO. ¡Qué bien le sigue el humor!
GODOFRE. ¡Por Dios, que este mozo es loco!
POMPILIO. O él quiso a Ricarda poco,
o todo aquello es furor.
Vamos a ver en qué pára.
GODOFRE. La cadena le habrá dado.
POMPILIO. El que juega de picado
en ningún daño repara.

(*Vanse, y salen* CELIO *y* DRUSILA.)

CELIO. Contento estoy del concierto.
DRUSILA. Y yo de lo que he tomado.
Liberal sois.
CELIO. Soy soldado.
DRUSILA. Sólo el silencio os advierto.
Mala fama siempre os dan.
CELIO. Pues, por Dios, que os han mentido.
DRUSILA. Creo que sois bien nacido.
¿Sois soldado o capitán?
CELIO. Entre los dos solía ser.
DRUSILA. ¿Alférez sois, por mi vida?
CELIO. De una conquista fingida;
de una engañosa mujer...
¡Ay, cruel, en qué me pones
por despreciarme de ti!
DRUSILA. Alférez, yo vivo aquí;
esto es acortar razones.
Yo estoy ya de vuestro talle,
término y entendimiento
de suerte que no me siento
para decirlo en la calle.
Sois gentil hombre y galán,
que por vos perderme temo.
ROBERTO. En vivo fuego me quemo;
los ciegos se lo verán (1).
DRUSILA. Drusila es mi nombre, en fin,
casada; que a no lo estar,
la casa os diera lugar;
mas la vecindad es ruin,
que hay vecino tan indino
deste buen nombre tener,

(1) Siempre dirigiéndose a ELVIRA.

que no se acuesta por ver
lo que hace su vecino.
Soy honrada, de tal suerte,
que sólo de vos ha sido
mi honrado esposo ofendido
y yo condenada a muerte.
Mas ya estoy determinada,
y por si no lo creéis,
no os veré si no os volvéis
la seda y tela comprada.
Dáselo, Elvira, al criado.
¡Jesús, qué perdida estoy!

CELIO. A fe de quien soy (1)
que me enoje.

DRUSILA. Es excusado;
no lo tengo de llevar.

CELIO. ¿Es que estáis arrepentida?

DRUSILA. De daros el alma y vida,
mi bien, no lo puedo estar.
Ahora no lo des si piensa
este caballero engaño.

CELIO. Hacéisme notable daño,
y en el honor grave ofensa.

DRUSILA. A no ser facilidad
esta noche... Mas no sea,
que será cosa muy fea
a mi estado y calidad;
y los hombres poco estiman
eso que les cuesta poco.

CELIO. No me volváis, mi bien, loco,
si mis prendas os animan.
Venga yo, que antes el dar,
no habiéndolo merecido,
aumenta el bien que no ha sido
bien, tras largo esperar.

DRUSILA. El hacer cosa tan nueva
y contraria a quien yo soy...

CELIO. Palabra, señora, os doy
que a la ropa no me atreva.
Hablarémonos yo y vos.

DRUSILA. ¿Guardaréis secreto?

CELIO. Sí.

DRUSILA. ¿Vendrá, Elvira?

ELVIRA. Sí.

DRUSILA. Vení.

CELIO. Vendré.

DRUSILA. Sí, ¡válame Dios!

CELIO. ¿Qué seña?

DRUSILA. Un silbo o suspiro.

CELIO. Suspiro será mejor.

DRUSILA. Pues yo me entro, mi señor,
y mi espejo en que me miro.

CELIO. Entraos, estrella del cielo.

ROBERTO. ¿Vendré yo también?

ELVIRA. ¡Pues no!

ROBERTO. ¿Qué seña?

ELVIRA. El abrirte yo.

ROBERTO. Adiós, tigre.

ELVIRA. Adiós, mochuelo.

(*Vanse* DRUSILA *y* ELVIRA.)

CELIO. Vámonos a armar, Roberto.

ROBERTO. Es buena.

CELIO. Linda señora,
para que, siendo la hora,
acudamos al concierto.

ROBERTO. ¿Y Ricarda?

CELIO. Ya no sé
si está en el mundo Ricarda.

ROBERTO. ¿Traeré morrión y alabarda?

CELIO. ¡Majadero! ¿Para qué?

ROBERTO. ¿Qué sabe el hombre qué topa?
Pero quiérote avisar
que la gala del nadar
es saber guardar la ropa.

(*Vanse, y salen* POLÍFILO *y* FESENIO, *rufos, vestidos de noche.*)

POLÍFILO. Solía vivir siguro
de competidor y celos.

FESENIO. Todos lloran esos duelos.

POLÍFILO. Que me han lastimado os juro.
Anda aquí un cierto bonete
que se disfraza de noche,
hombre de mulaza y coche,
que un monte de oro promete.
Y aunque éste es más de temer,
cierto mozo del lugar
me ha dado que sospechar
en la fe desta mujer;
que es galán y (1) valentón,
y pienso que la requiebra.

FESENIO. Ello es vivir en Ginebra.

POLÍFILO. Esto llaman afición.

FESENIO. La mujer ¿no os quiere bien?

POLÍFILO. Mostrado me ha voluntad;
mas pocas tratan verdad,
por siempre jamás amén.

FESENIO. En gracioso engaño estás.

POLÍFILO. Desconfiado las miro:

---

(1) Verso incompleto. Quizá diría: "Pues, a fe de quien yo soy."

(1) En el manuscrito "galán e valentón".

no hay mujer que no haga un tiro
al hombre que quiere más.
FESENIO. Uno puédese sufrir.
POLÍFILO. Yo sólo al segundo aguardo;
que ha de ser cuento gallardo
lo que he de hacer y decir.
FESENIO. ¿Habéis de entrar esta noche?
POLÍFILO. No, que he venido a acechar;
que le tengo de espiar
aunque toda la trasnoche.
FESENIO. Luego ¿matarla queréis?
POLÍFILO. No, que pretendo dejalla;
pero pienso santigualla.
FESENIO. ¡Qué cuerdamente lo hacéis!
Pero, escuchad, ¡pesia mí!,
Polífilo, que dos bravos
doblan del puerto los cabos.
POLÍFILO. Fesenio, apartaos de aquí.

(*Salen* CELIO *y* ROBERTO, *de noche.*)

CELIO. Llegar quiero a hacer la seña.
ROBERTO. ¿Y cuál era?
CELIO. Suspirar.
ROBERTO. Pues ¡sus! que no hay más de en-
según me dijo la dueña. [trar,
CELIO. ¡Ay!
ROBERTO. No responden, por Dios.
¿Quieres que suspire yo?
CELIO. Sí.
ROBERTO. ¡Ay!
CELIO. Tampoco.
ROBERTO. Pues suspiremos los dos.

(*Suspiran ambos a un tiempo.*)

AMBOS. ¡Ay!
ROBERTO. Bien lo hemos entonado;
mas tampoco han respondido.
Por dicha habrán entendido
que algún asno ha rebuznado.
POLÍFILO. ¿Quién es, Fesenio, esa gente?
¿Si es otro del que esperabas?
FESENIO. ¿Quién duda?
CELIO. Suspira, ¿acabas?
ROBERTO. ¡Ay, ay, ay, ay, ay!
CELIO. Detente.
¿Es para hoy el suspirar?
ROBERTO. Paso: ya salen a abrir.

(*Vanse.*)

FESENIO. ¿Has de matar o morir?
POLÍFILO. No.
FESENIO. Pues ¿qué?
POLÍFILO. Sólo estorbar.
¿Entraron?
FESENIO. Pues ¿no lo ves?
POLÍFILO. Aguarda.
FESENIO. ¿Qué has prevenido?
POLÍFILO. Decir que soy su marido.
FESENIO. Bien dices.
POLÍFILO. Voy.
FESENIO. Llama, pues.
POLÍFILO. ¿Ah de casa?
ELVIRA. ¿Quién es?
POLÍFILO. Yo.
ELVIRA. ¿Quién es yo?
POLÍFILO. Tu amo, Elvira.
ELVIRA. ¡Señora, mi señor!
POLÍFILO. Mira
cuál va la moza.
ELVIRA. ¿Abro?
DRUSILA. No.
POLÍFILO. Abre, aquí, pues.
DRUSILA. Por aquí.

(*Hablan dentro todos.*)

CELIO. ¿Por dónde?
DRUSILA. Hacia el gallinero.
ROBERTO. Aquí está el pozo.
POLÍFILO. ¿Qué esperas? (1)
ELVIRA. ¿Abriré, señora?
DRUSILA. Sí.
FESENIO. La puerta han abierto ya.
DRUSILA. ¿A tal hora, mi señor?

(*Sale.*)

POLÍFILO. ¡Conócesme!
DRUSILA. ¡Enredador!
Detente; no entres acá.
POLÍFILO. ¿Cómo que no? ¡Afuera, aparta!
DRUSILA. Ese es mucho atrevimiento:
salte de aquí al momento.
POLÍFILO. ¿Quieres que el rostro te parta?
DRUSILA. ¿Qué más pudieras hacer
cuando fueras mi marido?
POLÍFILO. ¿Dónde está el hombre escondido?
DRUSILA. ¿Hombre?
POLÍFILO. Tu casa he de ver.
DRUSILA. Los celos, que con antojos
lo que miran engrandecen,
en hombres sombras ofrecen
a los desvelados ojos.
Mira que te has engañado.

---

(1) Para la consonancia debiera ser "espero".

POLÍFILO. ¿Fesenio aquí no lo vido? (1)
FESENIO. Un hombre, y aun dos, vi yo.
DRUSILA. ¿Y sabes que aquí han entrado?
FESENIO. No me certifico bien.
DRUSILA. Sería en cas del vecino.
POLÍFILO. He de hacer un desatino.
DRUSILA. ¿Por qué no? Y aun dos también.
Entra y mira, que esta casa
tiene dueño, y que es marido.
FESENIO. Ya, Polífilo atrevido,
esto de lo justo pasa;
entra y sosiégate un poco;
mira que es mujer honrada
y que basta ser casada.
POLÍFILO. ¿En razón pones a un loco?
Vamos, que yo lo he de ver.
DRUSILA. ¡Ay de mí! que (2) ¿a aquesto he [venido?
sufriré a un atrevido:
estoy sola, soy mujer.
¿En casa de qué perdida
tanta libertad se usara?
¡Pagaldo, cabello y cara!

(*Mésase.*)

POLÍFILO. Paso, detente, mi vida:
deja la cara y cabello,
que creo que me engañé.
Digo que no miraré
la casa, ni hablaré en ello.
DRUSILA. No, no; toda la has de ver;
honrada soy; bien te quiero.
POLÍFILO. Soy un loco, un majadero.
¿Mi amor te pudo ofender?
Dame perdón, y no llores.
DRUSILA. Entra, y sentaráste un rato.
FESENIO. ¿Creído habéis, mentecato,
las lágrimas?
DRUSILA. Entra, amores.

(*Vanse, y salen* CELIO *y* ROBERTO, *llenos de harina*.)

CELIO. ¡Traidor! ¿Dónde me guiaste?
ROBERTO. No lo preguntes: camina.
CELIO. En el arca de la harina,
por lo menos, me encerraste.
ROBERTO. ¿Era mejor en el pozo?
Todo lo que dijo oí.
CELIO. ¿Es su galán?
ROBERTO. Señor, sí;
y a fe que es valiente mozo.
Aquí viene bien, por Dios,
aquel tu dicho discreto:
"Un hombre tengo, en efeto,
que la guarda por los dos.
Es bueno amor de casada."
CELIO. ¿Dónde habrá segura fe?
¿Sábeslo tú?
ROBERTO. Bien lo sé.
CELIO. ¿Dónde?
ROBERTO. En la pintada.
CELIO. No es tan mala una doncella.
Como loco estoy, Roberto,
apenas la calle acierto.
ROBERTO. Nunca acertarás a ella.
¡Buenos amo y mozo van!
Mil reales, capas y espadas,
las caras enharinadas
y en casa el otro galán.
No más casadas, por Dios.
CELIO. Con el amor he acabado.
ROBERTO. ¿Yo harina? ¿Era yo pescado?
Despídete, y vámonos.

CELIO.

Adiós, casadas; piélago de engaños;
adiós, las que no sois tan virtuosas
que, en siendo esposas, os echáis esposas
para la libertad de tantos años.
Dichoso el que, con justos desengaños,
pasa con su mujer horas dichosas;
y más el que no vió las peligrosas
fortunas de la mar de tantos daños.
Adiós, taza dorada con veneno.
Amor, no es bien que más el arco vibres;
hoy de tu reino al libre me despachas.
Adiós, fruta sabrosa en huerto ajeno;
que yo me voy a las solteras libres,
que no engaña quien vende con sus tachas.

(*Vase.*)

ROBERTO.

Adiós, Elvira; adiós, esposa y dueña;
adiós, capa de raja nueva y fina;
adiós, espada de quedarse indina,
pero temieron las espaldas leña.
Adiós, casa de piedra berroqueña,
donde dejar mi amo determina
mil reales empleados en harina,
con que otro duerme y por ventura sueña.
Adiós, peligro cierto y bien prestado;
que mal trata verdad, por tales modos,
quien con su dueño tiene tan mal trato,

(1) Acaso deba leerse "vió".
(2) Sobra el "que".

que desde aquí me voy a lo guisado:
que eso, y el paño pardo, dicen todos
que siempre es lo mejor, lo más barato.

(*Vase.*)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* Polífilo *y* Fesenio, *rufianes.*)

Polífilo. Si no es que de priesa vais,
a ver a Risela entremos.
Fesenio. Ocupada la hallaremos.
Polífilo. Debe de ser que lo estáis
y que lloráis otros duelos.
Fesenio. Nunca yo la quise más;
sino es que amor vuelve atrás,
o va adelante con celos.
Polífilo. Si son celos, un amante
[que] a no querer se resuelve,
atrás vuelve, pero vuelve
para pasar adelante.
No han de ser vuestros recelos
de querer o no querer,
que de una libre mujer
es necedad tener celos.
Con mi ejemplo y experiencia
liciones habéis tenido
que al hombre que está rendido
le cumple tener paciencia.
Si yo en Drusila, casada,
y que, en fin, profesa honor,
y a tal peligro, en rigor,
de serlo vive obligada,
hallé tan gran desatino
que un hombre en su casa entró
estando viéndolo yo,
y a sufrir me determino,
y digo que son antojos,
vos, que a mujer libre amáis,
menester es que sufráis
o ceguéis de entrambos ojos.
Entrad, que si habéis reñido
quiero hacer las amistades.
Fesenio. ¡Que haya puesto mis verdades
en un sujeto fingido!
¡Que un hombre pueda querer
mujer que no tiene amor!
¿Esto es amor o furor?
Polífilo. Necedad debe de ser.
Fesenio. Si saco el pie de este lago,
nunca más amor soltero;
mañana hacer cuentas quiero
y tomar carta de pago.
Ella sale, y con galán.
Polífilo. No hay consonancia en vacío.

(*Sale* Risela, *cortesana, y con ella* Celio, *galán, y* Roberto.)

Risela. En efeto, alférez mío,
que a do las toman las dan.
Celio. Yo no os doy celos a vos,
que vos me los dais a mí.
Dos hidalgos hay aquí.
Risela. Son muy de casa los dos.
¿Señor Fesenio?
Fesenio. ¡Oh, Risela!
Celio. Roberto, aquí no hay verdad,
que todo es comunidad.
Roberto. Guarte de alguna cautela.
Celio. ¿Mujer había de engañarme
tras el pasado escarmiento?
Roberto. Mira que vayas a tiento.
Celio. ¿Aquí hay más que dar y darme?
Polífilo. ¡Ea! Amigos seréis.
Fesenio. ¿Quién es este caballero?
Risela. Un cierto soldado fiero,
que quiero que me ablandéis,
que trae una cadenilla
que le deseo coger.
Polífilo. ¿Es necio?
Risela. A más no poder.
Puédenle echar una silla.
Celio. Yo, Roberto, por venganza
de la casada molesta,
quería vengarme désta,
y tengo buena esperanza;
que ha mirado la cadena,
que es el cebo en que ha de dar.
Roberto. ¿De ella te quieres vengar
estando de culpa ajena?
Celio. Sí, que basta ser mujer.
Roberto. ¿Y piensas cenar aquí?
Celio. Para eso un doblón le di.
Roberto. Pues ¿qué engaño le has de hacer?
Hate pescado un doblón,
¿y dices que has de engañalla?
Un doblón una muralla
derriba como un cañón.
¿No digo yo que aún estás
todavía moscatel?
Celio. Yo sabré esquitarme dél.
¡Ya no engaños, ya no más!
Roberto. Si te engañó una doncella
y una casada inhumana,

¿que hará libre y cortesana,
que no hay gitana como ella?
Guárdate de la mujer
que tiene amar por oficio,
que ya del mucho ejercicio
viene a no poder querer.
¿No has visto que el confitero
no come dulce jamás?
Pues así en éstas verás
que no hay amor verdadero.
Como el hastío atropella
al gusto, y el deseo calma,
tienen callos en el alma
y así no se sienten della.

FESENIO. En fin, ¿dices que he de entrar
y ese ruido fingir?

RISELA. Luego al punto has de venir;
y agora llegalde a hablar.
Estos caballeros quieren,
señor alférez, hablaros.

FESENIO. Por serviros y estimaros,
si admitidos de vos fueren;
que Risela nos ha dado
tan buenas nuevas de vos,
que de hoy más...

CELIO. ¡Paso, por Dios,
que me habéis mucho obligado!

POLÍFILO. Yo, de mi parte, os ofrezco
una grande voluntad.

CELIO. Yo de un soldado amistad,
si, por serlo, algo merezco.

ROBERTO. ¿No digo yo que es engaño?
Miren por dónde ésta ordena
que éstos no coman la cena.
Pues no será solo el daño.

POLÍFILO. Yo tengo un poco que hacer;
más despacio os quiero hablar.

CELIO. No os vais.

POLÍFILO. Tengo que guardar.

CELIO. ¿Qué guardáis?

POLÍFILO. Una mujer.

CELIO. Argos no pudo, y tenía
cien ojos.

POLÍFILO. Yo tengo mil;
soy como lince sutil;
velo de noche y de día.

CELIO. Creed que os ha de engañar.

POLÍFILO. Una burla me intentó.

CELIO. ¿Cómo así?

POLÍFILO. Mas vila yo;
que vi un hombre en su casa en-
[trar (1).
Estaba ausente el marido
y fingíme que era él;
llamé por vengarme en él.

CELIO. ¡Por Dios, que me ha conocido!
Roberto, ¿no escuchas esto?

ROBERTO. Calla, y verás lo que pasa.

POLÍFILO. Cuando me abrieron la casa
ya estaba él en salvo puesto;
pero he sabido después
que el arca de la cocina
me le revistió de harina
de la cabeza a los pies.

CELIO. ¡Válame Dios!

POLÍFILO. Fué, sin duda.

ROBERTO. ¿Qué te admiras, si eres tú?

CELIO. ¿Que allí se entraba? ¡Jesú!

POLÍFILO. Y aun fué menester ayuda.
Dejóse allá mil rëales,
capa, y espada, y broquel.

CELIO. Diera por verle...

POLÍFILO. Al fin dél
hizo lo que de otros tales,
que es bella la casadilla;
quiero decir que es bellaca.

ROBERTO. ¡Mátenme, si no es matraca
con villancico y letrilla!
Consuélome, que de mí
no habla en esta ocasión.

POLÍFILO. Allí estaba un bellacón,
que también entrar le vi,
que hasta las barbas dejó,
y anduvo en un gallinero
haciendo, a la cuenta, cero
de las gallinas que halló.

ROBERTO. ¡Vámonos, señor, de aquí!

POLÍFILO. ¡Mirad si quien esto ve
es razón que alerta esté!

CELIO. Todo lo ha dicho por mí.

POLÍFILO. Pues ¡vive Dios!, si otra viene,
que ha de llevar coz.

CELIO. Desde hoy
mirar por mí me conviene (1).

POLÍFILO. ¡Adiós!

FESENIO. Yo quiero ir con vos,
que, solo, a peligro vais.

CELIO. Suplícoos merced me hagáis
de que vaya con los dos.

FESENIO. No, no; bien quedáis aquí.

ROBERTO. No más harina y molino.

FESENIO. ¡Adiós, Risela!

(1) Sobra el "que".

(1) Falta un verso a esta redondilla.

CELIO. Imagino
que se han burlado de mí.

(*Vanse* POLÍFILO *y* FESENIO.)

RISELA. ¡Adiós, Polífilo, adiós!
Señor Fesenio, a más ver.
CELIO. ¡Dios me libre de mujer,
y la primera de vos!
ROBERTO. Mejor dirás la tercera,
pues ya dos te han engañado.
RISELA. ¿Cenaremos?
CELIO. Ten cuidado (1).
RISELA. Venga la cena; ¿qué espera?
Graciosa es la cadenilla.
¿A ver?
CELIO. Bien la podéis ver.
RISELA. Bien me la podré poner.
ROBERTO. ¡Oh, mulo de albarda y silla!
¿Qué has hecho?
CELIO. ¿No sabré yo
quitársela?
RISELA. ¡A fe que es buena!
Leonida, venga la cena.
ROBERTO. ¿Tú, cobralla?
CELIO. ¿Por qué no?
RISELA. Mete este bufete aquí.
CELIO. Bien pensáis que fina es.
RISELA. ¿Luego no?
CELIO. Porque después
no os quejéis, mi bien, de mí,
no os digo que sólo tiene
cien reales de oro.
RISELA. Pues si es
de tan pequeño interés,
que me la deis bien os viene.
¡Hola! Trae aquí toallas.
CELIO. Aunque es vergüenza decillo,
os quiero dar este anillo
y un trencellín (2) de medallas;
mas la cadena no puedo,
que me la dió cierta dama.
RISELA. ¿Y ese término se llama
de corte? Paso: estad quedo.
¡Jesús! Queriéndoos bien yo,
¿otra mujer me nombráis?
No la veréis, si os secáis.
CELIO. Dámela.
RISELA. No quiero, no.
¿Esa afrenta a mí, en mi casa?
¿En mi casa otra mujer?
¿Cadena de otra traer,
para que me amartelara?
Echarla tengo en un pozo;
no la veréis más, ¡traidor!
CELIO. ¿Hay tal enredo?
ROBERTO. ¡Ah, señor!
¿Ves que en efeto eres mozo?
¿Eran mis consejos malos?
CELIO. Señora, si ayer os vi,
¿qué amor habéis visto en mí,
qué ternuras, qué regalos?
¿Tenía yo obligación,
pues jamás os conocí,
de no traer prenda aquí
de otra pasada afición?
RISELA. ¡Quite allá! ¿Conmigo chanzas?
CELIO. Esto es amor de tercera.
ROBERTO. Cobrémosla comoquiera.
No conmigo manchas (1);

(*Pónele una daga al pecho.*)

que, aunque me ve borregón,
la sacaré de pecado.
RISELA. ¿A mí daga?
ROBERTO. Arrugo estrado,
y lo demás del mesón.
RISELA. ¡Justicia de Dios, aquí;
aquí, que me están matando!

(*Sale* FESENIO.)

FESENIO. ¿Es de veras o burlando?
CELIO. De veras es, ¡pesia mí!
RISELA. Señor, quiérenme matar.
FESENIO. Salgan de la casa presto,
que no se puede hacer esto
en el más sucio lugar.
CELIO. ¡Dale! ¡Mátale!
FESENIO. ¡Ay de mí!

(*Cae.*)

¡Muerto soy!
CELIO. Déjale y vamos.
ROBERTO. La cadena, al fin, dejamos.
CELIO. Sígueme.
ROBERTO. Ya voy tras ti.

(*Vanse.*)

RISELA. ¡Bien se ha hecho la invención!
FESENIO. ¿Fingí bien estar herido?
RISELA. Tanto, que lo habría creído
si durara la quistión.

(1) Esto parece que lo diría ROBERTO.
(2) En el texto dice "transalín".

(1) Así en el texto. Quizá dijese "No conmigo tales danzas", o cosa parecida.

(*Sale* POLÍFILO.)

POLÍFILO. ¿Soy yo menester acá?
FESENIO. No, que ya se van huyendo,
que quedo muerto creyendo.
POLÍFILO. ¿Y la cadena?
RISELA. Aquí está.
POLÍFILO. ¿Quién diera en aqueste enredo?
RISELA. ¿Si es falsa?
POLÍFILO. El peso y color
dicen que es fina.
FESENIO. En rigor,
engañar mozuelos puedo.
RISELA. Vamos los tres a cenar
lo que trujo el moscatel.
POLÍFILO. Por si vuelve con tropel,
haced las puertas cerrar.

(*Vanse, y salen* CELIO *y* ROBERTO.)

CELIO. Envaina, no nos encuentre,
Roberto, algún alguacil,
que a estas horas andan mil.
ROBERTO. Ya, señor, le ruego que éntre,
y con la sangre entra mal.
CELIO. Luego ¿tú también le heriste?
ROBERTO. ¡Qué! ¿La estocada no viste?
CELIO. ¿Estocada?
ROBERTO. ¡Pesia tal!
CELIO. ¡Bueno queda el pobre hidalgo
por defender la mujer!
Si viene alguacil, correr.
ROBERTO. Temo que me alcance un galgo.
CELIO. ¡Qué revés que le di yo
sobre el reparo primero!
ROBERTO. Cuando el hombre dijo: "¡Muero!",
de mi estocada cayó.
CELIO. ¡Ya le estarán confesando!
ROBERTO. ¡Pobre dél, cuál está agora!
CELIO. No cenará la señora.
ROBERTO. Quizá está con él cenando.
CELIO. Llamemos en Santa Cruz.
ROBERTO. Mejor en San Sebastián.
CELIO. Sospecho que no abrirán.
ROBERTO. Lejos he visto una luz.
CELIO. Pues de mi consejo, hermano,
vámonos a nuestra aldea,
que no hay sagrado que sea
para guardarnos tan llano.
Mi padre está allá en su agosto;
créeme, y vamos allá
hasta saber cómo está.
ROBERTO. Parece el camino angosto
en que andará la cadena.
CELIO. Dala al diablo, y no te pares.
ROBERTO. Menester es muchos pares
hasta que halles mujer buena;
pues hartas debe de haber.
CELIO. ¿Cómo al sol no las igualas?
ROBERTO. Si las buscas para malas,
no hallarás buena mujer.

(*Vanse, y sale* RICARDA *huyendo, y tras della* JULIO, *su marido.*)

JULIO. ¿Papeles tú? ¡Vive Dios,
que has de morir!
RICARDA. Julio mío:
¿es amor o es desvarío?
Si es amor, matadme vos.
JULIO. ¿Desvarío puede ser,
si en un arca tuya están?
¿Yo afrentado? ¿Tú galán?
¿Yo honrado? ¿Tú mi mujer?
¡Hoy, Ricarda, morirás!
RICARDA. Agora caigo en lo que es.
Suplícote me los des,
y lo que ha sido sabrás.
JULIO. ¿Qué puede haber sido?
RICARDA. Advierte...
JULIO. Di, presto.
RICARDA. Un momento aguarda.
JULIO. Confiésate a Dios, Ricarda.
RICARDA. Oye, y daràsme la muerte.
Nació en la calle Mayor,
corazón de aqueste pueblo,
un hombre de honrados padres
y bien nacidos abuelos.
Nací yo junto a su casa,
tan junto, que sola en medio
la calle nos dividía:
llamábase el hombre Celio.
Fueron creciendo los años
y la vecindad creciendo;
puse yo en Celio los ojos
y él puso en mí los deseos.
Vía yo sus nuevas galas
y él mis pensamientos nuevos;
que, sin duda, los vestidos
nacen de los pensamientos.
Si estaban cerca las casas,
no estaban las almas lejos;
que casas y almas trocamos,
uno en el otro viviendo.
Mirábame en San Ginés,
las fiestas, el hombre atento,
y en ser delante de Dios
vi que era honrado su celo.

Escribíle y respondióme (1),
bien que no rendida, luego;
pero el áspero principio
vino a tener el fin tierno.
Habléle una noche y muchas,
con tanto recato y miedo,
que pensé que eran mis padres
algunas veces los perros.
Concertámonos casar,
y resultó del concierto
que firmamos un papel,
con solemne juramento.
No fué parte este seguro
para que ya más mi pecho
se rindiese a sus palabras;
¡sabe Dios que no te miento!
Andaba cansado el hombre
de mi amoroso desprecio;
que el bien de amor dilatado
suele causar descontento.
Y como la gran jornada
se ofreciese, en este tiempo,
que el Marqués de Santa Cruz
hizo a la Tercera luego,
con don Tomás de Granvela (2),
un famoso caballero,
del gran Cardenal sobrino,
que hoy lloran tres reinos muerto,
partió a Lisboa; embarcóse;
hallóse en todo el suceso;
volvió a Madrid, y ese día
entendió mi casamiento.
Yo, por gusto de mi padre,
negué el pasado concierto:
firma, amor, papel, palabra,
gusto, trato y juramento;
y como ya me olvidé,
con tenerte por mi dueño,
de todo el tiempo pasado,
cartas, papeles, requiebros,
ésos hallaste olvidados,
entre mis vestidos viejos,
que no tuviera disculpa
si los vieras en los nuevos.
Esta es la verdad de todo;
no tengas de Celio celos,
que, con pasadas palabras,
bien sabes que no te ofendo.

JULIO. ¡Buena disculpa has hallado!
Mujer que esos pasos dió,
¿de qué suerte sabré yo
que tuvo su honor guardado?
¿Cuánto te fuera mejor
no ser ingrata a tu amante,
que con hecho semejante
venir a manchar mi honor?

RICARDA. Luego ¿todas las casadas
no hablaron, siendo doncellas;
digo todas, muchas dellas?

JULIO. No, las que fueron honradas.

RICARDA. Trabajo el mundo tenía
si una palabra o papel
fuera ofensa que por él
el marido recibía.
Esos puntos y rigor
más achaques, Julio, han sido
de que me has aborrecido,
que no de guardar tu honor.

JULIO. Si yo tuviera testigos
que eso todo así pasó,
ya pudiéramos tú y yo
quedar esta noche amigos.
Pero no los puede haber,
y así, tengo por mejor
matarte en duda.

RICARDA. Señor,
mira que soy tu mujer,
y no quedas bien así,
supuesto que me hayas muerto,
pues han de tener por cierto
que, en efeto, te ofendí.
Y no queda con buen nombre
hombre que eso venga a hacer,
aunque mate a su mujer,
si también no ha muerto al hombre.

JULIO. Ese yo le buscaré.

RICARDA. Pues dejadme un poco entrar,
que me quiero encomendar
a Dios, pues muero en su fe.

JULIO. Entra; y rézalo de presto.

RICARDA. Poco achaque ha menester
de matar a su mujer
quien aborrece tan presto.

(*Vase* RICARDA.)

JULIO.

¡Oh, malditos papeles, cuántos daños
habéis hecho en el mundo, que no hay suma
que los pueda contar; fuego os consuma,
que así dais ocasión de hacer engaños!
¡Cuántos en reinos proprios y en extraños
levantasteis del suelo como espuma;

(1) Debería ser "escribióme y respondíle".
(2) Alias Perenoto.—(Nota de la comedia.)

pero a veces volar con una pluma
suele venir a malograr los años!
¡Cuántos, sin culpa alguna, habréis culpado
por no poder saberse la disculpa!
¡Grande poder es un papel escrito!
Que sois testigos mudos del pecado;
y, siendo los terceros de la culpa,
venís a ser la prueba del delito.
Ya tarda; quiero llamar
quien a tal ejecución
ayude mi sinrazón
y me pueda acompañar.
¿Tancredo?

(*Sale* TANCREDO, *su criado.*)

TANCREDO. ¡Señor!
JULIO. ¿Acaso
escuchabas mi disgusto?
TANCREDO. A todo tu enojo injusto
di el alma sin mover paso.
¿Posible es que en mi señora
has puesto mal pensamiento?
JULIO. Creo que ya me arrepiento,
que estoy más templado agora.
Entra y di que salga aquí,
entenderé bien lo que es.
TANCREDO. Pues eres cuerdo, bien ves
lo que te importa.

(*Vase.*)

JULIO. Esto di.
Extraña fué mi locura,
si la pienso a sangre fría
¡Oh celosa fantasía,
cárcel del ingenio oscura!
Son, celos, vuestros reflejos
fuego en monte de pastor,
que está cerca el resplandor,
pero las centellas lejos.

(*Sale* TANCREDO.)

TANCREDO. ¡Extraño caso!
JULIO. ¡Ay de mí!
¿Matóse? ¿Está desmayada?
TANCREDO. Una sábana colgada
y el balcón abierto vi,
que le ató en el balaústre
y al suelo se descolgó.
JULIO. Culpa tuvo, pues huyó.
TANCREDO. Antes fué una hazaña ilustre.
JULIO. Al huír ¿tiene disculpa?
Vámosla a matar los dos.
TANCREDO. Socorrerla tiene Dios,
que, en efeto, está sin culpa.

(*Vanse, y salen* CELIO *y* ROBERTO.)

CELIO. ¿Posible es que en todo un mes
que ha que estamos en la aldea
tan oculto en Madrid sea
a venganza o interés?
Sin duda el hombre sanó;
ha dado de hidalgo indicio.
ROBERTO. Que la justicia, de oficio,
no busque me espanto yo;
y más donde tan astutos
viven mil hombres de asiento
de sólo imitar al viento.
CELIO. ¿Soplan?
ROBERTO. Son bravos canutos.
CELIO. Hombre que en eso se invicia
no es justo que hombre se llame.
ROBERTO. No hay oficio tan infame
que vender a la justicia;
tanto, que ella misma, a veces,
infame quien (1) le da aviso.
CELIO. ¿Qué crédito ganar quiso
con ministros y juëces,
quien hace oficio tan bajo?
ROBERTO. Que es harto vil te confieso;
mas a quien entiende en eso
nunca le falta trabajo:
que quien de vender se agrada
algo tiene de traidor.
CELIO. No hay donde asiente mejor
un palmo de cuchillada.
El hombre a quien yo la di
y tú la estocada, ha sido
hombre en todo bien nacido.
ROBERTO. Querrá vengarse de ti,
con espada y no con queja,
que dicen que es de hombres ruines.
CELIO. Si acaso no está en maitines,
con la de entre ceja y ceja.
ROBERTO. ¡Pesia a tal, cómo le di
la de Domingo Gayona!
Mas, ¡cuál queda la persona
cuando le sucede así!
CELIO. No hay duda, sabroso queda
el brazo en esa ocasión.
ROBERTO. Bravo estoy como un león:
no hay quien sosegarme pueda;
sal de la iglesia, camina;
di que te vengan detrás,

(1) Parece deba leerse "infama a quien".

que, ¡por Dios!, que mate más
que un dotor de Medicina.

CELIO. Roberto, mi intención
es hallar una mujer
que yo pudiese querer
y no me hiciese traición.
Ya sabes las que he probado.

ROBERTO. Si para malas las quieres,
no busques buenas mujeres.

CELIO. Ya estás en eso pesado.

ROBERTO. ¿Cómo?

CELIO. Que bien puede haber
mujer que, aunque mala sea,
al hombre que la posea
parezca buena mujer.
Si fuera mala conmigo,
ninguna ley la condena
a que deje de ser buena:
y es (1) con dós, yo la maldigo.
La mujer que un hombre trata
y le guarda lealtad,
puede tener más bondad.

ROBERTO. Merece estatua de plata.
Pero ¿dónde la has de hallar,
si te han engañado tres?

CELIO. No en la corte, que ya ves
que no puedo en ella entrar (2);
y si la buscara buena,
yo te digo que la hallara;
que hay tantas, que antes contara
del mar la menuda arena.

ROBERTO. Pues ¿dónde?

CELIO. En este lugar.

ROBERTO. ¿Es aquella labradora
que salió de misa agora?

CELIO. Y ¿hay más bien que desear?
Estos sí que son amores,
donde la pura simpleza
les dió la naturaleza
como da al campo las flores,
y no aquellas cortesanas
llenas de afeites y enredos;
éstas sí que con diez dedos
se lavan por las mañanas.
Va y viene a Madrid con pan
esta bella panadera,
que, si otra cosa vendiera,
hartos a la mira están.

(1) Tal vez deba decir "si es".
(2) Toda esta comedia recuerda las primeras aventuras juveniles de Lope. Debió de escribirla durante su destierro de 1588 a 1595.

Hele dicho que la quiero,
y pienso que me ha pagado;
que aquí no hay ser engañado,
todo es amor verdadero.
Y aunque vergonzosa, en fin,
sin retóricos papeles,
juntó un sí con dos claveles
más rojos que su botín.

ROBERTO. ¿Y no habrá para mí
tantita labradorcita?

CELIO. Esta tarde hay baile y grita,
y tengo de hablalla allí;
que ya sabes que las fiestas
como hoy se juntan en corro.

ROBERTO. Para un amante modorro
son proprias ninfadas éstas.
Por labrador me confieso;
hoy veré si alguna humillo,
si es verdad lo del tomillo,
y si es salsero o cantueso.

CELIO.

¡Adiós, solteras de embelecos llenas;
libres, en fin, por tantas libertades,
que tenéis en querer más variedades
que el mar pescados y la Libia arenas.
Adoro muchas buenas, que las buenas
tienen siempre el valor de sus verdades;
de las que dan y toman voluntades,
hablen mis desengaños y mis penas.
Labradora del alma, que me labras
de nuevo a mí con esas manos bellas;
ya voy a oír tus rústicas palabras.
¡Adiós, casadas, libres y doncellas!;
que más vale querer quien guarda cabras
que no imitar los que proceden dellas.

ROBERTO.

¡Adiós, atolladeros y honduras
de la fragilidad del carro humano;
fríos de invierno, ardientes de verano,
mulazas de alquiler con mataduras!
Las buenas son angélicas criaturas;
yo las estimo, y a sus pies me allano;
hablo de las que son de mala mano,
que a tantos dan unciones sin ser curas.
Labradora más bella que unas natas,
sin botana o parchíferos portillos,
que hueles más que Coca y Alaejos;
muestra los quince puntos de tus patas;
que ya voy a cogerte los tomillos,
y quédense a curar los cueros viejos.

(*Salen el* ALCALDE, COSTANZA, PINARDO, GALERIO, ARMENTO *y* MIRENA *dando voces, con un tamboril y bailando y hablen.*)

ALCALDE. Siéntense todos por orden.
PINARDO. Eso sí: Alcalde, sentaos .
ALCALDE. Bailad, Pinardo, y cansaos.
PINARDO. Nunca hacéis una desorden.
ALCALDE. A estar aquí mi mujer,
aún todavía bailara;
que, con esconder la vara,
no lo pudiera el Rey ver.
GALERIO. Bailen los recién casados.
ALCALDE. Bailad, Armento y Mirena.
PINARDO. ¿Y Costanza?
GALERIO. No está buena.
ALCALDE. Ensanchalde los costados.
¡Voto al sol, que no hay coneja
que pueda tener con vos!
PINARDO. Párelos de dos en dos.
ALCALDE. Pues ¿de qué diablos se queja?
GALERIO. Ea, que bailan, callad.
PINARDO. Ya están los dos en el puesto.
ALCALDE. Toca, Perantón.
PINARDO. Por esto
se dijo...
ALCALDE. Pues ¡sus! tocad.
ROBERTO. ¿No es la que baila?
CELIO. Ella es,
y su marido aquel payo.
ROBERTO. Bonita, a fe de lacayo.
Ya me rebullen los pies.
CELIO. Baila un poco, por mi vida,
con ella, y dile al oído,
al dar la vuelta, que ha sido
de quien la adora homicida.
ROBERTO. No sé si homicida es buena
para labradora; vaya.
CELIO. Después, cuando lugar haya,
le hablaré.
ROBERTO. Voy como un trueno.—
¿No bailaréis un poquito
al hoyo, como en Madrid?
MIRENA. Sí, en buena fe.
ROBERTO. Pues salid,
que ya la ropa me quito.

(*Bailan* ROBERTO *y* MIRENA.)

ALCALDE. ¡Bien lo ha hecho el ballenato!
PINARDO. Regucijado lo habéis.
ROBERTO. ¿Por pesado me tenéis?
Pues si una barra arrebato...
GALERIO. ¡Par Dios, que baila a placer!
Gordura tiene ligera.
ALCALDE. Sí, mas ¿qué más ancas diera
una mula de alquiler?
Sentaos un poco, hablaremos
de las fiestas del Señor.

(*Hablan aparte* CELIO *y* MIRENA, *mientras los demás dicen*:)

ARMENTO. ¿Ha de haber hogaño autor?
ALCALDE. ¿Cómo? ¿Esas cosas tenemos?
Es tanta mi devoción
en los autos, que si fuera
pusible al lugar trujera
un auto de Inquisición.
ARMENTO. ¿Habrá tarasca?
ALCALDE. ¡Y qué tal!
No ha de quedar caperuza.
PINARDO. ¿Y comedia?
ALCALDE. La de *Muza*,
cuando entró en Ciudad Real.
GALERIO. ¿La historia no era mejor
del *Pródigo y la Serrana
de Placencia?* (1)
ALCALDE. Esta mañana
leí lo de Cañamor;
y a fe que si el sacristán
tiene la vena de tomo,
que no tiene el mayordomo
que andar tras Pedro ni Juan.
ARMENTO. ¿Es poeta?
ALCALDE. El otro día
le vide yo componer.
ARMENTO. ¿Y cómo?
ALCALDE. Fué muy de ver.
Gestos como una (2) mona hacía.
Tenía un jarro, que hiciera
mejor lo que él no acertó;
y a dos coplas que sacó
se bebió una azumbre entera.
GALERIO. ¿Y eso tacháis?
ALCALDE. Eso tacho;
aunque dijo un bachiller
que hombre que ha de componer
o ha de ser loco o borracho.
ARMENTO. ¡Por Dios, él dijo muy bien!
Mas ¿no le iremos a hablar?
ALCALDE. Vamos con él a tratar
lo de las danzas también.
PINARDO. ¡Alto, pues, que ya anochece!
Zagales, vamos de aquí.
CELIO. ¡Ay! ¿Será sin duda?

(1) *La Serrana de la Vera*, comedia de Lope.
(2) Sobra el "una".

MIRENA. Sí.
CELIO. Bien cumple quien bien ofrece.
Mira que te adoro y quiero.
MIRENA. Digo que vos sois mi vida.
CELIO. En fin, la gente dormida...
MIRENA. Sí, Celio, a la puerta espero.

(*Vanse, y quedan* CELIO *y* ROBERTO.)

CELIO. Ello queda concertado.
ROBERTO. ¿Para cuándo?
CELIO. Para luego.
ROBERTO. De mujer fácil reniego.
CELIO. ¿Fácil, si ha un mes que la agrado?
Pues ¿qué me costara más
una de las sobredichas?
ROBERTO. Ya no hay que temer desdichas:
en puerto siguro estás.
¿A qué hora habemos de ir?
CELIO. En estando el labrador
durmiendo.
ROBERTO. Mira, señor,
que acertemos a salir.
CELIO. En esta simplicidad
¿pones duda, majadero?
ROBERTO. ¿No es mujer?
CELIO. Probarla quiero,
hasta apurar la verdad.

(*Vanse, y salen* TÁCITO, *padre de* RICARDA, *y* JULIO *con él.*)

TÁCITO.

¡Bueno es que lo que ha sido tu mal término
de aquesa suerte, Julio, me acumules!
Ha más de un mes que falta de tu casa,
y aun se sospecha que del mundo sea,
¿y a mí me pides a Ricarda?

JULIO.

Tácito,
si falta de mi casa, tú la tienes;
que huyendo de mis manos, como adúltera,
ató en esos balcones una sábana,
y, por ella bajando hasta la tierra,
apresuró las temerosas plantas,
de suerte que de mí ni de Tancredo
pudo ser vista, cuanto más hallada.

TÁCITO.

¿Adúltera mi hija? ¿Cuándo o cómo?
Julio, ¿qué dices?

JULIO.

Lo que escuchas digo.

TÁCITO.

No, por Dios, Julio; que entendiendo el pe-
mi hija has muerto. [cho (1),

JULIO.

Tú me las has robado.

TÁCITO.

¿Por qué me la mataste?

JULIO.

Tú la tienes.

TÁCITO.

Dame mi hija.

JULIO.

Dame tú mi esposa.

TÁCITO.

Si la tuviera yo, no la pidiera.

JULIO.

Si yo la hubiera muerto, me ausentara.

TÁCITO.

¿Cómo o con quién fué adúltera mi hija?
¿Dónde está el hombre adúltero?

JULIO.

Está ausente.

TÁCITO.

¿Hallástelos tú juntos?

JULIO.

Si eso fuera,
¿no los hubiera muerto? ¿Eso preguntas?

TÁCITO.

Pues ¿qué testigos tienes?

JULIO.

Estas cartas.
¿Parécete son buenos los testigos?

(*Muéstrale los papeles.*)

TÁCITO.

Estos de un hombre son, sin decir cuándo,
ni menos para quién escritos fueron.
Los della han de hacer fe.

JULIO.

¿Los dél no bastan?

TÁCITO.

¿Con quién puedes probar que los tenía?

(1) Así en el texto; pero sin duda está alterado.

JULIO.

Pues ¿no basta el indicio de la fuga?

TÁCITO.

¿Qué tienes por huír, si ya la has muerto?

JULIO.

¿Y tú por muerto, si tu hija ascondes?

TÁCITO.

Que no la tengo yo; ¿qué dices, Julio?

JULIO.

Que no la he muerto yo; ¿qué dices, Tácito?

TÁCITO.

La justicia te hará que lo confieses.

JULIO.

La misma mandará que me la tornes.

TÁCITO.

Mira que soy su padre, y que la has muerto.

JULIO.

Mira que soy su esposo, y que la niegas.

TÁCITO.

¿A un hombre honrado afrentas desa suerte?

JULIO.

Tú me afrentas a mí, pues me la quitas.

TÁCITO.

Yo he tenido la culpa en dar mi sangre
a quien la tiene, por ventura, en mezclas.

JULIO.

Yo soy hidalgo, y conocido hidalgo,
de hecho notorio y de solar antiguo.

TÁCITO.

Solar. ¿De qué solar? ¿De los que agora
se labran en Madrid en muladares?
¡Qué gallardo que hablas, por ser rico!
Tendrás quizá las armas en la iglesia.

JULIO.

¿Así me tratas, viejo? ¡Suelta el báculo;
suelta, suelta!

TÁCITO.

Detente; tente a un viejo;
a un viejo, y sin espada.

JULIO.

No castigo
tus canas, viejo, yo, sino tu lengua;
que ella te ha hecho mozo, y ha cortado
más que la espada cuando fuiste mozo.

TÁCITO.

Hijo, yo reconozco que he tenido
la culpa del haberme así tratado;
mas tú mirar debieras que soy viejo
y que me tienes en lugar de padre.
Tu padre has ofendido; mas pues tengo
la culpa en no tener con tantas canas
el seso que culpar en ti no debo,
vesme aquí de rodillas, que te pido
perdón de las injurias recibidas,
si te puede injuriar tu proprio padre.

JULIO.

¡Jesús! señor, alzaos, por Dios, del suelo.
¿Vos a mis pies, y con tan tiernas lágrimas?
Enjugad esos ojos venerables,
y perdonadme a mí, que llorar debo
con ojos y alma haberos ofendido.

TÁCITO.

Dame, hijo, tus brazos, y consuela
este turbado viejo.

JULIO.

Tiernamente
te doy, señor, mi arrepentido brazo.

TÁCITO.

¡Muere, infame, traidor!

(*Dale con su propria daga una puñalada.*)

JULIO.

¡Ay, que me has muerto!
¡Ay, viejo astuto! ¡Aguarda, aguarda, aguarda!

TÁCITO.

Así vence la industria a la violencia.

(*Vase.*)

JULIO. [faltan.

¡Oh, espada! Mas ¿qué importa? Los pies
¡Oh, pies! Dadme lugar; ya no es posible.
¡Traidor: espera! ¡Ay, triste! ¡Yo soy muerto!
¡Confesión, confesión! A andar no acierto.

(*Vase* JULIO, *y salen* CELIO *y* ROBERTO, *su criado.*)

CELIO. Aquí no son menester
armas, como allá en Madrid;
llegar y decir "Abrid",
y responder la mujer.
Bendiga Dios la verdad
de una zafia labradora:
ya no más dama y señora,
ya no más corte y ciudad.
Estos requiebros groseros,
entre el plato y la sartén,
le saben al alma bien

porque, al fin, son verdaderos.
¿Cómo callas?

ROBERTO. No oso hablar
hasta ver en lo que pára.

CELIO. En una verdad tan clara,
¿qué tienes que reparar?

ROBERTO. No sé si es clara ni oscura;
lo que yo te sé decir
es que querría salir
con paz de aquesta aventura.
¡Con qué graciosas porfías,
donde tan poco aprovecha,
anda nuestra vida hecha
libro de caballerías!
Tú eres el Lanzarote
y yo soy el Garibay.

CELIO. Donde peligro no hay,
¿qué temes?

ROBERTO. Temo un garrote;
que hay, entre éstos, labrador,
cuando celos adevina,
que descorteza una encina
sobre un pobre pecador.
Pues ¿piedra? No hay escopeta
que así la carga reciba,
porque hay honda que derriba
el rayo de una carreta.
Pues ¿perro hay? Eso es,
sin ladrar ha acontecido,
ternera un hombre comido (1):
buscad los pelos después.

CELIO. Robertillo, en tus días
has dicho cosa mejor
que llamar este mi amor
libro de caballerías.
Yo ando a probar venturas
y tú eres mi escudero.

ROBERTO. Sí, pero en alguna espero
que nos quedemos a escuras.

CELIO. Todos son encantamentos.

ROBERTO. ¡Oh, lleve el diablo a Ricarda!

CELIO. No la maldigas, aguarda;
que es luz de mis pensamientos.

ROBERTO. ¿Agora estamos ahí?

CELIO. Pues ¿dónde quieres que esté?

ROBERTO. Haz la seña, o llamaré.

CELIO. Haz tú la seña por mí.

ROBERTO. Pues ¿qué fué?

CELIO. Que cantaría:
canta tú, que yo no quiero.

ROBERTO. "Mira Nero, mira Nero,
a Roma cómo se ardía."
¡Qué tiranía, qué tiranía!

(*Salen* ARMENTO, *villano, con un manto puesto, y* MIRENA.)

MIRENA. Bien seáis venido, mi bien.

CELIO. ¿Puedo, mis ojos, entrar?

ARMENTO. Sí, que duermen, y hay lugar.

ROBERTO. Y yo, ¿puedo entrar?

ARMENTO. También.

ROBERTO. ¡Qué gorda tiene la voz!
¡Pesar de quien vino acá!

ARMENTO. Del serenito será,
que salí sin albornoz.

ROBERTO. ¡Sin albornoz! ¿Si es morisca?
Ahora bien, ronca señora:
¿hay luz?

ARMENTO. No me toque agora.

ROBERTO. ¿Por qué?

ARMENTO. Porque soy arisca.
Entre.

ROBERTO. ¿Adónde?

ARMENTO. Al corral.

ROBERTO. Bueno.

ARMENTO. Mirena y Celio allá están.

ROBERTO. Si es aquésta el Sacristán:
la voz tiene como un trueno.

ARMENTO. Deme ya la mano.

ROBERTO. Espere:
temo una estaca de un carro;
pero quien bebe con jarro
que trague lo que viniere.

(*Vanse todos, y salen* TANCREDO *y* RICARDA.)

RICARDA.

¿Qué? ¿Al fin mi esposo es muerto?

TANCREDO.

¿Qué lo dudas?
Muerto es tu esposo, y ya tu padre ausente
quiere escapar de la prisión, y dudas
de si lo toma bien o mal la gente.
Tú vives a peligro, si te mudas,
que te encuentre su hermano diligente,
que va en busca de entrambos.

RICARDA.

¡Ay, Tancredo!
¡Tengo al honor, que no a la muerte, miedo!
Si supiera de Celio él me guardara,
pues él ha sido causa de mi pena.

---

(1) Así en el original; pero quizá se escribiría: "tener un hombre" o "haber a un hombre comido"

TANCREDO.

Deste que agora tu desdicha ampara
está sigura que tu bien ordena.
Mientras la suerte, con adversa cara,
por ser mujer y estar de culpa ajena,
te persiguiere, moriré a tu lado.

RICARDA.

Eres, Tancredo, hidalgo y fiel criado.

TANCREDO.

Sé que no tienes culpa; así me obligas.

RICARDA.

¿Cómo me esconderé? Piensa un enredo.

TANCREDO.

Yo tengo aquí un hermano.

RICARDA.

No prosigas.

TANCREDO.

Oye hasta el fin.

RICARDA.

De todos tengo miedo.

TANCREDO.

Quiero que ser de la montaña digas,
y moza de servicio.

RICARDA.

¿Cómo puedo
si no mudo de traje?

TANCREDO.

Ese vendido,
te compraré a propósito un vestido.

RICARDA.

¿Guardarásme secreto?

TANCREDO.

Eso prometo.

RICARDA.

Pues ¡alto! Yo me visto de fregona.

TANCREDO.

Mándamela buscar para ese efeto,
que es lo que más nuestro negocio abona;
allí puedes vivir con gran secreto,
sin que te pueda conocer persona.

RICARDA.

Bien sabes que soy poco conocida.

TANCREDO.

Criáronte tus padres recogida.

(*Vanse, y salen* CELIO *y* ROBERTO, *su criado.*)

CELIO. ¡Ay!
ROBERTO. ¡Ay!
CELIO. ¡Ay! ¡No más amor!
ROBERTO. ¿Díjetelo yo?
CELIO. ¡Ay, de mí!
ROBERTO. Aun a ti fuéte mejor;
porque, al fin, me cupo a mí
requebrar el labrador.
CELIO. En fin, ¿disfrazado estaba?
ROBERTO. ¡Oh, qué estaca que guardaba
debajo de aquel vestido!
CELIO. ¡Que lo dijo a su marido!
¡Brava burla!
ROBERTO. ¡Y cómo brava!
Tenemos trampa de perros,
siendo nosotros cristianos.
CELIO. ¡Que en tan ásperos destierros
así castiguen villanos,
Roberto, amorosos yerros!
ROBERTO. ¡Quién te oyó decir ayer:
"Aquí no son menester
las armas como en Madrid.
Llegar y decir "Abrid",
y responder la mujer"!
CELIO. Roberto, quizá adivina,
yo traeré una culebrina
mañana, zafio grosero.
ROBERTO. ¿Esto es tomillo salsero?
Jurara yo que era encina.
Después de habernos molido
¿cerrarnos en el corral
hasta haber amanecido?
CELIO. ¡Ah, traidora, desleal!
Dijístelo a tu marido.
No más doncella o casada,
solteras ni labradoras:
hoy mi historia es acabada.
ROBERTO. Y si otra vez te enamoras,
haz, por Dios, que sea pintada.
CELIO. Ya de hoy me llamaré
el galán escarmentado.
ROBERTO. Y yo el mozo aporreado.
CELIO. Ve a Madrid hoy.
ROBERTO. ¿Cómo? ¿A pie?
CELIO. Y sabrás lo que ha pasado.
¡Ay, ay, ay!
ROBERTO. ¡Ay, ay, ay!

(*Vanse ambos.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen* Fesenio *y un* Alguacil.)

Alguacil. ¿Para qué me pide a mí
que le muestre el mandamiento?
Fesenio. Ir preso sin culpa siento,
sólo por hallarme allí.
Alguacil. Probado está que le habláis
a Risela ha muchos días;
y si habéis tenido espías,
¿qué mucho que preso vais?
Que donde hay competidor
no ha de haber sueño siguro.
Fesenio. De no le tener os juro
hasta...
Alguacil. Callar es mejor.
Fesenio. Yo sabré bien del aljaba
que aquesta flecha salió.
Alguacil. El que este aviso nos dió
quejoso de vos estaba;
porque, siendo vuestro amigo,
créo que le alzáis la prenda.
Fesenio. ¡Buen secreto os encomienda!
Alguacil. Lo que os puedo decir, digo.
Porque, aunque esto ejecutamos.
como es nuestra obligación,
nunca a la mala intención
mejor galardón le damos.
También dice habéis tenido
dentro ciertas cuchilladas.
Fesenio. ¡Informaciones honradas!
Alguacil. No sé, por Dios, si lo han sido.

(*Salen* Celio *y* Roberto.)

Celio. En nombre de Dios, entremos.
Con miedo vengo a Madrid.
Roberto. De aquel caballo del Cid
traigo abiertos los extremos.
¡Doile al diablo; cómo trota!
Celio. Harto poco le piqué.
Roberto. Juntóse, al venir a pie
toda esta costilla rota.
Celio. Buenos dos meses de cama
me he llevado en el aldea;
para que escarmiento sea,
no más amor; no más dama.
¿No ves hombres, de ordinario,
de suerte tan desdichada,
que no desnudan la espada
sin que los hiera el contrario?
Pues así somos nosotros:
jamás nos enamoramos
que en la cara no sacamos
las espadas de los otros.
Roberto. ¿Cómo espada? Para mí,
encina *me fecit,* fué.
Celio. De la ceniza salté
y dentro el fuego caí.
Este es Alguacil, Roberto.
y con él viene el herido.
Roberto. Aún ya medio mal ha sido,
que no es, en efeto, muerto.
Celio. ¡Que acabamos de llegar
y supo nuestra venida!
Roberto. Ponte, señor, en huída,
que te vienen a buscar

(*Huyen.*)

Alguacil. Dos hombres huyen allí,
aunque os vais he de ir tras ellos.
Fesenio. Pues perderéisme por ellos;
mas quiero aguardalle aquí,
que así le obligo a dejarme
o a tener un enemigo
por quien ausentar me obligo
y él a venir a buscarme.

(*Salen* Celio *y* Roberto *y el* Alguacil.)

Celio. No soy hombre que he de huír
como ganapán corrido;
no hagáis en la calle ruido,
ni me hagáis descomedir.
¿Es bien hecho que digáis
a voces: "Tené al ladrón"?
Alguacil. Hasta saber la razón
por que huís, ¿por qué os quejáis?
Esa es voz de la justicia;
con ésa pide favor.
¿Aquí estáis vos?
Fesenio. Sí, señor.
Celio. Es voz de afrenta y malicia.
Alguacil. Aunque por preso os traía,
favor y ayuda me dad.
Celio. Y él sabe bien la verdad
porque de vos, yo huía.
Y no es hecho de hombre hidalgo,
caballero, haber reñido;
ni vos, ya que de haber sido
sin daros causa me valgo,
y venir con la justicia
a buscarme desta suerte.
Roberto. De que te aguardo la advierte.
Alguacil. Caso pensado y malicia.
Fesenio. ¿Yo con vos? Ni os vi en mi vida.
Roberto. ¡Qué mal has hecho en huír!

ALGUACIL. ¿Cómo es esto de reñir?
CELIO. ¿No sois vos el de la herida?
FESENIO. Yo soy; mas disimulad,
porque no os busqué a vos.
ALGUACIL. Declárese esto.
CELIO. Por Dios,
que he de decir la verdad.
Este hidalgo es grande amigo;
vile traer preso, huí,
porque viniendo tras mí
os quedárades conmigo;
y él es tan hombre de bien
que os ha querido aguardar.
ALGUACIL. Por tan honrado esperar
le doy libertad también;
y de dos amigos tales
yo quiero ser el tercero.
FESENIO. De los dos sois el primero.
ROBERTO. Mejor de alguaciles tales
que de amores de mujeres.
CELIO. ¿Dónde vivís?
ALGUACIL. A San Juan.
CELIO. Tengo un estoque galán
con que os servir.
ROBERTO. Di quién eres.
CELIO. Yo soy Celio, hijo de Antandro.
bien conocido en Madrid.
ALGUACIL. ¿Cómo Celio? Esperá; oíd.
ROBERTO. Dijeras Muzio o Leandro.
¡Pesar de quien me parió!
CELIO. ¿Tú no me lo aconsejaste?
ALGUACIL. ¡Favor al Rey!
FESENIO. ¿En qué hallaste
que te debo favor yo?
Corrió Celio porque a mí
me dejases de llevar,
¿y téngote de ayudar?
CELIO. ¡Paso; tente; escucha!
ALGUACIL. Di.
CELIO. ¿No te diste por amigo
y de los dos el tercero?
¿Eso no es traición?
ALGUACIL. No quiero
ponerme a argüir contigo.
CELIO. Pues si el hombre a quien herí
es mi amigo y no querella,
ni la mujer, si por ella
dentro en su casa reñí,
¿por qué me quieres llevar?
ALGUACIL. Que no es por esa quistión.
CELIO. Pues yo he dado esta ocasión,
¡qué gentil disimular!
ALGUACIL. Robas a Julio a Ricarda;
mátale Tácito a él,
y querellan de ti y dél,
y dices que...
CELIO. ¡Paso, aguarda!
¿Julio es muerto?
ALGUACIL. Y le mató
Tácito por ti.
CELIO. ¿Por mí?
Roberto, ¿a qué vine aquí?
¿En qué estrella nací yo?
¿Yo he visto á Ricarda? ¡Ah, cielos!
Mujeres me han de acabar.
ROBERTO. Hoy te quieren rematar
tus dichas y mis recelos.
¿Cuándo tú viste a Ricarda?
ALGUACIL. Papeles hay contra ti.

(*Sale otro* ALGUACIL *con* TÁCITO, *preso.*)

TÁCITO. A presentarme salí.
CELIO. Llévame despacio; aguarda.
Aunque he sido desdichado
en que topases conmigo,
muy presto a mostrar me obligo
lo poco en que estoy culpado.
ALGUACIL. A buen tiempo habéis venido:
dadme favor.
ALG. 2.° ¿Cómo así?
ALGUACIL. Tengo preso a Celio aquí.
ALG. 2.° Yo a Tácito, el padre huído.
CELIO. ¿Tú eres Tácito?
TÁCITO. Yo soy.
¿Y tú Celio?
CELIO. Señor, sí.
TÁCITO. ¿Por qué te prenden a ti?
CELIO. No sé, por Dios; preso voy.
Dice este hombre que he robado
a Ricarda.
TÁCITO. ¡A Dios pluguiera!
Dióle Julio muerte fiera
y en su casa la ha enterrado.
Y porque esto le acusé
con mi báculo me dió
de palos, y entonces yo
con su daga le maté.
CELIO. Luego preso voy sin culpa;
que dos meses ha que estoy
fuera de Madrid.
ALGUACIL. Yo os doy
de mi ignorancia disculpa;
id, señor, libre en buen hora.
TÁCITO. ¡Pluguiera a Dios la robara

y en ella no ensangrentara
Julio su mano traidora!

ALG. 2.º Vamos, señor.

ALGUACIL. Con vos quiero
ir hasta la cárcel.

ALG. 2.º Vamos.

TÁCITO. ¡Ay, hija [mía!]

(*Vanse los dos* ALGUACILES *con* TÁCITO, *y prosigue* CELIO *con* FESENIO *y* ROBERTO.)

CELIO. Ya quedamos
solos, señor caballero,
y de vos quería saber
qué os mueve a hacerme amistad.

FESENIO. El trato y poca verdad
de una fingida mujer.

CELIO. ¡Ay, Ricarda, más fingida
que todas las que nacieron;
tales tus mudanzas fueron
que te costaron la vida!
Castigo del cielo ha sido;
tu juramento quebraste,
pues con Julio te casaste
siendo Celio tu marido.
No quiero dar a tu muerte
lágrimas, que no es razón.

FESENIO. Quiéroos decir la ocasión
de obligaros desta suerte.
Sabed que aquella Risela
trazó la industria conmigo,
que el amor por el amigo
ayuda a cualquier cautela.
Luego que el oro cogió,
salí yo a fingirme herido;
huístes y lo traído
entre los tres se cenó.

CELIO. ¿Qué? ¿No te herimos? ¡Por Dios!

ROBERTO. ¿Qué dices de aquel reparo?

CELIO. ¿Físgasme?

ROBERTO. No estuvo claro
si le matamos los dos.
"¡Oh, qué revés le di yo
sobre el reparo primero!"

CELIO. "Cuando el hombre dijo "¡Muero!".
de mi estocada cayó."
Pero no hablemos en esto,
que la muerte de Ricarda
para el gusto me acobarda
en que esta burla me ha puesto.
Luto me quiero poner.

ROBERTO. Y yo también

CELIO. Como yo,
aunque Julio la gozó,
fué, en efeto, mi mujer.

ROBERTO. ¡Oh, qué gentil necedad!
Holgóse el otro con ella,
¿y quieres traer por ella
el luto y la soledad?

CELIO. Yo sé que para con Dios
casado con ella estuve.

ROBERTO. Y yo que por tal os tuve.

FESENIO. Bueno es un vestido o dos.

ROBERTO. El primer hombre serás
que sin casarse enviuda.

FESENIO. En lo que toca a la duda
de lo que importaba más,
señor Celio, en mi negocio,
quiero que creáis también
que quise a Risela bien;
que amor se aumenta en el ocio.
Locura fué hacelle gusto
en quitaros la cadena;
mas deso no tengáis pena,
pues es volvérosla justo,
que me la dará, sin duda.

CELIO. Para serviros con ella;
que ya no es justo traella
quien por Ricarda enviuda.

ROBERTO. Más necedad es esotra.

CELIO. No más mujer, Dios me guarde.

ROBERTO. Yo apostaré que esta tarde
nos dan de palos por otra.

(*Vanse. Salen* TANCREDO *y* RICARDA, *en hábito de moza de servicio.*)

TANCREDO. Ya que en el traje aldeano,
Ricarda, alegre vivías,
y en esta disfraz servías
a la mujer de mi hermano,
descansaban tus desdichas,
y agora se han aumentado.

RICARDA. Por mal camino ha guiado
amor mis pasadas dichas.
Pensé que Celio pudiera,
dando a mi llanto piedad,
amparar mi soledad,
luego que a sus pies me viera.
Ya me le escondió el cielo,
y tras eso al padre mío
puesto en prisión...

TANCREDO. Yo confío
que escuche el cielo tu celo.
No te apasiones así.

RICARDA. ¿Qué tengo de hacer, Tancredo?

TANCREDO. Ayudarle.

RICARDA. ¿Cómo puedo,
que sabrán luego de mí?
TANCREDO. Oye un poco: él está preso
por la muerte de tu esposo,
mas tiene un descargo honroso
y no le culpa el proceso.
Dice que él le reprehendió
que te dió muerte, y que él, ciego,
de palos le dió, y que luego
con su daga le mató.
Es negocio tan piadoso,
y hanle tomado de suerte
que llaman justa su muerte,
y a esotro delito honroso.
El se ha ofrecido a probar
que te mató y enterró
en su casa, y aquí yo
Ricarda, tengo de entrar.
RICARDA. ¿Cómo?
TANCREDO. Que lo juraré.
RICARDA. ¿Y si es el cuerpo buscado?
TANCREDO. Cuerpo ha de haber enterrado.
RICARDA. ¿Qué cuerpo?
TANCREDO. Yo le pondré.
De cierta pobre doncella
cierto cimenterio guarda,
el muerto cuerpo, Ricarda;
yo y Fabio fuimos con ella.
Sacaréle, y en tu casa,
con ayuda de tu gente,
le pondré secretamente,
que ya saben lo que pasa.
Si le busca la justicia,
donde digo le han de hallar,
y nadie podrá llamar
mi industria engaño o malicia.
Que Julio, en su pecho esquivo,
ya te dió muerte y acierto,
en echar la culpa a un muerto
para que se salve un vivo.
Soy leal a mi señor,
y a la enterrada doncella
hago en la iglesia ponella
con mucha pompa y honor,
donde aquellos sacrificios
que por ti, viviendo harán,
sin duda por ella irán;
mira qué honrados oficios.
Así que si esto se acierta
me estáis en obligación,
tu padre, vivo, en prisión,
Julio, Ricarda y la muerta.
RICARDA. Es de tu ingenio la traza.
Ponlo esta noche por obra:
lleva amigos.
TANCREDO. Fabio sobra,
que agora dejé en la plaza.
RICARDA. Hoy mi señora me invía
al río, a la noche espero.
TANCREDO. Quiérote dar el dinero
que le des, señora mía,
a quien lo lave por ti.
RICARDA. Eso no, no me lo des.
TANCREDO. ¿Has de descalzar los pies
y entrar en el agua?
RICARDA. Sí.
TANCREDO. No maltrates esas manos;
lleva dineros, señora.
RICARDA. Deja mis manos agora
y mis daños inhumanos.
TANCREDO. Lo que se pueda excusar,
señora, ¿por qué has de hacello?
RICARDA. Para enseñarme con ello
a sufrir y porfiar.
Tancredo, adiós.
TANCREDO. Yo confío
que te ha de ayudar el cielo.
RICARDA. Perdona mi injusto celo,
injuriado Celio mío.

(*Vanse, y salen* ANTANDRO *y* FABRICIO, *viejos.*)

ANTANDRO.

He venido, Fabricio, del aldea,
así porque acabé con mis cuidados,
que así se llama cuanto hacienda sea,
como por ver los pasos derramados
deste muchacho loco, hijuelo mío,
que es el perdido solo en mis ganados.
No soy yo de los padres que porfío
contra la inclinación, antes le llevo
blanda la rienda a todo su albedrío.
Acuérdome también que fuí mancebo,
y no muy santo, y veo que es bastante
a poca edad cualquier sabroso cebo.
Dices: "Quiero estudiar"; pues estudiante.
Dices: "Quiero la guerra"; ve a la guerra:
todo es al bueno honrado y importante.
Pero cuando del ocio en propria tierra,
el juego o la mujer es contrastado,
errando en lo mejor, en todo yerra.
No porque en esto viva desfrenado,
que en mi vida le vi naipe en la mano;
la espada negra sí, que es juego honrado.
Solo este negro amor y intento vano

que de Ricarda tuvo, le ha traído
a parecer de condición liviano.
Ya es muerta, y él con esto reducido
a mejor vida; y quiero, si os parece,
darle a una honrada moza por marido.

FABRICIO.

Si es por dicha partido que me ofrece
vuestro ingenio sagaz con su cautela,
y en eso me decís lo que merece,
no creo que Finea y Isabela
merezcan menos que él.

ANTANDRO.

Que no lo digo
sino porque el amigo, al fin, consuela.
Y si alguna me dais, por ser amigo,
y os valéis desa industria, yo la aceto.

FABRICIO.

Y yo a su dote la palabra obligo.

ANTANDRO.

Habéis hecho, por Dios, como discreto;
que, no porque es mi hijo, a Celio alabo.

FABRICIO.

Yo tengo de sus cosas buen conceto.

ANTANDRO.

En él tendréis un yerno, en mí un esclavo.

(*Salen* CELIO *y* ROBERTO *vestidos de luto.*)

CELIO. Si te preguntan por quién
di que por un tío mío
que estaba en Méjico.
ROBERTO. Bien.
¡Rica industria!
CELIO. Yo confío
que lejos del blanco den.
Guarda, no digas que no.
ROBERTO. No diré otra cosa yo,
si me quemasen los pies.
FABRICIO. ¿No es éste Celio?
ANTANDRO. Sí; él es.
FABRICIO. ¿Cómo o por quién ese luto?
ANTANDRO. Celio, ¿qué es esto? ¿Por quién
traes luto desa suerte?
CELIO. Porque a un hombre está bien.
ANTANDRO. Dime, por Dios, ¿por qué muerte?
Pondrémele yo también.
ROBERTO. Por su tío, señor mío.
ANTANDRO. ¿Cómo o dónde tiene tío?
ROBERTO. En Méjico se murió.
ANTANDRO. ¿Yo hermano en Méjico? ¿Yo?
¿Quién dijo tal desvarío?
CELIO. Ladrón, ¿por qué lo dijiste?
ROBERTO. Porque tú me lo mandaste.
ANTANDRO. Hijo, si te le pusiste
por engaño, el luto baste,
que no te quiero tan triste.
CELIO. Habíame dicho un amigo
que tenías un hermano.
ANTANDRO. Que te han engañado digo:
y ¿quién era?
CELIO. Un mejicano,
que fué a su muerte testigo.
Dice que en los campos secos
del Cuzco, por do pasó,
le mataron chichimecos.
ROBERTO. ¡Miren por donde encajó
tan extraños embelecos!
ANTANDRO. Hijo, cuando el luto fuera
por tu madre, hoy no quisiera
que un punto más te durara.
Alegra, Celio, esa cara.
¡Donoso enredo y quimera!
¡Miren el pobre muchacho
qué triste cara traía!
FABRICIO. ¡Qué humildad! ¡Con qué despacho
luto por él se ponía!
ROBERTO. Ellos llevan buen despacho.
ANTANDRO. Hijo, de estado te mudo;
darte quiero el parabién
de un casamiento.
CELIO. Eso dudo.
ROBERTO. Pues vendrále agora bien,
que dice que está vïudo
ANTANDRO. Ven a casa y lo sabrás.
FABRICIO. Celio amigo, triste estás.
CELIO. Este tío lo causaba.
ANTANDRO. Dale al diablo.
CELIO. ¡No faltaba
para mis desdichas más!

(*Vanse, y sale* RICARDA *con sombrero y delantal, y un* AGUADOR, *y* ORLANDO, *lacayo.*)

RICARDA. Poned, buen hombre, la ropa
sobre esta piedra.
ORLANDO. Imagino
que habéis de volver en lino
y aun en holanda, la estopa;
porque tenéis una mano
aunque fregona lavante,
más para dentro del guante
que no para...
RICARDA. ¡Paso, hermano!
AGUADOR. ¿Habéis de estar aquí?
RICARDA. Sí.
AGUADOR. ¿A qué hora he de volver?

RICARDA. Volved al anochecer.
AGUADOR. Vendré sin duda. ¡Arre aquí!

(*Vase el* AGUADOR.)

ORLANDO. ¿Quieres que yo desenvuelva
la ropa?
RICARDA. ¿Hay tan gran desdicha?
ORLANDO. Alguna lo llama dicha
de las que están en la selva.
Ea, Pascuala o Lucía,
¿a qué efeto es menester
dar al diablo de comer?
RICARDA. ¡Oh amarga ventura mía!
Mirad, hermano, que tengo
quien os hará...
ORLANDO. ¡Pesia tal!
¿Sabe, acaso, ese mortal
el enojo con que vengo?
Ya me has tocado al honor,
no puedo salir de aquí.

(*Salen dos fregonas,* LEONOR *y* ESTEFANÍA, *con unos paños.*)

ESTEFAN. Lo que ha pasado me di,
por vida tuya, Leonor.
LEONOR. Siéntate y sabráslo todo,
y verás qué ama tenía,
pero luego, Estefanía,
di con la dueña en el lodo.
Apenas amanecía
cuando en la cama almorzaba,
tras aquesto se afeitaba...
ESTEFAN Escucha, y ¿qué se ponía?
LEONOR. Mil aguas y dos mil untos:
y tras este necio afán,
la capa de solimán
con todos los cinco puntos.
En vistiéndose, venía
un cierto mosén Samarro,
que no le moviera un carro
donde una vez se ponía.
En comiendo, era la fiesta
el paseo y ventanaje;
la noche ocupaba un paje
y un faldas largas la siesta.
Pues porque me vido un día
un poquito de color,
¡guay de tu cara, Leonor!
¿Quién dijera que era mía?
ESTEFAN. ¡Qué bien hiciste en dejalla!
Pues la que servía yo...
LEONOR. ¿Despidióte?
ESTEFAN. ¿Luego, no?
Porque perdí una toalla.
Casarme quiero, Leonor;
ya no quiero más servir.
LEONOR. ¡Cuánto es mejor que morir!
¿Quiere aquel hombre?
ESTEFAN. ¡Ah, traidor!
Medio concertado está.
LEONOR. Mejor es, Estefanía,
que no escuchar noche y día
"puta acá, puta acullá;
haz aquesto, picarona;
borracha, ¿cómo quebrabas
la taza? Di, ¿en qué pensabas?
¿Respóndesme, rezongona?
¿Dormías, pícara vil?
¿Qué es de las natas, golosa?
¿Dónde vas, zaparrastrosa?
¿Cómo vertiste el candil?
¡Traidora! ¿Afeitada estás?
Limpia ese niño, ¡bellaca!"
Pues ¿palos? No lleva una haca
de un estercolero más.
¿Trabajar? ¿Qué labrador
tan apriesa se levanta?
Pues ¿hambre? No tiene tanta
una mula de un dotor.
Casémonos.
ESTEFAN. Eso digo.
LEONOR. Tu Pedro puede servir;
tú hilar, coser o zurcir;
que no falta un sastre amigo,
o con una tiendecita
de aceite, vinagre y pan.
ESTEFAN. ¡Cuántos ricos deso están!
Nunca falta a quien se aplica.
No tiene en Madrid dinero
sino quien trata en vender
de comer y de beber.
LEONOR. Cásate.
ESTEFAN. Casarme quiero.
ORLANDO. ¿Heme de pasar allí?
RICARDA. Adonde más gusto os diere.
ORLANDO. Pues yo sé que hay quien me quiere.
RICARDA. Dejadme, por Dios, aquí.
ORLANDO. ¡Qué tristísima mujer!
A esotro rancho me paso.—
¿Quieren un buen mozo, acaso,
para ayudar a torcer?
LEONOR. Pase adelante, rascón.
ORLANDO. Oiga, ¿qué, habla portugués?
Pues fregona hasta los pies...
ESTEFAN. Pique abajo, mandilón.
ORLANDO. Pesebrera, no me trate

desa suerte; abaje el toldo,
que se me enciende el rescoldo.

LEONOR. Pique abajo, calafate.

ORLANDO. Rodeando, por Dios, ando
no las llamar cotorreras.

ESTEFAN. Desabrigue las riberas,
que vendrá nuestro Fernando
y también nuestro Sansón.

LEONOR. Si piensa que estamos solas...

ESTEFAN. Pica abajo, limpia colas.

LEONOR. Pica abajo, galfarón.

ORLANDO. ¡Corrido me he, vive Dios!
Las espaldas volveré.

(*Vase.*)

LEONOR. Ya el guillote se nos fué;
mas ya vienen otros dos.

(*Salen* CELIO *y* ROBERTO.)

ROBERTO. Detente, por Dios, señor.
¿Adónde te vas ansí?

CELIO. Déjame, Roberto, aquí.
¿Yo amor a mujer, yo amor?
¿Casarme mi padre?

ROBERTO. Mira
que vas a pie indecente;
siéntate aquí, en esta puente,
rico edificio que admira.
Mira esa casa famosa
de campo, y esa ribera.

CELIO. Déjame ir.

ROBERTO. Desa manera
será jornada afrentosa.
Mira, este parque y palacio
de Filipo, sin segundo (1),
donde lo mejor del mundo
cabe en tan pequeño espacio.
Mira esos gamos bramar
paciendo el tronco a los olmos,
y mira estos altos colmos
de ropa puesta a secar.
Mira estas fregonas raras
y algunas veces espesas;
déjate de altas empresas
y aserafinadas caras.
Fregoniza un poco aquí;
quitarásete el enojo.

CELIO. ¡Cielos! ¿Es sueño? ¿Es antojo?
¿Qué he visto? ¿Qué es lo que vi?
Roberto, llégate acá;
mira esta mujer, Roberto.

ROBERTO. ¿Estoy durmiendo o despierto?

RICARDA. ¡Si me han conocido ya!
¡Ay, Celio del alma mía!
Con luto. ¿Qué puede ser?

CELIO. ¿Es Ricarda esta mujer?

ROBERTO. A no estar difunta y fría,
no lo dudara, por Dios.
Ella es su misma cabeza.

CELIO. Pues ¿cómo naturaleza
hizo de una estampa dos?
¡Ricarda, Ricarda!

ROBERTO. ¡Tente!

CELIO. ¡Ricarda mía!

ROBERTO. ¿Estás loco?

CELIO. Roberto, si no la toco,
o el alma o la vista siente...

ROBERTO. ¿Tocarla? ¿Estás en tu seso?

CELIO. ¿Cómo lo puede tener
quien viva ve una mujer
muerta con tan mal suceso?
Pues no merecí jamás
tocar aquel rostro ingrato,
como quien tiene un retrato
me deja burlar no más.
¡Jesús! Llegaba y temí;
que sólo por parecella
estoy temblando de vella...
¡Sí es, no es mi bien; no, sí!

ROBERTO. Que estás diciendo locuras.
Ricarda murió.

CELIO. ¡Murió!

RICARDA. ¿Buscáis algo?

CELIO. Amiga, no.

RICARDA. Pues ¿qué hacéis descomposturas?

CELIO. No te cause, por Dios, pena;
déjame contigo hablar;
déjame, por Dios, besar
esa venturosa arena.
Eres un bien que adoré;
una mujer que perdí;
un cielo de quien caí,
y un sol en quien me abrasé.
¡Pareces tanto a una muerta
a quien adoro sin fruto!...

RICARDA. ¿Y es por quien trae ese luto?

CELIO. Los pensamientos me acierta.
Vete, Roberto, de aquí.
Allí tienes donde hablar.—
¿Quiéresme dejar sentar?

RICARDA. Sí, sentaos.

CELIO. ¡Qué dulce sí!

ROBERTO. ¡Ah, señoras, las de acá!
¿Quieren un poco de amor?

(1) Prueba de que esta comedia es anterior a 1598.

ESTEFAN. ¡Ojo! ¡Qué lindo señor!
LEONOR. ¿La capa se quita ya?
ROBERTO. Mientras mi amo requiebra
una hermosa fregoncilla,
me acomodo en esta orilla
que Manzanares celebra.
ESTEFAN. Aunque la hierba le sobre,
presto se la pasaréis;
desviaos allá, que oléis
a calabaza de pobre.
ROBERTO. Cosa que diga penando
como aquel necio amador
que los pañales de amor
vide a Juana estar lavando.
Mira, amores, que me matas;
que ¿a quién no levanta el ser
una gallarda mujer
en el río y sin zapatas?
CELIO. No me casé, mi señora,
aunque vïudo me veis.
RICARDA. Qué, ¿tanto amor la tenéis?
CELIO. Aun muerta, el alma la adora.
RICARDA. ¿Llamábase?...
CELIO. Estoy pensando.
¡Ay, Ricarda! (Esto es fingir.)
Su nombre os iba a decir
y díjele suspirando.
ROBERTO. No te enojes, fregoncita.
LEONOR. Tenga quedita la mano,
que le asentaré de llano...
ROBERTO. ¡Santa Bárbara bendita!
Si desa suerte me tratas,
no vuelvo vivo a la villa,
porque me matas, Juanilla.
Di, Juana, ¿por qué me matas?
CELIO. Ya os digo que me negó
y se casó con aquel
que, por hallarle papel,
sin ocasión la mató.
¡Por Dios, que era en razón
de bien casada, una santa!
RICARDA. Vuestro suceso me espanta:
notables historias son.
CELIO. Por despicarme, probé
una casada y soltera;
hasta en una panadera
no hallé bocado de fe.
De todas salí muy mal;
sólo este nombre he sacado:
del galán escarmentado.
RICARDA. Mejor fuera de leal.
CELIO. Y mirad cuánto aborrezco
mujeres, que sólo a vos
me atreviere a hablar, por Dios.
RICARDA. ¿Tanto a esotra me parezco?
CELIO. Eso es cosa que no creo,
sino que sois el bien mío.
RICARDA. ¿Qué os trujo esta tarde al río?
CELIO. De mi padre un mal deseo.
Quiéreme, amiga, casar.
RICARDA. ¡Ay!
CELIO. ¿Qué tienes?
RICARDA. Un dolor...
CELIO. ¿Es de cabeza?
RICARDA. Mayor.
CELIO. ¿Quiéreste mi lienzo atar?
Toma, por tu vida, aprieta.
RICARDA. Por dármele con amor,
¿me lo quiere atar, señor?
CELIO. ¿Qué dudas, alma inquieta?
¿No solía hablarme así
Ricarda por el sereno?
¡Mi bien!...
RICARDA. ¡Paso!
CELIO. Estoy ajeno
de mi ventura y de mí.
RICARDA. Y vos ¿qué habéis respondido?
CELIO. Ibame a pie cual me veis.
RICARDA. ¿Tanto a una muerta queréis?
CELIO. Eso la ocasión ha sido,
y el aborrescer mujer.
RICARDA. Andá, que os durará poco.
CELIO. Poco, pues me ves tan loco,
después que te pude ver.
Retrato de aquel mi bien:
muerta, mi bien, quiere un hombre
que adora tu sombra y nombre
y te da el alma también.
Y si estos vestidos pobres
quieres, amiga, dejar,
yo te haré que, en su lugar,
de tela y oro los cobres.
RICARDA. Eso no; que también yo
los traigo por un ausente.
CELIO. Pues quiéreme así, y consiente
que te regale...
RICARDA. Eso no.
Y cierto que yo os quisiera;
mas temo que os cansaréis
y luego me olvidaréis.
CELIO. Con esta estocada muera,
si no es que de mí te olvidas.
Quiéreme, y traerte he en palmas;
daréte por horas almas,
y por pensamientos vidas.
¡Qué botines, qué sayuelos,

qué corales, sartas, tocas!
Volverás de invidia locas
tus amigas, y aun de celos.

RICARDA. El aguador ha venido;
conmigo a la villa ven.

CELIO. Deja la ropa, mi bien.

RICARDA. Loca voy.

CELIO. Yo voy perdido.

ROBERTO. Mi amo se va, doncellas:
toca, Leonor, y repara.

LEONOR. Jabonaréle la cara,
la huída de las estrellas.

ESTEFAN. Coja la ropa, si quiere,
y ayúdenosla a cargar.

ROBERTO. Por tal placer, tal pesar;
si espera mi amo, espere.

(*Vanse, y salen* TANCREDO *y* POMPILIO.)

TANCREDO.

Piadosamente se ha creído todo.

POMPILIO.

Son los jueces nobles y cristianos.
Han visto que mató a Ricarda Julio
sin ocasión, y la que dió a su padre,
afrentando sus canas, con su báculo,
y cesando la parte querellosa,
en fiado le han dado justamente.

TANCREDO.

A soldados de Flandes y a personas
en el duelo y su duelo ejercitadas,
he oído litigar que no es afrenta;
porque un báculo, al fin, que un hombre trae
no le pudo afrentar, porque le sirve,
ni fué caso pensado en el contrario.

POMPILIO.

Tancredo, allá lo juzguen los que saben
de las leyes del mundo los sentidos,
y del honor los aforismos graves;
lo que me alegra es este buen suceso
de Tácito, que ha sido el más notable
que ha sucedido en estos tiempos.

TANCREDO.

Dime,
si no hallaran la muerta donde sabes,
¿qué negociaría Tácito? Sospecho
que tuviera suceso peligroso.

POMPILIO.

¡Pobre Ricarda. [Mucho] mejor fuera
que con mi amigo Celio se casara.

TANCREDO.

Harto lo llora el padre, y dice a voces
que, aunque contra su honor, pluguiera al cielo
que la robara Celio, como han dicho.
Yo voy, con tu licencia, a prevenirle
la cena y cama, que es regalo grande
para hombre que algún tiempo estuvo preso.

(*Vase.*)

POMPILIO.

El parabién de mi parte le lleva,
y di con el extremo que me huelgo.

(*Salen* CELIO *y* ROBERTO.)

CELIO.

Roberto, no lo dudes ni te canses,
que es tan Ricarda como yo soy Celio.
¿Es por ventura aquesta historia mía
la de alguna comedia que no tengo
de conocer, lo mismo que habio y miro,
para que dure su discurso y llegue
hasta que al fin la conozcamos todos?

ROBERTO.

Calla, señor, que es muerta.

CELIO.

No lo niego.

ROBERTO.

Pues ¿cómo puede ser?

CELIO.

Porque no dudo
que como tantas formas de mujeres
me han engañado, hasta las muertas vengan
a fama de que soy antojadizo.

ROBERTO.

Pompilio estaba aquí.

CELIO.

¡Oh, amigo!

POMPILIO.

¡Oh, Celio!
¿Por quién con luto?

CELIO.

Por Ricarda.

POMPILIO.

Agora
vengo de ver el suntuoso entierro.

CELIO.

¿Entierro? ¿Cómo?

POMPILIO.

Halláronla enterrada
en el corral de Julio por sus manos.
Dieron en fiado a Tácito; a ella, luego,
tierra sagrada y funerales pompas,

honrándola mil nobles caballeros,
cruces, parroquias, frailes, cofradías,
y cubriendo de cera un negro túmulo.

ROBERTO.
¿Crees que es muerta?

POMPILIO.
Luego, ¿no lo crees?

CELIO.
Pompilio, yo no creo que estoy loco;
y si lo estoy, por Dios, que me lo digas.
Enséñame, si traes, algunas cosas,
a ver si acierto el nombre a todas ellas.

POMPILIO.
¿A qué efeto lo dice?

ROBERTO.
Porque ha visto
una mujer que dice que es Ricarda.

CELIO.
Haz lo que digo: muestra.

POMPILIO.
Que me place,
siquiera por reír contigo un poco.
¿Qué es éste?

CELIO.
Aquéste es libro de memoria.

POMPILIO.
¡Y ésta?

CELIO.
Una carta con [su] sobrescrito.

POMPILIO.
¿Y (1) éste?

CELIO.
Un rosario.

POMPILIO.
Bien lo aciertas todo.

CELIO.
Pues desa suerte he visto yo a Ricarda,
y digo que es Ricarda la que he visto.

POMPILIO.
¿Dónde, o cómo?

ROBERTO.
En el campo y lavandera.

CELIO.
Yo le hablo, Pompilio, y es su habla;
yo la miro, Pompilio, y es su rostro;
yo la trato, Pompilio, y es su trato;
y para que, si en esto engaño ha habido,
como en el mundo cada día se ofrece,
yo fingiré con todos que me caso.
Diré a mi padre que a Finea quiero,
que fué, cual sabes, de Ricarda amiga,
y el suyo me la ofrece en casamiento.
Si ella es Ricarda, viendo que me caso,
no pongas duda que quien es descubre.

POMPILIO.
¿Qué quimeras son éstas que fabricas?

CELIO.
Ven conmigo, por Dios, que en el camino
te diré lo que es esto, y aun me ofrezco
que, si la ves, lo que te digo afirmes.

POMPILIO.
Sí; pero advierte, Celio, que Finea
no ha de ser tu mujer.

CELIO.
No me acordaba
que ha tiempo que la sirves y te quiere.
Mas ¿qué se perderá por intentarlo?

POMPILIO.
Dame palabra de salirte afuera.

CELIO.
Mal conoces el odio que ha cobrado
a todas *el galán escarmentado.*

(Vanse, y salen RICARDA, *con un cántaro, y* TANCREDO.)

RICARDA. Mi padre está libre; en fin,
todo ha sucedido bien.
TANCREDO. ¿También a ti?
RICARDA. A mí también.
TANCREDO. De tal principio, tal fin.
Famoso ha sido el entierro.
RICARDA. Como dos veces casada,
soy dos veces enterrada:
todo en pago de mi yerro.
TANCREDO. ¿De qué vienes tan contenta?
RICARDA. ¡Ay, mi Tancredo, estoy loca!
TANCREDO. No ha sido la causa poca.
RICARDA. Otra mayor me sustenta.
TANCREDO. ¿Has visto a Celio?
RICARDA. Hoy le vi;
hoy en el río le hablé.
TANCREDO. ¿Y conocióte?
RICARDA. No sé.
TANCREDO. ¿Cómo no?
RICARDA. Creo que sí.

(1) En el original "¿Qué es éste?"; pero sobra una sílaba.

El porfía que yo soy,
pero sabe que soy muerta;
en las dos cosas acierta,
que yo soy, y muerta estoy.
Hizo locuras conmigo,
en que conocí su fe;
al fin, con él concerté
que me ha de ser grande amigo;
y la palabra me ha dado
de que no se ha de casar,
porque le piensa obligar
con esto el padre engañado;
de suerte que me juró
que su espada le matase
cuando con otra casase.

TANCREDO. Que lo han tratado sé yo,
y que le dan a Finea,
la que fué tu grande amiga.
No importa, a Celio le obliga...

RICARDA. Que lo parezca y no sea;
y Finea no ha de hacer,
queriendo a Pompilio tanto,
cuando no la obligue el llanto
de una fingida mujer,
cosa que le está tan mal.

TANCREDO. ¿Dónde vas?

RICARDA. Voy a la fuente
para hablarle solamente,
no porque me manden tal.

TANCREDO. Su criado viene aquí.

RICARDA. Por ti no me llega a hablar.

(*Sale* ROBERTO.)

TANCREDO. Pues quiérome desviar.

ROBERTO. ¡Ta, ta! ¿Ya estamos ahí?
Galfarón tiene la dama;
no vino sola a la fuente.

RICARDA. ¡Cosa que a Celio lo cuente!
¿Ah, Roberto?

ROBERTO. ¿Quién me llama?
¡Oh, hermosa! Pues ¿con galán?

RICARDA. Es hermano de mi ama.

ROBERTO. Necio en matarse, le llama,
donde tal pago le dan.
Ahí entra la canción:
"¿Para qué, para qué, para qué,
con moza de cántaro tanta fe?"

RICARDA. Mal conoces su intención.
¿No ves que viene a guardarme?

ROBERTO. No importa, que, al fin, ya tiene
quien le adora y entretiene.

RICARDA. ¿Cómo es eso? ¿Es por burlarme?

ROBERTO. No, por Dios, que vengo hablarte,
y a decirte que la fuerza
de su padre, al fin, le fuerza
a casarse y a dejarte.

RICARDA. ¡Válame Dios!

ROBERTO. Esto ha sido
con tanto pesar del mozo,
que quiso echarse en un pozo,
si no le hubiera tenido.
Dice que quedes adiós,
y que no te ha de ver más.

RICARDA. ¿Vaste?

ROBERTO. Voime.

RICARDA. ¿Dónde vas?

ROBERTO. A verle.

RICARDA. Vamos los dos.

ROBERTO. No sé si podrás hablalle,
que están ya en el desposorio.

RICARDA. Mi fin, Tancredo, es notorio:
hoy es morir o estorballe.
¡Ay de mí, Celio traidor!

TANCREDO. Bien la palabra ha cumplido.

ROBERTO. Si no eres la que has sido,
¿qué te ofende mi señor?
Si no lo eres, ¿para qué
con moza de cántaro tanta fe?

(*Vanse, y salen* TÁCITO, ANTANDRO, FABRICIO, FINEA, POMPILIO *y* CELIO.)

TÁCITO. Yo os doy el parabién a vos (1)
del yerno.

FABRICIO. Y yo del suceso
por que habéis estado preso.

ANTANDRO. Y yo a entrambos de los dos.

TÁCITO. ¡Ay, hija! Si mi Ricarda
viera aqueste alegre día.

FINEA. Fué grande señora mía,
y fué una dama gallarda,
cuya lástima y saber
de Celio la pretensión
menguan en esta ocasión
el esperado placer.

POMPILIO. Celio, no firmes, por Dios,
que me quitarás la vida.

CELIO. Es escritura fingida;
¿no ves que engaño a los dos?
¡Ay de mí! ¿Cómo Roberto
en la diligencia tarda
de las nuevas de Ricarda?
Sin duda es muerta.

POMPILIO. Eso es cierto.
Digo que la vi enterrar.

---

(1) Sobra una sílaba, quizá el "el".

CELIO. ¿Posible es que son antojos
los que están viendo los ojos?
POMPILIO. La vista suele engañar.
FINEA. ¿Cómo en este triste día
has a Celio acompañado?
POMPILIO. Hemos los dos concertado,
señora, que has de ser mía:
que toda aquesta invención
resulta en nuestro provecho.

(*Salen* TANCREDO, RICARDA *y* ROBERTO.)

ROBERTO. Que están casados sospecho.
Ea, para en uno son.
RICARDA. ¿Está aquí Celio?
CELIO. Yo soy;
¿quién me busca?
RICARDA. Una embozada.
FINEA. ¿Tan presto dama tapada?
Entren, que licencia doy.
RICARDA. Aparte te quiero hablar.
CELIO. Apartémonos de aquí.
RICARDA. ¿Conócesme?
CELIO. ¿Yo a ti?
RICARDA. Sí.
CELIO. ¿De dónde?
RICARDA. De este lugar.
CELIO. Ni en éste ni otros ajenos
otra vez te he visto yo.
RICARDA. ¿Ni [que] me has hablado?
CELIO. No.
RICARDA. ¿Ni que me has querido?
CELIO. Menos.
RICARDA. Si te enseño unos papeles...
CELIO. Todos los he de negar.
RICARDA. ¿Es venganza?
CELIO. Es imitar
lo que hacer conmigo sueles.
RICARDA. Luego si yo te he agraviado,
cierto es que me has conocido.
CELIO. ¿Quién eres?
RICARDA. Ricarda he sido.
CELIO. Ricarda, ya estoy casado.
RICARDA. ¡Mi bien!
CELIO. Ya tengo mujer.
Salte, Ricarda, allá fuera.
RICARDA. ¿Arrójasme?
CELIO. Vete.
RICARDA. Espera.
CELIO. Ya ¿qué me puedes querer?
RICARDA. Confieso que te ofendí;
mas mira lo que he perdido
por ti, que es honra y marido,
y que el alma pierdo aquí.
Si imitas una mujer
que imitó, en serlo, su nombre,
mujer eres, no eres hombre;
lo que soy vienes a ser.
La venganza es argumento,
en el hombre, de bajeza,
y el perdón, de la nobleza
y del buen entendimiento.
¡Mi señor, mi bien, mi esposo:
muestra en esto tu hidalguía!
CELIO. No llores, Ricarda mía,
que ya es el perdón forzoso.
Señores, yo estoy casado:
suplícoos me perdonéis.
POMPILIO. Y yo, si no lo sabéis,
con la que tengo a mi lado.
CELIO. Esta es Ricarda.
TÁCITO. ¿Quién?
RICARDA. ¡Yo,
yo soy, dulce padre mío!
TÁCITO. ¿Sueño, velo, desvarío?
¿Es esto verdad o no?
¿No eres muerta?
RICARDA. Aquí, Tancredo,
te dará la relación.
TANCREDO. Mía ha sido la invención;
después te diré el enredo;
que la que viste enterrada
fué cierta pobre doncella.
TÁCITO. Dejadme abrazalla y vella:
ella es, sin duda; ¡hija amada!
ANTANDRO. ¡Notable suceso ha sido!
FINEA. Mira si estoy disculpada
y si quedaré abonada
con tan honrado marido.
ANTANDRO. Para tales casamientos
y tan extrañas historias,
entrad donde sean notorias,
en otro lugar y asientos.
Roberto, hoy ha sido el día
de darte buen galardón.
TÁCITO. Y de Tancredo, es razón
pagar la mucha hidalguía.
Prométole mil ducados.
ANTANDRO. Yo a Roberto, de mi casa
todo el ajuar, si se casa.
ROBERTO. ¡Viváis cien años doblados!
TANCREDO. ¡Oh, cuánto un leal criado
tristes sucesos remedia!
ROBERTO. Aquí acaba la comedia
del GALÁN ESCARMENTADO.

FINIS

LA COMEDIA FAMOSA

DEL GANSO DE ORO

COMPUESTA POR

LOPE DE VEGA

FIGURAS SIGUIENTES

BELARDO.
PRADELO.
ERGASTO.
QUIRARDO.
SILVERO.
LISENA.
BELISA.
CONDE RODULFO.
CESARINO.
JULIO.
PRUDENCIO.
LEONATO.
ESTACIO.
HORACIO.
UN PAJE.
TIBERIO, *cazador.*
FELICIO, *mágico.*
DARDANIO, *mágico.*
UN ALGUACIL.
DOS RUFIANES.
UN ALCAGÜETE.
UN GITANO.
DOS RAMERAS.
UN POETA.
UN SOLDADO.
UN DESPENSERO.
FROMINIO, *villano.*
MONTANO, *villano.*
EL PRÍNCIPE DE NÁPOLES.
BARDINELO, *salvaje.*
DOS CAMINANTES.

PRIMERA JORNADA

(*Sale* BARDINELO, *salvaje, huyendo con un cabrito en las manos, y salen tras él* ERGASTO *y* PRADELO, *pastores, y dicen de dentro*:)

¡Guarda, Bardinelo, guarda!
¡Guardá la choza, vaqueros!

ERGASTO. ¡Oh, mal golpe de alabarda
te corte esos pies ligeros!
¡Mal fuego te abrase y arda!
¡Pises sapos y culebras!
¡Caigas en hoyos y quiebras,
y en las trampas de los lobos
vengas a pagar los robos
que a nuestra costa celebras!
¿Qué te parece cuál huye?

PRADELO. Como cobarde ladrón,
en los pies la vida incluye.

ERGASTO. ¡No diera algún tropezón!

PRADELO. Con el mismo viento arguye.
¿Qué te ha llevado?

ERGASTO. Un cabrito
todo manchado y escrito,
que era de la cabra hermosa.

PRADELO. ¿Hate llevado otra cosa?

ERGASTO. La salsa y el apetito.

PRADELO. El no lo habrá menester;
con pellejo y mal asado
lo suele, a veces, comer.

ERGASTO. El suyo bien desollado
diera un dedo por tener.
Sin que juzgara Timolo,
como a Marcias hizo Apolo,
por que le gozara el valle,
de un gancho había de colgalle
deste robre, seco y solo.

PRADELO. A todo el valle persigue;
no sois el quejoso vos.

ERGASTO. ¡No hay quien su furia mitigue!

(*Entra huyendo* LISENA.)

LISENA. ¡Favor, pastores, por Dios!
que Bardinelo me sigue!

ERGASTO. Ya está encima aquella sierra,
Lisena, el miedo destierra.

LISENA. Defenderme quiero aquí.

PRADELO. Tendremos miedo de ti,
que das a los hombres guerra.

LISENA. ¿Yo, guerra, Pradelo?

PRADELO. Y tanta,
cuanto lo sabe mi pecho,
que en mi rendida garganta
varias veces has deshecho
esa victoriosa planta.
Das guerra, huyendo ligera.

LISENA. ¡Ay! ¡El monstruo!

PRADELO. No te asombres.

LISENA. Aquí donde estoy me altera.

PRADELO. Tú, de quien huyen los hombres,
¿por qué huyes de una fiera?

LISENA. ¿Fiera soy?

PRADELO. Eres en rostro
un ángel, a quien me postro

por un milagro del cielo.
Pero en condición... ¿dirélo?

LISENA. Dilo.

PRADELO. Pareces monstruo.

LISENA. Si aqueso fuese muy cierto
desterráranme del prado.

PRADELO. No fué muy gran desconcierto,
que más prendas has robado
y más animales muerto.
¿Agora, por dicha, ignoras
que, cubierto destas ovas,
juncos, lirios y espadañas,
el monstruo roba cabañas
y tú corazones robas?
Aquél, para hurtar, se encubre,
y del robo se sustenta,
cosa que sus faltas cubre;
mas tu condición exenta
para matar se descubre.
El come de lo que mata;
lo que ella prende, maltrata;
aquél hurta por oficio,
y tú, Lisena, de vicio
y de ser al cielo ingrata.
¡Qué mal, cruel, le agradeces
esos ojos celestiales
con que a sus luces pareces,
y esos rayos orientales,
que le dan envidia a veces!
¡Esa tez blanca y lustrosa,
como cándida cuajada!
¡Y esa frente tan hermosa!
¡Y esa boca colorada,
que no es boca, sino rosa!
¡Ese cuello que encadena
y aquese todo, Lisena,
que eres toda bella, al fin,
toda de rosa y jazmín,
oro, clavel y azucena!

LISENA. Harto de lo que me dices
con el miedo se me pierde.

PRADELO. Con eso mi fe desdices,
que de mi esperanza verde
has secado las raíces.

LISENA. Toda me has hecho un jardín.
que eres toda bella, al fin,
que eres setiembre, en efeto.

LISENA. Antes un mayo perfeto,
lleno de rosa y jazmín (1).

(1) Estos últimos versos quizá los diga ERGASTO y no LISENA, que no se alabaría a sí propia.

ERGASTO. Cien mil años que viviera
vuestra discordia escuchara;
Lisena, no seas tan fiera,
que te digan en la cara
que el valle de ti se altera;
que, si ven que tus amores
dan la muerte a los pastores,
juntaránse contra ti.

(*Entra* SILVERO, *pastor.*)

SILVERO. ¿Habéis visto por aquí
la causa de mis dolores?

PRADELO. Sola aquésta, por quien muero,
habemos visto, Silvero;
que es la que presente ves.

SILVERO. Tras esos veloces pies
voy como el viento ligero.

(*Vase* SILVERO.)

PRADELO. Bien quiero a aqueste pastor,
porque tienen semejanza,
[en el] desdén y rigor,
su ventura y mi esperanza,
su cuidado y mi dolor.
Muere por Belisa bella
y con la misma querella
que tengo, ingrata, de ti.

LISENA. Tan mal te quejas de mí
como éste se queja della.
El amor no quiere fuerza,
que es una dulce amistad
a quien la sangre se esfuerza
que la llamen voluntad,
porque ninguno la fuerza.
¿Forzarme quieres a amarte?

PRADELO. A lo menos, obligarte;
que suele la obligación
engendrar el afición
de que el talle no fué parte.

LISENA. Sabes ya que quiero bien.

PRADELO. Ya lo sé, para mi mal.

LISENA. Pues si lo sabes tan bien,
luego ya no es general
mi condición y desdén.
¿Téngome yo (1) de partir?
¿Puedo, por dicha, acudir
a aquél, si contigo quedo?
Bien ves, pastor, que no puedo.

PRADELO. Ni yo te puedo sufrir.
Voime.

ERGASTO. Espérame, Pradelo.

(1) El original dice: "Tengo mucho de partir".

PRADELO. Voy a colgarme de un árbol
sólo para ver si el cielo
convierte a Lisena en mármol
ese corazón de hielo.

(*Vase* PRADELO.)

ERGASTO. ¡El hará algún disparate!
Yo voy por que no se mate.

(*Vase* ERGASTO.)

LISENA. Déjale; ríete dél,
que, aunque veas el cordel,
no hayas miedo que le ate.
Sois los hombres desta suerte,
que siempre nos engañáis
con fingirnos que os dais muerte,
y de cuantos os matáis
muy poca sangre se vierte.
Que si Leandro murió,
fué porque no pudo más,
que no poco porfió
por dejar el agua atrás
que tan por fuerza bebió.
Píramo, como es su fama,
sobre el espada cayó,
tropezando en una rama,
y Isis subiendo se asió
de una reja de su dama.
Que pensar que por amor
ha muerto nadie, es mentira.

(*Entra* SILVERO, *pastor.*)

SILVERO. Creciendo va mi dolor
por los puntos de la ira,
Belisa, de tu rigor.
¿Adónde huyes de mí?

LISENA. ¿No la has hallado?

SILVERO. No la hallo.
Lisena, ¿qué haces aquí?

LISENA. Buscar, perdida y ajena,
aquel por quien me perdí,
que al fin tiene dueño ajeno.

SILVERO. Y el que lo es de mi vida.

LISENA. Al fin, penas como peno.

SILVERO. Sí que en aquesta bebida
nos dan un propio veneno.
Belisa quiere a Belardo,
tú a Belardo, yo a Belisa;
no sé qué remedio aguardo,
que todo el mal viene aprisa
y el bien, perezoso y tardo.
¡Ah, Lisena, y quién pudiera
hacer que yo te quisiera,
y porque esto fuera ansí
que me quisieras a mí,
al fin, que una cosa fuera;
pues quieres a quien te olvida
y yo a quien me olvida quiero.

LISENA. Mal puede un hombre, Silvero,
forzar su dicha perdida.
Por quien me aborrece, muero.

SILVERO. ¿Quieres que nos esforcemos
a amarnos los dos? Quizá
que porfiando podremos.

LISENA. ¿Quién al amor forzará?
Pero, Silvero, probemos;
que, cuando no sirva más
que dar a entender al valle
que por mí penando estás
y que me abrasa tu talle,
doy celos y celos das.

SILVERO. ¿Qué más bien que dar fatiga
tan celosa a mi enemiga?

LISENA. ¿Qué más bien que a mi enemigo
dalle un celoso castigo
de cuanto a mí me castiga?
Yo sé que lo sentirá,
que a Pradelo sabes ya
le aborrezco, y este día,
si a otra amase, me daría
la pena que no me da.

SILVERO. Brava pena da, Lisena,
ver que quien nos ha querido
ya quiera persona ajena;
que quizá de igual olvido
tomó principio mi pena.
Por lo menos, les daremos
a entender que nos amamos,
y a fe que pena les demos
viendo que no nos lloramos
las lágrimas que solemos.
Ahora bien, quiero empezar.

LISENA. ¿A qué, Silvero?

SILVERO. A probar
a decirte alguna cosa.—
¡A fe, que vienes hermosa!

LISENA. Bien dices para burlar.
¡Qué gentil hombre que estás!

SILVERO. Para burlarte bien dices.
¿Amasme, mi bien?

LISENA. Bien vas.
Como el agua a las raíces
de verde trigo, y aun más.
Y aun es mayor mi deseo
de que te juntes conmigo.

SILVERO. No es posible, no lo creo;
pongo al cielo por testigo
de que a la muerte me veo.
LISENA. ¿De qué enfermedad?
SILVERO. De amarte,
porque en mi cuerpo no hay parte
donde no tenga su herida.
LISENA. Pues ¿qué soy yo?
SILVERO. ¿Tú? Mi vida.
LISENA. Quiero en mis brazos curarte.
SILVERO. Tomarélos, no hay que hablar.
LISENA. Tente afuera; aqueso no.
SILVERO. ¿No ves que todo es burlar?
LISENA. Sí; mas no se concertó
que me habías de abrazar.
Las burlas, burlas, Silvero;
que eso de los brazos es
prendas de amor verdadero.
SILVERO. Así, pues, háblame, pues.
¿Qué me dices?
LISENA. Que te quiero.
SILVERO. Y yo sin comparación.
Por justa satisfación
te ofrezco mi voluntad.
LISENA. ¿Qué más tiene la verdad,
Silvero, que esa afación?
¡Oh, malhaya la mujer
que pone su fe en vosotros!
SILVERO. Mejor se puede poner,
cuando la hubiese, en nosotros;
pero no la puede haber.
Oye, que Belisa es ésta.
A fe que tenemos fiesta.
Hazme favor, por tu vida.

(*Entra* BELISA *haciendo una trenza de cabellos de seda azul y verde.*)

BELISA. Vaya la esperanza asida
entre amor y celos puesta,
aunque lo azul con lo verde
no diga bien.
LISENA. ¡Ah, mis ojos!
SILVERO. ¿Qué, mi bien?
LISENA. Que se os acuerde
que soy yo vuestros despojos.
BELISA. ¡Oh, cuánto la cinta pierde
en llevar aquestos celos!
Mas yo diré que el turquí
era color de los cielos.
SILVERO. ¿Qué? ¿Al fin me quieres a mí?
BELISA. ¿Pondrélos, o quitarélos?
SILVERO. Alza más la voz, Lisena,
que, en la trenza embebecida,
viene de sentido ajena.
LISENA. ¿Quiéresme?
SILVERO. Como a mi vida.
LISENA. ¿Qué tienes?
SILVERO. Amor y pena.
Dime más.
LISENA. No puedo más,
que si de acá no me sale
cánsame mucho.
SILVERO. Verás
cuánto la industria nos vale.
LISENA. No escucha, y es por demás.
Ya Belardo viene aquí.
Yo sé que ahora hablarás.

(*Entra* BELARDO *haciendo en una tablilla esta cifra*: b (flor de lis) a.) (1)

BELARDO. Bien irá la letra ansí
y este rasguillo de atrás.
BELISA. ¡Qué bien los celos tejí!
A fe que sin que lo diga
mi lengua en esta ocasión
ha de entender mi fatiga.
SILVERO. Abrásasme el corazón,
y el propio a tu ardor se obliga.
LISENA. Tú me abrasas los sentidos.
BELARDO. La flor de lis pondré en medio.
LISENA. Están tan embebecidos,
que de oírnos no hay remedio.
SILVERO. Bien parecemos fingidos;
que si tú a mí me quisieras
y de mí querida fueras,
árbol ni piedra quedara
que no te oyera y mirara,
y escuchada y vista fueras.
LISENA. Desdichado es el amor.
Nunca le faltan testigos.
SILVERO. Por mí lo dirás mejor,
que tiene mil enemigos
mi verdadero dolor.

BELARDO.

Hermosas plantas de encarnadas rosas;
doradas y extendidas clavellinas,
que en verdes hojas de esmeraldas finas
con nuevo olor resplandecéis vosotras (2).
Altos jazmines, vides amorosas,
de consumirse, con el tiempo, indinas;

(1) La cifra es una flor de lis entre la *B* y la *a*, para que diga: *Be-lis-a*, nombre de la pastora.
(2) Lope habrá escrito "viciosas" o "vistosas", pero no "vosotras".

¿vistes del sol las luces más divinas
mirarse en verdes ramas vitoriosas?
¿Vistes jamás tan apacible el día?
¿Reverdecieron más vuestros despojos
con el rocío que del alba os toca?
Aquí debe de estar la prenda mía,
que aquese resplandor es de sus ojos
y aquese aljófar de su dulce boca.

BELISA.

Marchitas plantas, ramos, fruto y rosas,
fe de los hombres, tiernas clavellinas,
que siendo falsas, como piedras finas
a nuestro engaño relucís vosotras (1).
Robles, desenlazad las amorosas
yedras de engaño y deslealtad indinas,
porque las apariencias más divinas
de fes rompidas vivan victoriosas.
Pastor injusto, pues que llega el día
de tu mal pensamiento, estos despojos
recibe, que es más justo a quien le toca.
Ni soy tu prenda, ni eres prenda mía;
sólo me pesa que a tan buenos ojos
el cielo diese tan fingida boca.

BELARDO. Amor: que esto que siento
que no suele el corazón
en vano hacer movimiento,
correos del alma son
que vienen del pensamiento.—
¡Ay, mi Belisa! ¿Aquí estás?
BELISA. En mis brazos te recibo,
por no negallos jamás.
SILVERO. De lo dicho me desdigo;
no pienso quererte más.
Para ver, si tienen ojos,
no los tienen para verme.
BELARDO. Causa me has dado y enojos,
y ocasión para ofrecerme
a la muerte por despojos.
BELISA. Esta trenza de cabellos,
que he tejido para ti,
te dirá la causa dellos.
BELARDO. Si ello me lo dice ansí,
por Dios, que me cuelgue dellos.
Aquí el verde y mi esperanza
muestran el valor que alcanza
el que sirve con firmeza;
pues no hay negro, no hay tristeza,
ni en pardo desconfianza.
¡Ay, color, que ya te veo!
No hay por qué te disimules;
ni vienes bien, ni lo creo,
que no da llamas azules
al fuego de mi deseo.
Es mi pena celestial
y esas llamas están mal,
porque azules son de azufre,
y no es la pena que sufre
tan sin remedio infernal.
Mi bien, ¡que puedes creer
que se ha de compadecer
haberte visto y no amarte
y que pueda celos darte
hermosura de mujer!
¿De quién temes?
BELISA. No querría,
mi bien, decirte mi pena;
pero vite estotro día...
BELARDO. ¿A mí? ¿Con quién?
BELISA. Con Lisena.
BELARDO. ¿Qué dices, Belisa mía?
¿Yo con Lisena?
BELISA. Tú, pues.
BELARDO. Puede ser; pero ¿no ves
que guardaría el decoro
a que los ojos que adoro
y estó (1) poniendo en mis pies?
SILVERO. ¿No escuchas esto, Lisena?
LISENA. Ya lo escucho, que ya estoy
ardiendo en celosa pena.
BELARDO. Bien sabes que tuyo soy,
sin tener sospecha ajena;
y créeme sin recelo,
que es Lisena un frío hielo
para mis ojos, y que es
la tierra de aquesos pies
y el infierno de ese cielo.
LISENA. ¿Esto tengo de escuchar?
¿Estos desprecios merezco
por un injusto adorar?
BELISA. Ya que a creerte me ofrezco,
la palabra me has de dar
de no hablar más con Lisena.
BELARDO. Cuando la hablare otra vez
me condene a eterna pena
aquel sangriento juëz
que a los infiernos condena.
Pero ya que eso me pides,

(1) Debería ser el mismo vocablo que el de la nota anterior.

(1) Probablemente deba leerse el pasaje así:

que guardaría el decoro
a aquellos ojos que adoro,
y éstos poniendo en mis pies?

y con tu amor verdadero
la razón que tienes mides,
deja de hablar a Silvero,
por que del todo le olvides.

BELISA. ¿Yo a Silvero?

LISENA. ¿Oyes aquesto?

SILVERO. Ya lo escucho. ¡Ah, tiempo ingrato,
qué firmeza has descompuesto!

BELISA. Ayer rasgué aquel retrato
que estaba en el olmo puesto;
que le di con el cayado
en la adornada cabeza
tantos palos al cuitado,
que allá saltó la corteza
y esotro volvió quebrado.

SILVERO. ¿Esto tengo de sufrir
por un injusto adorar
hasta llegar a morir?

BELARDO. ¿Juras que no le has de hablar?

BELISA. Y cuando le viere, huír.
¿Qué traías en la mano?

BELARDO. Una tablilla en que hacía
aquel nombre soberano.

BELISA. ¿Cúyo?

BELARDO. Tuyo, gloria mía.

BELISA. Muestra a ver. ¡Por Dios, galano!
¿Qué dice en la *be* y el *a?*

BELARDO. Con la lis en medio puesta,
Belisa, mi bien, dirá.

SILVERO. Cara me cuesta la fiesta,
y el alma me costará.

BELISA. ¿Quiéresme le dar?

BELARDO. ¿Pues no?
Pues yo ¿para quién lo hacía?

LISENA. ¿Ves que el retrato le dió?
He visto la muerte mía,
y la que nunca me vió.

BELISA. Traerle quiero en mi cuello
en poniéndole una cinta.

BELARDO. Yo la trenza y tu cabello
cuando con muerte sucinta
me obligare a suspendello,
aunque esto nunca será.
Vámonos aquella fuente
que junto al encina está.

SILVERO. Este es tiempo conviniente.
Lisena, el brazo me da,
que viéndonos abrazados
irán de celo abrasados.

LISENA. Tal estoy, que te los doy.

BELARDO. Yo soy tuyo.

BELISA. Tuya soy.

BELARDO. ¿Cómo iremos?

BELISA. Enlazados.

(*Entranse abrazados, sin mirarlos.*)

SILVERO. Con nuestra burla nos deja.

LISENA. Suelta, Silvero, los brazos,
pues aquel traidor se aleja,
que voy a ahorcarme en los lazos
de la vid más firme y vieja.
Que pues un tiempo lo fuí
y el cuello ingrato ceñí
pensando que era árbol fuerte,
serán lazos de mi muerte
los que en la vida tejí.

(*Vase* LISENA.)

SILVERO. Si he de mirar a tu ejemplo
y acaso el rigor no templo
con mudanzas manifiestas,
de la primera y de aquéstas
como un Isis me convierto.
Pero quiérome valer
de mi padre en este caso,
que es de la mágica un vaso
en que puedo recoger
la triste vida que paso.
Pero está tan escondido,
que no sé si atento oído
querrá prestar a mi ruego;
pero si en esto voy ciego,
ciego amor, tus pasos mido.

¡Oh, gran Felicio! Que del cielo y tierra
partes y mides viendo los secretos
que en sus entrañas nuestra madre encierra.
Tú que a tu voluntad tienes sujetos
los moradores del estigio lago;
tú que del cielo entiendes los efetos,
si fué verdad que con fingido halago
a cándida engañaste, madre mía,
en cisne vuelto por el aire vago;
si la abrazaste, y si ella tu osadía
con virginal vergüenza repugnaba,
y si rendir la viste a tu porfía;
si me parió de ti, si me criaba
de tu ganado una cabrilla hermosa
que a mí y a sus cabritos leche daba;
si me parezco acaso alguna cosa,
¡oh, padre! aquese rostro venerable
y aquesa gravedad maravillosa,
permíteme, señor, mi rey, que hable
a esa presencia de quien tiembla el suelo,
como de padre con su hechura afable.
Silvero soy, a quien un pobre velo

cubrió en la selva de quien tengo el nombre,
recién nacido y tiritando al hielo.

(*Suenan por la cueva tres o cuatro cohetes, y sale por ella* Felicio, *mágico.*)

Felicio.

Silvero, no te espante ni te asombre
esta espantosa vista; sé mi idea,
que más tienes de mí que mortal hombre.
Cándida fué tu madre, a quien desea
a uno (1) y mi corazón. Tú eres mi hijo,
y esto haré que se conozca y vea.
Si tu servicio y padecer prolijo
no agradan a Belisa, fuerzas tengo
para estorbar lo que en tu daño dijo;
y pues que a solo tu remedio vengo,
haré lo que pudiere, y puedo mucho,
que muchos ríos en el correr detengo.

Silvero.

Padre, ¿es posible que tu voz escucho?
¿Que recibo de ti tales mercedes?
¿Que vencí las sospechas con que lucho?
¿Que eres mi padre, al fin?

Felicio.

Decirlo puedes,
y en mis obras verás que soy tu padre,
porque del todo satisfecho quedes.
Todo lo que jamás ajuste y cuadre
a tu remedio tengo prevenido.
¡Tanto de fe y amor debo a tu madre!
Entra en mi cueva, y tú verás que ha sido
privilegio que naide alcanzar puede,
a un hijo solamente concedido,
que yo haré que aquesta noche quede
Belisa arrepentida de su engaño,
si esta licencia el cielo me concede.

Silvero.

Vamos, que sólo aquese desengaño
de que eres tú mi padre me bastaba.

Felicio.

Entra y no temas que te hagan daño.
¡Oh, cuánto, cielos, a tu madre amaba!

(*Vanse, y sale el* Salvaje *con* Belisa, *robada.*)

Belisa. ¡Favor, pastores del valle;
favor, que presa me lleva,
si no venís a matalle,
este enemigo a su cueva,
demonio en obras y talle!

(1) No sabemos cómo leer sin error este pasaje.

(*Entranse, y sale* Belardo.)

Belardo. Suelta el ángel, Bardinelo;
vuelve su tesoro al suelo;
restitúyelo a mí mismo,
no hagas cielo tu abismo,
que darás envidia al cielo.
Suelta, ladrón. Ya se fué.
¡Ay, cielos! Si aquesto vistes,
si no fué invidia, ¿por qué,
por qué un áspid no pusistes
en cada estampa del pie?
Por menos que esto Aristeo
llora su incasto deseo,
y por menos Euridice
sus vanas querellas dice
a las aguas de Leteo.
Menos sacrilegio hecho
tiene a Sísifo deshecho.
Por menos brama Egión,
y por menos a Egeón
un Etna le oprime el pecho.
Estoy por entrar adentro,
aunque salga más aprisa
la dura muerte al encuentro,
que no es mucho por Belisa
bajar al escuro centro.
Puédeme aquéste matar,
puede más; pues quiero entrar,
que más puedo y soy más fuerte,
pues que resisto a la muerte,
que es un valor singular.
Mas ¡ay! que hazaña cual ésta
no es gallardo atrevimiento
que el alma noble me presta,
sino poco sufrimiento
de la vida que me resta.
Pues entraré.

(*Sale* Lisena, *y ásele.*)

Lisena. Tente un poco.
Belardo. ¿Que me tenga?
Lisena. Espera, loco.
Belardo. ¿Que me espere?
Lisena. Espera, pues.
Belardo. No me detengas los pies,
sino el alma que provoco.
Lisena. Digo que no quiero que entres
adonde a pequeño trecho
mil animales encuentres,
aunque es digno aquese pecho
de sepultarse en sus vientres.
Belardo. ¿Hante dicho a ti, Lisena,

lo que aquí vengo a buscar?
LISENA. Ya por todo el valle suena;
ya me han venido a avisar
los correos de mi pena.
BELARDO. ¿Qué correos, di?
LISENA. Mis celos,
que con carta de recelos
llegan al alma por puntos
y agora vinieron juntos.
¡Tan mal me quieren los cielos!
BELARDO. ¿Ahora en concetos vanos
dilatando mi pasión,
detienes mis fuertes manos
cuando las pone un ladrón
en mis ojos soberanos?
LISENA. ¿En quién?
BELARDO. En Belisa.
LISENA. ¿En quién?
BELARDO. En quien es todo mi bien.
LISENA. ¿Osas mentarme a Belisa?
Pudieras moverme a risa
a serlo mi mal también.
BELARDO. Como la que tengo dicha
¿no es toda el alma que ves?
¿Es esto nuevo, por dicha?
LISENA. No es nuevo, que no lo es
todo lo que es mi desdicha.
BELARDO. Pues déjame que allá baje,
porque rabio de coraje
de que un salvaje ladrón
me robe mi corazón.
LISENA. También eres tú salvaje.
BELARDO. Pues ¿qué quieres?
LISENA. Que me des
el que me has robado mío,
y cobra el tuyo después,
que poco en tus manos fío
si te me vas por los pies.
BELARDO. Suelta.
LISENA. No te soltaré.
BELARDO. Mataréte.
LISENA. No querrás.
BELARDO. Pues mataréme y podré.
LISENA. No, no, que me matarás;
no, no, que me moriré.
BELARDO. ¿Melindres conmigo ahora?
Suelta el pellico, ¡malhaya!
LISENA. ¡Malhaya, amén, quien te adora!

(*Sale el* SALVAJE *y coge a* LISENA.)

BARDIN. Vaya con las otras, vaya.
LISENA. ¡Ay! ¡Belardo!
BELARDO. Ve en buen hora.
No hayas miedo que defienda
lo que no fuere mi hacienda.
LISENA. ¡Ay! ¿Belardo?
BARDIN. Callad, dama,
que habéis de ser cena y cama
y Belisa la merienda.

(*Vase el* SALVAJE *con ella.*)

BELARDO. ¡Oh! Mal provecho te haga
antes que llegues allá,
y si desto amor se paga,
veneno bebas con ella
que el corazón te deshaga.
¡Qué grande alboroto suena!
¿Si entraré? Mas ¿qué he de hacer?
Tanto aborrezco a Lisena,
que por sólo no la ver
dejaré a Belisa en pena.

(*Salen* ERGASTO, PRADELO *y* QUIRARDO.)

QUIRARDO. Por aquí, en efeto, vino.
PRADELO. Este es el mismo camino.
ERGASTO. Y ésta la cueva, Quirardo.
QUIRARDO. Ya está a la puerta Belardo.
PRADELO. A fe, que es diamante fino.
QUIRARDO. ¿Cómo has llegado primero
a ver al ladrón ligero?
¿Di, cuidadoso amador?
BELARDO. Llegué primero al dolor,
pero al remedio postrero.
A Belisa me ha llevado
este Bardinelo, aquéste.
QUIRARDO. Viva el ladrón con cuidado;
que yo haré que le cueste
caro el precioso bocado.
El sabe bien cómo riño
cuando aquésta me desciño.
ERGASTO. ¿Si la forzará?
PRADELO. ¿Quién duda
de una bestia fiera y ruda?
¿Qué más dijeras de un niño?
Ya la estará destripando.
BELARDO. ¿Ríes de verme llorando?
Pues, por Dios, que está con ella
quien te parece más bella
que el cielo que estás mirando.
PRADELO. ¿Bella?
BELARDO. Y bellísima, pues.
PRADELO. ¿Quién es, Belardo?
BELARDO. Lisena.
PRADELO. Calla, por Dios.
BELARDO. Ella es.
PRADELO. ¿Burlas?

BELARDO. De verte sin pena
cuando con ella me ves.
PRADELO. ¡Oh, malhaya mi linaje!
Quirardo, a Lisena tiene
en su cueva este salvaje.
QUIRARDO. Buscar remedio conviene
que tanta desdicha ataje;
mas yo no siento ninguno.
BELARDO Yo sé solamente uno,
y uno solo lo ha de hacer,
que es uno solo en querer
como no ha querido alguno,
y es entrar a ver muy quedo
qué hace el fiero ladrón.
Si está solo, salir puedo
y, juntando un escuadrón,
podremos entrar sin miedo.
Si hay muchos es peligroso,
y ansí, por caso dudoso,
buscaremos otro acuerdo.
PRADELO. Hablas animoso y cuerdo.
BELARDO. Háceme el tiempo animoso,
que amor, que me abrasa y arde,
me hace, que en ver la muerte,
ni huya ni me acobarde,
siendo el (1) más flaco, más fuerte.
y más rebusto el cobarde.
PRADELO. Si entras, ¿cómo volverás
a salir después, si vas?
BELARDO. ¿Cómo? Poniendo un cordel
podréme volver por él
aunque entre una legua y más.
ERGASTO. Aquí tengo yo un ovillo
que para ciertas abarcas
truje ayer; toma, carillo.
QUIRARDO. Guárdale bien de las Parcas.
BELARDO. ¿Es recio para el cuchillo?
PRADELO. Embotarále su filo.
BELARDO. Espera, que quiero atar
en aquesta puerta el hilo
para mejor imitar
del griego el sagaz estilo,
y estotro tomaré yo
y en la mano tomarélo.
PRADELO. ¡Qué ingenio el cielo te dió!
BELARDO. Mas ¡qué desdicha, Pradelo!
PRADELO (2). ¡Esta sí, que esotra no!
ERGASTO. Los tres aquí te aguardamos.
BELARDO. El cielo vaya conmigo.

(*Entra por la cueva.*)

(1) "el" no está en el original.
(2) "PRADELO" no está en el original.

PRADELO. Desde aquí se lo rogamos,
que bien ves, Belardo amigo,
con cuánta pena quedamos.
QUIRARDO. Paréceme que a Teseo
en el laberintio veo
dar la muerte al Minotauro.
PRADELO. Y a mí, que para él restauro,
Quirardo, el bien que deseo.
Que Ariadna me promete
en mi Lisena, que adoro,
si aquesta impresa acomete.
ERGASTO. Merece una estatua de oro.
¿Qué dije una estatua? Siete.
Por Apolo, que este mozo
pone regocijo y gozo
con su brío y ademán.
QUIRARDO. El y sus bríos ya están
como tras la soga el pozo.
La hazaña ha sido bien loca;
que mil veces a mi abuelo
le oí decir que esta roca
era un azote del cielo
y del infierno una boca,
y los que han entrado en ella,
si no han muerto dentro della,
han salido enhechizados.
ERGASTO. Los cabellos erizados
tengo solamente en vella.
No me cuentes esas cosas,
que soy medroso en extremo.
PRADELO. Para mí serán medrosas,
pues por ella perder temo
mis esperanzas gloriosas
que se apilan en Belardo,
porque es la baga (1), Quirardo,
de todo aqueste edificio.
QUIRARDO. Hará Belardo su oficio,
que es animoso y gallardo.
Vámonos; allí debajo
de aquel roble esperaremos
con menos pena y trabajo,
por ser acopado y bajo,
y contaros he mil cosas
increíbles, monstruosas,
destas encantadas cuevas.
ERGASTO. Hecho una nieve me llevas
hasta las plantas medrosas.

(*Vanse, y sale* BELARDO *por la cueva.*)

BELARDO. Es tanta la escuridad
y los pasos tan inciertos,

(1) Quizá deba leerse "base" o "basa".

que sola mi voluntad
los pudiera hallar abiertos
a tanta dificultad.
Largo trecho he caminado,
y tanto, que estoy cansado.
Pues de un frágil hilo asido
voy entre riscos perdido,
y aun es lo más que he ganado.
Ni hallo el fin, ni saber puedo
más, de que me pesa el miedo
la sombra por donde voy.
Mal griego en la industria soy:
todo me entrilo y me enredo;
pero fin ha de tener
ventura tan atrevida,
y si no le puede haber,
haberle tiene en mi vida,
que ésta por fuerza ha de ser.
Ruido siento. ¡Ay de mí!
Arrimarme quiero aquí.
Fiesta viene. ¿Qué será?
Música suena. Quizá
sale a recibirme a mí.

(*Sale una boda de diablos y músicos delante, y el* PRÍNCIPE DE NÁPOLES *y* BELISA.)

PRÍNCIPE. El haber con vos juntado
la sangre real que tengo,
amor lo tiene ordenado,
pues por él, Belisa, vengo
desde el más remoto Estado
El Rey de Nápoles soy,
que a vuestro rústico traje
toda esta licencia doy,
pues quiere amor que me abaje
a la coyunda en que estoy.
¿Estáis contenta de darme
esa blanca mano, hermosa,
que pudo el alma robarme;
de que sois mi dulce esposa
y habéis de resucitarme?

BELISA. Digo, mi señor, que sí,
y que ya de hoy más de mí
podréis gozar los despojos.

BELARDO. ¿Qué es esto que ven mis ojos?
¿Belisa se casa aquí?

PRÍNCIPE. Pues, alto. Sentémonos
en mi tálamo real.
Tañed y danzad los dos.

BELARDO. ¿Quién vió casamiento igual?
¡Loco me torno, por Dios!

(*Bailan algunas figuras graciosas.*)

PRÍNCIPE. Basta ya el sarao, que amor
no requiere tanto espacio,
y más creciendo el rigor.
Vamos, mi vida, a palacio
a templar aqueste ardor,
donde en mi bordada cama
menguando crezca mi llama,
y creciendo mengüe (1), y sea
tan sabrosa esta pelea
como lo dice la fama,
que yo juro que sois vos,
mi bien, la primer mujer
que me ha dado el ciego dios
para el conyugal placer.
Y juntémonos los dos
para que, con buen agüero,
Nápoles tenga heredero
y los dos un bello hijo.

BELARDO. ¡Cielos! ¿Qué es esto que dijo?
De celos me abraso y muero.
¿Esto tengo de sufrir?
¿Delante de mí se ha de ir
éste con mi propia dama
y no menos que a su cama?
Por Dios, que lo he de impedir.—
Señores, aunque no soy
conocido en esta tierra,
ni menos sé dónde estoy,
si es ciudad, montaña o sierra,
si me estoy quedo, o si voy,
sepan que a ese casamiento
pongo justo impedimento:
que Belisa es mi mujer,
y aquí lo podrán leer
en este conocimiento.

(*Aquí le aporrean con matapecados.*)

¡Ay de mí, triste! ¡Ay de mí!
¿Nadie me socorre? ¡Ay! (2)
Digo que desisto aquí,
y que en todo lo que hay
una y mil veces mentí;
que ni es, ni fué mi esposa,
ni me dió ninguna cosa.
¡Reniego del casamiento!
Si es su carga la que siento,
por Dios, que es dificultosa.
¡Bueno quedo, por mi vida!
Todo quedo disistido,
y aun creo que la comida.

(1) El original dice: "y creciendo mengua, y sea".
(2) El original dice "aquí" en vez de "¡Ay!".

¡Cielos! ¿Es esto fingido?
¿Es esta boda fingida?
¿Estoy loco? ¿Estoy despierto?
¿Si duermo?... Mas ¡ay de mí!
¿Qué fuera de que estoy muerto?
El hilo y cordel perdí
para que fuese más cierto.
¿Por dónde tengo de ir
a contar este suceso?
¿A que me trujo a morir,
amor, tu amoroso exceso?
Entré para no salir.
Ahora bien: volver atrás
ya no es posible, pues quiero,
pues quiero caminar más,
que, al fin, llegaré primero
a la muerte que me das.
De un deseo vamos llenos;
camina, que ya camino,
Muerte, amiga de los buenos,
partiremos el camino
y cansarémonos menos.
Que este galardón alcanza
quien, sin temer la mudanza
de amor, siempre trae asida
en un cabello la vida
y en un hilo la esperanza.

SEGUNDA JORNADA

(Salen dos caminantes; el uno se llama TANCREDO *y el otro es un* PEREGRINO.)

TANCREDO. Es imposible, sospecho,
que en esta ciudad entremos,
si no es que ya aventuremos
a tanto peligro el pecho;
porque toda contagiosa
de pestilencia se abrasa,
desde la más pobre casa
hasta la más poderosa.

PEREGR. ¿Qué dicen que es la ocasión?

TANCREDO. Una luz o encantamento,
cuya llama, envuelta en viento,
dicen que sale un dragón.
Unos dicen que es un sabio,
otros que es un cuerpo muerto
cuyo monumento abierto
no da olor sabio ni arabio,
antes fiero y pestilente,
y tal, que en esta ciudad,
de común enfermedad
[se muere toda la gente] (1).
La Casa Rëal ha hecho
una Troya de abrasada,
que fué su primer posada
su rico y dorado techo.
Han muerto la Reina y Rey,
los hijos también han muerto,
más que Tiro está desierto
cuando Dido cortó el buey.
No hay quien reine ni hay quien viva,
todo es confusión y llanto.
Han hecho a Júpiter santo
una y otra rogativa.
Pero tan airado está,
que nada les aprovecha,
y ansí la ciudad sospecha
que es azote que les da;
y temiendo su ruína,
piden de una misma suerte
la brevedad de su muerte
por última medecina.

PEREGR. Hasme dejado, por Dios,
dese suceso espantado.

TANCREDO. El camino hemos errado
por ir hablando los dos.
Mucho a la ciudad llegamos;
alguna desgracia temo.

PEREGR. Si es el mal con tanto extremo,
en sólo mirarla erramos;
porque [de] la vista rompe
los espíritus visivos,
que son, Tancredo, atrativos
de la sangre que corrompe.
Un pastor sale hacia acá
de entre estos riscos que tiene,
que como en éxtasis (2) viene
y mirando al cielo está.
El traje no es desta tierra.

(Sale BELARDO *por la cueva, como espantado.)*

BELARDO. ¡Válame Dios! ¿Dónde estoy?
Gracias ¡oh cielo! te doy,
que veo un monte y una (3) sierra.
Mis ojos, tomad consuelo,
haced fiestas y alegrías,
pues ha tan prolijos días

---

(1) Por no dejar incompleta la redondilla suplimos este verso.
(2) El original dice: "que como ni esta se viene".
(3) Sobra una sílaba, a no ser que se pronuncien como sílaba "veo un".

que no veis la luz del cielo.
Parece que el.................. (1)
todo el mundo por la cueva
viendo el sol y la luz nueva
y la verdura del prado,
porque desde el casamiento
de Belisa no he podido
cobrar el hilo perdido
que hilaba mi pensamiento.

TANCREDO. Este pastor nos dirá,
pues anda por esta sierra,
si está sigura esta tierra. —
Buen hombre, llégate acá.
¿Cuánto ponen desde aquí
a Nápoles?

BELARDO. ¿Luego es
aquésta Nápoles?

TANCREDO. Pues
¿quién ha de ser?

BELARDO. ¡Ay de mí!
¿No estaba en Arcadia yo?
¿Tanta tierra y tanto mar
pude tan presto pasar?

PEREGR. ¿Eres desta tierra?

BELARDO. No.

TANCREDO. ¿Qué nación?

BELARDO. De Arcadia soy.

PEREGR. Desta pestilencia, acaso,
¿sabes algo?

BELARDO. El primer paso
es éste que en ella doy.
Pues qué, ¿tiene pestilencia?

PEREGR. Este mozo es forastero
y, al fin, pobre ganadero,
sin otro trato ni ciencia.
Y pues el peligro es tal,
no le escuchéis sus palabras,
que de usado a hablar con cabras
responde a los hombres mal,
y hacia aquel viejo casar
sigamos este repecho.

TANCREDO. Eso será de provecho.
Empezad a caminar.

(*Vanse los dos.*)

BELARDO. ¿Qué? ¿Es posible que salí
a ver tu luz, claro cielo,
para mayor desconsuelo
y para matarme ansí?
¿Que tan lejos de mi tierra
y de Belisa viniese,
y a tierra que no pudiese
volver jamás a mi tierra?
Pero, Belisa casada,
¿qué mal habrá que no venga?
Mas ¿quién habrá que no tenga
dudosa el alma y turbada?
¿Qué más claros testimonios
de que ha sido aquella boda
dentro del infierno, y toda
sombra y fición de demonios?
Pues sólo el que dió la mano
a mi Belisa era un hombre
con rostro, apariencia y nombre,
cortés, afable y ufano.
¡Triste!, ¿qué tengo de hacer?
¿Solo a Nápoles y muerto?
Aquí he visto un risco abierto;
por él me quiero meter,
que si en cueva comenzó
la muerte a buscar mi vida,
aquí he de hallar escondida
la gloria que me quitó.
Que es el acabar del todo
para que tenga descanso
el espíritu, que canso,
y el cuerpo del mismo modo.
Podréme entregar al sueño,
de que vengo fatigado,
que en esta cueva no he osado
dar al sentido otro dueño.

(*Quiere entrar por el risco, y sale la sombra de* DARDANIO, *mágico, y suenan tres o cuatro cohetes.*)

DARDANIO.

En este punto los precisos hados
de Nápoles revocan la sentencia,
pastor dichoso, a quien están guardados
los altos fines de mi oculta ciencia.
En aqueste sepulcro sepultados
los huesos de que es sombra mi presencia,
diez siglos han estado en estas piedras
cubierto dellas y de verdes hiedras.
Decretaron los hados que ese día
que mi sepulcro abierto fuese,
ellos lo saben; o por honra mía,
daño común o pestilencia hubiese.
Cierto ganado que estos montes cría
quiso la dura suerte que viniese
por entre aquestos riscos y paciendo (1),
fué mis secretos huesos descubriendo.

(1) Falta el resto del verso.

(1) El original dice "padeciendo".

Desde este día Nápoles padece
aquesta grave enfermedad que digo.
Ha muerto el Rey, y la ciudad perece
que ya llegaba su final castigo.
Mas hoy el daño general fenece;
por ti su redención, que el cielo, amigo,
no quiere que tan gran ciudad se acabe,
que aún tiene su Sirena voz suäve.
Dardanio soy, el inventor primero
de la mágica diestra y estudiosa.
Entra en mi cueva, que mostrarte quiero
una sierpe encantada y venenosa,
cuya cerviz degollarás primero
que la región del aire contagiosa
que agora sobre Nápoles se extiende
tiemple el rigor furioso que la ofende.

BELARDO.

No son palabras de los hados fuertes
para un pastor de ovejas y de cabras;
pero, en efeto, mi sentido advierte
de que son su decreto tus palabras,
por varios modos y de varias suertes,
que cuando el pecho y mis secretos abras
sabrás, Dardanio, ya lo sabes; vengo
desde el lugar donde mis padres tengo.
Aunque es verdad que nunca yo he sabido
que fuesen más de un monte y una sierra.
Por padre y madre aquéstos he tenido,
ni saben otra cosa por mi tierra,
y en el monte Partenio fuí nacido,
y una alta sierra que dos valles cierra
me dió la edad que tengo entre otros mozos,
que aún les apuntan los primeros bozos.
Vamos donde me mandas, que no es justo
que de los hados el decreto ofenda.
Valor me sobra y ánimo robusto
para que el mundo conquistar emprenda.

DARDANIO.

De verte alegre y animoso gusto.
Toma del risco la torcida senda,
por donde aquesta luz y largos pasos
guíen los tuyos a tan varios casos.

(*Éntranse por la cueva, y sale el* CONDE RODULFO *y* JULIO, HORACIO, ESTACIO, PRUDENCIO, CESARINO *y* LEONATO.)

CONDE.

Siendo, pues, tanta la común dolencia
y creciendo, senado, cada día
en aquesta ciudad la pestilencia,
por buen acuerdo, y el mejor, tendría
que nos pongamos en el templo santo
de la que tanto su ciudad quería.
Y allí, de los mayores el ejemplo
imitemos, poniendo en sacrificio,
que ya bañada en sangre la contemplo.
¿Qué delito cruel, qué inorme vicio
ha hecho esta ciudad ¡oh! gran Sirena,
que hiciste con tu mano su edificio?
¿Qué pecado su rey dejó sin pena?
¿Qué tiranía hizo? ¿A quién ha muerto
que está de muertos esta plaza llena?
¿Acaso profanó tu templo abierto?
¿Robó de tus altares la riqueza?
¿Qué puede ser pecado tan cubierto?

JULIO.

No creo, Conde, yo que la fiereza
de su furioso brazo vengativo
castigo fué de la real cabeza.

LEONATO.

Ni yo le tengo al Rey después que vivo
por hombre que los dioses profanaba.

CESARINO.

Ni le conozco por primero altivo.

HORACIO.

¿Qué pebetes ni mirra no quemaba
de su sacra Sirena en los altares?

PRUDENCIO.

¿Qué fiesta o bacanal no celebraba?
Digan aquesto los humildes lares;
los penates (1) lo digan, que mil veces
escucharon sus himnos y cantares.

CESARINO.

Tu misma fundación desfavoreces,
Partenope santa, y no conoces
que con ella tus manos engrandeces.

PRUDENCIO.

¡Oíd! (2) ¿Qué gente es ésta, estruendo y voces?

JULIO.

Débense ya de ir los desterrados,
los viciosos, juglares y feroces.

CONDE.

Como yo sospeché que los pecados
desta ciudad causaban su dolencia,
ordené desterrar los declarados.

---

(1) El original: "pebetes" en lugar de "penates", así como antes "ares" en lugar de "lares".
(2) El original dice "oy" por evidente errata.

Que aquí cesará la pestliencia,
quedando la ciudad tan libre y sana.

PRUDENCIO.

Muchos dellos vendrán a tu presencia;
que su vida torpísima y liviana
querrán acreditar con sus razones.

CONDE.

Será, sin duda, su esperanza vana.
Vayan della rameras y ladrones
y toda la demás gente vagante,
y luego nuestras justas oraciones
en el cielo tendrán lugar bastante.

(*Sale un* ALGUACIL, *un* GITANO, *dos* RUFIANES, *dos mujeres* RAMERAS, *un* ALCAGÜETE *y un* VOLTEADOR, *que son los volteadores.*)

ALGUACIL. Ea, señores, acaben.
¿De qué se van deteniendo
si el pregón público saben?
HORACIO. De la ciudad van saliendo.
Tu justo decreto alaben.
RAM. 1.ª Al Conde nos hemos de ir,
que le queremos decir
de nuestra vida se informe.
ALGUACIL. Si él la sabe tan inorme;
la muerte vais a pedir.
CONDE. ¡Hola! ¿Qué alboroto es ése,
que mayor serlo podría
cuando yo ausente estuviese?
RAM. 2.ª ¿Este es el Conde? A fe mía
que le he de hablar, aunque os pese.
Señor, ya que nos destierras
y para extranjeras tierras
de la nuestra nos envías,
¿por qué por falsas espías
como cautivas nos hierras?
CONDE. ¿Quién eres?
RAM. 2.ª Una mujer
que ha vivido libremente.
CONDE. Bien te puedo responder
tan libre y públicamente
si es público tu pecado
y has públicamente errado.
No hierra el castigo en ser
para tan libre mujer
tan público y declarado.
¿Y quién eres tú?
RAM. 1.ª Yo soy
una casada, que dicen
que no buena cuenta doy;
algunos lo contradicen,
y, al fin, desterrada voy.
Galas e injusto (1) me han dado
nombre en Nápoles de ruin,
y algo dello es levantado,
y algo dello no, que al fin
mi marido es descuidado.
CONDE. Agravio se te hace a ti
en que vayas desterrada.
RAM. 2.ª Dios te guarde más que a mí.
CONDE. Que habías de estar quemada.
Levanta; vete de ahí.
JULIO. Por ésta sin resistencia
no mengua la pestilencia.
CONDE. ¿Quién eres tú?
RUFIÁN 1.º Soy un hombre
que dicen que obras y nombre
me dió la muerte en herencia.
Algunos me hacen tan fuerte,
que dicen que por dineros
doy a cualquier hombre muerte.
CONDE. ¿Y es tu nombre?
RUFIÁN 1.º Tragafieros.
CONDE. ¿Y tú?
RUFIÁN 2.º De la misma suerte,
dicen que suelo traer
por el mundo una mujer
con afeites y vestidos
para dalla a mil maridos
y por ganar de comer.
CONDE. ¿Cómo os llaman?
RUFIÁN 2.º Matracón.
CONDE. ¿También seréis vos ladrón?
RUFIÁN 2.º Bien alzo lo que se cae,
y aun lo que guardado trae
el más guardado jubón.
CONDE. Y tú, mozuelo, ¿quién eres?
ALCAH. Dicen que alcahuete soy
de los humanos placeres,
y por ello vengo y voy
con recaudos a mujeres.
Y a fe que todo es fingido,
que sola una vez lo he sido
de personas principales
por unos ciertos reales
y la tela de un vestido.
CONDE. ¿Quién eres tú?
GITANO. Soy gitano,
que a jugar con la correa
mi vida sustento y gano.
CONDE. ¿Y esotro?

(1) No atinamos qué palabra pueda sustituir a la impropia de "injusto". Quizá "vicios", "fausto" u otra semejante.

GITANO. Este voltea
con esta espada en la mano.
Volteamos y danzamos,
y con esto entretenemos
a cuanta gente topamos,
y a ninguno mal hacemos
y ansí la vida pasamos.

CONDE. Ahora bien. ¡Hola! Alguacil,
toda esta canalla vil
echalda de la ciudad.

ALGUACIL. ¡Ea! gente, caminad.

RUFIÁN 2.º Oyete, esclavo servil.

CONDE. Quiera ya el supremo cielo
que, viendo ya desta gente
limpio nuestro patrio suelo,
vuelva piadoso y clemente
los ojos a nuestro celo.

PRUDENC. No hay duda, sino que entiendo
que está la plegaria oyendo
de este pueblo miserable.

JULIO. Oíd qué fuego notable
y qué temerario estruendo.

CONDE. Senado, a portento tal
apenas la vista aplico.

HORACIO. Ved; un águila caudal,
con un papel en el pico,
llega al palacio real.
Sobre la puerta se ha puesto.

CONDE. ¡Oh, suceso que provoca
a escándalo manifiesto!

(*Atraviesa de una parte a otra por un hilo una águila con un papel.*)

HORACIO. Llega, Conde, y de la boca
el papel le quita presto.

CONDE. ¡Oh, santa Partenopea!
no juzgues a gran delito
que yo tus secretos vea
y que el prodigioso escrito
para bien del pueblo sea.
Ya le he tomado. ¡Oh papel!
¡Oh, mensajero fiël,
de todo nuestro remedio!

CESARINO. Gobernador, ponte en medio
y di lo que viene en él.

(*Lee el* CONDE *el papel, recio.*)

CONDE. "A Nápoles ha venido,
ni por tierra ni por mar,
quien su voluntad ha sido,
y éste le vendréis a hallar
pastor en sólo el vestido.
De la sierpe que causaba
esta pestilencia brava
trae la cabeza en la mano."

JULIO. ¡Oh, pueblo napolitano,
aquí tu desdicha acaba!
Conde, ¿de qué estás suspenso?

CONDE. En la gravedad del caso,
Julio, considero y pienso;
pero alarguemos el paso
a sabello por extenso.
¡Ea, nobles ciudadanos,
todos alegres y ufanos
cortad oliva y laurel;
él para su frente dél
y ella para nuestras manos.
Salga toda la ciudad,
hombres, niños y mujeres.

HORACIO. Hoy muestra tu majestad,
tú que todo lo prefieres
en grandeza y santidad.

ESTACIO. Hacé del público erarió
se gaste lo necesario
para tal recibimiento,
que le ofrezco un talento
de mi parte, voluntario.

JULIO. Vaya un público pregón
que lo diga por ahí.

CONDE. La fama tiene ocasión;
ella lo dirá por mí (1).

HORACIO. ¿Hay bien que más bien ofrezca
a tan largo padecer?
Baste ya, pastor merezca.
Este algún dios debe ser,
o que algún dios le parezca.

PRUDENC. ¡Cómo debe de ser fuerte
el que a tal sierpe dió muerte
y ha deshecho tanto mal!

CONDE. Poder trujo celestial,
que no pudo de otra suerte.
Vamos luego, y prevengamos
un palio en que a la ciudad
nuestro nuevo Rey traigamos
con aplauso y majestad.

JULIO. Camina, buen Conde, y vamos.

(*Vanse, y salen* ERGASTO *y* PRADELO.)

PRADELO. ¿Qué no ha parecido, Ergasto,
Belardo, aquel nuestro amigo?

ERGASTO. A imaginallo (2) no basto
por más horas que conmigo

(1) Falta un verso para la quintilla.
(2) Quizá deba leerse "lamentallo".

en imaginallo gasto.
¡Válgame Dios! ¡Que saliese
Belisa de aquella cueva
y que saber no pudiese
de Belardo alguna nueva,
porque ella no le viese!

PRADELO. ¿Cómo ansí?

ERGASTO. Como ha contado,
ya todo el valle ha escuchado,
que en entrando se durmió
y que cuando despertó
se halló en mitad del prado.
Bien sabe que el monstruo o brujo
a la cueva la retrujo;
pero no sabe después
si era el mismo, ni quién es
el que a la fuente la trujo.

PRADELO. ¡Pobre de aquel mal logrado!
Aunque de mí naide duda,
me haya del caso holgado,
pues que de mi vida muda
su muerte el enfermo estado.
Mucho debo a mi fortuna,
pues, ya, sin duda ninguna...

ERGASTO. Lisena te hará favor.

PRADELO. Y cómo muerto el pastor
y la esperanza importuna
que aún la cruel le tenía
de que algún tiempo el cruel,
que entonces la aborrecía,
que espirando amor en él
la amase como solía.

ERGASTO. Ahora, amigo Pradelo,
el campo te queda franco;
ni ternás temor ni celo,
ni temerás suerte en blanco
por más que se mude el cielo.
Mas ¡desdichado de mí!
que he de confesar aquí
un secreto que he tenido
dentro del pecho escondido
después que a Belisa vi.

PRADELO. ¿Cómo? ¿Estás enamorado?

ERGASTO. Tengo el pecho de sufrir
la llaga antigua del lado,
y de callar y encubrir
carcomido y cancerado.

PRADELO. ¿Hasle dicho tu pasión?

ERGASTO. Ahora, en esta ocasión,
le he dicho mi sentimiento;
mas son palabras al viento,
al fin, porque mías son.
Dichoso tú que el favor
gozarás seguro y cierto,
ya muerto el competidor.
No yo, que si aquéste es muerto,
aún me queda otro mayor;
no el mayor en ser querido,
sino sólo en porfiar
como ninguno lo ha sido,
que aquesto viene abrasar
el hielo mayor de olvido.
Por aquesto me acobardo.

PRADELO. No temas, pastor gallardo,
de ese vaquero atrevido,
que si es della aborrecido
más muerto está que Belardo.
Del muerto que amada fué,
más que del vivo olvidado,
Ergasto, celos tendré.

ERGASTO. En tu causa has sentenciado
si al muerto se guarda fe.
Pero no se trate más
que viene Silvero aquí.

PRADELO. Pues, Silvero, ¿adónde vas?

SILVERO. Amor delante de mí
y la fortuna detrás.
A caza de aquella altiva.

PRADELO. ¿Con esta color esquiva?

SILVERO. Vengo a ver si aquí, a la sombra,
de aquel su Belardo, nombra,
abrazada de esta oliva,
a quien, como si tuviese
lengua, por él le pregunta,
y como si vivo fuese
más veces con él se junta
que yo muero si muriese.

PRADELO. ¿Y es verdad que ya murió?

SILVERO. No lo sé; creo que no;
pues más vive para mí
que entonces vivir le vi.
Tan vivo en ella quedó.

ERGASTO. ¿Qué? ¿Le quiere mucho ahora?

SILVERO. De su boca, Ergasto, sé
que sus memorias adora
como prendas de la fe
que en el alma vive y mora.
Y tan rebelde e ingrata,
de aquestas reliquias trata,
y se enloquece de suerte
que está pidiendo la muerte
sin ver las vidas que mata.
Sólo un consuelo me queda
que me saque desta duda;
que dando vuelta su rueda
aquel que todo lo muda,

hará que mudarse pueda.
Que el curso de algunos años
y los ciertos desengaños
de la falta de esta gloria,
harán borrar la memoria
de la ocasión de mis daños.

ERGASTO. ¿Tanto podrás esperar?

SILVERO. Podré, sin duda, aguardar
que el sol, por sus paraderos,
dé mil vueltas a los cielos
sin que me canse de amar.

ERGASTO. Mucho, por el santo Apolo,
Belisa hermosa te debe.

SILVERO. Soy un fénix de amor, sólo
desde donde el Indo bebe
los cristales de Patolo.

ERGASTO. ¿Escuchaste alguna cosa
después que Belardo falta?

SILVERO. Algo está más piadosa;
pero no es tan agria y alta
la sierra más pedregosa;
que cuando pienso que estoy
en el extremo que doy
envidia de mi subida,
vuelvo a dar tan gran caída
que casi al infierno voy.

ERGASTO. Exaspera.

SILVERO. Es intratable.
Pero, paso, no se hable,
que viene.

PRADELO. A rogarla ponte.

SILVERO. Y ¿para qué, si no hay monte
tan duro e inexorable?

(*Sale* BELISA, *melancólica.*)

BELISA.

Entre aquestas colunas derribadas,
frías cenizas de la ardiente llama
de la ciudad famosa que se llama
ejemplo de soberbias acabadas.
Entre éstas otro tiempo levantadas
y ya de tierras deleitosa cama;
entre aquestas ruínas que la fama
por memoria dejó medio abrasadas,
y entre éstas ya de púrpura vestidas
y ahora sólo de silvestres hiedras,
despojos de la muerte rigurosa,
busco memorias de mi bien perdidas;
hallo sólo una voz que entre estas piedras
responde: "¡Aquí fué Troya, la famosa!"

SILVERO. Deja la melancolía,
pastora; así Dios te guarde.
Flor de aquesta serranía,
tú que la mañana y tarde
eres del valle alegría,
vuelve los airados ojos
que del sol los rayos rojos
eclipsaron tantas veces,
que más de un sol escureces
con esa nube de enojos.
Vuélvelos, pues, gloria mía,
aquesas luces que han hecho
tantas veces claro el día
cuantas ceniza algún pecho
sembrado de nieve fría.

BELISA. Silvero, ¿por qué despiertas
el sueño del corazón
y tantas memorias muertas?
¿Por qué a su pena y pasión
abres al alma las puertas?
Si estoy muerta, ¿qué te ofende
el ver que un muerto me ofenda?
Muerto con muerto se entiende.

SILVERO. ¿Tan muerto estoy que no entienda
lo que tu vida pretende?
Mas vive y muere, homicida,
que no es inmortal la vida
que el cielo te dió.

BELISA. Bien fuera
que vida inmortal me diera,
con tan rigurosa herida,
¿quién tal bastaba a sufrir?

SILVERO. Quien basta a querer a un muerto.

ERGASTO. Pradelo, quiérome ir,
que éste es el proceso abierto
que me condena a morir:
cómplice soy con Silvero.
Si, porque a Belisa quiere,
como yo a Belisa quiero,
tan injustamente muere,
¿qué mejor sentencia espero?

PRADELO. Vete, que yo aguardo aquí
quien a mí me trata así,
si no me engaña el deseo,
que me parece que veo
la que nunca alegre vi.

(*Sale* LISENA.)

LISENA. Después que en burlas hablé (1)
tan verdadera mi fe
que me ha robado del pecho

(1) Falta un verso que no nos atrevemos a suplir, pues sólo se lee la segunda palabra, "Silvero", y la última, "echo".

aquel que primero amé,
que no hay monte ni diamante,
que no hay tigre ni león
tan áspero y arrogante,
pues con toda su pasión
hoy me ha llamado inconstante.
Díceme que no le quiera
y que por Belardo muera,
siendo ya muerto Belardo.
Yo, ¡ triste! abrásome y ardo,
siendo a su acero de cera.
¡ Oh! Hele aquí.

PRADELO. ¿ Oyes la voz
al oído regalado?
¡ Cuánto es el alma feroz
de aquella tigre enojada,
que me ha dado muerte atroz!
Mas ¿ quién duda? Aquélla es,
pues de tocarle sus pies
ha reverdecido el prado.

LISENA. Seáis, pastor, bien hallado.
Y tú norabuena estés.

BELISA. Vengas, Lisena, en buen hora.

LISENA. Pues, Belisa, ¿ en qué se entiende?

BELISA. En ver, hermosa pastora,
de la manera que extiende
su manto, en el campo Flora.

SILVERO. También se entiende en matarme.

LISENA. ¿ Quién te mata?

SILVERO. Quien aquí
pudiera resucitarme.

LISENA. ¿ Díceslo por mí?

SILVERO. ¡ Por ti!...
¿ Vienes, por dicha, a burla[rme]?

LISENA. ¿ A burlarte yo, traidor?

PRADELO. ¿ Eso consientes, cruel?
Vuelve y conoce mi amor,
y no hagas burla de aquel
que burla de tu dolor.

LISENA. Déjame, Pradelo.

PRADELO. Deja,
cruel, de matarme; luego
pondré silencio a mi queja.

SILVERO. ¿ Sientes, Belisa, mi fuego?

BELISA. ¿ Adónde mi bien se aleja
que no he de verme con él?

SILVERO. ¿ Así respondes, cruel?

LISENA. Cruel, ¿ ansí me respondes?

PRADELO. ¿ Ansí, ingrata, correspondes
a fe tan pura y fiël?
Mira mi bien, que te adoro.

LISENA. Mira, mi bien, que te quiero.

SILVERO. Mira que suspiro y lloro.

BELISA. Pues yo por Belardo muero,
muerto, le guardo el decoro,
Silvero, a quien presumo.
Por Belardo me consumo.

SILVERO. Lisena, aquí me resuelvo;
por Belisa arder me vuelvo,
aunque me deshaga en humo.

LISENA. Pradelo, yo me resuelvo (1)
en que de Silvero soy.

PRADELO. Pues, Lisena, yo me incito.
A darme la muerte voy
para tu infierno precito.
¿ Que, en efeto, no me quieres?

LISENA. ¿ Que no me quieres, Silvero?

SILVERO. ¿ Que a Belardo me prefieres?

BELISA. ¡ Ay, Belardo, por quien muero;
moriré, pues que tú mueres!
Deja, Silvero enemigo,
de estar burlando conmigo.

SILVERO. Déjame, Lisena amiga,
no burles de mi fatiga.

LISENA. Déjame, Pradelo amigo.

PRADELO. ¿ Que te deje? ¿ Cómo puedo?

LISENA. ¿ Cómo te puedo dejar?

SILVERO. Si te dejo, muerto quedo.

BELISA. Dejadme todos penar,
que tengo a la vida miedo;
que no es posible que olvide
aquel que los cielos mide
y sus nubes de oro pisa.

SILVERO. No es posible que a Belisa
olvide; mi amor lo pide.

LISENA. No es posible que a Silvero,
Pradelo, pueda olvidar.

PRADELO. No es posible, pues ya muero,
dejar de desesperar
de los remedios que espero.
¡ Cruel, que nada te obliga!

LISENA. ¡ Nada te obliga, cruel!

SILVERO. ¡ Nada te obliga, enemiga!

BELISA. Oblígame a ser fiël,
Belardo, tu muerte amiga,
que yo creo que lo estoy
y tú vivo para mí.
¡ Oh, qué desdichada soy!

SILVERO. ¡ Oh, qué desdichado fuí!

LISENA. ¡ Oh, cuántas desdichas veo!

PRADELO. Mi desdicha en todo crece.
¿ Qué? ¿ mi amor no te enternece?

(1) Este verso está viciado. Acaso diría: "Pradelo, resuelta estoy."

LISENA. ¿No te enternece mi amor?
SILVERO. ¿No te enternece el dolor
que un alma tuya padece?
BELISA. Ya digo que te aborrezco.
SILVERO. Que ya te aborrezco, digo,
y a aborrecerte me ofrezco.
LISENA. Ya te aborrezco, enemigo.
PRADELO. ¿Tan mal galardón merezco
que este galardón me das?
LISENA. ¿Qué? ¿Me das tal galardón?
SILVERO. ¿Qué? ¿Ansí pagado me has?
BELISA. No espera más mi pasión,
porque amarte es por demás.

(*Suenan tres o cuatro cohetes.*)

LISENA. ¡Ay, ay! ¿Qué fuego es aquéste?
BELISA. Huyamos de aquí.
PRADELO. Pastores,
cada cual sus pies apreste.
SILVERO. Ya no me espantan rumores.
¿Quién viene? Mi padre es éste.

(*Sale por la cueva* FELICIO, *mágico, con una daga desnuda.*)

FELICIO.

Ni te alborote ni te mueva a espanto
de verme en tu presencia, mi Silvero.

SILVERO.

¡Oh, padre, a quien adoro y quiero tanto!
A tiempo vienes; que el desdén más fiero
que se vió jamás en Dafne altiva
al lance y punto me llegó postrero.
Siempre responde, como suele, esquiva;
que ahora, más que en vida de Belardo,
exaspera, intratable y fugitiva.
¿Vesla corriendo como suelto pardo,
que a un muerto adora y menosprecia a un vivo?
Al viento mira entre sus pies gallardo.

FELICIO.

No es muerto, no, Belardo, ni cautivo,
ni tiene daño alguno en su persona.
Cortóme el cielo el brazo vengativo.
No sé cuál Dios de un hombre se aficiona
tan encendidamente, que se mueve
de Nápoles a dalle la corona.
Salió, Silvero, de la oscura cueva
por la boca que sale al fuerte muro
que al gran sepulcro los oídos lleva.
Está abierto el de Dardanio oscuro,
por quien los hados prometieron antes
de su centro dañar el aire puro.
Y como sus secretos importantes
el hombre, como indino, [los] inora,
mayormente en sucesos semejantes,
llegó Belardo, como llego ahora.
Y como ni por mar ni tierra vino,
suerte del hado, que la dél mejora,
es sola fuerza del cruel destino.
Y la ciudad, de un mágico avisada,
con la corona le salió al camino.
Pero ¿ves esta daga, no manchada
de humana sangre, ni de filo oscuro,
sino luciente (1), lisa y afilada?
Pues con aquésta y con tu brazo juro
de darle muerte, que yo haré de suerte
que vayas hasta Nápoles seguro.

SILVERO.

Padre: tu gusto y voluntad me advierte,
que de tus trazas mi remedio espero.
Yo iré, sin duda, y le daré la muerte.

FELICIO.

Pues toma aquesta daga, mi Silvero,
que yo te pondré presto donde veas
cuánto a tu madre, ya difunta, quiero,
dándote mayor bien del que deseas.

(*Entranse, y salen* BELISA *y* LISENA *con un lío de vestidos.*)

LISENA. ¿Esta cuenta das de ti,
Belisa amiga?
BELISA. ¿Qué quieres?
Amor la dará por mí.
Daráte cuanto pidieres,
que yo por él me perdí.
Voy de perderme contenta,
y para el remate atenta.
Amor pregona mi vida,
que una cosa tan perdida
no es bien que a naide dé cuenta.
Ha ya no sé cuántos días
que de partirme a perder
me matan melancolías;
y ahora, a más no poder,
me rindo a sus fantasías.
LISENA. ¿Adónde vas?
BELISA. A buscar
un apartado lugar,
para no ver cada punto
memorias de aquel difunto.
LISENA. ¿Por dónde vas?

(1) En el texto "reluciente", con que sobra una sílaba.

BELISA. Por la mar.
LISENA. ¿Y sabes tú qué hay en qué?
BELISA. Que hay una fusta he sabido
de un peregrino que hablé.
LISENA. ¿Qué llevas?
BELISA. Este vestido,
y en no teniendo dinero (1),
lo más dello vender quiero.
LISENA. ¿Qué papel es ése?
BELISA. ¡Ay, Dios!
¿Cómo tenéis, papel, vos
la prenda que yo más quiero?
LISENA. ¿Qué es, por tu vida?
BELISA. ¿No ves
aquesta tablilla escrita,
con esta cifra después,
y aquesta flor ya marchita?
LISENA. Ya la he visto. ¿De quién es?
BELISA. De aquel malogrado, amiga,
que tanto ahora me obliga
y más que si vivo fuera.
LISENA. ¿Qué? ¿Te vas desa manera?
BELISA. Esta cifra te lo diga.
LISENA. ¿Qué has de hacer en tierra extraña?
¿No estás mejor en tu tierra?
BELISA. No ver aquesta montaña,
el valle, el prado y la sierra,
y aquella humilde cabaña.
Aquí me vió; allí le vi;
aquí me hablaba, y allí
le hablaba yo, y estas glorias
para no ver sus memorias,
no me tratarán ansí.
Que, en efeto, estará el fuego
cubierto con la ceniza,
y no donde apenas llego
cuando ya el lugar me atiza
quitando al alma el sosiego.
LISENA. Tanto, Belisa, te quiero,
que te quiero acompañar,
que del mismo dolor muero,
por no ver aquel lugar
adonde le vi primero.
Que me vi favorecida
un tiempo que fuí querida
como lo fuiste después.
BELISA. Echarme quiero a tus pies.
Quiero ofrecerte mi vida.
LISENA. Pues vámonos a embarcar.
¿Dónde iremos?
BELISA. Donde el ciego
amor nos quiera guiar.
Y ahora a Italia.
LISENA. ¡Oh! ¡Si el fuego
de las dos templase el mar!

(*Entranse, y sale* BELARDO *por la cueva con una espada y ropas, y una cabeza de sierpe.*)

BELARDO.

¿Adónde el alto cielo
quiere guiar mis pasos
por tan varios caminos de fortuna?
Pues de la oscura cueva,
el cabello erizado,
seguí el camino tras el negro espíritu,
donde aquestos despojos,
en una plaza abierta,
hallé sobre una tabla
de blanco mármol, de oro
aquesta espada en su dorada vaina.
De todo me he vestido,
que ansí fuí del espíritu advertido.
Entré la cueva adentro,
donde la sierpe fiera
ya con la boca abierta me esperaba.
Cortéle el duro cuello
y salí vitorioso
adonde dicen que me aguarda el premio
de haberle dado a Nápoles
remedio saludable.
Mas ¿qué alboroto es éste
de voceadora gente
que deste cerro a toda furia sale?
A mí viene derecha.
El efeto confirma la sospecha.

(*Salen el* CONDE RODULFO *y* SENADORES, *y* MÚSICA *y palio, y otras gentes.*)

CONDE.

Digo que por las señas
es aquéste, sin duda.
¿No veis la sierpe y la sangrienta espada?
Danos tus pies rëales
o la tierra que pisan
deja que bese nuestra indina boca.
¡Oh, capitán ilustre!
¡Oh, redención y vida
de aqueste muerto pueblo!
¡Tú, gran señor! ¡Tú, grande, a quien los dioses
envían ni por mar ni por tiërra
por el secreto que en su pecho encierra!

BELARDO.

No soy grande ni fuerte,
sino pequeña hormiga.

(1) Falta el último verso de esta quintilla.

Un hombre humilde soy, a quien los dioses,
por verme perseguido,
favorecerme quieren.
Alzaos todos del suelo; alzaos, Senado,
que el pueblo que aquí viene
molestaráme mucho
si llega, como veis, alborotado.
Pues, alto; alzad el palio
y haced poner la guarda
de suerte que no llegue,
y suene alegre música,
porque triunfando por las puertas éntre
de Nápoles gallarda,
que ver su Rey y su remedio aguarda.

(*Vanse, y salen los desterrados.*)

RUFIÁN 2.° Volved a Nápoles ya,
que ya no vale la ley.
Con la venida del Rey
todos cabremos allá.
Ea, señor volteante,
haga alguna cosa nueva.
Tú las castañuelas prueba
al son de aqueste discante.

GITANO. Volteemos y dancemos,
y tras el palio nos vamos.

RAM. 2.ª Pues nosotras ayudamos.
Bailad todos.

ALCAG. Sí haremos.

(*Baila una figura graciosa, y dice el* VOLTEANTE:)

VOLT. ¡Viva la gala, galanes,
pues hoy triunfa el rey de Nápoles!
Pues ya tenemos licencia
de volver a la ciudad,
¡viva su gran majestad
y muera la pestilencia!
Bebamos en competencia
de tudescos y alamanes.
¡Viva la gala, galanes,
pues hoy triunfa el rey de Nápoles!

TERCERA JORNADA

(*Salen el* CONDE *y* HORACIO *y* JULIO, *senadores.*)

CONDE.

Si quisiese alabaros, caballeros,
la virtud y el valor de nuestro príncipe,
fuera de ser tan grande atrevimiento
lo que dijese dél, respondería
como, en efeto, de la esfera un punto
o [bien] arder alguna luz delante
del sol y resplandor del dios (1) divino.
¡Qué manso, qué apacible, qué agradable!
¡Qué honesto libremente y qué discreto!
¡Qué liberal, qué padre de la patria!
¡Oh, hijo de algún dios!

HORACIO.

Repara luego,
y dinos, Conde, qué se sabe agora
del nacimiento, origen y principio
de aqueste Rey pastor.

CONDE.

Ninguna cosa;
que, aunque es verdad que algunos le preguntan
de los que más con su grandeza privan,
a todos les responde que sus padres
son, en Arcadia, un monte y una sierra.
Mas ¿qué importa, señores, la nobleza
que hereda el hijo de su noble padre,
pues esto a su valor tan poco debe?
Ha de ser la nobleza de aquel mismo
que se quiere llamar noble, y no de otro.
Y ved probado aquesto, por ejemplo,
pues hoy el rey de Roma, por sus cartas,
concierta de casalle con su hija.

JULIO.

¿Es posible, señor? ¿Es nueva cierta
que el Rey se casa (2) con la hermosa Emilia,
y que tan grande ha sido ya su fama
que merezca tan alto parentesco?

CONDE.

De la manera que lo digo Julio.
Yo he estado a los despachos de las cartas,
y por palabras queda efetuado
y remitido a inrevocables obras.

HORACIO.

Alma, alegre de tan dulce nueva,
ya por los ojos vierte el alegría.
¿Habemos de ir a Roma?

CONDE.

No, sospecho
que, por sólo excusar los grandes gastos,
a Nápoles Certirio se la envía.

JULIO.

Habrá considerado que está pobre
con los extraordinarios gastos que hace

(1) Decía "sol", por evidente errata.
(2) En el original dice: "que casa el Rey..."

en reparar caídos edificios,
en sustentar a huérfanos ingenios
y en dar a todos con tan larga mano.

CONDE.

Su majestad, sin duda, sale fuera,
que van haciendo plaza.

(*Salen dos* MACEROS *y el* REY.)

MACERO 1.º

¡Plaza! ¡Aparte!

REY.

Pues, Conde, ¿en qué se entiende?

CONDE.

En celebrarte
y en pedir al gran Júpiter tu vida.

REY.

Entren aquesos hombres de negocios.

MACERO 2.º

¡Hola! Con orden, entren uno a uno.

(*Entra un* DESPENSERO *y híncase de rodillas.*)

REY.

¿No iremos esta tarde, Conde, a caza?

CONDE.

Como a su majestad le pareciere.

REY.

¿Quién eres tú?

DESPENSERO.

Quien no soy, porque solía
del Rey, tu antecesor, ser despensero;
y como le sucedes por su muerte,
quiérenme suceder en el oficio,
dejándome tan pobre, con dos hijas
y seis varones, que, de rico y noble,
hoy he venido a la miseria extrema.

REY.

¿Quién te ha usurpado aqueste oficio?

DESPENSERO.

Lepido,
con el favor del Conde y otros grandes.

REY.

¿Hay, Conde, algún oficio que esté vaco?

CONDE.

Tapicero mayor era Leonido.
Murió, señor.

REY.

Pues denle aquése a Lepido
y sirve tú de hoy más tu oficio antiguo.

DESPENSERO.

¡Prospere el cielo tu dichosa vida!

REY.

Pues, Conde, concertad para esta tarde
lo necesario y prevenid la gente.

(*Entra un* SOLDADO *muy roto, cojo y manco, y dale un memorial.*)

CONDE.

Haré, señor, lo necesario.

SOLDADO.

Téngale.
Mírele bien y mírele y remírele;
y si no le mirare y proveyere,
ofrezco al diablo quien otro le diere.

REY.

¿Qué pides?

SOLDADO.

Mi servicio, que me niegan
por ser ya muerto el Rey a quien le hice.
Y si esto es razón, ya que tú reinas,
vuélveme aqueste brazo como estaba,
que manco está de un golpe de una pica,
y cúrame esta pierna, garretada
de un pasaalfanje, y sáname esta mano,
rotos los nervios (1) de una flecha alarbe.

REY.

Denle cuatro talentos, con que viva:
que yo, pues soy del Rey el heredero,
he de pagar sus deudas.

SOLDADO.

¡Dios te guarde,
padre de todos! Vivas más que Néstor.

REY.

Haced que saquen todos los sabuesos,
y llevad la mitad de los lebreles,
y estén aquí a buen hora los monteros.

(*Sale un* POETA *mal vestido.*)

¿Quién eres tú?

POETA.

Diodoro soy, poeta;
asisto en la Academia de los físicos;

---

(1) En el texto, "niervos".

he escrito dos librillos, aunque humildes,
sobre los metereos de Aristotiles;
tengo aqueste Platón y aquesta capa,
y no otra cosa, por el santo Apolo.

REY.

Denle de ayuda cuatro mil coronas,
y éntre en el Senado, su lugar y plaza,
y desde aquí por senador le elijo,
honrando, como es justo, sus estudios,
que yo sé que no tiene precio humano.
Que me muero por ver rico a un poeta.

POETA.

Yo gastaré, señor, de hoy más, mis años
en componerte comos (1), epigramas,
epitalamios, églogas y epístolas,
matribucos (2) délficos, condamos,
subiéndote al atlética y haciéndote
que el coro de Agatecpi te celebre (3)
y te saquen los cisnes de Leteo.

REY.

Conde, haced lo que os digo;
que sólo he de comer y mudar de hábito.

(*Vase el* REY.)

CONDE.

Vaya su majestad, que desde agora
haré que se prevengan los monteros
de caballos, de perros y venablos.
Señores senadores, yo me parto
a lo que manda el Rey.

JULIO.

Partamos todos.

(*Vanse, y salen* FROMINIO *y* MONTANO.)

FROMINIO. Bien estoy, señor Montano,
con aquese honroso intento
en éste, sincero y sano,
y ¡ojalá que el casamiento
pudiera estar en mi mano!
Pero la ajena os agravia.
MONTANO. ¿Qué? ¿No es vuestra hija Fabia?
FROMINIO. ¡Mi hija! ¡Ojalá lo fuera
y que yo engendrado hubiera
cosa tan hermosa y sabia!

(1) Querrá decir "himnos". *Comos* se llamaron más adelante ciertos dichos picantes y burlescos.
(2) Serán "atributos". Ignoramos lo que sean *Condamos*.
(3) En el original dice: "Que el coro de agatecpites çebres." Quizá: "Que el coro de Aganipe te celebre."

MONTANO. Todos los de mi lugar
por vuestra hija la tienen.
FROMINIO. Mi amor les puede engañar,
y en esas fianzas vienen
a redoblarme el pesar.
MONTANO. ¿De dónde es?
FROMINIO. Es de muy lejos.
No lo creeréis.
MONTANO ¿Cómo no?
FROMINIO. Es de Arcadia.
MONTANO. ¿Y qué consejos
para venir se tomó,
dejando sus padres viejos?
FROMINIO. Son unas largas historias
que, para ser entendidas,
no bastan treinta memorias,
y, aunque parecen fingidas,
tienen verdades notorias.
No temas de que con ella
viene esta pastora bella
que la llamamos Pinarda,
tan humilde y tan gallarda
y tan honesta doncella.
Acogílas en mi casa
luego que del mar salieron,
que nunca con mano escasa
estos brazos recibieron
al extranjero que pasa.
Y, como habéis visto vos,
salen al campo las dos.
la Fabia mis gansos guarda,
y las cabrillas, Pinarda,
y a entrambas, el ciego dios.
Como yo nunca he tenido
hijos, Montano, en lugar
de propios las he querido.
MONTANO. Debéislas, Frominio, amar,
premio a la virtud debido.
La una a Palas imita,
y la otra siempre incita
en su ejercicio a Diana.
FROMINIO. La Fabia es muy cortesana;
la Pinarda, muy bonita.
MONTANO. ¡Ah, Frominio! ¡Si quisiera
Fabia casarse conmigo,
qué buen marido tuviera
y vos qué perfeto amigo,
que el alma y hacienda os diera!
¿Qué, en efeto, está resuelta
en decir de no?
FROMINIO. ¿Quién duda?
No libre ni desenvuelta;
pero respóndeme muda

y atrás la cabeza vuelta.
Al fin, lo escucha muy mal.

MONTANO. ¿Y hallará marido igual
con aquel pobre capote?

FROMINIO. ¿Y pensáis que es poco dote
tal virtud y gracia tal?

(*Salen* BELISA *y* LISENA.)

Veisla aquí.

BELISA. Pues, Lisena,
¿date, acaso, la memoria
de la nuestra Arcadia pena?

LISENA. Ni de la tuya a mi historia
y mi proceso condena,
que siento lo que tú sientes:
estos trabajos presentes
y aquellos males pasados.

MONTANO. ¡Ay, ojos de amor vendados,
por quien los míos son fuentes!
¿Hablaréla?

FROMINIO. ¿Pues no? Llega.

MONTANO. ¿Dó bueno, Fabia?

BELISA. A llevar
nuestros gansos a la vega.

MONTANO. ¿En qué se entiende?

BELISA. En mirar
la hierba (1) que baña y riega.

MONTANO. ¿Qué te parece el Seveto?
¿Es mejor que el Amaranto?

BELISA. Más copioso, te prometo,
y le ha crecido mi llanto.

MONTANO. ¿Qué lloras?

BELISA. Un mal secreto.

FROMINIO. Y tú, ¿cómo vas, Pinarda?

LISENA. A tu servicio, muy bien.

FROMINIO. ¿Pareció la cabra parda?

LISENA. Y la manchada también.
Ya nuestro corral las guarda.

MONTANO. Ea, no tratemos de eso,
Frominio, ¿no ves que amor
me penetra carne y hueso?

FROMINIO. Pues vámonos, que es mejor
guardar de su fuego el seso.

MONTANO. ¡Que nos vamos! ¿Vos no veis
que es imposible moverme?

FROMINIO. Yo os diré cómo podéis
ir adonde Fabia duerme,
y allí la fiesta tendréis.
Que es un secreto lugar,
de unas zarzas encubierto,
donde se puede hablar;
que en ese campo desierto
a muchos dais que notar;
fuera de que pasa gente
de Nápoles por aquí.

MONTANO. Fabia, el sol de aquesa frente
me vuelve, huyendo de ti,
a templar tu rayo ardiente.
Yo me voy, todo envidioso
de aqueste valle dichoso.
El te mire, goce y hable,
que, pues no te soy afable,
no quiero serte enojoso.

(*Vanse los* VIEJOS.)

LISENA. ¡Ya se fueron!

BELISA. ¡Quién me viera
con este viejo casada,
Lisena!

LISENA. Mayor bien fuera.

BELISA. Y según soy molestada,
no es mucho que lo estuviera.
Esta sí que era desdicha
jamás pensada ni dicha.
Mas, pues estoy apartada,
no soy la más desdichada.

LISENA. Pudieras serlo por dicha.
No hay estado miserable
que no tenga algún consuelo,
viendo que de otro espantable
os ha hecho libre el cielo,
que fuera un daño notable.

BELISA. ¿Adónde nos sentaremos?

LISENA. Donde a ti te diere gusto,
y en esta hierba podemos,
que tiene de mi disgusto
la color y los extremos.

BELISA. ¿Cómo?

LISENA. Amarilla y quemada
de la aspereza del hielo.

BELISA. ¡Oh, esperanza mal lograda!
Si te abrasa el justo cielo,
ser verde no importa nada.

LISENA. ¡Qué bien suena aquella fuente!

BELISA. Todo para mí disuena.
Es música su corriente,
y así, al triste, triste suena,
y al alegre, alegremente.

LISENA. ¿No sientes una bocina?

BELISA. Gente en el bosque camina.
Los gansos me alborotaron.
¡Oxte acá! todos volaron.
¿Veslos? van junto al encina.

(1) El texto "la verde hierba", con que sobran dos sílabas.

(*Dicen de dentro*:)

CONDE. ¡Ataja, ataja al olivo!
¡Ya vuelve atrás! ¡Ah, pastor!
BELISA. ¡Ah! ¡Nunca acá llegues vivo!—
Este es algún cazador.
LISENA. Y no como quiera; altivo.

(*Sale el* REY *vestido de caza.*)

¿No le ves qué galán viene?
BELISA. Echarais por otra parte,
que menos maleza tiene,
sino es que el venir de ese arte
Acordáraseos el fin (1)
de Adonis el desdichado,
cuando el erizado espín
le abrió con el diente el lado.
LISENA. ¿No os pudierais apartar
de los gansos norabuena?
REY. Bien me podéis perdonar,
o si no, dadme la pena
que me quisiéredes dar;
que vuestros gansos no vi
cuando el venado seguí,
y si alguno se os perdió
de oro os le daré yo,
y ésos os dirán de mí.
BELISA. ¡Ay de mí, Lisena! ¡Ay, Dios!
¿No es el rostro de Belardo?—
Mi Belardo, si sois vos,
volved los ojos y el dardo
a cualquiera de las dos;
que el recibiros con ira
ha sido el no conoceros.
LISENA. Tu disparate me admira.
Mas pensamientos ligeros
hacen verdad la mentira.
¿Este ilustre caballero
se te antoja que es Belardo,
pastor rústico y grosero?

(*Salen el* CONDE RODULFO *y* TIBERIO, *cazador.*)

CONDE. ¿Por dónde va el Rey?
BELISA. ¿Qué aguardo,
o qué desengaño espero?
A mi señor ¿qué le digo?
¿Es el Rey aquel mancebo?
CONDE. El Rey es. ¿Habló contigo?
BELISA. Conmigo habló.
CONDE. ¿Qué hay de nuevo?
BELISA. ¿Importa aqueste testigo?
CONDE. No, que bien podéis hablar.
BELISA. Cuando por aquí pasó,
allí, junto al encinar,
los gansos me alborotó.
CONDE. ¿Qué gansos?
BELISA. Los del lugar.
¿No ve que soy yo su guarda?
CONDE. Y, por mi vida gallarda,
¿sois hermanas?
BELISA. Sí, señor.
CONDE. ¿Cómo os llaman?
BELISA. Fabia a mí,
y a estotra moza Pinarda.
Alborotólos, y han ido
por encima de la cuesta
haciendo infinito ruido;
mas, par Dios, que el gallo cresta
pagallos ha prometido.
CONDE. Yo salgo por su fiador.
¿Qué valen? Pagallos he.
BELISA. No, no; téngase, señor,
que el premio que él dijo, a fe
es conforme a su valor.
CONDE. ¿Cómo?
BELISA. Igual a su decoro;
que darme otro ganso de oro
por el que hubiere perdido
me tiene el Rey prometido.
CONDE. Podéis ganalle un tesoro.
Decid que nada quedó,
que yo juraré.
BELISA. No, no;
que no los podrá pagar.
CONDE. ¿Del Rey habéis de dudar
palabra que prometió?
Y por que los dos partamos,
decid que soy y que he sido,
aunque ahora nos veamos,
de ese ganado un perdido,
y veréis lo que ganamos,
que yo pesaré por ciento.
BELISA. ¿Ese engaño en detrimento
del Rey y de mi descanso?
Sois muy grande para ganso;
mejor sois para jumento.
CONDE. Si bien me atrevo a llevaros
y queréisme dar licencia...
BELISA. ¿Para qué?
CONDE. Para tocaros.
BELISA. Venís con la pestilencia.
CONDE. Ahora bien, quiero dejaros.

(1) Faltan dos versos: el primero de esta quintilla y el último de la anterior.

Id, por mi vida, a palacio
y veréis al Rey despacio
por que os pague lo que os debe.

(*Vase el* CONDE.)

BELISA. El cielo con bien os lleve,
y el buen aviso os regracio.
¡Ah! Señor montero.

TIBERIO. ¿A mí?

BELISA. A él digo. Escuche acá.
¿Quién es el que va de aquí?

TIBERIO. ¿Este que de aquí se va?
El Conde Rodulfo.

BELISA. ¿Ansí?

TIBERIO. Señora, sí.

BELISA. Y en efeto,
¿es el Rey aquel galán?

TIBERIO. El mismo es.

BELISA. ¡Qué discreto!
Por mi fe que en él están
dos gracias en un sujeto.
¿Cómo se llama?

TIBERIO. Ha tenido
otro nombre diferente,
otro traje, otro vestido
y ha nacido humildemente.

BELISA. ¿Cómo?

TIBERIO. En Arcadia ha nacido.

BELISA. ¿En Arcadia?

LISENA. Son palabras.—
Creo que nos descalabras,
porque nos has conocido.

TIBERIO. ¡Vive Júpiter!, que ha sido
pastor de ovejas y cabras.
Partenopeo se llama
después que le hicieron Rey
por nuestra Sirena o dama;
que cuando aguijaba el buey,
Belardo dice la fama.

BELISA. ¡Ay, santo Apolo!

TIBERIO. ¿Qué has?
¿Es tu pariente o hermano?

LISENA. Lejos de su intento vas.

BELISA. Dame, Pinarda, la mano.

LISENA. Fabia, mira dónde estás.

TIBERIO. El Rey se va, mis señoras.
Quédense adiós.

LISENA. ¿De qué lloras?
¿Qué tienes? Vuelve en tu seso,
pues con aqueste suceso
tu pobre estado mejoras.
¿No ves que es gran desconcierto
no agradecer el favor
del cielo, a tu bien abierto?

BELISA. Rey es Belardo. Mejor
se estaba Belardo muerto;
que aunque aquella voluntad
de la pasada amistad
en él ahora viviera,
la borrara y deshiciera
la mucha desigualdad.
Pero, al fin, Belardo vive.
Basta, no más, ya he pensado;
ya la memoria apercibe
lo que tengo fabricado
para ver si me recibe;
digo, si tiene memoria
de aquella pasada historia.
Conmigo puedes venir,
que en el campo he de morir
o salir con la vitoria.

(*Entranse, y sale* PRADELO *y* SILVERO.)

PRADELO.

¿No me dirás, Silvero, de qué suerte
hemos venido tanto mar y tierra,
sin miedo alguno de naufragio o muerte
desde la Arcadia y nuestro monte y sierra?

SILVERO.

Nápoles es aquésta, rica y fuerte,
que el gran sepulcro y la Sirena encierra,
que se precipitó por el engaño
del griego Ulises.

PRADELO.

Pensamiento extraño.
¿Y a qué venimos?

SILVERO.

¿Cómo a qué, Pradelo?
Con el favor y ciencia de Felicio,
a darle fiera muerte aquel mozuelo
que fué de nuestras vidas sacrificio.

PRADELO.

¿No es muerto?

SILVERO.

[No,] ni lo permite el cielo.
Antes goza el más alto beneficio
que el cielo ha dado a hechura de su mano.

PRADELO.

¿Cómo, Silvero?

SILVERO.

Es Rey napolitano.

PRADELO.

¿De qué manera es Rey?

SILVERO.

Es un proceso
que pienso yo contártele despacio.

PRADELO.

Que no te entiendo nada te prometo, (1)
y que de haber venido me desgracio.

SILVERO.

¿Dónde piensas que estás?

PRADELO.

O loco o preso.

SILVERO.

Antes pisando su real palacio.

PRADELO.

¿Su palacio es aquéste?

SILVERO.

Sí.

PRADELO.

Huyamos.

SILVERO.

Sosiégate, porque seguros vamos.

PRADELO.

¿Cómo seguros?

SILVERO.

Vamos invesibles;
que naide puede vernos, y podemos
por lugares entrar inacesibles
y atravesar el mar sin lienzo y remos.

PRADELO.

¿Y fuéronte mis fuerzas convenibles
para aquesta traición?

SILVERO.

Sí, porque estamos
juntos a ver morir quien nos ha muerto.
Calla, que gente viene.

PRADELO.

¿Estoy cubierto?

SILVERO.

Cubierto estás, no temas.

(1) Esta palabra no rima; sin embargo es la propia. También pudiera haberse escrito "nada de todo eso".

(*Entran el* REY *y el* CONDE *y* TIBERIO.)

REY.

¡Qué cansado
vengo de haber corrido tan furioso,
conde Rodulfo, tras aquel venado.

CONDE.

Pensó vencer el viento presuroso
y al fin quedó, señor, atravesado
de aquese diestro brazo valeroso.
Entrese a descansar vuestra grandeza.

REY.

Vamos, que llevo una mortal tristeza.

(*Vase el* REY.)

CONDE.

¿Qué tiene el Rey, Tiberio?

TIBERIO.

No lo entiendo.
Todo el camino viene de tal suerte.

CONDE.

Saber su mal, si hay ocasión, pretendo.

SILVERO.

Sosiégate, que naide puede verte.

TIBERIO.

No sé qué estoy en esta sala oyendo.
¡Ah, de la guarda!

PRADELO.

Ahora nos dan muerte.

TIBERIO.

Haced que se sosieguen allá fuera,
que el Rey sosiega.

PRADELO.

El corazón me altera.

SILVERO.

Sosiégate en buen hora, ya te digo
que estamos invesibles y seguros.

PRADELO.

Silvero, es grande un Rey para enemigo
y, al fin, estamos dentro de sus muros.

SILVERO.

Vente, Pradelo, sin temor conmigo,
ni temas lanzas ni venablos duros,
que no pueden herirte ni matarte...

PRADELO.

Si no me aciertan en ninguna parte.

(*Vanse, y sale* Frominio.)

Frominio. Alegre y gozoso vengo
de la nueva que he tenido,
que en la ciudad he sabido
todo el contento que tengo.
Fuí a Nápoles a buscar
una reja, y juri a mí,
que en pública voz oí
que el Rey se quiere casar,
y que dentro de dos días
le han de traer su mujer,
y que manda proveer
todas las plazas vacías.
Venderemos esta vez
como cada cual querrá
lo que se llevare allá
sin tener miedo al juëz.
¡Hola, Fabia, Pinardica!
¡Mochachas!
Belisa. Señor, ¿nos llamas?
Frominio. ¿Y de dónde venís, damas?
Belisa. De dar agua a la borrica.
Frominio. ¿Y vos?
Lisena. De echarles orujo
a las palomas.
Frominio. Bien va.
Traed los gansos hacia acá.
Lisena. Ya Fabia a comer los trujo.
Frominio. ¿Están acá?
Belisa. Sí, señor.
Frominio. Sabed que es mi voluntad
que vayáis a la ciudad.
Belisa. Y la de entrambas, mejor.
¿A qué nos quiere enviar?
¿No viene de allá?
Frominio. Sí vengo;
mas por cosa cierta tengo
que el Rey se quiere casar.
Belisa. ¿El Rey?
Frominio. El Rey.
Belisa. ¿Quién? ¿Belardo?
Frominio. ¡Qué sé yo cómo es su nombre!
Belisa. Ya no hay temor que me asombre.
Ninguna esperanza aguardo.
Frominio. [Y es voz común que la hija] (1)
del Rey de Roma ya viene,
que dentro en dos días tiene
de jugar a la sortija.
Manda en público pregón
que del valle convecino
se lleve de pan y vino
a la ciudad provisión,
y carne también se lleve,
que bien será menester
para la gente que a ver
el regocijo se mueve.
Quiero, Fabia, que llevéis
dos cargas de gansos llenas,
aunque llevéis tres docenas,
o cuatro, si vos queréis;
que no habrá en esta ocasión
más en Nápoles que hacer
sino llegar y vender
entre aquella confusión.
¿Qué decís? ¿No vais contenta?
Belisa. Sí, mi señor. ¿Pues no había?
Es tu voluntad la mía.
Frominio. Haréis una buena venta.
¡Pardiez, ningún ganso habrá
que no valga seis monedas!
Lisena. ¿Las cabras?
Frominio. Esténse quedas,
que su día les vendrá.
Lisena. Luego ¿yo no tengo de ir?
Frominio. Sí; ¡pues no!, pan llevarás,
que a fe que lo venderás
a como quieras pedir.
¡Ea, que entro aderezar
el jumento y el serón!
Lisena. ¿Sin almorzar?
Frominio. No es razón.
Primero habéis de almorzar.

(*Vase* Frominio, *y quedan ellas.*)

Belisa. ¿Qué te parece?
Lisena. Que estoy
admirada del suceso.
Y una cosa te confieso:
que alegre a Nápoles voy.
Belisa. ¿Por qué, Lisena?
Lisena. ¿Por qué?
Por ver a este Rey casado.
Belisa. ¿No sabes qué he fabricado?
Pero yo te lo diré.
Ven conmigo a la ciudad.
.... (1)
una mujer loca y ciega,
mártir de su voluntad.

(*Vanse, y sale el* Conde Rodulfo *y el* Rey.)

(1) Verso suplido para la redondilla.

(1) El original está tan recortado, que no es posible leer este verso.

REY.

Vengo, Rodulfo, de un profundo sueño
tan escandalizado, que a gran furia
dejé la cama y cuadra, y he jurado
de no dormir en ella mientras viva.

CONDE.

¿Qué tiene vuestra alteza, excelso Príncipe?
¿Qué alboroto es aquése que en su rostro
muestra y escribe la inquietud del alma?

REY.

Soñaba, Conde, que esta gran Sirena,
que tiene agora en Nápoles sepulcro,
me apareció, durmiendo yo en mi cama,
con una arpa en las manos, y cantando
profetizaba ansí mi injusta muerte:
"¡Oh, gran Partenopeo, que mi nombre,
en honra de mis huesos has tomado,
despierta, que te quieren dar la muerte,
sin que la veas, a traición un hombre
que es de tu misma tierra y de tu sangre.
Pero toma este anillo, que sin duda
verás con él la daga, ya que sea
ver al traidor tan imposible caso."
Y dióme, al fin, Rodulfo, aqueste anillo.

CONDE.

¿Cómo, señor? ¿Luego verdad ha sido
que en sueños te habló la gran Sirena?

REY.

¿No ves la piedra que de sí despide
una luz celestial? ¿No consideras
que no es esta labor tan peregrina
hecha de mano de mortal artífice?

CONDE.

Raro suceso, por misión del cielo
sólo a tu pecho ilustre concedida.
No temas, gran señor, que el fin te aguarda.
El águila ponte del gran Júpiter;
guarda el anillo; vive, y viviremos
todos con el cuidado que nos fuerza
del importante aumento de tu vida.

(*Entra un* PAJE.)

PAJE.

Dos villanas, señor, quieren hablarte,
que están llorando juntas a la puerta
de la primera sala.

REY.

No les nieguen
licencia para verme a las mujeres;
mas téngase gran cuenta de los hombres,
y no me vea sin licencia alguno,
y pues veis lo que importa, esté mi guarda
.... (1)

(*Entran* BELISA *y* LISENA *con el* PAJE *y un ganso con la tablilla colgada al cuello.*)

BELISA. ¿Cuál es de todos aquéstos?
PAJE. Aquel mancebo; llegad.
BELISA. Dios guarde a su majestad.
REY. Rostros, por mi vida, honestos.
BELISA. ¿Han vido qué tieso está?
¿Qué? ¿Aún merced no nos haréis
de mirarnos?
REY. ¿Qué queréis?
BELISA. El ganso se lo dirá.
¿No se acuerda de aquel día
que los gansos me espantó
y que palabra me dió
que de oro me le daría?
Pues otro de este tamaño
es el que se me ha perdido
Palabra de Rey os pido,
que en fe de Rey no hay engaño.
REY. Creo que me acuerdo ya;
pero no de que se os pierda.
BELISA. Ahora bien; si no se acuerda,
el ganso se lo dirá.
REY. ¿Habéisle enseñado a hablar?
BELISA. Puédelo haber aprendido,
que una tablilla ha traído
con letras para estudiar.
Pero no penséis por eso
quebrar la palabra dada,
aunque ya tenéis quebrada
la primera del suceso.
REY. En lo que allí sucedió,
mayor que aquésta os la di.
BELISA. Otra me habéis dado a mí:
otra vos y aun otra yo.
Muy diferente estáis ya
de cuando guardastes cabras.
REY. ¿Yo te he dado dos palabras?
BELISA. El ganso se lo dirá.
Pero despácheme aprisa,
que no he venido a otra cosa.
REY. Hasta la lengua sabrosa
hurtó su rostro a Belisa.
¡Ay de mí! ¡Memorias tristes
qué bien me representastes!

(1) Ilegible el texto por recortado el papel.

BELISA. ¡Oh! Gracias a Dios que hablastes
.... (1).
REY. ¿Harásme que piense ya
que?... Pero quiero callar.
LISENA. ¿Ves? ¿Qué hace de dudar?
BELISA. El ganso se lo dirá.
REY. Conde, escuchad al oído.

(*Habla el* REY *al* CONDE *al oído.*)

LISENA. ¡Ay, Belisa! ¿Qué será?
BELISA. ¿No ves que hablándole está?
Ya le despertó el sentido.
¡Válame Dios, que ha tardado,
Lisena, en hacer memoria
de aquella pasada historia.
LISENA. ¡Cuánto muda un nuevo estado!
CONDE. Pastoras, el Rey me manda
que os entréis conmigo.
BELISA. ¿Adónde?
REY. Andad.
CONDE. El mismo os responde.
LISENA. Si sabe el mármol que ablanda.
CONDE. Quiere el Rey, de su tesoro,
por el ganso que perdistes
cuando en la caza le vistes,
daros otro ganso de oro.
Entrad, y el arca veréis
donde hay mil joyas guardadas,
y con las más señaladas
vuestro ganso pesaréis.
BELISA. Eso; entremos norabuena
y pesaremos mi ganso.
Ya se ordena mi descanso.
Vente conmigo, Lisena.

(*Entranse y queda el* REY *solo.*)

REY. Las memorias sepultadas
han resucitado en ver
el rostro desta mujer.
¡Ay, burlas de amor pasadas,
cuál un tiempo me trujiste
por los ojos soberanos
y por las hermosas manos
a quien las mías rendiste!
¿Es posible que haya el cielo,
hecho dos rostros conformes?
Suplícote que me informes,
divino señor de Delo;
que tú, que tu resplandor
tomaste de aquellos ojos
que causaron mis enojos,
podrás saberlo mejor.
¿Como a dos rostros presentes
el alma, cielo, consagro,
siendo tu mayor milagro
hacerlos tan diferentes?
¿Si es ésta Belisa acaso?
Pero ¿cómo, si esta tierra
está de su monte y sierra
lo que hay de oriente al ocaso?
No es posible, ni tampoco
parecerse tanto a ella.
Descúbreme, amor, si es ella;
¿gustas que me vuelva loco?

(*Sale el* CONDE RODULFO *alborotado con un ganso y con la tablilla al cuello.*)

CONDE.

¡Oh!, caso nunca visto ni pensado.

REY.

¿Qué alboroto es aquése, di, Rodulfo?

CONDE.

Metí, como mandaste, las villanas
en tu cámara, Príncipe, y apenas
quise, como mandaste, abrir las otras
que salen al balcón de tus jardines,
donde dejando aqueste ganso puesto
sobre un bufete de la primer sala
se salieron huyendo y me burlaron.
Sin duda que han caído en la malicia
o se quieren burlar de tu grandeza.

REY. ¡Extraño caso, por Dios!
¿Que se han ido? ¿Que no vieron
por dónde o cómo salieron
si eran fantasmas las dos?
Cielos, ¿qué sombras son éstas?
¿Qué agüeros o qué portentos,
o qué sueños tan sangrientos
para principio de fiestas?
¿Qué cinta es ésa, decí?
CONDE. En ella viene colgada
una tablilla cifrada.
REY. ¿Qué es esto? ¡triste de mí!
Mostrad a ver, ¡oh retrato
de aquel soberano nombre!
CONDE. ¿Es posible que te asombre?
REY. ¡Que te he sido tan ingrato!
Mas ¿qué me estoy deteniendo
en disculpas y querellas?
Vaya mi guarda tras ellas.
Id, Conde, vos; id corriendo.

(1) También recortado este verso.

CONDE. Iré, señor, y traerélas
aunque al centro se bajasen.
BELARDO. ¿Es posible que me hablasen
y las vi, vilas, y hablélas?
¿Por adónde o por qué parte
Belisa ha venido aquí,
si ya quien me trujo a mí
no ha sido el todo o la parte?
Háblame, pues, tabla mía,
y da soltura a mi sueño,
que bien me dijo tu dueño
que el ganso me lo diría.
Háblame y dime por dónde
has venido a este lugar.
De mí se quiere burlar
la cifra, pues no responde.

(Entran PRADELO *y* SILVERO.*)*

SILVERO. Entra, Pradelo, muy quedo,
que esta es la ocasión que aguardo
en que ha de morir Belardo.
PRADELO. Temblando llego de miedo.
SILVERO. Este es el Rey; hazte aparte
sin que te sientan; un paso
te llega mientras le paso
el pecho de parte a parte.
REY. ¡Que se pudieron tan presto
desparecer de palacio!
¿Cómo que en tan breve espacio
en salvo se me hayan puesto?
TIBERIO. Ya el Conde viene con ellas.
REY. Venga norabuena el Conde.

(Entra el CONDE *con ellas.)*

BELISA. ¿Dónde nos lleváis?
CONDE. ¿Adónde?
Quiere el Rey ver si sois bellas.
BELISA. Ya nos ha visto otras veces.
Dios guarde a su majestad.
REY. ¿Con aquesa crueldad
ante mis ojos pareces,
Belisa mía?
BELISA. ¡Mi Belardo!
REY. Luz y gloria de mis ojos.
BELISA. Fin de mis penas y enojos.
REY. ¿Qué me detengo, en qué tardo?
¡Dame esos brazos, mi bien!
BELISA. Y el alma, que al fin es tuya,
es bien que se restituya
al primer dueño también.
SILVERO. Cielo, ¿qué es esto que veo?
Pradelo, ¿es Belisa aquélla?
PRADELO. ¡Cómo, y Lisena con ella!
SILVERO. No es posible, no lo creo.
PRADELO. Ellas son; ¿para qué dudas?
SILVERO. De verlas aquí me espanto.
REY. Pues las almas hablan tanto,
las lenguas esténse mudas.
¿Lisena, cómo has venido,
quién te trujo a este lugar?
LISENA. Un deseo de olvidar,
pero no se me ha cumplido.
SILVERO. Vive Dios, que es cierto el caso.
Aguarda, que este puñal
templará en ocasión tal
los celos en que me abraso.

(Quiérele dar con la daga.)

REY.

Tenelde, caballeros, que me mata.
¿No veis la daga? ¿No le veis? Tenelde.

CONDE.

¿Adónde está, señor? ¿Dó está la mano?

REY.

¿No veis la daga, el filo relumbrando?

TIBERIO.

Ninguna cosa vemos.

CONDE.

¡Santo cielo!
¿qué ruido es éste, si se hunde el suelo?

(Sale FELICIO, *mágico, y suenan cohetes.)*

FELICIO.

Belardo, no te aflijas, que los hados
de aquesta suerte ordenan el discurso
de tus males presentes y pasados;
Del tiempo el veloz curso (1)
saca del centro la verdad oscura,
por más que la fortuna lo defienda.
Felicio soy, el que tu bien procura,
no padre de Silvero, que ha venido
sólo a matarte por su amada prenda,
creyéndose que yo su padre he sido.
Hermanos sois, y la verdad se entienda,
hijos del Rey de Nápoles, ya muerto
que yo os crié por última encomienda.
Tomó en Arcadia el rey Trasandio puerto
cuando a la guerra de los persas vino
por el invierno frío y mar incierto,
y allí del bello rostro peregrino

(1) Verso incompleto, y además faltan los otros dos versos del terceto.

de la ninfa Niseida enamorado
tuvo dos hijos, cada cual divino,
  Belardo, y tú, Silvero, que engañado
para traerte aqueste punto has sido.

REY.

¡Oh, caso nunca visto ni pensado!

SILVERO.

  Belardo, pues que ya te he conocido,
dame esos brazos y perdona el yerro
por orden de los hados cometido.

REY.

  ¡Es posible que al fin de mi destierro
recibo tanto bien.......................... (1)
Felicio, amigo, y en el alma un hierro!

FELICIO.

  ¿Viste en la cueva que tu amada y cara
esposa el Rey de Nápoles tenía?
Pues es la cifra que hoy se te declara.
  Rey de Nápoles eres y este día
a Belisa darás palabra y mano,
que es de sangre real y hija mià.
  Rey fuí de Atenas, y el rigor tirano
del tiempo me retrujo adonde estuve (1).
  Silvero agora a Rey de Roma sube,
porque se casará con la princesa,
que este camino guardado le tuve.
  Pradelo con Lisena, qué esta impresa
merece bien su angustia, pena y lloro,
y en esto el hado de seguiros cesa,
y aquí, senado, acaba EL GANSO DE ORO.

FINIS

(1) También recortado el pasaje.

(1) Ilegible por recortado el verso que falta para completar el terceto.

COMEDIA

DEL HIJO VENTUROSO

POR

LOPE DE VEGA

CLARA, *dama.*
SERAFINA, *dama.*
MAURICIO, *galán.*
HORACIO, *galán.*
COTALDO, *padre de* LAURA.
FRANCINO, *hermano de* COTALDO.
LAURA, *hija de* COTALDO.
UN ESCUDERO, *viejo*
BELARDO, *pastor.*
CELIO, *pastor.*
ROSARDO, *galán.*
FLORINDA, *dama.*
VENTUROSO.
LAVINIO, *criado de* FLORINDA.
BELISA, *pastora.*
LEONARDO, *caballero.*
LUCINDO, *su criado.*
FIRMIANO, *padre de* FLORINDA.
FILUPO, TIRSERVO, CANDIANO, HABERIO, *labradores.*
DINARTE, *capitán.*
ARCELIO, RICARDO, POLICIO, CLARICIO, OLIMPIO, LAMBERTO, *soldados.*
UN GENERAL *francés.*

JORNADA PRIMERA

(*Salen* SERAFINA *y* CLARA, *damas, cubiertas con sus mantos.*)

SERAFINA. Bien te puedes descubrir,
que a San Juan llegamos ya.

CLARA. Quien tan descubierta está,
¿cómo se puede encubrir?
Que aunque soy en nombre Clara,
mal en las obras lo he sido.

SERAFINA. Clara, en haberte perdido
tu oscuridad te declara;
mas cree que en la mujer
puede tanto la pasión,
que se ciega la razón
y el alma no acierto a ver.
Pues si la razón es guía
del alma, a quien luz le da,
mira tú qué bien irá
ciego que en ciego se fía (1).

CLARA. Es más llano que la palma
de confesar, Serafina,
que fué la razón divina
siempre los ojos del alma,
y si los del cuerpo son
puertas para entrar la muerte,
todos ciegos, de tal suerte,
mal seguirán la razón.
Ciégame el amor cruel
razón, alma y voluntad,
que el daño y la ceguedad
son propios efetos dél.
No vino el daño primero
que a la ceguedad siguió,
y así vengo a verle yo
cuando remedio no espero.

SERAFINA. Ese hidalgo, si lo es,
¿no te amaba con verdad?

CLARA. No es mucha la voluntad
cuando la vence interés.
Amábame hasta gozarme,
que, en efeto, antes de aquesto,
tuvo honrado prosupuesto
de casarse y regalarme.
A mis padres me pidió;
pero como siempre al pobre
de su soberbia le sobre
lo que del oro faltó,
porque no era tan honrado
como ellos, su petición
le negaron, sin razón,
pues ya sin honra han quedado,
que luego me persuadió
que dejándome gozar
la honra vendría a rogar
lo que deshonra negó.
Yo triste, ciega, y turbada,
y creyendo su intención,
di lugar a su pasión
en solo interés fundada.
Quedóme dél este fruto
que estoy cerca de parir,
o de pagar, con morir,
doblé a la muerte el tributo,
que habiendo dos homicidas,
su padre y madre enemigo,

(1) En el texto decía "guía", evidente errata.

matando el hijo conmigo
daré dos almas y vidas.
Mas no hayas miedo que aguarde
la víbora que sustento,
que él romperá el aposento
para no salir tan tarde.
Finalmente, huye de mí
y lo que me debe niega,
porque dice que le ruega
otro dote y otro sí,
y que no es justo casarse
con una pobre mujer.

SERAFINA. ¿Que tal puede un hombre hacer
y sufrirse sin vengarse?
¡Maldígame el cielo, amén,
si misma yo no intentara
con que el alma le sacara!
cuando no tuviera quién,
buscara un esclavo, o moro
que por un infame precio
matara un hombre tan necio.

CLARA. ¡Ay, amiga, que lo adoro!
Más vale que muera yo
que no que falte del suelo
el que hizo único el cielo
entre (1) cuantos hoy crió.
¿Quién pudiera, de tal suerte,
quitar tan rara hermosura
del mundo? ¿Quién, por ventura,
a un ángel diera la muerte?

SERAFINA. Calla, que no eres mujer,
que así deshonras las famas.
Los hombres, que ángeles llamas,
ángeles de Lucifer.
Hallóte moderna (2) en cerro,
que a esas tales bobillas
echan sus frenos y sillas
y las marcan de su hierro.
A la fe la que es discreta
la coz le sabe tirar
que suele a un hombre arrojar
más alto que una veleta.
Si por lindezas y talles
ángeles llamas los hombres,
no sólo al tuyo le nombres,
que hay muchos por esas calles.
Y pues ya una vez erraste
y no te quieres vengar,
con el hierro has de arar

(1) En el original: "en cuantos".
(2) "Moderna" no parece la palabra propia. Quizá deba leerse "muleta".

lo que con yerro pecaste.
Pues no verás al honor
cura alguna, busca al justo
otro que te dé más gusto,
que hallarás mil de mejor.
Entreténte y no te mueras,
que tanto llorar te acaba.

CLARA. ¿Cómo puede un alma esclava
tener dos dueños de veras?
Y cuando por consolarme
pusiera en otro hombre el gusto,
parida una vez, ¿es justo
engañarle y deshonrarme?

SERAFINA. Eso del parto me agrada.
Ese temor y decoro
sería en la edad de oro,
pero no en la edad dorada.
Allá en aquella vejez,
más necia que religiosa,
(1) se casaría medrosa
la que pariese una vez.
Mas ahora, que a su punto
la habilidad ha llegado,
no hay lugar tan apartado
que no venga a quedar junto.

CLARA. Yo pienso morir primero
que ser de otro hombre ninguno.

SERAFINA. Siempre el número de uno
dió poco valor al cero.
¿Qué vale un solo vestido,
un lugar solo en que estar,
un amigo en quien fiar,
solo un señor conocido?
Sola una gloria perdida,
que por eso, en lo que toco,
vale la vida tan poco,
porque no es más de una vida.

CLARA. Esta es ya resolución,
como lo verás aquí.

SERAFINA. ¿Y vendrá, sin duda?

CLARA. Sí,
que tiene a Horacio afición;
y él palabra me ha dado
que a San Juan vendrá con él;
y sin esto, a mi papel
la misma respuesta ha dado.
Pero aquí vienen los dos.

(Salen MAURICIO *y* HORACIO, *galanes.)*

MAURICIO. Por vos vengo, que por ella,
digo que me muero en vella.

(1) En el original: "Allá se casaría medrosa."

HORACIO. ¿Es posible?
MAURICIO. Sí, por Dios.
HORACIO. ¿No veis las obligaciones
de vuestro amor y su fe?
MAURICIO. Mirá que me volveré
si me habláis tales razones.
Baste que contra mi gusto
por vos venga a ver mi muerte.
HORACIO. En tratalla de tal suerte,
Mauricio, no hacéis lo justo.
No os pido que la tengáis
amor, que el amor no es fuerza;
pero que la deuda esfuerza
desa opinión en que estáis.
Mirad que está ya en los días
de parir un hijo vuestro.
MAURICIO. No sean del amor nuestro
rompimiento estas porfías.
Que el hijo que me obligara,
si algún amor le tuviera,
aborrezco de manera
que en ella se le matara.
Por bajo me despreciaron
sus padres; pues si lo soy,
ya con propósito estoy
de olvidar lo que negaron.
¿Queréis vos que tal linaje
ofenda en juntarle al mío?
HORACIO. Ese es claro desvarío
y hacerse, a quien sois, ultraje.
Cuanto y más que si eso es,
Clara no lo ha de pagar,
pues tanto os sabe estimar
que se humilla a vuestros pies.
Habladla, que véisla allí.
MAURICIO. ¡Plugiera a Dios que yo viera
mi muerte y no a quien más fiera
me ha de parecer aquí!
HORACIO. Callad, que sois loco.—Estén
vuesas mercedes, señoras,
muy en buen hora.
SERAFINA. ¿Qué, lloras?
CLARA. ¿Puedo miraros, mi bien?
¿Daisme licencia que os vea?
¿Podrán mis indignos ojos
mirar en vuestros enojos?
¿Qué, tanto os parezco fea?
¿Podré, como el tornasol,
con lágrimas infinitas
del alba abrir las marchitas
hojas al rayo del sol?
¿Podré abrasarme en el fuego
como mariposa ciega
pues menos perdida llega
que yo a vuestros brazos llego?
¿Dais ventura al triste fruto
desta sin ventura madre,
que se alegre en ver su padre,
en sus tinieblas y luto
destas entrañas serán
el ataúd sin ventura
que lleve a la sepultura
las prendas que en él están?
SERAFINA. No llores de aquese modo,
que te sentirá la gente.
MAURICIO. Si ella, señora, lo siente,
ella lo merece todo,
porque sus locos hermanos
y su padre, no muy cuerdo,
han mostrado en este acuerdo
sus pensamientos villanos.
¿Qué más he podido hacer?
¿Por mujer no la pedí?
SERAFINA. ¿Hánosla negado?
MAURICIO. Sí;
que ya fuera mi mujer.
SERAFINA. Pues no seáis su marido;
querelda como galán,
que más de cuatro en Milán
lo hubieran agradecido.
Y si tan forzoso es
que un mozo tenga su gusto,
aquí os viene más al justo
que os lo dan sin interés.
MAURICIO. ¿No veis que ya se mormura
nuestro amor en la ciudad,
y que donde hay voluntad
jamás el secreto dura?
Pues si sus hermanos locos
lo viniesen a entender,
¿no imagináis que han de ser
mis deudos y amigos pocos?
Parir puede, y darme el hijo,
y entrarse en un monesterio.
CLARA. Para tanto vituperio,
que me des la muerte elijo.
Desnuda, traidor, la espada,
que es menos inconveniente,
y mata un hijo inocente
con una mujer culpada.
Culpada en tenerle tuyo,
que no en más, y esto no es poco,
pues no hay animal tan loco
que no reconozca el suyo.
Tu espada a los dos iguale,
que también es él culpado

en acogerse a sagrado
de madre que no le vale.
No pido yo que te cases
conmigo, fiero enemigo;
pero que al tratar conmigo
con menos silencio pases.
Que me escribas, que me veas
sola una vez en un mes,
y si aquesto mucho es,
en los años que deseas.
¡Ay, que nunca me verás!
¡Que nunca tendrás deseo!

HORACIO. ¿Que esto has de ver?

MAURICIO. Esto veo.
¿Es mucho?

HORACIO. ¿Puede ser más?

SERAFINA. Ya, Mauricio, esa locura
a las piedras hace hablar,
porque el llanto suele hallar
entre las piedras blandura.
¿Eso es tema, o es venganza?

CLARA. Venganza debe de ser,
que es honra, en una mujer,
hacer pedazos la lanza.
¿En qué te resuelves, di,
tirano, de estas dos vidas?

MAURICIO. En que de hoy más no me pidas
lo que otra espera de mí.
Yo concierto de casarme.

CLARA. Suelta aquesa espada, Horacio;
suelta, que ya es mucho espacio
el que me doy por matarme.

HORACIO. Suelta la espada, no tires.—
¿Eres tigre? ¿Eres león?
¿Posible es, fiero león,
que aquellas locuras mires?
Llega allí, tenle los brazos,
que quiere matar tu hijo.

MAURICIO. Que no hará, aunque lo dijo;
que hay aquí mil embarazos.
Ya se pasó aquella edad
en que matarse solían
unas necias que tenían
por cielo la voluntad.
Hay agora alma y infierno.

CLARA. Ese me abrase, villano,
si más tocare tu mano.

MAURICIO. ¿Eternamente?

CLARA. En eterno.

MAURICIO. ¿Y albricias no me has pedido?

CLARA. Anda, cásate, ¿qué aguardas?
Hallaste tu igual, ¿qué tardas?
A tal mujer, tal marido.
Rica es, pero no es noble,
que es lo que tú has menester.

MAURICIO. ¡Qué vergüenza de mujer!
Desde hoy la aborrezco el doble.

HORACIO. Pues ¿quién ha de tener seso?
¿No veis que es perro con rabia?

MAURICIO. No sé nada; ella se agravia,
si es noble, con tanto eceso
ya la nobleza perdió,
que de hoy más cobrar no espere,
porque el hijo que pariere
no será mejor que yo.

CLARA. Antes otro tú será,
que si le aguardo a nacer
es porque en él he de hacer
lo que después se verá.
¡Oh, traidor! ¡Qué de tormentos
a tu sangre pienso dar!
Medea no ha de igualar
mis celosos pensamientos.
Que cuanto aventaja al mirto
la hermosa palma en alteza,
he de vencer su firmeza
y hacelle segundo Abcirto.
Y ojalá que te parezca,
porque, siendo tu retrato,
pueda pensar que te mato
y más tormentos padezca.
Con la boca he de comelle
aquel falso corazón
pequeño. Veo hombre y razón (1)
que he tenido en ofendelle.

(*Vase.*)

SERAFINA. Mira que se va.

MAURICIO. ¿Qué importa?

HORACIO. Ve, Serafina, con ella.

SERAFINA. ¿Que este cuchillo, de vella,
en tu dureza no corta?
¡Rabia!

(*Vase.*)

MAURICIO. ¡Bendito sea Dios,
que se habrán desengañado!

HORACIO. Como una piedra has estado.
¡Oh! Cuáles se van las dos.
Yo pienso que a Serafina
no la veré eternamente.

MAURICIO. Mejor de tus cosas siente

(1) No sabemos cómo enmendar este viciado pasaje.

y a darte gusto se inclina.
HORACIO. Pensaré que haré otro tanto
y no querrá pesadumbre.
MAURICIO. Que esto del llanto es costumbre;
hijo es de mujer el llanto,
y las lágrimas son hembras
muy fáciles de sacar.
HORACIO. Luego ¿tú no aras la mar,
coges viento, arena siembras?
MAURICIO. Alguna vez he querido;
que a esta mujer quise un poco;
pero estoy de un padre loco
y de un hermano ofendido.
Yo me caso a mi contento.
Necio es el hombre que casa
con quien le ha de poner tasa
en su sangre y nacimiento.
El que casa desigual
como esclavo está sujeto,
y el casamiento, en efeto,
rogado, sale muy mal.
Adoro a Laura, y me adora,
y hoy firmo las escrituras.
HORACIO. Yo creo que vas a escuras
en lo que tratas ahora,
que si palabra le diste
a Clara, y debajo della
la gozaste, a Dios, y a ella,
en rompiéndola, ofendiste.
Y no me parece justo
el matrimonio que tratas.
MAURICIO. Por mi fe, bien lo desatas
gobernado por tu gusto.
Yo tengo ya información
del letrado, en que puedo
quedar libre, como quedo,
con cierta satisfación.
Esta es la casa, y pues vienes,
Horacio, ahora conmigo,
quiero que seas testigo
de aquestas firmas solenes,
que, por decirte verdad,
su padre y madre me aguardan
donde mis deseos tardan
de saber su voluntad.
HORACIO. Si tienes determinado
que ese matrimonio es justo,
si es tu provecho y tu gusto,
yo estoy contento y pagado;
pero no sé cómo puedes
dejar esa dama así.
MAURICIO. Cuando salgamos de aquí
haré que contento quedes.
Escucha, que los que ves
son padre y tío de Laura.

(*Salen* COTALDO, *padre de* LAURA, *y* FRANCINO, *hermano de* COTALDO.)

COTALDO. Sólo en eso se restaura,
Francino, el propio (1) interés.
El mancebo es a mi gusto
y le he cobrado afición.
FRANCINO. Conozco su obligación,
y que vos hacéis lo justo;
es muy cuerdo y muy tratable,
no jugador ni vicioso,
galán, rico y generoso
y de modestia notable.
Metelde, Cotaldo, en casa;
no perdáis la ocasión cierta
que dicen que por la puerta
de diez a diez años pasa.
COTALDO. Sospecho que os han oído
él, y su amigo con él.
FRANCINO. Si yo dijera mal dél
pudiera quedar corrido;
pero así diga de mí.
Llegad, ¿Qué aguardáis? Hablaldo
COTALDO. ¿Mauricio?
MAURICIO. Señor Cotaldo.
COTALDO. ¿Es Horacio?
MAURICIO. Señor, sí.
FRANCINO. Dios os dé a entrambos salud,
que sois la flor del lugar.
HORACIO. Y a vos os deje gozar
esa honrada senectud.
MAURICIO. Dadme, señor, esos pies,
y recebidme por hijo.
COTALDO. Con paterno regocijo
quiero que el cuello me des.
Ceñiréle mil abrazos,
pues que ya a los cielos plugo
el lugar que ha de ser suyo
de mi sangre y de tus brazos.
MAURICIO. Los tuyos haré yo cuenta
que son la misma coyunda
en que la carta se funda
de este esclavo y de su venta.
Hoy es el dichoso día
que en tu casa y tu servicio
nace de nuevo Mauricio.
COTALDO. Nace para dicha mía.
FRANCINO. Yo y vos, Horacio, ¿no hablamos?

(1) El original decía: "Francino, del poco interés", que no hace sentido.

HORACIO. A tener hija vos, creo
que con el mismo deseo,
si yo lo merezco, estamos.
FRANCINO. Yo fuera en eso el dichoso.
Y amigos tan hermanados
con dos primas desposados,
fuera suceso amoroso.
COTALDO. Mi hija sale ya a veros
y a confirmar lo tratado.
MAURICIO. No os lo había suplicado
con el temor de ofenderos.

(Sale LAURA *con un* ESCUDERO, *viejo.)*

Tenedme, Laura, por vuestro;
y pues es esto verdad,
ya no es primer necedad
la del casamiento nuestro.
No os digo más por no errar;
porque acertando tan bien,
errar ahora no es bien
en lo menos, que es hablar;
que en obras y en voluntad
no erraré si no estoy loco.
HORACIO. (El irá su poco a poco
haciendo la necedad.)
LAURA. Mi padre y vuestro respeto
me tienen enmudecida.
Vuestra soy, pues ya mi vida
es de la vuestra sujeto.
Y si el hablar se desprecia
y aquí la vergüenza importa,
más quiero callar por corta
que no hablar para ser necia.
FRANCINO. ¡Ah, qué ingenio y qué dulzura!
Bendígate Dios. Amén.
HORACIO. (¡Qué bien dice el hablar bien
con una honesta hermosura!)
Desde que quiso mi edad
que el alma la lengua mande,
no vi hermosura más grande,
Francino, en esta ciudad.
¿Qué digo? En Milán es poco;
en toda Italia no la hay.
FRANCINO. Laurica es un oro.
HORACIO. ¡Ay!
que el vella me torna loco.
En triste punto me trujo
Mauricio que viese a Laura,
que ya de vivir el (1) aura
el corazón me restrujo.
¿Qué tiene aquesta mujer,
que en el punto que la veo
muero de envidia y deseo
de ver que de otro ha de ser?
¡Válgame Dios, qué locura!
No debo de estar en mí.
COTALDO. Pues ya confirmado el sí,
¿qué resta?
MAURICIO. Hacer la escritura.
COTALDO. Entremos, Francino.
FRANCINO. Vamos.
MAURICIO. ¿Y Horacio?
HORACIO. Yo aquí me quedo.
MAURICIO. Fiarte mi Laura puedo.
FRANCINO. ¿Qué es el dote?
COTALDO. En eso estamos.

(Vanse. y quedan HORACIO *y* LAURA *solos.)*

HORACIO. Por criado me tened
digno de vuestro servicio,
porque soy a quien Mauricio
gusta de hacer más merced.
LAURA. Yo, mi señor, vuestra soy.
HORACIO. Ahora os doy el parabién.
LAURA. De conoceros también
a mí propia me le doy.
HORACIO. ¡Qué lástima tengo en mí
y qué excesivo deseo
después que un suceso veo
y después que el vuestro vi!
Lastímame vuestra edad
y vuestra mucha hermosura
y una cierta desventura
que va tocando en maldad.—
(¡Triste de mí! ¿Qué le digo?
¡Oh, amor, autor de maldades!
¿Aquesto aquí me persuades
siendo de Mauricio amigo?)
LAURA. ¿Cómo, señor? ¿En qué soy
casándome desdichada?
HORACIO. No os digo, señora, nada
aunque (1) divertido estoy.
(¡Oh, peregrina batalla,
que me enciendo de afición!)
LAURA. Para no acabar razón
no era justo comenzalla.
HORACIO. Oblígame la amistad
y avísame la conciencia
y ansí prestadme audiencia.
(Mas ¿qué hago? ¡Gran maldad!)
Y fuera deso yo sé

(1) El texto decía: "de vivir el Laura".

(1) Debiera decir: "porque".

que, si no tenéis secreto,
hará fin en un efeto
su voluntad y mi fe.
¿Ocasión nos podéis dar
para matarnos los dos?

LAURA. De un rayo me mate Dios
cuando tal comience a hablar.
No me tengáis más suspensa
que un casamiento no es cosa
en que ha de estar sospechosa
quien por dicha acertar piensa.

HORACIO. (¿Qué dudo, si con aquesto
puedo estorbar que se casen
y que los celos me (1) abrasen
que me abrasaron tan presto?
Si se mete de por medio
amor, mi vida restaura,
Mauricio queda sin Laura
y yo cerca de remedio.
Pues justo derecho sigo,
y cuando no fuera justo,
más debo a mi propio gusto
que no a la fe de mi amigo.
¿Tengo, necio, de morir
y esta hermosura perder?
O ella será mi mujer,
o no hay para qué vivir.)
Si de tenerme secreto
tornáis, señora, á jurar,
el caso os quiero contar.

LAURA. Silencio eterno os prometo:
todo el cielo me maldiga,
hágame la invidia guerra,
fálteme el agua y la tierra,
aire y fuego me persiga;
rabiar me vea si acaso
yo dijere que sois vos
el que puso entre los dos
la noticia deste caso.

HORACIO. Pues, como no deis autor.
muy bien le podéis decir,
que Dios no quiere encubrir
la malicia de un traidor;
y mirad si en esto sigo
muy errado fundamento,
pues toma por instrumento
la voz de su propio amigo.
Sabed que en Milán reside
una dama hermosa y rara,
cuyo claro nombre es Clara,
que el cielo en belleza mide.
Sirvióla este hombre y pidióla,
y aunque con tanta riqueza,
fué del padre la nobleza
de más valor, y nególa.
Negada, le dió a entender
que si gozalla quería (1)
la necesidad haría
lo que no se pudo hacer.
Creyó la triste doncella
este trato y (2) fingimiento
y aceptando el juramento
y palabra, gozó della.
Pero en viéndola preñada
y su voluntad cumplida,
más la tiene aborrecida
que tuvo primero amada.
Está cerca de parir
y hoy le escribió para hablalle,
porque si no es en la calle
no la quiere ver ni oír.
A todo me hallé presente,
donde, en fin, se ha declarado
que por pobre la ha dejado,
bien infame y bajamente.
No es mujer que por justicia
que os caséis estorbará;
pero líbreos Dios si da
a sus hermanos noticia,
que aunque sea en vuestros brazos,
siendo el deshonor notorio,
la noche del desposorio
le harán menudos pedazos.
De modo que si el concierto
no se pone agora en duda
os desposaréis viuda
con un vivo que ya es muerto.

LAURA. Si la mano me tocare,
aunque la mano le di,
yo quede sin lengua allí,
y muerta si me gozare.
Ni mi padre, ni su honor,
deudos, amigos, ni el mundo,
del intento en que me fundo
dividirán mi valor
que, como un Hércules firme,
a mi firmeza abrazada,
no podrá su fuerza airada
de mi intento dividirme.
Cuanto más que en una causa

(1) En el texto decía: "no abrasen".

(1) Es probable que Lope escribiese "podía", y no "quería".
(2) El texto decía: "este triste fingimiento".

tan justa me ayudarán
y si lo saben pondrán
a las escrituras pausa.
¡Oh, traidor ingrato! ¡Ah cielo!
¿Y habrá mujer desdichada
en las palabras fundada
del hombre más vil del suelo?
¿Pensáis, Horacio, que es poco
lo que estoy enternecida
desa mujer ofendida?
Cuasi a llorar me provoco.
¿No le obliga a aquese ingrato
la prenda que en ella tiene,
que, de obligado, no viene
siquiera a fingir buen trato?
No quiera Dios que yo sea
contra una mujer, cruel,
ni que un hombre como aquél
mi cuerpo y alma posea, (1)
que mañana hará de mí
lo que contado me habéis.

HORACIO. Pues ¿qué remedio tendréis
para deshacer el sí?

LAURA. ¿Qué remedio? Darles cuenta
a mis padres del suceso.

HORACIO. Vos os remediáis (2) con eso,
mas hacéis a Clara ofensa;
porque se ha de descubrir
su preñado en la ciudad.

LAURA. ¿No es peor, (3) en tal maldad,
contra razón consentir?
¿No es peor que el cielo airado
me castigue este delito?

HORACIO. Pues yo mejor facilito
remedio a vuestro cuidado.

LAURA. ¿De qué suerte?

HORACIO. Vos haréis
lo que yo ahora os dijere.

LAURA. Como remedio se espere,
Horacio, no lo dudéis;
que no hay hoy dificultad
que, por escapar de aquésta,
me pareciese molesta.

HORACIO. ¿Cierto?

LAURA. Sin duda.

HORACIO. Escuchad.
Decid cuando salga aquí
vuestro padre, que habéis dado
en algún papel firmado
a otro hombre palabra y sí.

LAURA. ¿De qué?

HORACIO. De ser su mujer.

LAURA. ¿Y el hombre?

HORACIO. Yo tengo amigo
que vendrá luego conmigo,
y sabrá el engaño hacer.

LAURA. ¿Es honrado?

HORACIO. Es caballero,
mozo, rico y gentilhombre.

LAURA. ¿Quién es?

HORACIO. Rosardo es su nombre.

LAURA. (¡Ay, Dios! Por Rosardo muero,
que si agora me casaba
contra voluntad lo hacía.)

HORACIO. ¿Conocéisle?

LAURA. No, a fe mía.
(Imaginándolo estaba.
¡Qué bueno si éste supiese
que me adora y que le adoro!)
(1) Es hombre que a mi decoro
en esto agravio no hiciese.

HORACIO. Es tan bueno como vos,
y me espanto que en Milán,
siendo un hombre tan galán,
no lo conozcáis.

LAURA. (¡Ay, Dios!
Temblando estoy de pensar
cómo me ha de suceder,
que nunca de tal perder
pudo venir tal ganar.)
Horacio, por salir desto
y no ver hombre tan malo,
que al mismo Nerón le igualo,
en vos mi esperanza he puesto.
Id a llamalle corriendo,
que entre tanto escribiré
el papel, y os le daré.

HORACIO. Laura, vendréle instruyendo
para que, entendido el caso,
os pida por su mujer.

LAURA. Sí; mas burlando ha de ser.

HORACIO. (¡Mal conocéis que me abraso!
Toda es industria de celos
para estorbar que te goce
el que tan mal reconoce
su firma misma a los cielos.)

(*Vase.*)

LAURA. ¿Hay ventura como aquésta?

---

(1) El texto decía "desea".
(2) Decía "remediaréis" el original.
(3) El original decía: "¿No es peor que en tal maldad".

(1) El texto decía "el hombre".

¿Que por Rosardo me abrase
y que éste a Rosardo hallase
para el engaño que apresta?
Quiérome entrar a escribir
para inviar el papel,
porque a Mauricio cruel
ni le pienso ver ni oír.
Ya del todo se rompió
el vano sí que le di.
Por una que dije sí,
diré mil veces que no.

(*Vase, y sale* CLARA *con un niño en brazos.*)

CLARA. Hijo, por mi mal nacido
y no para vuestro bien;
hijo de gusto y desdén;
centauro de amor y olvido,
no sé cómo en la belleza
tuvistes tal igualdad,
que el medio sois de piedad
y el medio sois de fiereza.
Pues el cuerpo es tan hermoso,
sospecho que el alma dél
será la parte cruel
de mi enemigo amoroso.
Que si en todo el cuerpo entero
no hay falta alguna que os dé,
el alma, que no se ve,
tendrá la parte de fiero.
No lo habéis para mí sido,
pues con tan poco dolor
me habéis pagado el amor
que a vuestro padre he tenido.
Y pues dolor no me distes,
duda podía tener,
si fuera posible ser,
que de Mauricio no fuistes.
Al padre no os parecéis,
mi hijo, que os engendró,
porque él siempre me dolió
y vos poco me doléis.
Mas mucho diré mejor,
pues aquí os vengo a dejar,
porque poderos criar
lo contradice mi honor.
Mataros han como a mí
cuando supiesen de vos,
y no es bien que paguen dos
lo que yo sola ofendí.
Aquí, orillas de este río
que por este jardín pasa,
tendréis ama, tendréis casa
de hierba, ama de rocío.
¡Mirad qué madre soy yo,
¡oh! lo permite mi mal,
pues trata como animal
solo un hijo que parió!
Aquí hierba os doy no más
y os dejo libre en naciendo.
¡Hijo, a Dios os encomiendo,
que no he de veros jamás!
Si las entrañas pudiera
sacarme, en que habéis estado,
en ellas, mi niño amado,
os dejara y os las diera,
que quien os ha dado en ellas
nueve meses el sustento,
os tuviera un año, y ciento,
para no apartaros dellas.
Adiós, hijo; adiós, mi bien;
Dios os haga venturoso.

(*Oyó una voz que dijo*: "Amén".)

¡Ay, Dios, qué caso donoso!
¿Quién ha respondido "¡Amén!"?
Unos pastores parecen
que entre sí vienen hablando.
¿Qué he de hacer, que estoy temblando?
Las plantas se me entorpecen.
Otra vez os digo adiós,
hijo, esposo, y dulce amigo.
El cuerpo llevo conmigo,
que el alma dejo con vos.

(*Vase, y salen* BELARDO *y* CELIO, *pastores.*)

BELARDO. Amén os vuelvo a decir
si yo le he tirado el dardo.
CELIO. ¿Para qué juráis, Belardo,
si sé que habéis de mentir?
¿Vos no veis que es más pecado
el mentir con juramento?
BELARDO. ¿Luego, en efeto, yo miento?
CELIO. No; pero habéisle tirado.
BELARDO. Si a vuestro hosquillo tiré
el dardo, como decís,
que me alcance ese mentís.
CELIO. Diré amén.
BELARDO. Yo lo diré;
mas no me habéis de apretar.
CELIO. ¡Ah! no habremos en ello,
porque mal (1) pudiera hello
el que me puede obligar.
Si mil regalos os debo,

(1) En el texto: "el mal".

¿no he de pensar que sois vos?
BELARDO. Nunca, por el sol de Dios,
tuve yo dardo de acebo,
y si le hubiera tirado,
yo lo dijera también.
Volveré a decir amén.
CELIO. Decí amén, hombre ataimado,
y dejemos de reñir,
que hay hasta el lugar buen trote.
¿Comprastes algo?
BELARDO. Un capote
y un cedazo de cernir;
calzado para Belisa,
aunque podrá ser que esté
parida.
CELIO. ¡Mas a la he!
BELARDO. Como negocio de risa.
Y aun piensa vuesa vecina
que trae dos.
CELIO. No, sino ochenta.
BELARDO. ¿Es mucho que en uno mienta
la que de dos adivina?
¿Y no lo puede hacer Dios?
CELIO. Eso bien lo puede hacer.
Pero ¿en qué se ha de ver
que trae dos?
BELARDO. Come por dos.
CELIO. La señal me ha contentado.
Al fin, la tenéis cariño.
BELARDO. ¿No suena por aquí un niño?
CELIO. No hay alma por este prado.
BELARDO. Par Dios, que suena a los pies
y que el vello deficulto.
CELIO. ¿No hay en esa orilla un bulto?
BELARDO. Mantillas son. Paso, él es.
CELIO. Desvía dese junquera.
BELARDO. Celio, ya el niño levanto.
¡Qué blancura y tierno llanto!
Parece cristal y cera.
CELIO. Mostrá (1) a ver. ¡Oh, qué lindeza!
¡Ay, triste! ¿Si le han perdido?
BELARDO. ¿Estáis falto de sentido
que decís tal rustiqueza?
Este aquí vino a traerse,
o aquí adrede se dejó,
que el niño que se perdió
pies tuvo para perderse.
Alguna señora honrada,
que haría algún mal recado,
por aquí lo habrá dejado
con cuidado, descuidada.

(1) El original: "Mostrad."

No hay para qué pregonalle,
que yo sé, Celio, muy bien
que poco hallazgo nos den
y que alguna lo oiga y calle.
Creed, que pues estará
ya mi Belisa parida, (1)
que aunque más celos me pida
le pienso llevar allá.
Cuanto y más que vos seréis
testigo desta verdad.
CELIO. Págueos tan alta piedad,
Belardo, por quien lo hacéis.
Aunque otra cosa sigura
tenía yo imaginada.
BELARDO. ¿Qué? Veamos si me agrada.
CELIO. Echalle a puertas de Laura.
BELARDO. ¿Estáis en vos, mentecato?
CELIO. ¿No lo pudiera criar?
BELARDO. ¿Y era muy bueno dejar
con esa fama su trato?
CELIO. Esto era mi consejo;
haced vuestra voluntad.
BELARDO. De los pollinos juntad,
mientras la carga aparejo.
CELIO. Eso no es dificultoso.
Ojo al chico, que se duerme.
BELARDO. ¿No ves que se ríe en verme?
Dios te haga venturoso.

(*Vanse, y salen* COTALDO, FRANCINO, HORACIO, LAURA, MAURICIO *y* ROSARDO.)

ROSARDO. No es válida la escritura,
que, en efeto, es mi mujer.
MAURICIO. ¿Cuándo o cómo puede ser?
ROSARDO. Este papel me asegura.
Por él veréis si me engaño.
COTALDO. Rosardo, el ser caballero
me fuerza a que tan ligero
pase por mi proprio daño.
Sois noble, y esta razón
me obliga a no me vengar.
ROSARDO. ¿De qué os podéis agraviar?
Ni os debo satisfación.
¿Quebranté yo vuestra casa?
¿Forcé a Laura? ¿Pretendíla?
FRANCINO. Poco el honor se aniquila,
pues que con ella se casa;
pero dura cosa es
que aguardases a este punto.

(1) El original decía:
"Creed, pues, que ya estará
mi Belisa parida."

ROSARDO. Aguardara un siglo junto,
cuanto más tiempo de un mes:
que ese tiempo he yo faltado
mientras que eso se trató.

COTALDO. No me satisfago yo
con vuestro papel firmado;
que, aunque ésta la firma sea
de mi hija, y lo confiese,
como agora aquí le pese,
¿qué importa que el mundo os crea?
A la misma bendición
ha de llegar la igualdad
de aquesa conformidad.

ROSARDO. Digo que tenéis razón.
Si ella a Mauricio quisiese,
por fuerza yo no la quiero.

FRANCINO. Habláis como caballero.
Escoja Laura el que quiere.

MAURICIO. ¡Que éste me venga a ofender!
¡De rabia me abraso y ardo!

COTALDO. Hija: Mauricio y Rosardo
te han pedido por mujer;
y no tengo que tratar
de si lo has querido o no,
porque no soy hombre yo
que en eso tengo de hablar,
ni de ti lo he de creer,
sino saber de tu gusto,
siendo entre los dos tan justo,
de quién quieres ser mujer.
El uno y otro es gallardo,
mozo, rico y caballero...

LAURA. Pues digo, señor, que quiero...

COTALDO. Di sin vergüenza.

LAURA. A Rosardo.

COTALDO. Esto es hecho; perdonad,
señor Mauricio, que tuerza
de mi fe, porque no hay fuerza
que fuerce la voluntad.
Rosardo fué preferido,
como primero fué amado.

MAURICIO. ¡Mal término habéis usado!
Con razón quedo corrido,
no de Laura, que es mujer;
ni de viejos, que lo son;
pero de alguna traición
que en esto debe de haber.
Y si yo mal lo he pensado
despacio lo pensaré
cuando a algún traidor le dé
tal pago como él me ha dado.

ROSARDO. Aquí nos puedes decir
lo que has de pensar despacio.

MAURICIO. Basta; bien me entiende Horacio,
si él me quisiere seguir.

(*Vase.*)

HORACIO. Conmigo toma el enojo.
¡Mirad si culpa he tenido!

ROSARDO. Mas sí fuí yo, porque he sido
quien de su bien le despojo.
Vaya, y no os alborotéis,
aunque culpado seáis,
que buen amigo ganáis,
si buen amigo perdéis.

FRANCINO. Todo ha sucedido bien.
Vamos, y dejaldo así.

ROSARDO. Antes quiero darle el sí
y desposarme también.
De burlas me habéis traído;
mas habéisos engañado,
que hoy a mi Laura he ganado
y hoy a Laura habéis perdido.
Sabed que antes yo la amé
y ella a mí, de tal manera,
que sin vos lo mismo fuera
que por vuestra causa fué.
Y también os podéis ir,
que amigo que hizo traición
a su amigo, en ocasión
lo mismo sabrá fingir.
Esto se hará sin testigos,
que en casa de los casados
amigos son excusados,
y más los falsos amigos.
Si por este corretaje
alguna cosa queréis,
allá fuera me hallaréis
cuando de casarme baje.

HORACIO. Yo tengo mi merecido,
y a nadie debo culpar;
pues, queriéndome casar,
truje a mi mujer marido.
No sé cuál fué más traición:
la que yo a Mauricio hice,
en que al amor satisfice,
o vos a mí sin razón.
Pero lo que fuere, sea;
pues que Laura os ama, amalda
y tantos años gozalda
que con diez nietos os vea;
que yo, lleno de cuidados,
iré a afligir mis sentidos
con dos amigos perdidos
y dos contrarios ganados.

(*Vase.*)

COTALDO. ¿Cómo Horacio se partió?
ROSARDO. A mi padre fué avisar;
si aqueste nombre he de dar
más que a vos.
COTALDO. Ya lo soy yo.
Y así, quiero que toméis
las manos y os deis el sí
Laura y vos.
ROSARDO. Decid si a mí,
Laura hermosa, me queréis.
LAURA. Desde hoy por esposo os gano
y por señor.
ROSARDO. Y yo a vos.
LAURA. Y yo a vos por mi bien (1).
COTALDO. ¡Bendígaos Dios!
ROSARDO. Laura, apriétame la mano.
LAURA. ¡Qué bravo enredo!
ROSARDO. ¡Notable!
COTALDO. Vamos por que se confirme.
ROSARDO. Yo os digo que esté más firme
que una roca incontrastable.
Basta; Laura, en una hora
has tenido tres maridos.
LAURA. Los dos han sido fingidos,
y éste el que mi alma adora.

(*Vanse, y salen* BELARDO *y* CELIO *con el niño.*)

BELARDO. Ya que estoy en el aldea,
llego, Celio, temeroso
de un pensamiento celoso
que quiera Dios que no sea.
Porque, ¿si acaso le tiene
Belisa del niño agora,
o tanto a su hijo adora,
que a no recibirme viene?
¡No sé qué tengo de hacer;
porque estoy en confusión
de amor y de pasión
y celos de mi mujer!
CELIO. Dios entrará de por medio
y la verdad, que no quiebra,
aunque adelgaza la hebra.
BELARDO. Contra celos no hay remedio.
CELIO. Basta ver estas mantillas
tan ricas para creello,
y esas reliquias al cuello...
BELARDO. Quiero mejor descubrillas.
CELIO. Ya viene; podéis llegar,
que yo diré lo que pasa.
BELARDO. ¿No es bueno que ésta es mi casa
y no me atrevo a llamar?

(1) Este verso sobra y faltan dos sílabas al que le sigue.

CELIO. Vuestra mujer sale ya.
No debe de haber parido.

(*Sale* BELISA, *pastora.*)

BELISA. ¿Qué, en fin, Belardo es venido?
BELARDO. ¿No véis que a la puerta está?
BELISA. ¿Por qué no entráis entonado?
El abrazo aguardaréis.
BELARDO. Mas... temo que os enojéis...
BELISA. Harto enojo me habéis dado.
BELARDO. ¿Yo a vos?
BELISA. En no estar aquí,
y dejarme en un desierto.
Pues, sabed...
BELARDO. ¿Qué?
BELISA. Que ya es muerto.
BELARDO. ¿Quién?
BELISA. El hijo que yo parí.
BELARDO. ¿Que ya es muerto el sin ventura?
BELISA. Hartas lágrimas me cuesta.
BELARDO. Hijo, vuestra dicha es ésta.
¡Dios os da buena ventura!
BELISA. ¿Con quién habláis?
BELARDO. Aquí hablo
con un huésped que he traído.
BELISA. ¿Es niño?
BELARDO. Y recién nacido.
BELISA. ¡Y aun eso sería el diablo!
¿No basta lo que pasé?
¿Hijo vos? ¿Criarle yo?
Mirad: aquél se murió,
y éste yo le mataré.
BELARDO. Sosegaos, por vida mía,
desa celosa aspereza;
que en tiempo de tal tristeza
quizá os da Dios alegría.
Decilde lo que ha pasado,
Celio.
CELIO. Belisa, no es justo
que celos os den disgusto,
que hoy el niño hemos hallado.
Porque al salir de Milán
lloraba a orilla de un río,
entre la hierba y rocío
y los juncos que allí están.
Estas mantillas son tales,
y aquestas reliquias, pues
que obligan a pensar que es
de (1) personas principales.
Si es que le queréis criar,
pues estáis recién parida,
remediaréis una vida

(1) El texto: "de dos".

que sólo sabe llorar.
Consolaros heis del muerto,
y tendréisle tanto amor,
que se os aplaque el dolor.

BELISA. Celio, ¿es cierto?

CELIO. Y muy cierto.
y pluguiera a Dios que hablaran
nuestros bueyes y jumentos,
que a todo estaban atentos,
y la verdad os mostraran.

BELISA. Yo lo creo, y me consuelo
de mi muerto; daldo acá,
que, por ventura, será
merced que nos hace el cielo.—
Como lo he arrimado al pecho,
ya busca de qué trabar.

BELARDO. ¡Qué hambre debió de pasar!

CELIO. ¡Ya está mansa!

BELARDO. ¡Dios lo ha hecho!

BELISA. Vamos, que con más reposo
se la quiero dar.

BELARDO. Entremos.

CELIO. ¿Qué nombre le llamaremos?

BELARDO. Llamémosle Venturoso,
que es justo que le convenga.

BELISA. Bien decís, pues ha tenido
ventura.

BELARDO. ¡Dios sea servido
que, cuando grande, la tenga!

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* BELARDO *y* VENTUROSO.)

BELARDO. Enojárame contigo,
Venturoso, si mi amor
no venciere mi rigor
en la fuerza del castigo.
¿Tú no sabes ya de mí
de la suerte que te hallé
junto a un río? Pues ¿por qué
te subes al cielo así?
¿No ves que es muy alto vuelo
de Dédalo el desvarío
desde la orilla de un río
quererte subir al cielo?
¿En Florinda osas poner
esos humildes cuidados,
a guardar cabras mostrados
y enseñarlas a pacer?
¿Tú te atreves a mirar
a Florinda, y cuando menos,
hija de padres tan buenos
que han comprado este lugar?
¿Tú, pastor de rudas cabras
y de lanudas ovejas,
le dices tus tiernas quejas
con tus rústicas palabras?
¿No ves que, como a villano,
pensando que ése es tu humor,
no ha dado a tu necio amor
castigo su hermosa mano?
¿No ves que si alguna cosa
saben sus padres hidalgos,
que te matarán con galgos
como a liebre temerosa?
¿Y no ves que a dos esclavos
perros de turca nación
echarán tu corazón
para sólo hacerlos bravos?
Deja, deja el desvarío;
que no es ése digno amor
para un hombre que es pastor
y tiene por padre a un río.

VENTUR. Belardo, ya tengo oída,
y de mil veces notoria,
la amarga, aunque rara, historia
del principio de mi vida.
Mas, de ser hijo de un río
siempre por baldón me das;
presumiere que te engañas (1).
porque deso tengo el brío.
Allá en la gentilidad
dioses los ríos llamaron
y en forma los adoraron
de viejos de larga edad.
Luego, si de dioses hijo
soy, y[a] como dios me ensalzo,
pues aunque polainas calzo,
nobles pensamientos rijo,
¿Remo y Rómulo no fueron
hijos del Tíber, o hallados
entre su orilla, y criados
de una loba que prendieron?
¿No fundaron a quien toma
nombre eterno sin segundo
de ser señora del mundo
que cuando esclava fué Roma?
¿Habéis visto vos alguno
desta manera arrojado
que no fuese señalado
contra el olvido importuno?
Fué Ciro arrojado así,

(1) Así el texto: Acaso se leería: "quizá no te engañarás".

y también pobre pastor.
Pues ¿qué os ofende mi amor
que harto me ofende a mí?
Sabed, aunque pobre y roto,
del esquilmo del ganado
mil librillos he comprado
y soy a historias devoto.
No penséis que [yo] imagino
ser rey ni señor del suelo,
pero que guardarme el cielo
tiene misterio divino.
¿Qué travesuras me veis?
¿Qué os hago? ¿Qué os he gastado?
¿Qué os tengo de casa hurtado
que castigarme queréis?
Si tengo algún sayo bueno
o algún camisón labrado
mi trabajo me ha costado,
que no es de sudor ajeno.
Si compré aquella espadilla,
no fué delito tan grande,
que de noche no es bien que ande
desarmado por la villa.
¿Tener buenos pensamientos,
padre, me reprehendéis?
Bien parece que tenéis
los vuestros al suelo atentos.
Lo que es servir a Florinda
es pensamiento en el cielo;
de Icaro espero el vuelo
y espero que el sol me rinda.
Pero ¿qué se puede hacer?
¿A mí sólo no me abrasa?
Echadme de vuestra casa
si pensáis que se ha de arder;
que no hay razón que me cuadre
contra un amor tan perfeto.

BELARDO. ¿Esa es vergüenza y respeto
a las canas de tu padre?
¡Véteme de casa luego
y no ofendas mis oídos!

VENTUR. Iré a sacar mis vestidos
y daros, padre, sosiego.
Que si ser hombre de bien
y poner mejor los ojos
os ha de causar enojos,
no quiero que enojo os den.
No faltará a quien servir
para sólo agradecer,
con lo que pueda valer,
lo que os debo hasta morir.
Que no deseo ser algo
sino por pagaros, padre,
lo que a Belisa, mi madre,
por ama de (1) un hijo hidalgo.

(*Vase.*)

BELARDO. ¿Hidalgo os hacéis, mancebo?
Mirad si digo que es loco.
No fuera el seso tan poco
a no tener sayo nuevo.
El diablo le hizo comprar,
que, como agora es novel,
desque se vido con él
se comenzó a enamorar.

(*Sale* BELISA.)

¡Mirad de quién, por mi vida!
¡De Florinda! ¿Hay tal maldad?

BELISA. Siempre por vuestra crueldad
tengo de andar afligida.
¿Dónde enviastes el mochacho
y mi alma con él también?
¿Paréceos, Belardo, bien?
¡Tened noramala empacho!
¡Bien parece que no os cuesta
lo que me ha costado a mí!

BELARDO. Lloralde, eso sí, eso sí.
¡Dios, que sois bien ojipresta!
¿Es bien que ande un rapaz
agora en amoricones?

BELISA. ¿Y un viejo en estas quistiones,
pudiendo vivir en paz?

BELARDO. Si de su igual se prendara
por regalo lo tuviera,
porque mi hacienda le diera
y con ella le casara.
Pues que no ha querido Dios
darme hijo, ya lo es él.

BELISA. Sois para padre cruel;
bien se ve que no sois vos.
¿No veis que los pensamientos
nacen de su natural,
y que, por dicha, es igual
en altos merecimientos?
Poner también su cuidado
con tanto extremo os fastidia;
creo que lo hacéis de invidia
de verlo bien empleado.
Este mozo ¿en qué le ofende?
Porque, si una vez la mira,
apasionado suspira,
elevado se suspende.
¿Hace más que pasear

(1) El original: "por ama debe un hijo hidalgo".

honestamente en su huerta?

BELARDO. Esa es señal muy cierta
que loca debéis de estar.
Pues ¿paréceos que esto es poco
si así a sus padres provoca?
Vos debéis de ser tan loca
como Venturoso es loco.
De la leche sabe él
esas buenas fantasías.

BELISA. Hoy se acabarán mis días
si a casa volvéis sin él.
Mataréme, haré locuras.

BELARDO. En la horca le pondréis.

BELISA. Bien parece que no habéis
leído sus escrituras,
donde dice que otros tales
han venido a grandes bienes.

BELARDO. Con eso dentro, en las sienes
traéis esos vendavales.
Harto bien os desvanece
con esos libros que toma.
¿Querrá edificar a Roma
porque a Rómulo parece?
Ahora plega a Dios, Belisa,
que con eso en mal no pare.

BELISA. Que bien el cielo le ampare;
que vos, es cosa de risa.
Idme por él.

BELARDO. Que me place,
pues es vuestra voluntad;
mas creed que la piedad
gran daño a los hijos hace.
El castigo que se mida
hace al hijo virtuoso.

BELISA. No quiero, sin Venturoso,
tener una hora de vida.

(*Vanse, y sale* VENTUROSO *solo.*)

VENTUR. Ahora estaré mejor,
que del todo voy perdido;
dos casas dejo en olvido
por ir sirviendo al amor.
Si casa del alma es
la razón, ya la perdí
después que a Florinda vi,
porque huí razón después.
Y si del cuerpo es la casa
la del padre mientras vive,
y a perdella me apercibe
este fuego que me abrasa.
De manera que por fuego
de dos casas he salido
y vengo a sentir perdido
a casa que sirve un ciego.
Luego, si en otras me abrasa,
podrá en la tuya también.
Mas ¡ay, Florinda, mi bien!;
que ésta, señora, es tu casa.
Aquí, desnudo de todo,
te vengo ahora a servir;
contigo para morir
desde ahora me acomodo.
Los sabios que yo he leído
para mejor estudiar
echaron su hacienda al mar
por sosegar el sentido.
Y otro se sacó los ojos,
y eso mismo en mí se ve,
pues casa y ojos dejé
por darte el alma en despojos.
Ciego y sin padre he quedado,
con buen deseo y paciencia
por darme bien a la ciencia
de [un] amoroso cuidado.
Todo el bien traigo conmigo,
aunque la hacienda dejé,
pues traigo un libro de fe,
por cuya lumbre me sigo.
¡Ay de mí!, que al campo sale
para, como suele hacer
las espinas florecer
donde las plantas señale
que, humilladas y floridas,
muestran que quien ha pasado
y florecido y pisado
es señora de mil vidas.

(*Sale* FLORINDA, *dama.*)

Hacerme quiero dormido
a este tronco recostado,
para no darle cuidado
si della soy conocido.

FLORINDA. Como quien puerto desea
y le desvían del norte,
así, quien nació en la corte,
se hallará mal en la aldea.
Soledades de Milán
me tienen muriendo aquí.
Cuasi no soy lo que fuí,
según mis ojos están.
Están de llorar cansados
entre montes, no entre gentes,
tantos pesares presentes
como placeres pasados.
A mis padres ver la guerra
que en Milán hace el francés

de tanto disgusto es,
que de cierto nos destierra.
A su aldea se han venido
para quitarme la vida.
Vime en la ciudad querida,
veóme puesta en olvido,
donde sólo un labrador,
que algo tiene de ciudad,
me mira con voluntad
y me da muestras de amor.
¡Ah, amor, y qué desiguales
son tus obras y razones!
¡Algunas veces te pones
con los brutos animales!
¿Cómo tanto te desmandas,
tú, que a los dioses prefieres?
¡Mira que dirán quién eres
por la gente con quien andas!
Que yo, por muy agraviada
en la ciudad me tuviera
si un villano me sirviera,
que en monte no importa nada.
Y si va a decir verdad,
ojos tiene, talle y bríos
que en otros, y aun en los míos
puede engendrar voluntad.
Verle en la iglesia, mirarme,
y dondequiera que estoy,
y cuando a mirarle voy,
suspenderse y adorarme.
A veces me mueve a risa,
y a veces a confusión.
¡Ay, Dios, y qué alteración!
Donde hay hierba, áspid se pisa.
Vele allí dó está dormido
el mi rústico amador;
que este ha sentido de amor (1)
debe de tener sentido.
Y más que dicen que fué
hallado a orilla de un río,
que no es en balde su brío
ni me mira sin porqué.
¿Cómo le daré una flor? (2)
Que, si va a decir verdad,
no me falta voluntad,
aunque no le tengo amor.
Las mujeres somos locas.
Burlarme quiero con él.
¿No ves, soledad cruel,
a qué cosas me provocas?
Quiero en su boca ponelle
esta flor de mi tocado.
¡Por mi vida, que me agrado
agora despacio en velle!
Que tiene buen parecer
y de hombre noble la cara.
¿Si es noble?; mas cosa es clara
que noble debe de ser.
¡Desdichada de la madre
que te parió y no te ve,
y más desdichada fué
en que no tuvieses padre!
Ese es talle de pastor
en un hombre principal.
¡Mal puede el tosco sayal
ser cortina del valor!
Aunque agora bajamente
cubre (1) lo que más importa,
viene la cortina corta
y descúbrese en la frente.
La rosa le dejo, en fin,
y aquí me quiero esconder.
Flor, bien puedes florecer,
aunque en rústico jardín.

(*Escóndese, y recuerda* Venturoso.)

Ventur. ¿Qué es esto? ¿Qué flor es ésta?
Sin duda, que amor ha hecho
para vivir en mi pecho,
casa, jardín y floresta.
¡Oh, qué esperanza tan loca!
Pues entre penas crueles,
como vaso de claveles,
me ha salido de la boca.
¡Oh, abeja debo de ser,
que he cogido esta flor tal
para hacer dulce mi mal
y sabroso el padecer!
¡Oh, qué dichosa esperanza,
que tan presto me dió el fruto!
Bien puede pagar tributo
deste buen año que alcanza.
A los sabios y hombres graves,
que en letras y armas lo fueron,
varias cosas les trujeron
las abejas y las aves.
A iguales agüeros vengo
para buen suceso mío,
pues que nací cabe un río
y rosa en la boca tengo.

(1) Lugar viciado; pero no atinamos la enmienda.
(2) En el original: "daré yo una flor".

(1) En el original: "lo cubre".

Que piense yo que es en vano,
está muy lejos de mí,
sin duda la puso aquí
de alguna diosa la mano.
Y si acaso es diosa humana,
¿cómo tan presto se fué?

FLORINDA. Villano el cuerpo se ve,
pero el alma cortesana.
¿Quién no verá en sus razones
que tiene buen nacimiento?

VENTUR. ¿Forma una voz el viento
o murmuran mis pasiones?
No me engaño, que allí veo
el cielo más puro y claro.—
¡Oh, sol peregrino y raro,
centro y fin de mi deseo!
¿Sois vos el autor, acaso,
deste peregrino hecho
que, aunque en el prado, en el pecho
hirió el son de vuestro paso?
Señora, yo os he sentido
teniendo el sentido en calma,
porque en vos vela el alma
cuando el cuerpo está dormido.
No os desdeñéis de mirarme,
aunque tosco labrador,
pues con ser dios el Amor
por vos se honró de matarme.
Así lo era Endimión
cuando le adoró la Luna.
Ni fué a Venus importuna
de Anquises la condición.
No soy tan grosero y necio,
aunque así me hizo Dios,
que de otro que de vos
pueda merecer desprecio.
Llegad, tratadme, miradme;
no soy bruto, que hombre soy;
alma tengo; libre estoy;
habladme, asidme, tocadme.
¿Pensáis que los labradores
no son hombres?

FLORINDA. Bien sospecho
que amor en cualquiera pecho
puede sembrar de sus flores.
Y que las sembrase en ti
lo he conocido mejor
después que esa hermosa flor
salir del pecho te vi.
La cual ni yo te pusiera
cuando sin ella te hallara,
ni piensa que te mirara
si al descuido no te viera.

VENTUR. En aquesta flor tan linda,
antes dormía y después,
que ella misma dice que es
el dueño della Florinda.
Y por que no lo neguéis,
sabed que yo no dormía
cuando vi que merecía
el bien que en dármela hacéis.
Y para que lo creáis,
os diré lo que dijistes
cuando ansí durmiendo vistes
a quien despierto matáis.
Porque, perdido el desdén,
me dijistes con piedad
que me tenéis voluntad
y os parezco hombre de bien.
Llamábades desdichada
la madre que me parió,
por que presumiese yo
ser hijo de madre honrada.
Si esto es así, y el amor
a ninguno amado injuria,
¿por qué no templáis la furia
deste presente rigor?
Mostrad con desamor bien
ese desdén y otros mil;
pero con cosa tan vil,
¿qué honra os dará el desdén?
A mí me habéis de tratar
con seguridad forzosa,
porque soy tan baja cosa
que no hay perder ni ganar.
¿Qué temerá vuestro honor
de mi extraña rustiqueza,
y esa divina belleza
de un alma de un labrador,
y acaso, tan mal labrado,
que agora que estaba en sueño
parecía alma de leño
o de algún roble cortado?
Soy figura de escultor
desbastada solamente,
en quien se ve boca y frente,
manos y pies, sin temor.
Quien me viere en vuestro pecho,
sin ojos, sin vida y nombre,
no pensará que soy hombre;
aunque lo soy, no estoy hecho.

FLORINDA. Notables palabras tienes,
y tan notables en todo,
que has hallado el cierto modo
para templar mis desdenes.
Quiebran cuerdas tan delgadas

en mi altivo pensamiento,
que sólo tu entendimiento
las pudo dejar templadas.
Y así ha subido la prima,
que pensé que no alcanzara
si otra mano la templara
de menos subida estima.
Yo no te quiero tener
desde hoy más por labrador,
que quien mereció esa flor
mi cortesano ha de ser.
Cosas digo que en mi vida
imaginarlas pensé,
y otras muchas que diré,
que soy necia y voy perdida.
Y perderme yo contigo,
a quien le mandara ayer
partir y leña traer,
de amor, parece el castigo.
Ya está dicho lo que dije;
no me quiero arrepentir,
sino afligirme y sentir
ese dolor que me aflige,
que yo sé que eres honrado,
y que, como hombre discreto,
tendrás en justo secreto
las cosas que hemos tratado,
y guarda, para tributo
del diezmo debido a amor,
esa flor, pues ya no es flor
que dejará de dar fruto.

VENTUR. Venturoso fué aquel día
que me robastes el alma,
pues tanta víctima y palma
ya no es vuestra, sino mía.
la pena del pensamiento.
que al principio de la historia
te trujo a tan alta gloria
la pena del pensamiento.
Venturosos ojos míos
que dieron puerta al deseo,
pues tan alegres los veo
siendo de lágrimas ríos.
Venturoso corazón,
de altas impresas amigo,
pues cuando esperé castigo
le dieron el galardón.
Yo callaré, pues callando
tan gran victoria alcancé,
pues harto, callando, hablé
sólo sirviendo y amando.
A mi cuenta si perdiere
el secreto, ni la flor,
pues con ella, y tal favor,
me mandáis que fruto espere.
No en balde tantos agüeros
mi nacimiento mostró,
pues a la gloria llegó
de ser querido y quereros.
Otros que en ríos se hallaron
famosos en letras fueron;
reinos por armas vencieron,
ciudades edificaron;
yo, como Paris, he sido,
que en el juicio que igualas,
no quiero a Juno, ni a Palas,
sino a Venus y a Cupido.
A Florinda sólo adoro,
mi alma la estima y precia;
la Elena quiero de Grecia,
que no letras ni tesoro.

FLORINDA. ¿Cómo te podré yo ver,
que siento gente en el prado?

VENTUR. Viendo el sol arrebolado,
¿quién duda el amanecer?
De día a vuestra ventana
y de noche a vuestra puerta.

FLORINDA. Adiós.

(*Vase.*)

VENTUR. ¡Oh pena encubierta!
¡Oh gloria del mundo vana!
Perdí (1) el bien, mas no perdí.
¡Cómo desmaya la fe!

(*Salen* BELARDO *y* CELIO, *pastores.*)

CELIO. ¿Dístele?

BELARDO. Ni le toqué.

CELIO. Pues ¿qué fué?

BELARDO. Que le reñí.

CELIO. Pues, ¿por reñirle no más?

BELARDO. Ahí veréis si le regala
Belisa; al alma le iguala.
Que yo no le hablé jamás,
y más, que si no le llevo,
jura que no he de comer.

CELIO. Eso es ya mucho querer.

BELARDO. ¿Véisle allí dó está el mancebo?

CELIO. Pues qué, ¿pensáis que se iría?
Voto al sol, que del lugar
no le basten a sacar
con un tiro de crujía.

BELARDO. Llegalde a hablar, no presuma
que a rogalle vengo yo.

---

(1) En el texto: "Perdido."

CELIO. ¿Mas que me dice que no
y que tiene dueño, en suma?
¿Venturoso?

VENTUR. Celio amado.

CELIO. ¿Qué hay por acá?

VENTUR. Ya lo veis.

CELIO. ¿Qué (1) es lo que a solas tenéis
en el repecho del prado?
¿Habéis, por dicha, comido?

VENTUR. Ya he comido.

CELIO. A buena fe
que hacéis mal.

VENTUR. Yo, ¿por qué?

CELIO. Yo sé que andáis foragido.

VENTUR. ¿Yo foragido? ¿De dónde?

CELIO. De vuestra casa.

VENTUR. ¿A qué efeto
había de estar secreto?

BELARDO. (¡Qué disparate responde!)

CELIO. Yo sé que sin ocasión,
por no vellos, (2) os habéis ido,
porque para andar perdido
tomáis alas de afición.
Que vuestro padre os riñese
y de su casa os echase,
¿qué importa que os culpase
lo que en vos culpable viese?
¿No hay más que tomar el hato
y ¡adiós! al primer vaivén?
¿Es hecho de hombre de bien
ser con sus padres ingrato?
¿Qué huésped algo no deja
de una noche de posada?
Porque de la mano honrada
no forman huéspedes queja.
Pues vos, de toda la vida
que ha, que posada os han dado,
los brazos habéis negado
a la triste despedida.
Que aun los forzosos abrazos
que al partir se suelen dar,
habéis querido negar
a Belisa y a sus brazos.
Volved, que queda por vos
hecha una fuente de llanto.

VENTUR. ¿Atreviérame yo a tanto
si no me echaran los dos?
¿Voime yo? ¿No me echan ellos?

BELARDO. ¡Mientes, que yo fuí no más!
Y ¿cuándo, di, pagarás
a Belisa? Hartos cabellos
por ti los ha de arrancar.
¿Esa es la leche que debes
a sus pechos?

CELIO. No renueves
agora tanto pesar.
El es mozo, y tú, también
tan mal acondicionado,
que no sé cuál es culpado.
Tened paz, y hablalde bien.

VENTUR. Bien sabéis vos, padre mío,
que por no daros enojos
me sacaré yo estos ojos
y que pagaros confío.
Pero cuando airado os veo,
¿qué culpa tengo en dejaros?
¿No es mejor que no enojaros,
pues que serviros deseo?
Que mi madre tenga pena
me allega al alma, en verdad.

CELIO. ¿Qué quieres de su humildad,
de honrada paciencia llena?
Ea, dalde aquesa mano
y llévasela a Belisa.

BELARDO. ¡Qué presto me mueve a risa!
Tiene hechos de gitano.

CELIO. Dalde la mano.

BELARDO. Ea, pues,
veisla aquí. Dios te bendiga.

VENTUR. Y a mí, señor, me maldiga
si no respeto esos pies.

CELIO. Vamos a ver a tu madre,
que está llorando por ti.

BELARDO. Soy tu padre.

VENTUR. Señor, sí,
que yo no tengo otro padre.

(Vanse, y salen LAVINIO, *criado de* FLORINDA, *y* LEONARDO, *caballero, en hábitos de villano, y dice:)*

LAVINIO. A mucho te has obligado
siendo noble y caballero.
¿Con hábito tan grosero
quieres andar disfrazado?

LEONARDO. Lavinio, el amor que tengo
a Florinda me ha traído
con este tosco vestido
a los peligros que tengo,
que siendo tú su criado,
y sabiendo mi secreto,
pienso dar dichoso efeto
a un amor tan desdichado.

(1) En el texto: "Pues, ¿qué es..."
(2) Acaso dijese: "oíllos" y no "vellos".

LAVINIO. Cuando en Milán la paseaste
en tu amor bien entendía. (1)
LEONARDO. No entendí lo agradecía,
pero que lo sepa baste.
Conóceme como a sí,
si fuese posible cosa,
que sepa que es tan hermosa
como me parece a mí.
Llévame, Lavinio, al viejo,
y asiéntame por un año,
que si me vale el engaño,
no he tomado mal consejo.
Sirva yo, pues que nací
para servir a quien vale
tanto, que no hay rayo que iguale
al valor que tiene en sí.
LAVINIO. Leonardo, si soy tu amigo,
yo creo que lo he mostrado,
pues a quien el ser me ha dado
soy, por tu causa, enemigo.
Firmiano es mi señor,
a quien tan mal la fe pago.
que es lo menos que hoy hago,
ser, por tu causa, traidor.
Y fuera de ser traición,
pecado de incendio es,
que habrá de tener después
en Roma la absolución.
Bien ves en esto que pasa
por sólo verte tan ciego,
si pongo a su casa fuego,
pues que te llevo a su casa.
Gobiérnate, por tu vida,
de suerte que deste amor
no venga fuego a su honor
siendo Florinda ofendida,
que basta sólo querella
con honrado pensamiento
para el justo casamiento
que puedes haber con ella.
Sea sólo honesto el fuego,
no digan que soy Sinón
que en Troya metió a traición
el falso caballo griego.
Que la máquina preñada
en figura de villano,
si descubre el cortesano,
dejará a (1) Roma abrasada.
LEONARDO. No temas, que te aseguro
que aqueste mi amor secreto
venga a tener [el] efeto
digno de un amor tan puro.
No has tú traído centella
para su casa abrasar,
sino quien la venga a honrar
y quedar honrado en ella.
Mira qué resta de hacer.
LAVINIO. Mucho siento tu trabajo,
porque en oficio tan bajo
trabajo habrás de tener.
LEONARDO. Todo lo tengo por gloria.
Sea la pena inmortal,
porque la causa del mal
hará rica la memoria.
He de arar, he de romper
la tierra con azadón.
Gustosos oficios son,
que quien siembra ha de coger.
LAVINIO. En la ocasión que has venido
pienso que has de vendimiar,
que los cestos y el lagar
los mozos han prevenido.
Aun pienso que han menester
alquilar otros peones.
LEONARDO. A todas las ocasiones,
Lavinio, me has [de] ofrecer.
Ya vengo determinado
porque Florinda mitigue
su rigor, y el alma obligue
al galardón esperado.
Que quien se pone por ella
a tal bajeza y fatiga,
yo presumo que la obliga.
LAVINIO. Su padre sale, y con ella.

(*Salen* FIRMIANO *y* FLORINDA, *su hija.*)

FIRMIANO. Si es que Lavinio ha venido,
lo que pediste traerá.
LAVINIO. Aquí a tu servicio está,
y al tuyo, que no me olvido.
Tráigote un bello tocado
que ayer tu prima me dió.
FLORINDA. ¿Y el vestido?
LAVINIO. Ya quedó

(1) En el original este pasaje está así:

LAVINIO. Cuando tú la paseaste
en Milán, bien entendía
tu amor.
LEONARDO. Conóceme como así,
pero que lo sepa baste.

(1) En el texto original estos dos versos dicen:

"se descubre el cortesano
dejara en Roma abrasada".

en presencia mía cortado.
Muy presto lo acabarán.
FLORINDA. ¿Era bueno el raso?
LAVINIO. Extremo.
LEONARDO. Que no me conozcan temo;
mis ojos quien soy dirán.
Tiemblo, suspéndome, muero,
abrásome y tengo frío,
huyo, espero, desconfío,
hablo, callo, vivo y muero.
¿Qué haré?
FIRMIANO. ¿Quién es este mozo?
LAVINIO. Desde hoy te viene a servir,
que en sólo tu nombre oír
viene saltando de gozo.
FIRMIANO. Buen talle tiene.
LAVINIO. Extremado.
FIRMIANO. ¿De dónde eres?
LEONARDO. De la tierra,
sino que por esta guerra
dejé el lugar abrasado.
FIRMIANO. ¿Ya del enemigo fué
entrado?
LEONARDO. Después que entró,
sólo la iglesia quedó
donde quedase la fe.
FIRMIANO. ¿Sabes arar?
LEONARDO. Y cavar;
y araré, si quiero, el viento,
y también el firmamento,
y sembraré todo el mar.
FIRMIANO. Agudo se muestra.
LAVINIO. Y fuerte.
LEONARDO. Mirad qué tanto lo soy,
que, pues no me vence hoy,
no tengo miedo a la muerte.
FIRMIANO. Lavinio, mientras me voy,
haz deste mozo el asiento
y busca otro a tu contento,
porque déste yo lo estoy.
Hija, adiós.

(*Vase.*)

FLORINDA. Adiós, señor.
Lavinio, ¿qué hay en Milán?
LAVINIO. Guerra del cerco en que están.
LEONARDO. Ya no hay en Milán amor.
FLORINDA. ¿Cómo así?
LEONARDO. Yo lo he traído
todo dentro de mi pecho.
FLORINDA. ¿Es loco?
LAVINIO. Así lo sospecho.
LEONARDO. Sí soy, pues tengo sentido.
LAVINIO. Allí con tu prima hablé.
FLORINDA. ¿Está hermosa?
LAVINIO. Como suele.
FLORINDA. ¿Hay algo que la desvele?
LEONARDO. Tampoco en Milán hay fe.
FLORINDA. ¿A qué propósito es eso?
LEONARDO. Porque yo la traigo hurtada.
FLORINDA. ¿Qué te dijo?
LAVINIO. Poco, o nada.
LEONARDO. Basta que en Milán no hay seso.
FLORINDA. ¿Queréis, buen hombre, callar?
LEONARDO. Dígolo porque soy loco
y vengo de allá.
FLORINDA. Y no poco.
LEONARDO. De serlo me puedo honrar.
LAVINIO. Díjome que nunca alcanza
sola una hora de salud.
FLORINDA. ¿Tiene alguna inquietud?
LEONARDO. En Milán no hay esperanza.
FLORINDA. ¿Hase visto tal humor?
LEONARDO. Dígolo porque hay acá
más esperanza que allá.
FLORINDA. Extremado labrador.—
¿Qué le inquieta?
LAVINIO. Siempre están
sus padres en su locura.
LEONARDO. ¿No es bueno que aun hermosura
no puede hallarse en Milán?
FLORINDA. Venid acá, por mi vida,
pues hablar no nos dejáis.
¿Vos hermosura buscáis,
o el trabajo y la comida?
LEONARDO. Con trabajo y con ventura
vengo hermosura a buscar,
y en Milán no se ha de hallar,
que falta vuestra hermosura.
LAVINIO. No dice mal su razón.
FLORINDA. Este es como los soldados,
que, de un mes alojados,
se vuelven a lo que son.
Y, dejando ayer su tierra,
sin haberse puesto arnés,
en muchos años después
no dejan de hablar de guerra
Habrá, de su pobre choza,
venido a Milán ayer
y quiere dar a entender
que ha mil años que la goza.
LAVINIO. Tendrá por suma grandeza
haber en Milán estado.
LEONARDO. Más tengo en haber llegado
a ver vuestra gran belleza.
que aunque tosco y vil cautivo,

más me alegran vuestros ojos
que cuantos ricos despojos
tiene Venecia en su archivo.

FLORINDA. Basta, que es hombre de cuenta.

LEONARDO. Mal os la daré de mí,
porque lo que recebí
a cargo de amor se asienta.

FLORINDA. Extremados hombres topo.
Este, sin duda, es el año
que hablan, o yo me engaño,
los animales de Isopo.
No entiendo tales primores,
pues están llenos los prados
de estudiantes y letrados
en forma de labradores.

LEONARDO. ¿A quién no haréis estudiante
y le daréis ciencia infusa,
al contrario de Medusa,
que hizo piedra a Atalante?
Vos me desatáis la lengua;
vos me enseñáis, porque en veros,
ya no es posible perderos,
ni menos caer en mengua.

FLORINDA. Mi padre creo que vuelve.
Voime, no me halle aquí.

(*Vase.*)

LEONARDO. Tarde volveré yo en mí
si tanto bien se resuelve.

LAVINIO. Bien se ha hecho.

LEONARDO. A mi placer.
Esta cadena te pon.

LAVINIO. No he menester galardón.

LEONARDO. Por mí te la has de poner.

LAVINIO. Querría que allá te entrases,
no te halle el viejo aquí.

LEONARDO. Bien dices, voime de aquí.
¿No me hablarás cuando pases? (1)

LAVINIO. Y te daré de comer.

LEONARDO. Que no has de tratarme mal.
Es para mí natural
sustento a Florinda ver. (2)
No tomes deso cuidado;
basta que los ojos coman.

(*Vase.*)

LAVINIO. Mil pensamientos me toman
de intentar un hecho honrado.
Creo que me han de vencer,
que ya estoy arrepentido
de haber un hombre ofendido
por quien yo lo vine a ser.

(*Sale* FIRMIANO.)

FIRMIANO. La plaza queda cubierta
de mancebos labradores,
y algunos de los mejores,
Lavinio, están a la puerta.
Ve y escoge algunos dellos,
que bien serán menester.

LAVINIO. Hoy puedes uno escoger
que vale por todos ellos.
Mas ¿qué albricias me darás
si dentro en casa le tienes?

FIRMIANO. ¡Con graciosos cuentos vienes!
¿Es más de un hombre?

LAVINIO. No más.

FIRMIANO. Pues bien: ¿qué importa?

LAVINIO. ¿Qué cosa
quieres más que esta vida?

FIRMIANO. Florinda es la más querida,
porque es en extremo hermosa;
y desto y de discreción
es su virtud justo medio.

LAVINIO. ¿Qué deseas?

FIRMIANO. Su remedio
y de Dios la bendición.

LAVINIO. Pues hombre tienes en casa
con quien casarla podrás.

FIRMIANO. Parece que loco estás.
Dime, necio, lo que pasa.

LAVINIO. ¿Acuérdaste el labrador
que acabas de recebir?

FIRMIANO. Pues bien: ¿hay más que decir?
¿Es, acaso, encantador,
o ha de hallar algún tesoro?
¿Es hechicero o zahorí?
¿Ha de remediar así
la hija que más adoro?
¿Qué tenemos?

LAVINIO. No es villano,
ni es zahorí, ni hechicero.

FIRMIANO. Pues ¿quién es?

LAVINIO. Un caballero,
hijo del conde Luciano.

FIRMIANO. ¡Santo Dios! ¿Es, por ventura
Leonardo?

LAVINIO. El mismo.

---

(1) Este pasaje decía en el original:

LEONARDO. Bien dices, voime de aquí.
LAVINIO. Oye.
LEONARDO. Di,
¿no me hablarás cuando pases?

(2) El texto decía: "sustento sólo a Florinda ver."

FIRMIANO. Pues, di:
¿quién pudo traerlo aquí?
LAVINIO. De tu hija la hermosura.
FIRMIANO. ¿Por qué en ese disfraz?
¿No me la pudo pedir?
LAVINIO. Por guerra piensa subir
al sosiego de la paz;
que es mancebo caprichoso
y habrá, acaso, imaginado
que andar así transformado
es un Ovidio amoroso.
FIRMIANO. ¿Querrá imitar a los dioses
y gozarla con engaño?
LAVINIO. Tarde temerás el daño,
cuando es razón que reposes.
Hoy te ha llamado la suerte,
cógela y hazle casar. (1)
FIRMIANO. A él le puede llamar,
a lo menos, justa muerte.
LAVINIO. ¿Qué dices? ¿Ese consejo
se espera de tu valor?
¿Cómo cumples con tu honor
matándole?
FIRMIANO. ¡Ay, triste viejo!
¿Cómo le trujiste, perro,
si quien era ya sabías?
LAVINIO. Haz agora culpas mías
lo que fué amoroso yerro.
Si él andaba en el lugar
con este disfraz, ¿no ha sido
mejor haberlo traído
y tu deshonra estorbar?
Cuanto y más que me engañó,
y después de concertado
me descubrió su cuidado
y el nombre me declaró.
¿Qué tienes? ¿Qué dudas? ¿Qué [has?
El mozo es un pino de oro.
El padre tiene un tesoro.
¿Qué pides al cielo más?
Voces, venganzas y muerte
tenlas por consejo vano;
mejor es con propia mano
escoger entre las suertes.
Así remedias tu honor
y de aquéste la locura;
das a tu hija la ventura
y a tu linaje valor.
FIRMIANO. No soy, Lavinio, tan ciego
que no vea que con agua
se suele encender la fragua
y que el agua mata el fuego.
Aquí tengo dos venganzas:
el casarle es lo mejor,
que no conviene a mi honor
por Florinda armas y lanzas.
Bandos vinieran a ser
que a Italia otra vez pusieran
en triste punto y me dieran
poco honor y bien que hacer.
Escojo lo que es mejor;
casarle por fuerza quiero,
que es honrado caballero
y tiene a Florinda amor.
Mientras a mis deudos llamo,
llamad cuatro labradores.
LAVINIO. ¿Quieres prenderle?
FIRMIANO. No ignores
que no lo quiero y lo amo.
Pero conviéneme así;
que, si me quiere burlar,
en la red ha de quedar
que me tuvo puesta a mí.
Pues si casarse quisiera,
claro está, pues es mi igual,
que no le estuviera mal
que a Florinda me pidiera.
LAVINIO. Bien dices; voy entre tanto,
y a recado le pondré.
FIRMIANO. Yo voy.

(*Vase* FIRMIANO.)

LAVINIO. Ruega que te dé
hoy ventura el cielo santo.
No pienso que yo le ofendo
a Leonardo en lo que hago,
ni doy a su fe mal pago,
pues voy su gusto siguiendo.
Si él a Florinda desea
sigue un fuerte desatino,
que éste es más breve camino
para hacer que la posea.

(*Salen* VENTUROSO, CANDIANO, FILUPO *y* HABERIO, *villanos.*)

CANDIANO. Señor, ¿han de concertar?
El mayordomo está aquí.
LAVINIO. ¡Oh, buena gente!
VENTUR. ¡Ay de mí,
que apenas acierto a entrar!
LAVINIO. Todos estáis recebidos
y todos sois menester.
FILUPO. Mozos habéis de tener

(1) En el texto: "has de casar".

que no los halláis dormidos.
LAVINIO. Ya conozco a Venturoso,
que es hijo de aquesta aldea.
VENTUR. Para serviros lo sea.
Seré en las obras dichoso.
LAVINIO. ¿Cómo os llaman?
CANDIANO. Candiano.
LAVINIO. ¿Y a vos?
FILUPO. Filupo.
LAVINIO. ¿Y a vos?
HABERIO. Haberio.
LAVINIO. ¡Gracias a Dios,
que hay pan y bodega a mano!
Sabed que hoy ha recebido
Firmiano un labrador.
VENTUR. Y aun dicen que es el mejor
que en esta sierra ha habido.
LAVINIO. El es un ladrón gentil.
VENTUR. ¿Ladrón?
LAVINIO. Sí; pues ha faltado,
después que él en casa ha entrado,
más que vale un real y aun mil.
CANDIANO. ¿Cómo?
LAVINIO. Una copa de oro
y una fuente.
HABERIO. ¿Hay tal maldad?
LAVINIO. Y hasta saber la verdad,
entre él y una criada,
quiere señor que esté preso,
y que los cuatro le atéis.
FILUPO. ¡Paso! ¿No es éste que veis?
LAVINIO. Aún él no sabe el suceso.
LEONARDO. Hasta agora os aguardé,
esperando a que bajases.
LAVINIO. Yo, traidor, a que llegases
donde...
LEONARDO. ¡Yo traidor! ¿Por qué?
LAVINIO. ¡Asilde!
LEONARDO. Lavinio, amigo,
¿qué es esto?
LAVINIO. Asilde y bien.
LEONARDO. ¿Merezco yo que me den
tus manos este castigo?
VENTUR. ¿No le aprietas?
HABERIO. Ya le aprieto.
LEONARDO. ¿Qué?, ¿el secreto descubriste?
¿Esa es la fe que me diste?
LAVINIO. Ladrón, ¿supe yo el secreto?
Mirad; se confiesa ya.
Cómplice me quiere hacer.
CANDIANO. ¿Dónde le hemos de meter?
LAVINIO. Mi señor presto vendrá.
Estése en este aposento
y venid los tres conmigo
mientras se ordena el castigo.
FILUPO. ¿Cómo así?
LAVINIO. Habrá tormento.
Guárdale bien, Venturoso,
y no le dejes salir.
VENTUR. ¿Habíaseme de ir?
LAVINIO. ¡Oh, ladrón; ladrón famoso!

(*Vanse.*)

VENTUR. No os mostréis tan lastimado.
LEONARDO. Venturoso, estoy quejoso
de que un hombre venturoso
guarde al que es tan desdichado.
VENTUR. Parecéisme hombre de bien.
¿Sois, acaso, principal?
LEONARDO. Harto lo soy, por mi mal,
aunque por mi bien también.
Hijo del conde Luciano
soy, villano, y preso aquí,
que vine a servir así
a un ángel que adoro en vano.
No vienen a aprisionarme
por ladrón, que esto es fingido;
que soy Leonardo han sabido.
¿Querrán por fuerza casarme?
Y aunque el casarme también
no me está mal, yo quisiera
que en mejor hábito fuera.
VENTUR. ¿Qué? ¿A Florinda quieres bien?
LEONARDO. Adórola.
VENTUR. ¿Y qué? ¿Pretenden
casaros?
LEONARDO. ¿Pues no lo ves?
VENTUR. ¿Queréis os ir?
LEONARDO. A los pies
las manos se lo defienden.
VENTUR. Bien presto os desataré.
LEONARDO. ¡El cielo os pague el favor!

(*Desátale.*)

VENTUR. ¡A Florinda tiene amor!
¿Cómo no os vais?
LEONARDO. Yo me iré.
¿Está por aquí seguro?
Creo que muy alto está.

(*Vase.*)

VENTUR. ¡Echaos con el diablo ya,
aunque sea por el muro!—
Otras veces visto había
este hombre por esta casa,

y ya el fuego que me abrasa,
celoso, el suyo encendía;
sino que el hábito vil
me aseguraba el temor,
aunque, para labrador,
era gallardo y gentil.
Sin duda, por aquí tienen
casa alguna sus criados,
porque, a veces, emboscados
por el campo hablando vienen.
No son pensamientos vanos
lo que el alma entiende bien.

(*Salen* FIRMIANO, TIRSENIO, RICARDO *y más deudos, y* LAVINIO, FLORINDA *y los tres villanos* CANDIANO, FILUPO *y* HABERIO.)

FIRMIANO. Entre Florinda también,
para que les den las manos,
y vos, Tirsenio y Ricardo,
seréis del caso testigos.
TIRSENIO. Somos tus deudos y amigos.
LAVINIO. Ha sido cuento gallardo.
Que le prendí por ladrón
para encubrir el suceso.
TIRSENIO. ¿Adónde tienes el preso?
VENTUR. Bueno; rompió la prisión.
LAVINIO. ¡Oh, villano!
VENTUR. ¿Es culpa mía
si, los cordeles deshechos,
me puso luego a los pechos
un arcabuz que traía?
FIRMIANO. ¡Tus cosas, Lavinio, son!
¿Quién a prender a otro viene
sin ver las armas que tiene
cuando hace la prisión?
Dese necio desconcierto
se suele luego seguir
que el preso se pueda ir
y deje al alcaide muerto.
LAVINIO. ¿Que trujo arcabuz? ¿Adónde?
TIRSENIO. Pistolete pudo ser;
que ya es muy viejo saber
en el lugar do se esconde.
RICARDO. ¡Alto! La ocasión perdiste.
FIRMIANO. La vida le quitaré.

(*Sale* LEONARDO, *de galán.*)

LEONARDO. Pensasteis (1) que me ausenté,
y fuíme a vestir.
VENTUR. ¡Ay, triste!
FIRMIANO. ¿Eres Leonardo?
LEONARDO. Yo soy.
Y pues casarme queréis,
no es bien que lo intentéis
sino en el traje en que estoy.
Unas bodas tan honradas
a grosería responde
que vaya un hijo de un conde
con las polainas calzadas.
RICARDO. El habla como quien es.
Por hijo has de recebillo.
FIRMIANO. Y abrazallo y bendecillo.
LEONARDO. Yo debo echarme a tus pies.
Ya vos, Florinda, mi gloria,
tratadme como a marido.
FLORINDA. Licencia a mi padre pido.
VENTUR. ¡Hay más desdichada historia!
FIRMIANO. Entremos, que es indecente
este lugar.
CANDIANO. ¿Esta boda
no nos toca?
FIRMIANO. Bailalla toda,
hasta que el cuerpo reviente.

(*Vanse todos y queda* VENTUROSO *solo.*)

VENTUR. ¡Desdichado fué aquel día
que te di, Florinda, el alma,
pues esta victoria y palma
es de Leonardo, y no mía!
¡Desdichado atrevimiento,
que, al principio de la historia,
trocó (1) en pena tanta gloria
y tanto gusto en tormento!
¡Desdichados ojos míos,
indignos de tal deseo,
que hoy con ellos mi bien veo
y mañana serán ríos!
¡Desdichado corazón,
pues el amor enemigo
le ha dado tanto castigo,
prometiendo galardón!
¿Es ésta, Florinda ingrata,
la flor que tu mano loca
osó ponerme en la boca
por veneno que me mata?
Ya como el araña he sido,
y no abeja, injusto amor,
pues de la más bella flor
lleva ponzoña a su nido.
Bien dijiste que el tributo
para el amor previniese
cuando esta flor fruto diese.

(1) En el texto: "pensaréis".

(1) El texto: "toco".

Fruto dió. ¡Qué amargo fruto!
¡Qué amargo fruto y molesto
para también florecer!
Si éste el fruto había de ser,
¿quién se le pidió tan presto?
¿Quién te pidió tal consuelo
en esperanza tan vana?
Nunca yo vi flor temprana
que no la quemase el hielo.
Almendro fuiste, que encierra
un temprano y dulce abril,
que cualquier viento sutil
da con las flores en tierra.
¡Ojalá fueras moral, (1)
que es discreto por cobarde,
pues por florecer tan tarde,
nunca el cielo le hace mal!
Ea, ¿qué habemos de hacer?
Dejar la vida es mejor.
¿A qué suena aquel tambor?
Soldados deben de ser.

(*Sale* DINARTE, *capitán francés;* POLICIO *y* ARCELIO *y más soldados, tantos, que pueden con ellos.*)

DINARTE. Alojaréme por fuerza
o pondré fuego al lugar.
POLICIO. Posada te quieren dar,
y todo el lugar se esfuerza;
y la casa del señor
también te ofrecen a ti.
ARCELIO. ¿Qué gente?
VENTUR. ¿Dicen a mí?
Soy un hombre labrador.
POLICIO. Habla al señor capitán.
VENTUR. ¿Es francés?
ARCELIO. ¿Pues no lo ves?
VENTUR. ¡Si entendiera milanés!
POLICIO. Como los que dentro están.
VENTUR. ¡Dios guarde a su señoría!
DINARTE. ¿Cúyo es el país, buen hombre?
VENTUR. Firmiano tiene por nombre
su dueño y del alma mía.
DINARTE. ¿Está en el lugar?
VENTUR. Está
casando una hija hermosa.
DINARTE. ¿A estas horas la desposa?
VENTUR. Señor, sí.
DINARTE. Iremos allá.
POLICIO. Como quisieres.
VENTUR. Señor:
¿quiéreme por su criado?
DINARTE. Cara tienes de hombre honrado.
VENTUR. Soy noble, aunque soy pastor.
DINARTE. ¡Buen talle!
ARCELIO. ¡Vale por dos!
DINARTE. Como tú quisieres sea.
VENTUR. ¡Adiós, padre! ¡Adiós, aldea!
¡Amada Florinda, adiós!

(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen* ARCELIO *y* POLICIO, *soldados.*)

ARCELIO. ¿En eso da Venturoso?
¿No imagina que es locura?
POLICIO. Por amigos lo procura
y por soldado famoso.
ARCELIO. ¿No se acuerda que era ayer
un villano, un azacán?
De mozo de capitán,
¿capitán se quiere hacer?
Dinarte es culpado al doble,
pues [dió] (1) a un tosco villano
espada y sueldo en la mano,
como si fuera hombre noble.
Si hubiera sangre en la gente
que le ha servido y honrado,
no hubiera sido soldado
nacido tan bajamente.
Y al villano ¿no le sobra
saber que soldado es,
y que entre un campo francés
nombre de valiente cobra?
¿De qué sirve esa arrogancia,
si ayer mochilero era?
¿El ha de empuñar bandera
con flor de lises de Francia?
Primero me harán pedazos.
¿Ese hombre regirme tiene
porque de un asalto viene
con tres o cuatro picazos?
POLICIO. Calla, Arcelio, que la guerra
engendra de nuevo al hombre.
En la ajena cobra nombre
quien no lo tuvo en su tierra.
No es de buena sangre falto
ni nobleza le faltó
al que tanta derramó

(1) En el texto: "mortal".

(1) Suplido lo que está entre corchetes.

en el uno y otro asalto.
¿Qué soldado tiene ahora
el campo más estimado?
¿Quién tan bien el tosco arado
con nobles hazañas borra?
Siempre toda la nobleza
de las armas comenzó.
Venturoso la ganó,
y es noble, o a serlo empieza.
Los demás soldados dan
en quererle obedecer,
que dél no nació querer
la plaza de capitán.
No pienses que es arrogante
sino con el enemigo;
pero con el que es amigo
es a un niño semejante.
Si le admiten los demás,
¿a quién podrás tú mejor?
A quien por solo valor
a tantos dejó atrás.
¿Es mejor obedecer
a un soberbio altivo y fiero
o al amigo y compañero
que era nuestro igual ayer?
¿Quién sabe lo que ha servido
mejor que aquel que a tu lado,
con la sangre que ha sacado
le has animado y temido?
¿No es mejor que no un extraño,
con quien habrás menester
servir de nuevo y hacer
de tu valor desengaño?

ARCELIO. Si los demás le obedecen,
callaré por no alterallos;
mas no dejaré de dallos
la reprensión que merecen.
Serviré de mala gana
a quien es menos que yo,
pues mi esperanza quedó
en agraz, marchita y vana.
De mala gana, y tan mala,
que al primer asalto espero
disparalle al pecho fiero
mi invidia con una bala.

POLICIO. Tú lo mirarás mejor
y su vida mirarás;
que yo sé que le tendrás,
después de tratalle amor.
Que si una vez lo recibes
por dueño, eres hombre noble
y querrás su vida al doble,
que no la propria que vives.

ARCELIO. Ello dirá con el tiempo.

POLICIO. Como aqueso el tiempo sabe
que hace fácil lo más grave,
y el enojo pasatiempo.

(*Salen* VENTUROSO, CLARICIO, OLIMPIO *y* LAMBERTO, *soldados.*)

CLARICIO. Es gusto del general.
Con razón o sin razón,
has de aceptar la elección.

VENTUR. ¿No veis que os está muy mal?
¿Tengo yo merecimiento
para que me obedezcáis?
¿Mi bajeza no miráis
y mi oscuro nacimiento?
¿No miráis quién ayer fuí?
¿Cómo queréis que sea hoy
tan diverso del que soy,
que aun no me conozca a mí?
Quien era regido ayer
y no puede gobernar...

OLIMPIO. ¿Quién mejor sabe mandar
que el que supo obedecer?
Conocemos tu humildad,
pero las armas han sido
la escala por do has subido
a la alteza y majestad.
Tus hechos, tu gran valor,
no lisonja ni interés,
desde el suelo de tus pies
suben al cielo tu honor.
Cuanto más te nos humillas
más obligas a ensalzarte,
y igualas al mismo Marte
tus obras y maravillas.
Decretado está que seas
nuestro dueño y capitán,
y hoy la jineta te dan,
que por mil años poseas.

VENTUR. Lamberto, Olimpio y Claricio,
y los demás, no es razón
no aceptar esta elección
si en ello os hago servicio.
Que bien sé que en mí tendréis
un compañero y amigo;
no guía, sino testigo,
de las hazañas que hacéis.
Que son de tales renombres,
que el mejor dellos disfama
los que celebra la fama
con atributos y nombres.

¿Yo qué valgo? ¿Qué os importo
para tan altivo cargo?

CLARICIO. No seas hablando largo,
pues en obras no eres corto.
En esta fuerte ocasión,
que al capitán muerto vemos,
para César te queremos,
que no para Cicerón.
Resuélvete a contentarte
de que este escuadrón devoto
te ocupe de común voto
en el lugar de Dinarte.
No con razones extrañas
a lo que es razón arguyas,
que sólo igualan las tuyas
a sus famosas hazañas.

VENTUR. No quiero ser porfiado
contra vuestra cortesía,
que dice mal la porfía
con las armas del soldado.
Aceto el cargo y prometo
de ejercello con lealtad
y tener más humildad
que cuando estaba sujeto.
Ya soy vuestro capitán
y me obligo a sus cuidados.

OLIMPIO. Por mí, los demás soldados
mil parabienes te dan.

VENTUR. Quede Claricio conmigo
y váyanse los demás.

LAMBERTO. ¿Una vista no darás
al campo?

VENTUR. Haced lo que digo.

ARCELIO. Aquesta elección se ha hecho
contra justicia y razón.

POLICIO. Calla, Arcelio, que no son
las palabras de provecho.
¿No has osado replicar,
y agora que tiene el cargo
hablas?

ARCELIO. Basta; yo me encargo
de hacelle...

POLICIO. Eso sí, y no hablar.

(*Vanse, y quedan* VENTUROSO *y* CLARICIO.)

VENTUR. Claricio, aunque me he mostrado
ingrato al bien recebido
en no le haber admitido
con más gusto que forzado,
has de saber que estoy loco
de contento en lo secreto,
porque para cierto efeto
no me importa el cargo poco.

CLARICIO. De cualquier suerte, en la guerra
te importa el cargo en que estás,
que a medrar y valer más
sale el hombre de su tierra.
¿Siempre ha de tener un nombre?
¿Siempre no más de soldado?

VENTUR. No le hace al hombre honrado
el cargo, sino el ser hombre;
pero este que tengo aquí
te diré, porque me importa,
haciendo una historia corta,
que fué larga para mí.
Amé, siendo labrador,
la hija del dueño mismo
de mi aldea, y fué el abismo
de los tormentos de amor.
Yo merecí lo que un dino,
que es el partido más bajo,
pues el inútil y bajo
se juzga por desatino.
Pero quiso mi ventura
que a quererme la rindiese,
porque, olvidándome, fuese
más grave mi desventura.
Merecílo, con miralla,
como el sol que el cielo mide,
y no hablando, que harto pide
quien bien ama, sufre y calla.
Pude, al fin, hablalle un día,
donde me dió, por favor,
una flor que murió en flor,
siendo esperanza tardía.
Prometió quererme bien;
pero no fuí yo villano
de los que toman la mano
y al alma llegan también.
Con un rústico vestido
vino a vella un caballero,
que no fué pequeño agüero
de que era igual el partido.
Pero no sé cómo fué,
ni qué furia lo trazó,
que con ella se casó
y sin ella me quedé.
Seis años ha que salí
de seso y de mi lugar,
que ni a él puedo tornar,
ni puedo tornar en mí.
En éstos he peleado
sobre Milán y contigo,
y he peleado conmigo,

mas no vencido el cuidado.
Lo que en asaltos he hecho
que se juzga por famoso,
no ha sido por valeroso,
sino por rabia y despecho.
No fué por querer vivir;
en la (1) lengua de la fama,
sino templar esta llama
y consumirla en morir.
Templar quisiera el dolor
en que por ella quedé,
que la sangre siempre fué
remedio contra el amor.
He sabido que en Milán
suegro y yerno, con mi bien,
se han acogido, y también
mis padres, que dentro están.
Porque ya aquestas aldeas
están, como ves, quemadas,
y aun algunas asoladas
de otras hazañas más feas.
Si Milán se entra, yo soy,
más que en nombre, venturoso,
pues veré aquel rostro hermoso
en el hábito en que voy.
¿Qué honra puedo llevar,
si no muero en el asalto,
como ir en lugar tan alto
siendo de humilde lugar?
¿Qué dirá cuando me vea
entrar brioso y galán,
pues hoy vuelvo capitán
y ayer salí de mi aldea?
¿No te parece que debo
en extremo estar gozoso,
pues un nombre tan famoso
sobre tanta humildad llevo?

CLARICIO. Mostrarás mayor decoro;
que en el picote o sayal
no suelen lucir tan mal
los pasamanos de oro.
Y más que estará en tu mano
gozalla por gusto o fuerza. (2)

VENTUR. Para que el suyo no tuerza,
soy, como de antes, villano.
Guardaréle más respeto
a su hermosura y linaje
que cuando mi tosco traje
me tuvo humilde y sujeto.
Ven, Claricio, y besaré
las manos al General,
mientras el bien de mi mal
ven los ojos de la fe.
Que cuando los corporales
vean el mal de su bien,
yo te aseguro que estén
mi mal y mi bien iguales.

CLARICIO. Si así pudieses vencer,
¿en qué tus penas están?
Como se espera a Milán,
bien tu mal pudiera ser;
y aun espero que tendrás
algún contento con ella.

VENTUR. Basta en adoralla y vella;
ni temo, ni espero más.

(Vanse, y salen LEONARDO *y* LUCINDO.)

LEONARDO. Apriétame bien el peto,
Lucindo, y dame la espada.

LUCINDO. Aquí tienes la dorada.

LEONARDO. Aprieta, pues.

LUCINDO. Harto aprieto.

LEONARDO. ¿Sabes en qué estado está
la ciudad?

LUCINDO. Morir recela
semejante a la candela
que se va acabando ya.
Y vese en el pelear
de vuestras armas y espadas
porque son las llamaradas
de que se quiere acabar.

LEONARDO. Mucho la aprieta el francés.
No es posible resistirse.

LUCINDO. Mejor le fuera rendirse
si se ha de rendir después.

(Sale LAVINIO.)

LAVINIO. Si estás armado pregunta
un hidalgo, y veslo viene.

LEONARDO. ¿Sabes el nombre que tiene?

LAVINIO. Gran gente con él se junta.

LUCINDO. Debe de ser capitán.

LAVINIO. Yo sospecho que es su nombre
Mauricio.

LEONARDO. A mí y a ese hombre
hoy este cargo nos dan.
La ciudad nos ha elegido
hoy para cierto escuadrón.

LAVINIO. Esa será la ocasión
a que a buscarte ha venido.

---

(1) En el original "cual a".
(2) En el texto: "o por fuerza".

(*Sale* Mauricio.)

Mauricio. ¿Está [ya] armado Leonardo?
Leonardo. ¡Oh, Mauricio! A punto estoy.
Mauricio. Huélgome que al lado voy
de un soldado tan gallardo.
Una escuadra de mancebos,
ciudadanos belicosos,
en los pechos animosos,
puesto que en las armas nuevos,
te aguarda, y en tu servicio
mil hazañas piensa hacer.
Leonardo. Confieso que pueden ser
para el valor de Mauricio:
que contigo y a tu lado
ocasión bastante tienen.
Mauricio. Ellos saben por qué vienen.
Salgamos si estás armado.
Leonardo. Querría sin que me viese
mi mujer, porque excusase
que de verme no llorase,
y enternecido partiese;
que aunque mujer suele ser
la que ánimo suele dar,
también suele desmayar
en siendo propia mujer.
Mauricio. No temeré, yo a lo menos,
esa lástima y cuidado.
Leonardo. ¿Cómo? ¿No has sido casado?
¿Vives de amores ajeno?
Mauricio. Mil veces lo he pretendido;
y en llegando así proviso,
por algún caso improviso
me dejan triste y corrido.
Y es que habrá más de veinte años
que a cierta dama serví,
a quien la palabra di;
mas palabras son engaños.
Gocéla, parió, dejéla,
y, cuando casarme trato,
saben que le he sido ingrato
y acúsanme de cautela.
O es que ella avisa en secreto,
o que yo soy desdichado,
que por jamás ha llegado
mi casamiento al efeto.
Leonardo. En esta ocasión, Mauricio,
holgara de no lo ser,
por no ver de mi mujer
el tierno y piadoso oficio.
¡Oh, pesar de mí, que creo
que me ha sentido y que sale!

(*Sale* Florinda.)

Florinda. ¿Qué? ¿Tan poco con vos vale,
Leonardo, mi buen deseo?
¿Qué, en efeto a la ciudad
más obligación tenéis?
¿Qué? ¿Es posible que queréis
dejarme en tal soledad?
Quien nació con el valor
que vos, ¿qué probanza quiere
hacer de su honor, si muere
sin necesidad de honor?
Ahora me desengaño
de que no me tenéis fe,
pues quien el suyo no ve,
en poco tiene mi daño.
Iros en esta ocasión
pensastes sin que os sintiera,
como si yo acaso hubiera
nacido sin corazón.
Que aunque todos estos días
este dolor me ha negado,
él me dijera el estado
de vuestras cosas y mías.
En fin, ¿os vais?
Leonardo. No es posible
dejarlo de hacer, señora,
porque es la ocasión de ahora
al propio bien convenible.
Si ya se entra en la ciudad
y mi casa no defiendo,
vuestro honor, señora, ofendo
y mi propia autoridad.
Mientras excusarlo pude,
yo excusé vuestros enojos,
porque el sol de vuestros ojos
en agua el tiempo no mude.
Pero cuando ya me obliga
la propia casa a defensa,
ajena será la ofensa,
no es bien que propia se diga.
Si salgo es a defenderos
con los demás ciudadanos,
que hasta en mujeriles manos
relumbran ya los aceros.
Así que de verme armar
no os debéis entristecer,
pues es para defender
y no para pelear;
y, porque es tarde, podéis
darnos licencia a los dos.
Florinda. Confío, señor, en Dios,
que victorioso vendréis.

Que si la necesidad
obliga a tanto, no es justo
que aventuréis por mi gusto
vuestro honor y calidad.
A Mauricio le encomiendo
que no os deje y que os reporte,
aunque la ocasión importe.

MAURICIO. A entrambos iré sirviendo:
a él en acompañalle,
y a vos en tenelle a rienda,
pues sólo a que se defienda
puede el honor obligalle.
Olvidad esos cuidados,
porque aseguraros quiero
que tiene boto el acero,
las armas de los casados.
Y adiós, que la caja toca
y marcha la infantería.

LEONARDO. Quedad con Dios, alma mía,
que a fe que parto con poca,
porque aquí queda con vos,
si no es toda, la más parte.

FLORINDA. La mía con vos se parte.
Adiós, mi Leonardo.

LEONARDO. Adiós.

(Vanse, y salen cajas y banderas y soldados en orden, y VENTUROSO, *capitán, y un* GENERAL *francés detrás de todos, y dice el* GENERAL:)

GENERAL. Repartida así la gente,
hoy pienso que no podrán
resistir los de Milán,
cuya flaqueza se siente.
Daráse el postrer asalto,
que pienso que [lo] ha de ser,
pues (1) del pasado poder
está desmayado y falto.

VENTUR. Bien lo muestran descuidados
de su defensa también
los muros, donde se ven
más almenas que soldados.
Hoy tendrás [de] la ciudad
la debida posesión,
que ha mucho que por razón
te debe la propiedad.

GENERAL. Quiera el cielo que así sea,
si es justa razón y ley
por lo que [le] importa al Rey
que este ducado posea.
Formados los escuadrones
como acabo de trazar,
al punto pueden jugar
esas piezas y cañones.

VENTUR. Aquí será de importancia
a él yuntarse (1) los dos ríos.

GENERAL. Ea, pues, soldados míos,
tocad arma. ¡Francia! ¡Francia!

(Vanse, y suena dentro ruido de batalla, y sale LEONARDO *herido.)*

LEONARDO. ¡Ah, guerra! Ya tan indigna
de usar entre nobles pechos.
¿Qué sirven los nobles hechos
y militar disciplina?
Mejor en la edad pasada
ganaban famosos nombres
cuando eran los hombres hombres
por la lanza y por la espada.
¿Qué sirve mostrar valor,
pues cuando al de Héctor se iguala
ha de llegar una bala
a quitar vida y honor?
Honor no, que es fuente en ella;
pero más famosa gloria
es gozar de la vitoria
que no morir y perdella.
Herido estoy, y mortal.
¡Ah, Florinda! Que tu miedo
no era en vano, pues hoy quedo
sin tu bien, tú con mi mal.
Queda adiós, señora mía,
que ya no es posible verte,
porque ha de vencer la muerte
lo que la vida porfía.

(Sale VENTUROSO.)

VENTUR. Ea, famosos soldados,
este es día de contento.
Romped al rico avariento
arcas, puertas y candados;
saquead esa riqueza
que tenéis bien merecida;
no deis sin rescate vida
ni sin dineros cabeza.
Hinchid desas ricas telas,
plumas, pasamanos y oro
la codicia, que al tesoro
suele correr sin espuelas.
Ricas armas os vestid,
que hoy de balde os las darán.
Soldados, este es Milán;

(1) En el texto: "porque".

(1) No damos con la enmienda de este evidente error.

entrad, romped, embestid.
LEONARDO. ¿Caballero?
VENTUR. ¿Quién es?
LEONARDO. No hay que levantar la espada
para un muerto.
VENTUR. No es honrada
la que se envaina después,
y está la mía enseñada
a los más vivos que hallo.
LEONARDO. Y es muy justo imaginallo
de vuestra presencia honrada.
Hoy a pelear salí,
y hoy me han herido de muerte,
y no el verme desta suerte
me obliga a quejarme así;
pero dejo a mi mujer
con gran dolor, y quisiera
que medio muerto me viera
si vivo no puede ser.
Llámome Leonardo, y soy
hijo del conde Luciano.
VENTUR. (¡Santo Dios! ¿Es sueño vano?
¿Qué es esto que viendo estoy?
¿No es éste el marido triste
de la prenda que fué mía?
¡Oh, qué mal una alegría
se disimula y resiste!
Duélome de ver su mal,
y de celoso que estoy,
cuando a entristecerme voy
me alegro de ver su mal.)
Caballero, quien ha sido
con tantas veras soldado,
bien merece ser honrado
del enemigo ofendido;
fuera de que a vos se os debe
por ser noble, y así os ruego
que os esforcéis, porque luego
a ver vuestra prenda os lleve,
que espero que vivo iréis
con pequeño beneficio,
y deste honrado servicio
con vivir me pagaréis.
LEONARDO. Si mi vida en este día
deste peligro escapare,
la que después me quedare
será más vuestra que mía.
Yo me siento el pecho abierto.
VENTUR. Llevaros en brazos quiero.
LEONARDO. Cuando llegue a lo que espero
o será morir o muerto.
VENTUR. No os aflijáis dese modo.
(¡Qué buena carga de celos!
Si permitiesen los cielos
que la dejase del todo.)

(Vanse, y sale CLARICIO *cargado de seda.)*

CLARICIO. Esta parte me ha cabido.
No sé si la he de lograr,
que, según anda el hurtar,
dos veces hurtada ha sido;
para serlo la tercera
también a mí me han probado.
¡Qué telas y qué brocado!
¡Qué bravo calzón me espera!
Desto, con la cuera de ante,
haré un jubón carmesí.
Soldados vienen aquí,
quiero pasar adelante.

(Vase, y salen OLIMPIO *y* LAMBERTO *con una cadena de oro.)*

OLIMPIO. Suelte, digo, la cadena.
LAMBERTO. Con partilla se contente.
OLIMPIO. ¿Conócesme?
LAMBERTO. Impertinente,
la necia arrogancia enfrena,
y pon la cadena ahí
veremos quién se la lleva.
OLIMPIO. Ponla, pues quieres, y prueba.
LAMBERTO. ¿Huyes?
OLIMPIO. ¿Yo, gallina, a ti?

(Riñen y vanse, y sale POLICIO, *soldado.)*

POLICIO. ¿No es bueno que [en] todo el saco,
tanta mi desgracia ha sido,
con haberlo merecido,
que limpias las manos saco?
Otro que no lo merece
llevará ricos despojos,
que aun (1) no he dado con los ojos
en un canto que tropiece.
Pero... bien he tropezado,
cadena, si sois de oro;
así tuviera un tesoro
deste muro transformado.
En mi cuello serviréis
mientras no pago la hechura,
así me dé Dios ventura
como vos me parecéis.

(Vase, y salen ARCELIO *y* CLARA.)

ARCELIO. No se haga de los godos,
perra esclava.

(1) En el texto: "aunque".

CLARA. ¿Entre cristianos
hay esclavos?
ARCELIO. Cuentos vanos.
Ya sé que lo somos todos;
pero aquesta es mi ganancia,
y ella es clara, mientras trate
de darme gentil rescate.
CLARA. ¿Tú eres bárbaro, o de Francia?
ARCELIO. Francés por la vida soy.
Mas ¿no ves que en toda tierra
permite aquesto la guerra?
CLARA. Soy mujer, y sola estoy,
que si mi padre y hermanos
peleando no estuvieran,
yo aseguro que te dieran
el rescate por sus manos.
ARCELIO. Vinieran esas mujeres
valiera el rescate más.
¿Piensas tú que hablando estás
con otra como tú eres?
Déjate de esas locuras
y afloja donde te aprieta,
serás más noble y discreta
si tu remedio procuras.
Busca doscientos ducados
y gozarás libertad.
CLARA. ¿Dónde? ¿En toda la ciudad?
ARCELIO. ¿Dónde? Entre aquestos soldados
Harta estará de parir
y fingiráse una diosa.
CLARA. Harta, pero no dichosa
la que lo fuera en morir.
Que un hijo de quien lo estuve,
creo que si dél supiera,
justo castigo te diera
y al padre de quien le tuve.
ARCELIO. No me cuente sus historias,
sino busque su remedio,
y sepa que estoy en medio
de dos hazañas notorias.
De ahorralla por gozalla,
por ley como esclava propia,
o alargalla, aunque (1) es inopia,
al que quisiere compralla.
Y no me replique más,
sino tire por ahí.
CLARA. Eso es en cuanto a ti,
que por hoy tirano estás.
Mas yo en otras dos hazañas
podré mejor emplearme.

(1) En el texto: "al que" en lugar de "aunque".

ARCELIO. ¿Y son, señora?
CLARA. Matarme
y pasarte las entrañas.
ARCELIO. Necia, déjese de voces
y camine.
CLARA. ¿Tú no ves
que hay Dios?
ARCELIO. Replique, pues,
haré que camine a coces. (1)

(*Vanse, y sale* FLORINDA *sola.*)

FLORINDA. Sospechas y agüeros tristes,
¿qué queréis a un alma en pena,
ya del sentimiento ajena
con el mucho que le distes?
Leonardo tarda, y Milán
por todas partes es fuego.
Pues no viene a verme, luego
muerta soy, muerto le han.
Denantes me dió un cruel
dolor que me atravesaba,
¡válame Dios! ¿si le daba
alguno entonces a él?
Sin duda que mis enojos
ya declarados están,
pues tan apriesa me dan
tiernas lágrimas los ojos.
Corazón, ¿qué sentís vos?
Hablad, pues sabéis tan bien,
decid si es muerto mi bien,
porque muramos los dos.
Como oráculo podéis
dar la respuesta que aguardo.
Decid si es muerto Leonardo;
habladme, no lo neguéis.

(*Sale* VENTUROSO *con* LEONARDO, *muerto, en los brazos.*)

VENTUR. Si eres tú, por dicha, el dueño
deste cuerpo o, por desdicha,
porque entonces fuera dicha
si lo que ves fuera sueño,
recibe, Florinda, aquí
los malogrados despojos
para que lloren tus ojos
lo que yo lloré por ti.
FLORINDA. ¿Qué?, ¿en efeto, fué verdad
que murió mi bien?
VENTUR. Sí fué.
Que también murió tu fe
viviendo mi voluntad.

(1) En el texto: voces".

Llora, que tienes razón,
lo que yo lloré sin ella.

FLORINDA. No llorar fuera perdella.
¡Prendas que tan tiernas son!

VENTUR. ¿Ves aquí, Florinda ingrata,
a Venturoso cargado
de un muerto tan desdichado
que mi venganza le mata?
Muerto como ves le hallé.
Digo muerto, mal herido,
donde, siendo conocido,
en mis brazos le saqué.
Pidióme que le trujese
por verte; hícelo así,
que él también me trae a mí
porque yo también te viese.
La muerte, al fin, ha apagado
sobre mis hombros su llama,
por que fuese yo la cama
donde tu vida ha expirado.
Aunque, en fin, murió, no es él
el que primero murió,
porque ya lo estaba yo
en tu memoria, cruel.
Ya tanto esta muerte dura
que, si tierra me volviera,
dentro en mí, triste, pudiera
darle triste sepultura.
Dos muertos, pues, ves aquí;
pero no te ha de dar pena
quien muere por mano ajena,
sino quien muere por ti.
No sé si tome venganza
de tu mal, o llore en verte,
llorar mi vida o su muerte,
su desdicha o mi esperanza.
Mas, no me quiero vengar,
sino sentir tu dolor,
porque, siendo labrador,
harto me supiste honrar,
que si ahora, como soy
capitán y caballero,
me vieras, fuera el primero
de la casa adonde estoy.
Que yo vi tu inclinación
y mi desdicha lloré.

FLORINDA. Tal estoy, que no podré
satisfacer tu razón.
Sólo digo que hoy el cielo
me ha enviado mi marido
muerto; pero vivo ha sido
en tu regalo y consuelo.
¿No pudiera, Venturoso,
ser otro el que me estorbara,
que el pecho me atravesara
en viendo muerto a mi esposo?
Deja de afear mi amor,
que éste no es tiempo de quejas.

VENTUR. No llores ya, que me dejas
por consuelo tu dolor.
Mas quiero de aquí llevarte
la ocasión y el cuerpo muerto,
pues ya de su pecho abierto
tu alma se aparta y parte.
Llevaréle así a tu cama,
porque aún pienses que está en ella,
que tu casa a defendella
también me provoca y llama,
pondré soldados aquí
que la guarden y defiendan.

FLORINDA. ¡Honra y fama se encomiendan
como a propio dueño a ti!

(*Vanse, y salen* ARCELIO *y* CLARA, POLICIO *y* OLIMPIO, *soldados.*)

CLARA. Digo que será primero
mi muerte que tal consienta;
que de morir sin afrenta
para siempre vida espero.
Mirad que soy mujer noble,
a quien no es justo ofender.

ARCELIO. Por ser honrada mujer
te quieren éstos el doble.
No sea (1) de hacello escasa,
que te importa poco a ti,
pues que negocias ansí,
que vuelvas libre a tu casa.
Mira que estos caballeros
quieren que tu bien se trate:
negociarás tu rescate
y cobraránte dineros.

CLARA. ¿Caballeros sois vosotros?
¡Qué bien se os echa de ver
en honrar a una mujer!

OLIMPIO. ¿Que no lo somos nosotros?

CLARA. No sois sino gente vil,
pues vuestro pecho imagina
una hazaña tan indina
de soldado varonil.
No hay cosa en que se conozca
el valor que un hombre encierra
como en que, vitoria o guerra,
a la mujer reconozca.

(1) En el texto: "se ha".

De Alejandro y Escipión
tomaríades ejemplo.
POLICIO. A Demóstenes contemplo
en una docta oración.
No sabe lo que ha de hacer,
y sin réplica ninguna
obedecer la fortuna,
que es también diosa y mujer.
Ea; allánese, o daréla
algo que no se le caya.
CLARA. Muerta, puede ser que vaya.
POLICIO. ¿Qué hemos de hacer?
ARCELIO. Forzaréla.
OLIMPIO. ¡Bueno es que se resista
una mujercilla ansí!
Asilda los dos ansí.
CLARA. Aunque todo el mundo asista,
pedazos me haréis primero.
OLIMPIO. ¿Este es demonio o mujer?
ARCELIO. ¿Qué, no te puede vencer,
siendo mujer, el dinero?
CLARA. ¡Ay de mí! ¡Nadie me vale!
OLIMPIO. Vuelve a Dios esa oración.

(*Sale* VENTUROSO.)

VENTUR. Sí, éstos de mi gente son.
¿Hay maldad que a ésta iguale?
Soldados, ¿qué es esto? ¿Tres
una mujer dividís?
CLARA. Más es de lo que decís;
que mayor delito es.
VENTUR. ¿Cómo?
CLARA. Quiérenme forzar.
VENTUR. ¡Por vida de unos villanos!
Que estoy por...
ARCELIO. Detén las manos,
que es mujer y puede hablar.
Sobre cuál la llevaría
reñimos entre los dos.
VENTUR. ¿Es de veras?
OLIMPIO. ¡Esto es Dios!
VENTUR. ¡Baste! La mujer es mía.
Yo le daré su rescate.
¿Ven aquella casa abierta?
POLICIO. Muy bien.
VENTUR. Por aquella puerta
de guardar por mí se trate;
que allá a Claricio hallarán.
ARCELIO. A servirte los tres vamos.
¿Veis aquí lo que medramos
de un villano capitán?
OLIMPIO. Alzado tuvo el bastón.
POLICIO. ¡Malhaya quien no lo ha muerto!

VENTUR. Ya que habéis llegado al puerto,
sosegad el corazón.
Y mientras atáis la nave
de vuestro desasosiego
que digáis quién sois os ruego,
que parecéis mujer grave.
CLARA. Si el discurso de mi vida
todo os tengo de contar,
temo que os he de enfadar,
porque es muy larga y perdida.
Pero porque la afición
que en veros cobré tan justa,
mi alma de haceros gusta
breve y triste relación,
que, pues tengo de ser vuestra
y teneros por amparo,
quiero que sepáis muy claro
mi desventura siniestra.
VENTUR. También yo de haberos visto
os he cobrado afición,
que apenas el corazón
de alborotado resisto.
No entendáis que a mala parte,
sino un secreto del cielo,
que su divino consuelo
por alma y cuerpo reparte.
CLARA. Igual es mi sentimiento,
y pues es igual la gloria,
yo os quiero contar mi historia.
VENTUR. Ya escucho.
CLARA. Estad atento.
En Milán, de nobles padres,
altamente fuí nacida;
mas nací tan desdichada,
que soy la misma desdicha.
Criéme con sus ejemplos
casta, honesta y recogida,
por ser pobre dedicada
a religiosa francisca.
Mas estos buenos deseos,
altas torres, sangre limpia,
guarda de padres y hermanos,
Argos de mi casta vida,
sigo el amor desde lejos,
porque una amorosa vista
de basilisco me mata
desde la parte que mira.
Sirvióme un mancebo hermoso,
lince de mi fe sencilla,
solicitando mi honra
con palabras y mentiras.
Pidióme, en fin, a mi padre.
Negóme, porque entendía

que no era igual a sus prendas
el que era igual a las mías.
Dióme a entender que, gozada,
mis padres consentirían,
de suerte que se rindió
mi inocencia a su malicia.
Gozóme y quedé preñada
de un hijo que un triste día,
por no querelle su padre,
dejé a la orilla de un río.
Porque el ingrato, sintiendo
con soberbia vengativa,
el desprecio de mis padres,
quiso vengarse en mi vida,
o porque todos los hombres,
que es su condición antigua,
aborrecen con enfado
lo que gozan con porfía.
Y más algunos traidores,
que lloran cuando codician
y ríen después que gozan
la fama de que nos privan.
Este fué de los que hacen
quimeras enternecidas
y rasgan obligaciones
por no reconocer firmas.
Casarse ha intentado el falso;
pero Dios, que le castiga,
mil casamientos estorba
por más que los solicita.
Dejé mi hijo, en efeto,
en razonables mantillas,
con una cintilla al cuello
y en ella algunas reliquias.
Volvíme a encubrir el parto,
y entonces...

VENTUR. Detente, amiga;
si debo dar este nombre
a quien de madre querría.
Sabe que, aunque así me ves,
que mando, gobierno y rijo,
soy un pobre labrador
usado a cavar las viñas.
Tuve por padre un villano,
en una pequeña villa.
Era Belardo su nombre
y el de su mujer, Belisa.
Contábame muchas veces,
cuando al campo con él iba,
que me halló junto a Milán,
de un río en la fresca orilla.
Las mantillas bien mostraban
mi nobleza y tu desdicha,
y estas reliquias al cuello,
si son éstas las reliquias.

CLARA. ¡Hijo! Que, sin duda, acierto,
aunque estoy en duda y calma,
porque lo que enseña el alma
es más que los ojos cierto.
¡Hijo! ¡Yo soy vuestra madre!
¡Dadme esos brazos! ¿Qué hacéis?

VENTUR. No quiero que me abracéis
si no (1) me enseñáis mi padre.
Que hasta verle es imposible
que de madre el nombre os dé.

CLARA. ¡Los brazos, hijo! ¡Por qué?

VENTUR. ¡Teneos! ¡No seáis terrible!
¿Mi madre os he de nombrar?
Porque no ha de ser mi madre
la que no me ha dado padre
que pueda padre llamar.

CLARA. Pues ¿cuándo mereceré
verme dese nombre honrada?

VENTUR. Cuando os vea [yo] casada
con quien os quebró la fe.
¡Bueno es que haya tenido
madre que me pueda honrar
y que me pueda afrentar
en que no tuvo marido!
Eso no; que [si] un villano
me crió bajo y silvestre, (2)
ya soy caballero ilustre
por el valor de mi mano.
Seis banderas he ganado,
con que tengo merecido
ser capitán, y lo he sido
en un ejército honrado.
Madre: si queréis ser madre,
dadme padre; si no, adiós;
que, aunque os quiero mucho a vos,
no quiero madre sin padre.
En verdad que vengo a honrarme,
ya que vuestro hijo soy,
y más ahora que estoy
en vísperas de casarme,
que en aquella casa vive
el dueño de mi lugar,
y ya en el mismo lugar
de su esposo me recibe.

CLARA. Hijo: tu padre es honrado
y, como tú, capitán,
que, con otros que lo están,

---

(1) En el texto: "si no que".
(2) Quizá deba leerse "palustre" o, en vez de "ilustre", sea otro calificativo.

queda ahora aprisionado.
Si quieres venir comigo,
yo le haré que te confiese
la verdad, aunque le pese.
VENTUR. Tendrá un hijo y (1) enemigo.
Mataréle, ¡vive Dios!,
aunque parezca maldad,
si me niega la verdad
y no se casa con vos.
Enseñadme vos cuál es
y volveos a aquella casa,
donde veréis lo que pasa
si no se echa a vuestros pies.
CLARA. Yo te diré dónde está,
que cuando éste me prendió
le vi llevar preso yo.
VENTUR. Creed que tardamos ya,
según la razón me esfuerza
y lo que el honor codicio.
¿Cómo es su nombre?
CLARA. Mauricio.
VENTUR. ¡Yo le sacaré por fuerza!

(*Vanse, y salen* LAMBERTO, MAURICIO *y* FIRMIANO.)

FIRMIANO. Soldado, esta es la casa
donde el rescate tendréis.
LAMBERTO. Ese quiero que me deis,
y no hallar (1) tu mano escasa.
Tú eres noble y me ha dolido
la desgracia de tu yerno,
por estar lloroso y tierno.
FIRMIANO. ¿No me muestro agradecido?
Perdí a Leonardo y perdí
un hijo y deudo en amor.
MAURICIO. Yo le lloraré mejor,
que vivo y morir le vi.
FIRMIANO. Ya, Mauricio, es acabado.
Tratemos de lo que importa.
LAMBERTO. Eso sí; la pena acorta,
pues ha muerto tan honrado.
Defendió patria y honor
como ilustre caballero.
FIRMIANO. Llamar y pagarte quiero.

(*Llaman, y salen* CLARICIO *y los demás soldados con sus arcabuces, y dice*:)

CLARICIO. ¿Quién llama? ¡Teneos, señor!
FIRMIANO. ¡Mirad que mi casa es!
LAMBERTO. Amigos son.
CLARICIO. ¡Oh, Lamberto!
LAMBERTO. ¿Qué es esto?
CLARICIO. Guardando un muerto
todo hoy estamos los tres.
LAMBERTO. ¿Púsoos aquí el Capitán?
CLARICIO. A ver llorar nos ha puesto,
cuando de la escuadra el resto
se ha enriquecido en Milán.
FIRMIANO. Amigos, yo soy aquí
dueño y padre; deste muerto
soy suegro.
CLARICIO. Créolo cierto;
mas hemos de estar así.
Aunque, según me parece,
el Capitán ha llegado.

(*Salen* VENTUROSO *y* CLARA.)

FIRMIANO. ¿Es éste?
MAURICIO. ¡Gentil soldado!
FIRMIANO. Todo respeto merece.
Vos seáis muy bien venido.
VENTUR. Vos bien hallado, Firmiano,
y podréisme dar la mano
de amigo atrás conocido.
FIRMIANO. Huelgo que me conozcáis
y que esta casa guardéis
por vuestra, pues la tendréis
mientras que en Milán estáis.
VENTUR. Traigo cierta pesadumbre
que tengo de averiguar
y habéisme de perdonar,
bien fuera de mi costumbre:
que con vos quisiera ser,
como es razón, cortesano.
FIRMIANO. Satisfacerme es en vano;
que merced me habéis de hacer.
VENTUR. ¡Ah, caballero!
MAURICIO. ¿Es a mí?
VENTUR. A vos digo. ¿No lo veis?
MAURICIO. ¿Qué es, señor, lo que queréis?
VENTUR. ¿Sois Mauricio?
MAURICIO. Señor, sí.
VENTUR. ¿Conocéis aquesta dama?
MAURICIO. Bien la conozco.
VENTUR. ¿Quién es?
MAURICIO. ¿Importa?
VENTUR. Impórtame, pues.
MAURICIO. Noble es, y Clara se llama.
VENTUR. ¿Es honrada juntamente
con la nobleza que tiene?
MAURICIO. Eslo porque con vos viene
y porque nació altamente.
VENTUR. ¿Sabéis que la sirvió un hombre?
MAURICIO. Sélo.

(1) En el texto: "un hijo y un".
(2) En el texto: "llamar".

VENTUR. ¿Y sabéis cuándo parió?
MAURICIO. También.
VENTUR. ¿Y en lo que paró?
MAURICIO. Eso, ni señal ni nombre.
VENTUR. Sí; pero desde aquel punto
¿sabéis que ha vivido honrada?
MAURICIO. Cuerda, honesta y recatada
y el valor del mundo junto.
VENTUR. ¿Podéis vos, ni otro ninguno,
decir falta, aunque pequeña,
de la honestidad que enseña?
MAURICIO. Ni yo, ni en Milán ninguno.
VENTUR. ¿Por qué la dejó aquel hombre,
que casarse prometió,
después que la deshonró?
Respondedme: no os asombre.
MAURICIO. No por falta que tuviese,
sino porque era muy pobre;
porque, aunque valor le sobre,
quiso que dote le diese.
VENTUR. Bien. Mas, cuando la engañó,
¿no sabía que lo era?
MAURICIO. Sí supo, mas no creyera
lo que después sucedió.
VENTUR. ¿Qué sucedió?
MAURICIO. Estar preñada.
VENTUR. ¿Y era falta conocida?
MAURICIO. Parece que ésta sabida,
ya no era casarse honrada.
VENTUR. Mentís cuanto a esa razón;
no cuanto a padre, villano;
y meté a la espada mano,
que os sacaré el corazón.
MAURICIO. Detente, hombre. ¿Qué quieres?
VENTUR. Que te cases con mi madre.
MAURICIO. Pues ¿cómo? ¿Soy yo tu padre?
VENTUR. Y honrado de ser quien eres.
Ya que me diste una madre
tan honrada, no permitas
que en el honor que me quitas
digan que me falta padre.
Hoy te casarás con ella
o hoy sé lo que he de hacer.
FIRMIANO. Mauricio, no puede ser
que ya dejéis de querella,
que sin esta obligación
que tenéis, y ser quien es,
es vuestro hijo.
MAURICIO. A sus pies
me humillo y pido perdón,
Clara, de mi desatino
a quien la venganza tienes,
si a vengar mis culpas vienes
con tan honrado padrino.
Que, aunque tan desobidiente
para hijo se ha mostrado,
la causa que yo le he dado
es disculpa suficiente.
CLARA. Mi bien, veinte años y más
me debes esta afición
y la grande obligación
en que para Dios estás.
Ves aquí tu hijo amado
y ves aquí tu mujer.
MAURICIO. Mejores no pueden ser
que ella casta y él soldado.
La mano te doy de esposo
delante de Firmiano.
CLARA. Y yo de esposa la mano.
VENTUR. Ahora soy Venturoso
y ahora os llamaré madre,
pues tan justa cosa es,
y me echaré a vuestros pies,
padre, pues ya sois mi padre.
MAURICIO. Yo por hijo te recibo
con las entrañas abiertas.
VENTUR. Soldados, dejad las puertas,
que ya de su guarda os privo,
porque esta casa es del dueño
del lugar donde nací,
y vuestro en serlo de mí,
y aun es servicio pequeño.
Que si méritos tuviera,
aunque de noble estoy cierto,
en lugar del yerno muerto
su esclavo y su yerno fuera.
FIRMIANO. Si eso quieres, Venturoso,
en su lugar te recibo,
teniendo el bien excesivo
tener yerno tan famoso.
VENTUR. Señor, por merced tan alta
quiero echarme a vuestros pies,
que a bien que tan alto es
la lengua enmudece y falta.
Esa fué mi pretensión
y mis viejos pensamientos.
FIRMIANO. Hoy se hacen dos casamientos
que bien diferentes son:
hijo y padre, como veis,
y yo, aunque suegro, padrino.

(*Sale* ARCELIO *con* BELARDO *y* BELISA.)

ARCELIO. Andad, pues.
BELARDO. Harto camino
y poco interés tendréis.

BELISA. Aquí vive un caballero,
señor de nuestro lugar,
que nos podrá rescatar.
ARCELIO. Decid: ¿dónde está el dinero?
BELARDO. ¿No es aquél nuestro soldado?
BELISA. Mi Venturoso es aquél.
BELARDO. ¡Señor!
BELISA. Abrázate dél.
VENTUR. ¡Oh, mi padre! ¡Oh, padre honrado!
Estos, padres, son los padres
que me criaron.
BELISA. ¡Ay, Dios!
¿Quién son tus padres?
VENTUR. Los dos.
BELISA. Luego ya tenéis dos madres.
VENTUR. Por las reliquias que ves
y los casos sucedidos
hoy los tengo conocidos;
el cómo sabréis después.
¿Dónde vais?
BELISA. Presos vamos.
VENTUR. Arcelio, ¿es tu prisionera?
ARCELIO. Mas ya no es razón que quiera
rescate.
BELISA. Libre quedamos.
FIRMIANO. En suceso tan dichoso
tan dichoso fin faltaba.
Aquí, senado, se acaba
la historia de VENTUROSO.

AQUÍ DA FIN LA COMEDIA DEL HIJO VENTUROSO

COMEDIA FAMOSA

DE LA INFANTA DESESPERADA

POR

LOPE DE VEGA

EL REY CASTOREO.	LAVINIA, *infanta, su hija.*	CASTALIO.	*Dos o tres* SENADORES.
EL PRÍNCIPE DORISTÁN, *su hijo.*	CELESTIO, *escudero.*	NEMOROSO, *pastores.*	UN ALGUACIL.
NICEDIO, *capitanes.*	DUQUE LANDINO.	CORIDÓN, *pastores.*	UN CIUDADANO.
LUCINIO, *capitanes.*	LAERCIO, *conde.*	BELARDO, *pastores.*	UN RELATOR.
ERÁFILO.	CLEANTO, *criado.*	BELISA, *pastora.*	DOS PRESOS.
FENAMOR, *rey de Arabia.*	DOS CRIADOS.	FELISARDA, *dama.*	UNA MUJER, *presa.*
	CLORINDA, *dama.*	LAVIDORO, *niño.*	

JORNADA PRIMERA

(Salen el REY CASTOREO *y* NICEDIO, LUCINIO *y* ERÁFILO, *capitanes, y gente de acompañamiento.)*

REY. Agrádame por extremo
del campo el asiento y traza.
NICEDIO. Hay poca plaza.
REY. Eso temo;
mas no quedará por plaza
si el monte descubro y quemo.
LUCINIO. Si se descubre este monte,
no hay en todo este horizonte
mejor asiento y campaña.
REY. ¿Qué río estas sierras baña?
NICEDIO. El famoso Licaonte.
REY. ¿Es ésta mi tienda?
LUCINIO. Aquí,
por más segura, se planta.
REY. ¿Qué hay de espías?
ERÁFILO. Yo lo fuí.
REY. ¿Llega mi enemigo?
ERÁFILO. Espanta
el arrogancia que vi.
Detrás deste monte tiene
puesto su campo.
REY. Conviene
saber su designio bien.
ERÁFILO. Presumí dellos también
que a darnos batalla viene.
REY. ¡Ya se atreviese el cobarde!
LUCINIO. Yo te digo que es tan loco,
que poco en hacello tarde.
REY. Su arrogancia tengo en poco.
¿Qué viste más?
ERÁFILO. Vi su alarde.
REY. ¿Qué gente trae de batalla?
¿Quién en su campo se halla?
ERÁFILO. Tres mil caballos conté,
y seis mil hombres de a pie
de pavés, espada y malla.
Traerá bien dos mil camellos,
sin los carros y bagaje.
REY. Rica presa haréis en ellos
el día que el cielo baje
a vuestras plantas sus cuellos.
Hágase cuerpo de guarda,
que me aflige un poco el sueño.

(Vase el REY.)

NICEDIO. La cena y cama te aguarda.
LUCINIO. Tengan esas armas dueño,
soldados.
NICEDIO. ¡Ah, de la guarda!
¿En qué podremos pasar
aqueste rato?
LUCINIO. En jugar.
ERÁFILO. No, no; de damas hablemos.
LUCINIO. Son dos viciosos extremos.
ERÁFILO. Buen medio es no las usar.
Al que no juega ni ama
cuéntale por piedra o nieve.
LUCINIO. ¿Tenemos alguna dama?
ERÁFILO. ¿Cómo es una? Más de nueve.
LUCINIO. ¿Qué gente?
ERÁFILO. Es ropa de fama.
Hoy llegó una forastera
que tañe y canta, y pudiera
ser del Príncipe mujer.
NICEDIO. ¡Brava cosa!

LUCINIO. Para ver.
NICEDIO. ¿Cómo se llama?
ERÁFILO. Glicera.
LUCINIO. Ya debe de tener cúyo.
ERÁFILO. A no estar acomodada
ya yo fuera dueño suyo.
NICEDIO. Eso de dueño me agrada:
todo quieres que sea tuyo.
LUCINIO. ¿Es bizarra?
ERÁFILO. Grandes galas.
NICEDIO. Pues, por Dios, que no son malas
la Sinarda y Doriclea.
LUCINIO. La una es vieja y la otra fea.
ERÁFILO. Si las quiere, alabarálas.
NICEDIO. Tú debes de ser en esto
de gran voto y eleción.
LUCINIO. Siempre el pensamiento he puesto
en la mejor ocasión,
que suelo preciarme desto.
NICEDIO. Servirás reinas de Troya,
que es la grandeza en que apoya
tu entendimiento su gala.
LUCINIO. ¿Era Clarinda muy mala?
NICEDIO. ¡Por Apolo, linda joya!
ERÁFILO. Por lo que de reina dices
bien será que la belleza
de otra reina solemnices,
en quien la naturaleza
puso divinos matices;
en quien se extremó de forma
que, según la fama informa,
y los retratos hoy vemos,
Circe en Arabia tenemos
que hechiza, mata y transforma.
NICEDIO. ¿Quién es?
ERÁFILO. Lavinia divina,
hija del rey Fenamor,
nuestro contrario.
LUCINIO. Esa es dina
de eterna fama y loor,
por su beldad peregrina;
ésa es la mujer más bella
que ha visto el cielo, que della
puede testimonio hacer
de su infinito poder.
NICEDIO. Muere el Príncipe por ella.
LUCINIO. Pues ¿hala visto?
NICEDIO. En retrato.
El sale.

(*Sale el* PRÍNCIPE DORISTÁN.)

PRÍNCIPE. Pues, caballeros,
¿no jugaremos un rato?
LUCINIO. Rebozos hay forasteros;
juéguese y dése barato.
PRÍNCIPE. ¿De qué se hablaba?
NICEDIO. De damas.
PRÍNCIPE. De damas, armas y juego.
NICEDIO. Eso es guerra.
PRÍNCIPE. Bien la llama:
todo es furor, todo es fuego.
LUCINIO. Y mucho mayor si amas.
PRÍNCIPE. Sí amo, y pluguiera a Apolo
que fuera mi daño sólo
amar.
NICEDIO. ¿Luego es más terrible?
PRÍNCIPE. Amo, amigos, lo imposible,
y lo mejor deste polo.
Amo mi propia enemiga;
¿puede haber más mal que os diga?
Amo a Lavinia por fama.
NICEDIO. Ella es tan hermosa dama
que al más enemigo obliga.
Pero un retrato no más
¿te tiene ya desa suerte?
PRÍNCIPE. Aquí, Nicedio, verás
la extrañeza de mi muerte.
NICEDIO. ¿Que muerto, en efecto, estás?
PRÍNCIPE. Apártate aquí, conmigo.
LUCINIO. Si éste no fuera enemigo
de nuestro Rey, fácil fuera
que la gozara y tuviera...
ERÁFILO. ¿Como a mujer?
LUCINIO. Eso digo;
y aun tengo en el pensamiento
que han de parar estas guerras
en aqueste casamiento,
y volver a nuestras tierras
llenos de paz y contento.
ERÁFILO. Deseo colgar la espada
y de la sangre manchada
hasta guarnición y pomo...
LUCINIO. De mejor gana la tomo
que la más limpia y dorada.

(NICEDIO, *algo apartado con el* PRÍNCIPE DORISTÁN.)

NICEDIO. Si vas con tanto secreto
en casa de tu enemigo,
tu deseo tendrá efeto.
PRÍNCIPE. A cualquier daño me obligo.
NICEDIO. De acompañarte prometo.
PRÍNCIPE. Ella no sabrá quien soy
si sólo contigo voy,
con otros vestidos varios.
NICEDIO. En ser los padres contrarios
confuso, Príncipe, estoy;

mas si tú mueres por ella,
siendo su enemigo, ¿es mucho
que haga lo mismo ella?

PRÍNCIPE. Como a oráculo te escucho,
de aquel Dios que adoro en ella.
Nicedio, yo muero.

NICEDIO. Basta.
En balde el tiempo se gasta:
disfrázate y caminemos.

PRÍNCIPE. ¿Cómo del campo saldremos?

NICEDIO. Con dos caballos de casta.

PRÍNCIPE. Di que me quieres llevar
a ver alguna mujer,
para que nos den lugar.

NICEDIO. Ya comienza a anochecer.

PRÍNCIPE. Bien podemos caminar.

(*Habla* NICEDIO *con los otros.*)

NICEDIO. El Príncipe, caballeros,
quiere ver a cierta dama:
bien podéis entreteneros.

LUCINIO. Muestre en esto si nos ama
y estima nuestros aceros,
que acompañarle queremos.

PRÍNCIPE. Solos me importa que andemos;
vuestra voluntad estimo.

ERÁFILO. Sólo a servirte me animo.

LUCINIO. Si sale el Rey, ¿qué diremos?

PRÍNCIPE. Que he visto el campo le di,
y que le asiento también.

LUCINIO. Haráse, señor, así.

PRÍNCIPE. ¿Sabes el camino bien?

NICEDIO. Calla y sigue.

PRÍNCIPE. Voy tras ti.

(*Vanse el* PRÍNCIPE *y* NICEDIO.)

ERÁFILO. Sin duda que tuvo aviso
de la dama forastera
y que adelantarse quiso.

LUCINIO. Yo sé que tiene Glicera
a estas horas su Narciso.

ERÁFILO. Que no habrá puerta cerrada
para un Rey cuando le agrada
seguir su gusto y deseo.

LUCINIO. ¿Qué haremos?

ERÁFILO. Jugar deseo,
si hay gresca y tabla parada.

(*Dicen dentro*: "Más a trece", *y responde otro.*)

LUCINIO. Aquí suena un "Más a trece".

ERÁFILO. ¡Vive Dios, que dijo azar!

LUCINIO. Eso de azar me entristece.

ERÁFILO. Entra y tomemos lugar,
porque buen juego se ofrece.

(*Vanse, y sale* LAVINIA, *infanta, y con ella* CELESTIO, *escudero.*)

LAVINIA. ¿Hay nuevas del Rey?

CELESTIO. Hoy vino
de su campo un mensajero.

LAVINIA. ¿Con cartas, o aventurero?

CELESTIO. Extranjero y peregrino;
pero había estado en él
y buenas nuevas nos dió.

LAVINIA. ¿Cómo dice que quedó
mi padre?

CELESTIO. No habló con él,
que era hombre de poca suerte;
pero del campo contaba
de la suerte que trazaba
el Rey su máquina y fuerte.
Al fin, están fronte a fronte.

LAVINIA. ¡Dios le dé ventura!

CELESTIO. Amén;
que también tengo allá.

LAVINIA. ¿Quién?

CELESTIO. Mi sobrino Lucaronte,
que es un valiente soldado,
matadorcillo y galán.

LAVINIA. ¿Y qué ventajas le dan?

CELESTIO. Una bandera le han dado.

LAVINIA. ¿Qué? ¿Es alférez?

CELESTIO. No.

LAVINIA. ¿Pues qué?

CELESTIO. Quien las hace.

LAVINIA. ¿Cómo? ¿Es sastre?

CELESTIO. Ese ha sido su desastre;
que sastre primero fué.
Mucho a todos sobrepuja.

LAVINIA. Tiene muy buena esperanza.

CELESTIO. Si él fuera tan buena lanza,
por mi fe, que es linda aguja,
hiciera entre mil naciones
de sus hazañas testigos
si así matara enemigos
como pespunta jubones.

LAVINIA. Mirad qué ruído es ése.

CELESTIO. El duque Landino es.

(*Sale* LANDINO, *duque.*)

LANDINO. Dame, señora, tus pies.

CELESTIO. ¡Que ha de entrar, aunque me pese!

LAVINIA. Seáis, Duque, bien venido.

LANDINO. Salíos allá, portero,
que hablar a la infanta quiero,

a quien este lugar pido;
que es negocio de importancia.

LAVINIA. ¿Hay nuevas, Duque, del Rey?

LANDINO. No hay sino la dura ley
de tu desdén y arrogancia.
Perdóname que te diga
tan libremente mi mal,
que el verme, ¡oh, cruel mortal!,
a mayor pena me obliga.
¿Cuándo tendrá algún sosiego
este corazón confuso,
que tiene perdido el uso
de apurado en tanto fuego?
¡Ay, que ya no eres mujer,
sino piedra sin sentido!

LAVINIA Duque, el ser tan atrevido
causa debe de tener;
y aunque es la primera estar
mi padre ausente, yo creo
que ha dado a tu mal deseo
tu infame interés lugar.
¿Estas guardas me ha dejado
el Rey en su casa?

LANDINO. Espera;
no trates desa manera
a un hombre desesperado.
¿Qué piensas hacer de mí?
¿Tienes por mejor agüero
ser vida de un extranjero
que del alma que te di?
¿Quieres más que te aborrezca?

LAVINIA. Más lo quiero. Vete.

LANDINO. Escucha;
que aunque esa razón es mucha,
no es bien que tal te parezca.

LAVINIA. ¿Qué premio piensas sacar
desa locura?

LANDINO. Ser tuya.

LAVINIA. Dese tu engaño se arguya
que quieres sin premio amar.

LANDINO. ¿Sin premio? Este mismo amor,
¿no es el premio de tenelle?

LAVINIA. Mejor te fuera perdelle
y volver por tu valor;
que es vergüenza que esté el Rey
en la guerra y tú en la corte,
y que en mí tu espada corte
como, al fin, de mala ley.
Cuando otros dicen blasones
de "matar, vencí, rompí",
¿vienes tú a matarme a mí
con mujeriles razones?
Cuando el que varón se llama,
la espada, de sangre, alimpia,
en tu vaina está más limpia
que de tus hechos tu fama.
¿Qué es esto, Duque cobarde?
Duque cobarde, ¿qué es esto?

LANDINO. La vergüenza que me has puesto
el pecho me abrasa y arde.
Y aunque de mi natural
me llama la inclinación
a que deje esta pasión,
glorioso fin de mi mal,
yo estoy tal, que es imposible
dejar de seguir mi intento,
aunque esté tu pensamiento
como una roca invencible.
Mátame de aborrecido;
deshónrame de cobarde;
que ya no hay mal que no aguarde
el mucho bien que he perdido.
Esta es mi resolución.

LAVINIA. ¿En aqueso te resuelves?
¿Ya que por tu honor no vuelves,
no vuelves por tu razón?

LANDINO. ¿Qué razón, si estoy sin ella?

LAVINIA. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

LANDINO. Pregúntate a ti por mí.

CELESTIO. ¿Licencia? Entraré por ella.

LANDINO. El amor no guarda ley;
sus leyes son desatinos.

CELESTIO. Aquí están dos peregrinos
que traen nuevas del Rey.

LAVINIA. Diles que entren.

LANDINO. Siempre aquéste
ha de ser mi perdición;
pues seguiré mi intención
aunque la vida me cueste.

LAVINIA. Salíos, Duque, de ahí.

LANDINO. Desesperado y corrido,
pero nunca arrepentido
del cielo que pretendí.

(*Vase. Salen en hábito de peregrinos el* PRÍNCIPE DORISTÁN *y* NICEDIO.)

PRÍNCIPE. Denos tu alteza los pies.

LAVINIA. Levantaos.

PRÍNCIPE. (¡Qué gran belleza!)
¡Oh, Reina, cuya grandeza
de Dios testimonio es!
Tiemblo en verte; tiemblo yo
como villano que ha sido,
a grande ciudad traído
del aldea do nació.
En fin, de manera estoy

encogido y temeroso,
que ni a ti mirarte oso
ni pensar en lo que fuí.

LAVINIA. Levántate.

PRÍNCIPE. No lo mandes,
que mejor está en el suelo
quien ve en el suelo del cielo
esos milagros tan grandes.

LAVINIA. ¡Ea, pues!

PRÍNCIPE. ¿Cómo ha de ser,
que estoy temeroso, tanto,
que si de aquí me levanto
temo volver a caer?

LAVINIA. ¿Tan turbado estás?

PRÍNCIPE. El hombre
que te mira de otra suerte,
o no sabe conocerte
o no tiene más del nombre.
Levántome, aunque a tus ojos
dentro del alma me humillo;
y si me atrevo a decillo,
ésa te doy por despojos;
que a lo que parece cielo
el alma se le ha de dar,
que el cuerpo aparte ha de estar
entre las cosas del suelo.

LAVINIA. (No es muy necio el peregrino.)
¿De dónde eres?

PRÍNCIPE. De aquí soy,
que es el centro adonde voy
y a la esfera que camino.
Pero, por naturaleza,
soy Felicio, y tu contrario,
arrojado del mar vario
al puerto de tu grandeza.
Sola esta ropa escapé,
como del cuerpo mortaja,
y las joyas de esta caja
que a tu beldad consagré,

(*Dale una caja.*)

que son las piedras más finas
que ha visto el sol en Oriente,
aunque del tuyo, excelente,
se hallarán pobres, indinas;
y así te suplico y pido
te sirvas del dueño y dellas.

LAVINIA. ¡Por mi vida, que son bellas!

PRÍNCIPE. Hasta agora no lo han sido.
Ya que esas manos las tocan,
valor inmenso tendrán,
aunque en el lugar que están
su valor y precio apocan.

LAVINIA. Pues ¿quién te dijo de mí?

PRÍNCIPE. No solamente la fama
que tus virtudes derrama
en la tierra que nací;
pero del rey Castoreo,
que es de tu padre enemigo,
Doristán, su hijo y mi amigo,
comunicó su deseo.

LAVINIA. ¿El príncipe Doristán
tiene deseo de mí?

PRÍNCIPE. Cuasi a la muerte le vi
de la vida que le dan.
El me dijo, Infanta bella,
vuestra divina beldad,
y con la riguridad
que está muriendo por ella.
El me dijo que no había
tal hermosura en la tierra,
él hizo a mis ojos guerra
y ceniza el alma mía.
El me abrasó y me cegó;
que, pagado de mi trato,
vuestro divino retrato
una tarde me enseñó;
con el cual tan tiernamente
lloraba y se enternecía,
que así las piedras movía
como el pecho de la gente.
Maldecía su ventura
diciendo que más quisiera
que nacido al mundo hubiera
de sangre baja y escura,
que no de padre enemigo
del tuyo; pues siendo así,
es fuerza perderte a ti.

LAVINIA. ¿Que eso dice?

PRÍNCIPE. Aquesto digo.

LAVINIA. Pues, siendo enemiga suya,
¿me quiere bien?

PRÍNCIPE. Que te adora.
Tuya es su vida, señora,
y toda su alma es tuya.
¿Qué importa la enemistad
que los padres descomponen,
cuando bien los cielos ponen
en los hijos voluntad?
Que tú no aborrecerás
a quien tu padre aborrezca;
si es hombre que lo merezca,
antes suele amarse más.

LAVINIA. Yo ¿por qué he de aborrecer
a Doristán?

PRÍNCIPE. No era justo,

pues no te ha dado disgusto;
antes le debes querer,
que amor con amor conviene;
fuera de ser Doristán
el mancebo más galán
que todo el Arabia tiene;
y, si quieres, bien podré
mostrarte un retrato suyo.

LAVINIA. Cuanto más el daño huyo,
más adentro pongo el pie.
Mil veces a Doristán,
para curar mi acidente,
oigo alabar de valiente,
de gentil hombre y galán.
Dondequiera tratan dél,
dondequiera le encarecen:
agüeros son que parecen
que me han de matar con él.
Y agora, que descuidada
estaba con esta guerra,
viene aquéste de su tierra
a verme necia y turbada.
¿Si veré aqueste retrato
deste mi bello enemigo?
Quiérolo pensar comigo
y responder de aquí un rato.
Pediré consejo a quien
sepa bien aconsejarme,
que no es bien determinarme
hasta ver si me está bien.
¡Qué fácil me ha divertido
su retórica, pues ya
olvidado se me ha
lo primero a que ha venido!
Pero tiempo habrá después
para que sepa las nuevas
de mi padre.

PRÍNCIPE. Amor, hoy pruebas
que eres dios, si amor lo es.
Dame tu favor aquí.

LAVINIA. Peregrino, de aquí a un rato
me traerás ese retrato.

PRÍNCIPE. ¿Dices del Príncipe?

LAVINIA. Sí;
que tengo que hacer un poco
y quiérole ver despacio.

PRÍNCIPE. Pues yo volveré a palacio
si no es que me vuelvo loco.
¿Y aquestas joyas?

LAVINIA. También.

(*Vase la infanta* LAVINIA.)

PRÍNCIPE. ¿Qué te parece, Nicedio?

NICEDIO. Que aseguran tu remedio
las esperanzas del bien.

PRÍNCIPE. Ella escuchó, finalmente,
y mujer que escucha bien,
o por vencida la den
o es de piedra que no siente.
Fuera desto, confesó
que le agrada Doristán.

NICEDIO. Bien te pintaste galán.

PRÍNCIPE. Galán del alma soy yo.

NICEDIO. ¿Qué retrato has de enseñalle?

PRÍNCIPE. El proprio.

NICEDIO. ¿Luego pretendes
descubrirte?

PRÍNCIPE. Bien lo entiendes.
El alma puedo fialle,
que yo sé que está la suya
en el punto que ha de estar.

NICEDIO. Con todo, has de asegurar
la que es mujer, y no tuya.
Mira que podrá trocarse
con la vista de la fama.

PRÍNCIPE. La mujer noble, si ama,
es imposible trocarse.

NICEDIO. Con todo, es bien asegures
que no es bien fiarte della.

PRÍNCIPE. Déjame tú amalla y vella,
lo demás no lo procures.
Que aún la justicia no mató (1)
al hombre que se presenta,
porque pone a buena cuenta
en la humildad que le rescató (2).
Y así yo, no confiado,
pero con buena razón,
pienso alcanzar mi perdón
como preso presentado.

NICEDIO. Plega a Júpiter que sea
para tu bien.

PRÍNCIPE. ¿Qué más mal
que verme de amor mortal
y qué más bien que la vea?
Sucédame mal o bien,
ninguna cosa me espanta.

(*Salen el* DUQUE LANDINO *y* CELESTIO.)

DUQUE. ¿Joyas compra aún la Infanta?

(1) Sobra el "la".
(2) Así en el original, pero sobran dos sílabas. Probablemente el pasaje se escribiría así:

Que aun la justicia no mata
al hombre que se presenta,
porque pone a buena cuenta
la humildad que le rescata.

NICEDIO. (Este la sirve también.
PRÍNCIPE. ¿Es éste el duque Landino?
NICEDIO. Y no mal competidor.)
DUQUE. ¿Son las joyas?
PRÍNCIPE. Sí, señor.
DUQUE. Mercader y peregrino.
PRÍNCIPE. Presto me diréis que soy
peregrino mercader.
DUQUE. ¡Por mi vida, que hay que ver...!
Extremo, a fe de quien soy!
¡Bravas piedras!
PRÍNCIPE. De gran precio.
DUQUE. ¿Agradan mucho a la Infanta?
PRÍNCIPE. De su grandeza se espanta.
DUQUE. Dénselas.
NICEDIO. ¿Qué?
CELESTIO. Sois un necio.
Mostrad acá, majadero.
¿No veis que es el Duque?
PRÍNCIPE. Advierta
su señoría que es cierta
cantidad.
DUQUE. Basta: yo quiero
presentallas a la Infanta.
Llevaldas, Celestio.
CELESTIO. Voy.
Si no me da albricias hoy,
no hay que esperar.

(*Vase.*)

DUQUE. Decid que...
PRÍNCIPE. Valen treinta mil coronas.
DUQUE. Id esta noche por ellas.
PRÍNCIPE. Si has de ornar manos tan bellas,
tu mismo amor galardona.
A la Infanta he de decir
esta liberalidad,
que engendrará voluntad
tal pagar a tal decir.
DUQUE. Haréisme en eso placer,
porque deseo agradalla.
PRÍNCIPE. (Yo rabio de celos.
NICEDIO. Calla.
PRÍNCIPE. Callaré a más no poder.)—
Con tan gallardo presente,
¿qué pecho no conquistaras?
DUQUE. A unas manos tan avaras
en las mías otro oriente.
PRÍNCIPE. ¿Qué? Luego ¿trátate mal?
DUQUE. Por extremo me aborrece;
y tanto en desdenes crece,
que estoy de olvido mortal.
PRÍNCIPE. Agora digo que son
las joyas bien empleadas.
DUQUE. ¿Qué dices?
PRÍNCIPE. Que bien pagadas
esas penas, glorias son.
DUQUE. ¿Cómo en hábito tan pobre
tal riqueza habéis traído?
PRÍNCIPE. Para que aqueste vestido
más que armas y guardas obre.
Que ¿quién tan pobre me viera
que quien soy imaginara?
¿Qué ladrón me salteara
por más villano que fuera?
DUQUE. Ahora bien; id en buen hora,
y a la noche me hablaréis.
PRÍNCIPE. Ruego a Apolo que ablandéis
el pecho desa señora,
que aunque es Reina, el interés
los mismos reyes obliga.

(*Vanse.*)

DUQUE. Oblígueme la fatiga,
que interés del alma es.
¡Oh, cómo estará contenta
desta liberalidad,
si pone su voluntad
aqueste cargo a mi cuenta!

(*Sale* CELESTIO *con la caja y un cordel dentro.*)

CELESTIO. Basta, que de aquestas ferias
sólo el trabajo he medrado.
DUQUE. Amigo.
CELESTIO. Vengo enojado
con la Infanta y sus miserias.
DUQUE. ¿Que, en efeto, no os dió nada?
CELESTIO. Dijo que ella había comprado
las joyas que le habías dado,
muy corrida y enojada,
y que ha mandado pagar
al mercader el dinero.
DUQUE. ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Qué espero?
Espero desesperar.
¡Que aun no quiere que la obligue!
CELESTIO. ¡Por mi fe, buen lance eché!
DUQUE. ¿Cuál dios airado enojé?
¿Cuál estrella me persigue?
¿Qué sinrazones son éstas?
CELESTIO. La caja me dió que os diese;
para que no se anduviese
en demandas ni respuestas.
DUQUE. ¿Cómo la caja? Mostrad.
¿Vienen las joyas aquí?
CELESTIO. Una dueña salió allí,

que es necia de autoridad,
y me dijo lo que os dije.

DUQUE. ¿Qué es esto?

CELESTIO. Una soga es.
Por Dios bendito, no estés
dudando el mal que te aflige.
¿Qué la miras?

DUQUE. ¡Vive Apolo,
que el hombre que en mujer fía
y en este engaño porfía,
merece este premio solo!
¿Es éste, Lavinia, el puerto,
en mar de tanta esperanza,
tras tanta desconfianza
y de peligro tan cierto?
Muerto me has como a villano.
¡Raro ejemplo de crueldad!
Bastaba la voluntad,
que yo pusiera la mano.
Mas pues las tuyas tan bellas
son verdugos de mi vida,
yo la doy por bien perdida
y quiero morir en ellas.

(*Pónese la soga.*)

Moriré...

CELESTIO. Teneos; ¿qué hacéis?
¿Estáis en vos?

DUQUE. Nunca en menos.

CELESTIO. ¿Y mueren los hombres buenos
como vos morir queréis?
Soltad, que sois un rapaz;
que el honrado caballero
muere en guerra con acero
y no con soga en la paz.
Si habéis gana de morir
y estáis de cólera ciego,
id al ejército luego,
donde mueren por vivir.
¡Esta sí que es buena muerte,
digna de alabanza y honra!

DUQUE. Algún dios de mi deshonra
y de su piedad me advierte
¡vive Dios!, de irme a la guerra
y no volver hasta tanto
que este amor reciba espanto
de verme abrasar la tierra.
Y le hago juramento
de aqueste cordel traer
sobre las armas, y hacer
dél a mi gola ornamento;
y de no me le quitar
del cuello hasta el mismo día
que se vea el alma mía
vengada deste pesar.
Quédate, Celestio, adiós.

(*Vase.*)

CELESTIO. Con extraño rigor parte.
Reñido estaba con Marte;
hoy hacen paces los dos.

(*Sale el* PRÍNCIPE DORISTÁN *y* NICEDIO *en hábitos de peregrinos.*)

PRÍNCIPE.

Ya vengo, en lo que ves, determinado;
no persuadas a aquel que no te pide
consejo en bien ni mal.

NICEDIO.

¡Quieran los dioses
que te suceda como yo deseo!

PRÍNCIPE.

Amigo, dile si hay lugar agora
que negociar podamos con su alteza,
que le traigo el retrato que hoy pedía;
y si fuera posible, salga sola,
que me importa enseñarle con secreto.

CELESTIO.

Yo sé que dello se holgará la Infanta;
y quiero daros unas buenas nuevas:
que aquellas joyas que compraba el Duque,
dijo que ella las había comprado
y que ha mandado daros el dinero.

PRÍNCIPE.

Son tales nuevas que te doy de albricias
esta cadena de oro y este anillo.

(*Dale una cadena y un anillo.*)

CELESTIO.

¿Búrlaste?

PRÍNCIPE.

Siempre te hagan estas burlas.

CELESTIO.

¡Vivas más años que el famoso Néstor!
Peregrino del cielo, rey del mundo,
tendré de ti memoria eternamente;
y voy a dar aviso de quién eres,
y cómo estás aquí.

NICEDIO.

¡Bravo elemento
es este que en el mundo llaman oro!

Va sin juicio de contento el viejo.
Pues ¿cómo has de enseñalle ese retrato?

PRÍNCIPE.

Detrás del antepuerta desta cuadra
quiero esconderme, y, cuando salga, puedes
hacer lo que te digo.

NICEDIO.

Entre, y el cielo
prospere y haga tu suceso en todo.—
Notable atrevimiento es el del Príncipe,
que así de su enemiga se confía;
mas ¡oh, fuerza de amor! ¿quién te resiste?

(*Sale* LAVINIA.)

LAVINIA.

Determinada vengo a ver mi muerte;
porque con quien se aconsejó mi alma
eran todos amigos de su gusto.
Mas ¿por qué he de temer ni estar medrosa
de una pintura muda solamente,
habiendo yo vencido a los que hablan
con más peligro y con mayores fuerzas?

NICEDIO.

Hermosa reina de la hermosura;
ejemplo raro del poder del cielo;
mientras que aquel [tu] esclavo y dueño mío
quedaba acomodando ciertas joyas,
el retrato me dió que te trujese
de Doristán, el Príncipe fenicio.
Si le gustas de ver, aquí le tengo.

LAVINIA.

Holgábame en el alma de escuchalle,
que gustaba de oírle; y así quiero
que me lo traigas esta misma noche.

NICEDIO.

A tal merced satisfará mi dueño,
que en su igualdad compite con mil príncipes;
que yo con obras no podré pagalla.

LAVINIA.

Veamos el retrato dese Príncipe,
que le deseo ver notablemente.

NICEDIO.

(*Alza la antepuerta.*)

Este es, señora, pues de verle gustas,
de Doristán el natural retrato,
y el que sacarse más propio se pudo.
Aqueste es tu enemigo, y es el hombre
que más amor te tiene en esta vida.
Este por ti la perderá mil veces.

LAVINIA.

¡Santos cielos! ¿Qué engaño ha sido aquéste!
¡Traidor! ¿Qué es esto? ¿Cómo me engañaste?
¿Cómo este hombre en mi casa me has metido?

NICEDIO.

Que no es hombre, señora, que es de piedra.

LAVINIA.

¿De piedra? Pues mayor es su delito.
Que si él por mí su vida aventurara,
debiérale yo estar agradecida.

NICEDIO.

Pues ya no es piedra, que en verdad que es [hombre.

PRÍNCIPE.

Hombre, señora, soy, aunque hombre piedra.
Yo soy, Lavinia hermosa, tu enemigo;
yo soy hijo del hombre que os persigue.
Matóme, por tu fama, tu hermosura,
y aventuré la vida para verte,
que agora tienes en tus propias manos,
dichoso cuando en ellas se perdiese.

LAVINIA.

Estoy de suerte que aun apenas puede
formar palabras mi turbada lengua.
¿Es posible que ansina te atreviste
y que tu vida aventurar osaste?
O tu fe la mayor del mundo ha sido,
o me tuviste por mujer liviana.

PRÍNCIPE.

Mi fe ha vencido a la mayor del mundo.
Si esto, Lavinia, fué tenerte en poco,
los dioses, con un rayo, me deshagan.
Mi vida es tuya, como lo es el alma:
dispón de entrambas a tu gusto, y muera
el que se atreve al cielo de tus ojos,
que no el que, siendo tu enemigo, viene
a morir a unas manos tan hermosas.

LAVINIA.

Doristán, ya que el cielo y mi ventura,
por casos tan extraños, te han traído
adonde vean estos ojos míos
por ventura el mayor de sus deseos,
confieso que tu fama fué tu vista,
y tu vista mayor que fué tu fama.
Ya estás aquí, y aqueste atrevimiento
con otro igual merece ser pagado,

y pago yo con obras, porque creo
que aquí pueden dañarnos las palabras.
Entra conmigo; aquí está una torre
donde podrás estar con más secreto
hasta que las tinieblas de la noche
a tu campo te lleven más seguro,
y me dirás despacio lo que el cielo
quiera que sea para bien de todos.

PRÍNCIPE.

Dadme estas manos bellas.

LAVINIA.

Entra y calla;
que te importa la vida no seas visto.

PRÍNCIPE.

¿Qué me dices, Nicedio?

NICEDIO.

Que voy loco.

PRÍNCIPE.

¡Oh, amor, que nunca mucho costó poco!

(*Vanse.*)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen el* CONDE LAERCIO *y el* DUQUE LANDINO.)

LAERCIO. ¿Qué? ¿Habéis dejado la Corte?
DUQUE. Conde, la guerra me agrada
por lo que a mi honor importe,
que quiero ya que mi espada
no en mantos, en armas corte.
LAERCIO. Otra vez quiero abrazaros.
DUQUE. Son los mayores reparos
de la tristeza que tengo.
LAERCIO. ¿Cómo venís?
DUQUE. Bueno vengo.
LAERCIO. ¿Qué nuevas?
DUQUE. Mil podré daros.
LAERCIO. Holgado se ha el Rey con vos.
DUQUE. Debo estarle agradecido.
LAERCIO. Aquí para entre los dos,
¿qué negocio os ha traído?
DUQUE. Ninguno, Conde, por Dios;
que yo, de mi voluntad,
he dejado la ciudad,
y vengo a servir al Rey,
ya que no por justa ley,
por el deudo y amistad.
Que no es razón que le aguarde
haciendo, de sus mujeres
galán, sólo infame alarde.
LAERCIO. En ninguno invidia (1) quieres,
Duque, parecer cobarde.
Vienes a buena ocasión,
que el enemigo escuadrón
del campo tan cerca está,
que en él escuchamos ya
de sus trompetas el son.
Apenas en este yermo
tengo comida segura
ni noche segura duermo.
DUQUE. Eso será, por ventura,
que estás de amores enfermo.
LAERCIO. Ya se pasó la memoria
de aquella mi antigua historia.
Pero ¿qué dice esa dama?
¿Hale tocado mi fama
a modo de vanagloria?
DUQUE. Cuidadosa está de ti;
pregunta a quien viene y va,
y después que estás aquí
trae un luto que le está
como las galas a ti.
LAERCIO. Y la Infanta, ¿está muy bella?
DUQUE. Ya sabes, Conde, que es cosa
que es agravio encarecella:
está por extremo hermosa;
el cielo se mira en ella.
LAERCIO. Basta, Landino, que muestras
un poquito de pasión.
DUQUE. Ansí lo dicen las muestras;
mas muy desiguales son,
Conde, las pasiones nuestras.
Yo sigo en esto el estilo
de los demás.
LAERCIO. Presumílo,
de vella pintar tan bella.
DUQUE. Así no tuviera ella
belleza de cocodrilo.
Lo que es tan perfecto hermoso,
ya sabes, Conde, que amallo
generalmente es forzoso.
LAERCIO. Y forzoso el deseallo,
que es el amor cauteloso.

(*Sale* CLEANTO, *de camino, con cartas.*)

CLEANTO. Con la prisa que he traído,
es milagro haber podido
vivir el caballo tanto.—
Duque y señor.

---

(1) Quizá deba leerse: "En ningún indicio".

DUQUE. Buen Cleanto,
seas mil veces bien venido.
CLEANTO. Dame esas manos.
DUQUE. Mejor
te daré mis brazos.
CLEANTO. Debo
agradecer tu favor.
DUQUE. ¿Tráesme cartas? ¿Qué hay de nue- [vo?
CLEANTO. Nuevas y cartas, señor,
de aquella dueña, tu amiga,
es aquésta.

(*Dale las cartas.*)

DUQUE. A fe que diga
milagros de mi jornada.
CLEANTO. Está la Corte alterada;
tanto tu ausencia le obliga.
LAERCIO. ¿Qué hay de Doristán (1), Cleanto?
CLEANTO. Que a ti mismo es imposible,
Conde, que te quieras tanto
como ella te ama.
DUQUE. ¿Es posible?
CLEANTO. ¿Pues esto te causa espanto?
LAERCIO. Yo pienso que no hay ausencia
que tenga fin ni paciencia.
¿Será peregrino [y] sólo?
CLEANTO. Es sin duda.
DUQUE. ¡Santo Apolo!
LAERCIO. ¿Es alguna impertinencia?
¿Hay algún nuevo galán
después de vuestra partida?
DUQUE. ¡Y que allí juntos están! (2)
¡Oh, vil, infame, atrevida!
LAERCIO. ¿Son celos?
DUQUE. ¡Rabia serán!
¿Esto es posible, o acaso
este fuego en que me abraso,
en estos pocos renglones,
pone contrarias razones?
Mil veces los miro y paso...
¡Ah, vil mujer!
LAERCIO. ¿Por qué apocas
la virtud de que están llenas?
DUQUE. Las más maliciosas bocas,
Conde, enmudecen las buenas;
pero las buenas son pocas.
LAERCIO. ¿De quién te quejas?
DUQUE. No sé.
LAERCIO. Pues ¿qué te han hecho?

(1) Así en el texto; pero es claro que debe decir Dorista u otro nombre de mujer.
(2) Se supone que ha leído el Duque la carta.

DUQUE. Diré.
a voces caso tan feo.
LAERCIO. ¡Dilo, acaba!
DUQUE. No lo creo.
¡Vive Dios, que me engañé!
CLEANTO. ¡Por mi fe, que estoy corrido
de haber sido el instrumento
del enojo que has tenido!
DUQUE. ¡Basta, que engañarme intento!
¡Verdad es; pierdo el sentido!
LAERCIO. No des voces, que el Rey viene.

(*Sale el* REY FENAMOR, *con criados.*)

FENAMOR. Bien es que el campo se ordene,
y lleve Ardanio su tercio.
¡Oh, Duque! ¡Oh, conde Laercio!
¿Qué tiene el Duque?
DUQUE. Esto tiene.

(*Dale al* REY *la carta.*)

FENAMOR. ¿Es carta...?
DUQUE. Salíos allá;
y el Conde salga también.
CLEANTO. Loco poco a poco está.
DUQUE. Haced que se aparten bien.
FENAMOR. Lo que es adivino ya.

(*Lee el* REY *la carta.*)

"Luego que de aquí te fuiste,
el mercader peregrino
que con los diamantes viste,
a ser desta casa vino
infamia y deshonra triste;
que, sin duda con hechizo,
tal estrago y fuego hizo
en la Infanta desdichada,
que, de loca, enamorada,
su torpedad satisfizo."—
¿Viste tú tal peregrino?
DUQUE. Por haber visto su talle
vuestra desdicha adivino,
que es tal, que pudo obligalle
a hacer tal desatino.
Y esta carta está con firma,
que es señal que no está loca
la que aqueste caso afirma.
FENAMOR. Cuanto el ser quien soy revoca
mi desventura confirma.
Mas, pues el caso es dudoso,
parte tú, como celoso
de mi honra, y por lo escrito
examina si el delito
es tan grave y monstruoso.

Que no es razón que se crea
una mujer pobre y baja,
en caso que a un rey afea.

DUQUE. Nadie me ha de hacer ventaja
en saber lo que esto sea;
porque en servirte ninguno
puede igualarme.

FENAMOR. De alguno
irás, Duque, acompañado.

DUQUE. Yo tengo un amigo honrado.

FENAMOR. Dichoso, si tienes uno.

DUQUE. El conde Laercio es.

FENAMOR. Pues bien puedes dalle parte
de la desdicha que ves;
y mira que has de informarte
sin que sospecha le des.
Tuya será la mitad
de la corona que ves.

DUQUE. Dame a besar esos pies,
que me parto a la ciudad
por ver lo que aquesto es.

FENAMOR. Ven, y hablaréte primero
del orden que has de llevar.

DUQUE. Sosegarte presto espero.

FENAMOR. Mi vida o muerte ha de estar
en ser falso o verdadero.

(*Vanse, y salen* DORISTÁN *y* LAVINIA.)

PRÍNCIPE. ¿Que me cansa estar aquí
me dices, esposa amada?

LAVINIA. Cualquier posesión enfada,
y no lo juzgo por ti.

PRÍNCIPE. ¿Con qué experiencia te atreves
a juzgar de nuestro pecho?

LAVINIA. Con la locura que has hecho
y la humildad que me debes;
que al fin eres hombre y fuerza
que desees libertad.

PRÍNCIPE. Prisión con tal libertad
a no desearla es fuerza,
aquí los siglos son años
y los años horas breves.

LAVINIA. Eso que mientes me debes,
dulce ocasión de mis daños.
Pero yo quiero creerte,
por, sólo hacerme este gusto.

PRÍNCIPE. Y fuera de que es muy justo,
sois todas de aquesa suerte;
que cuando estáis más seguras,
fingís más desconfianza.

LAVINIA. Si deso parte me alcanza,
plega a Dios...

PRÍNCIPE. ¿Para qué juras?

LAVINIA. Para que digo verdades,
mejor que algún peregrino
que a venderme piedras vino
y muy finas falsedades.
Que quien hizo esta invención,
cualquiera sabrá fingir.

PRÍNCIPE. Ya te me quiero rendir
sin darte satisfación.

LAVINIA. ¡Qué ciertos tienes mis brazos!—
Sin duda que no cerró,
Clorinda... (1).

PRÍNCIPE. Pues, ¿quién entró?
¿Quieres que le haga pedazos?

LAVINIA. No, sino nuestra invención;
que el viejo es un ignorante.

(*Sale* CELESTIO *y pónese el* PRÍNCIPE *de retrato.*)

CELESTIO. ¿Gustará de que le cante,
tu alteza, alguna canción,
que hay un laúd aquí fuera?

LAVINIA. Dejadme, que son vejeces.

CELESTIO. Como te enfado otras veces,
presumí...

LAVINIA. Salíos afuera.

CELESTIO. ¿Qué hombre es el que está allí?

LAVINIA. Bien parecéis mentecato.
¿No veis que es éste un retrato
que quieren vestir aquí?

CELESTIO. Eso, por Dios, dificulto;
mas pondréme los antojos.

LAVINIA. Bien se ve que estáis sin ojos.
¿No veis que es de piedra un bulto?

CELESTIO. Por Dios, que tiene razón.
¡Qué blanda tiene la mano!
Si es Emperador romano,
será, sin duda, Nerón.

LAVINIA. ¿No ves que es agora nuevo?
¡Ay, Dios, qué prolijidad!

CELESTIO. Yo me iré con brevedad.

LAVINIA. Pues sea presto.

CELESTIO. Ya me muevo.

(*Vase* CELESTIO.)

PRÍNCIPE. ¿Si habrá, por dicha, caído
este escudero en quién soy?

LAVINIA. En duda, mi bien, estoy
de que te habrá conocido;
que es hombre del otro tiempo,
y muy fácil de engañar.

---

(1) En el texto dice "Doristán": pero se trata de la doncella de nombre Clorinda, según lo que se dice luego.

PRÍNCIPE. Ocasión nos han de dar
de más gusto y pasatiempo.

(*Salen* NICEDIO *y* CLORINDA, *dama.*)

NICEDIO. La puerta dejaste abierta,
y por aqueso se entró.
CLORINDA. Pues ¿no bastaba estar yo
en custodia de la puerta?
LAVINIA. ¿Parécete bien, Clorinda,
este descuido?
PRÍNCIPE. Mi bien,
no la riñas, que también
es bien que al sueño se rinda.
LAVINIA. ¿No hay almohadas aquí?
Bien nos podremos sentar.
PRÍNCIPE. Licencia les has de dar.
LAVINIA. Siéntense aquí, junto a mí.
NICEDIO. ¿No haríamos algún juego,
mientras sacan colación?
PRÍNCIPE. Si son nuevos, buenos son;
si le sabes, dile luego.
CLORINDA. Uno no habemos jugado,
que es el juego de las damas.
PRÍNCIPE. En un juego me disfamas
que más, Clorinda, he ganado.
Mas debes de estar quejosa
de Nicedio.
NICEDIO. Ya tenemos
malicias; basta, juguemos
diez juegos, Clorinda hermosa.
CLORINDA. Hecho me has salir colores.
LAVINIA. Yo también estoy corrida.
PRÍNCIPE. Vaya el juego, por mi vida,
y no te enojes, amores;
que en algo se ha de pasar
aqueste tiempo.
LAVINIA. Es ansí.
NICEDIO. Ea, pues; el juego di.
CLORINDA. Al *A B C* habéis de jugar (1).
Quien comienza ha de decir
la dama o galán que quiere,
no claro, si no quisiere,
que el nombre puede fingir;
porque ha de ser por la letra
que en su orden le tocare.
PRÍNCIPE. Todo hombre se repare
que un nombre el alma penetra;
y aun podrá ser verdadero
lo que parece fingido.
LAVINIA. Si juego, licencia pido
para decir lo que quiero.
CLORINDA. También se dirá la cosa
que en la dama sea más bella
y lo que desea della,
todo en la letra forzosa;
y, juntamente con esto,
ha de hacer comparación
de la dama y su afición.
NICEDIO. ¿Es más que esto?
CLORINDA. No es más que esto.
NICEDIO. Pues comience vuestra alteza.
LAVINIA. No habléis, Nicedio, ansí.
Este amor desnudo aquí,
y en la calle la grandeza.
PRÍNCIPE. ¿Qué letra tomas?
LAVINIA. Por fuerza
A tomo, que es la primera;
aunque más la *B* quisiera,
que es letra que el alma esfuerza;
y digo que quiero bien
a un galán, muy gentilhombre,
llamado *A*rcindo, que es hombre
que me quiere a mí también.
PRÍNCIPE. ¿Cómo Arcindo? ¡Pesia al juego!
¡Vive Dios, que eso es verdad!
Y que, aun burlando, es maldad
querer quitarme el sosiego.
¿O juegas, o me das celos?
LAVINIA. ¡Calla, loco! ¿Tú no ves
que Doristán sólo es
el que me han dado los cielos,
que Arcindo es nombre fingido
y en tu significación?
PRÍNCIPE. Tienes, señora, razón.
¡Vive Dios, que me he corrido!
Di adelante.
LAVINIA. Y lo más lindo
que tiene aqueste galán
es el *a*lma.
PRÍNCIPE. Adonde están
tus gracias.
LAVINIA. Escucha, Arcindo;
digo, Doristán.
PRÍNCIPE. En todo
tu divino ingenio veo.
LAVINIA. Y es lo que más dél deseo
un *a*brazo deste modo.

(*Abraza al* PRÍNCIPE DORISTÁN.)

PRÍNCIPE. ¡Oh, qué juego tan de veras!
Divina invención ha sido.
Compárale.

(1) Sobra una sílaba al verso; probablemente la primera.

LAVINIA. No he podido;
ni tú podrás, aunque quieras.
Pero, al fin, siguiendo el *A*,
digo que me ha parecido
un *á*rbol verde y florido
que del fruto muestras da,
y quiérole como *a* mí;
que también en *A* comienza.
PRÍNCIPE. ¿Quién ha de hablar sin vergüenza,
mi bien, delante de ti?
Mas, pues me cupo la *B*,
digo que a *B*elisa adoro,
y que es su gloria y tesoro
el archivo de mi fe.
Por la *B* deseo *b*esar
sus pies, de que soy indino.
LAVINIA. Eso no, que es desatino.
PRÍNCIPE. Lo que no es esto es jugar.
Quiérola más que a mi *v*ida
y en ser *b*ella es la *b*eldad.
CLORINDA. El Príncipe erró, en verdad;
la penitencia se pida.
PRÍNCIPE. ¿En qué erré?
CLORINDA. En que vida es *V*,
y había de hablar con *B*.
PRÍNCIPE. En la letra sólo erré,
que en lo demás yerras tú,
que más que al vivir la quiero.
LAVINIA. ¿Por eso te habían de dar
penitencia? No ha lugar.
Vaya el juego.
NICEDIO. Errar espero.
Al fin, la *C* me ha cabido,
y mira si soy dichoso,
pues soy de *C*lorinda esposo,
que aquesta letra ha tenido.

(*Dicen dentro el* DUQUE LANDINO *y el* CONDE LAERCIO *y más gente.*)

DUQUE.

Abre esta puerta, infamia de tu sangre.

LAVINIA.

¡Desdichada de mí; Landino es éste!

PRÍNCIPE.

¡Muertos somos, por Dios! Dame mis armas.

LAERCIO.

Derriba con aquestas alabardas
la puerta, la pared.

DUQUE.

Rompe, derriba.

LAVINIA.

Al pie de aquesta torre está una puerta
que sale al río; si ésta no es tomada
las vidas fácilmente escaparemos.

DUQUE.

¿Tanto tardáis en derribar las puertas?

LAVINIA.

Baja volando esa escalera.

PRÍNCIPE.

Sígueme.

CLORINDA.

Muertos somos, Nicedio.

NICEDIO.

Ten buen ánimo.

(*Vanse todos.*)

DUQUE.

Ya, Conde, están las puertas en el suelo.

LAERCIO.

Entrad y muera el peregrino infame

(*Salen.*)

y la cruel más fiera que Pasifa.
Por aquesta escalera suena gente;
rompe esas puertas, rómpelas, derriba;
que aquí deben estar. ¡Arriba, arriba!

(*Vanse todos dando voces, y sale* LAVINIA, *sola.*)

LAVINIA.

Espeso monte amigo;
árboles piadosos, soto oscuro
de mi dolor testigo;
excelsas peñas y peñascos duros,
en vosotros me encierro,
huyendo de la infamia y no del hierro.
A vosotros me entrego,
en vosotros me fío, socorredme,
y en laberinto ciego,
cual otro Minotauro, defendedme,
tal, que ningún Teseo
adorne con mi sangre su deseo. (1)

(*Vase, y salen el* PRÍNCIPE *y* NICEDIO.)

PRÍNCIPE. La espesura de la sierra
nos da, Nicedio, la vida,
aunque, en ser infame huída
el paso me ocupa y cierra.

(1) Quizá deba leerse "trofeo" y no "deseo".

No sé con qué crueldad
a Lavinia dejo allí.

NICEDIO. Sálvate, señor, a ti,
que será mayor piedad,
y déjate de finezas;
pues cuando quieras no puedes:
escápate, aunque (1) te quedes
hecho entre sus manos piezas.

PRÍNCIPE. ¡Oh, villano, mal nacido!
¡Vive Dios, que he de volver!

NICEDIO. A morir y no vencer;
tan necio como atrevido.
Vete, que la cuerda huída
es de los sabios consejo.

PRÍNCIPE. Lavinia, pues que te dejo,
déjeme el alma y la vida.

(*Vanse el* PRÍNCIPE *y* NICEDIO. *Salen el* DUQUE LANDINO *y el* CONDE LAERCIO *y gente.*)

DUQUE.

Sacad toda esa gente sospechosa,
y no quede ninguno que no muera.

LAERCIO.

¿Hase tragado aquesa gente el suelo?

DUQUE.

Agora creo que este peregrino
era grande hechicero y quiromántico;
pues que delante de los ojos mismos
se nos desaparece con la infame.

LAERCIO.

Era, sin duda, encantador; pues vemos
que una mujer de ingenio tan divino
y que en la sangre es, en efeto, reina,
ha hecho una bajeza que disculpa
las maldades de Circe y de Medea.

(*Sale* CLEANTO *con* CELESTIO, *escudero.*)

CELESTIO.

¿La muerte a mí? ¿Por qué razón?

CLEANTO.

Camina.

DUQUE.

¿Qué es esto?

CLEANTO.

¿No lo ves? La causa toda
de aqueste mal suceso: el guardadamas.

LAERCIO.

¡Oh, perro vil! ¡Oh, fementido viejo,
desleal a tu Rey! ¿Cómo sufriste
una maldad que tiene oscuro el cielo?
Di la verdad, que la verdad te importa.

CELESTIO.

Bien sabes, Duque, que el perder la vida
es lo menos que puede darme pena;
pues ya por curso natural es poca.
Yo no he visto más hombre peregrino
que el mismo que hablaste aquese día
que te partiste desde aquí al ejército.

DUQUE.

¿No digo yo que estaban encantados?

CELESTIO.

Sólo sé que esta noche, en esta cuadra,
hallé un bulto de piedra, que Lavinia
me dijo que vestía a su propósito
para cierto retrato de unos Césares;
y que, llegando cerca de su rostro,
me pareció de viva carne el mármol,
y de cuando en cuando las pestañas
hacían ordinario movimiento.

DUQUE.

Encantamiento puro, ¡vive Júpiter!

LAERCIO.

¡Alto! No hay que esperar más: con todo eso,
tomemos los caminos deste monte,
y escoja cada cual el que pudiere.

DUQUE.

Lleven a las prisiones a ese viejo
hasta que su delito se averigüe.

CELESTIO.

¿A mí, Duque? ¿Por qué? ¿Pues qué he yo [hecho?

DUQUE.

¡Anda, alcahuete vil!

CELESTIO.

¿Así me tratas?

LAERCIO.

Júntese la más gente que pudiere.

DUQUE.

No hay que esperar: en tu caballo ponte.

TODOS.

¡Ah de la guarda! ¡Ah, gente! ¡Al monte, [al monte!

(*Vanse todos, y salen* CASTALIO *y* NEMOROSO, *pastores.*)

(1) Acaso diría "que no", en lugar de "aunque".

CASTALIO. Hecha, al fin, la información,
supe que es el mozo honrado;
de buenas partes dotado,
y de mejor condición.

NEMOROSO. Que es tan buen mozo Belardo
e inclinado a la virtud,
así Dios me dé salud,
como es el mozo gallardo.

CASTALIO. ¿Qué le das?

NEMOROSO. Cuarenta ovejas,
cuyas peinadas pellejas
la nieve suelen vencer
y a la luna oscurecer
las plateadas guedejas (1).
Un sotillo de membrillos,
de aqueste río guirnalda;
un campo como esmeralda
y dos manchados novillos;
y a Belisa, sobre todo,
que es lo mejor del caudal.

CASTALIO. ¡Par Dios, que andas liberal!

NEMOROSO. De buena arte le acomodo:
eso tiene el casamiento,
a pesar de quien pesare.

(*Sale* LAVINIA, *sola.*)

LAVINIA. El cielo mi vida ampare,
que ya me falta el aliento.
¡Ay, Dios! Gente suena aquí;
mas éstos son labradores.
¡Ah, buena gente! ¡Ah, pastores!

CASTALIO. ¿Llaman?

LAVINIA. Sí.

NEMOROSO. ¿Quién es?

LAVINIA. La que fuí. (2)

CASTALIO. Una dama muy hermosa,
Nemoroso, está llamando.

NEMOROSO. Yo estoy de vella temblando:
sin duda, Castalio, es diosa.

(*Arrodíllanse.*)

Hacednos merecedores
del bien que a los campos dais.

LAVINIA. No soy, no, la que pensáis.
Alzaos, amigos pastores;
que no soy cosa criada
en las esferas del cielo,
sino la mujer de suelo
más triste y desesperada.
Este mar embravecido
que baña a este monte el pie,
de una falúa que fué
sepulcro a mi bien perdido,
cual veis, me ha arrojado agora,
dejando muerto a mi esposo,
que el mismo mar riguroso
agora, piadoso, llora.
Como mujer y extranjera,
socorro, amigos, os pido.

NEMOROSO. A compasión me ha movido.

CASTALIO. Por poco, llorar me hiciera.

LAVINIA. Dadme algún acogimiento;
que vengo muy fatigada.

CASTALIO. La choza está alborotada
con un nuevo casamiento;
que hoy casé una hija mía,
señora, a servicio vuestro.
En fin, como padre, muestro
en daros de mi alegría;
pero vaya Nemoroso,
por que de todo os provea
en parte do nadie os vea.

NEMOROSO. ¡Pardiez, que vaya gozoso!
Y quedaréis vos aquí,
porque suena ya la gente.

LAVINIA. El cielo tu vida aumente.

CASTALIO. Para que te sirva a ti.

NEMOROSO. Echad por aquesta senda,
entre aquestos romerales.

LAVINIA. Aquí lloraré mis males,
sin que la gente me ofenda.

(*Vanse.*)

CASTALIO. ¡Cuánto mueven a dolor
las lágrimas de mujer;
y el sentillas suele ser
del hombre hidalgo valor!

(*Sale la boda de pastores.*)

Todos me habéis alegrado;
muchos años os gocéis.

CORIDÓN. Por Dios, Belardo, que hacéis
un gallardo desposado.

BELARDO. Por virtud de quien me honra
y en favor de novia tal;
que yo, un humilde zagal,
soy indigno desta honra.

BELISA. Por vos me la hacen a mí,
porque sois quien la merece;
que quien a mí me enriquece

---

(1) Una quintilla sola entre redondillas indica ser lugar viciado.

(2) Sobra una sílaba: quizás el "es" del renglón anterior.

sois vos, que vivís en mí.
BELARDO. Decís tales humildades,
por abonar mi opinión,
que me parece que son
las primeras necedades;
pero ya está recebido,
que es fruta de desposados.
BELISA. Quien tal fin dió a sus cuidados
discreta, Belardo, ha sido.
BELARDO. Si es por eso, yo lo soy
más que cuantos tiene el valle.
CASTALIO. Ea, todo el mundo calle:
basta; por buenos os doy.
Cese agora el tamboril
y báilese en este prado,
algún buen zapateado
y algún canario gentil.

(*Aquí baile.*)

CASTALIO. Ello fué suerte dichosa,
y con esto se concluya.
BELARDO. Yo soy tuyo.
BELISA. Yo soy tuya.
NEMOROSO. Galán novio.
CORIDÓN. Novia hermosa.

JORNADA TERCERA

(*Salen el* PRÍNCIPE DORISTÁN, *y* NICEDIO, LUCINIO *y* ERÁFILO, *y gente con ellos.*)

PRÍNCIPE.

Siete años ha, valientes caballeros,
que dura la fiereza desta guerra,
y que viviendo como tigres fieros
esta montaña nuestro campo encierra.
Ya era justo, envainando los aceros,
volver a descansar a nuestra tierra,
y consagrar a Jano el estandarte
bañado en sangre del furioso Marte.
Landino el duque que, cual veis agora,
es flaco capitán del campo arabio,
la misma falta de socorros llora,
y es, más que valeroso, astuto y sabio.
Acometamos, gente vencedora,
a quien me hizo tan notable agravio,
y acaben de una vez tan largas guerras,
o muertos, o volviendo a nuestras tierras.

NICEDIO.

La cierta voz de aqueste vil villano
mató a Lavinia, tu querida esposa,
por quien buscar el mundo ha sido en vano,
y sobre el mayor círculo reposa.
Ansí, levanta la sangrienta mano
de Fenicia la gente belicosa,
que hoy hemos de morir o verle vivo
de tus despojos singular cautivo.

LUCINIO.

No el volver a la patria deseada,
Príncipe valeroso, nos cautiva,
ni los deseos de colgar la espada
en sangre ajena, ni en furor teñida,
sino vengar la muerte desdichada
de aquella Reina, de que fué homicida
la más cobarde espada que ha tenido
hombre oriental, do nace el sol, nacido.
El enemigo es flaco, y derribado
mil veces por nosotros por el suelo,
acomete, señor, más confiado
en fuertes armas que en piadoso celo,
que romperemos como rayo airado
de la región del aire, desde el cielo,
por ese campo, que en valor prefieres,
hecho de escuadras viles de mujeres.

PRÍNCIPE.

No se diga en el campo que yo vengo
sólo a vengar la muerte de mi esposa;
que algún amor a Felisarda tengo,
que, como veis, es por extremo hermosa.
Que si ella ve que agora me entretengo
con aquesta memoria lastimosa,
enojaráse, y volveráme el rostro,
que, al fin, con celos, la mujer es monstro.
Sigamos, como siempre, nuestro intento;
que si murió Lavinia, ya he llorado,
y lo que agora me ha de dar contento
a conservarlo estoy determinado.
No porque deje de esparcir al viento
mis suspiros del pecho lastimado,
mas porque con aqueste gusto y gloria
olvido de Lavinia la memoria.

(*Sale* FELISARDA *en hábitos de hombre.*)

FELISARD. Aunque no soy del consejo
de tus fuertes capitanes,
nunca de servirte dejo.
PRÍNCIPE. De los soldados galanes
eres, mi bien, luz y espejo,
y podrás con sólo el pie,
si el enemigo te ve,
echarle mejor por tierra
que cuanta batalla y guerra
con mi ejército le dé.

FELISARD. ¿En qué estáis determinado?
PRÍNCIPE. Hoy acometerle pruebo,
mal puesto y mal desordenado (1),
no más de porque te llevo
en mi alma por soldado.
FELISARD. A lo menos, si peleas,
Doristán, con mi deseo,
¿quién duda que no lo creas?
PRÍNCIPE. ¿Qué más seguro trofeo
si mi victoria deseas?
FELISARD. En tu vida está la mía;
mira si crueldad sería
quitármela por quererte.
PRÍNCIPE. Y en tu desgracia mi muerte;
que el amor vencer porfía.
Y porque se hace tarde,
haz, Lucinio, de la gente
del campo un vistoso alarde
ante el sol resplandeciente
que mi alma abrasa y arde;
que con tan cierta ventaja
Marte en nuestra ayuda baja,
y el suelo que pisas toca.
LUCINIO. Pon la trompeta en la boca
y haz pedazos esa caja.

(Vanse, y salen NEMOROSO *y* CASTALIO.)

NEMOROSO. Pues de mi larga pasión
eres remedio y testigo,
¿cómo, di, Castalio amigo,
no te mueve a compasión?
Siete años ha que vino
aquesta diosa o mujer,
a su hermosa parecer (2)
no es mortal, sino divino;
a quien desde entonces di
el alma que me robó,
y por quièn ya no soy yo,
sino un yo que vive en mí.
¡Ay, Castalio!
CASTALIO. Nemoroso,
sin razón de mí te quejas
después que en el viento dejas
un consejo lastimoso.
Yo la hablo y la importuno
cada día que amanece;
entre mil que así se ofrece
le digo que escoja alguno.
Pero ni a ti ni a hombre humano
dice que no ha de querer.
NEMOROSO. No debe de ser mujer,
sino algún tigre inhumano.
A falta de voluntad
me valiera del rigor.
CASTALIO. Nunca fuerces al amor,
que amor es gusto y piedad.
Y tú, que en aqueste valle,
Nemoroso, estás, pudieras
casado (1), si tú quisieras,
con la de más lindo talle.
¡Que gustas de un desatino;
de una mujer desdichada,
de aquese hijuelo cargada,
que parió cuando aquí vino!
No eres capaz de consejo.
¿Mujer con hijo te agrada?
Ella es carga bien pesada;
pero en tus hombros la dejo,
que, como el cielo, el gobierno
tiene del cielo (2) bastante,
tú también serás Atlante
de las penas del infierno.
NEMOROSO. Detente, que viene aquí
Venus, y el Amor con ella.
CASTALIO. Tú puedes hablalla y vella,
que te oirá mejor a ti (3).

(Sale LAVINIA *en hábito de labradora, y su hijo.)*

LAVINIA. Mirad, hijo Lavidoro,
que me habéis de regalar
con lo que hoy ha de cazar
ese arco y flechas de oro.
Decid: ¿qué habéis de traerme?
NIÑO. Un ciervo, madre, muy grande.
LAVINIA. Esto, aunque el valor lo mande,
lo que es fuerza, agora duerme.
Por ahora me contento
que un conejuelo matéis,
el más pequeño que halléis.
NIÑO. ¿Qué es uno? Mataré ciento;
y aun a fe que estoy corrido
que por niño me tengáis.
LAVINIA. Hijo, el valor que mostráis
ya os le tengo agradecido.

(1) Así en el texto; pero sobra el segundo "mal" o el "des".
(2) Parece indudable que Lope habrá escrito "cuyo hermoso parecer".

(1) Deberá leerse "casarte".
(2) Sin duda debe ser "suelo" y no "cielo".
(3) Será "mejor que a mí". Este verso y el anterior parecen más propios de NEMOROSO que de CASTALIO.

NIÑO. Pues yo iré y os le traeré,
y entrambos le cenaremos.

(*Vase.*)

CASTALIO. Agora hablarla podemos.
LAVINIA. Pues aquí te aguardaré.
CASTALIO. Nemoroso, Elisa bella,
quiere hablarte y no se atreve.
LAVINIA. Como hable lo que debe,
¿qué teme?
CASTALIO. Llégate a ella;
acaba, dile tu mal.
NEMOROSO. Será principio del bien.
Cuanto en ti mis ojos ven,
todo, Elisa, es celestial.
Siete años te he servido
sin que en todos siete años
hayan tenido mis daños
la esperanza que te pido.
Vuelve esos ojos a verme
deshecho en un fuego honesto,
que se ha de acabar más presto
que llegues a socorrerme.
Si me quieres por marido,
razonable hacienda tengo,
y sin esto con que vengo,
un rico y galán vestido.
Castalio te lo suplica
y todo el valle en mi nombre.
CASTALIO. Sí, por Dios: remedia un hombre
que a ser tu esclavo se aplica.
El quiere ser tu reparo,
y de tu hijo también.
LAVINIA. Basta, Castalio; está bien.
CASTALIO. Danos ese bien más claro,
no nos digas que es, y cosas (1)
como nos sueles decir.
LAVINIA. Tampoco os he de mentir
con promesas fabulosas.
Sólo esta palabra os doy:
que si es que me he de casar,
él solo me ha de llevar,
y desde aquí suya soy.
Mas mirad que esto ha de ser
en habiendo parecido
que murió el primer marido,
porque dos no puede tener (2).

NEMOROSO. Bástame aquesa esperanza
para sustentar mi vida.
CASTALIO. Ya es menos grave tu herida.
NEMOROSO. Mucho la firmeza alcanza.
Mañana, al salir el día,
me verás bajar el prado
vestido de colorado,
señales de mi alegría.
Vamos, ¿en qué me detengo?
Porque el decirlo se trate
aunque la invidia me mate
de la esperanza que tengo.
CASTALIO. Vámonos, si gustas dello.
NEMOROSO. Quédate, Elisa, con Dios.
CASTALIO. El cielo ponga a los dos
el yugo dorado al cuello.

(*Vanse* CASTALIO *y* NEMOROSO.)

LAVINIA. Y os dé a ambos larga vida.
¡Oh, mudable, más que el viento,
fortuna! ¿A qué casamiento
tu mudanza me convida?
Vete en paz, déjame aquí,
que no tengo peor rato
que el que pienso en un ingrato
que no se acuerda de mí.

(*Sale el* DUQUE LANDINO *alborotado.*)

DUQUE.

Cuatro leguas mortales he corrido
espoleado del temor cobarde.
Ayer ¿no era yo Rey de toda Arabia
y general de un campo belicoso?
¿Cómo en tan poco tiempo vengo huyendo?
¡Cuánto mejor me fuera ser el Duque,
en el estado que gocé dichoso,
que no ser Rey, y un Rey tan desdichado!—
¡Hola, mujer, si por ventura vives
en estas caserías y cabañas,
duélate un hombre que perdido viene
de en medio de un ejército vencido.

LAVINIA.

(¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿No es el Duque aquéste?
El es, sin duda. ¿Qué dudo lo que veo?
Quiero disimular y ver qué ha sido
la causa que le trae asina huyendo.)

DUQUE.

¿No me respondes? ¿No te mueve a lástima?

LAVINIA.

Mas antes porque a lástima me mueves,

(1) Quizá "quisicosas".
(2) Este verso puede leerse de varios modos mejor: "porque dos no he de tener", o bien "pues dos no puedo tener".

he detenido la respuesta tanto.
¿Quién eres, o de dónde agora vienes?

DUQUE.

El Duque soy; señor de aquesta tierra,
que un tiempo fué Landino mi apellido.
Fuí del rey Fenamor cercano deudo,
y vínele a servir en estas guerras
que sobre sus Estados ha tenido
con el rey de Fenicia, Castoreo.
Murióse Fenamor sin dejar hijos,
porque Lavinia, su heredera sola,
siete años ha que dicen, y es muy cierto,
que está en aquestos montes encantada.
Víname a mí el reino de derecho;
y así, cual general de aqueste campo,
seis años la ciudad he defendido.
Un hijo deste Rey, nuestro contrario,
que llaman Doristán, y su heredero,
porque también es muerto el viejo padre,
me ha vencido del todo y destruído,
de suerte que del campo huyendo salgo
y gran gente tras mí, que por mi vida
dará todo el valor de la victoria.

LAVINIA.

Aquí tengo, señor, una cabaña,
no tan rica que pueda daros gusto,
pero tan pobre que podrá alegraros (1).

DUQUE.

Ruido siento de armas y soldados;
ya no hay remedio que ampararme pueda.
Entrarme quiero en el espeso monte,
y en pasando la gente vendré a verte.

LAVINIA. ¡Oh, suceso dichoso!
¡Oh, venturosas y felices nuevas!
que es Rey mi dulce esposo.
¡Oh, alegre y dulce suerte!
¡Oh, vencedor tan fuerte
que el mundo a tus pies tienes!
Si agora entras triunfante,
pónganse te delante
memorias tristes de pasados bienes,
y mira que me has dado
palabra que serás mi esposo amado.

(*Sale* LAVIDORO, *niño*.)

NIÑO. Ya vuelvo, madre, a serviros
deste mi igual vencedor.
LAVINIA. Aquí halláredes mejor,
hijo, en quien hacer los tiros.

(1) Acaso deberá leerse "albergaros".

(*Sale* BELARDO.)

BELARDO. ¡Elisa hermosa!
LAVINIA. Belardo.
NIÑO. ¡Hola! Estése el brazo quedo,
que si no me tiene miedo,
presto ponérosle aguardo.
BELARDO. Sigura está, gentilhombre;
no tenéis de qué sellalla.
NIÑO. No lleguéis así a abrazalla,
que haré que el brazo os asombre.
LAVINIA. Belardo, a quien tantos años
por secretario he tenido (1),
sabe que agora he sabido
que llega el fin de mis daños.
Vivas me dicen que están
prendas de mi dulce amor
entre el campo vencedor
del fenicio Doristán;
aquel que siempre he llorado,
bien vivo y muerto marido,
allí dicen que ha vencido
en hábito de soldado.
Si quieres acompañarme,
Belardo, hasta la ciudad
a saber si esto es verdad
y a defenderme y honrarme,
será tanta obligación
por el amor que te debo,
que empiece agora de nuevo
a darte satisfación.
BELARDO. Elisa, si tú la tienes
de mi pura voluntad,
¿por qué a dudar mi verdad
y mi proprio valor vienes?
No a la ciudad, que es la cosa
más fácil que puedo hacer
en sólo el gusto de ver
tu cara y presencia hermosa,
pero al más remoto suelo
que la estéril Libia cría,
o adonde el sol se desvía
desde donde nace el hielo.

(1) Belardo era el nombre poético de Lope de Vega. Fué secretario del Duque de Alba en su juventud, y esta comedia, lo mismo que las anteriores, corresponde a tal época: quizás el nombrarse secretario de LAVINIA recuerde hechos realmente acaecidos. Adviértase también que en esta comedia aparece recién casado con una *Belisa*, anagrama y nombre poético que él mismo dió muchas veces a su primera mujer, doña Isabel de Ampuero y Urbina.

Mira qué quieres llevar,
y vamos donde quisieres.

LAVINIA. Eres mi amparo; al fin eres
lo bueno deste lugar.
Sola esta prenda que tengo
es mi caudal.

BELARDO. Pues partamos,
y en sendos jumentos vamos,
que en un momento prevengo.

(*Vanse, y salen el* PRÍNCIPE DORISTÁN *y* NICEDIO, LUCINIO *y* ERÁFILO, *capitanes, y* FELICIARDA.) (1)

PRÍNCIPE.

¡Qué fácilmente en la ciudad entramos!
No hay hombre en ella que las armas tome.

FELISARDA.

Aunque tienes valor para temido,
tienes presencia para ser amado;
todos, señor, bendicen a los cielos
que les dieron un Príncipe tan bueno.

PRÍNCIPE.

Y yo bendigo, Felisarda mía,
esos divinos ojos con que enciendes
los más ásperos velos de los montes.

FELISARDA.

Haz burla de mis armas, por tu vida,
que a fe que han a tu lado peleado.

LUCINIO.

Todos desta verdad somos testigos.
Mas dime agora, valeroso Príncipe,
qué ordenas en las cosas que te importan,
y mayormente en la prisión del Duque,
que este enemigo sólo te ha quedado.

PRÍNCIPE.

Tienes razón, Lucinio, y así quiero
que Eráfilo se parta brevemente
y eche un bando por todo nuestro ejército
que, quien me le trujere preso o muerto,
daré por premio doce mil ducados,
o la prenda que escoja en mi persona,
o de todo lo que es mi real corona.

LUCINIO.

Pues yo me parto, y confiado parto.

PRÍNCIPE.

Parte, y pondrás en todo diligencia.

(1) Debe ser FELISARDA.

FELISARDA.

Con esto sólo quedarás pacífico,
y uno de los mayores de la tierra.

PRÍNCIPE.

¿Qué ruido es éste?

LUCINIO.

La ciudad, que viene
a entregarte las llaves y corona.

(*Suena ruido y salen los* SENADORES *que pudieren y gente.*)

SENADOR 1.º

Valiente hijo del sagrado Júpiter,
conquistador de los forados (1) términos;
esta corona de laureles délficos
ciña tus sienes, y tus manos bélicas
adorne aqueste cetro, que a tus méritos
es premio justo y galardón humílimo.

PRÍNCIPE.

Yo os lo agradezco, valerosos héroes,
y os ofrezco por Júpiter Olímpico,
que mi grandeza y trato veáis tan fáciles
que a la fortuna hagáis altar y víctima,
que para vuestro bien fué tan espléndido.

SENADOR 2.º

Pues yo, en nombre del reino, coronándote,
te obedezco por Rey, y tu pie adoro.
¡Viva el rey Doristán!

TODOS.

¡Viva! ¡Viva!

PRÍNCIPE.

Digan también que Felisarda viva.

(*Salen* LAVINIA *y* BELARDO, *y* LAVIDORO, *niño de* LAVINIA.)

BELARDO. A buen tiempo hemos llegado.

LAVINIA. A mejor del que queremos,
porque en efeto veremos
al nuevo Rey coronado.

BELARDO. Con aplauso le recibe
toda la humilde ciudad.

LAVINIA. Hablarle tengo, en verdad,
y ver si mi esposo vive.—
¿Eres tú el Rey desta tierra?

PRÍNCIPE. ¿Qué quieres? Yo soy el Rey,
por justo derecho y ley,
conquistado en buena guerra.

(1) Así en el original. Acaso deba leerse "dorados".

LAVINIA. ¿No sabes que hay heredera?
PRÍNCIPE. Esa es fábula vulgar.
Y a mí ¿qué se me ha de dar
cuando esa heredera hubiera?
Cuanto y más, ¿qué ha de hacer
una Princesa encantada?
LAVINIA. Que a no ser tan desdichada,
pudiera ser tu mujer.
PRÍNCIPE. ¿Qué mujer? Yo, mientras viva
este bizarro soldado
que agora ves a mi lado,
y en sus brazos me reciba,
no he de tratar de casarme,
ni me acuerdo de mujer.
LAVINIA. ¡Cielos! ¿Esto vengo a ver?
FELISARD. Todo es, señor, obligarme.

(*Desmáyase* LAVINIA.)

BELARDO. La mujer se ha desmayado.
PRÍNCIPE. Loca es, sin duda. ¿Qué haremos,
Senadores?
SENAD. 1.° Que al pueblo demos
a ver su Rey coronado,
que aquesto suelen hacer
nuestros reyes este día.
PRÍNCIPE. Vamos, Felisarda mía,
que éste es día de placer.

(*Vanse, y quedan* LAVINIA, BELARDO *y el* NIÑO.)

BELARDO. ¡Ah, Elisa! ¿A aquesto veniste?
Recuerda. ¿Qué diablos tienes?
LAVINIA. Falta de perdidos bienes
es el desmayo que viste.
Tráeme un poco de agua.
BELARDO. Voy,
y entre tanto, vuelve en ti.
LAVINIA. Mal puedo volver en mí
ya después que muerta soy.
¡Desventurado esperar,
mal fin habéis de tener!
NIÑO. Madre, ¿qué quieres hacer?
LAVINIA. Hijo, quiérome matar.
NIÑO. ¿Por qué, madre? ¿Qué le han he-
LAVINIA. Hanme quitado la vida. [cho?
NIÑO. Pues dígame el homicida
y romperéle aquel pecho.
LAVINIA. No podrás, hijo, que es Rey.
NIÑO. ¡Rey! ¿Qué importa?
LAVINIA. Y vuestro padre.
NIÑO (1). ¿Rey mi padre y vos mi madre?

(*Sale un* ALGUACIL *y un* CIUDADANO.)

ALGUACIL. "Esta es una antigua ley:
que el día de la corona
dan a un preso libertad,
y visita la ciudad
el mismo Rey en persona."
CIUDADAN. Mucho holgaría que fuese
en favor de aquel mi hermano.
ALGUACIL. Del Senado está en su mano,
si algún favor se tuviese.
CIUDADAN. ¿Qué hace aquella mujer?
ALGUACIL. Escucha, y podremos vello.
Una liga tiene al cuello;
algún mal se quiere hacer.
CIUDADAN. Un niño está porfiando
que se la quiere quitar.
LAVINIA. Deja, hijo, el porfiar,
que estoy la muerte aguardando.
NIÑO. Pues, madre, ¿quiere dejarme
aquí solo en tierra ajena?
LAVINIA. ¡Hijo, no me des más pena!
NIÑO. Con vos tengo de acabarme.
ALGUACIL. ¿Hay tal compasión?
CIUDADAN. Creed
que de coraje estoy loco.
NIÑO. Si el mal es tanto, es muy poco
un cuello, los dos poned.
¿Qué tengo yo de hacer
sin ella, madre?
LAVINIA. Al Rey di
que eres su hijo.
NIÑO. Y decí:
¿cómo el Rey lo ha de creer?
LAVINIA. Dirás que Lavinia soy;
la Infanta de aquesta tierra,
a quien su crueldad destierra,
de aqueste mundo, al que voy.
NIÑO. Muy bien irá acreditada
mi persona en tan buen ser,
y hijo de una mujer
que murió desesperada.
ALGUACIL. Diera un dedo por oír
lo que están los dos hablando.
LAVINIA. No estés, hijo, porfiando,
que, en fin, tengo de morir.
¿Doristán otra mujer?
¿Otra mujer Doristán?
NIÑO. ¡Madre, madre!
ALGUACIL. ¿No tendrán
mis brazos tanto poder?
Aguarda, desesperada.
LAVINIA. ¿Eres, por dicha, la muerte?

(1) Falta la palabra "Niño".

ALGUACIL. Serélo, aunque de otra suerte.
Levántate, desdichada,
y sed presa, como loca;
que esa desesperación
yo haré que en la prisión
venga a acabarse, o sea poca!
NIÑO. ¿Qué parte sois vos, decí,
para prender a mi madre?
ALGUACIL. ¡Suelta, hijo de ruin padre!
NIÑO. ¡Mentís!
ALGUACIL. ¡Fuera!
NIÑO. ¿Vos á mí?

(*Sale* BELARDO, *pastor.*)

BELARDO. ¡Que aun agua no puedo hallar!
Pero ¿qué es esta quistión?
NIÑO. Que va mi madre en prisión.
BELARDO. ¿Por qué la quieres llevar?
ALGUACIL. ¿Pídeme cuenta el villano?
BELARDO. Pues si decís no, la honda
podrá ser que os responda
con dos...
ALGUACIL. Echalde la mano;
vaya a la cárcel.
LAVINIA. ¡Ah, fiera;
que aun la muerte huye de mí!
NIÑO. ¡Que ha tan poco que nací!
¡Ah, barbas; quién las tuviera!

(*Vanse; salen los* SENADORES, *el* PRÍNCIPE, *un* RELATOR *y gente.*)

SENAD. 1.° Esta es la cárcel real;
aquí se siente su alteza.
PRÍNCIPE. ¡Es mucha su fortaleza:
a tan grande corte igual!
SENAD. 1.° Agora verás los presos.
SENAD. 2.° El que te agradare escoge.
cuando el Relator te enoje.
PRÍNCIPE. Yo gusto de oír sucesos.
RELATOR. El preso que viene aquí
ha forzado una doncella.

(*Sacan un* PRESO.)

PRÍNCIPE. ¿Cómo, si no quiso ella?
¿No es esto así?
PRESO. Señor, sí.
PRÍNCIPE. Denle luego libertad.
SENAD. 1.° ¿Luego no hay más que hacer?
PRÍNCIPE. Pues ¿no hay más presos que ver?
SENAD. 2.° Antes, grande cantidad;
pero a uno solo el uso
da la libertad que has dado.

PRÍNCIPE. Si otros reyes lo han usado,
con mis victorias me excuso.
PRESO 1.° ¡Vivas mil años, amén,
y más que Alejandro Magno,
te dé el cielo fuerte mano!
RELATOR. Aquí hay otro.
PRÍNCIPE. Decid quién.

(*Sale otro* PRESO.)

RELATOR. Este, a una matrona honrada,
yendo por la calle un día
que el pueblo ayuno ofrecía
fiesta y víctima sagrada,
en un concurso de gente
la besó, porque entendió
que a casarse la obligó
por la deshonra presente.
¿Qué mandas que se haga dél?
PRÍNCIPE. Ponelde a muy buen recado.
PRESO 2.° Yo solo soy desdichado.
Príncipe injusto y cruel.
PRÍNCIPE. Quitaldo luego de ahí.
¡Extraña industria y deshonra!
RELATOR. Una mujer viene aquí.
PRÍNCIPE. Para quitalle la honra...
¿Quién es?
RELATOR. Es una mujer

(*Sale una* MUJER.)

que dió a un hombre bebedizos.
MUJER. Siempre el hombre llama hechizos
lo que es hacer (1) el querer;
que aun tenernos proprio amor
no lo queréis consentir.
PRÍNCIPE. ¡Qué bien lo sabéis decir!
MUJER. Y tú entenderlo mejor.
PRÍNCIPE. ¿Dióte él algo?
MUJER. ¡Vive Apolo,
que fué amor; pero era tanto,
que daba la gente espanto!
PRÍNCIPE. ¿Sólo fué amor?
MUJER. Amor sólo.
PRÍNCIPE. En estando apasionados,
decimos que hechizos son.
Echalda de la prisión
y denle otros cien ducados.
MUJER. ¡Guárdete el cielo mil años!
RELATOR. Aquí viene otra mujer
cuya vida puede ser
ejemplo de desengaños.

(1) Parece que deba leerse "lo que es obra del querer", o cosa semejante.

En un hora que escrebí
su confesión, he sabido
que dama de un Rey ha sido.

(Sale LAVINIA *con su hijo y* BELARDO.)

LAVINIA. Y le quiero más que a mí.
RELATOR. Y dice que la gozó
dándola fe que sería
su esposo.
LAVINIA. ¡Y qué fe la mía
para la que me llevó!
RELATOR. Y que entendió el suceso
su padre; matarlos quiso;
mas, tiniendo dello aviso,
huyeron a un bosque espeso,
donde los dos se perdieron,
y ella en traje de pastora
vivió, señor, hasta agora,
que ella y este Rey se vieron.
Viniéndole, pues, a ver
con este niño que ves,
que hijo de este Rey es
y desta pobre mujer,
hallóle con una dama,
por quien la desconoció,
y así la triste pensó
ganar, muriendo, su fama.
Y ya de un cordel colgada
ciertos ministros la vieron
y a la cárcel la trujeron
por mujer desesperada.
PRÍNCIPE. ¡Cielos! ¿Es ésta mi historia?
¡Cielos! ¿Es Lavinia aquésta?
LAVINIA. Tu alma te dé respuesta,
pues no puede tu memoria.
Yo soy Lavinia, ¡cruel!;
la Infanta de aquesta tierra,
a quien has hecho más guerra
que yo, que te he sido fiel.
Reino y honra me has quitado,
quítasme la honra (1) y vida.
PRÍNCIPE. ¡Mi bien, mi esposa querida!
LAVINIA. ¡Desvíate, tigre airado!
PRÍNCIPE. ¿Por qué me escondes tus brazos?
¿Por qué me tienes muriendo?
LAVINIA. Soy mujer, no me defiendo.
PRÍNCIPE. Dame, mi bien, mil abrazos.—
Y esa maldita mujer,
Lucinio, no venga aquí.
LAVINIA. No la destierren por mí;
tu gusto quiero hacer.
Que, "mujer yo, mientras viva
este bizarro soldado
que agora ves a mi lado
y en sus brazos me reciba,
no he de tratar de casarme,
ni me acuerdo de mujer."
PRÍNCIPE. Es tan grande mi placer,
que es imposible enojarme.
Dime, en fin, cuanto quisieres.
LAVINIA. Abraza a tu hijo.
PRÍNCIPE. ¡Ay, hijo,
que el alma en su regocijo
conoce bien que lo eres!
NIÑO. Señor padre, mal lo ha hecho
en tratar mal a mi madre.
PRÍNCIPE. ¡Qué tierno me llamas padre!
¿Quieres abrasarme el pecho?
SENADOR. Danos, gran Reina, las manos,
pues ya estás desencantada.

(Salen CASTALIO *y* NEMOROSO *con el* DUQUE LANDINO, *preso.)*

CASTALIO. Entremos, de camarada.
DUQUE. No me tratéis mal, villanos.
PRÍNCIPE. ¿Qué es eso?
CASTALIO. El Duque Landino,
que los dos le habemos preso.
PRÍNCIPE. ¡Vive Dios, que es gran suceso
y de fama eterna dino!
NEMOROSO. Pues, Elisa, ¿acá estáis vos?
BELARDO. Calla, bobo, que es la Infanta.
NEMOROSO. ¿Cómo?
BELARDO. Direos lo que os espanta:
escuchadme aquí los dos.
PRÍNCIPE. Duque, ¿qué desgracia es ésta?
DUQUE. Fortuna y guerra, señor.
LAVINIA. Hoy ha de hacer tu valor
de tu gracia a todos fiesta.
Dale al Duque libertad.
PRÍNCIPE. Basta, mi bien, que lo quieras.
DUQUE. ¡Lavinia! ¿Qué? ¿Viva eras?
LAVINIA. ¿Aún no crees que es verdad?
NEMOROSO. ¡A fe, que es suceso extraño!—
Señor Rey, esos ducados
nos mande dar.
LAVINIA. Y doblados,
y otros tantos cada año,
que yo os los hago de renta.
NEMOROSO. Y pues también prometió
lo que le pidiese yo...

(1) De seguro diría el original de Lope: "quítame ahora la vida".

PRÍNCIPE. Pues ¿quién al Duque presenta?
NEMOROSO. Sepa que a mí me ha de dar
a Lavinia, y ésta pido.
LAVINIA. Eso no, que es mi marido,
a quien he andado a buscar,
y es diferente el concierto.
NEMOROSO. ¿Que no me la pueden dar?
PRÍNCIPE. No hay lugar.
NEMOROSO. ¿No hay lugar?
¿Luego el pregón no fué cierto?
PRÍNCIPE. Doite, en trueco, seis aldeas
y la tuya.
NEMOROSO. ¡Gran merced!
¡Ea, mis armas poned,
que son siete chimeneas
en campo azul!
PRÍNCIPE. Bella esposa,
amor no consiente espacio.
Vamos juntos a palacio,
que estás, de vergüenza, hermosa.
LAVINIA. Del vestido estoy turbada.
NIÑO. ¿Vamos, padre?
PRÍNCIPE. Ese soy yo.
DUQUE. Aquí, senado, acabó
LA INFANTA DESESPERADA.

COMEDIA

DE LAS

JUSTAS DE TEBAS Y REINA DE LAS AMAZONAS

COMPUESTA POR

LOPE DE VEGA

INTERLOCUTORES

ARDENIO, *príncipe*.
EBANDRO, *su criado*.
EL REY DE TEBAS.
DÉLBORA, *princesa, su hija*.
ADBERITE (1), *reina de las amazonas*.
PIRENE, *su criada*.
JELANDO, *príncipe*.
DRUSO, *su criado*.
LOTARO, *rey, embajador fingido*.
UN CRIADO *suyo*.
OTRO CRIADO.
SERGESTO, *duque*.
BRICEDIO, *príncipe*.

PRIMERA JORNADA

(*Salen* DÉLBORA, *princesa, y* EBANDRO, *criado de* ARDENIO, *con una sortija en la mano.*)

PRINCESA. Alabo el raro juicio,
Ebandro, del que talló
la piedra, cuyo artificio
así en ingenio mostró
de su grato amor indicio.
Las culebras esmaltadas
por la sortija enlazadas
ha sido nueva invención.
EBANDRO. Son de un triste corazón
fantasías trasnochadas.
¿No ves que se están mordiendo?
PRINCESA. Quien las teme las resista.
Aquestas letras no entiendo.
Lee.
EBANDRO. Soy corto de vista.
PRINCESA. Ten.
EBANDRO. Muestra ofendido (2).
PRINCESA. Empresa celosa ha sido.
EBANDRO. Dice que ofende, ofendido,
y que, mordiendo, te muerde.
PRINCESA. Entre memorias se pierde.
EBANDRO. Para ganarse perdido.
PRINCESA. Desesperar se confiesa.
EBANDRO. En la letra de la piedra
se ve lo poco que medra.
PRINCESA. ¿Qué peso es éste?
EBANDRO. El que pesa
esta pluma y esta hiedra.
PRINCESA. En lo verdadero estás.
Parece que pesa más
esta pluma que esta hiedra.
EBANDRO. Así se muestra en la piedra,
y en el favor que le das.
PRINCESA. (Morirán sus confianzas.)
Declárame, Ebandro, en suma,
lo que de su pecho alcanzas.
EBANDRO. Que pesa más esta pluma
que todas sus esperanzas.
PRINCESA. Mas dile tú que se acuerde
que la hiedra, siempre verde,
a la firmeza se aplica,
porque un verdor siempre aplica
que en ningún tiempo se pierde.
Y siendo aqueste color
la firmeza que le das,
dirás, Ebandro, mejor
que esas plumas pesan más
que su firmeza y amor.
EBANDRO. Divinamente la truecas.
PRINCESA. De querer.
EBANDRO. Pues ¿de qué pecas?
PRINCESA. De alguna, ¿no se te alcanza,
que es hierba verde esperanza
mas antes de hierbas secas?
El campo seco, agostado,
es imagen verdadera
de la esperanza que espera
que de su manto esmaltado

---

(1) Así escribe el texto este nombre, que, como es sabido, debe leerse ABDERITE o ABDERITA en castellano.
(2) No es consonante de "entiendo".

le vista la primavera.
Que si está verde la hierba,
que su verdura conserva,
¿qué esperanza significa,
pues á esperar no se aplica
lo que a su tiempo reserva?

EBANDRO. Délbora, si mi señor
quiere que agora concuerde
esa hiedra a su dolor,
es porque todo lo verde
es de esperanza el color.
Porque en su opinión me afirme,
contigo es bien lo confirme;
si es siempre verde la hiedra,
bien claro dice esta piedra
que tiene esperanza firme.

PRINCESA. Has hecho buen argumento.
A tu ingenio lo agradece.

EBANDRO. Yo todo a tu entendimiento,
pues quien a tu luz se ofrece
no puede errar pensamiento.

PRINCESA. Por Júpiter, que es razón
que estorbe tu discreción
al infante algún desdén
a que me obligó mi bien
y su prolija pasión.
Y pues eres tan discreto,
con esto, Ebandro, concluyo,
este favor te prometo:
que por ti, y en nombre suyo,
tu piedra y sortija aceto.

EBANDRO. Beso tus reales pies;
que como tus pies me des,
haré cuenta que mi boca
la parte del suelo toca
que yo tomara después.

PRINCESA. Álzate, Ebandro.

EBANDRO. Sospecho
que ha de ser parte mi fe
para que ablandes el pecho
y al infante se le dé
la prenda de su derecho.
Entre el estruendo y ruído
de príncipes que han venido
a fama de tu hermosura,
viene a probar su ventura
más penado y más perdido.
Y pues en cuanto desees
lleva el infante la joya,
es justo que en él te emplees
y que juntes a su Troya
la gran Tebas que posees.
Perdona mi atrevimiento,
que mi leal pensamiento
me obliga, por mi señor,
a procurar su favor.

PRINCESA. Basta, Ebandro; bien lo siento.
Soberbio viene el troyano.

EBANDRO. Antes humilde se ofrece
a tu valor soberano.
Si alguien del cielo merece
tocar tu divina mano...

PRINCESA. A aqueste balcón me subo.
Ebandro, sal del jardín.

EBANDRO. (En poco mi suerte estuvo.)
¿Dices del infante, en fin?

PRINCESA. Que su pasión me detuvo.

(*Vase la* PRINCESA.)

EBANDRO. Si en ti daba la Princesa, (1)
por Júpiter, que me pesa.
Bien le paga tanto amor;
pero yo sirvo a señor
para sentarme a su mesa.
Este que viene es Jelando,
nuestro rival enemigo,
que también espera, amando,
de su amor dulce castigo
y de esperanzas el cuándo.

(*Salen* JELANDO *y* DRUSO, *su criado.*)

JELANDO. Vuélveme, Druso, a contar
aquel valor soberano
de quien, no sólo a su hermano,
que a mil mundos puede honrar.
Como testigo de vista,
cuenta la paz de sus tierras
y con qué fuerzas de guerras
las extranjeras conquista.

EBANDRO. Ahora bien, partirme quiero
a lo que Délbora encarga.

(*Vase* EBANDRO.)

DRUSO. Por más que en esto sea larga,
quedará mi lengua corta
para el valor que derrama,
que humanos ingenios bastan.
Si los diamantes se gastan
de las lenguas de la fama
de tu valor, raro y solo,
tal hizo al tuyo ser parte,

(1) Así en el original.

que te da más guerra, en parte,
que Diana al sacro Apolo.
Lleno de penas y enojos
volvió el Príncipe de Atenas;
tu hermana, las manos llenas
de los grecianos despojos.
Yo la vi de fina malla
cubrir sus carnes hermosas,
con razones animosas
animando a la batalla.
Y aunque de oíllo te asombres,
porque menos tiempo esperes,
con solas diez mil mujeres
vi huír quince mil hombres.
Al fin, la greciana armada,
que más los destruye, jura,
de su rostro la hermosura,
que no el valor de su espada.
Disculpas deben de ser;
mas ellas, en conclusión,
matan con brazo varón,
no con ojos de mujer.
Al fin, con esfuerzo tanto,
á pesar de cualquier hombre,
suena de Adberite el nombre
desde el Termo hasta el Janto.

JELANDO. Si por engañar mi oído,
mi Adberite ensalzas más,
al fin a entender me das
que ha la batalla vencido.
Por esta nueva, si es cierta,
vengo a conocer mejor
cuán divino es el valor
si en mujer famosa acierta;
que, puestas donde a sus nombres
se les guarde triunfo eterno,
en la templanza y gobierno
hace ventaja a los hombres.
Y es verdad que en la presente
ocasión se determina
aquesa reina divina
venir a Troya con gente.

DRUSO. Como ha sabido tu intento,
y de Arquimundo la guerra,
viene a defender su tierra
y a tratar tu casamiento.
Viene a verte, porque creo
que, según amor la anima,
en menos ser reina estima
que cumplir este deseo.

JELANDO. Dime: ¿por ventura es bella?
Porque apenas fuí nacido
cuando me fué defendido
gozar de mi madre y della,
que la amazona no puede
criar el hijo varón.

DRUSO. Es tanta su perfeción,
que a naturaleza excede.
El cuerpo tiene gentil,
entre robusto y brioso;
el brazo, blanco y nervioso,
que cubre un velo sutil;
su rostro a la nieve iguala;
mirando a sus ojos, ciego,
que, airados, despiden fuego,
y, mansos, blando regala,
con unas vivas centellas
roban las prendas mejores,
y, tiranos o señores,
al fin se quedan con ellas.
Una madeja vistosa
de cabello negro, y tal,
que como palio real
cubre la frente espaciosa.
Tiene, señor, aunque poca,
que de exceder me retiro,
parte del color de Tiro;
tiene una rosa en la boca.
Esta dicen que, cortando
una vez el niño Amor,
se hirió el dedo, y de dolor
volvió a su madre llorando.
El cuerpo es medio y fiel;
el rostro y pecho, engastado,
un pecho tiene cortado
justamente, aunque cruel;
que viendo tantos despojos
como pudiera rendir,
se atreviera competir
con sus bellísimos ojos.
Y contando el uno dellos,
está cierto el ciego dios
que, siendo los ojos dos,
no se tomará con ellos,
que como en ellos ha hecho
amor nido soberano
para estancia del verano,
dice que le falta un pecho.

JELANDO. Con justa razón se abona,
por la razón que has mostrado,
traer el pecho cortado,
como es costumbre amazona.
Vuélvete, Druso, que siento
ruído en aquel balcón,

que no en balde el corazón
alborota al pensamiento.
Después me dirás despacio
lo que resta.

DRUSO. ¿Dónde haré
que tu guarda y gente esté?

JELANDO. A la puerta de palacio.

DRUSO. (Apretóle amor la cuerda;
que, en abriendo la ventana,
ni se acordó de su hermana,
ni aun de sí mismo se acuerda.)

(*Vase* DRUSO.)

JELANDO. Acabe el sol de mostrarse
de luz en el alma mía;
mire que le aguarda el día
que con él quiere adornarse.
La noche de mi dolor
me tiene hasta agora en calma.
¡Ay, Dios! Amanezca al alma
el alma de su favor.
Y si de mi sol que espero
no merezco la luz bella,
al menos salga la estrella
que suele salir primero.
Sol, alba, estrella, salí,
dadme luz y dalda al suelo,
que tengo celos del cielo
que os goza agora sin mí.

(*Asómase la* PRINCESA *a la ventana con un velo en el rostro.*)

PRINCESA. Que tenéis, soléis decir,
siempre nublado el placer,
y ya sabéis conocer
qué sol pretende salir
con niebla de tal dolor.
¿Conocistes los cabellos?

JELANDO. Antes, por los cercos bellos
de su primer resplandor,
por uno y otro arrebol,
cuando la ventana oí,
claramente conocí
alba, estrella, lumbre y sol,
que estando vos detrás della,
no fué parte la ventana
que aquesa luz soberana
deje de pasar por ella,
que la ventana pasó
y, con dejalla abrasada,
la lumbre en ella templada,
el pecho y alma pasó.
Suplícoos, Délbora mía,
que aquese velo quitéis,
que no es justo que estorbéis
tal sol a tan bello día.
Porque es desacato indino
que aquesa mano la ponga,
que, como nube, se oponga
a vuestro rayo divino.

PRINCESA. En nuevo engaño caístes,
quitármele no podré
por no desmentir la fe
que ya de mi sol tuvistes.
Vuestra razón me provoca;
si tenéis por cosa llana
que el sol pasó la ventana,
bien puede pasar la toca.
Y si vuestra fe permite
el sol en que os abrasáis
por la toca le veáis,
¿por qué queréis que la quite?

JELANDO. Pues no entendáis desa suerte,
pues el rayo, es cosa clara,
que lo flaco desampara
y abrasa y quema lo fuerte.
Y sin aquéste os condene
vuestra bastante razón:
bien veis que en el algodón
siempre el fuego se entretiene.
Serénense mis enojos;
básteme, para tormento,
un injusto atrevimiento
de poner al sol mis ojos.

PRINCESA. Antes es muy importante,
para ver su lumbre clara,
como decís, cara a cara
poner un velo delante.
Y pues mirarle queréis,
sea la toca este velo;
miraréisle sin recelo
que deslumbrado quedéis.

JELANDO. El águila que el valor
de sus hijos quiere ver,
al sol los saca a poner
a mirar su resplandor;
desengaña su sospecha,
conoce su pensamiento,
y al que no le mira atento
de su nido le desecha.
Delante de vos estoy;
dejáme ese sol mirar,
que si no vengo a cegar,
conoceréis lo que soy.

Veréis, mi bien, si soy digno;
ya yo a declararme vengo
del parentesco que. tengo
con vuestro valor divino.

PRINCESA. Basta. Estad cierto, Jelando,
que soy... ¡Ay, Dios! gente suena.

JELANDO. Quedóse mi alma en pena
de aquel cabello colgando.
Helo aquí todo eclipsado,
ni sol ni velo parece;
mas ya de nuevo se ofrece,
debía de ser nublado.
Bien haya el nublado, amén,
que tan pronto se resuelve,
pues tan hermoso me vuelve
el vivo sol de mi bien.

PRINCESA. Otra vez siento ruído.
Retiraos mientras pasa,
que si el amor os abrasa...

JELANDO. ¿Por qué habéis enmudecido?
Tanta razón comenzada,
¿qué quiere significar?
Aquí me quiero arrimar,
que mi ventura es llegada.

(*Sale el príncipe* ARDENIO *y* EBANDRO, *su criado.*)

ARDENIO. Al fin subióse al balcón.

EBANDRO. Y que del jardín me vaya.

ARDENIO. Para estar en atalaya
de uno y otro corazón.
¡Ay!, pluguiese al santo Apolo
que viese el que yo le vi.
Una mano veo allí.
Vuélvete y déjame solo.
¿Si es el brazo?.. ¡Ay, fiero amor!
Vuelve, Ebandro, que estoy loco,
que no es el brazo tampoco,
que es piedra del corredor.

EBANDRO. Su mano parece, en parte.

ARDENIO. Y tanto, que ya recelo
que la ha transformado el cielo
en piedra, como a Anajarte.
Y fuera de su firmeza,
parece a su compostura,
o por la mucha blancura,
o por la mucha dureza.

EBANDRO. Bien le guardas el decoro.

ARDENIO. Vete, que si es piedra aquélla,
lo mismo es hablar con ella
que con el mármol que adoro.

EBANDRO. Yo me voy. Amor tirano,
quien te sirve poco medra.

(*Vase.*)

ARDENIO. Piedra o mano, mano o piedra,
decid si sois piedra o mano;
aquí no hay naide que os vea,
satisfaced mis preguntas;
si sois piedra y mano juntas,
tiradme porque lo crea.
Matadme, dejadme sano,
tirad de los dos cualquiera,
que todo es de una manera,
todo es piedra y todo es mano.
Detrás del cristal del marco
se ríe Délbora, cierto;
ya puedo en el mar abierto
llevar seguro mi barco.
¿Dónde vais? ¿No habláis? ¿Sois muda?
¿Queréis muriendo dejarme?

PRINCESA. Por ser piedra habré de estarme,
que la piedra no se muda.

ARDENIO. Pues oístes mi razón,
no le troquéis el sentido,
que si de piedra habéis sido
lo sabe mi corazón.

PRINCESA. Y el mío sabe también
que aguardo a que te resuelvas.

JELANDO. (¡Oh! piedra, Ardenio, te vuelvas,
que así me estorbas mi bien.)

ARDENIO. Suspenso estoy en miraros.

PRINCESA. Y a mí me tiene suspensa
ver que por ajena ofensa
deja el alma de gozaros.

ARDENIO. ¿Por ajena ofensa a mí?
¿Quién de mi bien me retira?

JELANDO. (Conmigo habla y me mira,
ella lo dice por mí.)

PRINCESA. Cuando en el mayor contento,
cuando quise declararme,
mi gloria vino a llevarme,
como mi esperanza, el viento.

JELANDO. (¡Quién pudiera responder!)

ARDENIO. ¿Cuál es aquél, mi señora,
que en el alma que os adora
tanto mal pretende hacer?

PRINCESA. Es de manera mi amor,
que las prendas que yo sigo
delante de mi enemigo
parecen mucho mejor.

JELANDO. (Quítate, fiero, de ahí
y no me atormentes más.)

PRINCESA. Cuanto más lejos estás,
estás más cerca de mí.

ARDENIO. ¿Es posible tal vitoria?
¡Oh, bien de mi alma eterno!

JELANDO. (Salir quiero de este infierno;
estorbar quiero su gloria;
hacer quiero que paseo
porque se quite de allí.)
¿Si le hallaré por aquí?

PRINCESA. ¡Ay, triste! A Jelando veo.

ARDENIO. Conviéneme retirar,
no me vea hablar con vos.
Allí me retiro. Adiós.

JELANDO. (Y yo me empiezo a llegar.)

(Quítase de la ventana la PRINCESA *y vase llegando* JELANDO.)

ARDENIO. (Al balcón se va llegando.
¡Oh, pesia tal con el necio!)

JELANDO. (Crece de mi alma el precio
cuanto más me va costando.)

ARDENIO. (Este, como sombra vana,
parece que anda tras mí.)

JELANDO. (Pues naide parece aquí,
quiero hablar con la ventana.)
No serán vanas porfías
que aqueste mármol corone,
que es donde sus manos pone
quien tiene atadas las mias.
Mi mármol, yo os agradezco
todo el bien que me habéis hecho,
y de nuevo, con mi pecho,
el alma y vida os ofrezco.
¿Estáis ahí, mi señora?

ARDENIO. (A pecho que amor contrasta,
¿qué sufrimiento le basta?
Este no se irá en un hora.
Como que agora he llegado,
quiero pasear el puesto.)
¡Hola, Ebandro! ¡Hola Sergesto!
¡Guardas, llamáme un criado!
(Haré que en verme se asombre.)

JELANDO. (Este necio acá se allega.)

ARDENIO. (¡Qué dulce pasión me niega!)

JELANDO. (¡Válgate el diablo por hombre!
¡Por Dios, que he de estarme aquí!)

ARDENIO. (Si se porfía a quedar,
por Dios, que me he de llegar.)

JELANDO. (El hace burla de mí.)
¿Es ley de tu Troya, Ardenio,
o de tu caballería,
término de cortesía
o aviso de buen ingenio,
llegarte a conversación
donde asiste quien bien ama,
a los ojos de una dama
de tan alta estimación?
¿Dónde te lleva el furor?

ARDENIO. ¿Y es de tu Grecia la ley
que ya te juzgas por rey
de quien eres amador?
¿Sabes tú quién es mi padre,
o quién yo soy por mi lanza?
¿Enseñóte esa crianza
la amazona de tu madre?
¿Conócesme, mal nacido?

JELANDO. Tú mientes, bastardo infante.

ARDENIO. Recibe, infame, ese guante.

JELANDO. Quedas, al fin, desmentido.

ARDENIO. Mas tú quedas agraviado.

JELANDO. Pues en este brazo fía,
que dentro el tercero día
te aguardo en el campo armado.

ARDENIO. No pensé que eras tan bueno;
el término te regracio.

JELANDO. Yo no alboroto el palacio
de vana arrogancia lleno.
Quédate en tu misma parte
y guarda bien el lugar,
que yo te sabré buscar
cuando me convenga hallarte.

(Vase JELANDO.)

ARDENIO. Sabré conservarme en él,
y llegue el propuesto día;
que tú ni el mundo podría
apartarme un punto dél.
De Troya te desengaña,
cuando en el campo me aguardes,
que no envía hijos cobardes
a vivir en tierra extraña.
No hayas miedo que me acuerde
de que otra espada me ciña
para que con ella tiña
de tu sangre el campo verde;
que así, desarmado, Ardenio
valor en el pecho tiene.
El Rey es este que viene
y el Embajador armenio.

REY.

Del Rey no fuerces el intento vano,
que culpó, Embajador, tu buen ingenio.

ARDENIO.

Beso tus reales pies, Rey soberano.

REY.

Vengas con tanta paz, troyano Ardenio.
Así tienen los dioses de tu parte, (1)
como te dije ayer, troyano Ardenio,
que mi hija ha de hacer forzadas bodas,
o jura destruír mis tierras todas.
De mi parte le lleva tales nuevas,
y dellas las albricias no le pidas,
que primero que lanza ponga en Tebas
habrá perdido inumerables vidas;
yo tengo para mí que si las llevas
que no te pueden ser agradecidas.
Sola una hija tengo, y ésa es justo
que yo la case de mi propio gusto.
Y así viniera humilde, y en mi corte
con otros mil infantes la sirviera,
diérase en ello el limitado corte
que a la paz de mi reino compitiera.

EMBAJADOR.

Tu majestad me escuche y se reporte,
porque si el fin de mi razón espera,
verá que no es mi Príncipe tan fiero
que rompa un punto de la ley el fuero.
Es de Armenia estatuto y ley que fuerza
a su señor, so pena del ultraje;
que cuando un punto sus derechos tuerza
le hará quien hoy le rinda vasallaje.
Que si quiere mujer la sangre fuerza,
por no degenerar de su linaje,
que de otros reinos interoballos, (2)
o en fiera guerra con valor ganallos.
Pues viendo que por paz no puede habella,
tebano Rey, por fuerza te la pide,
y porque dicen que en extremo es bella
a cosa nunca vista, se comide
que a tu Corte camina, y puesto en ella
ese escuadrón de príncipes que impide
que con ella se case, uno por uno
los desafía, sin quedar ninguno.
El que estorbar quisiere el casamiento
ármese fuerte y en el campo salga,
y gane en el heroico vencimiento
la joya celestial el que más valga.
Y aquesto no parezca atrevimiento
ni ofensa justa de la sangre hidalga,
que, cuerpo a cuerpo, no se elige agravio.

(1) Así en el texto; pero el verso pide "mano" y no "parte"; aunque el sentido de la octava queda siempre oscuro.

(2) No adivinamos qué palabras encubran este disparate, como no sean "intente roballos".

REY.

Como fuerte habló, tú como sabio.
Desde hoy, te juro, por Apolo santo,
que esa palabra expresamente aceto
y la mía te obligo en otro tanto.
Por treguas de la paz que te prometo
la mano al cielo como Rey levanto,
de casalle con ella si, en efeto,
la gana de la suerte que se infiere.

EMBAJADOR.

Menos que con las armas no la quiere.

(*Sale* JELANDO.)

JELANDO.

Aunque parezca, Rey, que lo que quiero
juzgado en tu presencia es desvarío,
pues de la ley no rompe el justo fuero,
y tan al alma toca al amor mío,
sabrás que con un noble caballero
tengo aplazado reto y desafío,
para el cual, protestando tu obediencia,
pido con tu favor dina licencia.
Mostrando, pues, la causa competente,
que es honor, y de príncipe agraviado,
que si aqueste remedio no consiente
haré tomar las armas a mi Estado.
Y porque a los nacidos igualmente
en casos del honor el campo es dado,
para dentro tres días, que le aplaza,
espero, firme, desafío y plaza.

REY.

Hame llegado al alma que en mi tierra
tan desastrado caso te suceda,
que no sé yo qué pecho y brazo encierra
que enemistarse con el tuyo pueda.
Mas antes que yo acete injusta guerra,
y a que por justa ley te la conceda,
declárame con quién te desafías
y qué agravio pidió tan pocos días.

JELANDO.

Eso perdonarás, a mí me importa,
que no lo sepas; sólo, Rey, te pido,
pues la razón, como la ley, te exhorta,
dejes desagraviar mi honor perdido.
Y si me quieres bien, el plazo acorta,
seráte de los dos agradecido.

REY.

Pides tu honor por término encubierto.
Yo te concedo el plazo y campo abierto.

Y por lo que me ha dado pesadumbre,
tratad secreto el caso, y no se diga:
guardad en guerra y armas la costumbre.
¡Mal haya ley que a tanto mal obliga!
Vamos, Embajador.

EMBAJADOR.

En alta cumbre
me va subiendo la fortuna amiga.

CRIADO.

Disimula, señor; abre el sentido;
no entiendan que eres Rey, que vas perdido.

(*Vanse todos, y quedan* ARDENIO *y* JELANDO *solos.*)

ARDENIO. ¿Sabes lo que has intentado?
JELANDO. Ardenio, si no lo sé,
de lo hecho lo sabré
para quedar enseñado.
ARDENIO. ¿Qué? ¿Ya cuentas la vitoria
de tu parte?
JELANDO. Sabe el cielo
que ser tan humilde el celo
merece su honor y gloria.
ARDENIO. ¡Gallardo y fiero te armas!
JELANDO. Deseo verme vengado.
ARDENIO. ¿Sabes que al desafiado
se le da a escoger las armas?
JELANDO. Bien lo sé.
ARDENIO. Pues oye atento
las que quiero.
JELANDO. Sea cualquiera.
Todas son de una manera
para mi buen pensamiento.
ARDENIO. En la marcial estacada
a pie, Jelando, entrarás.
Las armas que llevarás
será tu daga y espada.
Y porque de ti sospecho
que te cansa el temple fino
del acero, determino
llevar descubierto el pecho.
Creo que me has entendido.
JELANDO. El mismo valor te muestro,
que en ellas tienes de diestro
como tengo de ofendido.
Señalo al Rey por jüez.
Queda en paz, y anima el brazo
hasta que, cumplido el plazo,
te vuelva a ver otra vez.

(*Vase* JELANDO.)

ARDENIO. ¡Oh, cuánto obligas, amor,
cuando en un alma confías!
Como que en tus niñerías
se ha de fundar el honor.
¡Ay, Délbora, esquiva y varia,
que me mataste y heriste!
Con el favor que me diste
no temo suerte contraria.
Hoy te me muestras rendida,
y ayer enemiga fuerte;
deseásteme ayer la muerte,
hoy me alargaste la vida.
Mas, triste, ¿por qué creí
el bien en que ya me pones?
que aquellas blandas razones
no se hicieron para mí.

(*Sale* EBANDRO.)

EBANDRO. Príncipe, el paso apresura;
verás todo el bien que encierra
la celestial compostura
y la mayor hermosura
que pone planta en la tierra.
Hase apeado a la puerta
de Palacio, aunque encubierta,
una mujer que llegó,
que, al entrar, me pareció
que vi la del cielo abierta.
Trae su fuerte persona,
entre uno y otro plumaje,
una vistosa corona.
Murmúrase que en el traje
debe de ser amazona.
Por el Palacio entra agora
mostrando el bien que atesora.
Ayuda al gentil donaire
un cabello suelto al aire
que al aire mismo enamora.
No hay ojos que verla puedan;
y con ver que a sus despojos
dan la vida y muerte heredan,
la van siguiendo mil ojos,
que entre el cabello se quedan.
Y aunque su cuerpo gentil
se queda entre red sutil,
apenas mueve la planta,
cuando, adonde la levanta,
se van poniendo otras mil.
Vamos: ¿en qué te detengo?
ARDENIO. La impresa me fuera ufana;
pero, Ebandro, voy y tengo
en que esta reina es hermana
del enemigo que tengo.
¿Qué? ¿Tanta belleza tiene?

EBANDRO. Tal, que al alma le conviene
que la pretenda mirar
creer que se ha de abrasar.

ARDENIO. Ruído siento.

EBANDRO. Ella viene.

(*Sale* ADBERITE, *reina de las amazonas, y* PIRENE, *dama suya.*)

ADBERITE. ¡Cómo que mi suerte ordena
que al cabo de mi porfía
en el más alegre día
borre, ¡oh, Pirene!, esta pena
la gloria del alma mía!
El cielo en sus luces bellas
no tiene tantas estrellas,
cuando más sereno está,
como trabajos me da
y yo le envío querellas.
Cuando el mar y viento insano
ofrecen al alma mía
que pueda gozar mi hermano,
me dicen se desafía
con un príncipe troyano.

ARDENIO. (¡Qué brava señora airada!)

ADBERITE. ¡Y que con voz levantada
diga que a morir le entrega!

ARDENIO. (¡Qué bien con el brazo juega!)
¡Cuál debe de ser la espada!)

ADBERITE. Y sin ver si acierta o yerra
lo diga a voces el vulgo
y cuanto Palacio encierra.
¡Si por quien soy me divulgo
haré que tiemble la tierra!
¿Sabe el tebano Alquimundo
que puedo abrasar el mundo
y que aqueste brazo fiero,
no sólo aguarda el primero,
mas no conoce segundo?

PIRENE. Pon, Reina, a tu furia tasa
y déjale al tiempo hacer;
y aunque la sangre te abrasa,
no te des a conocer
hasta saber lo que pasa.
Si gozar tu hermano quieres,
pon secreto en lo que hicieres,
que el entrar en el Palacio
no ha sido con tanto espacio
que se conozca quién eres.
Busca un secreto lugar
donde lo que pasa veas.

EBANDRO. (Tu casa le puedes dar,
y pues hablarla deseas,
agora puedes llegar.)

PIRENE. Allí he visto un caballero.

ADBERITE. Ser encubierta no espero.
Gallarda presencia tiene.

ARDENIO. (Yo llego.)

ADBERITE. A nosotras viene.
Pirene, escucharle quiero.

ARDENIO. Si para tu real servicio
mi vida y lo que yo soy
fuera justo sacrificio,
divina Reina, aquí estoy;
sólo servirte codicio.
Bien sé yo que a tu decoro
se deben palacios de oro,
mas, para estar de secreto,
mi voluntad te prometo,
que es todo el bien que atesoro.
Si mi casa mereciere
gozarte en su humilde techo,
sólo que la honres quiere,
pues cabrá siempre en mi pecho
lo que en ella no cupiere.
Entre ella y mi voluntad
estará tu majestad,
que si una y otra es secreta,
es mejor y más perfeta,
que tiene rey ni ciudad.

ADBERITE. Cuando ya no me agradara
ese valor y ardimiento
que vuestro rostro declara,
el discreto acogimiento,
caballero, me obligara.
Parece que el alto cielo,
para mi bien y consuelo,
vuestra presencia me ofrece,
que tanto bien no merece
ser de las prendas del suelo.
Y pues sabéis el dolor
que por mi hermano padezco,
cumplid con vuestro valor,
que a vuestro pecho me ofrezco
como del mundo el mejor.
Casa y voluntad aceto
con la fe que este secreto
guardaréis, porque yo espero
hacer que este caballero
rompa el aplazado reto.

ARDENIO. De la fe que quiero darte
digo, señora, en resguardo
del alma la mejor parte.

EBANDRO. (¡Qué presto el alma reparte!)

ADBERITE. ¿Cómo te llamas?
ARDENIO. Belardo.
Mi tierra, señora, es ésta,
cuyo Rey me hace fiesta; (1)
el pueblo me tiene en algo,
por un soldado hidalgo
que alguna sangre le cuesta.
ADBERITE. Todo se muestra en el brío
de aquese pecho lozano.
Pero, dime, güésped mío,
¿es fuerte aqueste troyano?
¿Es desigual desafío?
¿Qué fama se tiene dél?
¿Tiene el aspecto cruel?
¿Qué dice dél esta tierra?
¿Es muy plático en la guerra
o es caballero novel?
ARDENIO. En lo que es el talle y gesto,
aunque tu disgusto temo,
por satisfacerte en esto,
yo le parezco en extremo.
ADBERITE. No es robusto, aunque dispuesto.
ARDENIO. En lo demás, no se trate;
no hagas miedo que le mate
cuando en el campo le aguarde,
que es el hombre más cobarde
que se ha calzado acicate.
ADBERITE. Eso no infama al valor
de mi hermano, bien se entiende:
nace de un justo temor
que por las nuevas se extiende
con el demasiado ardor.
La causa ¿sábesla bien?
ARDENIO. Sospecho que sí, y tan bien
como tu hermano.
ADBERITE. ¿Y cuál es?
ARDENIO. Un amoroso interés
por un celoso desdén.
ADBERITE. ¿Y a cuál se rinde la dama?
ARDENIO. A mí me muestra querer.
EBANDRO. (¡Helo aquí echado a perder!)
ADBERITE. ¿Querer? Luego ¿a ti te ama?
ARDENIO. Querer dármelo a entender;
que tan de su pecho he sido,
que tal vez ha pretendido
descubrirme su pasión...
EBANDRO. (¡Qué bien trocó la razón!)
ARDENIO. Pero nunca se ha atrevido.
ADBERITE. ¿Y es hermosa?
ARDENIO. Fuera agravio
cuando, en tu presencia, della
moviera en esto mi labio,
ni fuera de pecho sabio
poner al sol con la estrella.
EBANDRO. (Como oráculo responde.
Todo lo deja suspenso.)
ADBERITE. Sin ver a mi hermano pienso,
que con su amor corresponde
por el que le tengo inmenso.
Y más que vuela la fama,
que por Grecia se derrama,
que puede agradarse dél
la que es agora laurel
y en otro tiempo fué dama.
Esto dicen de su talle.
No sé cómo he de poder
pasar sin velle ni hablalle.
Mas, ¡ay, Dios!, que en no le ver
consistirá el remedialle.
Y estoy desde que te vi
tan satisfecha de ti,
que por él quiero tenerte.
ARDENIO. Por esclavo hasta la muerte,
pues tanto bien merecí.
ADBERITE. Belardo, alarga esa mano;
toma aquésta por testigo
que por amigo te gano,
porque yo y tan buen amigo
hemos de librar mi hermano.
Jura de darme tu ayuda.
ARDENIO. Hasta la muerte, sin duda.
EBANDRO. (Para matarle o morir.)
ADBERITE. Luego bien podré decir
que el mismo Marte me ayuda.
ARDENIO. Pues en tus cosas me empleas,
todo lo que pides firmo.
Cumpla Dios lo que deseas.
ADBERITE. Por mi hermano te confirmo,
para que mío lo seas.
Belardo, a tu casa vamos,
que entre los dos esperamos
de mi Jelando la vida.
ARDENIO. Para no ser conocida,
por esta puerta salgamos.
ADBERITE. Bien dices; vamos a pie,
y tú mira ese criado
donde el caballo dejé.
PIRENE. De todo tendré cuidado;
a casa le llevaré.

(Vanse ADBERITE *y* ARDENIO.)

EBANDRO. Dígame, señora hermosa:
¿hállase bien sin la guerra?

(1) El original dice "fuerza".

¿Hala probado esta tierra?
¿Es esta ciudad vistosa?
¿Estará agora encogida
que deja su natural?
Pues sepa que hay otro mal
del güésped que las convida.

PIRENE. ¡Ay, dígame lo que pasa!

EBANDRO. Que esta noche, sin mentir,
juntos hemos de dormir,
porque es estrecha la casa.

PIRENE. Bien cupieran treinta damas,
si con la Reina vinieran.

EBANDRO. En la calle se estuvieran,
porque no hay más de dos camas.
La primera se autorice
con su ama y mi señor;
la otra, que es la peor,
la guitarra se lo dice.

PIRENE. ¡A buen puerto hemos llegado!
¿Ese señor hizo cuenta
que a tan gran Reina aposenta?

EBANDRO. Es necio, después de honrado.

PIRENE. ¿Quién, tan fiero arrojadizo,
le ha obligado a la ocasión?

EBANDRO. Ser de buena condición;
que por aqueso lo hizo.

PIRENE. No te tengo por fiel.
Vamos por este caballo.

EBANDRO. Si no hay donde llevallo,
¿para qué hemos de ir por él?

PIRENE. ¿Con sus palabras discretas,
tratando de gentileza,
nos lleva a tanta pobreza?

EBANDRO. Para que estén más secretas.
Vivirá mejor en ella,
pues que tan secreta viene;
que la pobreza eso tiene,
que nadie se acuerda della.
Y vos recibí contento,
que, tan secreta estaréis,
que en un mes no comeréis,
encerrada en mi aposento,
que, hermana, no está en su tierra.

PIRENE. ¡Sólo falta que me riñas!

EBANDRO. Diz que cortan a las niñas
los pechos para la guerra.

PIRENE. El uno es negocio llano,
pero a las más principales.

EBANDRO. Y ella ¿tiénelos cabales?
¿Podré llegar con la mano?

PIRENE. ¡Ta, ta, ta, que hay más que hacer!

EBANDRO. Déjeme al uno llegar,
quedaréme en su lugar,
que bien me habrá menester.
Déjeme en los bellos senos,
que, como quedarme mande,
le haré otro bulto tan grande
para que no le eche menos.

PIRENE. Llegue el villano a tocallos.
¡Por la punta de este estoque,
que primero que los toque
podré de sangre esmaltallos!

EBANDRO. Las burlas basten, no más;
tu gentil ánimo alabo.
Para siempre soy tu esclavo,
y aun para siempre jamás.
Guárdala para tu guerra;
vamos a casa, mi amor;
que es del Príncipe mejor
que tiene toda esta tierra,
donde serás regalada,
y tú de mí tan querida,
y de mi alma servida,
cuanto serás estimada.

PIRENE. ¡Qué gran contento me has dado!
¡El alma al cuerpo me vuelves!

EBANDRO. Y tú con tu miel envuelves
el acíbar que me has dado.
Mira: quien presto se arroja,
presto al contrario le pasa.
Vamos, y daréte en casa
dos liciones de la hoja.

PIRENE. Ven, que aqueso quiero yo;
pero primero se advierta
que pasemos por la puerta
donde el caballo quedó,
porque mi ama le estima
lo que decir no sabré.

EBANDRO. Vamos, y daréte el pie
para que subas encima.

JORNADA SEGUNDA

(Salen ADBERITE *y* PIRENE.)

ADBERITE.

¡Dulce pasión de amor, dulce acidente,
que me matas el alma,
pues de mi libertad llevas la palma,
templa el dolor que de tu pecho siente,
o acaba de matarme,
que bien podrás después resucitarme.

¡Oh duro, irreparable desvarío!
Pirene, yo me abraso;
apenas puedo ya mover el paso
sin la esperanza de este güésped mío.
¡Ah, güésped lisonjero,
que en tres días de amor por ti me muero!
¡Buen hospedaje has hecho,
y bien te lo he servido!
que entrambos nos habemos recibido:
tú a mí en tu casa, y yo a ti en mi pecho.
Troquemos el cuidado,
que por el tuyo te daré mi estado.
Si en esperanza el corazón desmaya,
güésped, toma tu casa;
dame mi pecho, que en amor se abrasa,
que no me pedirá cuando me vaya
que el bien te satisfaga,
pues que te dejo el alma por la paga.

PIRENE.

¡Bien cuadran esas fáciles razones,
de flaca y tierna dama,
en pecho que aguardó tal gloria y fama
entre propias y bárbaras naciones;
que estaba en campo abierto
teñido en sangre de enemigo muerto!
¡Quien no ha temido arrojadizos fuegos,
una centella siente;
un niño rompe un pecho tan valiente
que no pudiera un escuadrón de griegos!
¡Ay, cómo veo en verte
que eres mujer, al fin, cuando más fuerte!
Agora no querrás buscar tu hermano.
Ya dices que le tienes;
muy bien. ¿Su casamiento a trazar vienes,
o a detener el brazo del troyano?
Pues por tratar el suyo,
creo que tratas con engaño el tuyo.

ADBERITE.

Tienes mucha razón, Pirene mía,
que a mi hermano le importa.
Bien sabes lo que aquesta espada corta,
que si de la batalla llega el día,
en armando estos brazos,
sacalle tengo del palenque a brazos.
Y con mi güésped tengo concertado
que antes que en la estacada
éntre mi hermano, en mi caballo, armada,
y antes de entrar el enemigo airado,
acuda yo primero
y espere al enemigo caballero.
El pensará, sin duda, que es mi hermano,
y como yo le mate,
en alabanza el bélico combate,
echaréme a los pies del Rey tebano
para que el pueblo grite
con tal hazaña el nombre de Adberite.
Y en premio desto pediré conceda
mi hermano, pues es justo
librándole de muerte, me dé gusto,
que con éste mi güésped casar pueda,
que dicen que es Infante
de unas famosas islas de Levante.
Que si con él me viese yo casada
mi reino dejaría,
y en el suyo contenta viviría,
renunciándole en ti, Pirene amada.
¡Mira qué bien tendremos,
que yo, Belardo y tú reyes seremos!

PIRENE.

Cuanto ha que te conozco no me acuerdo
verte con tal intento,
que abominabas siempre el casamiento.
Perdona, Reina, si el respeto pierdo.
Que ese mortal cuidado
es locura o veneno que te han dado.

ADBERITE.

No es sino de amor piadoso celo.

PIRENE.

No es sino pesadumbre
que rompas de tu tierra la costumbre
contra la ley que te promete el cielo.
Busca otro ayuntamiento;
sin obligarle a firme casamiento:
haz lo que han hecho siempre tus pasados.

ADBERITE.

¿No ves que se engañaron,
que por guardar su ley varón buscaron,
sin fe de matrimonio, deshonrados?
Más justo es mi deseo
si le gano con Venus y Himineo.

PIRENE.

Imposible será que dél te apartes.

ADBERITE.

¡Ay, mi güésped querido!
¡Si mi hermano te hiciese mi marido,
o por mi obligación o por mis partes!
¿No miras lo que pasa,
que me dejó señora de su casa?

(*Sale* EBANDRO.)

EBANDRO. Basta, que anda tramontana;
toda la mar se revuelve.
PIRENE. Ebandro es éste, que vuelve
de adonde fué esta mañana.
ADBERITE. Pues, Ebandro, ¿qué has sabido?
EBANDRO. Que todo está apercebido,
que se te acerca la pena,
que en todas las calles suena
de las armas el ruído.
Toda la plaza se arde,
todo es correr y cruzar,
todos procuran lugar
para tenelle a la tarde.
Con ser fiesta de mortajas,
ventanas altas y bajas
cubren de brocado y seda.
No hay razón que oír se pueda,
todo lo atruenan las cajas.
Unos salen y otros entran,
todo es salir y cruzar;
por salir y por entrar
se atropellan y se encuentran.
Aquéste al otro pregunta;
aquí un corrillo se junta;
éste defiende tu hermano,
y el otro sobre el troyano
con el amigo se apunta.
Uno está rogando a Dios
naide salga victorioso;
otro, que es más piadoso,
que salgan vivos los dos.
Todos cuentan gentilezas,
pronósticos y destrezas.
Hay, al fin, por que no esperes,
infinitos pereceres
con infinitas cabezas.
ADBERITE. Suerte, ¿en qué te merecí,
que me seas tan molesta,
que sea del pueblo fiesta
lo que es pesar para mí?
¿Qué hay de mi hermano?
EBANDRO. Que ha estado
con tu venida turbado,
y por saber si es verdad
no ha dejado en la ciudad
rincón que no haya mirado
hasta hoy, que ya se aplaza
su desafío y encuentro...
PIRENE. Gente suena.
EBANDRO. Entrate dentro,
que yo me voy a la plaza.
ADBERITE. Mi huésped ¿adónde es ido?
EBANDRO. En cas de un amigo está.
ADBERITE. ¿Sabes si al campo saldrá?
EBANDRO. Así lo tengo entendido. (1)
ADBERITE. Pues éntrame a armar, Pirene,
y ensillarásme un caballo,
que, fuera de ir a buscallo,
ir al campo me conviene.
EBANDRO. Si vas al fiero destrozo,
échate al rostro un rebozo.
ADBERITE. Vamos. Ayúdeme Dios,
que la pena de los dos
yo haré que se trueque en gozo.

(*Vanse, y queda* EBANDRO.)

EBANDRO. ¡Mal conoces al troyano!
¡No sabes bien lo que pasa!
Que a ti te hospeda en su casa
y va a matar a tu hermano.
Y agora permite el cielo
que, engañada de su celo,
ponga en Ardenio su amor.
¡Ved si hay engaño mayor
en los engaños del suelo!
¡Ved el ejemplo que ofrece
amor, de quien Dios me guarde,
que por él Délbora se arde
y a Délbora él aborrece!
¡Qué grande industria ha tenido!
Estas piensan que han venido (2)
de casa, y al campo va,
y el falso armándose está
en una cuadra escondido.
Triste suceso es el vuestro,
que en las armas que escogió
está, desde que nació,
ejercitado y maestro.
Llevándome del furor,
hablando de mi señor,
poco a poco y de mi espacio,
he llegado hasta Palacio.
Dél sale el embajador.

(*Sale el* EMBAJADOR, *que es el Rey armenio, y su* CRIADO.)

EMBAJADOR.

No es justo, amor, que ya los racionales
traten de encarecer fuego excesivo
más que las plantas, aves y animales.

(1) Falta un verso para la quintilla, que, según la alternativa de ellas con cuartetas que viene guardándose, le tocaba aquí.
(2) Parece que deberá decir "que ha salido".

Con despedida voz y acento vivo
muestran que en piedras, aves, fieras, plantas,
te muestras poderoso y vengativo.
Pasé la mar después de tierras tantas
sólo porque me entraste en el oído,
que hay veces que en el alma te adelantas.
Y sin que hubiese visto y conocido
el rostro de la causa por quien muero,
peregrino trocándome el vestido.

CRIADO.

Calla, por Dios, que he visto un escudero.

EBANDRO.

Visto me han; yo vuelvo las espaldas.

(*Vase.*)

CRIADO.

Pasó de largo y escuchó primero.

EMBAJADOR.

Si del Oriente las doradas faldas;
si tantas piedras, ámbar, plata y oro,
zafiros, amatistas y esmeraldas;
si tan varias riquezas atesoro;
si tantos reinos y vasallos tengo,
¿qué bien del mundo tan sediento adoro?
¿Qué esposa es esta que buscando vengo,
fingido embajador, con sólo un paje,
y con lo que me cuesta me entretengo?
Y si busco mujer que me aventaje,
soy rey; si hermosa, siendo reina, hallara;
si es buena, ¿qué mejor que mi linaje?
Dime, Evaristo, ¿qué señor dejara
el bien que yo poseo, y de un cabello,
por un liviano gusto, le colgara?
Mas tarde ya me desvanezco en ello;
ya estoy en la prisión de mi enemiga,
el hierro al rostro y la cadena al cuello.

CRIADO.

¿Tan grande es el deseo que te obliga
dejar tu gloria y tu amada tierra,
que con tu injusta ausencia te fatiga?
¿Con tanta fuerza te aprisiona y hierra,
que no puedes romper los eslabones?

EMBAJADOR.

Tal es del dulce amor la fiera guerra.
Ya descansa los pies en sus prisiones;
el alma alegre entre tristeza y pena,
agravios busco, adoro sinrazones.
Dichoso el que de amor en la cadena
toma del tiempo lo que el tiempo diere,
que es luna desigual menguante, llena.
Al Rey osé pedir, como quien muere,
al príncipe Lotaro permitiese,
diciendo que a su Corte venir quiere,
que un día en la estacada amaneciese
contra cualquiera príncipe o infante
que aqueste casamiento pretendiese.
Y aunque es verdad que fué reto arrogante,
en llegándose el tiempo limitado,
cumplir o no vivir más importante,
yo pienso amanecer en campo armado
el quinto día de éste, con deseo
de que mi vida acabe o mi cuidado.
El Rey, los grandes, la Princesa veo.

CRIADO.

Deben de ir al palenque de la plaza.

EMBAJADOR.

¡Oh, gloria y bien del alma que poseo!
De cuantas vidas tu cabello enlaza,
no es mucho lleves la que ya no es mía,
aunque por tanto bien la muerte abraza.
Aqueste sea de mi muerte el día,
que por gozar tu gloria te permito
que la conviertas en ceniza fría.
Mas yo, loco de mí, ¿por qué limito
aquella voluntad que me sujeta,
y de los cielos el poder le quito?

CRIADO.

Afloja el duro lazo que te aprieta
con lazada mortal; descansa un poco;
vea en el alma la pasión secreta.

(*Sale* DRUSO, *criado de* JELANDO.)

DRUSO.

¿Hase visto en jamás furor de un loco
cual éste ha sido, que me desespero,
y atreverme a los dioses me provoco?—
Señores, ¿habéis visto un caballero
con un rebozo y una capa larga,
gallardo, pasear en el terrero?

EMBAJADOR.

Ese por quien decís el paso alarga
al puesto donde estamos, y aquí viene.

DRUSO.

Que viene a ejercitar lanza y adarga.

CRIADO.

Señor, ¿qué aguardas?

EMBAJADOR.

Gentileza tiene.
Mándanos otra cosa en que sirvamos.

DRUSO.

Serviros solamente me conviene.

EMBAJADOR.

Vamos a ver la plaza.

CRIADO.

Vamos, vamos.

(*Vase* LOTARO *y su* CRIADO, *y sale* JELANDO.)

DRUSO.

El cielo os guíe.—¿Dónde vas, perdido?
¿Es hora que las armas prevengamos?
Tienes un pueblo con atento oído
solamente esperando que le toque
del atambor y pífano el sonido,
y vienes donde amor tu fuerza apoque.
Algún desdén que arroja una ventana
a que pierdas la vida te provoque.
¡Oh, ley de amor en condición liviana!
Y más que entiendo yo que la Princesa
a los teatros fué por la mañana.

JELANDO.

Ya iguala mi dolor, o me da priesa.
Este dolor que muere por matarme
verás que entre honra y fama se atraviesa.
Verás que yo no puedo remediarme;
verás que fué la causa de este reto
y que es honor del mundo fatigarme.
Verás la vida que muriendo sigo;
verás que fué la causa de este reto
la misma causa que a buscar me obligo.
Bien me aconsejas tú como discreto,
mas no cabe consejo en ostinado,
aunque ostinar tu corazón prometo.
Paréceme que es ley de mi cuidado
que si de mi señora el rastro veo,
como es del Rey el hombre condenado,
no moriré; mas con igual trofeo
quedaré vencedor deste enemigo,
que es todo el bien y triunfo que deseo.
Allí me aguarda, pues, mi caro amigo,
que yo sé que mi diosa allí me aguarda,
si no he tardado y a morir me obligo.

DRUSO.

Pláceme; pero entiendo que se tarda
tu entrada en el palenque, que es gran nota.
¡Oh, amor, a quien la muerte no acobarda!

JELANDO.

Mi vitoria será deshecha y rota
por vuestras manos, si os habéis perdido.
Todo me sobresalta y alborota.
Paréceme que siento allí un gran ruido
detrás de la ventana, y que se suena
una voz lamentable en el oído.
Esto debe de ser mi propia pena;
entiendo que muy tarde, ¡oh gran descuido!
¡Ay, Dios! Si está de mi venida ajena.
No sé qué pienso, qué imagino y cuido.
¿Quién me puede librar de cruda muerte
si de la propia vida me descuido?
Gente hay en esta cuadra. ¡Ah, triste suerte!
Si fuera aquella que morir me deja...
mas tierna planta no pisó tan fuerte.
Quiero asirme por una y otra reja,
que la ventana es baja, y ver quién anda,
que con voces de lágrimas se queja.

DRUSO.

Mirad el ciego mozo en lo que anda;
ved en palacio el grave atrevimiento,
más que si otro más ciego se lo manda.

(*Va subiendo como por reja, y asómase a la ventana una sombra a modo de* MUERTE, *con su calavera, y* JELANDO *cae desmayado.*)

JELANDO.

¡Ay de mí! ¡Amargo fin, duro portento!

DRUSO.

¡Válgate el cielo, oh mozo inremediable!
Mal haya, plegue a Dios, tu pensamiento.
¡Oh, fortuna envidiosa y variable!
Desmayo es éste, y qué mortal desmayo,
o fin de mi sospecha miserable.
Abrasóle del sol el vivo rayo;
las locas alas abajóle al suelo.

JELANDO.

¡Oh mi buen compañero y mi buen ayo!

DRUSO.

Esfuérzate, señor.

JELANDO.

Antes recelo
que en vano quedo vivo; si lo quedo,
es que mayor dolor me guarda el cielo.

DRUSO.

¿Haste hecho mal?

JELANDO.

Ninguno. ¿Cómo puedo
decirte lo que he visto a la ventana,
si no es imagen de mi propio miedo?
Sin duda que mi muerte ya es cercana:
se pronostica del portento duro.

DRUSO.

Calla, por Dios, que fué tu sombra vana.

JELANDO.

¡Ay! No me digas tal. Por Dios te juro
que vi una calavera de hombre muerto
cubierta en parte de un nublado escuro,
y que me pareció, tengo por cierto,
que se fué por el aire desparciendo,
dejándome, cual ves, helado y yerto.
Y aun agora de nuevo estoy temiendo
que apenas muevo las heladas plantas
al corazón la sangre recogiendo. (1)

DRUSO.

Quimeras son que en el temor levantas.
Esfuérzate, que pierdes honra y vida
y el nombre eterno de vitorias tantas.
No puede ya dejar de ser cumplida
la palabra aplazada al Rey tebano,
y de tu sangre real la ley rompida.
Buena fuera la fuerza del troyano
si comprara la vida tan barata.

JELANDO.

Antes le daré muerte con mi mano.
Que lo que aqueste miedo desbarata
algún encantador deste cobarde,
que salga al campo y que con él combata.

DRUSO.

Vamos luego de aquí; vamos, que es tarde;
las armas pocas son, presto son puestas.
Vamos, y el alto Júpiter te guarde,
que tanta pena y lágrimas me cuestas.

(Vanse, y salen ARDENIO *y el duque* SERGESTO, *su hermano, con trompeta y caja y acompañamiento.)*

SERGESTO. Ya, Ardenio, estás en el puesto
de la muerte o la vitoria,
donde para pena o gloria
viene el corazón dispuesto.
Mira, hermano, cómo pruebas
que si en este campo llevas
del desafío la joya,
honrando tu amada Troya,
te haces famoso en Tebas.

ARDENIO. Todo lo tengo entendido;
mas dime, Sergesto, agora:
¿Cómo, llegada la hora,
el Príncipe no ha venido?
Parece que rompe el fuero
de la ley de caballero.
¿Cómo en el campo han entrado
si soy el desafiado?
Como he venido el primero,
tengo yo de ir a buscallo
si nuevo término toma.

SERGESTO. Un hombre robusto asoma
bien armado y a caballo.
Por entre la gente aprieta,
y sin señal de trompeta
por entre la gente viene.

ARDENIO. En este campo ¿qué tiene,
si no es que alguno me reta?

(Sale ADBERITE *armada y arrebozada.)*

ADBER. (1) ¿Ha venido mi contrario?

ARDENIO. Aquí delante me tienes.

ADBERITE. ¿Cómo de esa suerte vienes?

ARDENIO. Yo traigo lo necesario.
Mas tú, que vienes así,
sin las armas que te di
y con ese peto armado
en el palenque has entrado,
¿qué es lo que quieres de mí?

ADBERITE. (¡Qué mal mi engaño dispuse!)
Es que a mí me han engañado,
que estando así desarmado,
con estas armas me puse;
pero yo ¿en qué me detengo?
Ya mi remedio prevengo.—
¡Hola! Volvedme a escuchar.
Yo me voy a desarmar,
esperad, que luego vengo.

(Vase como que se sale a armar, y suenan cajas y trompetas, y salen JELANDO *y* DRUSO, *su criado, con acompañamiento.)*

SERGESTO. Hermano Ardenio, por Dios,
que es el valor necesario.
Allí viene otro contrario,
que debéis de tener dos.

ADBERITE. Perdiendo se va mi traza.
Ya mi hermano entra en la plaza.

ARDENIO. ¿Quién tal maldad le consiente?

SERGESTO. Ya viene. Toda la gente
lugar le desembaraza.

JELANDO. ¡Qué tarde habemos llegado!

DRUSO. El volver es lo que importa.

(1) El texto dice "recogida".

(1) El original pone este verso en labios de ARDENIO y el siguiente en los de SERGESTO, ambos impropiamente.

ADBERITE. Príncipe, el paso reporta;
mi intento es ya declarado.
Caballero, dad lugar,
dejadme al Príncipe hablar.
JELANDO. ¿Quién es este caballero?
ADBERITE. Contigo a solas lo quiero.
JELANDO. Aquí podemos estar.
ADBERITE. Mancebo fuerte, aunque tierno,
de real tronco, ilustre rama,
a quien procura la fama
celebrar con siglo eterno;
no porque de tu valor
yo pueda argüír temor;
pero hay, para tus daños,
de esta parte pocos años,
de la mía mucho amor.
Y estas razones me fuerzan
que en tu lugar me señales,
si tú las tienes por tales,
que tu propósito tuerzan.
Digo que trueques la suerte
y que del contrario fuerte
me dejes probar la espada,
y, de su sangre bañada,
te vengarás con su muerte.
A mí naide me conoce,
y júrote por mi ley
que ni al padrino ni al Rey
mi rostro desarreboce.
Concede que al campo salga,
que por más que en armas valga,
ha de quedar muerto allí;
y en fe de que será así,
te doy esta mano hidalga.
JELANDO. Caballero, a quien yo debo
mi honra, vida y estado,
cuya amistad y cuidado
agora en la muerte pruebo,
¿qué has visto o que ves en mí,
o adónde te merecí,
si no es que ya la aborrezcas,
que por mí la vida ofrezcas
que yo nunca te ofrecí?
Si este Ardenio te agravió
y quieres vengarte dél,
déjame agora con él,
que sabré vengarte yo.
Y verás de aquesta suerte,
aunque soy flaco y él fuerte,
cuando cuerpo a cuerpo esté,
que en pago de aquesta fe
por ti le rindo a la muerte.
Que si el cielo no lo veda
y vitorioso quedare,
de la vida que sacare
te ofrezco la que me queda.
ADBERITE. El suelo y cielo también
sabe que ningún desdén
me puede obligar a tal,
ni deseo de tu mal,
sino de tu propio bien.
Déjame salir al campo;
robusto soy, bien podré.
¿No ves que si asiento el pie
la planta en la tierra estampo?
SERGESTO. Muy larga plática es ésta,
y a todo el pueblo molesta
plática que tanto dura.
JELANDO. Todo el pueblo me mormura.
ADBERITE. Pues ¡sus! las armas apresta.
Comienza a hacer tu batalla,
que no quiero estar a vella.
JELANDO. Ya por fuerza habré de hacella
hasta morir o acaballa.
ADBERITE. Viendo tu engañado estilo
tiernas lágrimas destilo
porque tú excusar podrías
que flor de tan pocos días
corte de la Parca el hilo.
Aparejadme un caballo,
porque me quiero volver.
Yo no puedo estar a ver
armas donde no batallo.
SERGESTO. Sacad esas dos espadas
y esas dagas que traéis,
porque seguros estéis
que no son aventajadas.
Las espadas están bien
y las dos dagas también,
restan, porque estén iguales,
que vuestros pechos reales
como las armas estén.
Alzad las manos al cielo
y con firme corazón,
so pena de ser traición,
la mayor de aqueste suelo,
poniendo a Dios por testigo,
por temor de su castigo,
haced firme juramento
que virtud ni encantamento
ninguno tiene consigo.
ARDENIO. Juro por el santo Apolo
que vengo al palenque solo
y que mi pecho no tray

otra cosa en cuanto hay
de Calisto al otro polo.

JELANDO. Lo mismo juro y protesto,
de que no he traído al puesto
piedra, palabra, ni hierba,
ni cosa que se reserva
de lo Antártico a lo opuesto.

SERGESTO. ¡Alto! Tocad la trompeta
en nombre de Marte airado,
y cada cual, esforzado,
a su contrario arremeta.

ADBERITE. Amor un diamante labra;
primero mi pecho se abra.—
Jelando.

JELANDO. (Agora me nombra.
¿Si es ésta la triste sombra?)

ADBERITE. Escúchame una palabra.

JELANDO. ¡Oh pasión desenfrenada!
Señores, guardad el fuero;
haced que este caballero
se salga de la estacada.
Fuera de que no es costumbre,
me da mortal pesadumbre.
Haced que el Rey se lo mande.

ADBERITE. Viendo sinrazón tan grande,
vierto por los ojos lumbre.

SERGESTO. Volved, hidalgo, a la tienda,
poned antes del combate
al caballo el acicate,
o iré y cortaré la rienda.

ADBERITE. Enhorabuena; cortaldas.

SERGESTO. ¡Cuál anda aquí con sus faldas
de mujer femenil pompa!

ADBERITE. (Este ha de hacer que le rompa
con la daga las espaldas.)

SERGESTO. ¿Hay locura semejante?

ADBERITE. ¡Vive Dios! que has de entender
que si es brazo de mujer
es la fuerza de gigante.
¡Prueba el golpe que te doy!

SERGESTO. ¡Oh gran traición! ¡Muerto soy!

REY. ¿Qué ha sido ese desconcierto?

CRIADO. Al duque Sergesto han muerto.

REY. Pues ¿cómo? ¿Donde yo estoy?
¡Hola, guardas! ¡Hola, gente!
¡Asilde! ¡Habelde a las manos!

ADBERITE. Naide se llegue, villanos.

ARDENIO. Mi hermano es muerto, detente.

(*Hase de advertir que en un balcón han de estar el* REY *y la* PRINCESA *y abajo todos los de acompañamiento, y mata* ADBERITE *a* SERGESTO, *y ponen mano dos contra ella, y ella se defiende y descubre.*)

Pues ¿cómo su muerte abonas
de esa que al alma le quite?

ADBERITE. ¿Sabéis que soy Adberite,
Reina de las amazonas?
Quien me quisiere prender
sígame, que ha menester
lugar para el corazón.

(*Vase acuchillando.*)

JELANDO. ¡Oh, hermana! ¿En tal ocasión
te me has dado a conocer?

CRIADO. Ya murió. Su fin es cierto.

ARDENIO. Ved del mundo el desatino,
traigo un hermano padrino
y sale del campo muerto.

JELANDO. ¿Dónde está mi hermana bella,
si ha de escapar o morir?

DRUSO. El Rey la mandó seguir,
y va la guarda tras ella.

JELANDO. ¿Hase visto confusión,
desatino y sinrazón
como aquésta de mi hermana?

ARDENIO. ¡Vengada estás, inhumana,
vengada de mi traición!
Igual queda el desafío,
y aun me ganas por la mano,
que cuando mate a tu hermano
ya me dejas muerto el mío.
Ya la cólera me aprieta.
¿Qué aguardas? ¿Que te acometa?
Ea, buen Príncipe, sal,
que el Rey ha hecho señal
que se toque la trompeta.

(*Tocan la trompeta y pelean los dos, y cae* JELANDO *muerto.*)

ARDENIO. Esto es hecho. ¿Resta más?

DRUSO. ¡Ah triste y aciago día!
¡Ah, Príncipe, bien temía
el triste fin en que estás!

CRIADO. Gran valor tu pecho encierra.

ARDENIO. ¿Qué resta en aquesta guerra?

CRIADO. Que los soldados juntemos
y del campo te saquemos,
como es uso de la tierra.

(*Tocan las trompetas, y los acompañados toman el cuerpo en hombros y en orden se entran, y salen el* REY *y* LOTARO.)

REY.

Extraño ha sido el mísero suceso,
igual puede llamarse desafío.
¡Grande valor del femenino pecho!

No fué posible que a prisión se diese;
hiriendo a todas partes, se ha escapado.

EMBAJADOR.

Gallardo sale de la plaza Ardenio.

REY.

Debe a los dioses justo sacrificio;
pudiera perder mucho.

EMBAJADOR.

Yo lo creo.

REY.

¡Qué triste estoy, y más en ver mi hija
que, como si la muerte lamentara
de algún hermano o de su propia madre,
ha derramado mil piadosas lágrimas,
abrasando los vientos con suspiros,
y así, sin esperanza, casi sola,
por el jardín se ha entrado en el palacio.

EMBAJADOR.

En ánimo, señor, de tiernas damas
es justo y piadoso el sentimiento.
Sabe el excelso Júpiter que tengo
deseo que a tu Corte insigne llegue,
mi buen señor y príncipe Lotaro,
para que, como tengo confianza
en el supremo coro de los dioses,
llevando la vitoria que merece,
le des el premio que le tienes dado;
para que goce la divina Infanta
sus verdes años con igual esposo,
la cual espero que será muy presto,
según espero de esta carta suya
que agora poco ha me dió un correo.

REY.

De todo espero el bien de mis Estados.
Leelda, Embajador.

EMBAJADOR.

Así comienza:
"Mi caro primo: Yo he llegado a Grecia
con todo el bien que te conceda el cielo;
espero verme de hoy en cinco días
en la Corte del Rey, y así te mando
le avises como voy, y que en su tierra
haga saber el concertado campo."
No escribe más.

REY.

Por cierto que me huelgo
que esté tan cerca de mi Corte el Príncipe.
Mira si quieres que contigo salga
para el recibimiento alguna gente.

EMBAJADOR.

Beso tus reales pies, pues merced tanta,
si fuese necesario, llevaréla.

REY.

Quédate en paz, que voy a mi palacio
a juntar sobre aquesto mi Consejo.

EMBAJADOR.

Los dioses te acompañen y te guarden.

(*Vase el* REY *y sale el* CRIADO *de* LOTARO.)

¿Qué sientes, Evaristo, del suceso?

CRIADO.

Estoy metido en confusión tan grande,
que sólo puede Júpiter inmenso
desenlazar los intrincados lazos.

EMBAJADOR.

Ya todo está en el alma prevenido.
El Rey no te conoce ni te ha visto.
ni la gente repara en un criado.
Vendrás el quinto día con mi gente
todo vestido como Rey armenio;
hablarás con el Rey con voz muy grave
y, sin que en esto mucho te detengas,
dejándolos á todos satisfechos,
a casa volverás, y a la mañana
saldré yo al campo con mis fuertes armas,
y como gane a todos la vitoria,
declararé quién soy, y del engaño
daré con mis vasallos testimonio.

CRIADO.

Buena es la traza. Calla y disimula,
que viene un hombre.

(*Sale* EBANDRO.)

EBANDRO.

¡Ah! Día de contento
donde tu esfuerzo, Ardenio, al mundo admira. (1)
Pena y pasión en un sujeto siento,
aunque lloro la muerte de tu hermano,
celebro tan glorioso vencimiento.

EMBAJADOR.

De la ocasión me pones en la mano,
fortuna, los cabellos. ¡Hola, amigo!
¿Sirves al fuerte Príncipe troyano?

---

(1) En el texto, "adiestra".

EBANDRO.

Yo le sirvo, le alabo y le bendigo
porque es fuerte, galán, sabio, discreto,
que jamás le rindió fiero enemigo.

EMBAJADOR.

No he tenido, Evaristo, te prometo,
hombre en el campo como aqueste mozo.
¿Sabéis si ha de salir al nuevo reto?

EBANDRO.

¡Qué bueno si saldrá! Que hará destrozo,
por el infierno, y más por esta dama,
de quien espera su contento y gozo. (1)

EMBAJADOR.

¿No sabe que es Lotaro rey de fama,
robusto y belicoso?

EBANDRO.

En eso mira.
¿No ves que no hay peligro en quien bien ama?
¿Y no ves que su brazo al mundo admira,
y que ese Rey (2) vendrá, para su daño,
como este que hoy tan mal logrado aspira?
Mira el funesto fin de aquellos años.
Del templo vengo. Todo está cubierto
de negras hachas y de negros paños.
Y, como ves, sin heredar ha muerto
atravesadas la col un lambeo
están sus armas sobre el quando muerto: (3)
envidia si te agrada ese trofeo.

EMBAJADOR.

Vuelves por tu señor. Ahora bien, vamos,
que en verle en campo con el Rey deseo.

EBANDRO.

Y todos ese día deseamos.

(*Vanse y queda* EBANDRO, *y sale* ARDENIO *embozado.*)

Cerca de casa he llegado.
Ir quiero [a] ver lo que pasa;
pero allí sale de casa
un caballero embozado.
No le puedo conocer.
A muy buen tiempo he salido.

ARDENIO. Ebandro, tan bien venido
como yo te he menester.

EBANDRO. ¿Cómo vienes, señor mío?

(1) En el texto, "gloria".
(2) En el texto, "y que es rey y vendrá".
(3) Este desatinado pasaje está así en el texto

ARDENIO. Mal herido, Ebandro, estoy;
mas consuélome que soy
la gloria del desafío.
Del engaño estaba ufano;
castigóme el cielo, cierto.
¡Reina, un hermano te he muerto,
mas hasme muerto un hermano!
No pido al cielo justicia,
antes hago penitencia,
que es pecado de inocencia,
y yo pequé de malicia.
Mas pues quiso castigar
el cielo mi fe deshecha,
con la Reina esta sospecha
me cumple disimular.

EBANDRO. Si tan mal herido sales,
para que la sangre impidas,
muestra, ataré las heridas.

ARDENIO. No importa, no son mortales.

EBANDRO. Esa crueldad vuela (1) y piensa
que matarte es sin razón.

ARDENIO. Otra mayor confusión
me tiene el alma suspensa.
No sé, Ebandro, cómo sea,
si la Reina me ve así,
que pensará que yo fuí
cuando las heridas vea.
Industria tengo pensada,
que hacer la razón me manda.
Echate al rostro esa banda
y mete mano a la espada.
Haz que me quieres herir.
Presto, que la Reina viene.

(*Embózase* EBANDRO *y pone mano a la espada y éntrase huyendo* EBANDRO, *y sale* ADBERITE.)

ADBERITE. La que ventura no tiene,
¿para qué quiere vivir?

ARDENIO. ¡Oh! ¡Ladrones, salteadores!
(Huye, Ebandro, huye presto.)

ADBERITE. ¡Ay, cielo santo! ¿Qué es esto?

ARDENIO. ¿Tantos a un hombre? ¡Traidores!

ADBERITE. ¿Qué es esto, señor Belardo?

ARDENIO. ¡Ay! Tenedme, que me muero.

ADBERITE. Volved en vos, caballero,
que es del ánimo gallardo.

ARDENIO. Desmayóme la herida,
y vos me habéis consolado;
si la vida me han quitado,
vos me habéis vuelto a la vida.

(1) Así en el texto; pero hay error de escritura.

ADBERITE. ¡Ay, cielo! Sangre tenéis.
ARDENIO. Diez hombres muerto me han.
ADBERITE. ¿Qué es de ellos? ¿Por dónde van?
ARDENIO. Dejaldos; no los busquéis.
ADBERITE. (Dejadme ¡oh tormento eterno!
No hay tormento (1) que me apla- [que.
¡Vive el cielo! que le saque
de las penas del infierno.)

(*Sale* EBANDRO *con la espada desnuda.*)

EBANDRO. Al fin se fueron huyendo.
¡Oh, pese a fortuna avara,
que si yo a tiempo llegara
no se volvieran riendo!
ADBERITE. Ebandro, ¿qué, no los hallas?
EBANDRO. Ello fué molerme, en fin;
en siendo gente ruin,
hacen las plantas murallas.
ADBERITE. Que quiere el cielo concluya,
pues hoy me muestra inhumano
la muerte de un solo hermano
y podrá ser que la tuya.
Viniéndome a consolar
contigo de mi tormento,
herido, señor, te siento,
sin poderte remediar.
Un hombre y muchos maté
por el hermano que lloro,
y por el alma que adoro
no puedo mostrar mi fe;
pues la fe que te tenía
no te la puedo mostrar,
ni hallo vida que quitar,
habré de quitar la mía.
ARDENIO. Cese el sentimiento fuerte
que al alma pone en la herida.
Creed, Reina, que esa vida
yo la pago con mi muerte.
Que porque vi que triunfaban
de ese Ardenio los criados
y en vuestro hermano, vengados,
el cuerpo muerto infamaban,
con sola esta espada, que ésta
a un escudero hurté,
un hombre solo maté,
que aquesta sangre me cuesta.
Y aunque pagado os habéis
de la vida que me dais,
mi muerte, Reina, lloráis
porque no me conocéis;
mas en sabiendo quién soy,
quedaréis arrepentida
de que dejastes con vida
a quien por quien tal estoy.
EBANDRO. (Con las verdades la engaña.)
ADBERITE. Creed que si yo le hallara
para jamás se alabara
de la fementida hazaña.
EBANDRO. (¡Oh, qué engañada que estás!)
ADBERITE. Con ser, Belardo, esa herida
y la de mi hermano vida,
no digo cuál siento más;
y aquesto no lo juzguéis
a pecho fiero y tirano,
que si volvéis por mi hermano
con razón me lo debéis.
Agora entraos a curar,
que esa muerte y esa herida,
como vos quedéis con vida,
bien lo sabremos vengar;
que si ella queda difunta,
para en premio de mi celo
pondré este pomo en el suelo
y me arrojaré en la punta.
ARDENIO. Por sola aquesa razón
pido al cielo mi salud.—
Ebandro, ¿a que la virtud
hace mayor mi traición?
ADBERITE. Vamos, que mis propias manos
te han de curar y servir.
EBANDRO. (En parte es para reír
el trueco de los hermanos.)
ARDENIO. ¡Ay Dios, qué hermano me cuestas!
ADBERITE. ¿Cómo diré lo que gano
en que le llames hermano?
EBANDRO. (Buenas andan las respuestas.)
ADBERITE. ¿Dónde tienes las heridas?
ARDENIO. En el brazo dos pequeñas.
EBANDRO. Por la sangre las enseñas.
ADBERITE. Y en ellas tengo dos vidas.
¡Cielo! Tu piedad aguardo,
y perdono de esta suerte
de aquel hermano la muerte
por la vida de Belardo.

JORNADA TERCERA

(*Sale* DÉLBORA, *princesa, y* DRUSO, *criado de* JELANDO.)

PRINCESA. He quedado tan rendida
de aquella fuerte mujer,

(1) Parece debe decir "consuelo", en lugar de "tormento".

que he de procuralla ver
para dalla aquesta vida.
¡Ay, Druso! Yo me muriera,
si, ya que venció al tirano,
no le costara un hermano
que algún consuelo me diera.
Para mi tormento fuerte
no hay olvido de provecho,
que con sangre de su pecho
escribe el alma su muerte.
Tales tengo los despojos,
digo, el corazón fiël,
que no tengo humor en él
para regalar mis ojos.
Yo perdí todo mi bien,
tú has perdido tu señor.

DRUSO. Guarda, señora, tu amor,
que yo le guardo también.

PRINCESA. Guardaréle en la memoria
todo el tiempo que viviere,
que el alma por ello quiere
convertir su pena en gloria.

DRUSO. Ya le tendrás divertida
con las cosas que se ofrecen.

PRINCESA. Crecen al dolor, y crecen
para acabarme la vida.
El rey Lotaro ha venido,
y apenas ayer llegó,
cuando en la plaza mandó
lo que tiene apercebido.
Y dicen que armado y fuerte
amaneció con el día,
y el Rey, mi padre, porfía
que me lleven a la muerte.
Porque allí tengo de estar
para premio al vencedor,
que es la joya del honor
la mano que le he de dar.
Mas cuando todos le den
mi cuerpo por gloria y palma,
¿cómo he de ajustar el alma
para que le venga bien?
Mas ¡ay! que engañada vengo
del alma poder creer,
que ya no la he menester,
que ha días que no la tengo.

DRUSO. Bien sé yo que no lo siente
el alma ni corazón
el querer por elección,
que ha de ser por acidente.
Al fin, tu padre desea
lo que es justo desear.

(*Sale* ARDENIO.)

ARDENIO. Déjeme el cielo llegar,
y verá cuando te vea.

PRINCESA. Este es Ardenio. ¡Ah, traidor!
¿Por dó entró? ¿Por el jardín?

ARDENIO. Mi atrevimiento es, en fin,
tan grande como mi amor,
y aunque son grandes los dos,
tengo, por justa sentencia,
de amor y del Rey licencia
de poder hablar con vos.

DRUSO. Y yo, señora, mejor
la tuya habré menester,
que no puedo estar a ver
quien me mató a mi señor.

PRINCESA. Aguarda un poco.

DRUSO. No puedo,
que el corazón se me parte.

(*Vase.*)

PRINCESA. Pues sola, Ardenio, en tal parte,
del real respeto excedo.
Yo me voy.

ARDENIO. Aguarda un punto,
que es injusta crueldad.

PRINCESA. No hay amor ni crueldad,
que todo ha faltado junto.

ARDENIO. Sola una palabra quiero.

PRINCESA. Decid presto qué queréis,
que me aguarda quien sabéis.

ARDENIO. No soy yo quien desespero,
sino basta quien yo soy,
quien tanto supo quereros,
hasta venir para veros
tan herido como estoy.
Haced que contento muera;
dejadme hablar, pues podéis,
que hoy al fin os casaréis,
y será la vez postrera.
Dejad que el cisne se queje
pronosticando su muerte,
pues hoy permite mi suerte
que para *in eterno* os deje.
Dejaros, no digo tal,
sólo digo a lo que vengo,
porque en el alma que tengo
habéis de ser inmortal.

PRINCESA. Bien es, Ardenio, que iguales
al tiempo el amor que tienes.

ARDENIO. Que fin ha dado a mis bienes
principio de tantos males,

si acabase mi esperanza
tu casamiento y mi muerte.

PRINCESA. ¡Oh, Ardenio! Que de esa suerte
quedas con mayor venganza,
que tú, al fin, si me has querido,
con dejarme has de acabar;
mas yo comienzo a penar
con un bárbaro marido.
Mira cuál es mi porfía,
pues no sé en el mar que espero,
si es mano de hombre o de fiero
la que ha de tomar la mía.

ARDENIO. ¡Oh! ¡Maldita sea la hora
que hice tal desafío!
¡Qué presto fué desvarío!
¡Qué presto el alma lo llora!
Que, como fuerzas tuviera,
tal es amor que me ayuda,
que no peleara en duda
que hombre humano me venciera.
Mas aunque poca o ninguna
haya quedado en mis brazos,
hasta hacellos pedazos
he de probar mi fortuna.
Yo determino salir
por no me desesperar,
y para veros gozar,
es enojoso el vivir.

PRINCESA. Del engaño que has tenido,
Ardenio, asegura el pecho,
que cuando venzas has hecho
lo que quedando vencido.
Y dígote una verdad:
que cuando tal venga a ser,
te quedará por vencer
lo más, que es mi voluntad.

ARDENIO. ¡Oh palabras de mi muerte
escritas con tu mudanza!
¡Ay de mi verde esperanza
rota la coluna fuerte!
¡Ay duras manos sangrientas
adonde mi vida está;
cómo, Délbora, que ya
entre bárbaros me cuentas!
¿Soy algún indio o fenicio
que así me enseñas mis daños?
¿Es éste de tantos años
el bien logrado servicio?
¡Qué buen galardón me diste!
¡Antes de morir me matas!
A quien te dió el alma tratas
como a aquel que nunca viste.
Bien sé, Délbora, que ha sido
lo que siempre yo temí,
que el aborrecerme a mí
bastante causa ha tenido.
A Jelando amabas, cierto,
y como yo le maté,
quieres pagalle su fe
como vivo, agora muerto.
Pues, cruel, viendo que estoy
herido a tu causa injusta,
y que si voy a la justa
he de hacer como quien soy,
es imposible reparo
en no dejarme vencer
tu voluntad y querer,
como lo verás más claro.
Pues vete, que yo saldré
haciendo tal sacrificio,
que todo el cielo propicio
en estos brazos esté:
que a los dioses soberanos
tu fiera crueldad indina.

PRINCESA. Vete, enemigo, camina,
que para eso tengo manos.
Ya deseo que concluyas,
que vencedor quiero verte,
que con darme a mí la muerte
me librarás de las tuyas.
Vencerás, no lo recelo,
no por valor que hay en ti,
mas porque en ser contra mí
te dará fuerzas el cielo.
Verdad es que tuve amor;
pero también es verdad
que una sola voluntad
ha de tener un señor.
Cuando a un bárbaro me den
estaré mejor casada
que en un traidor empleada
que ha muerto a todo mi bien.
Fuera caso vergonzoso
que se acostara a mi lado
quien viniera salpicado
de la sangre de mi esposo.
Y antes que tal pueda verte
de mí seré la homicida,
y no me desees vida,
que te deseo la muerte.

(*Vase* DÉLBORA.)

ARDENIO. Vete, fiera venenosa,
hija de algún monte fiero,

que ya ni tu vida quiero
ni tu muerte rigurosa.
Y puedes segura estar
que si la justa venciere,
esta mano que te diere
es la que te ha de acabar.
Que cuando de hacerlo huya
por ver que en mi alma estás,
sospecho que vale más
que no aguardar a la tuya.
Ya del jardín estoy fuera;
la Reina viene, y no puedo
esconderme, y tengo miedo
que no me estorbe que muera.

(*Vase* Adberite.)

Adberite.

¿Así tan ciego de la cama sales?
¿Adónde vas con una y otra herida?

Ardenio.

Ha sido injusta causa de mis males
de aqueste Rey armenio la venida.
Van a convalecer, vuelven mortales,
revientan sangre al despedir la herida.
¿No oyes del pregón la voz injusta,
y que Délbora es premio de la justa?
¿Ves que en el campo el bárbaro se arma
y contra todos la Princesa pide,
y que no sólo a Marte incita al arma
cual mismo amor que su rigor ya pide?
¿Y ves que de sus flechas se desarma
y entre las cajas bélicas reside,
y quieres que quien tiene tanta fama
oiga la trompa en la bordada cama?

Adberite.

¿Luego de esa manera, güésped mío,
pretendes de la Infanta el casamiento?

Ardenio.

Ese fuera notable desvarío,
conoces tú muy bien mi pensamiento.
¿No sabes que de aqueste desafío
el deshonor y desvergüenza siento
y que, por quien yo soy, quedo obligado
a no quedar de un bárbaro retado?
Los que han venido a Tebas de Fenicia,
de Persia, de la India, Siria, Arabia,
de sólo de la Infanta la codicia
por la fama de hermosa, rica y sabia,
a mí sólo el honor y la injusticia
de ver que el reto a mi valor agravia.
No me incita la codicia de la fama; (1)
honor me fuerza, la ocasión me llama.

Adberite.

Con todo, te disculpan las heridas.

Ardenio.

¿Tengo de andarme descubriendo el pecho
a todas cuantas lenguas atrevidas
buscan de ajeno daño su provecho?
¿No sabes que en la Corte son temidas
por las honras y famas que han deshecho?

Adberite.

Viven (2) las lenguas en soberbia Corte
por falta de cuchillo que las corte.
Si eso te obliga, cuando tal se diga
yo los destroncaré con esta mano.
Mas ¡ay, Belardo! que el amor te obliga;
todo es la culpa del amor tirano,
en tantas obras de piadosa amiga,
que de honesta amistad pasan en vano.
Muy bien me has visto el alma, no lo niegues;
sólo esperando que a morir me entregues.
No en balde mi engañado pensamiento
de tus suspiros tristes recelaba
cuando mil veces los llevaba el viento,
si alguna vez de Délbora trataba,
que te daba [el] amor fiero tormento.
Y su tibieza a tanto te obligaba,
que estando en tu casa a pena eterna,
aún no me has dicho una palabra tierna.
¿Cuál piedra, cuál diamante no rompiera,
ver que un hermano muerto no vengara
y que por no vengarte no saliera
y en propia sangre la ciudad bañara,
o cuál fiero león no agradeciera
que una pequeña herida le curara?
Mas no eres piedra ni león por cierto;
eres feroz cuchillo que me has muerto.
Pues que me das tu casa, si mereces
que los sangrientos paños yo te pida,
ponga la boca diez y diez mil veces
como si fueras tú mi propia vida.
Si tu casa me diste, ¿a quién la ofreces?
Por quien soy ¿no merezco ser servida?
Y cuando por ser Reina no lo honrara,
ser mujer y adorarte ¿no bastara?
¡Válgame el alto Júpiter! ¿Qué digo?
¿Estoy fuera de mí, que furor ciego

(1) En el texto, "mía", en vez de "fama".
(2) En el original, "vienen".

no me declara que la muerte digo?
¿Estoy fuera de mí, que a un hombre ruego?
Quédate en paz, soberbio mi enemigo.
Hágate guerra amor a sangre y fuego.

ARDENIO.

Vuelve, señora, vuelve.

ADBERITE.

Suelta, fiero.
Hecha ceniza me verás primero.

(*Vase* ADBERITE.)

ARDENIO. ¡Oh, extraño efeto de un pecho
que adora a quien le desama,
bien dino de que a su fama
quedara un hielo deshecho.
Es de manera su fe,
que, satisfecho, me obliga
a que sin temor le diga
que a su hermano le maté.
¡Cuáles estamos los dos!
Todo es mucho y todo es poco.
¡Ay, amor loco, amor loco!
Vos por otro y yo por vos.
¡Ay, Dios, qué gran confusión!
Aunque, señora, me esfuerzas,
faltan al brazo las fuerzas
que sobran al corazón.
Yo pelearé como pueda,
que si en la dichosa impresa
pierdo la amada Princesa,
al fin la vida me queda.
Quiero entrar en el combate,
que, aunque es el bárbaro airado,
no he de ser tan desdichado
que en una justa me mate.
Que si con lanza batallo,
podrá ser que pueda más.

(*Sale* EBANDRO.)

EBANDRO. Señor Ardenio, si estás
para tomar un caballo,
aunque vayas embozado,
sal a la plaza esta tarde
a ver el vistoso alarde
de tanto príncipe armado.
Como el término se aplaza,
van con bélico tropel
a firmarse en el cartel
que está fijado en la plaza.
Verás en tanta celada,
tanta pluma blanca y negra,
con quien el aire se alegra,
que parece que le agrada.
Y si por señal de celo
algún penacho azul viene,
entre él se envuelve y detiene
probando subir al cielo.
Petos lustrosos, y en ellos
escrito su nombre ilustre;
tal es, que el sol, en su lustre,
se compone los cabellos.
Las cubiertas, de invenciones
de aljófar y perlas vienen;
al fin, lo mejor que tienen
tantas bárbaras naciones.
Y aunque ves tanto valor
al uno y otro rival,
no viene, Príncipe, igual
al bravo mantenedor.
Y así, la visera abierta,
gallardea por la tela;
todo es oro, hasta la espuela,
la sobrevista y cubierta.
Y en un insigne teatro
la Infanta y el Rey se ven,
y de otras tierras también,
fuera del Rey, otras cuatro.
No hay bien que no se atesore
en Délbora; todo es lumbre,
no hay vista que no deslumbre
ni alma que no enamore.
Es tanta su compostura,
que si el sol la llega a ver,
luego se vuelve a esconder
de envidia de su hermosura.

ARDENIO. No más, Ebandro. Yo voy
a tomar presto mis armas.

EBANDRO. ¡A cuál ocasión te armas!

ARDENIO. A ver si vencido soy.

EBANDRO. Bien a propósito viene
salir a la justa herido
y sin tener prevenido
lo que a tu estado conviene.

ARDENIO. De cualquier suerte procura
las armas que he menester.
Las galas no lo han de hacer,
halo de hacer la ventura.
Que si el pecho no desmaya
y venzo con esta fe,
harto galán volveré,
aunque agora no lo vaya.

EBANDRO. ¡Qué soberbia tan injusta!

ARDENIO. Naide estorbe que lo intente.

EBANDRO. Deja que pase esta gente,
que debe de ir a la justa.
ARDENIO. ¿Habré solo de partirme?
EBANDRO. Que te has burlado confieso.
ARDENIO. Presto verás el suceso
de mi propósito firme.

(*Vase* ARDENIO, *y sale una caja delante y dos padrinos y príncipes armados de en dos en dos; detrás otro acompañamiento, que van pasando sin hablar y entrándose. Llama* EBANDRO *a un criado que va detrás.*)

EBANDRO. ¡Hola, señor gentilhombre!
servíos de deteneros
y de aquestos caballeros
me decí la patria y nombre.
CRIADO. Aquel robusto y galán,
de Atenas, Briserdo es,
y el otro que va detrás
de la India el rey Gualcán,
el señor de Pofo y Samo.
EBANDRO. ¿Y aquel de la buena gracia?
CRIADO. Es Selémaco de Tracia,
muy valiente, y es mi amo.
EBANDRO. Ventura será propicia.
¿Y aquel de la mano izquierda?
CRIADO. Dirélo si se me acuerda...
Es el señor de Fenicia.
EBANDRO. Lleva gallarda divisa.
CRIADO. Sí, mas el traje es famoso.
EBANDRO. Brazo muestra belicoso.
CRIADO. Adiós, que voy muy de prisa.

(*Vase.*)

EBANDRO. Agora que solo quedo
es bien que imagine un poco
qué tiene este Ardenio loco
mucho amor y poco miedo.
Porque la amorosa herida
le hace no reposar
en lo que está por soñar,
que le ha de costar la vida.
Que si entra en el campo así,
no puede volver con ella.
Hoy dará la Infanta bella
fin de tu hermano y de ti.
Esta es la hora sin falta
que sale a su desafío
lleno de amor, y vacío
de la sangre que le falta.
Si él queda vivo, sin duda
pierdo todos sus regalos;
mas para casos tan malos
bien es negalle mi ayuda.
Ya debe de andar allí
brioso y acelerado.
Corre, vete, mal logrado,
que va la muerte tras ti,
la cual yo no pienso ver,
que, al fin, sí se ha de sentir,
más vale oíllo decir
que no sentir y temer.
Ya el fiero rumor atruena,
ya se encuentran, ya combaten,
allá las armas se baten
y acá el alarido suena.
Ya los aires se corrompen
del polvo espeso del suelo;
creo [que] los polos del cielo
los quicios eternos rompen.

(*Sale el rey* LOTARO *con un pedazo de lanza.*)

LOTARO.

Todo para mi mal me fué contrario;
huyó todo mi bien con presta huída;
sólo me queda el solo necesario;
quedóme, a mi pesar, la infame vida.
El uno y otro bélico adversario
llevaba vitorioso y de vencida.
Vino algún dios de Délbora rendido,
que me ha quitado el bien y me ha vencido.
Sin duda es brazo de poder divino,
no cabe tal valor en pecho humano.
Hirióme apenas el acero fino,
cuando sentí la poderosa mano,
y como si su temple diamantino
labraran los ministros de Vulcano,
de mi brazo sentí la fuerza poca,
que era romper un vidrio en una roca.

EBANDRO.

(¿Quién puede ser aquéste ¡oh cielo santo!
¿Si dice aquesto por el fuerte Ardenio?)

LOTARO.

¡Que de mortal valor se espere tanto!

EBANDRO.

(Furioso sale el arrogante armenio.)

LOTARO.

Si Diana ha dejado el verde manto
en las famosas cumbres del Partenio,
las armas ha tomado y la defiende.
¿Cuál ocasión me mata o cuál me ofende?
¡Oh, Rey! Si al cielo estaba consagrada,
¿por qué procura de le dar marido?

Mira con qué furor Diana armada
a reservar su virgen ha venido.
Que no fueran de un hombre atropellada
fuerzas que tantos reyes han vencido,
como el sirio, el fenicio y el de Tracia,
a la diosa atribuyen su desgracia.

(*Sale* BRICEDIO *con otro pedazo de lanza en la mano.*)

BRICEDIO.

Culpa tiene la fuerza de mi suerte.

EBANDRO.

(Este viene vencido del combate.)

BRICEDIO.

Mas ¿qué puedo esperar de un brazo fuerte
de tantos reyes que en el suelo abate?
Parece ser igual al de la muerte,
porque cuando la vida se dilate,
perdiendo el premio, y honra, y la impresa,
es como carga que a los hombres pesa.—
¡Oh rey de Armenia!

LOTARO.

Apasionado vienes.
¿Hate salido en contra la ventura?
¿Perdiste la vitoria?

BRICEDIO.

Quien sus sienes
del justo premio coronar procura,
aquel por quien agora el alma tienes
tras tanto bien en tanta desventura,
aquel a cuya fuerza no hay reparo.

EBANDRO.

(¡Ay, Dios! Si fuese Ardenio.)

LOTARO.

Esfuerzo raro.

BRICEDIO.

Todos los ha vencido. Ya no queda
en toda la estacada caballero
que combatirse con su brazo pueda,
aunque se vió dudoso en el postrero.
El pueblo dice a voces le conceda
el justo premio con el justo fuero,
y con tanta afición, que ya se esfuerza
a que en la tela se la den por fuerza.
Es ley que en esta puerta de palacio,
antes que el día dél ponga la planta,
sin concedelle término ni espacio,
le den la mano de la bella Infanta.
Y aunque de injusta envidia me desgracio
por ver el que ha tenido fuerza tanta,
a ver vengo mi muerte y yo la mía, (1)
que el fuero de la ley bien le sabía.

(*Sale* ARDENIO *como los demás.*)

ARDENIO.

Como si no valiese, cielo airado,
ser el postrero que llegase al puesto,
sin que un brazo de un hombre ya cansado
de tantos reyes que en el suelo ha puesto,
para que viva en inmortal cuidado
se halla mi dolor fiero dispuesto,
y que derribe por el bajo suelo
las esperanzas que fijé en el cielo.

BRICEDIO.

La batalla acabó. Postrero es éste.

EBANDRO.

(Perdidos somos. ¡Miserable caso!)

LOTARO.

Bien es, infante, que lo propio os cueste.

ARDENIO.

¡Ah, caballeros! Detened el paso.
¿Hay de los dos alguno que me preste
de su paciencia, si le sobra acaso?

LOTARO.

De su tormento, Príncipe, a lo menos
que sobra, porque dél estamos llenos.
Al fin lleva la joya el de la banda.

ARDENIO.

Al fin la lleva, y a palacio viene
todo cercado de una y otra banda,
de espesa multitud, que le detiene.
Que se descubra el rostro, el Rey le manda,
y él dice que cubierto le conviene
tomar la mano a la real Princesa,
de lo que a todos en extremo pesa.
Dél no se sabe, al fin, tierra ni nombre,
ni tiene un solo paje a quien se acuda.

BRICEDIO.

Por ventura no debe de ser hombre.

LOTARO.

Alguna deidad será sin duda.

---

(1) Parece que esta frase "y yo la mía" y el verso siguiente deberá decirlos LOTARO..

ARDENIO.

Digno es que su inmortal fama y renombre
no mude el tiempo, que los montes muda.

BRICEDIO.

La Princesa es aquésta, y Arquimundo.

ARDENIO.

Y el que nació en las armas sin segundo.

(Salen el REY *y la* PRINCESA *y* ADBERITE *de la mano, cubierta, con música y acompañamiento.)*

REY. Ya que tenéis concluído
el solemne casamiento
y por justo vencimiento
la Infanta habéis merecido,
Príncipe, alzaos la celada
que tanto enojo nos da,
goce nuestra vista ya
de la vuestra deseada,
que pues el premio tenéis
del gusto que deseáis,
será razón que digáis
que por vos la merecéis.
Es menester conoceros
y saber vuestro valor,
que tanto rey y señor
aguardan por solo veros.
Llegad, descubrid el gesto,
desenlazad la celada.

(Llega a descubrirla ARDENIO.)

ARDENIO. ¡Oh cosa jamás pensada!
Reina Adberite, ¿qué es esto?

REY. ¿Qué dices de Reina?

ARDENIO. Digo
que dos damas desposaste.

REY. ¿Quién hay que a creerlo baste?

ARDENIO. Yo soy bastante testigo.
Verdad es lo que te dije;
confírmelo su respuesta.
La reina Adberite es ésta,
que las amazonas rige;
la que mandaste prender.

REY. Pues ¿quién la obligó a que entienda
que siendo mujer pretenda
casar con otra mujer?

ADBERITE. Rey poderoso, si ha sido
despυés de propia flaqueza,
no digo de tu grandeza
mi proceder atrevido,
suplícote me perdones,
que si esta hazaña intenté,
fuera de mí, te daré
dos bastantes ocasiones.
La primera, por el daño
que la ley honesta pasas,
pues una hija que casas
la des a un bárbaro extraño.
La segunda, porque pueda
casarla yo de mi mano
con un mi querido hermano
que, sin el muerto, me queda.
Y esto de cualquier manera
ha de ser efetuado,
que habiéndola yo ganado
la puedo dar a cualquiera.

REY. Es tal tu valor profundo,
Adberite, reina bella,
y tu gran fama, que della
celebra versos el mundo.
Desde que mandé seguirte
te quisiera conocer,
que si te mandé prender
fué por honrarte y servirte.
Yo sé muy bien quién tú eres,
y quiero que el mundo entienda
que es tuya la rica prenda,
haz della lo que quisieres.
La razón me persüade,
todos lo tienen por bien;
dala a tu hermano, o a quien
de aquestos reyes te agrade.

LOTARO. Con buena razón te mides,
y ¡que un negocio tan grande
pongas en que ella lo mande!

REY. ¿Quién eres tú que lo impides?

LOTARO. El Príncipe armenio soy.

REY. Ese es engaño mayor.
Tú eres su embajador.

ARDENIO. (¡En qué confusión estoy!)

LOTARO. Tu majestad se reporte.
Yo soy el Rey, que he querido,
de la Princesa el marido,
asistir siempre en tu corte.
El que por mi rey hablaste,
es mi criado el menor.

REY. Siempre de tu gran valor,
entendí que me engañaste.
Pero di, ¿por qué razón
pretendes, Rey, que Adberite
de la Princesa le quite
la debida posesión?

LOTARO. No se la quiero quitar,
que suya, Arquimundo, es;

antes, postrado a sus pies,
le tengo de suplicar,
si lo que me cuesta sabe,
me la entregue en galardón.
Haré tal satisfación,
que mi real pecho alabe,
que aunque su valor aspire
a mayores dignidades,
le daré cinco ciudades,
las mejores que el sol mire.
Que mil piedras y esmeraldas
en ellas puede escoger
tantas, que pueda tejer
ricas trenzas y guirnaldas.
Daré cien caballos buenos,
que valen mucho tesoro.
Daréle cien vasos de oro
todos de bálsamo lleno.
Y si esto no es de estimar,
yo le doy el alma mía
porque bien me bastaría
la que ella me puede dar.

ADBERITE. Ya es tiempo que mi enemigo
conozca lo que le amé
y que vea de mi fe
lo que le doy por testigo.
Rey, de nada tengo falta;
si a buscar riquezas vengo,
hartas riquezas me tengo:
sólo contento me falta.
Para otro Rey nació,
que no nació para ti.

LOTARO. ¿Qué aguarda el cielo de mí?
¿Tal dijo? ¿Tal respondió?
Pues hoy a morir te ofreces.

ADBERITE. ¿Qué dices? ¿Que eres buen juez?
¿Que quien te venció una vez
te vencerá muchas veces?
Mas yo, ¿para qué me tardo,
siendo el dueño, como soy?
Digo, Reyes, que la doy...

TODOS. ¿A quién, señora?

ADBERITE. A Belardo.

REY. ¿Quién es Belardo? ¿A quién nom-
[bras?

ADBERITE. A aquel mi fiero enemigo.

REY. ¿Premio le das por castigo?
¡Por Júpiter, que me asombras!

LOTARO. Pues ¿cómo a Ardenio le das?
¿Sabes el mal que te ha hecho?

ADBERITE. Dile el alma de mi pecho,
que es prenda que vale más.

ARDENIO. Ya no se puede sufrir
tanto valor y virtud,
ni hay humana ingratitud
que no se venga a rendir.
Y aunque mi valor es tal,
y el punto que he sustentado,
¿no he de quedar obligado
a pecho tan liberal?
Ya de tu valor me siento,
abrasar las venas frías;
un alma nueva me crías
con un nuevo pensamiento.
Y pues me das el recibo
de la Infanta, en justa ley
por mía la doy al Rey
y en su lugar te recibo.

REY. ¡Oh caso grave y extraño!
¡Oh más que dichoso día!

ARDENIO. Hoy es tiempo, Reina mía,
que llegue tu desengaño.
Una merced de tu mano,
señora, me has de otorgar.
Que a Ardenio has de perdonar
de la muerte de tu hermano;
que vendrá donde yo estoy
para que tú le perdones.

ADBERITE. Yo le doy cien mil perdones.

ARDENIO. Pues, Reina ilustre, yo soy.

ADBERITE. Muy justo perdón pediste
y con razón le ganaste.
¡Buen hermano me mataste,
mas buen marido me diste!

REY. Todo pára en gusto y gloria.
Después hablaréis despacio.
Vamos agora a Palacio,
y demos fin a la historia.

FIN

COMEDIA

DEL MESÓN DE LA CORTE

COMPUESTA POR

LOPE DE VEGA

FIGURAS SIGUIENTES

PEDRO.
JUANA.
RODRIGO.
JULIO, *su criado.*
LISARDO, *soldado.*
BELARISO, *su criado.*
UN MESONERO.
BELARDO, *viejo.*
FRANCELO, *viejo.*
CLEORISIO, *viejo.*
UN ALGUACIL.
ALBERTO, *criado de* BELARDO.

JORNADA PRIMERA

(Sale PEDRO.)

PEDRO. ¡Ofrezco al diablo el mesón,
el dueño y la gente de él,
pues lo más que medro en él
es servir sin galardón!
Aunque yo fuera de hierro,
estuviera ya rompido.
¿Soy granadino vendido,
que todos me llaman perro?
Dice uno que (1) sisé
de un real el medio, eso sí;
pues yo nunca vuelva en mí
si más de un tercio tomé.
Pues de treinta y cuatro ¿es mucho
tomar once? ¡Pesia tal
que diera todo el real
por no escuchar lo que escucho!
¡A fe que aquese soplón
de Rodrigo me lo pague!
por más que después me halague
con una y otra invención;
que yo le diré a señor
que estaba con Juana hablando...

(Entra RODRIGO.)

RODRIGO. ¿Qué estás ahí murmurando,
alcagüetejo hablador?
¿De que te den cuatro palos
te entristeces y fatigas?

PEDRO. No falta sino que digas
que los tenga por regalos.
Vete en buen hora, Rodrigo;
que, después que descalabras,
quieres curar con palabras:
ungüento de falso amigo.
¿Por qué parlaste a señor
que sisé medio rëal?

RODRIGO. Porque has dado en ser fiscal
de estos mis pleitos de amor,
que ha más de cuarenta días
que andas entrando y saliendo
cuando a Juana estoy diciendo
las vivas congojas mías.

PEDRO. ¿Eso culpar se me puede,
sabiendo que ha sido acaso?

RODRIGO. Acaso no has dado un paso,
que todos han sido adrede.
Ahora bien, éntrate allá;
mira lo que es menester,
que ha venido un mercader
y grita nuestro amo ya.

PEDRO. ¿Qué quieres? ¿Que vuelva a darme?

RODRIGO. Anda, que pierde el enojo
cuando ve ganancia al ojo.

PEDRO. Yo comienzo a santiguarme.

(Vase.)

RODRIGO. ¡Duro mesón descubierto,
güésped que a todos recibe
y del güésped que en ti vive
inhospitable desierto!
¿Por qué con regalos tratas
a los que vienen de fuera,
y a mí, que, ¡nunca te viera!,
viviendo dentro me matas?
¡Válgame Dios! ¿Qué te he hecho,
que todos viven en ti

(1) En el original se lee: "Diz que de uno sisé."

bastantemente, y a mí
todo me vienes estrecho?
Por la tablilla que tienes
te conocen y te habitan,
y por las puertas, que incitan,
con que al que pasa detienes.
Pero a mi triste venida
hubo otra tabla mayor,
pues en ella ha escrito amor
todo el libro de mi vida,
que fué el rostro y los divinos
ojos de la Juana mía,
que estaba a la puerta un día
deteniendo peregrinos.
No como a güésped llamaba,
como a puerta de mesón,
clamaba como ladrón
que en el camino robaba.
Metía al güésped en casa,
que con blandura acogía,
cuya alma luego encendía
del alquitrán viva brasa.
Duro pagar de posada,
que si hurtan en mesones,
no, a lo menos, corazones,
prenda en el alma guardada.
¿Qué es esto, mesón cruel?
¿Qué ofensa te hice yo?
Mas nunca güésped entró
que no saliese sin él.
Yo, pues, a quien enviaba
a estudiar mi padre noble,
fuí preso y herido al doble
de aquel ladrón que robaba.
Dejé al momento el camino
de Salamanca, y tomé
este vestido, que fué
cifra de un gran desatino,
que, habiendo de aprender leyes,
vine a aprender las de amor,
que es dellas un gran dotor
y sabe más que los reyes.
Piensa en aquesta ocasión
mi padre que soy letrado,
y es la ciencia que he estudiado
para mozo de mesón.
Aquí destruyo y consumo
cuanta hacienda recibo,
que con el fuego en que vivo
se me va la hacienda en humo.
¡Gente nueva es ésta!

(*Entran* LISARDO, *soldado, y su criado* BELARISO.)

LISARDO. Es buena,
y por extremo me agrada.
BELARISO. Es una limpia posada
y de mil servicios llena.
¿No ha echado vuestra merced
a la fregoncilla el ojo?
RODRIGO. (De cualquier cosa me enojo.
Cayendo van en la red.
El güésped es caballero
mozo, bien hecho y galán;
el otro, fino truhán.
¡De celos me abraso y muero!
Quiero al encuentro salir
y comenzar a estorbar,
que no se lleguen a hablar
por no llegar a morir.)
LISARDO. ¿Cómo tardan en traer
la llave del aposento?
RODRIGO. (Ya tiembla mi pensamiento
de lo que ha de suceder.
¿Qué hombre no llega a esta casa,
de buen talle o rostro bello,
que no sea lazo a mi cuello
y de mis entrañas brasa?)—
Seáis, señor, bien venido.
¿Aún os estáis con espuelas?
Dadme los pies, quitarélas,
que merecéis ser servido.
Que tan buen talle tenéis,
que con él solo obligáis
a que servido seáis,
como de mi celo veis.
BELARISO. ¡A fe que el mozo es bizarro!
¡Brava labia y brío tiene!
RODRIGO. ¡Válame Dios, cómo viene
lleno de pecina y barro!
Están los caminos ruines.
BELARISO. Véndese de balde y franco,
y al entrar en un barranco
se atollaron los rocines.
LISARDO. No las limpies, dejalás.
RODRIGO. ¿Limpiarte no me permites?
LISARDO. Después, cuando me las quites,
despacio las limpiarás.

(*Salen* JUANA *y el* MESONERO.)

JUANA. ¿Dareli el de a man derecha?
MESONERO. Darásle el del corredor.
JUANA. Seáis bien venido, señor.
RODRIGO. (Triste, ¿de qué me aprovecha?

Ya viene lo que temía;
ya estoy de celos mortal.)

BELARISO. (Agora verás si es tal
como yo la encarecí.)

LISARDO. Vengáis, dama, enhorabuena.
¿Qué aposento nos daréis?

JUANA. Cualquiera tomar podéis,
que toda la casa es buena.
Pero quiéroos regalar;
entrá en aqueste primero.—
¿Pellízcame, majadero,
o quiéreme madurar?
Pues sepa que estoy muy verde
y por agosto maduro.

BELARISO. Yo siempre pico en lo duro.

JUANA. Pues yo amargo a quien me muerde.

RODRIGO. ¡Hao, galán!; no la pellizque,
que es hija de la posada.

BELARISO. Pensé que estaba alquilada.

RODRIGO. Son necios *pensé-que* y *diz-que.*

LISARDO. ¿Qué es eso?

BELARISO. Llegué a decille
que sábanas limpias eche,
y plega a Dios que aproveche
tu limpieza a persuadille.

LISARDO. Traed una silla vos,
y tú las botas me quita.
Sabed que sois muy bonita.

BELARISO. Es como un oro, por Dios.

RODRIGO. Ve por las sábanas tú,
mientras por las sillas voy.

(Vase.)

JUANA. Anda, que segura soy;
no me persigas. ¡Jesús!
siempre te has de andar tras mí.

BELARISO. Ya es ido el mozo, señor.

LISARDO. Güéspeda, hacedme un favor.

JUANA. ¿Qué queréis?

LISARDO. Llegaos aquí:
llegaos cerca, no temáis.
¿Espanto yo, por ventura?

JUANA. Tuviéraseme a locura
imaginar que espantáis.
Antes, porque sé de mí
que os podría yo espantar,
me he guardado de llegar.

LISARDO. ¿Decíslo de veras?

JUANA. Sí.

LISARDO. Pues será de aquesta suerte.
Si es verdad que me espantáis;
que como a quien veis matáis,
espantáis como la muerte.
Pero llegad a matarme;
que, aunque temo el golpe duro,
mientras más cerca, aseguro
la fe de resucitarme.

JUANA. ¿Qué me queréis?

LISARDO. Preguntaros
en cortesía mil cosas.

JUANA. No sean muy sospechosas
y llegaréme a escucharos.

LISARDO. Vení, que no lo serán.

JUANA. Ya estoy más cerca de vos.

LISARDO. Muy bonita sois, por Dios.
¿Queréisme para galán?

JUANA. ¿Y son las mil cosas éstas?

LISARDO. Mil deseos, a lo menos,
de mil esperanzas llenos.

JUANA. ¿Y qué queréis, mil respuestas?
Pues haced cuenta que en una
todas juntas las resuelvo
y las espaldas os vuelvo.

LISARDO. Esa llamalda ninguna.
No os iréis, por Dios: teneos;
que esta vez ya estáis asida.

JUANA. ¡Ay, déjeme, por su vida!

LISARDO. No lo querrán mis deseos.

JUANA. Mire que vendrá algún mozo
y le verá descompuesto.

(Entra RODRIGO, *con la silla.)*

RODRIGO. ¡Ta, ta! ¿Ya andamos en esto?

LISARDO. Dirásme que la retozo,
y es que la quise tomar
la llave del aposento
que me daba más contento.

RODRIGO. Pero queréisele dar.
Sentaos, y tú, señora,
ve, que tu padre te llama.

JUANA. Haré primero la cama.
¿Con aqueso viene agora?

RODRIGO. ¡Ah, malhaya mi linaje!

LISARDO. Mullidla, señora, bien,
y haced que juntas estén
la mía y la de este paje.
Ya creo que me entendéis.

RODRIGO. ¿Qué es esto? ¡Triste de mí!

LISARDO. ¡Hola! Descálzame aquí.
Y vos, señor, ¿qué queréis?

RODRIGO. Serviros, pues es mi oficio.

LISARDO. Ya tengo yo quien lo haga,
y no os faltará la paga.

RODRIGO. No es eso lo que codicio;

que ya sin mi obligación
me obliga vuestra presencia.

BELARISO. ¡Por Dios, que le sobra ciencia
para mozo de mesón!
Váyase, señor letrado,
y daránle para vino.

RODRIGO. No voy por ese camino,
que ha días que voy errado.
Pero no os quiero enfadar.

(Vase.)

LISARDO. Dame esas mulas, acaba.
¡Por Dios, que la moza es brava!

BELARISO. Y que no se deja herrar.
Son cosas de primeriza,
y tú no lo hiciste bien
en gastar tanto almacén
con quien en viendo desliza.
Estásle diciendo amores,
que a la mujer más discreta
se los dijera un poeta
después de diez borradores;
y no ves que ese lenguaje
es algarabía de aliende,
con quien solamente entiende
la cifra del corretaje.
Enseñárasla un doblón,
que, en viéndole relucir,
por los dos ojos, reír
le vieras el corazón.

LISARDO. ¡Por mi vida, que eres necio!;
que aquel rostro honrado y raro
descubre de claro en claro
que tiene un pecho lucrecio.
¿La modestia no la ves
de aquellos dos brazos flojos,
y la humildad de los ojos
con que se mira los pies?
¿Y no ves que es hija honrada
del güésped para casar?

BELARISO. Tantos vendrán á posar,
que ya será desposada.

(Entra PEDRO.)

PEDRO. Señor, ¿qué queréis cenar,
porque con tiempo se empiece
y se guise y aderece?

LISARDO. ¿Y habéislo vos de guisar?
En mi vida vi mesón
de mozos tan bien servido.

PEDRO. Habéislo vos merecido;
servimos con afición.

LISARDO. No me enfada tanto aquéste,
que es mozo bien enseñado;
pero el otro, descarado,
se muere porque me acueste;
que tan celoso está ya
de aquesta Juana o Lucía,
que me ha de encerrar de día
según la prisa me da.
¿Cómo os llamáis vos?

PEDRO. Perico.

LISARDO. Pedro os podréis ya llamar.

PEDRO. En comenzando a barbar.

LISARDO. Ya tenéis bozo.

PEDRO. Tantico.

LISARDO. ¿Es éste nuestro aposento?

PEDRO. Sí, mi señor, éste abierto.
Cae una ventana al güerto,
y es bizarro alojamiento.

LISARDO. Belariso, entra conmigo,
que voy muerto de un antojo.

(Vase.)

PEDRO. Sin duda que ha echado el ojo
a la dama de Rodrigo.
¡Qué grita habrá con sus celos!
que el forastero es gallardo;
crecerán, vengarme aguardo;
en efeto, atizarélos.
Aunque de quien él podía
tenellos, sin causa, agora
es de mí, porque me adora
y estima llamarse mía.
Pero con mejor estrella
de sus tiernos años goce,
pues la necia no conoce
que soy mujer como ella.
Que en hábito de varón,
de en casa de un noble padre,
por vivir sola y sin madre,
que es una mala ocasión,
amor, muchacho y rapaz,
de un soldado de mi tierra,
para morir en la guerra,
me sacara de mi paz.
Mató un hombre, y fuése a Flandes
antes que de mí tuviese
otra cosa que le diese
de abrazos y amores grandes.
Es verdad que éstos le di,
con los cuales se partió
del lugar do me dejó,
de donde me vine aquí.

Servía de pajecillo
a un caballero pelón
que dentro de este mesón
tenía un aposentillo.
Fuése a su tierra y dejóme,
que dentro de un mes y un día
me juró que volvería,
y al güésped encomendóme.
Pasó el plazo, y ha pasado
un año, y nunca ha venido;
rasgué el bizarro vestido
de aquel mi amante soldado,
y he quedado en el que tengo,
donde sirvo de picaño
en el mesón todo el año,
y á la plaza voy y vengo.
¡Pobre de ti, doña Blanca,
y de tu ventura negra!

(Sale JUANA.)

JUANA. Pues conózcame por negra
aunque me ve pechiblanca,
y no me enseñe dineros,
que es muy necio y loco es
si piensa que el interés
ha de ablandar mis aceros.
No piense tampoco el otro,
si de oro le parecí,
cobrarme con oro a mí
como un diamante con otro. —
¡Ay, prenda á quien tanto debo!
¡Quien te diera mil abrazos
a permitillo los brazos!

PEDRO. ¿Qué llevas?

JUANA. Sábanas llevo
para echalle a aqueste necio
que vino agora, en la cama,
que me quiere por su dama
y por un infame precio.

PEDRO. Si es necio, no se declare
tan a mi costa con vos,
que le sacaré, por Dios,
los ojos con que os mirare.
¡Oh! ¡Qué bonito soy yo
para cosquillas y risa!

JUANA. Asióme de la camisa,
y aun de las carnes me asió;
y a fe, que tengo un pellizco
impreso en ella también,
que lo podrá ver muy bien
desde media legua un bizco.
Sacóme casi el pedazo.

PEDRO. Bien te puedes consolar,
que parecerá lunar
en la blancura del brazo.
¿Quiéresmelo dejar ver
y daréte en él mil besos
que te queden más impresos?

JUANA. La ropa me has de tener.

PEDRO. Muestra las sábanas, pues.

JUANA. También me hizo un rasguño;
quiero desatarme el puño.
¿Quién viene?

PEDRO. Rodrigo es.

(Sale RODRIGO.)

RODRIGO. ¿Has echado ya la ropa?

JUANA. Agora la voy a echar.

(Vase.)

RODRIGO. Desvíate de llegar
al juego, ligera en ropa.—
¿Qué hacías tú aquí con ella?

PEDRO. Abrazándola estaría.

RODRIGO. ¿Y es mucho, si estotro día
te daba los brazos ella?

PEDRO. Hícele cierto placer,
y con ellos me pagó.

RODRIGO. ¡Qué diera por ellos yo
si se pudieran vender!

PEDRO. ¡Y cómo que lo podrán!
Que dos doblones han hecho
más hechizos que el helecho
conjurado por San Juan.

RODRIGO. ¡Oh, reniego de mí mismo!
Aclárate, Pedro, luego,
que sale de mí más fuego
que del abrasado abismo.
Que manos e interés della
las bellas suyas deshaga;
si ellas recibieron paga,
ya no serán manos bellas.
¿Es aquesto lo que Juana
se precia de casta y buena?

PEDRO. Más es que Lucrecia, Elena,
y más griega que romana.
No hay nave de Paris ya
donde, sin guardar decoro,
no entre a ver manzanas de oro,
que tras su lumbre se va.

RODRIGO. Cuéntame el cómo, por Dios,
que ya entiendo que eso es
que la deriva interés.

PEDRO. Luego hablaremos los dos,
que viene güésped acá.

(Entra JULIO, *de camino.)*

JULIO. Dalda muy bien de comer,
porque lo habrá menester,
y dejalda como está,
que le hará notable daño
quitalle luego la silla.
RODRIGO. Este hidalgo es de Sevilla,
que aquí vino agora ha un año.
JULIO. Esté en buen hora.
RODRIGO. Y venga
vuestra merced norabuena.
JULIO. Está la casa tan llena,
que pienso que no la tenga.
¿Habrá aposento vacío
a mi calidad conforme?
RODRIGO. Haré que el mozo le informe,
y puede, mientras le envío,
darme los pies, quitaréle
las espuelas.
PEDRO. Yo voy.

(Vase.)

RODRIGO. Presto.
JULIO. Alzate, señor: ¿qué es esto?
Con ser de burlas, me duele.
¿A mis pies indinos llegas?
RODRIGO. ¡Oh, Julio! Seas bien venido.
¿Cómo has tardado? ¿Qué ha habi-
¿Cómo los brazos me niegas? [do?
JULIO. Los pies, sí; los brazos, no.
Ya tiene el alma quietud
hallándote con salud,
que vengo con ella yo
y contento a tu servicio.
RODRIGO. Cúbrete, Julio, no estés
descubierto a quien tus pies
descalza y limpia de oficio,
y los tuyos aún parecen
dignos de ésto más que algunos,
mas no hay exceptar ningunos
de cuatro mil que se ofrecen.
A este punto he llegado
de la ciencia que deprendo
y aun otros estoy temiendo
antes del curso acabado.
JULIO. ¿Qué grado amor te promete
que puedes ya, de rompido,
de los hilos del vestido
hacer borlas al bonete?
RODRIGO. ¿Qué grado, Julio? El peor.
La mayor desconfianza
que se ha opuesto a la esperanza
de la cátedra de amor.
No hay voto menos que vario;
que tengo ya, de perdidos,
inhábiles los sentidos
y el mismo tiempo contrario.
No hay voto que no alborote
el extranjero que pasa,
y por mí, viviendo en casa,
no hay, Julio, un hombre que vote.
JULIO. ¿Tan dura y Anaxarete
está, señor, esa dama?
RODRIGO. No tiene agora esa fama,
que más blandura promete,
y lo contrario he sabido.
Hoy estudié, por mi mal,
la ley más clara y real
de este Bártulo Cupido,
tan oscura para mí,
aunque agora ya tan clara,
que lo leí de su cara
y en la mía lo escribí.
Julio, todo es interés:
esta máxima, por Dios,
ya la temía de dos
y agora pasan de tres.
No que cosa deshonesta
se pueda de ella pensar;
pero ¿quién ha de jurar
por la misma diosa Vesta?
¿Qué es lo que me traes?
JULIO. Dineros.
RODRIGO. El alma alegra ese nombre.
JULIO. Esta es la sangre del hombre
y los hidalgos primeros,
y en los libros que trabucas
este es texto mejor.
Tráigote también, señor,
regalos de por San Lucas,
y de tu madre y hermanas
muchas camisas de Holanda;
las de de noche con banda,
y las del estudio, llanas;
y cartas de todos ellos,
sin muchas de tus amigos.
RODRIGO. Estos son mis enemigos.
Disimularé con ellos.

(Entran LISARDO *y* BELARISO.)

LISARDO. ¿Es este el mozo?
BELARISO. Aquél es.
LISARDO. Rodrigo, o como os llamáis,
llegaos acá.

RODRIGO. ¿Qué mandáis?
BELARISO. Harálo en viendo interés.
LISARDO. Yo soy hombre principal.
RODRIGO. Vuestra presencia lo dice,
que por milagro desdice
tanto el cielo parte igual.
¿Hay en que os pueda servir?
LISARDO. Dígolo porque es más justo
hacerme placer y gusto.
Sabed que os quiero decir
un gran secreto.
RODRIGO. No hay cosa
que haga al hombre sujeto
como decirle un secreto.
LISARDO. No es ésta dificultosa.
Sabed que yo me he picado
de esta moza, que me ha hecho
mil cosquillas en el pecho.
RODRIGO. El resto va declarado.
¿Y estáis muy de parecer
de que ella os haga favor?
LISARDO. Asegúrame el amor
que me habéis de socorrer,
que es buena amistad de un noble,
y éste, que buena pro os haga,
para principio de paga,
que para el fin será doble.
Tomad, no seáis vergonzoso.
RODRIGO. No es vergüenza, sino miedo
de ver que obligado quedo
a saliros mentiroso.
Que no es tan fácil la empresa,
mi señor, que conquistáis,
que, aunque en un mesón la halláis,
tiene humos de princesa.
Es ablandar una roca,
porque, os juro, en mi conciencia,
que os hablo por experiencia
y que es cosa que me toca.
Que yo también ¡vive Cristo!
he sabido amar un poco,
y me he visto medio loco,
y aun todo loco me he visto.
Y no es más molerse el hombre
que si ablandase una piedra,
pues solamente se medra
habella gastado el nombre.
Que ha un año que estoy penando,
desde aquel día cruel
que por acordarme de él
vide a Juana estar lavando.
LISARDO. ¿Qué, en efeto, la queréis?
RODRIGO. Ha sido historia ¡por Dios!
LISARDO. Y ella ¿quiéreos bien a vos?
RODRIGO. ¡Oh, qué mal la conocéis!
Es un ejemplo de ingratas.
Por agüero lo creí,
después que lavar la vi
en el río sin zapatas.
Anoche estaba fregando,
y creo que la ayudé,
donde un requiebro la eché
y díjele suspirando:
"¡Oh, más blanda que las natas
y más firme que mi fe!
¿Por qué me matas, por qué?
Di, Juana, ¿por qué me matas?"
BELARISO. ¿No ves que este mozo es loco?
¿Que estás hablando con él?
RODRIGO. "...Con matarme de cruel,
estimo la muerte en poco."
¿Queréis más? Porque me voy,
que me llama aquel hidalgo.
Si para serviros valgo,
harélo, a fe de quien soy.—
Y perdoná mi tardanza,
que no fué posible más.
JULIO. ¿Cómo en alcagüetadas?
¡Oh, hideputa; buena lanza!
RODRIGO. ¿Oístelo?
JULIO. Estoy al cabo.
Ven conmigo, llevarásme
ciertas maletas.
RODRIGO. ¿Darásme
para beber?
JULIO. Un ochavo.

(Vanse.)

LISARDO. Huyó del cebo la pesca.
BELARISO. Aunque éste es bobo, señor,
no hay un bellaco mayor
en toda la picaresca.
¡Mal conoces lo que encierra
al de dos aldas que trae!
LISARDO. Pues con dineros no cae,
¿con qué le haremos la guerra?
BELARISO. Aquí viene el otro mozo,
que es bonito y más moderno.

(Sale PEDRO.)

PEDRO. Mándeme muy de gobierno
sacar herradas del pozo,
y estése Rodrigo holgando.—
LISARDO. Pues, Perico, ¿qué hay de nuevo?

PEDRO. Las almohadas os llevo,
que las he estado enfundando.
LISARDO. A fe, que eres hombre honrado.
PEDRO. ¡Ay, Dios!
LISARDO. ¿Qué tienes, capón?
PEDRO. Dióme un salto el corazón
sólo en haberme tocado,
que no sé qué me sentí.
LISARDO. Como eres medio mujer,
ya te pensaste caer
del pellizcón que te di.
¿No ves que es esta amistad?
PEDRO. De aquesa amistad reniego,
que me habéis soplado un fuego
ya muerto en mi voluntad.
LISARDO. ¿Dirásme, si te pregunto,
una verdad?
PEDRO. Y aun cuarenta.
No hayas miedo que te mienta.
LISARDO. Llégate.
PEDRO. ¿Dónde?
LISARDO. Aquí junto.
PEDRO. Porque parecéis honrado,
de hacer lo que mandáis tengo.
LISARDO. No pienses que me entretengo.
Pedro, estoy enamorado.
PEDRO. ¡Por Dios, que lo dice bien!
¡Guarda afuera, Satanás!
LISARDO. Ven acá, ¿dónde te vas?
PEDRO. Capón soy, y hombre de bien.
LISARDO. Escucha: toma un doblón.
PEDRO. ¿Cómo doblón? ¡Guarda, fuera!

(Vase.)

LISARDO. El se ha ido.
BELARISO. Mejor fuera.
No le hablas tan en razón.
¿De qué servía empezar:
"Pedro, estoy enamorado",
sino, "Pedro, da un recado
que a Juanilla quiero hablar"?
Quieres ir tan de palacio
con esa negra señora,
que en negociación de un hora
pones un año de espacio.

(Salen BELARDO, *viejo, de camino, y el* MESONERO.*)*

BELARDO.

Extremada es aquesta vuestra casa.
Desde Sevilla, donde agora vengo,
me han dado nuevas del honrado güésped.

MESONERO.

Toda estará, señor, y el dueño de ella,
para serviros, mientras que tuviere
el uno vida, acogimiento el otro.

BELARDO.

Estén, señores míos, en buen hora (1).

LISARDO.

Y lo vengáis, señor, en hora buena.

BELARDO.

Trabajosos están esos caminos.

LISARDO.

¿De dónde habéis salido esta mañana?

BELARDO.

De Toledo salí, que no he pensado
llegar vivo a la corte.

LISARDO.

Es gran jornada,
si está llovida, para solo un día,
lo que parece corta estando seca.
¿De dónde habéis venido?

BELARDO.

De Sevilla.

LISARDO.

¿Es pleito por ventura?

BELARDO.

¡Y cómo pleito!
Vengo, señor, en busca de un soldado
que me ha llevado parte de mi hacienda
y las mejores prendas de mi alma,
y aquí le pienso hallar en esta corte,
que me dicen que está aquí pretendiendo
cierta conducta para Italia y Flandes.

MESONERO.

Nunca digáis, señor, vuestros negocios
con la facilidad que éste habéis dicho,
mayormente sabiendo que de aquéste
consiste la importancia en el secreto.

BELARDO.

¿Qué me importa? Que aquéste es forastero
y no me puede hacer daño ninguno.
Vamos, que quiero descansar, que vengo
algo cansado, y quiero de mañana
ir a palacio, por si me dan nuevas.

---

(1) En el original dice "norabuena", que repite en el verso siguiente.

MESONERO.

Venid conmigo, y plega a Dios, en todo,
como es razón y deseáis, suceda.
¡Hola, mozos! ¡Rodrigo, Pedro, Juana!
¿No hay en aquesta casa quien responda?

PEDRO.

¿Qué es lo que mandas?

MESONERO.

¿Dónde estabas, perro?

PEDRO.

De la Puerta del Sol, por ensalada,
acabo de llegar en este punto.

MESONERO.

Llama a esa moza, y di que de mi ropa
escoja un par de sábanas delgadas,
y vos venid, veréis el aposento,
por que escoger podáis a vuestro gusto.

(Vase.)

PEDRO.

¿Qué veo, cielos? ¿Este no es mi padre?

LISARDO.

Estoy, como te digo, sin juïcio.
Este es el padre de mi vida y alma;
mas no era vida y alma, pues que vino,
habiendo un año entero que me falta,
que, como sabes, por aquella muerte,
huyendo a Italia, la dejé perdida.
¿Qué modo tendré yo para entendelle
a aqueste viejo honrado su propósito?

BELARISO.

Digo, señor, que ha sido gran ventura
que aquí contigo declarado se haya,
y que de verle estoy haciendo cruces.
Mas, ¿dónde puedes, dime, estar agora
con más seguridad que en esta casa,
sabiendo sus negocios cada día,
pues él nunca te ha visto, ni conoce,
ni trae más de ti que nombre y señas?

LISARDO.

¡Oh, cómo en el hablar hemos errado,
que nos estaba aqueste mozo viendo!

BELARISO.

Si no es que el bellacón se disimula,
muy divertido está y embelesado.

LISARDO.

Entrémonos aquí, y advierte y mira
que no me llames ya más de hoy mi nombre,
que no te pienso yo llamar el tuyo;
guárdate, que será notable indicio.

BELARISO.

Yo me llamaré Estacio.

LISARDO.

Yo, Fabricio.

(Vase.)

PEDRO. Bien piensa el cruel Lisardo
que está muy seguro aquí,
ya, por ventura, de mí,
ya de mi padre Belardo.
El sólo de mí le guarde,
que yo soy la que una tarde
robó el traidor con su gente,
como soldado valiente,
y dejó como cobarde.
No sé qué ventura ha sido
la que aquí me lo ha traído.
¿Es sueño, o vanos antojos?
¿Posible es que ven mis ojos
juntos a padre y marido?
No ha sido mi dicha poca:
estoy de contento loca;
mas quiero disimular,
que llaman Sancho al callar
y vida y muerte a la boca.

(Entra ALBERTO, *criado de* BELARDO.*)*

ALBERTO. ¡Hola, capón! ¿Sabes tú
dónde le hallaré tan gordo
para cenar? ¿Estás sordo?
PEDRO. En casa de Bercebú.
¿No tiene el hombre otro nombre?
ALBERTO. Perdone, señor... barbado:
que yo le hubiera llamado
todo mujer o medio hombre.
PEDRO. Todo lo debo de ser.
(Mudada debo estar, cierto,
pues no me conoce Alberto.
Mas ¿quién me ha de conocer?
¡Si supiese este bellaco
que con su señora habla!...)
ALBERTO. ¡Hola, capón! ¿Eres tabla?
PEDRO. ¿Qué quiere el asno muy flaco?
ALBERTO. ¿Dónde habrá capones frescos?
PEDRO. Ahí en la gallinería,
y en la feria cada día

asnos grandes y sardescos.
ALBERTO. Hele de dar cuatro coces.
PEDRO. Venga, verá lo que medra.
ALBERTO. ¡Oh, qué bien!
PEDRO. Cojo una piedra...
Esté quedo.
ALBERTO. No des voces.

(Sale JUANA.)

JUANA. Paso, señor; poco a poco.
No maltratéis al muchacho.
PEDRO. Debe de venir borracho,
o, sin duda, que está loco.
JUANA. ¿Qué ocasión os dió el pobrete
para dalle?
ALBERTO. ¿De qué llora,
que no le di más que agora?
PEDRO. Dióme una coz.
ALBERTO. ¿Una...?
PEDRO. Y siete.
ALBERTO. ¡Miente, por Dios, el bellaco!
PEDRO. ¿Por qué me llamó capón?
ALBERTO. Y más que me dió ocasión,
que me llamó asno flaco.
Agradézcalo al padrino,
el lloroncico picaño.
JUANA. Para ser güésped extraño
ha sido gran desatino.
Castigad vuestros criados,
y no miréis los ajenos.
ALBERTO. Siendo vuestros, a lo menos,
vivirán privilegiados.
A pediros perdón vengo,
que, a saber su dueño agora
no le enojara, señora,
más que a las niñas que tengo.
Y fuera de que me muestro
humilde y sujeto aquí,
vuelvo en aquesto por mí,
que ya soy criado vuestro.
JUANA. Yo quedo, cierto, obligada,
y sabed que el ser cortés
para las mujeres es
la cosa más acertada.
Que, en viéndole con enojos,
me da este rapaz congoja,
y quien le ofende me enoja
en las niñas de los ojos.
ALBERTO. Arrepentido me hallo;
y creyera con razón,
a no saber que es capón,
que era el capón vuestro gallo.
Yo le quería llevar
hasta la plaza, señora,
por que trujese agora
lo que hallase que cenar.
Mas ese favor tan grande
desde agora me obligó
a selle criado yo
y que desde hoy me mande.
JUANA. Por allá podéis buscar
en la plaza un mozo o dos,
que esta vez no ha de ir con vos,
que le quiero yo ocupar;
que me ha de ayudar a hacer
de vuestro señor la cama.
ALBERTO. Si él fuera capón de fama
supiérala deshacer.
Ya, capón, ya me revelas
tu flaco e inútil poder.
¡Siempre tienen que comer
éstos que no tienen muelas!

(Vase.)

JUANA. Váyase el muy majadero,
que nunca ofender osara
a los ojos de mi cara
a ser noble y caballero.
¡Vida mía!, ¿cómo estás?
PEDRO. A tu servicio, mi vida.
JUANA. Cree que me traes perdida.
PEDRO. Y tú perdiéndome vas.
JUANA. ¿Dióte muy recio aquel necio?
PEDRO. Este brazo me quebró.
JUANA. ¿Cómo? ¿Tan recio te dió?
PEDRO. ¡Y cómo que me dió recio!
JUANA. ¿Adónde?
PEDRO. En aqueste codo.
JUANA. Y ¿dístele causa?
PEDRO. Poca.
JUANA. ¿Quieres que te toque?
PEDRO. Toca.
JUANA. ¿Duélete aquí?
PEDRO. Duele todo.
Y díjome que sabía
que era capón, si lo vió,
que quisiera entonces yo
mostralle lo que podía.
JUANA. Aunque yo, Pedro, no sé
los secretos de tu casa,
el deseo que me abrasa
me dice bien que los ve.
Por eso pierdo el recelo
del nombre de singular,
que no había de abrasar
cosa que fuese de hielo.

PEDRO. No quiero para con vos
mostraros lo que seré;
pero yo os lo mostraré
estando solos los dos.

(Entra RODRIGO.)

RODRIGO. No me desagrada, a fe,
la buena conversación.
¿Tan gallo, señor capón?
PEDRO. Celitos sin para qué.
¿Qué temes de mi frialdad,
que eres un gran pecador?
RODRIGO. Como eso puede el calor
de mi mucha voluntad.
¿No te digo y te suplico
que a solas no estés con ella?
PEDRO. ¿No ves que me llama ella
todas veces (1) y Perico?

(Entran FRANCELO, *viejo, de camino, y el* MESONERO.)

FRANCELO. Como tenga buena llave,
con cualquiera me contento.
MESONERO. Tendréis muy buen aposento.
RODRIGO. (Güésped hay.)
PEDRO. (Y es hombre grave.)
MESONERO. ¿Todos habían de estar
juntos, por fuerza, señores?
Ella también diga amores.
JUANA. Las sábanas vengo a echar.
MESONERO. Y él, ¿qué hace, caballero?
RODRIGO. A hacer las camas venía.
MESONERO. ¿Y él?
PEDRO. Almohadas traía.
MESONERO. ¡Qué trinca para un herrero!
Veníos, señor, conmigo.
FRANCELO. Si alguien viniere aquí,
daréisle razón de mí,
que espero a un hidalgo amigo.
MESONERO. ¿Por quién ha de preguntar?
FRANCELO. Por Francelo, un hombre indiano.
MESONERO. Entremos, que hacia esta mano
aposento os quiero dar;
y ellos vayan por recado,

(Vanse.)

y ella tome la labor.
RODRIGO. ¡Ah, Juana, Juana!
JUANA. Señor:
mire aqueste descarado.

(Vase.)

(1) En el original, "todo voces".

RODRIGO. ¡Ah, tablilla de mesón:
mete adentro a cuantos puedas,
que, al fin, de fuera te quedas
sujeta al primer ladrón!

(Vase.)

JORNADA SEGUNDA

(Salen FRANCELO *y* BELARDO.)

FRANCELO. Estimo vuestra amistad,
y por vos, como es razón,
haré de aqueste mesón
palacio a mi calidad:
que, en verdad, que hay en Madrid
amigos que me lo den.
BELARDO. ¡Dios os pague tanto bien,
pues me ayudáis a vivir:
que por teneros presente,
Francelo, ya no he enfermado!
FRANCELO. Un hidalgo soy que ha estado
en todo lo más de Oriente,
y vengo a vuestro servicio
con cuarenta mil escudos,
que me hablan, siendo mudos,
cuando yo los acaricio.
Que no hay para mi sustento
como ver su lumbre pura,
cuando en una noche oscura
sobre mi cama los cuento.
BELARDO. Gocéislos con mucho gusto
por muchos años, Francelo.
FRANCELO. Deos un millón el cielo,
pero no por mi disgusto;
que mientras tuviere vida
durara, Belardo, en mí
la causa por que emprendí
jornada tan atrevida.
Que si supiésedes vos
de qué suerte la intenté,
diréis que secreto fué
sólo reservado a Dios.
BELARDO. Si se me puede fiar,
señor Francelo, el secreto,
de guardárosle prometo
como se debe guardar.
FRANCELO. Fuera de que me asiguran
cualquier cosa vuestras canas,
y mis esperanzas vanas
ninguna cosa aventuran.
Belardo, en Valladolid

tenía, en mi mocedad,
una hija moza y hermosa,
de catorce años no más,
más recogida y honesta
que la misma honestidad.
Pero, como amor es ciego,
y, al fin, le pintan rapaz,
jugando con otros niños,
le ganó la voluntad.
Sacómela de mi casa
un mozo, alférez rëal
de la flota de las Indias
y capitán de mi mal.
Como yo me vi viüdo
y en tan triste soledad,
sin mujer, hija ni hacienda,
que es lo que estimaba en más,
por no perder el juïcio,
quise perder y dejar
la patria, amigos y hacienda,
y fuí de mi tierra al mar.
Siguiendo a aqueste mancebo
o a mi estrella natural,
he llegado al mar del Sur,
el nuestro dejando atrás.
Como vi que me burlaban,
pues nunca le pude hallar,
di luego en juntar hacienda,
por entretener el mal.
He ganado lo que digo,
y dejo en una ciudad
un insigne monasterio
edificado a San Juan.
Por ver si a la hurtada prenda
puedo volver a cobrar,
agora voy a mi casa,
que habrá diez años que está
desierta del dueño suyo,
que tarde la va a gozar.
Esta es, Belardo, la historia
que tanta pena me da.

BELARDO. ¿Que, en efeto, pasa así?
FRANCELO. Como lo cuento, señor.
BELARDO. Si os han dicho mi dolor,
¿por qué hacéis burla de mí?
FRANCELO. ¿Yo burla de vos? El cielo
mi hija no me depare
si en todo cuanto os contare
os ha mentido Francelo.
¡Hija perdí, como os digo!
BELARDO. No sois solo el desdichado.
FRANCELO. ¿Cómo así?
BELARDO. Que me ha pasado
lo propio que a vos, amigo.
Que buscando ando, cual vos,
una hija que me falta.
FRANCELO. Igual ha sido la falta,
Belardo, abracémonos.
Mucho desde agora os quiero.
BELARDO. Pues, si va a decir verdad,
yo os he tomado amistad
por morir del mal que muero.
Hagamos guerra a estos perros.
FRANCELO. Agora los dos podemos
vengar el mal que tenemos
de tan prolijos destierros.
Y pues me sois tan amigo
que la llave os doy del pecho
y estoy de vos satisfecho,
a mis desdichas prosigo;
que he dado en una flaqueza,
que ando por esta Juana,
desde ayer por la mañana,
enfermo de la cabeza.
¡Por Dios, que pierdo el sentido,
Belardo, no lo dudéis!
BELARDO. ¿Qué?, ¿también en eso habéis
querido igualar conmigo?
FRANCELO. ¿Cómo, cómo?
BELARDO. Que la adoro
y ya me cuesta un presente.
FRANCELO. ¿No veis que vengo de Oriente
y puedo dalle un tesoro?
¿Decís eso por burlar?
BELARDO. No burlo, sino que es cierto.
FRANCELO. Yo que a vos me he descubierto
la joya me he de llevar;
que obligado estáis, Belardo,
a dejármela servir.
BELARDO. ¡Bueno estoy para morir!
FRANCELO. ¡Yo me abraso!
BELARDO. ¡Yo me ardo!
FRANCELO. ¡Yo me fino!
BELARDO. ¡Yo me muero!
FRANCELO. ¡Yo me alargo!
BELARDO. ¡Yo me estiro!
FRANCELO. ¡Yo lamento!
BELARDO. ¡Yo suspiro!
FRANCELO. ¡Yo la adoro!
BELARDO. ¡Yo la quiero!
FRANCELO. ¡Yo soy rosa!
BELARDO. ¡Yo, clavel!
FRANCELO. ¡Yo estoy asado!
BELARDO. ¡Yo, frito!
FRANCELO. ¡Yo destilo!
BELARDO. ¡Yo derrito!

FRANCELO. ¡Yo soy dulce!
BELARDO. ¡Yo soy miel!
FRANCELO. ¡Ta, ta! No haremos, Belardo,
buena amistad.
BELARDO. No, ¡por Dios!,
que la quiero más que vos.

(Entra PEDRO.)

PEDRO. (Ya por momentos aguardo
tener el bien en la mano.)
FRANCELO. ¡Bonito es este mozuelo!
BELARDO. Es como un oro, Francelo.
FRANCELO. ¿Dónde bueno, Pedro hermano?
PEDRO. Dios le guarde, padre viejo.
¿Dónde bueno van los dos?
FRANCELO. Por vos lo dijo.
BELARDO. Por vos.
FRANCELO. Yo en el muchacho lo dejo.
PEDRO. Diréle de buena gana;
mas no os habéis de enojar.
BELARDO. Di.
PEDRO. Que os podéis retratar
para un lienzo de Susana.
FRANCELO. ¿Qué os parece del capón?
PEDRO. Mejor es este linaje
que no barbas de salvaje
y diablo de tentación.
FRANCELO. ¡Qué lanza para un jinete!
PEDRO. Que me mandéis algo quiero.
BELARDO. Sabe, Perico, que quiero
hacerte yo mi alcagüete.
PEDRO. Eso no; de tan buen padre
no quiero ser alcagüete.
FRANCELO. Viejo os llama.
BELARDO. ¿Quién te mete
en deshonrar a tu madre?
PEDRO. Por eso no es deshonrada,
que sois muy hombre de bien.
BELARDO. Gracias, Perico, te den
los galgos de la posada.
PEDRO. ¡Qué mal entendéis el mote!
BELARDO. Dile a Juana de mi parte
que estoy como un Durandarte.
PEDRO. A lo menos, Lanzarote.
FRANCELO. Perico, mírame a mí,
que también yo soy cofadre.
PEDRO. ¿He de dejar a mi padre
por vos?
BELARDO. ¿Búrlaste de mí?
PEDRO. No, a fe, sino que yo os quiero
como a tal, y os debo tanto,
que haré por vos todo cuanto
pudiere un hombre entero,
que no habéis de despreciarme
por parecer a mujer,
porque dentro puede ser
que halléis señal de amarme.
BELARDO. Eres muy hombre de bien
y bonito como un oro.
PEDRO. De padre os guardo el decoro
y de mi señor también.
Id en buen hora, que quiero
hablar a Juana de vos.
BELARDO. Pues voime; quédate adiós.
FRANCELO. Del remedio desespero.
Vámonos juntos, Belardo,
que a Palacio tengo de ir.
BELARDO. En todo os he de servir.
Pedro, la respuesta aguardo.

(Vanse.)

PEDRO. Tú verás lo que negocio.
¡Ah, padre, no me conoces!
Estoy por darte mil voces
y echo a perder mi negocio.
Cúmpleme agora callar,
aunque el alma se me salga,
para que a tiempo me valga
cuando me venga a llamar.
Mi padre me hace alcagüete,
mas ¿qué maravilla ha sido,
si quien era mi marido
en otro tanto se mete?
Que, para acabar mi vida,
de esta Juana amartelado,
me envía por un recado
para que el alma le pida.
Estoy ardiendo de celos;
mas será negocio llano,
pues tengo a Juana en la mano
y de mi parte los cielos.

(Salen BELARISO *y* LISARDO.)

LISARDO. Bien te llamaron a ti
¡oh casa! Mesón del Ciego,
pues eres de amor y fuego,
y tan ciego para mí.
¿Qué es esto que desde ayer
ando a escuras, poco a poco,
en un laberinto loco
en que me siento perder?
Y no hay descanso que tome,
ni allá fuera le restauro,
por seguir a un minotauro
que de mis entrañas come.—
¡Oh, Pedro! ¿Qué hay por acá?

PEDRO. En vuestros negocios ando
tres horas ha lanceando.
LISARDO. ¿Y cómo en ellos te va?
PEDRO. Escogidamente, a fe.
LISARDO. ¿Cómo así?
PEDRO. Que en este punto
me vino el bien todo junto;
que antes muy mal me fué.
LISARDO. Pues ¿qué? ¿Respondióte mal?
PEDRO. Mal nos dejó la fortuna;
mas ya no hay pena ninguna
que eres hombre principal.
Y pues ya te tengo aquí,
no hayas miedo que te vayas
sin que se truequen en sayas
las promesas que te di.
LISARDO. ¿En sayas se han de volver?
poco das.
PEDRO. Aquesto creo,
que es todo el bien que deseo;
mas puédeslas guarnecer.
LISARDO. Bien haces de prometer
largamente lo que quieras,
que quiero a Juana de veras.
PEDRO. Y a mí me puedes querer,
que te quiero más que a mí
por verte tan principal
en darme aquel medio real
cuando no te le pedí.
LISARDO. Como me midió en (1) cuarenta,
bien me conoces.
PEDRO. (¡Mejor
de lo que piensas, traidor!)
LISARDO. Toma cuatro a buena cuenta.
PEDRO. ¿Quieres mucho a esta mujer?
LISARDO. Por grande extremo la quiero.
PEDRO. ¿Y quisiste a otra primero?
LISARDO. No he sabido que es querer.
PEDRO. Muestra la mano; veamos.
LISARDO. Pues ¿qué? ¿Por la mano entiendes?
PEDRO. Muéstrala: ¿qué la defiendes?
No pienses que nos casamos,
que en verdad que hoy me lavé
y tengo limpias las mías,
y creo que ha muchos días
que otra vez te la tomé.
LISARDO. Engáñaste, que en la corte
no he estado más que esta vez.
PEDRO. Eso diràlo el juez
al tiempo que más importe.
¿Dásmela de mala gana?
LISARDO. Sí, ¡por Dios!
PEDRO. ¡Qué rayas tienes!
De un largo camino vienes
con una esperanza vana.
LISARDO. De Italia vengo, acertaste;
pero en esotro no aciertas,
que hoy me han abierto las puertas.
PEDRO. Pues esas mismas cerraste.
Un hombre has muerto ¡por Dios!
LISARDO. ¡Válgate el diablo por hombre!
PEDRO. Y traes fingido el nombre.
BELARISO. Huye, señor, vámonos.
¿No ves que somos perdidos
por boca de este hechicero?
LISARDO. Calla, que eres palabrero.
PEDRO. Como vosotros fingidos.
¿Y dices, pobre de mí,
que no has tenido otro amor?
También negarás, traidor,
que no me has querido a mí.
LISARDO. Eso no lo negaré,
que el amor que te he cobrado,
cuando fuere preguntado
de aquí a un siglo, lo diré.
PEDRO. De Venus es este el monte,
y por él he conocido
que a otra mujer has querido;
por eso a lo más disponte
que me queda por decir:
que la dejaste perdida,
y ya es muerta, aunque con vida,
que murió para vivir.
LISARDO. Déjame la mano ya,
que me has dado un grande susto.
PEDRO. Hícelo por darte gusto;
que a tiento hablé, en verdad,
que no sé lo que me digo.
BELARISO. Todo aqueso puede ser;
no tienes de qué temer.
PEDRO. (¡Qué trago he dado al amigo!)
LISARDO. Vámonos a mi aposento,
que quiero hablarte de espacio,
y habemos de ir a palacio.

(Vanse.)

PEDRO. Mira, señor, que hablé a tiento.—
Mal lo hice en espantalle,
no se me vaya de aquí.
¿Quién me hizo hablar a mí
que pudiera aseguralle?
Mas no importa, que si quiere
irse, por esta malicia

(1) En el texto, "Como me midió ni an quarenta".

padre tengo y hay justicia,
y es ley que quien mata muere.
Un hombre ha muerto, es traidor;
yo pienso usar de una treta,
que viendo sacar maleta
cierro puerta y corredor.
Rodrigo y Juana son éstos.

(Entran RODRIGO *y* JUANA.)

JUANA. ¿No me dirás dónde hubiste
los regalos que me diste
tan pulidos y compuestos?

RODRIGO. De mi salario y percances
compré aquestas niñerías,
porque ha no sé cuántos días
que me van cayendo lances.
Y como sólo deseo
agradar a esa belleza,
lo que puede mi pobreza
para tu servicio empleo.
Recibe la voluntad
que por hacerte alborote
ver debajo de un capote
un mundo de calidad.
Y merezca yo de ti
que no escuches ademanes
de aquestos necios galanes
con quien hablando te vi.
Que son güéspedes, al fin,
y se partirán mañana
y quedarás por liviana
con opinión de ruín.

JUANA. En todo me dices bien;
y en señal del nuevo lazo
de amistad, con un abrazo
te he de dar el parabién.
Ve y guárdame en tu aposento
los perniles y toronjas,
que los regalos de monjas
tendrán en mi arca asiento,
que allí naide los verá.

RODRIGO. Yo me voy, y mira, Juana,
que escuches de buena gana
a quien el alma te da.

JUANA. Mía es la (1) tuya y tuya es ésta.

RODRIGO. Una mujer obligada,
cuando no quiere dar nada
no vuelve mala respuesta.

(Vase.)

JUANA. ¿Aquí estabais vos, mocito?

PEDRO. ¿Aquí estabais vos, mocita?

JUANA. ¿Viste al que me solicita?

PEDRO. He leído el sobre escrito.

JUANA. Todo viene para ti.
¡Por vida de aquesa cara!

PEDRO. Pondréla, si no repara,
en la suya.

JUANA. ¿Cómo a mí?

PEDRO. ¿Para quién son esas cosas
que sacó a este majadero?
¡Quítese allá, que no quiero
niñerías tan costosas!
Sus almendras confitadas
y sus alcorzas de boca
me han dado causa, y no poca,
de seguille las pisadas.
Mas agora que ya sé
qué interés la desjareta,
entenderéle la letra
y alzaré de tajo.

JUANA. ¿A fe?
¿Tendrás ánimo, rapaz?

PEDRO. Y aun le daré cuatro coces;
soy hombre, y de los feroces.

JUANA. Llamaré quien meta paz.
Envainemos, caponcillo,
y dame un abrazo.

PEDRO. ¡Bueno!
Estoy de coraje lleno;
mataré a ese hombrecillo.
¿Abrazo tú? ¡Vive Dios,
que te he de dar cuatro coces!

JUANA. ¡Ay, ay, Pedro!

PEDRO. No des voces.
¿Abrazo le das?

JUANA. Y aun dos.
¿La mano pones en mí?
¡Oh, hideputa, picaño!
No pienso hablarte en un año.
Vete, apártate de mí.
¿Esta bajeza has de usar?

PEDRO. Ea, mis ojos hermosos,
que sólo en verlos llorosos
estoy ya para llorar.
Que de semejante injuria,
esme fuerza rigurosa;
sola una lágrima hermosa
pudiera templar su furia.
Ea, ¿qué, te estás riendo?
Dame esa mano.

JUANA. Es verdad
que te tengo voluntad
y estálo el alma oyendo.

(1) En el original, "Mi es tuya".

Que por más que finja enojos,
y con el rostro lo cubra, (1)
lo que la boca te encubra
te lo parlarán los ojos.

PEDRO. Pues dame los brazos.
JUANA. Toma.
PEDRO. ¡Aprieta bien!
JUANA. Cuanto puedo.
¡Ay, caponcillo, está quedo!
PEDRO. Suelta.
JUANA. ¿Cómo?
PEDRO. Gente asoma.
A la cocina me voy (2).
JUANA. ¿Con calor y a la cocina?
PEDRO. Esa es la mejor picina
de los enfermos de amor.
JUANA. Ven y calentarte he el hielo.

(Salen FRANCELO *y* BELARDO.)

BELARDO. Malas nuevas tengo de él,
sino es que vuelvan por él
estos soldados, Francelo.
No ha quedado ningún hombre
a quien no haya preguntado,
y dicen, que no han tratado
ni conocido tal hombre.
FRANCELO. No hagáis cuenta que en palacio
habéis de hallar buena nueva,
que todo se trae y lleva
ya de prisa, ya de espacio.
Dudoso me ha parecido
vuestro negocio, Belardo.
BELARDO. Muy mal dispidiente aguardo;
creo que en balde he venido.
Pero escuchad: ¿no es aquella
la lumbre de aquestos ojos?
FRANCELO. La causa de mis enojos
y de mis ojos la estrella.
JUANA. ¡Buena viene la vejez!
BELARDO. No se me puede escapar,
porque la he de declarar
todo mi pecho esta vez.
FRANCELO. ¡Oh, gloria del alma mía!
Sacadme de aqueste estrecho,
que un Etna de fuego has hecho
la carne caduca y fría.
Sois el pisto que me esfuerza
y el agua confortativa,
y la virtud atractiva
de los miembros de mi fuerza.
BELARDO. Acabad, ¡oh, pesia tal!
Dejad algo para mí.
FRANCELO. Pues no he comenzado aquí,
que falta lo principal.
BELARDO. Esto no es cosa que ignora
su cordura y discreción;
dejad decir su razón
a aquesta alma que la adora.
Como berros en laguna
han florecido mis sesos,
que (1) medulas en los güesos
crecen más que con la luna.
Sois el centro de mi esfera,
sois el calor que me estira,
sois la rienda que me tira
y sois mi causa primera.
Sois mi escritorio de escudos
con que mis penas remedio,
y el cajoncillo de en medio,
donde tengo los menudos.
Sois mi nueva martingala
y sois mi caja de antojos,
norabuena de mis ojos
y de mi bien noramala.
Sois, en fin...
FRANCELO. No digáis más.
Como quien baila, os la quito,
que es mi bien todo infinito
y el punto de mi compás.
Juana, no hay más que escuchéis
a mi amorosa porfía.
Yo soy Roma, que se ardía,
y vos Nero, que la veis.
JUANA. "¡Qué tiranía!"
BELARDO. Bien mal año para Orfeo
cuando animales traía,
si cantó la tiranía
de aquel Nerón fariseo.
FRANCELO. Todo os lo queréis decir;
a nadie dejáis hablar,
que yo también sé danzar
que no se puede sufrir.
¿Queréis ver un esturdión?
JUANA. ¿Sin son haréis la mudanza?
FRANCELO. Vos sois el son de mi danza,
que yo no bailo a otro son.
JUANA. Ahora bien: ¿qué es lo que quieren?
BELARDO. Que escojáis el más galán.
Mirad aqueste ademán

(1) En el texto, "y como el rostro lo encubra".
(2) Parece faltar algo, pues "voy" no es consonante de "amor".

(1) En el texto, "las" en vez de "que".

por quien las damas se mueren;
mirad esta pierna y pie
que con mi talle se ajusta;
mirad esta calza justa
que os muestra bien lo que ve,
y mirad bien que Francelo,
aunque es honrado, no es tal
para el ardiente caudal,
porque es frío como un hielo.

FRANCELO. Si va por la gentileza,
no tenéis tan ciegos ojos
que no veáis los despojos
de amor y naturaleza.
No he visto el rostro a la tos;
hablo como una bandurria;
no hay sospecha de estangurria,
y esto aprueba y veldo vos.

JUANA. Señor Francelo y Belardo:
pues que yo soy Doralice
y ellos, como amor lo dice,
Rodamonte y Mandricardo,
quisiera escoger ¡por Dios!
mas no es cosa de mi oficio
sin que prueben el servicio
que se espera de los dos,
que para podello hacer
he de estar más obligada,
pues no da ni gasta nada
quien pone sólo el querer.
Quede, pues, esta sentencia,
que cualquiera que me hiciere
cualquier servicio, ése espere
debida correspondencia.
¿Podrá quedar esto así?

BELARDO. Digo que estoy satisfecho.

FRANCELO. Yo con ojos, boca y pecho,
digo mil veces que sí.

JUANA. Pues yo mi palabra obligo,
y con aquesto me voy.

(Vase.)

BELARDO. Yo vuestro criado soy
y vuestra voluntad sigo.

FRANCELO. ¿Qué os parece de ésto?

BELARDO. Bien.

FRANCELO. ¿Cómo entendéis la sentencia?

BELARDO. Que al uno dará audiencia
y al otro ceño y desdén.

FRANCELO. No digo sino el servicio
que a Juana se le ha de hacer,
si es que dinero ha de ser
amoroso sacrificio.

BELARDO. Cuando vos eso dudáis
tiniendo tanto dinero,
¿qué haré yo, pobre escudero?
Ardiendo en oro os heláis.

FRANCELO. Sin duda que me resfrío,
que no hay aire que me seque
como pedirme que trueque.

BELARDO. Luego el interés es mío.
¡Vitoria por mi largueza!
¡Vitoria por Alejandro!
Que ya no hay mar sin Leandro
sino dativo franqueza.

FRANCELO. No estoy agora tan fuera
de trocar algún real.

(Sale RODRIGO, *dando de palos a* JULIO.*)*

RODRIGO. ¿Y vos habéis de hacer tal,
bellaco?

JULIO. ¡Detente, espera!
¡Señor! ¿Por qué así me matas
sin oír mi información?

RODRIGO. Sois un pícaro ladrón.

JULIO. ¿Hablaré si me maltratas?

RODRIGO. ¿Y qué puedes tú decir?

BELARDO. ¿Hay tan gran bellaquería?
Escuchad, ¡por vida mía!
¿Esto se puede sufrir?
Pues ¿de un mozo de mesón
así os dejáis dar de coces?

JULIO. Como tú no le conoces
hablas de...

RODRIGO. ¡Calla, ladrón!

JULIO. Suplícoos, señor, si valgo
por esta humildad con vos,
que nos dejéis a los dos.

FRANCELO. ¿Así se trata un hidalgo?
Mas débense de entender,
que algún negocio secreto
le tiene atado y sujeto.

BELARDO. Aqueso debe de ser.
Porque un hombre con espada,
aunque algún pícaro fuera,
no es posible que sufriera
tanta coz, palo y puñada.

FRANCELO. Vamos, y dejaldo estar,
que a la cátedra me opongo
y a todo el riesgo me pongo
de perder o de ganar.

BELARDO. Al fin, de los dos, al uno
esta joya le darán.

FRANCELO. A lo menos, por galán,
no me la gana ninguno.

(Vanse.)

JULIO. ¿Por qué, señor, has gustado
de afrentar públicamente
al más fiel y obediente
y más humilde criado?
¿Págasme así los caminos
que desde Sevilla aquí
hice tres veces por ti?
¿De aqueste premio son dinos
el engañar a tu padre
con fingille que estudiabas
y que en Salamanca estabas,
y el consolar a tu madre?
¿El traerte cuanto puedo
y el tener, al fin, en peso
la fuerza de este suceso
que diera a un Hércules miedo?
¡Ah, don Juan, que éstas no son
hazañas de caballero,
que te ha hecho muy ratero
la tierra de este mesón!
Porque hablase con tu dama,
o con aquella doncella
que no hay güésped que sin ella
duerma seguro en la cama,
¿has de formar tantos celos
y porque llegué a abrazalla?

RODRIGO. ¡Paso! No más que en nombralla
se me renuevan los duelos.
¡Perro, bellaco, azacán!
¡Abrazar! ¿De qué manera?

JULIO. Señor don Juan, tente, espera.

RODRIGO. No me llames ya don Juan.

JULIO. ¡Vive Dios! que si me tocas
que meta a la espada mano.

RODRIGO. ¿Espada? ¡Infame, villano!
¡Quebrareos una y mil bocas!

JULIO. Yo se lo diré a tu padre
y haré que venga por ti.

(Vase.)

RODRIGO. ¿No sabes que para mí
ya no hay perro que me ladre?
Volved acá, descarado.
¿Ah, Julio? ¿Ah, Julio amigo?
¿Cómo? El burlarme contigo,
¿no es de señor a criado?
Vuelve ¡por tu vida! Julio.
En balde le llamo ya,
que, según parte, será
milagro volver por julio.
¡Oh! ¡Qué mal he andado en ésto!
Que por una liviandad
ha sido gran necedad
ser con Julio descompuesto,
que es la piedra triangular
de todo aqueste edificio.
Romperáse el frontispicio;
ya se comienza a arruinar;
ya las guardas he quebrado
a la llave del secreto.
A mi daño voy sujeto;
abierto queda el candado,
que si el enojo le dura (1)
y no vuelve a la venta,
por lo que a mi padre cuenta
me mando mala ventura.

(Entran LISARDO *y* BELARISO.*)*

LISARDO. Sosegado traigo el pecho,
Estacio, después que oí
de que el mozo zahorí
el engaño contrahecho,
que dice que lo que dijo
os lo oyó en el aposento
estando una noche atento
y yo en hablalle prolijo.
Fuera de esto del recado
que de esta Juana me dió...

BELARISO. Habla quedo.

LISARDO. ¿Quién me oyó?

BELARISO. El mozo desvergonzado.

RODRIGO. ¿Hay, señor, en qué serviros?

LISARDO. No, Rodrigo; no, señor,
que tenéis nombre traidor
y ya os conozo los tiros.

RODRIGO. Yo soy muy hombre de bien.

LISARDO. Y tenéis talle, a lo menos,
de jurar falso por menos
de cuatro cuartos que os den.
¿No sois [vos] Rodrigo?

RODRIGO. Sí.

LISARDO. Pues basta; no más conmigo.
"¡Afuera, afuera, Rodrigo!"

RODRIGO. ¿Qué? ¿Que me vaya de aquí?
Quedad muy enhorabuena,
pues que mi nombre os enfada.

LISARDO. Aquí no hay que vencer nada
por vuestra doña Jimena.
¿Paréceos bien, bellacón,
estarme anoche escuchando?

RODRIGO. Mire que me voy hinchando;
hable bajo, ¡fanfarrón!

LISARDO. ¡Oh, bellaco! ¡Dale, Estacio!
¡Dale! ¡Mátale!

(1) En el original, "diera".

RODRIGO. ¡Ay de mí!
¿Nadie me socorre aquí?
LISARDO. ¡Por Dios, que te vas de espacio!
Espera, daréle yo
porque el amor se le quite,
que por Juana se derrite
después que lavar la vió.
Veamos por qué razón
ayer, como yo lo vi,
la pedía celos de mí
y la amagó un bofetón.

(Sale JULIO.)

¡Pícaro! ¿Celos ansí?
JULIO. ¡Por Dios, que gusto de entrar
para vello aporrear!
RODRIGO. ¡Señor, duélase de mí!
LISARDO. ¿Celos de mí, bellacazo?
¿De cuándo acá os igualáis?
RODRIGO. Señor Julio, ¿a qué aguardáis?
JULIO. ¡Dale bien; extiende el brazo!
LISAR. (1) ¡Señor julio, señor mayo,
señor agosto o setiembre!
JULIO. Menealde hasta noviembre;
sacalde el polvo del sayo,
que, a fe, que yo no lo quite.
RODRIGO. ¿Esto se sufre? ¿Esto pasa?
¿Qué? ¿No hay gente en esta casa?
Y si la hay ¿esto permite?
JULIO. ¡Oh, señor! ¿Por qué es aquésto?
¿Por qué así lo maltratáis?
LISARDO. Cuando el negocio entendáis,
diréis que anduve compuesto;
y a vos puédeseos decir
como a güésped y discreto,
cuanto más que no es secreto
que nos importa el vivir.
De celos que de mí tiene,
porque hablé con su Juana,
hija del güésped, o hermana,
que a los que pasa detiene,
la ha maltratado el asnazo,
el señor de la antipara,
y puesto sobre la cara
la mano de morterazo,
que creo que el jueves santo
sirve de matar candelas,
y le ha quebrado dos muelas
que pueden moler un canto.

(1) El manuscrito original dice "RODRIGO".

JULIO. Si eso pasa, en mi conciencia
que tiene poco castigo.
¡Pícaro, truhán, mendigo!
RODRIGO. ¡Ah, prueba de mi paciencia!
JULIO. Estoy por dalle de palos.
¡Bellaconazo, hablador!
RODRIGO. Si tal he dado, señor...
LISARDO. ¡Dáselos, Estacio, dalos,
porque tenga atrevimiento
de responder!
RODRIGO. Si tal di,
mátame, señor, aquí;
castiga mi atrevimiento.
LISARDO. Pues mirad que desde hoy
os aviso que he de hablalla
y retozalla y miralla;
y por la fe de quien soy,
que si palabra la habláis...
RODRIGO. Yo os la doy de no estorbaros.
LISARDO. Y más que quiero avisaros,
para ver si la estorbáis,
de que esta noche, de que ésta,
y aun antes de media hora,
la he de hablar, porque me adora
y algunas blancas me cuesta.
Y así quedó concertado...
RODRIGO. Callaré como una piedra.
(Que eso justamente medra
señor que se hace criado.)
JULIO. Yo, señor Fabricio, quiero
irme con vos.
LISARDO. Pues vení.
JULIO. Matarlo he si quedo aquí,
por la fe de caballero.

(Vanse.)

RODRIGO. Bien haces de irte con él,
porque si aquí te quedaras,
pudiera ser que llevaras
el galardón de fiel.
Vengado se va de mí,
como los otros se fueron;
buenos celos me pidieron
por los que yo les pedí.
Mas, lo que es peor que todo,
es aquesto del concierto,
que si por ventura es cierto,
yo quedo puesto de lodo.
Pero buscaré invención
para estorbar tanto daño,
que si esto fuere engaño,
no me engañe el corazón.

(Sale PEDRO.)

PEDRO. Por ti preguntaba agora
nuestro amo, Rodrigo hermano,
que da voces este indiano
y está riñendo señora.
¿En qué estás desvanecido?

RODRIGO. Ando con cierta sospecha
contra quien poco aprovecha
todo el poder del sentido.
¿Hale dado, que hayas visto,
alguno a Juana?

PEDRO. ¿Eso dices?

RODRIGO. Oye: no te escandalices.
¿Cómo no has de ser mal quisto?

PEDRO. ¿A una moza tan honrada
le ha de dar hombre alguno?
¡Ah, triste amante, importuno!

RODRIGO. Es moza, al fin, de posada.
Pues cree que algo ha habido,
[y] que no es posible menos,
que allá han sonado los truenos
y en mis espaldas llovido.
Pero quédate con Dios,
que eres tú más sospechoso
que yo importuno y celoso,
y, al fin, servimos los dos.

(Vase.)

PEDRO. Pues ¿qué? ¿Tendréte yo invidia?
Mis negocios se empeoran;
unos ríen, otros lloran
lo que mi bien les fastidia.
He trazado con Lisardo
el que Fabricio se llama,
que hable esta noche a su dama,
y antes de un hora lo aguardo.
Pero no hablará con ella
porque descanse Rodrigo,
y quiero que hable conmigo,
que me pondré en lugar de ella.
Las faltas quiero suplir,
que, como mujer, podré;
que ya de la noche sé
que puede y sabe encubrir.
Encomiéndome en tus manos,
y en tus estrellas también,
¡oh, tercera de mi bien,
reposo de los humanos!
De molde viene el suceso
a mi padre, que ha querido,
en la edad de más sentido,
venir a perder el seso.
Tendrá lugar de hablar
con Juana, porque yo he dado
en que vaya disfrazado
y sirva por mi lugar,
que aunque a disgusto ha de ser
de la que a mí me esperó,
más vale y puede que yo,
pues es hombre y yo mujer.
Pero la lástima es
que no es él solo amador,
que tiene competidor,
y no de poco interés,
que es el indiano Francelo,
que también ha concertado
hablalla por un terrado,
y que se encuentren recelo.
Pues ¿qué diré, si comienzo,
de los criados de todos,
tantos y por tantos modos
que me corro y avergüenzo?
El es vicio irremediable
de los que güéspedes son
en habiendo en el mesón
moza que retoce y hable.
Ya es muy tarde y han cenado.
Irme quiero ya a vestir,
porque me he de convertir
en otro traje pasado.

(Entran JUANA *y* ALBERTO.)

ALBERTO. Haré por vos cualquier cosa,
mi Juana, no lo dudéis;
con sólo que vos me deis
una palabra amorosa
daré de palos al diablo.

PEDRO. Irme quiero allá detrás,
aunque no fuese por más
que por miedo del vocablo.

(Vase.)

JUANA. No es cosa de que te puede
venir pesadumbre, Alberto.

ALBERTO. Dichoso el de amores muerto
cuando por vos muerto quede.
Id, señora, confiada
de que haréis mis fuerzas viles,
con vuestro favor, de Aquiles,
y de un Orlando la espada.
Guardareos esta puerta,
y al primero que llegare
haré que el palo repare
con media cabeza abierta.

JUANA. Tu garbo, Alberto, me abona,
y las mujeres perdemos
el seso por el que vemos
valiente por su persona.
Guárdame la puerta bien.

ALBERTO. Id, señora, descuidada,
que el Cid no hallará entrada.

JUANA. Ayúdete el cielo.

(Vase.)

ALBERTO. Amén.—
Deseo obligar a ésta,
porque por este placer
dice me ha de entretener
todo el calor de una siesta.
Quiérome guardar aquí
y esperar a este galán.
¡Qué bien mis negocios van!

(Entra BELARISO.*)*

BELARISO. Basta que me quiere a mí,
y anda el pobre de mi amo
muerto por Juana; y la moza
me adora, quiere y retoza,
y viene herida al reclamo.
Encargóme aquesta tarde
que la guardase la puerta
de un galán que la despierta
y, al fin, quiere que la guarde.
Aquí me arrimo, que estoy
más cerca de su retrete.
¡Bravas cosas me promete
si cuatro palos le doy!

(Entra JULIO.*)*

JULIO. ¡Oh, amor: con qué ligereza
entras por puerta cerrada
y en entrando en la posada
escoges la mejor pieza!
Porque viniendo entre nubes,
como dicen los poetas,
igual que el (1) vino sujetas
y a la cabeza te subes.
¡Que me haya Juana mandado
que le guarde aquesta puerta!
Mas pues amor lo concierta,
quiero arrimarme embozado,
que le he de dar cuatro palos
al que llegare a escuchar.

(Sale LISARDO *con* PEDRO, *vestido de mujer y cubierto con su manto.)*

LISARDO. La espalda de este pajar
la ha de hacer a sus regalos.
Espérame, Juana mía,
que lo voy a recorrer.

PEDRO. (¡Que, al fin, he venido a ser
de aquel mismo que solía!
Doña Blanca soy, traidor,
y no la Juana que piensas,
que tan notables ofensas
de sufrillas huye amor.
Bien piensa aqueste enemigo
de ofender mi honestidad;
gran burla fuera, en verdad,
si se burlara conmigo.
Pero no, que voy a ver
el falso pecho que tiene,
que, al fin, engañado viene
y engaña propria mujer.)

LISARDO. Todo está seguro, ven.

PEDRO. Vamos.

LISARDO. Entra por aquí.

PEDRO. (¡Ah, traidor, guarte de mí!
Mas no, que le quiero bien.)

(Vanse.)

ALBERTO. ¿Qué figuras son aquéstas?

BELARISO. Sombras me mandan que guarde.

JULIO. Sin duda Troya se arde,
pues sacan la gente a cuestas.

(Entra BELARDO, *de figurilla.)*

BELARDO. Miren qué traje he tomado
para hablar con mi Juana,
porque desde esta mañana
lo tenemos concertado.
¡Oh, amor niño! ¿Quién te entiende?
¡Ofrezco al diablo el amor,
rapacillo burlador!
No eres amor, sino duende.
Esta es la puerta y ventana;
hacia allá llegarme quiero
para ver aquel lucero
que sale por la mañana.
Gente viene; aquí me arrimo.

(Sale RODRIGO.*)*

RODRIGO. Esta es la dichosa hora
que cobre vida, señora,
el espíritu que animo.
Aquí, si habéis de cumplir

(1) En el texto, "igual al vino".

la promesa de esta tarde,
está quien se abrasa y arde,
en vísperas de (1) morir.
No sé quién viene; aquí quiero
aguardar el fin del caso.

(Sale Francelo, *de figurilla.)*

Francelo. Amor, que guías mi paso,
ponme en el punto postrero.
La puerta y ventana es ésta,
y, sin duda, que se abrió;
parece que ella me dió
por el amor la respuesta.
Rodrigo. Abrid, que estoy esperando.
Belardo. Llegar quiero, que han abierto.
Abierto se ha el cielo y puerto
del mar que voy navegando.
Mostradme vuestra hermosura,
seré del todo dichoso
con ver ese rostro hermoso.

(Al llegar hacia la ventana Rodrigo, Belardo *y* Francelo, *danles de palos los que están cubiertos.)*

¡Oh, qué respuesta tan dura!
Francelo. ¡Ay, que me han muerto!
Juana. ¿Quién es?
Rodrigo. Rodrigo. ¡Ay, pesia tal!
Francelo. Yo, Francelo, por mi mal.
Belardo. Yo, Belardo.
Juana. ¿Cierto? (2)
¡Ah, mis señores galanes,
por haber estado al frío,
esta colación envío!
Belardo. ¡Oh, bellacos, ganapanes!
¿No es bueno que me ha molido,
Francelo, mi criado Alberto?
Francelo. Y a mí el ajeno me ha muerto.
Rodrigo. Trinca de palos ha sido.
Francelo. Entremos a reposar.
Belardo. Esta espalda llevo abierta.
Rodrigo. ¡Andas bueno!
Julio. Aquesta puerta
Juana me mandó guardar.
Belariso. Yo toco los güesos tuyos.
Entra, Alberto, que hay guardado
buen vino y un lomo asado.
Alberto. Iguales llevan los suyos.

(Vanse.)

(1) Hemos enmendado este verso, que dice en el texto: "está en esperar morir", palabras que no hacen sentido.
(2) Este pasaje, como se ve, está muy alterado.

JORNADA TERCERA

(Sale Pedro.)

Pedro. Allá puse los harneros,
porque me están dando voces.
¿No bastan los mulos coces,
sino que los arrieros
también me las dan feroces?
Mesonero. ¿En qué ha de parar aquésto?
¿Juana, Rodrigo, Perico? (1)
Pedro. ¡Oh, ladrón, avaro y rico!
¡Oh, salteador manifiesto!
A Lisardo tengo aquí,
que anoche en el traje hablé
de Juana, a quien parecí.
Mujer fuí, que mujer fué
desde que me tiene ansí.
Partióse de mí engañado,
contento de haberle dado
un esperanza que hoy
le ha de dar, si yo le doy
abierto el puerto cerrado.
El y ella vienen aquí:
disimularme pretendo.

(Salen Juana *y* Lisardo.)

Juana. ¿Que yo te hablé y te oí?
Estoy, de oírte, riendo
de tu locura y de ti.
Lisardo. Si no me hablaste y me viste,
si no te vi ni te hablé,
si la mano no me diste,
si la tuya no tomé,
si no te escuché y me oíste,
si no fueron esos brazos
de mi cuello honestos lazos
con uno y otro desmayo,
sobre mí descienda un rayo...
Juana. ¡Tente!...
[Lisardo.] Y hágame pedazos.
Juana. Pues si yo te vi y te hablé
y tú me hablaste y me viste,
si yo tu mano tomé
y tú la tuya me diste,
si me oíste y te escuché,
y si fueron estos brazos
de tu cuello honestos lazos,
con desmayo o sin desmayo,
sobre mí descienda un rayo...
Lisardo. ¡Tente!...

(1) Falta un verso después de éste.

JUANA. Y hágame pedazos.
LISARDO. ¿Estás loca, por ventura?
JUANA. ¿Estás, por ventura, loco?
LISARDO. ¿Qué? ¿No crees a quien jura?
JUANA. A quien jura ¿crees tan poco?
PEDRO. ¡Zarabanda ven y dura!
¿Sobre qué es esta quistión?
LISARDO. Sobre que me niega Juana
que anoche, en cierta ocasión
no fué conmigo tan llana
como su Pedro capón.
Que ¡vive Dios! que lo sabe
algún testigo y la llave
de una puerta que sé yo,
que más de un beso [le] dió
y más de un suspiro suave.
PEDRO. ¡Ah! Pues si aquesto es ansí,
¿para qué negáis señora,
lo que hecisteis, decí? (1)
En el mesón forastero
que a las manos por quien muero
no calce su par de guantes.

(Entran BELARISO *y* ALBERTO.)

ALBERTO. Estacio, espérame aquí,
que quiero hablar con Rodrigo.
BELARISO. Hablá presto, concluí,
que tiene que hablar conmigo.
RODRIGO. Todos me buscan a mí.
ALBERTO. Pues, Rodrigo, ¿sabes ya
lo que tienes de hacer?
RODRIGO. El que viene lo dirá.
ALBERTO. Cuarto aposento ha de ser;
la llave, hermano, me da,
que estoy de contento loco.
RODRIGO. No estimes la llave en poco.
Toma y entra.
ALBERTO. ¡Oh, llave hermosa,
llave dorada y graciosa,
mil veces te beso y toco!
Hoy mi esperanza se acabe,
pues me ha hecho de su llave
mi reina.—¡Hola, Estacio, adiós!
BELARISO. Solos quedamos los dos
y en medio el secreto cabe.
¿Hate dicho aquel Perico
cuál aposento ha de ser
el que me ha de hacer tan rico?
RODRIGO. No me acordé, por tener
el cabestro del borrico,

(1) Faltan cuatro versos después de éste.

que de la caballeriza
por momentos se desliza.
BELARISO. Pues mira que es el tercero.
RODRIGO. Pues darte la llave quiero,
y con su cinta pajiza.
BELARISO. Y esto trae por señal.
¡Oh, llave que cierra al mal
y abre las puertas al bien!
¡Oh, llave, llave, por quien
vuelvo a vivir de mortal!
Yo entro a esperar, Rodrigo,
a aquel ángel que consigo
trae el descanso postrero
de este mi mal.
RODRIGO. ¿El tercero
dices?
BELARISO. El tercero digo.

(Vase.)

RODRIGO. ¡Válame Dios! ¿Qué será
esto de encerrar aquéstos?
Mas Pedro se entenderá;
quizá porque callen éstos
mientras él hablando está.
Todos por Juana suspiran,
todos la quieren y aman (1),
todos a Juana esperando,
ya riendo, ya llorando,
a sus camas se retiran.
Juana, desde esta mañana,
contra ti el mundo se arma;
guarda bien la barbacana,
Juana, que tocan al arma;
que tocan al arma, Juana.
Mira que no haya entredicho
en todo lo sobredicho;
que sólo aguardo a gozallo:
que yo he de correr el gallo,
según el capón lo ha dicho.

(Salen BELARDO *y* FRANCELO.)

FRANCELO. Es buscallo por demás;
que, con ventaja bastante,
partió, no aguardando más,
de llevar su bien delante
y dejar el nuestro atrás.
Mucho os habéis declarado
con uno y otro soldado;
que quien persigue, al amigo
ha de hablar del enemigo
muy quieto y muy recatado.

(1) Consonante impropio. Quizás "y miran".

BELARDO. Ya no tengo confianza
de poderlo hallar, Francelo;
ya he perdido la esperanza
de que en algún tiempo el cielo
a mis males dé bonanza.
Juana me tiene perdido;
que a olvidalla no fué parte
los palos que he recibido.

FRANCELO. Aquí está quien le ha cabido
de lo uno y otro parte.

RODRIGO. ¿Dicen las vuesas mercedes
por mí, acaso?

FRANCELO. ¿Pues no fuiste
uno de ellos?

RODRIGO. ¿Y tú puedes
asegurar que lo viste.

FRANCELO. Quisiera con las paredes.
Pero mis espaldas saben
qué palos cubren y caben
desde el cuello a la cintura;
no me quedó coyuntura.

BELARDO. Dignos son de que se alaben;
que, a fe, que el que a mí me dió
que los daba con donaire (1).
No pensé si es cosa de aire.

FRANCELO. La martingala me abrió.

RODRIGO. ¡Pobre de mí, que sin culpa
me dieron tanto garrote
sobre carne, güeso y pulpa
que en el envés del capote
traigo escrita la disculpa!
Que me cupo quien yo sé,
que no estaba bien conmigo.

(Sale PEDRO.)

PEDRO. Anda, ve presto, Rodrigo,
que te llaman.

RODRIGO. ¿Para qué?

PEDRO. No sé, que te llaman, digo.

RODRIGO. ¿Ha venido güésped nuevo?

PEDRO. Sí, ¡par Dios!

RODRIGO. ¿Viejo o mancebo?

PEDRO. Mancebo.

RODRIGO. Dilo de veras.

PEDRO. Viejo es, ¿de qué te alteras?

RODRIGO. ¡Ah, cuánto a mis celos debo!
Antes me quiero esconder
para no estar ocupado
el tiempo en que se ha de hacer
el negocio concertado
que desconcierta mi ser.

(1) Falta un verso en esta quintilla.

Dile a nuestro amo que estoy
con un güésped en la plaza;
que a hablar con Juana voy.

PEDRO. ¡Hao! No le digas la traza.
¡Guárdate! (1)

RODRIGO. Seguro soy.

(Vase.)

BELARDO. Pues, Perico, ¿en qué entendemos?

PEDRO. Con vuestros negocios ando
tres horas ha zanqueando.

BELARDO. ¿Y qué hay?

PEDRO. Recado tenemos;
que yo te estaba esperando.
Vete y muda de vestido
y vuelve de aquí a un momento
quedo, sin hacer ruído,
que yo te la habré metido
en el tercer aposento,
donde te estará aguardando,
que esto tratamos los dos.

BELARDO. ¿Búrlaste?

PEDRO. No hago, ¡por Dios!

BELARDO. Los huesos me están temblando,
que tal ventura he tenido. (2)
Pedro, aderezarme quiero.

PEDRO. Al aposento postrero
escuchá llegá al oído.
¿Has entendido?

FRANCELO. ¿Qué espero?
¡Por Dios, que está concertado,
o la vista me ha engañado,
de metello en el retrete!
La llave de este alcagüete
abre de Juana el candado.

PEDRO. Y verémonos los dos.

BELARDO. Pues, Pedro, quédate adiós.

FRANCELO. (¡De celos me estoy muriendo!)
La llave de aqueste estruendo,
Pedro, creo que sois vos.
¿Qué os ha dicho el compañero?

PEDRO. Que le meta en su aposento
una mocita que espero,
y, por tenerme contento,
me dió este doblón, primero,
por que con gusto lo hiciera,
para comprar colación.

FRANCELO. Otro de a cuatro te diera,
si yo otra dama tuviera
que digo en mi corazón.

(1) El texto dice "Guarte".
(2) Falta un verso para completar la quintilla.

PEDRO. Yo te la trairé, y aun dos.
FRANCELO. Está en el tercero cielo.
PEDRO. Si es Venus, bajalda vos.
Pero si es diosa del suelo
trairéosla, ¡vive Dios!
que yo sé que de la tierra
dineros hacen la guerra.
Por Juana sé que te mueres;
dinericos en la cerra
y la trairé.
FRANCELO. ¿Cuánto quieres?
PEDRO. Has de darme diez escudos
que la ablanden, siendo mudos.
FRANCELO. ¿Dices primero o después?
PEDRO. Basta que después los des,
cuando estéis los dos desnudos.
(¡Extraña maraña intento!)
Volverás de aquí a un momento
con el metal amarillo,
y hallarla has cual corderillo
en este cuarto aposento.
FRANCELO. ¡Oh, venturoso Francelo!
Yo voy, y mira, Perico,
que lo traces bien.
PEDRO. Harélo.

(Vase.)

¡Plega a Dios no venga al suelo
la máchina que edifico!

(Entra CLEORISIO, *viejo, de camino.)*

CLEORISIO. Enciendan, pues, una luz.
PEDRO. Por lo escuro os aconsejo
que entréis haciendo la cruz.
CLEORISIO. ¡Ah, mancebo!
PEDRO. Aqueste viejo
es en la habla andaluz.
CLEORISIO. ¿Cuál es el sexto aposento,
que dicen no está ocupado?
¿Queréis que le busque a tiento?
PEDRO. A lo menos halo estado
con el sexto mandamiento.
¿De dónde venís ahora?
CLEORISIO. De Toledo, que hasta allí
vine por la posta ahora;
que de Sevilla salí
día de Nuestra Señora.
Si ahí viniere un criado,
decilde que Cleorisio
aquí le aguarda acostado.
¿Sois mozo?
PEDRO. A vuestro servicio,
y de este mesón criado.
CLEORISIO. ¿Conocéis de estos mesones
los mozos que hay?
PEDRO. Soy su amigo.
CLEORISIO. Por no gastar más razones,
¿sabéis de cierto Rodrigo...?
PEDRO. Y he dormido en sus colchones.
CLEORISIO. ¿En cuál de aquéstos está?
PEDRO. En aquéste le hallará,
luego que amanezca el día,
sirviendo en mi compañía.
CLEORISIO. ¿Podrélo yo ver?
PEDRO. Sí hará,
pero esta noche no creo,
que entiendo que no está en casa,
que fué a cumplir un deseo
que es juego de *pasa-pasa,*
y mudanza de guineo.
CLEORISIO. ¡Oh, cielo; qué gran ventura!
Ve presto, Pedro, y procura
traerme una luz.
PEDRO. Sí haré.
Aguarda la encenderé,
que hace la noche oscura.

(Vase.)

CLEORISIO. ¿Es posible que ya hallé,
en el primero mesón,
este ladrón que busqué,
este bellaco ladrón,
sin honra, sin Dios, sin fe?
¡Triste, que dos hijos solos,
estrellas, nortes y polos
de mi vejez, hayan dado
uno en esto, otro en soldado,
pareciendo al mundo Apolos!
Del que a Italia se me fué
parece que, aunque me falta,
ya consolado quedé,
que nada a la sangre falta
que de su agüelo heredé.
Pero que estotro bellaco
se me haya vestido un saco,
de penitencia u bajeza,
por una flaca belleza
que le trae perdido y flaco!...
¡Buenas leyes ha estudiado!
¡Buenos Baldos ha revuelto!
¡Buenos *Digestos* pasado!
¡Con gentil grado me ha vuelto
por Salamanca letrado!
Julio, su amigo el mayor
y cómplice del delito,
temiendo mi disfavor,

por esta carta me ha escrito
la vida de este traidor.
¿Cómo? ¿Que tan sin juïcio
le tenga un infame vicio,
que hasta el nombre se ha mudado,
de señor vuelto en criado
y paró en tan bajo oficio?

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO. ¿En qué tengo de parar,
mesón, pues me falta a mí,
y sobra a todos lugar,
que vine a posar aquí
y no puedo reposar?
¿Qué sombra es ésta o agüero?
CLEORISIO. ¡Hola, Pedro! ¿Traes la luz?
LISARDO. No soy sino un forastero
güésped, soldado andaluz.
CLEORISIO. Hablé como forastero.
Perdonad, señor, mi falta
y poco conocimiento.
LISARDO. En ninguna cosa hay falta.
Entrad en vuestro aposento.
CLEORISIO. El pecho me sobresalta.
Pero aguardar quiero al día,
que su luz descubrirá
lo que aguarda el alma mía.
LISARDO. Abierto, señor, está.
Entrad.
CLEORISIO. Acertar querría.

(*Vase.*)

LISARDO. Deseo que se sosiegue
toda la casa y el dueño,
por que mi descanso llegue. (1)
Todo se suspenda y ciegue,
que tengo, hasta la mañana,
de gozar mi hermosa Juana,
conformando en el concierto
de Juana, mi luz y puerto,
que el suyo de nieve allana.
Gente suena por aquí;
Bueno será recogerme.
¿Quién habla? ¿Quién está ahí?

(*Sale* JULIO.)

JULIO. Un hombre que vela y duerme.
LISARDO. ¿Quién es? ¿Julio?
JULIO. Señor, sí.
LISARDO. ¿No es hora ya de acostar?
JULIO. Ya, mi señor, se va haciendo.
LISARDO. ¿Qué tiene que negociar?
JULIO. Andome ya apercibiendo,
que tengo que madrugar.
LISARDO. ¿Irse quiere, por su vida?
JULIO. Es muy cierta la partida.
Si para la tierra hay algo,
mande vusté a este hidalgo,
que pondrá por él su vida.
LISARDO. Tengo en qué hacerme merced:
hablémonos de mañana.
JULIO. Pues duerma vuesa merced,
que lo haré de buena gana.
LISARDO. Por esclavo me tened.

(*Vase.*)

JULIO. Huelgo de que se recoja,
que de los güéspedes todos
este soldado me enoja;
porque, por mil vías y modos,
a nuestra Juana se arroja,
de la cual he de tener
esta noche el bien más alto
que puede amor pretender,
si no doy en vago el salto
para saltar de placer.
¡Oh, capón, de cuyas plumas
pudiera el capón de Cumas
cortar, para sus poetas,
las más sabias y discretas
para sus heroicas sumas!
¡Oh, Pedro, que has concertado
aqueste bien deseado:
tengas tanto bien después,
que a las bodas de un marqués
sirvas cocido salado!

(*Sale* RODRIGO.)

RODRIGO. La hora ha llegado ya
en que ha de rendirse toda,
Juana, que esperando está.
Hoy se celebra la boda,
y mañana se dirá,
que no es muy gran novedad
hombre de mi calidad,
principal y caballero,
con hija de mesonero
confirme sanguinidad,
que quien por ella ha venido,
en este infame vestido
por sólo el gusto de vella,

(1) Falta un verso después de éste, que complete la redondilla.

no por (1) vivir con ella
con título de marido.

(Salen FRANCELO *y* BELARISO.)

RODRIGO. ¿Quién anda allá? ¿Quién pasea?
FRANCELO. Francelo soy.
RODRIGO. ¿A tal hora?
FRANCELO. Rezaba, Rodrigo, agora
ciertos salmos a una dea. (2)
RODRIGO. Entrad en vuestro aposento.
Rezaréis más a contento
y con mayor devoción.
FRANCELO. Todas estas cosas son
remate del sufrimiento.
Ahora bien, quiérome entrar.
(Amor, si el bien me has de dar,
socorre con agua el fuego;
que me abraso, que me anego.)

(Vase.)

RODRIGO. Este se ha entrado a acostar.
Asegurándome voy
de todos mis enemigos,
de quien perseguido soy,
que no requiere testigos
el casamiento de hoy.
Ya me parece que toca
mi mano a la que provoca
de amor a los dulces lazos, (3)
y estos mis brazos sus brazos,
y esta mi indina su boca.
Amor, morir dulcemente,
dime si el bien que me has dado
será, como el alma siente,
tanto después de gozado
como está agora presente;
que no sería razón
que bien de tal perfección,
en el primero deseo,
con fin tan áspero y feo
viniese en disminución.

(Entra BELARDO.)

BELARDO. ¡Ah, noche, que vales tanto
para los dulces amores,
que no sabré decir cuánto!
¡Oh, capa de pecadores,
y de pecadores manto!

(1) Parece debiera decir "bien puede".
(2) Falta un verso a esta quintilla.
(3) En el original, "brazos", errata notoria.

Dame a la bella Juanilla,
si no en pelo, con la silla:
sea a la brida o jineta,
que en el altar de su seta
ofreceré mi tablilla.
RODRIGO. (Aún se está por acostar
este viejo: quiero hablalle.
Pero no le quiero hablar,
porque consiste en que calle
gozar el tiempo y lugar.
Este aposento segundo
es el cimiento en que fundo
toda tu máchina, amor,
y tarde seré señor
de toda Juana y del mundo.)

(Vase.)

BELARDO. Si no me engañan los ojos,
aquel Rodrigo aquí estaba, (1)
que suele causarme enojos.
¡Oh, qué noche oscura y brava!
Préstame, amor, tus antojos.
¿Qué indiano llegó a Sanlúcar
tan rico, contento y Fúcar
cual yo llegare a los brazos
de aquellos dulces abrazos
y aquella boca de azúcar?

(Vase.)

(Salen el MESONERO *y un* ALGUACIL.)

MESONERO.

Viene vuestra merced mal informado.
¿En mi casa ladrón? ¿Qué es lo que dice?
¿Cuándo suelo acoger aquí ladrones,
sino muy principales caballeros,
como lo puede ver entrando agora
de uno en uno en aquestos aposentos?

ALGUACIL.

Señor güésped, sosiéguese, esté quedo,
que yo vengo informado y traigo rastro,
y sé yo que ha dormido en el de enfrente
aquesta noche, y duerme agora en éste.
¿De cuándo acá se hace tan hipócrita?

MESONERO.

Tráteme bien, que vivo en esta corte
desde el año que vine de Toledo,
y en esta casa gustan de apearse
muchos señores duques y marqueses.

(1) En el texto: "erutaba", en vez de "aquí estaba".

ALGUACIL.

Oigame, que no vengo por ladrones,
sino a buscar un par de palominos,
que diz que el palomar los tiene buenos.

MESONERO.

¿Congimo jerizonga, hermano imo?
No acojo yo en mi casa amancebados
ni en ella se hallará más que mi hija,
después de mi mujer, y esa muchacha
es añagaza, pero no consiente.

ALGUACIL.

Mirar quiero primero este segundo.

MESONERO.

Entre en buen hora, y hallará un anciano.

(Entra, y saca a RODRIGO *y* JUANA.*)*

ALGUACIL.

¿Ve cómo se engañaba, hermano güésped?
¿Qué hace aqueste mozo con su hija?

MESONERO.

¿Hay tal maldad? ¿Habrá maldad tan grande?
¡Mi mozo con mi hija!

ALGUACIL.

En el tercero
entro con su licencia.

MESONERO.

¡Perro infame!
¡Mal nacido! ¡Ladrón! ¡Bárbaro turco!

RODRIGO.

Paso, señor, que soy un hombre hidalgo,
y no Rodrigo, no; ni éste es mi hábito.
Que soy don Juan, el hijo de Cleorisio,
un Veinticuatro ilustre de Sevilla.

MESONERO.

¡Sois un desvergonzado! Y vos, honesta,
¿paréceos bien?

JUANA.

Señor, si no lo he sido,
con una daga me atraviese el pecho.
Que este ladrón, en forma de Perico,
entró, para engañarme, disfrazado.

(Sale el ALGUACIL, *y saca a* BELARDO *y* BELARISO.*)*

ALGUACIL.

¡Peor está que estaba este negocio!
Que amancebado puede aún sufrirse;
mas un hombre con otro...

MESONERO.

¡Bueno es eso!
¿No veis que pagarán la cama a medias?

ALGUACIL.

Entrar quiero en el cuarto, quinto y sexto.

BELARDO.

¡Hideputa, bellaco! ¿Esto se sufre?
Muy tendido en la cama reposando
y cuando, descuidado, entré a acostarme
os hallo a brazo abierto recibiendo...

BELARISO.

Hanme engañado, que, por Dios, os juro
que esperaba la dama que os ha hecho
la misma burla, pues con más blandura
llegabais vos a darme boca y brazos;
y callemos, no entienda la justicia
que ha sido veras lo que burla ha sido.

(Torna a salir el ALGUACIL, *y sácalos a todos.*)

ALGUACIL.

De dos en dos los hombres en las camas.
¡Castigue Dios tal casa con el fuego
que las cinco ciudades abrasaba!

CLEORISIO.

¡Perro, traidor, villano! ¿De esa suerte
venías a mis brazos?

JULIO.

Señor mío:
mira que yo soy Julio, tu criado.
No me levantes eso.

CLEORISIO.

¿Cómo, cómo?

JULIO.

Sin falta, soy.

CLEORISIO.

Julio, ¿qué es esto?
¿Adónde está el bellaco de mi hijo?
¿Adónde está don Juan?

RODRIGO.

Aquí presente,
disfrazado en el nombre de Rodrigo.
Dame la muerte, que conozco y veo
mi culpa y tu razón: morir deseo.

CLEORISIO. Si la justicia no viera
presente, como la ves,
de puñaladas te diera
por poner sangre a mis pies
que de quien es degenera.
¡Bellaco! ¿Estas son las letras
que estudiabas y penetras?
¿Este es el grado que tienes?
Agradezco (1) que así vienes,
mas no el perdón que impetras,
que éste no le alcanzarás,
sino mucha maldición.

MESONERO. Dile que te dé perdón,
pues que ya casado estás.

CLEORISIO. ¿Cómo casado?

MESONERO. ¡Pues no!
Con mi hija, que forzó.

CLEORISIO. ¿No veis que sois desigual
y que se remedia el mal
con sólo dotarla yo?

MESONERO. Ríase de eso del dote,
pues que es mejor que no él,
que si él es rico hidalgote
esta es sangre Pimentel
debajo de aquel capote,
que no es Juana la que mira.

FRANCELO. ¿Pues quién es?

MESONERO. Es doña Elvira
Pimentel, mejor que el Cid,
con casa en Valladolid.

FRANCELO. ¿Esto es verdad o mentira?
¡Hija de mi corazón:
yo soy tu padre, yo fuí
quien por vengar la traición
a aquel hidalgo seguí
hasta el indiano Japón!
Mudéme el Fabio en Francelo
por encubrir mi deshonra;
mas, pues lo permite el cielo
que halle mi hija y mi honra,
venga el Fabio y el consuelo.
Señor Cleorisio, no estéis
del casamiento enojado,
que buena nuera tenéis.

(1) En el texto, "Agradecio".

CLEORISIO. Por todo el bien que he ganado
os suplico me abracéis,
y a aquese traidor perdono
por el fiador y abono
que me ha traído con vos.

MESONERO. Pues abrazaos los dos.

PEDRO. Agora canto mi tono.
Señor alguacil, suplico
a su merced esté atento
mientras el caso publico.
Este hombre en este aposento
quiso forzar a Perico;
llevadle a la cárcel luego,
o casémonos los dos.

LISARDO. ¿Que me case? Eso te niego.

PEDRO. Pues, padre, decildo vos.

BELARDO. ¿Qué es lo que veo? ¿Estoy ciego?

PEDRO. Doña Blanca soy, Belardo,
y este el soldado Lisardo,
que me hurtó con brazo fuerte.

BELARDO. ¿Cómo no le doy la muerte?
¿Qué me detengo? ¿A qué aguardo?

CLEORISIO. Paso, señor, que recelo
que es mi hijo este Lisardo.

LISARDO. ¿Qué me detengo? ¿Qué aguardo?
Echarme quiero en el suelo.
Yo soy tu hijo, Cleorisio,
el que hizo el maleficio
de robar su hija casta
al señor Belardo.

CLEORISIO. Basta,
que voy perdiendo el juicio.

MESONERO. Perico, ¿que eres mujer?

RODRIGO. Lisardo, ¿que sois mi hermano?

FRANCELO. ¿Que mi suegro habéis de ser?

BELARDO. Yo soy quien en ello gano.

PEDRO. ¡Que este día llegué a ver!

ALGUACIL. ¡Que me hayan a mí burlado!

BELARISO. ¡Y a mí con un hombre echado!

PEDRO. ¡Que me haya casado yo!

JUANA. ¡Que Juana al fin se casó!

RODRIGO. ¡Que estoy con Juana casado!

ALBERTO. Aquí se ha de dar un corte
que a todos juntos importe.
La historia se acaba ya,
y así, con esto se da
fin al MESÓN DE LA CORTE.

COMEDIA

DEL

PREMIO RIGUROSO Y AMISTAD BIEN PAGADA

POR

LOPE DE VEGA

CONDE ANSELMO.
ALBANO, *paje.*
ALBERTO, *príncipe de Tesalia.*
EL PRÍNCIPE DE ESCOCIA.
EXCELSA, | *infantas de Albania.*
LEONORA, |
TIRRENO, *labrador viejo.*
REY DE ALBANIA.
RISELA, *pastora.*
TORINO, | *pastores.*
ALCINO, |
EL REY DE CHIPRE.
TROÍLO.
ARDINO, (1) | *criados del de Chipre*
TREBACIO, |

JORNADA PRIMERA

(*Salen el* CONDE ANSELMO *y* ALBANO, *paje.*)

CONDE. Son derechas y robustas
las lanzas como las pido.
ALBANO. Son del modo que más gustas.
CONDE. ¿Lo demás...?
ALBANO. No lo han traído.
CONDE. Pues mañana son las justas.
ALBANO. ¿Qué importa, si antes que puesto
hoy vea el sol, o más presto,
los maestros te trairán
zurrón, pellico y gabán,
caperuza y todo el resto?
CONDE. ¿Está bueno?
ALBANO. Está el mejor
que jamás imaginaste.
Mas, ¿por qué causa, señor,
aquesta invención tomaste
de salir como pastor?
Que, aunque el color de esperanza
va en el vivo y la pujanza
de tu valor, por ser rico,
mal defenderá el pellico
el encuentro de una lanza.
CONDE. Ya ves que es usada cosa
que cualquier que justar quiere
saque la invención costosa
que más a cuento estuviere
con su pasión amorosa.
Pues como de aquesta empresa
es el premio la Princesa,
cuya extrema perfición,
no sólo este corazón,
mas el alma tiene presa, (2)
por significar mejor
que con su saber me hallo
necio y falto de favor,
no quise significallo
sino con salir (3) pastor.
Y también que hombres discretos,
para pintar los efetos
de unos sencillos amores,
los han puesto entre pastores
por pintarlos más perfectos.
Y así es cosa averiguada;
y el que acertare a traer
la invención más extremada,
más rica bien podrá ser,
mas no tan enamorada.
Y contra esotro defeto
el peto llevo en secreto,
aunque un pecho enamorado
de favor basta ir armado,
que es el reparo perfeto.
ALBANO. Agora digo que ganas
con la invención y despojos
a cuantas salgan galanas,
y que has de robar los ojos
de balcones y ventanas.
CONDE. Aquellos robar quería
que esta alma sin alegría
robaron con tanta gloria,
que si así es la vitoria,
la puedes contar por mía.

(1) Figura además otro criado: ANDRONIO.
(2) El original "en esa".
(3) En el original "salir *como*".

ALBANO. Détela, cual puede, el cielo,
que lo que es justo no niega.
CONDE. ¡Ah, Princesa; honor del suelo!
cuanto más el día se llega
más me acaba este recelo.
Porque el tirano de amor
pone en peligro mi honor:
que no está en más hacer esqui-
de ser el Príncipe vivo [vo (1)
que en quedar yo por traidor.
ALBANO. ¿Es posible que no acabes
de sacar conmigo a plaza
ese recelo, pues sabes
que sé dar orden y traza
en cosas no menos graves?
CONDE. ¿Por qué al corazón no dejas
que manifieste sus quejas?
Mas, pues tanto me porfías,
haz que a las palabras mías
den atención tus orejas.
Un amigo tuve un tiempo
a quien amé más que al alma,
que era, si le conociste,
el Príncipe de Tesalia.
Dió en servir a la Princesa,
y ella, en pago, le hablaba,
sus preseas recibía
y sus billetes y cartas.
Y delante de los grandes
él mostró grande arrogancia;
que [un] favor demasiado
vuelve loco a quien lo alcanza.
Dijo que de la Princesa
tenía firme palabra,
que a ninguno sino a él
se mostraría alegre y blanda.
Pues como esto engendra envidia
siempre en la parte contraria,
no faltó quien se lo dijo
a la descuidada dama.
Ella, pues, como se precia
igual de honrada y [de] casta,
como parida leona
se enciende en cólera y rabia,
tanto, que en público dice
que el que la cabeza ingrata
del Príncipe le llevara
le da su firme palabra
que será su esposa luego.
Y aun hubo quien lo intentara;
pero costóle la suya,

(1) Sobra una sílaba, y el sentido es oscuro.

de su intento digna paga.
Al fin, el Príncipe, en corte
procuraba con el alma
volver al primer estado
con la Princesa y su gracia;
para lo cual convidó
a una silvestre caza
al heredero de Hungría,
que era esposo de la hermana,
que agora tiene, viuda,
a esta Princesa agraviada.
Porque él era el más amigo
que después de mí trataba,
hizo llevar a su esposa,
y ella una niña llevaba
de dos años solamente,
en quien ambos adoraban.
Llegamos al sitio ameno
otro día, cuasi al alba;
reposamos en las tiendas,
que ya plantadas estaban;
y el ama, mientras durmiendo
se quedó la madre amada,
tomó la niña y se fué,
por ver el mar, a la playa.
Había acaso aquella noche
una nave de piratas
bien cerca de allí surgido
con intento de hacer agua.
Cógenla y dan en la nave;
con ellos pónense al arma;
van a nosotros, que estábamos
descuidados y sin guarda;
matan a tres caballeros
de los primeros que hallan.
Salimos al alboroto,
y, en fin, que (1) se nos escapan;
mas costónos la vitoria
una notable desgracia:
que uno al Príncipe de Hungría
mató de una cuchillada.
Tú puedes considerar
lo que haría la Infanta
viendo que a su dulce esposo
la muerte se lo arrebata,
y las nuevas que le traen
de que el ama no parece
con la niña, que era niña
de los ojos de su alma.
Viendo el desdichado Príncipe
que deste daño era causa,

(1) En el texto "tres" en lugar de "que".

se partió a desesperar;
y debió de ser sin falta,
pues pasan ya de diez años
y dél no se sabe nada.
Este es, amigo, el proceso
de aquesta tan larga historia.

ALBANO. ¡Extraño caso, por cierto!

CONDE. Luego, ¿no lo habías sabido?

ALBANO. Sí; mas parecía incierto,
y huelgo de haberte oído
por sólo saberlo cierto.

CONDE. ¿Parécete que es razón
que esté en grande confusión?
Pues de mi amigo a la clara
pretendo la prenda cara,
¿no os parece que es traición?

ALBANO. No, ni a tal te lo atribuyo
si es ya muerto el desdichado.

CONDE. Como mi padre y el tuyo.
Ya en Tesalia está llorado,
y heredó un hermano suyo.

ALBANO. ¿Y dices que en amistad?
¿Fuiste tú solo?

CONDE. Es verdad.

ALBANO. Pues si hubo amistad tanta,
él te mandaría la Infanta
por última voluntad.
Cumple tu intento, señor,
y el cielo te lo concluya,
que al muerto das más honor,
porque por ser prenda suya
la tratarás muy mejor.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Pide un hombre a tu excelencia
que le mandes dar licencia
para hablarte, y es un hombre
que a nadie habrá que no asombre
su bruto aspeto y presencia.

CONDE. ¿Tan bruto es su aspeto?

CRIADO. Y fiero.

CONDE. ¡Oh, corazón! En mi daño
pronostico verdadero
algún negocio. ¡Es extraño!
Entre, que hablarle quiero.
¿Cómo en entrar es molesto?
Mira si viene.

ALBANO. ¿Tan presto?

CONDE. Un siglo a mí me parece;
tanto el deseo en mí crece
de saber ya qué es aquesto.

ALBANO. Ya entiendo que viene, espera.
¿Vesle, que, sin duda, estaba
allí en la puerta primera?
¡Qué monstruosidad tan brava!
A dicha, ¿es persona o fiera?

(*Sale el* PRÍNCIPE *de Tesalia vestido de pieles con barba larga y cabellera.*)

PRÍNCIPE. No soy persona ya, no,
porque ya, ¡triste!, pasó
aquel tiempo en que lo era.
Fiera soy, porque una fiera
en fiera me convirtió.
Conde, si el bruto vestido
y el pelo largo te ha
espantado y conmovido,
más espanto te pondrá
cuando me hayas conocido.
Y porque desearás
saberlo, no digo más
de mirar con gran cuidado
quién será el más desdichado
Príncipe que hubo jamás.
Que si te acuerdas tan bien
como yo de ti confío,
al momento sabrás quién,
que señas son, Conde mío,
por do me conozcas (1) bien.

CONDE. ¡Oh, caso nuevo y extraño!
Vos sois, si yo no me engaño,
mi amigo el Príncipe Alberto.

PRÍNCIPE. Soy el mismo, y lo más cierto,
el autor del mayor daño
que en este mundo se ha hecho.

(*Abrázanse.*)

CONDE. ¡Oh, caro amigo! Apretad,
que vuestro es aqueste pecho;
que para tanta amistad
es abrazo poco estrecho.
¿Qué larga ausencia fué ésta?
¡Qué crueldad tan manifiesta!
¡Qué destierro tan profundo!
Que a mí, y aun a todo el mundo
tantas lágrimas nos cuesta.
Ya os tienen, y con razón,
por muerto allá en vuestro Estado,
y todos, de compasión
y lástima, os han llorado,
y yo con el corazón.
Esta corte lo ha sentido,
y el Rey, con ser ofendido,
y la que es por vos viüda:

(1) En el original, "conocerás".

Excelsa sola es tan cruda,
que se ha alegrado y reído.
Y así, teniendo por cierto,
por los años que han pasado,
que érades, sin duda, muerto,
hace del padre el mandado,
pero con (1) este concierto:
que el que tan valiente fuere
que en unas justas venciere
a los demás que justaren
por su esposa la declaren.
Y de otra suerte no quiere
hacerlo, por si algún día
vinierdes, que aun todavía
se recela que sois vivo,
tenga esposo tan altivo,
que oprima vuestra osadía.

PRÍNCIPE. ¿Que entienda el mundo de hecho
que es ya mi muerte verdad,
y ésta no se ha satisfecho?
¿Qué es esto? ¿Tanta crueldad
se (2) encierra en humano pecho?
¿En mujer tanta inclemencia,
tanto rigor y violencia,
que a pagar sólo un pecado
diez años no hayan bastado
de terrible penitencia?
¿Pretendes ganar corona
con castigo tan notorio?
¡Diez años, fiera leona!
Pues Dios dicen lo perdona
con siete de Purgatorio.

CONDE. No más, Príncipe, que pienso
que es por tenerme suspenso
para que cuenta no os pida
dó habéis gastado la vida
con trabajo tan inmenso.

PRÍNCIPE. Si has visto ya las señales,
preguntarlo es excusado,
pues que vestiduras tales
publican que la he gastado
entre fieras y animales.
Que, como vi el daño horrible
que mi desgracia terrible
causó, como ya se sabe,
y que de los de la nave
vengarnos era imposible,
en un áspero desierto,
de fieras albergo y puerto,
que otra cosa en él no mora,
he vivido hasta agora
bien poco menos que muerto.
Tan solo, que llanamente
ha diez años que no veo,
hasta ayer, humana gente.
Sino por sólo el deseo,
a mí en una clara fuente
dábame el monte tributo,
no por príncipe absoluto,
sino de lástima pura;
la fruta agreste madura,
su piel el corcillo bruto.
Ayer un deseo me vino
de ver gentes, incitado
del propio cielo divino,
pues después de ejecutado
vide cuánto me convino,
que, descendiendo a buscar
alguno, vine a encontrar
un hombre aquel mismo día
que a estas fiestas venía
por verlas a grande andar.
Díjome la ocasión dellas,
y sabiendo el caso horrendo
formé al cielo mil querellas
de modo que, a lo que entiendo,
llegaron a las estrellas.
Y viendo que hace fiesta
en tal ocasión como ésta
la que este pecho me abrasa,
y que la prenda se casa
que a mí tan cara me cuesta,
determiné de venir
a impedirle el casamiento
o en la demanda morir,
que harto bien le está a cuento
a quien le cansa el vivir.

CONDE. (¡Ah, ciego amor fementido,
en qué enredo me has metido!
¿Cómo saldré desta calma,
si está en posesión del alma
y este contrario ha salido?)
Pues a tiempo sois llegado
en que todo lo pasado
lo podréis cobrar, sin duda,
si un dolor grande no muda
un esfuerzo no domado.
Que en las justas de mañana
a tanta caballería
ganaréis es cosa llana,
la que si os tardáis un día
sé yo muy bien quién la gana.
Mantiénelas Argolante,

(1) En el texto "no" en vez de "con".
(2) En el original "que" en lugar de "se".

Rey de Chipre, semejante
en soberbia a Polifemo;
pero en el campo no temo
que os dure mucho delante.
Hay en cualquier aposento
vestidos y armas bellas,
que sé que os darán contento.
Entrad a escoger en ellas
las que os estén más a cuento.
Y pues la ocasión se os muestra,
haga mañana esa diestra
hechos dignos de memoria,
y el cielo os dé la vitoria,
como sabe bien que es vuestra.

PRÍNCIPE. ¡Ah, sincero y caro amigo!
Ya que aqueso [es] así llano,
¿qué aprovechará conmigo,
si lo que por ella gano
lo pierdo por su enemigo?

CONDE. ¿Enemigo? ¡Es cosa extraña!
No hay enemistad tamaña
entre fieras ponzoñosas,
que el tiempo cura las cosas,
pero en ésta más las daña.
Todos los más justadores
van cada noche a Palacio,
y en balcón o corredores
le suelen hablar despacio,
y les hace mil favores.
Mas hanle de prometer
que si se acierta a saber
que vivís, que en breve pieza
le trairán vuestra cabeza,
y se lo han de conceder.

PRÍNCIPE. Pues hoy procuro hablalla.
Con todo, quizá podré
aquesta noche aplacalla
o en la plática terné
algún modo de engañalla.
Hazme aparejar vestido.

CONDE. Todo está ya apercebido.
Entre tu alteza, y primero
ve tú y llama al barbero.

ALBANO. Ya voy.

PRÍNCIPE. ¡Amigo querido!

(*Vase.*)

¿Esotra Infanta está buena?
Del marido que perdió,
¿tiene todavía gran pena?
¿Y la niña pareció
que robaron en la arena?

CONDE. Buena está demasiado,
y el marido está olvidado,
aunque fué tan buen marido.
La niña no ha parecido,
aunque más se ha procurado.

PRÍNCIPE. ¡Ah doloroso suceso!
Mal me ayudará si carga
sobre mí tan grave peso.
Mas la ausencia ha sido larga
no es bien dejarlo por eso.
Ya yo me voy a vestir.

(*Vase.*)

CONDE. Vuestra alteza puede ir,
que ya será aderezado.
Dolor, pues solo he quedado,
apriesa puedes venir.
Acábame, pues es justo
que se acabe mi honra vana,
mi fama y brazo robusto,
que son las justas mañana
y saben todos que justo.
Si es premio (1) la Infanta bella
y pareció el dueño della,
¡qué he de justar!, que no puedo.
Pero dirán que es de miedo
todos los grandes y ella.
Mas ¿qué es esto, amor infame?
¿Todavía quieres que ame?
Pues no hay ley que lo permita,
de mi memoria la quita
antes que más te disfame.
Ausentarme es lo mejor
antes que el fiero dolor
me acabe en verla presente.

(*Sale* ALBANO *con las pieles que trajo el* PRÍNCIPE.)

ALBANO. Para príncipe excelente,
qué buen traje por su amor.

CONDE. ¿Qué hace el Príncipe, di?

ALBANO. Hacer la barba quería.

CONDE. ¿Qué es lo que llevas allí?

ALBANO. El vestido que traía,
para echallo por ahí.

CONDE. A muy buen tiempo has llegado.
Ayúdame, hermano amado,
a quitarme este vestido,
que éste le vendrá nacido
a un amante desdichado.
Del Príncipe a la medida
de su mal vino sin duda,
y señal es conocida

(1) El original dice "primero" y no "premio", por evidente error.

que, pues que se lo desnuda,
es su esperanza cumplida.
Tuvo, en fin, su mal bonanza,
mas yo no haré mudanza
de traje para *in eterno*,
porque mi mal es de infierno,
pues falta en él la esperanza.

(*Vístese.*)

ALBANO. Señor, ¿dó quieres partirte?
CONDE. A llorar; pues que es razón
pues lo preguntas, decirte,
ya entenderás la ocasión,
no tengo más que decirte.
Sólo quiero que en secreto
me tengas esto, en efeto,
hasta tres días no más,
que en mientras le engañarás
con algún modo discreto.
Sírvele, pues, que le amo;
selde criado leal,
que ya yo amigo te llamo
y no te pago muy mal,
pues que te doy mejor amo.
Y pues ya la oscura sombra
ocupa el suelo a su sombra,
saldré sin ser conocido,
y tú no hagas ruído,
ni me llores, ni me nombra.

(*Vanse, y salen en un balcón las infantas* LEONORA *en traje de viuda, y* EXCELSA, *su hermana, con ella.*)

EXCELSA. Basta, que esta noche, hermana,
no veo talle que venga,
nadie que nos entretenga.
LEONORA. Si son las fiestas mañana,
¿quién ha de poder venir?
Que estarán aderezando,
dando trazas y ensayando
del modo que han de salir:
los motetes avisados,
empresas, letras curiosas,
invenciones y otras cosas,
cifras, devisas, brocados.
EXCELSA. Es verdad; mas yo recelo
que en aqueste anfiteatro
hemos de ver más de cuatro
arrastrando por el suelo.
LEONORA. Entonces será el holgaros,
que en eso sólo consiste
después que del otro triste
jamás pudistes vengaros.
EXCELSA. Agradézcalo a la muerte,
que se puso de por medio,
que si no, no había remedio
aunque fuera muy más fuerte.

(*Sale el* PRÍNCIPE *vestido de noche, y* ALBANO *con él.*)

ALBANO. Sobre este jardín que ves
viene a caer la ventana.
EXCELSA. Parece que hay gente, hermana.
LEONORA. Sí, no hay duda que gente es.
PRÍNCIPE. Gran falta me hace el Conde
para empezar con buen pie.
En esta ocasión se fué
y sin decirme a mí adónde.
ALBANO. A algún negocio importante
debió de ir sin darnos cuenta;
mas en servirte, haz cuenta
que lo llevas a él delante.
PRÍNCIPE. Era él muy necesario.
Bultos veo en las ventanas.
ALBANO. Pues serán las dos hermanas,
porque allí están de ordinario.
A hablarles puedes ir,
que no aguardan otra cosa.
PRÍNCIPE. Pues es cosa tan forzosa,
sépase si he de morir.—
Por ventura un caballero
que a probar las justas viene,
que aun cuasi nombre no tiene
sino un pobre aventurero,
¿podrále ser admitida
su razón, Princesas altas?
EXCELSA. (Corazón, ¿de qué me saltas?
No vi tal cosa en mi vida.)
Hermana, muestra la mano.
LEONORA. Aun el mío se alteró.
EXCELSA. La habla aun me pareció
de aquel Príncipe villano.
PRÍNCIPE. (¿Qué estoy en tal posesión?
Mas ¡ay!, que [bien] más meresco.)
LEONORA. (Los que vienen de refresco
causan nueva alteración.)
EXCELSA. ¿De dónde sois, caballero?
¿Quién sois? Así el cielo os guarde
¿Cómo llegasteis tan tarde,
que sois sin duda el postrero?
PRÍNCIPE. Llegó tarde a mi noticia,
y por eso me he tardado,
si el tardarse a un desdichado
no escurece su justicia.
EXCELSA. No es razón que la tardanza
impida lo que se gana,

ni aunque llegarais mañana.
PRÍNCIPE. Pues con esa confianza,
sabed, señoras, que vengo
no poco lejos de aquí.
De Tesalia, do nací
y donde mi Estado tengo.
EXCELSA. ¿De Tesalia? (¡Oh, caso extraño!
¡No sin duda el corazón
me dió aquella turbación!)
PRÍNCIPE. ¿Por serlo me viene daño?
¡Triste de mí! Si me dió
fortuna por patria amada
a Tesalia desdichada,
¿en qué soy culpado yo?
LEONORA. No es razón, ni tal culpamos;
antes sois de tal lugar,
que nos podréis informar
de lo que más deseamos,
con condición que primero
juréis de decir verdad.
PRÍNCIPE. Júrolo de voluntad
por la fe de caballero.
EXCELSA. De aquesta palabra fío
y juramento tan cierto.
¿Es vivo el príncipe Alberto,
autor de un gran desvarío?
PRÍNCIPE. (Estoy con palabra atado.)
Tan vivo está como yo,
y el que os ha dicho de no
entendé que os ha engañado.
EXCELSA. ¿Vivo es el Príncipe aleve,
el infame destruidor
de mi fama y de mi honor?
PRÍNCIPE. ¿Tanto hizo, tanto debe,
que salís tan de compás?
LEONORA. Sola a mí en cargo me ha sido
de una hija y un marido.
EXCELSA. De la honra a mí, que es más.
PRÍNCIPE. En descuento desa culpa
quieren decir que ha diez años
que pasa males extraños.
¿Admítensele en disculpa?
EXCELSA. Si la mancha en el honor
no puede salir con cosa,
sino con sangre alevosa
del propio difamador,
¿qué diez años o qué ciento
serán parte a que me vea
bien satisfecha, aunque sea
del infierno su tormento?
ALBANO. (¿Hase visto hasta hoy
un rigor tan sin medida?)
EXCELSA. ¿Que el Príncipe tiene vida?
¿Y tan sin término soy
que salga a justas mañana
y sea, por más dolor,
el premio del vencedor?
No ha de ser. Cesen, hermana.
PRÍNCIPE. ¿Hay premio tan riguroso?
LEONORA. ¡Si hay tanto príncipe junto
esperando aqueste punto!
EXCELSA. Antes muera el alevoso.
PRÍNCIPE. Yo tengo una traza dada,
señora, si de ella gustas,
con que no cesen las justas
y quedes muy bien vengada.
Y es que del cielo piadoso
espero, Princesas bellas,
que si salgo vivo dellas
he de salir vitorioso,
y si salgo, sé en qué parte
al Príncipe he de hallar;
al punto le iré a buscar,
y prometo de vengarte.
EXCELSA. Mi gloria de nuevo empieza,
si desa suerte se hace.
PRÍNCIPE. ¿Qué es lo que dél más te place?
EXCELSA. Solamente su cabeza.
Todos son negocios vanos
sin su cabeza, en efeto.
PRÍNCIPE. Pues, señora, yo prometo
de ponerla en vuestras manos,
y mañana daré muestra
de si lo podré hacer.
EXCELSA. Pues trabaja de vencer,
pues sabéis que he de ser vuestra.
PRÍNCIPE. Princesa, eso sólo creo
que me ha de hacer vitorioso.
EXCELSA. Hágalo el cielo piadoso
así como yo deseo.
PRÍNCIPE. Encomendádselo a Dios
vos también, Princesa hermosa.
EXCELSA. No hemos de hacer otra cosa
desde agora ambas a dos.
PRÍNCIPE. ¡Hola, Albano! ¿estáis ahí?
Mira si fué de provecho
mi venida, pues he hecho
que rueguen a Dios por mí.
ALBANO. Bien; mas de entender no acabo
qué fin a esto has de dar.
PRÍNCIPE. El cielo lo ha de ordenar.
EXCELSA. ¡Bravo, caballero!
LEONORA. ¡Bravo!
PRÍNCIPE. Con tal valor quedo ya,
que me imagino un Alcides,
y la cabeza que pides

la veo en tus manos ya.

EXCELSA. Pues, caballero, id con Dios,
que es hora de recogernos,
pues mañana hemos de vernos.

(Vanse.)

PRÍNCIPE. El cielo os guarde a las dos.—
Cielo, que tanto bien veo,
mas pues tan bien he empezado
a lo que tengo trazado,
dele el fin que yo deseo.

(Vanse. Salen TIRRENO, *labrador viejo, y* TROÍLO *y* TREBACIO.*)*

TIRRENO. ¡Plega a Dios que quien me ha
venir camino tan largo [hecho
con mi hacienda a mi cargo
sin interés ni provecho,
que nunca halle en su vida
bestia doquiera que fuere,
y si en alguna subiere,
della dé mala caída!

TROÍLO. No calla ese viejo loco,
ni hay quien le dé un beneficio.
Lo que del Rey es servicio,
¿ese no tiene en tan poco?

TIRRENO. ¿Hame de tomar el Rey
mi hacienda y mi persona?
¿Mándalo así su corona?
¿Ordénalo así la ley?

TREBACIO. ¡Calla, viejo endemoniado!

(Da en el viejo, y sale el CONDE *vestido de las pieles y cabellera.)*

CONDE. ¿Qué maltratáis a un pobrete?

TROÍLO. ¿También en medio se mete
el villano enzamarrado?

TREBACIO. ¿Quiere ser de esto juez?

TIRRENO. ¿No le ha de dar compasión
mirar una sinrazón
siquiera por mi vejez?

TROÍLO. ¿Por qué no los emparejas
con este bastón hircano?

(El CONDE *les da de palos.)*

CONDE. ¡Oh, hideputa, villano!

TIRRENO. A ése entre las dos cejas.

CONDE. Al fin huyen los lebrones.

TIRRENO. Mancebo, ¿quedáis herido?

CONDE. No, padre.

TIRRENO. Dios lo ha querido,
pues os sobran mil razones.
Mas tal vestidura os tapa
mal año para un arnés
que sea tan fuerte, mas es,
sin duda, pastor de chapa.

CONDE. Es en esta tierra uso.
Mas acaba de contar
por qué os querían maltratar
aquéllos, que estoy confuso.

TIRRENO. Dirélo. Préstame oído,
que quiero daros noticia
de la mayor injusticia
que en este mundo se ha oído,
solamente en dos palabras.
Soy de Chipre natural,
donde tengo de caudal
cuatro docenas de cabras,
tres potrillos y una yegua,
que la quiero como al alma.
De sembrado y tierra calma
obra de un cuarto de legua.
Gobiérnanos un mal rey,
y por el mismo compás
lo son sus ministros más
en guardar justicia y ley.

CONDE. En esta corte ha de estar.

TIRRENO. A eso voy, que vino a ella
porque a una Infanta bella
quiere ganar a justar.
Mas conforme sus maldades,
espero en el Rey de gloria
que le ha de dar la vitoria.

CONDE. No decís más que verdades.

TIRRENO. Dejó allá muchos arreos
a hacer de rica mano
para salir más galano
al cumplir de sus deseos;
pero más de lo ordinario
se estuvieron en hacer,
y queriéndolos traer
fué el viento en la mar contrario.
Mas viendo cuánto se yerra
en tardarse, por ser tarde,
ha ordenado aquel cobarde
que se trujesen por tierra,
y a los pobres labradores
les sacan de su posada,
sin darles por ello nada,
de sus bestias las mejores.
Tomáronme a mí mi yegua,
y entendiendo claro allí
que se dolieran de mí
viéndome andar media legua,
y que se me volvería

de lástima y compasión,
no ha habido más redención
que si fuera allá en Turquía.
El temor de que jamás
la vería, me dió aliento
para andar a pie y hambriento
ducientas leguas o más,
y agora la he cobrado
flaca y sin ningún valor,
y la paga, que es lo peor,
quedar bien descalabrado.

CONDE. Grande sinrazón ha sido,
y si lo supiera antes,
al mayor de los bergantes
yo le dejara tendido.
Pero, paciencia, ya es hecho
Yo voy hacia vuestra tierra,
que traigo aquí cierta guerra.
Si en algo soy de provecho,
irme he en vuestra compañía,
y prometo regalaros,
serviros y aun cuidaros
con la débil fuerza mía.

TIRRENO. ¿Es pusible que allá vais?

CONDE. Digo que sí.

TIRRENO. ¡Oh, gran ventura!
Pues Tirreno os asigura
que si a su casa llegáis,
que regalado heis de ser
harto más que agora vengo,
de una rapaza que tengo,
que os heis de holgar de ver.
Vamos como compañeros
por la yegua y los potrillos,
que aunque está flaca, a ratillos
nos llevará caballeros.

(*Vanse, y sale el* PRÍNCIPE DE ESCOCIA *con una lanza de justar, quebrada, en la mano.*)

PRÍNCIPE. Hoy, fortuna, has hecho una
contra razón y derecho,
de las mayores que has hecho
después que fuiste fortuna.
Tanto al de Chipre encumbraste,
que de vista lo perdiste,
y cuanto a él lo subiste
tanto a mí me derribaste.
El, por mi desdicha, queda
donde a las nubes excede:
no hay más que subir; bien puede
echarle un clavo a la rueda.
Pero esté sobre la luna
de que le envidio cruel,
que tú me vengarás dél,
que, en efeto, eres fortuna.

(*Vase, y sale el* REY DE CHIPRE *con criados.*)

REY. ¿Qué es aquesto, cielo airado?
Cuando temblaba este mundo
de aqueste brazo iracundo
¿te has contra mí conjurado?
Que tu poder me destruya
no es mucho, porque eres cielo,
que aquél no es hombre del suelo,
cielo, sino deidad tuya.
Si te ofendí, dilo, acaba,
porque yo no sé en cuál cosa:
ha sido invidia rabiosa
de la gloria que esperaba.—
Amigos, ¿no conocisteis
quién es el que me ha vencido?

TROÍLO. No puede ser conocido.

REY. ¿Ni a ninguno se lo oísteis?

TROÍLO. No, señor.

REY. ¡Ay, varia rueda!
¡Que en la plaza está parado;
nadie acometerle ha osado!
¡Que por él el campo queda!
¡Que la infanta que perdí
éste la viene a ganar!

TROÍLO. Deso no te ha de pesar,
que es más honra para ti;
porque si ese caballero
es único en este mundo,
muy bueno es ser tú el segundo.

REY. ¡Osado enemigo fiero!
Vamos, iré a desarmarme,
que después quiero ir a ver
si puedo reconocer
quién pudo así aniquilarme.

(*Vanse, y sale el* REY DE ALBANIA *con sus hijas y acompañamiento.*)

REY. Hijas, mi palabra os doy
que en mi vida ver espero
encuentro de caballero
como este que he visto hoy.
Y de hazaña tan brava,
bien claro se ha conocido
que tiene Excelsa marido
como ella lo deseaba.

EXCELSA. Helo visto y no lo creo,
según el gozo en mí cabe;
pero el justo cielo sabe
cumplir un justo deseo.
Bien puede el aleve al menos

abatir el brazo osado,
que este esfuerzo es extremado.

LEONORA. ¡Pluguiera a Dios fuera menos!

EXCELSA. Luego, hermana, desa suerte
¿pésaos de mi placer?

LEONORA. No; mas es lástima ver
sentenciado un triste a muerte.

EXCELSA. ¿No es más lástima de mí?

LEONORA. Sí; pero harto ha bastado.

EXCELSA. Sin su muerte es excusado.

REY. Hija, ¿qué se te da a ti?

LEONORA. A mí, nada, así yo viva;
mas no soy de parecer
que recobre la mujer
renombre de vengativa.

EXCELSA. En esta oportunidad
que se recobre es bien hecho,
aunque si ven mi derecho
nadie dirá que es crueldad.

LEONORA. ¿No me dejó lastimada,
a mí en el alma también,
pues me privó de mi bien?

EXCELSA. Con mi daño todo es nada.

REY. No hay para qué replicar.

LEONORA. Señor, tu gusto es el mío,
que destas cosas me río.

REY. ¿No acaba ya de llegar
nuestro guerrero valiente?

LEONORA. Estaráse desarmando,
sin duda, y aderezando,
o estorbarále la gente.

REY. Eso, sin duda, habrá sido.
Mas una cosa me espanta,
que es ver que entre gente tanta
nadie le haya conocido.
No quería que se errase,
y que entendido que es
algún grande, sea al revés,
y con bajo hombre te case.

EXCELSA. La palabra en esto es ley,
cuanto y más quien ha vencido
a Rey bien ha merecido
casar con hija de Rey.

REY. ¡Paso! ¿Qué alboroto suena?

LEONORA. El viene; sentémonos,
y aquesto ordénelo Dios.

REY. Venga muy enhorabuena.

(*Sale el* PRÍNCIPE DE TESALIA *cubierto el rostro con una banda y acompañado del* PRÍNCIPE DE ESCOCIA, *y sale el* REY DE CHIPRE *embozado.*)

P. DE TES. A aqueste humilde criado
dé los pies tu majestad.

R. DE ALB. Hijo mío, levantad;
que quien es tan esforzado
no ha de postrarse en el suelo
ante quien no puede honrallo;
sino todos levantallo
sobre la esfera del cielo.

P. DE TES. No sé con qué responder
a tal merced, Rey supremo;
porque, si respondo, temo
que me he de echar a perder.
Y así, por que no se afrenten
los hombres, es bien callar
y a lo que importa tornar.
Vuestras altezas se sienten,
y humilde os pido perdón,
ínclita Princesa y alta,
si acaso os he hecho falta
en mi grande obligación.

EXCELSA. Levantad del suelo, pues.
¿Falta en tan heroica obra?
No, por cierto, sino sobra.

P. DE TES. Bésoos mil veces los pies.

LEONORA. ¿Qué es esto? ¿Todavía armado?
De paz estamos aquí.

EXCELSA. Bien hace de estarse así.
¿Ha, por ventura, acabado?
¿No ves que le queda agora
otra cosa de más peso
por acabar?

P. DE TES. Pues por eso
no me desarmo, señora.

R. DE ALB. El de Tesalia es ya muerto.

EXCELSA. Vivo está, que él propio es quien
lo sabe y conoce bien.
No lo dudes, señor.

R. DE ALB. ¿Cierto?

P. DE TES. Así es.

R. DE ALB. ¡Qué caballero!
Cuando el encuentro cruel
me acordé mil veces dél.

R. DE CH. (¡Que oigo tal y que no muero!)

P. DE ESC. (¡Que oigo tal, y de placer
no salto y de pasatiempo!)

R. DE ALB. Caballero, ¿ya no es tiempo
de que os deis a conocer?
Porque deseoso estoy
de saber qué yerno elijo,
pues que vos, amado hijo,
sabéis la mujer que os doy.

P. DE TES. Condición fué de la justa
que el que salga vitorioso
sea, señora, vuestro esposo.

EXCELSA. Y cumplirlo es cosa justa.

P. DE TES. Pues si yo he cumplido hoy
la condición del cartel,
según la promesa dél
vuestro esposo, Infanta, soy.
EXCELSA. No hay duda; pero he de vella
la cabeza que pedí
primero.
P. DE TES. Y [yo] prometí
en vuestras manos ponella.

(*Descúbrese y desenvaina la espada y dala a* EXCELSA, *poniéndose de rodillas.*)

No es bien que suspensa estéis
más tiempo estando dudosa.
Veisla aquí, Princesa hermosa;
cortad por donde gustéis.
EXCELSA. ¡Oh, traición! ¡Oh, alevosía!
LEONORA. ¡Hermana, tiene la mano!
R. DE ALB. ¡El Príncipe tesaliano!
¡Tenéle el brazo, hija mía!
EXCELSA. ¿No me dejarás, señor?
Príncipe, ¿así con engaño?...
P. DE TES. Si puede hacerme más daño,
descargue en mí su furor.
R. DE ALB. Refrena el enojo airado,
hija, y el furor esquivo,
que más precio verlo vivo
que el valor de aqueste Estado.
Mira que si engaño ha sido
fué por tener ocasión
para pedirte perdón
del yerro que ha cometido.
Mira que tu hermana misma
ruega por el desdichado,
con haberle ocasión dado
para mucho mayor cisma.
EXCELSA. Quiero volverle la espada
a su lugar, que es razón.
¡Mucho puede una ocasión!

(*Enváinale la espada en su vaina.*)

P. DE TES. ¡Oh, gloria nunca pensada!
Por vos, mi Princesa, vivo,
que muerto estaba de hecho,
y así un fénix quedo hecho,
pues nueva vida recibo.
Invicto Rey, tú que puedes,
no sólo oír mi descargo,
sino andar pródigo y largo
siempre en hacerme mercedes,
mándame que satisfaga
algo desto, si es posible,
que aunque llegue a lo imposible
es razón que yo lo haga.
R. DE ALB. Levantad ya, hijo amado.
Harta paga es el contento
que con este casamiento
por vuestra parte he cobrado.
P. DE TES. Mil veces los pies te beso.
R. DE CH. (¡Oh, rabia! ¡Oh, fiero acidente!)
P. DE ESC. (¿Tal gozo como el presente
no me saca a mí de seso?)
P. DE TES. Princesa, grave es la culpa
que cometí contra vos.
Mi inocencia sabe Dios,
y ella es quien me disculpa.
LEONORA. Cosa es clara y conocida;
mas ya tal placer recibo,
que el gozo de veros vivo
todo lo pasado olvida.
Pero ¿no hemos de saber
dó habéis estado hasta agora?
P. DE TES. ¿Por qué no, cara señora?
R. DE ALB. Eso despacio ha de ser;
que agora es bien celebremos
deste justo casamiento
con fiestas de gran contento.
Entrad, hijos míos.
P. DE TES. Entremos,
que es bien que tu majestad
dé orden en la primera.

(*Vanse todos y quedan el* PRÍNCIPE DE ESCOCIA *y el* REY DE CHIPRE.)

P. DE ESC. ¡Oh, Príncipe! ¡Quién pudiera
trabar contigo amistad!
Que desde que aquella palma
que fortuna me ha quitado,
a mi enemigo has ganado,
te di en posesión el alma.

(*Vase.*)

R. DE CH. ¡Que el Príncipe tesaliano
vino a ser quien me quitó
la gloria que amor me dió!
¿Qué es esto, cielo inhumano?
¡Que vivo a aquéste has tenido
para robar mi contento!
¡Déjame ya, sufrimiento!
TROÍLO. Va para perder el sentido. (1)

(*Vanse todos.*)

(1) Sobra una sílaba.

JORNADA SEGUNDA

(*Sale el* CONDE ANSELMO *y* RISELA, *pastorcilla.*)

RISELA. ¿Qué pasión, Anselmo mío,
es la que te aqueja tanto,
que las aguas de tu llanto
hacen mayor las del mío?
¿Qué ansias tan lastimosas?
¿Qué fatiga tan cruel
y al son del triste rabel
¡qué endechas tan dolorosas!
Mandásteme estotro día
que a tañerlo te enseñase,
y yo, por que se quitase
aquesa melancolía,
te enseñé cinco o seis sones;
y el galardón que me das
es que con él lloras más
tus tristezas y pasiones?
Mira bien que no es razón;
y si eres tan porfiado,
o me paga lo enseñado
o muda de condición.
Si es porque mi padre, viejo,
no te trata como es justo,
o porque te da disgusto
dándote el mismo consejo,
dilo, y diréselo a él,
que él se enmendará, a fe mía,
que te ama desde aquel día
que veniste aquí con él.
Y si el decir lo que digo
algún disgusto te da,
no sólo no lo dirá,
pero llorará contigo.

CONDE. ¡Ay, Risela; no te canses!;
porque si buscas razones
para amansar mis pasiones,
no hay con qué más las amanses.
Tu donaire aquí me tiene,
porque si por él no fuera
muerto entiendo que estuviera,
que es lo que más me conviene.

RISELA. No creo en ese partido,
y si lo dices de cierto,
yo apuesto que no estás muerto
cuando estás arrepentido.

CONDE. Risela, un dolor tan fuerte,
que tanto cansa el vivir,
menos se puede sufrir
que la inexorable muerte.

RISELA. Anselmo, ¿qué dolor es
aquése? Di: ¿por ventura
tienes pasmo o callentura,
dolor de cabeza o pies?
¿Duélete, como a mi padre,
la ijada? ¿Tienes ciciones,
ajaquecua, lamparones,
romadizo o mal de madre?

CONDE. Nada deso hay que concluya
tan presto a un desventurado,
salvo a mí, por desdichado.

RISELA. ¿Qué mal es, por vida tuya?

CONDE. Has de andar antes, Risela,
que entiendas este dolor
en la escuela del amor.

RISELA. ¿Luego el amor tiene escuela?

CONDE. Siendo cosa tan notoria,
¿no lo sabes?

RISELA. No, por cierto.
Mas ¿tiene todo concierto:
su azote y su palmatoria?
Que en la escuela del lugar,
cuando voy a deprender,
todo aquesto suelo ver.

CONDE. ¿Y en ésta había de faltar?
Azotan, y aun descalabran,
cada vez por no sé qué.

RISELA. ¿Van niños en buena fe?

CONDE. Y también niñas que labran.

RISELA. ¡Golondón, golondaina!

CONDE. ¿Así (1)
te burlas de lo que digo?
Pero algún tiempo me obligo
que lo has de probar en ti.

RISELA. ¿En mí, Anselmo? Aun bien que el prado
no es aldea ni lugar.
Mas, ¿quiéresmelo contar?

CONDE. Déjame ya.

RISELA. ¿Ya te enfado?

CONDE. Pues, ¿qué quieres que te diga?

RISELA. De aquesa escuela me di,
que en mi vida tal oí,
si no recibes fatiga.

CONDE. ¿Qué quieres que diga della?
Que después tiempo verná
que tú me enseñes que ya
andas por entrar en ella.

RISELA. Sí, tú te burlas conmigo,
o de decirlo te excusas
con razones tan confusas...

CONDE. Por que no pienses tal, digo
que, hablándote de verdades,

(1) Sobra una sílaba.

es toda escuela de locos,
y se escapan della pocos,
y entran de todas edades,
que amor todo lo trabuca;
todos entran por sus daños:
desde el niño de diez años
hasta el viejo que caduca.

RISELA. ¡Gentil concierto y aliño!
Bien dices que es ésta escuela
de locos.

CONDE. ¿Por qué, Risela?

RISELA. ¿No dicen que amor es niño?

CONDE. Así le pintan.

RISELA. De ver
será, cuando haya aparejo,
azotar un niño a un viejo
porque no acertó a leer.
¡Parece el mundo al revés!

CONDE. ¡Si muriera una de cuantas
lo he visto! ¿Desto te espantas?
Acontece cada vez.
Va un viejo a cumplir su intento
muy brioso a la batalla,
y cuando en ella se halla
fáltale al pobre el aliento;
queda confuso y corrido.
¡Mira qué azotes tan buenos!

RISELA. Diéraselos yo, a lo menos,
más recios que no Cupido.

CONDE. Al fin, desta escuela sé
que tan poco se trasciende,
que el que más en ella aprende
no pasa del a b c.

RISELA. ¡Válgale el diablo al amor!
¿Tantos escondrijos tiene?
No es cosa que me conviene
saber de vuestro dolor.

(*Sale* ALCINO, *pastor*.)

ALCINO. ¡Ay, mi pastorcilla ingrata!
¿Puédese compadecer
que un pastor que vino ayer
los favores me arrebata?
¿A un pastor recién venido
lo subes a las estrellas,
y a mis rabiosas querellas
jamás quieres dar oído?
¡Con ese nuevo pastor
muestras que sabes amar,
y si [yo] te voy a hablar
ignoras lo que es amor!

CONDE. ¿Conócesle?

RISELA. Sí, y muy bien.
Alcino, un pastor, nombrado.

CONDE. Pues advierte si en el prado
tiene escuela amor también.
Su discípulo es, Risela.

RISELA. Pues ¿su casa aquí se extiende?

CONDE. Todo [en] el mundo comprende.

RISELA. No he visto mayor escuela.
¿Y tú podrás entender
en qué lee?

CONDE. Hasta este día
en un libro creo leía
que se llama buen querer.
Mas no llorará mis duelos,
que después que a mí me vió
el maestro lo pasó
a otro que dicen de celos.

RISELA. ¡Mal nombre tiene!

CONDE. Y mal modo.
Es triste libro, es maldito.
La letra con que está escrito
es puro rejalgar todo.

RISELA. ¡Dios me libre dél; amén!

CONDE. ¡Ah, cuán venturosa fueses!

ALCINO. ¡Ah, Risela! ¡Si supieses
cuál me tiene tu desdén!

RISELA. ¿Ves? Aquí Torino viene.

CONDE. Ese es amigo del viejo
y me demanda consejo
en lo que más le conviene.

(*Sale* TORINO, *pastor*.)

TORINO. El cielo libre de mal
y prospere cada hora
a la más bella pastora
y al más valiente zagal.

CONDE. Torino, seas bien llegado.
¿Cómo va?

TORINO. Como primero.
Esperando, y aunque espero,
no espero desesperado.
Di, ¿qué sientes de Risela?

CONDE. Que al fin te querrá algún día;
mas es niña todavía,
no siente de amor la espuela.

RISELA. Anselmo, ¿en qué lee Torino?

CONDE. En un libro de esperanza.

RISELA. A lo que a mí se me alcanza,
parece bueno.

CONDE. Es divino.

TORINO. Alcino, di, ¿por ventura
lloras por quien de ti ríe?
¿No es bueno que éste porfíe
tanto tiempo en su locura?

¡Triste! que no te acobarda
ser yo tu competidor
y que por amar mejor
Risela a mí se me guarda.

ALCINO. ¡Ay, amantes desdichados!
¡Ah, crudo amor, que enmarañas!
¡Cómo, Torino, te engañas,
o ambos vamos engañados!
Pues en esta pretensión
a Anselmo no resistimos,
pues somos los que servimos
y él quien lleva el galardón.

TORINO. Si me muestra amor intenso,
Anselmo, ¿por qué me ofende?
Diga él que la pretende
y no me traiga suspenso.

CONDE. Porque yo no venga a ser
el que a esto ponga de lodo,
ya te he dicho de qué modo
lo tienes de entretener.

RISELA. ¿Alcino?

ALCINO. Risela mía,
di qué mandas a tu Alcino.

RISELA. Llega tú también, Torino.

TORINO. ¡Oh llave de mi alegría!
¿En qué quieres ocuparme?
Si el uno ha de ser tu esposo,
di si he de ser yo el dichoso;
procura desengañarme.

ALCINO. Si ser tú mi esposa tienes,
como tengo confianza,
¿por qué con vana esperanza
aqueste triste entretienes?

RISELA. Alcino, sosiégate.

ALCINO. Mira que soy firme amante,
y póngote por delante
los méritos de mi fe.

RISELA. En prendas del que me tienes,
Alcino, porque concluyas,
quiero que ciñan las tuyas
la que ciñeron mis sienes.

(*Pónele una trencilla de sombrero.*)

ALCINO. ¡Oh favor no imaginado!

TORINO. (¡Muerte, que no vengas ya!)

RISELA. Torino, llégate acá,
no vayas desesperado.
Dame aquesa trenza a mí,
que, por ser prenda tan alta,
quiero que supla la falta
de la que a Alcino di.
Caro hermano, vámonos,
que andará solo el ganado.

CONDE. Bien los has emparejado.—
Fuertes zagales, adiós.

(*Vanse.*)

ALCINO. El sea en vuestra compañía.
Di, Torino, ¿qué pastor
puede alcanzar más favor?

TORINO. ¿Hay gloria como la mía?
A mi dicha lo atribuyo.
Mas ¿hay mayor desvarío
que en competencia del mío
llames tu favor el tuyo?

ALCINO. ¿Pues un favorcillo de aire
quieres tú, loco, igualar
con favor tan singular?

TORINO. ¿Hay caso de más donaire?

ALCINO. ¿No es claro que llevaré
el premio en estas contiendas,
pues que me da prenda en prendas
del alma que le entregué?

TORINO. Esa es vana fantasía.
¿Lleva prenda mía?

ALCINO. Sí.

TORINO. Pues fué recebir de mí
para en señal de que es mía.

ALCINO. Esa señal es señal
de tibio amor, porque puede
mañana perderla adrede,
ves perdida la señal.
Mas como es del todo mía,
su propia prenda me dió
para que la guarde yo,
porque aun de sí no la fía.

TORINO. ¿No ves, pastor ignorante,
que darte a ti fué decirte,
pues te pago, puedes irte,
quítateme de delante?
Mas de mí, recebir prenda,
fué decir, si creerlo quieres,
venla a ver cuando quisieres
que, en efeto, es tu hacienda.

ALCINO. ¿No es mayor bien el que gano,
pues su misma prenda della
llevo y me adorno con ella
y la toco de la mano?

TORINO. ¿No es más tocar con la suya
mi pobre don al presente
y ceñir con él su frente?
¡Que aquesto no te concluya!

ALCINO. ¿Qué? ¿No estás tú concluído
con ver su trenza en mis sienes?

TORINO. ¿Qué? ¿Tan poco seso tienes
que no invidias mi partido?

ALCINO. Todo el mundo juzgará
que fué mayor mi ventura.
TORINO. A lo menos, tu locura,
pues en tal sinrazón da.
Y por que estés satisfecho,
a los mayorales vamos,
que lo sentencien; veamos
quién tiene mayor derecho.
ALCINO. Vamos; sépase el que yerra.
Risela, por más solaz,
quiso ponernos en paz
y dejónos en más guerra.

(*Vanse, y salen* TIRRENO *y* RISELA.)

TIRRENO. Ven, verás qué gran mansilla
de dos damas que han llegado,
que agora en tierra han saltado
desde una pobre barquilla.
RISELA. ¡Padre, enséñemelas, ande!
TIRRENO. Ya suben. ¿Yo no decía
que el viento de anoche haría
en el mar tempestad grande?

(*Suben por un monte por la parte de dentro las dos infantas* EXCELSA *y* LEONORA.)

LEONORA. Ya estoy, hermana, acá arriba.
Esforzaos por solo Dios,
que si no os esforzáis vos
no escaparéis de aquí viva.
EXCELSA. ¡Ay, hermana, que no vemos
el batel de ningún arte!
LEONORA. Llevólo el viento a otra parte
sin resistirle los remos.
RISELA. Algún trabajo les vino.
Que a Anselmo voy a llamar
porque las vaya a ayudar.

(*Vase.*)

EXCELSA. ¿Qué es esto, cielo divino?
¿Tanto mal tras daño tanto?
¡Tal desgracia, tal tormento,
tras del gozo y [del] contento
tal desgracia y tanto llanto!
¿Dónde vais, esposo amado,
que os contemplo en tal partida,
que por dar a otro la vida
sin la vuestra habéis quedado?
TIRRENO. Hecho habrá algún desvarío
este mal rey, no hay dudar.
EXCELSA. No parece en todo el mar,
hermana, ningún navío.
LEONORA. ¡Ah, cielos! El lo ha (1) tragado.
ni más ni menos que el nuestro.

(*Sale* RISELA *y el* CONDE ANSELMO.)

RISELA. Mas que dende aquí os las muestro.
¿Veislas? Hubiera ganado.
CONDE. (¿Qué es aquesto, cielo inmenso?
¿No es la causa de mi daño?
¿Hay suceso más extraño?)
RISELA. ¿De qué te quedas suspenso?
CONDE. ¿No me he de quedar en ver
negocio tan estupendo?
TIRRENO. Anselmo, anda acá corriendo,
vámoslas a socorrer.

(*Vanse a ellas.*)

Aquesas lágrimas puras,
causadas dese trabajo,
vení a llorarlas abajo,
que aquí estaréis más siguras.
Contaréisnos vuestro duelo,
que, cuanto fuere mayor,
nos será de más dolor
y a vosotras de consuelo.
Que aunque el trato es pastoral,
no es justo le desdeñéis,
que en él servidas seréis
con nuestro pobre caudal.
LEONORA. ¡Págueos el cielo piadoso
esa larga voluntad!
RISELA. (¿Hay caras de más beldad?)
CONDE. (¿Hay caso más espantoso?)
EXCELSA. ¿Dó está mi bien ¡cielo santo!
si a lástima te provoco?
Para gozarme tan poco
le hice padecer tanto.
LEONORA. Poco remedian mil horas
de lágrimas, cara hermana.
RISELA. ¿Por qué lloran tan de gana?
¿Quién les hizo mal, señoras?
LEONORA. La fortuna, hija mía.
RISELA. ¿Su hija? ¡Ojalá lo fuera,
siquiera porque anduviera
tan galana cada día!
TIRRENO. Amiga de galas es,
que es cosa de la ira mala.
LEONORA. No traigo otra mejor gala.

(*Dale una joya.*)

RISELA. Beso sus manos y pies.
LEONORA. Y como quien soy, te juro

(1) En el original "mar" en vez de "lo ha".

que, aunque arrastre más brocado.
que os invidio vuestro estado,
que es estado más seguro.
Porque es cosa conocida
que si un recio viento corre,
que cuan más alta es la torre
amenaza más caída.
Y así el vuestro suele ser
más seguro de recelo,
que lo que está por el suelo
seguro está de caer.

RISELA. Padre, paréceme bien.

TIRRENO. (¡Qué hermosa hija que tengo!)

RISELA. Espera, que luego vengo.

TIRRENO. Ea, pues, al punto ven.
Dónde vas me has de decir.

RISELA. A esconderla, tenga cuenta,
para que no se arrepienta
y me la vuelva a pedir.

(*Vase.*)

LEONORA. ¿Es vuestra hija, hombre honrado?

TIRRENO. Para lo que le cumpliere.

EXCELSA. Linda es cuanto se quiere.

LEONORA. El corazón me ha alterado
desde el punto que la vi.
Mas, esto aparte, sepamos
qué tierra es ésta en que estamos.

TIRRENO. Llámase Chipre.

EXCELSA. ¡Ay de mí!
¡Muertas somos! ¡Caso fuerte!

TIRRENO. Que Dios os ha de librar.
Mas acabá de contar
cómo venís desa suerte.

EXCELSA. Somos hijas de un señor
que no hay bien que no le sobre.
¡Pluguiera a Dios fuera pobre
y no viera este dolor!
Casóme a mí el otro día
con un hombre principal,
que, aunque antes le quise mal,
ya más que a mí le quería.
Después de haber celebrado
las bodas con gran contento,
quiso llevarme al momento
adonde tiene su Estado,
con intento de volver
a buscar un grande amigo
que le igualaba conmigo
en amistad y en querer.
Quiso en aqueste viaje
mi hermana, por alegrarnos,
en persona acompañarnos
y otros hombres de linaje.
Y navegando la flota
con grande prosperidad,
anoche una tempestad
perturbó nuestra derrota.
Vimos tres navíos hundir,
y el nuestro cuasi en un credo...
Ir adelante no puedo.

CONDE. Vos nos lo podréis decir.

LEONORA. Hundióse, al fin, y su esposo
en un pequeño batel,
nos salvó a las dos en él;
y sulcando el mar furioso,
nos trujo al pie, la fortuna,
de aquesta encumbrada sierra,
y en brazos nos sacó en tierra
sin mojarnos cosa alguna.
En otro navío venía
otro su amigo costante,
en amistad semejante
al que mi hermana os decía;
y con grande diligencia,
no nos hubo en tierra puesto,
cuando saltó al batel presto,
diciendo: "Tened paciencia.
Mi amigo, de voluntad,
vino y nos acompañó;
si no le socorro yo
en esta necesidad,
no cumplo con lo que debo,
que en grande peligro está,
y Dios nos ayudará
viendo la intención que llevo."
No hubo ruego que resista
a su pertinaz intento,
y, remando, en un momento
le hemos perdido de vista.

TIRRENO. ¡Ah, fortuna! No podías
hacerlas más mal que aquesto.
Enjugad el rostro honesto;
paciencia, señoras mías,
que Dios os ha de ayudar
en tan lícita demanda,
y más que ha rato que anda
algo sosegado el mar.
A Dios se lo encomendamos,
y agora reposaréis,
no en parte que peligréis,
ni que todos peligremos.
Porque sabé que esta tierra
anda toda alborotada,
y la gente levantada
porque su Rey los atierra.

Que es un dimonio, y peor,
y más desde que ha venido
de Albania, donde ha perdido
en unas justas su honor.
Así, ninguno hay que venga (1)
por aquí que no le mate,
o le robe, o le maltrate,
porque en aquesto se venga.
Si con mujeres encuentra,
él las fuerza y las ultraja,
y a su pesar las sobaja,
y con las hermosas se entra
en un muy fuerte castillo
que tiene aquí cerca él,
y seis vasallos con él
para ayudalle y servillo.
Sale a matar cada instante
y a hacer cualquiera maldad,
perdida la autoridad,
como si fuera un bergante.

EXCELSA. ¿Tanto mal tras tanto mal
nos has guardado, fortuna?

TIRRENO. No tengáis pena ninguna,
que esta parte es principal
para que estéis escondidas;
y yo iré al lugar primero
a traer, de mi dinero,
de las mejores comidas
para que podáis comer,
al fin, como de hombre pobre.

EXCELSA. No traigáis sino que sobre,
ya que lo quieres hacer.
Venderéis esta cadena

(*Dale una cadena.*)

y compraréis, de camino,
dos trajes de peregrino
para, si fortuna ordena
que nos encuentre algún día
aqueste fiero salvaje,
quizá respetará el traje.

TIRRENO. Bien decís, señora mía.
Yo lo voy a negociar
todo. Quedad norabuena.
Pero, decid: la cadena
¿sabéis lo que ha de pesar?

EXCELSA. No me acuerdo. Haced vos,
al fin, como cosa vuestra.

TIRRENO. ¡Qué largo pecho que muestra!—
Este os guardará a las dos
del Rey, aunque traiga yelmo
y un arnés de acero fino,
que es un Roldán paladino.—
Mira por ellas, Anselmo.

(*Vase.*)

CONDE. Sí haré, perdé cuidado.

LEONORA. No ha hecho sino llorar
desde que me oyó contar
el suceso desastrado.

EXCELSA. Es tierno de corazón.

LEONORA. Si es tan diestro en pelear,
hermana, como en llorar,
el viejo tuvo razón.

EXCELSA. Con todo, si veo asomar
al Rey, que tan fiero es,
más me fiaré en mis pies
que en sus manos, no hay dudar.

CONDE. ¿Qué? ¿Parezco tan cobarde?

EXCELSA. No. Mas ¿quiere un ganadero
ponerse con un rey fiero
que en ira y coraje arde?

CONDE. ¡Qué donoso inconveniente!
¿Qué importará, por mi amor,
que sea rey o sea pastor
para ser uno valiente?

LEONORA. La nobleza da doblado
ánimo y fuerzas divinas.

CONDE. ¡Cuántos nobles hay gallinas!
David ¿no guardó ganado
y con una piedra dura
hizo a un gigante caer?

EXCELSA. ¡Basta! que sabe traer
su pasito de Escritura.

CONDE. ¿Ya se ríen? Norabuena.
Son mujeres; baste el nombre,
que por burlarse de un hombre
olvidarán cualquier pena.

(*Sale* RISELA *alborotada.*)

RISELA. ¿Dónde está mi padre, hermano?

CONDE. ¿Qué traes, Risela, dilo?

RISELA. Viene tras de mí Troílo,
el primo del Rey tirano,
corriendo con otros dos
con una extraña porfía.

EXCELSA. Si esto es cierto, hermana mía,
perdidas somos yo y vos.

(*Salen* TROÍLO *y* TREBACIO *corriendo y con furia a hacer mal.*)

CONDE. ¿Dónde camináis, traidores,
sin esfuerzo y sin temor

(1) En el original: "Así no hay ninguno que venga."

de que podrá mi valor
sujetar vuestros valores?

TROÍLO. ¡Ah, perro! ¿Tú estás aquí?
El cielo te guardó vivo
para que mi brazo altivo
tome la venganza en ti.

CONDE. Presto, traidor, lo verás.

TROÍLO. No tuvieras treinta vidas
por que quedaran perdidas,
y si más tuvieras, más.

(*Remete el* CONDE *con ellos.*)

EXCELSA. Socorre, Rey verdadero,
al que ampararnos pretende,
que causa justa defiende.

TROÍLO. ¡Socorro, amigos, que muero!

(*Cae. Mátalos a ambos y echa al uno al hombro a echar a un carrascal, y luego al otro.*)

EXCELSA. Corrida estoy, ¿no lo veis?
en ver que burla hacía
desta extraña valentía.

RISELA. ¿Burla? Mal le conocéis.
Los pastores tiemblan dél.
Por cierto, que fué ventura
que tenga tal sepultura
quien fué tan malo y cruel.

EXCELSA. ¡Cómo fué determinado!

LEONORA. ¿Quién es éste, hija mía?

RISELA. Mi padre lo trujo un día
y le tomó por criado.

LEONORA. ¿Y no sabes tú de adónde?

RISELA. De Albania.

EXCELSA. ¡Válame Dios!
No, no; no sois pastor vos.

LEONORA. Paréceme Anselmo el Conde.

RISELA. Pues éste, Anselmo se llama.

EXCELSA. Del todo estoy satisfecha;
porque la hazaña hecha
no es de hombre de menos fama.

[CONDE.] Señoras, ¿puede un pastor
que se cría al pie de un roble,
hacer lo que un hombre noble?

LEONORA. No cierto, Conde y señor.
Bien estaba yo en lo cierto
que aquestos hechos de Marte
han sido ocasión y parte
para haberos descubierto.

CONDE. También golpe es de fortuna
aqueste que he recibido
en haberme conocido.

EXCELSA. No tienes razón ninguna.
Vamos, que hemos de esperar
al buen viejo, que conviene.

CONDE. Pues que esperarlo se tiene,
vamos, que os quiero contar
en tanto, en la pobre choza,
mi vida, Princesas bellas.

LEONORA. Vamos.

RISELA. Así, todo a ellas.
¿Paréceos bien?

CONDE. Calla, moza.

(*Vanse todos, y sale* TIRRENO *solo, huyendo.*)

TIRRENO.

¡Ay, triste, que en las manos he caído
del Rey cruel! Yo muero desta hecha.

(*Salen* LISARDO *y* ARDINO *y el* REY *de Chipre.*)

LISARDO.

¡Ah, viejo miserable! ¿Dó caminas?
Este debe de ser de los que niegan
la leche, el queso, el cabritillo tierno
a tus criados, alto Rey invicto,
hecho un avaro y vil Nabal-carmelo.

TIRRENO.

Plega a Dios, mi señor, que si he negado
alguna cosa, libre no me vea;
antes, cuando su gente le llevaba
los aderezos para aquellas justas,
me llevaron a mí una pobre yegua,
que tan flaca quedó de aquel viaje,
que se finó a la vuelta en el camino.

REY.

¡Que aquesa historia triste me renuevas!
Quítame aquese viejo de delante.

(*Quítanle la cadena.*)

LISARDO.

¿Qué cadena es aquésta?

REY.

¿Qué es, Lisardo?

LISARDO.

Mira si es pieza de tu cuello digna.

REY.

¿Cúya es aquésta? ¿A quién se la hurtaste?

TIRRENO.

A nadie. Cierto, la verdad confieso.
Sabrá su reverencia que unos huéspedes...

LISARDO.

Su turbación da claro testimonio
que hay maldad en esto, falso viejo.

REY.

Guardalde esa cadena a mi Troílo,
que si me trae aquella labradora
que prometió traerme en este día,
ésa tendrá para en señal del premio,
y al viejo lo llevad a mi castillo;
perezca allí de hambre en una torre.

TIRRENO.

No, por amor de Dios, que soy ya viejo
y habré de inficionar la cárcel toda,
que tengo ciertas cámaras de sangre.

(*Oyen hablar dentro.*)

REY.

Mirad qué gente es ésa.

LISARDO.

Voy corriendo.

(*Vase* LISARDO.)

DENTRO.

Que en el agua del mar os las lavastes,
¿no fueras al arroyo o a la fuente?

(*Sale* LISARDO.)

LISARDO.

¡Ah, señor! Dame albricias.

REY.

Yo os las mando,
y tómate, en señal, esa cadena.

LISARDO.

Aquéstos a quien gritan los pastores
son los dos Príncipes enemigos tuyos,
el de Escocia y, señor, el de Tesalia,
que en ese mar sin duda se han perdido.

REY.

Lisardo, la mitad del reino toma.
Amigos, porque aquí no se resistan,
habemos de fingir no conocerlos,
para que, con un término galano,
los podamos matar en el castillo.

LISARDO.

Muy bien dices, señor. Paso. Silencio.

(*Salen los dos* PRÍNCIPES *escapados de la mar en calzones blancos y camisa.*)

P. DE ESC. Enjúgamonos, al fin,
que una enfermedad se evita,
aunque nos ha dado grita
toda aquesta gente ruin.
El venir desta manera,
desnudos, hermano mío,
perderos en el navío,
si allí Dios no socorriera;
hundirse en parte el batel,
que fué menester nadar
cuasi una legua de mar
andando, brava y cruel,
y otros trabajos crecidos,
que callo por hacer pausa,
de todos fuí yo la causa,
pues por mí son padecidos.

P. DE TES. Trabajos que se padecen
por quien es tan buen amigo,
no son trabajos, mal digo,
que mejor nombre merecen.

REY. Ellos son; no hay que aguardemos.
¡Que a un podenco astuto y viejo
se le escapase un conejo!

P. DE TES. ¿Gente de caza tenemos?

P. DE ESC. Otro trabajo hay doblado:
que el Rey de Chipre es aquél,
y será su tierra dél
ésta do habemos llegado.

P. DE TES. Sosegad, no recelemos,
que no nos conozca el diablo,
porque más gente de establo
que príncipes parecemos.
Mas la espada esté guardada
por si la gente atrevida
nos conoce, dar la vida
primero que no el espada.

REY. ¿Dónde bueno, hombres de bien?

P. DE TES. Señor, del mar escapados,
bien perdidos y arruinados.

REY. Vese en las personas bien.
No hay cosa que más me toque
al alma ni más me asombre
que ver perdido así a un hombre
ni a más dolor me provoque.

TIRRENO. (¡Así estés en los infiernos,
como tienes la intención!)

P. DE TES. (Amigo, ¿tengo razón?
¿Habían de conocernos?)

REY. ¿Y cuánto ha que os perdistes?

P. DE TES. Anoche con la tormenta.

REY. No os congojéis, y haced cuenta
que a vuestra casa venistes.
Mío es aqueste castillo,
donde suelo acostumbrar
quien escapa así del mar
hospedallo y recebillo.
¿Qué es del buen viejo? ¿No viene?

TIRRENO. (¡ Buen viejo ! ¡ Cielo !¿ Qué es esto ?)
REY. Hacé sacarle aquí presto,
para los hijos que tiene,
carne, fruta, pan y vino,
y al fin bastante comida.
TIRRENO. ¡ El cielo guarde tu (1) vida !
REY. Hagamos bien de camino.
¿ Dónde era el viaje?
P. DE TES. A Rodas.
REY. ¿ Llevabais mercaderías?
P. DE TES. Eran nuestras granjerías.
REY. ¿ Y de qué suerte?
P. DE TES. De todas.
REY. Quisiera en tiempo hallarme
en que la pérdida os diera,
que después tiempo viniera
en que pudierais pagarme.
P. DE TES. Los pies, señor, te besamos
por el favor que nos das,
aunque vestidos no más
son los que agora buscamos.
Esto a aqueste pecho noble
suplico, si lo merezco,
que mi palabra te ofrezco
de volvértelos al doble.
REY. Dárseos ha muy a contento,
con que aguardéis a que se haga,
y dello quiero por paga
un buen agradecimiento.

(*Sale* LISARDO *con una cesta de comida.*)

LISARDO. Aquí lleváis lo que basta
para esa gente hambrienta.
Mas mirá que tengáis cuenta
de volverme la canasta.
TIRRENO. ¡ Sea muy enhorabuena !
REY. Di, necio: ¿aqueso le pides?
Mira tú, que no te olvides
de volver por la cadena.
TIRRENO. ¡ El cielo te dé favor !
REY. Yo me entro a comer; adiós.
P. DE ESC. ¿ Iremos nosotros dos
a acompañarte, señor?
REY. Sí, muy bien puedes venir.
P. DE ESC. (Su buen celo me ha espantado.)
P. DE TES. (Ya como hombre escarmentado,
se recoge a buen vivir.)

(*Vanse todos y queda solo* TIRRENO.)

TIRRENO. ¿ Volver? ¡ Vuelva Belcebú !
¿ Yo, cadena? ¡ Guarda afuera !
¡ Aunque pesara y valiera
el oro que hay en Pirú !
Que si la dueña se agravia,
daréle otra de más precio,
porque más la vida precio
que todo el oro de Arabia.
¡ Pobres ! ¿ Quién os engañó
a creeros desa manera?
Mas ¡ si por ellos no fuera,
bonico quedaba yo !

(*Dice el* REY *de dentro.*)

REY. Echa el rastrillo de hierro,
y diles si se saldrán.
TIRRENO. ¡ Ah, pobres ! ¡ Tarde podrán !
Aguardar más aquí es yerro,
que las dueñas me esperaban.
Darles he desto razón,
que me ha dado el corazón
que éstos son por quien lloraban.

(*Vase* TIRRENO, *y salen los dos* PRÍNCIPES.)

P. DE TES. ¡ Oh, pesar del mundo todo !
¡ Que aquél nos ha conocido !
¡ Engañados hemos sido !
P. DE ESC. Ahora está puesto del lodo
más que nunca, caro amigo.
¡ Sorbiéranos allí el mar !
Era mejor que no dar
en manos deste enemigo.

(*Asómanse el* REY *y los suyos arriba.*)

REY. ¡ Ah, traidor tesaliano !
Ya pagarás desta hecha
la honra por ti deshecha
que adquirí yo tan en vano.
Y pues me quitaste el gusto
que el amor me concedió,
te mezclaré el tuyo yo
con un perpetuo disgusto.
Porque si tu misma esposa,
prenda que esta alma destruye,
a mí no se restituye,
es tan imposible cosa,
traidor, tener libertad,
como en el sol caber niebla,
y en la gloria haber tiniebla,
y en el limbo claridad.
Tú, principillo valiente,
llora lo que allá reíste,
pues que ya a lugar viniste
do llorar eternamente.
P. DE ESC. ¡ Cielo ! ¿ Qué?, ¿ aquesto consientes?

(1) En el original "El cielo te guarde la vida".

P. DE TES. ¿Esto has hecho, Rey malvado?
¿Traidor a mí me has llamado?
Digo que mil veces mientes.
Tú, aleve, sí eres traidor.
No quiero que mires más
sino este hecho, y verás
si te cuadra muy mejor.
Pero que esto así se quede,
que no nos has agraviado,
porque un hombre deshonrado
a nadie deshonrar puede.
No porque ser Rey te baste
para estar con honra, no,
que ya te la quité yo:
tú propio lo confesaste.
Mucho te has afeminado;
este hecho nos lo avisa,
pues dos hombres en camisa
acometer no has osado.

REY. Si puedo yo, sin perder
cosa ninguna, prenderos,
decí, finos majaderos,
¿por qué no lo había de hacer?

P. DE TES. ¿Tal infamia de ti escucho?
Y la honra, ¿dónde estaba?
Mas, ¡ay!, que no me acordaba.
Si no la tienes, no es mucho.

LISARDO. ¡Que te hablen deste modo!

REY. Soy cual médico avisado,
que a un hombre desahuciado
le deja comer de todo.
Pero hablen desta suerte,
que yo los haré amansar,
pues no les ha de faltar
persecución, hambre y muerte.

(*Quítase de arriba.*)

LISARDO. ¡Maramao, que quedan presos!

P. DE ESC. ¡Aquí me arde una fragua!

P. DE TES. ¡La cólera ha hecho agua
las medulas de mis huesos!
Mas lo que siento doblado,
amigo, después de vos,
es que a las Princesas dos
en esta costa he dejado.

P. DE ESC. Aquí no hay otro consuelo,
ni otro remedio ni atajo,
sino todo este trabajo
ponerlo en manos del cielo.
Y en este aposento oscuro
entremos, que es convenible,
a esperar la muerte horrible.

P. DE TES. Vamos, que es lo más seguro.

JORNADA TERCERA

(*Sale* ALCINO *y tras dél* TORINO, *y cada uno se pone a una parte.*)

ALCINO. Prenda falsa fué el contento
que contigo he recebido,
pues, a la fin, causa ha sido
de doblarme mi tormento.

TORINO. Risela, ¿de qué sirvió
hacerme un favor tan grande,
si ha de ser causa que ande
penando y muriendo yo?

ALCINO. ¡Que a tal desventura vine!
¡Que mi suerte es tan avara!
¡Que una causa que es tan clara
no haya quien la determine!

TORINO. Que está mi prenda en mi gloria,
y mi gloria está en mi prenda,
y no hay ninguno que entienda
que llevo yo la vitoria.

ALCINO. Pues esta resolución
no se concluye en el suelo,
da tú la sentencia, cielo,
que eres juez sin pasión.

TORINO. Si no hay pastor en cabaña
que acierte a hacer esta paz,
a este zagal pertinaz,
cielo, tú lo desengaña.

(*Sale* ALBANO *solo.*)

ALBANO. ¿Cuál pastor es tan piadoso
que socorra a un desdichado
que una tabla lo ha escapado
del rigor del mar furioso?

ALCINO. Dirás que no oyes mis quejas.
No puedes, ni Dios lo mande,
cielo, que pues eres grande,
grandes ternás las orejas.

TORINO. Cielo, en tu justicia fío
que mi petición oirás,
pues que no te pido más
de que me des lo que es mío.

ALBANO. ¡Por cierto, muy buen consuelo
hallan mis tristes cuidados,
pues éstos hallo ocupados
en pedir justicia al cielo!—
Dame, si está algo sobrado
en tu zurrón, por ventura,
pastor, que la hambre dura
me trae debilitado.

TORINO. ¿No respondes, cielo justo?

ALCINO. ¿No aclaras ya esta verdad?

ALBANO. Para mi necesidad
aquesto me viene al justo.
A esotro quiero llegarme.—
Pastor, gran hambre padezco.

ALCINO. Dime ya si lo merezco
o acaba ya de matarme.

ALBANO. En una tabla escapé,
por milagro, del mar fiero,
pastor, y de hambre muero.

ALCINO. Ve, Torino, déjame;
que estoy justicia pidiendo
al cielo; no que te dañe,
pero que te desengañe
de lo que estás pretendiendo.

ALBANO. Pastor, óyeme tú un poco:
un poco de pan te pido.

TORINO. ¡Cielo, o cierras el oído
o no lo sabes tampoco!

ALBANO. Pastor, dame algún consuelo
para pasar mi camino.

TORINO. ¿No me dejarás, Alcino?
¿Sentenciará aquesto el cielo?

ALBANO. ¡Locos están los pobretos!

ALCINO. ¡Cielo, sentencia esta causa!

ALBANO. Debe ser una la causa,
y así lo son los efetos.—
¿No me socorres, zagal?

TORINO. Alcino, ¿no me dejara?
¿Quiere que mire a la cara
al que es causa de mi mal?

ALBANO. (Ya éste se va enojando;
no me llego más a él.)

ALCINO. ¿Hasta cuándo, cielo cruel,
tengo de estarte esperando?
Si en el suelo no hay pastor
que dé en aquesto sentencia,
y en el cielo no hay clemencia,
¿de qué me sirvió el favor?

ALBANO. Pastor, dame; así te veas.

ALCINO. ¡Toma, pastor importuno!

(*Dale la trenza.*)

Que pues no ha de ser más que uno,
tú, norabuena, lo seas.
Y vos, cielo ingrato y fiero,
mirá bien que soy Alcino.

ALBANO. Ya hay para ayuda al camino,
que, al fin, vale algún dinero.
Venderéla donde hallare,
como no pase de hoy,
si no, por un pan la doy
al primero que encontrare.

(*Vase.*)

TORINO. ¿No es locura esperar tanto
a quien no hace este bien;
y es seso rogar a quien
no se duele de mi llanto?
¡Quédate, cielo cruel!
Alcino, Alcino, zagal,
¿ves que está de pedernal
y porfías más con él?

ALCINO. Tienes razón. Cielo ingrato,
no quiero ya tu sentencia,
pues veo por experiencia,
¡ay!, que es grande desacato.

TORINO. Amor nos priva el sentido
y hace perder la vergüenza.

ALCINO. Torino, dame mi trenza,
que ya estoy arrepentido.
Pues Risela me la dió,
quiero darle cuenta della.

TORINO. ¡Donosa está tu querella!
¿Para qué la quiero yo?

ALCINO. ¿Agora no te la di?

TORINO. Como andamos tan sin seso
no es mucho que digas eso.

ALCINO. ¿Quieres burla hacer de mí?
Dame ya la trenza, amigo.

TORINO. Anda, vete; ten vergüenza.

ALCINO. Procura darme mi trenza,
o tenme por enemigo.

(*Vanse uno tras otro, y sale* ANSELMO *y* RISELA *y las dos* INFANTAS.)

CONDE. Mucho tarda, y es maldad
si más aquí me detengo,
que media alma que aquí tengo
brama por la otra mitad.

RISELA. No puede tardar mi padre,
Anselmo; luego te irás.

LEONORA. Esperaos un poco más.

RISELA. Téngalo, señora madre.

LEONORA. Haceldo; pues tanto os ama,
no permitáis que se aflija,
que una vez le llamé hija
y siempre madre me llama.
Que es de buena voluntad,
por cierto, la muchachuela.

CONDE. (¡Que aquí me estorbas, Risela!
¡Malhaya tanta amistad!)

(*Sale* TIRRENO *asido de la trenza con* ALBANO.)

TIRRENO. Soltá la trenza, os aviso.
¡Juro a non de Dios, que os dé...!

ALBANO. ¿Por qué, si me la hallé
agora en este proviso?

RISELA. ¡Ay, Dios! ¿Qué pendencia es ésta?
¿No es mi padre?
EXCELSA. ¿No es Albano?
TIRRENO. ¿No queréis soltar, villano?
Muchacha, tenme esta cesta.
EXCELSA. ¡Albano!
ALBANO. ¡Señora mía!
EXCELSA. ¿Y el Príncipe?
ALBANO. No sé dél.
Yo escapé del mar cruel
en una tabla este día;
ni sé cómo estoy, o adónde,
según el mal que he pasado.
EXCELSA. ¡Oh dolor acelerado!
ALBANO. ¿No es mi señor éste el Conde? (1)
CONDE. ¡Oh, dulce Albano querido,
en buen hora te vea yo!
RISELA. Padre, ¿qué le aconteció?
EXCELSA. Seáis, padre, bien venido.
¿Qué pendencia era, decí?
TIRRENO. Moza, ¿no es aquésta tuya?
CONDE. Yo sé muy bien que era suya.
TIRRENO. Llegó a vendérmela a mí
ese mozo, y porque yo
por mía la he pretendido,
arrastrándolo he traído,
y, al fin, en esto paró.
ALBANO. A mí me la dió un pastor,
y pues dado se me había,
la amparaba como mía.
CONDE. (En esto paró el amor.)
TIRRENO. Señor, un bravo suceso:
que al Rey fiero encontré yo
y que me prendan mandó,
y, llevándome a mí preso,
encontraron a dos hombres
que escapados del mar eran.
No conocí yo quién eran,
ni pude saber sus nombres,
salvo que porque entendiesen
que era de condición buena
mandó que una cesta llena
de comida me trujesen.
Creyéronlo en sólo oíllo
y entraron, y luego, el perro,
echó una tranca de hierro,
que está dentro en el castillo.
EXCELSA. ¡Ay mi dulce esposo amado!
CONDE. Señora, no os pese deso;
porque más lo quiero preso
que no en el mar ahogado.—
¿Y os hizo toda esa fiesta?
TIRRENO. Y aun me dijo un bellacón
que, en comiendo, era razón
que le llevase la cesta,
y prometí de llevalla.
CONDE. Aqueso me viene a pelo.
Echalda por ese suelo,
que ninguno ha de proballa,
porque, por ventura, es
llena de ponzoña aleve.
Y quedaos adiós, que en breve
nos veréis a todos tres.
Vente tú conmigo, Albano,
y aquí avisarles vendrás.
ALBANO. (Sin comer, es por demás,
y excusármelo, es en vano.)

(*Vanse los dos.*)

RISELA. No te hubiera conocido
para aquesto.
TIRRENO. ¿Quieres callar?
Que más hemos de esperar
de su esfuerzo esclarecido,
que otro mal siento yo agora
que harta pena me da.
EXCELSA. ¿Qué mal es? Decildo ya.
TIRRENO. Habéis de saber, señora,
que cuando el Rey me prendió
me tomó vuestra cadena.
EXCELSA. Si eso es, no tengáis pena.
TIRRENO. ¿Ha de perderla? Eso no;
que no es bien digan de mí
que es engaño de hombre avaro
y que les cuesta tan caro
haberse hospedado aquí.
LEONORA. No hay nadie que tal entienda.
Vuestra era.
TIRRENO. Eso es cansar.
RISELA. Y, padre, ¿qué le ha de dar?
TIRRENO. Tu joyel o mi hacienda.
RISELA. Pues ¡alto! dele el joyel,
que prometo no enojarme;
más vale, para casarme,
la hacienda que no él.
TIRRENO. Pues, Risela, corre, ve
por él.
RISELA. De muy buena gana.

(*Vase.*)

EXCELSA. No vaya.
TIRRENO. Corre, ve; hermana,
bueno es eso; en buena fe.

(1) En el original dice: "No este bien mi señor el Conde."

EXCELSA. ¡Qué impertinencias tan buenas!
Venga Anselmo vitorioso,
que yo sé que os dé mi esposo
más que valen diez cadenas.
TIRRENO. Eso es dado, mas si aquello
para vender me lo dan,
y no lo vuelvo, dirán
que me he quedado con ello.

(*Sale* RISELA *con el joyel.*)

Trae, muchacha, muestra acá.
Tomá, señora, el joyel,
que, aunque es poco el valor dél,
lo que falta perdoná.
EXCELSA. ¿Dónde he visto yo esta joya?
LEONORA. Muestra, (1) hermana. ¡Oh, cielo
TIRRENO. ¡Suspensa queda de espanto! [santo!
¡Sin duda que aquí fué Troya!
¿Qué es aquesto? ¿Así se empacha?
¿Qué quiere significar
mirar, mirar y mirar,
ya al joyel, ya a la muchacha.
LEONORA. ¿No es la reliquia bendita
que, el día que me faltó,
con mis manos puse yo
al cuello a mi Margarita?
EXCELSA. Hermana, sin falta es ella.
¿Hay cosa que más asombre?
LEONORA. Decid la verdad, buen hombre:
¿quién os dió joya tan bella?
Y si es hija natural
vuestra esta moza, de cierto,
que si me decís lo cierto
sé que no os estará mal.
TIRRENO. Prometo de hacerlo así.
No es mi hija, que la hallé
del modo que aquí os diré.
LEONORA. ¡Oh, Rey inmenso! Decí.
TIRRENO. Andando tras de una cabra,
por estos riscos, un día
vi un navío entre esa roca
sin gente ninguna encima,
hecha pedazos la proa,
las velas todas rompidas.
Di voces a los de dentro,
que, aunque bajas, bien se oían.
Mas nadie me respondió,
por lo cual, con más porfía,
procuré saber lo cierto
de aquella nave perdida.
Tomé un pequeño barquillo,
en que suelo algunos días
pescar con una atarraya,
que está en la choza rompida.
Llegué con mi barca al bordo,
por la escala subí arriba;
vi tres hombres solamente
muertos de algunas heridas,
que en rostro, cabeza y brazos
entrapajadas tenían.
Pero estándolos mirando,
un laso sospiro oía,
como de alguna persona
que viene de la otra vida.
Fuí al aposento de popa,
adonde hallé tendida,
expirando, una mujer,
que, sin hablar, se me fina.
Vide par della llorando,
en harto extremo, una niña
con este joyel al cuello,
rico aderezo y mantillas.
Sospeché, por verla tal,
que alguna grande reliquia
tenía el joyel, pues así
le conservaba la vida.
Muerta la madre, tomé
[la triste y llorosa niña]
en mis brazos; vine a tierra
y de una cabra parida
le di una poca de leche,
que hambre era el mal que tenía.
Y por no saber su nombre,
llaméla yo Riselica.
Hela criado hasta agora
gorda, graciosa, bonita,
todo este tiempo, que hace
diez años por las vendimias...
LEONORA. Paso; no me digas más.
¡Oh, caso de admiración!
¡Cómo, nunca, corazón,
supiste mentir jamás!
Abrázame, hija mía;
que cuando te llamé a ti
mi hija y madre tú a mí
el alma nos lo decía.
EXCELSA. ¡Oh, sobrina de mis ojos,
para mejor os gozar
os quisiera yo hallar
fuera de tantos enojos!
RISELA. ¿Posible es que no es mi padre?
Pésame en el alma, a fe;
mas no mucho, pues hallé
tan hermosas tía y madre.

(1) En el original "Mostre" en vez de "Muestra".

TIRRENO. Siento un gozo sin igual,
pues que mejoráis de estado.
LEONORA. Y tanto, que aquel cayado
ha de ser ceptro real.
TIRRENO. Perdoná, doña Risela,
el daros tosca comida;
cuando más, cabra cocida,
y otras veces en cazuela;
heros andar tras las cabras
todo el invierno y verano,
y si no venías temprano,
deciros malas palabras.
RISELA. No quiero que eso habléis,
querido padre y señor,
que agora lo haré mejor
como vos me lo mandéis.
EXCELSA. Hermana, yo no sosiego.
Hablando podemos ir
a ver si vemos venir
a Anselmo.
LEONORA. Pues vamos luego.
TIRRENO. Aún no habrá llegado allá.
Mas para esperar que vuelva
es mejor en una selva
que junto al castillo está.
De allí oiremos la grita,
si somos de vida o muerte.
LEONORA. Pues hágase desa suerte.
La mano, mi Margarita.

(*Vanse. Sale* ANSELMO *solo.*)

CONDE. Este es, sin duda, el castillo.
Fuerte es si a fuerza de espada
hubiese de combatillo;
mas fuerza no importe nada;
con arte pienso rendillo.
No es justo gastar palabras,
que el peligro está cercano.

(*Llama al castillo, y asómase arriba el* REY *y* ANDRONIO *y otros con ellos.*)

ANDRONIO. ¿Quién llama?
CONDE. Un pastor de cabras.
REY. ¿Qué es lo que quieres, villano?
CONDE. ¿Qué he de querer? Que me abras.
LISARDO. Villano, ¿no hay más crianza?
REY. ¿Y si más no se le alcanza,
que es un rústico?—¿A qué vienes?
CONDE. Busco al señor.
LISARDO. Ahí le tienes.
CONDE. Perdone su señoranza,
que no le conocí, a fe.
REY. ¿A qué vienes? Dilo ya.
CONDE. Que mi padre sabe que
le besa desde acullá
las manos a su mercé;
y que Dios le dé salud
por más de aquel medio almud
de comida que le ha dado,
que a todos nos ha dejado
los vientres como laúd.
Dice que he aquí el canasto,
los platos y la escudilla,
y Dios le pague este gasto,
y antes de alzar la espadilla
que le atraviese yo el basto.
REY. ¿Hay algarabía tan buena
del viejo de la cadena?
Es bien. Parece a la casta.
LISARDO. Y allí trae la canasta
que denantes llevó llena.
REY. Abrele, no se detenga;
que quiero que en el castillo
un rato nos entretenga,
porque gustaré de oíllo
mientras que Troílo venga.
CONDE. Ya entiendo; vienen a abrir.
¡Bien la habla he contrahecho!
¡Bien he sabido fingir!
¿Si he de acabar este hecho,
o si antes he de morir?
Mas, ¡oh, cielo!, ¿por qué quieres,
si éstos son tus pareceres,
revocarlos desta vez?
Libre mi amigo, y después
mátame cuando quisieres.

(*Sale* LISARDO, *que abrió.*)

LISARDO. ¿Quieres entrar, compañero?
CONDE. Bien soficiente me hallo.
LISARDO. Pues dame aqueso primero.
CONDE. Perdóname, que no quiero;
que a su jamestá he de dallo.
LISARDO. ¡Oh, qué donosa demanda!
¿Al Rey se lo has de dar? Anda,
que es negocio impertinente.
CONDE. ¿No ha de ser uno obediente
a lo que el padre le manda?
Díceme mi padre a mí:
"Lleva aquesa al Rey, Midrano,"
a mí, que me llamo así.
Si no se lo dó en su mano
¿no me riñerá? Decí.
LISARDO. ¿Hay hoy mayor necedad?
CONDE. No os canséis, porque en verdad
que he de ver al Rey primero.

LISARDO. ¡Andad acá, majadero!
CONDE. Pues tras eso ando yo. Entrad.

(*Entra y sale por otra puerta el* REY *y* ARDINO *y* ANDRONIO.)

REY. ¿No entra el villano?
ARDINO. Agora
le abrirán.
REY. Siempre os tardáis
en cada cosilla una hora.

(*Salen el* CONDE *y* LISARDO.)

En hora buena vengáis.
CONDE. Señor Rey, esté en buen hora.
¿Cómo está? Diga, ¿está sano?
REY. (¡A fe que es bueno el villano!)
LISARDO. Por más que le he persuadido,
darme aquello no ha querido,
sino a tu alteza en su mano.
CONDE. Mi padre me lo mandó,
y así yo en culpa no caigo;
bien salvo deso estoy yo.
Mas ¿quiere ver lo que traigo?
LISARDO. Yo haré eso.
CONDE. No son yo.

(*Saca un broquel.*)

REY. ¿Broquel traes? ¿Qué es aquesto?
CONDE. Hallémelo en el recuesto.
Mira si embrazalle sé.
REY. ¿Qué?, ¿lo embrazas? ¿Para qué?

(*Pone mano a la espada del* REY, *y dale.*)

CONDE. Aleve Rey, para aquesto.
REY. ¡Traición! ¡Triste, yo soy muerto!
LISARDO. ¡Quita, traidor! Mas, ya es tarde,
que todo el pecho le ha abierto.
CONDE. ¿No me conoces, cobarde?
ARDINO. ¿Qué? ¿Locura o desconcierto?
¡Muera!
CONDE. Vosotros primero
probaréis de aqueste acero
a qué sabe el filo agudo.
LISARDO. Falta me hace el escudo.
CONDE. No te ampara un monte entero,
porque soy el Conde Anselmo,
que, no sólo eso os deshago,
sino arnés, loriga y yelmo.
Rendíos, si de un Santiago
no queréis ver un San Telmo;
porque con facilidad
pasará la tempestad
de golpes que encima os lleve.
LISARDO. (Este es, pues que a tal se atreve,
y ellos dicen la verdad.)
Asegúranos las vidas
y ves aquí las espadas.
CONDE. Daldas por aseguradas,
aunque las teníais perdidas,
que ya os son recuperadas.
¿Hay más gente en el castillo?
ARDINO. Pues ¿tú pudieras rendillo
si hubiere la que conviene?
Pero el Rey la culpa tiene,
pues no quiso apercibillo.
LISARDO. Justicia del cielo ha sido
por las grandes sinrazones
que ha hecho al pueblo afligido.
Y, al fin, muchas oraciones
abren a Dios el oído.
CONDE. Huélgome que conocéis
dónde os viene el mal que veis.
Mas dejemos esto así,
y sacáme luego aquí
dos presos que aquí tenéis.
LISARDO. Aquella causa evidente
de aquesta muerte y dolor
fué la prisión desa gente.
Yo voy por ellos, señor.

(*Vase.*)

CONDE. Y vosotros, brevemente
arrojá ese cuerpo allá,
que cuando nosotros ya
en salvo estemos, podréis
enterrarle, si queréis.
ARDINO. Señor, así se hará.

(*Llevan muerto al* REY.)

¡Ah, desdichado mancebo,
mal te supiste entender!
CONDE. ¡Ah, Señor! ¡Tanto te debo,
que, aunque tornase a nacer,
y te sirviese de nuevo,
no te pagaría una parte
de las muchas que reparte
conmigo tu mano pía!

(*Salen de haber llevado el cuerpo.*)

ARDINO. Ya queda cual convenía,
en una decente parte.

(*Dice dentro el* PRÍNCIPE.)

P. DE TES. ¿Qué quiere este Rey cruel?
¿Dónde nos manda llevar?

¿Libertad ha de dar él?
CONDE. Aqueste es que oigo hablar.

(*Salen los dos* PRÍNCIPES.)

¡Oh, dulce amigo fiel!
P. DE TES. ¿Qué?, ¿os tengo aquí en mi pre-
CONDE. Y libre de la insolencia [sencia?
deste Rey y su crueldad.
P. DE TES. ¿Quién nos dió esta libertad?
CONDE. El cielo y mi diligencia.
P. DE TES. Luego, ¿todo ha sido cierto,
lo que entendí que era engaño
de aquéste, y el Rey es muerto?
CONDE. Sí, amigo.
P. DE TES. ¡Oh, suceso extraño!
P. DE ESC. De ninguno; no, por cierto,
se esperaba, señor Conde,
tan grande hazaña adonde
tan poco remedio había.
CONDE. Esta ventura fué mía,
pues que a vos os corresponde.
P. DE TES. ¿Es posible, cielo santo,
que aun aquí me fué provecho
vuestra amistad? ¡Grande espanto!
Si tanto por mí habéis hecho,
¿cómo he de pagaros tanto?
CONDE. Todo aquesto es excusado,
y voy, que me dan cuidado
vuestras dos Princesas bellas.
P. DE TES. ¿Cómo es eso? ¿Sabéis dellas?
CONDE. Puestas están a recado,
y el cómo os diré después;
sólo mirad no se vaya
ninguno de aquestos tres.
P. DE ESC. No pasarán desa raya.
CONDE. Muestra la llave.
LISARDO. Esta es.

(*Dale una llave y vase el* CONDE.)

P. DE TES. ¡Oh, nueva de gran consuelo!
¡Oh, amigo el mayor que el suelo
jamás nunca ha conocido!
¿Qué os ha, hermano, parecido?
P. DE ESC. Cosa ordenada del cielo.
P. DE TES. Pues hallo mi esposa amada,
y dos amigos tan buenos,
y a mi querida cuñada,
no sólo no tengo en menos
mi pérdida, sino en nada.
Sólo me da gran dolor
la gente que en el furor
del mar fueron anegados.
Sean de Dios perdonados
por sus entrañas de amor.
P. DE ESC. Harto andaba apasionado,
en trance tan desdichado,
de oír gritos y querellas.

(*Dice el* CONDE *de dentro.*)

CONDE. Albano, sube con ellas,
que, porque está fatigado
el Príncipe, me adelanto
a darle esta nueva buena.
P. DE TES. ¿No es el Conde este que suena?

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. ¡Ah, Príncipe! ¡Ah, cielo santo
mejor las cosas ordena!
A la puerta estaban ya;
que, siguiéndome de allá,
Tirreno las ha traído,
que es un viejo agradecido,
con quien he vivido acá.
P. DE TES. Conde, alargad esos brazos.

(*Salen las* INFANTAS *y* RISELA *y* TIRRENO, *y dice* EXCELSA.)

EXCELSA. Goce yo desos abrazos.
LEONORA. Y a mí los habéis de dar.
RISELA. (Si a todos ha de abrazar,
no sé dónde terná brazos.)
P. DE TES. ¡Que he hartado ya la sed
que de veros tenía ya!
Al Conde lo agradeced:
haced cuenta que él os da
nuestras vidas de merced,
porque de una gente loca,
que no fué ventura poca,
nos libró. Conde, ¿qué quieres?
RISELA. Anselmo, ¿qué? ¿Conde eres?
Pues yo soy...
LEONORA. Calla la boca.
TIRRENO. ¿Es tu esposo su merced?
EXCELSA. Sí, padre.
TIRRENO. (Parece honrado.)
P. DE TES. Conde, ¿con qué os pagaré,
si os estoy tan obligado?
Cielo, dame tú con qué.
¿Queréis mi reino? No es nada.
CONDE. ¡Qué cosa tan excusada!
Callad, señor, que me corro.
P. DE TES. Princesas, dadme socorro
en deuda tan obligada.
¿Con qué, decidme las dos,
le podré pagar agora?

CONDE. ¡Callad, por amor de Dios!
LEONORA. Yo quedo por tu fiadora,
y aun quiero pagar por vos.
P. DE TES. ¿Con qué le habéis de pagar?
LEONORA. Con que le quiero casar
con aquesta pastorcica.
CONDE. ¿Vídose paga más rica?
¿Quiere tu alteza burlar?
RISELA. ¿Vistes cómo se entristece
del Conde Anselmo el querer?
¿No veis cómo se engrandece?
CONDE. Por vía de agradecer,
cierto que ella lo merece,
porque me tiene amistad;
pero es de tierna edad.
LEONORA. Será de palabra agora.
P. DE TES. ¿Habláis de veras, señora?
¡Gentil paga es, en verdad!
O estáis burlando con él,
o no sé qué se os antoja.
¡Por Dios, que es caso cruel!
RISELA. ¿Han visto cómo se enoja?
¿Tan bien vestido está él?
LEONORA. Y si el cielo declarara
que es ésta mi hija cara,
¿fuera paga de mi mano?
P. DE TES. Con menos que eso, esta llano
que pagado no quedara.
LEONORA. Pues mi hija Margarita
es, que, adonde vos sabéis,
me la hurtaron [de] chequita.
Mirad bien, si conocéis
esta reliquia bendita.
EXCELSA. Príncipe, este viejo honrado
la crió, pues la ha hallado
por una extraña aventura.
LEONORA. El dice la verdad pura
que a nosotros la ha contado.
P. DE TES. ¿Qué mayor verdad que aquesto
y la gran similitud
del uno y del otro gesto?
TIRRENO. ¡Sí, así Dios me dé salud!
CONDE. Mi Risela, ¿qué es aquesto?
RISELA. No quiero que así me llame.
CONDE. Pues, mi Margarita, dame
las manos por mi señora.
RISELA. No había de querer yo agora.
CONDE. Esposa amada, abrazadme.
P. DE TES. Y más hay, que es heredera
legítima y verdadera,
de Hungría, y si, por su mal,
no la obedece por tal,
yo le anuncio guerra fiera.
RISELA. ¿Veis con qué facilidad
en este mundo se reina
con pompa y con gravedad?
Propia conseja, en verdad,
de "Erase un Rey y una Reina..."
P. DE ESC. Ya quedáis con tales fiestas
libres de deudas molestas.
P. DE TES. Es verdad, yo lo concedo,
mas no quedo, pues que quedo
con la misma deuda a cuestas;
que si mi señora hermana
paga por mí, es cosa llana
que la deuda debo a ella,
y no me libraré della
por ley divina ni humana.
LEONORA. ¡Oh, negocio raro y nuevo!
P. DE TES. No lo he de ir a penar, no;
que algo a pagaros me atrevo.
P. DE ESC. Quiero pagároslo yo
en cuenta de lo que os debo.
P. DE TES. ¡Ya blasonas, ya desgarras!
¿Piensas que es pagar en barras?
P. DE ESC. No; mas doile, aunque atrevido,
mi persona por marido
y el reino escocés en arras.
P. DE TES. Paga es por ser viuda;
no por otra alguna cosa.
Señora, ¿qué? ¿Estáis de duda?
LEONORA. Yo me tengo por dichosa.
EXCELSA. ¡Cómo el cielo nos ayuda!
P. DE TES. Mi deuda se queda en pie.
P. DE ESC. Ya primero os avisé,
que ésta era deuda debida,
pues me escapastes la vida.
P. DE TES. Basta; no replicaré.
CONDE. ¡Oh, cómo se tarda Albano!
P. DE TES. ¿Escapóse?
CONDE. Libre y sano
quedó a la puerta en mi guarda.
Mas, pues que en entrar se tarda,
sin duda que no es en vano.
TIRRENO. Cuando nosotros entramos
no estaba allí.
P. DE TES. Quizá el miedo
le escondió entre aquesos ramos.

(*Dice* ALBANO *de dentro.*)

ALBANO. Cada cuál se esté aquí quedo.
TORINO. Presto; mira que esperamos.

(*Sale* ALBANO.)

P. DE TES. Albano, seas bien venido.
ALBANO. ¿Qué?, ¿tal ventura he tenido,
señor, que libre te veo?

P. DE TES. Dime, que saber deseo
cómo escapaste y qué ha habido.

ALBANO. Dios es el que me ha escapado,
y la pérdida no es
cuanta, señor, has pensado;
que navíos sólo tres
son los que se han anegado.
Juntos están los demás,
que un piloto que hay detrás
deja un batel amarrado;
de todo cuenta me ha dado.

P. DE TES. Pues no estemos aquí más,
sino luego al batel vamos,
porque aquí en peligro estamos.

P. DE ESC. Alto; vamos en buen hora.

RISELA. ¿Y ha de ir mi padre, señora?

CONDE. Y todos se lo rogamos.

TIRRENO. ¿Aquí me había de quedar
entre estos falsos traidores?

ALBANO. Pues, señor, has de esperar,
que te quieren dos pastores
sobre un negocio hablar,
que, según dellos he oído,
cada cual anda perdido
por una moza, y tal (1) vez
te señalan por juez
del que es más favorecido.

CONDE. Yo tomo aqueso a mi cargo.—
Y a vosotros os encargo
que del castillo no os vais
sin que de arriba veáis
que el batel vaya a lo largo.

LISARDO. No saldremos en un mes,
si gustas.

CONDE. Fenezca, pues,
la historia, que ha sido larga,
y el poeta les encarga
que la crean por lo que es.

Aquí da fin la Comedia del PREMIO RIGUROSO Y AMISTAD BIEN PAGADA.

---

(1) En el original "y desta" en lugar de "y tal".

COMEDIA

DEL PRÍNCIPE MELANCÓLICO

FIGURAS SIGUIENTES

EL REY DE HUNGRÍA.	EL CONDE MARCELO.
EL PRÍNCIPE.	ROSILENA, *duquesa.*
LEONIDO, *infante.*	FABIO, *criado del Príncipe.*
RUFINO, *criado.*	*Otro* CRIADO.
ACACIO, *criado.*	*Dos* EMBAJADORES.

PRIMERA JORNADA

(*Sale* FABIO, *paje del* PRÍNCIPE, *y dice.*)

FABIO. ¿Voces, y en tal ocasión,
y en tan secreto lugar?
Al Rey tengo de avisar;
ésta, sin duda, es quistión.

(*Vase, y sale el* PRÍNCIPE *y el* INFANTE LEONIDO, *y el* PRÍNCIPE *con la espada desnuda.*)

PRÍNCIPE. Y conocerás, Leonido,
por aquesto que aquí he hecho,
la malicia de tu pecho
y que es razón lo que pido,
y que sola la Duquesa
este Príncipe merece
por lo que el alma padece,
que es el premio que interesa.

LEONIDO. Repara, hermano, que quiero
dejando aquí esa quistión,
conozcas mi corazón
por lo que hacer espero,
que eres Príncipe, y mi hermano,
y como tal te obedezco.
Y no entiendas que carezco,
por ver a lo que me allano,
de ese valor que en ti sientes;
que si dejo estar la espada
es porque, antes de sacada,
con razones evidentes
a mi gusto te atraeré,
y no me deja sacalla,
y hacia tu pecho enristralla,
el temor de lo que haré.

PRÍNCIPE. ¿Qué puedes hacer, villano?

LEONIDO. Guárdote, al fin, el respeto
por ser Príncipe, en efeto,
y ser mi mayor hermano.
Que no hay reparo al furor
si a mi razón no te allanas,
y sólo las blancas canas
del Rey, mi padre y señor,
los aceros de mi pecho
mitigan, dando a mi fragua
tanta cantidad de agua
que lo tienen hielo hecho.
Por las cuales te amonesto,
y, como hermano, te pido
que de su vejez movido
te apartes y dejes desto.

PRÍNCIPE. ¡Acaba, infame! ¡Pon mano!

LEONIDO. Un poquito te reporta,
que aquesta espada no corta
para ti, que eres mi hermano.
Y para que de mí entiendas
que sólo aqueso me mueve
y en mí tu gusto se pruebe,
no des al enojo riendas,
y por tu gusto me obligo
de salir a una llanura,
do probarás tu ventura
si acetas lo que prosigo.

PRÍNCIPE. ¿Qué traza puedes tú dar
con que a mi honor satisfagas?

LEONIDO. No tantos extremos hagas,
que ya la quiero contar.
Guarda, deja los aceros,
envaina y estáme atento,
que he de hacer por tu contento
prueba de filos más fieros,
y es: que ambos a dos lleguemos
de la Duquesa al terrero,
y haga yo señas primero
y que entrambos la hablaremos,
y tú le digas allí
lo que sientes de tu pena,
y que su amor te encadena,
como lo dices aquí.

Y si ella allí te otorgare
la gloria que tú deseas,
yo digo que la poseas
sin que en mí más se repare.
Y si tu pena regala,
doliéndose de tu mal,
si ella se allanare a tal,
yo me quiero ir noramala.

PRÍNCIPE. Para ti son estos brazos,
hermano, caro Leonido,
y aquesos tuyos te pido;
hazme en ellos mil pedazos.

LEONIDO. Pues espera, haré la seña
y verás si acaso acude.

PRÍNCIPE. El cielo mi intento ayude.

(Tañe LEONIDO *un pito, y sale la* DUQUESA ROSILENA *a la ventana.)*

LEONIDO. Mira si acude a la seña;
grande muestra de quererte
fué acudir a mi llamado.

PRÍNCIPE. Aún no le has, Leonido, hablado.

LEONIDO. Pues en eso está tu muerte.
Espera, pues, hablaréla,
que ya sale a la ventana.

PRÍNCIPE. Que me quiere, es cosa llana.

ROSILENA. Por tu gusto estoy en vela.

LEONIDO. ¡Mi gloria, mi bien, mi vida!
¿Cuándo gozará la palma
el pecho que abrasa el alma,
gozando gloria cumplida?

ROSILENA. Lo mesmo al cielo le ruego
porque mi pena mitigue,
que dentro en mi pecho vive
un Etna nuevo de fuego.

LEONIDO. ¿Qué te parece este envite?
¿Puedo querer otro tanto?

PRÍNCIPE. No te ensoberbezcas tanto,
que no por ser tú te admite;
que aún no está desengañada
si es el Príncipe o [el] Infante.

LEONIDO. Pues quiero que aquí delante
quede tu duda acabada.—
Al fin, estáis muy contenta
de que el Príncipe os adora.

ROSILENA. ¡Qué donosa bestia! ¿Agora
haces del Príncipe cuenta?

LEONIDO. Pon, Príncipe, esto en el libro
por la cuenta del recibo,
que, si de aquí escapas vivo,
hacer puedes nuevo libro.

PRÍNCIPE. Digo que aún piensa que soy
yo, Leonido, quien la habla.

LEONIDO. Pues espera esta palabra,
que a desengañarte voy.—
¡Mi Rosilena y mi bien!

ROSILENA. ¡Mi vida y mi bien, Leonido,
Infante amado y querido!

LEONIDO. ¿Entendiste aquesto bien?
No pecarás de ignorante,
pues que mi nombre le oíste
y a voces claro entendiste
que supo que era el Infante.
Con letras góticas fué;
muy bien a tu mal acude,
y como quien es acude
a lo que es tu mucha fe.—
Digo que turba el reposo
el recelo que antes dije.

ROSILENA. ¿Es posible que te aflige
ese necio pegajoso?
Porque no lo hay en la corte
otro que tanto lo sea.
Muy bien tu gusto me emplea.

LEONIDO. Príncipe, paga este porte.—
No os aflijáis tanto, amor,
que como Príncipe es...

ROSILENA. No me mueve el interés,
ni me doy a ese señor.

LEONIDO. No vale, Príncipe, aquí
tu grandeza y rico estado,
porque no es interesado
lo que se hace por mí.
La casa se viene abajo;
guárdate de la ventana
no caiga, que, aunque es liviana,
si te cogiese debajo
con tanta carga, podría
hacerte notable daño;
pues ya llegó el desengaño
que tan ciego te tenía.

PRÍNCIPE. El cielo, ingrata, castigue
tanto rigor y desdén.

LEONIDO. A fe, que lo dices bien.
Tu cólera se mitigue;
con justa razón te quejas.
Desde aquí puedes decille,
si es que pretendes reñille:

"¡Oh, más dura que mármol a mis quejas!"

y otras dos o tres letrillas,
si quieres, presto diré,
que a cantar te ayudaré
si acordares de decillas.

PRÍNCIPE. Goza de tu prenda tú,
pues que la puedes gozar,

que yo aquí no pienso estar
y me voy...

LEONIDO. Con Bercebú.

(Vase el PRÍNCIPE.)

ROSILENA. ¿Con quién estabas hablando?
LEONIDO. Con el Príncipe, mi hermano.
ROSILENA. Por cierto, que en ello gano
si oyó lo que estaba hablando.
LEONIDO. Pues trújelo yo a que viese
cómo vivía engañado,
porque mudase cuidado
y desengañado fuese.
Que me ha querido matar
diciéndome que le quieres
y que por su gusto mueres,
y que él solo te ha de amar.
Ya no mirará mi padre,
cuyo respeto me fuerza,
que dará, a quedar por fuerza,
tan muerto como mi madre. (1)

(Sale un CRIADO *de* LEONIDO.)

CRIADO. Ya la música está aquí.
Si dais licencia, entrarán.
LEONIDO. Di que lleguen, si ahí están.
ROSILENA. ¿Con quién hablas, mi bien, di?
LEONIDO. Hablaba con mi criado,
que una música concierta
y está esperando a la puerta.
ROSILENA. Muy grande gusto me has dado,
Leonido, dirásle que entren,
porque es cosa regalada
ver música concertada.
CRIADO. ¿Entrarán?
LEONIDO. Bien pueden: entren.
Y no entren si no han templado,
sino templen allá fuera.
CRIADO. Tu gusto se hará; espera,
que todo está aderezado.

(Salen los MÚSICOS.)

LEONIDO. Cantad algo que sea nuevo.
MÚSICO. ¿Cantaráse aquel de Dido?
LEONIDO. Historias alegres pido,
que las de muerte repruebo.

(Cantan los MÚSICOS, *y salen el* REY *y* FABIO *y el* CONDE, *amigo de* LEONIDO, *y dos* PAJES *con hachas delante.)*

ROSILENA. No sé quién llega al terrero.
Voime por que no me vean.

(1) Pasaje defectuoso, pero conforme con el original.

REY. ¡Que mis dos hijos desean
que muera del mal que muero!
LEONIDO. ¿Quién va allá? Teneos. ¿Qué gente
es la que el terrero ronda?
REY. ¿Eres, malsín, de la ronda
que me preguntas qué gente?
¿Dó está el Príncipe, tu hermano?
LEONIDO. ¿Soy Caín, que ha muerto a Abel.
que me preguntas por él?
¿O soy guarda de mi hermano?
En su aposento estará.
REY. Corre, Fabio, llámale,
porque la pendencia sé,
y aun no me responderá.—
De forma, ¿que no hay respeto
a vuestro hermano el mayor?
¿No ves tú que es tu señor
y que es ya Príncipe eleto?
¡Que ya te has desvergonzado.
Leonido, para con él!
¿No ves que es mayor aquél
y está en mi lugar jurado?
Sois dos y mal avenidos,
y tú piérdesle el respeto,
pues, como quien soy, prometo
que habéis de estar divididos.
¡Desvergonzado, villano,
descomedido rapaz!
¿Piensas, bajo, que no hay más
sino atreverte a tu hermano?
¡Escuderillo pelón!
¿Con un Príncipe de Hungría?
LEONIDO. También lo seré algún día.
REY. ¡Calla, bajo, fanfarrón!
LEONIDO. Si en dos años más de edad
está toda esa importancia,
digo que es grande arrogancia
y que dices la verdad;
que sola la culpa es mía,
y digo que soy pelón,
arrogante y fanfarrón,
y él reprincipe de Hungría.
Pero infórmate bien dél
si antes no fuí yo ocasión
que cesase la quistión
y que me culpas por él.
Que yo espero que algún día,
si tiene mi hermano reino,
también yo he de mandar reino,
aunque no el suyo de Hungría.
REY. ¿Y aún habláis, desvergonzado?
¿Valéis vos algo sin él?

CONDE. Ya viene.
REY. ¿Viene? ¿Qué es dél?

(Salen el PRÍNCIPE *y* FABIO.)

PRÍNCIPE. Vengo, cual por ti es mandado.
REY. ¿Qué es esto? ¿Es razón que estéis,
habiendo de estar conformes,
como enemigos disformes
y como tales andéis?
¡Muy buen ejemplo le dais!
¿Vos sois señor de vasallos?
¡Muy bien sabréis conservallos,
pues a vos no os conserváis!
¡Por cierto, muy buen ejemplo
daréis al pueblo que os sigue!
¡A fe, que no se fatigue
de haceros estatua y templo!
PRÍNCIPE. Señor...
REY. Yo estoy informado
que tenéis la mayor culpa.
Ya no sirve dar disculpa.
LEONIDO. Yo solo soy el culpado.
REY. Idos, Príncipe, a acostar,
y no pase esto de aquí.
PRÍNCIPE. No hará.
REY. Haceldo ansí.—
Leonido, ilde alumbrar.
Toma esa hacha en la mano.
Vete, Leonido, con él.—
Quiero que te sirvas dél.—
Alumbrad a vuestro hermano.
LEONIDO. (Aquesta es nueva costumbre;
mas que lo hace sospecho
por lo que digo en mi pecho,
que es porque tu casa alumbre.)

(Quítase la espada y capa, y toma el hacha y vale a alumbrar.)

PRÍNCIPE. Suplícote no consientas
que me acompañe mi hermano.
REY. Halo de hacer, caso es llano;
no porque es hado lo sientas.
LEONIDO. ¡Vos, mi brazo bravo y fiero,
que nunca jamás creyera
veros con hacha de cera,
sino con hacha de acero!
Gozá estas glorias, gozaldas,
que si de algo desespero
es que este pecho de acero
ha de volver las espaldas.
Y lo que pena me da,
porque en llanto me resuelvo
el ver que a hermano las vuelvo
que no me las guardará.

(Vanse los dos, y LEONIDO *alumbrándole.)*

REY. Ven acá; di al camarero
que luego postas prevenga
y que a palacio se venga,
que aquí donde estoy espero.
Trae botas y espuelas luego,
que ha de calzar el Infante.
CRIADO. Voy corriendo, en un instante.
REY. Yo mitigaré ese fuego.
Quitando aquéste de en medio
será fácil de apagar,
y así podré castigar
a aquéste por este medio.
Yéndose en esto a la mano,
estando de Hungría ausente,
domaré aqueste valiente.
LEONIDO. Ya está en su cuarto mi hermano;
ya yo le dejo en su cuarto
cumpliendo tu mandamiento.

(Sale el CRIADO *con las botas y espuelas.)*

CRIADO. Ejecutando tu intento,
trujo las postas Casarto
y yo las botas y espuelas.
REY. Cálceselas el Infante,
y las postas al instante
traed. ¿Entendéis?
CRIADO. Traerélas.
LEONIDO. Pues ¿a dó quieres que asista
que tan apriesa me envías?
REY. Quiero, por algunos días,
perdáis a Hungría de vista,
que es bien que a Polonia partas
a estar con el Rey, mi hermano.
LEONIDO. Yo soy el que en ello gano.
Pero, mira...
REY. ¿Qué?
LEONIDO. Me apartas
de...
REY. ¿De qué?
LEONIDO. De tu presencia,
y podrá ser que algún día
pueda importarte la mía.
REY. No hagáis más resistencia.
Ora me importe o no importe,
yo quiero que partáis luego,
porque no tendré sosiego
si estáis un hora en la corte.
¿Qué os estáis embelesados?

¿Por qué ya no le calzáis?
Parece que os asombráis.

LEONIDO. Pues ¿no han de estar asombrados
viendo que tu gusto precia
de tu Corte desterrarme?

REY. Ahora no deis en cansarme.

LEONIDO. Ya es esta paciencia necia.
Si porque te obedecí
aqueste premio merezco,
¡por Dios, si me ensoberbezco!...

REY. ¡Ea! ¿No acabáis de ahí?

LEONIDO. Cumpliráse tu mandado,
aunque a costa de mi vida,
que el cuerpo, en esta partida,
del alma lo has apartado.

(Siéntase LEONIDO *en una silla, y cálzanle las botas y espuelas de camino, y él, los ojos bajos, dice:)*

Pues ya se pasó el día que alegraba
las escuras tinieblas de mi alma,
pues con tanto furor llegó la calma
cuando el viento con más furor soplaba.
Pues del premio tan justo que gozaba
entre las manos le sacó la palma,
pues apartan el cuerpo de aquel alma
con cuya junta en gloria eterna estaba.
¿Qué he de hacer, sino pedirle al cielo
de un caso tan injusto la venganza
por ver si al canto mío se enternece?
¡Ah, entrañas fieras de furor y hielo!
¿Qué te mueve a que haga tal mudanza?
Pero es tu gusto, y el mío te obedece.

REY. ¿No se acaba ese recado?

LEONIDO. Ya mi vida y él se acaba.

REY. Pensé que algo más faltaba.

LEONIDO. Ya, señor, está acabado.

REY. Leonido, al momento parte.—
Conde, acompañalde en esto.

CONDE. Un poco estoy indispuesto.

REY. Pues no vais.—Tú luego parte.

LEONIDO. Y vos, Conde, ¿sois también
mi enemigo declarado?

CONDE. ¡Por Dios, que lo has acertado!
Haciéndolo por tu bien,
¿de mí hay aquesa opinión?
Pues si yo me voy allá,
¿quién tus negocios hará
cual yo acá?

LEONIDO. Tenéis razón.—
Pues con tal resolución
pides que apriesa me parta,
para que contento parta
échame tu bendición.

REY. No vas agora entre infieles
para que eso te aproveche;
no hay para qué te la eche,
pues vas entre amigos fieles.
Acabemos ya. ¿Qué aguardas,
pues sabes que desto gusto
y que un año es de disgusto
cada punto que te tardas?

LEONIDO. Yo me voy.—Mi Conde, adiós.

CONDE. El mesmo vaya contigo,
mi caro Infante.

LEONIDO. ¡Ay, amigo!
Mi amor te encargo, ¡por Dios!

CONDE. Infante, pues no te partas
tan presto; dentro de un hora,
que he de hablarte.

LEONIDO. En buen hora.
Yo lo haré, porque unas cartas
tengo, amigo, de escribir.

CONDE. Pues detente un poco más,
que no tan de prisa estás,
y tengo que te decir
acerca de Rosilena.

LEONIDO. Yo me voy.

CONDE. Pues vete en paz,
y aguarda un hora.

LEONIDO. Y aun más
aguardaré, no os dé pena.

REY. ¿No acabas ya de partir?

LEONIDO. Sí, señor; cual mandas, voy.

(Vase LEONIDO.*)*

REY. Pues Dios sabe cuál estoy,
Leonido, de verte ir.
Veré si estando apartado
de aquí abajaréis de brío.

CONDE. Pues yo, como quien soy, fío
que el Infante no es culpado.

REY. ¿Cómo al Infante disculpas
si la ocasión no supiste
ni la quistión entendiste,
y sólo al Príncipe culpas?
¿Sabes algo, por ventura,
que a mí escuro me parece?

CONDE. (Coyuntura se me ofrece:
bueno es gozar de ventura.)

REY. Pasa con ello adelante:
a lo que digo responde.

CONDE. (¿No soy yo su amigo, el Conde?
Pues yo salvaré al Infante.)

REY. Cuenta, Conde, lo que pasa
para que sea castigado
de los dos el más culpado.

CONDE. (Ya se me ha ofrecido traza.) (1)
Sabrás, señor, que el Infante
supo por caso muy llano
cómo el Príncipe, su hermano,
estaba muy adelante
en servir a la Duquesa,
y que él había prometido
que había de ser su marido.
Pues sabiendo esta promesa,
porque efeto no tuviese
el injusto casamiento,
puso en servirla su intento.
Pues como ella le quisiese
y al Príncipe desdeñase
por el cauteloso Infante,
imaginóle constante,
libre de que la engañase,
favorecía a Leonido
y al Príncipe despreciaba,
porque por amor juzgaba
lo que era falso y fingido.
Pues como el Príncipe viese
que asina lo desdeñaba,
y que a su hermano adoraba
y su tormento creciese,
en el momento ordenó
de quitalle de por medio,
y así, tomó por remedio
matarle, pues lo intentó.
Y fué esta noche a su cuarto,
donde le desafió,
y el Infante le sufrió
mil befas, que ha sido harto,
y sólo se defendía
con decirle, te prometo,
por tus canas que respeto,
más que por él le tenía.
Y que no quería enojarte,
mil veces le respondió,
y, al fin, dél se defendió
con esto, por agradarte.
Y así, digo que sin culpa
va el Infante desterrado,
que el Príncipe es el culpado
y el Infante está sin culpa.

REY. ¿Que porque le defendía
el Infante el casamiento
aquese lobo hambriento
estos extremos hacía?
¿Que aquesto hay? ¿Que aquesto [pasa?
¿Aquesto se ha de sufrir?
¿Que tal se ha de consentir
en mis canas y en mi casa?
¿Al fin, que por apartallo
el Infante lo hacía?

CONDE. Digo que no pretendía
otra cosa que estorballo.

REY. Pues, Conde, al momento parte
y haz que el camino tuerza,
ya de grado, o ya por fuerza,
que el corazón se me parte:
que yo remedio pondré
en lo que al Príncipe toca,
y le haré poner la boca
adonde yo estampo el pie.

CONDE. Yo voy, señor, a cumplir
ese real mandamiento.

REY. Daréisme mucho contento.

CONDE. Yo voy.

REY. Bien os podéis ir.

(Vanse, y salen el PRÍNCIPE *y* FABIO.)

PRÍNCIPE. ¿Qué?, ¿de aquesa suerte parte,
Fabio, el Infante, mi hermano?

FABIO. Sí, señor.

PRÍNCIPE. Vaya el tirano,
que era de mi daño parte.
¿Qué semblante iba mostrando?

FABIO. Digo que debe de estar
manido ya para asar.
Todos se parten llorando.

PRÍNCIPE. Vayan, y yo a Rosilena
goce, pues que la merezco;
que a la pena que padezco
no hay recompensa más plena.
Fabio, di: ¿sabes chiflar?

FABIO. Lo que supiere haré.

PRÍNCIPE. Pues, chifla.

FABIO. Rebuznaré,
si me mandas rebuznar.

PRÍNCIPE. Chifla, pues sabe es la seña
para que abra la ventana.

FABIO. ¿Saldrá luego?

PRÍNCIPE. Cosa es llana.

FABIO. Pues, alto: ya va de seña.

(Chifla tres o cuatro veces.)

PRÍNCIPE. Ya basta lo que has silbado,
que ya se abrió la ventana.

FABIO. Déjolo de mala gana,
porque estaba encarnizado.

(1) Nótese la rima imperfecta de "pasa" y "traza".

(Asómase ROSILENA *a la ventana.)*

PRÍNCIPE. ¿Es posible que esa lumbre,
que al rojo Apolo deslumbra,
con tanta quietud alumbra
de mi fe la humilde cumbre?

ROSILENA. ¿Es el Príncipe?

PRÍNCIPE. Abrasado
en la fe que me desdeña.

ROSILENA. El que os enseñó la seña
pudiera haberlo excusado.
¿Qué vana presunción cobras?
¿Ya no te he desengañado?
Sin razón me has acosado,
y ya de importuno sobras.

(Sale el REY, *y el* INFANTE, *de camino, como está, y el* CONDE, *rebozados.)*

PRÍNCIPE. ¿Qué?, ¿ya te soy enfadoso?
¿En efeto, te has cansado?
De poco te has enfadado.
¿Tan malo soy para esposo?

CONDE. (A lo que te dije advierte,
y verás si te engañé.)

ROSILENA. No, Príncipe; pero...

PRÍNCIPE. ¿Qué?
Si yo le diera la muerte
al Infante, mi enemigo,
yo sé que blanda estuvieras
y que me favorecieras
y estuvieras bien conmigo.

ROSILENA. ¿Es bien que a quererte acierte,
porque causas mi deshonra
y porque a mi viva honra
le procuras tú la muerte?
¿Qué respuesta te he de dar,
si, cuando estoy más honrada,
con los filos de tu espada
me pretendes deshonrar?
¿Soy yo de las mujercillas
de poco valor y peso
que tú, cual mozo travieso,
por mí al Infante acuchillas?

PRÍNCIPE. Pues yo te le mataré,
por el desdén que me has hecho.

ROSILENA. No le echarás de mi pecho,
porque, aun muerto, le amaré.

PRÍNCIPE. Pues yo cumpliré mi intento.
¿Qué tos es ésta?

REY. Una tos
que os ha de ahogar a vos.
¡Bien cumplís mi mandamiento,
descomedido rapaz,
desvergonzado, atrevido,
que del estado subido
eres indino y incapaz!
¡Mala noche os dé Dios,
cual me la hacéis pasar!
¡Que tal me habéis hecho andar,
ya con uno, ya con dos!
¿No te mandé que te fueses
a reposar a tu cuarto?
¿No estabas ya de andar harto,
para que te recogieses?

PRÍNCIPE. Quien en mis cosas se mete
bien sé que contigo vale
y de cuál aljaba sale...

REY. ¿Qué me miras, matasiete?
¿No consideras tu mengua?
¿Qué?, ¿gustas de darme enojos?
Desafías con los ojos,
pues no puedes con la lengua.

PRÍNCIPE. ¿Cómo he de desafiar,
pues veo que un viento corre
en el suelo y en la torre,
en la tierra y en la mar?

REY. Y los cuatro todos juntos
corren dentro en tu cabeza.

LEONIDO. (Esos puntos endereza
con quien entiende tus puntos.)

REY. Digo que es mi gusto y quiero
que, desde hoy en adelante,
sirvas la Duquesa, Infante,
y lo establezco por fuero.
Sigue a tu gusto el alcance,
ama, pretende favores,
prosigue con tus amores,
que no te impediré lance.
Que me darás grande gusto
en que prosigas tu intento,
y me darás gran contento
en que prosigas tu gusto.
Porque a tu gusto convengo,
y quiero que eso se haga,
tu gusto se satisfaga.

LEONIDO. De besarte los pies tengo;
que yo nunca he pretendido,
como estás bien satisfecho,
más de ser de aquese pecho
regalado y escogido.

REY. Ese loco, en su aposento
esté, sin que salga dél.

PRÍNCIPE. (¡Cómo el delgado cordel
cerca mi garganta siento!)
Señor...

REY. No te he de escuchar.
Anda, vete a tu aposento.

PRÍNCIPE. Muda, mi señor, de intento.
REY. ¿Cómo? ¿Que aún osas hablar?
Vete, acaba.
PRÍNCIPE. Ya me voy.

(Vase.)

REY. Tú, Infante, sigue tu impresa;
servirás a la Duquesa
y empezarás desde hoy.
Y hasme de hacer juramento
que, hasta que sea mi gusto,
ora será justo o injusto,
de no acetar casamiento.
LEONIDO. Por la más alta deidad
juro, y por el alto cielo,
de no casarme en el suelo,
señor, sin tu voluntad.
REY. Infante, quedá con Dios.
Conde, como tan pariente,
refrenaréis su acidente,
si acaso le viereis vos.
CONDE. Señor, yo te lo prometo;
que, si alguna cosa viere,
trabajar lo que pudiere
por que no venga en efeto.

(Vase el REY.)

LEONIDO. Conde, ¿cómo no das gritos?
Hagan apriesa alegrías.
Suenen trompas, chirimías,
húndanse aquestos distritos.
Dulzaina y trompetas toquen;
resuenen los prados secos,
por que retumben los ecos
y por el aire revoquen.
Ya mañana de boquita
podemos hablar sin miedo;
quitarme el recelo puedo,
que he de hablar sin pepita.
CONDE. ¿Qué es aquesto? ¡Quedo, quedo!
Dime, ¿estás, por dicha, loco?
LEONIDO. No te parezca que es poco,
pues veo que agora puedo.
Alégrese todo el mundo,
pues fuí en un punto Leon-ido,
y en un punto león venido,
que sólo en esto me fundo.
Húndase aquesa ventana;
llamaremos la Duquesa.
CONDE. ¿Qué es esto? Vives apriesa;
déjalo hasta la mañana.
LEONIDO. No hay Príncipe para mí,
que fué príncipe de cera,
que en la llama de mi esfera
con mi fuego consumí.
CONDE. Infante, vete acostar;
que toda esta noche ha sido
de escarapela y ruído.
Vámonos a reposar.
LEONIDO. Esto sólo me es reposo;
reposar no me da pena.
CONDE. La medida tienes llena.
Tratar de eso es sumo gozo. (1)
LEONIDO. Haz que a repique solene
celebren todos mi gloria,
publíquese la vitoria
que el Infante agora tiene.
CONDE. Deja eso para mañana,
cuando estés con Rosilena.
LEONIDO. Ya ha fenecido mi pena,
pues tanto mi gusto gana.
Digo que el alma rebosa
por los ojos la alegría,
que como es tanta cuantía,
por todas partes la bosa.
CONDE. Pues, ¿has de estar sin dormir?
LEONIDO. ¿Cómo, amigo, quiés que duerma,
si el alma que estaba enferma
tal bien no puede sufrir?
¿No ves que mientras se duerme
no se goza desta gloria,
que está ociosa la memoria?
¿Quieres que de nuevo enferme?
CONDE. Basta, que estás bachiller
con esta nueva licencia.
LEONIDO. ¡Oh, venturosa pendencia,
que así mudaste mi ser!
Tu traza ha sido extremada,
y como tuya la alabo.
CONDE. Bueno está, ya estoy al cabo;
no es bien que agradezcas nada.
A tu padre lo agradece,
que es quien la merced te ha hecho.
LEONIDO. Ese valeroso pecho
el alabanza merece,
pues de la amarga retama,
caro amigo, miel sacaste,
con que mi pecho endulzaste,
cobrando tú eterna fama
del amigo más fiel
que han conocido las gentes.
CONDE. Paso, Infante; no me afrentes,
que aprietas mucho el cordel.
Que si acerté a complacerte

(1) Rima imperfecta "reposo" y "gozo".

fué por el deseo que tuve
de acertar, por eso anduve
excusándote la muerte.

LEONIDO. Bien dices; que a muerte fiera
me condenaba el ausencia.
Mas, pues sanó mi dolencia,
bien es que mi hermano muera.
Ya ves, con el juramento
que le hice por el cielo
de no casarme en el suelo,
parte mi padre contento.

CONDE. ¿Para qué es esa premisa?

LEONIDO. Porque es un gallardo cuento
el que hacer agora intento,
y te has de morir de risa.

CONDE. ¡A mil quimeras me subes!
¿Qué es lo que piensas hacer?
Que en todo he de obedecer.
¿Piensas casarte en las nubes?

LEONIDO. Ha de ser cuento extremado,
y hasta el fin no lo sabrás.

CONDE. ¡Bravo negociante estás!
¡En brava quimera has dado!

JORNADA SEGUNDA

(*Sale el* REY *y* FABIO.)

REY. ¿Qué?, ¿de aquesa suerte está
el Príncipe?

FABIO. Sí, señor.
Causárate gran dolor
si le vieses cuál está.

REY. Cuéntame, Fabio, del modo
que en su pena se lamenta.

FABIO. Darte he, señor, larga cuenta,
por que lo sepas del todo.
A ratos vocea y grita,
y otros está sosegado,
diciendo que está cargado
de una pena infinita.
Dice que tú le causaste,
por sólo querer que muera,
cuando la sentencia fiera
en su daño pronunciaste.
Y cuando está en más sosiego,
como que se está abrasando,
le verás, mil voces dando,
hablar con el recio fuego.

REY. ¡Oh, terrible pena fiera!
¡Tal mal me estaba guardado!

FABIO. (¡Ello va bien enredado!)
Dice, pues, desta manera:
"Conjúrote, fuego, aquí,
por la pena que padezco,
por el llanto que aquí ofrezco,
por las palabras que oí,
que salgas luego abrasando
todo aqueste real palacio,
y esto sea en muy poco espacio,
cual a mí me vas quemando."
Y otras mil melancolías
en que, a ratos, se entretiene.

REY. ¡Sin duda, del cielo viene
por que se acaben mis días
y se pierda aqueste Estado!
¡Oh, Rey afligido y triste!

FABIO. Mira el daño que le hiciste,
que está en su cama acostado.
Y es gran lástima, por Dios,
que se esté agora durmiendo.
Señor, a lo que yo entiendo,
no hay remedio.

REY. ¡Delo Dios!

(*Sale el* CONDE.)

CONDE. ¿Cómo? ¿Que está de esa suerte
el Príncipe, Fabio amigo?

FABIO. Conde, el hado me es testigo
que está sujeto a la muerte.
(Estas son verdades claras,
y por muy llano camino
engañarlos determino,
procurando industrias raras.)
Pues si le vieses quejarse
al cielo de sus cruezas,
porque le dió dos cabezas,
y de aquesto querellarse,
te moviera a compasión.

REY. ¡Mi dolor es infinito!

FABIO. (Helo aquí viene el bonito.
Veamos con qué invención.)

(*Sale el* PRÍNCIPE *con un báculo.*)

PRÍNCIPE. ¿Son aquestas tus proezas?
Rey, bien de mí te has vengado.
¿Por qué, señor, has mandado
que me nazcan dos cabezas?

REY. (¡Oh, qué terrible dolor!
Ya mi tormento está llano.)

PRÍNCIPE. ¡Dos cabezas a un cristiano,
siendo tu hijo el mayor!
Esto es lo que interesas,
que, al fin, me he de condenar,

que mal se podrá salvar
un alma con dos cabezas. (1)
CONDE. Que no tienes sino una.
Príncipe, ¿qué estás diciendo?
PRÍNCIPE. ¡Traidor! Ya yo a ti te entiendo.
¿Piensas mudar mi fortuna?
REY. ¿Qué es lo que intereso yo?
PRÍNCIPE. Que si del rigor apelo,
me responde luego el cielo:
"Tu padre me lo mandó."
Desfoga bien tus bravezas,
que te has querido vengar.
¿Cómo ha de poder reinar
tu hijo con dos cabezas?
REY. (¡Casi muerto me imagino!)
Hijo, advierte lo que digo.
PRÍNCIPE. Ya sé que estás mal conmigo.
FABIO. (¡Y cómo es bellaco fino!)
REY. Hijo de mi corazón,
¿no respondes a tu padre?
PRÍNCIPE. ¿Cómo, siendo tú mi padre,
consientes tan gran traición?
REY. Hijo, ¿qué penas son ésas?
PRÍNCIPE. ¿No quieres que tenga pena,
si tu mano me condena
a que tenga dos cabezas? (2)
CONDE. Yo con sólo una te veo,
y te vemos desde acá.
PRÍNCIPE. Eso, ¿quién lo probará?
CONDE. Yo, yo, que tu bien deseo.
¿Quiés, señor, que lo concluya?
REY. Conde, sólo aqueso quiero.
CONDE. Señor, toma este sombrero,
hoy cesa la pena tuya,
y ponle en la una cabeza.
PRÍNCIPE. Ya la una está ocupada,
y la otra presto hallada,
¿irás viendo tu simpleza?
CONDE. Ya sé que le tienes puesto.
Pues agora éste de Fabio
te pon.
PRÍNCIPE. No muevas el labio,
que tú las verás de presto.
Muestra acá, y veráslas cierto.
Mas... ¡válame Dios! ¿Qué es esto?
¿Dó, Conde; dónde la has puesto?
Sin duda, el sombrero, es cierto.
Sin duda que se me ha ido.
Ya mi tormento se empieza.
Conde, ¿dó está mi cabeza?
Sin duda la has resolvido.
CONDE. No des en aquesa tema,
señor, que no la tuviste.
PRÍNCIPE. Conde, tú la resolviste.
¿Resolvístela?
CONDE. ¡Es postema!
FABIO. (Señor, mira en lo que das,
que ya no vale esa treta.)
PRÍNCIPE. (Fabio, este Conde me aprieta;
llévalo con Barrabás.)
Dame mi cabeza acá.
¿Dó, Conde, me la escondiste?
CONDE. Digo, al fin, que la tuviste,
pero no la tienes ya.
PRÍNCIPE. Aun eso será posible;
pero negar no podrás
que tú me has visto jamás,
porque yo soy invisible.
FABIO. (Alto: va de invención nueva.)
REY. (¡Oh, qué terrible dolor!)
CONDE. Escúchame acá, señor;
ese parecer reprueba,
que de aquí te estoy mirando,
y muy bien te puedo ver.
REY. ¡No te acabo de entender!
(¡Mi vida se va acabando!)
PRÍNCIPE. ¡Oh, qué mal lo has entendido!
¿Tú ves el mal que poseo?
CONDE. Digo que muy bien te veo,
y sé de qué estás vestido.
PRÍNCIPE. No puedes ver tú mi pecho,
porque soy casi divino.
REY. (¡Qué terrible desatino!)
PRÍNCIPE. Mi pena inmortal ha hecho,
que, como es pena del cielo,
no quiere que el mundo vea
mi mal, por que no se crea,
y cúbrelo con su velo.
REY. (¡Ya se acaba mi paciencia!
¡Ya no lo puedo sufrir!)
PRÍNCIPE. Que al fin tengo de morir,
aunque haga resistencia.
REY. Quedaos vos, Conde, con él
y persuadille a razón.
PRÍNCIPE. (Si no mudas de intención,
poco aprovecha, cruel.)

(Vase el REY, *y sale el* INFANTE.)

LEONIDO. ¿Qué?, ¿en esa locura ha dado?
¡Qué terrible desatino!
PRÍNCIPE. (Ya mi tormento imagino.)
FABIO. (Otro moro.)

(1) También hay aquí falsos consonantes.
(2) Como en la nota anterior. Estos pasajes habrán sido interpolados.

PRÍNCIPE. (Estoy cansado.)
LEONIDO. Conde, decidme: ¿qué es esto?
CONDE. Una locura en que ha dado,
que al Rey, su padre, ha cansado
y le ha en grande estrecho puesto.
FABIO. Causaráte gran dolor,
señor, si le oyes hablar.
PRÍNCIPE. ¿Por qué me he de condenar,
teniendo tanto favor?
Mas ya no será de balde
cuando llegue mi partida.
Ya sé que no hay quien lo impida,
que tenéis el padre alcalde.
LEONIDO. Príncipe, escúchame acá,
alza los ojos del suelo.
PRÍNCIPE. ¡Oh, paraninfo del cielo,
que de allá bajaste acá!
¡Oh, semejanza de Dios,
que eras beatico y bello!
LEONIDO. Conde, ¿en esto ha echado el sello?
PRÍNCIPE. Y aun bien, traidores los dos.
LEONIDO. ¡Oh, locura desigual!
PRÍNCIPE. A ti mi deseo se humilla.
A ti hinco la rodilla.
(¡Quién te hincara un puñal!)
LEONIDO. Alzate, hermano, del suelo.
FABIO. Que es mi señor el Infante.
PRÍNCIPE. Quítate, Fabio, delante.
¿Está ya mejor el cielo?
FABIO. (¡En qué zarza te has metido!)
PRÍNCIPE. Que desde acá supe yo
que de un aire que le dió
estaba descolorido.
Aunque yo tengo recelos
que es la causa del suceso
haber comido algún yeso.
CONDE. No deso enferman los cielos.
PRÍNCIPE. Pues ¿de qué pudo enfermar?
Para que lo sepa yo.
CONDE. ¿De qué? De que se comió
un alma por madurar.
PRÍNCIPE. ¿Qué?, ¿deso enferman los cielos?
CONDE. Sí; porque a mí me mató
y de color me mudó
comer unos cornezuelos.
Al estómago se pegan
y hacen muy mal efeto,
y que matan te prometo
si con desengaño llegan.
Porque brotan mil recelos
el pecho del amador
si está vicioso de amor
como el árbol, cornezuelos.
LEONIDO. Habladme, Príncipe hermano.
Señor, ¿de qué estáis ansí?
PRÍNCIPE. Preguntándotelo a ti,
que lo sabrás está llano.
LEONIDO. La vida quiere acabar
en mí tu mortal tristeza.
CONDE. Infante, ¿qué pena es ésa, (1)
y a dos dedos de heredar?
PRÍNCIPE. (¡Mejor te lleve el diablo,
que tú veas tal herencia!
Que todo esto es resistencia
con que mi negocio entablo.)
LEONIDO. Miraldo cuál está allí
casi muerto. ¡Oh, caso esquivo!
PRÍNCIPE. (¡Traidor! No estoy sino vivo,
comiendo sal sobre ti.
Mira, Fabio, los traidores
cómo se están santiguando.
Mi enfermedad consultando,
como junta de dotores.)
FABIO. (¡Oh, qué confusos los tienes!
¡Bravamente los enlabias!)
PRÍNCIPE. (Calla, Fabio, que me agravias:
que yo procuro mis bienes.)
LEONIDO. ¿Qué es aquesto, hermano amado?
¿Por qué no me habláis a mí?
PRÍNCIPE. ¿Eres tú mi hermano?
LEONIDO. Sí,
y carnal.
PRÍNCIPE. Y encarnizado.
(Goza de tu bien divino,
pues que el cielo te le dió,
que por eso lloro yo,
y rabio y ardo contino.)
CONDE. (¡Qué entero está en sus enojos!)
PRÍNCIPE. (No de aquesto tengas pena,
que mi traza te condena
a llorar con los dos ojos.)
LEONIDO. Fabio: ¿qué habla entre dientes?
FABIO. Mil disparates notables,
mil cosas incomportables
con que enfadara a las gentes.
Diz que un león encendido
le deshace las entrañas.
CONDE. (¡Ah, Príncipe, no te engañas,
que tu muerte fué Leonido!)
PRÍNCIPE. (Fabio, me ha sido importante
para mi traza, en efeto,
que bellaco es y discreto.)
CONDE. (Más que discreto, era Infante.)

(1) Consonante impropio.

LEONIDO. Fabio: ¿no te dice algo
cuando está contigo solo?
FABIO. Una vez me llama Apolo,
y otra vez me llama galgo.
Y otras veces por mi nombre
me llama sin discrepar.
PRÍNCIPE. (¡Qué bien lo sabe enlabiar!)
LEONIDO. Fabio, haces que me asombre.
PRÍNCIPE. (¿De esto sólo te santiguas?
Pues yo te haré santiguar
cuando te haga quitar
tus posesiones antiguas.)
LEONIDO. Agora habla entre dientes
y la cabeza bajada.
FABIO. La vida me trae gastada
esperar sus acidentes.
LEONIDO. Pues llévalo con paciencia,
que Dios te lo pagará
y el Rey lo satisfará.
FABIO. ¡Que es terrible su dolencia!
LEONIDO. Hermano, ¿qué hablas a solas?
PRÍNCIPE. Lucho con mi pensamiento
por conservar el intento,
que tiene furiosas olas.
CONDE. Ya se va entrando en la mar,
y que es ballena dirá,
lenguado o salmón, quizá,
si no le vas a atajar.
PRÍNCIPE. Soy pensamientos y humo
y mujer, que es harto menos,
y tengo llenos los senos
del mal en que me cônsumo.
Soy pensamiento insufrible,
soy dolor que no se acaba
y soy una fiera brava,
dura e incomprensible.
Soy el mar, soy aire vano
y soy la pesada tierra.
Yo soy la paz de tu guerra
y, finalmente, tu hermano.
CONDE. Señor, no le tomo tiento.
Un rato habla de veras,
formando dos mil quimeras,
y otras veces habla a tiento.
PRÍNCIPE. ¿Cómo? ¿No me conocéis?
Pues soy un fiero gigante,
y las furias de Atamante
en mí cifradas veréis.
Yo soy cuanto el mundo encierra
y cuanto el cielo apetece.
(Fabio, di: ¿qué te parece?)
FABIO. (¡Que eres la sal de la tierra!
Admirablemente haces
lo que toca a tu invención.)
Tiene el Príncipe razón.
PRÍNCIPE. (Tú, con tu industria me aplaces.)
FABIO. (¡Por Dios, que me atemorizas
viendo tus no vistas trazas!)
PRÍNCIPE. Ya cesan mis amenazas,
y ya soy polvo y cenizas.
(Fabio, llévame de aquí,
porque estoy ya muy cansado
de lo que hoy he trabajado.)
FABIO. (Pláceme; yo lo haré ansí.
Traza agora una figura
como que me dices eso.)
PRÍNCIPE. Custodio, tómame en peso;
llévame a la sepoltura.
Vamos, que de hambre me caigo.
LEONIDO. Pues, llévale a comer luego.
FABIO. Yo soy el mozo del ciego,
que le llevo y que le traigo.

(Vanse el PRÍNCIPE *y* FABIO.)

LEONIDO. ¡Por Dios, que me da gran pena!
CONDE. Ella es gran melancolía,
que el corazón le resfría
y el pecho todo le llena.
LEONIDO. ¿Qué orden se ha de buscar
para que tenga remedio?
CONDE. Yo entiendo que no habrá medio;
que el tiempo lo ha de curar.
Y déjalo al tiempo agora,
que es el médico perfeto.
LEONIDO. Aquese consejo aceto.
Vamos a ver mi señora.
CONDE. Eso sí; tu pena cura
y deja la de tu hermano.
Y como se ve está llano
que es un ramo de locura,
y aqueso se acabará
mañana o esotro día,
que el amor luego resfría
si remedio no se da,
en tu contento repara
y no busques otro gusto.
LEONIDO. ¡Ay, Conde caro, qué al justo
se te conoce en la cara
lo que tu amistad promete!
Espejo de amigos eres.
CONDE. Infante, señor, ¿qué quieres?
Sólo tu gusto se acete,
que yo no sé decir más
de lo que en el pecho tengo.
LEONIDO. Grande obligación te tengo,
no saldré de ella jamás.

Mas parte de [ella] algún día (1)
pienso pagarte con obras.

CONDE. Con eso que me das, sobras;
más no pide el alma mía.

LEONIDO. Vamos, que importa mi ida
para consolar al Rey.

CONDE. En ti está, Infante, la ley
de la obediencia cumplida.

(*Vanse, y salen el* REY, *y* FABIO, *y* RUFINO *y* ACACIO, *criados, y el* CONDE.)

FABIO. Pondráte grande temor
el saber en lo que ha dado,
porque no come bocado
el Príncipe mi señor,
que dice que muerto está
cuando le doy de comer,
y que no lo ha menester;
y es un extremo en que queda,
diciendo que si está muerto
que cómo puede comer,
que no haberlo menester
es lo más seguro y cierto.

REY. ¿Que ha dado en no comer, Fabio?
El se acabará la vida.

FABIO. La mía vea consumida,
señor, si yo muevo el labio
más que en decirte verdad.
Dice que tú le mataste
y con tu rigor talaste
los muros de su amistad,
y que está el cuerpo sin alma,
que se la quitaste el día
que tu mano o vara impía
le dió al Infante la palma.

REY. ¡Oh, qué terrible tormento!
¡Oh, Rey afligido y triste!
¡Ah, cielo, pues me le diste,
remedia este mal que siento!

CONDE. ¿Qué? ¿Al fin no come bocado?

FABIO. Señor, no; que si está muerto,
dice que es gran desconcierto
comer, y grande pecado.
(¡Si le viésedes tragar
a solas y en reclusión!
Medio pernil y un capón
acaba de despachar.)
Y no hay con él acabar
que ninguna cosa tome,
porque dice que si come
le ha el cielo de castigar.

(1) El original dice "parte de algún día".

CONDE. Ella es gran melancolía,
que las entrañas le aprieta
y el corazón le sujeta.

FACIO. Señor, sí; que desvaría.
Verásle hablar entre sí
y muchos suspiros dando,
cual tierno niño llorando
le verás asir de mí
diciendo que tu gobierno
la media alma le quitó,
y que el cuerpo condenó
a un recio tormento eterno.

REY. ¡Ah, Príncipe desdichado,
que aquesto ha venido a ser!

FABIO. (Contento es verle comer
y quedá en su cama echado.)

CONDE. No tanto el dolor te apriete,
que te vayas tras el hijo.

REY. Conde, con razón me aflijo,
que un triste fin me promete.

FABIO. (¡Qué melancólico está
y estáse el otro holgando,
y estálo él acá llorando!)

(*Sale el* INFANTE.)

LEONIDO. Señor, ¿que no come ya?.

REY. No, Infante.

LEONIDO. ¡Oh, grande pena!

CONDE. La duquesa Rosilena
la vida le acabará.

LEONIDO. Pues ¿en qué, Fabio, repara?
¿Por qué no quiere comer?

FABIO. Yo no le puedo atraer
a que coma.

LEONIDO. ¡Cosa rara!

FABIO. Ha dado en que muerto está
y que sabe, caso es cierto,
que no ha de comer un muerto;
aquesta respuesta da.

CONDE. ¿Ahora, pues, da en ese extremo?
Hirámosle por sus filos
usando de sus estilos.

REY. ¡Ay, Conde, su muerte temo.

FABIO. ¡Y también la temo yo!
(El Rey qué afligido está!
que no se te morirá,
que más sano está que yo.)

CONDE. Advierte, a lo que prosigo,
que es una traza extremada.

REY. Será como por ti dada.

CONDE. Señor, mirá lo que digo.
Digo, pues, que dos criados,
si estás bien en mis conciertos,

han de fingir que están muertos
y salir amortajados
por una grande abertura
que en el suelo de palacio
(ha de haber de tanto espacio
cuanto de una sepoltura.
Y al Príncipe, mi señor,
le has de pasar por ahí,
Fabio, tú.

FABIO. Yo lo haré ansí
si es de importancia, señor.

CONDE. Y que salgan los dos muertos
a pedirle de comer,
porque le podrán mover
con aquestos desconciertos,
diciendo que acá se vienen
a pedir que algo les dé,
y la ocasión es porque
grandísima hambre tienen.
Fingiendo que allá también
comen los que están allá,
y aqueso les vuelve acá
a que de comer les den.
Que en ver los muertos comer
podrá ser que le dé gana
de comer.

FABIO. Es cosa llana
que no ha de querer comer.
Estóiselo yo rogando,
y apenas se lo he mostrado,
cuando de mí, engarrafado,
y muchos suspiros dando,
me riñe, si no me aparto,
y la comida me arroja.

CONDE. No tengas de eso congoja.

FABIO. (Pero es después de bien harto.)

REY. Dad, Conde, la traza vos,
que de oír esto me muero.

FABIO. (Pues arroja un candelero,
que es un juicio de Dios.)

CONDE. Con aquestos disparates
los melancólicos curan.
Ya, mi señor, me aseguran
que comerá estos dislates.

REY. Pues hágase en corto espacio.
¿Y quién los muertos serán?

LEONIDO. Aquestos dos que aquí están,
señor; Rufino y Acacio.

REY. Pues con Fabio vayan luego
porque se ponga en efeto;
que el ver mi hijo en aprieto
no da lugar al sosiego.

LEONIDO. Eso es lo mejor ¡por Dios!
porque se amanse su fuego.

RUFINO. Reniego.

FABIO. ¿De quién?

RUFINO. Reniego
del Conde, y también de vos.

LEONIDO. El Conde ha dado en lo cierto,
que con eso comerá,
porque excusa no dará
en viendo que come un muerto.

REY. Yo me voy, porque componga
lo que para aquésto resta.
La invención ya está dispuesta.

CONDE. El cielo tu bien disponga.

(Vase el REY, *y quedan* LEONIDO *y el* CONDE.)

LEONIDO. ¡Por Dios! que me da gran pena
ver así a mi hermano amado.

CONDE. Pues si lástima te ha dado,
entrégale a Rosilena.

LEONIDO. En hondo entra; aqueso no,
y no diga tal tu boca,
que fuera caridad loca.
¿Podré darme muerte yo?

CONDE. Pues si lástima le tienes,
¿qué mucho que aquesto hagas?

LEONIDO. A mi amistad bien no pagas.
¿Quiés que me quite mis bienes
y que le dé posesión
del gusto de mis entrañas?
Serán notables hazañas
quitarme yo el corazón
y que, porque sea mi hermano,
le he de dar la vida y alma
y entregarle yo mi palma
a que la goce en la mano.
Si yo no tengo más vida,
si no tengo más contento
que el gusto del pensamiento
do está mi alma ofrecida,
sería hazaña notoria
que le entregue a Rosilena
y que me quede yo en pena
porque esté mi hermano en gloria.

CONDE. Infante, más no te alteres,
que lo hice por probarte.
¿De qué efeto es alterarte?
No tanto aquesto exageres,
que te lo dije burlando.

LEONIDO. No te espantes que me enoje
y vivas llamas arroje
del fuego que estoy pasando,
que esas son terribles pruebas,
especial en este tiempo,

cuando mi padre contemplo (1)
con mil invenciones nuevas.

(Vanse, y salen el PRÍNCIPE *y* FABIO.)

PRÍNCIPE. ¿Que con esos desconciertos
atajan mi mal esquivo?
Dejan el remedio vivo
y aplican remedios muertos.
Pues no se verá mi pena
tan sólo un punto mudar
hasta que me vea entregar
a mi prima Rosilena.
¡Ah, padre! ¡Cuán engañado
te tiene esa confianza!
Pues no tengas esperanza
de verme jamás mudado
de aquesta rabia en que doy,
que acá consume mi pecho
el agravio que me has hecho,
y desto corrido estoy.
Dime, Fabio, ¿qué costumbres
tienen los amortajados,
y en qué en palacio ocupados
están? Pido que me alumbres.
FABIO. Señor, tus vasallos son.
Mira qué gentil despacho;
el uno es un gran borracho,
y el otro es un gran ladrón.
PRÍNCIPE. Vete, Fabio, más despacio.
Dime de estos dos los nombres.
FABIO. Llámanse aquestos dos hombres,
señor, Rufino y Acacio.
PRÍNCIPE. ¿Que aquesos predicadores
envían a convertirme?
¿Para en mi mal persuadirme
no hallaron otros peores?
¡Bravos teólogos a fe!
FABIO. Señor, di, ¿qué has de hacer?
¿Has con ellos de comer?
PRÍNCIPE. No sé, Fabio, lo que haré.
FABIO. Por desmentir las espías,
come cuando estés con ellos,
aunque temo, en sólo vellos,
que de la invención te rías.
PRÍNCIPE. No habré menester fingir,
que el alma, al reír, retira.
FABIO. Señor, mira.
PRÍNCIPE. ¿Qué?
FABIO. Mira. (2)
PRÍNCIPE. ¿Qué?
FABIO. Por dónde han de salir.
PRÍNCIPE. No importan sus invenciones;
aunque, si no me avisaras,
no dudo que me alteraras,
no uno, mil corazones.
FABIO. Señor, ya la piedra mueven,
los muertos quieren salir;
yo haré que me quiero ir
porque más mi enredo prueben.

(Salen RUFINO *y* ACACIO, *amortajados, de una sepoltura que habrá artificialmente en el teatro.)*

ACACIO. ¿Quién es un muerto, decí,
cuya alma en el otro mundo
está y el cuerpo en este mundo (1)
yace?
PRÍNCIPE. ¿Quién me busca a mí?
FABIO. ¡Ay, señor, de miedo muero!
¡Oh, qué terribles visiones!
PRÍNCIPE. No de aquesto te apasiones.
Yo soy, ¿qué quiés, compañero?
ACACIO. Pues venímoste a rogar,
si es cosa que puede ser,
que nos dieses de comer.
PRÍNCIPE. Yo, amigo, os lo quiero dar.
Pero de vos saber quiero:
los muertos que están allá
¿comen?
ACACIOO. Comen como acá;
caso es llano y verdadero.
Señor, esto encarecemos:
mándanos dar de comer,
si es cosa que puede ser,
que de hambre perecemos,
que está muy malo el camino,
con los grandes aguaceros (2)
no dan paso los recueros.
RUFINO. ¿Qué dices?
ACACIO. Calla, Rufino.
PRÍNCIPE. Al fin, ¿que comen allá?
ACACIO. Si de comer no les diesen,
¿quién duda que se volviesen,
como nosotros, acá?
RUFINO. Acacio, ¿qué puede ser,
o, decid, por qué ocasión
se le consiente en razón
que hable tanto sin comer?
PRÍNCIPE. Fabio, haz que aquí nos den
a mí y los muertos honrados
para comer, dos bocados.

(1) No hay rima perfecta entre "tiempo" y "contemplo".
(2) Falta una sílaba a este verso.

(1) Aquí sobra una sílaba.
(2) "Aguaderos" en el original.

RUFINO. ¡Oh, qué muerto tan de bien!
PRÍNCIPE. Amigos, pues aquí estáis
y sólo a verme venistes,
los oficios que tuvistes
os ruego que me digáis.
Porque de vos saber quiero,
pues cerca a mi muerte estoy,
con quién de esta vida voy,
pues ya sé por lo que muero.
¿Fuisteis, acaso, oficiales,
que me parecéis honrados,
o fuisteis los dos criados
en mis palacios reales?
RUFINO. (Acacio, ¿qué haré? que muero.)
ACACIO. Mi oficio te he de decir.
PRÍNCIPE. No lo pienses encubrir.
ACACIO. Señor, yo fuí despensero.
PRÍNCIPE. En el infierno estáis vos.
ACACIO. ¿Por qué?
PRÍNCIPE. Por el mal gobierno.
Porque si se fué al infierno
el despensero de Dios,
¿por qué os habéis de escapar,
que no sois vos más honrado?
Y también habréis sisado,
en esto no hay qué dudar;
y si tenéis a esto cuenta,
bien sabéis que se ahorcó,
cuando a este punto llegó,
de miedo de dar la cuenta.
ACACIO. Todo eso se sabe allá,
porque allá nada se ignora.
PRÍNCIPE. Sea ansí. Decidme agora...

(Sale FABIO *con la comida.)*

FABIO. Aquí la comida está.
PRÍNCIPE. Ea, amigos, a comer;
[que] por lo que habéis de andar
y lo que habéis de pasar,
pienso os será menester.—
Déjame, Fabio, con ellos,
que bien solos nos hallamos
solos los tres, como estamos;
ya me hallo bien con ellos.
Que como ès camino cierto
y lo tengo de pasar,
gusto mucho de hablar
con muertos, pues estoy muerto.
ACACIO. Señor, come tú también,
pues que comemos los dos.
¿No coméis, Rufino, vos?
PRÍNCIPE. Que yo coma está muy bien.
Pues del oficio de estotro
se me quedó por saber.
RUFINO. Mi oficio es muy de placer,
y mucho mejor que esotro.
PRÍNCIPE. Así, pues, saberlo quiero:
ruégoos que me lo digáis.
RUFINO. Pues que de aqueso gustáis,
señor, yo fuí tabernero.
PRÍNCIPE. Buenos oficios, por cierto,
para el oficio que hacéis.
De forma ¿que pretendéis
llevarme, pues estoy muerto?
Pues que decís que se sabe
en esotro mundo todo
y que por un cierto modo
lo que acá pasa se sabe,
como yo estoy casi muerto,
el cielo me ha revelado
cierto daño, y declarado
lo que me estaba encubierto.
Y es que dos criados míos
con traición se amortajaron
y con mi padre trataron,
fundando sus desvaríos,
en que me harían comer.
RUFINO. (¿En qué aquesto ha de parar?
Acacio, para expirar
estoy.)
ACACIO. (Calla, ¿qué se ha de hacer?)
PRÍNCIPE. Y supe, por relación,
y por un breve despacho,
que el uno es un gran borracho
y el otro es un gran ladrón.
RUFINO. (Acacio, ¿qué desconciertos
son éstos en que me veo?)
ACACIO. (Calla.)
PRÍNCIPE. Y matallos deseo.
ACACIO. (¡No más! No fingiré muertos.)
PRÍNCIPE. Y del otro mundo vino,
habrá muy cortico espacio,
que el uno se llama Acacio
y al otro llaman Rufino.
RUFINO. (Esto es hecho. El se ha aclarado.)
PRÍNCIPE. Digo que no he de parar
hasta que los vea ahorcar.
RUFINO. (Bien estaréis ahorcado.)
PRÍNCIPE. Dijéronme más despacio
que por una vez de vino
este que llaman Rufino
venderá a todo palacio.
RUFINO. (Antes ciegue que tal vea,
porque se deshaga en llanto,
y que valga el vino tanto
que el precio un alcázar sea.)

PRÍNCIPE. De ahorcallos es mi intento.
RUFINO. (Acacio, di la invención,
y pidámosle perdón,
que al fin mudará de intento.)
ACACIO. (Déjame tú, amigo, hablar.)
¡Oh, señor! No hagas tal,
que te vendrá un grande mal.
RUFINO. (Tórnaselo amonestar
y métele, Acacio, miedo.)
ACACIO. Muda, señor, tus intentos,
que pasarás mil tormentos.
PRÍNCIPE. No de aqueso tengo miedo.
¿Qué tormento hay que pasar
mayor que el que estoy pasando?
RUFINO. (Acacio, yo estoy temblando.)
ACACIO. (¡Ah, Rufino! ¿Quiés callar?)
PRÍNCIPE. Cuanto y más, que por vengarme
daré por bien empleado
el daño que aparejado
está para castigarme.
Pero aquesto aquí se quede,
porque os quiero preguntar,
y no me habéis de negar
la pregunta que hiciere.
Pero decidme: ¿qué pena
se dará a un padre que a un hijo
en lugar de regocijo
le da siempre amarga pena,
y que le quita su gusto
por sus movibles antojos,
quebrándole entrambos ojos,
dándole en todo disgusto?
Aqueste padre está allá
en vivas llamas ardiendo,
por un caso tan horrendo
como éste que hace acá. (1)
Esto allá se habrá sabido,
aunque es cuento muy moderno.
ACACIO. Tal padre no irá al infierno.
Para el cielo está elegido,
y una silla tiene allá
de gloria, corona y palma,
porque descanse su alma
por el bien que ha hecho acá.
Que a su hijo castigaba
porque le era inobediente,
y con razón, llanamente,
reprehensiones le daba.
Que era el hijo un perdulario,
un torpe, un carnal, un ciego,
y era todo su sosiego
ser de la virtud contrario.
Y a un hermano que tenía,
que no sé qué le movió,
el traidor desafió
por su loca fantasía.
RUFINO. (De medio a medio le das.)
ACACIO. (Habla quedito, Rufino,
no me salgas al camino.)
RUFINO. (Ea, Acacio, dile más.)
ACACIO. A éste, por inobediente,
le está esperando un castigo.
Advierte a lo que te digo,
porque mi lengua no miente.
Y para éste hirviendo
está puesta una caldera
de pez y resina y cera,
donde para siempre ardiendo
estará aqueste cuitado,
porque por justo juicio,
por su culpa y maleficio
está a pena condenado.
PRÍNCIPE. ¡Oh, muerto traidor infame!
¡Falsos muertos, idos luego!
¡Hola, abrasaldos en fuego!
No aguardéis a que más llame.
RUFINO. (¡Oh, qué palo me acertó!)
ACACIO. (¡Las espaldas me ha quebrado!)
RUFINO. (¡Un brazo desconcertado
he sacado, Acacio, yo!)
ACACIO. (¡Vuelve, Rufino, la losa!)
PRÍNCIPE. ¡Hola, venid a embarrar
aquéstos, que han de pasar
muerte terrible y rabiosa!
RUFINO. (¡Que nos embarran, Acacio!
Démonos en salir priesa.
Salgámonos de esta pieza, (1)
no nos cojan en Palacio.)
ACACIO. (¡De la tardanza me quejo.
Acaba ya, los pies mueve!)
RUFINO. (¡Oh, Bercebú se lo lleve
la mortaja y barboquejo!)

(Vanse, y sale FABIO.)

FABIO. ¿Qué ruido es éste, di?
PRÍNCIPE. ¡Oh, si hubieras aquí estado!
Que ha sido cuento extremado
lo que me ha pasado aquí.
FABIO. ¿Cómo te fué con los muertos?

(1) El original dice: "como aquéste que hace acá".

(1) Vuelve la rima imperfecta en "priesa" y "pieza".

PRÍNCIPE. Van de aquí atemorizados
y muy bien apaleados,
y casi del todo muertos.
Que en pláticas se pusieron,
y como atento escuchaba,
que yo en el infierno estaba
a dos por tres me dijeron.
Y no pudiendo sufrillo,
los cargué de muchos palos.

FABIO. Por cierto, honrados regalos
les has dado por decillo.

PRÍNCIPE. Fabio, de hambre me muero.

FABIO. Pues, vámonos a comer.
Yo voy la mesa a poner
cual viento o gamo ligero.

(Vanse, y salen LEONIDO *y el* CONDE.)

CONDE. ¿Qué te parece el extremo
en que de nuevo ahora da
tu hermano, señor?

LEONIDO. Que va
la vida acabando temo.
Que pues no quiere comer,
¿qué se puede presumir
mas de que acaba el vivir
presto?

CONDE. Aqueso ha de ser.
Y aun para mí es lo más cierto
bravo caso en lo que da,
que dice que muerto está,
y que no ha de comer muerto.

LEONIDO. Por mi padre, al fin, me pesa,
que me lastima su pena,
aunque me causa más pena
no haber visto a la Duquesa,
que con la priesa y la grita,
no hemos tenido lugar
para poderla hablar,
y me da pena infinita.
Que como mi corazón
está encendido cual fragua,
y ella sola sirve de agua
para apagar mi pasión,
en tanto que no la veo,
el ardor apriesa crece
y que se aumenta parece
con el fuego del deseo.

CONDE. Vesla; a tu contento sale,
cual si fuera otra sirena.

(Sale ROSILENA.)

LEONIDO. ¡Oh, mi bien; de gloria llena
está el alma!

ROSILENA. Nada vale
conmigo ese cumplimiento.
Que ya no me quieres ver.

LEONIDO. ¡Mi bien, no ha podido ser!

ROSILENA. Mas creo mudas de intento.

LEONIDO. No quiero que digas tal,
ni se presuma de mí
que el alma dentro de sí,
cual prenda de tal caudal,
en lo íntimo te encierra
que como a prenda subida
en el lugar de la vida
con dos mil llaves le encierra.
Ya sabes la ocupación
que tenemos con mi hermano.

ROSILENA. Mi Infante, ya sé que es llano,
y que tenéis gran razón.
Basta, mi bien; ya no más.
Quíteseos aquese enojo.

LEONIDO. Alma, no tengo yo enojo
cuando tú presente estás.
¿Qué? ¿Hay mayor gloria que verte
ni mayor bien que gozarte?
¿Hay más pena que olvidarte
ni más gusto que quererte?
No tengo yo mayor gloria
que asistir en tu presencia.

CONDE. ¡Buena está la competencia!
No te canses la memoria.
Yo te prometo, señora,
que con exceso te quiere:
con tu ausencia sé que muere,
y por tu presencia llora.

ROSILENA. Muy bien me guardáis la ley.
Escuchadme claro, Infante.

CONDE. No paséis más adelante,
señores, que viene el Rey.

LEONIDO. Pues aquí nos apartemos,
y habla tú con él, Conde.

CONDE. Bien está.

LEONIDO. Y sea adonde
cuanto hablare le escuchemos.

(Apártanse a un lado LEONIDO *y* ROSILENA, *y sale el* REY *y ve al Conde.)*

REY. ¡No sé en qué ha de parar
aquesta extraña caída,
y esta mi cansada vida
no sé cuándo ha de acabar!
Conde, decid: ¿qué os parece
del nuevo extremo en que da
el Príncipe, porque ya
en su mal se desvanece?

Con uno y con otro lucho;
dame pena la licencia
que al Infante, en tu presencia,
le di, porque puede mucho.
Que el trato y conversación
es al pecho helado fuego,
y con turbado sosiego
va quemando el corazón.

CONDE. Digo que tienes razón;
pero vive descuidado
de lo que tiene jurado
el Infante.

REY. Una invención
me ha ocurrido a la memoria,
con que mi pena aseguro,
que ha de ser cual fuerte muro
para asegurar mi gloria.
Y es que pretendo casarme
con la Duquesa sin falta,
y sólo tu voto falta
para poder desposarme.
Y con esto quietaré
al Príncipe y al Infante,
y quitada de delante,
mi pecho aseguraré.

CONDE. (¡Aquí es donde entra la ciencia
y el hacer por un amigo!)
Advierte a lo que te digo,
señor, si me das licencia.

REY. Dilo, que yo te la doy.

CONDE. Pues ya me la has concedido,
digo que soy su marido
de la Duquesa, y que estoy
tres años ha desposado
con ella, aunque de secreto.

LEONIDO. Pues, sin guardarme el respeto,
di, traidora, ¿te has casado?
¿Es como el Conde lo dice?

ROSILENA. (Quiero probar al Infante
por sólo ver su semblante.)
El Conde la verdad dice,
que estoy casada con él,
como dice, de secreto,
y que es verdad te prometo.

LEONIDO. ¿Qué? ¿Así lo dices, cruel?

ROSILENA. Sí, señor; sí, estoy casada;
y aun, Infante, agora temo...

LEONIDO. ¿Qué temes, traidora?

ROSILENA. Temo...

LEONIDO. ¿Qué temes?

ROSILENA. Que estoy preñada.

LEONIDO. ¡Oh, falsa! ¿Que ansí lo dices?
Pero bien es que lo digas,
y que añadas más fatigas
para que me martirices.
Mas, di: ¿por qué me engañaste,
cuando mía te fingías,
y por qué a las quejas mías
tan de veras te ablandaste?
Pero yo mataré al Conde,
quitándotele delante,
porque al desdichado Infante
tan mal su fe corresponde.
Y a ti, falsa Rosilena,
que cuando apretada fuiste,
de las manos te saliste
como puñado de arena,
ingrata, yo te haré...

REY. Conde, por esto lo hacía,
que mi edad, helada y fría,
no pide mujer le dé.
Goza, Conde, de tu amor,
pues tan a cuento te vino,
que te cases determino.

CONDE. Bésoos los pies, mi señor.
Pero hasta que esté sano
el Príncipe, esto se quede;
que después hacerse puede.

REY. Todo lo dejo en tu mano,
y adiós, pues ya [me] voy quieto
de la pena que me daba
lo que mi muerte causaba,
y salí de aqueste aprieto.

(*Vase el* REY.)

CONDE. (¡Esta invención buena fué,
con que le quité esta pieza!)

LEONIDO. ¡Infame, aquesa cabeza
de tus hombros quitaré!

CONDE. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?
¡Por Dios, que es muy buena zarza!
Pues, ¿por quitalle esta garza
de las manos a un neblí,
me ofreces aquese pago?

LEONIDO. ¡Calla, traidor lisonjero,
que con la piel de cordero
haces de lobo el estrago!
Si con ella estás casado,
traidor, ¿por qué me vendías?
¿Por qué mi fuego encendías
y me traías engañado?
Da disculpa, oírte quiero,
que no te pienso matar
hasta oírte disculpar.
¿Y te ríes, lobo fiero?

CONDE. ¿No es muy bueno que la traza

que, como amigo de ley,
di para quitalle al Rey
de las manos esta caza,
de aquesta suerte agradece?
Pero quien se puso a tal
es digno de cualquier mal
y cualquier pena merece.
A lo que hoy por ti se ha hecho
tu agradecerlo me agrada.

LEONIDO. ¡Traidor! ¿Tiénesla preñada,
y he de agradecer lo hecho?

CONDE. Escúchame un poco, Infante.
Si yo casado estuviera,
tu destierro no impidiera:
pon aquesto por delante,
y verás que son quimeras
las que en este caso haces,
y pues no te satisfaces,
ya yo me enojo de veras.

ROSILENA. Y dime, Infante y señor:
¿Crees, si tuviera marido
que en mi casa recibido
te hubiera y mostrado amor?

CONDE. Quieta un poco tu pecho,
porque es razón que se haga,
por ser tan buena la paga
lo que con nadie se ha hecho.
Esta es la prueba mayor,
quiérote satisfacer.
¡Ea, abraza a mi mujer,
Infante, hazla el amor!
Con ella esta noche duerme;
muy bien puedes acetallo.
Mi señora, id a gozallo:
el cuerno podéis ponerme.
Gozaos y tomá placer,
muy bien podéis festejalla,
que el paciente quedo calla,
lo quiere a sus ojos ver.

ROSILENA. Yo quiero abrir el camino
y la vergüenza quitalle.
Alto, yo voy a abrazalle.—
¡Mi gloria y gusto divino!

LEONIDO. ¡Que estoy muy avergonzado,
y, por tu vida, corrido!

ROSILENA. ¡Infante, ésta buena ha sido!

LEONIDO. ¡Muy bueno me habéis parado!
Y tú, amigo fiel, perdona,
que si yo fuera discreto,
no te pusiera en aprieto,
pues que tu amistad te abona.

CONDE. ¿Eso vienes a decir?
¿Ya mi amigo te confiesas?
Ea, que son cosas esas
que no se pueden sufrir.
Recibe, Infante, estos brazos,
pues que a los tuyos se ajustan,
que verse cual se ven gustan,
aunque estén hechos pedazos.

ROSILENA. Digo, a fe, que ha estado buena
la tragantona que has hecho.

LEONIDO. Sí, mas lastólo mi pecho,
que aún no está libre de pena.

CONDE. ¡Bravo gusto tenéis hoy!
¡Bien al deseo responde!

LEONIDO. ¿No es grande bellaco el Conde,
Duquesa?

ROSILENA. El voto le doy.
Dando luz a los sentidos,
digo, Conde, que me améis.

CONDE. ¡Bravo contento tenéis
de tener cuatro maridos!

ROSILENA. ¿Cómo así?

CONDE. Príncipe y Rey,
y al Conde que está delante,
y aqueste señor Infante,
pero guardaos de la ley.
Que suelen encorozar
a quien dos veces se casa,
mas vos doblastes la tasa,
por cuatro os han de sacar.

LEONIDO. Dice bien, ¡por vida mía!,
que en aqueso has de parar,
y a todos nos has de dar,
mi señora, un muy buen día.

ROSILENA. Y qué tal dárosle pienso
cuando mi mano os entregue,
aunque será gozo leve.

LEONIDO. Antes será gozo inmenso.
¿Quién, mi bien, ha de ser parte
para apartarte de mí?

ROSILENA. Para apartarme de ti
nadie, entiendo, será parte.
No lo será tierra y cielo,
ni la tempestad del mar.

LEONIDO. No nos podrán apartar
el aire, el calor y el hielo.
¿Quién te ha de olvidar, amores?

ROSILENA. ¿Quién, mi bien, te ha de olvidar?

LEONIDO. ¿Quién me ha de poder mudar?

CONDE. ¡Bravos deshollinadores!
Cielo ni tierra dejáis,
y no está nada seguro,
aunque sea diamante duro,
que todo no lo abrasáis.

LEONIDO. Pues de nuevo juro agora

de ser vuestro amado esposo.
ROSILENA. Infante amado, mi gozo (1)
con gran gusto se mejora.
LEONIDO. Nadie se ponga delante;
que a los nueve de la fama
los abrasará la llama
de mi pecho rutilante.
Que va mi pecho acerado
y no teme furia humana,
porque los montes allana
el pequeño dios vendado.
CONDE. Bravamente te aderezas,
y para mí es caso llano
que piensas que, cual tu hermano,
te han nacido dos cabezas.
Un poquito te reporta,
si es que la luna está llena,
que suele dar larga pena
siempre la gloria más corta.
LEONIDO. Conde, déjame alegrar
y déjame que dé voces,
pues que tan bien me conoces.
CONDE. Por mí bien las puedes dar.
Mas témome que estos días,
con las amorosas piezas,
suelen nacer más cabezas
que Libia produce harpías.
LEONIDO. Ya estoy harto de llorar.
ROSILENA. Deja, Conde, que se alegre.
CONDE. Vaya, que al venir el pebre,
verás lo que ha de costar.
LEONIDO. Déjate, Conde, de aqueso,
que mal fin no puede haber,
ni lo consiente tener
tan venturoso suceso.
[CONDE.] Y vámanos a mi cuarto,
o a mis dos maravedís,
que, según juntos venís,
os sobrará sitio harto.

JORNADA TERCERA

(*Salen* FABIO *y el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. Fabio, ¿no traes la comida?
Porque de hambre me caigo.
FABIO. Ya, mi señor; ya la traigo.
Que ya estará apercebida.
PRÍNCIPE. Pues ve por ella al momento,
que para comer espero.
FABIO. Parto cual gamo ligero.

(*Va por la comida.*)

PRÍNCIPE. Pues la vuelta, cual el viento.—
Muy acosado me tiene
este oficio de fingir.
Fabio, ¿cuándo has de venir?
Pero ¿qué digo? Ya viene.

(*Sale* FABIO *con la comida.*)

¡Ah, gloria a Dios, que ha llegado!
FABIO. Príncipe, ya yo he venido
y la comida he traído.
Pienso que no me he tardado.
PRÍNCIPE. Nunca el comer viene tarde.
Sácame bien de comer,
que en tanto yo quiero hacer
de mi pensamiento alarde.

(*Siéntase el* PRÍNCIPE, *y* FABIO *hinca una rodilla en el suelo.*)

Ya mi padre está hablando,
y entiendo que la Duquesa
por mujer darme profesa,
que es lo que estoy deseando.
Y el Infante ha de quedar
fuera de ser escogido,
que yo he de ser su marido.
FABIO. Sí, señor; no hay que dudar.
Y tu mal así se cura;
por mujer te la dará,
y con eso cesará
mi cansancio y tu locura.
PRÍNCIPE. Mas, ¿viste qué conmovidos
los tengo a lástima a todos?
FABIO. ¡Y por qué galanos modos
los traes, señor, afligidos!
Sólo me pesa del Rey.
PRÍNCIPE. Que laste, pues yo padezco
lo que por mí no merezco,
y hizo la injusta ley.
¡Qué bien que los embobé,
por esto y por lo galano,
al Conde y al falso hermano
que así me quiebra la fe!
Mas yo le dejaré a escuras
de aquel su falso deseo.
FABIO. Paréceme que te veo
hacer de nuevo locuras.
PRÍNCIPE. ¿Viste qué a pechos lo tomo

(1) Rima imperfecta "esposo" y "gozo".

y cuál les hago creer
que no he de poder comer
y agora a dos manos como?

FABIO. Bien puedes, y a dos carrillos,
sin que nada te dé pena.

PRÍNCIPE. Parece que gente suena.

FABIO. ¡Va de invención y gestillos!

(*Sale el* REY *solo.*)

REY. Hijo, ¿das en tu locura?
¿Qué?, ¿comer no has de querer?

PRÍNCIPE. ¿Cómo ha de poder comer
el que está en la sepoltura?

FABIO. Esto mesmo me responde
cuando de comer le doy,
y por momentos le estoy
importunando.

REY. Responde.

PRÍNCIPE. ¿Qué he de comer, inhumano,
si lo que me daba vida,
y era del alma comida,
se lo entregaste a mi hermano?
Si me quitaste el sustento,
¿por qué de comer me ofreces?
¿Del cuerpo te compadeces
y das al alma tormento?
Remedia el alma primero,
que es la primera en la pena;
deshaz, deshaz la cadena
de esta prisión por quien muero.
Ya que estoy puesto de lodo,
¿con comer piensas sanarme?
Sólo pudieras curarme
en que comiera de todo.
Pero aquesa mano ingrata,
como se ve, es cosa llana,
que niega lo que me sana
y ofrece lo que me mata.
¿Cómo se puede creer
que a solo un hijo que tienes,
que hereda tu cetro y bienes,
des rejalgar a comer?

REY. (¡Qué entero está en su dolor!)
Hijo, advierte a lo que digo.

PRÍNCIPE. Tú no quieres paz conmigo,
pues que me matas, señor.

REY. Antes procuro tu vida,
hijo, si das en el punto.

PRÍNCIPE. Muy mal vivirá un difunto.
Esto ya es cosa sabida.

REY. Advierte a lo que te digo.

PRÍNCIPE. ¿Cómo en tan vanos conciertos
me aplicas remedios muertos
y nunca me das el vivo? (1)
Eres médico inhumano,
y aquesta es conclusión clara,
que lo enfermo no repara
y fortalece lo sano.

FABIO. (¡Qué bien sus intentos dice!)

REY. (¡Vive Dios, que me estremece!)

PRÍNCIPE. (¡Que ya se ablanda parece!)

REY. (¡Hace que me atemorice!)
Dime: ¿gustarás de ver
a tu prima la Duquesa?

PRÍNCIPE. ¿Cómo, cómo? ¿Quién es ésa?
(De aquesta suerte ha de ser.
Ya le tengo enternecido.)

REY. Es Rosilena, tu prima.

FABIO. (Tocado le has en la prima,
que cual falsa prima ha sido.
Quiere ese envite y revuelve;
mira no se pase el tiempo,
que si pasa, no habrá tiempo.)

PRÍNCIPE. (Calla, que a tratarlo vuelve.)

REY. Digo, al fin, si gustarás
que a verte tu prima venga.

PRÍNCIPE. Venga, como no revenga
en sus resabios jamás,
que cuando el temple perdió
que a su ser y honor convino,
en su malicia revino
y con mi voz disonó.
Pero venga aquesta vez,
que yo le bajaré el traste
por temor que no se gaste
la prima, si cuerda es.

REY. Yo me voy, y vendrá a verte
de aquí a poco más de un hora.

(*Vase el* REY.)

PRÍNCIPE. Ya mi daño se mejora.
Ya no temo infeliz suerte.
¡Mueran las melancolías,
pues me verá Rosilena!
¡Ya se consumió mi pena!
¡Ya mueren las ansias mías!
Fabio, pues mi amor profesas,
publica esto por el mundo.

FABIO. ¡Hase pasado al profundo
la hidra de las cabezas!

PRÍNCIPE. No hay Infante para mí,
porque no ha nacido Infante
que se me ponga delante,
pues que tal palabra oí.

---

(1) "Vivo" no concierta con "digo".

Háganse mil alegrías
en el fuerte de mi pecho,
pues que tan en mi provecho
resultan las ansias mías.
Alégrense los soldados,
pues que ya el día allegó
que mi mal el cerco halló,
que estaban de mal cercados.
Banderas y gallardetes
se pongan en las almenas,
pues ya acabaron mis penas.

FABIO. Príncipe, ¿en eso te metes?
Habla, si quiés, con lisura
por que yo, si quiés, te entienda.

PRÍNCIPE. Fabio, no me pongas rienda.

FABIO. ¿Ya das en otra locura?
Como de burla empezaste
y te has quedado con ella.

PRÍNCIPE. Fabio, ya de hoy más es bella
mi piedra en mejor engaste.

FABIO. Yo me huelgo de tu bien.

PRÍNCIPE. Vámonos, amigo caro.

FABIO. Sólo en tu gusto reparo.

PRÍNCIPE. Ea, Fabio amigo, ven.

(*Vanse, y salen el* INFANTE *y el* CONDE.)

CONDE. ¡Muy buena ha andado la fiesta!

LEONIDO. Yo te diré que tan buena,
que tuve de Rosilena
la más sabrosa respuesta
que pensé de mi ventura;
que ya me ha dado la mano,
y su pecho, más que humano,
ser mi esposa me asegura.

CONDE. Pues ¿cómo lo has de hacer
sin quebrantar la promesa?

LEONIDO. Muy buena razón es ésa,
Conde, presto lo has de ver.

CONDE. Basta; que en tus trazas solas
con gran gusto te desvelas.

LEONIDO. Yo soy un mar de cautelas,
cuyo efeto son las olas.

CONDE. En efeto, estás contento
que ya se hará tu boda.

LEONIDO. Y se alegra el alma toda
con tan alto casamiento.

CONDE. Mas la hidra, ¿qué dirá,
si sabe tu casamiento?
Con gran disgusto y tormento
por el tuyo comerá.

LEONIDO. De sólo aqueso me pesa
que piensa él que ha de acabar
en solamente pensar
el desdén de la Duquesa.

(*Salen dos* EMBAJADORES *de Polonia con un pliego de cartas.*)

EMBAJ. 1.° Denos los pies tu grandeza
a estos humildes vasallos.

CONDE. (¿No acudes a levantallos?)

LEONIDO. ¿Qué novedad es aquésa?
Dejad esa cirimonia.

EMBAJ. 2.° Reciba tu majestad
esta carta de lealtad
de la ciudad de Polonia,
que ella a ti nos envió
para que el cetro acetases
y que los fueros jurases.

(*Lee la carta* LEONIDO.)

LEONIDO. ¿Qué?, ¿al fin, mi tío murió?
¡El cielo en sí le reciba,
dándole el seguro puerto!

EMBAJ. 1.° Aunque nuestro Rey es muerto,
en pie está su imagen viva;
que como a tal te queremos
y así te reverenciamos,
y como señor te amamos,
pues por señor te tenemos.
Que ansí lo mandó tu tío
que el reino rey te jurase
y como a rey te llamase;
cumple su mandato pío.

LEONIDO. No menos amor os tengo
por el que mostrado habéis
que a mi tío le tenéis,
como porque a reinar vengo.
Y ansí, os prometo contino
de seros afable y pío,
y que el orden de mi tío
seguiré cual su sobrino.
Y que os guardaré las leyes,
estableciendo los fueros
de mis pasados primeros
y predecesores reyes.
Y a descansar os iréis
mientras que el despacho hago,
que habéis de ver cómo pago
el amor que me tenéis.

(*Vanse los* EMBAJADORES.)

CONDE. Deme las manos tu alteza,
que de besárselas tengo.

LEONIDO. En eso, Conde, no vengo.
Cubre, amigo, la cabeza.

CONDE. No, no; que estoy ante el Rey;
que ya murió el ser Infante,
y estar cubierto delante
no lo consiente la ley.

LEONIDO. Basta, amigo, que me corro,
y por sola tu amistad,
la corona y majestad
de mi pensamiento borro.
Acabemos, cúbrete.

CONDE. Basta mandarlo tu alteza.

LEONIDO. Aquesa honrada cabeza
bien es que cubierta esté.
¿No ves cómo hablo ya grave?
Ya sé hablar como rey.

CONDE. Y es razón y justa ley.

LEONIDO. En nuestra amistad no cabe.
Ya de nada tengo pena,
que pues en Polonia reino,
cuando me vaya a mi reino
me llevaré a Rosilena.
Y usando de aqueste medio,
lo que acá no lo tenía,
saliendo agora de Hungría
tendrá por fuerza remedio.

CONDE. Tu majestad dice bien.

LEONIDO. No más, Conde; bueno estad.
No me llames majestad,
amigo, trátame bien.
Mas ya la Duquesa viene.
Disimula por tu fe,
y verás que la haré
una burla muy solene.

(*Sale* ROSILENA *sola.*)

ROSILENA. Ver quiero al rey de mi alma,
que es el que en mi pecho reina,
que pues en amar soy reina,
quiero gozar de la palma.
Ea, mi rey, abrazá
a aquesta sierva rendida.
¡Yo os abrazaré, mi vida!

LEONIDO. ¿Cómo, cómo? Espera allá.

CONDE. ¿No ves que se ha mudado
con aqueste nuevo oficio?

ROSILENA. Ya sé que hablas de vicio.
¿Cómo no me has abrazado?

LEONIDO. Desvíate allá, mujer.

CONDE. ¿No os lo dije yo, señora?

ROSILENA. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Dentro de un hora
has mudado parecer?
¡Falso! ¿Qué?, ¿no me conoces?
¿A quién me podré quejar?

LEONIDO. Conde, hacelda callar.
Váyase fuera a dar voces.

ROSILENA. Ya sientes la diferencia
de mandar a ser mandado.
Como no estabas mostrado
te ensanchas con la potencia.
¡Ah, falso, cruel, aleve!
¡Ah, traidor, que me has negado!
¡Oh, cómo te ha mudado
el cetro y corona leve!
Pero no es sino pesada,
pues no la puedes llevar,
que te ha podido mudar
una corona nonada.
Si a mí cetro me moviera,
satisfecho estás, cruel,
que estuviera ya con él
y que casada estuviera.
Pero hice fundamento
en sola tu voluntad,
no pensando tu maldad,
y fué torre, al fin, de viento.
En el aire edifiqué,
por levantarte a las nubes,
mas ya veo que te subes
más alto que el clavo hinqué.
Mas, ¿quién, tirano, creyera
que la palabra que diste,
y por bronce me vendiste,
fuera más fácil que cera?

LEONIDO. Duquesa, quiero pagarte
en esto que quiero hacer:
si me quieres complacer,
de mi mano he de casarte.
Casaréte con el Conde,
que es mi cercano pariente,
y él lo hará llanamente
si con mi gusto responde.

ROSILENA. ¿Soy yo güérfana perdida?
¿Has algo de mí alcanzado
que me das a tu criado
por tapar mi mala vida?
¿Llevaste de mí algún gaje?
¿Gozásteme a mí primero
que, cual pelón caballero,
me has entregado a tu paje?

CONDE. Señora, mira que es Rey,
y no es bien que ansí le trates,
que aquesos son disparates.

ROSILENA. No lo es, pues me guarda ley.
Por ti puedes tú volver,
que, como güeso roído,
te me daban por marido;
mas déjame tú hacer.

LEONIDO. Pues veamos qué hacer piensas.
ROSILENA. ¿Aún me respondes, tirano?
Tú verás cuán presto allano
esas entrañas intensas.
LEONIDO. Señora, tu gusto hiciera;
pero témome si adviertes...
ROSILENA. ¿Qué temes? ¿En qué diviertes
la lengua, que el alma espera?
LEONIDO. Contigo fuera casado,
sino que, señora, temo...
ROSILENA. ¿Qué temes?
LEONIDO. Señora, temo...
ROSILENA. ¿Qué? Dilo.
LEONIDO. Que estoy preñado.
CONDE. (Muy bien; por los mismos filos
se ha bien vengado el infante.)
LEONIDO. Ha sido traza importante
para usar de sus estilos.—
Dame, mi vida, esos brazos
y ese pecho tuyo enlaza.
¿Cómo, mi bien, no me abraza?
Pues yo os daré mil abrazos,
yo os quitaré la vergüenza,
que ya yo os quiero abrazar.
CONDE. Ea, acaba de llegar
y de abrazarla comienza.
Por Dios, que se vengó aposta;
acordó de la pasada.
ROSILENA. Sí; pero ha sido pesada,
y ha sido bien a mi costa;
y a fe que estoy tan corrida,
que no acierto hablar palabra.
LEONIDO. Ea, pues, los brazos abra
para mi bien de mi vida.
CONDE. ¡Esto, pesia tal, es bueno!
¿Tal, Infante, has de hacer
ante mí y con mi mujer?
LEONIDO. ¡Bien, a fe!
ROSILENA. ¡Por mi fe, bueno!
Ya tiene razón el Conde,
que es hacelle mucho agravio.
Conde, como cuerdo y sabio,
disimula.
CONDE. Eso responde.
Pero pues así ha de ser,
quiero mirar y callar
y a cuanto viere, prestar
orejas de mercader.
LEONIDO. ¿Qué hay, lumbre de aquestos ojos?
ROSILENA. Serviros, bien de mi vida.
CONDE. Muy bien enmiendas la vida.
¿Ya pasaron los enojos?
LEONIDO. ¿Qué enojo puede durar
estando mi bien delante?
ROSILENA. Donde estuviere el Infante
el enojo ha de cesar.
LEONIDO. Mi gloria, mi bien, mi alma,
mi contento y alegría.
ROSILENA. Vida de esta vida mía,
de quien llevastes la palma.
LEONIDO. Muy grande gloria recibo
de estar junto aquese cielo.
CONDE. Y yo, señores, recelo
que de aquí no saldré vivo.
Que si mi misma mujer,
que ha de conservar mi honra,
ésa misma me deshonra,
mirad lo que debo hacer.
ROSILENA. Paso, Infante, que el Rey viene.
CONDE. Así, pues, dadme mi prenda;
Infante, dadme mi hacienda.
¿Qué en dármela se detiene?
Llegó la restitución,
y agora haréis penitencia
de vuestra grande insolencia.
LEONIDO. ¿Es vaya, o cordeles son?
CONDE. Más tormento de cordel
me parece que pasáis.
Al fin, qué, ¿me la entregáis?—
Y vos qué, ¿os apartáis dél?—
Ya de entrambos me he vengado
satisfaciendo mi gusto;
de mi ofensa bien al justo
estoy a gusto pagado.

(*Sale el* REY.)

REY. Huélgome, Conde, de hallaros
en ocasión tan gustosa,
porque para cierta cosa
ando todo hoy a buscaros.
CONDE. Pues ¿qué me manda tu alteza?
que lo haré con gran cuidado.
REY. Nunca menos he pensado,
Conde, de vuestra nobleza,
y en un negocio de tomo
me habéis de hacer un servicio.
CONDE. A tu gusto estoy propicio;
mas dime lo que es y cómo.
REY. Pues no os habéis de enojar
por lo que pediros quiero.
CONDE. Por la fe de caballero,
señor, que me haces dudar.
¿Cuándo cosa me mandaste
que de tu servicio fuese
que yo, señor, no la hiciese
ni en él jamás me ocupaste

que no conociese yo,
como vasallo de ley,
que eras, mi señor, el Rey
y tu gusto se cumplió?
No más suspenso me tengas.
Sácame de aquesta pena,
pues que está el alma tan llena
en ver que ansí te detengas.

REY. Aqueso es más obligarme,
Conde, añadiendo de nuevo
más a lo mucho que os debo.

CONDE. Como Rey, puedes mandarme.

REY. Digo, pues, si es útil cosa,
y que gustáis de la hacer,
que quiero que vaya a ver
al Príncipe vuestra esposa;
porque gustará de verla,
y alegrarse, cosa es llana.

CONDE. Mi señor, de buena gana
doy la palabra por ella;
mas para tan fácil cosa
¿haces tantas prevenciones,
sabiendo que tus pasiones
son mías y de mi esposa?

LEONIDO. (¡Oh, qué fácil que la ofreces!
Como a ti nada te cuesta.)

CONDE. (Pregunto: ¿qué ocasión ésta
para no dalla mil veces?
Y pues ya mi esposa es,
como para el Rey es llano,
no me vayas a la mano.)

LEONIDO. (Alto; yo callaré, pues.)

REY. Pues si ha de ser, sea luego,
y hágase esta visita,
porque la vida me quita
ver en él poco sosiego.

LEONIDO. (Y a mí la vida y el alma,
Rey, sin pensar, me la quitas
con tus trazas tan malditas,
y al Príncipe das la palma.)

REY. Y a vos, señora Duquesa,
pues que gusta vuestro esposo,
dalde al Príncipe este gozo, (1)
y no os pese, si ya os pesa.

ROSILENA. Señor; cuando no gustara
mi esposo de que lo hiciera,
digo que yo mesma fuera,
que el servirte a ti bastara.

REY. ¡Oh! Gocéisos largos años
y con prosperada vida,
que en voluntad tan unida
Infante, me estoy riendo.

LEONIDO. Pues yo me estoy deshaciendo
de verte tanto hablar
muy bien de hacienda ajena,
y con gusto se dispensa,
como que mi pena inmensa
no te diese, Conde, pena.
Digo que estoy enojado
de lo que haces con mi padre.
Fué dar del pan del compadre
buen pedazo al ahijado.

CONDE. ¿Querías tú que lo negara
y que por fuerza lo hiciera
tu padre, y que a una frontera
por eso me desterrara?
¡Cuánto mejor es que esté
encubierto ansí tu enredo!
No te cause aquesto miedo,
que dél yo te sacaré.
No hay de qué tener sospecha,
pues es tuya la Duquesa.

LEONIDO. Que aqueso digas, me pesa.
De nada tengo sospecha,
jamás puede haber engaños.
Y quedaos, que ya me voy
a darle la alegre nueva
al Príncipe, que es bien nueva
para él. Con gusto voy.

(*Vase el* REY.)

CONDE. De cómo te hice callar,
que aqueste cielo sereno
quien le ha de poder curar
y no se puede anublar,
está de mil luces lleno.
Y ansí a mi pecho le alcanza
gran parte de su firmeza,
porque en esta larga empresa (1)
estoy firme en la esperanza.

ROSILENA. Señores, voy a cumplir
lo que el Conde concertó
y lo que el Rey me mandó.

LEONIDO. ¿Cómo? ¿Que te quieres ir?

ROSILENA. Va el cuerpo y el alma queda
en tu firme voluntad,
prisión de mi libertad,
adonde está firme y queda.

LEONIDO. Abrázame y vete, adiós,
y mi fe os encomiendo.

(1) Como antes, riman "esposo" y "gozo".

(1) También aquí hace el poeta rimar "firmeza" con "empresa".

ROSILENA. Infante, que ya os entiendo.

(Vase.)

CONDE. (Muy bien se entienden los dos.)
LEONIDO. Escurézcase ya el día,
pues que le falta la lumbre;
el sol cese su costumbre
y llore el ausencia mía.
Cúbranse de negro luto
los márgenes de la mar,
y, ayudándome a llorar,
den a la tierra tributo.
Cúbrase de negras nubes
ese cristalino cielo,
escureciéndose el cielo.
CONDE. Como tan alto te subes,
a llorar lamentaciones
te llevaré el jueves santo.
Infante, no llores tanto;
no de aquesto te apasiones,
y vamos a prevenir
lo que ha de ser tu partida,
y no te acabes la vida
si es que a Polonia has de ir.

(Vanse, y salen el PRÍNCIPE *y* FABIO.)

PRÍNCIPE. Sí, Fabio, en aqueste punto
me dió el Rey las buenas nuevas.
FABIO. Hoy el corazón renuevas;
todo el bien te viene junto.
PRÍNCIPE. Como vino todo el mal
junto, el bien junto viene,
que aquesa regla se tiene
por muy cierta y especial.
FABIO. ¿Y en seso piensas hablalla,
o has de fingir tus locuras?
PRÍNCIPE. Matarme, Fabio, procuras.
¿Cual loco había de hablalla?
Aunque no lo tendría a poco,
que en su divina presencia
pueda hacer yo resistencia
a no estar de gozo loco.
Pero, al fin, le contaré
todo el suceso fingido,
cuyo autor fué el dios Cupido
favoreciendo a mi fe.
Bien que a ella me consagro
sin que mis gustos lo atajen;
imposible es que su imagen
deje en mí de hacer milagro;
porque es conclusión muy llana
que a las divinas deidades
las humildes voluntades
ofrecidas las humana.
Ya viene el altar que adoro,
que es la hermosa Rosilena;
ya facilita mi pena
la gloria de mi tesoro.

(Sale ROSILENA.)

ROSILENA. (Aquí fingir me conviene,
para salir con mi intento,
mostrando el rostro contento.)
PRÍNCIPE. (Derecha hacia mí se viene.)
¡Ay, gloria del alma mía!
¡Ay, tormento de mi gloria,
descanso de mi memoria!
¡Ay, pena de mi alegría!
¡Ay, tormento desigual,
llama que mata mi fuego!
¡Ay, hielo que abrasa luego,
cera blanda y pedernal;
peña fiera empedernida,
veleta mudable al viento,
duro canto en movimiento,
para remediar mi vida!
ROSILENA. Paso, señor, que me acabas.
Mi bien..................... (1)
PRÍNCIPE. Bien merecen tal renombre
esas tus entrañas bravas.
ROSILENA. ¿Cómo? ¿Eres tú, mi gloria?
¿No eres el que yo he querido,
aquél que contino ha sido
escogido en mi memoria?
Digo que nadie ha llegado,
en este afligido pecho,
a tomar el sitio estrecho,
cual tú, Príncipe, has tomado.
PRÍNCIPE. ¿Es posible que merezco
verte mover esos labios?
¿Que has perdido los resabios
por quien este mal padezco?
Auméntese el alegría
y consúmase mi pena.
De gozo está el alma llena,
pues tu fe salud envía.
¿Eras tú la que antes eras;
por quien fingí estos enredos;
que causaron tantos miedos
a mi padre mis quimeras?
ROSILENA. ¿Cómo? ¿Que de burla ha sido
lo que es la melancolía?
PRÍNCIPE. Sí, por vida tuya y mía,
y todo ha sido fingido.

(1) Falta en el original lo demás del verso.

Que todo aquello fingí,
porque así te me entregasen
y contigo me casasen,
como te lo digo a ti.
Y muy bien lo pude hacer
por ser de Fabio ayudado.

ROSILENA. ¿Y todo el tiempo pasado
te has estado sin comer?

PRÍNCIPE. Que no, no, señora mía.
¿Cómo pudiera pasar?
¿Sin comer me había de estar?
Muy bien como y bien comía,
que Fabio, dando la traza,
me traía secretamente
de comer, que es muy prudente,
con secreto, de la plaza.

ROSILENA. Con discreción lo fingías.
¡Qué bien lo disimulabas!
¡Bravas palabras hablabas
allá en tus melancolías!
Mucho, mi Príncipe, debo
a tan levantado intento.

PRÍNCIPE. Todo es nada, todo es viento
para lo que a tu amor debo.
¿Cómo, mi bien? ¿Que eres mía?

ROSILENA. Que soy tuya y lo seré,
y no faltará mi fe.

PRÍNCIPE. Ya enmudezco de alegría;
mas ya estoy de gozo loco,
y en estarlo nada hago.
¡Qué mal a tu fe le pago
cuando el bien siento tan poco!

ROSILENA. Mi gloria, quiérote cuerdo,
porque en sólo aqueso estriba
estar a tu gusto viva.
Ya en tus malicias recuerdo
de tu invención engañada;
recuerdo, a ver tu malicia,
por la divina justicia
de ti me he de ver vengada.

PRÍNCIPE. ¿Qué dices?

ROSILENA. Príncipe, digo
que sola una hora de vida
esta, tu esclava rendida,
no tendrá si no es contigo.
(Tú me pagarás lo hecho.)

PRÍNCIPE. ¿Cómo, Duquesa, qué dices?

ROSILENA. Considero los matices
que diste al pasado hecho.

FABIO. El Rey viene.

ROSILENA. A coyuntura.

FABIO. Ya viene entrando acá dentro.

ROSILENA. Pues salgámosle al encuentro.
(¡Cómo el falso se mesura!)

(*Sale el* REY.)

REY. ¿Cómo va, sobrina cara?
¿Está el enfermo mejor?

ROSILENA. Algún tanto, mi señor.

FABIO. Muy bien se le ve en la cara.

REY. Pues, Príncipe, ¿cómo estáis?
¿Vaos mejor con la visita?

ROSILENA. (Si que es un alma bendita.)

REY. Príncipe, ¿qué, no me habláis?

ROSILENA. (Antes habías de venir,
viérasle cual papagayo.)

FABIO. (De risa, en verle, me cayo.)

ROSILENA. (¡Oh, cómo sabe fingir!)

REY. Está de tristeza lleno.

PRÍNCIPE. (Di que he dicho que me casen
contigo, y mi bien notasen,
y que luego estaré bueno.)

ROSILENA. (Mejor es que te recojas
y déjame sola aquí,
que el Rey lo hará por mí.)

REY. Hijo, olvida esas congojas
y olvidarás esa pena.

PRÍNCIPE. Ya, señores, quiero hacer,
y agora voy a comer.

ROSILENA. (Ya mi traza sale buena.)

(*Vase el* PRÍNCIPE, *y salen el* CONDE *y* LEONIDO.)

CONDE. ¿Cómo al Príncipe le va,
mi señor, con la visita?

REY. Algún tanto se le quita
el mal, y mejor está.
La duquesa Rosilena,
en cuanto ponga la mano,
le dejará bueno y sano
y sacará almas de pena.

LEONIDO. Bula te hacen de difuntos;
mas no me espanto, señora,
que si el Príncipe te adora
note todos esos puntos.

CONDE. (El viejo su chiculío
arroja como los mozos
que les apuntan los bozos.
De su vejez no me fío.)

REY. ¿Quién son los que de camino
entran agora en palacio?

FABIO. Señor, el uno es Acacio
y al otro llaman Rufino,
los dos muertos que fingieron
estar cuando los mandaste.

(*Salen* ACACIO *y* RUFINO, *de camino.*)

REY. Pues, Rufino, ¿acaso vaste?

RUFINO. Señor, sí.
REY. ¿Por qué?
RUFINO. Quisieron
muy de veras enterrarnos;
porque el Príncipe mandó
a Fabio, que lo ordenó,
que viniesen a embarrarnos.
ACACIO. Muy mucho, Fabio, os debemos.
FABIO. ¿Cómo así?
ACACIO. Porque contastes
cuanto trazado dejastes.
FABIO. Paso, pues, no hagáis extremos.
ACACIO. El Príncipe allí nos dijo
muy despacio la invención,
y que era muy gran traición,
y matarnos allí quiso. (1)
Al fin, nos mandó ahorcar,
y fuéramos ahorcados
a no ser apresurados
en podernos escapar.
RUFINO. Y a tu majestad venimos
para que nos des licencia,
que habemos de hacer ausencia,
y así, señor, la pedimos.
REY. Fabio, vete tú con esos
y haz eso apaciguar.
FABIO. A mí me los mandó ahorcar.
RUFINO. Mirad qué consuelos esos.
FABIO. Y pues no estáis ahorcados,
agradecerlo podéis.
RUFINO. Muy buen despacho tenéis.
FABIO. Pues yo os doy por perdonados.
REY. Corre, ve, Fabio, con ellos,
y haz eso que yo te mando.
FABIO. Mi señor, yo voy volando.—
Vénganse conmigo ellos.
REY. Yo voy a ver si hay remedio
de hacerle algo comer,
y a que mude parecer
si hay por algún modo medio.

(*Vanse todos, y quedan* LEONIDO *y* ROSILENA *y el* CONDE.)

LEONIDO. ¿De qué, Duquesa, te ríes?
ROSILENA. Ríome, Infante, del loco
que ha querido hacerte el coco.
Porque de tu hermano fíes,
sabrás que ha sido fingido
y es invención cuanto ha hecho,
que él me ha descubierto el pecho.
LEONIDO. Pues cuéntanos cómo ha sido.

(1) No conciertan "dijo" y "quiso".

ROSILENA. Conde, tú primero mira
que el Rey no parezca acaso,
que he de contaros un caso
que aun a mí mesma me admira;
y casi yo no lo creo
con oírlo de su boca,
que estoy de la invención loca.
CONDE. Por todo esto no lo veo.
ROSILENA. Al fin, ¿el Rey no parece?—
Pues digo, caro Leonido,
que me prestes grato oído
porque el cuento lo merece.
Llegué do el Príncipe estaba
y haciendo mi reverencia,
apenas fuí en su presencia
cuando vi que en seso hablaba.
Y como, al fin, soy mujer,
y, al fin, todas nos perdemos
por aquestos dos extremos
de saber y tracender,
fuí dando cordel aprisa
a sus ansiosas razones,
do contaba sus pasiones.
Y yo, con fingida risa,
poco a poco iba sacando
lo que tenía dentro el pecho,
que me fué de harto provecho
el hablarle un poco blando.
Díjome mil discreciones
que, como ha estado callado
y ha tanto que no ha hablado,
declara bien sus pasiones.
Al fin, que yo le engañé
con decir que le adoraba
y que mi alma le amaba,
y aqueso su daño fué;
porque se lo dije apenas,
cuando me descubrió luego
de su pecho todo el fuego.
LEONIDO. ¡Oh, entrañas de maldad llenas!
CONDE. ¿Eso supo hacer aquél?
ROSILENA. Quedaras, Conde, espantado
si estuvieras a mi lado
oyéndole hablar a él.
Que aun yo la mitad no digo
de las cosas que me dijo.
Tornando al cuento prolijo,
díjome lo que ahora digo:
que todo aquello ha fingido
porque con él me casasen
y por suya me entregasen.
LEONIDO. Pues al revés le ha salido,
que hoy has de quedar casada

delante los ojos de ése,
aunque al mesmo Rey le pese,
que invención tengo trazada.
Vete, Duquesa, a tu cuarto
y a que vaya el Conde espera,
y verás de qué manera
de tu congoja te aparto.

ROSILENA. Pues yo voy, y al Conde espero,
que he de cumplir tu mandato.

(*Vase* ROSILENA.)

LEONIDO. Ha de ser con gran recato,
que bravo fin darle espero.
Vamos juntos a adrezar
lo que ha de estar prevenido
para el caso más subido
que se pudo imaginar.
Que ha de ser que te asombres
lo que al Príncipe amenaza,
que tan peregrina traza
jamás la han visto los hombres.

CONDE. Vamos, qué estoy asombrado
de que esa bestia supiese
hacer tal. ¡Que tal hiciese!
Digo que estoy espantado.

(*Vanse, y salen el* PRÍNCIPE *y* FABIO *con una toalla y un plato de plata, y en él la comida.*)

PRÍNCIPE. Fabio, ¿tráesme la comida?

FABIO. Sí, mi señor, aquí está.

PRÍNCIPE. Hubiéraslo dicho ya
y estuviera ya comida.

FABIO. En esa silla te asienta
si quieres esto comer.

PRÍNCIPE. Pues, Fabio, ¿no he de querer?
Quiero, amigo, darte cuenta
de mi conseguida empresa;
que ya mis quejas le ablandan
y las entrañas le mandan
mil gustos a la Duquesa.
Dos mil mercedes me hizo
en la pasada visita.
De fiera y brava, mansita
la vieras.

FABIO. ¿Qué? ¿Aqueso hizo?
Cuéntame más, por tu vida.

PRÍNCIPE. Que está ya humana a mis quejas
y con atentas orejas
oye mi pena crecida.

FABIO. Oye, señor, que el Rey viene.

PRÍNCIPE. ¿A qué peña no moviera
ver mi pena y ansia fiera?—
Tú quieres que te condene.
¿Cómo tengo de comer
si soy de un muerto trasunto?
¿Tú no ves que estoy difunto
y que no lo puedo hacer?

(*Sale el* REY.)

REY. Oyes, Fabio, ¿ha algo comido?

FABIO. Agora se lo rogaba,
y ya a comer empezaba.

REY. ¡Oh, triste viejo afligido!

FABIO. Vete porque no te vea,
y quizá querrá comer.

REY. Yo me voy, que podrá ser.

(*Vase.*)

FABIO. Mucho que comas desea.
¡Qué congojado le tienes!

PRÍNCIPE. Todo aqueso ha de pasar
hasta que me venga a dar
mis más estimados bienes.

FABIO. Ea, pues, señor, ¿no comes?

PRÍNCIPE. ¿Pues no tengo de comer?
Si no como ¿qué he de hacer?

FABIO. Bien es, porque fuerza tomes.

PRÍNCIPE. Al fin, como te decía...
No sé en qué iba mi cuento.

FABIO. En que ya tu pensamiento
al deseo te salía.

(*Salen el* INFANTE *y el* CONDE, *y apártanse a un lado sin que los vea.*)

LEONIDO. (Veamos, Conde, si aquéste
lleva al cabo su afición.—
¡Oh, hideputa, ladrón,
cómo come!)

CONDE. (¡Oh, mala peste!)

PRÍNCIPE. Digo, pues, Fabio, que fué
muy blanda y muy conmovida,
y a mi amor ya muy rendida
desde que se lo conté.
Porque le conté mi mal,
y ella sus gustos contóme.

LEONIDO. (Conde, ¿no ves cómo come?)

CONDE. (¡Que esto supo este animal!)

FABIO. Al fin, ¿qué te respondió?
¿Que tu mal remediaría?

LEONIDO. (Este es el que no comía.)

PRÍNCIPE. Y grande amor me mostró,
mostrando agradecimiento
a lo que por ella he hecho.

CONDE. (¡Oh, hágate mal provecho!)

LEONIDO. (Que comiendo está de asiento.)

CONDE. (Está agora desquitando.
Lo que no quiere no come.)
PRÍNCIPE. Al fin, Fabio, prometióme
de mostrarme el pecho blando.
LEONIDO. (Quiero entrar y estorbarélo.)
CONDE. (Sosiega, señor, el pecho,
porque le haga provecho.)
LEONIDO. (Déjame, conde Marcelo.)
CONDE. (Paso, no hagas ruído,
porque no comerá más.)
LEONIDO. (Creo que fisgando estás.
Harto, Conde, ha ya comido.)

(*Hacen ruido y venlos.*)

FABIO. Tu hermano y el Conde viene.
Señor, sólo este bocado,
por lo que le he importunado
siquiera de hacerlo tiene.
Por la lealtad de mi pecho,
señor, haz lo que te ruego.
LEONIDO. (¡Qué bien lo finges, oh, fuego!)
PRÍNCIPE. Fabio, ya no es de provecho,
que no he de comer bocado.
LEONIDO. No, Fabio, no comerá,
que de penas harto está.
FABIO. Que mi ruego no ha bastado.
LEONIDO. ¡Ah, querido y caro hermano!
FABIO. Señor, tu hermano y el Conde.
LEONIDO. ¡Qué lástima! ¡No responde!
De que no nos ve está llano.
PRÍNCIPE. (¡Traidores, bien os conozco!
¡Bien os conozco, traidores!)
LEONIDO. (Allá con otro esas flores,
que sois, Príncipe, muy tosco. (1)
Bien entenderá él agora
que nos trae embelesados.)
PRÍNCIPE. (Fabio, que están embobados,
y el Infante casi llora.)
LEONIDO. Príncipe, señor, oíd,
y respondedme a concierto.
PRÍNCIPE. ¿Qué ha de responder un muerto?
¡Hola! Las andas asid;
porque estando el alma muerta,
no puede el cuerpo estar vivo,
y la gloria que recibo
tiene esta pena cubierta.
LEONIDO. ¡Oh, qué gran conceto ha dicho!
(Bien pensará el pobre loco
que tengo juicio tan poco
que he de celebrar su dicho.)

CONDE. (Muy buenos los cuatro estamos.)
LEONIDO. (Bien pensará el que nos mira
que creemos su mentira
y de su salud tratamos.)
PRÍNCIPE. Basta que mi pecho entiendas,
(Fabio, bien se disimula.)
LEONIDO. (Conde, ¿no parece mula
quitadas las falsas riendas?
Con la cabeza bajada,
puesta en el pecho la barba,
que piensa que nos adarva
con su intención no pensada.)

(*Salen el* REY *y un criado del* INFANTE.)

REY. Hijos, estéis norabuena.
¿Cómo de visita ha ido?
LEONIDO. A lástima me ha movido
por la tuya, ver su pena.
REY. Fabio, ¿de comer le has dado?
FABIO. Comido ha, pero muy poco.
LEONIDO. Bien puede pasarse un loco,
señor, sin comer bocado.
Que yo leí una vez
que cualquier loco podría
estar sin comer, no un día,
sino cantidad de un mes.
PRÍNCIPE. (Un siglo, por quien Dios es,
te vea yo sin comer,
porque me quieras tener
a mí sin comer un mes.)
LEONIDO. Señor, si me das licencia,
quiérole una cura hacer,
con que en sí pueda volver,
cual verás por experiencia.
Porque los embajadores
que de Polonia vinieron
una receta me dieron
de curar el mal de amores.
Que como su mal supieron
y mi gran pena entendiesen,
y a lástima se moviesen,
esta receta me dieron.
Vase por cursos curando,
por sinos, compás, planetas.
FABIO. Príncipe, ¿a qué te sujetas?
PRÍNCIPE. (Calla, que estoy escuchando.)
REY. Ea, pues, aquí le cura,
porque quede luego sano.
LEONIDO. No puede sanar mi hermano,
si es de improviso la cura.
Hanse mil cercos de hacer
y revolver ese cielo
y haber visión en el suelo

(1) "Tosco" no rima en este caso con "conozco".

que en círculo han de poner.
Al fin, que haré mi cura,
mi señor, con tu licencia,
si lo que hago en tu presencia
tu fe firme lo asegura.
Y daré sano a mi hermano
si la palabra me das
de que no contradirás
mi gusto dando tu mano.

REY. Mi fe firme así lo jura,
que no te contradiré.

LEONIDO. Pues mi cura te diré.
Levántase la figura
por sinos, compás, planetas.

REY. Infante, yo no te entiendo,
ni sé lo que estás diciendo.

LEONIDO. ¡Oh! Pues verás mil cometas
que bajan del cielo al suelo.
Y, porque, señor, importa,
en el hablar te reporta,
que llega su curso al cielo.

FABIO. (Mas ¿si aquése te dejase
loco con sus invenciones,
y con sus adulaciones
al Rey, tu padre, engañase?
Príncipe, ea, vuelve en ti,
no pase aqueso adelante.)

PRÍNCIPE. (Déjale hacer al Infante,
que aqueso me importa a mí.)

LEONIDO. Dígote, pues, mi señor,
que porque ha de haber figuras
de muy fieras cataduras,
te subas al corredor.
Y porque hará operación
en el Príncipe la cura,
y dará, con la locura,
mil veces en su pasión,
es bien que echada la llave
esté, y en mi faltriquera,
porque tendrán una fiera
hasta que la cura acabe.

REY. Todo aqueso te concedo
y más, si más puede ser.

(*Habla* LEONIDO *al oído al* CONDE.)

LEONIDO. ¿Conde?

FABIO. (¿Qué querrá hacer?)

PRÍNCIPE. (No sé, ¡por Dios! Tengo miedo.)

CONDE. A cumplir tu mando voy.

LEONIDO. Ea, súbete, señor,
si quieres, al corredor,
que a hacerlo resuelto estoy.

CONDE. Ya está aquí todo el recado,
cual me mandaste, traído.

FABIO. (Príncipe, ¿en qué te has metido?)

LEONIDO. Ea, sube, que has tardado.—
Corre, tú, la llave tray
y mira que cierres bien.
Todos atentos me estén.

CONDE. Leonido, ¿qué es lo que hay?

REY. Ya está todo bien cerrado.
Alto, pues, tu cura empieza.

LEONIDO. ¿Cumplirás, Rey, la promesa? (1)

REY. Como lo tengo jurado.

LEONIDO. ¿Cerraste bien, Bernardón?
Dad acá la llave; ¿es ésa?

REY. Ea, pues, tu cura empieza. (2)

LEONIDO. Echame tu bendición.
Conjuro a todo el infierno,
y aquella espantosa fragua,
y a la laguna del agua
donde asiste el lago Averno,
que porque importa a esta cura
que del todo quede sano
mi querido y caro hermano,
que salga aquí una figura.

(*Sale la duquesa* ROSILENA.)

LEONIDO. ¡Oh, luz de los ojos míos!

ROSILENA. ¡Oh, alivio de mis pasiones!

PRÍNCIPE. No salgan esas visiones,
que crecen los llantos míos.

LEONIDO. ¿Ves cómo hace operación
en el Príncipe la cura?

PRÍNCIPE. Quiten de ahí esa figura,
que me causa gran pasión.

REY. Haced que allá dentro se entre
si no queréis que dé voces.

LEONIDO. Muy bien, mi señor, conoces
del Príncipe el acidente.
Nada no haré sin ella.
Voy por la otra herramienta,
sobre quien la cura asienta.

PRÍNCIPE. (¿Si me ha de casar con ella?)

FABIO. (No sé; muy bien podrá ser
que, de tu mal conmovido,
haga que seas su marido
y te la dé por mujer.)

PRÍNCIPE. (¿Herramienta ha menester?
No use aquéste de treta
y traiga alguna escopeta
con que me quiera ofender.)

---

(1) Se hace consonar a "empieza" con "promesa".
(2) Y aquí a "ésa" con "empieza".

(*Sale el* INFANTE *sentado en una silla sobre una parigüela y cuatro hombres que le traen en los hombros.*)

LEONIDO. ¡Oh, tú, Rey, que injustamente
la Duquesa me quitabas
y a mi hermano se la dabas,
oye la cura presente!
Y tú, falso hermano mío,
que fingías estar loco,
teniendo mi traza en poco,
de golpe has dado en vacío.
Que eres, Príncipe, cruel,
y a tan levantado lance
no le has dado el justo alcance
y te has quedado sin él.—
Y a vos, mi querida esposa,
pues por tal llamaros oso,
os doy la mano de esposo.
ROSILENA. Y yo os la entrego de esposa
y como tal os recibo.
Con que se acaba la cura.
PRÍNCIPE. ¡Oh, terrible desventura!
¿Qué?, ¿con tal desgracia vivo?
¡Oh, traidor, que tal has hecho!
¡Vive Dios, que he de matarte
y cual traidor castigarte!
LEONIDO. Cura ha sido de provecho.
REY. ¿Dó está, traidor, la palabra?
¿Dó está lo que prometiste?
¿Dó está la fe que me diste?
PRÍNCIPE. Manda, señor, que nos abra.
LEONIDO. ¿De qué son esos asombros?
¿Yo no juré al alto cielo
de no casarme en el suelo?
¿Pues ya no me caso en hombros?—
Corre, ve, velos a abrir,
Conde, ¿ves qué bien se ha hecho?
CONDE. Ello ha sido en tu provecho.
LEONIDO. Como lo pude pedir.

(*Salen el* REY, PRÍNCIPE *y* FABIO.)

REY. ¡Traidor!, ¿qué es de la fe dada?
LEONIDO. ¿No prometí darte sano
hoy al Príncipe, mi hermano?
Pues, ¿he discrepado en nada?
Y tú, ¿no me prometiste
de que darías por bien hecho
lo que hiciese? Ya está hecho,
y dello palabra diste.
Pues al Príncipe te doy
y te entrego libre y sano,
pues le doy, es caso llano
que de culpa libre estoy.
REY. No sé a cuál me ponga, culpa,
porque si al Infante culpo,
al Príncipe no disculpo
y sólo en mí está la culpa.
¿Qué?, ¿todo ha sido fingido
cuanto el Príncipe aquí ha hecho?
¿Qué? ¿Cupo en humano pecho
un embuste tan crecido?
LEONIDO. Pues dígalo la Duquesa,
que ella dirá cómo fué.
PRÍNCIPE. Yo más fácil lo diré,
que decirlo no me pesa.
Digo que es pura verdad,
que cuanto hice fingía,
porque atraerte quería,
señor, a mi voluntad.
REY. Pues tú, Príncipe cruel,
¿qué? ¿el verme andar cual andaba
lástima no te causaba?
LEONIDO. Fía, señor, mucho dél.
REY. ¿Y tú, casado no estabas,
Conde, di, con la Duquesa?
De que lo creí me pesa.
Conde, ¡cómo me engañabas!
¡Con qué gran desenvoltura
el Infante me decía,
cuando a esto me persuadía,
levántase la figura
por círculos y rodeos!
¡Y yo qué atento que estaba,
sin pensar que me engañaba!
Cumpliéronse tus deseos.
Y cuando estotro acudía,
¡oh, hideputa, buenas piezas,
que tenía dos cabezas,
aun persuadirme quería!
ROSILENA. Haya perdón general,
pues fué tan justo su celo.
CONDE. Está ya mejor el cielo
de aquel su pasado mal.
REY. Mi mano, al fin, os perdona
y os recibo acá en mi pecho,
que todo esto que habéis hecho
mucho más mi amor abona,
que mi alma se abrasaba
por aclarar esta duda.
LEONIDO. Ya ves la verdad desnuda.
Aquí la comedia acaba.

FINIS

COMEDIA

DEL

PRODIGIOSO PRINCIPE TRANSILVANO

POR

LOPE DE VEGA

MAHOMETO, *Gran Turco.*
SELÍN, *su hermano.*
AMURATES, *su hermano.*
SOLIMÁN, *su hermano.*
SINÁN, *Visir bajá.*
FERRAD, *bajá.*
CELIMA, *esposa de* MAHOMETO.
UN ALFAQUÍ.
JACINTO, *cautivo.*
UNA GUARDA.
OTOMANO, *muerto.*
MARCO, *pobre.*
MARIO, *soldado pobre.*
MARCELIA, *mujer pobre.*
SIGISMUNDO, *príncipe transilvano.*
ALEJANDRO, *gran Cancelario.*
UN GENERAL.
UN MARQUÉS.
CONDE DE ALBA.
MAURICIO, *mayordomo.*
CARRILLO, *maestro del* PRÍNCIPE.
UN ARTILLERO.
AURELIO, *soldado.*
UN EMBAJADOR *turco.*
EL PUEBLO, *hablan cuatro.*
NICE, *vestida de monte.*
LEONARDO, labrador.
UNA NIÑA, *hija de* LEONARDO.
ARNESTO, *capitán.*
UN BARBERO.
UN PORTERO.
LA GUARDA DEL PRÍNCIPE.
CUATRO GRANDES.
CRISTERNA, *archiduquesa de Austria, mujer del* PRÍNCIPE.
UN NUNCIO.
GONZALO, *criado de* LEONARDO.
UN CENTINELA *turco.*
UN GENERAL *tollido en una silla.*
NIÑOS *cautivos.*

JORNADA PRIMERA

(*Suena dentro ruido y dice* MAHOMETO *sin salir fuera.*)

MAHOM. ¡Muera[n] Selín y Amurates!
Perseguildos, que se os van;
batid bien los acicates.
¿Por qué te (1) vuelves, Sinán,
sin que primero los mates?

(*Sale* SELÍN *herido mortalmente.*)

SELÍN. ¿Dónde voy tan destrozado?
¿Qué lugar hay escondido
que ya no esté conjurado
contra Selín perseguido?
De un hermano cruel y airado,
por un secreto postigo,
que ayer vi en este lugar,
quiero escaparme. ¿Qué digo?
¿De quién me quiero escapar,
si la muerte va conmigo?
Huyan de mí por ultraje
todos los que así me vieren,
y niéguenme su hospedaje,
porque voy adonde mueren
todos los de mi linaje.
Huyo de un Mahometo hoy,
porque es fuego del abismo,
y como su hermano soy,
también soy el fuego mismo,
que abraso por donde voy.

(*Cae* SELÍN, *y sale* AMURATES *atravesado de una lanzada.*)

AMURATES. ¡Vil fratricida, león fiero!
Que aun en fiereza le excedes.
Monarca, te considero,
que si así matas, bien puedes
conquistar un mundo entero.
Haz que el de Persia te aguarde,
si tienes manos con él
como conmigo esta tarde;
pero de ser tan cobarde
vienes a ser tan cruel.
¡Oh, rompe pechos cristianos
con ese brazo robusto,
que degollar treinta hermanos
no son victorias de Augusto,
sino hazañas de tus manos.
Si alguno me busca y yerra,
hallaráme por el rastro,
porque desta cruel guerra
la sangre que dejo en tierra
son las banderas que arrastro.

(1) En el texto original "porque no".

Mas pues no es sangre remota,
primero que me desangre
por aquesta vena rota,
mira, cruel, que es tu sangre
y se vierte gota a gota.

(*Levántase* SELÍN *contra* AMURATES.)

SELÍN. ¿Quién da voces? Una sombra
veo por allí moverse.
¡Oh, Amurates!
AMURATES. ¿Quién me nombra?
SELÍN. Quien no se espanta de verse,
y de verte a ti se asombra.
AMURATES. Si eres Selín y el que fuiste,
eres un hermano honrado,
y así, sin duda, veniste
hoy a morir a mi lado,
porque a mi lado naciste.
SELÍN. Soy tu hermano, soy tu amigo,
soy el que dices que fuí,
soy tu sombra que te sigo,
porque contigo nací
ya vengo a morir contigo.
AMURATES. En parte alabo mi suerte,
porque si un hermano cruel
me ha tratado desta suerte,
otro tengo en ti tan fiel
que se duele de mi muerte.
Dame tus amigos lazos.

(*Abrázanse.*)

SELÍN. Hasta aquí he visto quién eres
en los postreros abrazos,
que como tanto me quieres,
quieres que muera en tus brazos.
¡Adiós, Amurates fuerte!

(*Cae.*)

AMURATES. Aguárdame, Selín sabio,
porque será igual la suerte;
murió ya, notable agravio
me ha hecho en éste la muerte.
¿Cómo para mí te ofreces,
muerte, tan piadosa? Pero
más cruel eres que pareces,
porque le matas primero
para matarme dos veces.

(*Cae también muerto, y sale* SINÁN *tras otros que van huyendo.*)

SINÁN. Ya he dicho que os retiréis
a los unos y a los otros;
mirad, no me provoquéis
a volver sobre vosotros,
pues vosotros no os volvéis,
que no cabe en ley humana
si en mucha inhumanidad
que ose una mano villana
con tanta facilidad
derramar sangre otomana.
¿No es éste Selín? El es,
y el gallo de sus hermanos;
pero no tuvo esta vez (1)
para defenderse manos,
ni para escaparse pies.
Que le ha traído a este fin
la furia de un pecho doble;
pero, ¿qué mucho, Selín,
que vierta tu sangre noble
quien la tiene de Caín?
¡Oh, Amurates! ¡Qué león pardo
ni bravo toro de España!
¡Qué ver tu brazo gallardo
romper en una campaña
todo un escuadrón bastardo!
¡Qué de lanzas, qué de espadas
vi hoy sobre ti y, al cabo,
por ti rotas y pisadas!
Que como a toro tan bravo
le mataron a lanzadas.

(*Sale* FERRAD.)

FERRAD. ¿Sinán?
SINÁN. ¿Hay algo de nuevo?
FERRAD. Hay tanto, que has de asombrarte
de ver morir a un mancebo
que excede en fiereza a Marte
y en mucha hermosura a Febo.
SINÁN. ¿Es Solimán?
FERRAD. Solimán.
SINÁN. Luego te entendí.
FERRAD. En efeto;
ha de morir hoy, Sinán.
SINÁN. ¿Por qué le mata Mahometo?
FERRAD. Por valiente y por galán.
Que tiene el pecho inclemente
lleno de coraje y miedo
de ver que toda la gente
le señala con el dedo
por galán y por valiente.
Y sospéchase, Sinán,
que hoy en el Serrallo entró,

(1) Rima imperfecta: "vez" no es consonante de "pies".

do sus mujeres están,
y con Celima le halló,
de quien teme que es galán.

SINÁN. ¿No te parece que basta
el matar por tantos modos,
con tanta inclemencia, hasta
veintiocho hermanos, y a todos
los de su linaje y casta? [meto?
¿Qué? ¿aún no se aplaca Maho-
¿Qué?, ¿no está harto de verter
tanta sangre sin respeto?
Con eso piensa tener
su imperio llano y sujeto.
No es diamante el de su pecho,
sino otra piedra más fuerte,
porque si dél fuera hecho,
la misma sangre que vierte
le tuviera ya deshecho.
Mas esta crueldad no emana
de su mano fuerte y cruda,
sino de la soberana,
que quiere acabar, sin duda,
en él la casa otomana.
Trescientos años Osmar
halló en sus encantamentos
que esta casa ha de durar;
seis faltan para trescientos,
si es que se ha de acabar.

FERRAD. Déjate ya deso, y anda,
ve a poner luego en efeto
lo que el gran señor te manda;
no te castigue Mahometo
como a quien ya se desmanda.
Antes de una hora, Sinán,
le has de tener preso o muerto.

SINÁN. No haré, en ley de capitán;
hartos hermanos le he muerto;
mátale tú a Solimán.
Tú lo matarás mejor,
como quien lo sabe hacer,
que yo no he sido traidor
ni tengo por qué temer
la ira del Gran Señor.
Dígolo porque pareces
que amenazándome vienes,
y es que ya te desvaneces
con la privanza que tienes,
que es la que tú no mereces.
Yo lo digo porque puedo
lo que digo sustentar
con la mano y con un dedo,
y no te quiero matar
por que te mueras de miedo.

FERRAD. No sé qué he de responderte,
pues me ofendes y te escucho,
que basta a satisfacerte,
que me has ofendido mucho
y es poco darte la muerte.
De tan poquito te alteras,
que parece que te burlas;
pero tú ¿no consideras
que si me ofendes de burlas
te puedo matar de veras?

(*Acuchíllanse, y sale* SOLIMÁN.)

SOLIMÁN. Tené. ¿Qué es esto, Sinán?
Alboroto semejante
mal dice en un capitán.
No ha de pasar adelante,
por vida de Solimán.
Dalde la mano a Ferrad,
que es justo que confirméis
de nuevo vuestra amistad,
y que vos, Ferrad, le honréis
como merece su edad.
Que le tengáis más respeto,
como a sujeto que tiene
el mundo cuasi sujeto,
y envainad luego, que viene
a coronarse Mahometo.
Y contadme la ocasión,
si por ocasión ha sido
vuestra cólera y pasión.

SINÁN. Ferrad [que] la causa ha sido,
te dará mejor razón.

FERRAD. Digo, Infante, que le he dado,
de parte del gran señor,
a Sinán cierto recado.
El te lo dirá mejor,
que está desapasionado.

SOLIMÁN. Di, acaba, si te parece.

FERRAD. No le obedece Sinán.

SOLIMÁN. Pues, Sinán, ¿no [le] obedece?

FERRAD. Eso pasó, Solimán.

SOLIMÁN. Sinán, mal se compadece
que tú, que eres el valor
hoy de las armas turquescas
y su supuesto mayor,
que como tal no obedescas
lo que manda el Gran Señor.

SINÁN. Es injusta su demanda,
y no es justo obedecer
cosas tan injustas.

SOLIMÁN. Anda;
lo que es injusto es no hacer
lo que el Gran Señor te manda.

¿Qué negocio tan injusto
de mi hermano puede haber,
que te parece más justo
dejallo de obedecer
que hacello, siendo su gusto?
Mande el Rey pasarme el pecho,
deba o no deba mandallo,
eso es justicia y derecho,
y no dispute el vasallo
si es bien hecho o no es bien hecho.
Esta es cierta conclusión:
haga, quite, ponga, un rey,
con razón o sin razón;
eso es justamente ley
y lo demás es traición.

SINÁN. Mira lo que dices; ten,
que te despeñas.

SOLIMÁN. Amigo,
¿soy yo, por ventura, quien...?

SINÁN. Tú lo dijiste, y yo digo

(*Hace la seña a* FERRAD *con los ojos.*)

que le obedezco también.
Ferrad, póngase en efeto.

SOLIMÁN. Dime: ¿qué es esto, Sinán?

FERRAD. Yo te lo diré en secreto.
Que mueras hoy, Solimán,
manda tu hermano Mahometo.

(*Asele ambos brazos.*)

SOLIMÁN. ¡Oh, traidor!

FERRAD. Bajá. ¿Qué esperas?
Dale.

SOLIMÁN. Ten, Sinán.

SINÁN. Paciencia.
Tu hermano manda que mueras;
yo ejecuto la sentencia
que tú te diste.

SOLIMÁN. Pudieras
no ejecutalla y librarme,
que puedes mucho, Sinán.
¿Quieres, bajá, no matarme?

SINÁN. Por esta vez, Solimán,
de fuerza has de perdonarme.
¿Tú no dices que es muy justo
que yo obedezca a mi rey
y que es ley la de su gusto?
Esto es justamente ley;
tú te condenaste al justo.

FERRAD. Dale, bajá.

SINÁN. No quisiera
por yerro mataros ambos.

FERRAD. Mátame, Sinán, siquiera
como nos mates entrambos.

SINÁN. Muera, pues.

SOLIMÁN. Justo es que muera.

(*Cáese muerto. Sale* MAHOMETO *en medio de sus mujeres con zarcillos en las orejas, un* ALFAQUÍ *delante con el estandarte de Mahoma. Llevan un arco y una corona armada sobre un turbante en dos fuentes.*)

CELIMA. Cuando a coronarte vienes
con tanta algazara y tropa;
cuando a toda la Asia tienes
llena de fama y la Europa,
temblando aguarda que truenes;
cuando la Africa se admira
y Babilonia te escribe,
el de Persia está a la mira,
Alemania se apercibe
y toda Italia suspira;
cuando la India obediente
te rinde plata cendrada
y oro puro Libia ardiente
con que quede coronada
la cabeza del Oriente;
cuando el mundo está suspenso
y hasta la negra región
te rinde tributo y censo,
pluma, aljófar y algodón,
oro, plata, mirra, encienso;
cuando por tantos trofeos
tu buena fortuna sopla
las velas de tus deseos
y te alza Constantinopla
simulacros y trofeos;
cuando por tus calles sales
con un millón de soldados,
y tus vasallos leales
tienden sedas y brocados
y te alzan arcos triunfales;
cuando turcos, moros, griegos,
búlgaros y otras naciones
te ordenan fiestas y juegos,
cifras, galas, invenciones
con luminarias y fuegos;
cuando las playas y puertos
te saludan muy despacio
que están de naves cubiertos,
entras tú por tu palacio
tropezando en cuerpos muertos.
¡Ah, Mahometo! ¿Qué estragos
y sacrificios son éstos?
¿Qué fuentes de sangre y lagos?
Fines prometen funestos

principios tan aciagos.
Después que en tu casa entro
a tu lado diestro y fuerte,
cuerpos piso fuera y dentro,
y son aullidos de muerte
los parabienes que encuentro.
¿Esta es tu casa? Sospecho
que era palacio algún día;
pero tu crueldad lo ha hecho
pública carnicería
de los cuerpos que has deshecho.
El Tamorlán fué pastor,
y el Primer Turco, vaquero;
pero hasta agora, señor,
no se ha visto carnicero
que se llame emperador.
Al precio de un miedo injusto
das carne de cuerpo humano;
mas ten el brazo robusto,
que, como sabe a la mano,
a nadie dará buen gusto.

MAHOMET. Basta, Celima, que sobras,
y me ofenden tus razones;
cree solamente mis obras,
no en vanas supersticiones
en que vana opinión cobras.
No me puede suceder
cosa contraria ni adversa,
ni tengo ya a quien temer.
Sentirá mi brazo el persa,
y Alemania mi poder.
Mi buena suerte se encierra
en el valor destas manos,
y en haber puestos por tierra
treinta enemigos hermanos,
bastantes a darme guerra.
Y si esto, Celima, es
prodigio, ¿de qué te asombras?
Será porque tú no ves
que éstos son paños y alfombras
que el cielo pone a mis pies;
y no porque hayas pisado
tres perros cruel me llames,
ni treinta que he degollado,
hijos de madres infames
y de un padre afeminado.
No son hechos inhumanos,
sino sccreto misterio
de los cielos soberanos,
pues hoy consagro mi Imperio
con sangre de treinta hermanos.
Y ya me podéis poner
la corona, que sospecho
que la debo merecer
más por lo que tengo hecho
que por lo que pienso hacer.
Denme el arco con la flecha
que fué de Otomán, mi abuelo,
y pues mi brazo la flecha
confirme mi imperio el cielo
como va firme y derecha.

(*Después que ha tirado siéntase en un estrado.* CELIMA *a su lado con todas las mujeres y todos los demás por su orden.*)

ALFAQUÍ. Monarca del mundo, toma
el victorioso estandarte
de nuestro santo Mahoma,
que es el que ha de adjudicarte
el viejo imperio de Roma.
Este se ha de defender
como tu propia persona,
y de tal modo ha de ser,
que has de perder la corona
cuando él se haya de perder.

(*Dale dos vueltas.*)

¿Así lo prometes?

MAHOMET. Digo
que así lo prometo y juro,
y a defenderle me obligo.

ALFAQUÍ. Pues por Alá te conjuro,
y por su mayor amigo,
nuestro profeta sagrado,
que guardes, cumplas y tengas
lo que han tenido y guardado,
luego que al Imperio vengas,
los que antes de ti han pasado.
Defenderás nuestra grey
con las armas poderosas
como buen turco y buen rey,
sin traer textos ni glosas
al sentido de la ley.
Cada tres años saldrás
a hacer guerra a los cristianos,
como han hecho los demás
que se han llamado otomanos.
Y cómo obligado estás,
ítem estás obligado,
cuando tu campo gobiernes,
de andar en él siempre armado,
de no dar batalla en viernes
ni tener noche en poblado.
Item que luego revuelvas
sobre el sofí que te enoja,
y que anules y resuelvas

el turbante y toca roja
de los herejes cucelvas.
¿Prométeslo así, señor?

MAHOMET. Así lo juro y prometo
por el profeta mayor.

ALFAQUÍ. ¡Viva el tercer Mahometo
otomano imperador!

(*Suenan cajas y cheremías, repitiendo* ¡Viva! ¡Viva! *Pónenle la corona y bésanle la mano, primero* SINÁN, *que es el que le corona, y luego* CELIMA *y los demás.*)

MAHOMET. ¿Hay más que hacer, Alfaquí?

ALFAQUÍ. Que elijas mujer de quien
tengas sucesor.

MAHOMET. Sea así.

ALFAQUÍ. Que es bien común, y no es bien
que acabe tu casa en ti.

MAHOMET. Mi alma adora y estima
a la que a mi lado viene,
que, demás de ser mi prima,
que lo menos que ella tiene,
tiene otras partes Celima.
No la quiero encarecer
de sabia y honesta y bella,
que bien se ha echado de ver
que entre mis mujeres, ella
solamente es mi mujer.
Y, pues ya me he declarado,
quiero que a ella os postréis
como a quien yo me he postrado,
que no es mucho que beséis
la mano que yo he besado.

(*Póstransele las mujeres.*)

SINÁN. Señor, dime que haré
destos cuerpos.

MAHOMET. ¿Qué? Llevalles
do la tierra se les dé,
porque en muerte quiero dalles
la que en vida les negué.

(*Llévanlos, y sale* JACINTO, *cautivo, con una caja de hierro.*)

JACINTO. A tu presencia he venido,
invictísimo monarca,
seguro con el seguro
que das hoy al que te habla;
no a pedirte libertad,
aunque por ley que se guarda,
dicen que es libre el cautivo
que hoy puede verte la cara,
sino a traerte un tesoro
que por gracia, o por desgracia
de quien lo halló, que soy yo.
Estando abriendo una zanja
en lo hueco de un pilar
que sustentaba una casa,
que de mucho tiempo atrás
la del tesoro se llama,
encontré con él, y apenas
sacaba della las plantas,
cuando todo vino al suelo
revuelta en ceniza y brasa.
Gimió la tierra del peso,
y de las espesas llamas
subieron nubes que, al cielo,
cubrieron las suyas blancas.
Acudieron al ruído
la gente de la campania
que en torno en Constantinopla
distaba una legua larga;
y, asombrados del portento,
huyeron a las montañas
juntos, en tropel confuso,
hombres, aves y animalias.
Y allí, a los acentos tristes
de las bocas, se mezclaban
bramos, balidos y aúllos
de perros, bueyes y cabras.
Yo quedé helado y confuso
entre unas espesas matas
donde me había cubierto
a descubrir esta caja,
codicioso del tesoro,
porque en ella imaginaba
la plata de Potosí
y el oro de las Arabias.
Probé a romper el candado;
pero en la cubierta tapa
hay una letra que dice:
"Este tesoro se guarda
para Mahometo el tercero
y postrero de su casa."
Leíla, llena de miedo,
más que de codicia el alma,
y habiendo en mi entendimiento,
sobre la letra del arca,
formado un largo discurso,
al cabo de una hora larga
resolvíme en no tocar
con estas manos avaras
el fuerte candado, si es
que para las tuyas francas
le tiene guardado el cielo,
no sin misterio y con causa.
Y como supe en el campo

que hoy, señor, te coronabas,
y que por esto tendría
con facilidad entrada
en tu palacio real,
aunque tu gente de guarda
me ha maltratado por ello,
mi diligencia, que basta,
pudo traerme a tus pies,
poniendo a los míos alas,
para llegar a ofrecerte,
de mis justas esperanzas,
este pequeño tesoro
que viene en arca cerrada,
imitando al de mi pecho,
que es más rico por su arca,
donde ha cabido el deseo
y la presunción hidalga
que de servirte ha tenido
este esclavo de tu casa.

MAHOMET. ¿Qué es esto, Alá soberano?
No carece de misterio
lo que ha contado el cristiano.
Prospere el cielo mi imperio.
Quiero abrille con mi mano.
Dadme la caja. Es de acero
y de traza peregrina.
Tiene el candado un letrero
que dice en lengua latina:
"*Christus vinces, victus ero.*"
Vencido seré. ¿Qué es esto?
Maldiga Dios el tesoro,
y la caja, y todo el resto.

JACINTO. (Alborotado anda el mozo.
En gran peligro estoy puesto.)

MAHOMET. ¡Gentil tesoro, por cierto,
en el principio dichoso
de mi imperio he descubierto!

JACINTO. (Este perro está furioso:
no escaparé de ser muerto.
Quiero apartarme de aquí
que algún daño comprehende
lo que está encerrado allí,
y si es tesoro de duende,
no ha de serlo para mí.)

(*Vase.*)

SINÁN. ¿Esto te enoja y altera?
La caja tengo de abrir
por curiosidad siquiera.
¿Qué puede en ella venir
que te escandalice?

MAHOMET. Espera.
Quiero abrilla por mi mano,
pues que viene para mí,
según ha dicho el cristiano.

(*Abrala, y, destapada, sale llama, humo y fuego.*)

El tesoro que hay aquí
todo es fuego y aire vano.
Corrido estoy del suceso.
¿Dónde está el cristiano perro
que esto me trujo? ¿Qué es eso?

FERRAD. Una lámina de hierro
que dice así:

MAHOMET. Pierdo el seso.

(*Saca* FERRAD *la lámina de hierro y lee lo que en ella dice.*)

FERRAD.

"En los años de la creación del mundo, de seis mil setecientos noventa y cuatro, de la era de César mil seiscientos treinta y tres, de la reedificación de Constantinopla mil trescientos treinta y dos, de la hijara de Mahoma novecientos noventa y cinco, de la Encarnación de Jesús Nazareno, hijo de María, mil quinientos noventa y cinco, en la parte de Levante menos setentrional se levantará un príncipe no conocido que, oponiéndose contra el tirano de Oriente, acaudillando los pocos fieles que le quisieren seguir, sacará al pueblo de Dios, como otro Moysén, de dura servidumbre a entera libertad. Abriendo camino por los montes y las aguas con la virtud de su espada, caerá fuego del cielo contra sus enemigos; correrá sangre el Danubio y pasarále sobre cuerpos muertos, rompiendo millares de enemigos, que todos serán cortados a pedazos, desbaratando ejércitos, conquistando fortalezas, saqueando y abrasando ciudades, corriendo reinos y reduciendo grandes provincias a su obediencia, con tantas maravillas y milagros, que se llamará príncipe de prodigios y capitán prodigioso."

MAHOMET. Notable caso.

SINÁN. Notable.

FERRAD. Admirable profecía.

MAHOMET. ¡Por Alá, que es admirable!

CELIMA. ¿Eso en la caja venía?
Rico tesoro.

SINÁN. Estimable.

CELIMA. Hazañas son peligrosas.

MAHOMET. Huélgome que hayan de ser
en mi tiempo; veré cosas
que no se han podido ver

tan raras y prodigiosas,
y que al mundo escandalice
este soberbio monarca
antes que lo tiranice.
¿Viene otra cosa en el arca?

SINÁN. Otra lámina que dice:

"¡Oh, Bizancio! Como en los años de la creación del mundo de cinco mil cuatrocientos y cuarenta te reedificó Constantino, hijo de Elena, y te llamó de su nombre Constantinopla, y después, en los años de la Encarnación de mil cuatrocientos cincuenta y tres, Constantino, hijo también de Elena, te perdió y ganó Mahometo, hijo de Amurates, así otro Mahometo, hijo también de Amurates, te vendrá a perder en los años de seiscientos, ciento y cincuenta, después que te ganó el primero, en cuyo tiempo la casa otomana vendrá en total ruina y declinación."

MAHOMET. ¡Oh, santo Alá! ¿Que tal pasa?
¿Yo soy Mahometo, y el mismo
en quien se acaba mi casa?
¡Oh, tesoro del abismo
y fuego del que me abrasa!
Que he de perder, imagino,
a Constantinopla yo,
pues por decreto divino
Constantino la fundó
y la perdió Constantino,
bien se conoce y se ve
que he de perderla, en efeto,
pues por evidencia sé
que el que la ganó, Mahometo,
hijo de Amurates fué;
y si es Mahometo por quien
vendrá, a fuerza de combates,
a perderse, viene bien,
que soy hijo de Amurates,
y soy Mahometo también.
¿Qué es esto, Mahoma airado?
¿Qué son estas profecías
que apenas me he coronado
y ya en láminas me invías
el parabién del estado?—
¿Qué se ha hecho el cautivo?

GUARDA. Fuese.

MAHOMET. ¿Fuese, villanos? Buscalde.
¡Muy gentil descuido es ése!

GUARDA. No se escapará.

MAHOMET. Matalde,
si no, por Alá, que os pese.

SINÁN. No se trate ya de agüeros
ni gastes tus años verdes
en consultar hechiceros,
que en eso gastas y pierdes
reputación y dineros.
Solimán, tu bisabuelo,
que fué azote de cristianos,
¿piensas que asombraba el suelo
consultando agüeros vanos,
sino con rayos del cielo?
En las guerras que emprendió
Selín, que fué abuelo tuyo,
tanto crédito tenía
de agüeros, que perdió el suyo
y mucha parte de Hungría.
Y después, a su albedrío,
aquella armada juntó
por consejo de un judío,
que don Juan de Austria rompió
en Lepanto a Alí, tu tío.
Y no te espantes, señor,
que las cosas de la guerra
vayan de mal en peor,
pues no se trata en tu tierra
sino de cosas de amor.
Ya les daña el morrión
y les cansa el coselete,
y los que galanes son,
agrádales el copete,
pero no el de la ocasión.
Vuelve sobre ti si quieres
reinar un siglo infinito,
no te suceda después
lo que al romano en Egipto
y en Capua al cartaginés.

MAHOMET. Es como tuyo el consejo,
y pues mi imperio celebras
y en él me sirves de espejo,
veré soldadas sus quiebras
por un soldado tan viejo.
Reformaré la milicia
y esta costumbre ignorante
en que mi gente se envicia,
y dará un trueno que espante
el rayo de mi justicia.
La guerra que he de emprender,
con que he de honrar mi corona,
contra Alemania ha de ser,
donde pienso ir en persona,
con la tuya, y mi poder.
Tiéneme muy enojado
Rodulfo, su emperador,
que me dicen que se ha entrado
por la Hungría superior

hasta Strigonia y Belgrado.
Fuera de que estoy corrido
que ande el Imperio del mundo
separado y dividido,
que yo no sufro segundo
si los demás lo han sufrido.
Que mi valor no consiente
que ese Rodulfo se nombre
emperador del Poniente
no teniendo más del nombre
y un pobre reino sin gente.
Pregónese a sangre y fuego
la guerra, y mis gentes todas,
Sinán, prevénganse luego,
belerberes y varlobas
de todo el Imperio griego.
Escríbeles de tu mano,
y mándales que prevengan
al Príncipe transilvano,
porque los tártaros tengan
por su tierra el paso llano.—
Tú, Ferrad, te has de partir
a la Transilvania, y mira
que los has de apercebir
que va sobre ellos la ira
del infierno, pues yo he de ir.
Mandarás que se reciba
el Tártaro en Transilvania,
y que el Príncipe aperciba
su gente contra Alemania.
Camina.

FERRAD. Tu fama viva.

(*Vase* FERRAD.)

MAHOMET. Tu suerte, Sinán, empieza.
Quítale otra vez a Marte
la corona de fiereza,
si no basta a coronarte
la plata de tu cabeza,
que esta ocasión oportuna
te ofrece bienes sin tasa,
y a mí, á pesar de fortuna,
un blasón para mi casa,
de quien ya tú eres coluna.

SINÁN. Veráste, señor, monarca
del mundo, y pondréte en tanto
a Roma y a su patriarca
a tus pies, y a todo cuanto
mira el sol y el cielo abraza.
Y más en esta ocasión,
que arma Ingalatierra y Francia
contra España, que esta unión
para ti es de importancia
y para ellos división.
Y voy con ésta a aprestar
la gente.

MAHOMET. Ve donde vas,
que aquí me quiero quedar.

[SINÁN.] Alto; todos los demás
nos podremos retirar.

(*Vase* SINÁN. *Suena dentro ruido de cadenas y fuego, y córrese una cortina y aparece* OTOMÁN *con túnica, máscara y cabellera negra. El medio cuerpo en una tumba y dos hachas encendidas a los lados, y por sus gradas todos los hermanos que se pudieren poner, cada uno con el género de muerte que le fué dado, y habla* OTOMÁN.)

1.º, Otomán.

Tú, que a las tristes y mortales quejas
de treinta hermanos, de inculpable muerte,
negaste de piadad puertas y orejas,
escucha atento tu infelice suerte,
que ya al cielo llegó el corriente flujo
de la inocente sangre que se vierte.
Y así por mí, que soy el que produjo
entre los turcos la otomana planta,
que de turcos el nombre y sangre trujo,
te avisa Alá desde su esfera santa
que a domar tu soberbia y castigarte
un hombre prodigioso se levanta.
Este vendrá por tiempo a sujetarte
por que se acabe en ti la turca casa
y el nombre y prez del otomano Marte,
cuya ruïna con razón me abrasa
más que las llamas del abismo fiero,
que ya me tienen convertido en brasa.
Escucha, pues, que yo, que fuí el primero
y tú, que eres el último por suerte,
contigo un rato consolarme quiero.
De pastor por mi industria y brazo fuerte,
haciéndome llamar rey de pastores,
a muchos de corona di la muerte,
y pasando de ahí a cosas mayores,
fundé el castillo que llamé otomano,
y otomanos por él mis sucesores.
Sujeté el reino scita y el troyano,
conduciendo a mi yugo el pueblo parto,
que tanta sangre le costó al romano.
Y habiendo ya venido al año cuarto,

2.º, Orcana.

de mi imperio, dejando en él a Orcana,
dél a vivir en soledad me aparto.
Este Orcana, juntando a la otomana
casa del reino de Caira poderoso,
rindió la vida a la enemiga humana.

3.º, Amurates.

Sucedióle Amurates el famoso,

4.º, Bayaceto.

y a Amurates, el fiero Bayaceto,
que el griego imperio acometió furioso.
Este fué el que le puso en tanto aprieto,
que de su rigor temió el latino,
a quien el Tamorlán tuvo sujeto.

5.º Calepino.

Sucedióle el soberbio Calepino,

6.º, Mahometo.

y a éste un Mahometo fratricida,

7.º, Amurates.

del gallardo Amurates padre indino.
Este, que renunció el imperio en vida,

8.º, Mahometo.

tuvo por hijo a Mahometo el Magno,
a quien dió la corona merecida.
Este Mahometo, ilustre y soberano,
trujo a Constantinopla a duro efeto,
de Constantino defendida en vano.

9.º, Bayaceto.

Sucedióle el segundo Bayaceto,

10, Selín.

del bravo Selín padre y patricida,
pues degolló a sus hijos sin respeto.
Selín, que a Bayaceto heredó en vida,
quitando a los soldados la potencia
entre los mamelucos tan temida,
los gitanos redujo a su obediencia,
albanos, macedonios y frisones,
que por todos corrió sin resistencia.

11, Solimán.

Tras el bravo Selín y sus pendones,
salió el soberbio Solimán rompiendo
por los fieros dalmacios y esclavones,
penetrando la Hungría y revolviendo
sobre la antigua Rodas, en un punto
se vió por él toda la Europa ardiendo.

12, Selín.

Sucedióle Selín, su igual trasunto,
que a Chipre sujetó, rompiendo en Creta
el poder veneciano todo junto,
y dejando de la Africa sujeta
toda la Berbería, entró furioso
por Túnez, asolando a la Goleta.
A Selín sucedió un hombre vicioso,
un monstruo de traiciones y de engaños,

13, Amurates.

Amurates, tu padre pernicioso.

14, Mahometo.

Y tú tras dél, para mayores daños,
que por todos catorce habemos sido
los que en espacio de trecientos años
habemos este imperio poseído.

(*Corren la cortina y cúbrenlos, y recuerda* MAHOMETO *alborotado.*)

MAHOMET. ¡Oh, Santo Alá! ¡Oh de mi guarda!
¡Villanos!
GUARDA. ¡Señor!
MAHOMET. Decí:
¿quién salió agora de aquí?
GUARDA. De aquí, nadie.
MAHOMET. ¡Bien se guarda
mi persona y palacio!
¡Traidores en él!
GUARDA. ¡Señor!
¿Qué dices?
MAHOMET. Digo, traidor,
que agora, aquí, muy despacio,
mis enemigos hermanos
han pretendido matarme,
y queriendo yo vengarme,
se me fueron de las manos.
Pero, ¿qué digo? ¿Qué es esto?
Sin duda me he divertido,
y si éstos me han entendido
en gran peligro estoy puesto.
Que se puede alborotar
el reino destos portentos
y alzárseme por momentos.
Ya quiero disimular.

(*Sale* SINÁN *con dos cartas en las manos.*)

SINÁN. Un mensajero ha llegado
por la posta con un pliego.
MAHOMET. ¿Quién escribe?
SINÁN. El berlebego
del bajato de Belgrado.
Esta viene para ti.
MAHOMET. Escríbeme de su mano
que el Príncipe transilvano
se levanta contra mí;
que su amistad solicite,
que me será harto importante,
porque está muy adelante.

En lo demás se remite
a tu carta, donde escribe,
muy a lo largo, Morato.

SINÁN. Los daños que aquel bajato
del transilvano recibe.

MAHOMET. ¿Quién es este transilvano
que se atreve a mi poder?
Que bien vano debe ser,
pues tiene nombre de vano.

SINÁN. Morato me escribe aquí
maravillas dél.

MAHOMET. (¡Ah, cielo;
deste Príncipe recelo
no sé qué prodigios!) Di.

(*Lee* SINÁN *su carta.*)

"Avisa que Sigismundo Batoreo, príncipe de Transilvania, habiendo sido elector dende en vida de su padre, por muerte de Cristóforo, rey de Polonia, su tío y tutor, en cuya casa y corte se ha criado, ha tomado la envestidura del reino este año de cinco, y por consejo de un sacerdote español que está en su servicio, no sólo ha negado el feudo y vasallaje al Gran Señor; pero diciendo que, en conciencia, no puede guardar y cumplir las capitulaciones y alianzas que los demás Príncipes, sus antecesores, han guardado y sustentado con el imperio otomano, a que están sujetos, se ha levantado con Flechad y Lugos y las tiene en su poder, y luego acometiendo a la provencia de Lipa, degollando al sansaco della y los demás genízaros y turcos, se ha apoderado della. Ha forzado al vaivoda de Valaquia a que le siga, y al de la Moldavia, por cierta sospecha, le ha desheredado del reino y se alza con él. Ha robado todo el tesoro, que es infinito, que le llevan al Gran Señor destas provencias en dos galeras reales, las cuales abrasó luego. Y lo que más admira es que ha emprendido todas estas cosas de edad de veinte años, que éstos me dicen que al presente tiene. Ahí invío su retrato, para que el Gran Señor lo vea, que es de mucha consideración. Deste bajato de Temesuar.—*Morato*, bajá."

MAHOMET. ¿Vióse atrevimiento igual?
¡Oh, terrible desacato!
Dadme el retrato. ¡Ah, retrato
de aquel falso original!
¿Qué dios te anima y levanta
contra el poder otomano?
¡Oh, mozo arrogante y vano!
¡Por Alá, pintado espanta!
¡Qué barba le pintan!

SINÁN. ¡Brava
barba, catadura y talle!

MAHOMET. Tú no acabas de miralle,
ni yo de admirarme acabo.

SINÁN. Viene muy al natural.

MAHOMET. Deso estoy más admirado:
que sea fiel el traslado
y falso el original.
¿Qué letra es ésta?

SINÁN. Latina.

MAHOMET. Aunque sea latina, di,
que en mi niñez aprendí
esa lengua peregrina.

SINÁN. *Deus mea scepta secundet.*
¿Qué te parece que dice?

MAHOMET. Que Dios le lleve adelante
sus principios, que es bastante
para que me escandalice.

[SINÁN.] Pues por orla del escudo
viene otra letra.

MAHOMET. Esa letra:
Quam prodigium factus sum multis,
mayores cosas penetra.

SINÁN. Pues ¿qué dice?

MAHOMET. Lo que pudo;
que muchos le han de tener
por prodigioso, de forma
que con los demás conforma
que aquí se acaban de ver.
¿Qué armas tiene?

SINÁN. Una quijada
con tres colmillos.

MAHOMET. Bajá,
bien menester los habrá
si contra mí hace jornada.

SINÁN. Dame licencia, que rabio;
si no, yo quiero tomalla,
que más tardarás tú en dalla
que yo en vengar este agravio.
¿Quieres que me parta luego?
Porque si allá pongo el pie,
en todos ellos pondré
miedo, horror, espanto y fuego;
y a ese principillo, que es
contra quien voy, si allá voy,
con sólo decir: "Yo soy",
le derribaré a mis pies.

MAHOMET. Mientras rompes y destrozas,
Sinán, tiempo y fama pierdes.
Aunque de canas tan verdes,

salen palabras tan mozas.
Vete, y haz a tu albedrío.
Mata, hiere, rompe, ofende,
tala, quema, abrasa o prende,
que a eso vas y a eso te invío.

SINÁN. Con eso me voy, señor,
y sólo prometo que
veré, venceré y vendré
breve, bravo y vencedor.

(*Vase.*)

MAHOMET. Eso es lo que me conviene,
que estoy temblando de ver
que se atreve a mi poder
uno que tan poco tiene.

(*Vase. Sale* MARCO, *pobre, con un memorial.*)

MARCO. Aquí me quiero poner,
pues por aquí ha de pasar
el Príncipe; quiero ver
si es tan prodigioso en dar
como en matar y vencer.

(*Sale* MARIO, *pobre, soldado, con una muleta, y* MARCELA, *pobre, con un manto cubierta.*)

MARIO. Dalde aqueste memorial,
que es tanta vuestra pobreza
cuanto él franco y liberal,
y os dará la mejor pieza
de su corona real.
Yo, que en su campo he servido
más de dos años o tres,
donde esta pierna he perdido,
sé cuán limosnero es,
porque conmigo lo ha sido.

MARCELA. Grande es la fama que tiene;
pero mi pobreza es mucha.
Parece que se detiene.

MARCO. ¿Viene ya el Príncipe?

MARIO. Escucha
el aplauso con que viene.

(*Suenan cajas y chirimías, y dicen dentro:*)

DENTRO: ¡Viva Sigismundo! ¡Viva!

MARIO. Viva, pues viene triunfando,
que es justo que le aperciba
su reino este triunfo, cuando
vitorioso le reciba.

(*Sale el* PRÍNCIPE *transilvano, toma los memoriales y siéntase. Vienen con él el* CANCELARIO, *el* GENERAL, *el* MARQUÉS *y el* CONDE, *y lee los memoriales.*)

PRÍNCIPE. ¿Quién es Mario?

MARIO. ¡Ay, Dios!
Yo, que pido caridad.

PRÍNCIPE. Yo me acordaré de vos.

MARIO. Paso gran necesidad.

PRÍNCIPE. Yo la siento por los dos.

MARIO. Fáltame una pierna.

PRÍNCIPE. Mario,
yo os la haré de plata hoy.

MARIO. Vivas más de lo ordinario.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. ¿Quién es Marcela?

MARCELA. Yo soy.

PRÍNCIPE. Acude a mi secretario.

MARCELA. Tengo mi marido en cama.

PRÍNCIPE. Con ésta le curarás.

(*Dala una joya.*)

MARCELA. Vuele en el mundo tu fama.
Dete el cielo como das.

(*Vase.*)

MARQUÉS. Con esto a los pobres llama,
de modo, que por las calles
lleva más pobres tras sí
que dineros para dalles.

PRÍNCIPE. Bien pueden faltarme a mí;
pero yo no he de faltalles.
¿Quién es Marco?

MARCO. Yo soy ese
que le provocara a risa
si vuestra alteza me viese
que no tengo una camisa
que ponerme.

PRÍNCIPE. ¡Quién tuviese
mil que darte! No te aflija.
A mi mayordomo ve,
por señas desa sortija,
que una camisa te dé;
la mejor que tengo a guisa.

(*Vase* MARCO, *pobre.*)

Vasallos, deudos y amigos
de victorias exquisitas,
compañeros y testigos
que dejo con sangre escritas
en mil pechos enemigos:
Abraín, con su fiereza,
en Valaquia me embistió;
pero, por su ligereza,
por los pies se me escapó
las manos en la cabeza.
Y después, en la Moldavia,
do ya se había rehecho
de gente plática y sabia,

segunda vez fué deshecho;
pero fué con tanta rabia,
que, por salir de embarazos,
dejó los campos cubiertos
de espaldas, piernas y brazos,
porque todos fuesen muertos
y cortados a pedazos.
De todo este triunfo y gloria
no pretendo otro interés
sino que tengáis memoria
que toda esta gloria es
de quien os da la vitoria,
que es Dios, tan piadoso y fiel,
que os saca de esclavitud
como al pueblo de Israel,
que usa tanta virtud
con quien no se acuerda de él;
y ved si hay desdicha igual,
y que más escandalice,
que en mi corte principal
sola una misa se dice
en mi capilla real.
¡Señor, vuelve Tú por Ti,
pues yo no soy de provecho,
y hablen mis ojos por mí,
que fuego dará mi pecho
si ellos dan agua de sí!

(*Pónese un pañuelo en los ojos, y sale* MARCO.)

MARCO. Señor, no hay camisa.
PRÍNCIPE. ¿Cómo?
MARCO. ¿Cómo? Están ya todas dadas,
y dice tu mayordomo
que me ha de dar de estocadas
si por sus puertas asomo.
PRÍNCIPE. ¿Tal ha dicho? ¿Y no le quemo?
Vuelve y dile que te dé
seis camisas.
MARCO. Señor, temo
no me mate.
PRÍNCIPE. Amigo, ve,
que iré a quemar el blasfemo.

(*Vase el pobre* MARCO.)

GENERAL. ¿Deso te enojas? ¿Es bien
que tu renta distribuyas
y que a un pobrete le den
seis camisas de las tuyas?
PRÍNCIPE. Dóiselas, primo, por quien
me las pide.
GENERAL. Sobra ya.
PRÍNCIPE. ¿Qué me pedirán por Dios
que no dé?
GENERAL. Ya se pondrá
orden.
PRÍNCIPE. ¿Orden ponéis vos
en lo que por Dios se da?

(*Sale* MAURICIO, *mayordomo, con* MARCO, *pobre.*)

MAURICIO. Señor, este pordiosero
pide seis camisas tuyas,
y yo le doy el dinero
que valen seis de las suyas
y no lo quiere.
MARCO. Yo quiero
mis seis camisas.
PRÍNCIPE. Villano,
¿eres tú mi curador?
¿Qué? ¿He de gastar por tu mano
mis rentas?
MARQUÉS. Tente, señor.
¿Eres Alejandro Magno?
Razón es que te refrenes,
que gastas [en] demasía,
y el otro tuvo más bienes
y daba lo que tenía;
tú das más de lo que tienes.
PRÍNCIPE. ¿No ves, amigo, que soy
muy diferente de aquél,
aunque imitándole voy,
que él daba como por él
y yo como Cristo doy?
MAURICIO. Sí, pero da lo que es justo,
porque eso es dar demasiado.
PRÍNCIPE. Demasiado es el disgusto
que en no dárselas me has dado.
MAURICIO. Yo quisiera darte gusto;
pero avísote que estás
muy pobre.
PRÍNCIPE. ¿Deso me avisas?
Dale veinte.
MAURICIO. ¿En eso das?
PRÍNCIPE. Dale cincuenta camisas. (1)
Villano, ¿por qué no vas?
¿Que aguardas?
MAURICIO. Señor, perdona.
GENERAL. Ve, que en términos le he visto
que le dará la corona
si se la pide por Cristo.
PRÍNCIPE. Ese crédito me abona.

(*Vase* MAURICIO *y* MARCO, *y sale* FERRAD.)

FERRAD. Si licencia he de esperar
para entrar en tu presencia,

(1) Una anécdota igual se cuenta del príncipe don Carlos, hijo de Felipe II.

yo me la quiero tomar,
que ya yo traigo licencia
de quien me la puede dar.

PRÍNCIPE. ¿Quién te ha dado atrevimiento
de entrar sin licencia mía
en mi real aposento?

FERRAD. Quien castigará algún día
tu loco y nefario intento.
Príncipe injusto, ¿no sabes
que después que Juan Sepucio,
rey que se llamó de Hungría,
cuyo título retuvo
todo el tiempo que vivió,
porque a Solimán se plugo,
a pesar de Ferdinando,
que el reino a pleito le tuvo,
el cual después Solimán
encorporó con los suyos,
quitándoselo a Isabel
por justas causas que tuvo,
mujer que fué del rey Juan,
a la cual, y a un hijo suyo,
dió el reino de Transilvania
con tal título y recurso
que siempre que se eligiere
en ella príncipe alguno
esté obligado acudir
el tal príncipe al Gran Turco
a que le confirme el reino
como hijo Juan segundo,
nieto de Juan primero
Estéfano y otros muchos,
ofreciéndole pagar
el ordinario tributo
de estar siempre apercebido,
con todo su poder junto,
para cuando el Gran Señor
quiera salir con el suyo
a hacer guerra a los polacos,
bohemios, germanos, turcos?
Si esto es así, transilvanos,
¿qué ley tenéis por do pudo
ser electo en Transilvania
por vosotros Sigismundo,
el cual se trata en el reino
como señor absoluto,
sin pedir confirmación
a sultán Mahometo, cuyo
es el nombrar y elegir
príncipe que sea a su gusto?
Pues, transilvanos traidores,
y tú, Príncipe perjuro,
de parte del Gran Señor,
os amonesto y conjuro
que luego le restituyas
a Lipa, Flechad y Lugos,
que en el camino he sabido
que tú, Príncipe, y los tuyos,
los habéis tiranizado,
degollando cuantos turcos
estaban de guarnición,
que no se escapó ninguno.
Las dos galeras reales
que robaste en el Danubio,
que Juan a Constantinopla
llevó de tesoro sumo.
Y hecho esto, has de ponerte
con toda tu gente a punto
para ir sobre Viena,
porque, por ciertos disgustos
que ha tenido el Gran Señor
del emperador Rodulfo,
va por su persona misma
a ponelle asedio duro.
Has de dar por Transilvania
el paso franco, seguro,
a los tártaros, que bajan
contra el alemán injusto;
que con esto aplacarás
el pecho indinado, iracundo, (1)
del Gran Señor, cuya ira
saldrá amenazando al mundo
a castigar este reino
como a rebelde y perjuro.
Harto os he dicho; miraldo,
y queda en paz, Sigismundo,
o en guerra, o como quisieres,
que con ella, antes de mucho,
me verás volver airado
a castigar tus insultos.

PRÍNCIPE. Anda, perro ladrador,
y si en volver te resuelves,
trae poder del Gran Señor,
que no te valdrán, si vuelves,
las leyes de embajador.
Y dile a ese Turco infiel
que, como soy Sigismundo,
salgo al mundo en busca dél,
y que se salga del mundo
antes que lo saque dél.
Y si quisiese venir
a castigarme Mahometo,
yo le saldré a recebir,

(1) Sobra una sílaba.

y le pondré en tanto aprieto,
que no halle por dó salir.
Y mis fuertes transilvanos
le aguardarán, por si viene,
con las armas en las manos,
que saben que él no las tiene
sino para sus hermanos.
Esto le di de mi parte.
Vete.

FERRAD. ¿En eso te resuelves?
Yo volveré a castigarte.

PRÍNCIPE. Yo te mataré si vuelves.

FERRAD. Yo soy Ferrad.

PRÍNCIPE. Yo soy Marte.

FERRAD. Muchacho querrás decir,
que es menester azotalle,
que se empieza ya a engreír.
Dejalde, que quiero dalle
una leción de esgrimir.

PRÍNCIPE. Yo te la daré en Turquía
con esta espada que ciño.

FERRAD. Yo volveré acá otro día
a azotarte, como a niño,
con la vaina de la mía.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. Préndanle, que es deshonor
de quien yo soy. ¿No le prenden,
que se atrevió a mi valor?
Pero no, que le defienden
las leyes de embajador.

MARQUÉS. Antes soy de parecer,
señor, que más te conviene
defenderte que ofender
a quien tanto poder tiene,
que es infinito poder.
Deja las armas, que son
sólo para degollarte;
da al Turco satisfación,
que hará más en perdonarte
que tú en pedirle perdón.

PRÍNCIPE. ¿Eso decís vos, Marqués?
No me conocéis aún.

MARQUÉS. Ni aun tú, Sigismundo, ves
que este es provecho común
y lo demás no lo es.
¿Qué guerra es esta que emprendes
y por qué emprendes la guerra?
¿Qué agravios de honor defiendes?
¿Qué fuerzas tiene tu tierra
con que la ajena pretendes?
Vuelve en ti, muda de intentos,
que son humos mal seguros
que no pasan de los vientos,
que no se baten los muros
a fuerza de pensamientos.
Si el Turco baja a Viena,
Rodolfo, su emperador,
defiéndala enhorabuena,
no quiera sacar, señor,
la brasa con mano ajena.
Dígolo por que provoca
tu ánimo pertinaz
a la guerra que a él le toca,
y date besos de paz
para engañarte la boca.

PRÍNCIPE. ¡Marqués!

MARQUÉS. ¡Príncipe!

PRÍNCIPE. Salíos
de la sala.

MARQUÉS. No es razón
que della me excluyáis.

PRÍNCIPE. Ios,
que esos consejos no son
para asistir a los míos.

CANCELAR. Si el Marqués se ha de salir,
todos también nos salimos.

CONDE. Y más te quiero decir:
que lo que él dice decimos,
y eso has de hacer y cumplir
si pretendes conservar
el reino que te lo dió
quien te lo puede quitar.

PRÍNCIPE. ¿Quién, traidores?

TODOS. Yo.

PRÍNCIPE. ¿Eso es ser rey o reinar?
¿Soy yo Sigismundo, o no?
¡Vive Dios, que os mate, aleves!
Y tú, Condesillo pobre,
¿a mi persona te atreves?
¿Quieres que mi mano cobre
los agravios que me debes?

CONDE. Príncipe, no me atreviera
a defender el partido
del Marqués si no entendiera
que [el que] él ha defendido
es el de todos.

GENERAL. No fuera
el que debe ser el Conde
si no acudiera al Marqués,
que no al propio corresponde,
sino al común interés,
y así, por todos responde.

PRÍNCIPE. ¿Qué? ¿Tú también te desmandas,
primo?

GENERAL. En esta ocasión, sí;

que aunque nos rijas y mandes,
ellos te hacen rey a ti
y tú no los haces grandes.

PRÍNCIPE. (Aquí importa reportarme,
que este es motín o traición
pensada para matarme;
que yo buscaré ocasión,
como ellos, para vengarme.)
¿Qué es lo que pide el Marqués?
Por todos, Marqués, hablad.

MARQUÉS. Pido que luego le des
al Turco a Lipa y Flechad
y el feudo.

PRÍNCIPE. Désele, pues.

MARQUÉS. Que la paz se sobresea
que tratas con Alemania,
como exorbitante y fea,
al reino de Transilvania.

PRÍNCIPE. ¿Cómo quieres que eso sea
si fué por embajador
de parte del reino todo
Carrillo, mi confesor?
¿Se ha de burlar dese modo
al cristiano emperador?

MARQUÉS. Donde hay fuerza y tanta fuerza,
¿qué derecho puede haber
que con ella no se tuerza?
Y más, que se ha de atender
al menor daño por fuerza.

PRÍNCIPE. Yo pondré en eso la mano.

MARQUÉS. Que des por tu tierra y casa
al Tártaro el paso llano,
que en favor del Turco pasa
contra el imperio cristiano.

PRÍNCIPE. ¿Qué más?

MARQUÉS. Que te has de poner
en orden contra Alemania,
que así lo suelen hacer
los reyes de Transilvania.

PRÍNCIPE. ¿Eso es ley?

MARQUÉS. Ley debe ser,
pues la han cumplido y guardado
los príncipes que hasta aquí
en Transilvania han reinado.

PRÍNCIPE. ¿Quién hizo tal ley, decí?

MARQUÉS. Solimán, que en este estado
amparó a Juan, o, a lo menos,
sujetólo.

PRÍNCIPE. Eso sería
que por falta de hombres buenos
el perro Turco ponía
leyes en reinos ajenos.
Que como el perverso Juan
vivió sin ley, fácilmente
[lo] concedió a Solimán,
y osó acaudillar su gente
contra el imperio alemán.
Pero Sigismundo no,
que renunciará mejor
el reino en quien se lo dió,
que ir contra el Emperador,
que es cristiano como yo.
Antes, fuertes transilvanos,
del reino me despojéis
que me dieron vuestras manos,
que con ellas me forcéis
a salir contra cristianos.
Que no quiero poseer
reino con [tal] perjuicio
de mi conciencia ha de ser,
que por él no he de perder
el del cielo, que cudicio.
Y pues conformes estáis
con el Marqués insolente,
quiero que me concedáis
cinco días solamente
primero que os resolváis,
que quiero comunicar
con mi devoto Jacinto
lo que podrá resultar
desta guerra, que hasta (1) el quinto
la respuesta os pienso dar.
Entre tanto, con mi gente,
de que os hago general,
defenderéis fácilmente,
primo, el paso del Fanal
al Tártaro inobediente.
Partíos luego.

GENERAL. Luego parto.

(*Vase el* PRÍNCIPE.)

CONDE. ¿Qué decís?

GENERAL. Quiero decir
que desa empresa me aparto.

CONDE. Al quinto vendrá a morir.

GENERAL. ¡Plega a Dios que llegue al cuarto!

MARQUÉS. Yo lo pienso despachar
con pólvora mas aína,
pues tengo tiempo y lugar,
que pues al cielo se inclina,
allá lo pienso volar.

GENERAL. Menester es prevenir,
Marqués, al Embajador
no se vaya.

(1) Mejor estaría "que en el quinto".

MARQUÉS. ¿Dó se ha de ir?
GENERAL. No se aíre el Gran Señor
y nos venga a destruír.
CONDE. Mañana pienso entregalle
a Flechad.
CANCELAR. Será muy bien,
que a Lugos pienso ir a dalle.
GENERAL. Y yo le daré también
a Lipa.
MARQUÉS. Esa se calle
por agora, si os parece,
que la quiero para mí,
que no quiero otro interese (1)
de la feria.
GENERAL. Sea así.
CONDE. Más que eso el Marqués merece,
como padre digno que es
de su patria.
MARQUÉS. Conde amigo,
yo os lo gradezco.
CONDE. Alto, pues.
¡Muera el Príncipe enemigo!
MARQUÉS. Si vive, Conde, el Marqués.

JORNADA SEGUNDA

(*Salen* CARRILLO, *maestro del* PRÍNCIPE, *y* MAURICIO, *mayordomo.*)

MAURICIO. ¿Y quedó el Emperador
en Praga? Porque se suena
que baja sobre Viena
el poder del Gran Señor.
CARRILLO. Quedó en Praga, y se decía
que el nuevo Turco bajaba
sobre ella, y que se aprestaba
el archiduque Mathía
con el poder alemán
para salirle al camino
entre paso Varadino
y la fuerza de Atuán.
MAURICIO. De las paces no me atrevo
a pedir cómo han quedado,
porque después que has faltado
hay grandes cosas de nuevo.

(*Suena dentro ruído de pólvora.*)

CARRILLO. ¡Qué estrépito tan extraño!
MAURICIO. ¡Válame Dios, qué ruído!
Mina de pólvora ha sido.
CARRILLO. ¡Oh, Dios! ¿Se ha hecho algún daño?

(*Sale un* ARTILLERO, *quemado toda la cara.*)

ARTILLER. ¡Que me abraso, que me quemo!
¿Hay quien se duela de mí?
Denme agua, si hay agua aquí.
De mi paciencia blasfemo.
MAURICIO. ¿Quién es éste?
CARRILLO. El Artillero.
ARTILLER. ¡Agua!
MAURICIO. ¡Jesús sea contigo!
¿Cómo vienes así, amigo?
ARTILLER. Déjame, que desespero;
que estoy en el Purgatorio
o en el Infierno penando.
Corré, que se está abrasando
el Príncipe en su oratorio,
porque una mina de fuego
le he disparado.
CARRILLO. ¡Ah, traidor!
¿Al Príncipe, mi señor?
Vamos a buscalle luego.

(*Corren una cortina y está el* PRÍNCIPE *de rodillas elevado ante San Jacinto, que está en un altar.*)

¡Extraño caso! ¿Qué es esto?
MAURICIO. ¡Parece que está elevado!
CARRILLO. (Seguro está y descuidado
de la mina que le han puesto.)
¡Príncipe mío! ¡Señor!
PRÍNCIPE. ¡Oh, maestro! ¿Qué decís?
¿Qué es eso? ¿Cómo venís
tan mudado de color?
CARRILLO. Este es milagro notorio.
¿Libre estáis? Pues imagina
que han disparado una mina
debajo de tu oratorio.
PRÍNCIPE. No he sentido nada.
CARRILLO. ¡Ay, Dios;
más confuso me has dejado!
PRÍNCIPE. Callad, que os han engañado.
MAURICIO. Es, sin duda.
PRÍNCIPE. ¿También vos?

(*Vuelve a salir el* ARTILLERO.)

ARTILLER. ¡Agua!
MAURICIO. Muera tu enemigo,
que a pagar su culpa viene.
PRÍNCIPE. Bien castigado le tiene
su traición; dejalde, amigo.
Pues, artillero, ¿qué es esto?
ARTILLER. La verdad te he de decir,
que mal la podré encubrir

(1) "Interese" no consuena con "parece" ni "merece".

en el paso en que estoy puesto.
Mira por tu vida; advierte
que ofrece el Marqués perjuro
diez mil doblas de oro puro
a quien te diere la muerte;
y yo del falso interés
persuadido y engañado,
fácilmente me han doblado
las promesas del Marqués.
Y, como ya te es notorio,
hice una mina de fuego,
y avisóme el Marqués luego
que estabas en tu oratorio.
Y habiéndola disparado
con una furia excesiva,
en vez de ir el fuego arriba,
reventó por otro lado.
Y llevándose tras sí
el lienzo de un muro grueso,
que cayó luego de peso,
y a diez que estaban allí
de mis compañeros pienso
que vivos les enterró,
y que la pared les dió
para mortaja (1) su lienzo.

(*Cae.*)

PRÍNCIPE. ¿Murió ya?
MAURICIO. Murió.
PRÍNCIPE. Alto, pues.
Llevalde adentro, y secreto.

(*Llévalo* MAURICIO *al muerto.*)

Maestro, en notable aprieto
me va poniendo el Marqués,
porque es cabeza este fiero
de herejes y, sobre todo,
mayor hereje en su modo
que fué Calvino y Lutero.
Y pues tú eres el crisol
de la verdad que defiendo,
en tus manos me encomiendo,
que eres cristiano español.
Mira con ojos de padre
las lágrimas de los míos,
que, por llegar a ser ríos,
llegan a salir de madre.
Haz de tus consejos sabios
los alardes que solías,
que soy niño que me crías
con la leche de tus labios.

(1) En el texto dice "muralla", errata evidente.

CARRILLO. ¡Oh, príncipe Sigismundo!
PRÍNCIPE. ¿Qué quieres hacer?
CARRILLO. Querría (1)
postrar la cabeza mía
a la cabeza del mundo.
Que pues el fuego cruel
sujetas a tu obediencia
y te saca tu inocencia
como a los tres niños dél,
el cielo tendrá cuidado,
como hasta aquí lo ha tenido,
de defender el partido
que tú en su nombre has tomado.
Por la parte de Alemania
dejo las paces juradas,
pero muy aventajadas
al reino de Transilvania.
Y en ellas te dan mujer
de la casa de Austria. ¡Mira
si el Imperador aspira
a tu amistad!
PRÍNCIPE. ¿Qué he de hacer
sino darte el parabién
deste favor soberano,
que me viene de tu mano,
y aun besártela también?
Toda esta ventura extraña
se debe a tu diligencia:
hijo soy de tu obediencia,
si tú eres hijo de España.
Vuelve otra vez a Alemania,
y dile al fuerte alemán
en el estado en que están
las cosas de Transilvania,
y que mi celo no fué
en emprender esta guerra
sino defender su tierra
y sustentar nuestra fe,
y sacar mis transilvanos
de abatida servidumbre,
quitando esta vil costumbre
de salir contra cristianos.
¿Qué dices desto?
CARRILLO. Que vienes
a mucho riesgo, señor,
de la vida si el favor
del Imperador no tienes.
Pero de mi parte ofrezco
la diligencia que pida
el peligro de tu vida.
PRÍNCIPE. Amigo, yo te agradezco

(1) En el texto "Quiero".

la diligencia que pones
de tu parte y de la mía
en ponerme cada día
en nuevas obligaciones.
Y pues ya la dilación
me podría dañar, vete.

PRÍNCIPE. Volveréme a mi retrete,
a acabar mi devoción.

CARRILLO. Premie, como puede, el cielo,
¡oh, Príncipe generoso!
ese pecho religioso
lleno de piedad y celo.
Y guárdete Dios.

PRÍNCIPE. Amigo,
dame las manos.

CARRILLO. Señor,
los brazos dirás mejor.
Adiós.

PRÍNCIPE. El vaya contigo.

(*Vase* CARRILLO.)

Esto emprendo con seguro,
Señor, de que venceré,
que puede mucho la fe
con que vuestro honor procuro;
que a esta jornada me inclina,
no la ambición del reinar,
sino el deseo de juntar
la Iglesia griega y latina.
De do claro se colige
que esos pensamientos son
hijos de mi corazón
y del cielo que me rige.

(*Sale* MAURICIO.)

MAURICIO. Príncipe, un embajador
del Turco pide licencia
para entrar en tu presencia.
¿Quieres dársela, señor?

PRÍNCIPE. Entre; sin duda me teme
el Turco, pues cada día
embajadores me invía.
El cielo su ayuda déme.

(*Sale un* EMBAJADOR *turco.*)

EMBAJAD. Invencible Sigismundo,
que para que al mundo alteres,
el nombre dice quién eres,
aunque ya lo dice el mundo.
El monarca dél te invía
el parabién del Estado,
y un presente que ha juntado
de lo mejor de Turquía.
Recibe esta carta suya,
y haz que nos dejen aparte,
que tengo mucho que hablarte
de mi persona a la tuya.

PRÍNCIPE. ¿Qué? ¿Ya el Turco se me allana?

MAURICIO. No lo tengo yo por bueno,
que es estilo muy ajeno
de la soberbia otomana.

PRÍNCIPE. Abre esta carta que trae,
y no te espantes, Mauricio,
que no es fuerte el edificio
que por sí propio (1) se cae.

(*Lee* MAURICIO *alto la carta.*)

"Sultán Mahometo, Emperador de Constantinopla, de Roma, de Africa, de Asia y Trapisonda, Rey de Ponto, Bitinia, Acaya, Arcanabia, Armenia, Arabia, Turquía, Rusia; Señor de la gran Tartaria mayor y menor y de todas sus provencias; Soldán de Babilonia, de Persia y de Egipto y de la grande India; Señor de toda la tierra que riega el gran río Ganges con todos sus siete ramos, y universalmente de cuanto el sol con su veloz curso rodea; descendiente de la alta y temida casa otomana; hijo de Amurates y nieto del gran Selín, destruidor del pueblo cristiano y domador del universo | A ti, el cristianísimo Sigismundo invictísimo, príncipe de Transilvania y dignísimo descendiente de la casa batorea, invío salud para que con más razón ejecute en ti y en todos tus vasallos todo el rigor que suelo con mis rebeldes si luego no dejares las armas que contra mí injustamente has tomado en favor de Rodulfo, emperador que dice ser del Poniente, contra quien voy con todo mi poder para castigar en su persona éste y los demás agravios que dél tengo recebidos. Ahí te invío a Ardaín bajá para que de mi parte jure, firme y asiente las paces que contigo hacer deseo, y porque quiero premiar ese valor militar de que te precias, te confirmo en el reino de Transilvania y te restituyo las provincias que desa corona fueren o hayan sido de cien años a esta parte, y te absuelvo del feudo y vasallaje que los demás vaivodas, mis súbditos, rinden y pagan a mi soberano Imperio, y te perdono todos los agravios que me has hecho, como adelante no te atrevas a mi poder infinito. Recibe seis ropas de brocado, doce alfanjes guarnecidos de oro, cuatro jae-

(1) En el original "su proprio".

ces de caballos; todo eso recibe de mi fuerte y poderosa mano, la cual te doy de amigo y palabra de serlo de la imperial ciudad de Constantinopla, donde fueron vencidos, muertos y destruídos vuestros antepasados por no haberse querido sujetar a los míos. Año primeiro de nuestra coronación, novecientos noventa y cinco de la híjara (1) de Mahoma y del nacimiento de vuestro Dios, mil quinientos noventa y cinco.—*Yo, el Gran Señor.*"

PRÍNCIPE. ¿Qué dices?
MAURICIO. Que es nuevo estilo.
PRÍNCIPE. Es sirena natural,
que canta bien y hace mal,
y halagos de cocodrilo.
EMBAJAD. A solas en este puesto
quisiera comunicarte.
PRÍNCIPE. Retírate a aquella parte.
MAURICIO. No puedo entender qué es esto.
Que el Turco se humille tanto,
que le escriba de su mano
por un estilo tan llano,
digo que me pone espanto.
Pero ¿qué griego o tebano,
persa, asirio o macedonio,
egipcio o lacedemonio,
godo, español o romano,
quién, con edad tan reciente,
tuvo tan suspenso el mundo,
y quién, sino Sigismundo,
vence al Turco fácilmente?
¿Quién con ánimo tenaz
tantas veces le ha vencido,
que forzado o oprimido
se allana a pedille paz?

(*Todo este tiempo han hablado el* PRÍNCIPE *y el* EMBAJADOR.)

PRÍNCIPE. Mi resolución es ésta,
descansa de persuadirme,
que no podrás conducirme
a que te dé otra respuesta.
Junte todo su poder
y venga, que no en el mío,
sino en el de Dios confío,
que le tengo de vencer.
EMBAJAD. Tu amistad pretende ya.
PRÍNCIPE. Yo no pretendo la suya.
EMBAJAD. Pues ¿quieres que te destruya
sin remedio?
PRÍNCIPE. No podrá.
EMBAJAD. ¿No? ¿Con qué poder te esfuerzas,
o qué fuerzas son las tuyas
para resistir las suyas,
que son más que humanas fuerzas?
PRÍNCIPE. ¿Más que humanas son? Pues fía
que podré vencerlas.
EMBAJAD. ¿Qué es de ese poder?
PRÍNCIPE. ¿No ves
que Dios el suyo me invía?
EMBAJAD. ¿Dios te invía su poder?
PRÍNCIPE. Pues ¿cómo pudiera yo
venceros mil veces? ¿No
se ha echado muy bien de ver?
EMBAJAD. Pues fíate mucho deso.
PRÍNCIPE. ¿De quién quieres que me fíe
sino de Dios?
EMBAJAD. El te invíe
menos poder y más seso,
que estás loco rematado.
¿Y con todo ese favor
te atreves al Gran Señor,
que las paces le has negado?
Toma ese poder, que ya
Mahometo el suyo toma.
PRÍNCIPE. Yo con Dios, él con Mahoma,
veamos quién más podrá.
Yo católico, él infiel;
yo con valor y él no sé;
él sin Dios y yo con fe,
mira si podré más que él.
EMBAJAD. Pues dile a ese Dios que acuda
y te invíe su poder,
que bien lo habrás menester
esta vez, y aun Dios y ayuda.
PRÍNCIPE. Vete.
EMBAJAD. Mira que me voy.
PRÍNCIPE. Mira que te vayas.
EMBAJAD. ¿Tardo?
PRÍNCIPE. Sí.
EMBAJAD. Ya vuelvo.
PRÍNCIPE. Y te aguardo.
EMBAJAD. ¡Bravo eres!
PRÍNCIPE. ¡Bravo soy!
EMBAJAD. ¡Santo Alá!
PRÍNCIPE. El presente lleva,
que me parece delito,
por ser de infiel, si lo admito.
EMBAJAD. ¡Que éste al Gran Señor se atreva!
¿Quién le esfuerza? ¡Por Alá,

---

(1) Ya antes empleó esta forma para designar la *hégira*.

que es hombre de gran valor!
No sin causa el Gran Señor
empieza a temelle ya.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. Sed siento; dadme a beber.
MAURICIO. De albricias, estoy por darte
la vida (que he de quitarte),
por ello voile a traer.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. Terrible resolución
es la mía. ¿Quién me anima
contra el Gran Turco? ¿Qué enigma
es ésta de confusión?
¿Qué gente tengo de guerra
para la [acción] que prevengo?
¿Qué favor de amigos tengo,
o qué amigos en mi tierra?
Pues ¿en qué estribo? ¿Qué es esto?
Las paces quiero aceptar
del Turco, pues conservar
podré mi reino con esto.
Del Emperador condeno
la amistad, pues me ha obligado
a que yo pierda el Estado
por defender el ajeno.
Pero ¿qué digo? ¿Tan presto
mis pensamientos volvieron
al centro de do salieron,
de la alteza en que me han puesto?
¡Vive Dios, que soy cobarde!
¿Tal he dicho y no me corro?
No quiero humano socorro,
sino el que Dios me guarde.

(*Sale* MAURICIO *con un vaso para beber.*)

MAURICIO. (Temblando voy con razón;
que es este Príncipe un mostro
de presagios, y en el rostro
llevo impresa la traición.
Volverme quiero, que estoy
turbado, y daréle indicio
de mi maldad.)
PRÍNCIPE. ¡Ah, Mauricio!
¿Qué haces?
MAURICIO. (¡Perdido soy!)
Tráigote el vaso, señor.
PRÍNCIPE. Dámele.
MAURICIO. Toma.
PRÍNCIPE. ¿Qué es esto
que traes?
MAURICIO. (*Tiembla.*) ¿Qué traigo?
PRÍNCIPE. ¿Tan presto
has mudado de color?
¿De qué tiemblas?
MAURICIO. No lo sé.
PRÍNCIPE. ¿No lo sabes? Pues yo sí.
¿Qué me das, Mauricio aquí?
MAURICIO. Lo que mandas que te dé.
PRÍNCIPE. ¿No otra cosa?
MAURICIO. No, señor.
PRÍNCIPE. Pues ¿de qué tiemblas? ¿Qué tienes
que tan azogado vienes?
¡Ah, traidor!
MAURICIO. ¿Yo soy traidor?
PRÍNCIPE. Pero espántome, Mauricio,
que teniendo por maestro
al Marqués, no salgas diestro.
MAURICIO. ¿Yo traidor?
PRÍNCIPE. Purga el indicio.
Salva esta copa si estás
salvo de ella.
MAURICIO. Haréla salva.
pues mi inocencia me salva.
PRÍNCIPE. Yo sé bien que no la harás.
MAURICIO. (Mi muerte es cierta. ¿Qué espera?
Descubriré la traición
y pediréle perdón,
pues es clemente y no fiera.
Pero no, que me avergüenza
mi propia maldad. ¡Ah, suerte!
morir quiero, que harta muerte
es padecer la vergüenza.)

(*Va a beber y detiénele el* PRÍNCIPE *el brazo.*)

PRÍNCIPE. ¡Tente!
MAURICIO. ¿Por qué?
PRÍNCIPE. Porque tengo
más lástima yo de ti
que tú has tenido de mí,
y del daño te prevengo
que tú habías prevenido
para matarme, y advierte
que así libro de la muerte
al que matarme ha querido.
Pero no me espanto, no,
de que matarme intentaras,
pues tú propio te mataras
si no lo estorbara yo.
Dime, Mauricio traidor,
¿qué te he hecho yo? ¿Qué ofensas
con mi muerte recompensas?
¿Qué agravios vengas de honor?

¿Quién te pudo persuadir,
Mauricio, al aleve trato?
Habla, ¿qué dices, ingrato?
Mas ¿qué tienes de decir?
¡Ah, Cielo piadoso y justo!
¿Qué maravillas son éstas
que hoy al mundo manifiestas
por un príncipe, que al justo
quieres que viva de gracia?
Esta vida te consagro,
que pues vivo por milagro,
no moriré por desgracia.

MAURICIO. Príncipe, el Cielo sin duda
inspira en tu pecho fiel
los secretos que hay en él,
pues con milagros te ayuda.
Castiga el más falso trato
que cupo en pecho jamás,
y mátame, no por más
de castigar un ingrato.

PRÍNCIPE. En efeto, ¿has confesado?

MAURICIO. Es que pretendo, señor,
ser mártir y confesor.

PRÍNCIPE. Dime, pues, ¿quién te ha incitado
a este trato desleal?

MAURICIO. ¿Quién? El Marqués, tu contrario,
el Conde y el Cancelario
y tu primo el General.

PRÍNCIPE. ¿Mi primo?

MAURICIO. Sí.

PRÍNCIPE. ¡Oh, sangre infiel!
Pero aquella parte aleve
es de Caín, que se atreve
a la inocencia de Abel.
Pero ¿yo no lo invié
contra el Tártaro?

MAURICIO. Así es;
pero incitóle el Marqués
a que no fuese.

PRÍNCIPE. ¿No fué?

MAURICIO. Fué; pero puso la gente
en parte que no estorbó
al Tártaro, que pasó
por tu reino libremente.

PRÍNCIPE. ¿Luego le dió franco el paso
contra Alemania?

MAURICIO. Eso es.

PRÍNCIPE. ¿Tú lo sabes?

MAURICIO. El Marqués
me descubrió todo el caso.

PRÍNCIPE. ¡Oh, mal cristiano! ¡Ah, traidor!
¡Ah, falso primo, sin honra,
oprobio, mengua y deshonra
de la casa de Bator!
Yo daré el medio que importe
a mi salud.—¿Dó quedó
el Marqués?

MAURICIO. Hoy se salió
por la posta de tu corte
con el Cancelario.

PRÍNCIPE. Y ¿adónde?

MAURICIO. De lo que yo he colegido,
imagino que se han ido
a juntarse con el Conde,
que hacen liga de secreto
contra ti en Torda.

PRÍNCIPE. ¿Quién son
los de la liga y unión?

MAURICIO. El Gran Turco Mahometo
y cuasi todos los grandes
del reino de Transilvania,
que ofrecen contra Alemania,
Bohemia, Austria y Flandes,
su poder, y en el concierto
cada uno, por su parte,
se obligan que han de entregarte,
al Gran Turco preso o muerto.

PRÍNCIPE. ¡Ah, traidores! ¡Ah, villanos!
¡Vil canalla! ¡Infame grey,
del peor trato y baja ley
que vivió en pechos cristianos!
Y tú, ¿qué aguardas aquí?
Pues estás ya perdonado,
vete a poner en sagrado,
si hay sagrado para ti.
Huye mi furia, que rabio
mordido de mi rigor,
porque te veo, traidor,
en las aguas deste agravio.

MAURICIO. (Furioso está; no le aguardo.
Huír de su furia quiero,
que reportado es cordero,
mas enojado que león pardo.)

(*Vase.*)

PRÍNCIPE. ¿Qué hago aquí? ¡Armas! ¡Guerra!
Quiero juntar mi poder,
si tengo alguno, y poner
mañana a Torda por tierra.

(*Tiran una flecha, y della asida una carta.*)

Pero ¿quién será el traidor
que ésta me escribe? Yo fío
que es carta de desafío,
pues la trae el portador.

(*Lee la carta.*)

"Avisámoste que hoy se cumplen los cinco días, y mañana, dende esta fuerza de Torda, donde nos habemos recogido, saldremos a quitarte el reino y la vida. Aquí tenemos preso a tu maestro y condenado a muerte. Mira lo que te importa.—*Los caballeros de Torda.*"

¡Oh, español! Fiel secretario
del alma y de su conceto,
de mis secretos secreto
general depositario,
y tú, Marqués sin piedad,
afloja el lazo si está
en tu cuello, que a mi ya
me ahoga el de la amistad.
¡Ah de mi guarda! ¿Qué es esto
que no me acuden? ¡Hola, hola!
La antecámara está sola.
¿Dó se apartaron tan presto?

(*Va a salir y encuentra un Cristo en el suelo con una flecha.*)

Mas ¿qué es aquésto, mi Dios?
¿Vos, Señor mío, en el suelo?
Pero no; estáis, sí, en el cielo,
que no hay suelo para vos.
¿Qué humildad es esta vuestra?
¿Vos entre los pies? Alzad,
mirad quién sois, mirad
que el Padre os pone a la diestra.
Si por escarnio y bajeza
os ponen a vos, mi Dios,
a los pies, yo os pongo a Vos
encima de mi cabeza.
Pero ¿qué es esto, Señor?
¿Otra vez pasado el pecho?
Pues no es amor quien lo ha hecho,
que no es la flecha de amor,
aunque fué al pecho derecha.
¡Venganza, Señor, venganza!
¡En Jerusalén con lanza
y en Transilvania con flecha!
Pues poderoso sois Vos,
aunque os acabo de alzar
del suelo para vengar
las injurias de los dos.
Todos me han desamparado,
sólo Vos, que me amparáis,
como de humilde os preciáis,
precias mucho al humillado.
Mi guarda no será bien
que entre a saber qué se ha hecho,
que, pues no sale, sospecho
que me han dejado también;
que al Marqués todos lo siguen.
¿Ah, soldados de mi guarda,
si hay alguno que me guarda
donde tantos me persiguen?
¡Que me han dejado y se han ido!
¡Que en toda mi casa [no] hallo,
Dios mío, un leal vasallo
ni un criado agradecido!
¿De qué príncipe se cuenta
caída como la mía?
¿Qué rey se vió en solo un día
en tanta angustia y afrenta?
¿Qué habemos de hacer, mi Dios,
o qué aguardamos aquí,
Vos perseguido por mí
y yo dejado por Vos?
Huyamos, Señor, que el vil
Marqués nos persigue en vano:
huíd agora de un cristiano,
pues huíste de un gentil.

(*Vase el* PRÍNCIPE. *Salen el* MARQUÉS *y un* VERDUGO *y* CARRILLO, *el maestro.*)

MARQUÉS.

Haz tu oficio, villano.—No repliques,
alevoso español, que si te precias
de tan celoso de la fe de Cristo,
ella te salvará y tus buenas obras.
Encomiéndate a Dios y ten paciencia.

CARRILLO.

¿Qué razón hay, Marqués, ya que sin ella
me condenas a muerte por tu gusto,
que por el mío, que es muy justo y santo,
no me des una cruz para que muera
consolado con ella?

MARQUÉS.

Ese consuelo
no quiero darte yo.

CARRILLO.

¿Por qué, tirano?

MARQUÉS.

Agora, hipocritón, sabe que en nada
pretendo darte gusto. ¿Quién te trajo
de España a Transilvania a ser maestro
del Príncipe y de todas las cizañas
que ha sembrado tu industria y su arrogancia?

(*Salen el* CONDE *y* GENERAL *y el* CANCELARIO.)

CONDE.

¡Grandes nuevas, Marqués!

MARQUÉS.

¿Qué hay, Conde? ¿Hay algo
del Príncipe?

CONDE.

El suceso más extraño
que pudiera pensarse.

CARRILLO.

(¡Ay, Dios! ¿Qué es esto?)

CONDE.

Del reino ha salido tan secreto,
que nadie lo ha sentido.

MARQUÉS.

¿Qué habrá sido
la causa de su (1) ausencia?

CONDE.

La de todos,
pues lo han dejado hasta sus mismos pajes,
y aun sus deudos también, pues que su primo
Baltasar Batoreo es de los nuestros.

MARQUÉS.

¿Sabéis cierto que el Príncipe se ha ido
del reino?

CONDE.

El mayordomo, que ya es nuestro,
y todos los que vienen de Alba Julia,
afirman que esta noche, solo y triste,
encubierto con ella, y disfrazado
por no ser conocido de los nuestros,
se salió en un caballo de su casa,
no saben para dónde.

MARQUÉS.

¡Gran suceso!
Que el Príncipe ha dejado el reino.

CARRILLO.

No
puedo persuadirme a semejante
error.

MARQUÉS.

De albricias (2)
quiero darte la vida y un caballo
en que te salgas luego por la posta.

CARRILLO.

¿En efeto me dices que me vaya?

MARQUÉS.

Sí; pero advierte que sea con secreto,
por el peligro de tu vida propia.

(1) En el texto "tan súbita" en lugar de "su", lo que hace el verso muy largo.
(2) Verso muy incompleto.

GENERAL.

Camina.

CONDE.

Vete.

CARRILLO.

Iréme por la posta.

(*Vase.*)

MARQUÉS.

Señores, ya sabéis, y os consta a todos,
el peligro en que está la patria nuestra
por la elección pasada, y que al Gran Turco,
protector de estos reinos, se le debe,
como a señor que es dellos, la obediencia.
Sigan lo que disponen nuestras leyes
juradas y guardadas por los príncipes
de la famosa casa sepuriense,
las cuales Segismundo, con violencia,
no sólo las deroga, anula y rompe,
pero levanta guerra injusta al turco;
y habiendo puesto el reino en el peligro
que hoy, como veis, está por sus insultos,
secretamente se ha ausentado. Digo
que en su lugar se nombre, si os parece.
por Príncipe a...

CONDE.

Tené, Marqués. ¿Qué es esto?

(*Suenan cajas y dicen dentro:*)

DENTRO.

¡Viva el Príncipe y mueran los rebeldes!

MARQUÉS.

¿Qué estruendo es éste, y alboroto, y grita?

(*Sale* MAURICIO *herido.*)

MAURICIO.

¿Qué aguardáis? Poneos en cobro.
Huíd, que viene ya sobre vosotros
la furia popular con tanta rabia,
que a cuantos topan hacen mil pedazos,
diciendo: ¡Viva Segismundo y mueran
los traidores rebeldes! Y tras desto,
asaltando las casas de los nobles,
las han puesto por tierra, degollando
hasta los inocentes hijos nuestros.
La guarda han embestido, y fácilmente
por ella rota llegan ya a las puertas
deste alcázar insigne y fortaleza.
De muerte vengo herido, por lo menos.

MARQUÉS.

¿Vióse jamás tan gran mudanza, y vióse
tan grande atrevimiento de villanos?

(Salen los leales con arcabuces, palos y otras armas y con el rostro del Príncipe *pintado por bandera y un Crucifijo encima, y huyen los* Grandes.)

Primero.

¡Que se van! ¡Que se escapan! ¡Mueran!
¡Daldes!
¡Traidores! ¿Dónde vais, Marqués cobarde?
Y tú, generalillo afeminado,
que huíste del Fanal como quien eres,
de tres desnudos tártaros, espera;
espera, hermafrodito, aleve primo
del príncipe más fiel que tiene el mundo.

Segundo.

Tú, Condesillo de Alba, ¿dó te subes?
¿Piensas que estás seguro en esta torre,
aunque Nembrot te dé su milagrosa?

Tercero.

Y tú, Alejandro, chendí, cancelario,
falsario, ¿quién te hizo a ti soldado?
Toma la pluma, infame, si con ella
sabes reñir mejor que con la lanza.
Plumas has menester para escaparte;
pero no te valdrán, aunque hasta agora
por tus pulgares y ellas te has valido.

Cuarto.

Y vosotros, traidores, sus consortes,
luteranos, ¿pensáis que nuestro Príncipe,
que tantas veces ha vencido al Turco
con su valor y el nuestro, no le queda
en su reino poder para cobrarlo?
Amigos tiene en él tan poderosos
como todos vosotros, y más fieles.

(Asómase arriba el Marqués.)

Marqués.

Amigos, escuchad, que yo os prometo,
en ley de noble, de acudir en todo
al provecho común y daros gusto.
¿Qué buscáis? ¿Qué pedís o por qué causa
os habéis hoy juntado dese modo?
¿Qué queréis de nosotros?

Primero.

Nuestro Príncipe.

Marqués.

Pues ¿tenémosle aquí?

Segundo.

No; pero es cierto
que por vosotros anda desterrado.

Marqués.

Mirad que os engañáis.

Tercero.

¡Muera el aleve!

(Danle. Retírase, y asómase el Conde.)

Conde.

Paso, silencio; oídme una palabra
y matadme después.

Cuarto.

Di, afeminado,
que eso será más presto que tú piensas.

Conde.

Amigos, bien os consta, y es notorio
la ausencia que hoy ha hecho de Alba Julia
el Príncipe.

Soldado.

Pues bien.

Tercero.

Prosigue.

Cuarto.

Habla.

Conde.

Atento a eso, el Marqués y el Cancelario,
y todos los demás Grandes del reino,
nos habemos juntado en esta villa
a elegir otro Príncipe que saque
del peligro en que al presente está este reino,
por haber incitado Segismundo
el poder otomano contra el nuestro.

Segundo.

¡Muera!

Primero.

Oíd; a eso os respondemos
que ya elegimos príncipe a quien todos
vosotros, y nosotros igualmente
fidelidad juramos y obediencia.
Este es el natural Príncipe nuestro,
y mientras él viviere y no renuncie
la elección hecha en él, y nos absuelva
del juramento, ningún traidor se atreva
a tratar de elegir príncipe nuevo.
Y así, en nombre de todos, os requiero
que nos deis nuestro Príncipe, o por ello
moriréis abrasados como herejes.

(Asómase el Cancelario.)

Cancelario.

Amigo, ¿qué decís? ¿No ves que el Turco
nos ha de destruír por él?

Tercero.

¡Cobardes!

Dadnos a nuestro Príncipe, que él basta
para el poder del Turco. ¿No se ha visto
esta verdad por experiencia en Lipa,
donde, con mil católicos, ha roto
mil veces veinte mil y más genízaros?
No conocemos Príncipe, alevosos,
si a fiel original deste traslado,
que no podrá borrar de nuestros pechos
la incostancia del tiempo ni la vuestra.

CANCELARIO.

¿Tenémosle nosotros? ¿No se sabe
que él ha dejado el reino por su gusto?

CUARTO.

Buscalde, que os importa que parezca.

GENERAL.

¿Cómo quieres que le busquemos? Danos
libertad para ello.

PRIMERO.

Aquésa os niego.

SEGUNDO.

¿Quién nos dará seguro de vosotros?

MARQUÉS.

Rehenes os daremos.

SEGUNDO.

Vuestros hijos.

CONDE.

Somos contentos dello.

CUARTO.

Y más, queremos
que llaméis luego a Cortes, donde el Príncipe
y todos los católicos asistan
al bien común, que yo sé que está presto
a defender el reino de los turcos.

GENERAL.

¿Cómo sabéis del Príncipe ese intento?

CUARTO.

Porque él, por memoriales que ha esparcido
por todo el reino, nos avisa dello.
Dice que a nadie absuelve de la jura
que de fidelidad le habemos hecho,
que miren por sí todos, que él se ausenta
para poner en cobro su persona,
que ha sabido que tratan sus vasallos
su muerte porque toma contra infieles
las armas en favor de los cristianos.
Que no saldrá del reino hasta que el cielo
vuelva por su verdad y por sus cosas.
Esto ha escrito a mil partes por su mano.

MARQUÉS.

¡Brava industria!

CONDE.

Divino pensamiento
para que no salgamos con el nuestro.
Sin duda Dios le inspira, porque un mozo
de tan poca experiencia y pocos años
no pudiera escapar de tantos lazos
sin caer en alguno.

GENERAL.

Es prodigioso
en eso y lo demás.

MARQUÉS.

Ya esto es hecho.
Aquí nos ofrecemos de buscalle
y traelle a la Corte.

CUARTO.

Los rehenes.

MARQUÉS.

Nuestros hijos serán.

PRIMERO.

De nuestra parte
seguridad os doy, como católico.

TERCERO.

Rendíos y rendidnos vuestros hijos,
tendréis la libertad luego por ellos,
y no de otra manera.

CUARTO.

¡Viva el Príncipe,
a pesar de traidores!

MARQUÉS.

(¿Que tal pasa?
¡El alma de coraje se me abrasa!)

(*Vanse todos. Sale el* PRÍNCIPE *solo.*)

PRÍNCIPE. Huyendo de la inclemencia
de los míos, he querido
hacer de mi Corte ausencia
hasta que Dios sea servido
de volver por mi inocencia.
Que aunque es verdad que a la mía
Su Majestad siempre acude,
parecióme que sería
tentar a Dios que me ayude
con milagros cada día.
Señor, yo estoy muy contento
con vuestra fe y sin corona,
aunque en este abatimiento
sólo cayó mi persona,

pero no mi pensamiento;
que éste no podrá caer,
porque es tan alto, que pasa
los límites de poder,
que es hijo de vuestra casa
y la sabrá defender.

(*Sale* CARRILLO *solo.*)

CARRILLO. (Hoy del morir al vivir
me saca mi diligencia,
y he conocido, al salir,
que es mucha la diferencia
que hay del correr al huír.
Que el Marqués, porque me vaya
de todo el reino en un día,
hizo el miedo que me traya
hasta la raya de Hungría,
porque ha pasado de raya.)
Pero ¿qué es esto que veo?
¿No es el Príncipe? Sí, él es,
si no me engaña el deseo.
¡Que me han traído mis pies
a los tuyos, no lo creo,
Príncipe!

PRÍNCIPE. Maestro, ¿es cierto
que eres tú?

CARRILLO. ¿Qué haces así
solo y en este desierto?

PRÍNCIPE. ¿Cómo has tú venido aquí,
que te he llorado por muerto?
Y ¿cómo agora resisto
las lágrimas, que no saltan
del placer de haberte visto?

CARRILLO. Pues a mí, señor, me faltan,
no es mucho.

PRÍNCIPE. Dime, por Cristo,
¿quién te libró de la muerte?
Que estoy loco del suceso.

CARRILLO. Tú mismo.

PRÍNCIPE. ¿Yo mismo? Advierte
que me haces perder el seso.
¿De qué suerte?

CARRILLO. Desta suerte:
Tuvo noticia el Marqués
del mayordomo traidor,
según me dijo después,
que iba por embajador
a Praga segunda vez, (1)
y despachó tras de mí
quien me prendiese, y tras desto
procediendo contra mí,
condenóme a muerte, y puesto
cuasi en la horca me vi,
y aun la esperanza perdida;
pero el Mauricio le dió
aviso de tu salida,
y de albricias me otorgó
la libertad y la vida.
Pero tú, ¿cómo has dejado
el reino?

PRÍNCIPE. ¡Pobre de mí!
Bien sabéis lo que ha pasado.
El reino me dejó a mí.

CARRILLO. Ya yo estoy bien informado.
Pero, señor, ¿qué has tenido?
que estoy espantado en verte
tan flaco y descolorido.
¿Qué tienes?

PRÍNCIPE. Hambre de muerte.
Tres días hay que no he comido.

CARRILLO. ¿Qué dices? Que estoy en calma.

PRÍNCIPE. Que me des algo que coma,
que estoy para dar el alma
de hambre.

CARRILLO. Príncipe, toma,

(*Dale una caja de conservas.*)

que bien mereces la palma
de abstinente.

PRÍNCIPE. No he hallado
de quien poderlo tomar
en todo este despoblado,
ni en todo el reino lugar
que ya no esté levantado.

CARRILLO. ¿Qué fuerza es esta que está
cuasi en la raya de Hungría?

PRÍNCIPE. Lugos pienso que será.

CARRILLO. ¿Parécete que podría
llegarme, señor, allá?

PRÍNCIPE. Sí; pero no vas seguro
de algún daño.

CARRILLO. Ya se ofrece
ocasión: yo me aventuro,
que encima el muro parece
un hombre llegó.—¡Ah del muro!

(*Está en lo alto* AURELIO, *soldado.*)

¡Ah de lo alto!—Acudió.

AURELIO. ¡Ah de lo bajo! ¿Qué quieres?

CARRILLO. ¿Quién vive?

AURELIO. Eso digo yo.

CARRILLO. ¿Qué fuerza es ésta?

AURELIO. ¿Quién eres?

(1) "Vez" no es consonante de "marqués".

CARRILLO. Un extranjero que entró
hoy en el reino.
AURELIO. ¿Entraste?
Este es Lugos.

(*Levántase el* PRÍNCIPE, *que estaba echado.*)

PRÍNCIPE. Di, ¿por quién
está esa fuerza?
AURELIO. ¡Sus, baste!
(Espías son.) Y, pues bien,
¿para qué lo preguntaste?
¿Qué te importa?
PRÍNCIPE. Alguna cosa,
pues lo pregunto.
AURELIO. (Esta gente
me parece sospechosa.)
Quiero despacharlos. (*Encárales.*)
CARRILLO. Tente:
tu muerte es cierta y forzosa.
Retirémonos afuera.

(*No quiere tomar fuego la escopeta.*)

AURELIO. ¿Cómo no sale? ¿Qué azares
son éstos de hoy?
PRÍNCIPE. Espera.
AURELIO. ¿Qué quieres?
PRÍNCIPE. Que no dispares.
AURELIO. No, que no puedo aunque quiera.
PRÍNCIPE. Escucha; acaba.
AURELIO. Di, pues.
PRÍNCIPE. ¿Por quién en la fuerza estás?
AURELIO. Por el Príncipe.
PRÍNCIPE. ¿Quién es
el alcaide?
AURELIO. Barrabás.
PRÍNCIPE. ¿Qué? ¿No está por el Marqués?
¡Gran suerte!
AURELIO. No conocemos
sino al Príncipe nosotros,
por quien la fuerza tenemos.
PRÍNCIPE. Más lealtad hay en vosotros
que en todo el reino.
AURELIO. Sabemos
quién es el Príncipe.
PRÍNCIPE. Y él
sabrá premiaros por ello.
¡Oh, vasallo noble y fiel!
Mucho debes de querello.
AURELIO. Daría la vida por él,
y todos los de la villa
harán lo mismo que yo.
PRÍNCIPE. ¡Oh, qué nueva maravilla!
¿Cuándo esta lealtad se vió
en tu reino de Castilla,
que se dice por acá
que todo en ella se encierra?
CARRILLO. Y aun en esta villa está
toda la que hay en tu tierra.
PRÍNCIPE. Bien se ha encarecido ya.—
Si aquí el Príncipe llegara,
¿dierasle por tu pertrecho
puerta?
AURELIO. Cuando le faltara,
yo se la abriera en mi pecho
para que por ella entrara.
PRÍNCIPE. ¡Oh, fiel vasallo! No es bien
estar ya más encubierto.
Yo soy el Príncipe.
AURELIO. ¿Quién?
PRÍNCIPE. El Príncipe soy.
AURELIO. ¿Es cierto?
PRÍNCIPE. Baja a abrirme, amigo, ven.
AURELIO. ¿Tú eres el Príncipe?
CARRILLO. El es.
AURELIO. Aguarda, me arrojaré
por la muralla a tus pies,
pues con esto llegaré
más presto a que me los des.

(*Arrójase.*)

CARRILLO. Por el muro se arrojó.
PRÍNCIPE. ¡Oh, ejemplo de pechos fieles!—
Levántate.
AURELIO. Señor, no.
Dame tus pies, besaréles.
PRÍNCIPE. Los brazos te daré yo.
¿Qué gente hay de guarnición
en Lugos?
AURELIO. Ninguna gente,
o poca.
PRÍNCIPE. ¿Qué es la ocasión?
¿Dónde anda el Alcaide?
AURELIO. Ausente.
PRÍNCIPE. ¿Ausente? ¿Por qué razón?
AURELIO. El General le mandó
que se juntase con él,
y así el Alcaide salió
con la gente.
PRÍNCIPE. ¡Ah, primo infiel!
¿Están juntos?
AURELIO. Señor, no;
porque supo en el camino
la disensión y rencilla
de los Grandes, y previno
que tuviésemos la villa

por ti, y, según imagino,
hoy entra en ella.

PRÍNCIPE. La suerte
está ya por mí con esto.

CARRILLO. Y aun en tu reino has de verte
restituído, y bien presto.

PRÍNCIPE. ¡Cómo puede lo concierte,
el que maravillas tales
obra por mí!

AURELIO. De tu parte
tienes cuatro mil leales,
que cada cual es un Marte.

PRÍNCIPE. Y tú, que por cuatro vales.
Vamos dentro, te daré
todo el premio que merece
un hombre que tuvo fe.
Mira por dó te parece
que puedo entrar.

AURELIO. Sígueme.

(Vanse, y sale NICE, *de monte, con alguna caza colgada del cinto, y su arco y aljaba.)*

NICE. No puedo pasar de aquí,
que todo el monte he corrido,
tanto, que él lo está de mí
después que a pies lo he medido
cerrada en un jabalí,
cuya ligereza es tanta
que con la mía corrió;
tanto, que mi veloz planta
en la suyas trompezó
como en el aro Atalanta.
Y hasta que el sol se remonte
quiero el espacio dormir
en las faldas deste monte,
que tarda el cielo en cubrir
con su capa de horizonte;
porque con la noche parda
pienso volver a los ojos
de mi padre, que me aguarda,
a rendille los despojos
de aquesta mano gallarda.

(Echase a dormir, y sale JACINTO, *cautivo.)*

JACINTO. ¿Es posible, madre tierra,
que estoy ya sobre tu faz,
y que otra vez me destierra
el ver que vengo de paz
y que te hallo de guerra?
¡Qué de cosas he sabido
después que entré por Hungría,
donde en un campo florido
me hallé en espacio de un día
como en éxtasis traído!
Este favor que recibo,
Jacinto, en tal ocasión,
a vuestra cuenta lo escribo
por un mes de devoción
en diez años de cautivo.
¡Oh, Transilvania dichosa,
patria mía deseada,
campo fértil, selva umbrosa,
otra vez por mí adorada
y agora por una diosa.
Que encima la verde grama,
como la efecia perfeta,
cubierta con una rama
del árbol de su planeta,
duerme como en blanda cama.
¿Qué ninfa es ésta más bella
que la del sol, que ha salido
hoy más temprano por vella,
y más temprano se ha ido
de temor de no ofendella?
¿Qué Palas es ésta cruda,
o qué ninfa hay tan cruel
que por este monte acuda
y para vestirse en él
los animales desnuda?
¿Qué diosa es ésta en cabellos
que, por más admiración,
le ha dado los suyos bellos,
por no morir, Absalón
otra vez colgado dellos?
Cazadora peregrina,
Palas, Diana o quien eres,
Amor o su madre indigna,
diosa, o ninfa, o lo que fueres,
yo te adoro por divina.
Amor se podrá topar
reparado en este encuentro
con la suerte del parar.
Pero gente suena dentro.
Al primer encuentro, azar.

(Salen el CANCELARIO *y* LEONARDO.)

CANCELAR. Resuélvete, pues es justo;
hazlo por mí si algo has hecho,
y por el común provecho.

LEONARDO. ¿No basta que sea tu gusto
para que se arriesgue todo?
Tu hechura soy.

CANCELAR. En efeto,
eres, Leonardo, discreto.

LEONARDO. Pero tratemos del modo
que se le ha de dar la muerte

(Aquí recuerda Nice *y hácese dormida.)*

y sea, si puede ser,
que no [se] venga a entender
que yo he sido en ello.

CANCELAR. Advierte...

NICE. (¡Válame Dios! ¿Qué negocio
tiene con el Cancelario
mi padre, que es necesario
tratarlo aquí?)

CANCELAR. Yo negocio
que lo traigan a alojar
esta noche, porque pasa
a hacer Cortes, a esta casa
de placer y de pesar,
pues lo ha de ser para él.

NICE. (Aquí me quiero encubrir
y acercarme para oír
lo que tratan.)

CANCELAR. ¿Eres fiel?

NICE. (Sin duda es negocio grave.)

CANCELAR. Mejor será con veneno
porque muera luego.

LEONARDO. Bueno;
pero si acaso se sabe...

NICE. (Esta es traición, sin más ver.)

CANCELAR. Teniéndome a mí contigo,
¿en qué peligras, amigo?
Cuando se venga a saber
muera el Príncipe.

NICE. (¡Ah traidor!
Viva, que es justo, no hay duda,
sino que el cielo le ayuda
como a príncipe el mejor
que tiene la cristiandad.
Pues, sin echarlo de ver,
yo propia he venido a ser
testigo desta maldad.
¿Esto pasa, oh padre indigno?)

CANCELAR. Ponle luego a punto, vete,
un espléndido banquete.

NICE. (Quiero salille al camino,
y de toda esta maldad
daréle aviso y favor,
que pues mi padre es traidor,
hija soy de mi lealtad.)

(Vase.)

JACINTO. (Yo quiero seguir mi estrella,
porque al punto que la vi
toda el alma le rendí,
no se me vaya con ella.)

(Vase.)

CANCELAR. Y ¿qué hace Inés?

LEONARDO. ¿Qué ha de hacer?
Cazando debe de andar,
que su ejercicio es cazar
y no labrar y tejer.

CANCELAR. Peregrina inclinación.
Déjala siga su estrella.

LEONARDO. No hay quien se valga con ella.

CANCELAR. Es brava de condición.

LEONARDO. Es como un arda.

CANCELAR. ¿Qué dice
el pueblo?

LEONARDO. Que es mi hija cierta,
porque anda muy encubierta
con este nombre de Nice.

CANCELAR. ¿Cómo está Tisbe, su madre
y tu hermana?

LEONARDO. Ya murió.

CANCELAR. Eso no he sabido yo.
Y ella, ¿tiéneme por padre?

LEONARDO. ¡Oh, señor! Ni aun lo imagina.

(Suenan dentro cajas y tiros.)

CANCELAR. Escucha; el Príncipe suena.

LEONARDO. Otra salva se le ordena.

CANCELAR. Vamos ¡pesiatal!; camina.

(Vanse. El Príncipe *y* Arnesto, *marchando.)*

ARNESTO. Hagan alto; esta es la villa
de Miraflores, señor,
que es del mundo la mejor
y su octava maravilla.
Estos palacios famosos
labrados de mármol pario,
son del sumo Cancelario
admirables y costosos.
Aquí es donde te escribió
que te aguarda, y que te tiene
aquel banquete solene
para el cual te convidó.

PRÍNCIPE. ¿Cuánto es de aquí Alba Julia?

ARNESTO. Dos jornadas.

PRÍNCIPE. Oíd, amigo:
¿qué gente viene conmigo
del condado de Siculia?

ARNESTO. Seis mil.

PRÍNCIPE. ¿No más?

ARNESTO. Señor, no.

PRÍNCIPE. Trataldas como es razón;
mirad, Capitán, que son
católicos como yo.
No se me queje ninguno,
que, por vida de los dos,

que me he de enojar con vos,
que es mi hermano cada uno.
¿Y los de Lipa?

ARNESTO. Tres mil,

PRÍNCIPE. Despedildos.

ARNESTO. No es razón,
que es un gentil escuadrón.

PRÍNCIPE. Pues si es escuadrón gentil,
¿quieres que vaya conmigo?
Gentil negocio sería
que vaya en [mi] compañía
un escuadrón enemigo.

ARNESTO. Son tus vasallos y amigos.

PRÍNCIPE. Mal podéis, Arnesto, vos
con enemigos de Dios
castigar mis enemigos.

ARNESTO. Vienen ellos en tu ayuda
¿y quiéreslos despedir?

PRÍNCIPE. En mi ejército no han de ir
herejes, y esto es sin duda.

ARNESTO. Pues ¿de quién piensas servirte
en esta guerra importuna
si todo el mundo se aúna
para sólo destruírte?
Todo el poder otomano
te amenaza, y en tu tierra
no podrás juntar de guerra
mil católicos.

PRÍNCIPE. Hermano,
con esos y sin esotros,
siendo Dios el que me guía,
pienso triunfar algún día
de los unos y los otros.

(*Sale* NICE *con caza.*)

NICE. Tus francas manos me dé
vuestra alteza, y pues lo son,
reciba este pobre don,
rico, a lo menos, de fe.
Que como supe que hoy
en la villa habías de entrar,
salí, señor, a cazar
esto que ves que te doy.
Y aunque pudiera aguardarte
con los demás dentro, quiero
ser el vasallo primero
que la mano ha de besarte.
Dámela, que bien podrás,
que yo sé que puedes dalla
y que merezco besalla
primero que los demás.

PRÍNCIPE. Levantaos, serrana bella,
que yo soy el que me allano,
y mirad que os doy la mano
por levantaros con ella.
Y si en efeto os la he dado
a que la beséis, ha sido
por sólo decir que ha habido
vasallo que la ha besado.
Con tal principio me animo
a proseguir mi jornada.
Vuestro presente me agrada,
y como vuestro lo estimo,
porque si es ingratitud
no estimar lo que se ofrece
con limpio celo, parece
que el aceptallo es virtud.
Tomad esta joya, y más
este abrazo.

ARNESTO. Ya se tarda
tu alteza.

PRÍNCIPE. Vamos.

NICE. Aguarda,
que no sabes dónde vas.
No entres en la villa, guarte,
que el Cancelario, traidor,
te ha convidado, señor,
para sólo atosigarte.
Esto es cierto, yo lo oí,
y desto te aviso.

PRÍNCIPE. Arnesto.

ARNESTO. ¿Señor?

PRÍNCIPE. ¿Qué os parece desto?

ARNESTO. Que vives, señor, por ti.

PRÍNCIPE. Tocad a marchar.

ARNESTO. ¿Qué intentas?

PRÍNCIPE. Entrar allá.

ARNESTO. En poco te estimas
tu vida si a eso te animas.
¡Plega a Dios no te arrepientas!

PRÍNCIPE. Andad, no me agoréis vos
mis esperanzas dichosas,
que para mayores cosas
me tiene guardado Dios.

(*Vanse todos, y sale el* CANCELARIO *sólo*)

CANCELAR. Confuso estoy y medroso.
Temo que me he de perder.
Sin duda que es de temer
un hombre tan prodigioso.
Quiero avisar a Leonardo.
Pero ¿tal he dicho yo?
Cielos, ¿cuándo me faltó
este corazón gallardo?

(*Sale* LEONARDO.)

¡Muera el tirano!

LEONARDO. Señor,
el Príncipe...
CANCELAR. Hasta adelante
no le llames, ignorante,
sino conde de Bator.

(*Salen el* PRÍNCIPE *y* ARNESTO *y* NICE *y gente.*)

CANCELAR. Las manos [me] dé tu alteza,
si las merezco.
PRÍNCIPE. Y los brazos,
porque sirvan estos lazos
de la amistad que se empieza
entre los dos. ¿Cómo estáis?
CANCELAR. Corrido, y aun afrentado
de todo lo que ha pasado.
PRÍNCIPE. Basta; no me propongáis
agravios. Ved qué queréis
de mí, que voy muy de paso.
CANCELAR. Ya es muy tarde.
PRÍNCIPE. No hace al caso.
CANCELAR. Descansá un rato.
PRÍNCIPE. ¿Queréis
que descanse mi persona,
tan hecha a no descansar?
Mal sabéis lo que es llevar
el peso de una corona.
Esta noche pienso hacer
una jornada que importe,
que pienso entrar en la corte
mañana al anochecer.
CANCELAR. ¿No repararás, señor,
siquiera para cenar?
PRÍNCIPE. No, no puedo reparar.
CANCELAR. (¿Qué es esto, cielo?)
PRÍNCIPE. (¡Ah, traidor!)
CANCELAR. Señor, pues soy tu vasallo,
quiero acompañarte.
PRÍNCIPE. Acaba.
CANCELAR. (La paciencia se me acaba.)
Haré ensillar un caballo.
(Leonardo, mal se rodea
mi negocio; pero advierte
que se le ha de dar la muerte
de cualquier suerte que sea.)

(*Vanse.*)

ARNESTO. Confuso va el Cancelario.
PRÍNCIPE. Confundido has de decir.
ARNESTO. Mal ha sabido encubrir
su traición.
PRÍNCIPE. Es temerario.
ARNESTO. De ver qué mal se le aliña
tal está, que no va en sí.

(*Sale una* NIÑA.)

NIÑA. ¿Quién es el Príncipe aquí?
PRÍNCIPE. Mirad qué busca esta niña.
NIÑA. Al Príncipe.
ARNESTO. ¿Qué le queréis?
NIÑA. No falta. Quiérole ver.
ARNESTO. (Misterio debe de haber
en esto.) ¿Cúya hija eres?
NIÑA. De Leonardo, el jardinero.
ARNESTO. ¿Buscas al Príncipe?
NIÑA. Sí.
ARNESTO. Pues ven acá, niña, di,
¿qué le quieres?
NIÑA. Yo le quiero,
que tengo que hablar con él.
ARNESTO. Yo soy.
NIÑA. ¿Vos? No viene bien.
No tenéis talle.
ARNESTO. Pues ¿quién
te parece que es?
NIÑA. Aquél.
ARNESTO. Digo que esta niña viene
guiada por Dios, señor.
PRÍNCIPE. Yo soy el Príncipe, amor.
NIÑA. Pues buen recaudo se tiene.
(El tiene muy buen aliño.)
Váyase luego.
PRÍNCIPE. ¿Qué es esto?
Traición es sin falta, Arnesto,
que son verdades de niño.—
Niña, si tú me dijeses
una verdad...
NIÑA. ¿No se va?
Pues quédese mucho acá,
llevará su pan con nueces. (1)
PRÍNCIPE. Oye, por tus ojos, mira.
NIÑA. ¡Jesús! ¡Váyase de aquí;
váyase luego!
ARNESTO. No vi
tanta discreción.
PRÍNCIPE. Admira.
ARNESTO. Toma, señor, su consejo.
NIÑA. Métase luego en su coche,
y afufón, porque esta noche
le han de dar su salmorejo.
Váyase luego.
PRÍNCIPE. [Di], niña,
¿quiérenme hacer algún daño?
Dímelo.
NIÑA. ¿Decir? ¡Mal año!
Para que el amo me riña.

---

(1) Tampoco "nueces" consuena con "dijeses".

Ya le he dicho que se vaya.
ARNESTO. Toma, y dilo.
NIÑA. ¿Qué me das?
ARNESTO. Para confites.
NIÑA. ¿No más?
Más quisiera yo una saya
que confites, para hacer
la maya hogaño con ella.
PRÍNCIPE. Toma un doblón para ella.
NIÑA. Pues mire; habrá de saber
que están agora diciendo
que esta noche han de matalle
con un arcabuz.
PRÍNCIPE. ¿Quién?
NIÑA. Calle,
que ya se lo voy diciendo.
Mi padre se lo decía
al amo.
ARNESTO. Paso, que viene.
PRÍNCIPE. Arnesto, aquí nos conviene
salir por la posta; guía.

(*Salen el* CANCELARIO *y* LEONARDO.)

CANCELAR. Señor, ¿dónde tan de paso?
PRÍNCIPE. Ahora bien, pues has venido,
dame luego ese vestido.
CANCELAR. ¿El vestido?
PRÍNCIPE. En todo caso.
¡Acaba!
CANCELAR. ¡Señor!
PRÍNCIPE. Villano,
¿en qué dudas?
CANCELAR. ¿En qué dudo?
¿Heme de quedar desnudo?
PRÍNCIPE. Bien lo estás de fe, tirano.
Ponte este mío; quizá
mudarás con la corteza
tu infame naturaleza.
CANCELAR. No te entiendo.
PRÍNCIPE. Acaba ya.

(*Truecan ropas y sale* GONZALO *con una escopeta.*)

GONZALO. Amor, en esta ocasión
préstame tu brazo fuerte
para que por yerro acierte
al blanco de mi traición.
Tapar quiero el arcabuz,
que aquí me podré encubrir
con la sombra, por huír,
como traidor, de la luz.
Pero ¡ay, amor! ya me enseñas
la esperanza y el trofeo
de mi fe, pues allí veo
el blanco della y las señas.

(*Dispara y da en el* CANCELARIO, *y cae.*)

CANCELAR. ¡Ay, que me han muerto!
PRÍNCIPE. ¡Oh, traidor!
¡Ah de mi guarda! Prendeldo.

(*Préndenlo.*)

Mataldo; mas no, traeldo
delante de mí.
CANCELAR. Señor,
manda que le lleven preso.
El traidor es mi vasallo
y me toca el castigallo,
pues me ha tocado el exceso.
(Este me ha de descubrir
si no le gano la boca.)
PRÍNCIPE. Alejandro, a mí me toca
el castigar y punir
un delito semejante.—
¿Quién te ha inducido, traidor,
a matar a tu señor
estando el suyo delante?
GONZALO. Pues ¿no es el Príncipe?
ARNESTO. No.
GONZALO. ¿Luego el Príncipe sois vos?
Maravillas son de Dios
que no las alcanzo yo.
Si el Cancelario es aquél,
él mismo se destruyó,
pues él tus señas me dió
y agora las veo en él.
El me ofreció por tu muerte
a la hija de Leonardo,
en cuyos amores ardo.
Pero trocóse la suerte,
y él, como mal caballero,
tiene, por yerro, en el pecho
el mismo yerro que ha hecho,
yo el de la muerte que espero.
PRÍNCIPE. Pues, Alejandro, ¿esto pasa?
¿Esta cena me tratabas?
¿Para ésto me convidabas
con tu hacienda y con tu casa?
¿A estos palacios vacíos
de lealtad me habías llamado
después que ando desterrado
por tu ocasión de los míos?
¿Esto es lo que me promete
la amistad que me ofreciste
cuando a Lugos me escribiste?
¿Este es el rico banquete,
o la costosa comida
a la cual me convidabas?
Mas bien costosa la dabas,

pues me costaba la vida;
pero tú te has atrevido
porque sabes que he deshecho,
como avestruz, en mi pecho,
los yerros que has cometido.
Y como desto he quedado
hecho a prueba de arcabuz,
me dabas, como a avestruz,
a comer hierro colado.
¡Ah, ingrato! Dime, enemigo,
¿por qué me das tan mal pago?
¿Tan malas obras te hago?
¿Tan malo soy para amigo?
¿Por qué quieres destruírme
si no te ofendí jamás?
¿Qué te he hecho, que aún no estás
cansado de perseguirme?
¡Vive Dios! que por justicia
te tengo de hacer leal,
que te he de dar bien por mal
por confundir tu malicia;
y así, Alejandro, cobras
otro Efestión como aquél,
que he de hacer de ladrón, fiel,
a poder de buenas obras.
Quizá a fuerza de las mías
venceré las tuyas malas,
que, pues en sangre me igualas,
en lo demás bien podrías.
Y así, quedas perdonado
deste yerro y lo demás,
y te perdonara más
si más hubieras pecado.
Por capitán general
de mi guarda irás conmigo;
quiero darte por castigo
el premio de un hombre leal.
Y aunque enemigo cruel,
la vida te he de fiar;
quizá la sabrás guardar
por enseñarte a ser fiel.—
Llevalde a curar, Arnesto,
y hasta que quede la herida
sin peligro de la vida,
tendréis el cuidado desto.

ARNESTO. ¿Qué has de hacer deste traidor?

PRÍNCIPE. No sé, por Dios; pero, amigo,
¡por Dios! que no hallo castigo
contra los yerros de amor.
Soltalde de la prisión,
que hoy es día de clemencia,
y no hay lima de prudencia
para hierros de afición.
Yo le doy la libertad
y perdono al jardinero
por su niña.

GONZALO. Un siglo entero
vivas.

LEONARDO. ¡Qué bondad
de Príncipe!

PRÍNCIPE. De mi renta
a esta niña se le den
mil ducados.

ARNESTO. Será bien.

PRÍNCIPE. Ved que queda a vuestra cuenta.
Y vos, serrana, a la corte;
comigo os quiero llevar,
porque en ella os pienso dar
el marido que os importe.

(*Vanse.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen* JACINTO *y* AURELIO.)

JACINTO.

Prosigue, amigo.

AURELIO.

Digo, pues, que el Príncipe
llamó a Cortes a veinte del pasado,
y habiendo allí propuesto con razones
dignas de su elocuencia y del buen celo
con que emprende esta guerra contra el Turco
los concernientes al servicio público
desta empresa, salió de acuerdo della
se prosiguiese y que los reinos diesen
ciertas contribuciones para el gasto.

JACINTO.

¡Gran suceso, por Dios!

AURELIO.

Pues oye un caso
de grande admiración. Todos los príncipes
que en Transilvania han sido electos, digo,
después que Solimán de la corona
de Hungría dividió este reino, han sido
por elección, que así lo fué su padre
Cristóforo, y Estéfano, su tío,
que fué electo después rey de Polonia.
Pues agora los grandes igualmente,
renunciando el derecho que tenían
de elegir a sus príncipes, le han dado
por sucesión el reino.

JACINTO.
¡Nueva cosa!

AURELIO.
Tratóse de las paces publicadas
por parte de Alemania.

JACINTO.
¿Y se concluyen?

AURELIO.
Más; están ya juradas.

JACINTO.
¿Quién ha sido
el autor desta guerra y destas paces?

AURELIO.
Un español famoso, un gran supuesto
gran hombre de negocios.

JACINTO.
Bien se ha visto
por los que lleva agora entre las manos.
Pues ¿quién le trujo aquí?

AURELIO.
El Rey de Polonia,
por maestro del Príncipe ha tres años.

JACINTO.
¿Es religioso?

AURELIO.
Sí; de los que llaman
Jesuítas aquí, y allá teatinos.
¡Grandes hombres!

JACINTO.
Pues ¿cómo a mí me han dicho
que no pueden entrar en este reino
por plemática dél?

AURELIO.
Un Juan Buecio,
que gobernó este reino algunos años,
siendo el Príncipe niño, por consejo
de otros herejes como él, y aun dicen
que por cierto interés que le ofrecieron
los desterró de aquí; pero ya agora
el generoso Príncipe les vuelve
todas sus posesiones mejoradas.

JACINTO.
¡Gran Príncipe es el nuestro!

AURELIO.
Escucha, escucha,
que entra la esposa ya de nuestro Príncipe,
hija del archiduque Ferdinando.
Verás lo que no han visto humanos ojos.

JACINTO.
Veré a lo menos, mi serrana bella,
que no habrá más que ver después de vella.

(*Salen por orden disparando, y la* ARCHIDUQUESA *y el* PRÍNCIPE *debajo un palio, y acompañamiento y entran.*)

AURELIO. Amigo, ¿qué te parece
de nuestra Princesa hermosa?
¿No lo es mucho?

JACINTO. Es digna esposa
del que la tiene y merece.
¡Bien nuestro Príncipe casa!

AURELIO. Llámase Cristerna, y es
cristianísima.

JACINTO. ¿No ves
que es muy hija de su casa?
¿Cristerna y él Sigismundo?
Bien, por Dios, se han conformado.
Pues así se habrá juntado
la cristiandad con el mundo.
Gran pronóstico ha de ser
de lo que emprendido va
por cristiano, pues le da
de su nombre la mujer.
Pues ved las plantas que son
la de Austria y Batorea,
para que luego no sea
el fruto de bendición.

AURELIO. Ya se va haciendo hora, amigo,
de acudir a hacer mi guarda.
Adiós.

JACINTO. Ya yo voy, aguarda,
a hacer la mía contigo.

(*Vanse. Sale* ARNESTO *y un* BARBERO, *y el* PRÍNCIPE *con una carta en la mano.*)

ARNESTO. ¡Grandes nuevas!

PRÍNCIPE. Para mí
yo os juro que no lo son.

ARNESTO. Señor, no tienes razón.

PRÍNCIPE. ¿No veis me escriben aquí
que el ejército enemigo
tomó a Mugacio y Orbeta? (1)
Ved cuán apretado está
el Emperador amigo:

"Al serenísimo Príncipe y señor nuestro, de su teniente general en las fronteras de Temesuar y Lipa. Por parabién del dichoso suceso que ha tenido la Archiduquesa, mi

(1) Si esta palabra se pronuncia aguda sobra una sílaba; si grave, no hay consonante.

señora, en llegar a sus Estados, tan deseada por ellos, y más por Vuestra Alteza, que mil años la goce, quiero saludalle con otro menos dichoso, que yo tengo. Luego que Su Alteza pasó, habiéndose juntado más de veinte mil turcos para roballa, y no pudiéndolo hacer, acordaron acometer a la Corte de Vuestra Alteza, descuidada con las fiestas de sus bodas. Y teniendo yo noticia deste acometimiento, los aguardé en parte que, sin perder cien hombres nuestros, los hice a todos pedazos. Esta victoria se ha aguado con la presa de Mugacio, en la Austria, la cual tomó el Sinán estos días atrás; y va sobre Viena, y por ser muy inferiores las fuerzas de Alemania a las suyas, la tomará sin resistencia. De Lipa, a 2 de agosto de 1595 años.—*Varbil Jorge.*"

PRÍNCIPE. Capitán, haced alarde.
Sabed qué gente de guerra
puedo juntar en mi tierra.
¡Presto, que se me hace tarde!

ARNESTO. Pues ¿en medio del invierno
quieres ponerte en campaña?
No emprendas tan gran hazaña,
siquiera por buen gobierno
y por tu reciente estado.
Que no será empresa cuerda
que tu nueva esposa pierda
tan presto su amigo lado.

PRÍNCIPE. Andad, Arnesto, en buen hora,
que yo no os pido consejo,
aunque sois soldado viejo,
sino diligencia ahora.
Alborotadme la tierra
al son de cajas.

ARNESTO. Ya voy.

PRÍNCIPE. Celebrad mis bodas hoy
con instrumentos de guerra.
Músicas, danzas y sones
en ellas no se han de hallar,
que yo no enseño a danzar,
sino a romper escuadrones.
No de otras fiestas me traten,
que el Príncipe transilvano
no despide de la mano
cañas; sí lanzas que maten.

ARNESTO. Haráse como lo mandas.

(*Vase. Tiénele puesto el* BARBERO *los paños entre tanto.*)

BARBERO. (Esta es muy buena ocasión
para entablar mi traición.)

PRÍNCIPE. Y tú, ¿qué haces? ¿En qué andas?
Dame el espejo.

BARBERO. Ya voy.

(*Dale el espejo y saca una daga.*)

(Nadie parece. ¿Qué aguardo?
Solo estoy. ¿Qué me acobardo,
puees [que] puedo y no le doy?)

(*Mira si parece gente y el* PRÍNCIPE *en el espejo, ve que va a dar, y detiénele el brazo.*)

PRÍNCIPE. ¿Qué es esto, traidor villano?
¡Ah de mi guarda!

BARBERO. (¿Qué espero,
que no me maté primero,
pues tengo con qué en la mano?)

(*Dase con la daga y sale* ARNESTO.)

PRÍNCIPE. ¿Qué haces, hombre? Ten. ¡Oh, suerte!
¡Miserable!

ARNESTO. Pues, señor,
¿qué hay? ¿Qué es esto?

PRÍNCIPE. Un traidor
que él propio se dió la muerte
por no esperar mi clemencia.

BARBERO. Bien dices; mas considero
que a mis propias manos muero
por divina providencia;
que yo a matarte venía
de los Grandes persuadido,
que un millón me han ofrecido
de plata si lo emprendía.
Y sin advertir mi engaño
y el tuyo, ciego y perplejo,
yo proprio te di el espejo
por donde viste tu daño.

PRÍNCIPE. ¿Qué persecución es ésta?
¡Dios mío y Señor! ¿Qué es esto?
Hacedme llevar, Arnesto.
Que allá, sobre lo que resta,
cielo, si el favor me das
que puedes, he de emprender
una hazaña que ha de ser
prodigio de las demás.
Hoy eternizo mi nombre.
Hoy de sus límites pasa.
Hoy gano para mi casa
nuevo blasón y renombre.
Hoy, con lo que pienso hacer,
he de acabar con mis Grandes;
que he de ver si son más grandes
ellos que no mi poder.

Hoy veré, después que reino,
mi buena o mala fortuna,
porque he de acabar a una
con ellos o con mi reino.
Hoy a muerte los condeno
sin descubrir el ensayo
a nadie, porque dé el rayo
primero que se oiga el trueno.
Quiero guardar el secreto
por el daño que resulta,
que lo que llega a consulta
no puede llegar a efeto.

(*Vase. Salen el* Marqués, Cancelario, Conde *y el* General.)

Cancelar. ¿Qué hace el Príncipe? ¿Qué aguarda,
si ha de salir hoy a misa?
General. Agora va muy de prisa
toda su gente de guarda.
Imagino que a eso van.
Cancelar. ¿Ya no es hora de salir?
General. Quiérela en público oír,
por ser día de San Juan,
al lado de su Cleopatra.
Marqués. Así saldrá muy profano
donde le bese la mano
el vulgo que lo idolatra.
Conde. ¿Deso os espantáis, Marqués?
Alguno que está a mi lado,
no sólo se la ha besado,
pero hoy le besa los pies.
Cancelar. Bien decís, Conde, por Dios.
Lo que es la mano, confieso
que hoy en día se la beso;
pero cortádsela vos.
Conde. Eso es lo que yo quería,
si el diablo quisiese ya.
General. Pues algún día querrá.
Cancelar. ¿Cuándo ha de ser ese día?
Marqués. El de todos.
General. Ved que sale.
Marqués. ¿Quién viene con él?
General. Arnesto.
Su Acates.
Marqués. Gran supuesto.
Basta; que éste priva y vale.

(*Sale el* Príncipe *con una carta en la mano, y* Arnesto *y un* Portero *y un* Paje.)

Príncipe. Aguardaréis a la puerta
desta sala, y juntamente
tendréis a punto la gente
para cuando os sea abierta.
Pero cuando entréis por ella
esta carta habéis de abrir
y obedecer y cumplir
lo que os mando hacer en ella.
Arnesto. Desde luego la obedezco,
y, como leal, prometo,
de cumplilla con efeto.

(*Vase.*)

Príncipe. Yo lo creo y lo agradezco.—
¿Qué es del portero?
Portero. Aquí está,
a tus pies.
Príncipe. Cerrad las puertas.
Para que estén abiertas
cierto aviso se os dará.
Cuando este paje os hiciere
señas con un lienzo blanco,
daréis luego el paso franco
al que a la puerta estuviere.
¿Estáis bien en ello?
Portero. Estoy
muy en el caso.
Cancelar. ¿Qué espera
Su Alteza, si piensa ir fuera?
General. Celebrar la fiesta hoy.
Príncipe. ¿No es hoy la Degollación
del Bautista?
Marqués. Señor, sí.
Príncipe. ¿Huélganla, Marqués, aquí?
Marqués. Muchos por su devoción.
Pero de mí sé decir
que lo tengo por aciago
después que me dijo un mago
que en tal día he de morir.
Príncipe. ¿Eso os dijo? Bien podría
ser ello así.
Marqués. Ya por hoy
pienso que siguro estoy.
Príncipe. Aún no se ha pasado el día.
¿Qué fuera veros morir
degollado como el Santo,
hoy que es su día?
Marqués. Otro tanto
de César se oyó decir;
que contaba, como yo,
el día por acabado,
y aquel día, en el Senado,
a puñaladas murió.
Príncipe. Pues hoy, por mi devoción
y porque a mí me conviene
he de hacer fiesta solene

el de la Degollación.
Quiero celebrar el día
en que el Bautista perdió
su gran cabeza, aunque yo
pierda, por ello, la mía.

MARQUÉS. Pues ¿por eso has de perdella?

PRÍNCIPE. Si el Santo, por la verdad,
perdió la suya, mirad
qué haré yo por defendella.

(*Sale el* PORTERO.)

PORTERO. Los soldados que llegaron
de Siculia con tu Alteza
están en la fortaleza.

PRÍNCIPE. ¿Quién los metió?

PORTERO. Ellos entraron.

MARQUÉS. ¿Sin más orden ni concierto
se entraron desa manera?
Manda que se salgan fuera,
no hagan algún desconcierto
en tu palacio, que están
sin pagas.

PRÍNCIPE. Callad, Marqués,
que como esa gente es
tan católica, entrarán
a oír misa.

GENERAL. Es invención
de soldados.

PRÍNCIPE. Callad vos,
hermano; ayúdeles Dios;
gocen de su devoción.

GENERAL. Cada día han de tener
con eso más libertad.

PRÍNCIPE. Digo que decís verdad;
pero ¿qué se puede hacer?
Ya están dentro, y aun yo estoy
de modo que, aunque quisiera,
ya no podré salir fuera
de mi palacio por hoy.

GENERAL. ¿Qué sientes, señor?

PRÍNCIPE. Me siento
muy cargada la cabeza.

MARQUÉS. Pues quédese Vuestra Alteza
recogido en su aposento.

PRÍNCIPE. Así lo pienso hacer.
Adiós.

CONDE. El Señor te guarde.

PRÍNCIPE. Ya veis, amigos, que es tarde.
Mañana me podréis ver;
aunque no sé si podréis,
que mañana sabe Dios
si me veréis, Marqués, vos.

MARQUÉS. Pues ¿por qué no?

PRÍNCIPE. ¿Qué sabéis?

(*Vase.*)

MARQUÉS. Picado estoy, y no poco,
de que el Príncipe al salir
—el Conde quise decir,
perdonad si me equivoco—
dijese que no sabía
si mañana le veré,
habiendo antes dicho que
ha de celebrar el día
del Bautista degollado.
¿Qué quiso decir en esto?

GENERAL. Paso, Marqués, que entra Arnesto.
Hablad quedo.

(*Sale* ARNESTO *abriendo una carta.*)

ARNESTO. ¿Quién le ha dado
al Príncipe un parecer
tan malo y tan peligroso?
Bien se llama prodigioso,
pues tal se atreve a emprender.
Catorce Grandes Su Alteza
manda prender, y cualquiera
es tan grande, que pudiera
competir con su grandeza.
Esta es la mayor hazaña
que él ha emprendido, supuesto
el peligro en que se ha puesto
con el Turco.

MARQUÉS. El nos engaña
con la verdad.

GENERAL. Verdad es;
pero bajeza y error
pensar que él tendrá valor
para atreverse al Marqués.

CONDE. ¿Quién se atreverá a quien vale
por todos?

MARQUÉS. Quien se ha atrevido
al Turco, quien lo ha vencido
y quien con todo se sale.

GENERAL. ¿Qué importa? Que estoy yo aquí.
¿Qué es, Arnesto?

ARNESTO. ¡Oh, señor mío!

GENERAL. ¿Es carta de desafío?

ARNESTO. Estoy por decir que sí.

GENERAL. Pues tendréisme a vuestro lado
cuando me hayáis menester.

ARNESTO. ¿Cómo os podré yo tener,
si sois el desafiado?

GENERAL. ¿Yo?

ARNESTO. Vos.

GENERAL. Pues ¿no me diréis
quién es el contrario fiero?
ARNESTO. Dadme esa espada primero.
GENERAL. ¿Qué decís?
ARNESTO. Que me la deis,
que os importa.
GENERAL. Aunque me importe,
esa es desvergüenza harta.
ARNESTO. Sabed que trae esta carta
catorce vidas de porte,
y la una es vuestra.
GENERAL. Digo
que estoy por cobrarla yo
de vos con ella.
ARNESTO. Eso no;
que traigo gente conmigo,
que si fuera menester
os quitarán del lado
y os llevarán mano atado
si por fuerza se ha de hacer.
Daos luego a prisión.
GENERAL. ¿Yo, preso?
¿A quién?
ARNESTO. A mí.
GENERAL. ¿Quién sois vos?
ARNESTO. El Rey.
GENERAL. ¿El Rey? ¡Vive Dios,
que ha perdido el pobre el seso,
y por eso no lo he muerto!
ARBESTO. Bien puedo decir que soy
el Rey, pues me ha hecho hoy
su Ministro.
GENERAL. ¿Eso es cierto?
ARNESTO. Como vos sois General.
Obedeced esa firma
si conocéis quien la firma.
GENERAL. Conózcola, por su mal.
ARNESTO. Rendid las armas.
GENERAL. ¡Villano!
¿Tal has osado decir?
¿Las armas se han de rendir
que han estado en esta mano?
¿Una espada que ha vertido
por esta patria y por él
arroyos de sangre infiel,
se rinde así a un mal nacido?
MARQUÉS. ¡Muera! Aquí estamos nosotros.
ARNESTO. Marqués, ya no es tiempo deso;
vos también habéis de ir preso.
CONDE. ¿El, preso?
ARNESTO. Y todos vosotros.
¡Aquí del Rey!
CONDE. No alteréis
el palacio y la ciudad,
a quien dé la libertad.
ARNESTO. ¡Favor al Rey!
MARQUÉS. No hallaréis
favor hoy, sino enemigos.

(*Sale la* GUARDA *o gente de guerra.*)

PRIMERO. ¿Quién pide favor aquí?
ARNESTO. Yo.
GENERAL. No, sino yo.
ARNESTO. Pues a mí
me lo habéis de dar, amigos.
SEGUNDO. Pues ¿contra tu General
pides, Capitán, favor?
ARNESTO. Este os lo dirá mejor,
que es del Príncipe.
GENERAL. No hay tal.

(*Dale a un* SOLDADO *la carta y léela.*)

"Arnesto, capitán de mi guarda, prended los cuerpos del Marqués, del General y del Conde de Alba, del Cancelario, del Senescal, de Eufemiano, de Federico, de Benedicto, de Pero Chendi, de Jorge Buecio, de Alberto, de Ambrosio, de Jacob, de Zapolía y del Presidente, y si se os defienden mataldos luego.—*Yo el Príncipe.*"

ARNESTO. ¿Qué decís?
PRIMERO. Que la ponemos
encima de las cabezas,
y que saldrán hechos piezas
todos o presos.
SEGUNDO. ¿Qué hacemos?
Mueran o ríndanse luego.
MARQUÉS. ¿Qué hacéis, canallas?
ARNESTO. Mataldos.
GENERAL. ¡Oh, Capitán! Reportaldos.
Ya somos presos. ¡Reniego
de quien os dió tantos bríos!
¿Quién os dió, villano, a vos
tanto orgullo? ¡Aquí de Dios!
ARNESTO. Mis servicios.
GENERAL. ¿Y los míos?
¿Prémianse con esto hoy?
¡Traidor!
ARNESTO. ¿Traidor me llamáis?
Como quien sois vos habláis,
mas no como quien yo soy.
¿Queréis saber si lo he sido?
Que hoy subo, por ser leal,
las gradas de general

que vos habéis descendido.
GENERAL. ¡Mentís!
ARNESTO. ¡Ataldo!
GENERAL. ¡Villano!
atado me has de llevar
porque haya que desatar
otro nudo gordiano.

(*Llévanlos, y sale el* PRÍNCIPE.)

PRÍNCIPE. Si hoy, Bautista, plato hecistes
de vuestra cabeza a Dios,
yo os daré catorce a vos
por una que vos [le] distes.
El diezmo, sin duda alguna,
os pago como a Dios mesmo,
y aun más os pago que diezmo
si os doy catorce por una.
Y pues en algo os imito,
dadme vuestra ayuda vos,
pues por la honra de Dios
si vos la dais, yo las quito.
ARNESTO. Ya esto es hecho.
PRÍNCIPE. ¿Dónde están?
ARNESTO. En la antecámara, y vengo
a saber, señor, si tengo
de hacer algo.
PRÍNCIPE. Capitán.
ARNESTO. Príncipe.
PRÍNCIPE. Quiérolos ver.
Sacaldos.
ARNESTO. A quien deseas
castigar nunca le veas
la cara, si puede ser.

(*Vase* ARNESTO.)

PRÍNCIPE. Acabad, quitaos allá;
traeldos a mi presencia,
que no es tiempo de clemencia,
que soy basilisco ya.—
Si vos, mi Dios, algún día
lo fueres de la venganza,
con razón tendré esperanza
que permitiréis la mía.
Y si lo sois de las nuestras,
bien os podré suplicar
que me ayudéis a vengar
mis injurias y las vuestras.

(*Sale* ARNESTO *con los presos todos.*)

MARQUÉS. Príncipe invicto.
PRÍNCIPE. ¡Ah, traidor!

(1) No hay rima perfecta entre "diezmo" y "mesmo".

¿Ya soy Príncipe?
MARQUÉS. Pues no.
PRÍNCIPE. ¿No he sido hasta agora yo
sino conde de Bator?
Tienes razón, y no poca.
Bien dijiste que ya soy
el Príncipe, aunque hasta hoy
no lo he sido, de tu boca.
Firma esta carta.
MARQUÉS. ¿Mi firma
te es de importancia?
PRÍNCIPE. Mas quiero
que se la leáis primero
porque sepa lo que firma.

(*Lee* ARNESTO *la carta.*)

"Yo el Marqués y Alcaide de la fortaleza de Torda, mando a mi Teniente de Alcaide della y a todos los demás fortalezas y Alcaides que están a mi cuenta de mis Estados y de los del Príncipe, mi señor, que vista ésta hagáis entrega dellas al capitán o capitanes que con esta mi cédula, firmada de mi nombre, seáis requeridos."

PRÍNCIPE. Firma agora, y las demás
que por este estilo van,
los demás las firmarán.
ARNESTO. Hoy, Príncipe, has hecho más
que hicieras en conquistar
la redondez desta bola.
Y así, en esta hazaña sola,
dos cosas se han de alabar:
tu corazón invencible,
jamás vencido y domado,
con que agora has acabado
de allanar un imposible,
y la industria que has tenido,
siendo tan mozo, en prender
catorce Grandes que ayer
te tuvieron oprimido
y aun cuasi desheredado
del reino.
PRÍNCIPE. Ayúdame el cielo,
quizá por premiar el celo
con que esta empresa he tomado
por nuestra fe solamente.
GUARDA 1.° Ya están firmadas las cartas.
PRÍNCIPE. Pues será bien que te partas
con ellas y con la gente
que te pareciese a ti
a tomar la posesión
desas fuerzas.

ARNESTO. Es razón
que todas estén por ti.
MARQUÉS. (¡Ah, cielo!)
ARNESTO. Partirme quiero.
PRÍNCIPE. Aunque me importa infinito,
quiero daros por escrito
lo que habéis de hacer primero.

(*Bájase a un bufete y escribe.*)

MARQUÉS. ¿Qué os parece? Con qué industria
las fuerzas nos ha quitado
del reino.
GENERAL. Estoy admirado
del suceso.
CONDE. Dios le industria,
o algún demonio le engaña.
CANCELAR. Este español.
GENERAL. Antes no,
que ha días que se partió
por embajador a España.
MARQUÉS. Si las fuerzas de su tierra
por engaño me ha quitado,
las del alma me ha dejado,
con que pienso hacelle guerra.
PRÍNCIPE. Poned en ejecución
lo que os mando aquí. Escuchá,
capitán.

(*Háblale al oído.*)

ARNESTO. Señor, no habrá
descuido ni dilación.

(*Vase el* PRÍNCIPE, *y luego* ARNESTO *les lee a los presos su sentencia.*)

"Hallo, según lo que me consta de lo escrito y procedido contra el Marqués y consortes, haber cometido crimen de lesa majestad, y que por ello deben de ser punidos y castigados, y que debo de condenar, y condeno al sobredicho Marqués y los demás cómplices en su delito a que les sean cortadas las cabezas por detrás como a traidores escandalosos y rebeldes, y sus estados vuelvan a incorporarse en la corona y patrimonio real, y los demás bienes quiero que estén en depósito para que sean repartidos entre aquéllos que más fielmente me sirviesen. Así lo pronuncio y mando por esta mi sentencia definitiva, pronunciada y escrita de mi mano. En mi palacio, en 29 de septiembre (1) de 1595.—*Yo el Príncipe.*"

(1) El original dice 24 de septiembre; pero la *Degollación* es el 29.

ARNESTO. ¿Qué decís?
MARQUÉS. Que de mi parte
la consiento, que es forzosa
mi muerte. Sola una cosa,
capitán, quiero rogarte.
Que al Príncipe, mi señor,
le digas que la consiento,
y que muero muy contento
degollado por traidor,
pues lo he sido y lo confieso.
ARNESTO. Y a vos, ¿Conde?
CONDE. Que soy
católico, y muero hoy
con esta fe que profeso.
CANCELAR. Yo obedezco la sentencia,
y también quiero rogarte
que le digas de mi parte,
cuando estés en la presencia
del Príncipe, mi señor,
que muriera consolado
si no me hubiera quitado
el estado y el honor,
que esto me quita el juicio
tras la muerte que pretendo.
Esa hija le encomiendo
que allá tiene en su servicio,
que, pues, queda en su poder,
por propia suya la elija,
y no mire que es mi hija,
sino que es pobre y mujer.
ARNESTO. ¿Esa es Nice?
CANCELAR. Inés se dice.
Que, como no me he casado,
por los montes la he criado
con ese nombre de Nice.
Esta es la que me atormenta,
que, aunque bastarda, la hiciera
mi legítima heredera;
mas ya lo es de mi afrenta.
PORTERO. Su Alteza te manda, Arnesto,
que luego, sin dilación,
pongáis en ejecución
su sentencia.
GENERAL. Pues ¿tan presto?
Apelo de su rigor
a su clemencia.
PORTERO. Acabá,
que os está aguardando ya
el verdugo y confesor.
Tal está Arnesto, que llora
sin poderme responder.
MARQUÉS. Amigos, ¿qué se ha de hacer?
Vamos a morir, que es hora.

Mostrad ahora aquí, hermanos,
esas fuerzas juveniles,
y pues vivimos gentiles,
vamos a morir cristianos.

(*Vanse todos. Salen dos* GRANDES *del reino.*)

PRIMER GRANDE.

Basta que anda el palacio alborotado,
lleno de confusión y de hombres de armas.

SEGUNDO GRANDE.

¿Qué será la ocasión?

PRIMER GRANDE.

Dicen algunos,
según de paso oí en unos corrillos,
que está preso el Marqués; y aun más se dice,
que lo han de degollar antes de una hora,
y con él trece Grandes que están presos.

SEGUNDO GRANDE.

Es disparate imaginar que el Príncipe
hará justicia del Marqués ni de otro
de menos gravedad que él.

PRIMER GRANDE.

¿Por qué causa?
No conocéis al Príncipe.

SEGUNDO GRANDE.

Conozco
que es invencible y prodigioso, y tiene
ánimo para todo; si tuviera
así poder como valor y esfuerzo.

PRIMER GRANDE.

Grandes fines prometen sus principios.
No sé más de que es mozo temerario,
y fácilmente emprende cualquier cosa.

(*Salen otros dos* GRANDES.)

TERCER GRANDE.

Señores, ¿qué hay de nuevo, que nos manda
juntar en su palacio nuestro Príncipe?

CUARTO GRANDE.

Convidarnos a ver una corona
que dice que está haciendo de diamantes,
tan costosa, que príncipe o monarca
no se la pone tal en la cabeza.
Y hallamos puesto en armas su palacio,
que todo cuanto encuentro en él son lutos,
murmullos, confusión, miedo y silencio.

(*Sale* ARNESTO.)

Pero ya sale Arnesto.

ARNESTO.

Transilvanos,
la corona que el Príncipe hoy ha hecho,
a la cual os convida agora, es ésta.

(*Córrese una cortina y parece el* PRÍNCIPE *en su trono real, en una mano una espada desnuaa y en la otra un Cristo, y encima de la cabeza medio arco hecho de catorce cabezas.*)

Estos son los diamantes que le ha puesto.
labrados con la sangre de catorce
Grandes. Mirad si ha sido bien costosa,
que se labró con sangre tan hidalga.
Catorce son las piedras; pero faltan,
para que sea corona enteramente,
las que señala el círculo redondo.
Por esto todo el mundo abra los ojos.

(*Córrese la cortina y vase, y quedan los* GRANDES *mirándose unos a otros.*)

PRIMER GRANDE.

¿Qué os parece, señores, desta hazaña?

SEGUNDO GRANDE.

Que es dignamente suya.

TERCER GRANDE.

¿Qué monarca,
qué príncipe, qué rey, de quién se cuenta
castigo semejante?

CUARTO GRANDE.

De ninguno,
sino de nuestro Príncipe invencible.

PRIMER GRANDE.

Que un mozo sin edad y sin consejo,
sin favor de ninguno, sí del cielo,
que debe ser, sin duda, el que le ayuda,
haya tenido ánimo y prudencia
para emprender y ejecutar su intento.
¡Por Dios, que estoy absorto, no lo entiendo!

SEGUNDO GRANDE.

Señores, lo que importa es el silencio.
Juicios son de Dios. Vamos, señores,
que suelen pagar justos por traidores.

(*Vanse. Salen la* ARCHIDUQUESA *y el* PRÍNCIPE.)

ARCHID. En peligro está mi Estado
si tan adelante pasa
el Sinán.

PRÍNCIPE. No os dé cuidado,
que, pues que habemos echado
los enemigos de casa,

vos me habéis de perdonar,
aunque mi ausencia no os cuadre,
mientras voy a castigar
al tirano que va a echar
de la suya a vuestro padre.
Hoy me parto en este día
a la Valaquia. Decí,
esposa y señora mía,
¿no estaré mejor allí
que no en vuestra compañía?
Allí, donde al Turco rompa,
que con Mugacio cobró
nuevo brío, orgullo y pompa,
donde le haga perder yo
la vanidad de su trompa.
Allí, do viniendo a brazos
con un escuadrón formado
los haga a todos pedazos,
y do estaré más honrado,
Princesa, que en vuestros brazos.
Cese el ejercicio vil
de justas fiestas, que todas
son del trato mujeril.
Bastan seis días de bodas,
que para mí son seis mil,
y considerad, señora,
que por esposa os han dado
de un Príncipe que os adora;
pero no lo sois agora
sino mujer de un soldado.
Empezá a tener paciencia.

ARCHID. Tendréla más de lo justo,
si he de hacer en vuestra ausencia,
por sólo un día de gusto,
cinco mil de penitencia.
Pero si es la brevedad
con que vuestra alteza parte
mucha, no es mucha, en verdad,
que siente el alma su parte,
pues se parte la mitad.
¿Y luego queréis partiros?

PRÍNCIPE. Mañana no estaré aquí.

ARCHID. ¡Ay, quién pudiera seguiros!
Pero os seguirán por mí
las postas de mis suspiros,
que las correrán con vos. (1)

PRÍNCIPE. Mirad que habemos de ser
una voluntad los dos,
y me habéis de obedecer,
porque así lo manda Dios.
Y os mando por obediencia,
y por Dios, que así lo ordena,
que os consoléis en mi ausencia
y que desechéis la pena,
so pena de inobediencia.
¿Haréislo así?

ARCHID. ¿Quién lo duda?
Yo lo obedezco y me animo,
que es bien que tu alteza acuda
al emperador, mi primo,
que habrá menester ayuda.
No se diga que mudó
de intentos con el estado,
o que tu alteza perdió
parte del honor ganado
el día que me cobró.

(Suenan tiros y sale NICE.)

PRÍNCIPE. ¿Qué ruido es éste?

NICE. Acuda
vuestra alteza a una azotea,
que un ejército, sin duda,
entra en orden de pelea
por el palacio.

PRÍNCIPE. ¿En mi ayuda?

NICE. El Papa Clemente invía
su ejército y su legado.

PRÍNCIPE. Que aguardo para este día.
Pero ¿cómo no me han dado
aviso de que venía?
Saliera de la ciudad
a recebillo al camino,
que debo a Su Santidad
mucho favor y amistad.

ARCHID. Es padre y Clemente digno.

(Sale el NUNCIO *con su gente en orden, y tras un estandarte, unas armas y un estoque.)*

NUNCIO. Serenísimo señor,
habiendo Clemente octavo,
digno sucesor de Pedro,
por gracia de Dios Vicario
de su Iglesia militante,
en el Colegio romano,
con todos los cardenales
y con los demás prelados
que asisten a sus consejos,
muchas veces consultado
sobre la conservación
déste y los demás Estados

---

(1) En el original están así estos versos:

ARCHID. Ay, quién pudiera seguiros
pero seguiros an por mi
las postas de mis suspiros
que las corren por vos.

del griego Imperio que están
sujetos al Otomano,
haciendo para ello instancia
con los príncipes cristianos
a que olvidando los propios
venguen los ajenos daños.
Pero visto el poco efeto
que en los pechos obstinados
de algunos príncipes hacen
sus cartas y sus legados,
acude para esta guerra
con dos mil italianos,
y el gran Felipo de España
ofrece, para sus gastos,
puestos dentro de Venecia,
ochocientos mil ducados;
que su majestad católica,
por estar muy empeñado
con las guerras que sustenta
en Flandes, con sus vasallos,
en Ingalatierra y Francia,
su franca y piadosa mano
no puede alargarte más,
como suele en tales casos.
Armaos con estas armas,
que, aunque no son del Troyano,
vienen con las bendiciones
de nuestra Iglesia, que es claro,
que son más fuertes que esotras
que se hicieron por encanto.
Este estoque he de ceñiros,
que en el altar de Santiago,
Patrón de España, os bendijo
en su mismo día un prelado.
Recebid este estandarte
que el Pontífice romano
os le invía, y yo os lo pongo
en su nombre con mi mano
sobre esos hombros de Alcides,
y pues vos lo sois, llevaldo,
que bien habéis menester
ser más fuerte que el Tebano,
porque pesa como cruz,
que en ser cruz dije trabajo.
Armaos de cruz y fe,
agora que estáis armado,
que en esta señal venció
Constantino y luego Heraclio,
don Alonso de Castilla,
y antes Tito Vespasiano.
Proseguid, Godofre nuevo,
las empresas del pasado,
y vuelve a templar Sión
los instrumentos colgados,
porque canten en su día
lo que han llorado en mil años.

(*Toma el* PRÍNCIPE *el estandarte y dale una vuelta.*)

PRÍNCIPE. Yo los recibo y prometo,
por la fe de que me armo
para esta guerra que emprendo,
de no alzar della la mano
ni por la vida que temo,
ni por la muerte que aguardo,
ni por el poder que tiene,
que es infinito, el contrario,
ni por todas las riquezas
que me ofrecen sus primados,
y de asistir de continuo
el invierno y el verano
por mi persona en la guerra,
en las batallas y asaltos,
haciendo en ellas oficio
de capitán y soldado,
y acometer el primero,
en el muro y en el campo,
a los peligros mayores
y a los encuentros más arduos,
sin reservar mi persona
del peligro del trabajo,
del fuego, del frío, del agua,
de la hambre, del cansancio,
hasta que Constantinopla
quede por el suelo llano
y libre toda la Europa
del yugo infame otomano,
y de proseguir la guerra
con la fuerza de mis brazos,
con la sangre de mis venas
y con la de mis contrarios,
hasta que Jerusalem
quede libre y Dios vengado.

(*Sale* JACINTO *y detiénenlo los* GUARDAS.)

GUARD. 1.° Paso. ¿Dó vas? Ten allá.
GUARD. 2.° Picalle fuera mejor.
JACINTO. Con más paciencia, señor,
que a mí se me acaba ya,
y si vengo a no tenella
y a descomponerse el Guarda,
le quitaré la alabarda
y le moleré con ella.
PRÍNCIPE. ¿Qué es eso? Prendelde.
JACINTO. Guarte.
Un cautivo soy que vengo
de Constantinopla, y tengo

ciertos avisos que darte;
vengo a servirte con ellos
y con mi persona. Hoy
tu vasallo, señor, soy,
lo demás díganlo ellos,
y arriéndeme la ganancia
si tan bien les fué conmigo.

PRÍNCIPE. Sólo en esto he visto, amigo,
que eres hombre de importancia.—
Un arcabuz podréis darle,
que ha de ser un gran soldado.

JACINTO. En mi vida lo he tirado.

PRÍNCIPE. Yo te mostraré a tiralle.
Tómale, y con buen donaire,
el pie atrás, la mano aquí,
ponle con esotra así
y dispárale en el aire.

(*Dispara, espántase y suéltalo.*)

JACINTO. ¡Oh, pesia tal, con el arte,
que me ha quemado la cara!
Tomalde allá, que dispara
también por esotra parte.

PRÍNCIPE. ¿Tan poco te satisfizo?

JACINTO. (¿Vos os llamáis arcabuz?
Dende hoy os hago la cruz,
como al demonio que os hizo.)

ARCHID. Llévalo, no te acobardes.

JACINTO. Cargue con él quien lo gasta,
que a mí este leño me basta,
que esa es arma de cobardes.

(*Vanse. Sale* SINÁN, *bajá, solo.*)

SINÁN. No se prosiga la guerra;
quédese agora en Mugacio,
que yo volveré despacio
a destruír esta tierra.
Que este Transilvano fuerte,
que tiene el mundo admirado,
me escriben que ha condenado
catorce Grandes a muerte,
en los cuales estribaba
la importancia de poner
a Viena en mi poder,
por quien yo me gobernaba.
Adelántese Atuán
el Cigala, y tenga cuenta
lo que el Transilvano intenta
en favor del Alemán.
¡Alto! Toca a recoger
y marche el campo hacia Buda,
porque dende allí se acuda
donde fuera menester.

(*Sale* FERRAD.)

FERRAD. Gran Visir, fuerte Sinán,
¿qué haces aquí tan despacio?
conclúyase con Mugacio
las guerras del Alemán,
y acude a Valaquia; marcha,
que el Transilvano atraviesa
sus montañas muy de priesa
pisando la helada escarcha.

SINÁN. Ferrad, ¿quién te persuadió
a que sale el Transilvano
contra la Valaquia?

FERRAD. Es llano.

SINÁN. No lo hallo muy llano yo.
Un hombre mozo que ayer
se casó a gusto, Bajá,
¿quieres que así deje ya
el lado de la mujer?
Y siendo ya la mitad
del invierno, ¿ha de creerse
que un Príncipe ha de ponerse
así en campaña? ¡Ah, Ferrad!
¿Y travesar las montañas
de la Valaquia, tan breve,
cubiertas de escarcha y nieve?
Mira, Ferrad, que te engañas,
porque yo no me persuado
sino que a tan gran error
te ha persuadido el temor
que al Transilvano has cobrado.

FERRAD. Bien conoces, general,
quién es este mozo altivo,
pues a lo que te apercibo
te persuades tú tan mal.
Que en solas dos ocasiones
que he tenido con él yo,
en la una me abrasó
más de quinientos barcones,
que con trabajo y afán
sobre el Danubio, mi gente,
te había hecho una puente
por do pasases, Sinán.
Y ahora Jorge Brabil,
general de sus Estados,
con sólo seis mil soldados
me degolló veinte mil.
Y este capitán que dice
no tiene manos ni pies,
porque es estugafotulés (1)
el capitán que lo rige.
Y así el Príncipe, animoso,

(1) Así en el texto original.

sin esperar ni atender
a la reciente mujer
ni al invierno riguroso,
nieves, aguas, tempestades,
montes, fosos, barbacanas,
ha hecho fáciles y llanas
todas sus dificultades.
Y con su campo porfía
subir los montes, Sinán,
que entre la Valaquia están
guindando la artillería.

SINÁN. ¿Que el Transilvano se ha puesto
cuasi en medio del invierno
en campaña? ¡Dios eterno,
no puedo entender qué es esto!
¿Duermes, Mahoma? ¿Es posible
lo que me dices? Marchá.
Prodigioso es ¡por Alá!
este Príncipe invencible.
¡Ea! ejército famoso,
que vamos contra soldados
regidos y gobernados
de un capitán prodigioso.

(*Vanse. Salen el* PRÍNCIPE *y* ARNESTO, *soldados.*)

PRÍNCIPE. No reparéis en agüeros,
que no los hay para mí,
que aunque vistes que caí
yo sé que sabré teneros.
Descuidéme y tropecé,
no es mal agüero de guerra,
pues que me abraza la tierra
cuando en ella pongo el pie.

ARNESTO. Antes ha sido, señor,
el escándalo, de modo
que está el ejército todo
con harta pena y temor.

PRÍNCIPE. Pues ¿de quién tienen recelo?

ARNESTO. Dicen que apenas te viste
en la llana, cuando diste
con el caballo en el suelo.

PRÍNCIPE. Antes, amigo, la tierra
me ha recebido de paz,
pues me da a besar su faz
cuando le vengo a dar guerra.

(*Sale el* NUNCIO.)

NUNCIO. Aquella águila que ayer
destas montañas bajó
y en tu tienda se sentó
lo mismo volvió hoy a hacer.

PRÍNCIPE. ¡Por Dios, que tiene misterio!

NUNCIO. Sí es pronóstico, señor,
que has de ser emperador,
que águila promete imperio.

PRÍNCIPE. ¿Veis cómo el cielo señala?

NUNCIO. Un imperio no os dé pena.

PRÍNCIPE. Esotra señal es buena,
que ésta no diréis que es mala.
¿Quédaos en qué reparar?

ARNESTO. Antes no hallo reparo,
pues donde quiera que paro,
después que acabó de entrar
en la Valaquia, tu campo,
todo es vientos, remolinos,
aguas, nieves, torbellinos,
que me hacen andar a escampo.
Y tu gente, sin consuelo,
dice que es de Dios la ira,
y que son rayos que tira
contra tu ejército el cielo.

PRÍNCIPE. Antes, no, [que] de alegría
de vernos ya en este suelo,
nos hace la salva el cielo
con toda su artillería.

ARNESTO. Arrímate a aquel laurel,
que no estás seguro aquí
de algún rayo, si es así
que no hiere rayo en él.

PRÍNCIPE. Dejadme solo un momento,
que a un laurel pienso arrimarme,
que sabrá mejor guardarme
del agua, del rayo y viento.

(*Vanse todos y el* PRÍNCIPE *queda solo, y pónese de rodillas.*)

PRÍNCIPE.

Paloma simple, sin la hiel nociva
de aquella original culpa primera,
que en la serenidad más verdadera
vuelve con ramo de sagrada oliva.
Iris hermosa en quien con llama altiva
el resplandor del padre reverbera
puro cristal y sana viridiera
por quien del Sol entró la luz más viva.
Alba del Sol de Dios, tras quien se mira
salir al mundo el Sol que el sumo Padre
fijó en el cielo de su excelsa diestra,
si de la airada con que rayos tira
nada hay seguro, Vos, que sois su Madre,
sed el laurel de la defensa nuestra.

(*Parece un fuego en lo alto, y dice el* NUNCIO *de adentro sin salir afuera, yéndose el fuego extendiendo adelante.*)

NUNCIO. ¡Milagro, milagro, Arnesto!

PRÍNCIPE. Pero ¿qué luz es aquélla,

pues no es cometa ni estrella,
ni del sol, que ya se ha puesto?
Fuego es, que se va extendiendo
a la parte del real
contrario. Nueva señal
de prodigios. No lo entiendo.

(*Sale el* NUNCIO.)

NUNCIO. No podré tener sosiego
hasta avisarle.
PRÍNCIPE. ¿Qué es?
NUNCIO. Príncipe ilustre, ¿no ves?
PRÍNCIPE. ¿Decís, monsignor, el fuego?
Eso estoy mirando yo,
y no estoy poco admirado
del portento.
NUNCIO. ¿No has mirado
cómo al punto que se vió
cesó la tempestad luego?
ARNESTO. ¿Qué presagio puede ser?
PRÍNCIPE. ¿No habéis echado de ver?
ARNESTO. ¿Dice vuestra alteza el fuego?
Todos lo hemos visto ya.
Vos ¿qué sentís deste agüero,
que sois notable agorero?
Que pues que fuego nos da
el cielo, que prosigamos,
que fuego señala fuego
con que ha de abrasarse luego
que al real acometamos,
porque con esta señal
todo el campo se ha animado.
PRÍNCIPE. Estáis bien certificado
¿a qué parte está el real?
ARNESTO. Junto a Tergovisto está,
en un gran llano que viene
hasta el Danubio, do tiene
hecha una puente el Bajá.
PRÍNCIPE. Pues ¿cómo estando tan junto
no hace a nuestro alojamiento
ningún acometimiento
de guerra el Ferrad?
ARNESTO. Barrunto
que no está el Sinán con él.
PRÍNCIPE. ¿Qué? ¿No hay quien me avise,
del ejército enemigo [amigo,
estando tan cerca dél?
JACINTO. Aquí estoy yo, que me obligo,
con este tronco pesado,
de traerte un turco atado
del ejército enemigo.
PRÍNCIPE. Pues ¿así lo has de traer?
JACINTO. No te dé cuidado alguno,
que te traeré, de uno en uno,
los que hubieres menester.

(*Vase. Sale una* CENTINELA *turquesca perdida, sin armas.*)

CENTINELA. Bueno es que me hará el Bajá
cada noche centinela,
y que me haga andar en vela
tres o cuatro noches ha.
Valga el diablo al Transilvano,
donde a rebelarse vino,
que nos hace andar contino
con las armas en la mano.
Todo es calma y nada suena,
y como de priesa cae
la noche, el miedo me trae
sin sueño, como alma en pena.
Pero el contrario no asoma
y está seguro el real.
Quiero dormir, pesia tal,
vele por todos Mahoma.

(*Echase. Sale* JACINTO *solo, sin palo.*)

JACINTO. Cerca estoy de Tergovisto,
y aunque algo encubierto voy
con estas matas, estoy
a peligro de ser visto.
Porque en siendo descubierto
del ejército contrario,
que está en vela de ordinario,
no escaparé de ser muerto.
Por aquí, sin ser sentido,
me acercaré al campo infiel;
pero ¿qué bulto es aquél?
Quiero, sin hacer ruído,
retirarme atrás, no sea
espía que importa, y quien
me altera. ¿No será bien
que lo reconozca y vea?
Sí, aunque pierda la vida
si me siente. Cuerpo humano
parece. Alargó la mano.
Si es centinela perdida.
Este es brazo y esta es pierna.
Turco es ¡vive Dios! ¿Qué es esto?
¡Cielo, yo lo veré presto!
Quiero sacar la lanterna.

(*Saca la lanterna y mírale.*)

¡Acabóse, vive Dios,
don galgo, que no os entiendo!
¿Aquí estábades durmiendo?
¡Noramala para vos!
El duerme de buen gobierno.

A fe que le ha de importar
si no quiere despertar
esta noche en el infierno.
Hoy me eternizo si salgo
al cabo con esta empresa.
¡Cuerpo de Dios, cómo pesa!
¡Oh, pesia tal con el galgo!

(*Cárgasele a cuestas y vase, y sale el* PRÍNCIPE *y el* NUNCIO *y* ARNESTO.)

PRÍNCIPE. Basta: que el sueño me tiene
muy alcanzado de cuenta.
ARNESTO. ¿Es mucho que el cuerpo sienta
el cansancio con que viene?
Has estado sin dormir
treinta horas a caballo,
que no sé cómo el caballo
te pudo, señor, sufrir,
y aun no te dejas llevar
del sueño tan necesario.
¿Piensas que [es] algún contrario,
que lo quieres sujetar?
PRÍNCIPE. Bien decís, dejadme aquí,
sobre esta atocha un momento.
ARNESTO. Señor, en mi alojamiento
dormirás mejor que aquí.
PRÍNCIPE. ¿Cómo lo sabes?
ARNESTO. Sospecho
que en un lecho dormirás
mejor que en ése en que estás.
PRÍNCIPE. ¿Este os parece mal lecho?
ARNESTO. Paréceme que en tu campo
otros mejores están.
PRÍNCIPE. ¿Tan mal duerme, Capitán,
quien duerme en cama de campo?

(*Recuéstase el* PRÍNCIPE *armado, ceñida la espada, y pone la cabeza encima de la rodela.*)

ARNESTO. Retirémonos los dos,
monseñor.
NUNCIO. Será muy bien.
¡Bendígate el cielo, amén,
Príncipe ungido por Dios!

(*Vanse, y dice el* PRÍNCIPE *en sueños.*)

PRÍNCIPE. Toque a marchar la vanguardia.
Reformad de gente, Arnesto,
ese escuadrón. Presto, presto,
y pasá la retaguardia.

(*Levántase durmiendo con la espada en la mano tirando cuchilladas.*)

¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!
Antes que llegue el Sinán.
¡A ellos, que se nos van!
¡San Jacinto, cierra, cierra!

(*Tocan a rebato y salen* ARNESTO *y* AURELIO *y otros soldados, y dellos desnudos.*)

ARNESTO. ¿Qué arma es ésta? ¿Quién tan presto,
este rebato nos dió?
AURELIO. Eso vengo a saber yo.
ARNESTO. ¿Qué hace el Príncipe? ¿Qués esto?
AURELIO. Los ojos tiene cerrados.
Capitán, durmiendo está.
ARNESTO. No os acerquéis mucho allá,
no os descalabre, soldados.
¡Ah, señor! ¿Hace donaire
de mí Su Alteza?
PRÍNCIPE. (*Recuerda.*) ¿Quién va?
ARNESTO. ¿Qué tiene? ¿Con quién lo ha,
que está esgrimiendo en el aire?
PRÍNCIPE. Basta; sabed que soñaba
que aún no ha llegado el Sinán,
y el Morato, capitán,
a toda priesa marchaba
a meterse en el bajato
de Jorgio, y por que los dos
no se juntasen, por Dios,
hacía dar este rebato.

(*Sale* JACINTO *con el turco a cuestas y arrójale.*)

¿Qué traes ahí?
JACINTO. ¡Mal rayo
que lo arrebate! No sé.
Señor, durmiendo le hallé
y durmiendo se lo trayo.

(*Recuerda el turco con la caída.*)

CENTINEL. ¡Santo Alá!
JACINTO. ¿A quién apellida?
PRÍNCIPE. ¿Así en tu campo se vela?
¡Eres gentil centinela!
A lo menos, bien perdida.
CENTINEL. Quince noches ha, señor,
después que tuvimos nuevas
de tu campo, que nos llevas
desvelados de temor.
Y como el Sinán, visir,
llega esta noche a mi costa,
quise velar esta posta
por hartarme de dormir.
PRÍNCIPE. ¿Cómo no sale el bajá
turco de su alojamiento,
aunque ve que le presento
la batalla?
CENTINEL. Porque está
con el Sinán y el Morato.

No tiene orden de darte
batalla, y así se parte
a meterse en el bajato
de Jorgio esta noche.

PRÍNCIPE. Arnesto,
llamadme aquí al General
y marche luego el real

(*Va* ARNESTO.)

la vuelta de Jorgio presto.—
¿Qué gente trae el Visir?

CENTINEL. Cien mil hombres.

PRÍNCIPE. ¿Y el Ferrad?

CENTINEL. Poco más de la mitad;
mas se pretenden unir (1)
para darte la batalla.

(*Sacan al* GENERAL *tullido en una silla y viene con él* ARNESTO.)

PRÍNCIPE. General, poneos a punto
de batalla, que barrunto
que esta noche habéis de dalla.

GENERAL. Más antes deste desorden,
del rebato que nos dió
Vuestra Alteza, resultó
que el campo está puesto en orden.
¿Sabes si esa centinela
dice verdad?

PRÍNCIPE. [Sí,] selo.
¿No lo he de saber, si el cielo
en sueños me lo revela?

(*Vanse. Sale el* SINÁN, *marchando.*)

Haced alto, que sospecho,
según lo que habemos visto,
que no le es a Tergovisto
el socorro de provecho.

(*Suena ruído de batalla, y sale* FERRAD.)

FERRAD. No te fatigues en vano,
Gran Visir, vuélvete ya,
que ya Tergovisto está
en poder del Transilvano.
Que dando de sobresalto
en ella, fué general
su ímpetu y furia tal,
que la entró al primer asalto.

SINÁN. ¡Santo Alá!

FERRAD. Muda de intento,
que ya Morato acabó
de un encuentro que le dió
dentro de su alojamiento.

(1) En el original "mas pretense de unir".

SINÁN. Ya no se puede excusar
la batalla, y así quiero
presentársela primero.
¡Cierra, toca a cabalgar!

(*Vanse. Dase la batalla y hay dentro grita, y sale* JACINTO *peleando a palos, y luego el* PRÍNCIPE, *y vuelve a salir* JACINTO *arrastrando a* SINÁN, *y sale tras él* FERRAD.)

FERRAD. ¿Qué es esto, Mahoma? Muestra
tu poder, que infamia es
que éste lleve entre los pies
a quien es cabeza nuestra.
¡Perro!

JACINTO. ¿Qué quieres?

FERRAD. Quitarte
tu cabeza por la suya.

JACINTO. Procura guardar la tuya.

FERRAD. Procura tú de escaparte.

(*Escápase* SINÁN *y retírase* FERRAD, *y sale el* PRÍNCIPE *victorioso.*)

ARNESTO. Por ti salió la victoria.

NUNCIO. Ya todo tu campo clama
victoria. ¡Viva tu fama!

PRÍNCIPE. A Dios se le dé la gloria.
¿Qué se hizo el Sinán?

ARNESTO. Huyó.

NUNCIO. Yo le vi pasar a nado
el Danubio.

ARNESTO. Y arrastrando
le vi por el campo yo.

[PRÍNCIP.] ¿Murió el Ferrad?

ARNESTO. No le vi,
ni dél nada se publica.

(*Sale* JACINTO *con la cabeza de* FERRAD.)

JACINTO. Aquí viene en una pica
a darte cuenta de sí.

PRÍNCIPE. Y aun tú la has dado tan buena
de ti, que hoy tu fortuna
te pone sobre la luna.

JACINTO. Con eso la tendría llena.
Asestad la artillería
a Jorgio; batilda luego,
que no he de tener sosiego
hasta que quede por mía.

(*Vanse. Salen a dar el asalto con arcabuces y escalas, y de arriba tiran alcancías.*)

PRÍNCIPE. ¡Cierra, cierra! ¡Viva, viva
la fe de Cristo! Muramos
por la fe que profesamos.
¡Victoria, victoria! ¡Arriba!

(*Enarbolan el estandarte del* PRÍNCIPE *y sale él y luego* JACINTO *con el estandarte de Mahoma.*)

JACINTO. Encima del baluarte
queda tu seña real,
y aquí te traigo en señal
arrastrado el estandarte
de Mahoma, que el Visí
y mil que lo defendieron
hechos pedazos murieron
por sustentarlo y por mí.
ARNESTO. Por su rescate un bajá
que con lo demás fué preso,
te ofrece de oro su peso.
PRÍNCIPE. ¿Luego vive?
ARNESTO. Vivo está.
PRÍNCIPE. Mataldo luego, matad
a cuantos con él estén,
aunque por su vida os den
otra tanta cantidad.
NUNCIO. ¡Príncipe!
PRÍNCIPE. Yo no rescato.
No me tratéis deso, amigos,
porque de mis enemigos
tengo menos los que mato.
Este orden de guerra nuestro
a mis soldados guardaldo;
cuanto está en Jorgio tomaldo,
que todo, amigos, es vuestro.
No se quite a ninguno,
que me daréis mucho enojo,
Capitán, todo el despojo
que ganase cada uno.
ARNESTO. Es infinito el tesoro
que dentro Jorgio se halla.
PRÍNCIPE. Yo sólo vine a ganalla,
y no a buscar minas de oro.
Amigo, ellos lo han ganado;
todo es suyo; gócenlo,
que no he de quitarles yo
lo que el cielo les ha dado.
¿Qué hay más en Jorgio?
ARNESTO. Diez mil
niños que tenía el bajá
hechos genízaros ya.
PRÍNCIPE. Ese es tesoro gentil.
Con ése estoy yo más rico
que todos mis transilvanos.
Traédmelos aquí, hermanos,
que a esos tesoros me aplico.

(*Vase.*)

Monseñor, ¿qué decís vos
deste favor?
NUNCIO. Que es del cielo.
PRÍNCIPE. Mirad qué nuevo consuelo,
que redime como Dios.

(*Sale* ARNESTO *con los cautivos y abrázalos el* PRÍNCIPE.

ARNESTO. Ya están aquí.
PRÍNCIPE. Pues llegad,
uno por uno, a mis brazos,
que os quiero dar mil abrazos.
ARNESTO. (Llorando está de piedad.)
NUNCIO. (Yo de vello.)
PRÍNCIPE. ¿Quién de vos
no se ha bautizado, hermanos?
Niños, ¿sois todos cristianos?
NIÑOS. Sí, por la gracia de Dios.
PRÍNCIPE. El os la dé, que os dió, amigos,
de su sangre tanta copia,
que El os redimió con propia,
yo, con sangre de enemigos.
Déseles lo necesario
hasta que en mi corte esté,
donde yo les fundaré
un colegio o seminario
de su crianza y gobierno,
y toquen luego a marchar,
que me quiero retirar,
que se va entrando el invierno.

(*Vanse, y sale* MAHOMETO *y* CELIMA.)

MAHOMET. Entra esta tarde el Visir
y quiérole honrar.
CELIMA. ¿De suerte
que a eso me has hecho salir?
¿En vez de darle la muerte
le sales a recebir?
¿Qué reinos ha reducido
a tu obediencia el cobarde?
¿Qué ejércitos ha vencido,
que quieres dalle esta tarde
la honra que él te ha perdido?
¿Qué trae? ¿Qué es del poder
que llevó? ¿Con qué rebozo
se dejó un viejo envolver
en las mantillas de un mozo
que estaba en la cuna ayer?
¿Con qué despojos se atreve
a entrar el traidor triunfando,
o qué triunfo se le debe?
¿Cómo no murió el aleve
con los demás peleando?

(*Sale el* SINÁN *y póstrase.*)

SINÁN. ¿Dó vas? ¿A quién has salido

a recebir, Gran Señor,
de tu palacio?
MAHOMET. A un vencido.
SINÁN. Pues ¿qué más hubiera sido
si viniera vencedor?
MAHOMET. Por venir desa manera
sale a honraros mi persona
así, que, si así no fuera,
de mi casa no saliera
sino a daros mi corona.
Levantaos y dadme cuenta
de vuestra desgracia y mía.
SINÁN. Mejor dirás de mi afrenta.
MAHOMET. Vividme vos, que algún día
triunfaréis del que os afrenta.
¿Dónde se dió la batalla?
SINÁN. Junto a Jorgio, sin remedio.
MAHOMET. ¿Y hallóse el Príncipe al dalla?
SINÁN. Como una gran torre en medio
de los ejércitos.
MAHOMET. Calla;
no pases más adelante.
¿Hasle visto?
SINÁN. Y te prometo
que me asombró.
MAHOMET. ¿Qué semblante?
SINÁN. Furioso, ancha espalda, aspeto
y proporción de gigante;
grandes ojos, revelada
frente, cabello enrizado,
luenga nariz afilada,
cejijunto, poco barbado, (1)
color pálida y tostada,
bravo peón, gran jinete,
y en los asaltos que dan
el que primero acomete
y quien más dentro se mete.
MAHOMET. ¡Prodigioso capitán!
SINÁN. No se afeita ni arrebola,
ni conoce qué es holanda,
pebete, jazmín, viola;
no busca la cama blanda,
ni come la fénix (2) sola,
calza pieles de becerro,
botones de acero abrocha,
acuéstase encima un cerro,
duerme armado y sobre atocha
y viste calzas de hierro.
Aunque bisoño soldado,
sufre trabajo y afán,

(1) Sobra una sílaba.
(2) Pasaje oscuro.

hambre, cansancio doblado;
anda de contino armado.
MAHOMET. ¡Prodigioso capitán!
SINÁN. Aunque de talle extremado,
no se precia de galán
y cortés enamorado,
sino de bravo soldado.
MAHOMET. ¡Prodigioso capitán!
CELIMA. Basta; no pasas de ahí:
calla, que tengo yo mucha
vergüenza, Sinán, de mí,
tenla tú del que te escucha,
pues no la tienes de ti.
Gran contador vienes, baste.
En suma, puedes pasar
esa cuenta, pues la erraste
y tan mal la sabes dar
de la gente que llevaste.
MAHOMET. Celima, menos rigor
con el Visir, que ha venido
otras veces vencedor.
Si agora viene vencido,
bástele su mal.
SINÁN. Señor:
dame la muerte, pues vengo
a pagar con esto yo
la poca culpa que tengo.
MAHOMET. Venid, Visir, que yo vengo
injurias, desgracias no.

(Vanse, y sale arriba NICE *con la* ARCHIDUQUESA.)

ARCHID. Abridme aquese balcón,
que éntre ya mi capitán;
déjame ver el galán
que lo es de mi corazón.
¿Qué os parece de su talle?
¿No admira?
NICE. Estoy admirada
de ver que lleva ocupada
con su persona la calle.
¿Quién no le rinde despojos,
si almas rinde y manos ata?
ARCHID. Es un capitán que mata
con las manos y los ojos.

(Salen el PRÍNCIPE *y su gente, y vienen disparando, y* JACINTO *abate el estandarte de Mahoma delante de* NICE.)

PRÍNCIPE. Hagan alto, monseñor.
Sabed que mucho quisiera
que a estos niños se les diera
un maestro o preceptor.

Que por estar en España
el mío, no tengo quien
haga ese oficio.

NUNCIO. Pues bien:
que aún no llegas de campaña.
Haz que entre tanto, se alojen,
que maestros les buscares
de ciento en ciento en lugares
que no fastidien ni enojen,
que son muchos y podrán
dar molestia a tus vasallos.
Yo me encargo de alojallos.

PRÍNCIPE. Yo os hago su capitán.

(Llévanlos.)

ARCHID. ¡Oh, Príncipe mío y señor!

PRÍNCIPE. ¡Oh, prenda rica del alma!

ARCHID. ¡Vos sois su bien!

PRÍNCIPE. ¡Vos, la palma
con que vengo vencedor!
¿Cómo os va de mal casada?

ARCHID. Como sin vos.

PRÍNCIPE. ¿Estáis buena?
¿Cómo estáis?

ARCHID. Con harta pena.

PRÍNCIPE. ¿De qué?

ARCHID. De vuestra jornada.
Pero con una victoria
tan grande, a mi parecer,
la que pudiera tener
se me ha convertido en gloria.

PRÍNCIPE. Muy bien lo podéis decir,
pues os traigo en mi lugar
dos reinos más que mandar
y un alma más que regir.

NICE. ¿Cómo no me da Su Alteza
la mano?

PRÍNCIPE. Tenéis razón,
que primero vuestras son
que de nadie por grandeza.

ARCHID. Casada la tengo ya
con un Grande.

PRÍNCIPE. ¿Con un grande?

ARCHID. Sí.

JACINTO. (Para mí harto grande
esta desdicha será.)

PRÍNCIPE. ¿Qué es eso, Jacinto hermano?
¿Qué dices?

JACINTO. Que te he servido.

PRÍNCIPE. Pide mercedes.

JACINTO. Pido
que me cases de tu mano.

PRÍNCIPE. ¿Que te case? ¡Nueva cosa!
Elige mujer.

JACINTO. Yo elijo
a Inés por mujer.

ARCHID. ¿Qué dijo?

JACINTO. Que ésta es mi esposa.

PRÍNCIPE. ¿Tu esposa?
No andas corto, en verdad.
Que yo entendí que lo eras
y que mujer escogieras
no de tanta calidad.
Pero mi palabra es ley,
sin excusión que la tuerza.

ARCHID. Y la mía tiene fuerza,
como si fuera de rey,
que soy su mujer.

PRÍNCIPE. ¿A quién
se la distes vos?

ARCHID. A Enrico.
Ya sabéis que es noble y rico.

PRÍNCIPE. Yo se la he dado también
a Jacinto. ¿Qué remedio?

ARCHID. Si el casamiento ha de ser
voluntad, de parecer
soy que se ponga ella en medio,
y, haciendo la suya ahora,
elija marido.

PRÍNCIPE. Es justo,
que ella se case a su gusto,
y no al de nadie, señora.

JACINTO. (¡Oh, si mereciese yo
este sí que he pretendido!)

ARCHID. Decid, ¿queréis por marido
a Enrico?

NICE. Señora, no.

ARCHID. Luego, ¿queda declarado
por Jacinto el campo, Nice?

NICE. Sí.

JACINTO. Eso basta para mí.

PRÍNCIPE. Con eso me habéis echado
en obligación de nuevo.

ARCHID. ¿Qué has hecho?

NICE. Mi gusto hago,
pues sólo con esto pago
una obligación que debo.

PRÍNCIPE. Yo premio a un buen soldado
con dalle una tal mujer,
y a vos os quiero volver
el patrimonio y estado
de Alejandro, vuestro padre.
Y vos, señora, que es justo,
condescended con mi gusto.

ARCHID. Como a vos, señor, os cuadre.
Yo me alegro, por mi parte,

y tú con Jacinto cobras
un gran hijo de sus obras
que basta para igualarte,
y así casas con tu igual.

JACINTO. Soy tu hechura, como Enrico.

ARCHID. No, sino un Jacinto rico,
digno de corona real.

(*Sale* ARNESTO, *y* SOLDADOS *con él.*)

PRÍNCIPE. ¡Oh, mi Arnesto!

ARCHID. ¡Oh, capitán!

PRÍNCIPE. ¡Presto habéis sido de vuelta!

ARNESTO. Dejó, señor, tan revuelta
a la Bulgaria el Sinán
después que pasó por ella,
que dos jornadas entré
la tierra adentro y no hallé
rastro de enemigo en ella;
que de temor de la guerra
el reino se ha despoblado,
porque todos se han alzado
y se han subido a la sierra.
Y aun Constantinopla está
tal, que se salen huyendo
los naturales, temiendo
que vas a cercalla ya.
Una carta tengo aquí
que los cautivos te escriben;
sospecho que te aperciben
que vayas luego.

PRÍNCIPE. Decí:

(*Abre* ARNESTO *la carta y lee.*)

"Avisamos a Vuestra Alteza de una grande hambre que hay en Constantinopla, y que por ella y por el temor que te han cobrado los turcos, se han salido muchas casas fuera. El Sinán murió de enojo. Luego que llegó el Turco, se ocupa en hacer procesiones a Mahoma y él se mete entre los niños, rogándoles que le pidan que mejore sus cosas. Si Vuestra Alteza en esta ocasión viniese, la pondría en mucho aprieto, porque ya los has vencido con el miedo antes que llegues; aquí aguardan tu venida con los del Limbo.—*Los cautivos de Constantinopla.*"

ARNESTO. Que ya el Sinán murió.

PRÍNCIPE. Baje en persona a la Hungría
el Turco, que con la mía
le estaré aguardando yo.
Y aun le pienso hacer la salva
al pasar desde Atuán.
Recogeos, Capitán;
mal he dicho; Conde de Alba.

ARNESTO. ¿Yo conde, señor?

PRÍNCIPE. Sí.

ARNESTO. Pues
tales mercedes y tantas,
sin duda que me levantas
para postrarme a tus pies.

JACINTO. Este es, ilustre senado,
el Príncipe Sigismundo,
que hoy tiene revuelto el mundo
y con razón admirado,
el que al Turco poderoso
tantos encuentros le da,
que él mismo le llama ya
el Capitán prodigioso.

AQUÍ DA FIN DE LA COMEDIA DEL PRODIGIOSO PRÍNCIPE DE TRANSILVANIA

COMEDIA

DEL

REY FINGIDO Y AMORES DE SANCHA

DE

LOPE DE VEGA

Rey de Portugal.
Duque Urbano.
Fabio, *hermano del* Duque.
Un Mayordomo.
Un Cocinero.
Un Mozo *de caballos.*
La Princesa de Francia.
Un Criado.
Un Paje.
Un Marqués.
Un Aposentador.
Un Alguacil.
Un Huésped.
Un Corchete.
Un Correo.
El Rey de Francia.
Un Secretario.
Los de la guardia.
Pinardo. *paje.*
Un Pastor.
Rosarda, *hermana del* Duque.
Martín, *hortelano.*
Gila, *su mujer.*
Un Almirante.
Dos Alabarderos.
El Condestable.
El Príncipe del Castillo.
El Barón de Roca.
Cuatro Enmascarados.
Dos Testigos.
Dos Consejeros.

JORNADA PRIMERA

(*Sale el* Rey de Portugal *y el* Duque Urbano.)

Rey. ¿Es posible, duque Urbano,
que [a] cinco leguas estoy
de París, donde entro hoy
a dar de esposo la mano,
y con tan grande interese
como alcanzar la Princesa?

(*Santíguase el* Duque.)

Pues ¿qué admiración es esa
y qué santiguarte [es] ése?
¿No dirás de qué te admiras,
que haces tantos extremos?
Duque. ¡Vémonos donde nos vemos
y en que me santigüe miras!
¿No hay razón de que me espante,
si te veo donde estás
y considero que vas
a...
Rey. Di, prosigue adelante.
Duque. A casarte, señor, digo
con la Princesa francesa.
¿No sabes que la Princesa
no puede casar contigo?
Rey. Di por qué razón.
Duque. ¿No es llano?
¿No eres tú aquel encubierto
que dejó (1) una noche muerto
dentro en Palacio a su hermano,
porque te halló hablando
con ella por el jardín?
Rey. Yo soy; pero ¿a qué fin
vamos cosas renovando?
Duque. ¿A qué fin? Yo lo diré,
que no voy fuera de cuento.
Veo que este casamiento
no se puede hacer.
Rey. ¿Por qué?
Duque. Porque, como sabes bien,
ha propuesto el Rey francés
que, como por interés
a su hija no le den
al matador en la mano,
no la tiene de casar.
Pues si esto no puedes dar,
¿no está el porqué en la mano?
Y si eres tú el matador,
y el que vienes a casarte,
mal, si a ti mismo has de darte,
has de quedar por señor.
Porque no se compadecen
desposado y entregado,
si entregado y desposado
tanto en todo se parecen.
Y aparécense estos dos

---

(1) En el manuscrito original "dejaste" en lugar de "dejó".

de modo entre sí siendo uno,
que parece todo uno.

REY. Créolo, a fe.

DUQUE. Sí, por Dios.
Pero de una vez aparte
aqueste enigma se explique,
porque ya te veo a pique
de entregarte y de casarte,
y esto no es sin fundamento.
Dime: ¿quién se ha de entregar
o quién se viene a casar?

REY. Que me place. Escucha atento:
De Portugal, donde reino,
salí habrá como dos años,
y viendo reinos extraños
llegué, en efeto, a este reino.
adonde vi la Princesa;
[y] vista, nació de vella
desear casar con ella,
aunque indigno de la impresa.
Y lo que por pasatiempo
comencé, hízose fuerza;
en fin, quedéme por fuerza
en Francia por algún tiempo,
donde serví al Rey en nombre
de un noble barón de Europa,
luego de paje de copa
y después de gentilhombre.
A todos viví encubierto,
sino sólo a la Princesa;
y dándome el amor priesa,
le hablé un día descubierto,
y della, al fin, conocido
y conocido mi pecho,
dió en quererme de hecho
y vime favorecido.
Mas como ya trae el cielo
el ser mudable fortuna,
cuando ya me vi en la luna
vi mi gloria por el suelo;
que una noche que en el huerto
a la Princesa hablaba,
su hermano, que heredaba
a Francia, vió el huerto abierto,
y, celoso de su honor,
con dos criados entró,
y como hablando me vió,
encendido de furor,
quiso vengar el agravio.
Puso mano, y yo también,
y defendíme tan bien,
que le maté, y murió Fabio.
Y yo en haciendo la suerte,
antes que tuviese espacio
de alborotarse el Palacio,
escapéme de la muerte.
Una nao hallé en el puerto,
en que me fuí a Portugal,
y el Francés llevó tan mal
el haber a su hijo muerto,
que ha jurado de no dar
a ninguno esta doncella,
que, después de ser muy bella,
el reino viene a heredar,
sino a quien (1) dé cualquier suerte,
antes le entregare preso
a aquel que hizo el exceso
de dar a su hijo muerte.
Y yo este concierto he hecho
y le vengo hoy (2) a cumplir.

DUQUE. Pues, Rey...

REY. Lo que has de decir
entiendo; quieta el pecho.
Tendrás, Duque, a disparate
que, siendo yo el contenido
y el matador conocido,
de venir a casar trate.
No me espanto que te espantes,
que imposible era, y no hay duda
a no tener quien me acuda
en negocios semejantes.
Pero, teniendo yo en ti
el fiel vasallo que tengo,
tan cierto del premio vengo
que ya lo juzgo por mí.
Quiero que, pues que tú eres
aquí tan desconocido
como yo soy conocido
por el matador, si quieres,
tu estado y tu nombre niegues,
y entrándote tú a casar
en mi nombre y mi lugar,
por el reo a mí me entregues.

DUQUE. Pues, yo vendido (3) por ti
y tú por el delincuente,
¿qué medio es tan conveniente
el que resulta de aquí?

REY. Resultan, Duque, dos cosas,
que prometen buen suceso,
y son que, cuando yo preso
y tú por mí te desposas,

---

(1) En el original "al que" y no "a quien".
(2) En el texto original "y" en lugar de "hoy".
(3) Así en el texto esta palabra: quizá deba leerse "tenido".

y esto como bien se note,
hace mucho por mi parte;
pero no has de desposarte
por mano de sacerdote,
sino así, muy levemente,
y por palabra no más,
dilatando lo demás
a tu reino y a tu gente.
Y esto, hecho de este modo,
por más diligencia y priesa
de llevar a la Princesa,
y llevarla es fácil todo,
que cuando yo acá me quede,
aunque condenado a muerte,
ya está el negocio de suerte
que el Rey matarme no puede.
Porque, sabiendo quién soy,
y que tú en mi reino tienes
a la Princesa en rehenes,
libre de la muerte estoy;
que conociendo el engaño,
claro está de averiguar
que me querrá el Rey guardar
por guardar su hija de daño.
¿Qué me dices desta traza?

DUQUE. Es, Rey, como tuya, en fin.

REY. Pues para tener buen fin
aquesto que aquí se traza
mucho, Duque, importará
una diligencia sola.
Llamad un criado.

DUQUE. ¡Hola!

(*Sale* FABIO, *hermano del* DUQUE.)

FABIO. ¡Señor!

REY. Fabio, ven acá.
A cuantos traigo conmigo
me trae luego a mi presencia
para cierta deligencia.

FABIO. ¿A todos?

REY. A todos digo;
desde el propio cocinero
me llama hasta el mejor
de mi cámara.

(*Vase* FABIO.)

DUQUE. Señor,
¿qué es lo que hacer quieres? (1)

REY. Decirles a todos juntos
como quedas en mi nombre,
que entre ellos no haya hombre
que contigo mire en puntos,
sino que, en tanto que rey
te finjas, guarden secreto
y te tengan el respeto
que a mí me deben de ley.

DUQUE. Más falta.

REY. ¿Qué?

DUQUE. Si he de entrar
como rey, dame licencia
de usar de magnificencia
que en un rey es propio usar.
Tanto más un rey se estima
cuanto se muestra más franco.

REY. Cien firmas te daré en blanco,
y escribe a tu gusto encima.
Y desde aquí doy por hecho
cuanto tú por hecho dieres.
¿Vienen?

(*Sale* FABIO.)

FABIO. Señor, sí; y si quieres,
entrarán.

REY. Entren a hecho.

(*Salen todos los que pudieren y un* COCINERO *y un* MOZO *de caballos y un* MAYORDOMO.)

REY. A todos os he llamado
a cierta cosa, en efeto:
a encargaros un secreto
que pide mucho cuidado.
El secreto es que ya veis
que cinco leguas estoy
de París, adonde voy
a casarme. Pues sabréis
que éste que se entra a casar
no soy, por agora, yo.

MAYORD. ¿Que no eres tú, señor?

REY. No;
que el Duque por mí ha de entrar.
Desde el menor al mayor,
desde el más torpe al más sabio,
ninguno menee el labio
que no le llame señor,
guardándole aquel respeto
en todo que un rey requiere,
y el que morir no quisiere
no me revele el secreto.
¿Habéisme entendido bien?

MAYORD. Todos, señor, te entendemos,
y cual lo mandas haremos.

COCINERO. Yo también.

(1) Como "quieres" no rima con "cocinero", quizás aquel verso lo diga el REY en esta forma: "¿Qué es lo que hacer quiero?"

MOZO. Y yo también.
COCINERO. ¡Por Dios, que yo quedo bueno!
¡Caro nos cuesta el camino!
MAYORD. ¿Qué os cuesta?
COCINERO. El no beber vino,
o diré lo mío y lo ajeno.
MOZO. ¡Bravo oficial de una taza!
COCINERO. Señor mozo de caballos,
calle, o váyase a limpiallos,
que el beber no es almohaza.
REY. Idos, pues; vais avisados,
y mete a ése por camino.
MAYORD. ¡Hola! Quítenle a ése el vino.
COCINERO. Pues cáguense en los guisados.

(*Vanse todos y quedan el* REY *y el* DUQUE.)

REY. Ya esto queda en buen punto,
y parece que ya es tarde,
no es razón que más se aguarde;
partamos luego al punto.
Venid, mandaré partir
la recámara adelante,
por que os mostréis pujante,
porque en mi nombre habéis de ir.
Luego os daré las cien firmas
en blanco que os prometí.
DUQUE. El valor que veo en ti,
señor, con eso confirmas.
Partamos, que es hora ya
que subamos a caballo.
REY. ¡Que veo rey a mi vasallo!
DUQUE. Pues lo más por ver está.

(*Vanse, y sale la* PRINCESA *a la ventana.*)

PRINCESA. Quedaos allá fuera todas,
que más ventanas hay que ésta.
Amor, no entiendo esta fiesta.
¿Qué entrada es ésta o qué bodas?
¿Qué esposo es el que me das?
Porque, [o] yo imagino mal,
o no es el de Portugal.
Pues si es otro es por demás,
que sólo he de ser mujer
del Príncipe portugués;
y entender que éste lo es,
es falso; no puede ser
que, siendo tan conocido
por el que mató a mi hermano,
no ser él está en la mano,
que, a serlo, fuera atrevido.
Que no hay persona en que llegue
la locura a tanto exceso,
que donde le quieren preso
por desposado se entregue.
Pues ser otro no es posible,
porque el que me ha de llevar
al mismo lo ha de entregar,
o llevarme es imposible.
¡Oh, pesada confusión!
¿Hay alguien ahí fuera? ¡Hola!

(*Sale* PINARDO, *paje.*)

PINARDO. ¿Hoy es día de estar sola
mi señora en el balcón?
PRINCESA. ¿Qué hay, Pinardo?
PINARDO. He estado un poco
en el campo.
PRINCESA. ¿Qué hay del campo?
PINARDO. Si te lo pinto y estampo
como está, no haré poco.
Ha salido a ver tu esposo
toda la flor de París,
y, en fin, como es flor de lis,
tiene todo el campo hermoso.
En resolución, señora:
los galanes y las galas
que ocupan tus reales salas
ocupan el campo agora.
Muchos coches y carrozas
con muchas damas al uso
y, en fin, en tropel confuso
la flor del reino que gozas.
PRINCESA. ¿Y si dicen a qué hora entra?
PINARDO. De aquí a un momento, (1)
que los que al recibimiento
han de ir salieron ya.

(*Sale otro* PAJE.)

PAJE. Por ti invía el Rey, señora,
porque llega ya el Rey cerca, (2)
y viendo que está tan cerca
y que se llega la hora,
quiere que estés tú con él
al tiempo de recebillo.

---

(1) Este pasaje está muy viciado, pues este verso es incompleto, y el "entra" de la redondilla no rima con "ya". Quizá se escribió así:

PRINCESA. ¿Y se dice a qué hora habrá
de entrar?
PINARDO. De aquí a un momento...

o bien "a qué hora hará—su entrada".

(2) No es posible que Lope no hallase medio de evitar estas repeticiones de "cerca" y "llega". Quizás escribió este verso: "Porque ya el Rey se acerca".

PRINCESA. Pues si el Rey quiere cumplillo,
ya vamos. ¡Ah, golpe cruel!

(*Vase. Sale el* REY DE FRANCIA *y un* CRIADO *con él.*)

R. DE FRA. ¿Y el Rey?
CRIADO. Ya el recibimiento
llega.
R. DE FRA. En hora buena venga.
¡Hola! Haced que se detenga
allá el acompañamiento.
CRIADO. ¿Subirán los Grandes?
R. DE FRA. Sí.
¿No desciende la Princesa?
CRIADO. Ya desciende.
R. DE FRA. Dalde priesa.
CRIADO. No es menester; ya está aquí.

(*Sale la* PRINCESA.)

Ya llega a media escalera
el Rey.
R. DE FRA. Mucho huelgo deso.

(*Salen el* DUQUE *y el* REY DE PORTUGAL *con una cadena al pie, y* FABIO *y un* MARQUÉS.)

DUQUE. Tus reales manos beso.
R. DE FRA. Lo mismo hace el que espera.
¿Qué tal llegáis?
DUQUE. Señor, llego
como el que llega a tener
a tu hija por mujer.
Ves aquí al preso te entrego.
R. DE FRA. Yo lo recibo. ¡Ah, cruel,
cuya muerte ya se tarda!
Marqués, a vos se os dé en guarda.
MARQUÉS. Yo me hago cargo dél.
PRINCESA. (¿Qué es lo que veo? ¡Ay de mí!
¿El preso no es el que adoro?
¡Ay, que no en balde lloro!
¡Grande misterio hay aquí!)
DUQUE. Venga un sacerdote al punto,
Rey, que estoy tan deseoso
ser ya de tu hija esposo,
que no quiero perder punto.
Venga un arzobispo presto,
que nos tome las manos. (1)
PRINCESA. (Este me coge a las manos.
¡Triste! ¿Qué haré en esto?)
R. DE POR. (¿Esto es porque me alborote,
o quiéreme éste burlar?
Mas... ¿si se hiciese casar
por mano de sacerdote?)

(1) Verso incompleto y todo el pasaje viciado.

DUQUE. Por que su dolor no borre
mi placer, quería que el preso,
Rey, se lleve.
R. DE FRA. Justo es eso.
Marqués, llevaldo a una torre,
y llámese el cardenal
porque (1) luego los despose.

(*Lleve el* MARQUÉS *al* REY *preso.*)

PRINCESA. La razón hace que ose
hablar, aunque haga mal.
Tú tienes agora, señor,
dos cosas graves que hacer:
una de mucho placer,
otra de mucho dolor.
La una es desposarme a mí,
otra dar al preso muerte,
pues dos cosas desta suerte
¿has de atropellar así?
Si son dos, triste y alegre,
¿no vale más comenzar
por tristeza y acabar
después en cosa que alegre?
Si acertar quieres, empieza
agora, por el presente,
pues tienes el delincuente,
en cortarle la cabeza,
que tiempo hay en que se trate
después de mi casamiento;
es cosa, en fin, de contento,
y dará mejor remate.
R. DE FR. Consideración tan buena
justo es, hija, que [se] alabe.
PRINCESA. Mejor es, Rey, que se acabe
esto en gusto que no en pena.
DUQUE. Tanta es la que me ha de dar
el dilatarlo, señor,
que no puede ser mayor
la que el preso ha de pasar.
Mas ya que se le da gusto
hoy en eso a la Princesa,
justo será darse priesa
en matar al preso.
R. DE FR. Justo.
Digo que es justo, de suerte
que al momento acudo a eso,
que ya está hecho el proceso,
no hay más que darle la muerte.
Que el término que he de darle
de hoy no tiene que salir.

(1) En el texto "para que", con lo que resulta el verso largo.

Vamos.

PRINCESA. (¡Que viene a morir
por donde pensé salvarle!)

(*Vanse todos, y quedan el* DUQUE *y* FABIO.)

DUQUE. Fabio.
FABIO. Señor, ¿en qué andas?

(*Sale un* PAJE.)

DUQUE. Detén a ese Paje.
FABIO. Amigo.
PAJE. ¿A mí, señor?
FABIO. A ti digo.
PAJE. El Rey llama. ¿Qué me mandas?
DUQUE. (¡Oh, qué punto tan sutil!)
¿Servís al Rey?
PAJE. Sí, señor.
DUQUE. Tráeme al aposentador,
y con él a un alguacil.

(*Vase el* PAJE.)

FABIO. Señor, ¿qué [es] esto que traes
que cuidadoso te siento?
DUQUE. Qué, ¿tan sin conocimiento
eres que en ello no caes?
Sabe que tan bien me hallo
con aquesto de ser rey,
que pienso, aunque contra ley,
no volver a ser vasallo.
Que he fiado este secreto
de ti porque eres hermano,
y porque ha de ir por tu mano
para que venga, en efeto.
Y como tiro a este blanco,
todo el tiempo le prevengo,
y agora cien firmas tengo,
dadas por el Rey, en blanco.
Cien provisiones he hecho
cuyo tenor, Fabio, es tal,
que el Rey de Portugal
quedaré por mí de hecho.
Porque lo que en sí contienen
debajo de bravas fuerzas,
es que te entreguen las fuerzas
del reino los que las tienen,
en razón de que lo manda
así la real persona,
porque importa a su corona
por cierto escándalo que anda
aquí, y yo mataré al Rey,
o me andarán éstas mal,
y tú, ido a Portugal,
tu mentira ha de ser ley,
porque con las provisiones
en un mes, o a lo más largo,
tendrás las fuerzas a cargo.
Pero mira en quién las pones.
y, quitadas por cautela,
has de mirar que se den,
dejados los que poseen,
a hombres de mi parentela.
Gente que cuando yo torne
halle de mi mano el reino,
porque si yo un día reino,
nadie habrá que me trastorne.

(*Sale el* PAJE, *un* APOSENTADOR *y un* ALGUACIL.)

PAJE. A lo que mandaste ha venido
aquella gente.
DUQUE. Entre.
PAJE. Entrad.
APOSENT. ¿Qué manda su majestad
en que puedas ser servido?
DUQUE. ¿Ah, aposentador?
APOSENT. Señor.
DUQUE. Cosa a mi honor conveniente.
Haz que se prenda mi gente
desde el menor al mayor.
Idos los dos requiriendo
las posadas donde están,
que bien cierto es que estarán
reposados y durmiendo.
PAJE. Es el mejor de los modos
que pueda darse en cogellos.
ALGUACIL. En fin, ¿que hemos de prendellos
a todos?
DUQUE. Sí, amigo, a todos,
del más bajo al más bizarro.
ALGUACIL. Y presos, ¿adónde han de ir?
DUQUE. Presos, los haréis subir,
con guardas encima un carro,
y al campo los sacaréis
por la puerta que yo entré,
porque ya yo ahí terné
hombre a quien los entreguéis.
ALGUACIL. Vamos.
DUQUE. Mira que conviene
que se haga con cuidado.

(*Vanse.*)

Esto que agora he mandado
su misterio, amigo, tiene;
que con esto hago prender
a cuantos vienen conmigo,
porque no quede testigo
que pueda echarme a perder.
Que claro es que cuando trate

como, en fin, pienso tratar,
mañana de degollar
al Rey, y cuando lo mate,
dirán aquéstos quién es
y me dejarán perdido.

FABIO. Muy buena advertencia ha sido.

DUQUE. Oye lo que falta, pues.
Toma las cien provisiones,
que aquí las tengo en mi pecho,
y da por hecho mi hecho
si cuidado en ello pones

(*Dale unos papeles a* FABIO.)

Ponte luego en camino
y ve al campo brevemente,
y cuando salga la gente
presa, saldrás al camino,
que ya te conocen ésos,
al fin, por criado mío,
y diles que a ti te envío
para entregarte los presos.
Pero apenas se te entreguen
cuando, tomando la vía,
no pares noche ni día
hasta que a Portugal llegues,
y allá ponlos en prisión,
en llegando, de secreto.

FABIO. Y será de gente efeto,
señor, esa prevención.

DUQUE. Vete, pues, y en lo demás,
de las firmas, ya me entiendes.

FABIO. Fía, que nada pretendes
que no desee yo más.

(*Vase.*)

DUQUE. Sola una deligencia
queda agora por hacer,
de un riesgo que puede haber
si no se tiene advertencia.
Y es [que] cuando al Rey le aprieten
tanto, que se vea morir,
de fuerza habrá de decir
quién es por que le respeten.
Mas de una cosa me alegro,
que traza no ha de faltar
con que le haga a su pesar
que no lo creo, su suegro; (1)
yo haré que a voces pregone
quién es, y no sea creído.
¡Fortuna, favor te pido,
que industria harta se pone!

(1) Este pasaje es muy defectuoso.

(*Vase, y salen el* APOSENTADOR, ALGUACIL, ALABARDEROS *y* CORCHETES.)

APOSENT. Lo mejor que ha de tener
esto es no haber alboroto.

ALGUACIL. Como conejos en soto
los habemos de coger.

APOSENT. ¿Y los desotras posadas?

ALGUACIL. Presos quedan, y a recado.

APOSENT. ¿Dónde está el huésped?

ALGUACIL. Ha entrado
a quitarles las espadas.

APOSENT. Nada podrían (1) hacer
más bueno para prendellos,
que hay hombres graves entre ellos
y querránse defender.

(*Sale el* HUÉSPED *cargado de espadas.*)

HUÉSPED. Cuantas armas hallé dentro
traigo, señor. Entrar puede.

ALGUACIL. Pues vuesa merced [se] quede
aquí en cuanto yo entro.

(*Vanse el* ALGUACIL *y* CORCHETES, *y luego suena dentro ruido y sacan a todos medio desnudos, al* MAYORDOMO, COCINERO *y cuantos pueden.*)

APOSENT. ¡Por Dios, que a ellos les vino
un hermoso quitasueño!

CORCHETE. ¿Tengo de tomar un leño?
Ande, señor todo vino.

COCINERO. ¿No me pondré esotra calza,
señor todo valentía?

MAYORD. Persona como la mía
¿ha de ir desnuda y descalza?

COCINERO. ¿Esto puédese sufrir?
Déjenme tomar mi capa.

ALGUACIL. La noche todo lo tapa.
¿Qué se cansan, que así han de ir?

COCINERO. ¿Había más alguaciles?

ALGUACIL. ¿Veis vos más de un alguacil?

MOZO. Siempre a un borracho un candil
se le hacen cien candiles.

COCINERO. ¡Ah, señor rascacaballos!
¿Pues vueseñoría viene
aquí a pie, siendo que tiene
de su mano los caballos?

MAYORD. ¿Que esto paso por lo alto?

ALGUACIL. Galán, cesen los desgarros.
¡Hola, vayan a los carros!

CORCHETE. Luego irán.

ALGUACIL. ¿Luego? En un salto

(1) En el original "pueden" en vez de "podrían".
(2) En el original "pudiese".

(*Vanse, y sale el* REY, *preso, y el* MARQUÉS.)

REY. Ya te he contado mi mal
y del Duque la traición.
Mira si tengo razón,
Marqués, de estar con él tal.
Mas ¿luego me conociste?

MARQUÉS. Al punto te conocí,
señor, y el trueco entendí
que con el Duque heciste.
Mas no hice nada en ello,
porque si te conocí
y vuestro trueco entendí,
tenía por qué entendello.
Porque tú solo no has sido
el que fuera de tu Estado
has vivido enamorado
en traje desconocido.
Que también yo, Rey, viví,
por mi bien o por mi mal,
algún tiempo en Portugal,
donde quien era encubrí,
porque servía una dama
en hábitos de pastor:
al fin, como es ciego amor,
no mira en puntos quien ama.
La dama [era tal] que tiene
allá un duque por hermano.

REY. ¿Duque?

MARQUÉS. Sí.

REY. ¿Qué duque?

MARQUÉS. Urbano.
Este que en tu lugar viene,
que bien puedo hablar claro,
con quien tiene gran valor.
Améla y túvela amor;
mas dió vuelta el tiempo avaro,
que a fuerza me hizo volver
[a]donde sentía su ausencia,
y aunque perdí su presencia,
su amor no pude perder.
Y así, si te conocí
luego, es porque te conozco (1)
del tiempo que en traje tosco
a mi Rosarda serví.

REY. Mucho, Marqués, me he holgado
en que me parezcas tanto
en ocasión de tu llanto,
aunque no en la de mi estado,
del cual, pues que me conoces
y conoces al aleve
del Duque, verás si debe
su traición culparse a voces;
pues que dándole yo el cargo
de rey porque me ayudase,
sin que en medio un día pase
del delito me ha hecho cargo.
Que aun de término no tengo
veinticuatro horas siquiera.

(*Sale un* SECRETARIO.)

SECRETAR. Aunque hacerlo no quisiera,
señores, por el Rey vengo;
y así, en su nombre publico
la sentencia que se ha dado.
Mándaos morir estacado,
y así os lo notifico.—
También en su nombre os digo,
Marqués, que antes que el día venga,
os manda el Rey que se tenga
ejecutado el castigo.

REY. ¿Conóceme el Rey? Advierte
que mata a un rey contra ley.
¿Ya vale tan poco un rey
que así le han de dar la muerte?

SECRETAR. ¿Tú rey?

REY. Rey de Portugal.
Y esto yo lo haré llano.

SECRETAR. Pues ¿esotro?

REY. Es un tirano,
un traidor, un desleal.

SECRETAR. ¿Que el Rey eres?

REY. El Rey soy,
y esotro es un Duque aleve.

SECRETAR. No es cosa ésta que se debe
pasar en blanco. Al Rey voy.

(*Vase.*)

REY. Amigo, ¡que he de morir;
que ya no puede ser menos!

MARQUÉS. Es el extremo, a lo menos
a que has podido venir.
Pero no, no morirás,
que el Rey te guardará ley,
y cuando esto no haga el Rey,
aún bien, que en mi mano estás.
¿A mí no me ha dado cargo
de matarte? Pues confía
que, como si fuera mía,
de tu vida, Rey, me encargo.

REY. Eso no me da cuidado,
que en buenas manos está,
sólo lo que me lo da

(1) Riman mal "conozco" y "tosco".

es enviar un recado.
MARQUÉS. Pues ¿a quién y qué ha de ser?
Harélo si me compete.
REY. A la Princesa un billete
diciendo lo que ha de hacer.
Que no me va, Marqués, tanto
en que tú me des la vida
como en que no sea vencida
deste tirano entre tanto.
MARQUÉS. Yo el billete le daré;
mas no ha de ser en tu nombre,
porque apenas sabe el hombre
cuándo en la mujer hay fe.
REY. Todas las del mundo amasen,
Marqués, como la Princesa.
MARQUÉS. No sé nada. Hoy daba priesa
porque luego te mataser.
REY. ¿Cuándo?
MARQUÉS. Cuando al Rey pidió
que primero te matasen
y luego la desposasen.
REY. Pues ¿ya el por qué no se vió,
que fué por no desposarse?
MARQUÉS. Ahora, señor, hágase él,
que yo le daré el papel
y sabré cómo ha de darse.
REY. Vamos a escribirle, pues.
MARQUÉS. Vamos muy enhorabuena,
y el morir no te dé pena (1)
mientras viviere el Marqués.

(Vanse, y sale el DUQUE *y el* REY DE FRANCIA.)

REY. Ya, Rey, está a punto el preso,
que morirá antes del día.
DUQUE. De nada holgarme podía,
señor, tanto como deso;
porque si muerto el aleve,
ser tu hijo y yerno tengo,
junto con ése me vengo
de otra traición que me debe.
Que si lo he entregado preso
en muchas causas me fundo,
que no hay traidor en el mundo
que en traiciones llegue al preso.
Sabrás que un tiempo salimos
los dos juntos de mi corte,
y, como el cuento no importe,
callo adónde y a qué fuimos.
Sólo diré que en la ida,
teniendo varios sucesos,
un día nos vimos presos
y a peligro de la vida.
Condenados a morir
por los que nos perseguían,
como no nos conocían,
y cuesta poco el mentir,
éste que es tu preso agora,
defraudándome la ley,
les dijo que él era el rey,
y asieron de mí a la hora.
Y yo, viéndome en aprieto,
y que porque él les decía
que él era el rey, se le había
guardado tanto respeto,
quíseme valer del dicho,
pues era con más verdad,
y hubo necesidad
de ser muy bien contradicho
para que a creer viniese
aquella gente sin ley
quién era el perfecto rey
y quién el fingido fuese.
Porque toda una ciudad
que nos tenía a la mira,
dió más en creer su mentira
que no mi cierta verdad.
REY. ¡Que tan grande maldad pasa!
¡Que desta traición usó!
DUQUE. Esto con él me pasó
fuera de mi reino y casa.

(Salen la PRINCESA *y* MARQUÉS *y el* SECRETARIO.)

PRINCESA. ¡Oh, aleve! ¡Qué bien que entabla
su traición!
SECRETAR. Rey poderoso,
sabrás que...
REY. ¿Qué hay?
SECRETAR. No oso...
R. DE FRA. ¿Qué es lo que te ata la habla?
SECRETAR. Es, señor, que dice el preso
a voces que él es el rey,
y que este es Rey contra ley.
REY. ¿Que es el Rey? ¡Bueno es eso!
DUQUE. A su principio volvió.
Mira lo que yo te he dicho.
Que es rey dice; ¡hermoso dicho!
REY. Pero muy tarde acudió.
Muera éste presto, Marqués;
no esperéis más.
MARQUÉS. Al momento.
R. DE FRA. Vámonos a mi aposento,
en tanto que se hace, pues.

(Vanse, y sale uno de la GUARDA.)

MARQUÉS. ¡Hola!

(1) En el texto "nada" y no "pena".

GUARDA. ¡Señor!
MARQUÉS. Acudid,
y haced lo que os he mandado.

(Háblale al oído.)

Que digo...
GUARDA. Perded cuidado.

(Vase.)

MARQUÉS. Pues lo que hacéis advertid.
PRINCESA. (Por ambos se echa la suerte,
juntos, mi bien, hemos de ir,
que si tú vas a morir,
yo voy a darme la muerte.)
MARQUÉS. ¡Señora!
PRINCESA. ¿Qué es lo que quieres?
MARQUÉS. Darte un billete del preso.
PRINCESA. ¿Billete a mí? ¡Bueno es eso!
¡Por cierto, lindo hombre eres!
¿Quién puede atreverse a tal
que muy caro no le cueste?
MARQUÉS. (¡Miren aquí qué amor éste!
No me recelé yo mal.)
Señora, espérate un poco,
que, aunque te traigo el billete,
no vengo como alcahuete,
que no me estimo en tan poco.
Hallé escribiendo ese hombre,
furioso, hablando entre sí,
aunque entre dientes, le oí
que repetía tu nombre.
Y fuíme acercando a él,
y, temiendo no escribiese
algo que en tu daño fuese,
arrebatéle el papel.
Teníale ya cerrado,
y tráigole que lo leas
y lo que contiene veas.
PRINCESA. Yo te agradezco el cuidado.

(Abre el papel y hace como que lo lee.)

Ya, Marqués, a entender llego
que el cielo por mí se muestra.
Pues tú eres de parte nuestra,
de ti fío, a ti me entrego.
Líbrame, amigo, a mi preso,
que en su remedio está el mío.
MARQUÉS. Digo que en forma de río
que le libre. ¡Bueno es eso!
Pues ¿esto es caso de aire?
¿Pruébasme o quiéresme mal?
¿Quieres ver si soy leal
al Rey o haces donaire?
PRINCESA. ¡Ay, desdichada de mí,
cómo te me has descubierto!
El papel me engañó, cierto;
que por él me descubrí.
MARQUÉS. Perded, señora, ese miedo,
que no os engañó el papel:
yo, señora, os seré fiel
y os sirviré, pues [que] puedo;
que de mí seréis servida
y el Rey lo será también.
Mas para que salga bien
cierta trama que hay urdida
dos cosas habéis de hacer
pena de que saldrá mal,
y de ambas la principal
y primera ésta ha de ser:
que, aunque agora al Rey veáis,
a vuestro parecer, muerto
y que le tratan por cierto
los Reyes, no lo creáis,
que yo mandé a mis criados
darle la muerte aparente,
con que los Reyes y gente
pienso de hacer engañados.
Porque esta muerte fingida
es donde su bien se funda.
Esta es una, y la segunda
que asegurase su vida,
y que digáis al tirano
que espera ser vuestro esposo
que por un voto forzoso
no le podéis dar la mano
mientras es en esta tierra,
por lo que a la suya os lleve,
que si a él deseo le mueve,
a vos el deseo da guerra.
Que dé luego orden de irse,
que, idos, os casaréis.
PRINCESA. Pues ¿el fin no me diréis
deso?
MARQUÉS. No importa el decirse.
Sólo sabed que conviene.
PRINCESA. Alto, pues, harélo así.
MARQUÉS. Vuestro padre viene aquí.
PRINCESA. Y el tirano con él viene.

(Sale el REY DE FRANCIA y el DUQUE.)

R. DE FRA. Pues, Marqués, ¿está ya hecho
eso que he mandado hacer?
MARQUÉS. Y aun como lo quieras ver,
podrás quedar satisfecho.
R. DE FRA. ¿Dónde está, que verlo quiero
para vengarme más dél?

MARQUÉS. Corriendo aqueste dosel
podrás ver su trago fiero.

(*Corren una cortina y descubren al* REY *estacado, y a cuatro* ALABARDEROS.)

R. DE FRA. ¡Bien se le ha dado la muerte!
MARQUÉS. Ha habido solicitud.
DUQUE. Ya viviré con quietud
estando éste desta suerte.
PRINCESA. Pues ¿éraos para vivir
él de algún impedimento?
DUQUE. Por lo de mi casamiento,
mi bien, lo vengo a decir;
porque mientras se dilata,
decir que vivo no puedo,
y éste muerto, libre quedo,
y así su muerte me es grata.
PRINCESA. Pues, aunque contra derecho,
por no darme a mí pesar,
aún más se ha de dilatar
por cierto voto que he hecho,
después que morió mi madre,
de no recebir marido
sin primero haber salido
de todo el reino de mi padre. (1)
REY. Agora sé yo ese voto.
PRINCESA. Hícele, señor, secreto.
DUQUE. ¿En este reino, en efeto,
no podéis?
PRINCESA. No, por el voto.
Dad priesa en llevarme al vuestro
y en él nos desposaremos.
DUQUE. Pues no en eso reparemos,
que en todo agradaros muestro.
Cumpliros quiero, señora,
vuestro voto, mas con tal
que al reino de Portugal
partamos dentro [de] una hora.
Que no admiten menos priesa
que aquésta las ansias mías.
¡Hola! Aderecen las pías
del coche de la Princesa.
R. DE FRA. Alto; pues ya que ha de ir
en caso tan de repente,
haré prevenir la gente
que pudiere prevenir.
Vaya también el Marqués
con vos.
MARQUÉS. Yo también iré.
Mas deste cuerpo, ¿que haré?
R. DE FRA. Tratarle como quien es.

PRINCESA. Por cierto, si él ha de ser
tratado como merece,
con verlo así me parece
que más llegó a merecer.
R. DE FRA. Y aun no es parecer muy malo.
No quede del traidor pieza,
córtesele la cabeza
y quede puesto en un palo.

(*Hacen que le quieren cortar la cabeza.*)

PRINCESA. (¡Ay, desdichada de mí!
¿Qué es esto en que lo he metido?)
No, señor; antes te pido
que tu ira pare aquí,
que de pechos como el tuyo
es el saberse vencer.
R. DE FRA. Tu gusto puedes hacer,
que yo, por no verle, huyo.
¿Vamos, Rey?
DUQUE. Vamos; al punto
se ordenará mi partida.

(*Vanse el* REY DE FRANCIA *y el* DUQUE, *y dice el empalado.*)

R. DE POR. ¡Entrañas mías!
PRINCESA. ¡Mi vida!
R. DE POR. ¡Mi Princesa!
PRINCESA. ¡Mi difunto!
¿Qué es lo que he de hacer agora?
R. DE POR. Es cosa muy larga esa.

(*Salen el* REY *francés y el* DUQUE, *y el* REY DE PORTUGAL *se vuelve a estar como muerto.*)

DUQUE. Quedóse acá la Princesa.
MARQUÉS. Los Reyes vuelven, señora.

(*Desmáyase la* PRINCESA.)

PRINCESA. ¡Ay!
MARQUÉS. En fin, es mujer flaca.
DUQUE. ¿Qué fué?
MARQUÉS. Hase desmayado
de ver al hombre estacado
y esa sangre de la estaca.
R. DE FRA. Que sí; llévenla de ahí
que no se la dejen ver,
que es, en efecto, mujer.
DUQUE. Vamos, señora, de aquí.

(*Vanse, y queda el* MARQUÉS *con el estacado.*)

R. DE POR. ¿Hanse ido?
MARQUÉS. Ya se han ido.
R. DE POR. Alta burla ha sido.
MARQUÉS. Alta.

(1) Sobra una sílaba.

Sólo el irte agora falta.
¡Hola! ¿Está todo prevenido?

GUARDA. Ya tengo a punto una posta
y la gente que has mandado.

MARQUÉS. Pues como está concertado
podréis, Rey, tomar la posta.

R. DE POR. Pues donde dicho tenemos
nos veremos.

MARQUÉS. Adiós, pues;
que, yo no seré el Marqués,
o buen suceso ternemos.

(*Vase el* REY DE PORTUGAL, *y sale un* PAJE.)

PAJE. ¿Qué haces, señor, que a caballo
están ya el Rey y Princesa?

MARQUÉS. Pues ¿cómo con tanta priesa?
¡Hola: un bohemio y caballo!

(*Vase.*)

PAJE. Cumplió el Rey su juramento.
Dentro de una hora juró
que se iría, y lo cumplió,
tal desea el casamiento.

[MARQ.] Que cumpla un Rey su deseo
como si fuera una ley.
Este que viene es el Rey;
triste viene; yo lo veo.

(*Sale solo el* REY *francés, y triste.*)

REY. ¡Que me pude despedir
de mi hija y de mi yerno!

PAJE. Basta; que viene el Rey tierno:
mal hizo en verlos partir;
que, al fin, se ha de llevar mal
ver ir un padre a una hija.

R. DE FRA. Justo es, hija, que me aflija
en verte ir a Portugal.
Contento estoy, que te he dado
marido tan valeroso
y he sido tan venturoso
que a tu hermano veo vengado.
Que de dos cosas de gusto
no ha sido ésta la menor.

(*Sale* PINARDO, *paje.*)

PINARDO. Dame las manos, señor.

R. DE FRA. De verte, Pinardo, gusto.
¿Qué queda de aquí la gente?

PINARDO. Ya un buen trecho quedará.

R. DE FRA. ¿Luego en breve llegará
al puerto?

PINARDO. Muy brevemente.

R. DE FRA. Y mi hija, ¿cómo iba?

PINARDO. Triste, señor; pero buena.

R. DE FRA. Vamos de aquí, que la pena
aun de la habla me priva.

(*Vanse. Salen de camino el* DUQUE *y la* PRINCESA *y el* MARQUÉS *y acompañamiento.*)

DUQUE.

Mientras las pías y caballos comen,
puedes, señora, recrear la vista
desde este risco, viendo el mar tendido.

PRINCESA.

Por cierto con extraña fuerza bate
por esta parte las abiertas rocas.
Grande gusto me da ver tanta agua.

DUQUE.

Pues llevarás el mar cuasi a la vista
todo el camino, porque aquesta es cuesta
y el camino del mar nunca se aparta.

(*Sale un* PASTOR.)

PASTOR.

¿No hay justicia, no hay ley, no hay Rey, ni hombres
que den justicia a un triste que la pide
dando voces en este yermo al aire?

DUQUE.

¿Qué es lo que dices, hombre? ¿Quién te ofende?

PASTOR.

¡Par Dios, señores! Si sabéis de honra...
Mas ¿qué digo? De honra poco digo.
¡Por Dios!, que si de amor en algún tiempo
habéis sabido, que me deis ayuda,
y no padezca yo tan grande fuerza.

DUQUE.

Dinos tu mal; acaba.

PASTOR.

Agora, agora,
pasando por aquí a esotra aldea
yo y mi esposa, señores, descuidados
de tal cosa, encontramos un villano,
queste nombre merece más que el suyo,
si es caballero, como serlo muestra,
y usando de las fuerzas de sus armas,
enamorado de mi esposa bella,
me la quitó y la lleva...

DUQUE.

¿Por adónde?

PASTOR.

Tras dese cerro puede estar agora,
en el medio de un valle que ahí se hace.

DUQUE.

¿Iba gente con él?

PASTOR.

Cuatro criados.

DUQUE.

Pues quédense aquí dos con la Princesa,
y los demás partamos en su ayuda.

MARQUÉS.

Yo me quiero quedar.

CRIADO.

Y yo contigo.

DUQUE.

Pues nosotros partimos adelante,
vosotros os vendréis muy poco a poco.

(*Vanse.*)

PASTOR.

(Al pensamiento me salió; yo quiero
hacer la seña que mi gente espera.)

(*Da un silbo, y salen el* REY DE PORTUGAL *en hábito de moros, y gente con las espadas.*)

REY DE PORTUGAL.

¡Muera al momento, amigos, el cristiano
que pensare ponerse en [la] defensa.
No es ésta mala prenda. Asid la dama
y llevalde con tiempo a nuestra nave.

MARQUÉS.

Primero seré yo hecho pedazos,
infieles perros, que gocéis la presa.

REY DE PORTUGAL.

Tiro con ella.

PRINCESA.

¡Ay, triste! ¿Quién me lleva?

(*Llevan la* PRINCESA.)

CRIADO.

Esta ha sido traición, que éste es espía
y desviónos la gente por engaño.
Quiero correr y darle al Rey aviso
antes que éstos se hagan a la vela.

(*Vase el* CRIADO.)

REY DE PORTUGAL.

Baste, Marqués; no más. ¿Por qué reñimos?
Parece que en la vida no nos vimos. (1)

MARQUÉS. ¡Oh, Rey! Las manos me dad.
R. DE POR. No, sino un abrazo estrecho.
¡Bien se ha hecho nuestro hecho!

(*Abrázanse.*)

MARQUÉS. Muy bien y con brevedad.
Pena me da el entender
que va triste la Princesa,
que, en efeto, se ve presa,
y no sabe en qué poder.
R. DE POR. No os dé [de] eso cuidado;
porque, si ella no lo sabe,
antes que llegue a la nave
la habrá mi gente avisado, (2)
porque yo lo mandé así
antes de emprender la empresa.
MARQUÉS. Pues idos con mucha priesa,
no vengan y os vean aquí.
R. DE POR. ¿Y qué habéis de decir ahora?
MARQUÉS. Que llevan moros la dama,
porque, echándose esta fama,
nuestra cautela se dora.
Y vos, ¿qué pensáis hacer?
R. DE POR. Irme a la nave al momento
y dar las velas al viento,
con mi esposa en mi poder.
MARQUÉS. Pues, adiós.
R. DE POR. Contigo quede.
En Portugal te veré,
donde encubierto entraré
por lo que suceder puede.
MARQUÉS. Y ese es, Rey, mi parecer;
porque ya aqueste tirano
tendrá el cetro de su mano
y algún daño os podrá hacer.

(*Vase el* REY *y quede el* MARQUÉS.)

¡Mucho el tirano [se] tarda!
¡Tarde le han dado el aviso!
Y es que el cielo así lo quiso,
y en todo justicia guarda.

---

(1) En el texto dice: "Paresce, quen fin la vida nos vimos".

(2) Esta redondilla está en el texto así:

No os dé eso cuidado, Marqués;
porque si ella no lo sabe
antes que llegue a la nave
la habrán avisado mis gentes.

(*Sale el* DUQUE *y gente.*)

DUQUE. Marqués, ¿qué es esto?
MARQUÉS. Es, señor,
lo que ojalá nunca fuera.
DUQUE. ¿Qué?, ¿espía de moros era
el villano, y no pastor?
MARQUÉS. Espía de moros fué;
y apenas me habéis dejado,
cuando me vide cercado
de moros. ¿Qué te diré
de lo que hice en defensa
de la cautiva Princesa?
Por ellos hecha la presa,
no acudieron en mi ofensa,
sino se dieron a huír,
y yo, corriendo tras dellos,
seguílos hasta metellos
en la fusta do habían de ir,
y ella y ellos ya dentro,
hiciéronseme a la mar.
Si hallara barco en que entrar,
no dudes, tras ellos me entro.
Pero, sin poder libralla,
más que solamente oílla,
me quedé solo en la orilla
y se me fué la canalla.
DUQUE. Y los moros, ¿dónde son?
MARQUÉS. No pude saber de dónde.
DUQUE. ¿Qué?, ¿aun esto se nos esconde?
¡Oh terrible confusión!
Ahora bien; ensillad presto
y partamos a mi reino,
que, en fin, allí donde reino
remediaré mejor esto
haciendo una gruesa armada
con que envialla a buscar.
Vos también podréis trocar,
caro Marqués, la jornada,
volviendo de aquí a Francia
y llevalde al Rey la nueva.
MARQUÉS. No es cosa que yo deba
hacer; vaya otro a mi instancia,
que yo allá no he de volver
hasta que haya hallado
tu esposa.
DUQUE. Pues un criado
podrá ir.
CRIADO. Yo habré de ser.
DUQUE. Vamos, pues. ¿A qué se aguarda?
MARQUÉS. Vamos muy en hora buena.
(Todo en mi favor se ordena,
que allá veré a mi Rosarda.)

JORNADA SEGUNDA

(*Salen el* DUQUE *y* FABIO *y* ROSARDA *con él.*)

FABIO. ¡Señor!
DUQUE. ¿Qué me quieres, Fabio?
FABIO. ¿Qué encantamiento es aquéste?
Sino cueste lo que cueste,
y reina.
DUQUE. ¡Consejo sabio!
FABIO. No es decir...
DUQUE. Habla quedo.
FABIO. Si ha tres días que llegaste
y luego aquí te encerraste
en esta aldea, ¿es esto miedo?
¿Por qué luego no pregonas
la muerte del muerto Rey
y, aunque sea contra ley,
si puedes, no te coronas?
Ya las fuerzas y fronteras
que estorbo podían ser,
¿yo no las tengo en poder
por tuyas? Pues ¿a qué esperas?
DUQUE. Si yo en público no reino,
no lo puedo hacer, hermano;
que ya ¿quién me va a la mano?
Pero, al fin, ¿qué dice el reino?
FABIO. ¿Qué han de decir, si esperaban
un Rey que se fué a casar,
que estando obligado a entrar
como ellos se imaginaban,
galán, lleno de contento,
con su mujer a su lado
y del reino rodeado
en real recibimiento,
ven que se entra en una aldea,
teniendo corte de noche,
metido dentro de un coche
y sin que nadie le vea?
DUQUE. Que ha llevado mal, en fin,
el no verme en Portugal.
FABIO. Halo llevado tan mal...
DUQUE. Pues yo lo efeto a buen fin.
¿Tú no sabes que aún ignora
Portugal que es su Rey muerto,
y tienen todos por cierto
que el mismo que fué entra agora?
Pues por eso quise entrar
sin que ninguno me viera,
porque de aquesa manera
muy bien pienso negociar.
Que habiendo el reino entendido
que soy la persona misma

del Rey, no moverá cisma
ni alzará nuevo apellido.

FABIO. Pues ¿piensas estar contino
en esa aldea encubierto
en voz y nombre de muerto?

DUQUE. No, hermano; ni lo imagino.
En fin, te falta experiencia
de estas cosas, no me espanto.
Sólo durará hasta tanto
que haga cierta diligencia.
¿Tú no tienes puestas guardas
al derredor del aldea,
por que alguien no éntre y me vea?

FABIO. Cercada está de alabardas. (1)

DUQUE. Vámonos, pues; vos, hermana,
¿quedaréisos?

ROSARDA. Señor, sí.

DUQUE. Pues haréis cerrar ahí,
que estáis sola.

ROSARDA. Cosa es llana.

(*Vanse, y queda sola* ROSARDA.)

Por estar solo el jardín,
me atrevo a quedar en él,
que a haber alguien dentro dél
temiera a mi hermano, en fin,
que es ya Rey, y algo celoso
si de condición no muda
con el estado. Estoy muda
de verlo, y hablar no oso.
¿Yo no era de un Duque hermana?
¿Cómo lo soy ya de un Rey?
Pero a nadie guardas ley,
mundo, en esta vida humana.
que también yo soy quien soy,
y dando al honor de mano,
entregué el alma a un villano,
por quien padeciendo estoy.

(*Salen* MARTÍN *y* GILA, *hortelanos.*)

MARTÍN. ¡Señora!

ROSARDA. ¡Martín amigo!

MARTÍN. Un caballero está aquí
que nos da a Gila y a mí
mucho por hablar contigo.

ROSARDA. ¿Un caballero? Y ¿quién es?

MARTÍN. Un don tal; con el Rey viene.

ROSARDA. ¿No sabes qué nombre tiene?

MARTÍN. Nombre de perro: Marqués.

ROSARDA. ¿Y es éste perro?

MARTÍN. Pues ¿yerro?
¡Miren qué gran maravilla!
¡Marquesillo! ¡Marquesilla!
¿no suelen llamar a un perro?

ROSARDA. Andá, señor; no entre acá,
que podría el Rey venir
y, si lo viese, salir... (1)

MARTÍN. Que a bien que el Rey no vendrá.

ROSARDA. Digo que no quiero que éntre.

GILA. ¡Por Dios!, ¿no puede ser menos?
¿Qué tal es ésta, por lo menos? (2)

(*Muéstrale una cadena.*)

ROSARDA. ¡Si lo encuentra!

MARTÍN. Aunque lo encuentre.

GILA. Mas matallo; yo estó aquí,
que miraré si el Rey viene.

ROSARDA. ¿Tanta necesidad tiene
éste de hablarme a mí?
Entre, mas con condición
que veáis si viene el Rey.

GILA. Yo lo haré a buena ley.

MARTÍN. Pues voy por el infanzón.

(*Vase* MARTÍN *y sube* GILA *a la ventana.*)

ROSARDA. ¡Qué grande turbación siento!
En mi vida me vi tal.
¿Si es agüero de algún mal,
o señal de algún contento?

(*Sale* MARTÍN *y el* MARQUÉS *con él.*)

MARTÍN. ¿Veislo aquí?

MARQUÉS. Volveos, amigo.

MARTÍN. Eso no, señor Marqués.
Su merced o alteza que es,
hable, que he de ser testigo,
que él viene aquí para hablar,
y otra cosa no han de hacer.

MARQUÉS. ¿Contentaréisos con ver?

MARTÍN. Sí.

MARQUÉS. Pues dadnos lugar.
¿Espantaraos, bella Infanta,
que un hombre no conocido
tanta priesa haya tenido
por hablaros?

ROSARDA. Sí me espanta.

MARQUÉS. Pues por que sepáis que hay
justa ocasión de hablaros,
en breve quiero contaros
lo que de Francia me tray.
En Francia tengo un Estado,

(1) En el texto "alabarderos".

(1) En el texto "reñir".
(2) Este verso está errado.

de que Dios me hizo marqués;
mas ¿qué os canso? Soy Marqués,
en fin, en mi tierra honrado.
Y así, en posesión de tal
con vuestro hermano el Rey vengo
por unos días, que tengo
de asistir en Portugal.
Volviendo, pues, a mi intento,
digo que un día en mi tierra
encontré un hombre de sierra,
bajo, de poco talento,
en efeto, un labrador
francés, hijo de villanos,
que, teniendo ésta en las manos,

(*Enséñale una medalla.*)

se quejaba del amor.
¿Conocéisla?

ROSARDA. Sí, que es mía.

MARQUÉS. Pues, señora, ¿esa medalla
era prenda para dalla
vos al que la poseía?

ROSARDA. Pues ¿de dónde sabéis vos
que yo fuí quien se la dió?

MARQUÉS. Porque el día que acaeció,
el encontrarnos los dos,
preguntando yo al villano
cúya era prenda tan gallarda, (1)
galán dijo: "De Rosarda,
hermana del duque Urbano,
una dama portuguesa
cuyo amante ser profeso",
y hela aquí. Yo perdí el seso.
"Serlo—dijo—mía profesa."
Enojéme de manera
oyendo al libre villano,
que a una daga puse mano
y hice...

ROSARDA. ¿Qué?

MARQUÉS. Que muriera.

ROSARDA. ¡Ay, Dios!

MARQUÉS. No pude sufrir
que siendo vos tal mujer,
y él [lo] que mostraba ser,
tal se atreviese a decir.
Pasó, al fin, su desacato.

ROSARDA. Qué, ¿al fin murió?

MARQUÉS. Sin reparo.
Y si es que he de hablaros claro,
matólo vuestro retrato;
porque en el punto que os vi
retratada en la medalla,
la lengua, de corta, calla
lo que en el alma sentí.
Porque con vuestra (1) hermosura,
que ya conozco por fama,
y con la súbita llama
que en mí encendió la pintura
quedé tal, que, rodeando
la ocasión desta venida,
como vi al Rey de partida
di en venirle acompañando.
¿Qué respondes a lo dicho?

ROSARDA. De cuanto has dicho, traidor,
si no es que murió el pastor,
no he entendido cuanto has dicho,
fiero demonio o Marqués,
criado a pecho de arpías,
que aun besar no merecías,
del que mataste, los pies.
Vete, y no vengas a darme
muerte con tu relación.
Acaba.

MARQUÉS. En resolución,
que a un pastor...

ROSARDA. ¿Quieres dejarme?

MARQUÉS. Dejarte, no. Mas concluyo,
mi bien, con que soy el propio
que te serví en traje impropio
y agora viene en el suyo.

ROSARDA. ¿Que tú eres mi pastor?
Confieso que estoy corrida,
pues fuí tan desconocida,
que no te conocí, amor.
Pero si corrida estoy,
no me hallo menos corrida
de que de mi fe conocida (2)
de nuevo la prueba os doy,
Pues ¿cómo mi fe probabas?

MARQUÉS. Pensé que como ha mudado
el Rey, tu hermano, de estado,
tú también mudada estabas
y no osé venir pastor,
como ya me conociste.

ROSARDA. Y ¿por qué, Marqués, veniste?
¿Pensaste librar mejor?

MARQUÉS. No; pero ¿qué malo es
que cuando Dios te levanta
de hermana de Duque a Infanta,
de pastor me halles Marqués?

(1) Sobra una sílaba.

(1) En el texto dice "la" y no "vuestra".
(2) Sobra una sílaba. Quizá deba leerse "sabida".

GILA. Señora.
ROSARDA. Gila.
GILA. El Rey viene,
y Fabio viene con él.
ROSARDA. ¿Llega?
GILA. Leyendo un papel
solamente se detiene;
pero viene acá derecho.
ROSARDA. ¿Qué habemos de hacer?
MARQUÉS. ¿Qué? ¿No hay donde me esconder?
ROSARDA. No; cógenos. Esto es hecho.
MARQUÉS. Quedo, no os alborotéis.
Pon detrás de ti a Martín,
como que huye.
MARTÍN. ¿A qué fin?
MARQUÉS. De aquí a un poco lo veréis.
Vos fingid que lo amparáis
y vos dad voces de ahí.
GILA. Ya el Rey entra.
MARTÍN. ¡Ay de mí!
ROSARDA. Teneos, señor, ¿dónde vais?
MARQUÉS. Aunque os descendáis al centro,
vil, me lo habéis de pagar.
GILA. ¡Ay! Que lo quiere matar.
¡Justicia!
DUQUE. ¿Qué hay aquí dentro?

(*Sale el* DUQUE *y* FABIO.)

ROSARDA. Donde yo estoy ¿hacer eso?
Muy poco respeto es ése.
MARQUÉS. Con enojo, no hay quien pese
las cosas con ese peso.
Yo erré, Infanta, perdonad,
que ese hombre me ha descom-
[puesto
DUQUE. Pues, Marqués, ¿qué ha sido aques-
MARQUÉS. Nada. [to?
DUQUE. ¿Nada?
MARQUÉS. No, en verdad.

(*Sale el* REY DE PORTUGAL *y la* PRINCESA *en traje de villanos, y el* REY *con un asa*[*dor*].)

R. DE POR. ¿Quién da estas voces aquí?
GILA. Yo; que matan a Martín.
R. DE POR. ¿Quién lo mata?
PRINCESA. Algún ruin.
GILA. Calla. ¡Hola! Haced así.
DUQUE. ¿Qué? ¿No he de saber, Marqués,
sobre qué es este rumor?
MARQUÉS. Ese villano, señor,
que es, en efeto, quien es,
sobre no sé qué contrato
que estos dos con él han hecho,
como es de un piadoso pecho
de grosero talle y trato,
a no sé qué que hablé
me respondió una palabra.
MARTÍN. Díjele un...
MARQUÉS. Aunque no abra
más la boca.
MARTÍN. Callaré.
MARQUÉS. Porque tornaba a afrentarme,
que ello pasó dél a mí,
y si ahora lo dice aquí
será de nuevo obligarme...
DUQUE. Qué, ¿fué la palabra pesada?
MARQUÉS. Aquí lo verás si lo es,
pues me trae, donde me ves,
tras dél desnuda la espada;
y viérame satisfecho
a no hallar aquí a la Infanta.
DUQUE. Digo que ya no me espanta
sino de lo que no has hecho.
¿Qué castigo dará a éste?
Azotallo poco es.
MARTÍN. (¿Qué es esto, señor Marqués?)
MARQUÉS. Más caro es bien que le cueste.
Ahorcalle, no, tampoco,
pues que será bien quemallo.
Tan colérico me hallo
que todo lo hallo poco.
R. DE POR. Vos, que sois el ofendido,
os sabréis satisfacer.
MARQUÉS. En fin, ¿que yo vengo a ser
el que juzgo y el que pido?
MARTÍN. (Mas, ¿qué tal si se olvidase
de que esto no va de veras
y me pusiere en galeras
o algún jubón me asentase?)
GILA. (Mas, qué quedos que se están.
¿No rogarán por Martín?)
R. DE POR. Bien dices, Sancha, que, en fin,
nos ha dado ya su pan.
PRINCESA. Señor, por amor de Dios
les perdonéis su pecado,
siquier por habernos dado,
por nostramo a los dos. (1)
MARQUÉS. Sí haré, aunque no por más
que por pedillo vosotros.
R. DE POR. A nuestrama, en fin, nosotros,
¿qué reyes hicieran más?
MARQUÉS. Perdonado estáis, Martín.
MARTÍN. Beso a su merced los pies. [qués!)
DUQUE. (¡Qué bien lo ha hecho el Mar-

(1) Algo falta y sobra en este lugar.

FABIO. (Como quien es él, en fin.)
DUQUE. Mas una cosa hay agora
que quería entender bien,
y es que aqueste hombre de bien
con aquesta labradora
con Martín han hecho asiento
por vuestro orden, Marqués.
MARQUÉS. Señor, de este arte es;
yo he sido de ello instrumento.
DUQUE. Pues ¿conocéislos?
MARQUÉS. Conozco,
y sé encierran tal valor
la villana y labrador
debajo de un talle tosco...
DUQUE. ¿Y qué son?
MARQUÉS. Son [dos] hermanos.
DUQUE. ¿Hijos de quién?
MARQUÉS. De un villano
que me sirve de hortelano
debajo de buenas manos,
y en el labrar de un jardín
no parió tal hombre madre.
DUQUE. Y éstos, ¿parecen al padre?
MARQUÉS. Como hijos suyos, en fin.
Gran primor, gran sutileza
en su arte; pero es aire
todo esto para el donaire
que encubre aquesta corteza.
Y así, hice que viniesen
conmigo aquesta jornada,
y, como no hacen nada,
quise que en algo entendiesen,
y concerté con Martín
que, pues de su oficio era,
a los dos los recibiera
para curar del jardín.
DUQUE. Huelgo que estén en palacio
para traellos a los ojos.
MARQUÉS. Quitarán de mil enojos
si gustas dellos despacio.
DUQUE. Vos ¿cómo os llamáis?
R. DE POR. Toribio.
DUQUE. ¿Toribio?
R. DE POR. Llámome ansí
porque dicen que nací
día de Santo Toribio.
DUQUE. Y vos, ¿cómo?
PRINCESA. Sancha.
DUQUE. ¿Sancha?
¡Qué mal nombre de persona!
PRINCESA. Señor, nombre de lechona.
Por eso ando gorda y ancha.
DUQUE. Toribio, ¿qué me daréis
y os mejoraré de oficio;
que el vuestro es bajo ejercicio
para lo que merecéis?
R. DE POR. Pues ¿qué quiere hacerme?
DUQUE. Quiero,
pues queriendo está en mi mano,
sacaros hoy de hortelano
y haceros caballero.
R. DE POR. No haré, por Dios.
DUQUE. ¿Cómo no?
R. DE POR. Porque yo así, jardinero,
valgo más que caballero.
DUQUE. ¿Cómo?
R. DE POR. Aqueso lo sé yo.
DUQUE. Pues eso ¿no es contra ley?
R. DE POR. No, para lo que pretendo.
DUQUE. No te entiendo.
R. DE POR. Yo me entiendo,
que tengo humos de rey,
y ser jardinero quiero.
DUQUE. ¿Fundado?
R. DE POR. En algo me fundo.
¿Quién parece a otro en el mundo
mejor que rey a un jardinero? (1)
DUQUE. ¿Dijo nadie, Fabio amigo,
tan buen dislate jamás?
FABIO. No se pareciesen más
esos dos a quien yo digo.
¿No adviertes lo que dan aire
él al Rey y ella a tu esposa?
DUQUE. Es esa muy buena cosa.
¡Por Dios, que tienes donaire!
¿Nunca has oído decir
que un diablo parece a otro?
Cautiva ella, muerto esotro,
¿qué se tiene de advertir?—
Agora, volvamos a eso,
Toribio, que saber quiero
lo que un rey a un jardinero
se parece, y habla en seso.
R. DE POR. Si atentamente me escuchas,
yo te lo diré.
DUQUE. Sí escucho,
que deseo saber mucho.
¿En cuántas cosas?
R. DE POR. En muchas.
Si un rey por ser rey, en fin,
arma a uno caballero,
también el que es jardinero
arma a otro en su jardín.
Y si el rey, por su poder,

(1) Sobra una sílaba.

en la mar arma una nave,
un jardinero que sabe
nao y navíos sabe hacer.
Y si el rey, con su dinero,
jarcias en sus naos pone,
también la suya compone
de jarcias el jardinero.

DUQUE. Caballero y naos serán,
mas de diversas maneras.
Toribio, las mías de veras
y las vuestras de arrayán.

R. DE POR. Y porque de arrayán sean,
¿dejan de ser hombre y naves?

PRINCESA. ¡Ah, qué poquito [que] sabes!
¡Qué mal sus años emplean!
Y aun porque son de arrayán,
las nuestras echan raíces
con que han de durar.

REY DE POR. ¿Qué dices?
Calla, moza.

PRINCESA. Callarán.

DUQUE. No vi cosa semejante.
Admiraré su donaire.

MARQUÉS. Pues, señor, aún eso es aire.
Más gustarás adelante.

DUQUE. Y Sancha, ¿qué sabe hacer?

PRINCESA. No hago naos ni caballeros,
sino oficios más ligeros,
cosas, al fin, de mujer.
Suelo cavar un jazmín
hasta donde alcanza el brazo,
y a veces hacer un lazo,
en la cuadra de un cojín (1).

DUQUE. No me espanto que me digas
que hagas lazos, y te creo,
que ya en un lazo me veo
con que el corazón me ligas.

FABIO. (¿Quién, hermosa labradora,
se viera en tus bellos brazos
enlazado en dulces lazos
espacio de sola una hora?
No he visto en mi vida cosa
que tan bien me pareciese.)

DUQUE. (¡Ah, quién ya labrador fuese
de la labradora hermosa!)
Basta, que tienes, Martín,
muy gentiles jardineros.

MARTÍN. Sí, mas son muy compañeros.
Todo es violeta y jazmín,
hombres, naves de arrayán,
flores, y hablar de vicio;
mas las fuerzas del oficio
en otras cosas están.

R. DE POR. ¿En qué cosas?

MARTÍN. De hortelanos.
que esotro no es cosa cierta
sino labrar una huerta
a fuerza de azada y manos.
¿Plantaréis vos un nogal,
un ciruelo, un alcornoque?

R. DE POR. No.

MARTÍN. Pues en esto está el toque
de ser un hombre oficial.
Y en un almendro un durazno,
¿tampoco lo enjeriréis?

R. DE POR. No.

MARTÍN. Pues ¿qué es lo que sabéis?

PRINCESA. Agora aprende para asno. (1)

R. DE POR. ¡Sancha!

PRINCESA. Que, pues, ¿erro en ello?

R. DE POR. Para asno aprendo, en efeto.

PRINCESA. Sí, que mal puede un discreto
ser asno sin deprendello.

R. DE POR. ¿Qué? ¿Por ahí lo lleváis?

PRINCESA. Pues ¿no se está claro ello?

MARTÍN. ¿Y de quién deprende a sello?

R. DE POR. De nuesamo, ¿eso dudáis?

MARTÍN. ¿Luego de mí?

R. DE POR. De vos, pues.

MARTÍN. Pues si deshago un durazno,
yo le diré si soy asno,
a palos, o si él lo es.

DUQUE. ¿Tiene el mundo mejor rato?

FABIO. No lo he visto yo mejor.

(*Sale un* ALABARDERO.)

ALABARD. Darte quiero, señor,
un recaudo con recato
para lo que me mandaste.

DUQUE. Ya he llegado a la ocasión.
Y ¿son ésos?

ALABARD. Ellos son.
Ya están aquí.

DUQUE. Esto baste.—
Hermano, acudid a eso
por el orden que os he dado.

FABIO. Así se hará con cuidado.—
Voy, labradora, sin seso.

(*Vanse* FABIO *con el* ALABARDERO.)

DUQUE. He gustado de manera
de los villanos, hermana,

(1) En el texto "jazmín".

(1) "Durazno" y "asno" no hacen rima perfecta.

que a poder, de buena gana
nunca este rato perdiera.
Quiero que con vos llevéis
a Sancha a vuestro aposento,
y le hagáis el tratamiento
que ella merece y podéis,
que a Toribio yo tendré
cuidado de regalalle.

GILA. Pues si solo han de dejalle,
vámonos.

MARTÍN. Bien dice, a fe.
Vámonos todos de aquí.

ROSARDA. Vámonos, Sancha, a mi cuarto.

R. DE POR. (Sabe amor cómo me aparto,
dulce Princesa, de ti.)

(*Vanse, y quede el* DUQUE *y el* MARQUÉS.)

DUQUE. Si a hablarte de vergüenza,
luchando están, caro amigo,
vergüenza y amor conmigo,
¿qué mucho que el amor venza?
Sábete que estoy...

MARQUÉS. ¿Qué estás?

DUQUE. Muy...

MARQUÉS. ¿Muy qué?

DUQUE. Enamorado.

MARQUÉS. ¡Pesar de mí! ¿En eso has dado?

DUQUE. Marqués, no he podido más,
que me ha agradado de modo
la labradorcilla bella,
que tengo de gozar della
si me cuesta el reino todo.

MARQUÉS. Pues, señor, ¿esa es la priesa
con que tratas de inviar
por todo el mundo a buscar
a la robada Princesa?

DUQUE. ¿Sabes bien lo que es amor?

MARQUÉS. Sí, señor; amar yo supe;
mas no, que en amar me ocupe
tanto que olvide mi honor.

DUQUE. Pues no has de creer tampoco
que he olvidado a la Princesa,
que no es, Marqués, cosa esa
que yo la estimo en tan poco.
Mas porque esto que pretendo
me cuesta menos cuidado,
querría ser de ti ayudado.
Que en fin...

MARQUÉS. Ya yo te entiendo.
Querrás tú agora decir
que, por tener tan de mano
a hortelana y hortelano,
te puedo en eso servir.

DUQUE. Así es.

MARQUÉS. Pues ni me obligo,
ni asegurar eso oso,
porque el hermano es celoso
y ella doncella. Más digo,
que si hacemos el concierto
que yo hiciere agora aquí,
me obligo a hacer por ti
lo que sé que haré por cierto,
que es encerrar la villana
toda una noche contigo
en una cuadra, y no digo
que blanda, amorosa y llana,
sino solamente puesta
contigo en un aposento.

DUQUE. Con sólo eso estoy contento,
que yo haré lo que resta.
En un aposento ambos,
harta flojedad mía fuera
que mi gusto no cumpliera.

MARQUÉS. Pues va el concierto de ambos.
Nuestro concierto ha de ser
que en cambio de hacer yo esto
estés tú siempre dispuesto
a lo que haya menester,
a aventurar tu persona
por mí en lo que yo te pida,
sin que a hacerlo te impida
gravedad, cetro y corona.

DUQUE. Así queda.

MARQUÉS. Pues yo juro
ponerte la labradora
donde [te] he dicho.

DUQUE. Ya esa hora
aguardo.

MARQUÉS. Yo lo aseguro.

(*Sale* FABIO.)

DUQUE. Pues, ¿Fabio?

FABIO. Ya llegó el punto,
señor, por ti deseado.
Yo a las guardas he apretado;
ya están todos aquí junto.

DUQUE. Pues, Marqués, vete en buen hora
a tratar de lo propuesto,
y déjame en este puesto,
que me importa por agora. —

(*Vase el* MARQUÉS.)

¿Cuántos vienen?

FABIO. Cuatro Grandes
cuya pujanza es notable;
Almirante y Condestable,

en valor y poder grandes;
el Príncipe del Castillo,
y el gran barón de la Roca.

DUQUE. El recelo me provoca
a pasallos a cuchillo.

FABIO. No, señor; no hagas tal;
basta de tenerlos presos,
que tienen varios sucesos
el tiempo de bien y mal.
Porque realmente ya sabes
que cuando quieras reinar,
son los que te han de estorbar
por ser, al fin, los más graves.

DUQUE. Sí.

FABIO. Pues basta que los prendas,
y preso vengas a verte (1)
tú, Rey, sin que con su muerte
nueva sedición emprendas.

DUQUE. Y ¿cómo está hecho el concierto
de prendellos?

FABIO. De esta suerte.
Ellos vienen agora a verte
en nombre de su Rey muerto,
y como fueren entrando,
los de tu guarda, uno a uno,
sin que escape ninguno,
los irán aprisionando.

DUQUE. Digo que ese es buen orden.
Entren los de guarda al punto
y daldes en todo el punto
porque no haya algún desorden.

[FABIO.] No habrá desorden ninguno,
que ya vienen avisados.

[DUQUE.] Id y hacé que sean llamados
los que han de entrar, uno a uno.

(*Salen los de la* GUARDA.)

(Bien guiado va mi enredo;
desta vez, si no se muda
el cielo, que está en mi ayuda,
señor de Portugal quedo.)

FABIO. El Almirante entra.

DUQUE. Entre.

(*Sale el* ALMIRANTE.)

ALMIRANT. Pues, Duque, ¿el Rey?

DUQUE. El Rey
yo soy.

ALMIRANT. Eso es contra ley.

DUQUE. Vaya donde al Rey encuentre.

ALMIRANT. Pues, ¿qué es esto, duque Urbano?

DUQUE. Llevaldo donde ha de estar,
que así se deben tratar
estos graves.

ALMIRANT. ¡Ah, tirano!

(*Llevan al* ALMIRANTE, *y sale el* CONDESTABLE.)

FABIO. Ya entra...

DUQUE. ¿Quién?

FABIO. El Condestable.

DUQUE. Entre.

CONDEST. Y el Rey, ¿dónde está?
¡oh, Duque!

DUQUE. Llevaldo allá
y verá al Rey.

CONDEST. Pues...

DUQUE. No hable.

CONDEST. ¡Oh, aleve!

DUQUE. Llevalde preso.

CONDEST. Justicia al Rey y a Dios pido.

DUQUE. Acabá, no hagáis ruido.
¿Qué aguardáis? Llevalde en peso.

(*Llevan al* CONDESTABLE, *y sale el* PRÍNCIPE DEL CASTILLO.)

¿Quién es el tercero?

FABIO. Creo
que el Príncipe del Castillo.

PRÍNCIPE. ¡Oh, Rey! Pero ¿a quién me humillo?
Duque, ¿cómo al Rey no veo?

DUQUE. ¿No basta que me veáis
para ver al Rey en mí?

PRÍNCIPE. ¿Cómo en vos?

DUQUE. Vaya de aquí.—
¡Hola! Decí, ¿a qué esperáis?

(*Llevan al* PRÍNCIPE, *y sale el* BARÓN DE LA ROCA.)

FABIO. Cuatro. El último entra ya.

DUQUE. ¿Y es?...

FABIO. El Barón de la Roca.

BARÓN. Pues ¿qué hay, Duque? ¿A vos os toca
la guardia? El Rey ¿dónde está?

DUQUE. Allá dentro está aguardando.—
Vaya como los demás.

BARÓN. ¡Oh, traidor!

DUQUE. Es por demás.

BARÓN. ¿Que tal hay?

DUQUE. Vaya volando.

(*Llevan al* BARÓN DE LA ROCA.)

Hermano, id, poned esos
a recaudo, con que entiendo

(*Vase* FABIO.)

(1) Verso y pasaje alterados.

aquieto mi pecho viendo (1)
a aquestos cuatro presos.

(*Sale el* MARQUÉS.)

MARQUÉS. Pues, señor, ¿puédote hablar?
¿Estás ya desocupado?
DUQUE. Siempre eres reservado
en cualquier tiempo y lugar.
Pues, ¿qué tenemos de nuevo?
MARQUÉS. Una cosa que me importa,
y el ser quien eres me acorta,
que a hablarte no me atrevo.
Pero, al fin, nuestro concierto
me da alas para hablar.
DUQUE. ¿Qué? Bien. Déjese eso estar
y hablemos en descubierto.
MARQUÉS. ¿No tenemos concertado
que porque a Sancha te dé
me has de ayudar, si hay en qué?
DUQUE. Sí.
MARQUÉS. Pues la hora ya ha llegado,
porque tengo una ocasión
que esta noche se sazona
como halle una persona
de valor y de razón
que las espaldas me guarde
mientras hablo una mujer.
Y pues por ti he de hacer,
quiero...
DUQUE. Para luego es tarde.
MARQUÉS. Y es tu hortelana.
DUQUE. ¿Qué escucho?
¿Gila?
MARQUÉS. Mujer de Martín.
Mujer casada, y, en fin,
que se tiene ella en muy mucho.
¿Sabes en cuánto se tiene?
Que si te he de hablar claro,
me sabe vender muy caro
esto que hacer por mí viene.
DUQUE. Y ¿cuándo será?
MARQUÉS. Esta noche,
si de acompañarme has.
DUQUE. Voime, pues.
MARQUÉS. ¿Adónde vas?
DUQUE. Voime a poner de noche.
MARQUÉS. Vete, pues, en buen hora,
que en este sitio te espero.

(*Vase el* DUQUE.)

Del mismo modo que quiero
este negocio se ordena.

(1) En el texto "teniendo".

(*Salen* ROSARDA *y la* PRINCESA.)

ROSARDA. Pues, ¿Marqués?
MARQUÉS. ¡Oh, mi Rosarda!
¿Está eso ya prevenido?
ROSARDA. ¿Ves? Aquí traigo el vestido.
Decid lo que más se aguarda.
MARQUÉS. Y Sancha, ¿qué respondió
en eso que le has rogado?
ROSARDA. Que hará lo que la has mandado
por ser quien lo ruega yo.
MARQUÉS. Pues lo que resta agora es
hacer, Sancha, lo que pido,
y ponerte tú el vestido
de Gila.
ROSARDA. Vámonos, pues.

(*Vanse las dos y queda el* MARQUÉS.)

MARQUÉS. Dentro de un buen lazo estoy.
¿Qué es lo que haces, Marqués?
Para el que ignora lo que es,
haciendo una traición voy.
Prometí dar al tirano
a Sancha en un aposento,
y va el triste muy contento;
mas es su contento vano,
que hay Toribio, y no soy hombre
que he de vender un amigo,
que puede mucho conmigo
la obligación de este nombre;
no en Toribio por ser rey,
mas aunque fuera Toribio.

(*Sale* FABIO.)

FABIO. Amor, dadme algún alivio,
pues me has hecho de tu ley.
¡Oh, Marqués!
MARQUÉS. ¡Oh, Fabio amigo!
¿Dónde norabuena agora?
FABIO. Buscando una labradora
que es dueño de mi albedrío.
MARQUÉS. Mas ¿si fuese Sancha, acaso?
FABIO. Sí; por mi mal ella es,
y no sé decir, Marqués,
el mal que por ella paso.
Sólo lo que sé decir
es que, si tú bien me quieres,
pues en esto el todo eres,
te duela el verme morir.
MARQUÉS. Señor, pedídome ha el Rey
lo mismo que a pedir vienes.
Si de mí esperanza tienes,
o si no he de guardar la ley,

pues mira si cesa todo
adonde el Rey entreviene.

FABIO. En fin, que ya el Rey te tiene
prevenido.

MARQUÉS. Y es de modo,
que le prometí ponello
con Sancha en un aposento.

FABIO. Y ella, ¿ha salido al intento?

MARQUÉS. Ella prometió hacello,
y estoy esperando al Rey,
que se fué a poner de noche
para hablalle aquesta noche.

FABIO. ¡Oh, duro amor, dura ley!
Sepamos. A río vuelto,
¿no habrá ahí para mí algo?

MARQUÉS. Yo a eso, al menos, no salgo.

FABIO. ¿Qué? ¿Estás resuelto?

MARQUÉS. Resuelto.

FABIO. Pues si no hay remedio, adiós,
y goce el Rey de su amor,
y ¡para éstas, don traidor!,
que yo me vengue de vos.

(*Vase.*)

MARQUÉS. Que aun aquesto más faltaba.
¡Por Dios, que estábamos buenos!

(*Sale el* DUQUE *vestido de noche.*)

DUQUE. ¿Vengo bueno?

MARQUÉS. Por lo menos,
al tiempo que te esperaba.

DUQUE. ¿Qué es lo que yo he de hacer?

MARQUÉS. Guardar, mientras entro, el puesto.

DUQUE. Pues otro peor, para esto,
pudieras, a fe, traer.

MARQUÉS. Por ser quien eres te traigo,
que éstos, en fin, son villanos,
y habrá menester tus manos
si acaso en las suyas caigo.
Quiero llamar a la puerta
del jardín.

(*Llama el* MARQUÉS *y responde* ROSARDA *dentro.*)

ROSARDA. ¿Quién es?

MARQUÉS. Sí es.

ROSARDA. ¿Quién a mi puerta?

MARQUÉS. Un Marqués
que ve la del cielo abierta.

(*Sale* ROSARDA, *vestida con el vestido de* GILA.)

ROSARDA. ¿Vos el Marqués? No sois vos.

MARQUÉS. Yo soy.

ROSARDA. Imposible es.
porque yo espero un Marqués
y veo que vienen dos.
Y ¿con qué restauraréis
el yerro desta deshonra,
que fié yo de vos mi honra
y vos de otro la fiéis?
Mal habéislo hecho conmigo;
mas no lo haréis otro día.

MARQUÉS. Razón tenéis, Gila mía;
mas es otro yo este amigo,
y cosa que viera aquí
no es más que haberla tú visto.

ROSARDA. Digo que apenas resisto
la cólera que hay en mí.
En fin, ¿que ése es otro vos?

MARQUÉS. Ya digo que otro yo es.

ROSARDA. Basta; que quise un Marqués
y agora he de querer dos.
Pues en balde habéis venido,
que yo os llamé en confianza
que se fuera a su labranza
esta noche mi marido.
porque le pedí que hoy fuera
por quedarme con vos sola;
pero ha venido una ola
de mar, que nunca viniera,
y echó por el suelo todo
cuanto yo tenía urdido.

MARQUÉS. Pues ¿qué fué?

ROSARDA. Hemos reñido
bravamente.

MARQUÉS. ¿De qué modo?

ROSARDA. Que ya no nos hablaremos
en aquestos quince días,
que sus pendencias y mías
deste modo las tenemos.

MARQUÉS. El ¿adónde está?

ROSARDA. Acostado.

MARQUÉS. Pues ¿qué remedio ha de haber?

ROSARDA. Que yo, como su mujer,
me he de acostar a su lado,
pena de que me eche menos
y que me venga a buscar.

MARQUÉS. ¿Luego yo no puedo entrar?

ROSARDA. No; por agora a lo menos.

MARQUÉS. Que, en fin, ¿no ha de haber remedio?

ROSARDA. Sólo uno hallo, Marqués,
que, pues vuestro amigo es
otro vos, dé en esto un medio,
que es irse acostar al lado
agora de mi marido,
sin hablar ni hacer ruído,
haciendo del enojado;
que el aposento está escuro

y no le verá al entrar,
y él echado en mi lugar;
lo demás, yo lo aseguro,
porque suele un mes pasar
que ni me habla ni le hablo.

[DUQUE.] ¿Y si agora quiere el diablo
se venga (1) a desenojar?

ROSARDA. Digo que en estando así
no me habla en todo un mes.

DUQUE. Ahora bien, señor Marqués;
no habéis de perder por mí,
que si hubiere riesgo, en fin,
llevo mi espada y mi daga.

ROSARDA. Eso no, que aunque esto haga,
quiero mucho a mi Martín.
Si es que tenéis de hacello,
sin armas tiene de ser,
que vos vais hacer mujer
y también habéis de sello.

DUQUE. ¿Qué? ¿También he de ir sin ar- [mas?
Basta. ¿Qué tengo de hacer?
Bien puedes decir, mujer,
que, siéndolo, me desarmas.

ROSARDA. Vos habéis de ir muy despacio
agora por esta puerta,
y luego hallaréis abierta
hacia aquí la de un palacio.
Echaos en mi misma cama;
mas tan desviado estaréis,
que ni en parte lo toquéis
por no dar yesca a la llama.

DUQUE. ¿Y si al echarme recuerda?

ROSARDA. No importa, como no os vea.

DUQUE. ¡Ea, en nombre de Dios sea!
¿A qué mano?

ROSARDA. A mano izquierda.

(Vase el DUQUE, *y* ROSARDA *quita el rebozo.)*

¿Marqués?

MARQUÉS. Fingida hortelana.

ROSARDA. ¿He fingido a Gila bien?

MARQUÉS. Como se esperó, mi bien,
desa industria soberana.

ROSARDA. ¿Qué más hay que hacer agora?

MARQUÉS. Iros donde os desnudéis
y en vuestro traje quedéis.

ROSARDA. Vamos.

MARQUÉS. Muy en buen hora.

(1) En el texto "que se viene".

(Sale FABIO *con el* REY DE PORTUGAL, *que muestra ser* TORIBIO.)

FABIO.

Digo que pasa así como te he dicho;
por eso mira bien de quién te fías.

REY DE PORTUGAL.

¿Que Sancha ha hecho tal?

FABIO.

Digo que Sancha
a solas con el Rey está hablando,
y que ha sido el solícito tercero
el Marqués, de quien, triste, te fiaste.

REY DE PORTUGAL.

¡Que mi hermana tuviese atrevimiento
de entregarse en poder de un hombre ajeno
no mirando a su honra ni a la mía,
y que fuese el tercero en mi daño
el Marqués! Pues ¡vive el cielo!
que si es así verdad que los dos han hecho, (1)
que de uno y otro he de tomar venganza.

FABIO.

¿Cómo si es verdad? ¿Pues yo soy hombre
que tengo de decir uno por otro?

REY DE PORTUGAL.

Deseo tanto ver con evidencia
si Sancha es mala y el Marqués aleve,
que por saberlo quiero retirarme
a este canto y fingir que estoy durmiendo
hasta ver por entero el desengaño.

(Escóndese el REY *a un lado.)*

FABIO.

Haces muy bien, y yo también me vuelvo
por no ser de mi hermano acaso visto.
No sin misterio he hecho lo que he hecho,
que de avisar aquéste ya podría
estorbarse el intento de mi hermano
y quedarse en lugar del suyo el mío.
Favorézcame amor, que a él me encomiendo.

(Vase, y salen el MARQUÉS *y* ROSARDA.)

ROSARDA.

¿Que he de dar muchas voces, en fin?

MARQUÉS.

Muchas,
fingiendo que venís buscando a Sancha.
Dad voces a Martín, llamad a Gila,
y luego proseguid como os he dicho.

(1) Sobra una sílaba.

ROSARDA.

¡Hola! ¡Hola! ¡Martín! ¡Ah! ¡Gila! ¡Gila!
¿Adónde están aquéstos? ¿Nadie oye?
¡Gila! ¡Gila! ¡Martín! ¡Martín! ¿Qué es [esto?

(Sale el DUQUE *desabrochado y la* PRINCESA.)

DUQUE.

Pues cuando sirve el hombre un día de Gila
¿se han de dar tantas voces que se obligue
a salir y caer en una afrenta?

PRINCESA.

Pues ¿cómo un día que de Martín sirvo
dan voces a Martín hasta obligarme
a que salga y conozcan que soy Sancha?

DUQUE.

¿Cómo es eso? ¿De quién habéis servido?

PRINCESA.

¿Yo? De Martín.

DUQUE.

¿Luego sois vos la misma
que agora en la cama por Martín tenía?

PRINCESA.

¿Cómo tenía? ¿Luego sois vos mismo
el que por Gila se acostó a mi lado?

DUQUE.

Sí; yo fuí Gila.

PRINCESA.

Y yo Martín he sido.

REY DE PORTUGAL.

(Miren el sin ventura que tal oye.)

DUQUE.

Marqués, ¿qué es esto? ¿Es esta buena burla?
¿Desta suerte se cumplen las palabras?

MARQUÉS.

Pues ¿he cumplido mal la que te puse?
Aún más hice que había prometido,
porque yo prometí que te pondría
con ella dentro de una cuadra a solas,
y te puse con ella en una cama.

DUQUE.

Pues ¿de qué ha importado, si el ponerme
ha sido más con miedo que con gusto?

MARQUÉS.

Por eso te saqué yo de partido
que me obligaba a dártela encerrada,
pero no blanda, llana ni amorosa.

DUQUE.

Lo que siento más es que haya estado
tan justo en una cama, que no osaba
mover mano ni pie por no tocalle.

ROSARDA.

(Digo que ha sido brava burla cierto.)

REY DE PORTUGAL.

(¡Oh, pesar de la burla tan costosa!
En una cama juntos. ¡Vive el cielo!
que tiene de costar más de una vida.)

MARQUÉS.

Ya ¿qué hay que hacer, que no nos vamos?

DUQUE.

¿Qué se tiene de hacer sino volvernos
a pasar lo que queda de la noche
y yo y Sancha en nombre de Martín y Gila,
pues lo más del camino está ya andado?

ROSARDA.

Eso no, que la tengo yo en mi guarda,
y sentía su falta de manera
que he venido buscándola hasta agora.

DUQUE.

Pues recogeos, hermana, y recogelda,
y vos, Marqués, venid, que yo me huelgo
que pierda el tiempo yo pues perdí el premio.

ROSARDA. ¿No nos iremos?
PRINCESA. Sí, vamos.
Bien se ha hecho, y al siguro.
¡Jesús, cómo hace escuro!

(Tropieza la PRINCESA *en el* REY *portugués.)*

¿Qué es esto? ¿En qué he tropezado?

(Levántase el REY *y ase a la* PRINCESA *del brazo.)*

¡Hola! ¿Quién es?
R. DE POR. Un dormido,
enemiga, tan despierto,
que cuanto pasó en el huerto
esta noche, tanto he oído.
¿En eso tienes tu fama?
¿En eso tu hermano tienes?
¡Infame, que a echarte vienes
con el Rey en una cama!

(Saca una daga y prosigue.)

Quítate [ya] de mi lado
para andar en vida ancha.
Pues...

ROSARDA. ¡Ay, que matan a Sancha!
¡Hola! ¿No hay algún criado?
REY. ¡Vive Dios, que he de matarte
aunque el mismo riesgo corra!
ROSARDA. ¡Socorro! ¿No hay quien socorra?
¡Villano, hazte a una parte!

(Salen el DUQUE *y el* MARQUÉS.)

DUQUE. ¿Qué es esto, hermana?
ROSARDA. ¿Que cobre
tantas alas un villano,
que, con voz de ser su hermano,
quiera matar a esta pobre?
DUQUE. Toribio, ¿qué furia es ésta?
¿Qué es esto? ¿No he de sabello?
R. DE POR. Nada, que para entendello
no has menester mi respuesta.
¡Vive Dios, que he de matalla!
DUQUE. Pues, ¿piérdesme a mí el respeto?
R. DE POR. Ha de morir, en efeto.
DUQUE. Llévenla.
R. DE POR. Déjenla.
DUQUE. Calla.
¿Hay locura semejante?
El está fuera de sí.
Hermana, idos de ahí;
quítensela de delante.

(Vanse ROSARDA *y la* PRINCESA.)

Pues ¿no te reportarás,
Toribio, estando aquí yo?
R. DE POR. No, Rey.
DUQUE. Por mi ruego ¿no?
¿Por qué no me lo dirás?
R. DE POR. Mejor es que aquí se acabe,
que pues tal cosa, Rey, ha,
impertinencia será
contárselo a quien lo sabe.

(Sale FABIO.)

FABIO. Agora llegó un correo,
señor, que trae relación
de cómo se dió un pregón
y se cumplió tu deseo.
DUQUE. Pues ¿qué hubo?
FABIO. Pregonóse
por el reino, como es ley,
por muerte de nuestro Rey.
DUQUE. ¿Qué dijo el pueblo?
FABIO. Holgóse,
porque ve que, su Rey muerto,
es tuyo, de ley, el reino.
DUQUE. En efeto, ¿yo ya reino?
FABIO. Ya reinas al descubierto,
y el reino, en resolución,
te suplica en estas cartas
que, vistas, luego te partas
a tomar la posesión.
DUQUE. Vamos, pues, a prevenir
lo que toca a la partida,
porque será nuestra ida
cuando el alba venga a abrir.—
Y vos, Marqués, entre tanto,
desenojad a Toribio.

(Vanse el DUQUE *y* FABIO.)

MARQUÉS. Señor, ¿cómo estáis tan tibio?
De tu tibieza me espanto,
pues ¿tan presto te desmayas
por ver al tirano rey?
R. DE POR. Déjame, cruel, sin ley.
MARQUÉS. Pues ¿qué dices?
R. DE POR. Que te vayas.
MARQUÉS. Pues ¿tengo yo culpa alguna
si te quita el Duque el reino?
R. DE POR. No lo he, porque no reino,
que eso hace la fortuna;
mas helo, ¡oh, traidor!, contigo,
que, quitando mi honra y ser,
entregaste a mi mujer
en manos de mi enemigo.
MARQUÉS. ¿Yo? ¿Quién te ha dicho tal?
R. DE POR. Mis oídos que lo oyeron
y los ojos que lo vieron
salir con él, por mi mal.
Quede aquel puesto encubierto,
en lo oscuro de esta noche,
he visto cuanto esta noche
ha pasado en este huerto.
MARQUÉS. Pues si lo que pasó viste,
¿no reíste? Que el tiro hecho
antes al Rey le fué hecho,
que no a ti. ¿De qué estás triste?
¿Qué ofensa te hice? Antes
fué risa, donaire y juego.
R. DE POR. De burlas, Marqués, reniego
donde hay burlas semejantes.
MARQUÉS. ¿Qué? ¿Aún todavía porfías?
¡Bueno es que de la mano
te quite el reino un tirano
y ríñanse niñerías!
Que deja los celos vanos
y mira por lo que importa.
R. DE POR. La obligación me reporta.
En fin, vivo por tus manos.
No tengo, Marqués, a burlas

lo que me has alborotado,
aunque, bien considerado,
hubo algún gusto en las burlas.
Mas téngome de pagar
del recebido alboroto.
Yo vengaréme con todo,
mas téngome de vengar. (1)
Esto es en cuanto a ti,
y en cuanto a los de la Corte,
no hay a quien tanto le importe
la partida como a mí.
Que ahí tendré más pujanza,
más amigos a la mano
el día que del tirano
quisiere tomar venganza.

JORNADA TERCERA

(Salen el DUQUE *y el* MARQUÉS.)

DUQUE. Bien ves, Marqués, que me veo
ya en mi Corte, donde gozo,
sin máscara ni rebozo,
ya el Estado que poseo.
Y si no rey de derecho,
me he hecho rey de por fuerza,
y en tanto tiempo de fuerza
me habrás penetrado el pecho. (2)
MARQUÉS. Poco es, señor, mi saber;
pero, aunque poco, penetro
cómo la corona y cetro
ha venido a tu poder.
Pero sea como fuere,
tú pareces bien reinando.
DUQUE. Mejor me parezco amando.
Pues que Sancha no me quiere,
por eso, Marqués, te ruego
que, pues era tanta parte
en ello, burlas aparte,
trates de aplacar mi fuego,
y no pierda el Rey el seso
por mujer de este jaez.
MARQUÉS. Señor, sí; ya de esta vez
se pondrá remedio en eso:
muy de veras te prometo
desde hoy solicitalle.

(Salen ROSARDA, *la* PRINCESA, GILA *y* MARTÍN.)

GILA. ¡Que nadie pueda aplacalle!
MARTÍN. Hombre villano, en efetc.
DUQUE. ¿Qué es esto? ¿Hay algo, Martín,
en que mi favor importe?
GILA. ¡Cómo se ha visto en la corte
ensánchase!
MARTÍN. En fin, ruin.
DUQUE. ¿Sobre qué es esta pendencia,
Martín, que estoy con cuidado?
ROSARDA. Señor, viene algo alcanzado
con Toribio de pendencia.
MARTÍN. Pues, diga, ¿no es de decir
que viniese la persona
a verle dar la corona
y holgarse para reír;
y que este loco amenguado,
por su sueño o por su antojo,
con su capote o su enojo
el placer nos ha quitado?
DUQUE. ¿Aún todavía le dura
el enojo con su hermana?
ROSARDA. Jamás en criatura humana
se vió condición más dura.
DUQUE. Pues, Sancha, ¿qué se os da a vos?
A él se le quitará.
PRINCESA. Antes, si de her me ha
alguna merced ¡por Dios!
que la mayor del mundo es
me pongas en paz con él.
DUQUE. ¿Dónde está? Vayan por él.
MARTÍN. Ahí quedó.
DUQUE. Llamalde; ves:

(Vase MARTÍN.)

que yo he de hacer estas paces,
aunque esté Toribio bravo.
PRINCESA. Será echarme una ese y clavo
por tu esclava si tal haces.

(Sale MARTÍN *con el* REY *portugués.)*

MARTÍN. He aquí puesto en su presencia,
señor, al señor cholludo.
DUQUE. Toribio, ¿que nadie pudo
contrastar vuestra prudencia?
¿Más ha podido con vos
un furor sin fundamento
que no el reconocimiento
de ser hermanos los dos?
Pues ¿cómo con vuestra hermana,
y una hermana como Sancha?
R. DE POR. Y si mi hermana me mancha
la honra, por ser villana,
¿es bien que hermana la nombre?
Nómbrola yo mi enemiga.

(1) Pasaje viciado.
(2) También este lugar está alterado.

¿Será bueno que se diga
que durmió al lado de un hombre?

DUQUE. Si fué como no dormir.
¿Qué ha perdido vuestro honor?
Venga esa mano, señor,
que esto se ha de concluír.

R. DE POR. ¿Cómo la mano? Primero
la vida el cielo me niegue.

DUQUE. ¿No basta que yo os lo ruegue?
Venga esa mano.

R. DE POR. No quiero.

MARTÍN. ¿Qué descompostura es ésta?
¿Al Rey respondes así?

R. DE POR. Agora quede (1) esto aquí,
que después daré respuesta.
Yo antes de decir sí o no
te pido, señor, que atento
escuches un breve cuento
que ha días que sucedió. (2)

MARQUÉS. ¿Cuento agora? ¿Hay tal donaire?
El está de juicio falto.

R. DE POR. Pues yo os daré tal sobresalto
que os haga andar en el aire.

DUQUE. Pues vaya, y no se detenga
el cuento.

R. DE POR. Comienzo afuera.
Erase aquello que se era,
el mal vaya y el bien venga.
Erase un duque, señor,
en una tierra cristiana,
el cual tenía una hermana
que era el tesoro de amor;
porque en ser bella y gallarda
a todos se aventajaba,
y aun creo que se llamaba...

ROSARDA. (¿Si dijese que Rosarda?)

R. DE POR. Mas no me acuerdo del nombre.

DUQUE. No importa.

R. DE POR. En fin, vino año,
que vino de un reino extraño
a su tierra un gentil hombre
que en su tierra era marqués;
hombre de casa y razón,
porque él era de nación...

MARQUÉS. (¿Si dijese que francés?)

R. DE POR. ¡Qué flaco soy de memoria!
De la nación me he olvidado.

DUQUE. Bien, no os dé eso cuidado.
Proseguí con vuestra historia.

(1) En el texto "quédese".
(2) En el texto "ha sucedido".

R. DE POR. Viniendo, pues, como digo,
el Marqués desde su tierra,
ya por mar y ya por tierra
dió en las del Duque consigo.
La tierra del Duque era,
si ya no me acuerdo mal...

ROSARDA. (A decir que Portugal,
en confusión me pusiera.)

R. DE POR. ¡Que esté tan olvidadizo!
Digo que de seso salgo.

DUQUE. ¿Va en saber la tierra algo,
o en saber lo que se hizo?
Vamos, Toribio, al suceso,
y sea do haya sido.

R. DE POR. ¡Por Dios, que quedo corrido!
Pero, en fin, vamos a eso.
Digo que el Marqués, señores,
en tierra del Duque entró,
y como a su hermana vió
quedó perdido de amores.
Y entró a servir en su casa
con traje de labrador,
bajezas que, por amor,
cualquier amante las pasa.

ROSARDA. (¡Ay, cielo! ¿Este no es mi cuento?)

MARQUÉS. (Este es mi cuento ¡por Dios!)

R. DE POR. Pues como se vían los dos,
se hablaban cada momento.
La hermana del Duque vino
a querer bien al Marqués.
Pasó algún tiempo después,
toma el Marqués el camino,
fuese a su tierra el aleve,
aunque no olvidado della.
Y fortuna como aquella
que da la vuelta tan breve,
más por gusto que por ley,
trocó el mundo de manera
que el Duque, de Duque que era,
lo subió en un punto a (1) rey.

MARQUÉS. ¿Qué sufres que éste te engañe
con cuentos de ahora ha mil años?

R. DE POR. Oigan el saco de engaños.
¡Qué de años que le añade!

DUQUE. ¿Qué habrá que sucedió eso?

R. DE POR. Mucho. Suélelo contar
mi abuela a par del hogar,
que vella es perder el seso.

DUQUE. (A decir que había poco,
pensara que era mi cuento.)

R. DE POR. Ahora, señor, oye atento,

(1) En el original "por".

que ya me falta muy poco.
ROSARDA. Mejor es que no se acabe.
MARQUÉS. Por cierto, harto mejor.
R. DE POR. Si ellos lo saben, señor,
yo sé que el Rey no lo sabe.
DUQUE. Dejalde acabar, Marqués.
¿Qué os va ni os viene en esto?
MARQUÉS. (En gran confusión me ha puesto.
Sin duda mi muerte hoy es.)
DUQUE. Vamos, Toribio, adelante.
R. DE POR. Ya no sé en lo que quedamos.
DUQUE. En que al Duque lo dejamos
hecho Rey en un instante.
R. DE POR. Pues verse rey y asimismo
irse a otro reino a casar
de improviso, y sin pensar,
sucedióle a un tiempo mismo.
Y de su dicha, el Estado
adonde casar se había,
era el reino do vivía
aqueste Marqués taimado.
El Rey, en fin, se casó,
y, al volver, con gran traición,
el Marqués, viendo ocasión,
a volver le acompañó.
Y llegados que llegaron
adonde su hermana estaba,
y el uno al otro se amaba,
a sus amores tornaron;
y aunque era grande amistad
la que el Marqués le hacía
al Rey, en lo que podía
le quebraba lealtad.
ROSARDA. (¡Alto! Este me derriba.) (1)
MARQUÉS. (¿Qué es aquesto? ¿Está en sí o no?)
DUQUE. ¿Posible es que sucedió
lo que cuentas mucho ha?
Que, según das los indicios,
muy poco ha que aconteció. (2)
R. DE POR. Digo que fué en tiempo antigo.
¿De qué sirve echar juicios?
Mas finge, como no es,
que tú a casarte, Rey, fueras:
dime ¿qué castigo dieras
a tal hermana y marqués?
DUQUE. Yo, Toribio, si el rey fuera,
a hermana y Marqués tan malos
[los] pusiera en sendos palos
y infame muerte les diera.
R. DE POR. Pues ¿cómo no has comenzado,
ya que tú eres este Rey
y aquéste el Marqués sin ley,
de tu hermana enamorado,
y ésta la hermana traidora
que te ha quitado la honra?
DUQUE. ¡Oh, aleves, tanta deshonra!
Prendeldos luego, a la hora.
MARQUÉS. Vete en tu ira a la mano,
señor, que el villano miente.
ROSARDA. Pues, señor, ¿tan fácilmente
se da crédito a un villano?
DUQUE. No habléis más en mi presencia,
que basta haberme ofendido.
R. DE POR. Señor, pues ¿nada ha podido
contrastar vuestra prudencia?
"¿Más ha podido con vos
un furor sin fundamento,
que no el reconocimiento
que sois hermanos los dos?
Pues ¿cómo con vuestra hermana,
y hermana como Rosarda?"
DUQUE. Hermana, hermana bastarda,
infame, vil y liviana.
R. DE POR. Pues ¿ser hermana no basta
para perdonar su error?
DUQUE. Eso aumenta mi furor
y más mi paciencia gasta.
R. DE POR. ¡Noramala aquí os tengo!
No fué mala invención ésta:
Esto sirva de respuesta
si alguna de daros tengo.
Aquí verás que (1) a la ofensa
de una hermana no hay perdón,
y por aquesta razón
dije el cuento en mi defensa.
MARQUÉS. (Ya la muerte había tragado.)
ROSARDA. (Esta resurrección es.)
MARTÍN. Marqués, vos sois el Marqués,
pero Toribio el marcado.
¡Ah, hideputa, ladrón,
qué sobresalto les dió!
GILA. Por mi fe que tenía yo
tamañito el corazón.
R. DE POR. Agora que yo cumplí
mi interés y voluntad,
quiero tratar de amistad.
Señor, la mano ve aquí,
hágame amigo con Sancha.

(1) Así en el texto; pero no hay rima ni sentido. Quizá deba leerse: "¡Alto!, Este a descubrir va", o "¡Alto! A descubrirme va".

(2) Este verso está equivocado. Probablemente sería "ha acontecido conmigo".

(1) En el original "como".

PRINCESA. Ya yo, en verdad, no quería.
DUQUE. Que sí, sí, por vida mía.
R. DE POR. Yo apostaré que se ensancha.
DUQUE. De amigos os dais las manos,
y somos todos testigos,

(Danse las manos.)

y aquí están hechos amigos,
hermana, entrambos hermanos.
Vamos y quédense ellos.
ROSARDA. ¿Dónde iremos?
DUQUE. Al jardín.
ROSARDA. Pues vengan Gila y Martín
a reír.
MARTÍN. Ya vamos tras ellos.

(Vanse, y quedan el REY *portugués, el* MARQUÉS *y la* PRINCESA.)

MARQUÉS. Sobresalto, Rey, me diste,
y aún mi pecho aquí lo teme.
R. DE POR. Señor, ¿qué mucho? Venguéme
del tiro que me hiciste.
MARQUÉS. Fué (1) venganza de manera
que pudo costar mi vida.
R. DE POR. No, que hubo corte y medida,
que a no haberlo no lo hiciera.
MARQUÉS. ¡Bueno es que trates tan mal
a quien te quiere tan bien,
que siempre busca tu bien
y te reserva de mal!
¿Oíste lo que el tirano
al partirse me encargó?
Pues es pedirme que yo
le entregue a Sancha en su mano.
Prometíselo, mas luego
me previne del remedio,
que es quitársela de enmedio
una hora antes del entrego.
Porque aunque yo se la ofrezca,
ya sabes que la promesa
en aquel momento cesa
que la dama no parezca.
R. DE POR. Pues ¿dónde se ha de esconder?
¿Por qué modo, o por qué vía?
MARQUÉS. ¿Yo no estoy vivo? Pues fía,
que algún remedio ha de haber.
R. DE POR. No entiendo yo, ni lo sé.
MARQUÉS. Pues hay vía, y vía ancha,
con que deje de ser Sancha
y vuelva a ser lo que fué.
Póngase ella una por una

(1) En el original "Pues".

en el traje de Princesa,
que ella puesta, mi promesa
no me da pena ninguna.
PRINCESA. No me pondré dese modo,
porque se ha de hacer más.
MARQUÉS. Puesta tú así, lo demás
ya está prevenido todo.
Sólo has de tener cuidado
de iros luego desde aquí
a mi aposento, que allí
hallarás todo recado.
Un vestido que te pongas,
vestido, al fin de Princesa,
saya y ropa a la francesa
y oro que con esto te pongas.
También verás dos criados
vestidos a la morisca,
en la lengua berberisca
cristianamente examinados. (1)
R. DE POR. ¿Tienes que hacer más que eso?
MARQUÉS. No.
R. DE POR. Pues vamos en un vuelo.

(Vanse el REY *y la* PRINCESA.)

MARQUÉS. Dame favor, justo cielo,
en caso de tanto peso.
¿Qué me falta, que parece
que estoy desacompañado?
¡La espada! ¡Bueno he quedado!

(Hállase sin espada.)

¡Por Dios, si algo se me ofrece!
Cuando el Rey mandó prenderme,
sin duda, me la quitaron,
y nunca me la tornaron.
Otra quiero ir a ponerme.

(Yéndose. Sale FABIO *con pluma, papel y tinta, y con él cuatro* ENMASCARADOS *con espadas desnudas, y pónenselas en los pechos al* MARQUÉS.)

PRIMERO.

Suspenda el paso acelerado, amigo,
pena de no volver jamás a Francia.

MARQUÉS.

¿Qué es esto, caballeros? ¡Cuatro hombres
armados, y con máscaras, a uno!

FABIO.

No se gaste en hablar, Marqués, el tiempo,
sino vengamos brevemente al punto.

(1) Sobra una sílaba.

Tú has de tomar este papel y pluma
y escrebir de tu nota, letra y firma,
que te obligas de dar al Rey la muerte,
pena que al punto aquestas cuatro puntas
pasarán por tu pecho a las espaldas.

MARQUÉS.

¿Por qué tengo de firmar de darle muerte
a mi Rey, si no pienso hacer tal cosa?

FABIO.

No es tiempo agora, Marqués, de pedir causas,
sino de poner luego esto en efeto.

MARQUÉS.

¡Qué os viniese a traer el cielo en tiempo
que me falte la espada, que, aunque una,
no tuviera temor de vuestras cuatro!

SEGUNDO.

Acabe y haga aquesto que le mandan,
si no quiere acabar a nuestras manos.

MARQUÉS.

¿Qué?, ¿no puede ser menos, en efeto,
de dar muerte a mi Rey?

FABIO.

O recebilla.

MARQUÉS.

Alto, pues; muerte agora y después muerte,
más la quiero después, que ésta no es fruta
que puede desearse por temprana.
Venga luego papel, pluma y tintero.

(*Escribe el* MARQUÉS.)

Ya está escrita y firmado. ¿Qué más falta?

FABIO.

Que lo leas.

MARQUÉS.

Pues oigan lo que dice:
"Matar yo al Rey no es mal hecho,
antes ser cuchillo afirmo
de que lo mataré, y firmo.—*Marqués.*"

FABIO.

Como eso diga, lo que importa dice.
Dámelo agora a mí, que leerlo quiero,
y dejadnos a mí y al Marqués solos.

(*Vanse los cuatro* ENMASCARADOS.)

Esto he hecho, Marqués, de mano armada
porque ya el firme amor que tengo a Sancha
me obliga a obligarte desta forma.
Hazlo, pues, y si no quieres hacello,
te juro por quien soy, que al Rey he de irme
y mostrarle el papel en que te obligas,
de letra y firma tuya a darle muerte,
y probaré el delito con testigos.

MARQUÉS.

Y si lo hago por ti, ¿rasgarás luego
ese papel que a fuerza tengo escrito?

FABIO.

Rasgarélo delante de tus ojos.

MARQUÉS.

Pues, aunque darte a Sancha sea peligro,
es el peligro dese papel tanto,
que de dos riesgos el menor escojo.
Ya sabes que entregarte a Sancha puedo
porque ella nunca sale de mi gusto.
Pues salte de aquí a una hora a aquel repecho
de la puerta primera de Palacio,
rebozado y revuelto en una capa,
de modo que no seas conocido,
que ella llegará ahí por orden mía.
Diré al Rey que ella se ha escondido
o que alguno por fuerza la ha llevado.

FABIO.

En fin, me dices que de aquí a un hora.
Pues, Marqués, voime y mira lo que haces
o al papel y [la] firma me remito.

(*Vase.*)

MARQUÉS.

¡Vaya un traidor, que él lleva buen despacho!
¡Por vida de quien soy, que he de hacello
una burla [en] que muera y no se olvide!

(*Sale el* DUQUE *solo.*)

DUQUE.

Pues, Marqués, ¿qué tenemos? ¿En qué estado
está mi amor con Sancha? ¿Qué hay de nuevo?

MARQUÉS.

Muchas cosas, señor.

DUQUE.

¿Nuevas?

MARQUÉS.

Tan nuevas,
que acabo agora de sacar en blanco
que Sancha, por quien tú de amores mueres,
por tu hortelano está de amores muerta.

DUQUE.

¿Por qué hortelano? ¿Por Martín, acaso?

MARQUÉS.

Por Martín.

DUQUE.

¿Qué me dices?

MARQUÉS.

Lo que pasa.

DUQUE.

¿Luego mis esperanzas son en vano?

MARQUÉS.

Antes el blanco agora he descubierto
que abra llano camino a tu deseo.
Porque quiere a Martín Sancha de suerte
que, estándole yo agora aquí pidiendo
que algún remedio diese a tus pasiones,
me pidió, de rodillas por el suelo,
que si alguna merced de mí esperaba
fuese que de tu amor no le tratase.

DUQUE.

¿Y es ése, Marqués, el blanco descubierto
que abre llano camino a mi deseo?

MARQUÉS.

Sí, porque como yo vi puerta abierta,
le dije luego que, de aquí a una hora,
a la puerta primera del Palacio
se pusiese vestida en traje de hombre,
y yo haría con Martín de modo
que acudiese por ella a la hora puesta.
Y esto le dije; pero es mi intento
que seas tú, señor, éste que acuda,
en nombre de Martín, en traje suyo,
y a Sancha en tu poder puedes llevalla
a tu casa de campo, adonde, solos,
o por fuerza o de grado hará tu gusto.

DUQUE.

Digo que es buena traza. Mucho debo,
caro Marqués, a tu sutil ingenio.

MARQUÉS.

Pues si piensas hacer lo que te he dicho,
porque en la habla no te desconozca,
no hables cuando allegues, sino abrázala,
y aunque a tu parecer abraces a hombre,
no abrazas a hombre, que a tu Sancha abrazas.

(Salen corriendo MARTÍN *y el* REY DE PORTUGAL.*)*

R. DE POR. ¡Albricias, señor!
MARTÍN. Mías son,
que yo la vide primero.
R. DE POR. No hay primero ni postrero
en las cosas de ocasión.
Si me las diesen a mí,
serían vuestras y mías.
DUQUE. Bueno es que estéis en porfías
y que me tengáis así.
Yo os las mando, acabá
y decidme de qué son.
MARTÍN. Ya ha salido de prisión
la Princesa.
DUQUE. ¿Dónde está?
MARTÍN. Ahora acaba de llegar,
y nosotros dos de vella.
R. DE POR. Dos moros vienen con ella,
que la traen de allende el mar.
DUQUE. (El mal que a esta coyuntura
me puede venir, me viene.)
MARTÍN. Mías son.
DUQUE. (¿El mundo tiene
amante más sin ventura?
Cuando pensé más despacio
gozar de mi Sancha hermosa,
me trae fortuna a mi esposa
por las puertas de Palacio.)
MARQUÉS. (No por eso te alborotes,
señor, que das que notar.)
DUQUE. Las albricias que he de dar
tienen de ser cien azotes.
Por eso reñid los dos
sobre cúyas han de ser.
R. DE POR. Yo no las he menester;
Martín, yo os las suelto a vos.
DUQUE. (Ahora bien; pues aunque venga,
no me ha de estorbar mi gusto,
que habiendo Sancha no es justo
que otra mujer me entretenga.)
Una palabra, Martín.
MARQUÉS. Pues, Toribio, otra palabra.
MARTÍN. ¡Grande máquina se labra!
¡El cielo le dé buen fin!

(Habla el DUQUE *a* MARTÍN *al oído.)*

R. DE POR. En efeto, lo que dices
¿no es que lleve dos amigos,
que de todo sean testigos
y digan lo que tú dices?
MARQUÉS. Sí, de aquí a un hora.
R. DE POR. ¿A qué puesto?
MARQUÉS. A la puerta de Palacio.
MARTÍN. ¿Falta más?
DUQUE. En breve espacio
ha de ser por obra puesto.
MARTÍN. ¿Lo que me has mandado es más
que traerte un vestido mío?
DUQUE. No.

MARTÍN. Pues fía de mí.
DUQUE. Fío
eso y todo lo demás.—
¿Qué hacemos? Vamos de aquí
a recebir la Princesa.
MARQUÉS. Diligencia en vano es esa,
porque ella viene ya aquí.

(*Sale la* PRINCESA *bien aderezada, con ella dos* CRIADOS *en traje de moros.*)

PRINCESA. ¡Oh, Rey alto y caro esposo,
vuestras reales manos beso!
DUQUE. Yo soy el que ha de hacer eso,
y en hacello venturoso.
Pero ¿qué ventura es ésta,
Princesa, tan no pensada?
MORO 1.º Rey alto, nuestra embajada
te servirá de respuesta.
El Rector de Berbería,
Muley Mahoma, xarife
que el cetro de Túnez rige,
con los dos salud te invía.
Y dice que a su poder
llegó en prisión la Princesa,
y sabiendo que la presa
era Reina, y tu mujer,
de su nobleza movido,
sin esperar que se trate
del precio de su rescate,
enviártela ha querido.
Porque a tu real majestad
se le debe este servicio,
y lo que hace es oficio
de su generosidad.
DUQUE. Lo que el Rey hace agradezco,
porque es con tan gran exceso,
como si yo fuera el preso,
por prenda suya me ofrezco.
E idos a descansar,
por el presente, los dos.
MORO 1.º Tu Estado aumente el gran Dios.
DUQUE. Haceldos aposentar.

(*Vanse los dos* MOROS.)

¡Reina!
PRINCESA. ¡Rey!
DUQUE. Vuestra venida
me alegra, como es razón,
mas venís en ocasión
que me halláis de partida.
Y partida tan forzosa
que no se puede excusar.
PRINCESA. ¿Cosa hay que pueda apartar
un esposo de su esposa,
y esposos que ha tanto tiempo
que viven sin verse juntos?
DUQUE. Eso es así, aunque por puntos,
señora, me mide el tiempo.
Por mucho que pueda estar,
no vendrá a pasar de un mes;
tiempo tendremos después
en que podernos gozar.
Si a mi reino falto dél,
vos, que sois, en fin, la Reina,
[que] en mi reino manda y reina,
os podéis quedar con él.
Reina sois, dese noticia
al momento a mi Consejo
de cómo en mi nombre os dejo.
Reinad y haced justicia.
PRINCESA. Pues ¿cómo? ¿Aún no desposados
y me has dado más poder,
señor, que podría tener
si estuviéramos casados?
DUQUE. En eso mi amor veréis.
Y porque importa que luego,
antes de partirme, os ruego
que a reposar os entréis.

(*Vase la* PRINCESA.)

MARQUÉS. Señor, ¿qué es esto que has hecho?
¿Adónde te piensas ir?
DUQUE. Yo te lo quiero decir,
y quedarás satisfecho.
Hágolo por si pudiese
haber a Sancha a las manos,
que pienso a mis pasos llanos,
aunque a pesar suyo fuese,
llevármela de secreto
a mi casa de placer,
y tenerla en mi poder
todo este mes de respeto.
¿Qué dices de mi mentira?
¿No la supe bien fingir?
MARQUÉS. En parte me hace reír,
señor, y en parte me admira.

(*Sale* MARTÍN *con un vestido de villano en la mano.*)

MARTÍN. Señor, ya está aquí el vestido.
DUQUE. Pues vamos de aquí los dos.
Yo voy. Id, Marqués, con Dios,
no me pongáis en olvido.

(*Vanse el* DUQUE *y* MARTÍN.)

MARQUÉS. ¡Bueno va mi enredo! En fin,
llévolo en razón fundado.

(Sale GILA.)

GILA. ¿Dónde irá tan denodado,
y qué llevará Martín?

MARQUÉS. Gila, ¿adónde; norabuena,
tanta priesa?

GILA. Penosa,
señor, de ver una cosa
que me ha dado grande pena.
Que entró agora en mi aposento
Martín, libre de embarazo,
y sacó luego, a sobrazo,
no sé qué ni con qué intento.
Parecióme cosa nueva
e iba a saber lo que es.

MARQUÉS. Teneos, que yo os diré, pues,
adónde va y qué lleva.
Sabed que se ha enamorado
él de Sancha, y Sancha dél,
y en el golpe [tan] cruel
de amor a extremo ha llegado,
que han hecho los dos concierto
de sacarla aquesta noche
de Palacio a prima noche.

GILA. ¿Qué? ¿Es eso cierto?

MARQUÉS. Es tan cierto,
que por hacerlo más bien,
sale ella en traje de hombre,
mudando en ajeno nombre,
y él muda el traje también.
Pero, si quieres, espacio
tienes de estorbarlo agora,
porque ello es antes de un hora
a la puerta de Palacio.
Y no tienes más que hacer
que ir, y en viendo que en el puesto
está un hombre muy bien puesto,
que así ha de estar la mujer,
y que un hombre de antipara
llega y se la lleva en brazos,
llegad y hacelde pedazos,
con las uñas, cuello y cara.

GILA. ¿Tal hay? A fe que si puedo,
que ellos se acuerden de mí.

(Vase GILA.)

MARQUÉS. No se ha visto hasta aquí,
si sale bien tal enredo.

(Vase. Sale el REY, *y otros dos con él.)*

R. DE POR. Retiraos hacia aquí, amigos,
y sin que vistos seáis,
de cuanto veáis y oigáis
quiero que seáis testigos.
Porque lo habéis de decir
si algún día os fuere pedido.

(Apártanse a un lado, y sale FABIO *rebozado.)*

FABIO. No hay nadie; creo que he sido
muy puntual en venir.
¿Si se ha olvidado el Marqués
de cumplirme la promesa?
¿Ahora vengo y ya doy priesa?
Este disparate es.
Quiero pasearme un poco,
que a este puesto llego ahora.

(Sale el DUQUE *y pasea, vestido como* MARTÍN.)

DUQUE. Es este el sitio y la hora,
quiero llegar poco a poco,
hasta que de cierto vea
si Sancha ha salido al plazo.
Pero... ¡Ya está en el lazo!
¿No es ésta que se pasea?
Quiero arrebatalla en brazos
y llevarla deste puesto.

(Arremete con FABIO *y tómalo en brazos.)*

FABIO. Hombre, ¿qué haces? ¿Qué es esto?
¿Dónde vas? Suelta los brazos.

DUQUE. Presta paciencia esta vez,
Sancha mía.

FABIO. ¡Hermoso nombre!

DUQUE. Muy bien sé que no sois hombre.

FABIO. ¿Otra vez?

DUQUE. Y otras diez.

(Lleva el DUQUE *a* FABIO *en brazos, y vanse.)*

R. DE POR. ¿Vistes bien esta ocasión?

PRIMERO. Sí.

R. DE POR. ¿Qué fué?

PRIMERO. A mi parecer,
lleva un hombre a una mujer
en hábitos de varón,
y queriendo ella encubrirse,
él dice que a Sancha lleva.

R. DE POR. Pues cuando venga la prueba,
todo aqueso ha de decirse.
Por eso, tened memoria
para cuando os sea pedido.

(Vanse, y sale el DUQUE *abrazado con* FABIO.)

FABIO. ¡Eh, villano desconocido!
¿No es ésta fuerza notoria?
¿Dónde traes un hombre en brazos?

DUQUE. Basta lo fingido, Sancha.

(Sale GILA.*)*

GILA. ¡Mundaria! Venís muy ancha
porque os llevan en los brazos.
Decid, descasacasados,
¿dónde vais con el casado?

FABIO. Sin duda se han conjurado
hoy contra mí mis pecados.

GILA. ¿Dónde vais disimulada?

(Tira GILA *de* FABIO.*)*

FABIO. No soy Sancha, que soy Fabio.
Soltáme, gente sin ley.

GILA. ¿Fabio, hermano del Rey?

FABIO. Sí.

GILA. Pues perdonad el agravio.

(Sale el REY *con un* ALGUACIL *y* CORCHETES.*)*

R. DE POR. Ande, señor Alguacil,
que yo le daré en la mano
a su merced el villano
que ha hecho caso tan vil.

FABIO. Gente viene, y quiérome ir,
no me vea alguno airado.

(Vase.)

GILA. Martín se va enojado,
que no me ha querido oír.

(Vase.)

R. DE POR. Ve aquí, señor, al villano
que a mi hermana me ha robado

ALGUACIL. ¡Hola! ¿Quién va?

DUQUE. Un hombre honrado.

ALGUACIL. ¿Qué aguardáis? Echalde mano

DUQUE. Quedo; no tanto tropel.
¿Qué? ¿No conocéis quien soy?

ALGUACIL. Acabad. ¿Es para hoy?
Dad en la cárcel con él.

(Cogen los CORCHETES *al* DUQUE *y llévanlo preso y vanse todos, y salen la* PRINCESA *y el* MARQUÉS *y dos* CONSEJEROS, *y siéntanse todos.)*

PRINCESA. Ya sabéis que me dió a mí,
amigos, el Rey su sello
para hacer todo aquello
que hace él cuando está aquí.
Y así yo, en lugar del Rey,
quiero una hora asistir
a esta audiencia y presidir,
guardando justicia y ley.

CONS. 1.º En eso, Reina, y en todo
has de ser por mí servida.

CONS. 2.º Con la sujeción debida
mi gusto al tuyo acomodo.

PRINCESA. Pues os mando, Secretario,
que algún pleito relatéis
de los graves que tenéis
por el estilo ordinario.

(Sale FABIO, *mirando al* MARQUÉS.*)*

FABIO. ¿Así a mí burlas, Marqués,
teniendo el papel que tengo?
Aún bien que en ocasión vengo
que ya no os valdrán los pies.
Por tener, Reina, noticia
de que hoy entras por el Rey
a hacer justicia y ley,
te vengo a pedir justicia
de una traición contra el Rey,
y está el traidor a la mano.

PRINCESA. Cuéntese el caso de plano.
que hoy sabré guardar [la] ley.

FABIO. Si yo mostrase un papel
de un hombre escrito y firmado,
y este hombre mismo obligado
de matar al Rey en él,
¿no será causa bastante
para que proveas justicia?

PRINCESA. ¿Quién tuvo tanta malicia?

FABIO. Aquí lo tienes delante.
El Marqués es el traidor
que escribió este papel,
obligándose por él
a ello en este tenor.

(Lee FABIO *el papel, y dice.)*

"Matar yo al Rey no es mal hecho;
antes ser cuchillo afirmo
de que lo mataré, y firmo.—*Marqués.*"

(Toma la PRINCESA *el papel y léelo ella.)*

PRINCESA. ¿Escrito por vos ha sido
esto, Marqués?

MARQUÉS. Sí escrebí,
Reina, mas no dice así
como Fabio lo ha leído.

PRINCESA. Yo leí lo que él leyó,
que el intento de ello es
darle muerte al Rey, Marqués.

MARQUÉS. Uno y otro se engañó.
Que es sentido extraordinario
el que dais a mis renglones,
que antes las mismas razones
van diciendo lo contrario.
Y si no, torne a leello

Fabio aquí segunda vez,
y yo lo leeré después; (1)
veréis que hay engaño en ello.

PRINCESA. ¿Qué engaño puede caber
en cosa que está tan clara?
Veamos en qué repara.
Fabio, tornaldo a leer.

(Torna FABIO *a leeer el papel, como primero.)*

MARQUÉS. Ahí es bien que se repare
que ahí está el engaño.

FABIO. ¿En qué?

MARQUÉS. En que dices "mataré"
donde has de decir "matare".

PRINCESA. Pues, tomad; leed vos agora.
Veamos si lo contrario dice. (2)

MARQUÉS. El fin con que yo lo hice
sólo fué éste, señora.

(Toma el papel y léelo el MARQUÉS.)

"¿Matar yo al Rey? ¡no! Es mal hecho.
Antes ser cuchillo, afirmo,
de que lo matare, y firmo.—*Marqués.*"

CONS. 1.° Ahora dice lo contrario.

CONS. 2.° Y es el sentido, sin duda.

FABIO. Señora, advierta que muda
ahora el sentido ordinario.

MARQUÉS. Siempre dije lo que digo,
señora, que nada trueco,
y si en lo que he dicho peco,
aquí estoy; dadme castigo.

PRINCESA. Por decir que has de matar
al que entendiere dar muerte
a tu Rey de alguna suerte,
¿qué castigo te he de dar?
El premio que se te debe
de alabanza te concedo.

FABIO. Basta; que de nuevo quedo
burlado por este aleve.

CONS. 1.° Lo que la Reina ha juzgado
está muy puesto en razón.

CONS. 2.° Buena justificación
en su sentencia ha mandado.

(Sale el REY *portugués, y dos* TESTIGOS *con él.)*

R. DE POR. Hazme, Reina, la justicia
que sé yo que me hiciera
el Rey cuando aquí estuviera;
castiga una sin justicia.
Has de saber que un villano
que, de mi dicha, está preso,
cometió anoche un exceso
contra mí con libre mano.
Y fué que, aguardando espacio
a su traición conveniente,
me sacó violentamente
a mi hermana de Palacio.
Y agora que preso está,
a la muchacha me asconde.
Pídensela.

PRINCESA. ¿Y qué responde?

R. DE POR. Ni la niega ni la da.
Calla y ríese entre sí,
y dello hace pasatiempo.

PRINCESA. No se gaste en vano el tiempo;
traed ese preso aquí.
¿Cómo se llama tu hermana?

R. DE POR. Señora, llámase Sancha;
muchacha limpia y sin mancha,
aunque pobre y aldeana.
No es bien que en casa de un Rey
me falte mi hermana a mí,
que a fe si estuviera (1) aquí
que hiciera lo que es ley.

FABIO. Y no se engañó, en efeto;
que lo sintirá el Rey mucho.

(Sacan al DUQUE, *en traje de villano, preso.)*

CORCHETE. Ve aquí el preso.

DUQUE. (¿Tal escucho?
¿Yo preso y en hierros puesto?
No he de darme a conocer
hasta ver en lo que para.)

PRINCESA. Villano, ¿no alzas la cara?
¿Adónde está esa mujer?

DUQUE. ¿Qué mujer?

PRINCESA. Una que anoche
violentamente robaste,
cuando el Palacio violaste
a punto de media noche.

DUQUE. No he visto yo tal mujer
ni hecho traición semejante.

R. DE POR. Aun bien que estuvo delante
gente que lo acertó a ver.
Y en prueba dello presento,
señora, estos dos testigos.

PRINCESA. ¿Es esto verdad, amigos,
debajo de juramento?

TEST. 1.° Yo juro que vi a este hombre
que llevaba a más correr

(1) Falsa rima "vez" y "después".
(2) Sobra una sílaba.

(1) En el original "que a fe que él estuvo aquí".

en brazos una mujer
vestida en hábito de hombre.

TEST. 2.° Yo vi que ella procuraba
de salirse de sus brazos,
y él, llevándola en sus brazos,
dijo que a Sancha llevaba.

PRINCESA. Pues ¿qué mayor prueba que ésta,
si hay dos testigos contestes?

DUQUE. Bien será, Reina, que prestes
atención a mi respuesta.

PRINCESA. A caso tan bien probado,
¿qué tienes que responder?
Mando que des la mujer
o muera luego estacado.

[DUQUE.] Basta; que hacéis buen juez.
¿Dónde, Reina, hallastes ley
que manda que muera un Rey
y muerte de ese jaez?
A no ser yo el Rey agora
pagara lo que no hice.

PRINCESA. ¿Quién dice que es?

MARQUÉS. El Rey dice.

PRINCESA. ¡Bueno es eso!; callá agora.
¿Quién? ¿Quién?

DUQUE. Que soy el Rey digo.

FABIO. ¡Por Dios, que es el Rey, mi her-
[mano!

PRINCESA. Yo veo preso aquí a un villano
y a este villano castigo.

DUQUE. Que soy tu esposo, mujer.

FABIO. Que, ¡vive Dios! que el Rey es.

PRINCESA. ¿No es esto bueno, Marqués?
Diz que el Rey había de ser.
Y el disparate desotro,
¿ha podido ser mayor?

FABIO. Que es el Rey.

PRINCESA. Callad, señor;
que un diablo parece a otro.

DUQUE. Baste, que la Reina ha dado
en este entretenimiento.

PRINCESA. ¡Hola! Dé a Sancha al momento
o muera luego estacado.

DUQUE. ¿Qué Sancha tengo de dar
si en mi poder no la tengo?

PRINCESA. ¿Qué aguardo? ¿En que me detengo
que no le hago matar?
Acabad, tirad con él.

DUQUE. Que soy el Rey.

PRINCESA. Vaya preso.

(Llevan al DUQUE *preso.)*

FABIO. Traición bien pensada es eso.
Mas no te valdrá, cruel.

(Vase.)

PRINCESA. Marqués, haced al momento
lo que propuesto tenemos,
y en breve, porque tendremos
muy presto aquí el regimiento.
Porque el traidor que se va
sin duda hará mover gente.

MARQUÉS. Harélo tan brevemente
como importa y se verá.

(Vase.)

CONS. 1.° Reina, mira lo que haces;
que pones fuego a tus tierras.

PRINCESA. Pues no es por encender guerras,
sino para asentar paces.

CONS. 1.° ¿Pues qué? ¿Darles paces es
quitarle al reino su (1) Rey?

PRINCESA. Eso que agora no es ley
veréis presto lo que es.

(Sale un CORREO.)

CORREO. Señora, en aqueste punto
se acaba de ver cubierto
de naos francesas el puerto,
puesto en orden y muy a punto.
Y llegando como espía
a saber la gente que es,
supe que es el Rey francés,
tu padre, y a ti me invía
a decirte que él salió
de Francia con esta Armada,
y que el fin de su jornada
de irte a buscar nació.
Pero llegando a saber
que estabas en libertad,
mudando su majestad
de intento, te viene a ver.
Y invió antes a avisarte
para que estés prevenida.

PRINCESA. Yo huelgo de su venida
en extremo, amigo; parte
y dile que yo le pido
de merced que se detenga
sólo cuanto se prevenga
el aplauso a Rey debido.

(Vase el CORREO, *y salen el* MARQUÉS *y* ROSARDA.)

MARQUÉS. Lo que mandaste está hecho.
Reina, todo se ha cumplido;
sólo a Rosarda te pido
en galardón de este hecho.

PRINCESA. Marqués, el tiempo ha llegado
en que se os hará justicia.

---

(1) En el texto "el".

(*Sale* FABIO *con gente armada.*)

FABIO. ¡Mueran los que de malicia
a su Rey han afrentado!
TODOS. ¡Nuestro Rey, Reina!
PRINCESA. No es ley
que una cosa tan debida
por mí os sea defendida.
¿Qué pedís?
TODOS. ¡A nuestro Rey!
PRINCESA. Y es cosa puesta en razón.
Corred luego ese dosel,
verán a su Rey tras dél.

(*Corren una cortina y descubren al* DUQUE *estacado.*)

FABIO. ¡Oh, sin justicia! ¡Oh, traición!
¿Cómo permites que viva
Reina que ha muerto a su Rey?
TODOS. ¡Muera la Reina sin ley
que de Rey al reino priva!
PRINCESA. Quedo, amigos, ¿dónde vais?;
suspended el golpe esquivo,
que yo os entregaré vivo
a ese Rey que apellidáis.
FABIO. ¿Cómo has de dar vivo al Rey
que vemos muerto a los ojos?
R. DE POR. Sólo con que abráis los ojos
de la razón, como es ley,
y veréis que este sayal
os le ha tenido encubierto.

(*Quítase el vestido que traía de villano.*)

El Rey verdadero y cierto,
legítimo y natural,
no [el] aleve ni el tirano
como el que veis muerto allí.
Veis a vuestro Rey aquí
piadoso, afable y humano,
no tosco Toribio ya,
en vida grosero y ancha,
ni acompañado con Sancha,
que lo fué la que está acá,
sino el Rey de Portugal
que solíades tener
marido de una mujer
tan prudente y tan cabal
que, hecha Sancha, ha sabido
restituírme a mi Estado.
CONSEJ. 1.º Seáis ¡oh, Rey deseado!
mil veces bien parecido.
Danos, señor, esas manos,
junto con las de tu esposa,
a tu gente venturosa.
R. DE POR. Alzaos, nobles cortesanos,
y pues el tiempo ha venido
de echarse cosas aparte,
yo gusto, Marqués, de darte
el galardón que has pedido.
Tuya es Rosarda desde hoy,
y, pues, con justicia puedo,
al tirano desheredo
de su Estado y te lo doy.
Y de todo el reino a Fabio
como a traidor, lo destierro.
FABIO. Según mi malicia y yerro,
no me haces mucho agravio.
MARQUÉS. Otro negocio hay sin esos
de más tomo, y es, Rey, mandes
que sueltes los cuatro Grandes
que el tirano tenía presos:
Condestable y Almirante,
el de la Roca y Castillo.
R. DE POR. Eso, Marqués, sin decillo,
se ha de hacer al instante.
A vos os doy ese cargo;
haceldos luego soltar.
PRINCESA. Mi padre espera en la mar,
ya que espera espacio largo,
y es bien que así como estamos
le vamos a recibir.
R. DE POR. ¿Qué? ¿Tú también quieres ir?
PRINCESA. Gustaré en extremo.
R. DE POR. Vamos,
que justo es que tanta gloria
no sea menos celebrada
que saliendo tú a su entrada.
Con que se acaba esta historia.

FINIS

Aquí da fin la comedia del REY FINGIDO Y LOS AMORES DE SANCHA.

COMEDIA

DE SANTO ANGELO

ENTRAN LAS PERSONAS SIGUIENTES

BERINGARIO, *y*
Su HERMANA, *y*
SAN ANGELO, *y*
Su AYO.
DOS FRAILES, *y*
EL PRIOR.
EL PADRE *de* SAN ANGELO.
DOS CABALLEROS.
DOS CRIADOS.
DOS PASTORES.
DOS JUDÍOS.
UN ROMANO (1).

JORNADA PRIMERA

(*Salen* BERINGARIO *y su* HERMANA.)

HERMANA. ¿Trataba, acaso, el librillo
de algún sujeto de amor?
¡Ah, caro hermano! ¡Ah, señor!
¿Qué?, ¿no os da gusto el decillo?
¿Qué es esto? ¿No respondéis?
¿De qué tan suspenso estáis?
Dadme de eso, si mandáis,
larga cuenta. ¿No queréis?
¡Bien lo hacéis, por vida mía,
en no querer responder!
¿Ha sido parte el leer
de alguna melancolía?
BERINGAR. ¡Ah, qué terrible dolor!
HERMANA. ¿Qué sentís, hermano amado?
BERINGAR. Siéntome en fuego abrasado,
y es de ello la causa amor.
HERMANA. Contadme eso, si os da gusto.
BERINGAR. Contallo me satisface.
Oídme, pues.
HERMANA. Que me place;
que vuestro gusto es mi gusto.
BERINGAR. Sabed que en este librito
está un sujeto galano
de una hermana y un hermano
que se amaron infinito.
Y que el querer era de ellos
tanto que, si acaso fuera
que el buen amar se perdiera,
se pudiera hallar entre ellos.
Sabido, pues, todo aquesto
por sus padres, los casaron,
con que de echar acabaron
al buen querer todo el resto.
Y que tan buenos casados
hicieron mientras vivieron,
que de cierta nación fueron
por sus dioses adorados.
HERMANA. ¡Dichosos fueron, señor,
en ese particular!
BERINGAR. No pudiera resultar
menor gloria de su amor.
HERMANA. Decís verdad en aqueso.
BERINGAR. Pues, por vida de quien soy,
os juro, hermana, que estoy
convencido de su seso,
y dichoso me llamara
en este momento yo
si lo que él de ella alcanzó
de vos, hermana, alcanzara.
HERMANA. ¿De mí?
BERINGAR. Y no quisiera más,
porque en estas ocasiones
se han de ligar corazones
que se conozcan de atrás.
Que más libres de pasión
podrán vivir estos tales.
.... (1)
que esotros que no lo son.
Y pues en sangre y querer
somos iguales, es justo
que gustéis de lo que gusto,
pues nada podéis perder.
Mirad que no hay hombre humano,
a lo que yo acá imagino,
que de gozaros sea dino,
sino aquel que es vuestro hermano.
Concededme, hermana amada,
lo que pido, y no dudéis,
porque de mí ser podéis
más que de otro regalada.
HERMANA. ¡Por mi fe, que estáis donoso!

(1) Intervienen además SANTO DOMINGO, SAN FRANCISCO, CRISTO, VIRGEN MARÍA y ANGELES.

(1) Este blanco y los que siguen responden en el original a versos desaparecidos en la encuadernación del tomo por excesivo recorte.

¿Y ha vuestro amor procedido
del librito?

BERINGAR. El causa ha sido
deste coloquio amoroso.

HERMANA. ¿Va de veras el negocio,
o de mí, acaso, os burláis?

BERINGAR. Muy mal en el blanco dais,
que yo no hablo de ocio.

HERMANA. Pues, por vida de los dos,
os juro que he deseado
de tratar lo ya tratado
ha muchos días con vos.
Empero no me atreví
por lo que hay entre nosotros.
Mas, pues se han casado otros,
como leístes ahí,
era también caso justo
que ambos a dos nos casemos
y de nuestro amor gocemos,
añadiendo gusto a gusto.

BERINGAR. ¡Oh, venturoso trofeo!
¡Oh, venturoso amador!
¡Hame venido el favor
....
Vamos, hermana, a Palacio,
y en mi aposento entraremos,
donde los dos trataremos
este negocio despacio.

(*Vanse, y sale* ANGELO *y su* CRIADO.)

CRIADO. ¿Qué dices?

ANGELO. Lo que has oído,
y el traerte a aquesta parte
ha sido por darte parte
de lo que te he referido.
Y sabrás que en su sagrado
Orden días ha que hubiera
entrado si no me fuera
por mis padres estorbado.
Mas agora que los veo
fuera de Jerusalén,
quiero, pues que me está bien,
dar remate a mi deseo.

CRIADO. De tan justo y santo intento
no es bien, señor, apartarte;
antes quiero acompañarte
hasta el sagrado convento,
si lo tuvieres por bien.

ANGELO. Antes quiero que te partas
con este pliego de cartas.

CRIADO. ¿Adónde?

ANGELO. A Jerusalén.
Porque hallo, caro amigo,
ser más sano para mí
ir al convento sin ti
que acompañado contigo.

CRIADO. Si el ir solo es tu contento,
bien puedes hacer tu gusto.

ANGELO. De ello, como digo, gusto;
porque me está más a cuento.

CRIADO. ¿A quién mandas que se den
estas cartas?

ANGELO. Escritos
....
....
para mis amigos son,
y de mi parte les di:
si en algo les ofendí,
que les demando perdón.
De palabra dirás esto,
aunque es lo propio que escribo,
y que si Dios quiere, y vivo,
que les prometo ver presto.
Y en preguntando por mí
mi madre y padre querido,
dirásles que soy partido
a Roma. ¿Entiéndesme?

CRIADO. Sí.
¿Y si preguntare a qué?

ANGELO. Que no lo sabes dirás.

CRIADO. ¿Mandas más, señor?

ANGELO. No más
que me abraces.

CRIADO. Pláceme, (1)
y plega al Sumo Hacedor
en cuyo ser se recrea
mi alma, que éste no sea
el último, mi señor.

ANGELO. En El, pues mi alma confía
que no lo ha de ser, amigo.

CRIADO. Quede, pues, mi Dios contigo.

ANGELO. Y El vaya en tu compañía.

(*Vase, y queda* ANGELO *solo mirando a la ciudad.*)

Mi Jerusalén, adiós,
adiós, que de vos me alejo,
y no imaginéis que os dejo
por los males que hay en vos.
Porque es cosa muy notoria
que el que tiene en él su asiento
goza de eterno contento
por ser en el siglo gloria.
La religión del Carmelo,
de vos me hace ausentar,
y ansí yo os pienso dejar

(1) En el texto "Que me place"; pero no rima.

por ella, porque es mi cielo.
Tú, mundo falso, enemigo,
con tus maldades te queda,
que el temor de Dios me veda
y priva el burlar contigo.
Ya Angelo te aborrece
y de tus males no cura,
que a Dios agradar procura,
que es lo que más apetece.
Alegre y regocijado,
Virgen de alta perfición,
voy a vuestra religión
por el hábito sagrado.
Mas aunque de él yo sea indino,
yo sé, pues no carecéis
de nada, que me haréis
que sea de indino dino.
Alma, recebí contento,
que este es el Monte dichoso.
Alegraos, tomá reposo,
pues yo en el cuerpo lo siento.
Divino y santo Carmelo,
subir quiero a vuestra altura,
pues que con ello segura
tendré la entrada en el cielo.
Vos, boca, es bien que beséis
su peñasco cristalino,
porque del valor divino
que encierra alguno toméis.
¡Oh, rara y celeste cosa!
Besalde, boca, otra vez,
cumplí el número tres
y seréis del todo hermosa.
Bien, por cierto, lo habéis hecho,
negarlo no es caso justo,
porque con tan santo gusto
está endiosado mi pecho.
Vos, pies, es bien que subáis
en un momento a la cumbre,
y no sintáis pesadumbre.
Mas ¿cómo calzados vais?
¿Subir calzados queréis
por peñascos tan divinos?
¿No veis que sois de ello indinos
y que erraréis si lo hacéis?
Descalzos podéis subir,
y no os dé pena el hacello,
porque de lo hecho, y de ello,
gran bien se os ha de seguir.
Buenos estáis de esta suerte,
subid ¡ay, tristes! ¿Qué habéis?
¿No pecastes? No os quejéis,
porque no es el mal de muerte.
Y no es bien que el tropezar
os cause tal desconsuelo,
que el que pisar piensa el cielo
mucho más ha de pasar.
Aguijad, subid, subid,
subid, no os mostréis escasos,
alargá un poco los pasos,
porque me conviene así.
Tené, que ya habéis llegado
adonde Angelo quería.
Este es el día, alma mía,
para mí más deseado.
¡Oh, monesterio glorioso!
¡Oh, divina religión!
Tomad placer, corazón,
estad alegre y gozoso,
que desde hoy, si es Dios servido,
y alcanzáis lo que queréis,
dar guerra al mundo podréis,
pues que tanto os ha seguido.
Mas, pues la distancia es corta,
dad hoy fin a vuestro intento,
y a la puerta del convento
es bien que llaméis, que importa.

(Llama a la puerta, salen dos FRAILES *y dice el uno:* "Deo gracias.")

ANGELO. Por siempre. Siervos de Dios,
socorred de presto a quien
no ha deseado otro bien
sino estar aquí con vos.
Huyendo del mundo insano
vengo de este arte que veis
a pediros que me deis
el hábito soberano.
No me neguéis lo que pido,
por el Dios a quien servís,
que si de no me decís
pensaré que soy perdido.

FRAILE. Levantaos, señor honrado,
y pido no os aflijáis,
que aqueso que demandáis
jamás aquí fué negado.
Vos, padre, llamad aquí
nuestro prior al momento,
y de aqueste santo intento
le dad razón.

ANGELO. Sea ansí.

(Vase.)

FRAILE. ¿Sois de aquí cerca?
ANGELO. [Sí, padre.] De aquí cerca natural.
FRAILE. Vuestra humildad da señal

de ello. ¿Tenéis padre y madre
vivos?

ANGELO. Vivos, padre, son.

(*Sale el* PRIOR.)

FRAILE. Oíd, que viene el Prior.

PRIOR. ¿Quién es, padre, ese señor
que entrar quiere en religión?

ANGELO. Yo soy, padre, el que desea
bien tan alto y soberano.

PRIOR. Yo os recibo por Hermano,
por la humildad que en vos veo.
Mas decí: ¿podéis llevar
la vida estrecha que hacemos?

ANGELO. Sí, padre.

PRIOR. Pues dentro entremos,
que el hábito os quiero dar.

ANGELO. Inmensas gracias te den,
Señor del impirio cielo,
todas las gentes del suelo
por siempre jamás. Amén.
Tú, mundo, que con maldad
llevas los hombres tras ti,
quita los ojos de mí,
que no quiero tu amistad.
Que con el sagrado peto
de que agora armarme voy,
aunque de él indino soy,
te haré que estés sujeto.

(*Vase, y salen* BERINGARIO *y dos* CABALLEROS.)

BERINGARIO.

A estar de noche en casa no me hallo.
¿Dónde un poco de tiempo gastaremos?

CABALLERO 1.°

¿Faltará donde vamos a gastallo?
Al barrio de las damas ir podemos,
y, si alguno pasare, a mantealle
desnudos en la calle los pornemos.

CABALLERO 2.°

Es dalles mala noche a los cuitados.
Mejor será, en el cabo de esta calle,
ponernos todos tres arrebozados
y, si alguno pasare, a mantealle
o hacerle otra burla semejante.

BERINGARIO.

Bien habéis dicho. Todo el mundo calle. (1)
Los dos aquí y vosotros allí frente
se pongan, y sea presto, que ya viene
uno que de este caso está inocente.

(1) Falta un terceto entero después de éste.

(*Sale un* MUCHACHO *cantando.*)

MUCH. ¡Viva la fe de Cristo (1)
entre todos los cristianos,
y mueran los maniqueos
que viven como tiranos!

BERINGAR. ¡Oh, hideputa, ladrón!
¿Tal canción osáis cantar?

MUCH. Pues ¿cómo? ¿Es malo el cantar?

BERINGAR. Malo es.

MUCH. ¿Por qué razón?

BERINGAR. Porque es más a mí mejor
la maniquea.

MUCH. ¡Callad,
que es mentira y falsedad!

BERINGAR. ¿Cómo falsedad, traidor?
Mas ¿quién mi furia refrena?
Sacalde luego la lengua,
pues se atreve a poner mengua
en ley que es tan santa y buena.

CABALL. ¿Pensáis volveros atrás?

MUCH. Señor, ¡por amor de Dios!

CABALL. Los bellacos como vos
merecen esto y aun más.

MUCH. ¡Que me matan, madre mía,
que me matan!

CABALL. ¡Cállate!

MUCH. Déjenme, yo callaré.
¡Santo Dios! ¡Virgen María!

BERINGAR. Dalde dos pares de coces
y echalde de aquí, acabá,
que imagino que nos ha
de hundir con tantas voces.
Y de mí aqueste reciba.

MUCH. ¡Ay, no más, no más, señores!

(*Huye y dice:*)

¡Ah, maniqueos traidores!
¡Viva Cristo, y su ley viva!

BERINGAR. ¡Oh, reniego de mis manos,
pues que tal oigo decir!
Vamos tras de él, que morir
tienen los demás cristianos.

CABALL. Ten, señor; no hagas aqueso.

BERINGAR. ¿Qué? ¿Me estorbáis, pesie a mí?
¿Gustáis de que pierda aquí,
en tal ocasión, el seso?

CABALL. No más. No es bien que dejemos
por un rapaz de holgarnos.

BERINGAR. Volvamos, pues, a sentarnos.

(1) Falta una sílaba.

CABALL. Eso sí, y es bien. Sentemos.
Tu Ayo viene, señor.

(*Salen el* AYO *y dos* PAJES *con hachas.*)

BERINGAR. ¡Qué es de la terrible caso! (1)
Cogido nos tiene el paso.
AYO. ¿Qué es esto, infame, traidor?
¿Parécete bien aquesto?
¿Es bien que te ha de buscar
tu Ayo y te venga a hallar
siempre en este mesmo puesto?
Mas no es bien ponerme aquí,
traidor, contigo a razones,
porque mis reprehensiones
no hacen efeto en ti.
Anda a palacio al momento;
mira las que hecho has,
que juntas las pagarás,
porque te sea escarmiento.

(*Vanse, y salen dos* CAZADORES.)

CAZAD. 1.° ¡Oh, hideputa! El jabalí
qué soberbio se ha mostrado.
El mejor es que he cazado,
ni en toda mi vida vi.
CAZAD. 2.° Dichoso os podéis llamar,
pues hallastes tan buen lance.
CAZAD. 1.° Dile el más galano alcance
que se pudo desear.
Levanté un corzo gallardo
que entre unos cedros estaba,
y un pecho blanco mostraba
y el lomo entre negro y pardo.
Y ¡por Dios! que me alegró
tanto el hermoso corcillo,
que al momento di en seguillo,
aunque al revés me salió.
Que yendo tras de él, en suma,
este jabalí, rumiando,
contra mí se vino echando
espadañadas de espuma.
Viendo el bravo corazón
del bruto y su furia brava,
no quise que se escapara
sin gozar de la ocasión.
Al cuello el venablo agudo
cuatro veces le tiré,
y cuatro le levanté,
que hacello Marte no pudo.
A la quinta fuí enojado
y, tomando el brazo vuelo,
dejé el jabalí en el suelo
con cuello y pecho pasado.
La presa ha sido mejor
que cazador ha tenido.
CAZAD. 2.° Mala caza me ha salido
por aqueste alderredor.

(*Sale el* PADRE *de* SAN ANGELO *con un* CRIADO.)

PADRE. Bravamente arremetía
el oso a toda la gente.
CRIADO. Vióse, señor, claramente,
que dalle jamás quería.
PADRE. ¿Qué hay, amigos, por acá?
CAZAD. 2.° Yo de caza estoy ajeno,
Marceliano, andando bueno
de montes.
PADRE. Gusto me da.
Y ¿qué es?
CAZAD. L. Poco. Un jabalí
es.
PADRE. ¡Oh, pese al mundo [malo]! (1)
¿Pensáis que es poco regalo
ése, amigos, para mí?
CAZAD. 2.° Tocá ese cuerno, señor,
porque aunque más caza tenga
tu gente, la deje y venga.
PADRE. No decís mal, por mi amor.

(*Salen dos* CRIADOS.)

MOZO. Ya la caza se ha dejado.
Lo que en la alforja traés (2)
comeremos un bocado.

(*Comen, y salen* ANGELO *y el* PRIOR.)

ANGELO. Con gozo queda infinito
nuestro Hermano, padre amado.
PRIOR. Por haberle visitado
se alivió aquello poquito,
y huélgome de verdad
que haya en esta religión
en tiempo tal un varón
de tan grande santidad.
Mas ¿de qué estás admirado?
ANGELO. Estoilo, padre y Prior,
porque a mi padre y señor
veo estar allí asentado.
PADRE. ¡Válame Dios!

---

(1) Así en el original.

(1) En el texto dice "bolracio", en lugar de "malo".
(2) Antes o después de éste falta un verso, que diría, poco más o menos: "bueno será que saquéis".

CAZAD. 2.° ¿Qué tenéis?
PADRE. ¿No es mi hijo el que allí viene?
CAZAD. 2.° Señor, sí.
PRIOR. Antes conviene
que al punto os arrodilléis.
PADRE. ¿Angelo?
ANGELO. Padre y señor.
PADRE. ¡Oh, qué extraño regocijo!
Abrázame, caro hijo,
mi bien y mi dulce amor.
ANGELO. De muy buena voluntad.
PADRE. ¡Oh, qué abrazos soberanos!
ANGELO. Dadme, señor, vuestras manos,
y la bendición me echad.
PADRE. ¡Hijo mío y mi contento!
¡Ay, prendas de las más caras!
¿No fuera bien me avisaras
de aquese tan santo intento?
¿Habíate de estorbar
yo ni tu madre afligida?
Di, hijo, bien de mi vida.
Vuelve, vuélveme abrazar.
Cazador dichoso he sido;
dichosa ha sido mi caza,
pues hallé, en lugar de caza,
un hijo que había perdido.
Ocho años hace y más
que no os vi sino este día,
y la esperanza perdía
de nunca verte jamás.
A Roma fuí a buscarte,
porque me dijo tu paje
que hacia allá era tu viaje;
pero nunca pude hallarte.
Pues tu tan querida madre
llena está de lloro y luto;
lágrimas da por tributo,
porque no hay bien que le cuadre.
ANGELO. Pensando ser estorbado,
padre y señor, de los dos,
lo hice; mas sabe Dios
cuántas veces me ha pesado.
Y pues tan mal lo he hecho,
junto con la bendición
pido me otorguéis perdón.
PADRE. Aqueso me ha satisfecho.
¿Daráte licencia el Prior?
ANGELO. ¿Para qué es, [caro] padre?
PADRE. Para ir a ver a tu madre
y con ella holgarte, amor.
ANGELO. Aquí está su reverencia.
A él se le puede pedir,
que yo gustaré de ir.
PRIOR. Yo os otorgo esa licencia;
empero hasta mañana
no puede ser.
PADRE. Bien está,
que yo me quedaré acá
para tomarla mañana.
PRIOR. Vámonos, pues, al convento.
PADRE. Vamos.

(*Entra el* ROMANO.)

ROMANO. ¡Dios sea loado,
pues al Carmelo he llegado!
....
PRIOR. ¿No es aquel hombre romano?
PADRE. ¿Cuál?
PRIOR. Aquéste que aquí viene.
PADRE. De ello el traje y traza tiene.
ROMANO. ¿Padres?
PRIOR. ¿Qué queréis, hermano?
ROMANO. Al Prior quería hablar.
PRIOR. Delante vos le tenéis.
Decid qué es lo que queréis.
ROMANO. Aquésta le vengo a dar.
PRIOR. ¿De quién es?
ROMANO. De aquel que está
en Roma en lugar de Dios.
PRIOR. ¿De él es?
ROMANO. Sí.
PRIOR. Pues leelda vos,
fray Angelo.
ANGELO. Así será.

(Carta del Santo Padre.)

"Yo, Inocencio, tercio deste nombre, eleto por mandado de Dios en la silla apostólica de San Pedro: Hago saber a vos, el Prior de la Hermandad de Nuestra Señora del Monte Carmelo como cierto religioso de esa mesma Orden me dió relación como en él había al presente un hermano llamado Angelo, del cual me contó sus virtudes y proezas y celo de servir a Dios. De lo cual yo, satisfecho y deseoso de verle, vos mando, en virtud de santa obediencia, que, vista la presente, nos le enviéis para que, examinada su elocuencia, hallándole doto en la dotrina de nuestra santa fe católica, vaya con nuestra licencia por las partes del mundo a predicar a los enemigos, como lo han hecho y hacen aquellos que esa religión profesan desde el primer fundador Elías. Dios os guarde.—*Inocentius Tertius.*"

PRIOR. Otorgar me satisface
cuanto por aquésta pide.

ROMANO. Quien su gusto al suyo mide
la voluntad de Dios hace.

ANGELO. Pues ¿a mi querida madre
no la tengo de ir a ver?

PRIOR. No; porque se ha de hacer
lo que manda el Santo Padre.
Y cuando de allá volváis
a visitarla ir podéis
y con ella os holgaréis
todo el tiempo que queráis.

PADRE. Pues ¿de camino una hora
no la podrá, padre, hablar?

PRIOR. Esa le quiero yo dar,
y no más.

PADRE. Sea en buen hora.

PRIOR. En la mañana os podréis
ir todos juntos.

ROMANO. Sea ansí.

PRIOR. Pues al convento vení,
amigo, y descansaréis.

ANGELO. Aquí gusto yo quedar.
Deme vuestra reverencia
para orar a Dios licencia.

PRIOR. Sin ella podéis orar.

(Vanse, y queda SAN ANGELO *de rodillas.)*

ANGELO.

Después que supe, Virgen consagrada,
el premio que ganaba el que os servía,
ardiendo en el deseo de serviros
en esta religión que dedicada
a Vos está, mientras que la noche y día
en alabaros gasto y en pediros
que deis a mis sospiros
algún pequeño vado con que yo sea cierto
si en este monte y yerto (1)
adonde el Orden vuestro sea fundado.
Os sirvo como debo,
que a mi vida daréis un vivir nuevo,
y si estáis satisfecha de mi intento,
permitid, Virgen, pues fundado ha sido
este Orden santo por el santo Elías,
que vaya de contino en grande aumento,
porque el santo ínclito apellido
que uno [al vuestro] dure eternos días.
Y ansí [a] las penas mías
les daréis sepultura
cuando lo comenzado
veáis acabado,
que es ver en la suprema y sacra altura
aquese rostro bello,
aunque es indino Angelo de vello.

(Abaja NUESTRA SEÑORA *con dos* ANGELES, *y una capilla y un escapulario.)*

MARÍA. De ti estoy muy agradada,
Angelo, y te hago saber
que has un dechado de ser
de mi religión sagrada.
Goza, pues me eres fiel,
de estas dos joyas bellas,
porque yo adorne con ellas
el hábito de buriel.

(Pónenle los dos ANGELES *la capilla y el escapulario.)*

ANGELO. Más que nadie venturoso,
Virgen, puedo de hoy llamarme,
pues habéis bajado a darme
dón tan alto y tan precioso.
Rico estoy con ropa tal,
mas que bien que me parece
de ello el alma se enriquece
por [vuestro don] celestial.

MARÍA. Mientras que la mar furiosa
sus recias ondas echare
y al ancho mundo alumbrare
el sol con su luz hermosa,
mi religión del Carmelo
sé cierto que durará
y della un olor saldrá
que dará consuelo al cielo.

(Tocan la música y súbese NUESTRA SEÑORA.)

ANGELO. No podré, Virgen María,
aunque de todo alabaros
me deshaga, gracias daros
por el bien de aqueste día.
Que el bajar a regalarme
con aquestas joyas dos,
entiendo, Madre de Dios,
que es para más obligarme.
Serviros he profesado,
y no me volveré atrás,
pero no me obliguéis más,
que harto me habéis obligado.
Por lo cual, Virgen sagrada,
no os podrá mi alma pagar
un favor tan singular,
eternamente adeudada.

(1) Como se ve, está completamente estragado este texto.

Angelo, dichoso has sido,
pues, nacido en este suelo,
con vestiduras del cielo
merecido has ser vestido.
Cuando por aquí abajé,
celestial Emperadora,
bajé pobre y subo agora
rico, lo que no pensé.
Pero está clara la prueba
de[ste] mi gozo interior... (1)

JORNADA SEGUNDA

(Salen Santo Domingo *y* San Francisco.)

Santo Domingo.

¡Con justa causa ¡oh, padre! vuestro pecho
está admirado del sermón sagrado
que fray Angelo hoy en Roma ha hecho.
Porque las cosas que en él ha hablado
no las ha deprendido acá en la tierra,
que en el cielo debió ser enseñado.

San Francisco.

Bien puede, fray Domingo, cruda guerra
hacer al mundo [y] con sermones tales,
destruír las maldades que se encierra.
¡Dichoso, padre mío, entre mortales
llamarte puedes, pues que fruto tanto
han hecho tus sermones celestiales!
Ya veo a Roma, que en eterno llanto
con sus maldades sepultada estaba,
cantar himnos a Dios con dulce canto.

Santo Domingo.

Lo que a mí más me admira y admiraba
era ver que, entre otras cosas milagrosas,
dijo que el fin del mundo se acababa. (2)
Y según son las gentes de viciosas,
y yo soy incapaz, malo y perverso,
no dudo que acabadas sean sus cosas.
Pero no quiera Dios del universo,
estando de maldad y vicios lleno,
se acabe en tiempo al hombre tan adverso.

San Francisco.

El, pues, en redimirnos fué tan bueno,
agora, en tiempo tan adverso y duro,
no será de piedad con él ajeno.
Que por eso Inocencio, fuerza y muro
de su Iglesia sagrada, trujo a Roma
[a] Angelo, a quien ya gloria aseguro.
El cual tanto a su cargo y pecho toma
el traer a la gente a buen gobierno,
que sus torpezas reprehende y doma.

Santo Domingo.

Si aquel que está en lugar del Padre Eterno,
....
cual le pedimos ya con pecho tierno,
cada cual de nosotros le ayudara
a incitar al mundo a penitencia
y que de sus torpezas se dejara.

San Francisco.

Si Dios, padre, que es suma providencia,
no le revela e inspira que le apruebe,
por imposible tengo la licencia.

Santo Domingo.

El, pues, misericordia siempre llueve,
y sabe el celo con que aquesto hacemos,
no permitirá, padre, la repruebe.
Pero lo que en esto hacer podemos
es, las rodillas en tierra hincadas,
con lágrimas los dos le supliquemos
nos sean nuestras vidas aprobadas.

S. Franc. Pláceme; comenzá vos.
S. Domin. Vos es justo comencéis.
S. Franc. Vos, Domingo, alcanzaréis
mucho más que esto con Dios.
S. Domin. El postrero he yo de ser.
S. Franc. Aqueso no, por mi amor.
S. Domin. Sí, que en todo sois mayor.
S. Franc. Mayor en obedecer.
Si en tu defensa sagrada
tu bondad vernos desea,
permite, Señor, que sea
la vida nuestra aprobada.
No nos sea el Papa avaro
en lo que le demandamos,
pues que tu fe profesamos
ser ambos a dos amparo.
S. Domin. Pues conocéis nuestro celo,
no nos neguéis bien tan alto
en tiempo que está tan falto
de fe el miserable suelo.
No nos sea, ¡oh, gran Señor!,
aquesto de Ti negado,
que es bien que vuelva el ganado
a Ti, su antiguo Pastor.

(1) Faltan dos versos para acabar la redondilla. Sólo se leen las palabras "buen Señor" en el que debe ser tercero.
(2) Acaso deberá leerse "acercaba".

(*Aquí se aparece* CRISTO *con rayos de fuego, y* NUESTRA SEÑORA *de rodillas.*)

MARÍA. ¿Contra quién, oh hijo amado

....

¿De quién, acaso, os sentís
allá en el suelo agraviado,
que, según el rostro os veo,
bravo, fiero y furibundo,
temo que queréis al mundo
dar ya cabo, a lo que creo.

CRISTO. No quiero, querida Madre,
que de hoy más los hombres vivan,
ni que más bienes reciban
de Mí y de mi Eterno Padre.
Acábense los errores
de gentes tan incapaces,
que no es justo tener paces
con hombres tan pecadores.

MARÍA. Que me concedáis un don
por quien sois os pido, y es,
Hijo, que por esta vez
alcancen de vos perdón.
No miréis su inobediencia,
sino mirá que sois Dios,
y que es justo que haya en vos
para con ellos clemencia.

CRISTO. No puedo, Madre y señora,
lo que pedís otorgar,
sin dejar de castigar
a gente tan pecadora.

MARÍA. Pues no es justo, Hijo eterno,
que tantos millares de almas
vayan a poblar las calmas
del duro y terrible infierno,
enviad del alto asiento
ángeles que les prediquen
y en voces altas publiquen
vuestro sanguinoso intento.
Y si haciendo aquesto en ellos
no hubiere ninguna enmienda,
soy contenta que descienda
el rigor vuestro sobre ellos.

CRISTO. Muy muchos predicadores,
Madre, les habéis enviado;
pero nada ha aprovechado,
antes son más pecadores.
¿Quienes hoy les predicaron?
Andrés y Bartolomé;
pero al uno aspáronle
y al otro le desollaron.
A Juan, mi primo amado,
siendo la causa Herodías,
degollaron, y a Matías
con una sierra aserraron.
Y a Pedro, coluna fuerte
de mi Iglesia, como yo
en una cruz padeció
también afrentosamente.
Estos y otros muchos fueron,
[los] que envié para enseñallos,
mas no gustando escuchallos,
crudas muertes me les dieron.
Pues no hay enmienda en ellos,
os pido no me roguéis,
antes pido me dejéis
hacer yo justicia de ellos.

MARÍA. Que detengáis, Hijo, os ruego
el brazo y no sea más,
y acordaos que jamás
dijistes de no a mi ruego.
Mirad que estos dos varones
que aquí presentes tenéis
desean licencia les deis
para hacer sus religiones.
Yo os los presento, mi Dios,
que ellos por el mundo irán
y muchas almas traerán
al reino do moráis Vos.
Mirad que son, Hijo amado,
Domingo y Francisco, quien
[sólo procuran] el bien
del pecador obstinado.
Deles vuestra onipotencia
tal cargo a tales varones,
porque con santos sermones
vendrá el hombre a penitencia.
Esta merced solamente
pido, Hijo, me otorguéis,
para que al mundo mostréis
que sois Dios onipotente.
Esto a vuestra Madre amada
no le neguéis, Hijo, os pido,
pues que me habéis elegido
por su madre y abogada.

CRISTO. Por Vos quiero perdonar[los],
con tal que si me ofendieren
y contra mis leyes fueren
al doble he de castigarlos.
Y agrádame que en mi aprisco,
para bien de los mortales
haya dos colunas tales
como Domingo y Francisco.

(*Vanse* CRISTO *y su* MADRE.)

S. DOMIN. ¡Ah, Francisco! ¿Qué decís
de esta divina visión?
S. FRANC. Que siento en mi corazón
lo que vos, padre, sentís.
S. DOMIN. Inmensas gracias contino
cielo y tierra y mar os den
Señor, pues de tanto bien
a cada cual haces dino.
Al Papa, si gustas dello,
vamos, que si esto ha sabido,
lo que le habemos pedido
no rehusará de hacello.

(*Sale* SAN ANGELO.)

ANGELO. Tiéneme tan satisfecho,
....
que quiero en vuestros [altares] (1)
sacrificaros mi pecho,
porque es evidente y claro
que es sumo bien el que tiene
aquel alma que a estar viene
debajo de vuestro amparo.
Y por que la mía sea
una de las escogidas,
daré esta vida y mil vidas
por Vos en dura pelea.
S. DOMIN. ¡Oh, gloria a mi gusto extraña!
Abrazános, padre nuestro.
ANGELO. Obediente hijo vuestro,
lucero de nuestra España.
Padres, ¿en qué se entendía?
¿Qué era la conversación?
S. FRANC. Tratar, padre, del sermón
que os oímos este día;
porque tan divino ha estado
vuestra plática y tan alta,
que el que le pusiere falta
incurriría en gran pecado.
¡Qué purísimas verdades!
¡Qué voz tan rara y tan buena!
¡Qué rica lengua y qué llena
de santas divinidades!
¡Qué raras comparaciones!
¡Qué estilo de comenzar!
Bien pueden desde hoy callar
todos con vuestros sermones.
Y es de ver [en] esto tanto
que en él claro se mostraba,
que por vuestra boca hablaba
el propio Espíritu Santo.

(1) En el texto dice "vuestro samalt".

Y aquesto es bien se atribuya
por el gran fruto que hicistes,
y ansí cuanto en él dijistes
....
CRIADO. (1) Yo saco por inspirencia,
viendo vuestro santo celo,
que en las escuelas del cielo
deprendistes esta ciencia.
Que haber salido tan diestro
en ciencia como salistes,
ha sido porque tuvistes
la Trinidad por maestro.
Y es bien que los que aquí estamos
y estas reglas deprendimos,
pues dinos de veros fuimos
que por maestro os tengamos.
Porque quien ha deprendido
en tan divino lugar,
nos podrá maestros sacar,
pues tal maestro ha salido.
ANGELO. En haber a los oyentes,
padres, con mi sermón dado
tanto gusto, hálo causado
el estar los dos presentes.
Y al Padre Eterno y a vos
se deben las gracias dar,
porque El me enseñaba a hablar
por la boca de los dos.
S. FRANC. Más adelante no vais
que bien se ve, por lo visto,
que en los amores de Cristo,
fray Angelo, os abrasáis.
Y por su amor soberano
digo que vuestra persona
habrá de mártir corona
en el reino siciliano.
Y después que en este suelo
padezcáis martirio tal,
os dará la celestial,
que es la Gloria allá en el cielo.
ANGELO. Y vos, por el grande amor
que al mismo Dios le tenéis,
en cielo y suelo seréis
tenido en grado mayor.
Las llagas con que mi Dios
satisfizo a los humanos,
por misterios soberanos
serán fijadas en vos.
Será un misterio no visto,
que bajará a tan buen fin,

(1) Así en el texto; pero, como se comprende, es SAN FRANCISCO quien continúa hablando.

en forma de Serafín,
a dároslas Jesucristo.

S. DOMIN. Una y otra profecía
no hay más bien que desear;
muy bien será celebrar,
padres, tan dichoso día.
Mas yo claramente veo,
por estas dos profecías,
ser el uno más que Elías
y el otro más que Eliseo.
Elías muertes y daños
nos profetizó en el suelo,
de que el rocío del cielo
faltaría en tantos años.
Eliseo publicó
otras semejantes cosas;
pero fueron milagrosas
que Dios se lo concedió.
Mas aunque tanto alcanzaron,
vosotros le aventajáis,
pues que a nos profetizáis
lo que no profetizaron.
Llanamente está claro
que, aunque saber hubo en ellos,
no fué comprendido dellos

....

S. FRANC. Baste, padre, por mi amor,
que esto permítelo Dios;
pero no somos los dos
dignos de tanto loor.
Basta un modo de alabar
por bajo estilo es pecado,
que del misterio alabado
no hay causa de mormurar.

S. DOMIN. Es verdad; mas digo aquesto
porque os contemplo ya a vos
en el templo de mi Dios
estar por coluna puesto.
Y sus llagas tan sagradas,
por más divino trofeo,
me parece que las veo
en pies y manos fijadas.
Pero ¿qué diré también,
padre, de vuestro valor,
por ser el fruto mejor
que ha dado Jerusalén?
Ya vuestra sangre vertida
contemplo en la dura tierra,
y a vos gozoso en tal guerra
porque dais por Dios la vida.

(*Sale un* ROMANO *a llamallos.*)

ROMANO. Guarde Dios la compañía.

S. FRANC. El venga, señor, con vos.

ROMANO. El Padre Santo a los dos,
Padres, a llamar me invía.

S. FRANC. Su santo mandato haremos.

ROMANO. Caso justo es que lo hagáis,
y que conmigo vengáis.

S. FRANC. Todos tres, padre, ir podemos,
que, a lo que tengo entendido,
él nos envía a llamar
para esta vida aprobar.

....

ANGELO. Iré de muy buena gana.
Huélgome de la ocasión
para que la bendición
le pida a Su Santidad,
que, en recibiéndola, intento
ir a Secilia a buscar
el que a la tierra ha de dar
de aqueste cuerpo aposento.

S. DOMIN. De ese amor que a Dios tenéis
grande invidia os tengo yo,
pues una vida que os dió
por su amor darla queréis.

(*Vanse, y salen* BERINGARIO *y su* HERMANA.)

BERINGAR. Esto tené por muy cierto.

HERMANA. Sin que lo juréis lo creo.

BERINGAR. Pues aunque me veis y os veo,
lo tengo por caso incierto.

HERMANA. Eso pido me aclaréis,
si sois servido.

BERINGAR. Es verdad, (1)
porque, aunque de esa beldad
gozar, señora, me veis,
tengo por cosa imposible,
como me extremo en quereros,
cada momento teneros
delante de mí visible.
Y por el Onipotente
os juro ¡por vida mía!
que jamás tuve alegría
estando de vos ausente.
Y ansí, cuando esta hermosura
a mi rostro se escurece,
el claro día parece
volvérseme en noche escura.

HERMANA. Y ¿qué es la causa, señor,
de que alabes mi belleza?

BERINGAR. Es la causa el estar presa
mi alma de vuestro amor.
Y ansí me puedo llamar
más que otro alguno dichoso,

(1) En el texto "Es ancha".

pues de ese rostro hermoso
he merecido gozar.

HERMANA. ¡Qué bien lo habéis relatado!
¿Dónde habéis eso aprendido?

BERINGAR. El amor, que me ha herido,
también a hablar me ha enseñadc
Aún antes de conoceros
en sus escuelas anduve,
donde algún tiempo entretuve
aprendiendo a bien quereros.

HERMANA. Bueno va aquesto, si dura.

BERINGAR. Y durará, yo lo fío,
si no es que en daño mío
se conjure la ventura.

HERMANA. Yo sé que el ayo, señor,
fin [a] aquesto y más pusiera.

BERINGAR. El sólo estorbar pudiera
este coloquio de amor.

(Sale el AYO *y ve a la* HERMANA.)

HERMANA. ¡Triste, vesle, sale y viene!

BERINGAR. ¿Es posible?

HERMANA. Vesle allí.

BERINGAR. Escondeos, ¡pesie a mí!

HERMANA. Harélo, porque conviene.
Empero al jardín me voy,
y allá en la fuente os espero.

BERINGAR. Presto, que si no me muero.
Con vos al momento estoy.

(Vase, y quedan BERINGARIO *y el* AYO.)

AYO.

¿Todavía vas fijo en tu pecado
sin temer, Beringario, el duro infierno?
¿No ves que siendo hereje, condenado
estás por Dios al llanto sempiterno?
....
añadiendo un mal a otro infierno,
el que puede te dé castigo de ello
pues que temor no tienes de ofendello.

Si tu mano o tu pie te escandaliza,
dice el Señor que nos importa,
y en mi defensa te oprime
el brazo o pierna sin temor la corta,
que más vale ir sin brazo al gozo eterno
que estar con él ardiendo en el infierno. (1)

Ten, pues, cuitado, duelo de ti mismo.
Aparta ese error que al alma daña,
y reconoce, mísero, el bautismo,
y que es Satán aquese que te engaña.
Huye de los tormentos del abismo,
muda la condición que es tan extraña,
y mira que haber dado en lo que has dado
es por no conocer a quien te ha criado.

Pésame de una cosa solamente,
y es que maestro y ayo tuyo he sido,
y que parecer no oso entre la gente,
de tu maldad y perdición corrido.

BERINGARIO.

Refrena aquese enojo y acidente.
Basta lo que hasta aquí has reprehendido.
Déjame con mi hermana, no me ofendas,
ni de ello desde hoy más reprehendas.

AYO.

Por las llagas de Dios te pido y ruego
una y dos veces, hijo de mi alma,
que dejes tu pecado y error ciego,
porque alcances de Dios la eterna palma.
No seas causa de que arda en vivo fuego
tu mísera alma [y] sufra eterna calma,
mientras Dios fuere Dios, con los malditos
que a Dios blasfeman con eternos gritos.

¡Quién en la ley de Dios firme te viera
y libre de un pecado tan astroso!
¡Quién tan dichoso como aquesto fuera
por no vivir, cual vivo, sin reposo!
Sigue la senda y vida verdadera.
.... (1)
y abre tus ojos, mira tu caída,
que pierdes, si a Dios pierdes, alma y vida.

BERINGARIO.

Olvidar a mi hermana es imposible.
Seguir la ley de Cristo es excusado,
porque el Criador de todo lo visible
es el demonio, y vives engañado.
Ten esto que te digo por posible,
porque aquel que a mí me lo ha enseñado,
más letras que los dos juntos tenía.

AYO.

Error ciego de pérfida herejía.

¿Quieres ver el error que está en tu pecho?
Las Sacras Letras, de verdades llenas,
dicen: "Mirad las cosas que habéis hecho,
Dios", y hallólas que estaban todas buenas.
Luego si a Dios le dejan satisfecho
estas cosas frutíferas y amenas,
no es principio el dimonio de ninguna,
pues no hay entre ellas malas sola una.

Dios es principio, fin y paradero

(1) Faltan dos versos a esta octava. Además, el primero no rima y el segundo y tercero son incompletos.

(1) De este verso pueden leerse en el original las últimas palabras, que dicen "no seas tan odioso".

de lo que está criado en cielo y tierra,
y admiro el dios su autor primero
en quien su ser y virtudes encierra.
Sólo el demonio es lobo carnicero
que aquesa tu alma mísera destierra
de la gloria que Dios la había guardado,
la cual quieres perder por tu pecado.

BERINGARIO.

La opinión que sigues y defiendes
ser vana y loca claramente veo,
y ansí, a seguilla yo, como pretendes,
fuera dino de infierno, bien lo creo.
No me ofendas de hoy más, porque me ofen-
que la ley que compuso Maniqueo [des,
quiero seguir, que aquésta más me agrada;
tengan otros tu ley por aprobada.

(*Vase, y queda el* AYO *solo.*)

¡Pobre mozo! ¡Cómo estás dañado!
Alúmbrete mi Dios, pues puede hacello.
Muy bien sabéis vos, Rey de lo criado,
que no es culpado este viejo en ello,
las compañías malas en que ha andado.

....

Y ponerlo en aquel cuyo gusto
le aparta del camino santo y justo.
Pero vos, como Dios onipotente,
le miraréis con ojos de clemencia,
por que tan gran error de él se ahuyente
y haga de sus yerros penitencia.
No permitáis que os sea inobediente,
tenga ya fin su mísera dolencia,
por que no pierda un alma que hicistes (1)
pues que por ella en cruz vos puesto fuistes.

(*Sale* ANGELO.)

ANGELO. Bien es que las gracias deis,
Angelo, al Sumo Señor;
pues por su divino amor
martirio aquí sufriréis.
Y desto sé yo si en vos,
Secilia, padezco muerte,
cuán buena será mi suerte
si dejo al mundo por Vos.
Mi buen Jesús, aquí estoy:
haz el gusto tuyo en mí, (2)
pues que siervo tuyo soy.
Aquí he venido a morir
por tu soberana fe,
mas muriendo viviré,
que morir por Ti es vivir.

AYO. (Este padre debe ser,
sin duda, siervo de Cristo.
Pero este traje no he visto.)

ANGELO. (¡Grande es, Señor, tu poder!)

AYO. (Hablarle quiero.) ¡Deo gracias!

ANGELO. Por siempre, buen viejo honrado.

AYO. Sólo en veros se han tornado
en contentos mis desgracias.
Concedéme, si os da gusto,
que os bese esos santos pies.

ANGELO. Aqueso, amigo, no es
caso lícito ni justo.

AYO. La mano os he de besar,
pues que los pies no queréis.

ANGELO. La mano besar podréis,
aunque no la suelo dar.

AYO. Debo yo ser dello indino.
¡Mano tan santa y tan bella!
¡Qué suave olor sale de ella!
Es, al fin, olor divino.
Mas si sois, padre, servido,
respondéme a una razón.
¿Qué nombre ha la religión
que viste aquese vestido?;
que ha largo tiempo que asisto
adonde al presente estoy,
empero nunca, hasta hoy,
tal traje como éste he visto.

ANGELO. Daros quiero este contento,
y atento es razón que estéis,
y de mi Orden sabréis
la origen y fundamento.
Hay un monte levantado
en la provincia famosa
de Siria, tierra abundosa,
Monte Carmelo llamado.
Aquí de profetas santos
fué ésta su estancia y morada,
de quien la historia sagrada
canta milagrosos cantos.
Entre ellos aquellos dos
divinos más asistieron
cuyas lenguas fuego fueron
de la palabra de Dios.
Digo el celador Elías,
y el milagroso Eliseo
que ya de inmortal trofeo
gozan por eternos días.
Después de aquéstos ha habido
otros muchos religiosos
de hechos tan milagrosos,
que no merecen olvido.

(1) En el texto, "criastes", que no rima.
(2) Falta un verso antes o después de éste.

Y después que al mundo vino
Cristo, nuestro Salvador,
dando el santo precursor
del testimonio divino,
aquéstos que aquí asistían,
oyéndole le creyeron,
y aquella ley recibieron
que predicar le oían.
Después de aquéstos que he hablado,
de vellos muy deseoso
un patriarca famoso,
que Almérigo era llamado,
los visitó y juntó,
porque apartados estaban,
y en la parte do habitaban
un monesterio fundó.
De la Virgen gloriosa
le puso su advocación,
y ellos el propio blasón
tomaron.

AYO. ¡Divina cosa!

ANGELO. Resplandecieron, pues, tanto
de aquestos santos las vidas,
que vino el caso de oídas
a Inocencio, Padre Santo.
Y de lo que oyó decir
sumamente se alegró,
y por su mano les dió
modo y regla de vivir,
y mandó que los que fuesen
a dar con sus lenguas salto (1)
a la herejía saliesen
y que entre los enemigos
de Dios su ley predicasen,
por ser razón que imitasen
aquellos padres antiguos.
Yo destos predicadores
uno soy, y me ha cabido
este reino, do ha esparcido
el demonio sus errores.
Y, al fin, quiero concluír,
que la fe que mi alma encierra
plantar quiero en esta tierra
y por su verdad morir.

AYO. No en balde en aquel momento
que os vi, con gozo sobrado,
dije haberse ya cobrado
mis desgracias en contento.
Que en la insigne Leocata,
que es la ciudad donde estáis,
esa fe que profesáis
es la que peor se trata.
El yerro de Maniqueo
es lo que la gente aprueba,
por el cual en él los lleva
Satán su infernal deseo.
Y el que está más obstinado
en el herético error
es el que es de ella señor,
que yo, por mi mal, he criado.
Y tanto en él se arraigó
este error pestilencial,
que a tan alevoso mal
otro mayor añadió.
Con su hermana (1)
está el pobre amancebado,
muy contento y descuidado
de que Dios lo está mirando.

(*Salen* BERINGARIO *y su* HERMANA.)

HERMANA. La maniquea trabuca,
y su ley dice ser buena;
pero no recibáis pena,
porque es ya vieja y caduca.
Ya os conté (2) su porfía,
sepa que os ofende en ello.
Dadle el pago, gusto de ello,
a su infernal osadía.

BERINGAR. Aqueso, pues, pienso hacer
si otra vez me reprehende.

HERMANA. Quien vuestro daño pretende
no os debe, a fe, de querer.

BERINGAR. Eso ya lo tengo visto;
yo entiendo bien su deseo.
Mas donde entró Maniqueo
es imposible entrar Cristo.

ANGELO. Cese el llanto, por mi amor,
y tené confianza en Dios,
que os haré apartar los dos
de tan ciego y torpe error.

(*Vase el* AYO *y dice de rodillas* ANGELO.)

Ten la rigurosa espada,
y de tus siervos menores
oye, Señor, los clamores,
si es que de ellos hoy te agradas. (3)
Y pues tanto te han costado
estas almas de estos dos,
no permitas hoy, mi Dios,
que las posea el pecado.

---

(1) Falta un verso antes o después de éste.

(1) Verso incompleto.
(2) En el original "contado".
(3) "Agradas" no es consonante de "espada".

BERINGAR. ¿Quién es el que entre nosotros
se presenta? ¡Ah, hombre honrado!
¿Qué es lo que veis?
ANGELO. Muy airado
veo a Dios contra vosotros.
Porque contra su ley santa
vais, contra los dos se aíra
y el cuchillo de la ira
le pone en vuestra garganta.
¡Oh, qué mal tu edad florida,
pobre mozo, has empleado,
y qué mal pago le has dado
al que te dió ser y vida.
Los sentidos que te dió
Dios, cuya hechura tú fuiste,
dime, ¿adónde los pusiste,
que el demonio lo arrolló?
¿Por qué, tirano, no adviertes
que la secta maniquea
es un error que acarrea,
no una muerte, mas mil muertes?
A tu mal vivir gobierno
le pon, que eso es desatino,
que seguir ese camino
te llevará al duro infierno.
Sal, pues, de tu desventura,
mete la mano en tu pecho,
no renuncies el derecho
de placer que siempre dura.
Mira que tienes buen cuyo,
que es Dios, que murió por ti;
no le desprecies ansí,
pues no piensas en ser suyo.
Mira que fué a los mortales
Satán contino contrario
y que él te hace, Beringario,
que añadas males a males.
El estar tú amancebado
con tu hermana él lo causó,
no más que porque te vió
ciego y de Dios apartado,
que de amor tan deshonesto
concurren pecados dos,
cosa que abomina Dios. (1)
Nota, pues, lo que te digo,
que si en ello perseveras,
has de dar, aunque no quieras,
en el infierno contigo.
Pon a Dios en tu memoria
y no le ofendas de hoy más
porque ansí gozar podrás
de su soberana gloria.—
Y tú, más mala que aquella
....
donde de su amor gozó
con tanta deshonra de ella,
¿por qué consentiste, di,
que de aqueste mal error
tuviese el nefando amor
tan nefando efeto en ti?
¡Y que por no te entender
has de ver esa alma tuya,
juntamente con la suya,
en manos de Lucifer!
Vuelve en ti, hembra cruel,
y mira el cielo y sus bienes,
que en el infierno un pie tienes
y el otro no lejos de él.
Mira bien que está en tu mano
el acabar de metellos,
y está el pasear con ellos
el Impirio soberano.
Mira que una ciega luz
es la que te va alumbrando;
mira que te está mirando
quien por ti murió en la cruz.
Vuelve, pobre moza, atrás;
deja tan mala costumbre,
pues dan tus ojos tal lumbre,
por que no se cieguen más.
Mira que tu amor desea
mi Dios, que tu alma inspira;
los bienes que te da mira
y el mal que el mundo procrea (1)
Deja el mal que tu alma acaba, (2)
sigue de Dios la carrera,
y en la preciosa ribera
de penitencia te lava.
Deja ese error en que estás
con el mundo y sus placeres. (3)
Mira que puedes agora
revolver con buen gobierno
las espaldas al infierno,
adonde piedad no mora.
Busca a Dios, que es bien buscalle,
pues que sabes cómo y dónde,
porque si de ti se esconde
será imposible hallalle.

(1) Falta un verso después de éste.

(1) En el texto, "posea".
(2) En el texto, "daña".
(3) Faltan dos versos después de éste.

(Híncase la HERMANA *de rodillas y tiembla.)*

BERINGAR. ¿Qué temblor es el que os da?
¡Ah, mi hermana! ¡Ah, dulce amor!

HERMANA. Hermano mío y señor,
dejadme, apartaos allá.
¡Oh, mi Dios! ¿Dó os hallaré?
¡Mi buen Jesús! ¿qué es de vos?
Habe piedad de mí, (1)
aunque contra ti pequé.
Conozco que fuí [la] causa
que mi hermano te ofendiese
y que en mí su amor pusiese,
añadiendo causa a causa.
Conozco que, por mi mal,
dos mil ofensas te he hecho
con sólo inclinar mi pecho
a un apetito carnal.
Perdona mi gran pecado
porque, según te ofendí,
temo que ha de ser de mí
el duro infierno poblado.
Mas si tu bien me codicia,
no mires mi gran error,
ni contra mí, buen Señor,
alces vara de justicia.
Tras Ti quiero ya correr
y al triste mundo dejar,
para jamás apartar
mi querer de tu querer.

BERINGAR. Volved, cara hermana, en vos
y de mí no os olvidéis,
pues claramente sabéis
que el un corazón son dos.
Y mirad que no es bien hecho
que dejéis mi amor atrás.

HERMANA. No más, hermano, no más;
basta lo que hasta aquí he hecho.
Al Dios a quien ofendí
elijo por mi Señor,
que me tiene más amor
del que yo me tengo a mí.

BERINGAR. ¡Oh caso jamás oído!

ANGELO. Y no hay más bien que desear
obra que tan singular
de Vos, mi Dios, ha venido.
Mil gracias os doy por ello,
porque es justo que os las dé.

BERINGAR. Por mi soberana fe,
que no te has de alabar de ello.
Y pues me has sido enemigo
en mi dichosa ocasión,
lleva de ello el galardón.

(Da con la daga a SAN ANGELO *en la cabeza.)*

ANGELO. ¡Jesús, Jesús sea conmigo!

HERMANA. ¡Padre mío! ¿Qué es aquesto?
¿Que de muerte os veo herido?
¿Por qué, hermano descreído,
de aquesta suerte le has puesto?
¿Por qué con tu mano impía
has dado muerte, traidor,
a quien de tu ciego error
apartarte pretendía.

(Sale el AYO *corriendo.)*

AYO. ¿Qué es aquesto, inmenso Dios?
¿Quién os trató de esta suerte?
¿Quién os dió, padre, la muerte,
no la mereciendo vos?

ANGELO. No es bien que sintáis pesar,
porque yo ninguno siento;
antes estoy ya contento
cuanto se puede pensar.
Por ganar de Dios la palma
ha sido aquí mi venida. (1)

HERMANA. ¡Dichoso vos, pues bien tanto
esperáis de Dios haber!
Mas ¿qué no ha de merecer
varón tan justo y tan santo?

ANGELO. Al punto que más quería
ha llegado mi deseo,
pues del buen Francisco veo
cumplida la profecía.
Tornarle a ver no podré
en este mundo mezquino,
pero en el reino divino
otro Cristo en vos veré.
Perdoná al que de esta suerte,
mi buen Jesús, me ha tratado;
no miréis a su pecado,
pues por él sufristes muerte.
Alumbralde vos, mi Dios,
pues que lo podéis hacer,
por que venga a conocer
la potencia que hay en Vos.

AYO. Pues, por Dios habéis sufrido
ese dolor que pasáis,
suplícoos me concedáis,
padre, un don, si sois servido.

ANGELO. Pues yo a otorgalle me ofrezco.
Decid: ¿qué ha de ser, amigo?

(1) Verso incompleto, y no rima.

(1) Faltan dos versos.

Ayo. Que a mi casa os vais, amigo,
aunque yo no lo merezco.
Que si en ella el mortal velo,
siendo el que en lo alto está
servido, dejáis acá
en el suelo un nuevo cielo.

Angelo. Hacer quiero vuestro gusto.—
Vos tras mí podéis venir.

Hermana. No dejaré de seguir
a varón tan santo y justo.—
Y por que alcance perdón
de mis pecados y males, (1)
haré allí mi habitación.
Mi vida allí gastaré
en ayunos y abstinencia,
porque con la penitencia
nueva vida cobraré.

Angelo. Aqueso habéis de hacer,
hija, y saldréis de zozobra.

Hermana. Ponello pienso por obra,
porque sé que es menester.
Y ansí, arrimaos a mí,
porque en esta ocasión
quiero servir de bordón.

Angelo. En buen hora sea ansí.

Ayo. Yo también, destotra parte,
hecho otro brazo, iré.
La gloria desto se dé
al que todo lo reparte.

JORNADA [TERCERA]

(Salen dos pastores, Silvano *y* Damón, *con unos bolos.)*

Silvano. ¡Juro a nios que es extremado!
¡Oh, qué llano está y qué bueno!

Damón. Aquí me ganó Sireno
ayer mi honda y cayado.

Silvano. ¿Qué dices?

Damón. Esto que digo.

Silvano. Pues yo le gané al mojón
cuatro cintas y un zurrón,
que ganó el domingo a Ortigo.
Mas, daldo al diablo, que es
extremado jugador.

Damón. .... lo ha mejor. (2)

Damón. Buenos están ya, Silvano.

Silvano. Este bolo enderezad.

(1) Falta un verso después de éste.

(2) Ilegible lo demás del verso y falta otro que diría Silvano, para que vuelva a hablar Damón.

¡Ea! Vamos a jugar (1)
por ver quién lleva la mano.

Damón. Vamos; pero id primero.
¿Hanse de jugar las hondas,
u otras cosas más hondas?

Silvano. Hondas, no; vaya dinero.

Damón. Vaya; que yo me holgaré.

Silvano. Ir por la mano podemos,
y a diez birlos jugaremos
un chinfrón. (2)

Damón. ¡Bueno, a la fe!
Mas juguemos las soldadas.

Silvano. ¿Por qué lo decís, Damón?

Damón. ¿A diez birlos va un chinfrón?
Son brancas demasiadas.

Silvano. Pues ¿a cuántas ha de ser?

Damón. A veinte se ha de jugar.

Silvano. Ese es más modo de holgar
que de ganar ni perder.

Damón. No habéis de hacer esa cuenta,
que si diez juegos jugamos
al falso peto dejamos
cual caminante a las treinta.

Silvano. ¿Ya tenéis por cosa cierta
el perder?

Damón. Es cosa llana,
que el jugador nunca gana,
porque es la ganancia incierta.

Silvano. Aqueso os parece a vos.

Damón. Non, son que esto es la verdad.

Silvano. Dejaos de aqueso; empezad.

Damón. Empiezo, en nombre de Dios.
¡Linda bola! ¡Bola buena!
No se puede mejorar.
(La mano que de ganar.) (3)

Silvano. No me da aqueso pena,
que aquésta no le va en zaga.
Y qué perro es tropezón, (4)
éste la mano me estraga.
Mas, con todo, no he perdido,
que en el birlar lo veré.

Damón. Antes por birlar tendré
más siguro mi partido.

Silvano. Birlá presto. ¡Tené, tené! (5)

(1) En el texto, "Sabamos a jugar".

(2) "Chanflón" debería decir, que fué moneda antigua española de no mucho valor. Como eran pastores estropearían también esta palabra. Sin embargo, adelante casi la pronuncian bien.

(3) Verso que no hace sentido.

(4) Falta un verso, antes o después de éste, que aclare el sentido.

(5) Sobra una sílaba.

No metáis tanto la mano.
DAMÓN. ¿Ya me perseguís, Silvano?
[SILVANO.] Mi bien procuro, creé.
[DAMÓN.] ¿Paréceos que he bien jugado?
SILVANO. Sí, de ello estoy satisfecho.
DAMÓN. Birlá vos.
SILVANO. Mal tiro he hecho.
DAMÓN. Ya la mano os he ganado.
SILVANO. Es verdad; al puesto vamos.
DAMÓN. Si de aquesta suerte juego
de presto ganaré el juego.
SILVANO. Callá, que agora empezamos.

(Entran los CRIADOS *primero y segundo.)*

PRIMERO. Razón será, pues comemos
su pan, este gusto dalle
y a su hermana ir a buscalle,
pues manda que la busquemos.
SEGUNDO. Antes es muy bien se busque,
pues queda él en buscalla.
Mas será imposible hallalla,
aunque más y más se busque,
porque es cerrado y espeso
aqueste yermo y sin gente.
PRIMERO. Todo aqueso me es patente,
mas no lo digo por eso.
DAMÓN. No me faltan son dos solas.
SILVANO. ¡Oh, Dios, qué mal me tratáis!
DAMÓN. ¡Oh, noramala vengáis! (1)
SILVANO. Ciegos deben ser, pardiez.
SEGUNDO. Gentes oigo hablar aquí.
SILVANO. ¿Por qué no miráis, decí,
adonde ponéis los pies? (2)
PRIMERO. ¿Por qué? ¿Quién os ha agraviado?
SILVANO. Vos, que estar ciego debéis,
pues los bolos nos habéis,
uno a uno, derribado.
SEGUNDO. Perdoná, porque no ha sido,
hermano, adrede hecho aquesto,
porque llevamos propuesto
en otra parte el sentido.
PRIMERO. De ponéroslos gustamos,
por que más no os enojéis,
y también por que nos deis
razón de lo que buscamos.
DAMÓN. ¿Qué buscáis?
SEGUNDO. Saber de cierto
queremos si una mujer,
de buen talle y parecer,
habita en este disierto.
DAMÓN. ¿Anda[rá], acaso, vestida

(1) Falta un verso después de éste.
(2) "Pies" no es consonante de "pardiez".

de un sayal tosco y grosero?
PRIMERO. Sí.
DAMÓN. Pues tras de aquel otero
vive, haciendo estrecha vida.

(Sale BERINGARIO *y otro con él.)*

BERINGAR. Muy bien lo tengo entendido;
mas, con todo, decir oso
que, de mi gloria invidioso,
el cielo me la ha ascondido.
El es quien de ella me priva,
y el que de mi mal se alegra
y él de mi tormento gusta (1)
y en pena quiere que viva.
PRIMERO. Allá será bien que vamos.
BERINGAR. ¿Qué es aquesto? ¿Habéis[la] ha-
[llado? (2)
SEGUNDO. Señor, seáis bien llegado.
Albricias te demandamos,
que ya de tu amor sabemos.
BERINGAR. Pues, amigos, yo os las mando,
y hacia dónde está os demando
que me digáis.
SEGUNDO. Sí diremos.
Detrás deste monte está,
que estos pastores que ves
lo han dicho.
BERINGAR. Ea, pues, [los tres]
caminemos hacia allá.
Mas, teneos, que será bien
por que el camino no erremos,
que con nosotros llevemos
estos dos hombres de bien.
PRIMERO. Cosa acertada será.
BERINGAR. Hablaldos, pues; sea ansí.
SEGUNDO. Pues sea ansí. Amigos míos, (3)
de hoy acábese el juego ya. (4)
SILVANO. ¿Por qué lo quiere saber (5)
dónde está aquella mujer? (6)
DAMÓN. Si un poco aguardar podéis,
yo me atrevo a ir con vos.
SILVANO. No, Damón; [que] juro a Dios,
mantenerme el juego habéis;
son volvelde al falso peto
lo que le tenéis allá.

(1) "Gusta" no rima con "alegra". Quizá deba leerse: "Y el que en mi tormento medra."
(2) En el original dice: "Habéis hallado rastro."
(3) "Míos" no rima con "ansí".
(4) Verso largo. Es fragmento de dos.
(5) Falta un verso antes de éste.
(6) Falta otro verso después de éste.

DAMÓN. Ese, al menos, no será
hecho de hombre discreto.
¿Heos ganado un chanfrón,
y decís lo vuelva a dar?
SILVANO. Yo me quiero desquitar,
que tengo en ello razón.
BERINGAR. No por aqueso riñáis,
y aqueste doblón de a dos
repartilde entre los dos. (1)
SILVANO. Mas ¡qué amarillo que es!
¿No sabéis que hagáis, Damón?
Que me volváis mi chinfrón
y tomáis ése.
DAMÓN. Ea, pues.
¿Veslo aquí? (2)
SEGUNDO. ¿Qué queréis por él?
DAMÓN. ¿Qué quiero?
Tres chanfrones en dinero.
SEGUNDO. Mío es.
DAMÓN. No, ¡juro a nios!
Mucho más debe valer,
pues tanto por él me dais.
PRIMERO. Cuatro os daré si mandáis.
DAMÓN. Ya no lo quiero vender.
BERINGAR. No es bien que nos detengamos
en esas cosas agora.
Vamos de aquí.
SEGUNDO. En buen hora.
BERINGAR. Pues vamos, amigos, vamos.

(Sale la HERMANA *de* BERINGARIO *con un hábito de sayal.)*

HERMANA. Razón es que entre animales
habite y tenga morada
la que se ha estado encerrada
en la cárcel de sus males.
Tenga una cueva por casa
quien siguió a las vanidades,
y fué larga en las maldades
y en las bondades escasa.
Ande en el yermo vestida
de un tosco y grueso sayal
quien, por un bien temporal,
renegó la eterna vida.
Bien es que estéis quebrantados,
ojos, y de llorar hartos, (3)
pues habéis estado abiertos
al mundo y a Dios cerrados.
Mi Dios y mi Redentor,
¿por qué no le habéis privado
de vida al que ha trocado
ese amor por otro amor?
Que cuando estaba engolfada
en el mundo y su malicia,
....
vuestra la sangrienta espada.
¡Oh, cuerpo infame y traidor!
paga, pues, lo que heciste,
pues como ingrato ofendiste
[a] vuestro Dios y criador.
No os canséis, no, tierna mano;
llorá aprisa, corazón,
pues que fuistes perdición
de los dos, mía y de mi hermano,
y de Dios el pío intento
es que aquí llorando viva,
pues que como hembra esquiva
traspasé su mandamiento.
Así, pues, lo pienso hacer.
Quizá con tanto llorar
vendré yo a ver y alcanzar
lo que no merezco haber.

(Híncase de rodillas a una cruz y [se da] con un canto en los pechos, y sale BERINGARIO.*)*

BERINGAR. Venid acá. ¿Dónde vais?
Dejad al pobre venado,
que cogelle es excusado
aunque más y más corráis.
Basta, que solo he quedado.
Por seguir yo su locura
en tan fragosa espesura
no lejos de muerte he andado.
Porque evidentes señales
riscos de ser habitados (1)
de indómitos animales.
Mas ¿qué es esto? ¿No es mi amor
aquéste que aquí estar veo?
Cumplídose ha mi deseo.
Al fin constante amador.

(Espántase de verla al pie de la cruz.)

HERMANA.

Divina lanza con que el Verbo Eterno
en medio la aspereza del Calvario
desbarató al demonio, su contrario,
y encarceló en la cárcel del infierno
para que el hombre vil [y] flaco y tierno,
en el mal firme y en la voluntad vario,

(1) Falta un verso después de éste.
(2) Verso incompleto.
(3) "Hartos" no rima con "abiertos". Quizá deba leerse "muertos" o "yertos", aunque al sentido mejor cuadra "hartos".

(1) Falta un verso antes de éste.

librase y defendiese de adversario
....

Espada y ramo con que paz y guerra
publica contra el mundo y su malicia
el Rey del cielo, viendo su discordia.
Contra este gusanillo de la tierra
no quieras ser el padre de justicia,
mas ramo de eternal misericordia.

Y arrima el de la concordia
y de la bondad inmensa,
a quien te hizo la ofensa,
que gozar merezca gloria.

BERINGAR. (A lástima me provoca
el verla de esta manera,
y si no la conociera
dijera que estaba loca.)
¿Qué es aquesto, dulce amor?

HERMANA. ¡Ay, Dios! ¿Quién os trujo aquí?

BERINGAR. No os turbéis, mi vida, así.
Oíd, no tengáis temor,
que quiero saber de vos,
si de decillo gustáis,
por qué ansina os maltratáis.

HERMANA. Porque pequé contra Dios;
y por aquesta ocasión
aflijo mi pecho tierno
porque de su Hijo eterno
alcance eterno perdón.
Mas, aparte esto dejando,
¿qué es lo que de mí queréis?

BERINGAR. Que a vuestro hermano miréis
como él os está mirando,
y volváis a vuestra honra;
porque si en ello miráis, (1)
es deshonra y más deshonra.
Volvé a vuestro amor primero,
que el amor que os he tenido
nuevamente me ha herido
y por vos de amores muero.
Dejá el grosero sayal,
porque no os está tan bien
....
en su vida os quiso mal.

HERMANA. De hoy más, querido hermano,
ya pasó el invierno duro, (2)
y veo el alegre verano.
Cuando os amaba y quería
era de Satán esclava,
y, como mala, gustaba
de aquello que no debía.
Pero, pues, tan mal he andado,
mi suerte se mejoró
por saber que en Dios halló,
el bien que es de mí esperado.
Las ropas que antes vestía
ya son a mi gusto escoria;
éstas no, que (1) son de gloria,
pues la dan al alma mía.
Volved, hermano querido,
a Locata, si mandáis,
y desde hoy no persigáis
a quien no os ha perseguido.
Mirad bien que os mira Dios,
y el inmenso amor que os tuvo,
pues en cruz tendido estuvo
por daros la vida a vos.
Su gloria no la perdáis,
que no es razón de perdella,
no vengáis a deseallа (2)
cuando haberla no podáis.

BERINGAR. Baste, hermana, baste ya:
no me neguéis vuestro amor.

HERMANA. Aqueso, hermano traidor,
no haré: apartaos allá.
Dejadme llorar mis daños
y la ofensa que con vos
hice a mi Señor y Dios
desde mis primeros años.
Basta todo lo pasado,
que ofendelle ya no es justo.

BERINGAR. Pues yo he de hacer mi gusto,
sea de fuerza o de grado.

HERMANA. Antes Dios, por su bondad,
permita que el mortal velo
en este ...... de suelo (3)
....
Y si El se sirve en ello,
sáqueme de aquesta pena,
que lo terné a dicha buena
el morir por no ofendello.

BERINGAR. Para estar en despoblado
es aquese mucho brío.

HERMANA. ¡Favoréceme, Dios mío,
en tan peligroso estrago!
Mas ya creo que queráis
de darme lo que deseo,
pues por más alto trofeo
dende el cielo me llamáis.

(1) Falta un verso antes de éste.
(2) Idem íd.

(1) En el original, "pues", y no "que".
(2) No riman "perdella" y "deseallа".
(3) Ilegible lo demás del verso.

Quiero hacer vuestro mandado
por el bien que se me sigue,
dejando al que me persigue
de tal misterio admirado.
Pero ya la muerte fría
dar fin quiere a mi dolor.
En esas manos, Señor,
encomiendo el alma mía.

(*Muere abrazada con la cruz, y* BERINGARIO *tiembla.*)

BERINGAR. ¿Qué es aquesto? ¿Qué temblores
son los que mi pecho oprimen?
Mas bien es que lo lastimen,
pues está lleno de errores.
Ya, mi Dios y Señor, creo,
viendo el milagro presente,
que sois Dios Onipotente
y que mintió Maniqueo.
Digo que sois criador
de todo lo que hay visible,
y también de lo invisible,
y lo contrario es error.
Pido perdón de mi culpa,
porque contra Vos pequé,
que, aunque quiera, no daré
de ello ninguna disculpa.
¡Hermana dulce y querida,
dichosa ha sido mi suerte,
pues con sólo ver tu muerte
se ha recobrado mi vida!
¡Dichosa, hermana, vos,
más que cuantas han nacido,
pues la vida habéis perdido
donde la perdió mi Dios!
Besar quiero el duro suelo
donde la planta estampáis. (1)

(*Echase a sus pies, y salen tres y los* PASTORES.)

CRIADO. Mal hicimos en dejallo
solo en aquesta espesura.

SEGUNDO. ¡Por Dios! que ha sido locura;
que será imposible hallallo.

(1) Faltan dos versos para acabar la redondilla.

DAMÓN. ¡Ea! ¿Qué? ¿Veslo? Está allí
con la mujer que buscaba.

PRIMERO. ¿Qué es esto? Fortuna brava.
Señor, ¿cómo estáis ansí?

BERINGAR. Eso no me preguntéis,
mas antes quiero que al punto
aqueste cuerpo difunto
a Locata lo llevéis.

PRIMERO. ¿Cómo, señor? ¿no es tu hermana
esta que muerta aquí está?

BERINGAR. Ella es, que goza ya
de la gloria soberana.

SEGUNDO. Y ¿de qué murió?

BERINGAR. No es justo
que aqueso agora sepáis.
Lo que os mando es bien que hagáis,
si gustáis de darme gusto.
Que, habiéndola sepultado,
al sepucro santo iré
de Angelo, y pediré
perdón de mi gran pecado.

SEGUNDO. (Este gran misterio es.
No hizo mi parecer.)

PRIMERO. (¡Por Dios, que lo debe ser,
pues que lo encubre a los tres!)

DAMÓN. Los dos os ayudaremos
hasta salir [a] aquel llano.

PRIMERO. A buen hora.

DAMÓN. Ea, Silvano.

BERINGAR. De estos pies es bien trabemos.
Advertid lo que os digo.
Publico que Beringario
tiene desde hoy por contrario
a quien tenía por amigo.
Digo a quien la ley insana
siguiere de Maniqueo,
porque desde agora veo
mi pecho con la cristiana.

SEGUNDO. ¡Oh, señor! ¿Cómo es aqueso?
Danos de ello cuenta aquí.

BERINGAR. Por el camino vení,
y sabréis todo el suceso. (1)

(1) Aunque no parece necesario, quizá siguiese la visita al sepulcro del mártir o, por lo menos, algo que indicase la conclusión de la comedia.

COMEDIA

DE LA VENGANZA PIADOSA

POR

LOPE DE VEGA CARPIO

EL REY DE ARGEL.
ROSALÉN, *bajá.*
ABENZAR.
ANGULEMA.
Dos MOROS *ciudadanos.*
ALFAQUER, *moro.*
ARMIDORA, *infanta.*
SERAFINA, *hermana del bajá.*
CLARINEO, *cautivo viejo.*
CLARINO, *su hijo.*
Un CALABRÉS *cautivo.*
Dos MOROS.

JORNADA PRIMERA

(Sale ROSALÉN, *bajá, huyendo, y la infanta* ARMIDORA *tras él.)*

ROSALÉN. Y ¡por el Profeta santo,
y por su sagrada ley,
que en ofensa de mi rey
no me ha de mover tu llanto!
Yo, con un amor interno,
Infanta bella, te adoro;
mas tengo más de buen moro
que de enamorado tierno.
Y tu intento se reporte,
que si yo alzare la mano
en ofensa de tu hermano,
baje un rayo y me la corte.
Como vasallo y amigo
le tengo de ser fiel,
porque cumpliendo con él
mucho más cumplo conmigo.
No des en tan gran error,
pues el Rey te casará
con un pariente de Alá,
o hijo del Gran Señor.
La sucesora de Argel
eres hoy, mira por ti,
que tu hermano vive en mí,
aunque tú vives sin él.

ARMIDORA. ¿Que de tan flaco contrario,
Bajá infame, huyendo vienes?
Bien ejercitado tienes
el oficio de cosario.
Con tu ánimo se mide
el salir huyendo aquí;
vienes huyendo de mí
porque huír no se te olvide.
¿Qué miedo te sobresalta?
¿Qué bandera se enarbola?
Que no soy liga española
ni soy galera de Malta.
Vuelve la cara sin miedo,
pues puedes tan al seguro,
que no soy acero duro
acicalado en Toledo.
No soy clarín que te incita
a batalla en el Estrecho,
sino un regalado pecho
perfumado en la mezquita.
No son estas voces tiros,
no son mis brazos escalas,
ni son mis lágrimas balas
ni contrarios mis suspiros.
Empedernido Bajá,
no te endurezca mi amor.

ROSALÉN. (¡Ah, cielos! ¡Tanto rigor!
De mí me defienda Alá,
no dé en alguna deshonra.
Flaco pecho, ¿qué vacilas?
¿No ves, infame, que afilas
el cuchillo de tu honra?
Cuando lascivos abrazos
te tuvieron persuadido,
tienta el cuello que ha ceñido
el Rey con sus propios brazos.)
Si diere, como engañado,
ocasión a estos amores,
pon en medio los favores
que el Rey, tu hermano, me ha dado.

ARMIDORA. (Ya consigo vacilando,
imagino se resuelve.
Sin duda el tirano vuelve
su pecho, a mi ruego, blando.)
Cuando con vitoria vienes
de la costa de Castilla,
¿qué lado, qué mesa o silla,
desagradecido, tienes?

ROSALÉN. (De manera, que el favor
con que el Rey me levantó

sea instrumento a que yo
venga a quitalle su honor.
¿Quién me ha honrado sino el Rey?
¿Quién sino el Rey me acrecienta?
¿Quién trata de hacerle afrenta?
¿Quién? Un vasallo sin ley.
Pues por el Rey me convenzo
en no serle desleal,
¿cómo por mi natural
no me corro y avergüenzo?
¿Qué sangre tienen mis venas
que de traidores descienda?
¿Qué inclinación o qué prenda
que no descienda de buenas?
En fin, yo soy Rosalén,
vasallo de un Rey amigo,
que siempre partió conmigo
aun la mitad de su bien.
Y un liviano pensamiento
no ha de ser parte a que altere,
ni a que manche y degenere
un honroso pensamiento.)
Armidora, el alma mía
es tuya, como del Rey,
igual ha de ser la ley,
de ti ni de él se desvía.
Que te adoro es cosa llana;
que mi pecho no concibe
otro bien, ni le recibe.
Mi fe (1) palabra te allana
que todo lo que no fuere
ofensa del Rey, tu hermano,
tienes en mi pecho llano;
y que a otra dama no quiere,
con firme fe te asiguro,
y que habrá en mi voluntad
eterna seguridad,
por Alá santo te juro.
Pero si alzo la mano
para un caso torpe y feo,
por asir dese deseo
asgo el cuello de tu hermano;
si el alma, donde él está,
es quien le quiere ofender,
¿qué podré con ella hacer
que no lo sepa el Alá?

ARMIDORA. Di, falso, si me adoraras,
y aun sólo que me quisieras
lo que agora consideras
¿piensas que lo imaginaras?
Rompieras a sangre y fuego
el más honrado cuidado,
y no tan considerado
publicándote tan ciego.

ROSALÉN. Como en honra me crié,
sé más de puntos de honor
que de regalos de amor,
y así, trato en lo que sé.

ARMIDORA. Di, ¿qué ofensa al rey mi hermano,
Rosalén, puedes hacer
si a ti solo de mujer
y esposa te doy la mano?

ROSALÉN. Esa merced es tan grande
que no la sabré estimar;
pero no la he de tomar
hasta que el Rey me lo mande.
En aquesto me resuelvo;
perdonaráme tu alteza
si al igual de tu terneza
correspondencia no vuelvo.

ARMIDORA. Justa paga y galardón
de mi desatino llevo,
pues a tanto amor me atrevo
por un cosario ladrón.
Quédate, cobarde, infame,
que por no caber en ti
todo el favor que te di,
será bien que se derrame
y quizás tu sangre a vueltas,
cuando más seguro estés,
y no te valdrán los pies
como en cobardes revueltas.

(Vase.)

ROSALÉN. Di, señora, mil afrentas,
que yo te las sufriré,
que allá en tu pecho bien sé
que por virtudes las cuentas.
De terrible confusión
me ha sacado mi buen celo;
sin duda me ayuda el cielo,
tras del cielo la ocasión.
Yo no, con mi fuerza humana,
no pudiera resistirme
viendo un ángel persuadirme
en la suya soberana.
Como a mi vida la quiero;
pero guardo al Rey la fe,
que inviolable guardaré,
aunque por guardarla muero.

(Sale SERAFINA *huyendo del* REY.*)*

SERAFINA. Bastara, Rey inhumano,
a doblar tu intento ciego,

(1) En el original, "mi Rey", que no hace sentido.

cuando no mi humilde ruego,
los servicios de mi hermano.
De una huérfana afligida,
doncella, y en tu poder,
di, ¿qué puedes pretender
sino dejarme perdida?

REY. Serafina, yo lo estoy,
y pues que tu Rey lo está,
muy poco en perderte va,
pues mi pecho sanas hoy.
Que tus razones molestas
me tienen tan indignado,
que ya de puro cansado
de desabridas respuestas,
me determino a vencer
por fuerza tu resistencia,
que ha vencido a mi paciencia
tu importuno proceder.
Y así mis manos harán
lo que a mis promesas niegas.

SERAFINA. Crudo Rey, que así te ciegas...

ROSALÉN. Las mías se cruzarán
para pedirte, gran Rey,
que mires bien lo que haces,
y si a quien soy satisfaces
conforme a justicia y ley.
¿Son éstos los beneficios
que de servir bien espero?
¿Es éste, Rey, el postrero
galardón de mis servicios?
Cuando de una y otra hazaña
ante ti vengo triunfando
y dejo de ti temblando
toda la costa de España;
cuando poblados los remos
traigo de fuertes cristianos,
¿son éstas, di, de tus manos
las mercedes, los extremos?
¿Con esa honra me dejas
del tiempo que te he servido?
¿Ha (1) mi hermana merecido
el dote que le aparejas?
Lo que mi padre sirvió
al tuyo, y a ti también,
¿es esto? ¡Págase bien!
Y ¿lo que he servido yo?
¡Ah, Rey! Como rey tirano
a tantos servicios pagas,
que así deshaces y estragas
ese nombre soberano.

REY. ¡Oh, infame, bajo, abatido!
¿de esa suerte te me igualas?
El darte yo tantas alas
te ha hecho tan atrevido.
¡Por Alá! que has de perder
ese orgullo y ese brío
que con tan gran desvarío
te ha hecho desvanecer.

ROSALÉN. No será culpable el cargo
que me hicieres, Rey injusto.
Tu desordenado gusto
me servirá de descargo.

REY. ¿Injusto a mí? ¡Mal nacido,
villano, desvergonzado!

ROSALÉN. Estás muy mal informado,
y el que eso ha dicho ha mentido

REY. ¡Hola! ¡Criados! ¡Criados!
¡Este aleve al punto muera!
¿Qué hacéis todos allá fuera?
¿De qué estáis embelesados?

(*Salen* ABENZAR *y* ANGULEMA *y otros dos* MOROS.)

Asid luego a ese villano
y llevalde a la marina,
adonde con muerte indina
pague el pérfido.

SERAFINA. ¿A mi hermano?
Rey ¡por Alá! que no mandes
caso tan atroz y injusto,
que yo cumpliré tu gusto.

REY. Digo que aunque más te ablandes...

ROSALÉN. ¿Cómo? ¡Hermana descreída!
¿Tal blasfemia? ¿Tal deshonra?
Pues, en precio de la honra,
¿queréis vos comprar la vida?
Muera yo, viva mi honor,
que el Rey manda justamente
que muera el que no consiente
aun mancha real en su honor.
A sus pies quiero arrojarme
por una merced crecida,
pues que me quita la vida
porque no vea deshonrarme.
Que mis servicios requieren
que mi suerte se mejore
y que el corazón no llore
lo que los ojos no vieren.
Por vuestra honra y por vos
la muerte voy a sufrir;
no es mucho, hermana, morir
hoy (1) por honra de los dos.

REY. Vaya luego echalde al punto

(1) En el original dice "Bien", y no "Ha".

(1) En el original, "vos"; errata notoria.

en lo hondo de la playa.
Angulema también vaya.

(Vase.)

ROSALÉN. Venga todo el mundo junto,
que mi honroso pensamiento
dará indicio noble y fuerte
que voy contento a la muerte
porque infamia no consiento.
¡Ah, Rey! ¡Quién pudiera hablar
para que vieras aquí
si acaso yo merecí
la muerte que me has de dar!
Mas yo por tu honor muero,
y también es justa ley
morir por el de mi Rey.
Así, callar y morir quiero, (1)
que quiero callar muriendo
sin dejarte lastimado
y no muera un condenado
ajenas culpas diciendo.
Por juez el cielo queda
de cuanto en mi daño hagas,
que él sabe bien que me pagas
en diferente moneda.
A venganza tú me incitas
y esta rabia me provoca;
pero callará mi boca
aunque más la solicitas.

ANGULEMA. Vamos, Rosalén, de aquí,
que el Rey tan airado está,
que si acaso sale acá
vendré yo a pagar por ti.

ROSALÉN. Vamos, lleve hoy el castigo
que por leal se merece,
que es trance donde padece
más estrago el más amigo.
¿Cómo callas, Abenzar?
¿Qué? ¿Tanta amistad no obliga?

ABENZAR. ¿Qué quieres, Rosalén, que dì-
Obedecer y callar. [ga? (2)

ROSALÉN. Pues tú que, contra tu ley,
fueras antes que en mi daño
¿te me muestras tan extraño?

ABENZAR. He de servir a mi Rey.

SERAFINA. Hermano, déjame entrar,
para que ablandarle pueda.

ROSALÉN. La vida que en vos me queda
es la que habéis de guardar.
Que la que el tiempo resume
con cualquier causa liviana,
que sea hoy, que sea mañana,
¿qué importa, si se consume?
Fama es inmortal renombre,
éste no padezca en vos,
que esta es honra de los dos,
aunque es de inmortal renombre.

SERAFINA. ¿Cómo? ¿Que os queréis partir
para morir, cuando menos?

ROSALÉN. Sí hermana, que es ley de buenos
morir antes que sufrir,
y temo...

SERAFINA. ¿Qué?

ROSALÉN. El trance fiero
que, como sola y mujer,
el Rey os podrá vencer
y que yo de balde muero.
Que si yo en el alma mía
llevase seguridad
de vuestra firme lealtad,
dichosa muerte sería.
Si pudiera, por los dos,
dos muertes morir aquí;
pero yo cumplo por mí,
no puedo cumplir por vos.

SERAFINA. ¿Cómo, hermano? ¿Ese temor
os tiene el alma afligida?
Pues perdiendo vos la vida
por defenderme mi honor
¿la tengo yo de vender?
Agora aquí la vendiera,
si venderla acaso hubiera,
que es cuando os puedo valer.

(Sale ARMIDORA.*)*

ARMIDORA. El palacio alborotado.
¿Quién lamentándose está?

ROSALÉN. Un desdichado Bajá
que muere de puro honrado.

ARMIDORA. ¿Cómo que muere?

ROSALÉN. Que muere
ni por justicia ni ley,
sino por gusto de un rey
que afrentarme en muerte quiere.
Porque su rigor esquivo
ha querido moderar,
que no fué poco alcanzar
el no deshonrarme vivo.
Manda quitarme la vida,
noble Infanta, porque aquí
cierta cosa no sufrí
muy mala para sufrida.
Quiso forzar a mi hermana,

(1) Sobra una sílaba.
(2) Sobra una sílaba si no se escribe "quies", y no "quieres".

y ella, huyendo, a mí se vino,
y trújome de camino
aquesta muerte inhumana.
Manda que me lleven luego
a arrojarme en esa mar,
aunque no podrá apagar
con ella mi honroso fuego.
Tú sabes, hermosa Infanta,
si merecen mis defetos,
los públicos y secretos,
tanta ofensa y pena tanta.
Ante Alá, para conmigo,
desde agora te presento,
pues que de mi noble intento
no tengo mejor testigo.

ARMIDORA. ¿Y que mi hermano ha mandado
con esa resolución
que muera?

ANGULEMA. Sin dilación.

ARMIDORA. No es mucho. Está enamorado.
Que yo un hermano matara,
cuanto y más quien no lo es,
porque a mi alma le des
sola una esperanza clara.
Oyeme, Angulema, advierte,
y escuchá también vosotros.
Si queréis vivir vosotros,
no deis al Bajá la muerte.
En la orilla de la playa
le podéis solo dejar,
donde se pueda embarcar
y con secreto se vaya,
y a mi hermano le diréis
que hecistes lo que os mandó.

ANGULEMA. ¿Con qué orden podré yo
cumplir eso que queréis?

ARMIDORA. Esa daréis vos allá,
si no ¡por Mahoma! juro
que estáis vos menos seguro,
si no lo hacéis, que el Bajá.

ANGULEMA. Por cierto, que es gentil modo.
Yo cumplir con todos quiero;
pero si le mato, muero,
y si no le mato y todo.
Digo, señora, que haré
lo que mandas, aunque muera.

ARMIDORA. De mí, buen alcaide, espera
que del Rey te libraré.
Cuando vuelvas al Rey di
que en la mar vienes de echalle;
no te obligaste a ahogalle;
mi bien cumplirás así.—
Y tú, peñasco o diamante,
¿permaneces en tu tema?

ROSALÉN. No necesidad extrema
me ha de tornar inconstante.

ARMIDORA. Pues líbrote de este aprieto
¿y ese intento no mitigas?

ROSALÉN. No, que mientras más me obligas
me obligas a más respeto.

ARMIDORA. Pues ¿tan fiel te es mi hermano
que, siquiera por venganza,
no des vida a una esperanza
que tienes tan en la mano?
Haz, cuitado Rosalén,
lo mismo que él hace en ti.

ROSALÉN. Alá no me manda a mí
que imite el mal, sino el bien.

ARMIDORA. ¡Ah, si pudiera vencerme
para hacerte dar la muerte!
Mas ¡ay!, que es mi amor más fuerte
que cuanto puede ofenderme.
Vete, enemigo; comienza,
que con haberme vencido,
también agora has podido
que yo misma a mí me venza.

ROSALÉN. Bien puedo de deshonrado
bajar mis ojos al suelo,
mas no ha de decir el cielo
que es pena de mi pecado.
Mi alma, Infanta, te adora,
sin que esta verdad se doble;
pero précieme de noble,
como tú de hidalga mora.
Y estimo con justa ley,
como a prenda más preciosa
la honra por una cosa
que ni da ni quita el Rey.
Que una vida que sostengo
mira qué de dueños tiene,
y a qué de mudanzas viene,
que la tengo y no la tengo.

ARMIDORA. Llevalde, llevalde ya
al honrado fanfarrón.
Quitáme de la ocasión,
que tal coraje me da,
que temo que ha de vencer
mi enojo a mi mucho amor.

SERAFINA. Adiós, mi hermano y señor.

ROSALÉN. Adiós, mi hermana y mujer,
que, según voy temeroso,
voy temblando de este nombre.

SERAFINA. Pues dadme vos el del hombre.

ROSALÉN. El es trance peligroso.

(*Vanse el* BAJÁ, ABENZAR, ANGULEMA *y los* MOROS.)

SERAFINA. ¿Qué te parece, Armidora
de este furor de mi hermano?

ARMIDORA. Que hace bien, si tiene llano
con esto su gusto agora;
porque siendo ese cruel
mi bien y mi prenda cara,
¡por Alá! que le matara
si me quedara otro él.
Ya es bien que tu pecho tuerza
un Rey tan enamorado,
pueda contigo de grado,
pues ha de poder por fuerza.
¡Pluguiera a Alá que yo fuera
el hombre siquiera un rato,
y que aquel tu hermano ingrato
en Infanta se volviera,
por que vieras, Serafina,
si su compostura santa
no le quitara a la Infanta
aunque fuera más divina!
Pero paso, que el Rey viene;
modera el rigor pasado,
da remedio a su cuidado,
pues ése tuyo otro tiene.

(Salen el REY *y* ALFAQUER.*)*

REY. Alfaquer, ¿llevaron ya
ese mísero a morir?

ALFAQUER. Ya debieron de partir,
pues no parecen acá.

REY. Pues, Serafina, ¿qué piensas?
¿En qué melindres estribas?
¿Qué vanidades altivas
son causa de mis ofensas?
Alza alegre ese semblante,
no busques tu perdimiento
como el mísero violento
de tu hermanillo arrogante.

SERAFINA. Pues ¿cómo, Rey inhumano,
que vienes a predicarme
enviando así a matarme
tan noble y honrado hermano?
Lo mismo que hiciste en él
manda luego hacer de mí,
no pienses que por ahí
me has de granjear, cruel.
Que si estaba dado un nudo
antes en mi voluntad,
mil hay de dificultad
en aqueste punto crudo.
Que cuando me persuadía
tu voluntad y afición,
por amor y por razón
casamiento te pedía.
Y agora que me has quitado
a mi hermano de esta suerte,
no pido sino la muerte,
que será mejor estado.

REY. ¡Oh, loca, desvanecida,
ansiadilla, desenvuelta!
yo haré [que] quedes resuelta
en lo que estás tan torcida.
¿Que tan exenta conmigo
y libre queréis mostraros?
¡Por Alá! que he de casaros
con un egipcio mendigo.
Entrá, villana ahí,
sin que tardéis un momento;
idos luego a mi aposento
y no me salgáis de allí.
¿Qué? ¿Tanto la tema os dura
que mi ruego no bastara?
Entrá presto.

SERAFINA. Bien entrara
si fuera a la sepultura,
y muerta satisficiera
este coraje excesivo,
imaginándote vivo,
porque vengarme pudiera.

REY. Pues yo a vos os quiero viva
para vengarme mejor
de ese desdén y rigor
que así de sentido os priva.
Entrá, que sois arrojada.

SERAFINA. Déjame, fiero enemigo.

ARMIDORA. Señor, ella irá conmigo.

REY. No habléis vos palabra en nada,
sino a vuestro cuarto os id.

SERAFINA. (¡Justicia baje del cielo!)

REY. Alfaquer, muestra un pañuelo.

SERAFINA. ¡Cielos, mis voces oíd!

REY. La boca le tapad luego,
que no hay de que hacer estruendo,
que está Mahoma durmiendo
y no escucha vuestro ruego.

(Vanse poniéndole un pañuelo en la boca, y salen el BAJÁ, ANGULEMA, ABENZAR *y los dos* MOROS.*)*

ROSALÉN. La que entendí que era prenda,
para mejor estimarme,
ha venido a deshonrarme:
¡que el ser honrado me ofenda!
Por tu causa me destierras,
justificada sentencia,
que haga yo la penitencia
de lo mismo que tú yerras.

ANGULEMA. Al fin, ¿no la verás ya?
ROSALÉN. La pena me consumiera
si los ojos no volviera
a la justicia de Alá.
Ola que bramando suenas,
¿vienes a tragarme aquí,
o enternecida de mí
te levantan las arenas?
¿Cumpliré con ahogarme
y acabaré de acabar?
No, que no es razón matar
la esperanza de vengarme.
Que ésta la mancha suspende
por natural opinión,
mas es muy justa razón
para que pague el que ofende.
ANGULEMA. Aquí podremos dejarte,
que muy presto a esta ribera
llegará alguna galera
en que puedas asentarte.
ROSALÉN. Con Alá os partid, amigos,
que aquí podrá ser que acabe,
donde mi tormento grave
me matará sin testigos.
Abenzar, sólo te encargo
esa hermana desdichada
que, vendida y desterrada,
queda en trance tan amargo.
Por la viva voluntad
que ha vivido en nuestros pechos
y por los lazos estrechos
de la sagrada amistad,
que si diere entrada o puerta
para algún lascivo caso,
que tú le atajes el paso
quedando a tus manos muerta.
ABENZAR. No imagines, caro amigo,
que aunque he callado en tu mal,
yo soy amigo leal,
que aquí he de morir contigo.
Y si este tiempo he callado
fué por darte libertad
y por más seguridad
poder morir a tu lado
que si los que aquí venían
no concedían mi ruego,
entiende que a sangre y fuego
por contrario me tenían.
Pero la Infanta trazó
muy mejor este suceso,
que, si no, yo te confieso
que le procurara yo.—
Angulema, a todos toca
el disimular allá,
y a decir que vivo está
no se abra vuestra boca.
Si el Rey tuviere cuidado
de preguntaros por mí,
diréis que me quedé aquí
hasta que fuera ahogado.
Que tras vosotros iré
luego al punto.
ANGULEMA. Adiós te queda.—
Y a ti, Bajá, te suceda
lo que merece esta fe.
ROSALÉN. Amigos, Mahoma os guíe
por dondequiera que vais,
que a mí solo me dejáis.
ANGULEMA. Y de ti no se desvíe.

(Vase, y quedan solos el BAJÁ *y* ABENZAR.*)*

ROSALÉN. ¡Oh, amigo verdadero!
¡Cómo en esta adversidad
es toque de tu amistad
este mi trance postrero!
Vuélvete a Argel, que yo aquí
moriré desesperado
de ver que de deshonrado
delante el Rey no morí.
ABENZAR. Rosalén, esta alma y vida
jamás te puede faltar.
Yo nunca supe adular
ni decir razón fingida.
Anda, revuelve, camina,
suspira, muere, lamenta,
que he de correr la tormenta
que a ti el cielo te encamina.
ROSALÉN. ¿Cómo te podré pagar?
ABENZAR. Con sólo creer de mí,
que lo que digo es ansí.
ROSALÉN. Espera un poco, Abenzar.

(Sale CLARINO, *cristiano, desnudo y mojado, revolcándose por el tablado, como que le han arrojado las olas de la mar.)*

Hombre es éste que una ola
en esta orilla ha dejado.
¡Dichoso tú que has pasado
por tanta desdicha sola!
Quiero ver si muerto viene.
ABENZAR. Llega y mírale el aliento.
ROSALÉN. Paréceme que lo siento.
ABENZAR. Sin duda que vida tiene.
ROSALÉN. Espera. En alto le alcemos,
podrá ser que resucite
luego que el agua vomite.
ABENZAR. Entre los dos le tendremos,

que yerto el mísero está.
Milagro será, volver;
harto viene de beber.

ROSALÉN. Otro de vivir lo está.

ABENZAR. ¡Alá santo! ¿Qué es aquesto?
¿No es la cara del Rey ésta,
aunque pálida y funesta?

ROSALÉN. Digo que es su propio gesto.
¿Es fantasma o ilusión
que atemorizarme viene?
Barba, rostro y talle tiene
de su misma proporción.
¿Quiere el cielo atormentarme
con representarme aquí
la ocasión en que perdí
todo el bien que pudo darme?

ABENZAR. Ya la vida le deseo,
porque de este caso extraño
sepamos el desengaño
venido por tal rodeo.

ROSALÉN. Parece que va volviendo.

ABENZAR. Sí, amigo, volviendo va.
Soltarle podremos ya,
que está vivo y irá sintiendo.

CLARINO. ¡Ay!

ROSALÉN. Ya le va dejando el mal.

CLARINO. ¡Ay, Madre de Dios!

ABENZAR. Cristiano
es el desdichado mozo.—
¿Qué juvenil alborozo
te ha engañado tan temprano?
¿Qué te sacó de tu nido
a morir en esta arena?

ROSALÉN. ¡Dichoso tú que sin pena
mueres y vas sin sentido!

CLARINO. ¡Oh, cielo! ¿En qué tierra estoy?
¿De enemiga gente fiera?
¡Oh, si en la mar concluyera
con tantas desdichas hoy!
¡Oh, padre, lo que me cuestas
por venirte a rescatar!

ROSALÉN. Deja, cristiano, el llorar
y esas insinias funestas,
que a unas manos has venido
y a un pecho tan noble y llano,
que te tendrá por hermano.

CLARINO. Tan nobles manos bendigo.

ROSALÉN. (¡Por Alá! que si no hubiera
conocido que es cristiano,
que tuviera por muy llano
que el Rey mi enemigo era,
como yo soy Rosalén
y tú Abenzar. Caso bravo,
porque de dudar no acabo
ni me desengaño bien.)
Di, ¿qué fortuna cruel
te echó en esta playa hoy?

CLARINO. ¿No me diréis dónde estoy?

ROSALÉN. Estás, amigo, en Argel.
No temas que en mi poder
seas jamás maltratado.
Antes, como hermano amado,
te he de estimar y tener.

ABENZAR. Dinos por tu fe, cristiano,
la causa de tu suceso,
y no te tengas por preso,
que el seguro te hago llano.

CLARINO. Vuestra nobleza me obliga
de suerte, moros hidalgos,
que, aunque no queráis vosotros,
tengo de ser vuestro esclavo.
A mí me llaman Clarino,
soy de nación valenciano,
en Argel tengo a mi padre
cautivo bien ha diez años,
en poder de un Angulema,
que del Rey es muy privado.
De mil cartas lastimosas
de mi padre desdichado,
movido mi corazón,
me embarqué, triste, dejando
una belleza del cielo,
un bien de mil bienes cabo,
una esposa de mi vida
deshecha en amargo llanto,
que sus amargos suspiros
fueron pronóstico amargo
de la pérdida que veis,
pues en ese mar airado
muchos dineros y joyas
que traía, se quedaron
hundidos con mi esperanza,
quedando, para más daño,
yo cautivo y ella ausente,
pobre, sola y sin amparo.
Y al padre, por quien venía
al cabo de tantos años,
en lugar de libertad
y de dichosos abrazos,
le llevaré cautiverio,
nueva pasión, nuevos daños.
Quedaré con él, en fin.
Mas ¡ay, triste! ¿qué me alargo?
que poco puedo durar
metido entre tanto agravio,
que viendo al padre cautivo,

yo cautivo y desterrado,
mujer ausente y hermosa,
que es el más fuerte cuidado,
¿qué vida podré pasar
que no sea muerte, al cabo?
Que es la honra en pecho noble
un ídolo disfrazado.
¿Ves aquí la historia triste
de este sujeto tan flaco?

ROSALÉN. El cielo santo es testigo
que, si fuera tu enemigo
y viniera a darte muerte,
que el suceso de esta suerte
pudiera tanto conmigo,
que el odio y enemistad
trocara en amor eterno,
que tanto mi voluntad
ha acudido al caso tierno,
que, en prendas de esta verdad,
por Alá te juro aquí
que de hoy más halles en mí
la más verdadera fe
que en dos amigos se ve.
Mira si me enternecí.

CLARINO. ¡Oh, noble moro! Esos pies
tienes de dejar que bese;
no me los niegues si quiés
aqueste bien interese,
que es el mejor interés.

ROSALÉN. Levanta, noble cristiano,
que ¡por Alá soberano!
que te tengo por igual,
y que el trato ha de ser tal
como de amigo y hermano.
De tu patria y de tu hacienda
no tengas pena ninguna,
ni del cielo que te ofenda,
que, a pesar de la fortuna,
volverás a ver tu prenda.—
Abenzar, el pensamiento
de uno y otro movimiento
anda ofuscado y revuelto
y en mil venganzas envuelto
de uno y otro pensamiento.
Y por señal he tenido
de que Mahoma ha querido
vengar mi perdida honra,
pues al Rey que me deshonra
es éste tan parecido.
Y tanto amor le he cobrado,
con tanto gusto y deseo,
siendo su propio traslado,
que me parece que veo
todo el fin de mi cuidado.
Esta imagen del aleve,
tan parecida a la clara
que vida y honor me debe,
hoy mis intentos me ampara
y a extrañas cosas me mueve.

ABENZAR. No pienses que soy contigo
tan fingido y falso amigo
que no ha volcado mi pecho.
Bravos discursos he hecho
en un momento conmigo.

ROSALÉN. Este tengo de adornar
y de gente acompañar,
y algo apartado de Argel.
Con nombre de Rey cruel
tengo el reino de asolar.

ABENZAR. Otra máquina mayor
fabrica mi fantasía.

ROSALÉN. Dila.

ABENZAR. Después es mejor,
que vacila el alma mía
por satisfacer tu honor.
Retirémonos de aquí
donde a Clarino vistamos
y un día nos encubramos.
Tened esperanza en mí.

ROSALÉN. Y tu cristiano, encontramos
que viene éste a coyuntura
tal, que entiendo que procura
a la mi misma venganza. (1)

CLARINO. Hoy renace mi esperanza.

ROSALÉN. Y la tuya y mi ventura.

JORNADA SEGUNDA

(Salen el REY *y* ABENZAR *solos.)*

ABENZAR.

Digo, señor, que luego al mismo punto
que en la mar le lanzamos, se abrió el cielo:
o fuese que Mahoma por castigo
o premio de su humilde sufrimiento
lo quiso colocar en la alta silla,
o sepultar en el abismo eterno,
que con nuevos relámpagos y truenos
se desapareció en aquel instante,
y yo quedé esperando grande rato
por traerte siquiera algún indicio;
pero luego la mar, muy sosegada,
y el cielo sin muestras de mudanza.

(1) Así en el texto: todo el pasaje está viciado.

No sé qué sienta en tan gran prodigio;
sete decir que vine amedrentado.

REY.

Y a mí, Abenzar, me ha puesto en gran cui-
y porque ese cuitado era bien quisto [dado.
y el vulgo no levante ahora quimeras,
no digas más de que en la mar le echaste,
y allí acabó su miserable vida.

ABENZAR.

Y dime, los melindres de su hermana
¿en qué han parado? ¿Está señor, tan firme?

REY.

Luego que con su hermano te partiste,
en mi retrete la metí al momento,
y por fuerza gocé lo que la necia
pudiera hacer sin dar en ser Lucrecia.
Ya la tengo más blanda y amorosa,
o sea por temores que le he puesto,
o que mi amor la tiene ya rendida,
que ya no se defiende de mis brazos,
aunque la hallo sola muchas veces
vertiendo, entre suspiros, tiernas lágrimas.
Tú, Abenzar, desde hoy toma cuidado
de consolalla y de hacer con ella
que ame a su Rey y que olvide esta querella.

ABENZAR.

Yo me encargo, señor, de persuadilla
y de hacer lo que contino he hecho
en lo que toca siempre a tu servicio.

REY.

Pues yo me voy a despachar negocios.
Dile luego la muerte de su hermano
y que sólo le queda por abrigo
el ser amiga de tan buen amigo.

(Vase el REY *y sale* SERAFINA.)

SERAFINA. Temblando salgo, Abenzar,
no me tope el Rey tirano.
¿Dónde dejaste mi hermano?
¿Quedó en tierra o en la mar?
ABENZAR. ¡Oh, señora! Cree de mí
que, llamándome a su lado,
no hay de qué tener cuidado.
Luego le verás aquí.
SERAFINA. ¿Cómo así?
ABENZAR. Que en mi aposento
desde aquesta noche está,
y él, señora, te dirá
su venganza y nuestro intento.
Es una máquina brava
que, si salimos con ella,
su destierro y su querella
deshace, suelda y acaba.
Mira si presto he cumplido
con lo que te prometí.
Tu hermano se viene a ti.

(Sale ROSALÉN.)

ROSALÉN. ¡Oh, hermana!
SERAFINA. ¡Hermano querido!
¿Tan presto ha querido el cielo
remediarme en tanto mal,
para que en desdicha igual
me venga igual el consuelo?
ROSALÉN. Cúbreme un frío sudor
y de enmudecido callo,
que, pues, viva, hermana, os hallo,
sin duda murió el honor.
No me tengáis de esta suerte
vivo en tanta confusión
que, pues salta el corazón,
hay causa que le despierte.
Acabadme de acabar.
¿Cómo es esto? ¿Enmudecéis?
¡Ay! Que sin duda queréis
que me lo diga el callar.
¿Qué es esto, hermana? Habladme.
Sepa yo lo que ha pasado,
no me tengáis encantado.
Hablad y desengañadme.
SERAFINA. Digo, hermano, que el Rey pudo,
con la violencia que vistes,
luego, al punto que partistes,
como fiero león sañudo,
hacer a su voluntad
por fuerza tan torpe hecho.
Alá sabe su despecho
y su enorme crueldad,
que la boca con un lienzo
al momento me taparon
y al retrete me llevaron.
Basta, que ya me avergüenzo.
ROSALÉN. Abrásame infernal furia.
¡Oh, vil, infame, abatida!
¡Aquí perderás la vida
que no te quito esa injuria!
Salid al momento fuera,
sacad manchas de la honra,
que en tan notable deshonra
acabe mi infamia. ¡Muera!
ABENZAR. Paso, amigo, que es perderte.
ROSALÉN. ¿Qué tengo ya que perder,
ni qué bien puedo tener
sino su muerte o mi muerte?
Entienda el mundo de mí

que la vida le quité,
que si no lo remedié,
al menos no lo sufrí.
Y antes aquesta cruel
viera yo, en trance tan fiero,
casada con un remero
que amiga de un rey de Argel.
No, por el delito no
la pretendo castigar,
sólo la pienso matar
porque ella no se mató.
¿Qué no hará una descreída
que, habiéndola el Rey forzado,
tanto la vida ha guardado,
pues sin honra tiene vida?
Quitársela toca a mí
porque no viva mi afrenta,
pues viviendo se acrecienta.

(*Sale la infanta* ARMIDORA.)

ARMIDORA. ¿Quién da voces por aquí?
ROSALÉN. Yo soy, que vivo he quedado
para morir otra vez
por sentencia de un juez
más inicuo que el pasado.
SERAFINA. Quiéreme matar, Infanta,
culpándome injustamente.
ROSALÉN. De su delito insolente
no le pongo culpa tanta
como de que, habiendo el Rey
siendo a su honor homicida,
la hallase yo con vida.
ARMIDORA. Rigurosa es esa ley.
Repórtate, Rosalén;
que yo te podré jurar
que no hay de qué la culpar.
Y entiende que lo sé bien,
porque a término han llegado
los extremos de tu hermana
que con violencia inhumana
y habiéndola maniatado,
tras mucho mal tratamiento,
jamás pudo el Rey, mi hermano,
tener en su pecho humano
voluntario acogimiento.
Mejor será, ingrato, que
consideres tanto amor,
tal firmeza, tal rigor,
y a tal desdén tanta fe.
¿En qué te fundas, cruel,
hipócrita, de paciencia,
que pienso que es imprudencia
el preciarte de fiel
que viendo el agravio aquí,
y yo rendida a tus pies,
¿qué puede ser, si no es
lo que imagino de ti?
Especial ¿qué te he pedido?
Que no me miren tus ojos,
ni remedies mis enojos
sin título de marido.
Muéstrame la ofensa, el daño,
de que tu pecho se asombre,
si eres hombre o nó eres hombre,
que en esto estriba el engaño.
ROSALÉN. Aunque tan desobligado
al Rey y obligado a ti
estoy, entiende de mí
que jamás trato doblado
contra el Rey que sirvo hiciera.
Pero ese pecho amoroso,
y ese título de esposo,
y aquesa fe verdadera,
no deshace y facilita
la duda que en esto tengo,
en aquesto voy y vengo,
Alá nuestro bien permita.
El alma allí te entregué,
mi pecho a ti se allanó,
que a quien la vida me dió
es justo el alma le dé.
ARMIDORA. Dame bien tan soberano
de esa mano enriquecida,
que por paga de una vida
no es mucho darme una mano.
ROSALÉN. Doila, y dame a mí tus pies
como natural señora,
por que como a quien te adora
me des la mano después.
ABENZAR. Este sí es buen negociar
y no deslindar puntillos,
que es mejor que concluíllos
venillos a perdonar.
ROSALÉN. Mira de mi fe el recato
y cuánto es escrupuloso,
que aun darte nombre de esposo
imagino que es maltrato.
ABENZAR. Moriráste de pobrete,
que es ya del mundo la gala:
pecho doble y lengua mala,
tal fin tal trato promete.
ROSALÉN. Vamos, y verá la Infanta
el enredo que está urdido.
Verá al cristiano vestido
que a mí me engaña y me espanta.
ARMIDORA. ¿Qué enredo?
ROSALÉN. Contra tu hermano.
Tanto, que mi alma imagina

que ha de dar a Serafina
de esposo palabra y mano.
Y tenerla por ganancia.

ARMIDORA. Pues ¿no sabremos lo que es?

ROSALÉN. Es cuento largo; después
te diremos la substancia,
que a fe que rías un rato
y no acabes de reír
de ver un hombre fingir
que es de tu hermano el retrato.
En tu aposento ha de estar,
y yo con él escondido.
Este huésped te he traído;
mira si me das lugar.

ARMIDORA. ¡Oh, amigo!, que tú en mi pecho
tendrás el debido asiento,
y ese hombre en mi aposento,
aunque fuera más estrecho.
Y traza para tu gusto
cuanto quisieres en mí,
que haré, no haciendo por mí,
aun mucho más de lo justo.

ABENZAR. El cristiano quiere ver
a su padre luego aquí
y a Angulema le pedí
que hiciese aqueste placer
de darme al viejo por hoy;
conviene con él venir,
que empecemos a fingir,
que ya apercibido estoy.

ROSALÉN. Tú no has de dejar al Rey
del lado; de esto te advierto,
porque el toque del concierto
ha de ser con esta ley
para entablar el engaño,
que tú le has de hacer creer (1)
que es oro lo que es estaño.

ABENZAR. Pues la vestidura toma
y súbete al hueco luego,
que yo le tendré tan ciego,
que no le alumbre Mahoma.
Vete al punto, que el Rey viene,
y vos, señora, con él.
Presto, que llega al cancel.

ROSALÉN. Vamos.

ABENZAR. ¡Oh, engaño solene!

(Vanse el BAJÁ, ARMIDORA *y* SERAFINA, *y sale el* REY.)

REY. Pues ¿qué dicen, Abenzar,
del mísero Rosalén?

ABENZAR. Unos que hicistes bien,
y otros que pudieres dar
más moderado castigo
a vasallo tan fiel.

REY. Muy bien me hallo sin él,
que era encubierto enemigo.
Y la melindrosa hermana,
¿qué te ha dicho?

ABENZAR. Mil querellas,
y a vueltas, señor, entre ellas,
que con violencia tirana,
y no de su voluntad,
la tenías por amiga.

REY. Sólo el nombre le fatiga,
que me tiene voluntad.

ABENZAR. No me espanto, porque es justo.
Sin duda será menor
viendo que arrastra su honor
mil lenguas del vulgo injusto.

REY. ¿Dejástela consolada
de la muerte de su hermano?

ABENZAR. Torciendo mano con mano
suspira desesperada.
Dice que en vuestra prisión
lo pudieras sepultar
y no mandarle matar
con tanta resolución.
Enternecióme su llanto,
que de llanto y hermosura
no hay alma que esté segura,
enternecerán un canto.

REY. El tiempo y regalos míos
le quitarán la memoria
de su lamentable historia,
que son todos desvaríos.

(Aparece ROSALÉN *vestido de resplandor, por lo hueco del altar, y dice.)*

ROSALÉN.

Escucha, Rey, el inocente espíritu
de aquel que injustamente has ofendido,
que, por mandado de su gran profeta,
te notifica la sentencia horrible
que contra ti y tu reino ha pronunciado.

REY.

¡Oh, cielo santo! ¿Qué visión es ésta?

ROSALÉN.

¡Oh, Rey! ¡Oh, Rey! No puedo dar respuesta.

REY.

¿La cara del Bajá no es la que veo?
Que pone espanto y me eriza el pelo.
No sé lo que es. ¡Defiéndanos el cielo!

(1) Falta un verso antes de éste. Por error del copista se repite el que dice "porque el toque del concierto", que ni rima ni hace sentido.

ROSALÉN.

¿Pensabas, enemigo, que Mahoma
del indefenso humilde está olvidado?
Igual es su castigo para todos,
y no porque seas rey pienses salvarte,
que quiere Alá que el Rey sirva de espejo
y de freno ejemplar a sus vasallos.
Tú, que sin rienda y sin respeto justo
mi vida y honra tienes usurpada
y una inocente hermana deshonrada,
apercibe, cruel, el sufrimiento
que, por vengarme del castigo inorme,
contra ti piensa hacer. Ordena agora
que tú pierdas del todo la memoria
y del entendimiento mucha parte,
revocando tus mismos mandamientos,
y asimismo vasallos y criados
queden de entendimiento trastrocados.
Y para lo que fuere sentimiento,
Alá permite que tú solo entiendas,
y que tu entendimiento quede libre
por qué el azote sientas que te invía.
Haz penitencia, Rey, haz penitencia,
y de tu reino sólo Abenzar quede
libre del daño que padezcan todos,
por que éste sirva de testigo
deste pecado y de tan gran castigo.

(Desaparece el BAJÁ.)

REY. ¡Oh, Alá! ¡Qué grande temor
este espíritu me ha dado!
ABENZAR. (Y yo estoy descoyuntado
de risa, y no de temor.)
REY. Notable escarmiento toma
mi pecho de este delito.
ABENZAR. Rosalén era un bendito.
REY. Era un alma de Mahoma,
sino que estaba yo ciego
de amor, que me emborrachó.
ABENZAR. Penitencia haría yo
y ejemplar enmienda luego,
y será la señal digna
de enmienda el humilde ruego,
que te cases, señor, luego
con su hermana Serafina.
REY. Yo se lo prometo aquí
a nuestro profeta santo.
ABENZAR. Amansaráse algún tanto.
REY. Permita Alá sea así.
Tú quedas libre, Abenzar.
ABENZAR. Quizá es castigo doblado,
que viviré atormentado
viéndote, señor, penar.
Quitarme pudiera Alá
a mí la memoria y tino;
mas es secreto divino,
Mahoma se entenderá.
No hay que escudriñar el pecho,
sino bajar humilmente
esa cerviz obediente
para que amanse su pecho.
REY. No estoy para estar aquí.
Vámonos a mi aposento.
ABENZAR. (Bien se entable nuestro intento.)
REY. Vete, Abenzar, para mí,
que pues solo has de quedar
libre de aqueste castigo,
has de andar siempre conmigo
porque acierte a gobernar.

(Vanse, y sale CLARINO, *vestido de rey, solo.)*

CLARINO. Yo no sé quién me ha metido
donde de escaparme dudo,
que no me hallaba desnudo
ni me hallo tan vestido.
Y de estos moros el trato
me da mucha pesadumbre,
no quieran sacar la lumbre
con mano ajena del gato.
Tiénenme muy ensayado
a que diga que rey soy,
y con mil liciones hoy
me tienen embelesado.
Hácenme dos mil regalos,
prométenme mil tesoros;
no sea tesoro de moros
alguna tanda de palos.
Que si tesoros de duende
se convierten en carbón,
los que de Mahoma son
en leña y carbón se enciende.
¡Alto! Yo estoy embarcado.
o embaucado es muy mejor,
que de mi padre el amor
a más que esto me ha obligado.
Por ánimo y embaimiento,
al menos, no ha de faltar,
que yo sabré confirmar
con el semblante el intento.
No sé quién viene hacia aquí.
En nombre de Dios se empiece.
Este cautivo parece,
y aun quien quiero más que a mí.

(Sale CLARINEO, *su padre, cautivo viejo.)*

(¡Oh, padre de mis entrañas!
Presto conocerte pude,

que no es bien que el alma dude
cuando tú me desengañas.
No podré disimular;
mas un rato lo haré.)

PADRE. ¿Cómo es esto? ¿Al Rey topé?
No busco sino a Abenzar.

CLARINO. Espera un poco, cristiano.

PADRE. ¿Qué es lo que a un cautivo quieres?

CLARINO. Que me digas de dónde eres.

PADRE. Yo, señor, soy valenciano.

CLARINO. ¿Qué tanto ha que cautivaste?

PADRE. Un siglo; diez años ha.

CLARINO. ¿Tanto ha que estás por acá?
Pues ¿cómo no renegaste?

PADRE. Porque sé muy bien que creo
en Dios, que es suma verdad,
y que es todo falsedad
cuanto en vuestra secta veo.

CLARINO. Pues con tanta obligación,
¿cómo ya tu Dios no ha hecho
que salgas de aqueste estrecho?

PADRE. Quizás por mi salvación
y descuento a mi pecado
quiere Dios que ansí padezca
porque el alma no perezca
que a su imagen ha formado.

CLARINO. ¿Qué? ¿No te tornarás moro
con tanto mal padecido?

PADRE. El trabajo bien sufrido
es un divino tesoro;
y a cada mal que padezco
borran de mi mala cuenta
y en la buena se acrecienta
todo lo que a Dios ofrezco.

CLARINO. Bien sabes tu Dios honrar.
Debes de ser baja gente,
pues no has tenido pariente
que te venga a rescatar.

PADRE. Noble soy, Rey poderoso,
y tengo un hijo en Valencia
a quien falto de clemencia,
que un tigre fuera piadoso;
y en cambio de venir luego
a librar su padre amado,
se ha el infame desposado:
mira si está con sosiego.
Y algunas veces quería
no llegar, señor, a verte,
que te parece de suerte
que revienta el alma mía.

CLARINO. Pues sabe que está cautivo
tu hijo, y en mi prisión.

PADRE. ¡Santo Dios! Más perdición.
Ya sin esperanza vivo.

CLARINO. Viniéndote a rescatar
pasó tormenta cruel,
y desnudo dió en Argel,
que fué milagro escapar.
Toda su hacienda vendió
y desamparó su esposa
por ti.

PADRE. ¡Ah suerte rigurosa!
¿De qué le culpaba yo?
Manda, Rey, que yo le vea,
porque en desventura tal
me consuele con su mal
aunque el postrer trance sea.

CLARINO. ¡Oh, padre! ¡Qué sufrimiento
ha de tener quien te ve!
Tu hijo soy y seré.

PADRE. ¡Mi hijo! ¿Hablas a tiento?

CLARINO. Clarineo, padre amado,
veráslo en verme a tus pies.

PADRE. ¿Qué vestido es éste, pues,
de perjuro, renegado?
Por el Dios que adoro y creo
que te he de quitar la vida
si nuestra ley ofendida
en tu infame boca veo.
Pues tú dejaste a tu esposa
no fué por buscar a mí,
sino por venirte aquí
a tener vida viciosa.
Pues que siendo [ya] mancebo
nunca de mí te has dolido
y agora, falso, has venido.
¡Gran causa en caso tan nuevo!
¡Vive Dios! que has de morir
y yo mártir por matarte,
que vivo no he de dejarte
aunque me cueste el vivir.

CLARINO. Escúchame un poco, espera;
mira que te has engañado.

PADRE. No hay que escuchar a un malvado.
¡Muera un renegado! ¡Muera!

(*Salen a la grita dos* MOROS *con espadas desnudas.*)

CLARINO. Detén el brazo.

MORO 1.° ¿Qué es esto?
¿En la antecámara ruido
y un cautivo mal nacido
con el Rey a fuerzas puesto?

MORO 2.° ¡Muera el rebelde cristiano
y su aleve pensamiento,
que ha tenido atrevimiento
de poner al Rey la mano!

CLARINO. Teneos, no le hagáis mal,
que está sin seso el cuitado.
MORO 1.° ¿Cómo? ¡Por Alá sagrado!
que no he de consentir tal
y que ha de morir aquí,
pues el cuchillo sacó
ciegamente y intentó
de matarte, Rey, a ti.
CLARINO. Digo que no le toquéis.
PADRE. ¡Oh, falso! ¡Oh, malvado hijo!
CLARINO. Si le escucháis lo que dijo
el coraje perderéis.
MORO 1.° (El pobre viejo menguado
el seso viene a perder.)
MORO 2.° (Pues yo le vi bueno ayer.)
PADRE. Así es, ¿que habéis renegado?
¿Esto es lo que yo crié?
De ti has dado buena cuenta.
¡Que dé yo vida a mi afrenta!
¡Que mi deshonra engendré!
MORO 1.° Bravamente disparata
¡por Alá! el pobre vejete.
Hijo te llama el pobrete.
CLARINO. Como a tal me riñe y trata.
MORO 2.° Estos borrachos cristianos,
en tomándose del vino,
pierden al momento el tino,
que son de cascos livianos.
CLARINO. Llevalde a la cárcel luego,
adonde su juicio entable,
y haced que nadie le hable,
que así tendrá más sosiego.
PADRE. Mándame matar, infame,
pues el cielo no ha querido
que a un hijo que ha descreído
su roja sangre derrame.
MORO 1.° Escuchaos, canas modorras,
viejo loco, no bebáis,
que con el Rey os tomáis.
¿En palacio cazan zorras?
PADRE. ¿Dó me lleváis, engañados
en esto como en la ley?
Mirad que no es éste el Rey,
sino mi hijo, cuitados.
MORO 1.° ¡Linda cholla tiene el viejo!
CLARINO. ¡Extremado cascabel!
MORO 2.° Será juguete en Argel
si queda con el pellejo.
A fe que es de buena ley
el vino que habéis bebido,
pues tan presto os ha subido
a veros padre de rey.

(*Llevan los dos* MOROS *al viejo.*)

CLARINO. ¡Qué de lágrimas aquí,
padre amado, he resistido,
que no sé cómo he podido
dejarte llevar ansí!
Dios te tiene que librar,
pues en su ley tan constante
eres un firme diamante
o fuerte roca del mar.
¡Con qué entrañable agonía,
pensando que yo era moro,
me manifestó el tesoro
tan firme en el alma mía!
Vive, padre, descuidado,
que ni por tierra ni cielo
desdirá mi pecho un pelo
de la ley que he profesado,
que cristiano a boca llena
me llamaré entre esos perros,
que azotes, prisión, ni hierros,
ni mil infiernos de pena
mudarán mi justo intento.
Mas cuando el caso te cuente
me juzgarás diferente,
mudarás de pensamiento.
Voile a contar al Bajá
lo que aquí me ha sucedido,
que allá será bien reído.
Ayúdame Dios, o Alá,
que todo entiendo que es uno
en la ley mora y cristiana;
mas de la Iglesia Romana
no me apartará ninguno.

(*Vase* CLARINO, *y salen el* REY *y* ABENZAR.)

REY. Es, Abenzar, el espanto
de suerte con que quedé,
que creo que en moviendo el pie
que he de topar otro tanto.
Que con ver a Serafina
enlazada entre estos brazos,
gozaba de sus abrazos
con flojedad y mohina.
ABENZAR. Yo estoy como que he soñado,
y desperté con temor,
o como algún labrador
de algún suceso admirado.

(*Sale el primer* MORO.)

MORO 1.° Señor, ya queda en prisión
el viejo, como mandaste,
de la suerte que ordenaste.
REY. ¿Qué viejo? O ¿por qué razón?
ABENZAR. (Ya debe de haber salido

Clarino por acá fuera,
que el engaño reverbera.)

REY. ¿Qué decís?

ABENZAR. Que va perdido.
¿No ves que ya desvarían
éstos? Concede con ellos.
Vuelve luego a respondellos
a lo mismo que decían,
que es mejor sobrellevallos.

REY. Dices extremadamente;
no alborotemos la gente.
Mejor será sosegallos
y quedar como conviene.

MORO 1.° Ya queda muy bien atado.

REY. Estaba medio olvidado.

MORO 1.° Pues ¿tantos negocios tiene?

ABENZAR. No tiene memoria en todo.
Id, amigos, en buen hora
a reposar por agora.

MORO 1.° El viejo queda de modo
quebrándose la cabeza,
bramando como un león.

REY. (¡Extraña es la perdición
que en estos moros empieza!)

MORO 1.° "¡Que aquél negase su fe",
a voces diciendo está.

REY. Id, amigos, con Alá,
que yo lo remediaré.

MORO 1.° Y con la misma porfía
y razones que aquí dijo,
te queda llamando hijo,
culpando tu alevosía.
Sin que un punto en juicio esté,
en aquésto viene y va.

REY. Id, amigos, con Alá,
que yo lo remediaré.

MORO 1.° ¿Qué tienes de remediar,
sino tenerlo así preso?
Que si el pobre está sin seso,
¿quién diablos lo ha de curar?
Y es justo que preso esté,
que allí se sosegará.

REY. Id, amigos, con Alá,
que yo lo remediaré.
(¡Notable tormento es vellos!)

ABENZAR. Gran mal ha de suceder.

REY. El preso debe de ser
otro que está como ellos.

(Sale ANGULEMA.)

ANGULEMA. Señor, ¿en qué te ofendió
mi esclavo que tienes preso?

REY. Después veráse el proceso.
(¡Que ya Angulema cayó!)

ABENZAR. (Es catarro general.
No se escapará ninguno.)

ANGULEMA. Si ha hecho delito alguno,
y el que me dicen es tal,
mándale colgar de un pie,
que poco se perderá.

REY. Id, amigos, con Alá,
que yo lo remediaré.

ABENZAR. (El Rey está aquí ocupado,
Angulema; ven después.)

ANGULEMA. Con Alá quedes y estés,
que servirte es mi cuidado.

REY. Sin duda pienso muy poco
salir a dalles audiencia,
que me acaba la paciencia
lidiar con un vulgo loco.
Entrémonos, Abenzar,
háganse mil sacrificios
que a Mahoma sean propicios,
por si le puedo amansar.

(Vanse el REY *y* ABENZAR.)

MORO 1.° Algún cuidado, sin duda,
traía el Rey, Angulema;
algo en el alma le quema,
que la color se le muda
y bien no escucha palabra.
De rato en rato a hablar
se vuelve con Abenzar.

ANGULEMA. Como eso un cuidado labra.
Sin duda del Gran Señor
le habrá venido fraterna,
que a un rey que rige y gobierna
le está muy mal tanto amor.

MORO 1.° Y más la publicidad
con que en esto procedió,
y al pobre Bajá que echó
en la mar con tal crueldad.
Alá, que lo sabe todo,
es tan buen almotacén.

ANGULEMA. A fe que era Rosalén
hombre para polvo y lodo.

(Sale CLARINO, *de rey.)*

CLARINO. Si yo les hice reír
a Rosalén y a Abenzar
con lo que les fuí a contar,
ellos me han ido a decir,
con que he reído doblado
con el espanto y visión
de su Rey. ¡Brava invención
han los galgos inventado!

MORO 1.º ¿No digo yo que no está
sosegado el Rey? Ya vuelve,
algo el pecho le revuelve.
ANGULEMA. Escrúpulos son, quizá.
CLARINO. (Agora, pues, ya que puedo
sin miedo a todos mandar
y al Rey detiene Abenzar,
ya quiero mandar sin miedo
y hacer un servicio a Dios
en recompensa y memoria
de mi peligrosa historia.)
¡Hola! Llegad acá vos.
A cuantos cristianos vieres
y se hallaren en Argel,
desde el pequeño doncel
hasta viejos y mujeres
que se quisieren tornar
a sus tierras, desde aquí,
que yo he mandado, decí,
que los dejen embarcar.
Y denles de mi tesoro
lo que hubieren menester,
porque Alá me mandó ayer
que a nadie fuerce a ser moro.
MORO 1.º (Secretos son de su pecho
que no lo entiende ninguno.)
ANGULEMA. ¿Y qué? ¿No ha de quedar ni uno?
CLARINO. Ni tullido ni contrecho.
ANGULEMA. (Con ganancia queda Argel
de este mandato de Alá.
¿Si Mahoma lo sabrá?)
MORO 1.º (El Rey anda muy cruel.
Esta es la melancolía
que al Rey le ha dado mal rato.)
ANGULEMA. ¿Que Alá nos da este rebato?
¿Tal cosecha nos invía?
¡Alto! A obedecerte voy,
que a mandamiento del cielo
no sirve decir apelo.
CLARINO. Con esa conseja estoy
de ver cómo repliqué
y Mahoma respondía.
"¡Lo dicho, dicho!", decía.
Alá, ¡cuánto le rogué!
ANGULEMA. Yo voy luego a proveer
que se aparejen galeras.
CLARINO. Y burlando, ni de veras,
no se dejen de hacer,
si no quieren que nos cueste,
por inobediencia tal,
alguna desgracia y mal,
muertes, guerra, hambre y peste.

(*Vanse* ANGULEMA *y el* MORO.)

En efeto, los confundo
con tan gallardas mentiras.

(*Salen un* CAUTIVO *calabrés y el segundo* MORO.)

MORO 2.º Hoy a nuevo ser aspiras;
hoy vienes de nuevo al mundo,
que, en habiendo renegado,
quedas hábil y capaz
para ser noble en la paz
y en la guerra aventajado.
Serás un Al Uchalí,
un Mustafá valeroso.
Darte han un oficio honroso,
y pasarás desde aquí
a casa del Gran Señor.
Finalmente, noble quedas
para que vivas y puedas
ver bajá en tu sucesor.
CALABRÉS. Que yo vengo muy contento.
Demás [de] que es interés.
MORO 1.º Eres, en fin, calabrés,
y de noble pensamiento.
CLARINO. ¿Viene preso ese cristiano?
MORO 2.º Antes libre, ínclito Rey,
pues viene a dejar su ley
por renegar en tu mano.
Que le habemos persuadido,
y en tu nombre asegurado,
que de ti será premiado
y en oficios proveído.
CLARINO. ¿Quién a vosotros os hace,
ignorantes pecadores,
de mi ley predicadores?
¿Pensáis que se satisface
de vuestro ignorante pecho
Mahoma, ni el justo Alá
con lo que pensáis, quizá,
que le dejáis satisfecho?
Quedará más ofendido.
Decí, torpes, ¿quién os muestra
a deshacer la ley vuestra?
¡Buen consejo habéis tenido!
¿En nuestra ley no habéis visto,
y en medio del Alcorán,
que mil preceptos están
que aprueban la fe de Cristo?
Pues si tu ley de esta ley
dice bien, ¿por qué razón
le haces tal persuasión?
MORO 2.º No dice muy mal el Rey.
CLARINO. Escuchadme un poco. Alá,
si buena su ley no fuera,
¿aqueste templo no hundiera

que en Constantinopla está?
Pues si su Iglesia consiente
en medio de la morisma,
y se da bautismo y crisma
a los hijos de esta gente,
razones son manuales,
sin otras de más valor,
que yo en mi pecho mejor
siento y conozco por tales.
Demás de esto, gente insana,
si éste su ley deja ya,
¿no veis que también querrá
dejar la suya mañana?
¿Qué razones os movieron
de éste que no considera
que deja ley verdadera
y que sus padres le dieron?

MORO 2.º ¡Oh, cómo el Rey es prudente!
Cada cual su intento siga,
sin que mal o bien le diga,
haga lo más conveniente.

CLARINO. Y tú, bellaco cristiano,
¿no me dirás por qué vienes?
¿Qué dudas de tu ley tienes?
¿Algún precepto tirano
en tu ley llegaste a ver?
¿Manda que te quieran mal,
que te quiten tu caudal,
que deshonren tu mujer?
¿Es esta la obligación
que vosotros publicáis
en que a vuestro Cristo estáis,
que os dió vida y salvación?
Que os oigo tantos blasones
de ese Dios que quiés negar,
y que le hecistes estar
muriendo entre dos ladrones,
que pensara yo y creyera
que ni en sólo un movimiento, (1)
ni un pequeño pensamiento,
un cristiano le ofendiera.
Diferentemente toma
el moro su ley, a fe,
aunque sabemos que fué
un arriero Mahoma,
y que nada le debemos
que por nosotros hiciese,
más que con su recua fuese,
y con todo aqueso vemos,
que hombres, mujeres, muchachos,
le temen unos y otros,
y ningún día por nosotros
dejó de cargar sus machos.
Traedme luego un cordel;
antes que éste más se llegue
ni que de su ley reniegue
le cuelguen al punto de él.

CALABRÉS. Alto Rey, en Cristo creo;
que porque era maltratado
vine a renegar forzado,
aunque no con el deseo.

CLARINO. Mayor culpa, infame, tienes;
pues conociendo, traidor,
que tu ley es la mejor,
de miedo a negalla vienes.
Y a todos los renegados
que en Argel hubiere mando
que se pregone este bando,
que de oficios sean privados,
y capaces de nobleza,
y los pongan luego al remo.

MORO 2.º Mira, Rey, que es grande extremo
y novedad y extrañeza.

CLARINO. Pues, necios, ¿pensáis vosotros
que me mueve sinrazón?
Sabed que hacen elección
aquéstos contra nosotros.
Porque ninguno reniega
jamás sino en lo exterior,
que allá le queda el amor
que nunca a su Cristo niega.
Sino sólo por mandar
de necios y de viciosos
nos dicen los cautelosos
que vienen a renegar.
Creedme, que lo que digo
en todo es pura verdad.
A éste, por su maldad,
dalde un remo por castigo
de que negar intentó
su antigua y jurada ley.
Decid que lo manda el Rey,
porque así lo mando yo.

(Vanse todos, y salen el REY *y* ABENZAR.*)*

REY. Oye, gente nueva es.

ABENZAR. Quizá con nueva quimera.

(Sale el segundo MORO *que llevó al* CALABRÉS.*)*

MORO 2.º Ya, señor, queda en galera.

REY. ¿Quién queda?

MORO 2.º Aquel calabrés.
¿Y qué tal piensas quedó?
Rapado y al banco asido.
Mil renegados se han ido.

(1) En el original, "pensamiento", y no "movimiento".

.... (1)
El cristiano que mandaste
llevásemos a remar
porque quiso renegar...

REY. ¿Yo mandé tal?

MORO 2.° ¿No ordenaste
después de aquesto también
que todos los renegados
queden de oficios privados
y que en galeras estén?

REY. ¡Bravo daño, ¡por Alá!
nos va cercando, Abenzar!
El reino se ha de asolar.

ABENZAR. Disimula, que no hará.

REY. Y de eso, ¿qué ha sucedido?

MORO 2.° Hay diferentes sucesos.
Muchos han llevado presos
y muchos se han escondido,
y otros en barcos se van
a quejar al Gran Señor,
que ha sido tal el clamor,
que a Mahoma asombrarán.

REY. ¿Diréles también que sí
a esto, o lo negaré?

ABENZAR. Di que sí.

REY. Yo lo mandé,
y daré cuenta de mí.

ANGULEMA. De tu raro entendimiento
no hay cosa en que no acierte,
mas éste es negocio fuerte
y muy peligroso intento.

ABENZAR. El Rey, con mucha ocasión,
a lo que imagino yo,
esas cosas proveyó,
no hay que pedirle razón.

REY. Y de aquí adelante mando,
para que les satisfaga,
lo que mandare se haga
sin pedir segundo bando.
Y vámonos ya de aquí,
que me cansa este tropel.

(*Vase.*)

ANGULEMA. ¡En buen poder está Argel!
¡Bien medraremos así!

ABENZAR. Amigo, ya que se ha entrado
el Rey, sabed que le dió
un vaguido, y de él quedó
del cerebro algo tocado,
y la memoria ha perdido
de suerte, que es menester
decirle lo que ha de hacer.
El secreto de esto pido.

MORO 2.° Después que se desposó
anda medio trastornado.
¿Si acaso le han hechizado?

ABENZAR. ¡Y cómo lo temo yo!
Que nunca le oso dejar
solo, y si una vez se suelta
anda todo de revuelta.

ANGULEMA. Así le vemos andar.
Pues, en importancia tanta,
¿no será mucho mejor
proveello de curador
y que gobierne la Infanta?

ABENZAR. Yo he pensado también eso,
y si pasase adelante
será el hacerlo importante
no venga algún mal suceso.
Con Alá os podéis partir,
que yo vuelvo a acompañalle.

ANGULEMA. No es justo un punto dejalle.
Todos os podéis venir.

(*Vanse* ANGULEMA *y el segundo* MORO, *y queda solo* ABENZAR.)

ABENZAR. Medianamente ha tomado
Clarino el freno de rey,
que deshace en nuestra ley
lo más fuerte y más fundado.

(*Sale* ROSALÉN.)

ROSALÉN. ¿Puedo salir, Abenzar?

ABENZAR. Bien puedes, que ya se han ido.

ROSALÉN. ¿Qué de nuevo ha sucedido?

ABENZAR. Que quieren al Rey atar.
Mira si Clarino ha hecho
lo que con cuidado entramos
tantas veces le encargamos,
que el reino destruye a hecho.
Manda azotar renegados,
manda libertar cristianos
y que les hinchen las manos
de los tesoros guardados.
Vienen luego con respuestas
de estos mandatos al Rey,
y blasfema nuestra ley.

ROSALÉN. Hace cosas descompuestas.

ABENZAR. Yo de estas cosas penetro
que tu venganza está llana,
pues que duermes con su hermana
y Clarino tiene el cetro.
Reprenderle es menester,
y que no alargue la mano,
que no como rey cristiano

(1) Falta un verso, que diría el Rey para justificar la segunda explicación del moro.

le mandamos proceder.
¡Por Alá! al paso que lleva
no tenga dificultad
que derribe la ciudad
y nuestra mezquita nueva.

ROSALÉN. Acábese ya este engaño,
pues el Rey se desposó,
para que me case yo
y se remedie este daño.

ABENZAR. No pasará de mañana
el llegallo a concluír.
De gloria te has de vestir
con tu ropa soberana,
que otra máquina mayor
para el fin tengo pensada,
muy mejor que la pasada.

ROSALÉN. Pues ¿qué puede ser mejor?

(Sale CLARINO, *de rey.)*

CLARINO. Extraño gusto es reinar
si acaso se llega a ver
también el obedecer,
viéndome a ratos mandar
con tal respeto y decoro,
que si este negocio dura
no ha de haber cosa sigura.
Desharé Mahomas de oro,
y los que no de Mahomas,
los colgaré en torreones,
los de oro haré doblones,
que es mejor que no Mahomas.

ABENZAR. ¿Parécete bien, Clarino,
que por libertades tuyas
toda la ciudad destruyas
con tan grande desatino?
Toda la fuerza de Argel,
que son estos renegados,
traes presos, alborotados,
sin juicio, y al Rey sin él.
Y luego enviaste moros
que a los cristianos soltasen
y a sus tierras los llevasen
llenos de nuestros tesoros.
¿Cómo es esto? O ¿para qué
has de hundir el reino todo?

CLARINO. No sé mandar de otro modo,
ni otra ley sino ésta sé
de cristianos fundamentos.
Vosotros me recibistes,
y, cuando rey me hecistes,
fundé todos mis intentos
a que quedasen fundados
en dos fundamentos llanos,
que fué: rescatar cristianos
y castigar renegados.
Como no tuve receta
de contraria medicina,
guiéme por mi doctrina
mejor que por vuestra seta.

ABENZAR. No es buena la libertad.

ROSALÉN. Ve a más moderación,
Clarino, que no es razón
que asueles nuestra ciudad.
Cosas de poca importancia
puedes mandar como rey,
y no las que a nuestra ley
tienen tan grande distancia.

CLARINO. Si les parece que mando
algo desproporcionado,
[es] el vestido prestado
y ya me lo voy quitando;
que muy bien puede mudarme
el que vestírmelo pudo.
Yo ¿no me vine desnudo?
¿Hay más sino desnudarme?

(Sale ANGULEMA *y* MOROS *con él.)*

ANGULEMA. ¿Si está Abenzar en palacio?

ROSALÉN. Clarino, ¿qué haces, di?
¿Quieres destruírme aquí?
Vete en esto más despacio.

ABENZAR. Vete por aqueste lado,
Rosalén, que viene gente.

(Vase.)

ANGULEMA. Abenzar, ¿cómo se siente
nuestro Rey? ¿Ha mejorado?

ABENZAR. Sí, porque en todo ha caído,
y tiene mejor semblante.

CLARINO. (Abenzar, ¿quiés que delante
de éstos me quite el vestido?)

ABENZAR. (¡Alá santo, que esto pasa!
¿Quiés que nos hagan matar?)

CLARINO. (Digo que yo he de mandar
lo que quisiere sin tasa.
Vime desnudo y verán
vuestro embeleco y el mío,
que a mí, como desvarío,
luego me perdonarán.)

ANGULEMA. (¿Cómo prueba a desnudarse
agora el Rey, mi señor?)

ABENZAR. (Como hace gran calor,
quiere la ropa quitarse,
y dígole que no fíe
de este calor, que se muda,
que si agora se desnuda
podrá ser que se resfríe,

y si va a decir verdad,
también debe de ser tema.)

CLARINO. (¿Qué habláis con Angulema?)

ABENZAR. (Negocios de la ciudad.)

CLARINO. (¿Y de mí los encubría?)

ABENZAR. (¿Eso se puede pensar?)

CLARINO. (Cosa que haga, Abenzar,
lo que denantes decía.)

ABENZAR. (Clarino, no diré más
sino que mandes y vedes,
y si quiés por rey te quedes,
sin que [yo] te enoje más.)

CLARINO. (Bien haréis en agradarme
sin culpar lo que he mandado,
que a fe, Abenzar, que no he estado
dos dedos de desnudarme.)

ABENZAR. (¡Buena hacienda hicieras
tras el daño que está hecho!)

CLARINO. (Sosiega, sosiega el pecho,
que no hablaba de veras.
Lleva esos moros de ahí,
que yo quiero retirarme
donde pueda recrearme
sin alborotarte a ti.)

ABENZAR. Angulema, y los demás,
solo el Rey quiere quedar,
que después podréis tornar.

ANGULEMA. ¿Adónde me aguardarás?

(Vanse.)

ABENZAR. Basta, Clarino, que has hecho
gallarda riza en Argel,
que a voces llaman cruel
al Rey, y de injusto pecho.

CLARINO. ¿He ofendido yo a los moros?
¿He traspasado su ley?
¿Es mucho que mande un rey
dar parte de sus tesoros?
¿Qué mezquitas asolé?
¿Qué banderas de cristianos
han levantado mis manos?
¿Qué zancarrón derribé?

ABENZAR. ¡Alto! Tú te has de salir
con cuanto hubieres mandado,
que a todo quedó obligado
el que te hizo vestir.

CLARINO. Abenzar, al punto parte
a la cárcel, donde está
mi padre, y cuéntale allá
este caso, de mi parte.
Y dile que se sosiegue,
que como él cristiano soy,
que, aunque como moro estoy,
no haya miedo que reniegue.
Dile que invié a Valencia
del tesoro parte tal,
que le sirva de señal
y de carta de creencia.

ABENZAR. Prosigue con tus engaños. (1)
¡Alto! Quieres acaballo.

CLARINO. ¿A mi padre he de negallo
dando tanto a los cristianos?

ABENZAR. Digo que he de obedecerte.

(Vase.)

CLARINO. Si no, no me obedezcáis;
yo os haré que me temáis
con el temor de la muerte.
No hay atajo sin trabajo,
ni bien que no tenga mal,
que en esta vida mortal
el más alto cae más bajo.
Heme aquí que de desnudo, (2)
de pobre cautivo y preso,
me ha resultado un suceso
como desearse pudo.
Imaginando que estaba
mi suerte ya en lo mejor,
el demonio velador
dentro en mis entrañas cava,
no para dejar mi ley,
que el pérfido no se atreve,
como ve que no me mueve
ni codicia ni ser rey;
mas éntrase por un lado
difícil de resistir;
pero no podrá salir
con su intención el malvado.
Yo estoy en el aposento
adonde la Infanta está
durmiendo con el Bajá,
y yo par dellos hambriento.
Y como, en fin, es la mora
tan gallarda y bella moza
y a cada paso retoza
con el perrazo que adora,
y yo contino presente
viéndola desmelenada,
juguetona, ocasionada
y yo de ordinario a diente,
no sé qué ha de ser de mí,
ni si he de tener gobierno,
que la voy mirando tierno,

(1) "Engaños" no es consonante de "cristianos".

(2) En el texto, "he destruído".

que es lo que jamás creí.
Dios me tenga de su mano,
que, según la galga es,
no es mucho que dé al través
sin mirar que soy cristiano.
Y luego viene el Bajá
con un semblante risueño,
llamándola dulce dueño,
mi bien, mi gloria, mi Alá,
y ella Mahoma, Mahomo,
diciéndole mil ternezas;
yo pasando mil flaquezas,
sabe Jesucristo cómo.
Dios me alumbre de su luz,
que, en estando en su presencia,
le diré por resistencia:
¡Ah, perra! ¡Cata la cruz!

(Vanse todos.)

JORNADA TERCERA

(Salen ROSALÉN, ARMIDORA *y* ABENZAR.)

ARMIDORA. Digo, Bajá, que no puedo
defenderme un punto dél.
Inviále ya de Argel.

ROSALÉN. ¡Y que viva éste sin miedo!
¿No le bastó lo que ha hecho
de daño a toda esta tierra,
sino me quiere hacer guerra
en mi alma y en mi pecho?
Un vil y bajo cristiano
que ayer cautivé desnudo,
¿tal intento tener pudo
y viva yo por su mano?

ARMIDORA. El nunca se ha descompuesto
para caso torpe o feo;
pero muéstrame un deseo
amoroso y deshonesto.

ABENZAR. No me espanto ¡por Alá!
que como está allá encerrado
y contigo ocasionado,
y no tiene por acá
ningún entretenimiento,
puede mucho la ocasión,
que al más justo hará ladrón
un injusto pensamiento.

ROSALÉN. Menester es despachalle,
que el perro es determinado.

ARMIDORA. Si no, ved lo que ha mandado
desde que quisiste honralle.

ABENZAR. Y ya no puede durar
mucho lo que le tendremos,
que hoy sin duda acabaremos
y le podremos inviar.
Que si él no se descompone,
siendo segura Armidora,
no hay de qué temer agora.

ARMIDORA. Menester he quien me abone.
Pero, paso, que Clarino
sospecho que viene aquí,
quizá buscándome a mí.
No le salgáis al camino,
sino encubríos un rato,
y veréisle requebrarme,
y salid luego a ayudarme,
y reñilde aqueste trato.

ROSALÉN. Bien dices. Oyele agora,
veamos cómo procede.

(Apártanse los dos, y sale CLARINO.)

CLARINO. No es mucho que aquí me quede.
¡Válgate el diablo por mora!
De noche a rezar empiezo
en no viendo esta mujer;
pero en volviéndola a ver
se me olvida lo que rezo.
En fin, el diablo ha podido
herirme por do intentó.
Por moro no me cogió
y por mora me ha cogido.

ARMIDORA. ¿No ves que te pueden ver?
¿A qué salís por acá,
que el Rey anda fuera ya?

CLARINO. ¿Qué tengo ya que perder?
El alma tengo perdida
en tu poder desleal,
y si al alma tratas mal,
¿por qué miras por la vida?
Mejor será que me vea
el Rey y toda su gente
y dé un castigo inclemente
como tu alma desea.
No es este amor en mi mano,
Dios sabe que no lo ha sido,
y que yo me he resistido
por ser mora y yo cristiano.
Pero de manera está
mi pecho en tan gran aprieto,
que a nadie tengo respeto,
ni a lo que debo al Bajá.

ARMIDORA. Pues a quien puedes tener
el respeto verdadero
es a mí, que no te quiero
ni te tengo de querer.

Y pues no basta tu ley
y olvidas el ser cristiano,
si eres rey, eres mi hermano,
si no, yo hermana del Rey
y tú un cautivo desnudo
vestido para un disfraz
vil, abatido y capaz
que merecerme no pudo.
Esto te puede mover
y la honra del Bajá.

(Descúbrense ABENZAR *y el* BAJÁ.)

ROSALÉN. Clarino, ¿razón será,
pues sabes es mi mujer?

CLARINO. (Sin duda ha sido celada
para cogerme los tres.
¡Alto! Venga el golpe, pues,
será por fuerza penada.)

ROSALÉN. Pues, Clarino, ¿tal intento
hubo de caber en ti?
¿No me debes tanto a mí
como yo en mi pecho siento?
¿Parécete que es razón
ser tú amigo doblado
a quien tan bien te ha tratado?
¿Es esta la obligación
de hacerte rey, de cautivo?
¡Bien me has querido pagar
en sacarte de la mar
medio muerto y medio vivo!
¡Muy bien te acreditaste
de hidalgo y noble, cristiano,
con un hecho tan villano!

CLARINO. ¿En amores buscas fe?

ABENZAR. La fe firme y verdadera
con el amigo constante,
siempre ha de ser un diamante,
perfeta, limpia y entera.

CLARINO. Señores moros, yo veo
que he sido culpado en esto;
pero ¡por Dios! que eché el resto
en resistir mi deseo
todo lo que pude, a fe.
Y cuando no pude más
me derribó Satanás,
que fué terrible traspiés.
Y, en efeto, es la verdad
que sólo le he dicho amores
y pedídole favores,
principios de voluntad.
Ella ha sido tan honrada,
que saltó como una cabra,
y yo les doy mi palabra
de jamás decille nada.

ABENZAR. ¿Qué quieres dar a entender?
¿Que tú no puedes contigo
resistirte que a un amigo
llegues jamás a ofender?
No debe de ser flaqueza,
sino malicia y mal trato,
que, viviendo con recato,
donde hay honra no hay bajeza.

CLARINO. Pues de dos, la una le doy.
Que se encierre el otro un poco,
veré si sale tan loco
como agora yo lo estoy.
¡Cuerpo de Dios, con mi abuelo!
Estánme los dos brindando,
delante mí revoleando,
ya en la cama, ya en el suelo...
¡Cómo el desapasionado
a dar consuelo se ofrece,
el que fácil le parece
lo que padece un cuitado!
Bajá, la mayor disculpa
que doy de mi pensamiento,
es que en grande sentimiento
vengo a conocer mi culpa.
Y digo que desde aquí
te seré muy fiel amigo;
mas trae tu esposa contigo,
que no me confío de mí.
Que el que rige el corazón
no sabe de puntos de honra;
antes se aplica a deshonra
una abrazada intención.

ARMIDORA. Paso, que viene mi hermano.
Bajá y Clarino, ¡alto!, fuera.

ABENZAR. Si es él, Rosalén, espera.—
Hazte luego soberano,
que la Infanta se irá luego
y solos nos dejará
para que acabemos ya
de pegar al Rey más fuego.

ROSALÉN. Pues yo me subo al momento.
Tú, amores, te puedes ir,
porque habemos de reír
el pasado y este cuento.

(Vanse el BAJÁ *y* CLARINO, *y salen* ANGULEMA *y otros* MOROS.)

ANGULEMA. Porque antes que sea mayor
este daño, es menester
que le hagamos proveer
de un discreto curador,
que éste podrá gobernar

juntamente con la Infanta.
No, la soga a la garganta,
lo queramos remediar
cuando Argel esté perdido
y no tengamos remedio.
Este es, señores, el medio
que mejor me ha parecido.
Para aquésto os he juntado,
y he gustado de topar
a la Infanta y a Abenzar.
Será aquí comunicado
lo que a propósito venga
para atajar este mal,
que en negocio universal
mirarán lo que convenga.

MORO 1.º Todo el mundo está fiado
de tu voto y proceder.

MORO 2.º Puedes el tuyo ofrecer
dentro en tu voto cifrado.

ARMIDORA. ¿Qué junta es ésta, Angulema?

ANGULEMA. Bella Infanta, procurar,
si es posible, remediar
necesidad tan extrema.
Queremos que el Rey, tu hermano,
de curador se provea,
porque el reino no se vea
en poder de algún extraño.
Que de suerte el daño crece
y va menguando su seso,
que es este el menor suceso
de los que el Rey nos ofrece.
El reino se junta aquí
para tratar sólo desto
con resuelto presupuesto
de darte el gobierno a ti.

ARMIDORA. Agradezco tan buen pecho.
Muy bien lo podéis tratar.

ANGULEMA. Aquí te puedes sentar
porque quede todo hecho.

ARMIDORA. (Ya es menester, Abenzar,
que se abrevie esta maraña.
que hay resolución extraña.)

ABENZAR. (Hoy se tiene de acabar.)

(Siéntanse todos, y la INFANTA *en medio de todos, y* ABENZAR *junto a ella.)*

ANGULEMA. Digo, poderosa Infanta,
que ha ordenado la ciudad,
viendo tanta novedad,
y viendo pérdida tanta,
de que se busque algún medio
a sucesos tan contrarios,
y nombró sus comisarios
para tratar del remedio.
Estos nobles moros son
los que la junta ha nombrado,
para que con más cuidado
hagan esta comisión.
Y así, el camino mejor
que a todos ha parecido,
habiéndose conferido,
es de darle curador,
y que éste sea Abenzar,
como sagaz, cuerdo y diestro,
salvo mejor voto vuestro,
que por él se ha de pasar.

ABENZAR. Yo, Angulema, os agradezco,
y [a] aquestos moros también,
de que ese cargo me den,
y no porque lo merezco,
ni lo tengo de aceptar,
que donde Angulema está,
que es un traslado de Alá,
no tenéis más que buscar.
El lo puede ser mejor,
y así le nombrad a él,
que no hallaréis en Argel
otro tan buen curador.

ANGULEMA. No seré, ni es justa ley.
Vuestra voluntad recibo.
Vos, sí, que sois el archivo
de los consejos del Rey.

MORO 1.º No tienes voto contrario,
ni es bien excusarte más.

MORO 2.º Tú, sin duda, lo serás,
pues es lo más necesario,
y que la infanta Armidora
gobierne todo el Estado,
que del todo está trocado;
sólo se resuelve agora.

(Sale el REY, *solo.)*

REY. (¿Cómo? ¿Concilio en mi sala,
y sin mí? ¡Mahoma santo!
¿Ya puede llegar a tanto
tu ira y mi suerte mala?
¿Y mi hermana y Abenzar
juntos con ellos sentados?
¿Si están los dos trastornados?
Pero no pueden estar,
que Abenzar nunca ha perdido
memoria y entendimiento.
De mi triste hermana siento
que ya el mal le habrá cogido.
Mas quiero disimular
sin darme agora a entender,

hasta primero saber
lo que es.) ¿Hermana? ¿Abenzar?

ABENZAR. ¡Oh, señor, qué fuera andas!

REY. Y espantado vengo aquí
de ver tanto moro ahí.

ABENZAR. Pues diles palabras blandas,
que sabed que tratan ya
de nombrarte curador,
que imaginan que su error
en ti, y no en ellos, está.
Aprueba lo que dijeren
y háblales blandamente,
que tu hermana está presente
a todo lo que hicieren.
Porque la quieren hacer
del reino gobernadora
entre tanto que mejora
tu juicio, y es menester,
porque con esto sosiegan,
y ella lo hará mejor,
y hácenme tu curador.
Si con esto se sosiegan,
brava ventura sería.

ARMIDORA. Señor, yo vine a hablallos,
y fué ventura amansallos.
que con la presencia mía
y razones que aquí dije,
concedieron siempre en todo.
Con que tú estás deste modo,
que a mí en extremo me aflige,
sé muy bien a sosegar (1)
con que gobierne el Estado
y con que quede nombrado
procurador Abenzar.
Ello es, sin duda, planeta
que reina en aquesta tierra.

REY. Del cielo viene la guerra,
que no es la causa secreta.
Yo quiero hablalles, Infanta,
y aprobar lo que se hace,
y decir que satisface
mi pecho su intención santa.

ABENZAR. Bien dices; llégate allá,
que será satisfacción
de que estás más en razón.

REY. Estéis todos con Alá.

ANGULEMA. Déjanos besar tus pies.

REY. No; ninguno se levante,
que en caso tan importante,
de tal honra y interés,
no tengo yo de estorbar,
sino ayudaros a eso,
porque en las cosas de peso
siempre deseo acertar.
Haced esos nombramientos
como mejor os parezca,
que no es justo que padezca
el reino mis desatientos.
Ello es, sin duda, que Alá
ha querido castigarme.
¡El mismo quiera sanarme!

ANGULEMA. (Que en su seso agora está.)

MORO 1.° (Contento es verle y tratalle.)

MORO 2.° (Luego le dará otra tema.)

MORO 1.° (Porque se vaya, Angulema,
que en yendo puedes hablalle.)
Bien tienes, Rey, entendido
que el reino, y esta ciudad,
siempre de tu voluntad
un justo nivel ha sido.
Y viendo el daño, que va
cada día a ser mayor,
quieren darte curador.

ABENZAR. ¡Remédielo todo Alá!

ANGULEMA. Que nuestro pecho atesora
tal amor para contigo,
que Mahoma es buen testigo...

REY. (En su seso están agora.)

ANGULEMA. De que a cada cual nos duele
esta desdicha, de suerte,
que más queremos la muerte
antes que el reino se asuele.

REY. De todo estoy satisfecho.
haced en eso y en todo
lo que quisierdes, de modo
que hagáis justicia y derecho.

(Vase.)

ANGULEMA. Sin duda que se sintió
en este punto indispuesto,
pues tan de golpe y tan presto
se fué.

MORO 1.° Y cómo lo creí yo,
que lo mostró con su extremo.
Basta, que se entró alterado,
y de vello tan airado
lo temí.

ANGULEMA. Y yo le temo,
que como manda y desmanda,
podrá en un momento ser
de contrario parecer.

ABENZAR. ¡Es lástima ver cuál anda!

ANGULEMA. Infanta, ¿si está hechizado?

(1) Este verso está errado. Quizá dijese: "yo los vine a sosegar".

ARMIDORA. No hay sobre qué sospechar,
ni quién se los pudo dar.
ANGULEMA. Como le vemos casado
con quien jamás se creyera,
sospechamos algún mal.
ARMIDORA. No, amigos, no creáis tal,
que luego lo deshiciera.
Especial, que Serafina
es noble y hidalga mora,
y, como yo, siente y llora
de ver que el Rey desatina.

(Sale CLARINO, *de rey.)*

CLARINO. (Alborotado va el perro
desde que la galga honrada
le descubrió la celada
y le confesó mi yerro.
Gallarda la junta está
y yo lindo enredador;
esto es dar al Rey tutor,
que me lo dijo el Bajá.)
ANGULEMA. ¿No veis? Ya vuelve a salir
quizá con nueva mudanza.
ABENZAR. No hay que tener confianza.
ARMIDORA. Abenzar, tú le harás ir.
ABENZAR. Señor, el reino te pide
que mientras resuelven ésto,
desocupes este puesto.
CLARINO. ¿Y el reino se descomide
a que me mandéis a mí?
ABENZAR. Yo por orden suyo hablo.
CLARINO. Váyase el reino al establo,
que yo quiero estarme aquí.
Disparates importantes
deben [de] ser los que hacéis.
¿A qué juntado os habéis?
ANGULEMA. Ya lo supistes denantes.
Que era darte curador
por verte tan indispuesto.
CLARINO. ¿Yo indispuesto? Lindo es esto.
¡Oh, pueblo infame, traidor!
Pues de Mahoma reniego
si no os hago que os postráis.

(Póstranse todos los MOROS *por el suelo.)*

ANGULEMA. Por ver, Rey, que renegáis
y que en nuestra fe estáis ciego.
CLARINO. Pues ¿qué querían los perros?
¿Que adorase el zancarrón?
Linda es la congregación,
añadiendo yerro a yerros.
ABENZAR. (Clarino, ¿qué te va en esto?
¿Nos quieres alborotar?)
CLARINO. (Que el Bajá quiere acabar,
que está vestido en el puesto
y díjome que saliese
a echar estos moros fuera.)
ABENZAR. (Pues disimula y espera.)
Señor, si tu gusto es ése,
iránse luego de aquí,
que allá se podrán juntar.
CLARINO. (Echalos luego, Abenzar,
no quede ninguno aquí.)
ANGULEMA. (Mirad qué presto revoca
todo lo que aquí aprobó.)
MORO 2.° (Que siempre esperaba yo
aquesta mudanza loca.)
ABENZAR. Señores, el Rey no quiere
que más en palacio estéis,
que después os juntaréis
allá donde os pareciere.
Sin hablalle os podéis ir
no dé en otra novedad.
ANGULEMA. Vos allá le gobernad,
que le sabréis bien regir.
Idos saliendo despacio,
haciéndole acatamiento,
no le dé otro movimiento
y se alborote el Palacio.

(Vanse todos uno a uno por delante de CLARINO, *haciéndole el acatamiento a uso de moros.)*

CLARINO. ¡Oh, qué gran risa me toma
de ver los perros cuál van,
al uso de su Alcorán,
hechos frailes de Mahoma!
ABENZAR. ¿Así has querido tratar
los comisarios de Argel?
CLARINO. Estaba ya tan cruel,
que los mandara pringar.
ARMIDORA. Vete, que el Rey sale acá.
ABENZAR. Tú te quedarás aquí.
CLARINO. Luego se vengan tras mí,
que estará en pena el Bajá.
ARMIDORA. ¿Cómo no me dices nada
de tu padre?
CLARINO. Es largo el cuento.
Está el viejo más contento
de la máquina inventada
que en toda mi vida vi,
y dice que su figura
hará con desenvoltura
tanta, que te gane a ti.
ARMIDORA. Vete, que después habrá
tiempo para tratar desto:
Acaba ya; vete presto,

no te tope el Rey quizá.

CLARINO. El anda tan asombrado,
que quizá le espantaría.

(Vase.)

ABENZAR. Pues hoy ha de ser el día
de enredar más lo enredado.

ARMIDORA. En fin, el Rey no barrunta
sino que aquesto es verdad,
visión y divinidad.

(Sale el REY, solo.)

REY. ¿Acabóse ya la junta?

ABENZAR. Sí, señor; ya se acabó,
y mira tú cuál están
pues que curador te dan,
y tan vil como soy yo.
Extraños son sus dislates
y, en parte, estoy consolado
de ver que en guerras no han dado
como dan en disparates.
Que si con tanta locura
dieran en hacerse mal,
fuera un daño universal,
sin rienda, medio ni cura.

(Asómase el visión del BAJÁ por lo hueco del altar.)

ROSALÉN.

Escucha, Rey; escucha, Rey, atento,
que Mahoma segunda vez me invía
con segundo mandato y orden nueva.

ARMIDORA.

Hermano amado, ¿qué visión es ésta?

REY.

Nuevo dolor el alma me penetra.

ABENZAR.

Sin duda, Rey, que perecemos todos.

ROSALÉN.

Movido, pues, Mahoma de estos daños,
queriendo moderar su justa ira,
ya que con desposarte con mi hermana
en su honra quedó restituída,
agora queda por pagar mi vida.
Vida tienes de dar por recompensa
para que cese el general estrago.
Esa inocente hermana, esa inocente
has de sacrificar en la mezquita,
y su sencilla sangre derramada
por mano de Abenzar ha de ser luego
por que con esta víctima Mahoma
temple el rigor y furia de su pecho;
y tus vasallos salgan de este estrecho,
también ordena que al momento hagas,
tú y los más principales de tu reino,
pública penitencia y sentimiento,
haciendo el sangriento sacrificio
en recompensa del pecado público.
Mira por ti, que yo vuelvo a Mahoma;
dale satisfación y ejemplo toma.

(Vase.)

REY. Espera, visión gloriosa.
Sacrifíquese mi vida,
y no mi hermana querida,
que no tiene culpa en cosa.

ARMIDORA. No sin causa, hermano amado,
me venció luego el temor,
que con un mortal sudor
se cubrió mi cuerpo helado.

REY. Abenzar, brava sentencia.
¿Terrible mi culpa ha sido?

ABENZAR. Grande, pues has merecido
tal daño y tal penitencia.
Y determínate luego
a obedecer y callar,
no venga, acaso, a abrasar
todo tu reino con fuego,
que por mayor beneficio,
sin duda, permite Alá
llevarse la Infanta allá
por sencillo sacrificio.

REY. ¿Qué corazón, qué diamante,
qué pecho de peña viva,
hay, Abenzar, que reciba
hoy un golpe semejante?
¡Oh, mi hermana! ¡Oh, mi alegría!
Muera yo, el reino perezca,
y no sin culpa padezca
nadie por la culpa mía.

ARMIDORA. ¡Hermano de mis entrañas!
Sin que Alá lo permitiera
por vos contenta muriera.

ABENZAR. ¡Oh, muestras de amor extrañas!
(También es linda embaidora.
¡Pobre Rey! ¡Cuál te traemos
en tan medrosos extremos!)

REY. Infanta, hermana y señora,
no es posible que yo viva
si Alá manda que tú mueras,
porque de mis ansias fieras
nacerá mi muerte esquiva.
Que Mahoma supo al cierto
hacer su venganza cierta,
pues en viéndote yo muerta

me verán los hombres muerto.
Y muerto con más rigor,
pues tu muerte un golpe crudo
será con un filo agudo,
y en mí muchos de dolor.

ARMIDORA. Hermano, vos viviréis,
que esto importa; pues Alá
lo ha determinado ya,
por que el reino gobernéis.
Que yo haré poca falta,
y así, gusto de morir.
(Di, Abenzar: ¿sé bien fingir?
¿Descúidome? ¿Caigo en falta?)

ABENZAR. (Antes temo yo caer,
porque me caigo de risa
de ver cuán presto y aprisa
lo sabes tan bien hacer.)

REY. ¿Qué dice, Abenzar, mi hermana?

ABENZAR. Señor, por no entristecerte,
trata conmigo su muerte.
Que muere de buena gana,
satisfecha y consolada,
de ver que Mahoma ordena
librar el reino de pena
con su sangre derramada.
Y tanto consuelo toma,
que ya rabia por morir,
que quiere esta noche ir...

REY. ¿Dónde?

ABENZAR. A cenar con Mahoma.

REY. ¡Ah, bendito corazón!
¡Tu virginidad sencilla!

ABENZAR. Su pecho me maravilla.

REY. Alto. En tan triste ocasión,
cumpliendo con el preceto
de nuestro profeta santo,
cúbrase el reino de llanto,
consígase el triste efeto.
Vístanse todos de jerga
y encenícense sus caras.

ABENZAR. Con esto el reino reparas
y del daño se reserva. (1)

REY. Tal sentimiento se haga
con tanta demostración
de mi dolor y aflición,
que a Mahoma satisfaga.
Id todos a la mezquita
y esta reliquia llevemos,
donde la sacrifiquemos
por prenda suya bendita.

ARMIDORA. Yo tendré, hermano querido,
en el cielo tal cuidado
de vos y este reino amado...

REY. Eso, hermana amada, os pido:
que luego que estéis allá
con Mahoma intercedáis.

ARMIDORA. Ven, Abenzar.

ABENZAR. (¿Dónde vais?)

ARMIDORA. (A dormir con el Bajá.)

ABENZAR. ¡Oh, ánima sin segundo!
Mahoma, sin duda, creo
que mora en vuestro deseo.
Sí, que no es cosa del mundo.

(Vanse todos, y salen CLARINO *y* SERAFINA.)

CLARINO. Haz que me despachen ya,
que me harto de ser rey,
y no quiero que en mi ley,
por esa Infanta, quizá,
haga algún delito feo,
porque se resiste mal
la inclinación natural
aguzada del deseo.

SERAFINA. Quítate esos agujones
con un garrote muy bien,
que mi hermano Rosalén
no sufrirá sinrazones.

CLARINO. Señora reina, y al Rey,
que os puede mandar matar,
¿así le habéis de tratar
con ese respeto y ley?

SERAFINA. ¿Cuándo pensaste de ti,
para que asina te atrevas,
llevar las joyas que llevas?

CLARINO. Ni tú ser reina por mí.
Todos habemos ganado
en esta mercaduría,
y la mayor granjería
llevas tú, pues has reinado.
Y si quieres que más diga,
yo vine a ser de desnudo
rey pegado con engrudo;
tú, reina y mujer de amiga.
Yo he sido el instrumento
de toda tu buena andanza.
Que ya viste tu esperanza
derramada por el viento.

(Sale el BAJÁ.)

ROSALÉN. ¡Oh, reina y hermana mía!
¿Qué hacéis [tan] sola aquí fuera?

SERAFINA. ¿Anda buena la quimera?

ROSALÉN. Todo el mundo desvaría.
Ya, hermana, que en la ofrenda
tenéis parte.

(1) "Reserva" no es consonante de "jerga".

SERAFINA. ¿Cómo así?
ROSALÉN. Sí, que habéis de ir hoy allí
a ofrecer mi amada prenda.
SERAFINA. ¡Oh, qué alma tan contrita
tiene el Rey con este engaño!
ROSALÉN. Y, hermana, hoy cesa el daño.
Hoy se acaba en la mezquita
el rigor desa sentencia.
SERAFINA. Y ¿cómo me he de sufrir,
hermano, yo, sin reír?
ROSALÉN. Vestida de penitencia.
Forzaos y disimulá,
no se dañe nuestro intento.
Idos, no os busquen a tiento
y a los dos nos vean acá,
pues no falta cuasi nada
para tener mi bien cierto,
y no al embocar del puerto
perdamos vida y armada.
SERAFINA. Voime, pues.

(Vase.)

ROSALÉN. Vete volando,
porque me dijo Abenzar
que empiezan moros a entrar,
y te estarán esperando.
Ya se te acerca, Clarino,
también y en fin la jornada
de tu patria deseada.
CLARINO. No pienso ver el camino,
Bajá, según lo deseo,
porque, sin duda, mi esposa
estará muy temerosa
con fantasmas del deseo.
ROSALÉN. Vamos, amigo, de aquí,
que debajo del altar
los dos habemos de estar.
CLARINO. De lo que me toca a mí
puedes estar descuidado,
que estoy diestro, Rosalén.
ROSALÉN. Pues ya tu padre también
está, Clarino, ensayado.
Todo nos ha sucedido
cual veamos lo que queda.
CLARINO. ¡Plega a Dios que te suceda
a tu voluntad medido!
ROSALÉN. Vamos, que la rogativa
debe de ir a la mezquita.
Aunque su ofrenda bendita
veré yo en mis brazos viva.
CLARINO. ¡Vive Dios!, que pensé yo
que embaimientos tan galanos
cupieran sólo en cristianos,
y éste me desatinó.

(Vanse. Corren una cortina, adonde ha de haber un altar donde esté el cofre con el zancarrón de Mahoma como caja de reliquias, y van saliendo MOROS *metidos en costales con jerga y ceniza en las cabezas y caras, y ceñidas sogas y cadenas, y* ABENZAR *con una espada desnuda y un lienzo para tapar los ojos a la* INFANTA, *y luego el* REY *con jerga, y cadena y soga y una vela en la mano, y al fin, todos, la* REINA SERAFINA *y* ARMIDORA, *con corona de laurel y palma, y inciensa el* REY *el altar y dice.)*

REY. ¡Oh, huesos del fundador
de nuestro santo Alcorán!
De estos siervos que aquí están
alza la ira y furor.
No mires a mi pecado,
profeta divino y santo,
sino a mi dolor y llanto,
que con sangre lo he llorado.
Esta víctima y ofrenda
que quieres por satisfación, (1)
te ofrece mi corazón,
por que su dolor no entienda
que con gran fuego le atiza
el mirar que te ofendimos,
y en fe de esto nos cubrimos,
cual ves, con jerga y ceniza.
Presenta este sacrificio
y nuestra humilde oración
ante Alá y pide perdón
de mi desorden y vicio.
Y que mi salud estrague,
como mi juicio estragó,
el reino, que no pecó,
por mi delito no pague.
Verás mi arrepentimiento,
en la voluntad profana,
en dar sangre desta hermana
en humilde ofrecimiento.
Y a ti, Bajá soberano,
que con Mahoma reposas,
ofendido destas cosas
por esta violenta mano,
seme agora intercesor
y por este Rey aboga,
pues tanta cadena y soga
manifiesta mi dolor.
Todos con los corazones
hacen humilde oración
y está cada corazón
pasando sus devociones.
No puedo, hermana, hablaros,

(1) Sobra una sílaba. Como en otros casos, quizá deba leerse "quies", y no "quieres".

que revienta el alma mía,
y es pena que el agonía
aun no me deja miraros.
Un triste abrazo me dad,
triste, pues es el postrero.

ARMIDORA. Hermano, contenta muero,
que es divina voluntad.

SERAFINA. Querida infanta Armidora,
abrazadme.

ARMIDORA. Y vos a mí.

SERAFINA. (Yo muero de risa aquí
de ver al Rey cómo llora.)

ARMIDORA. Haz, Abenzar, ya tu oficio,
que será la dilación
de mayor gusto y pasión.

(Pónense todos los MOROS *de rodillas, pechos por tierra, y el* REY *pónese un lienzo en los ojos, como quien está llorando.)*

ABENZAR. ¡Oh, sangriento sacrificio!
Si por mandado del Rey
este cargo se me diera,
a mi Rey no obedeciera
y traspasara su ley.
Pero pues Mahoma santo
para esto me escogió,
harélo, Infanta, aunque yo
muera aquí deshecho en llanto.
(Con aqueste lienzo quiero
los bellos ojos taparte,
que en verte, Infanta, deste arte,
como tú, de risa muero.)
Alzad los ojos arriba,
moros, en vuestra oración,
y pedid con devoción
que Mahoma lo reciba.

(Alzanse los MOROS.)

Alguna sacra deidad
pone, sin duda, en mi brazo
este estorbo y embarazo.
¡Milagro! ¡Piedad! ¡Piedad!
No puedo mover la mano
a tirar el golpe crudo.
Tu arrepentimiento pudo
mover a Alá soberano.
Ya está amansada su ira.
Dad mil gracias a Mahoma,
que nuestra voluntad toma.

REY. Su gran clemencia me admira.
¿Que el brazo se te detuvo?
¿Que no lo puedes mover?

ABENZAR. No he tenido yo poder:
divino poder lo tuvo.

REY. Alto, pues, vasallos; luego
la boca en la tierra: orad
y a Mahoma gracias dad,
pues le movió nuestro ruego.
Que vuestra oración recibe,
y con mi arrepentimiento
cesó el suceso sangriento,
y mi hermana amada vive.
¡Hola, amigos! Empecemos.
Con lágrimas de alegría
venceréis la tierra mía.

ANGULEMA. Todos, Rey, te seguiremos.

ARMIDORA. (De risa tus invenciones
digo que me ahogan ya.)

ABENZAR. (Infanta, muy bien está
la piara de lechones.
Pues Clarino y Rosalén
no deben de gana estar
en el hueco del altar.)

ARMIDORA. (No lo pasarán muy bien.)

(Asómase el BAJÁ.)

ROSALÉN. (¿Cómo va de penitencia,
Abenzar, bravo verdugo?)

ABENZAR. (Ya a Mahoma le plugo
de revocar la sentencia.
Acaba. ¿Cómo no sales?)

ROSALÉN. (De risa no he de poder.)

ABENZAR. (Acaba, que es menester
vaciar aquestos costales.)

ROSALÉN. (Ea, pues; que yo tampoco
me hallo aquí soterrado.
Corona y palma os han dado,
virgen sois, no falta poco.)

CLARINO. (Sáquenme ya o saldré,
que me ha mordido un ratón
mayor que no el zancarrón,
que me llevó medio pie.)

ROSALÉN. (Paso; ¿quieres destruírme,
Clarino, de aquesta guisa?)

CLARINO. (Dense a los milagros prisa,
o juro a Dios de salirme.)

(Asómase CLARINO *por debajo del altar, y dice el* BAJÁ.)

ROSALÉN.

Alzad, ¡oh, moros!, las humildes frentes,
que ya Mahoma a vuestros ruegos blando
concede vida a la inocente Infanta
y a mí me invía a asegurar el reino.

REY.

Sagrada imagen del que fuí homicida,
en la demostración de mi república

y en mi persona preminente y pálida
verás el sentimiento de mi pecho
y el deseo que quedes satisfecho.

ROSALÉN.

Considera, pues, el gran profeta
enmienda tuya y de tus tiernas lágrimas
movido Alá, no quiso castigarte
como tu grave culpa merecía.
De en medio de las ondas rigurosas
fuí sacado de un ángel de Mahoma,
que fuiste tú el castigo y instrumento
a quien Alá le dió tu forma misma
para cizaña de tu reino y pecho.
No perdiste el juicio, ni tu gente
tampoco le perdió, como creíste.
Esta visión y este divino espíritu
todos tus mandamientos revocaba,
y a ti y a tus vasallos engañaba.
Hoy cesó por mi ruego este castigo
y la muerte de tu inocente hermana,
a quien permite Alá que yo reciba
por esposa, que son secretos suyos,
y que en tu reino viva y permanezca
y que por largos siglos te acompañe
sin que ya tu rigor te empesca y dañe.

REY. Si del cielo no viniera
esa nueva, Rosalén,
no creyera tanto bien
ni cosa humana creyera.
Que con prenda soberana,
no mirando mi delito,
ordenando Alá bendito
que puede casar mi hermana.
Déjame besar tus pies,
si soy digno de besallos,
que, hermano, reino y vasallos
más tuyo que mío es.

ROSALÉN. No, gran Rey, quiero abrazarte,
que hoy acabas de penar.

REY. Con miedo voy a llegar.
Por reliquia he de tocarte.

ROSALÉN. Vos, dulce hermana, abrazadme.

SERAFINA. ¡Oh, dulce hermano glorioso!
(¡Embaidor y mentiroso!)

ROSALÉN. Vos, Infanta, llegá y dadme
la mano de dulce esposa.

ARMIDORA. Tu indigna esposa seré,
aunque merece mi fe
ser de esta prenda gloriosa.

REY. Echales tu bendición
a éstos que han padecido
y llevan de tu vestido
reliquia, como es razón.
Dales a besar la mano.
Ea, moros venturosos,
llegad todos presurosos;
Gozad el bien soberano.

ROSALÉN. Bendígaos Mahoma, amén;
que a vuestros padres y abuelos
he visto poblar los cielos,
que todos vivieron bien.
Resta, Rey, sólo una cosa
para tu satisfación,
y es que salga la visión
para su región gloriosa.
Verás un retrato vivo
tuyo que Alá soberano
hizo con [su] propia mano
en un ángel tan al vivo,
que de tu reino el extraño
ha podido sujetar,
que le quiso sustentar
Mahoma con este engaño.
Un cristiano viejo está
en la mezquita con él,
bien miserable infiel,
a quien la mar tragará.
Aquéste le ha de llevar
en un barco adonde ha de ir,
y al cielo ha de subir
y el cristiano ha de expirar
en la misma parte adonde
aqueste ángel bajó
y de muerte me libró.

REY. ¡Grandes misterios esconde
Mahoma en su santo seno!
Y qué, ¿le podremos ver?

ROSALÉN. Sí, que aquí ha de parecer.

REY. Estoy de sentido ajeno.

ROSALÉN. No tienes de qué espantarte,
porque de divinidades
no admiran dificultades.
Escucha, Rey, a una parte.

"A ti, visión, que en la celeste máquina
fraguada fuiste por venganza mía
del divino poder que nos gobierna,
y aquí con tu venida hiciste efeto
y de los inocentes agraviados
restituídas dejas honra y vida,
a tu región te vuelve luego al punto
y de mi parte da cumplidas gracias
a nuestro gran profeta, cuyo pecho
al de mi hermana y mí ha satisfecho.

ANGULEMA. (¡Oh, galano desconcierto!

Piensa que es mucho y se admira.)
ABENZAR. (Calla y lo que pasa mira,
si no quieres quedar muerto.)
ROSALÉN. Arrodillaos, moros, presto,
que sale el ángel divino.
ARMIDORA. (¡Extremado va Clarino!)
ABENZAR. (¡Qué derecho va y compuesto!)

(Salen CLARINO *y* CLARINEO, *su padre, y llévale con una liga atada a la garganta, y él muy derecho y muy disimulado, y híncanse todos los* MOROS *y el* REY *de rodillas, y dice* CLARINO.)

CLARINO. ¡Ah, Rosalén! Manifiesta
si está de todo tu pecho
justamente satisfecho.
Dadme luego la respuesta.
Porque Mahoma, indignado,
quiere castigar al Rey
y a todo su reino y grey
hasta que quedes vengado.
ANGULEMA. (Esta ha sido gran traición,
que a fe que no me cogieran
si primero me dijeran
que hablaba la visión.)
ROSALÉN. ¡Oh, viva imagen de Alá!
Por Mahoma que te partas,
que satisfaciones hartas
tengo de mi intento ya.
Dad las gracias a Mahoma
de toda esta bienandanza
y de cómo mi venganza
tan a su cargo la toma.
CLARINO. Pues todos imaginad,
y tú, Rey, también entiende
que el que a Rosalén ofende
ofende a Su Majestad.
REY. Angel glorioso, aquí estoy
humilde y en cruz las manos,
que a recaudos soberanos
sola esta respuesta doy.
CLARINO. (¿Hay cuento más extremado
ni mayor gusto que ver
lo que han venido a creer
tanto moro encostalado?)
Vive ya, Rey, con recato;
de hoy más, escarmiento toma.
Quedad todos con Mahoma,
que no lo compráis barato.
Quedad con Dios, Armidora,
que ¡vive Dios! si dos días
estuviera, que tú habías
de perdonarme, señora.
Con chapines de Valencia
y sebo para las manos
te inviaré a dos cristianos.
ARMIDORA. (¿Aún dura la impertinencia?)
ABENZAR. (Andá, perro, pues lleváis
más joyas que merecéis.)
CLARINO. (Perros, aquí rabiaréis:
para quien sois os quedáis.)

(Vase CLARINO *con su padre.)*

ANGULEMA. Yo soy tu amigo, Abenzar.
Decí: ¿es verdad este cuento?
ABENZAR. (Callá, que es todo embaimiento;
pero conviene callar.)
REY. Este milagro se escriba
donde los demás están,
y en nuestra ley y Alcorán
por profeta se reciba
el glorioso Rosalén
como embajador de Alá,
que este nombre se le da
y en mi reino se le den,
y en la misma procesión
por la plaza te llevemos
y a todo Argel te enseñemos,
que será gran devoción.
Y hágase fiesta luego
y escríbase al Gran Señor
este regalo y favor
que he alcanzado con mi ruego.
ROSALÉN. (Oye, Abenzar; yo quería
decir que te hagan morir
por primera profecía.)
ABENZAR. (¡Por Alá, he de descubrir
toda esta bellaquería!)
ROSALÉN. (Paso, que es negocio grave.)
ARMIDORA. (¿Eres del alma la llave
y temes? Necio has andado.)
ROSALÉN. Quédese el Rey engañado
y nuestra industria [se] alabe,
con que la comedia acabe.

AQUÍ DA FIN LA COMEDIA DE LA "VENGANZA PIADOSA"

COMEDIA

DE EL GRAO DE VALENCIA

COMPUESTA POR

LOPE DE VEGA

FIGURAS SIGUIENTES

CRISELA, *dama*.
LEONORA, *dama*.
CRUZATE, *escudero*.
DON FÉLIX, *caballero*.
RICARDO, *caballero*.
JARIFE, *moro*.
ZULEMA, *moro*.
GUADAMO, *moro*.
ZARTE, *moro*.
DON JUAN, *caballero*.
Dos CRIADOS *del* REY DE ARGEL.
Tres SOLDADOS *cristianos*.
DON PEDRO, *caballero*.
El capitán LEONARDO, *padre de* CRISELA.
El REY DE ARGEL.
Dos criados de GUADAMO, *que no hablan*.
Un PAJE *de* DON JUAN.
ARRÁEZ, *hermano de* GUADAMO.
Un PÍCARO, *que no habla*.
Dos CAUTIVOS *cristianos*.
Un PAJE *de* LEONORA.

PRIMERA JORNADA

(Salen CRISELA, LEONORA *y* CRUZATE, *escudero.)*

CRISELA. ¿Qué te parece del Grao?
LEONORA. Que aun es mayor que su fama.
¡Cuánto caballero y dama!
CRISELA. Puédese hacer un sarao.
LEONORA. Holgado me he por extremo
de haber visto el mar.
CRISELA. Es bravo.
LEONORA. De ver su furia no acabo;
desde la orilla le temo.
¡Válame Dios!, que esto es
de quien dicen tantas cosas.
CRISELA. Mira, sus ondas furiosas
baña en su agua tus pies;
llega, bien puedes llegar;
entra, Leonora, a la orilla,
por que, en llegando a Castilla,
digas que entraste en la mar.
LEONORA. No me rempujes, por Dios.
¡Qué honda debe de ser!
¡Cruzate!
CRUZATE. ¿Qué es menester?
LEONORA. Que os pongáis junto a las dos,
que de caer tengo miedo.
CRUZATE. Por esta arena, señora,
¿no vas más segura agora
que en las cuestas de Toledo?
LEONORA. El coche, ¿dónde se va?
CRUZATE. Por la puente de la vuelta.
LEONORA. De volver estoy resuelta.
CRISELA. Creo que te cansas ya.
LEONORA. No es por eso.
CRUZATE. Pues ¿qué tienes?
LEONORA. Yo me entiendo; vámonos.
¡Ya caí, téneme, ay, Dios!
CRISELA. ¡Jesús, qué enfadosa vienes!
¿No ves que hasta el agua me en- [tro?
LEONORA. Del mar tengo miedo, pues
no me coja de los pies
y dé conmigo allá dentro.
CRISELA. ¡Oh, melindre castellano!
LEONORA. Pues ¿tú no ves que resbalo?
CRISELA. Dime: ¿Tenéis tal regalo
por vuestra tierra el verano?
LEONORA. Lo que es huertas y jardines
cuanto los ojos desean,
donde ordinario pasean
mil rostros de serafines;
pero el mar, si no es pintado,
no trates de ver el mar.
CRUZATE. Bien hay donde pasear:
buen río, ribera y prado.
LEONORA. La Huerta del Rey es buena,
con mucha fruta escogida,
por cuya margen florida
el Tajo murmura y suena;
mas dura tan poco el verde
por el insufrible hielo,
que apenas se pinta el cielo
cuando los esmaltes pierde.
Aquí todo el año entero
parece sereno abril,
pues tenéis árboles mil
más copiosos por enero;
allá crisola al setiembre

todo lo que mayo muda;
pues pregúntale si suda
al escarchado diciembre.
Sin duda que aquesta tierra
debe de ser paraíso
donde el cielo, en parte, quiso
mostrar el poder que encierra.

CRUZATE. Yo, señora, no imagino
que puede ser tierra mala
a quien ninguna se iguala
en sabrosa carne y vino.
¿Pues el pan de perlas finas,
que sólo, a secas, sustenta?
Si hace frío, el sol calienta,
y en los montes hay encinas.

LEONORA. ¿Quién os mete en eso a vos?
¿No ha de haber conversación
sin pan y vino y carbón?
Dejadlo, hablemos las dos,
que yo os prometo, Crisela,
que tal vuestra tierra es,
que a Castilla en sólo un mes
ningún pensamiento vuela.
Sólo de menos he echado,
y me hace soledad,
el trato y llana amistad
más recibido y usado.
¿Cómo os va con los galanes?
¿Qué rostro hacéis al festeo?

CRISELA. El que veis en el paseo:
melindre, risa, ademanes.

LEONORA. Pecados de agua bendita.
¿Y con eso se sustenta
un alma de amor hambrienta?

CRISELA. Sí, amiga, después de ahita.

LEONORA. Sin duda que el dios de amor
cuando salió del profundo
anduvo corriendo el mundo
buscando lugar mejor,
en Valencia se quedó
con el vicio de la tierra,
que cuerpo de santo encierra.

CRISELA. Y Portugal, ¿qué pecó?
Pero allí hay gente que importe
y acá viene desvalida;
picá y decí, por mi vida,
un poco al uso de corte.

(*Salen* DON FÉLIX *y* RICARDO.)

FÉLIX. Quiéreme bien, como os digo.

RICARDO. Llegá, que bien estoy cierto
que veréis el cielo abierto
teniendo el portero amigo.
Pero, decidme: ¿Quién es
la compañera?

FÉLIX. Hablad quedo:
castellana y de Toledo;
lo demás sabréis después.

RICARDO. ¡Bravo talle!

FÉLIX. Razonable,
y dice bien su razón.

RICARDO. Buscadme alguna ocasión
para que la vea y hable.

FÉLIX. ¿Cuál mejor que la presente?
Llegá, que entre tanto quiero
ver los ojos por quien muero,
si su luz me lo consiente.

RICARDO. Pues ¿no hay más sino arrojarme
a que me tire dos coces,
y meta el negocio a voces,
y venga el viejo a matarme?

FÉLIX. En eso piensa el cuitado:
esa fuera la defensa.

RICARDO. ¡Oh, cómo don Félix piensa
que está ya todo allanado!
Mándame esperar la bala
de la escopeta más recia,
y no de una mujer necia
un "¡Váyase noramala!"

FÉLIX. Partirémosla los dos;
no se os dé nada, llegad.

RICARDO. Esa no fuera amistad.
¿Todo ha de ser para vos?
No os desviéis, que recelo,
pues hablalla se me antoja,
que si la mula se enoja
dé con los dos en el suelo.—
Por cierto, señoras mías,
que fué gran bien para mí...
(¿Comienzo bien por aquí?)

FÉLIX. (Y acabaréis en tres días.)

RICARDO. Hallar tan fuera del mar,
y entre las mismas arenas,
dos tan hermosas serenas,
para escuchallas cantar.

LEONORA. De carne somos, señor;
el camino habéis errado.

CRISELA. ¿A buscar anda pescado?
Debe de ser pescador.

RICARDO. Esa es toda mi comida,
sólo en pescado me empleo;
que el ayuno del deseo
hace cuaresma la vida.

LEONORA. Hermano deciplinante,
cofrade del dios Cupido,
muy de viernes ha venido:

pique otra venta adelante.
FÉLIX. (El lance en balde condeno.)
RICARDO. (Dejádmele remediar.)
LEONORA. ¿Serena viene a buscar?
Debe de andar al sereno.
RICARDO. Confieso que me perdí.
LEONORA. Es de ruines a la orilla.
RICARDO. (¡Es posible que en Castilla
son las mujeres así!)
FÉLIX. (Si picardean tantico
suelen, al que es más discreto,
tener corrido y sujeto
con la agudeza del pico.)
RICARDO. (¿Queréis que me desenfade?)
FÉLIX. (Y la haréis quedar con vida.)
LEONORA. (¿Queréis vos que le despida?)
CRISELA. (¿No sufriréis que os enfade?)
LEONORA. (Que os importa apostaré.
¿Cuál es de esos dos, Crisela,
el que os abrasa y os hiela?)
CRISELA. (El que tiene menos fe.)
LEONORA. (¡Y sé yo cuál tiene más?)
CRISELA. (De todos los hombres digo.)
RICARDO. (A dar el papel me obligo.
Esperadme aquí detrás.)
No os cause enfado, por Dios,
mi razón, hermosa dama,
que no vengo a ganar fama
de que la tuve con vos,
sino a ocupar el lugar
que dejó algún desdichado,
o ya por haber tardado
o ya por no le avisar;
y en cortesía también
puede mi error perdonarse.
LEONORA. Que está mal sin ocuparse
vacío de tanto bien.
RICARDO. Vos misma sois el juez.
LEONORA. Ya venís más reportado
y, al fin, no tan serenado
como la primera vez.
RICARDO. No os espante que tan loco
llegase, señora, a hablar,
que también fuera a acertar
tener vuestra vida en poco,
y el error remediarélo
con volveros a llamar,
no ya serena del mar,
mas luz serena del cielo.
LEONORA. Eso que os salva os condena;
quiérome alzar, pues no pierdo
que sois Ulises muy cuerdo,
y engañaréis la serena.
FÉLIX. (¿Qué puedo ya pretender?
¡Por Dios, que el cuento es gallardo!
Doile el papel a Ricardo
y hale dejado caer.
¿Hay tal descuido?)
CRISELA. ¡Ah, señor!
Un papel se os ha caído.
RICARDO. ¿Yo papel?
FÉLIX. (Descuido ha sido,
para mi daño, el mayor.)
CRISELA. ¿No es vuestro?
RICARDO. Si mío fuera
no se me cayera así,
que vengo muy sobre mí.
LEONORA. ¡Sobre vos! ¿De qué manera?
RICARDO. Nada perdonáis, en fin.
LEONORA. Harto ha sido perdonaros...
RICARDO. ¿Qué, mi reina?
LEONORA. El preguntaros
si era caballo o rocín.
RICARDO. No hay falta que no me tape
hacerme de esa librea;
lo que quisiéredes sea,
como de jumento escape.
LEONORA. Pero decidme, ¿es billete
ese papel?
CRISELA. Creo que sí.
LEONORA. Cayóse, sin duda, aquí
al descuidado alcagüete;
o a la dama se cayó,
que agora, por dicha, llora:
lo que reiremos agora
si sois del voto que yo.
RICARDO. Mas ¿qué? ¿Queréis que lo vea?
Pues ¿quién no gusta de ver
un billete de mujer
si es necia?
LEONORA. Por más que sea,
que, al fin, es mujer rendida
y a describir lo que siente...
RICARDO. Letra es de hombre.
LEONORA. ¡A ver!
RICARDO. Detente.
LEONORA. Hasta la letra es fingida.
Lee sus palabras locas,
que ya espero que le abras,
porque todos sois palabras.
RICARDO. ¿Y obras no?
LEONORA. Ruines y pocas.
RICARDO. Ahora bien: él dice así.
FÉLIX. (¿Hay enredo como aquel
que a voces lea el papel
que tan secreto le di?)

RICARDO.

"Tanto ha crecido mi deseo imposible, que ya no se contenta con los pasados favores de vuestras escasas manos; haceldas más liberales de la hermosura que Dios os dió; pero si no, pediré a las mías que con mi muerte acaben de enfadaros y emportunar a las vuestras. Diez días ha que está vuestra ventana cerrada, y diez mil años que para mi cuerpo no hay vida, y para mi vista alegría, y para mi entendimiento memoria; escribidme si es por mi causa o por la vuestra, que en lo primero daré disculpa y en lo segundo daré remedio."

LEONORA. No escribe mal.
CRISELA. No, a fe.
¿Queréis que el papel le pida?
LEONORA. Pídeselo ¡por mi vida!
CRISELA. Vuesa merced me lo dé.
RICARDO. De buena gana, por cierto.
Reílde allá más despacio.
FÉLIX. (Basta, que han hecho palacio
de mi papel encubierto.)
CRISELA. ¿Cómo se respondería,
Leonora, aqueste papel?
LEONORA. Yo, conforme al dueño de él
viviera en el alma mía.
RICARDO. De cualquier suerte que sea,
gustaré de ver agora
cómo respondéis, señora,
porque vuestro ingenio crea.
LEONORA. Pues ¿de improviso queréis
que responda? No está bueno.
CRISELA. Y más a papel ajeno,
muy mal os entretenéis.
Mas ya que es de vuestro gusto
tan nueva conversación,
a vuestra ajena pasión
responda propio disgusto:
quiero responder aquí
por la pena en que me veo.
FÉLIX. Esa respuesta deseo.
CRISELA. Escuchad, que dice así.
FÉLIX. (¡Qué discreto responder
y por qué gallardo modo!
Amor, que lo sabes todo,
nadie te iguala en saber.)

CRISELA.

"De mis escasas manos se ha quejado
quien tiene el alma que le dieron ellas,
y si sólo el amor ha reservado,
de sí se queje quien se queja de ellas.
La ventana cerró mi padre airado,
que celos pide al sol, y a las estrellas
tiene por sospechosas, porque piensa
que hablan de vos conmigo y en su ofensa.
Mañana manda que a vivir me vaya
donde alojada está su compañía,
y salga de Valencia sin que haya
quien de término alguno alcance un día.
Ya sabes, el castillo, el mar, la playa,
el peligro, el lugar, el alma mía,
allí me podéis ver mientras reposa
la soldadesca de la costa ociosa."

LEONORA. Por cierto que ha respondido
más al propio que pudiera
cuando el papel suyo fuera.
CRISELA. Verdad es, que no es fingido.
FÉLIX. ¡Oh, respuesta de mi muerte!
La industria te perdonara,
que me ha de costar más cara
que si fuera de otra suerte.
¡Triste de mí!
RICARDO. Mejor tenga
el dueño de ese papel,
señora, respuesta de él,
por más que a sus manos venga.
A ser papel para vos,
buen trago se le esperaba.
CRISELA. Con esto mi bien se acaba.
Mejor les vaya a los dos.
Dos coches vienen allí.
Señor, con vuestra licencia.

(Vanse CRISELA *y* CRUZATE, *y queda* LEONORA.)

RICARDO. ¿Podré veros en Valencia,
castellana?
LEONORA. Creo que sí.
RICARDO. ¿Dónde?
LEONORA. Al correr del mar.
RICARDO. ¿Fortuna habré de correr?
LEONORA. No, que bien podéis traer
la carta del marear.
RICARDO. Pues ¿qué? ¿Queréis que os escriba?
LEONORA. ¡Oh, que hacéis de preguntar!
¡Adiós!
RICARDO. Pues ya tengo mar,
fálteme tierra a do viva.

(Sale CRUZATE.)

CRUZATE. Ya está en el coche Crisela,
¿qué aguarda?
RICARDO. ¡Oh, viejo ruin!
LEONORA. Descorchóseme un chapín.

CRUZATE. ¿Y pegábale la suela?

(Vanse CRUZATE *y* LEONORA.)

RICARDO. ¿Don Félix? ¿Don Félix? ¡Hola!
¿Duermes?

FÉLIX. No, que el mar arriba
con mis pensamientos iba
por entre una y otra ola;
que me he pensado anegar,
heme pensado perder,
¿quién me hizo responder?
¿quién me hizo preguntar?
¡Ay, Crisela! ¡Que te vas,
y para tan larga ausencia,
de mi alma y de Valencia,
y que no he de verte más!
¿Qué dije? ¿Que no he de vella?
Téngola de ver y hablar
si se pone todo el mar
en medio del alma y della.
Que Leandro seré yo,
y, si ella quiere alumbrarme,
no hay mar que pueda estorbarme
llegar adonde él llegó.
Este capitán de costa
que aquí tan celoso ves,
piensa que esta mar no es
para mis brazos angosta.
Soy monte y amante ciego,
con la mar mi fuego prueba.
¡Vive Dios, que me la beba
y que no me mate el fuego!
¿Qué remedio me dais vos
en esta pena inhumana?

RICARDO. ¿Para hablar la castellana?
Eso pensaba ¡por Dios!

FÉLIX. ¿Qué decís?

RICARDO. Que adoro en ella.

FÉLIX. No me faltaba otra cosa.

RICARDO. Y que es por extremo hermosa,
y pierdo el seso por ella.

FÉLIX. ¿De esa suerte me ayudáis,
Ricardo, en esta ocasión?

RICARDO. Don Félix, tenéis razón,
con justa causa os quejáis.
Pero buen ánimo haced,
que el amor es un arroyo
y ese fuerte muro un poyo
de vieja y rota pared.
Imaginad una torre
más alta que el mayor monte,
y la mar, y el Aqueronte
que por los infiernos corre,
que todo se ha de allanar
a la fuerza de un querer.
Animo.

FÉLIX. Haréisme creer
que el mundo se ha de acabar.
¿Vos no veis que el padre y dueño
del ángel que adoro hermoso
es un hombre valeroso,
gran marítimo o isleño
enseñado a dar lanzadas
en esos moros de Argel,
que hicieran cruces dél
a ser sus lunas cruzadas?
¿Cómo, si agora la lleva
donde está su compañía,
queréis que llegue de día,
o que de noche me atreva?
¿Estáis en vos?

RICARDO. ¡Pesia al diablo!
Ella ¿quiéreos bien?

FÉLIX. Me adora.

RICARDO. Pues haced cuenta que agora
os desatan del establo.
Decid, pecador de vos,
¿a aquesta bendita gente
les ponéis inconveniente?
Mal las conocéis, ¡por Dios!
Dadme que ellas quieran bien,
que, aunque se pongan del lodo,
es lo más cierto de todo
acudir con un amén.
Duerme el viejo padre honrado
y la tierna doncelluela
en escribir se desvela
su billete almidonado.
Ronda la puerta y ventana
el hermano dentro y fuera,
y por la puerta trasera
habla el galán con su hermana.
Cierra el marido celoso
con mil llaves su mujer,
y suele el criado ser
el más sucio, el más dichoso.
Esto en mujeres que quieren
ser de aquesta condición,
que es un mal de corazón
que por su flaqueza quieren.
Que la que ha sido honrada
y tras su honra se va,
entre soldados está
como entre muros guardada.

FÉLIX. ¡Oh, qué saludable cura!
El corazón me habéis vuelto.

Ricardo, yo estoy resuelto
de probar esta aventura;
mas no se pierdan de vista.

RICARDO. Sigámoslas.

FÉLIX. Tras mí ven.

RICARDO. La mujer que quiere bien
no hay fuerza que le resista.

(Vanse. Salen JARIFE *y* ZULEMA, *moros.)*

ZULEMA.

Es, Jarife valiente, como digo,
del mundo aquesta la mejor impresa.

JARIFE.

Téngote, al fin, por el mejor amigo.
Haz cuenta que en el alma queda impresa,
y a dalle vitorioso fin me obligo
haciendo que se asienten a una mesa
el hacer y el decir, que son dos cosas
para menos valor dificultosas.
Quiero que sean mis palabras pocas,
caso, Zulema, por que siempre paran
en vanas obras las palabras locas
y el flaco pecho de su autor declaran.
Pero en materia, como digo, tocas,
con que a Dragut mis obras se equiparan.
ni sabe algún Arráez más de experiencia
en todo Argel, la costa de Valencia.
En qué lugar de aquéllos alojada
tiene ese capitán su compañía
y en qué torre de aquellas encerrada
su hija bella y la cautiva mía,
que apenas por la mar alborotada
el sol esconderá la luz del día,
cuando su espuma y agua dejen rotas
los remos de mis fuertes galeotas.

ZULEMA.

Ya te he dicho otras veces que se llama
Manzofa su lugar y alojamiento,
y el capitán Leonardo, cuya fama
deja la tierra y sube al firmamento.
Vive su hija, y esta hermosa dama
lo más del año en el lugar de asiento,
que, por estar viudo de su madre,
no la confía de Valencia el padre.
Cuando cristiano fuí, que fuí cristiano
y natural vecino de Mallorca
antes que me librase un muerto hermano,
en Barcelona de cuchillo y horca,
porque a cierta mujer corté la mano
por la codicia de una gruesa ajorca,
yo fuí guzmán de aqueste Leonardo,
y de su soldadesca el más gallardo.
Al punto que apuntaba el claro día,
bañándose la torre de arreboles,
sacaba el capitán su infantería
a ejercitar los brazos españoles.
Luego la dama a su balcón salía
acompañando el sol con sus dos soles,
y tales, que, afrentando el sol de Oriente,
los rayos escondía de su frente.
Serenábase el aire para vella,
el mar paraba por volver furioso
a tocar las murallas que por ella
adorna el pueblo humilde y venturoso.
Los caballos, furiosos más por ella
que por el son de Marte belicoso,
gustaban de obligalla a contemplallos,
que tienen este instinto los caballos.
Yo entonces, pues bien creerás, Jarife,
que, pegado a la silla, parecía
como aquel minotauro de Pasife,
tanto del mismo cuerpo me vestía.
No hay, pues, leonpardo que la cresta engrife
como el caballo alegre se ponía,
ni a su elemento sube más la llama
que yo a los ojos de la bella dama.

JARIFE.

Luego, ¿quiéresla bien?

ZULEMA.

¿Por qué lo dices?

JARIFE.

¿No dices que a los ojos te subías?

ZULEMA.

De aquesto no es razón te escandalices,
que no era yo sino centellas mías,
y aquestos son colores y matices
de nuestras españolas bizarrías,
y orgullo nuestro y cortesano oficio
a hacer a cualquier dama este servicio.

JARIFE.

Sí, pero ¿es justo que me abrase y queme
en tus centellas? No podré esperallo.

ZULEMA.

¿Mías dije?

JARIFE.

Dijístelo.

ZULEMA.

Engañéme.
Por decir que saltaban del caballo,
que cuando el acicate del pie teme
y comienza el jinete a amenazallo,

entre las piedras la herradura hiere,
sacando el fuego que en el aire muere.

JARIFE.

Dices muy bien, que, al fin, un mozo ar-
en el caballo presto pierde el seso, [diente
y a vista de una dama es conveniente
que se le finja enamorado y preso.
Yo lo estoy ya del nuevo sol de Oriente,
cuyo traslado natural impreso
del bello original puso la fama,
puso en el alma que la adora y ama.
Seis galeotas tengo en ese puerto
que el mismo rey de Argel me las envidia,
y con tales soldados, que estoy cierto
el ocio de la tierra les fastidia.
Rompan aquesta noche el mar incierto,
dando a las cuatro de Guadamo envidia,
y aunque sea capitán y hombre de estofa,
mañana estoy a vista de Manzofa.
Yo voy a hacer de suerte que podremos,
dejando el sol los argelinos cerros,
tocar al alba y desatar los remos,
cogiendo calos y zarpando ferros.
Si hay viento, los velames depleguemos;
si falta, mueran los cristianos perros,
que cuatro y cinco en cada banco llevo
y un cómitre genízaro mancebo.

ZULEMA.

Parte en buen hora, que entre tanto quedo
a aderezar las armas y un esclavo
que es natural valiente y de Toledo,
y para lengua entre un millón le alabo.

JARIFE.

Zulema, en todo asegurarme puedo
de tu valor y industria. Irás por cabo
de aquesta escuadra que ha de hurtar la joya,
por quien seré como el ladrón de Troya.

(Vase JARIFE *y queda* ZULEMA.*)*

ZULEMA. Alá te ayude y te guarde.
¡Oh, qué mal mi fuego entiendes!
Que mi pecho abrasa y arde;
pero en él al fin te enciendes,
aunque llegaste más tarde.
Si tuviera tu poder,
la hazaña que has de emprender
nunca yo te la dijera,
que si tu poder tuviera
yo me la supiera hacer.
Muero por Crisela hermosa
desde que cristiano fuí,
y tengo por cierta cosa
que si moro me volví
fué por tenella por diosa.
El la gane una por una,
que, sin que la haya en la mar,
habrá en la tierra fortuna,
y quizá vendrá a eclipsar
con sangre su media luna;
que aunque agora ufano trate
de su prisión y rescate,
vendrá a ser mi industria tanta,
que la caza que él levanta
ajena mano la mate.

(Salen GUADAMO *y* ZARTE, *moros.)*

GUADAMO. Dejadme a mí con el perro
que por donde la palabra
salió le ha de entrar el hierro,
pues cuando el pecho le abra
ha de costarme un destierro.
ZARTE. ¿Vesle, señor, dónde está?
GUADAMO. El es, retírate acá.—
¡Zulema!
ZULEMA. ¡Oh, Guadamo!
GUADAMO. Espera:
no llegues de esa manera
ni me des tus brazos ya.
ZULEMA. ¿Hanme puesto mal contigo?
GUADAMO. ¿Dónde se sufre que hagas
esto que has hecho conmigo?
¿De esa manera me pagas
el serte hermano y amigo?
ZULEMA. ¿Yo contigo?
GUADAMO. ¿No me diste
la palabra, y prometiste,
que por infinitos días
a ningún hombre dirías
la impresa que me dijiste?
ZULEMA. ¡Es verdad!
GUADAMO. Pues no se excusa
de vengarme y ofenderte.
ZULEMA. ¿Cómo ansí?
GUADAMO. ¿Dónde se usa
que me engañes?
ZULEMA. ¿De qué suerte?
GUADAMO. Tu misma razón te acusa,
porque Jarife se apresta.
ZULEMA. ¿Adónde?
GUADAMO. A la misma fiesta;
que preguntándole yo
quién se lo dijo, me dió
a Zulema por respuesta.

¡Oh, infame! ¡Malhaya el rey
por quien a ser comenzaste
de nuestra morisca grey,
que, pues que tu ley dejaste,
no eres honrado en tu ley.
Bien en tus obras se muestra
que tu bajeza te adiestra
a ser por fuerza pagano,
que nunca honrado cristiano
dejó su ley por la nuestra.
Pues una cosa te advierto,
ya que la malicia es tal,
que no aguardando el concierto,
que por sólo haceros mal,
dejaré mañana el puerto.
Pondré mis cuatro galeras
a vista de la ciudad
aprestadas y ligeras,
corriendo con libertad
sus márgenes y riberas,
para que al tiempo que vayas
a ver las cristianas playas
por donde otras veces corres,
levanten fuego las torres
y quiten las atalayas.
Que si la tierra alborotas,
ese tu amigo fiel
perderá las galeotas
y vendrán, si vuelve a Argel,
cargadas de miedo y rotas.

ZULEMA. ¿Has dicho tus disparates?

GUADAMO. Y lo que tengo de hacer.

ZULEMA. Vete con Dios. No me mates,
que allá nos hemos de ver
calzando los acicates.

GUADAMO. Y ¿cómo, pues?—Zarte, ven;
haremos que al punto den
al viento mil gallardetes,
y al lienzo de los trinquetes,
y al agua remos también.

(Vanse, y queda ZULEMA.)

ZULEMA. ¡Perdido soy, que este perro
quiere alborotar la costa!
Pues guárdese de un encierro
y no se burle a su costa,
que vale barato el hierro.
Ello se ha de remediar
con decir por el lugar
que mañana partiremos,
y a media noche los remos
vayan azotando el mar.
Porque el aviso que haya
tanto le dañe al ingrato,
que cuando a Valencia vaya
quien salga a nuestro rebato,
le guarde armado en la playa.
Voy; que cosas como éstas
requieren las manos prestas
como propios intereses.
¡Ah, cristiana, si supieses
lo que en el alma me cuestas!

(Vanse, y salen DON FÉLIX, *y* DON JUAN, *y* DON PEDRO, *y* RICARDO.)

FÉLIX. No canséis de importunarme,
que no firmaré el cartel,
si supiese que por él
los tres habéis de matarme.
Yo no estoy para torneo,
que de mi esperanza el fruto
me manda cortar un luto
sepulcro de mi deseo,
y éste arrastraré mañana.

RICARDO. ¡Válasme Dios, gran león!

FÉLIX. Yo lo soy de corazón,
y hoy estoy con la cuartana.

JUAN. ¿Qué pariente se le ha muerto?
Diga, señor mentecato.

FÉLIX. Ninguno, que yo me mato.
Mirá si en el luto acierto.

PEDRO. Y ¿cómo, si anda matado,
no le veis las mataduras?

FÉLIX. Tal me pisan desventuras,
espuelas de mi cuidado.

RICARDO. Esta vez tu discreción
ha de servirte de rienda.

FÉLIX. Tengo empeñada esa prenda
al dueño de mi pasión.

RICARDO. En casa del Regañón
entendí que nos dijera.

PEDRO. Por esa prenda no diera
dos blancas de colación;
que a fe que si se empeñara
que algunos pobres discretos
no se vieran tan sujetos
a aquella de hereje cara,
y mil necios por ahí.

RICARDO. Señalá también por vos.

PEDRO. Pues que señalo a los dos,
no me olvidaba de mí.
Muchas prendas empeñadas
como propias se trujeran.

JUAN. Iguales quedarse vieran

cuando le fueran quitadas.
PEDRO. Cuanto el vivir se comprende
durara su intento vano,
que prenda de pobre, hermano,
cuando se empeña se vende.
RICARDO. Tomad allí y empeñalde.
PEDRO. No a lo menos donde quieres,
que es discreto, y las mujeres
aun no le quieren de balde.
RICARDO. Obligado estás ¡por Dios!,
pues te han llamado discreto,
a serlo, y no estar sujeto
a lo que quieren los dos.
Firma el cartel y tornea,
que darás que sospechar
lo haces por no gastar
dos lanzas y una librea.
Ea, un sí tan largo apresta;
mira que en su nombre vengo.
FÉLIX. Y con la pena que tengo
¿tengo de salir a fiesta?
RICARDO. ¡Miren qué pierna quebrada,
qué brazo desconcertado,
qué cuerpo descoyuntado
o qué mano estropeada!
¿Eres tú solo amador,
o el primero que has amado?
¿Es estar asaeteado
esto, de flechas de amor?
Todos somos del oficio,
y ya de experiencias sé
que el que quiere con más fe
se suele quejar de vicio.
Téngole yo de decir
a tu dama estas finezas.
Con estas benditas piezas
lo mismo sirve fingir.
No penes sin para qué,
que, quien la causa te ofrece,
aun lo que ve no agradece,
cuanto y más lo que no ve.
FÉLIX. Téngome de ir de La Seo.
RICARDO. Ea, león ¡vive Dios!,
que torneemos los dos
si no firmas el torneo.
FÉLIX. No quiero que me sobornes.
Déjame estar.
RICARDO. Quiero, a fe.
FÉLIX. Ahora bien; yo tornearé
porque loco no me tornes;
pero sabe Dios si salgo
de mala gana a la plaza.
RICARDO. Ya se puede hacer la caza,
que ya tenemos el galgo.
PEDRO. ¿Dijo Píramo de sí?
JUAN. ¿Ha dicho de sí Macías?
RICARDO. A cabo de cuatro días
dió por alquitara un sí.
PEDRO. ¿Qué hay, don Félix? ¿Torneare- [mos?
FÉLIX. Quien me saca de juïcio,
me ha hecho salir de vicio.
JUAN. ¿Al fin saldremos?
FÉLIX. Saldremos.
Estoy muy de penitencia.
PEDRO. ¿Qué? ¿Quiéreste convertir?
FÉLIX. Quiéreseme el alma ir
por un año de Valencia.
JUAN. Bueno andarás desalmado.
FÉLIX. Cual sombra de espanto llena.
PEDRO. Y tu alma andará en pena.
FÉLIX. Como tuviera el cuidado.
JUAN. Pues ¿qué mejor ocasión
para salir a un torneo
que esta ausencia en que veo
mil cifras de tu pasión?
Sal gallardo ¡pesia a tal!,
que estas fiestas inventaron
amantes que celebraron
las vísperas de su mal.
Y casándose doña Ana,
que un tiempo...
FÉLIX. Paso, no más.

(Sale FLAVIO, *paje.)*

¡Flavio!
FLAVIO. ¡Señor!
FÉLIX. ¿Dónde vas?
FLAVIO. Ando desde esta mañana...
FÉLIX. (Paso, llégate al oído.)
PEDRO. ¿Quién es el paje, don Juan?
JUAN. Las señas te lo dirán.
PEDRO. No le conozco el vestido.
JUAN. Un alcahuetejo es
que no sale de La Seo.
PEDRO. El dueño saber deseo.
JUAN. Diréte el nombre después.
Vámonos de aquí al trinquete,
deja este necio enfadoso.
PEDRO. Estoy algo perezoso.
JUAN. ¿Fuiste ayer tarde jinete?
PEDRO. Vamos, que si me contenta
el partido, jugaré.
JUAN. Vamos, que a todos saldré.
PEDRO. Si me dais quince...

JUAN. Más; treinta.

(Vanse DON JUAN *y* DON PEDRO.)

RICARDO. Ya se han ido aquellos necios.
¿Qué hay de nuevo?
FÉLIX. Muerto estoy.
Trabajos de carnes, hoy,
¿para qué venís tan recios?
RICARDO. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué es esto?
FÉLIX. Crisela ha partido ya.
FLAVIO. Cerca de Manzofa irá.
FÉLIX. ¿Habrá sufrimiento en esto?
RICARDO. ¿Cuándo partió?
FLAVIO. Esta mañana.
FÉLIX. ¿Y su padre fué con ella?
FLAVIO. No.
RICARDO. ¿Por qué?
FLAVIO. No quiso ella,
que estaba de mala gana.
FÉLIX. Nunca Dios le dé salud.
¿Qué te dijo aquella boca
que esta alma ausente provoca
a más rabiosa inquietud?
FLAVIO. Mil razones que, rompidas
de los sollozos del llanto,
sin decir dijeron tanto
que mudas fueron oídas.
FÉLIX. ¿Qué? ¿Lloró?
FLAVIO. ¡Pues no!
FÉLIX. ¡Ay de mí!
RICARDO. Ea, ¿habemos de llorar?
FÉLIX. Ricardo, has de perdonar;
no puedo estar más aquí.
RICARDO. Quiero acompañarte.
FÉLIX. Ven,
que ha sido mi pena tal,
que ya no me falta el mal,
sino la falta del bien.

(Vanse y salen CRISELA *y tres* SOLDADOS.)

CRISELA. Con algún cansancio vengo.
En verdad que llego tarde.
No hagáis que la cama aguarde,
que aparejada la tengo.
Que me estaba indispuesta
y el camino por ventura
me ha dado una calentura
harto pesada y molesta.
SOLD. 1.° Debe de ser accidente.
CRISELA. De mi trabajo y desdicha.
SOLD. 2.° Fineza será, por dicha,
de la alteración presente.
SOLD. 3.° La cena y cama tendrás
en un punto aderezada.
CRISELA. No tengo de cenar nada.
Denme la cama no más.

(Sueltan una pieza de artillería.)

¿Qué ruido es éste?
SOLD. 2.° Detente.
CRISELA. No puedo, amigos, sufrillo.
SOLD. 3.° Hácete salva el castillo,
y de tu padre la gente.
CRISELA. No se dispare otra pieza.
SOLD. 2.° Ya está todo apercebido.
CRISELA. Vamos, y no hagan ruido,
que me duele la cabeza.

(Vanse y salen DON PEDRO *y* DON JUAN.)

PEDRO. Y no jugaré otra vez
si me dais chazas corrientes,
y os miran vuestros parientes
y es don Fernando el juez.
Treinta tantos que perdí,
mañana por la mañana
los daré de buena gana.
¿Basta ansí?
JUAN. Digo que sí.
Y basta cuando queráis,
que tan puntual no soy.
PEDRO. Yo sí, que obligado estoy.
JUAN. Con eso sólo pagáis.
Daca la espada, ea, pues.
PEDRO. Pequeña ha sido la tarde.
JUAN. Comenzóse el juego tarde.
PEDRO. Vení mañana a las tres.
JUAN. Si os habéis de desquitar
no me enviéis el dinero.
PEDRO. Cuando no pago primero,
después no vuelvo a jugar.
JUAN. Media hora habremos jugado,
y habrá más que anocheció.
PEDRO. Pagara otra media yo.
Confieso que estoy picado.
¿Qué habéis de hacer esta noche?
JUAN. Un poco pienso rondar.
PEDRO. ¿Y mañana?
JUAN. Pasear
hasta la mar en un coche.
PEDRO. ¿Quién va allá?
JUAN. Una castellana
que ha venido de Toledo,
que encareceros no puedo
lo que es hermosa y lozana.
PEDRO. ¿Es mujer de toda broza?
JUAN. ¡Bueno es eso! Es casamiento.

Hay mucho recogimiento,
y es una bendita moza.
Que a fe que unos ojos tiene
que descubren un deseo,
que, si es como yo lo veo,
no hay hombre a quien no se viene.

PEDRO. ¿Ella, en efeto, es doncella?
JUAN. Pues ¿qué me faltara a mí
si hubiera llegado ahí?
Basta que lo diga ella.
PEDRO. Yo le doy crédito luego.
JUAN. Ella tiene esta opinión.
Hablemos bien, que es razón.
PEDRO. De esa modestia reniego.
JUAN. No ¡por Dios!, sino que es tal,
que se ve muy bien en ella
ser hermosa, sabia y bella,
virtuosa y principal.
PEDRO. ¿Estáis picado?
JUAN. Tantico;
pero de noche estos días
tengo ciertas fantasías
que hay galán.
PEDRO. De ahí suplico.
JUAN. Si valiera apelación,
yo le echara por la esgrima
de un cantón donde se arrima,
o le arrimara al cantón.
PEDRO. Vamos esta noche allá,
que, si me lleváis con vos,
hago juramento a Dios
de arrimallo adonde está.
JUAN. Viene muy temprano al puesto,
que debe de negociar
mientras se van a cenar.
PEDRO. ¿Es alto?
JUAN. Es mozo dispuesto.
PEDRO. ¿Qué? ¿No le habéis conocido?
JUAN. ¡No ha sido posible, a fe!
PEDRO. Vamos, que con vos iré;
mudémonos de vestido.

(Sale RICARDO *arrebozado.)*

JUAN. ¿Quién va?
RICARDO. Un hombre embozado.
JUAN. ¿Es Ricardo?
RICARDO. Ya le saco
espada, broquel y jaco,
guante, casco y voleado.
PEDRO. ¡Válate el diablo, hablador!
¿Dónde vas antes de cena?
RICARDO. Voy tras un alma sin pena
de las del cielo de amor.
JUAN. No sea cuerpo del infierno.
RICARDO. Según él tiene el calor,
será de parte peor;
mas es bueno para invierno.
¿Cómo vais tan tarde a casa?
JUAN. Habémonos detenido.
RICARDO. ¿Saldréis?
PEDRO. En mudar vestido.
RICARDO. ¿Adónde?
JUAN. A ver lo que pasa.
RICARDO. A fe que vais concertados
a algún negocio los dos.
Idos en buen hora.
JUAN. ¡Adiós!

(Vanse y queda RICARDO *solo.)*

RICARDO. Solo he quedado, cuidados.
¿De qué me sirve el broquel,
el guante, casco y espada
si una mano delicada
me ha de dar golpe cruel?
Para un niño voy armado;
mas ¡ay! que es gigante fiero
y, en figura de cordero,
león de alarbe acosado.
¿Cómo muestro tanto gusto
cuando a mis amigos vengo
si dentro del alma tengo
un insufrible disgusto?
¿Soy, por dicha, el que predico
a don Félix penitencia,
doy consejos de abstinencia
y a tomallos no me aplico?
¡Oh, bella Leonora mía!
Esta es tu puerta y ventana,
haz la tiniebla mañana
y la oscura noche día.

(Asómase LEONORA *a la ventana.)*

Alúmbrame, sol divino.
LEONORA. ¿Quién habla? ¿Quién está ahí?
RICARDO. La sombra de lo que fuí,
que a vuestros rayos me inclino.
LEONORA. ¿Quién?
RICARDO. Un cuerpo valenciano
con un alma castellana.
LEONORA. ¡Oh, lisonja valenciana!
RICARDO. ¡Oh, crédito castellano!
LEONORA. ¿Qué tenéis, que en día y medio
se os muere el alma de amor?
RICARDO. En esa misma un dolor
imposible de remedio.
LEONORA. ¿Amáisme?

RICARDO. Como al vivir.
LEONORA. ¿Desde cuándo?
RICARDO. Desde ayer.
LEONORA. ¿Cuánto?
RICARDO. Cuanto puede ser.
LEONORA. ¿Cómo estáis?
RICARDO. Para morir.
LEONORA. Muy agudo sois. No quiero,
Ricardo, cuentos con vos.
RICARDO. Más lo fué el dardo del dios
de cuyas heridas muero.
LEONORA. No quiero con vos batalla;
aquí la historia se acabe,
que la perdiz luego sabe
el halcón que ha de matalla.
RICARDO. Yo no quiero que me améis,
sino que os dejéis amar.
LEONORA. Un mármol podéis buscar
si sólo amar pretendéis.
Ricardo, a ninguno amado
amor la deuda perdona.

(Salen DON PEDRO *y* DON JUAN *arrebozados.)*

RICARDO. Un hombre se me arrincona
por esta esquina embozado;
y no es uno, sino dos.
Entraos.
LEONORA. Por amor de mí,
que no haya ruido aquí.
RICARDO. No hayáis miedo.
LEONORA. ¡Adiós!
RICARDO. ¡Adiós!
PEDRO. ¿Quiere algo, señor galán,
a esa puerta?
RICARDO. Harto bien:
a que limosna me den
aguardo junto al zaguán.
¿Quieren entrar dentro?
JUAN. No;
pero quítese de ahí.
RICARDO. Agora estoy bien aquí.
PEDRO. ¿Quiere que le quite yo?
RICARDO. No han de decir sino dos,
y es muy grande perchería.
JUAN. Cualquiera solo podría,
porque es mejor que no vos.
RICARDO. ¿Mejor?
PEDRO. ¡Matalde, don Juan!
RICARDO. ¡Paso! ¿Es don Juan?
JUAN. ¿Es Ricardo?
PEDRO. ¡Por Dios, que el cuento es gallardo!
Envaine, señor galán.
JUAN. Buen mentís me llevé a cuestas.
PEDRO. ¡Qué buena danza de espadas!
RICARDO. ¡Si os diera dos cuchilladas!
JUAN. ¿Y adónde quedaban éstas?
Pero decid: ¿qué tenéis
en esta casa?
RICARDO. Una prenda
que quiero hacer encomienda
del hábito que me veis.
JUAN. Apostaré que, sabiendo
que tengo esta prenda aquí,
para burlaros de mí
habéis fingido el estruendo.
RICARDO. Es para que yo os lo diga,
porque de mí lo sabréis.
JUAN. ¿Es de veras?
RICARDO. Lo que veis.
JUAN. Don Pedro, a mucho me obliga.
PEDRO. Cosa que hagamos de veras,
las cuchilladas de burlas.
JUAN. Dime ¡por Dios! si me burlas.
No es posible que la quieras,
que ha seis días que está aquí,
y cuando a Valencia vino
la vi en el mismo camino.
RICARDO. Pues yo en Castilla la vi.
JUAN. Con mis amigos, Ricardo,
por livianas ocasiones,
no quiero malas razones.
RICARDO. Las que son buenas aguardo.
Hablemos paso, don Juan,
que he sido muy vuestro amigo.
JUAN. Usando aquesto conmigo,
pocos de hoy más lo serán.

(Sale DON FÉLIX.)

FÉLIX.

¡Oh! Si le hallase por aquesta calle;
que si por dicha en estas rejas habla.
Hora es aquesta de que ocupe el puesto.

JUAN.

¿Quién va?

FÉLIX.

¡Sí va!

PEDRO.

¿Qué gente?

FÉLIX.

Un caballero.

PEDRO.

A don Félix parece en la habla y talle.

RICARDO.

¿Es don Félix?

FÉLIX.

Amigo, ¡qué ventura
ha sido hallaros en aquesta calle!
Volved los ojos con piadosa vista
de doleros, Ricardo, de mis cosas.
Mirad aquèsa torre y Micalete
haciendo fuegos uno, y dos, y cuatro,
y desde aquí por infinito número.
Señal es ésta que en la costa hay moros,
que, según se da priesa el atalaya,
ya deben de haber hecho alguna presa.
Y no puede ser otra que la vida
que hoy se partió de aqueste muerto cuerpo,
dejando en pena por su ausencia el alma.
¡Oh, caballeros! Para agora es tiempo
de que don Félix lo que tiene vea
en esos nobles pechos escondido.
Todos sabéis qué puede ser aquesto,
y que soy desdichado sabéis todos.
Caballos toman ya muchos amigos,
y todos van la vuelta de Manzofa.
El que quisiese echarme un hierro, sígame.

RICARDO.

Buen don Félix, Ricardo te acompaña.

JUAN.

Lo mismo hará don Juan. ¿Vamos, don Pedro?

PEDRO.

¿Qué camino tomáis?

JUAN.

El de Monviedro.

(Vanse y salen JARIFE, ZULEMA *y* CRISELA.*)*

ZULEMA.

Amaina, amaina; apresta el barco, apresta.

CRISELA.

¡Ay, mísera de mí!

JARIFE.

Calla, cristiana.

CRISELA.

¡Favor! ¡Padre! ¡Favor!

ZULEMA.

¡Qué bien se ha hecho!
Jarife, demos velas a los vientos.

JARIFE.

Entra de presto, y mueran a tus manos
treinta remeros. Bogá, bogá, ¡perros!
Iza, canalla, que nos siguen; boga,
que a cualquier espalder yo le prometo
dar libertad si salgo de este aprieto.

(Vanse y salen el capitán LEONARDO DE MANZOFA *y dos* SOLDADOS.*)*

CAPITÁN.

¿Adónde estaba mi hija? ¿Qué es aquesto,
airado cielo? ¿En qué lugar o parte?
Que sola fué la desdichada presa,
ricos despojos de esta guerra infame.

SOLDADO 1.º

Dicen que estaba al fresco de la puerta,
porque toda la tarde caminando
en extremo venía melancólica.

CAPITÁN.

Ya van bogando, ¡ay, triste!, disparaldes,
pues no pueden ser más los arcabuces;
matad siquiera alguno, alguno muera
por que les cueste un hombre tal victoria,
y yo entre el fuego nuestro y el despecho
echaréme a apagarle al mar furioso,
que no es muy grande hazaña para padre.

SOLDADO 2.º

Tente, señor, por Dios. ¿Qué es lo que haces?

(Sale un SOLDADO.*)*

SOLDADO 3.º

Señor, vuelve al lugar, por que sosiegues
el alboroto y trápala de gente
que en tu socorro a toda priesa viene.
Viene el ilustre Conde de Almenara
y de Benifayón el Barón viene,
valeroso cabeza de los Vives,
de Buniol, de Nules, de Cañete,
de Faura y de Puzol y de Monviedro,
y de todo este reino, que no queda
de aqueste valle hasta Valencia un hombre.

CAPITÁN.

Ya vienen todos tarde, ya soy muerto;
todos se vuelvan, que ya estoy sin vida.

SOLDADO 1.º

No le dejéis, que del dolor podría
perder el seso y arrojarse al agua.

JORNADA SEGUNDA

(Sale el REY DE ARGEL, *y* JARIFE, *y* CRISELA, *y* ZULEMA *y algunos* MOROS *de acompañamiento.)*

REY. Agrádame la cautiva,
que es hermosa, honesta y sabia.

JARIFE. Así tu grandeza viva
que mis sentidos agravia
si de gozalla me priva.

REY. Moro, yo la pagaré.
JARIFE. Seis cautivos le daré:
tres de España y tres de Italia
y un vaso de ámbar y algalia
por que la prenda me dé
vuestra grandeza [y] la deje;
que no es bien, siendo tan justo,
de lo contrario me queje.
REY. ¿Andas por darme disgusto?
JARIFE. (¡Quién hay que tal le aconseje!)
¡Por Alá, que si entendiera
que de los presentes era
el que te aconseja tal,
que en tu presencia real
de puñaladas le diera!
REY. No malicies disparates,
sólo yo te hago la guerra;
ni de rescatalla trates,
que no hay tesoro en la tierra
con que la prenda rescates.
Junta el oro del Oriente,
y las perlas de Occidente,
y de Ceilán los rubíes,
que es darme cuatro cequíes
por la cautiva presente.
¿Seis cristianos me promete?
Ve, que yo te ofrezco siete;
escógelos de mis baños,
que los dos tengan veinte años
y los demás diez y siete.
JARIFE. ¿Piensas que yo he menester
tus esclavos? ¿Qué he de hacer,
por uno más que me das,
lo que tú conmigo harás
por absoluto poder?
Haz las arenas del mar
perlas, y los montes de oro,
y esto es lo mismo que dar
por la esclava un cequí moro;
tanto la pienso estimar.
REY. Ahora bien, mucho te igualas,
he de cortarte las alas.
JARIFE. Si tú me quitas mi hacienda,
¿no quieres que la defienda,
y más con palabras malas?
REY. Vete, genízaro loco;
que tanta conversación
te ha hecho tenerme en poco.
JARIFE. Ardiendo estoy de pasión,
casi a llorar me provoco.
De rodillas a tus pies
te pido que me la des;
mira, señor, que la adoro,
que de perlas, plata y oro
no me derriba interés.
Mira mi servicio largo
y mi fiel pecho mira;
si te he ofendido en mi cargo,
no me castigue tu ira
sin admitir mi descargo.
Y ya que tales mercedes
llevo yo por triunfo y palma,
del cuerpo en las prendas puedes,
sin ofender las del alma,
hacer que vengado quedes.
REY. Alzate, que es imposible.
JARIFE. ¡Ah, Rey áspero y terrible,
cómo mi hacienda me toma!
¡Oh, blasfemo de Mahoma!
ZULEMA. ¡Por Dios, que estás insufrible!
Salte de Palacio y calla,
que agora estás con enojo.
JARIFE. Esta vez puedes quitalla;
pero si a solas le cojo...
REY. ¿Aún no te vas?
JARIFE. Quiero hablalla.
REY. No quiero que la hables más.
JARIFE. Ya me voy. ¡Ah, gloria mía!
REY. ¿Estás aquí todavía?
JARIFE. ¡Que no he de verla jamás!
Mándame, Celín cruel,
cortar la cabeza luego,
pon mi garganta al cordel,
arroja mi cuerpo al fuego,
que eres Rey y Rey de Argel;
que pues del alma me priva
tu crueldad, no es bien que viva
el cuerpo.
REY. Deja mis pies.
¿Conmigo tanto interés
por una pobre cautiva?
Llevalde a la cárcel presto.
JARIFE. Mis servicios has pagado.
Yo voy contento con esto.
REY. Tenelde a muy buen recado.
JARIFE. Yo voy a morir dispuesto.

(Llévanle preso.)

REY. Yo le amansaré los bríos.
ZULEMA. Este morisco bastardo,
que se precia de gallardo. (1)
REY. Pues son más altos los míos.
ZULEMA. Por cierto, me maravilla;
porque bastaba querer

(1) Falta un verso para la quintilla.

tu grandeza esta esclavilla
para dártela y tener
por gran merced el pedilla.
Bien parece ingrato y ruin
de gente soberbia y sin
respeto de tu grandeza.

REY. ¡Oh, noble naturaleza!
Eres español, en fin.
Zulema, mucho te quiero,
y en fe de que yo te amaba
como a fiel verdadero,
lleva a tu casa esta esclava,
por cuya hermosura muero.
Tenla con mucho regalo,
que a mi persona la igualo;
haz cuenta que a mí me llevas.

ZULEMA. Ya creo que tienes nuevas
que en servirte me señalo.

(Vase el REX.)

ZULEMA. Ya es ido el Rey: ya se fué.
¿Conócesme?

CRISELA. Tal estoy,
que aun de mí misma no sé.

ZULEMA. No me espanto, que otro soy
y he mudado traje y fe.
Acuérdate de Tancredo,
un soldado de tu padre.

CRISELA. Apenas, amigo, puedo...

ZULEMA. Que fué a llevar a tu madre
desde Valencia a Toledo,
de donde era natural;
mira que esta seña es tal
que no hay que dudar de mí.

CRISELA. Ya te conozco. ¡Ay de ti,
por el tuyo y por mi mal!

ZULEMA. No fué sino por mi bien:
dame esas manos, señora,
o aquesos pies se me den,
pues te trujo el cielo agora
donde mis ojos te ven.
Yo soy un hombre que estuve
tal por tu amor, que en la mano
cordel y cuchillo tuve,
y por la fe de cristiano
que por tu Dios me detuve.
Mira el tiempo lo que hace,
las montañas que deshace
y las alturas que crece,
los montes que desvanece,
las faltas que satisface.
Veste aquí, que estás conmigo;
vesme aquí, que estoy contigo;
ni tú ni yo lo pensamos.

CRISELA. Verdad es, juntos estamos;
mas no en las almas, amigo.
Tú, cristiano y moro estás;
yo, esclava y cristiana soy.

ZULEMA. No tengo ser, tuyo soy;
el que tú tienes me das. (1)
Transformado estoy en ti
desde el punto que te vi,
¡ay!, moro, para adorarte,
cristiano para igualarte,
si te he de igualar ansí.
Este es público lugar;
ven a mi casa, que quiero
comenzarte a regalar.

CRISELA. De mi muerte los espero,
con esto me has de obligar.
Y ansí por justo despojo
para ti la vida escojo,
si con la muerte me obligas.

ZULEMA. No me espanto que eso digas;
quitarásete el enojo.

(Vanse. Salen GUADAMO *y* ZARTE, *moros.)*

GUADAMO.

Vuelve la barca al agua, moro, y quita
la plancha de la tierra y no se vea
desde el lugar do el atalaya habita.
Ya lo que el alma y corazón desea;
comienza a ejercitarse, señor Zarte;
quiera Mahoma que conforme sea.
Estése retirada a aquella parte
la gente que saqué de tu galera
a vista del cristiano baluarte.
Y los que agora vamos, de manera
entremos cautelosos, que ninguno
nos sienta entrar, y el que sintiere muera.

ZARTE.

Guadamo, a tiempo llegas oportuno,
puesto que ha sido a nuestra flota el viento
impacible, furioso y importuno.
Que al fin hemos llegado al salvamento
y a vista de Manzofa, adonde vive
la divina ocasión de tu tormento.
Los deseosos brazos apercibe,
que está aguardando la cautiva hermosa
y ya en los bellos suyos te recibe.

GUADAMO.

¡Ay, Zarte!, que la flota cautelosa
de Jarife traidor partió primero,
y puede haberlo sido en ser dichosa.

(1) Falta otro verso a esta quintilla.

Si no la ha derramado el viento fiero,
sin falta está gozando la cautiva
y los divinos ojos por quien muero.
Y síguese de aquesto que me priva
del bien que espero y al cristiano advierte
para que con la muerte me reciba.

ZARTE.

Déjate agora de temer la muerte,
que con la borrasquilla de ayer tarde
Jarife anduvo de la misma suerte.
Y no de tanto amor se abrasa y arde
que no se hiciese al mar, donde yo creo
que agora el tiempo y la bonanza aguarde.
Tú llegas el primero, y yo lo veo
en la quietud del pueblo y de la torre.

GUADAMO.

¡Ay! Ruego [a] Alá que cumpla mi deseo.
Que si en aquesta impresa me socorre,
Zarte, poco será que su mezquita
de paños de Damasco y tela aforre.
Mirad, vosotros, sin rumor ni grita,
a las puertas llamad, y al que saliera
cuando el aldaba de la puerta quita
echalde mano, y si gritar quisiera
tapalde aquella boca, y nadie emprenda
entrar adonde resistencia hubiese.
Y en tanto, Zarte y yo la amada prenda
del muro tan secreto sacaremos,
que un hombre apenas el suceso entienda.
Porque cuando nos sigan los extremos
de las ropas nos queden en las manos,
dando a la vela viento, al agua remos.

(Dice de dentro el CAPITÁN MANZOFA.*)*

CAPITÁN.

¿Serán, sin duda, pensamientos vanos?
¡Aprisa, disparaldes!

GUADAMO.

¡Mahoma ingrato!
Sin duda quieres bien a los cristianos.

CAPITÁN.

De aquesta vez mi pérdida rescato;
gente a la mar, que no se escape un hombre;
tocad esas campanas a rebato,
que no hay cosa que al moro más asombre.

(Salen el CAPITÁN, *y* GUADAMO, *y* ZARTE, *y otros* SOLDADOS.*)*

GUADAMO. Muy buen capitán has sido;
este es uso de la guerra,
tú defendiste tu tierra,
yo tengo mi merecido.
Mas créeme que no soy
de los que han cautivado
esa prenda que has nombrado,
bastante disculpa doy;
que si llevado te hubiera
joya del alma tan cara,
no es posible que tornara
para siempre a tu ribera,
y más que dices que fué
anoche el triste suceso.

CAPITÁN. Arráez, yo te confieso
que sin el alma quedé,
y que a tanto desconcierto
ha llegado mi sentido,
que a no te haber hoy prendido
mañana estuviera muerto.
¿De dónde eres?

GUADAMO. Soy de Argel,
y sé quién te ha hecho el daño,
que, fiado de un engaño,
vine a tus manos por él.
De un renegado instruídos
casi a un tiempo habemos dado
los remos al mar salado,
todos los lienzos tendidos.
Pero cierta borrasquilla
de agua y viento me detuvo,
mientras el contrario tuvo
valor para ver tu orilla.
Que por sólo su interés
quiso aventurar su flota,
que no estar perdida y rota,
clemencia del viento es;
que a mí su furia y rigor
me ha rompido la mesana
y llevan mi capitana
sin bauprés ni corredor.
El goza lo que yo lloro
porque hacia tierra bogué;
mas yo se lo compraré
a peso de plata y oro.
Yo soy moro que en la mar
sustento cuatro galeras
que si agora las asieras
no tuvieras que envidiar;
que Carlos, emperador
por quien esta fuerza tienes,
aunque le sobran mil bienes,
te lo tuviera a mayor.
No me quites de mi traje
ni de mi punto y respeto,

mientras volverte prometo,
a fuer de guerra, el pillaje.
Y da licencia a este moro
que parta en una fragata,
por que si no la rescata
te traiga mil marcos de oro.

CAPITÁN. Arráez, yo soy contento
de tratarte como a tal,
porque el hombre principal
merece igual tratamiento.
Y de que se parta el moro
al rescate en la fragata;
pero si no la rescata
no hay para qué traiga el oro,
que por todo el de la tierra
no saldrás de mi poder:
sólo mi hija ha de ser
el interés de esta guerra.

GUADAMO. Pues vamos, yo soy contento:
despacharé al mensajero.

CAPITÁN. Dentro de mi casa quiero
que tengas alojamiento.

(Vanse y salen DON FÉLIX *y* RICARDO.)

RICARDO. ¿Hasta cuándo ha de durar,
don Félix, aqueste encierro?
¿Es, por dicha, este el destierro
que nunca se ha de acabar?
Si tu dama está cautiva,
no es tu dama o tu mujer,
toma un poco de placer
mientras sabemos que es viva.
¿Qué sirve el encerramiento?
Que cualquier hombre que pasa
se ríe de ver tu casa
como si fuese convento.
No hagas esos desprecios,
que en dejar de tornear
has dado que mormurar
a más de cuarenta necios.
Mal lo hiciste, por Dios,
en no quebrar una lanza,
que con ser yo de la danza
lo entreoí de más de dos.
Debieras disimular
y no dárselo a entender.

FÉLIX. Muerto soy para el placer
y vivo para el pesar.
Es muy nueva mi pasión
para salir a otras fiestas,
que las mayores son éstas
para un triste corazón:
suspiros, pena y dolor,
soledad y fantasía,
lágrimas, melancolía,
celos, sospecha y temor.
¿No bastaba aquella ausencia
sin esta cautividad?
¿Era poca soledad
faltar mi bien de Valencia?

RICARDO. Muy afligido te veo;
si basta para alegrarte
yo quiero, amigo, contarte
el desposorio y torneo.
¿Quieres oír?

FÉLIX. Quedaré
de esto que conmigo lucha
libre entre tanto.

RICARDO. Oye, escucha:
que de esta manera fué.

Con don Rodrigo se casó doña Ana,
doña Ana hermosa, un ángel en belleza,
en San Martín ayer por la mañana,
y piensa un nuevo mundo en su riqueza.
La mesa fué servida a la romana,
que de Cleopatra excede a la grandeza;
llegó el sarao a su postrero punto
Valencia y lo mejor del mundo junto.
Danzó don Juan cual suele, pues se atreve
a ser galán de la mayor Leonida,
don Carlos un furioso y don Esteve
una gallarda con la bella Alcida.
Tocó el sarao creo que ocho o nueve,
danzando mi Leonora, que, vestida
al castellano traje, una pavana,
mostró muy bien la gracia castellana.
Cesó el danzar y entró del gran torneo
Celio, el mantenedor, dentro en la sala,
que en lo que fué la vista y el paseo
llevó mil ojos entre talle y gala.
Entró en su ayuda el catalán Roseo,
las cajas y los pífanos en ala
de verde y blanco a lo húngaro vestidos
con lirios de oro a trechos guarnecidos.
Hizo sus reverencias, tomó el puesto,
y luego entró con calzas de oro y pardo
y unas armas gallardas don Floresto,
con sus padrinos, Plácido y Lisardo.
Rompió tres lanzas tan ligero y presto
como se precia de galán gallardo,
mas por haber perdido cierta pieza
perdió su dama el precio.

FÉLIX.

¡Gran tristeza!

RICARDO.

Tras éste y dos leones que las manos
de un Cupidillo doman, Timbrio asoma,
diciendo en unos versos castellanos:
"Con tal blandura los rebeldes doma."
Don Claudio a dos salvajes inhumanos
para padrinos y defensa toma,
las armas blancas y la calza verde.

FÉLIX.

¿La letra?

RICARDO.

"Entre éstos vive quien me pierde."

FÉLIX.

Malicia fué de sus parientes necios.
¿Ganó algún precio?

RICARDO.

Bien quebró una lanza;
pero ganar pudiera treinta precios
según entró cargado de esperanza.
Entraron tras de aquél los dos Lucrecios,
vestidos de mortal desconfianza,
calzas pajizas, blancos toneletes
y negros los grabados coseletes.
Todas las plumas blancas y amarillas
y las armas sembradas de unas flores
que llaman en Castilla maravillas,
que las dieron sus talles bien mayores.
Hicieron cuatro lanzas veinte astillas,
y sus espadas fueron las mejores.
Ganó doña Guiomar una guirnalda,
y un escofión finísimo doña Alda.

FÉLIX.

¡Qué celos tendrá de eso doña Elvira!

RICARDO.

No soy primero en mormurar los celos;
mas el galán Estacio nos admira,
que sacó los colores de los cielos.

FÉLIX.

¡Por Dios! que han sido burlas y mentira;
no tiene que llorar ajenos duelos.
¿Sacó calzas azules?

RICARDO.

Y bordadas
de unas sierpes de plata eslabonadas.
Don Serafín salió con una fama
llena de lenguas, ojos y armas bellas,
porque era el tonelete, el humo y llama,
y el peto y espaldar con mil centellas.
Las encarnadas calzas le recama
unas cifras de perlas que por ellas
a trechos asentadas unas hojas
le descubrió las entretelas rojas.
Alejandro salió con mil serpientes,
carros, peñascos, tigres y elefantes,
con letras y epigramas diferentes.
Admirando los ojos circunstantes
echaron llamas de alquitrán ardientes,
y fueron sus padrinos dos gigantes,
calzas y plumas blancas y leonadas,
armas, espada y lanzas barnizadas.
Entró un gallardo mozo que remata
las riquezas y galas excesivas,
con una calza azul turquí y de plata,
bordadas unas ondas y aguas vivas;
los blancos y turquís penachos ata
con una cifra de su nombre altivas;
la letra dice: "Entre éstas y por éstas."

FÉLIX.

Con tantas aguas, mojaría las fiestas.

RICARDO.

Tres caballeros de armas negras fueron
con penachos y negros martinetes,
los que de gala el premio merecieron,
con calza negra y negros toneletes,
porque de vidrio y abalorio hicieron
con briscadillos, brichos y filetes
el más rico bordado que yo creo
que se haya visto en fiesta ni en torneo.
Todas las guarniciones plateadas
hasta de las correas las hebillas.
Fueron sus lanzas y armas estimadas.
Los dos ganaron cuatro gargantillas,
y el otro, para ser bien empleadas,
ganó de piedras de oro dos manillas,
que presentó don Félix a Leonora,
la castellana que Ricardo adora.

FÉLIX.

¿Y fuistes vos?

RICARDO.

El mismo, a tu servicio.

FÉLIX.

¿Y qué hizo don Juan?

RICARDO.

Murióse, helóse;
mas en la folla anduvo el sacrificio,
que se pensó vengar, y arrepintióse.

FÉLIX.

¡Por Dios, que estoy sin alma y sin juicio!
Tú me has forzado a que me atreva y ose

a salir por las calles descubierto;
el cielo me has con esa fiesta abierto.
Esténse allá cautivos mis amores,
que yo ni tengo fustas ni dineros
para poder matar los robadores
ni navegar los mares extranjeros.

RICARDO.

Eso sí ¡pesia a tal! Vive y no llores,
que no eres tú Roldán ni don Gaiferos.
Estése Melisendra entre sus moros,
y llórala con bastos y con oros.

FÉLIX.

¡Hola! Toma esta ropa, Fernandillo,
y dame un ferreruelo.—¿Adónde iremos?

RICARDO.

¡Ya de tu libertad me maravillo!

FÉLIX.

Hacia Pedricadores ir podremos.
Guardárala su padre en el castillo.
¿Era su dueño yo? ¿Tantos extremos
tengo de hacer y tantos desatinos?
¿Era yo Durandarte, o Calaínos?

(*Vanse y sale* JARIFE *y* ZULEMA.)

JARIFE. Bien se ha visto mi paciencia.
ZULEMA. ¿Al fin te dió libertad?
JARIFE. Con tal que de la ciudad
no salga sin su licencia.
¿Qué te parece del perro,
cómo trata al más amigo?
ZULEMA. Que te dió poco castigo
para igualar a tu yerro.
Fué tu cólera muy ciega,
y más con un rey de Argel.
JARIFE. Soy tan bueno como él.
ZULEMA. Y mejor, ¿quién te lo niega?
Mas el hombre cuerdo y sabio
nunca con quien manda rife,
que es cosa triste, Jarife,
quedarse con el agravio.
A mí me estás obligado,
que, en partiéndote de allí,
le dije y le respondí
lo que anduvo demasiado.
¡Cuál estaba! ¡Si lo vieras!;
que aun agora tiemblo yo
de pensar que me sufrió
fieros y palabras fieras.
Pero al fin me tuvo miedo,
y creo que hacerme guarda
de esta cristiana gallarda
fué conocer lo que puedo.
Mucho me debes.
JARIFE. No sé,
Zulema, con qué palabras,
menos que el pecho me abras,
te pueda mostrar mi fe.
Conozco mi obligación,
y, para pagalla, creo
que tienes en mi deseo
fianzas del galardón.
Haz que salga mi cautiva,
o la cautiva del rey,
pues lo permite la ley,
que de ese nombre me priva,
que quiero a solas hablalla,
y tú vuelve de aquí a un rato.
ZULEMA. Sea ansí, mas con recato.
JARIFE. ¿Recato?
ZULEMA. Sí, de guardalla.

(*Vase* ZULEMA.)

JARIFE.

No tiene tanta miel Atica hermosa,
algas la orilla de la mar, ni encierra
tantas encinas la montaña y sierra,
flores la primavera deleitosa,
lluvias el triste invierno y la copiosa
mano del seco otoño por la tierra
graves racimos, ni en fiera guerra
más flechas Media en arcos belicosa.
No más estrellas tiene el firmamento
cuando la noche calla más serena,
el Alpe nieve por su frente altiva,
peces el ancho mar, aves el viento,
la Libia granos de menuda arena,
cuantos suspiros doy por mi cautiva.

(*Sale* CRISELA.)

CRISELA. ¿Mandas algo, mi señor?
JARIFE. ¡Oh, bella cautiva mía!
Adorar la luz del día
y el sol de tu resplandor;
que amenazas ya presente,
en la prisión que he tenido,
como el sol recién nacido
por las tinieblas de Oriente.
No me trates de mandar,
que, aunque por dueño podría,
eres del rey, no eres mía;
el rey te quiere comprar.
Digo el Rey cruel, injusto,
te usurpó como tirano,
que no hay interés humano

para que venda mi gusto.
¿Cómo estás?

CRISELA. A tu servicio.

JARIFE. Afables palabras tienes,
y a darme por ellas vienes
de tu noble pecho indicio,
iba a decir voluntad.
¿Tiénesme alguna?

CRISELA. Sí tengo,
no porque a tus manos vengo,
sino por tu calidad.
Tienes tan grande nobleza,
que he imaginado de ti
que no me quieres a mí
con género de torpeza.
Que cuando es aqueste amor
casto honor y noble llama,
merece que de su dama
reciba aqueste favor.
Desde el punto que me asiste,
Jarife noble, esta mano,
te vi un alma de cristiano,
lastimado en verme triste.
Si me enojaba de verte,
te ibas por no enfadarme;
si alguien osaba mirarme,
le condenabas a muerte.
Hasme sabido estimar
hasta venir a prisión,
y así, con casta afición,
te quiero y pretendo amar.

JARIFE. ¿Sabes bien de qué manera
con eso me has obligado,
que otra alma te hubiera dado
si más de un alma tuviera?
Y tanto ha podido aquí
ese noble acogimiento,
que todo mal pensamiento
huye mil leguas de mí.
Dame esa mano, que juro
por el Dios que adoro y creo,
que de mi honesto deseo
tienes cartas de seguro;
y que te adoro y te quiero
tan honestamente y más
que me quieres, aunque estás
libre del mal de que muero.
Y porque amor no es palabras,
sino verdadero obrar,
y es un ordinario hablar
decir que el pecho me abras,
mándame cualquiera cosa,
y el imposible mayor,
porque conozcas mi amor
en la más dificultosa.
Piensa una hazaña que espante,
hasta bajar al profundo;
mándame dar vuelta al mundo
desde Poniente a Levante,
porque de una misma suerte
me hallarás en todo igual,
en trabajo, en bien, en mal,
pena, gloria, vida o muerte.

CRISELA. Aquesa palabra tomo.

JARIFE. Pues ¿qué negocio me encargas?
Que no he de poner más largas
de cuanto supiese el como.

CRISELA. Es imposible.

JARIFE. ¿Qué dices?
¿Es ir al cielo, o infierno?

CRISELA. Menos.

JARIFE. Pues como un eterno
amor, del amor desdices.

CRISELA. No puede ser.

JARIFE. Sí podrá,
y habéismelo de decir,
que mi fe no ha de mentir,
que es fe que en el cielo está.

CRISELA. En Valencia está un cristiano,
don Félix tiene por nombre,
con quien estoy desposada,
si tienen alma los hombres,
porque él me dió su palabra,
con lágrimas, una noche,
y yo le entregué la mía,
quedando los dos conformes.
Pero como la fortuna
hace los desiertos montes
y en tierras inhabitables
edifica excelsas torres,
fuí de tus manos cautiva
ausente de mis amores,
cortando, cuando crecían,
tronco, rama, fruto y flores.
Labrador ha sido el tiempo
que sembró las aficiones,
tú la piedra que llevaste
en labrar mis pretensiones.
Tengo celos de una dama
que se le casaba entonces,
porque la quiso primero,
y es ocasión de ladrones.
Resuélvome, en fin, Jarife;
mira la hazaña que escoges,
en que si aquí no le tengo
me matarán mis temores.

JARIFE. Suspenso estoy de escucharte,
y, al fin, es cosa imposible;
pero hala de hacer posible
la grande fuerza de amarte.
Ya sé lo que prometí
y sé lo que cumpliré,
o la vida perderé
adonde el alma perdí.
Vete en buen hora y escribe
una memoria sucinta,
en que las señas me pinta
la calle y casa en que vive.
Y de la mía está cierta
que de ella, hasta ser difunto,
y aun después, no saldrá punto,
que en alma no hay prenda muerta.

CRISELA. Quiérome echar a tus pies;
pero dame aquesas manos,
que excedes a los cristianos
en noble, honrado y cortés.
Voime a escribir la memoria,
y créeme que de ti
me queda una eterna a mí.

JARIFE. ¡Adiós, ángel de mi gloria!

(Vase CRISELA.)

¡Por Alá, que he hecho buen lance!
Hacedme con tinta y pluma
de esta ganancia la suma,
daré de balde el alcance.
Pierdo este precio excesivo,
porque el rey mi esclava adora,
y vuelvo a Valencia agora
a ser por dicha cautivo.
Y éste, aunque es mal que promete
algún remedio y favor,
mas doy con otro peor,
que vengo a ser alcahuete.
Su galán la he de traer,
prometílo, aquésto es hecho,
¡ah, duros celos del pecho
de una atrevida mujer!
Al fin he de ir a Valencia,
porque pierdo si no voy,
fuera de ser lo que soy,
los ojos de su clemencia,
y lo que ella ha visto en mí
de nobleza es bien que estime
tanto, que a cumplir me anime
lo mucho que prometí.
Tomaré traje cristiano,
mezclaréme entre otra gente,
que sé razonablemente
el lenguaje valenciano:
diré que quiero servir
acomodado con él,
que el poder traerle a Argel
por aquí se ha de seguir.

(Sale ZULEMA.)

ZULEMA. Aqueste papel cerrado
me ha dado Crisela.

JARIFE. Muestra:
que es cierta labor y muestra
de cierta grana y brocado,
que voy a Valencia agora
y mi hacienda le he ofrecido
y es esto lo que ha pedido.

ZULEMA. Pues ¿quiere volverse agora?

JARIFE. Eso debe de querer.

ZULEMA. ¡Por Alá, divina hazaña!
Y ¿vas con seguro a España?

JARIFE. Llevo esclavos que vender.

ZULEMA. ¿Y cuándo partes?

JARIFE. Al punto.

ZULEMA. Dos te daré que me vendas.

JARIFE. ¿Cuerpos vivos me encomiendas?
Déjame, que estoy difunto.

ZULEMA. ¿Venderlos no?

JARIFE. Que no quiero.

ZULEMA. Quédate en buen hora.

JARIFE. Vete:
¡que no me basta alcahuete!

(Vase JARIFE.)

ZULEMA. ¡Qué tristeza lleva el perro!
Pues a fe que podría ser
que no la tornase a ver
si puerta y ventana cierro.
¿De esa manera agradece
la licencia que le di?
Sin duda el Rey viene aquí:
su gente y guarda parece.

(Sale el REY, *y* ZARTE *y acompañamiento.)*

REY. Estéis, Zulema, en buen hora.

ZULEMA. Bien venga tu majestad
a dar honra y calidad
a quien por su Rey le adora.
Mas mi casa no merece
que tanta merced reciba,
merécelo la cautiva
que su pobreza enriquece.

REY. Tú me debes voluntad;
a todo vengo, Zulema.

ZULEMA. Mucho en honrarme se extrema,

desde ayer, tu majestad.
REY. Esta carta es de Guadamo,
que en Valencia está cautivo;
de este moro la recibo.
ZULEMA. Tales hazañas infamo,
gran corsario de la mar,
codicia de enriquecer.
REY. Pues sepa esta vez perder
de cuantas sabe ganar.
Que si pide la cautiva
el que allá le tiene preso,
yo lo estoy del alma y seso
y de uno y otro me priva;
y no se la pienso dar
por todo el oro y la plata
con que la prenda rescata,
cautivo se puede estar.
Sólo un concierto [le] haré:
que si me da sus galeras
de proa hasta popa enteras
la cautiva le daré.
Pero quite los esclavos,
que es mucho lo que he pedido,
que de mi baño escogidos
los puedo poner más bravos.
Con esa respuesta vuelve.
ZARTE. Con esa respuesta vuelvo.
REY. Sólo en esto me resuelvo:
responda si se resuelve.
ZARTE. La fragata en que he venido
dentro del puerto me aguarda,
que ya mi respuesta tarda.
REY. ¿Daráme lo que le pido?
ZARTE. Gran cosa es la libertad;
pero mucho lo que pides.
REY. Si con su pecho la mides
no tiene el mundo igualdad.
Vete con Dios.
ZARTE. Con él quedes.
Mi venida ha sido en vano;
pero quien sirve a tirano
espera tales mercedes.

(Vase ZARTE.)

REY. ¿Cómo se halla la cristiana?
ZULEMA. Ella me dice que bien.
REY. Cuanto pidiere le den,
que es muy dama y valenciana.
Agora la vengo a amar,
Arráez, con mayores veras;
sí, vale cuatro galeras,
precio que un Rey puede dar.
¿Llora mucho?
ZULEMA. Pocas veces,
que es discreta y valerosa.
REY. ¿Hate dicho alguna cosa?
ZULEMA. Creo que bien le pareces.
Entiendo que está rendida,
según la he visto contenta,
que siempre de ti me cuenta
y me jura por tu vida.
REY. ¡Al fin me ha cobrado amor!
ZULEMA. ¿Piensas que un Rey no enamora,
y más de tu edad, y agora
si mira y hace favor?
¿Qué quieres cuatro galeras?
¿Fáltante muchas y buenas?
¿No tienes de fustas llenas
tus argelinas riberas?
Galeras podrás comprar
para hacerte poderoso;
pero rostro tan hermoso
¿dónde le podrás hallar?
REY. ¡Por Mahoma, que eres sabio!
¿Qué importan cuatro galeras
a quien colma sus riberas
con sólo mover el labio?
Háganme cuatro, y aun ciento,
de oro las podré tener,
que yo no quiero vender
las cosas de mi contento.
¿Podré vella?
ZULEMA. Cuando quieras.
REY. Téngola mucha afición.
ZULEMA. (Una lisonja a sazón
derriba cuatro galeras.)

(Vanse y salen RICARDO *y* DON FÉLIX.)

FÉLIX. Contenta queda Leonora,
habéis andado galán.
RICARDO. ¡Qué corrido fué don Juan!
FÉLIX. Y estará llorando agora.
¿Adónde tenéis la flor?
RICARDO. En el sombrero la he puesto.
Reíros: ¿qué decís de esto?
FÉLIX. Que es el lugar del favor.
En cualquier galán de fama
es la toquilla, señor,
despensa y aparador
de las piezas de su dama.
Cierto galán me decía
que se puso en la toquilla
de su dama una perrilla.
RICARDO. Sepulcro parecería.
Allá, en la corte del Rey,
he visto yo caballeros

con zapatos y morteros.
FÉLIX. Y una cabeza de buey.
¿Decíslo de veras?
RICARDO. Bien:
y un galán entre dos bandas
un majadero de randas.
FÉLIX. ¿Y el almohadilla también?
RICARDO. Y una solícita Marta,
al pasar de una carrera,
le dijo a voces si era
el título de la carta.
FÉLIX. De ahí le voy, que es azar.
Al fin vos la flor traéis,
por lo que allá visto habéis.
RICARDO. Dondequiera se ha de usar.
¡Qué corrido fué don Juan
cuando fué a alcanzar la flor,
y yo le dije:—Señor,
¿no ve que a mí me la dan?
FÉLIX. Paróse más colorado
que desposado de aldea.
Yo te aseguro que sea
su disfavor celebrado.
Dijéronle dos galanes
que acertaron a pasar:
"Ansí se suelen mancar
los mejores gavilanes."
¡Plegue a Dios que pare en bien
esta negra competencia!
RICARDO. Yo, por vivir en Valencia,
te ayudo con un amén.

(*Sale un* PAJE *de* DON JUAN.)

FÉLIX. Este paje es de don Juan.
¿Qué querrá? ¡Válame Dios!
PAJE. A buscar vengo a los dos;
creo que aguardando están.
RICARDO. Pues, paje, ¿qué carta es ésta?
PAJE. ¿De quién? De don Juan será,
que, mientras en misa está,
me mandó llevar respuesta.
FÉLIX. Sangre me falta en las venas.
Sin duda que es desafío.
RICARDO. ¿Dónde queda?
PAJE. Señor mío,
quedaba en las Madalenas.
FÉLIX. Sal y aguárdate a la puerta
mientras la respuesta escribe.—
Otro moro la cautive
y vengan nuevas que es muerta.
¡En esto andamos agora!
RICARDO. Callá, ¡por Dios! ¿Estáis loco?
¿Pensáis que estimo en tan poco
los favores de Leonora?

(*Billete.*)

"Por no empezar cosas que no se acaban, no hice anoche en aquella calle lo que haré mañana en el campo. Don Pedro y yo esperamos a don Félix y a vuesa merced en las Barracas con las armas que tenían delante de las mujeres con quien se hacen hombres."

FÉLIX. ¡Brava sentencia, por Dios!
RICARDO. Y viene definitiva.
¿Qué me decís que le escriba?
FÉLIX. Dos necedades y un vos.
RICARDO. No, no; reportaos un poco;
honremos al enemigo,
que la pluma no es castigo
de los agravios de un loco.
Quien a su enemigo estima,
mucho vence si le vence.
FÉLIX. Pruebe los filos, comience.
¿Piensa que juega a la esgrima?
RICARDO. Pues ¿qué? ¿Pícase de diestro?
FÉLIX. Es un fanfarrón gallardo;
mas el ánimo, Ricardo,
nunca le enseña el maestro.
RICARDO. Es viva la toledana.
FÉLIX. Anteayer se acicaló.
RICARDO. Esa pienso llevar yo,
que es hoja tiesa y liviana.

JORNADA TERCERA

(*Sale* JARIFE *solo, como pescador, con un remo.*)

JARIFE.

Salgo del mar a la extranjera tierra,
y dejo el alma en la dichosa mía;
aborrezco la paz, busco la guerra;
la noche adoro, desamparo el día,
y cuanto el loco pensamiento yerra,
que por seguir su vana fantasía
pierde la libertad y viene, al cabo,
a ser de injusto dueño injusto esclavo.
Estas son las arenas y la playa
de la ciudad insigne de Valencia;
este es el Grao y torre que atalaya
del Píramo morisco la inclemencia.
No sé si en tanto a las Barracas vaya,
o a la ciudad me atreva sin licencia,

que en una barca desde el mar salobre
tomé de pescador hábito pobre.
Y con aquesto salgo a la ventura,
porque ha de ser principio de una hazaña,
que sólo en ver que un loco la procura,
el mar le ayuda, el tiempo le acompaña.
Mi fragata llegó salva y segura
a vista de los árboles de España;
volvióse a Argel, dejóme en la barquilla
que, en este traje, me arrojó a la orilla.
Ir quiero a las Barracas y acogerme
entre sus pescadores cama y mesa;
piloto y marinero quiero hacerme
de una nave de trigo aragonesa.
Permite ¡santo Alá! favorecerme,
Tú, sobre cuya espalda el mundo pesa,
que a tu profeta ofrezco, pues le adoro,
una galera de marfil y oro.

(Vase y salen DON JUAN *y* DON PEDRO.*)*

JUAN. Mucho habemos madrugado;
debémosles aguardar,
porque no es desafiar
como ser desafiado.
De plazo tienen el día;
yo por la mañana vengo
porque, al fin, aguardar tengo
como aquel que desafía.
PEDRO. ¿No se os mudó la color
desque vistes las Barracas?
JUAN. Tanto, que en las piernas flacas
hizo su fuerza el temor.
Que el hombre más animoso,
pena de ser temerario,
mientras aguarda el contrario
está perplejo y dudoso;
pero en viendo relucir
los flacos sin paso atrás,
no se le ha de acordar más
de un matar y de un morir.
PEDRO. ¿Y si cuando riñe está
con temor de su deshonra?
JUAN. Ponga por blanco la honra,
y luego adelante irá.
¿Dónde quedan los caballos?
PEDRO. En ese mesón primero.
JUAN. ¿Trujistes mucho dinero?
PEDRO. Cien doblones, sin contallos.
¿Dónde iremos desde aquí
para entrar en Aragón?
JUAN. Si vence nuestra razón,
y Dios lo permite ansí,
a Monviedro, y a un lugar
adonde están dos amigos.

(Salen DON FÉLIX *y* RICARDO.*)*

FÉLIX. No es de ruines enemigos,
Ricardo, tanto aguardar.
Deben de haber madrugado.
PEDRO. ¿He de hablar?
JUAN. Hablallos puedes.
PEDRO. Bien vengan vuesas mercedes.
RICARDO. Y lo estén. ¿Hemos tardado?
PEDRO. A muy buen tiempo han venido.
¿Qué armas traen?
FÉLIX. Las señaladas;
dos capas y dos espadas.
JUAN. ¿Y el pecho?
RICARDO. El mismo vestido.
PEDRO. Todo el mundo se descubra.
RICARDO. Yo el primero.
JUAN. Yo el segundo.
FÉLIX. Yo, pues, que me mire el mundo.
PEDRO. No hay hombre que el pecho en-
Ello está como ha de estar. [cubra.
RICARDO. Señor don Juan...
JUAN. Que no es tiempo
de burlas. Yo estoy a tiempo
que me he de desagraviar.
FÉLIX. Meta mano ¡pesia a tal!
¿Agora se bizarrea?
JUAN. San Juan en mi ayuda sea.

(Sale JARIFE, *de marinero, con el remo.)*

JARIFE. ¡Qué batalla tan igual!
¡Por Dios! que estoy por dejallos;
pero riñendo tan bien
basta que un rato se den.
Procurar quiero apartallos.)
¡Afuera! ¡Afuera!
JUAN. ¡Ah, villano!
RICARDO. ¡Ah, demonio! ¡Tente afuera!
¿Cuál Hércules esgrimiera
mejor el tronco en la mano?
JARIFE. No se me mueva ninguno;
ningún hombre se me mueva,
que mataré, al que se atreva,
con el remo de Neptuno.
FÉLIX. Señores, aquéste es loco,
y acudirá gente aquí;
quédese el negocio ahí,
pues hay agravio tan poco.
JUAN. Satisfecho está mi agravio
en que me hayas conocido.
Ya acude gente al ruido.

PEDRO. Disimulad como sabio.
Tomad aquese camino
y no habléis.

JUAN. Tenéis razón.
¿Es mucho que, con pasión,
dijese algún desatino?

(Vanse DON JUAN *y* DON PEDRO.)

FÉLIX. Nuestros contrarios se han ido.
Envainad y caminemos.

RICARDO. Si alguien viniere, diremos
que los hemos despartido.
Hablad [a] ese pescador,
que me he aficionado en velle.

FÉLIX. Yo también, y deseo hacelle
algún regalo y favor.
¿De dónde sois, hombre honrado?

JARIFE. De Denia, a vuestro servicio.

FÉLIX. ¿Es pescador vuestro oficio?

JARIFE. A buscar vengo pescado.
Mas ¿por qué lo preguntáis?

FÉLIX. Vuestro término y valor
obliga a haceros favor.

JARIFE. (¡Santo Alá!)

FÉLIX. ¿Cómo os llamáis?

JARIFE. Señor, ¿no dice mi nombre?

FÉLIX. Vuestro nombre digo, pues.

JARIFE. Señor, llámome Francés.

FÉLIX. Buen talle y presencia de hombre.
¿Tenéis hacienda?

JARIFE. Ninguna,
señor, en toda esta tierra,
que anduve un poco en la guerra
y me tiene el rey alguna.
Y a fe que la estimo en tanto,
que porque aquí no la tengo
en aqueste traje vengo.

FÉLIX. (De su buen talle me espanto.)
¿Queréis servir?

JARIFE. Sí, señor,
aunque algún tiempo mandé.

FÉLIX. Y ¿qué habéis mandado?

JARIFE. ¿Qué?
Lo que un pobre pescador:
mucha barca y mucho remo,
y mucha red de pescar
pescados de tierra y mar,
que he sido diestro en extremo.

FÉLIX. ¿Sabréis, en mi compañía,
andar detrás y delante,
de noche con un montante
y con la espada de día?

JARIFE. ¡Y cómo que lo sabré!
Probadme en una ocasión,
veréis un mismo león,
un Rodamonte seré.

FÉLIX. Ricardo, el hombre me agrada;
que un mancebo, y de mi nombre,
no puede estar sin un hombre
que ciña y gobierne espada,
y más en los pasos que ando
desde anteayer con doña Ana.

RICARDO. Menester a su ventana
quien la espalda esté guardando,
que es el marido celoso.
Muy bien hacéis en llevalle,
que es mozo de muy buen talle
y sabéis que es animoso.

FÉLIX. Francés, sígueme, que quiero
que luego mudes de traje.

JARIFE. (No hay cosa a que no me abaje,
vario amor, tu yugo fiero.)
Decidme, señor, ¿por dicha
un don Félix conocéis?

RICARDO. Hasta en aquesto tenéis
sembrada vuestra desdicha.

FÉLIX. Yo soy. ¿Por qué lo preguntas?

JARIFE. ¿Vos mismo?

FÉLIX. Yo mismo soy.

JARIFE. Bien cerca de donde estoy
vi las galeotas juntas
que llevaron vuestra dama.

FÉLIX. ¡Qué pública fué la fiesta!

JARIFE. (¿Hay ventura cómo esta?
Este es: don Félix se llama.)

FÉLIX. Ahora bien; vente conmigo
y contarásme el suceso.

JARIFE. Como yo lo vi, por eso,
señor, lo pregunto y digo.
(¡Bravo principio de guerra!
No hay más bien que desear.
Yo te meteré en la mar,
o me ha de tragar la tierra.)

(Vanse y salen GUADAMO, *y* ZARTE, *y el* CAPITÁN MANZOFA *y su gente.)*

GUADAMO.

¿Que no quiso el cruel darte la esclava
menos de que le dé cuatro galeras?

ZARTE.

De tal manera presuntuoso estaba,
que te abrasara el alma si le vieras.

GUADAMO.

Aquí mi bien y mi desdicha acaba:
mi bien, en entregárselas enteras;

mi desdicha, en gozar mi libre estado,
el bien mayor que al hombre el cielo ha dado.
Mas no será posible que el Rey sea,
pasada aquesta furia, tan tirano
que, por gozar la esclava que desea,
premio tan grande me demande en vano.

CAPITÁN.

¿Cómo es aquesto? ¿El Rey de Argel se emplea
en tal maldad? ¡Ah, bárbaro, inhumano!
Y tú, perro, más bárbaro mil veces,
que lo que pide no le das y ofreces.
¿Es este el tratamiento que te he hecho?
¿Es esta la palabra que me diste?
¡Mi hija pones en aqueste estrecho
y no aventuras una hacienda triste!
Sacaréte yo el alma de ese pecho,
o me has de dar el bien que prometiste,
que aún no sabes lo que es cristiano, perro,
su vida triste, su trabajo y yerro.
Yo te pondré a los pies una cadena.—
Quitalde esos vestidos por que corra
más ligero con ella por la arena
y aguarde a que el contrario le socorra.

GUADAMO.

Bien puedes condenarme a eterna pena,
azotes, cárcel, grillos y mazmorra;
pero no he de entregalle mis galeras;
de plata y oro, sí, cuanto tú quieras.

CAPITÁN.

¿Tengo yo de vender la más preciosa
prenda que tengo en las entrañas mías?
¡Bárbara condición! ¡Infame cosa!
Tú morirás, villano, si porfías.
¿Así pagas mi mano generosa
y el sentarte a mi mesa aquestos días?
Llevalde adonde tengo los caballos
y, en herrándole el pie, vaya a limpiallos.

ZARTE.

Señor, aunque yo soy su siervo déste,
te aconsejo que siempre así le trates.
La libertad querrá por más que cueste,
y más cuando le oprimas y maltrates.

CAPITÁN.

Eso he de hacer. Paciencia el moro preste
mientras se desconciertan los rescates,
que yo haré que él mismo me lo pida,
y ofrezca las galeras y la vida.

(Vanse y salen el REY DE ARGEL *y* ARRÁEZ, *hermano de* GUADAMO, *y* ZULEMA, *y* CRISELA, *y acompañamiento.)*

ARRÁEZ.

Ya sabes, Rey supremo, que Guadamo
es mi hermano legítimo; que tengo
las dos galeras éstas a mi cargo,
aunque él se nombra capitán de todas.
Su libertad como la vida estimo.
Mi viejo padre, que por graves años
apenas en un báculo se arrima
y nunca de una alfombra se levanta,
está para perder la triste vida
por la prisión y ausencia de mi hermano.
Mándame, y yo lo quiero, que me entregues
esta cautiva hermosa en trueque y cambio
de las cuatro galeras que nos pides,
que yo quiero llevarla a España en ellas,
y volveré con él para entregártelas.

REY.

Estoy contento, y acertáis en ello.
Yo he dado mi palabra, al fin la cumplo,
que el Rey ha de cumplir lo que promete.
Mahoma sabe si me pesa agora
de haberle dado la palabra a Zarte;
pero si quiero bien esta cautiva,
¿qué mayor muestra le daré del alma
que dejarla volver a España libre
y al pecho de su padre y a su casa?

CRISELA.

Beso tus pies mil veces, Rey supremo,
por bien tan grande y por merced tan alta;
y cree de mi boca que en mi vida
acabará mi lengua de loarte,
y, al fin, te ha dado el cielo el bien que tienes,
que nunca indignamente suele dalle.

REY.

Alza del suelo.—Denle cuatro vasos
de fina algalia y de ámbar otros cuatro;
denle treinta alcatifas de oro y seda
y cuarenta almaizales con aljófar,
y tú, Zulema, llévala en tu guarda,
y quedaráse Hamete por rehenes
de las galeras, pues que ya son mías,
y con aquesto vuelvo a mi palacio.—
Guíete el cielo, hermosa valenciana.

CRISELA.

Y prospere, señor, los años tuyos
con aumento mayor de tus Estados.—
Zulema, estoy sin seso. ¿Qué me dices
del bien que la fortuna quiere darme
en pago de los males que me ha hecho?

ZULEMA.

Que todo lo mereces. Pero vamos.

(Que yo sabré gozar del bien que llevo,
pues llevo cuatro fustas a mi cargo,
o no seré Zulema ni Tancredo,
que en alta mar no tengo al mundo miedo.)

(Vanse y salen RICARDO *y* LEONORA.)

LEONORA. Bien excusado estuviera,
señor Ricardo, este caso
si dende el primero paso
lo que os supliqué se hiciera.
Envié a buscaros, señor,
con la cólera que es justo
tener de aqueste disgusto,
para decillo mejor.
¿Es de buenos caballeros
disfamar las hijasdalgo
sólo por tener en algo
la estimación de ser fieros?
¡Gentil cosa es, por mi vida,
por una flor que tenéis
[que] al mundo desafiéis
porque otro necio os la pida!
¿Tanto una flor os incita?
Si la hicisteis de esperanza,
el hielo de mi mudanza
desde hoy la vuelve marchita.
Castellana soy, Ricardo,
y los hielos de Castilla
harán esta maravilla
aunque os preciéis de gallardo.

RICARDO. Con siniestra información
vuesa merced me castiga
sin aguardar a que diga
descargo mi confesión.
Yo soy el desafiado
y no el que desafié;
considere si quedé
por justo duelo obligado.

LEONORA. Que no me entiendo de duelo;
bástanme ahora los míos.

RICARDO. Vuesa merced y sus bríos
suben más alto que el cielo.
Aguárdese, ¡pesia tal!,
que en semejante ocasión
no sabe la obligación
del que es hombre principal.
Cuanto y más que no hay mortaja
ni herida peligrosa,
sino una pendencia honrosa
sin conocerse ventaja.

LEONORA. ¡Pluguiera a Dios que la hubiera,
y que, cuando fuera alguna,
fuera solamente una,
y en vuestro pecho estuviera!

RICARDO. Menos brava, mi señora:
no me deis que sospechar.

LEONORA. Anda buena en el lugar
la fama de Leonora:
que, según es su malicia,
sólo falta, en lo que pasa,
que venga a mi propia casa
a informarse la justicia.
Bien parece que aprendéis
de don Félix, vuestro amigo,
a quien le venga el castigo
que entre los dos merecéis.
Que por su causa cautiva
está mi prima Crisela,
y ya en servir se desvela
una melindrosa altiva.
¿Esto pretendéis de mí?
Como don Félix seréis,
aunque ya tal me tenéis
como yo lo merecí.
Pues avísoos que no quiero
vuestro paseo en mi calle,
que no vienen con el talle
las obras de caballero.
Dejadme con mi deshonra;
esto baste. ¡Andad con Dios!

RICARDO. El sabe bien cómo a vos
os he tenido en mi honra.
No lloréis, que si perdistes
por mi causa el punto de ella,
yo quiero volver por ella.
Alegraos los ojos tristes.
Dadme aquesa hermosa mano
de que seréis mi mujer,
porque el lugar venga a ser
de vos malicioso en vano.

LEONORA. Agora sí creo yo
que sois noble caballero;
darla y abrazaros quiero.

RICARDO. ¡Por Dios! que esperaba un no.

(Salen DON JUAN *y* DON PEDRO.)

JUAN. ¿No veis que la está abrazando?

PEDRO. Aún no lo puedo creer.

RICARDO. Estando con mi mujer
¿me ha de estar nadie acechando?
¡Hola! Cerrad esa puerta.

LEONORA. ¿Quién hace agora ruído
estando con mi marido?

JUAN. Señora, hallámosla abierta.
No entendí que eran casados
los que vivían aquí.

LEONORA. Ya lo son.
JUAN. ¿Sin falta?
LEONORA. Sí.
JUAN. ¿Desposados y velados?
LEONORA. Eso, señor, es lo menos.
¿No veis? Los brazos le doy.
JUAN. Y ¿cuándo ha sido esto?
LEONORA. Hoy.
JUAN. Por muchos años y buenos.
Volvámonos a salir.
PEDRO. Daréles el parabién.—
Gócense, y gócense. Amén.
LEONORA. ¿Cómo? ¿No se acaban de ir?
JUAN. Bajad aquesa escalera,
que voy de coraje loco.
PEDRO. Y aun lo habéis sentido poco
que yo rodándola fuera.

(Vanse DON PEDRO *y* DON JUAN.)

LEONORA. ¿Qué os parece de la historia?
RICARDO. Que ha sido para contar.
Mas ¡cuál debe de bajar!
Hecha el alma pepitoria.
LEONORA. Menester es que apercibas
un fuerte como el real.
RICARDO. Allá va por el portal
como un perro con vejigas. (1)
LEONORA. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Vuelve a subir?
¿Quién es aquéste?
RICARDO. Francés;
mozo de don Félix es,
que acaba de recibir.
Anoche fué la primera
que consigo le llevó,
y dicen que acuchilló
la plaza de la Olivera.

(Sale JARIFE *en hábito de cristiano.)*

Pues, Francés, ¿a dó venís?
JARIFE. En vuestra busca venía.
RICARDO. Bueno andáis ¡por vida mía!
Gallardamente vestís.
JARIFE. Tengo buen amo, señor. [nos,
¡Por Dios! que al rey no eché me-
y quien se arrima a los buenos
siempre recibe favor.
RICARDO. Señora, yo he de tratar
con don Félix este caso,
que sin él no he dado un paso
desde que le supe dar.
Quedad muy enhorabuena,
y, pues no tenéis aquí
vuestro padre, prevení
para dos amigos cena.
Estos, sin duda, serán
don Félix y un notario.
Prevení lo necesario
y nuestras cartas se harán,
que serán bien provechosas,
según el Capitán es.
LEONORA. Pues dejadme acá a Francés,
que me traiga algunas cosas.
RICARDO. Ves aquí cuatro doblones,
Francés; despende a tu modo.
Haya abundancia de todo,
francolines y capones;
manjar (1) blanco y hipocrás,
y de dulce alguna cosa.
JARIFE. Haré una despensa honrosa.
RICARDO. ¡Adiós, mi bien!
LEONORA. ¿Ya te vas?
RICARDO. Voy, señora, a lo que digo.
LEONORA. Vuélvete luego.
RICARDO. Sí haré.

(Vase RICARDO.)

JARIFE. Venturosa sois, a fe,
en tener tan buen amigo,
que es un mozo liberal
y valiente como un Cid.
LEONORA. Francés, marido decid,
que soy mujer principal.
JARIFE. Perdonad si anduvo errado
mi poco conocimiento,
que no ha ¡por Dios! un momento
que dijo no era casado.

(Sale un PAJE.)

LEONORA. Es verdad.
PAJE. En un rocín,
un esclavo herrado el pie,
te ha traído un no sé qué
y te quiere hablar, en fin.
LEONORA. ¿No dice quién le envió?
PAJE. Es del capitán Leonardo.
LEONORA. Dile que suba. ¿Qué aguardo?
PAJE. Aqueste papel me dió.

(Billete.)

"El que te dará este papel es Guadamo, moro de los que cautivaron a mi hija y tu

(1) "Vejigas" no es consonante de "apercibas".

(1) En el original, "tráete", y no "manjar". Es errata o mala lectura.

prima. Envíole a Valencia sólo para que le veas. Vuélvemele a enviar con sus guardas, porque le estimo en tanto como a Crisela, porque ha de ser su rescate."

JARIFE. (¡Guadamo cautivo! ¡Ah, cielo!
¿Y que ha de subir aquí?
Perdido soy ¡ay de mí!
Que me descubra recelo.)
Señora, voy a comprar
la cena, que es ya muy tarde.
LEONORA. No, no.
JARIFE. ¿Qué? ¿Aún quiere que aguar- [de?
Bien; llevo bien que gastar.
(Este me ha de descubrir.)
LEONORA. Espérate un poco agora.
PAJE. El moro sube, señora.
JARIFE. (Quiérome el rostro cubrir.)

(Sale GUADAMO *con una cadena al pie.)*

GUADAMO. Señora, beso tus pies.
LEONORA. (¡Ay, qué morazo tan grande!)
GUADAMO. Lo que quisiere me mande.
JARIFE. (Es de buen talle, y cortés.)
LEONORA. (¿Cómo hablas ahora embozado?)
JARIFE. (Hame dado un gran dolor.)
Di, moro, ¿es bueno el señor
que tienes?
GUADAMO. Es extremado.
JARIFE. ¿Trátate bien?
GUADAMO. Desde ayer
me ha echado aquesta cadena.
JARIFE. Pues él te ha dado esta pena,
débesla de merecer.
GUADAMO. Tiene una hija cautiva,
y quiere que yo la dé.
JARIFE. ¿Sabes dónde está?
GUADAMO. Bien sé
que está en nuestra tierra y viva.
JARIFE. ¿En la nuestra? ¡Valga el diablo!
El perro diga en la suya.
GUADAMO. No saber la lengua tuya,
por eso errar el vocablo.
JARIFE. (Dile que luego se vaya.)
LEONORA. Esclavo, vete en buen hora.
GUADAMO. En ésa quedar, señora.

(Vase GUADAMO.)

JARIFE. Haya zafata le de aya.
LEONORA. Bien hablas algarabía.
JARIFE. Sela razonablemente,
que cautivo libremente
tuve el alma en Berbería.
LEONORA. ¿Que al fin has sido cautivo?
JARIFE. Y lo soy; y tal estoy,
que me espanto en ver que soy
libre en el lugar que vivo.
LEONORA. ¿También dice su razón?
Toma si es necio Francés.
JARIFE. No me entiendes ni me ves
la lengua del corazón.
LEONORA. Ahora bien; vete a comprar
lo que señor te mandó.

(Vase LEONORA.)

JARIFE. Harto vendido voy yo,
y cerca de rematar.
¿Qué es esto en que amor me mete?
¿No me bastaba escudero,
que también soy despensero
y, sobre todo, alcahuete?

(Vase y salen DON FÉLIX *y* RICARDO.)

FÉLIX. Viéneos aquesto tan bien,
Ricardo, señor y amigo,
que sólo os lo contradigo
con daros el parabién.
Por muchos años gocéis
de la señora Leonora.
RICARDO. ¿No es bueno que pienso agora
que os burláis y entretenéis?
FÉLIX. ¿Cómo burla? Bueno es eso.
Hablo de veras ¡por Dios!,
que sois iguales los dos
aunque os pongan en un peso.
Esperaba yo este día
con su prima de esa dama;
pero como eso derrama
el vario tiempo en un día.
RICARDO. Sí, mas estáis consolado
con la señora doña Ana,
que os quiere de mejor gana
y no os obliga a casado.
¿Cómo os fué anoche con ella?
FÉLIX. Rondar y ver lo que pasa.
RICARDO. ¿Estaba el marido en casa?
FÉLIX. No es hombre que guste de ella.
Suele venir a la una.
RICARDO. Mal lo hacen los casados,
a tal hora embelesados
con los cuernos de la luna.
FÉLIX. ¿Sois vos casado tan viejo?
Porque lo sois de media hora.
que muy despacio, y agora
nos queréis vender consejo.

(*Sale* JARIFE *con un* PÍCARO.)

RICARDO. ¿Quién es aquéste?
FÉLIX. Francés,
con un pícaro detrás.
RICARDO. ¡Hola, Francés! ¿Dónde vas?
FÉLIX. ¿Adónde bueno, Francés?
JARIFE. A comprar lo que mandastes
derecho a la plaza voy.
FÉLIX. ¿Cómo?
JARIFE. Despensero soy.
FÉLIX. ¿En eso me lo ocupastes?
Anda, que después irás,
que me has de hacer un servicio.
JARIFE. Ese, señor, es mi oficio.
FÉLIX. Escucha: llégate más.
¿Sabes bien aquella casa
donde estuvimos anoche?
JARIFE. ¿No es donde se paró el coche
y adonde la acequia pasa?
FÉLIX. Esa misma: escucha, advierte
que aqueste papel cosido
en el sombrero metido
has de llevar de esta suerte.
Y párate enfrente de ella
puesto en la frente el papel,
que allí bajará por él
una muchacha o doncella;
que como eres desde ayer
mi criado, he colegido
que no serás conocido;
camina. ¿Sabráslo hacer?
JARIFE. ¿Soy algún judío o salvaje
que en aqueso duda pones?
Toma, señor, tus doblones;
dalos a un lacayo o paje,
que mi señor me ha ocupado.
RICARDO. Está bien: vete con Dios.
FÉLIX. Ricardo, vamos los dos
a concertar lo tratado.
Hablaremos a un notario.
RICARDO. En buen hora. ¡Bravo enredo!

(*Vanse* RICARDO *y* DON FÉLIX.)

JARIFE. ¡Por Alá, qué bueno quedo,
hecho alcahuete ordinario:
ya de parte de la dama,
ya de parte del galán!
¡Oh, cristiana; en cuánto afán
pones quien te adora y ama,
que te mueres por un hombre
que al fin por otra se muere,
quieres a quien no te quiere
ni se acuerda de tu nombre!
Pero ¿por qué te doy culpa
en querer quien te aborrece,
si en lo mismo que se ofrece
te ofrezco amor la disculpa?
¿Yo no vengo a negociarte
lo que quieres? Pues ¿qué digo?
Culpo al amor enemigo,
que a ti no puedo culparte.
Una industria me ha pasado
por la cabeza, escogida,
jamás escrita ni oída.
¡Cuánto sabe un desdichado!
Quiero abrir este papel
y ver lo que viene aquí
y hacer que alguien por ahí
me escriba respuesta dél.
Y en ella quiero decir
que al Grao esta noche vaya,
porque le aguarda en la playa
adonde su esposo ha de ir,
y que allí la puede ver.
Y pues andan mis galeras
a vista del mar ligeras,
allí le puedo coger;
porque sacando en la orilla
cerca de la tierra un fuego,
es la seña y vendrán luego
para embarcarme y seguilla.
Rara industria, amor, que ha hecho
el discurso de esta historia;
dame aquesta vez vitoria
y luego abrásame el pecho.

(*Vase y sale el* CAPITÁN *y* ZARTE.)

CAPITÁN.

Perdí, como te digo, Zarte amigo,
a mi cara mujer el año propio,
que fué milagro no perder el juicio.

ZARTE.

Y ¿adónde estaba el ama que criaba
ese muchacho que tan tierno niño
dices que fué cautivo de los moros?

CAPITÁN.

No sé: debió de ser mi triste clima
y la estrella cruel del nacimiento,
que cuantos hijos me otorgase el cielo
fuesen cautivos y en Argel esclavos.
Este tan tierno niño que te cuento
estaba con su ama en esta orilla,
cuando de ciertos moros que escondidos

estaban de esta tierra en una cueva
y entre los olivares y armejales
fué cautivo y llevado a Argel, adonde,
si no murió en la mar, que es lo más cierto,
debió, sin duda, de tornarse moro,
que un niño tan pequeño no podía
guardar la ley que nunca vió ni tuvo.

ZARTE.

¡Caso extraño! Y yo te doy palabra,
pues parto a Argel aquesta misma noche,
a darle al Rey, cual hemos concertado,
a pesar de Guadamo, las galeras,
de informarme muy bien de viejos moros
y sacarte de rastro el hijo tuyo,
que no será posible que se asconda.

CAPITÁN.

Pues, Zarte, allá pretendo que te embarques
cerca de la ciudad, por que allí sea
más secreta a mi gente la partida,
que ya vendrá Guadamo, y no deseo
que por hacerme bien te venga daño
si sabe que le das al Rey las fustas.
Iremos juntos por la costa arriba,
que yo tengo caballos enseñados
a correr cinco leguas en una hora.

ZARTE.

Todo lo haré, señor, como lo ordenas.

CAPITÁN.

Pues vamos, que en trayendo el que yo ado-
te pienso presentar cien libras de oro. [ro (1)

(Vanse y salen DON FÉLIX *y* RICARDO.)

FÉLIX. Es hombre de bien, en fin.
RICARDO. ¡Qué bien usa el valenciano!
Que sepa todo escribano
hablar y escribir latín;
que, por lo menos, se infiere
que no ha de ser hombre idiota!
FÉLIX. Sí; pero es latín de nota.
RICARDO. Sí; pero sea el que fuere...
FÉLIX. Al fin queda concertado
para hacer las escrituras.
¡Válame Dios, qué venturas!
Ricardo es hombre casado.
¡Qué gran mudanza de tiempos!
RICARDO. ¿Qué queréis? Casado está,
que diz que le cansan ya
locuras y pasatiempos.

(1) Quizá escribiría Lope "el bien que adoro".

Si una dama he de servir
que mañana he de perder,
mejor será mi mujer,
que, al fin, me ayuda a vivir;
y mientras que por su dama
de noche el otro se heló,
con mi mujer estoy yo
a la lumbre y en la cama.
Pues el dar es un abismo,
quizá por quien pobre estoy,
y lo que a mi mujer doy
es dallo para mí mismo.
El es un bello enemigo
que nos hace bien y daño,
mas para sufrille extraño
más vale sufrille amigo.
FÉLIX. ¡Galán casado, por Dios,
y tan bien habéis hablado
que estoy ya determinado
para casarme con vos!
¡No sé con qué boca pueda
reír tan grave mudanza!
RICARDO. Reídla con la esperanza
que de hacer lo mismo os queda.

(Sale JARIFE.)

JARIFE. ¡Que nunca estaréis, por yerro,
apartados!
FÉLIX. No podemos:
dondequiera parecemos
a Tobías y a su perro.
¿Qué hay de nuevo?
JARIFE. Llega acá,
que te traigo buena nueva,
que mi ventura lo lleva,
tanto de su parte está.
Lee ese papel secreto,
porque así me fué encargado.
RICARDO. ¡Qué presto que has negociado!
JARIFE. Soy alcahuete discreto.
RICARDO. ¿Hállaste bien en Valencia?
JARIFE. Señor, bien me voy hallando.
RICARDO. ¿Sábesla bien?
JARIFE. Preguntando.
RICARDO. ¿Hace a Denia diferencia?
JARIFE. ¿Eso quieres comparar?
Valencia es Roma segunda,
y de cuanto quiere abunda
y nada puede invidiar.
Tiene excetiones (1) y fueros;
de regalos un tesoro;

(1) Exenciones, quiere decir.

edificios, seda y oro
y mil nobles caballeros.

FÉLIX. ¡Válame Dios, gran favor!
Ricardo, paciencia aquí,
que habéis de cenar sin mí.

RICARDO. Haréisme un gran disfavor.
¿Por qué causa?

FÉLIX. Porque he de ir
aquesta noche a la mar,
que en un coche a pasear
quiere doña Ana salir;
esto es sin réplica alguna.

RICARDO. Pues aguardad, que los dos
iremos juntos con vos,
que hace fresco y buena luna.

FÉLIX. En buen hora sea ansí.

RICARDO. ¿Queréisos poner galán?

JARIFE. (¡Qué bien mis negocios van!
¡Qué bien la carta fingí!
Y no le engaña el papel,
que, al fin, su dama le llama;
pero es la triste dama
que está cautiva en Argel.)

(Vanse y salen CRISELA *y dos* CAUTIVOS.)

CAUTIVO 1.°

Tuya ha sido, señora, esta vitoria
digna de que la fama perdurable
celebre para siempre tu memoria;
pues en medio del mar inexorable
valor tuviste para hacerte fuerte
contra todo un ejército espantable.
Que, como diste al general la muerte,
al fiero renegado, al cruel Zulema,
que quiso con sus manos ofenderte,
aquel cuya alma mísera y blasfema,
mientras Dios fuere Dios en el infierno
se abrasa, enciende, martiriza y quema,
en el pecho más tibio, helado y tierno
de los cautivos míseros cristianos,
en fin, diste un valor y ánimo eterno.

CRISELA.

¡Oh, muros de mi patria valencianos!
¡Oh, deseada tierra! ¡Oh, blanda arena!
Toque mi boca tus menudos granos,
que me parece que de perlas llena
hasta la parte do el lugar alumbra,
tanto me alegra la pasada pena. (1)

CAUTIVO 2.°

Espántome de ver cómo no alumbra
el atalaya, y viendo las galeras,
cosa que por momentos acostumbra.
Pero como pusiste tus banderas
blancas de paz, habránse detenido.
Escoge de los dos el que tú quieras
para que con las nuevas, atrevido,
llame del Grao a las vecinas puertas
y de tu padre, que estará afligido.

CRISELA.

¡Qué nuevas tan extrañas ahora ciertas!
¿Yo no estaba cautiva en Berbería,
las esperanzas del remedio inciertas?
¿Yo agora con Zulema no venía,
que me quiso forzar, robusto y fuerte,
con temerarias manos y osadía?
Pues ¿yo le pude dar varonil muerte
y liberté del remo los esclavos,
que agora están gozando libre suerte,
y aquí aferradas en la orilla en cabos
tengo cuatro galeras que son mías
y al remo humilde treinta moros bravos?

(Salen el CAPITÁN MANZOFA *y* ZARTE.)

CAPITÁN. Siento, como digo, Zarte,
desembarcar tanta gente,
que de un medroso accidente
el corazón se me parte.
¡Válame Dios! ¿Qué será?
Llégate más a la barca.

ZARTE. Gente hay que desembarca.

CAPITÁN. ¡Ha, de la barca! ¿Quién va?

CRISELA. Gente de paz.

CAPITÁN. ¡Hola, hermanos!
¿Qué galeras son aquéstas?

CRISELA. De un esclavo que hace fiestas
en honra de los cristianos.

CAPITÁN. ¿Cómo se llama?

CRISELA. Crisela,
del capitán Leonardo
hija.

CAPITÁN. ¡Oh, cielos! ¿Qué aguardo?
Si es ella conoceréla,
que yo soy su padre.

CRISELA. ¿Cierto?

CAPITÁN. ¡Hija!

CRISELA. ¡Señor!

CAPITÁN. ¡Que mis brazos
merezcan tales abrazos!

CRISELA. ¡Qué alegres lágrimas vierto!

CAUT. 2.° (Los dos han enmudecido
con el contento de verse.)

CAPITÁN. ¿Qué? ¿Aquesto puede creerse?

(1) Este pasaje debe de estar alterado.

¡Mi gloria! ¿Cómo has venido?
CRISELA. El Rey, con un renegado
que maté dentro en la mar
porque me quiso forzar,
como has visto, me ha enviado.
Tráigote cuatro galeras
ganadas con estas manos
con mil cautivos cristianos.
CAPITÁN. Bastaba que tú vinieras.
¿Qué bien me faltara a mí
si en este punto cobrara
aquella prenda tan cara
de tu hermano que perdí;
que tan pequeño me fué
robado de aquel lugar,
que si él es vivo, ha de estar
moro, sin alma y sin fe.
CRISELA. El que a mí me cautivó
te dijera bien quién es,
porque es un moro cortés
que un tiempo en Denia vivió;
y agora me da sospecha,
por lo que en la mar decía,
que quizá el mismo sería,
y el corazón se me estrecha.
Y más que a Valencia vino
a cierto negocio grave,
que yo lo sé y él lo sabe,
que fué de amor desatino. (1)
CAPITÁN. Hija, el niño que fué hurtado
sacó desde el nacimiento
un lunar rojo y sangriento
a partes pardo y leonado,
y éste tenía en el pecho.
ZARTE. Pues, señor; sin duda alguna
que hoy te ha dado la fortuna
hijos, honor y provecho.
Jarife, el que aquesta dama
dice que a Valencia vino,
ese lunar peregrino
tiene como ardiente llama;
que yo le he visto en Argel
muchas veces en el baño,
y por un prodigio extraño
yo propio he trocado en él. (2)
CAPITÁN. Pues ¿qué modo se tendrá
para saber [de] ese moro
cuyo perdimiento lloro?
CRISELA. Señor, en Valencia está.

(1) El texto dice "que fué a morir".
(2) Lugar alterado.

Mas, gente viene y es justo
que esta vitoria se cuente.

(*Salen* DON FÉLIX *y* JARIFE.)

JARIFE. No vayas hacia la gente.
FÉLIX. ¿Qué te va a ti, si es mi gusto?
¿Quién va?
CAPITÁN. Leonardo y Crisela,
que de ser cautiva viene.
¿Quién lo pregunta?
FÉLIX. Quien tiene
esa verdad por novela.
(¡Tan presto me han conocido!
Sin duda que me dan vaya.)
JARIFE. (Gran gente llega a la playa.
Sin duda que soy perdido.)
CAPITÁN. ¿Es don Félix?
FÉLIX. Sí, yo soy:
mas ¿por qué lo preguntáis?
CAPITÁN. ¿Ese parabién me dais
viendo que casado estoy? (1)
FÉLIX. ¿Es el capitán Leonardo?
CAPITÁN. El mismo.
FÉLIX. (El alma me hiela.)
¿Es esta dama Crisela?
CAPITÁN. Pues ¿no os lo digo?
FÉLIX. (¿Qué aguardo?)
Dame, señora, esos pies
o las manos por esposa.
CRISELA. No os la doy por nueva cosa,
mi libertad vuestra es.
Ya hallé mi padre y marido,
señor, tenedlo por bien.
CAPITÁN. Y que os doy el parabién.
JARIFE. (Del todo quedo perdido.
Hasta aquí pudo llegar
la desventura de un hombre,
quiero decirle mi nombre
por que me mande matar.)
Yo soy Jarife, Crisela,
que yo a don Félix traía
donde embarcallo quería
con la trazada cautela.
CRISELA. Alzate y dame esa mano.
CAPITÁN. ¡Qué más gloria y regocijo!
Eres cristiano y mi hijo.
CRISELA. Eres mi hermano y cristiano.
JARIFE. ¿Tú eres mi padre?
CAPITÁN. Yo soy;
que pequeño te perdí.

(1) También este lugar parece alterado.

JARIFE. Digo que si moro fuí
me vuelvo a Dios desde hoy.

(*Salen* RICARDO *y* LEONORA.)

RICARDO. Quédese ese coche atrás
mientras me informo de aquesto.
¿Qué gente es ésta? ¿Qué es esto?
FÉLIX. ¿Es Ricardo?
RICARDO. ¿Dónde vas?
FÉLIX. Con Crisela, mi cautiva,
que me he casado con ella.
LEONORA. Aun no lo creeré con vella.
CRISELA. Pues viva estoy.
LEONORA. ¿Que estás viva?
Dame esos brazos mil veces.
CAPITÁN. Sobrina, ¿qué libertad
te trae de la ciudad?
¿Cómo a mis ojos te ofreces?
RICARDO. Ninguna, señor, ha sido;
que con su marido viene.
CAPITÁN. Por cierto si a vos os tiene
que tiene honrado marido.
Mas pues ya se junta gente
que cubre playa y riberas,
entremos en las galeras
y hablaremos libremente,
que a Guadamo desde agora
prometo enviarle a Argel,
pues ya tengo en precio dél
el bien que mi alma adora.
Que ya nos dará licencia
el senado desde aquí,
porque ya es tarde y aquí
se acaba EL GRAO DE VALENCIA.

FAMOSA COMEDIA

DEL ALCAIDE DE MADRID

LAS PERSONAS QUE HABLAN

El ALCAIDE DE MADRID.
DON FERNANDO.
DON LUIS, *su hermano.*
DON LOPE.
LEONOR, *hija del* ALCAIDE.
ELVIRA, *su hermana.*
CELIMA, *mora.*
TARIFE, *moro.*
REY MORO.
CELINDE, *moro.*
ZAIDE, *moro.*
GAZUL, *moro.*
SOLDADOS (1).

JORNADA PRIMERA

(Sale un alarde de moros con caja y bandera, el REY DE TOLEDO, *y* TARIFE, *su sobrino, y* MOROS.)

REY. ¡Adiós, famoso Toledo!
¡Alcázar dorado, adiós!
Que hoy me despido de vos
porque llamarme no puedo
rey de Castilla en los dos.
¡Adiós, muros, fundación
de Bruto y de Tolomón,
de grande y hermosa vista,
que voy a la gran conquista
de los campos de León.
Y vos, cuya agua no espero
beber, cristalino Tajo,
aunque a todas la aventajo,
que voy a ver cómo el Duero
corre, murmurando y bajo.
Ea, moros españoles,
relieves de aquellos soles
que del Africa vinieron,
que siendo guerreros, fueron
de su nobleza crisoles.
Tiéndanse por esta vega
las lunas de mi estandarte,
porque aquí y en toda parte
piense España que despliega
sus rojas banderas Marte.
Herid el aire, galanes,
con gallardos ademanes
vosotros, Zaide y Gazul,
por que envidie el cielo azul
mis azules tafetanes.
Ensánchese mi escuadrón;
háganse los parches rajas,
o ellas callen por ser bajas,
que de estar mudos el son,
nos puede servir de cajas.
Altos montes toledanos
de roble y romero ufanos,
que en Tajo os laváis los pies,
creced con laurel después
para mi frente y mis manos.

(Entranse marchando, y queda TARIFE.)

TARIFE. ¿Podré yo, triste, apartarme,
famosa ciudad, de ti?
No podré, pues quedo aquí,
si no es que por consolarme
por quien quedo vas en mí.
De espantosa pesadumbre,
naturaleza y costumbre,
te han hecho admirable y fuerte,
y así, para darnos muerte,
nacen armas en tu cumbre.
Hermosura, gentileza,
virtud, discreción, valor,
son, para nuestro dolor,
armas de naturaleza
que se las presta el amor.
¿Qué no podrá amor cruel
contra un corazón fiel?
Con los ojos de Celima,
que hasta el mismo cielo estima
ver sus estrellas en él.
Quien sabe lo que es partir
duélase de verme al punto,
que está de morir tan junto
que, si partir es morir,
ya estoy, de partir, difunto.
Este es su balcón y reja.
¡Hierros, aquí el alma os deja
un cuerpo que ya se parte!

(Sale CELIMA *a un balcón.)*

CELIMA. ¿Estás solo? ¿Puedo hablarte?

(1) Intervienen además MANILORO y ORDÓÑEZ, *soldado.*

TARIFE. Puedes escuchar mi queja.
Ya sale de la ciudad
¡oh, Celima! el Rey, mi tío.
Ya marcha con grande brío,
y esta alma, en tu soledad,
de lágrimas pasa un río.
Con él, y sin corazón,
a conquistar a León
voy, por sobrino, obligado
y por caballero honrado,
que es mayor obligación.
Ya salen de la gran puente
a la vega verde y llana.
Quédate, hermosa tirana,
cuya vida el cielo aumente
para mi muerte temprana.
Que si algo tiene de bien
esta enojosa partida,
aunque el alma se divida,
es huír de aquel desdén
con que me acabas la vida.

CELIMA. ¿Tan tierno parte un soldado,
que con hechos maravilla
del Tajo al Betis la orilla,
y que tiene acreditado
tanto su nombre en Castilla?
Tú, que con almoradíes
de tu linaje y cegríes
las veces que a serlo miras,
hasta Segovia retiras
los cristianos alfaquíes,
¿ahora vas de aquesa suerte?

TARIFE. Temo la muerte, Celima,
o que el ausencia [me] oprima,
porque el pesar de no verte
es lo que a mi alma lastima.
Ya sabía yo, cruel,
que, aun partiéndome, no habías
de tratar las ansias mías
más blanda ni más cruel
que los años de otros días.
No quiero que ya me dé
más golpes tu ingratitud, (1)
ni que mi alma repare,
que mientras más me tardare,
más desdenes llevaré.
¿Qué me mandas a León?

CELIMA. ¿Tiénesme mucha afición?

TARIFE. Pruébame en algo.

CELIMA. No creo
que cumplirás un deseo
a quien te da el corazón.

TARIFE. ¡Oh, Alá! ¿Tal favor tú a mí?
¿Tú, corazón?

CELIMA. Sí; yo a ti.

TARIFE. No es posible, que es favor,
sino acrecentar mi amor
cuando me aparto de ti.
Verás tu cruel desdén
en que, partiéndome agora,
me favoreces, señora.

CELIMA. Si hasta aquí te quise bien,
ahora el alma te adora.

TARIFE. ¿Que eso escucho y que me voy?
Haced, pensamientos, alas
que al balcón sirvan de escalas.
Lejos de tu cielo estoy,
Celima, que al sol igualas;
¿por dónde, que no lo creo,
iré a besarte las manos?

CELIMA. Creo que con cuentos vanos
te olvidas de mi deseo.

TARIFE. Son tus desdenes tiranos;
que todos saben que fuí
quien por servirte nací.

CELIMA. ¿Luego harás cualquiera cosa?

TARIFE. Sí, que es más dificultosa
que ser tú mandarme ansí.
¿Es eso encerrar el viento?
¿Alterar la mar inclusa?
¿Dar a un muerto vida infusa?
¿Conocer el pensamiento?
¿Cortar el cuello a Medusa?
¿Traer las manzanas de oro,
o aquel guardado tesoro
por que fué a Colcos Jasón?
¿Vencer del mar el dragón,
quitando a Andrómeda el lloro?
Que esto y más haré por ti;
que pasaré desde aquí,
Celima, el ártico polo,
donde apenas vence Apolo
el hielo que tiene en sí;
y desde la mar glacial
hasta el gran meridional;
y en las trópicas asida
la India, a diestra, partida
de la línea equinocial.
Pasaré de Libia el hilo,
y del sol, más adelante,
el camino rutilante
de la cabeza del Nilo

(1) Es probable que en lugar de "ingratitud" deba leerse "ingrata fe" como pide el metro.

y de las nubes de Atlante.
Traeré púrpura, oro, perlas
del Oriente, hasta ponerlas
a tus plantas por trofeos,
y los aromas sabeos
iré a su monte a cogellos. (1)
¿Qué dudas? ¿Qué miras? Dime
que, como acudes, (2) arrime
mi frente a la tierna luna,
que no habrá hazaña ninguna
a quien mi amor no se anime.

CELIMA. ¿Luego pediré segura
que me cumplas un deseo?

TARIFE. Prosigue.

CELIMA. Que lo harás creo;
que quien mi gusto procura,
siempre en mi gusto le empleo.
Tiene Madrid una dama,
que doña Leonor se llama,
cuya hermosura divina
por todo el mundo camina
en los hombros de la fama.
Es hija de un caballero
que es de los Vargas su nombre,
entre los cristianos hombre
de grande valor.

TARIFE. Ya espero
que tanta hazaña me asombre.

CELIMA. Presto sabrás en qué estriba.

TARIFE. Dilo, así vivas.

CELIMA. Y viva
para darte el galardón.
Que de Castilla y León
sólo quiero esta cautiva.

TARIFE. ¿Cautiva doña Leonor?

CELIMA. Cautiva no más.

TARIFE. No pides
cosa de mucho valor,
que no es grande, si la mides,
con el poder de mi amor.
Pero ¿qué te mueve a ti
querer aquesta mujer?

CELIMA. Quien sirve, no ha de querer
saber más de que es por mí
lo que yo le mando hacer.

TARIFE. Perdona, que el labio yerra,
que a doña Leonor tendrás
si vuelvo vivo a esta tierra.

CELIMA. No quiero, Tarife, más
de tu alma y de esta guerra.

TARIFE. ¿Una cautiva cristiana?

CELIMA. Esa estimo más que un Cid.

TARIFE. Impresa es fácil y llana
si se nos rinde Madrid,
y si no, imposible y vana.
Pero no hay quien me acobarde,
o se gane luego o tarde.

CELIMA. Esto te suplico agora.

(Tocan dentro.)

TARIFE. La caja tocan, señora.
¡Adiós!

CELIMA. Mahoma te guarde.

(Vanse. Sale FERNANDO DE LUJÁN, *cautivo, con cadena.)*

FERNANDO.

La libertad perdida
del alma, amor tirano,
nunca me puso en tanta desventura.
La del cuerpo, rendida
a un moro toledano,
ha sido para mí terible y dura. (1)
Adonde la luz pura
de mi Leonor presente
mi tormento engañaba,
mejor vida pasaba
que de Madrid y de su cielo ausente,
porque en sus bellos ojos
el mal es bien y gloria los enojos.
¿Qué soledad iguala
con la que aquí padezco?
¡Oh, qué prisión tan áspera y terrible!
Aquella sola es mala,
que jamás obedezco,
y tengo por extraña y insufrible
la cárcel apacible
de unos cabellos de oro
que el alma consentía
para prisión, que hacía
dulces los grillos y descanso el lloro,
pues sola la memoria
parece que la pena vuelve en gloria.
Aquí, sin ver no sólo (2)
por la mañana clara,
pero en el mediodía la luz pura
del resplandor de Apolo
y su divina cara,

(1) "Cogellos" o "cogerlos" no rima con "perlas".
(2) Esta palabra no hace sentido. Quizá sea "Alcides".

(1) En el original "fuerte" y no "dura".
(2) En el texto: "Aquí es invernoso."

paso mis años en tiniebla oscura.
La que mi mal (1) procura
es la que aquí me tiene,
porque niego a su gusto
aquel amor injusto
de que guardarme tanto me conviene,
por la ley de cristiano,
y porque he dado mi palabra y mano.
No creas, Leonor mía,
que, aunque esta mora hermosa
con regalos, hechizos y tormentos
intente cada día,
airada y amorosa,
mudar de su lugar mis pensamientos,
ni porque tantos vientos
de mis persecuciones
combatan mi firmeza
podrán en tal bajeza
la calidad de mis obligaciones;
que, preso, triste, ausente,
vivirás en mi pecho eternamente.

Paréceme que han abierto
el calabozo en que estoy.

(*Sale* CELIMA.)

CELIMA. ¿De qué te alteras? Yo soy.
FERNANDO. ¿De qué ha de alterarse un muerto?
Si eres tú menos me toca
el alterarme de verte.
CELIMA. Pues ¿qué soy yo?
FERNANDO. ¿Tú? Mi muerte.
CELIMA. ¿La muerte alterar provoca?
Más parezco tu salud
en lo poco que me estimas,
pues me tienes y lastimas
inorando mi virtud.
FERNANDO. Si el verte mi salud fuera,
de manera me tratara
que la vida me quitara
porque mi salud muriera.
Y ser tú mi muerte es cierto
en verte gentil venir,
porque mal puede sentir
un hombre después de muerto.
CELIMA. Ya te he dicho yo, cristiano,
el de Luján y Madrid,
el valeroso adalid
contra el moro toledano,
que nos tratemos tú y yo
como amigos que pleitean,
que comen y se pasean
mientras el pleito duró.
Tú dices que me desamas,
y yo digo que te adoro,
no me pierdas el decoro,
que no es lícito en las damas.
Háblame bien, y después
que salgas con lo que intentas,
me dirás cuántas afrentas
en mis desatinos ves.
FERNANDO. ¡Qué ciega estás!
CELIMA. ¿De qué suerte?
FERNANDO. Dices que no nos tratemos
mal mientras pleito tenemos,
y procúrasme la muerte.
CELIMA. ¿Yo a ti?
FERNANDO. ¿Luego llamas vida
esta cadena y prisión?
CELIMA. ¿Pues no, si en mi corazón
la llevo y al alma asida?
FERNANDO. ¿Ves cómo eres engañosa?
Si esa mi muerte sintieras,
puesto [ya] en tus manos, fueras
menos dura y más piadosa.
Y así me parece igual
a tu injuria y mi ventura,
que mientras el pleito dura
nos trataremos muy mal.
CELIMA. Cristiano del alma mía,
a quien no vencen razones,
no es mucho que con prisiones
se conquiste tu porfía.
Esta ha sido la razón.
FERNANDO. Celima, mucho me ofendes,
si con ésta te defiendes,
de haberme puesto en prisión;
que yo, si razón tuvieras,
ya consintiera en tu gusto,
y pruébame tú qué es justo,
y quiero lo que tú quieras.
CELIMA. Pues yo sé...
FERNANDO. Di.
CELIMA. Tú, Fernando,
fuiste en buena guerra preso,
porque repito el suceso,
no es menester decir cuándo.
Basta saber que salías
de Madrid con tus soldados
talando el campo y ganados,
hasta Cabañas y Olías,
y que te prendió Tarife,
y que al Rey te presentó
cuando del Tajo salió

(1) En el original "bien".

de aquel enramado esquife.
Venía por allí, cristiano,
y enamoréme de ti
con piedad de que te vi
herido el pecho y la mano.
Hícete curar, y sabes
que esto con regalo fué,
y que allí te visité
haciendo falsas mis llaves.
En la holanda y sinabafa
de mis mangas muchos días,
y algunos que tú lo vías,
dentro en la misma almalafa
te llevaba la comida,
sirviendo de conservera,
y que también, si pudiera,
llevara la propia vida.
Que conociste mi amor
no lo niegues.

FERNANDO. No lo niego.

CELIMA. Y que te lo dije luego.
Que a quien soy perdí el temor,
tampoco puedes negar.

FERNANDO. Esta vez digo que no.

CELIMA. ¿Qué dijiste cuando yo
te declaré mi pesar?

FERNANDO. Que tu amor era locura.

CELIMA. Ya en eso te has condenado,
porque amar y ser amado
será razón más segura.
Y así las obligaciones
mueven las almas, ¿por qué
de las que contigo usé
pagas con malas razones?

FERNANDO. A todos tus argumentos
la respuesta está en la mano:
que eres mora y yo cristiano.

CELIMA. No lo son tus pensamientos.
Pero, escucha: ¿Topa en más
que en ser yo mora?

FERNANDO. No.

CELIMA. Advierte.
Sé tú moro.

FERNANDO. Caso fuerte.

CELIMA. ¿Qué? ¿Luego no lo serás?

FERNANDO. Es imposible.

CELIMA. Pues yo
seré cristiana.

FERNANDO. No puedes.

CELIMA. Cuando satisfecho quedes
tú verás si puedo o no.
El Rey mi padre y aquel
Tarife, su vil sobrino,
que ya mi esposo imagino
o mi verdugo cruel,
con otros muchos vasallos
se han ido en esta ocasión,
jurando que hasta León
no han de parar los caballos.
Cásate, en tanto, conmigo,
y al Alcaide de Madrid
tú y los tuyos advertid,
pues es tu deudo y amigo,
que venga con gran secreto
con mil o dos mil cristianos,
que he de ponelle en las manos
esta ciudad le prometo.
Mira, pues, qué grandes bienes
nacen de mi voluntad:
el uno, que esta ciudad
das al Rey que por Rey tienes;
el otro, que das un alma
al Dios que tienes por Dios.

FERNANDO. Partidos son esos dos
que ponen al alma en calma;
pero, Celima, mi Rey
es de tan heroico pecho,
que no querrá su provecho
contra lo que es justa ley.
Y tú no sé si de veras
la tuya quieres mudar,
pues solamente gozar
tu vano amor consideras.
Y véngome a resolver
que mujer que es inhumana
no es buena para cristiana. (1)

CELIMA. ¿Ves cómo no era razón
la que contra mí tenías?

FERNANDO. Pues, di: ¿qué es?

CELIMA. Algunos días
abajando a esta prisión,
y viendo que te quejabas
quise, cristiano traidor,
saber si era de otro amor.

FERNANDO. ¿Y qué supiste?

CELIMA. Que amabas.

FERNANDO. De aquella herida sería
que, como el hierro de lanza,
cuando hace el tiempo mudanza
me duele por todo el día.
No fué amor, sino dolor.

CELIMA. Sí, que el cristiano, sospecho
que a las heridas del pecho

(1) Falta el último verso a esta redondilla y acaso algo más que justifique la pregunta de Celima.

las suele llamar Leonor.
FERNANDO. ¡Ay de mí! ¿Leonor nombré?
CELIMA. Todo lo sé.
FERNANDO. ¿Qué? ¿has oído
mi mal?
CELIMA. Tu mal he sentido,
pero remediado sé.
FERNANDO. ¿Cómo?
CELIMA. Que tengo enviado
un bravo que me cautive
tu dama.
FERNANDO. Segura vive,
que es Madrid fuerte y cercado
y el alcaide Vargas es
caballero tan valiente,
que a ese bravo y a otros veinte
sabrá poner a sus pies.
CELIMA. ¿Sabrá poner a sus pies?
¡Qué bravata de cristiano!
¿Es más que hombre?
FERNANDO. No es vano
decir que cristiano es,
que el cristiano es más valiente
que el moro.
CELIMA. ¿Por qué razón,
pues sabes tú que no son
de otro clima diferente?
Si Vargas nació en Madrid,
el Rey, mi padre, en Toledo.
FERNANDO. Sí, pero asombralle puedo
con que es reliquia del Cid.
CELIMA. ¿Y este otro no es de Almanzor?
FERNANDO. Del fin del Africa viene,
que sólo de español tiene
como usurpado en rigor.
Mas, vayan por la cautiva,
que cuando ella venga aquí
tú habrás hecho para mí
una grandeza excesiva.
CELIMA. Luego ¿pensábasla ver?
FERNANDO. Pues ¿para qué envías por ella?
CELIMA. Solamente para vella
y ver si es bella mujer.
Que me ha dado tal deseo
de saber por quién me olvidas,
que, aunque me cueste mil vidas,
veré por quien tal me veo.
FERNANDO. Y luego que su beldad
hayas visto, mora hermosa,
¿qué harás de ella?
CELIMA. Cierta cosa.
FERNANDO. ¿Dar a los dos libertad?
CELIMA. ¡Ah, perro!, ¿eso dices?
FERNANDO. Digo
que es conforme a tu valor.
CELIMA. ¡Matarla pienso, traidor!
Entra, injusto; entra, enemigo.
¡Dos mil palos inhumanos
hoy tengo de hacer que lleves!
FERNANDO. ¡Ay, Leonor; cuánto me debes!
CELIMA. ¡Hoy morirás a mis manos!

(Vanse. Entra TARIFE, *y* ZAIDE *y* GAZUL, *moros.)*

TARIFE. Creo que me ha puesto en vano,
o procurando mi mengua,
el Rey en aqueste llano,
pues no ha pasado un cristiano
para que hoy tomemos lengua.
¿Adónde el campo hizo alto?
ZAIDE. De esa cuesta que está enfrente
de este valle en lo más alto,
de reparo conveniente
y de provisiones falto.
Por entre esos valladares
pasa el claro Manzanares,
humilde entre espino y juncia.
TARIFE. Toda esta tardanza anuncia
la ocasión de mis pesares.
¿Qué dice el alcaide Vargas
de vernos tomar sus puentes,
de ver estas lanzas largas.
los aceros relucientes
terciados por las adargas?
¿Qué dice de ver pasar
tanto moro toledano,
que, no digo a su lugar,
que a Troya puede espantar
como otro escuadrón greciano?
¿No se rinde al Rey? ¿No viene
a ofrecerle parias?
GAZUL. No;
que tiene sangre.
TARIFE. ¿Qué tiene?
GAZUL. La nobleza que heredó
y la lealtad que mantiene.
TARIFE. Pues ¿podráse resistir
en Madrid cercado?
ZAIDE. Advierte
que es fuerte de combatir.
TARIFE. No hay a quien soy Madrid fuerte,
sino sólo Alá y Quivir.
ZAIDE. El Rey pasaba adelante
por saber su fortaleza
y de este su alcaide Atlante,
en los hombros y cabeza
al antiguo semejante.

Mira si es hombre de honor.
TARIFE. Yo le detuve por fuerza.
GAZUL. ¿Qué te obligó?
TARIFE. Mi valor,
cuya palabra me esfuerza
por ley de sangre y de amor.
GAZUL. ¿Has prometido ganalle?
TARIFE. Yo no pienso descercalle
hasta que en parias me rinda
cierta mujer, la más linda
y de mejor rostro y talle.
GAZUL. ¿Qué mujer? ¿Es hija suya?
TARIFE. Su hija doña Leonor.
GAZUL. ¿Amas a Leonor?
TARIFE. Destruya
el cielo su injusto amor
y loca sospecha tuya.
GAZUL. Pues ¿qué la puedes querer?
TARIFE. Ahora bien; esto ha de ser:
guárdese bien el de Vargas,
que ha de ver historias largas
o me ha de dar la mujer.
¿Dónde va aqueste camino?
ZAIDE. Pienso que a Valladolid.
TARIFE. Aquí esperar determino;
que de Segovia a Madrid
pase extranjero o vecino.
Que si el socorro se apresta
y quiere el Rey castellano
venir a hallarse en la fiesta,
quedará el negocio llano,
prevenida la respuesta.
ZAIDE. Retírate, porque creo
que, conforme a tu deseo,
un caballero camina.
TARIFE. Es que la suerte imagina
de mi bien el alto empleo.

(Retíranse y sale LOPE DE MENDOZA, *de camino.)*

LOPE. Para pensar, mi Leonor,
en extremo mis cuidados
de tu ausencia y de mi amor,
dejar atrás mis criados
me ha parecido mejor.
Aunque ya que a Madrid llego
voy con más gusto y sosiego,
no porque deseo mengua,
mas porque el alma a la lengua
vaya remitiendo el fuego.
Ya parece que lo digo,
ya parece que lo toco,
ya parece que prosigo
en las ternuras de loco
y en los regalos de amigo.
¡Oh, puente del alma mía,
por quien ya pasa este día
todo el infierno de penas,
tantas, que son tus arenas
menos que tu margen cría!
Ya llego del mar de ausencia
con la nave de esperanza
al puerto de su presencia;
hoy goza de su bonanza
el premio de mi paciencia.
Ya es hoy Leonor mi mujer,
ya no la puedo perder,
o crezca o mengüe la luna,
ahórquese la fortuna,
que ya no la he menester.

(Llegan los MOROS *con las espadas desnudas.)*

TARIFE. Bien puedes darte a prisión
o apercíbete a la muerte.
LOPE. ¡Ay, notable confusión!
¿Sabes quién soy?
TARIFE. De otra suerte
nos pedirás atención.
Ahora rinde la espada.
LOPE. No la tengo yo enseñada
a rendilla.
TARIFE. Pues ¿a qué?
LOPE. A manchalla.
TARIFE. Aquí hay en qué,
si es, cristiano, tan honrada.
LOPE. Pues uno a uno salid.
TARIFE. Si viniera a pelear
aceptáramos la lid.
LOPE. Casi he venido a pensar
que está cercado Madrid.
¡Moros aquí! ¿Cómo es esto?
TARIFE. Cristiano, cerco está puesto,
y pues que tú lo preguntas,
date luego, o estas puntas
te han de matar. Date presto.
LOPE. (Obligación me corría
de morir; pero no es bien
perder la vida este día.)
Si me rindo, dime a quién,
que soy noble. (¡Ay, Leonor mía!)
TARIFE. Ben Yucef, rey de Toledo,
va con poder y denuedo
de llegar hasta León,
sino es aquel escuadrón
que pone a los hombres miedo.
Tarife soy, su sobrino.
LOPE. ¡Oh, moro famoso y dino,

que te rinda yo la espada!
Vesla aquí limpia y dorada,
que es guarnición de camino.
Este hice a este lugar
descuidado que pudiera
espadas de guerra hallar,
que no la truje tan fiera
como yo la suelo usar;
pues eres noble, no quiero
desconsolarme en mi mal
de que soy tu prisionero.

TARIFE. ¿Eres hombre principal?

LOPE. Soy, Tarife, caballero,
y por que veas que he sido
en hallarte desdichado,
dame por un rato oído
como señor a criado
y vitorioso a rendido.

TARIFE. Ya te escucho.

LOPE. Pues, advierte,
conocerás de qué suerte
su deseo engaña al hombre
y pierde la vida el nombre
ejecución de la muerte.
De la casa de Mendoza,
que tenéis bien conocida,
y a quien dieron noble origen
los jueces de Castilla,
es mi apellido, Tarife,
como fué el de tu familia
de Túnez, Fez y Marruecos,
Trípol, Orán y Melilla.
Esta prevención te hago
por que con sólo que diga
que soy Lope de Mendoza
conozcas mi sangre limpia.
Sirvo al Rey cristiano en Burgos,
donde, por agora, habita
bien descuidado que el Moro
de Madrid los campos pisa.
Soy adalid en la guerra
y soy en la paz amiga
gentilhombre de su boca
junto a su persona misma.
Ahora un año, moro noble,
que aun me acuerdo que ponía
a las piedras de los trillos
los granos de las espigas,
que vine a Madrid a ver
un deudo que en él tenía,
y que es su famoso Alcaide;
fué causa de mi desdicha.
A comer me convidó
tan mal segura comida,
que me dió ponzoña en ella.
Quise comer por la vista.
Sentada estaba a la mesa,
de dos que tiene, una hija
que se pára el sol a vella
cuando por Madrid camina.
Yo, sin saber si eran buenos
los manjares que comía,
di en miralla y di en comer
sus ojos, boca y mejillas.
Comí estrellas, comí perlas,
oro y coral de las Indias,
y, al fin, por decirlo en breve,
mi muerte en forma de vida.
Servíla desesperado
de su favor muchos días
con fiestas y encamisadas,
con torneos y sortijas.
A pocos lances de amor
le conocí que tenía
el alma en un don Fernando,
caballero de la villa,
de buena sangre, y Luján,
y de talle, que podía
dar celos aborrecido,
cuanto y más si le querían.
Por atajarla los pasos
pedíla a su padre un día,
que me dijo que a Fernando
estaba ya prometida.
Con este medio postrero,
ya la esperanza perdida.
volvíme a Burgos celoso,
porque celos son envidia.
Lo que ha pasado esta noche,
quien está ausente lo diga,
que yo esta noche pensaba
ver a mi Leonor divina.
Sucedió que este Luján,
fiado en su valentía,
a correr iba a Toledo
las labranzas y campiñas.
Prendístele con celada
entre Cabañas y Olías,
donde ha seis meses que nadie
sabe que muera o que viva.
Con esto he tenido medios
de que otra vez se la pidan
deudos que tiene el Alcaide
y que mis partes le digan.
Viendo preso a don Fernando,
o muerto, a mi gran porfía

me dió su palabra y mano
con escrituras y firmas.
Partíme, alegre, de Burgos
a las bodas prometidas,
besando la mano al Rey
y contándole mi dicha.
Mandóme dar dos caballos
con jaeces y mochilas,
y la Reina, mi señora,
cuatro alcatifas moriscas.
Vestí pajes y lacayos
de color de mi alegría,
aunque no sin mal agüero,
la guarnición amarilla.
Por pensar en mi Leonor
hoy los dejo en la Fuenfrida,
con que el alto Guadarrama
es término de Castilla.
Contemplándome en los brazos
vine a los tuyos de prisa,
como el pez simple al anzuelo
y el pajarillo a la liga.
Esta es, Tarife, mi historia,
desdichada como mía.
Mira cuál hombre ha tenido
en tal punto tal desdicha.

TARIFE. No lo fuera, por Alá,
Lope, si librarte ya
en mis manos estuviera;
pero, anímate y espera,
que en las del Alcaide está.
Lo que puedo hacer por ti
es enviar de paz un moro
que diga que estás aquí.

LOPE. ¿Querrás rescate?

TARIFE. Un tesoro.

LOPE. (¡Tesoro, y no muero ansí!)

TARIFE. ¡Gazul!

GAZUL. ¡Señor!

TARIFE. Lleva preso
al campo aqueste cristiano.

LOPE. (¡Ay, desdichado suceso!)

TARIFE. Tú al Alcaide castellano
irás, Zaide, a tratar de eso.

GAZUL. ¿Vamos, Lope?

LOPE. Voy contigo.

(Vase GAZUL *y* LOPE.)

TARIFE. Tente un poco, Zaide amigo.

ZAIDE. ¿Qué mandas?

TARIFE. Estuve atento
de este caballero al cuento,
que es noble, aunque es enemigo.
Y he visto que es de esta dama
tan admirable el valor,
que tanto esparce la fama
que es pestilencia su amor
que por los aires inflama.
Verla en extremo deseo;
y quisiera, fácil creo
llevando por mí el recado
de que queda aprisionado
don Lope.

ZAIDE. ¡Extraño deseo!
¿Y si fueses conocido?

TARIFE. De esa sospecha te aparta.
Ve y dile que si es servido
que vayas, te dé la carta
para el Alcaide ofendido,
y tráemela luego a mí.

ZAIDE. Mira, señor, que es locura.

TARIFE. Haz lo que te digo así.

ZAIDE. Yo voy.

(Vase.)

TARIFE. ¡Extraña aventura,
Celima, intento por ti.
Quiero ver con la ocasión
de tratar de este rescate
qué gente y soldados son
los que para este combate
tiene el cristiano escuadrón.
Veré el Alcaide quién es,
y veré a Leonor después,
que tanto el cristiano estima,
y ha de servir a Celima
para alfombra de sus pies.

(Vase. Salen el ALCAIDE *y* DOÑA LEONOR *y* DOÑA ELVIRA, *sus hijas, y siéntanse.)*

ALCAIDE. En desdichada ocasión
y notable coyuntura
esta bárbara nación
correr, mis hijas, procura
desde Toledo a León.
No porque temo que pase
cuando los campos abrase
la nieve de Guadarrama,
y más si a Alfonso la fama
de su arrogancia llegase;
mas por ver que era partido
de Burgos, el que ya goza,
Leonor, de ser tu marido.

LEONOR. Luego Lope de Mendoza
¿tampoco lo habrá sabido?

ALCAIDE. Ha sido con tal furor

de Ben Yucef la venida,
que apenas de mi atambor
ha dado de su partida
la forma al mundo el rumor.

LEONOR. ¿Cómo se detiene aquí,
viendo que la villa es fuerte?

ALCAIDE. Madrid teme en verle ansí,
y yo no, que de esta suerte
vuelva por él y por mí.
Estando aquí le verá
tu esposo, y no llegará
y a la media noche fría
irá a buscarle una espía
si acaso en el puerto está.

LEONOR. Yo le agradezco, señor,
ese notable cuidado,
que tanto tiene de amor.

ELVIRA. El estar Madrid cercado
es tu remedio, Leonor.

LEONOR. Dices verdad, que entre tanto
podría ser que el cielo santo
estorbe mi casamiento.

ELVIRA. ¿Es mucho tu sentimiento?

LEONOR. No puedo decirte cuánto
adoro a Fernando ausente.

ELVIRA. Dícese que está cautivo.

LEONOR. Está en mis ojos presente;
si muerto, en el alma vivo,
donde estará eternamente.

(Entra un SOLDADO.*)*

SOLDADO.

Sobre yegua castaña y cabos negros,
y una bandera blanca levantando,
llegó un moro de paz hasta la puerta.
Bajó el capitán Abalos y abrióle,
quitáronle las armas, y en la villa
ha entrado hasta el alcázar, donde queda
admirado de ver que le resistas
con mil infantes.

ALCAIDE.

Dile que entre.

SOLDADO.

Ya voy.

(Vase.)

ALCAIDE.

Ya entiendo al moro.
El quiere que le dé para el viaje,
o trigo o plata y levantar el cerco.
Mal conoce mi humor.

(Entra TARIFE *con la carta.)*

TARIFE.

¡Alá te guarde!

ALCAIDE.

Tú seas, moro honrado, bien venido.
Dime tu nombre, dinidad y estado
porque, si lo mereces, te dé silla.

TARIFE.

Porque no la merezco no la tomo,
que otra en aqueste tiempo no la ejerzo.
Silla, silla de mi yegua.

ALCAIDE.

Dícenme
que te has maravillado que defienda
con poca gente aquesta villa.

TARIFE.

Y mucho;
pero para la fama que entre moros,
Alcaide, tienes, lo que debes muestras,
y tú también, por dicha, habrás pensado
que Ben Yucef no viene tan soberbio
para tu villa sola.

ALCAIDE.

Verdad dices;
mas esto no me ha puesto como piensas
el ánimo, que es bueno, firme y solo,
ni ha de nacer jamás de la experiencia,
porque ha de haber nacido con el hombre.
Mas no tratemos de esto si no vienes
a saber mi propósito; no hay duda,
sin que me digas nada te respondo,
que mañana saldremos seis escuadras
a probar las adargas de otras tantas.

TARIFE.

¡Qué bien parece a tus ilustres canas
este bizarro hablar, Vargas valiente!
¡Por Alá! que si fueras de mis años
y yo tan noble como tú...

ALCAIDE.

Prosigue.

TARIFE.

Que habíamos de vernos en el campo.

ALCAIDE.

Entonces, moro, diez o doce juntos
como eres tú, me parecieran pocos,
y agora a ti con media lanza sola
y con sola la daga de esta espada...

TARIFE.

¡Válgame Alá!

ALCAIDE.

Dispuesto a lo que vienes.

TARIFE.

No te enojes.

ALCAIDE.

Si aquesto fuera enojo,
¿ya no hubieras medido la distancia
que hay de aquestas ventanas a la calle?

TARIFE.

Esta carta me dió cierto cristiano
que, sobrino del Rey, tiene cautivo.

(Dale la carta, y léela para sí el ALCAIDE.*)*

ALCAIDE.

¡Ay de mí!

LEONOR.

¿Cómo? ¿Lope está preso?

TARIFE.

Sí, mi señora; Lope de Mendoza.
¿Sois vos aquella que ha de ser, si acaso
puede librarse, su mujer?

LEONOR.

Yo he sido.

TARIFE.

Por cierto, con razón sois alabada;
mayor es que la fama vuestra vista;
pero es cosa que espanta ver que a todos
cuantos con vos se casan los cautivan,
que yo conozco un hombre que en Toledo
por vos suspira en la prisión de noche.

LEONOR.

Pues ¿hasle visto tú?

TARIFE.

Téngole a cargo;
y cuando piensa que ya desmentidas (1)
llama a Leonor y por Leonor suspira.

LEONOR.

Ese es, moro, mi bien.

TARIFE.

Y vos, señora,
seréis mi mal, porque hay en esos ojos
basilisco mortal para los hombres.
¡Ay, divina cristiana!

ALCAIDE.

Moro amigo,
¿qué ventura es aquesta de Tarife
que cuantos yernos tengo me cautiva?

TARIFE.

Vuestras hijas, señor, serán la causa,
que, como su hermosura los anima,
intentan mil hazañas imposibles.

ALCAIDE.

Díceme que contigo le responda
el medio perdón que convenga a entrar. (1)

TARIFE.

Yo quisiera tenelle solamente
para quedarme dentro de la villa
a gozar de Leonor los bellos ojos, *(Aparte.)*
señores de mi alma y de Celima;
pues han de ser lo como el sol la nieve,
aquel amor que fué del fuego al hielo,
de su tierna condición esquiva. (2)

ALCAIDE.

¿Cómo no sientes más tu gran desdicha?

LEONOR.

Porque espero en tus manos mi remedio.

ALCAIDE.

¿No te dijo Tarife algún concierto,
honrado moro?

TARIFE.

Sí me dijo.

ALCAIDE.

¿Cómo?

TARIFE.

Advierte.

ALCAIDE.

Di, que ya te escucho atento.

TARIFE.

¡Qué puede un amoroso pensamiento!

Tarife, de Ben Yucef, (3)
como ya sabes, sobrino,
es perdido por cristianos,
que de una cristiana es hijo.
Cuando a Lope de Mendoza
prendió, saliendo al camino
donde su gente venía,
en tu Leonor divertido,
bien le diera libertad.
Pero sabiendo su tío
tal prisión, nunca fué parte
cuanto Tarife le dijo.
Tarife, con este enojo,
siendo ya Lope su amigo,
prometió de libertarle,

(1) Falta un verso, que diría poco más o menos "son la custodia y guardas de su cárcel".

(1) Así en el original.
(2) Todo este pasaje está muy viciado.
(3) Algunas veces le llaman también Ben Yusuz y Ben Yuzaf.

y fué de nobleza indicio
la razón que para esto
hoy a un adarve le ha dicho.
Es que venga junto al muro
y que os llame a desafío,
y que tú, Alcaide, prevengas
cuatro cristianos o cinco,
que salgan y que batallen,
tirando golpes fingidos.
El se dejará prender
y traerle a Madrid cautivo,
de suerte que el Rey le vea
desde la puente del río.
Luego, por medio de paz,
te dará el Rey, como digo,
libre a Lope de Mendoza
por que le des su sobrino.
Esta amistad quiere haceros
y, hallándose al regocijo
de las bodas de Leonor,
ser cristiano y ser padrino.

ALCAIDE. Si para mí nuevos fueran
vuestros engaños, sospecho
que aquesta vez me vencieran;
mas conozco vuestro pecho
y poco mi pecho alteran.
¡Mirad el notable engaño
que este moro me presenta
para procurar mi daño!
¡Mirad el ardid que intenta
tan atrevido y extraño!
Pondrá cerca de la villa,
de noche, alguna cuadrilla
que, en saliendo nuestra gente,
gane la puerta y la puente,
que no podré resistilla.
Y el resto del campo, luego,
acudirá como en Troya,
abierto el caballo griego,
poniendo la mejor joya
de Castilla a sangre y fuego.
¡Hola!

SOLDADO. ¡Señor!

ALCAIDE. Al momento
traed aquí una garrucha.
Dese a este moro tormento.

TARIFE. Alcaide, detente, escucha,
que es temerario tu intento.
Esa carta que he traído
¿es falsa?

ALCAIDE. No.

TARIFE. Pues ¿qué quieres?

ALCAIDE. Que lo demás es fingido.

TARIFE. Pues no lo hagas ni esperes.
Sólo tu respuesta pido.
Después de ser mensajero,
¿qué te agravio?

ALCAIDE. ¡Hola! En prisión
meted ese moro fiero
que me ha dado el corazón
que es honrado caballero.

TARIFE. Si lo soy no lo parezco,
pues que me trates merezco
con tal rigor.

ALCAIDE. Entra ya.

TARIFE. ¿Tú eres Vargas?

ALCAIDE. Sí.

TARIFE. ¡Oh, Alá!

ALCAIDE. Si es tu santo, a él te ofrezco.
Entrad, que en esto hay traición,
que es todo ardid y invención
de estos morillos de España.

TARIFE. (Este piensa que me daña,
y yo adoro la prisión.)

Fin de la primera jornada del "Alcaide de Madrid".

JORNADA SEGUNDA

(Salen CELIMA *y* MANILORO.*)*

CELIMA. ¿Que se ha querido matar?

MANILORO. Es tanto su sentimiento,
que no tengo entendimiento
para poderlo contar.

CELIMA. ¿De qué se queja?

MANILORO. No sé.

CELIMA. Pues ¿qué ha hecho?

MANILORO. A no haber sido
por las guardas detenido,
o por el Dios de su fe,
no dudes de que Luján
desesperado estuviera.

CELIMA. Indigna bajeza fuera
de tan noble capitán,
que esas hazañas no son
de corazón castellano.

MANILORO. Antes es pecho romano
en matarse en la prisión.

CELIMA. ¿Hanle dado alguna nueva?

MANILORO. El ha estado bien guardado,
porque tú tienes mandado
que nadie a hablarle se atreva.

CELIMA. Abre, Maniloro amigo,
esa prisión.

MANILORO. Que me place.

CELIMA. Que quiero ver de qué nace
tanto mal de mi enemigo,
que aunque mi bien no es su bien,

(Sale FERNANDO DE LUJÁN.)

su mal es mi propio mal.—
¿De qué estás triste y mortal,
que mala muerte te den?
¿Qué tienes, cristiano fiero?
¿Qué te lamentas, qué has,
o como no muestras más
el valor de caballero?
¿Qué nueva tan inhumana
te enternece el corazón?
¿Qué tienes, fiero león?
¿Hate dado la cuartana?
¡En ti lágrimas, en ti
señales de sentimiento!
¡Tú dando quejas al viento
que eres mármol para mí!
¡Tú, Luján, desesperado!
Todo es nueva maravilla,
que no ha tenido Castilla
tan valeroso soldado.
Si es la prisión, ¿qué pudiera
hacer más una mujer?
Si es de amor, ¿quién puede haber
que, como yo, sufra y quiera?
Si es de tu bella Leonor,
háblame, fiero enemigo,
que, aunque te llamo enemigo,
te tengo entrañable amor.
Dímelo, que ¡por Alá!
de ayudarte aunque me mates,
que no puede ser que trates
más bien estos ojos ya.
Habla, descansa conmigo,
descansará mi fatiga,
de que no siendo tu amiga
ya merezco ser tu amigo.

FERNANDO. ¿Qué quieres de mis desdichas,
Celima? Así Dios te guarde,
porque, remediadas tarde,
no tienen consuelo dichas.
¡Déjame con mi dolor!
Mas, porque sé que te agrada,
ya, Celima, está casada
aquella ingrata Leonor.

CELIMA. ¿De eso nacieron los llantos
y las desesperaciones?
¿De eso las tiernas razones;
penas y suspiros tantos?
Digo que tienes razón.
¿Y está ya tratado y hecho?

FERNANDO. ¡Cómo se huelga tu pecho,
Celima, con mi pasión!
¿Si es tratado, me dices,
o está hecho?

CELIMA. ¿Pregunto
muy mal?

FERNANDO. Pues no estoy difunto,
mucho de mi amor desdices.
Que, si amaras como yo,
vieras que sólo decir
que se tratara es morir,
cuanto más que se casó.
No está casada; mas ya
consintió con dar el sí;
ya es casada para mí,
pues cerca de estarlo está.

CELIMA. Dame cuenta ¡por tu vida!,
pues que ya tu amiga soy
y tan de tu parte estoy,
que es razón que te la pida
del estado de tu mal,
que sabiendo lo que has hecho,
has vuelto piadoso un pecho
que era ayer un bronce, y cual,
que, si en el mundo hay remedio,
que remedie tu dolor,
hoy verás lo que es amor,
en que tus males remedio.
Verás que te aborreció
esa tu Leonor querida,
y verás que, aborrecida
Celima, el alma te dió.

FERNANDO. No está de suerte mi mal
que si tú quieres, señora,
no se remediase agora,
que no es la herida mortal.

CELIMA. Palabra te doy, Luján,
de serte leal y amiga.

FERNANDO. Pues mira: esta mi enemiga,
a quien mis suspiros van
creyendo que eternamente
me ha de ver, ha consentido
en que sea su marido
cierto pretensor ausente.
Este es Lope de Mendoza,
que sirve en Burgos al Rey,
que, igual en sangre y en ley,
tan justamente la goza.
Esta carta recibí
dentro de un pan que me dió
un cautivo que llegó
a esta reja, y dice así:

(Carta.)

"Consintió doña Leonor
el casamiento tratado,
aunque no poco ha llorado
tu ausencia y pasado amor.
Y el Alcaide de Madrid,
que del buen yerno se goza,
hoy a Lope de Mendoza
escribe a Valladolid.
Y, por si allí no estuviere,
a Burgos también envía,
y, en viniendo, el mismo día
dice que casarla quiere.
Si pudieres escribir,
quéjate a doña Leonor,
que puede ser que su amor
pueda el efecto impedir.
Aunque si tu libertad
mal o bien cobrar pudieses,
no dudes de que tú fueses
el dueño de su beldad.
Que forzada dió la mano
y, en viéndote, ha de volver
a decir que es tu mujer.
De Madrid, *don Luis,* tu hermano."

CELIMA. ¿Eso tu hermano te escribe?
FERNANDO. Esto mi hermano escribió.
CELIMA. ¿Ha mucho?
FERNANDO. Sospecho yo,
supuesto que hoy se recibe,
que en el podérmela dar
habrán pasado diez días,
por desmentir las espías
y las guardas engañar.
CELIMA. Según eso, ¿no ha podido,
pues está Madrid cercado,
entrar dentro el desposado?
FERNANDO. ¡Oh! ¡Quiera Dios que haya sido!
CELIMA. Si él no estaba allá primero,
¿qué dudas de que no entró?
FERNANDO. De noche sospecho yo,
y si él entró, desespero.
CELIMA. ¿Hay portillos?
FERNANDO. Y caminos.
CELIMA. Pues no creas que ha llegado.
FERNANDO. ¿Luego no está el sol turbado
de aquellos ojos divinos?
¡Ay, Dios! ¡Si pudiera ahora
ir a Madrid para hablalla!
CELIMA. ¿Holgáraste?
FERNANDO. El alma calla;
los ojos hablen, señora.
CELIMA. Pues ¿cómo podrás entrar
si está cercada la villa?
FERNANDO. Por alguna lumbrecilla
pasará Leandro el mar.
Usa esta gracia conmigo.
Así vivas, mora hermosa,
que es gran virtud ser piadosa
la mujer con su enemigo.
Alejandro dió a un pintor
la cosa que más quería;
dame tú, Celima mía,
para que goce a Leonor;
[tú,] la reina de Toledo,
[tú,] la famosa africana,
tan digna de ser cristiana,
cuanto encarecerlo puedo.
Yo volveré a tu prisión;
palabra te doy de hidalgo.
CELIMA. Si como amigo te valgo,
mayor es mi obligación.
Ahora bien; hoy se ha de ver
la nobleza enamorada
de una mujer despreciada,
que es cosa nueva en mujer.
No sólo a Madrid has de ir,
pero tengo de ir contigo,
porque el que es perfecto amigo
a todo debe acudir.
Y por que puedas entrar
iremos desconocidos,
los tres de moros vestidos
hasta llegar al lugar.
FERNANDO. Déjame besar la tierra
de esos pies.
CELIMA. ¡Basta, Fernando!
FERNANDO. Cosa bien justa demando.
MANILORO. ¿Dónde vamos?
CELIMA. Calla y cierra.

(Vanse. Entran DOÑA LEONOR *y* TARIFE, *preso.)*

LEONOR. Pues que vengo a tu prisión,
moro, a descansar contigo,
bien verás que no te digo
cosas que fábulas son.
Dime de aquel mi cautivo,
ansí tengas libertad.
TARIFE. Conozco tu voluntad,
y que es tu amor excesivo.
Ya te he dicho que te adora
y que llora por tu ausencia;
pero si él tiene paciencia,
no en balde suspira y llora,
que, si tú le quieres tanto

y yo vuelvo a mi ciudad,
yo le daré libertad.

LEONOR. De tus palabras me espanto.
¿Quién eres tú que te atreves
a sacarle de prisión?

TARIFE. Si piensas que engaños son
las palabras que me debes,
como palabra me des
por tu Dios y por tu padre,
o la que fué Virgen Madre
antes del parto y después,
yo te diré aquí si soy
hombre que cumplirlo puedo.

LEONOR. Sí doy.

TARIFE. Del Rey de Toledo
soy el que más cerca estoy.
Yo soy quien le ha de heredar;
yo soy aquel que en Castilla
de Santiago la cuchilla
he visto a veces temblar;
yo soy aquél que sus cruces
he visto, en pechos y espadas,
de vergüenza coloradas
de mis lunas andaluces.
Yo soy el que de Jaén
vine a heredar a mi tío,
que todo aquel reino es mío,
y el de Archidona también.
Yo soy aquel capitán
que cuerpo a cuerpo estos días
prendí en el campo de Olías
a Fernando de Luján.
Y pues que yo le prendí,
sabida tu voluntad,
yo le daré libertad
si tú me la das a mí.
Y sin duda que has tenido,
Leonor, más obligación,
pues que fuiste la ocasión
de la prisión que he tenido,
porque viéndote alabar
quise, por venirte a ver,
aquesta carta traer,
que tanto me ha de costar.
Porque luego que te vi
de mí mismo me olvidé,
y las palabras hablé
que me han detenido aquí.
Tu padre no ha procedido
como caballero honrado,
que al mensajero ha tratado
como enemigo vencido.
Por tu causa, pues, ha hecho
tal desatino, señora,
que a saberlo el Rey, agora
pusiera fuego a su pecho.
Y es [su] daño ver de suerte
que ha de combatir la villa
si supiese, por rendilla,
dar a todo el campo muerte.
Si tú me das libertad
y en salvo agora me pones,
por tales obligaciones
me iré luego a la ciudad,
y a tu Fernando querido
pondré en Madrid, y al Mendoza,
que ya piensa que te goza,
en prisión y eterno olvido.
De suerte que está en mi mano
tener preso a tu enemigo
y darte libre a tu amigo,
si aqueste imposible allano.

LEONOR. En tu persona, adalid,
quien eres reconocía;
para mi bien este día
te trujo el cielo a Madrid.
Si eres noble, cierta estoy
que cumplirás lo que tratas,
pues por lo que te rescatas
das lo mismo que te doy.
Está en tu mano mi vida
si me das libre a Fernando,
cuyas albricias le mando
a quien por ti me las pida.
Y cuando la obligación
de ser noble y tan galán
no te fuerce que a Luján
me saques de la prisión,
ni el ponerte en libertad,
haga en tu nobleza efecto
en que me guardes secreto
sólo te pido amistad.
Que si mi padre supiese
que eres tú el preso y que yo
te libré, pienso que no
de vida una hora me diese.
Moro honrado y bien nacido,
rey de Archidona y Jaén,
por cuyo valor también
eres de español temido;
moro que has hecho temer
las cuchillas de Santiago,
que en vuestra sangre y estrago
coloradas suelen ser,
duélete ¡por Dios! de mí,
y si estimas a Mahoma,

por Mahoma a cargo toma
que venga Fernando aquí.

TARIFE. Señora, perdón mereces
en tener ese temor,
que, como tienes amor,
luego a sus dudas te ofreces;
pero ¡por Alá y Mahoma,
y por Meca, donde están
sus huesos y el Alcorán!,
en que esta palabra toma
de traerlo libre aquí.

LEONOR. Pues mira lo que he pensado,
por que si no es disfrazado
no podrás salir de aquí.
Fernando tiene un hermano;
tú y él habéis de ir por él,
y podrás salir con él
en hábito de cristiano.
Voile a llamar; si él viniere,
síguele sin miedo.

TARIFE. Parte,
que este rescate he de darte
y otro mayor, si Alá quiere.

(Vase LEONOR.)

¡En qué buenos pasos ando!
A Celima prometí
darle a Leonor, y hoy aquí
doy a Leonor a Fernando.
Agradóme la cristiana;
mas no hay bien sin libertad,
que en esto muestra deidad
la naturaleza humana.
¡Qué temerario accidente
luego que la vi me dió:
mas por el alma pasó
como la efímera ardiente.
Libertad a toda ley,
y el perro alcaide de Vargas
péinese las canas largas,
que hoy ha perdido él un rey.
Que el cerco se levantara,
yerno y rescate le diera
si la villa defendiera
y en la prisión me guardara.

(Entra DON LUIS DE LUJÁN.)

LUIS. A que te hable me envía
doña Leonor, noble moro.

TARIFE. ¿Conócesme?

LUIS. No lo ignoro,
como cosa propia mía.

TARIFE. ¿Eres don Luis?

LUIS. Soy hermano
de Fernando de Luján.

TARIFE. Bríos de honrado te dan
en el campo castellano.
¿Habemos de ir?

LUIS. Aquí tengo
el vestido y un criado.
Salir puedes embozado
mientras caballos prevengo,
que yo te daré un portillo
guardado de mis parientes.

TARIFE. ¿Qué caballos?

LUIS. [Son] valientes.

TARIFE. ¿Colores?

LUIS. Bayo y morcillo.

TARIFE. Bien nos pondrán en Toledo.

LUIS. Antes del amanecer.

TARIFE. ¿Qué es lo que resta de hacer?

LUIS. Partir.

TARIFE. Voy.

LUIS. No tengas miedo.

(Vanse. Salen FERNANDO DE LUJÁN *y* CELIMA, *en hábito de moros.)*

FERNANDO. Con miedo voy de pasar
por el campo de esta suerte.

CELIMA. ¿Qué temes?

FERNANDO. Temo la muerte,
que voy la vida a buscar.

CELIMA. Pues no nos han conocido
por tantas tiendas pasando.
No tengas miedo, Fernando.

FERNANDO. Miedo de tu honor ha sido,
que ya sé que conocida
seguro estoy del temor.

CELIMA. También te dará su honor
la que te ha dado su vida.
La noche es oscura y triste,
que está la luna menguante.

FERNANDO. Voces oigo aquí adelante.

CELIMA. Todo en que calles consiste.

FERNANDO. Una tropa de soldados
traen un preso.

CELIMA. Así parece.

(Salen ZAIDE *y* GAZUL *con* LOPE DE MENDOZA.)

LOPE. ¿Qué es lo que al Rey se le ofrece,
que todos venís turbados?
¿De qué es esta alteración?

GAZUL. El sacarte de la tienda,
Lope amigo, no te ofenda,
que es para cierta ocasión.

LOPE. ¿Queréisme llevar adonde

el Alcaide de Madrid
me vea preso, decid,
para ver lo que responde?
¿Queréis acaso matarme
si no os entrega la villa?

CELIMA. (De alguno de la cuadrilla
quiero, Fernando informarme.)

FERNANDO. (Llega y sabe ¡por tu vida!
quién es aquel prisionero.)

ZAIDE. ¿Quién va allá?

CELIMA. Moros.

ZAIDE. Ya espero
el nombre.

CELIMA. (Aquí soy perdida.)
¿Qué nombre os tengo de dar,
buen Zaide, si el vuestro digo?

ZAIDE. ¿Sois amigo?

CELIMA. Y grande amigo.

ZAIDE. Pues ¿qué queréis preguntar?

CELIMA. Quién es el preso.

ZAIDE. Un cristiano.

CELIMA. (Un cristiano dicen que es.)

FERNANDO. (Pregunta quién, y después
adónde va.)

CELIMA. Zaide hermano,
¿qué calidad tiene y goza
ése? Su nombre decid.

ZAIDE Este es el que iba a Madrid.

CELIMA. ¿Quién es?

ZAIDE. Lope de Mendoza.

CELIMA. (Lope de Mendoza dijo.)

FERNANDO. (Gran ventura.)

CELIMA. (¿Cómo ansí?) (1)

FERNANDO. (Lo que ha pasado colijo.)

CELIMA. (¿De qué suerte?)

FERNANDO. (Que en llegando
le han cautivado.)

CELIMA. (No hay duda.)

FERNANDO. (Pregunta dónde se muda.)

CELIMA. (¿Ya estás contento, Fernando?)

FERNANDO. (¿No quieres que esté contento
viendo preso a mi enemigo?)

CELIMA. ¿Adónde va, Zaide amigo,
vuestro preso?

ZAIDE. Es largo cuento.
Tarife le cautivó,
y desde entonces es ido
donde jamás se ha sabido
si es muerto.

CELIMA. ¿Cómo faltó?

ZAIDE. Eso quiere el Rey saber.

CELIMA. (Fernando, Tarife falta.)

FERNANDO. (¿Luego por eso no asalta
la villa el Rey?)

CELIMA. (Puede ser.)

FERNANDO. (¿A qué llevan al cristiano?)

CELIMA. (En gran peligro está puesto.)

FERNANDO. (¿Va a morir?)

CELIMA. (Morirá presto,
porque es el Rey inhumano.
¡Qué bien que te ha sucedido!
Ya gozarás de Leonor,
pues muere un competidor
en víspera de marido.)

FERNANDO. (Mira qué nobles nacemos
los caballeros cristianos,
y en casos tan inhumanos
qué obligaciones tenemos,
que aquéstos me han de matar,
o he de librar mi enemigo.)

CELIMA. (¿Estás loco?)

FERNANDO. (A lo que digo
me tengo de aventurar)

CELIMA. (Pues ¿cómo? ¿En medio del campo
pretendes librar un preso?)

FERNANDO. (Esta nobleza profeso,
caráter que al alma estampo.
Desvíate.)

CELIMA. (Luego yo
¿aquí también soy perdida?)

FERNANDO. (Huye y guardarás tu vida.)

CELIMA. (No ¡por Alá! ¡Por Dios! no.
Mas porque veas que a todo
he de acudir con valor,
hoy se aventura el honor
y el amor del mismo modo.
Aguarda, Fernando, aquí
que yo daré libertad
a tu enemigo.)

FERNANDO. (¡Ah, piedad
digna, gran reina de ti!
Corra la mar y la tierra
la fama con tus hazañas.)

CELINA. (Aun no son, Fernando, extrañas;
más valor mi pecho encierra.)
¿Zaide y Gazul?

GAZUL. ¿Qué nos quieres,
que andas ya muy sospechoso?

CELIMA. Soy Celima.

GAZUL. ¡Alá piadoso!
¿Es posible que tú eres?

ZAIDE. ¿Y a qué bueno disfrazada,
que a todos nos pones miedo?

CELIMA. Volvió Tarife a Toledo

(1) Falta un verso.

con la traición ordenada,
donde una mañana triste
en el alcázar y puertas
ya de traidores cubiertas
que de nuestras armas viste,
llevando por él pendones,
diciendo ¡Tarife viva!
y a mí, como su cautiva
quiso ponerme en prisiones.
Partí, cual ves, a Madrid;
por eso avisa al Rey presto,
y el peligro en que está puesto
de mi parte le decid.

ZAIDE. Pues ¿no es mejor que le hables?

CELIMA. Mudaré el traje primero.
Dejadme a este prisionero.

ZAIDE. Casos ¡por Alá! notables.
¿Tienes quién quede con él?

CELIMA. Diez moros vienen conmigo.

ZAIDE. Pues mientras al Rey lo digo
harás que miren por él.—
¿Vamos, Gazul?

GAZUL. Esto importa.
¿Y deja el preso?

CELIMA. Esto os ruego.

GAZUL. No es rey Ben Yucef (1) si luego
la cabeza no le corta.

(Vase GAZUL *y* ZAIDE.)

CELIMA. Ya queda libre el cristiano
con una extraña invención.

FERNANDO. Digo que tus hechos son
dignos de Alejandro Magno.
¿Puédole hablar?

CELIMA. Sí, bien puedes.

FERNANDO. Don Lope, conmigo ven.

LOPE. ¿Quién eres?

FERNANDO. No sepas quién,
pues, basta que libre quedes.

LOPE. ¿Adónde me llevas, moro?
¿Quieres matarme?

FERNANDO. No creas
que en ese trance te veas,
que el Dios que adoras adoro.
Alíviate esa cadena,
que yo te daré un caballo,
pues no estorbará a picallo
por esta margen de arena,
que después sabrás quién soy.

LOPE. En el hablar me pareces
cristiano.

(1) En el texto "Ven Yufaz".

FERNANDO. Esto y más mereces.
Lo que te debo te doy.

LOPE. Con extraña confusión
voy donde [me] mandas.

FERNANDO. Ven.

CELIMA. ¿Hícelo bien?

FERNANDO. ¡Y qué bien!
Después sabrás la razón.

(Vanse. Salen el REY *moro,* ZAIDE, GAZUL *y acompañamiento.)*

REY.

Mi hija aquí con poca gente huyendo,
tan lastimada que de verme huye;
Tarife en el alcázar de Toledo
levantando banderas con sus armas.
¿Qué es esto, Alá? Si se arruina el mundo.

ZAIDE.

Esto nos dijo, y en la guardia queda
del cautivo cristiano con sus moros.
Por eso mira qué remedio intentas.

REY.

¿Qué remedio, me dices? Que esta noche
partamos a Toledo con el campo
para que la ciudad, con mi presencia,
o con el miedo de mis armas, ponga
en su lugar mis lunas y banderas
y nuevamente a mi obediencia viva,
derribando al tirano mi sobrino
del lugar en que yo pensé ponerle.

GAZUL.

Acertarás, sin duda; que si aguardas
a que baje la gente de Archidona,
que dicen ya que [en] su socorro viene,
cobrar tu reino en contingencia pones.

REY.

Los atambores roncos y encubiertos
saldrán de aquesta vega los que nombres
de aqueste humilde río antes del alba.
Este es de prevenir, y la voz pase
encargando el secreto y el silencio
para que ni en Toledo lo adivinen
ni de Madrid lo entienda el fuerte Alcaide
que si lo sabe, de su esfuerzo temo
que ha de seguirnos y venir picando
la retaguardia, carros y bagajes.

GAZUL.

No sé si la partida será fácil;
mas la importancia pide la partida.
Pasará la palabra, y dado el orden,
se marchará primero que amanezca.

REY.

Aun no han de ver los ojos celestiales
llorando el alba, la ciudad de Troya,
a cuyas bellas lágrimas los pájaros
van contonando sus parleras voces,
cuando una legua de Madrid estemos.
Tarife cruel, bárbaro y fiero,
que no sobrino; perro, ¿no aguardaras
al breve tiempo que de vida tengo?
Haced lo que os encargo. ¡Apresta! ¡Apresta!

ZAIDE.

¡Gran confusión y gran desdicha es ésta!

(Vanse. Sale LOPE DE MENDOZA *y* FERNANDO DE LUJÁN *y* CELIMA *y* MANILORO.)

LOPE. Ya es tiempo, moro valiente,
o cristiano disfrazado
para mi bien solamente,
que tu nombre y tu cuidado
tu misma lengua me cuente
quién eres y por qué has hecho
con tan valeroso pecho
hazaña digna de un Cid.
Habla, que ya de Madrid
estaremos poco trecho.
FERNANDO. ¿No me has conocido?
LOPE. No,
que la noche y traje ha sido
ocasión para que yo
no te hubiese conocido.
FERNANDO. ¿Poco la habla te dió?
Mas pues no sabes quién soy,
y yo sé muy bien quién eres,
la libertad que te doy,
si es que agradecerlo quieres,
puedes, que en peligro estoy.
LOPE. El que hubiese recebido
la libertad de algún hombre
y no fuese agradecido,
merecen él y su nombre
uno infierno y otro olvido.
No hay tesoro comparado
al bien que en ella se dió,
y así, el que es noble y honrado,
cuanto más don recibió
tanto más está obligado.
¿Qué puedo hacer yo por ti?
FERNANDO. ¿Al fin lo sientes ansí?
LOPE. Yo digo en esto verdad.
FERNANDO. Pues escucha la amistad
que me puedes hacer.
LOPE. Di.
FERNANDO. Yo soy moro.
LOPE. Eso me espanta,
que hablas bien.
FERNANDO. Sirvo a una mora
tres años ha, que no es tanta
la hermosura del aurora
cuando en mayo se levanta.
LOPE. Yo creo que lo será.
FERNANDO. Hice una ausencia forzosa...
LOPE. ¿Casóse?
FERNANDO. No, firme está.
LOPE. No es poco.
FERNANDO. Es noble.
LOPE. No hay cosa
que pueda afligirte ya.
Mira; una noble mujer,
cuando presume hacer mal,
nunca puede tanto hacer
que no deje gran señal,
de la obligación del ser.
¿Qué ha sucedido?
FERNANDO. En mi ausencia
casalla su padre trata.
LOPE. ¿No pudo hacer resistencia?
FERNANDO. En eso sólo fué ingrata.
LOPE. ¿Casóse?
FERNANDO. Quiere.
LOPE. ¡Paciencia!
FERNANDO. Tengo al hombre en mi poder.
LOPE. Pues ¿qué quieres de él hacer?
FERNANDO. Ese consejo te pido,
que en ser uno su marido
puede hacer o deshacer,
porque le ruego que deje
la pretensión, o si no
me dé lugar que me queje
de que obligándole yo
de hacerme este bien se aleje.
LOPE. El consejo está muy llano.
Mátale y goza tu esposa.
FERNANDO. ¿Qué dices?
LOPE. Dame esa mano,
que no dijera otra cosa
si ese hombre fuera mi hermano.
FERNANDO. Sentencia tengo en favor.
LOPE. ¿Cómo así?
FERNANDO. Yo soy, señor,
don Fernando de Luján;
tú el marido a quien hoy dan
la hermosa doña Leonor.
La libertad que te he dado
me has de pagar en dejar
el camino comenzado,

que no te quiero matar
como tú lo has sentenciado.
Vuélvete a Burgos y deja
la pretensión que has tenido,
pues es tan justa mi queja.
Seré de Leonor marido
si el que esperaba se aleja.
Pues tuve piedad de ti
cuando en peligro te vi,
no seas conmigo ingrato.

LOPE. No sé si ha sido buen trato
que eso hayas hecho por mí.
Porque tú no me libraras,
don Fernando, si no vieras
que con esto me obligaras
a hacer lo que me pidieras,
que es el blanco adonde paras.
Y no sólo fué valor
librarme, pero fué engaño,
y ansí no debo, en rigor,
conociendo el desengaño,
lo que me pide tu amor.
Antes de ti estoy quejoso,
que me has obligado mal
y, con artificio odioso,
me has contado en tiempo tal
que eres de Leonor esposo.
No lo eres, ni puedes, digo,
que está casada conmigo;
y si te debo amistad
porque me das libertad,
basta el no reñir contigo.
Y así, como caballero,
te ruego no me hables más
en mujer que adoro y quiero,
porque ocasión me darás
que te busque sin tercero.
Yo entro en Madrid agora:
mira qué quieres de allá.

FERNANDO. ¿Qué te parece, señora?

CELIMA. Que bien empleado está.
Tú lo hiciste, tú lo llora.

FERNANDO. De manera me has hablado,
Lope de Mendoza fiero,
que hasta la voz me has helado.
¿Sabes que soy caballero
de sangre y linaje honrado?
¿Sabes que en la paz y guerra
soy el mejor de esta tierra,
que apenas bozo tenía
cuando con gente corría
hasta la Morena Sierra?
¿Sabes que al Rey no he servido
de lisonjero criado,
sino en la guerra que he sido
por ventura un buen soldado
de los buenos que ha tenido?
¿Sabes que a doña Leonor
serví y quise, y tengo amor,
y que me fué prometida?

LOPE. ¿Era acaso de tu vida
yo coronista o autor?
No sé nada, aunque no niego
que eres caballero honrado.

FERNANDO. Retiraos los dos. Reniego
de tanto hablar confiado.
Sea fuerza lo que es ruego.

LOPE. Huélgome que ese vestido
porque piense que eres moro,
traigas, Fernando, vestido,
por no guardarte el decoro
que es al cristiano debido.

(Riñen. Entra TARIFE, *en hábito de cristiano, y* DON LUIS.)

TARIFE. Pues digo que voces siento
desde el portillo del muro.
No tienes que estar atento.

LOPE. Mal he hablado, que procuro...

FERNANDO. Toda tu arrogancia es viento.

MANILORO. Señora, tente, ¿a dó vas?

CELIMA. A ayudar voy a Fernando.

LOPE. Tres sois.

FERNANDO. Uno soy no más.

LUIS. No lo puedo estar mirando.
Tarife, quédate atrás,
que tus moros veo allí
pelear con un cristiano.

TARIFE. Y aquel hábito vestí,
que he de pelear es llano
como cristiano y por ti.

(DON FERNANDO, CELIMA *y* MANILORO *a una parte, y* DON LUIS *y* TARIFE *y* DON LOPE *a la otra.)*

LUIS. Tened bien firmes los pies,
que ya somos tres a tres.

LOPE. Cristiano fuerte y galán,
¿quién sois?

LUIS. Don Luis de Luján.

FERNANDO. Paso, que mi hermano es.

LUIS. ¿Cómo hermano?

FERNANDO. Soy Fernando.

TARIFE. Los dos te íbamos buscando.

LUIS. ¿Tal pasa? ¿Yo contra ti?
Pásate, Tarife, aquí
y muera el contrario bando.

LOPE. (Yo he medrado con el día

si estoy a morir propincuo.
¡Buena ventura es la mía!
Tres enemigos tenía
y ya se me han vuelto cinco.)

FERNANDO. Nuestro valor, que destroza
de Alcalá y de Zaragoza
tantos moros enemigos,
no buscará cinco amigos
para Lope de Mendoza.

TARIFE. Teneos todos. ¡Atrás!
¿Don Lope es éste?

LOPE. Yo soy.

TARIFE. Pues di, ¿cómo libre estás?

LOPE. Por quien me mata lo estoy.
No puedo decirte más.

TARIFE. Aunque con traje cristiano,
moro soy y soy tu dueño,
que te cautivó esta mano.

LOPE. ¿Quién eres?

TARIFE. Tarife.

CELIMA. (¿Es sueño,
sombra o fingimiento vano?
Fernando, ¿qué haré?)

FERNANDO. (Señora
di que a buscarle venías
al campo conmigo agora.)

TARIFE. ¡Basta, que guardas y espías
siempre es canalla traidora! (*Ap.*)
(Don Lope en el campo preso
y en Toledo don Fernando
por algún notable exceso,
sin entender el suceso, (1)
bien me dió con mis cautivos.)

FERNANDO. Oyeme aparte.

TARIFE. ¿Qué quieres?

FERNANDO. Dame albricias.

TARIFE. ¿De estar vivos?

FERNANDO. Yo sé que al vivir prefieres
unos ojos bien esquivos.

TARIFE. Pues ¿qué hay de ellos?

FERNANDO. Aquí están

TARIFE. ¿Dónde?

FERNANDO. Que a buscarte van,
peregrinando por ti.

TARIFE. ¿Está aquí Celima?

FERNANDO. Sí.

TARIFE. ¿Sí? ¿Qué me dices, Luján?

FERNANDO. Llégate acá. En este moro
viene encubierta Celima.

CELIMA. ¡Tarife!

TARIFE. ¡Celima! Adoro
todo cuanto el cielo estima
en esas madejas de oro.
¿Cómo así te has atrevido?

CELIMA. Donde amor la culpa ha sido,
¿qué tienes que preguntar?

TARIFE. ¿Con tal traje y tal lugar?

CELIMA. ¿Y tú en tal fama y vestido?

TARIFE. ¿Podréte abrazar?

CELIMA. Espera,
no entiendan estos cristianos
que vengo de esta manera.

TARIFE. Hablaré a los dos hermanos.

CELIMA. Lo que es mi honor considera.

TARIFE. Fernando y Luis, oíd.

LUIS. ¿Qué nos mandas?

TARIFE. Advertid
que yo con esto he cumplido
lo que he a Leonor prometido
en la prisión de Madrid.
A Luján doy libertad,
y porque ya de mi ausencia
no sepa el Rey la verdad,
quiero, con vuestra licencia,
hoy volverme a la ciudad,
donde, dejando a Celima,
vuelva a ver lo que pretende.

LUIS. Quien el beneficio estima
como tu Rey, bien se entiende
que sangre y virtud le anima.
Yo presentaré a Leonor
tu cautivo.

FERNANDO. Yo, señor,
seré tu esclavo y amigo.

CELIMA. (¿Pudo fortuna conmigo
usar de mayor rigor
que pierdo a Fernando aquí
y voy con quien aborrezco?)

TARIFE. Lope.

LOPE. ¿Qué mandas?

TARIFE. A ti
la libertad no te ofrezco
que a don Fernando le di.
La razón es que me ha dado,
estando en Madrid cautivo,
Leonor libertad, y ha usado
contra aquel su padre esquivo
de término más honrado.
Que por ver la fuerza y gente
llevé tu carta, y prendióme
por espía injustamente.

FERNANDO. (Que bien o [que] mal lo tome,
dile que prenderle intente.)

CELIMA. Prende a Lope de Mendoza,

(1) Falta un verso para la quintilla.

que es de Fernando enemigo,
por quien su dama no goza.

TARIFE. Ya él sabe que ha de ir conmigo,
puesto que parte y destroza; (1)
que no se pondrá, sospecho,
en defenderse.

LOPE. No has hecho,
Tarife, como quien eres.

TARIFE. ¡Tente, esclavo, y no te alteres,
que puedo pasarte el pecho!

LOPE. Cuando yo tu esclavo fuera,
en buena guerra no hiciera
contra ti defensa injusta,
aunque siempre es cosa justa
que la libertad se adquiera.
Pero preso en un camino,
como suele el salteador
al mísero peregrino,
del nombre de vencedor
te has hecho, Tarife, indigno.
Ni eres mi dueño, ni quiero
ser tu esclavo y prisionero.

TARIFE. Como eres, Mendoza, bravo,
pues hizo fuerza tu esclavo,
no respondiera tan fiero;
y con ser rey de Archidona,
ser de un Mendoza me honrara,
que el apellido te abona,
y sin serlo te estimara
por tu buen talle y persona.
Yo no soy hombre que a ti
como ladrón te prendiera;
con guerra vine hasta aquí
y cuerpo a cuerpo hombre fuera
para dar cuenta de mí.
Y agradéceme que cuente.
por un camino tan agro, (2)
lo que en esto el alma siente,
que el hábito de Santiago
me hace hablar humildemente.
Pero si no estás contento
del cautiverio pasado
y lo tienes por violento,
campo nos dará este prado
y aquestas flores aliento.
Ya el alba ha rompido el día,
él habrá que nos partir
donde, con justa porfía,
se pueda aquí definir
si es la causa tuya o mía;
que los amigos presentes
servirán de empalizada,
y esto es muy bueno que intentes
por que me venza tu espada
y por tu esclavo me cuentes.

LOPE. De tal manera procedes,
gallardo y famoso moro,
que en cortesía me excedes
guardando el justo decoro
de tu sangre en cuanto puedes.
Pero advierte que yo muero
por Leonor, que es ya mi esposa,
y que del combate fiero
ni el vencer es justa cosa
ni honra el ser prisionero,
porque de una o de otra suerte,
cuando escape de la muerte
quedaré herido de modo
que pierda el remedio en todo
y el blanco a que voy no acierte.
Porque las cosas no están
de suerte, que si esta lid
me detiene ahora y van
los dos que ves a Madrid,
Fernando y Luis de Luján,
perderé a doña Leonor,
dando a mi competidor
aquesta indigna venganza
y quitando a mi esperanza
la posesión de mi amor.
Lo que podemos hacer
es que yo tu esclavo sea
y que me dejes volver
adonde mi esposa vea
y mi casamiento hacer.
Y que en estando casado
vuelva a tu prisión y viva
hasta haberme rescatado
el alma en Madrid cautiva
y el cuerpo en Toledo honrado.

TARIFE. Pues ¿qué fianzas me das
que a mi prisión volverás?

LOPE. Esta cadena de oro,
que es mi fe, honra y tesoro,
que no puedo darte más.
Esta es la cruz y cuchilla
de Santiago, que, aunque indigno,
fuí digno de recibilla
lo que esto es honra en Castilla. (1)
que quedaré por infame
en el Orden militar
y que el mundo me lo llame;

(1) Pasaje alterado.
(2) "Agro" no es consonante de "Santiago".

(1) Falta un verso, y el sentido es oscuro.

pues ves que es más de estimar
que cuanta sangre derrame
si no volviera por ella.

TARIFE. Fernando, no puedo menos.
Perdona, Celima bella,
que la virtud en los buenos
ningún amor le atropella.—
Ahora bien; la prenda aceto.
Vete con Dios.—Tú, Luján,
pon tu remedio en efeto.

LOPE. ¡Adiós, noble capitán!

(Vase.)

TARIFE. ¡Adiós, Mendoza discreto!

FERNANDO. Yo, señor, también me voy,
por que no llegue primero.

CELIMA. Fernando, escucha.

FERNANDO. Aquí estoy.

CELIMA. Bien sé que eres caballero
y también sabes quién soy.
Con el alma te he querido,
y pues no te he merecido,
haz una cosa por mí.

FERNANDO. Di, señora.

CELIMA. ¡Ah, triste!

FERNANDO. Di.

CELIMA. Que mires que me has perdido.

FERNANDO. No te enternezcas de suerte
que a entender Tarife acierte
tu pretensión. Yo te juro
de escribirte.

CELIMA. Eso procuro.

FERNANDO. Adiós.

CELIMA. Ya quedo a la muerte.

LUIS. Tarife, no me despido
de volver a verte.

(Vase DON FERNANDO *y* DON LUIS.*)*

TARIFE. Yo creo
que eres hombre agradecido.
Señora, volver deseo
al Rey, que estará ofendido;
tú es bien que a Toledo vuelvas,
que pierdes de tu decoro.

CELIMA. Y tú a ser te resuelvas
de esta Angélica Medoro
por estas oscuras selvas;
pero palabra has de darme
que he de ir segura contigo. (1)

TARIFE. Yo procuraré forzarme.

CELIMA. Por tu mismo bien lo digo.
Señor, tu vida es guardarme.

TARIFE. Del modo que suele estar
junto al imán el acero,
el ánade junto al mar
y el ladrón junto al dinero,
la hambre junto al manjar,
el sediento con la fuente,
con la leche la serpiente,
junto a la colmena el oso,
a la sospecha el celoso
y con la carta el ausente;
la injuria con el poder,
los lebreles junto al pan,
el esquitar y el perder,
así seguros están
el hombre con la mujer.

CELIMA. Que lo harás mejor confío
porque, al fin, tu honor es mío.

TARIFE. Ven, que asegurarte quiero
de que el amor verdadero
no tiene libre albedrío.

(Vanse. Sale el ALCAIDE *y sus dos hijas.)*

ALCAIDE. Haberse el esclavo huído
dicen que es cosa, Leonor,
de que tú la causa has sido.

LEONOR. Ni yo la he dado, señor,
ni hasta agora lo he sabido,
ni soy yo tan piadosa.

ALCAIDE. Ni esa fuera justa cosa.
Y pues que yo le prendí,
no fué sin causa, pues vi
que era invención sospechosa.

LEONOR. Si en el calabozo están
los grillos rotos, ¿por qué
a mí esa culpa me dan?

(Sale un SOLDADO.*)*

SOLDADO. ¡Albricias, señor!

ALCAIDE. ¿De qué?

SOLDADO. Don Fernando de Luján
y tu yerno juntos vienen.

ALCAIDE. Toda esta casa se goza;
diles que licencia tienen.

(Salen DON FERNANDO *y* LOPE DE MENDOZA.*)*

FERNANDO. Dadme, señor, vuestros pies.

LOPE. Dadme vuestros pies, señor.

LEONOR. ¿Es mi don Fernando? El es.

FERNANDO. ¿Y vos también mi Leonor?

LOPE. Y vos mi Leonor después.
Don Fernando, desviaos.

(1) En el texto dice "que has de ir seguro conmigo", que es lo contrario de lo que se intenta expresar.

FERNANDO. Yo estoy muy bien.
LOPE. Apartaos.
Esta es mi esposa.
FERNANDO. Eso no.
ALCAIDE. Pues ¿cómo adonde estoy yo
de esta suerte habláis? ¡Guardaos!
LOPE. ¿No me has llamado a mí?
ALCAIDE. Sí.
FERNANDO. ¿No me la has dado primero?
ALCAIDE. Primero a Leonor te di,
y por muerto o prisionero
a Lope la prometí.
FERNANDO. Mía es.
LOPE. No, sino mía.
FERNANDO. Ya perdiste la ocasión.
LEONOR. (Eso sí mi bien porfía.) *(Aparte.)*
LOPE. Yo estoy en la posesión.
FERNANDO. Pues la posesión desvía.
ALCAIDE. ¿Así me dejan afuera?
¿Soy yo su padre, o quién soy? (1)
FERNANDO. Ella escoja.
LEONOR. (¡Bien pudiera,
mi bien, queriéndote a ti; *(Aparte.)*
o sea yo tuya o muera!)

(Entra ORDÓÑEZ, *soldado.)*

ORDÓÑEZ. ¿Qué hacéis, valiente Alcaide,
que de la puente y el bosque
han levantado su campo
los moriscos escuadrones?
[ALCAIDE.] Sin duda quiere irse el Rey,
pues en huída se ponen,
o el Maestre de Santiago
tiende sus rojos pendones
o, por ventura, ha sentido
que, con sus freiles y monjes
desciende de Calatrava
el honor de los Girones.
[ORDÓÑ.] No sé qué ha sido la causa,
que al tiempo que el alba rompe
con sus manos de marfil
las cortinas de la noche,
todos vuelven a Toledo,
destemplados los tambores,
arrastrando las banderas
y los soldados sin orden,
como el escuadrón de abejas
que cuando las flores comen
con algún espanto vuelan
y van dejando las flores;
así siembran por el campo
de los bagajes y cofres
tocas, bandas y almalafas
y cendales de colores.
Síguele, valiente Alcaide,
que si en el campo le coges,
no dudo que le destruyas
sólo con llevar cinco hombres.
ALCAIDE. Ea, caballeros fuertes,
que en iguales ocasiones
se conocen los hidalgos
y los buenos se conocen.
Dejemos la competencia,
que el moro se nos acoge;
tiempo es éste de las armas,
después lo será de amores.
Por yernos os tengo a entrambos
y por caballeros nobles;
yo os prometo dar mis hijas
después que al Moro despoje.
Si viene el Rey o el Maestre
primero, amigos, se adorne
de este laurel nuestra frente
y nuestras armas se borden.
FERNANDO. Yo, por mi parte, ya parto.
Alcaide, a caballo ponte.
LOPE. Y yo también por la mía,
que nunca llego a la postre.

(Vase.)

ALCAIDE. Pues, alto. ¡Santiago, a ellos!
¡Todos somos españoles!

(Vase.)

LEONOR. ¿Qué? ¿Te vas, Fernando amigo?
FERNANDO. No puedo más, mi bien; voime.
LEONOR. Que seré tuya no dudes.
FERNANDO. Eso has de decir entonces.
LEONOR. ¡Dios te guarde!
FERNANDO. Ponte al muro
por que me ayuden tus voces.

Fin de la segunda jornada del "Alcaide de Madrid".

TERCERA JORNADA

(Salen el REY *moro y* CELIMA, TARIFE, ZAIDE *y* GAZUL.)

REY.

¡Que esta burla hayan hecho los cristianos!

ZAIDE.

Señor, la industria del engaño advierte,
pues no salieron sus intentos vanos.

(1) "Soy" no es consonante de "ti".

REY.

¡Cómo advertir! Estoy por daros muerte,
traidores, que dijisteis que a Celima
la visteis y la hablasteis.

TARIFE.

(¡Caso fuerte!)
Con justa causa, tío, te lastima,
pues has perdido en esta huída infame
de moros y cristianos grande estima.

REY.

¿Posible es que esta sangre no derrame?
Pero, Gazul, autor de tanto enredo
o traición, que así es justo lo llame,
¿no me dijiste que con pena y miedo,
en traje de varón vestida vino
Celima, triste, huyendo de Toledo
por huír de Tarife, mi sobrino,
que la quiso matar?

GAZUL.

Si solo fuera
el fiero autor de tanto desatino,
digno castigo y pena mereciera;
mas oye a Zaide y Maniloro y todos
y el engaño cristiano considera.

ZAIDE.

De estas fieras reliquias de los godos,
cuando les faltan fuerzas y defensas
buscan ardides de diversos modos.
Todas las penas del infierno inmensas
me castiguen, señor, si no jurara,
puesto que agora lo contrario piensas,
que era Celima y que su cuerpo y cara
conocí como agora la escura
noche nos alumbra Cintia clara.
Mas por algún hechizo, por ventura,
formaron en la sombra los cristianos
su retrato y fantástica figura.
Decían que los moros toledanos
contra ti levantados y crueles
las armas y banderas levantados,
en la villa real que ocupar sueles
ponían a Tarife, y a sus plantas
arrojaban alfombras y laureles.

TARIFE.

Bastan, excelso Rey, disculpas tantas
y conocer que fué cristiano enredo,
que esta es verdad por las estrellas santas;
pero si por ventura tienes miedo
que esto naciese, de que causa he dado
rebelando tus moros en Toledo,
mejor será que vivas descuidado,
que yo me quiero volver a mi Archidona
de verte para siempre desterrado.

REY.

Muy mal, Tarife, tu amor galardona
la obligación que mi cuidado tiene;
tuyo es mi reino, tuya es mi corona.
Quien a heredarla y sucederla viene,
¿por qué se ha de creer que me la quita?

TARIFE.

Quien quisiere pensar ¿qué le detiene?

REY.

Esa humildad, sobrino, a darte incita
mis brazos como padre eternamente;
eso deja y las armas solicita.
Si este Gracián Ramírez insolente,
este Vargas cruel nos ha engañado,
prevéngase el castigo conveniente.
Apenas vi mi ejército alterado
y que yo me llegaba a la vanguardia
por llegar a Toledo acelerado,
me comenzó a picar la retaguardia.
Los moros del bagaje, temerosos,
y algunas compañías, no pudieron
resistir por seguirme cuidadosos
y con gran deshonor nuestro perdieron
cuatro banderas y otros mil despojos,
con que a Madrid contentos se volvieron.
Si esta afrenta es razón que me dé enojos
y que me incite a la venganza justa
dígalo el fuego y llanto de mis ojos.
Nunca es honrosa la vitoria injusta.

TARIFE.

Serálo la venganza que ya esperas,
si no es que Alá de perseguirnos gusta.
Palabra doy, señor, que tus banderas
he de cobrar con esta propia mano,
o corriendo o cobrando sus fronteras.
Ya te dije, señor, cómo el cristiano
me prendió por espía injustamente,
aunque no fué mi cautiverio en vano,
que vi sus armas, su defensa y gente,
tales que apenas fuerza [las] combate,
aunque el Alcaide su traición intente.
Todo moro se calce su acicate,
su lanza empuñe y jacerina vista
y de partir a la venganza trate.

REY.

No ha de ser comoquiera esta conquista.
Madrid tiene mil hombres de pelea,

yo quiero darte veinte mil por lista,
pues cuando ansí cercar la villa vea,
y que por veinte partes la asaltamos,
y que por cada parte mil se vea,
¿quién duda que en un hora la rindamos,
echando cerca y torres por el suelo
y asiendo vida y sangre nos vengamos?
Y cuando fuere tan contrario el cielo
que la fuerza resista a fuerza tanta
allí me ha de cubrir de escarcha y hielo.
Y para no mover la mano y planta
de la espada y la villa, ha de ir conmigo
Celima, para mí otra luna santa.
Con esto, ni el amigo ni enemigo
tomarán ocasión de hacerme daño.

TARIFE.

Hoy vuelven las desgracias de Rodrigo.
Camina, gran señor, que antes de un año
a España has de rendir.

REY.

¡Por Alá juro
que ha de pagarme Vargas el engaño
si los veinte mil hombres aventuro!

(Vanse. Sale el ALCAIDE *como general, con caja y sus banderas, y sus hijas con él, y* SOLDADOS *cuatro pendones moriscos arrastrando.)*

ALCAIDE. En aquesta santa ermita,
aquella heroica Señora
que Madrid adora, habita
y que el cielo y tierra adora
por Reina, humilde y bendita.
Es de Atocha su apellido,
y es su origen (1) Antioquia,
y así este campo florido
de los ángeles parroquia
desde que aquí vive ha sido.
De la perdición de España
esta imagen nos quedó
que nos honra y acompaña,
esta alba que el sol nos dió
y que al mundo en perlas baña.
Esta Reina protetora,
de Madrid esta defensa
contra la bárbara y mora
furia cruel que nos piensa
consumir del todo agora.
Esta custodia divina
que nos dió aquesta vitoria
y que la piedad divina
hizo para tanta gloria
de nuestra villa vecina.
Y aunque vecina tan franca
por su divina hidalguía,
cual Reina y Señora mía,
y aunque morena, tan blanca
como el sol que alumbra el día.
Y pues ella parte ha sido
para ganar los despojos
del enemigo vencido,
hoy a sus piadosos ojos
traigo el despojo debido.
Aquestas cuatro banderas
de los moros toledanos
que quité a sus manos fieras
serán despojos cristianos
y memorias verdaderas.

FERNANDO. Justamente las ofreces
y aquesta noche las velas.

LEONOR. Bien su favor agradeces
y nuestros pechos consuelas (1)

LEONOR. Cuelga en sus santas paredes,
entre humilde cera y cirios,
señor, lo que agora puedes
a quien de estrellas y lirios
coronada hace mercedes.
Que vendrá tiempo en que des
cosa más alta y subida,
aunque es humilde interés
para quien del sol vestida
tiene la luna a sus pies.

LEONOR. La ermita han abierto ya.

FERNANDO. Ya se ve la blanca aurora,
puesto que morena está;
pero, ¿qué mucho, Señora,
si tan cerca el Sol os da?

(Córrese una cortina y se descubre un altar con una imagen de Nuestra Señora, de bulto, y todos de rodillas.)

ALCAIDE. ¡Virgen de Atocha morena,
pero aunque morena, hermosa,
que por Vos al suelo suena;
lirio, clavel, palma y rosa,
ciprés, oliva, azucena!
¡Protectora de Madrid,
capitán nuestro, adalid,
yo os presento los despojos
de cuatro pendones rojos
que he ganado en esta lid!

(1) En el original "que es comisque".

(1) Falta un verso, que probablemente diría FERNANDO u otro, para que luego vuelva a hablar LEONOR.

Aquí os presento mi gente,
dadle vuestra bendición,
y, cual capitán valiente,
licencia en esta ocasión
que en vuestra lista se asiente.
Y al que en los brazos tenéis,
pues por su fe peleamos,
os suplico encomendéis
esta villa que guardamos,
que vuestro negocio hacéis.
Porque si el Moro la gana
no os terná tal devoción
como la gente cristiana,
que bien sabéis Vos que son
gente bárbara y tirana.
Veis aquí donde os presento
esta bandera celosa
de vuestro divino aumento;
no queráis, Virgen hermosa,
su deshonra y perdimiento.
Que para que esté segura
en ella juro de hacer
desde hoy más vuestra figura
y alguna letra poner
en loor de vuestra hermosura.
Sentaos todos y velemos
hasta que nos llame el alba.

FERNANDO. Ya las luces encendemos.

ALCAIDE. Cantad, pues, con voz de salva
que a nuestra Reina ofrecemos.

(Siéntanse, encendidas las velas; el ALCAIDE *se pasea, y canta un* MÚSICO.)

(Cantan.) "A la Virgen bella
de Atocha hermosa
Madrid le da gracias
de esta su victoria.
Cercara a Madrid,
con soberbia loca,
el Rey de Toledo
de las blancas tocas.
Sobre Manzanares
su gente acomoda,
cubriendo los campos
a fuer de langosta.
Pero por milagro
la Virgen de Atocha
el cerco levanta
con su mano sola
"A la Virgen", etc.
Su Alcaide, cercado,
luego al arma toca,
tras el moro salen
y el campo despoja.
Hasta Illescas sigue
los moros en tropa,
y a Madrid se vuelven
con ganancia y honra.
A la ermita ofrecen
las banderas rojas
y a la Virgen dice
que en las suyas todas
traerá su figura
por impresa honrosa
encima del oso
que Madrid corona.
A la Virgen bella
de Atocha hermosa.
Madrid le da gracias
de esta su victoria."

(Entra DON LUIS DE LUJÁN.)

LUIS. ¿Dónde está el Alcaide?

ALCAIDE. Aquí.

LUIS. Dos nuevas te traigo juntas.

ALCAIDE. Pues, ¿de qué vienes ansí?
¿Qué hay de nuevo?

LUIS. Escucha.

ALCAIDE. Di.

LUIS. El que ayer salió vencido
de los muros de Madrid
hoy viene otra vez sobre ellos:
la gente lo dice ansí.
Madrid tiene mil soldados
de guerreros adalid,
y el Moro dicen que tiene
para cada ciento, mil.
Jurando viene a Mahoma
que no ha de partir de aquí
hasta que la villa gane
o rinda a partido vil,
y que han de llevar cautivos
a tus dos hijas y a ti
y a todos los caballeros
que se hallaren en la lid:
Cerdas, Mendozas, Lujanes,
los de Lara y de Ruíz,
Ramírez, Luzones, Vargas
y los Vivares del Cid.
Un pendón ha hecho el Moro
todo de un cendal turquí,
con franjas borlas de plata,
lleno de aljófar sutil.
Una letra puso en él,
que le ha dado su alfaquí,
que dice dar las vitorias

si lo puede Alá y Quivir.
Los campos cubren de Illescas,
pareciendo por abril
de varias flores y plantas
un matizado jardín.
Al arroyo donde beben
suelen el paso impedir.
Ha gastado en los lugares
trojes, cebada y maíz. (1)
Los relinchos de las yeguas
del fuerte Guadalquivir
resonando el aire llegan
hasta su abrasado fin.
Todo es alquiceles blancos
de la seda de Genil,
y en cuchillas de Toledo
tachonados tahalís.
Bonetes de fina grana
y de uno y otro matiz
varias plumas y bengalas
con artificio sutil;
aljubas de seda verde,
amarilla y carmesí,
con acicates dorados
sobre azules borceguís;
ballestas, lanzas y adargas
pueden el aire cubrir,
y mucho más los blasones
que se dicen contra ti.
Esta es la primera nueva,
tan triste para Madrid.
La otra, que el Rey te escribe:
la razón sabrásla aquí.

ALCAIDE. Confieso que es triste nueva
venir doce mil paganos
y hacer de mil lanzas prueba,
si no fueran de cristianos,
que esta ventaja les lleva.
¿Doce mil moros?

LUIS. Y aun veinte

FERNANDO. ¡Bárbaro moro!

LOPE. ¡Insolente!

FERNANDO. ¿Qué hemos de hacer?

ALCAIDE. Resistir.

LEONOR. ¿Resistir? ¿Cómo?

ALCAIDE. O morir.

LOPE. ¿Con qué favor?

FERNANDO. ¿Con qué gente?

ALCAIDE. Esta Virgen la dará,
y ¡ojalá dentro estuviera,
como aquí en el campo está
por que mejor defendiera
la villa que suya es ya.
Pero como su oración
y gracias sus armas son,
y a cualquier lugar alcanza,
en ella tengo esperanza
y en su imagen y pendón.

FERNANDO. La carta del Rey veamos.

LOPE. Por ventura te socorre
si sabe cómo quedamos.

ALCAIDE. La Virgen se llama torre;
en buena defensa estamos.

(*Carta.*)

"Gracián Ramírez de Vargas,

"Mi Alcaide: Ya he sabido con qué valor defendéis mi villa de los moros, enemigos de la fe, fronterizos deste reino, de que estoy muy agradecido. Por agora os fago merced de veinte mil maravedís sobre mis rentas reales de Valladolid, y vos mando y ruego hagáis vuestro poder y lo que debéis a quien sois, escribiéndome en el estado en que estáis para que vos socorra si el Moro fincare en el cerco.

"Dios vos guarde, el buen Alcaide de mis fronteras. — De Burgos. ALFONSO, Rey de Castilla."

LOPE. La carta viene animosa.

ALCAIDE. ¡A la villa, caballeros!

FERNANDO. ¡Gran favor!

LOPE. ¡Honrada cosa!

ALCAIDE. ¡Salid, hidalgos aceros;
defended de Dios la esposa!
¡Ea, hidalgos, a la villa,
que no ha de quedar cuchilla
que a treinta moros no salga!

FERNANDO. ¡Bravo valor!

LOPE. ¡Sangre hidalga!
¡No hay mejor hombre en Castilla!

(*Vanse. Cierran la cortina, y salen* TARIFE *y* CELIMA.)

CELIMA. No me digas cumplimientos,
que antes sospechas me den.

TARIFE. ¿Cuándo tú me tratas bien,
señora, mis pensamientos?
¿Cuándo fueron entendidos
de tu rigor mis cuidados,
ni mis servicios pagados,
o siquiera agradecidos?

(1) El maíz no era conocido en España en tiempo de Gracián Ramírez.

¿Qué tienes por cumplimiento?
¿Qué llamas sospecha en mí?

CELIMA. El verte romper ansí
con las palabras el viento.
¿Qué me dijiste que hiciese
en tu primera partida?

TARIFE. Que te sirviese en mi vida
a lo más que agradeciese.

CELIMA. ¿No te pedí una cautiva?

TARIFE. Por ella estuve cautivo,
y yo haré presto, si vivo,
que ella en tu servicio viva.
No tienes de qué formar
esas quejas de mi fe,
que lo que imposible fué
bastó quererlo intentar.
Puse un rey en ocasión
que no pudo hacerse más;
pero a lo que agora estás
te daré satisfacción.
¡Vive Alá! que estoy corrido
de que me hayas afrentado.
Hoy a Madrid he llegado,
muy presto cobarde he sido.
Pero antes que el rey asalte,
como lo intenta, la villa,
ni a hombre cristiano una hebilla
de lo que es sus armas falte,
que no los quiero vencidos,
sino valientes y fieros.
Nueve hidalgos caballeros
te ofrezco traer rendidos;
cumplimiento son mis hechos
y palabras son mis manos.
Pregúntalo a los cristianos
de las cruces en los pechos.
¡Yo prometer sin cumplir!
Prometí mujer, que a ser
hombre, como fué mujer,
bien suelo hacer y decir;
pero solo como estoy
a la cerca parto, espera.

(Vase.)

CELINA. ¡Plega Alá que en ella muera!
Que tales ruegos le doy,
que todos estos caminos
nacen de serme importante
su muerte, que al arrogante
le humillan sus desatinos.
¡Oh, cerca en que está mi bien!
¡Oh, muralla venturosa!
con reliquia tan dichosa
libre y segura también.
Mi padre hoy te conquista
con las flechas de sus tiros
y yo con tristes suspiros
y con amorosa vista.
Terrible amor, ¿qué me quieres?
Ya mis deseos son vanos,
mira que entre los cristianos
no se admiten dos mujeres.
Casado está ya Fernando,
¿qué es lo que quieres de mí?
Dime, amor, que le perdí
y que otra le está gozando.
Esto he creído, a esto llego,
y estoy hablando con vos.
¡Oh, murallas, plegue a Dios
que os abraséis de mi fuego!

(Vase. Sale en el muro el ALCAIDE *y* DON LOPE *y* DON FERNANDO *y sus hijas.)*

FERNANDO. Para cuidados mayores,
aún era el remedio incierto.

LOPE. Tanto está el campo cubierto
de moros como de flores.

LEONOR. Y ya de vista se pierde;
ya no le alcanzan los ojos,
porque los bonetes rojos
no dan lugar a lo verde.

ELVIRA. ¿Qué Troya vino a cercar
tanta bárbara cuadrilla?

ALCAIDE. ¿Qué más Troya que la villa
que yo he venido a guardar,
adonde está mi defensa?
En el muro, en la campaña,
todos los moros de España
no pueden hacer ofensa.

(Levantan el pendón con el retrato de la Virgen y su letra alrededor.)

Tended al aire el pendón
con la imagen y la letra,
que ninguna arma penetra
más cielos que la oración.
Hasta el impíreo traspasa;
a Dios llega, y de allá viene,
contra el ofensor que tiene,
vuelta en rayo que la abrasa.
La imagen está vistosa,
la letra, decid, ¿qué vista,
si no es cual sol lo resista,
tiene el cielo más hermosa?
Todo lo adorna y bendice.

LEONOR. ¡Tales sus grandezas son!

ALCAIDE. Volved un poco el pendón.
LOPE. ¿Así está bien?
ALCAIDE. Así. Dice: *(Letra.)*
"De esta Atocha saldrá luego
para sus contrarios fuego."
FERNANDO. Bien está dicha.
LOPE. Muy bien.
ALCAIDE. Recoged el estandarte,
que un moro a la cerca parte.
FERNANDO. Se vendrá al campo también.

(Sale TARIFE *a caballo.)*

TARIFE. ¡Guárdete el Dios de tu ley
con la salud que deseas,
Gracián Ramírez de Vargas,
alcaide de estas fronteras!
Tus hijas Leonor y Elvira,
famosas por su belleza,
emplees en tales yernos
que sus hijos te parezcan.
Y a vosotros, caballeros,
los de la bandera nueva,
que ya el oso y el madroño
trocáis en una doncella,
a la cual, aunque soy moro,
hago también reverencia,
cruzando al pecho mis manos
y bajando la cabeza,
que yo sé que Ella merece
que se humillen las estrellas
a los pies, donde, humillado,
se vió nuestro gran profeta,
salud también y ventura
como en la paz en la guerra,
que nunca a los enemigos
deseo que no la tengan.
Ya lo tendréis de saber,
si no os lo han dicho las señas,
quién es el moro que os habla
y a qué puede ser que venga.
Yo soy el rey de Archidona,
Jaén, Ubeda y Baeza;
Tarife soy, Almelique,
hijo de la Anin Zalema.
Teniendo a Madrid cercado,
una tarde, en esas puertas,
cautivé un hidalgo noble,
y, por tal, le di mi tienda.
Vine a tratar su rescate
sólo por ver la belleza
de Leonor, que por Castilla
moros y cristianos cuentan.
Lo que allí me sucedió
bien encarecido queda
con decir que, a ser cristiano,
diera el alma por la prenda.
La noche que de Madrid
bajé la puerta de Alvega,
hallé al cautivo que digo
libre por mi larga ausencia.
Volverle quise, y entonces
quiso ponerse en defensa,
y, dudando la vitoria,
tuvo la espada suspensa,
no por miedo o cobardía,
sino por la competencia
que trae con un hidalgo
sobre cierta dama bella.
Importándole la honra
entrar en Madrid, confiesa
que es mi cautivo y que quiere
volverme a servir con ella,
y, en prendas de esta palabra,
me dejó aquesta cadena
con la venera y la cruz
que tanto allá se venera.
La venera es de Santiago
y la cuchilla, bermeja
es la cruz, que en nuestra sangre
soléis decir que ensangrienta.
No vengo a desafialle,
que a mí no me ha hecho ofensa,
pues que no he dicho su nombre,
basta y sobra que él me entienda.
Lo que quiero no os he dicho,
y es esto: Que si me deja
la prenda, quiero quitar
la cruz de aquesta venera,
en cuyo lugar pondré
un Mahoma de oro y perlas,
y escribiré en las espaldas
su historia en alárabes letras.
Agora es justo que escoja,
que en tanto esta prenda precia,
que yo no digo que es cara,
Mendoza, Toledo o Cerda,
ni menos sé si es Enríquez,
Cárdenas, Aguila o Vela,
ni sé si es Castro o Padilla,
Ordóñez o Sayavedra,
ni si es Girón o Guevara,
Puertocarrero o Cabrera.
El que fuere bien sé yo
que me escucha en las almenas,
y que ha dicho que del Cid
su noble sangre comienza.

Si ha de venir a cobrarla,
aquí le aguardo en la vega,
donde no alcance del muro
honda, piedra ni ballesta.
Perdonad, señor Alcaide,
si he dicho alguna soberbia,
que a nadie fué prohibido
venir a cobrar su hacienda.

(Vase.)

LOPE. ¿Fuése el moro?
ALCAIDE. Ya se fué.
LOPE. ¿La respuesta no aguardara?
¡Por Dios! que de aquí me echara
y aun por aquí abajaré.
ALCAIDE. Teneos, Lope, ¿adónde vais?
LOPE. La prenda, señor, es mía.
ALCAIDE. El moro no os desafía,
y así no es bien que salgáis.
Dice que sois su cautivo;
la prenda en resguardo tiene.
LOPE. Si cobrarla me conviene,
la misma afrenta recibo.
ALCAIDE. Volved los ojos a ver
la morisma en una punta
que como luna se junta
en forma de acometer,
y veréis si es justa cosa
cobrar la venera o no,
y basta que diga yo
que es vuestra disculpa honrosa.
Mirad que en peligro tanto
acudir a esa ocasión
¿no es perder la religión
que debéis al Patrón santo?
Pues si no socorre el Rey
como le sirvo yo, dudo
que fuera del Santo escudo
de mi esperanza y mi ley,
Madrid defender se pueda,
pues hay, para diez cristianos,
dos mil bárbaros paganos,
sin la gente que atrás queda,
que no tiene más millares
de hojas de álamos y espinos
que alárabes y sarracinos
el soto de Manzanares.
Ya la gente va llegando.
Ya arremeten ¡santo cielo!
La polvareda del suelo
el aire viene quejando.
Hincad todos la rodilla
y alzad en alto el pendón.
¡Virgen, en esta ocasión,
Vos defended vuestra villa!

(Vanse. Salen el REY, TARIFE, ZAIDE, GAZUL.)

REY.
Pues están con tal miedo justamente,
por veinte partes combatid el muro.

TARIFE.
Por una basta. ¿De qué sirven veinte?

REY.
Porque rompelle de una vez procuro.

TARIFE.
¡Arriba escalas! *(Echan escalas.)*

REY.
Sube.

ALCAIDE.
¡Tente! ¡tente!
¡Virgen de Atocha!

REY.
Hasta entralla, juro
de no cesar jamás de combatilla.

TARIFE.
¡Aquí los de Archidona!

ALCAIDE.
¡Aquí Castilla!

(Sonando siempre ruido de guerra adentro.)

GAZUL.
¡Bravamente resisten los cristianos!

REY.
Es el primer asalto, ¿qué os admira?
Nadie deje las armas de las manos.

ALCAIDE.
Ea, hidalgos, que el moro se retira:
dejad, mis yernos, los enojos vanos;
gozá el uno a Leonor, el otro a Elvira.
Dios os dé el cielo; yo con esto os pago.

TARIFE.
¡Aquí Mahoma!

LOPE.
¡Aquí Patrón Santiago!

REY.
Ya me corro de ver que se defienden.

TARIFE.
Que se cierra la noche y me da espanto.

(Sale CELIMA.)

CELIMA.
¿Hay, alguno, decí, a quien me encomiende?

TARIFE.

¿Quién es?

CELIMA.

Celima.

TARIFE.

Bien ¡por Alá santo!
Si tu hermosura desde el campo ofende,
¿cómo podrán nuestros alfanjes tanto?
porque sola tu vista oprime y doma.

CELIMA.

Soldado soy.

TARIFE.

Pensé que eras Mahoma.

CELIMA.

¡Ah del muro, cristianos!

ALCAIDE.

¿Qué nos quieres?

CELIMA.

¿Está doña Leonor Ramírez cerca?

LEONOR.

Sí, mora, que las damas y mujeres
también defienden esta fuerte cerca.

CELIMA.

¿Eres tú?

LEONOR.

Sí, yo soy.

CELIMA.

¡Gallarda eres!

LEONOR.

Si quieres verme, un poco más te acerca.

CELIMA.

Pluguiera Alá que entre las dos pudiera
hacerse agora esta contienda fiera.

LEONOR.

¿Eres Marfisa tú, gallarda mora?

CELIMA.

¿Y Angélica eres tú, gentil cristiana?

LEONOR.

No, que aún no gozo mi Medoro agora.

CELIMA.

Ni ha de gozarle tu esperanza vana.
¿Está ahí Fernando de Luján?

FERNANDO.

Señora,
¿qué quieres tan airada y inhumana?

CELIMA.

Verte no más, que tú [mi] esclavo has sido.

FERNANDO.

Ya tengo mejor dueño.

CELIMA.

Y no has mentido.

REY.

La noche baja, las palabras deja,
y a descansar el campo retiremos.

(*Vanse y queda* CELIMA.)

ALCAIDE.

El moro me parece que se aleja.
Centinelas, vení, descansaremos.

(*Vanse.*)

CELIMA.

Quien sabe que es amor y quien se queja
de sus terribles y ásperos extremos,
ponga en primer lugar, como yo agora,
ver en brazos ajenos lo que adora.
¿En qué podrá parar mi desventura?
¿Qué fin podrá tener mi pensamiento?
Si el alma es inmortal y el amor dura,
eternamente durará mi intento
¡Cuán locamente el pecho se aventura
y el corazón amar sin fundamento!
Fuí de mi esclavo miserable esclava,
que el ser contrario de mi ley bastaba.
¡Ay, hermoso enemigo! Nunca el cielo
el daño que me has hecho te castigue,
que si es mejor tu ley, tengo recelo
que tu venganza tu desdén obligue.
La noche oscura y triste con su velo
los negros pasos de su sombra sigue.
Quiero volverme al campo y a la tienda
porque Tarife mi dolor no entienda.

(*Vase. Sale el* ALCAIDE *con sus hijas, con mantos.*)

ALCAIDE. Por el portillo del muro
a esta ermita os he sacado
fiado en el manto oscuro
de la noche, aunque estrellado,
para este intento seguro.
No hay para qué preguntaros
si os ha dado admiración
[a] aquesta ermita sacaros,
no sabiendo la ocasión
y siendo fuerza engañaros.
No sé si de mi tristeza
conoceréis parte alguna,
aunque era mucha agudeza,
por ser cosa que repugna
la misma naturaleza.

Hijas, extraño rigor
es el que pide un remedio
tan conforme a mi valor,
que me tienen puesto en medio
pena fiera y tierno amor.
¡Qué trazas (1) de pensamientos,
que habréis hecho en el camino
de revolver mis intentos
sin dar en el más indino
ni aun primeros movimientos!
Yo como el águila he sido,
pues en ver que habéis callado,
por sangre os he conocido
que aún no me habéis preguntado
para lo que os he traído.
Que es cosa que aun con hablar
en ello lo que refiero,
aun no lo puedo pensar
ni aun con ver que soy tan fiero
Ya, ya comienzo a llorar,
y pues, ya la fuerza amengua
el alma con el espanto,
que en valor de quien soy niega,
adevinad de mi llanto
lo que no dice mi lengua.

LEONOR. Extrañas palabras son
y las lágrimas extrañas
de tu grave condición,
que aunque son de padre entrañas,
las tienes tú de león.
¿Qué es lo que quieres decir,
que con ver tanto sentir
lo que has callado en tus ojos,
puedo la causa inferir?
¿Qué puede ser, padre mío,
traernos a aquesta ermita
por donde ya corre un río
que así nos anega y quita
la fuerza y al alma el brío
y aquí a llorar te allanas?
¿Por qué causas inhumanas
hoy a negar te provoca
las márgenes de tu boca
y las hebras de tus canas?
¿Tú llorar? ¿Tú sentimiento?
¿Tú que tienes en Castilla
de tu nobleza el asiento?
Si es por perder esta villa,
más que se perdieran ciento;
y si es que quieres huír
y nos sacas a las dos,
cosa que debes sentir,
no lo hagas, padre ¡por Dios!,
aquí podemos morir.
Y si estás determinado
de que habemos de ir contigo,
tampoco te dé cuidado,
que el Rey es también tu amigo
y estás con él disculpado.
A Eneas es bien que veas
huír del fuego troyano;
si es que llevarnos deseas,
tú serás el padre anciano,
las dos seremos Eneas.
Y no es razón que te asombre
con mis piadosas preguntas
ser de mujer de mi nombre,
porque dos mujeres juntas
tendremos fuerzas de un hombre.
Ea, mi padre y señor,
decidnos vuestro dolor.

ELVIRA. Señor, vos sois padre y viejo,
locura es daros consejo,
que vos le daréis mejor.
Pero advertid que aquí están
dos a quien les disteis vida,
y que también morirán
y que, si importa la vida,
no importa el ser capitán.
Para todo ejemplo vemos,
que muchos reyes sabemos
que han huído en ocasiones.

ALCAIDE. ¡Qué diferentes razones
y qué conformes extremos!
Quitad, hijas, ese velo.

LEONOR. Ya, señor, está quitado.

ALCAIDE. ¡Oh, hermosa Reina del cielo!
Vos sabéis bien mi cuidado,
Vos conocéis bien mi celo.
¡Oh, Purísima Señora,
de mis tinieblas aurora,
como del sol aposento!
Dad lumbre a mi entendimiento
para que no yerre agora.
¡Virgen de Atocha divina!
¿Qué haré, que el moro furioso
a mi destrucción se inclina?

LEONOR. Pues esto, padre piadoso.

ALCAIDE. Corred, hijas, la cortina.

LEONOR. ¿Para qué?

ALCAIDE. No la corráis.

LEONOR. Señor, ¿qué es esto en que estáis
tan confuso e indeciso?

(1) En el texto dice: "Que traerás", que no forma sentido.

¿Qué es de aquel valor y aviso
que en otras cosas mostráis?

ALCAIDE. ¡Ay, hijas!

LEONOR. Padre y señor,
acabemos, si os agrada;
decidme qué es el temor
y dadme acá vuestra espada,
que yo la traeré mejor.
Quedaos con Elvira aquí
mientras voy adonde os vi
tantas veces tan valiente,
que os llamaba Cid la gente
y que yo se lo creí.
Que volveréis vuelta en Cid
una mujer en la lid,
no diga el que nada calla
que huyeron de la batalla
los Ramírez de Madrid.

ALCAIDE. Dame esos hermosos brazos
y apriétalos de manera
que al cuello sirvan de lazos.

LEONOR. Padre, hablad.

ALCAIDE. Leonor, espera,
que se hace el alma pedazos.
El moro entrará la villa,
¿no es verdad?

LEONOR. No es maravilla,
porque trae gran poder.

ALCAIDE. Yo la pienso defender,
que no tengo de rendilla.

LEONOR. Así es verdad.

ALCAIDE. Pues advierte.
Muerto yo y mis caballeros
en esta defensa fuerte,
más querrán los moros fieros
gozaros que daros muerte.

LEONOR. Pues entonces morir.

ALCAIDE. Bien;
para que el lauro les den
los ángeles de vitoria;
pero es dudosa esa gloria
y la vitoria también;
y muy posible sería
que el regalo y la porfía
os derribasen.

LEONOR. ¿Qué dices?

ALCAIDE. Hija, no te escandalices,
que eres mujer, hija mía.

LEONOR. Verdad es que soy mujer.

ALCAIDE. Pues ¿por qué no he de temer
lo que muerto yo no puedo
remediar, que fuerza o miedo
pueden lo que digo hacer?
Sabed que aquí os he traído,
ante aquesta imagen santa,
que mi protectora ha sido,
para que en vuestra garganta
quede mi acero teñido.
Hijas, yo os vengo a matar;
mirad si tuve razón
de quereros dilatar
hasta aquesta ejecución
lo que tuve de callar.
Que si un moro vil, infame,
queréis que en esta partida
que vuestra sangre derrame
mejor es que el que os dió vida.
padre y verdugo se llame.
¡Ah! Esto es grave y espantoso:
pero debéis de sufrir
con pecho y cuello animoso,
porque yo vaya a morir
descuidado, aunque lloroso.
Hijas, llegado aquí ya,
o bien o mal dicho está,
desnudad los cuellos luego
porque aquí el llanto y el ruego
lejos del remedio está.
Hasta el decillo temblé;
dicho, no hay que recelar,
porque lo que digo haré,
que en la mano no hay dudar
lo que en la lengua dudé.
Hincad luego la rodilla.

LEONOR. ¿Esto fué lo que dudabas?
Tu temor me maravilla.
¿Ni por hijas nos honrabas,
ni por nobles de Castilla?
¿Esa sola era tu pena?
Ves aquí el cuello; condena,
corta, derriba, sacude,
y si quieres que te ayude,
muestra, que no es mano ajena.

ALCAIDE. No, hija, que si en tu mano,
tan hidalga y valerosa,
la tomas, tengo por llano
que matarás, belicosa,
a tu mismo padre anciano.

LEONOR. ¿Eso has temido de mí?
Padre, ¿es posible que sientes
eso que dices ansí?
Dame muerte y no me afrentes,
pues yo no te afrento a ti.

ALCAIDE. Hija la más valerosa
que ha tenido hombre romano,
hoy has de quedar famosa.

ELVIRA. Noble sois, padre y cristiano,
vos sabéis si es justa cosa.
ALCAIDE. Confesaos, hijas, a Dios.
LEONOR. ¡Valedme, Virgen María!
ELVIRA. ¡Señora, valedme Vos!
ALCAIDE. Si Virginio mató un día
su hija, yo mato dos.

(Saca la espada, va a dallas y detiénese.)

Temblando me está la mano.
Al dar el golpe paré.
¿Soy yo padre? ¿Soy cristiano?
Pero el honor y la fe
dicen que me culpo en vano.
La fe muestra que éstas pueden
dejadas volverse moras
cuando entre los moros queden,
porque no a todas conceden
los cielos ser vencedoras.
El honor, claro se ve.
Pues, alto, espada, ¿qué espero?
¿A cuál primero daré?
LEONOR. ¿Por qué te tardas?
ALCAIDE. No sé. (1)
¡Oh, nunca hubiera nacido!
LEONOR. No nos hagáis morir tanto.
ALCAIDE. ¡Que esta voz toca a mi oído
y no me deshaga en llanto!
Debo de estar sin sentido.
¿En qué Caribdis y Scila
me ha puesto la condición
del tiempo que me aniquila?
Mas no lo son, porque son
sangre que el alma destila.
Hijas, no de mi rigor
más quejas forméis aquí,
que muerte me dais mayor
que la que con hierro os di,
pues me matáis con dolor.
LEONOR. Muertas nos llama y no acaba.
ALCAIDE. Si dije muertas, no erré,
aunque por hacer estaba,
porque entonces os maté
cuando dije que os mataba.

(Pasa la espada por los cuellos.)

Virgen bella, recebid
sus almas. Ya aquesto es hecho.
Volverme quiero a la lid,
que amanece ya. Sospecho
que asalta el moro a Madrid.

(1) Falta un verso para completar la quintilla.

Cerrad, manos, mi ventura,
la ermita, pues que no medra
tal sangre más sepoltura,
servirá mi alma de piedra,
pues no es la piedra tan dura.

(Vase cerrando la cortina, quedando dentro las hijas, y salen DON FERNANDO *y* DON LUIS *y* DON LOPE.)

FERNANDO.

¿Que eso hiciese el Alcaide con sus hijas?
¿Qué falta, si valor al más famoso
y más valiente hidalgo de Castilla?

LOPE.

Si no lo viera por mis propios ojos,
fuera imposible que le diera crédito
al capitán que en el portillo estaba.

FERNANDO.

¿Qué hacemos con tan poca gente y solos?
Porque pensar que del primer asalto
podremos defender la villa es cosa
tan imposible que al mayor ejército
que pudiese formar el Rey Alfonso
no pudiera libralla de sus manos
contra la multitud de tanto alarbe.

LOPE.

Morir como en Numancia es el remedio;
y si entran en la villa, peleando,
que ansí mueren los nobles caballeros.

FERNANDO.

¡Oh, valiente don Lope de Mendoza!
Si hasta aquí por Leonor contrario he sido,
ahora os doy mis brazos y confirmo
para siempre jamás paces eternas.

LOPE.

Parece suena dentro ruido; escucha.

LUIS.

¡Por Dios, Fernando, que es el mismo Al-
[caide.

(Sale el ALCAIDE.)

FERNANDO.

Señor, ¿qué es esto?

ALCAIDE.

Hidalgos, si, por dicha,
estábades quejosos de mi ausencia,
no os espantéis, que fué mi honor la causa.

LOPE.

¿De dónde venís?

ALCAIDE.

De esconder mis hijas.

FERNANDO.

¿Están seguras?

ALCAIDE.

Ya las dejo en parte
que lo estarán sin duda.

FERNANDO.

Bien has hecho.
Mas di, señor: ¿qué piensas de nosotros?

ALCAIDE.

Yo os diré qué pienso hacer.

LOPE.

Comienza.

ALCAIDE.

Mil hombres somos y diez mil los moros,
dejar entrar la villa es caso feo;
abramos esas puertas y salgamos,
que viendo nuestros ánimos y esfuerzo,
el temor hará temor en esos bárbaros,
y si no aprovechase, moriremos
como fuertes hidalgos castellanos.
No diga el Rey que le rendí la villa,
y ansí saco la espada y el primero
al campo salgo; el que quisiere sígame.

FERNANDO.

Bien sé que a morir voy; seré el segundo.

LOPE.

Yo el tercero.

LUIS.

Yo el cuarto.

ALCAIDE.

¡Oh, hidalgos nobles!

FERNANDO.

¿Cosa que venzas?

ALCAIDE.

Dios lo puede todo.
Alzad ese pendón; vaya delante.

FERNANDO.

Yo juro, Virgen, no dejar el asta
aunque me corten esta mano diestra,
y si ésta me cortaren, con estotra
o con la boca si las dos faltaren.

LUIS.

¡Si estará descuidado el [campo] moro!
Que yo sé bien que si pelea el día,
no desvela, [no] ronda ni trasnocha!

ALCAIDE.

¡A ellos! ¡Santiago! [¡Atocha!]

FERNANDO.

¡Atocha!

LOPE.

¡Atocha!

(Vanse. Suena dentro la batalla, saliendo y entrando MOROS *y* CRISTIANOS, *y en lo alto se ve la Virgen, y ellos peleando siempre.)*

GAZUL. ¿Cómo es esto, Alá cruel?
¡Cien moros para un cristiano
y no poder contra él!
Si le defiende tu mano,
¿quién ha de cortar en él?
¡Parece que las espadas
salen del golpe melladas,
aunque en la carne se dé!

ZAIDE. Una doncella se ve
de entre las nubes doradas.

TARIFE. ¿Doncella dices?

ZAIDE. Doncella.

GAZUL. ¿Qué es esto, señor?

TARIFE. ¿Qué, Zaide?
He visto una dama bella
en defensa del Alcaide,
y mil espadas con ella.

ZAIDE. Alza los ojos, señor,
y mira aquel resplandor
que yo veo.

TARIFE. Yo también.

ZAIDE. ¿Quién es?

TARIFE. No preguntes quién
a quien viene en tanto honor.

(Sale CELIMA.*)*

ZAIDE. Digo que si no la veo
no es posible que lo crea.

TARIFE. ¡Oh, Celima!

CELIMA. Un gran deseo
en medio de la pelea
me atrae donde no creo.

TARIFE. ¿Es la doncella?

CELIMA. La propia.

TARIFE. Pues, mírala.

CELIMA. ¡Extraño ardor
y de rayos grande copia!
¡Bien puede este resplandor
hacer a España Etiopia!

TARIFE. ¡Los dos quedamos perdidos!

ZAIDE. ¡Huye, señor!

CELIMA. ¡Señor, corre!

TARIFE. Pues, suspendéis mis sentidos,
Señora, aquí me socorre. (1)
CELIMA. ¿Qué dices?
TARIFE. Que arrodillado
aquí estoy; en Ella adoro.
CELIMA. Pues también su luz me ha dado
y aquellos rayos de oro
me han el alma penetrado.
También hinco la rodilla.
DENTRO. ¡Castilla! ¡Alfonso! ¡Castilla!
ALCAIDE. ¡Vitoria, hidalgos, vitoria!
¡A Dios se debe la gloria!

(Salen todos, y cúbrese la imagen.)

¡La Virgen libró su villa!
LUIS. Este es milagro evidente.
FERNANDO. Del Rey alarbe la gente
gente hay aquí.
LOPE. ¿Quién va allá?
LUIS. Dos moros son.
FERNANDO. ¡Mueran!
TARIFE. Tente; (2)
yo soy Tarife, y Celima
es la que conmigo está.
LOPE. ¡Qué brava presa!
FERNANDO. De estima.
TARIFE. No es vuestra, que tiene ya
otra que su cuello oprima.
FERNANDO. ¡Date, moro!
TARIFE. ¡Paso, paso!
Mirad que soy de María,
que aquí detuvo mi paso.
FERNANDO. Confirmar quiero este día
el milagro de este caso.
TARIFE. Aquí los dos la hemos visto;
cristianos somos.
LOPE. No toma
mal padrino.
TARIFE. Pues me ha visto,
desde hoy dejo a Mahoma
y entro en el gremio de Cristo.
FERNANDO. ¡Raro suceso!
LOPE. ¡Famoso!
TARIFE. ¿Qué dices, Celima?
CELIMA. Digo
que eres, Tarife, mi esposo
y que lo que sigues sigo.
FERNANDO. ¡Oh, bárbaro venturoso,
que al cielo has visto en el suelo!
LOPE. ¡Ah, señor; tanto callar!

(1) Falta un verso.
(2) Falta un verso.

¿Por qué no quieres hablar?
Alegre está suelo y cielo
y no os queréis alegrar.
LUIS. ¿Habéis, Alcaide, vencido
por milagro esta batalla
y estáis triste y encogido?
FERNANDO. Yo sé bien por lo que calla
y la ocasión por que ha sido.
LOPE. ¿Cómo?
FERNANDO. Debe de dudar
a quién, agora, ha de dar
de Lope o de mí a Leonor.
Alzad el rostro, señor,
y eso no os cause pesar:
dalda a quien os diere gusto.
LOPE. Ea, señor, que no es justo
que de esto tengáis recato.
LUIS. No os mostréis, Alcaide, ingrato
al cielo con tal disgusto,
que mi hermano está contento
con cualquiera de las dos.
FERNANDO. No habla. ¡Extraño portento!
ALCAIDE. Quien tiene ofendido a Dios
mal tendrá ningún contento.
LOPE. ¿Cómo es eso de ofendido?
Pues hoy que habéis merecido
vencer milagrosamente,
¿eso vuestro pecho siente?
ALCAIDE. Hidalgos, castigo ha sido;
porque veo que vencer
ha sido darme a entender
un grande yerro que hice,
que el no esperar contradice
a su divino poder.
Creyendo que iba a morir,
a mis dos hijas maté.
FERNANDO. ¡Válgame Dios!
ALCAIDE. Que es decir
que no tuve entera fe
ni supe este bien pedir.
LOPE. ¡Crueldad ha sido y valor!
FERNANDO. ¿Adónde está mi Leonor,
Nerón (1) castellano, adónde?
ALCAIDE. En esta ermita la esconde
una gran fuerza de honor.
FERNANDO. Abrid, ¡ay de mí!, que quiero
abrazar el cuerpo helado.
LUIS. ¿Este es padre? ¡Alarbe fiero!
LOPE. El hecho no fué acertado,
pero fué de caballero,
y ansí merece alabanza.

(1) Creemos que Lope habrá escrito "Abraham" y no "Nerón".

(Corren la cortina y aparece Nuestra Señora, y ellas de rodillas.)

FERNANDO. ¡Ay, Virgen! ¿Qué es lo que veo?
Favoreced mi esperanza;
haced verdad mi deseo,
si en Vos lo que puede alcanza.
¡Leonor mía!
LEONOR. ¡Mi Fernando!
FERNANDO. ¿Vives?
LEONOR. ¿No lo ves?
FERNANDO. Señor,
vivas están.
ALCAIDE. ¿Cómo? ¿Cuándo?
¿Qué dices, que de temor
llego a mirarlas temblando?
FERNANDO. Que viven.
ALCAIDE. ¿Las dos?
FERNANDO. Las dos.
ALCAIDE. ¿Qué os diré, Señora, a Vos?
¿Qué os diré? ¿Qué os llamaré?
Mas cuanto alcanza mi fe
es que sois Madre de Dios.
Ni los Santos hacen más,
que el más santo serafín,
ni el que es por siempre jamás
Dios, sin principio ni fin,
puede, Virgen, daros más.
Hijas mías, ¿cómo es esto?
¿Yo no corté esas gargantas?
¿Dónde estos brazos he puesto?
LEONOR. Señor, en mercedes tantas
se llame el silencio en esto.
Como en un sueño profundo
las dos habemos estado.
ALCAIDE. Reina del cielo y del mundo,
confieso que estoy culpado
y en vuestra piedad me fundo.
Pero pues vivas me dais
las dos hijas que maté,
de ellas quiero que os sirváis,
aunque cual premio daré
a los que mirando estáis;
mas de esta manera sea
que yo por ellas aquí
quede en tanto que posea
la vida que hoy recibí,
que acabar con Vos desea.
Fernando, tuya es Leonor;
tuya, don Lope, es Elvira.
De la Virgen, yo.
FERNANDO. Mejor
has escogido.
ALCAIDE. ¿Qué mira
Tarife?
TARIFE. Muero de amor.
ALCAIDE. ¿De quién?
TARIFE. De esta Virgen bella.
ALCAIDE. Este milagro se escriba:
LUIS. La historia yo quiero hacella
y en vuestro archivo ponella. (1)
ALCAIDE. Hijo, labraré esta ermita.
LOPE. ¿Cuándo, Virgen, será templo
el campo que el cielo habita?
ALCAIDE. Yo en otros siglos contemplo
grande esta casa bendita,
y que ha de ser decir quiero
llena de un favor profundo
en el siglo venidero
de un gran Felipe Segundo. (2)
Será tal su devoción,
que quien a esta Virgen viere (3)
haga con toda afición,
de su gracia alcanzar puede
lo que fuere su intención.
Ahora en la villa entremos
y los despojos gocemos,
que a la Virgen soberana
con gran procesión mañana
en la ermita ofreceremos.
Y a Tarife y a Celima
trataremos bautizar.
FERNANDO. Será la fiesta de estima.
ALCAIDE. Haced la caja tocar,
que aquí alegra y allá anima,
y todos juntos decid:
"¡Viva la que nos remedia!
TODOS. ¡Viva! ¡Viva!
ALCAIDE. Así partid;
y aquí acaba la comedia
del ALCAIDE DE MADRID.

Fin de la comedia del "Alcaide de Madrid", de LOPE DE VEGA CARPIO.

---

(1) Falta un verso.
(2) Falta otro verso a esta quintilla.
(3) Este pasaje está viciado: "viere" no es consonante de "puede". Tampoco el sentido es claro: deben faltar versos.

ALEJANDRO EL SEGUNDO (1)

[PERSONAJES

ALEJANDRO.
PALADIO.
CARDENIO, *labrador.*
ANTANDRA, *su hija.*
GUILLERMO.
CÉSAR, *capitán.*
TURBINO, *viejo.*
ROSAURA.
RODULFO, *embajador de Albania.*
ATAÚLFO, *ídem de Hungría.*
CLODOMIRO.
ALEJANDRO I, *rey viejo.*
FILIPO, *su hijo.*
CUATRO GRANDES.
CELIO.
CLARINO.
RICARDO.
TIBALTE.
EDUARDO, *de Hungría.*
LISAURA.
ERGASTO.
MIRALBA.
PALANTE.
TIFÓN.
FEDUARDO, *de Albania.*
REY DE BOHEMIA.
REY DE INGALATERRA.
REY DE FLANDES.
Cuatro CRIADOS.
PAJE.
SOLDADOS.
ALABARDEROS.] (2)

[JORNADA PRIMERA]

(Empiezan la primera jornada ALEJANDRO *y* PALADIO, CARDENIO, *labrador;* ANTANDRA, *su hija, con saya corta, un venablo. Todos de caza.)*

ALEJANDR. ¿Bajó muerta?
PALADIO. Sí, señor.
ALEJANDR. El vuelo ha sido el mejor
que he visto en mi vida.
PALADIO. Ha sido
tal, que no me ha sucedido
cuanto ha que soy cazador.
Viendo el águila, solté
de las pigüelas el pie
del halcón, luego er tres puntas
fueron las dos aves juntas
de modo que me asombré.
Embistió el halcón y entró
por mala parte, y volvió
a mejorarse, y de arriba
sobre el águila derriba
la furia con que subió.
Era el águila feroz,
y temiendo un caso atroz,
di un grito que el cielo oyera
cuando escuchando estuviera
el ruído de la voz.
Batallaron un momento,
y pudo el águila tanto,
que echó al halcón de su asiento.
Vióse, en fin, libre, y en tanto
le volvió a hurtar el viento.
Debió de escapar herida,
tomó por sagrado el sol;
viéndola el halcón perdida
quiso por un caracol
dar otro asalto a su vida.

(Santiguándose.)

Subió, venciendo de un vuelo
distancia y rayos, al cielo;
bajó como un torbellino,
y trújose de camino
el águila hasta el suelo.
ALEJANDR. ¿Cuál de mis halcones es
quien la derribó?
PALADIO. El que ayer
puso la garza a tus pies.
ALEJANDR. Harásle el cuello torcer,
y enséñamele después.
PALADIO. ¿Que le mate?
ALEJANDR. ¿Por qué no?
PALADIO. ¿Sabes lo que vale?
ALEJANDR. Valga
un reino, un mundo, que yo
no quiero que un ave salga
del natural que heredó.
Todos, desde que nacemos,
animales, aves, hombres,
a nuestro rey conocemos
y debemos a sus nombres
el respeto que tenemos.

(1) En la primera hoja blanca y de letra moderna, figura el título así: "*Alejandro el segundo, César, el primer traidor.*" Falta la primera hoja útil de este manuscrito.

(2) Aunque en el original no consta la lista de los interlocutores, la pondremos por semejanza con las demás comedias.

Esta le perdió, atrevida,
matando su propio rey
contra ley tan recibida,
muera, que es muy justa ley.

PALADIO. Arguyes mal, ¡por tu vida!,
que es diferente la suerte.
Que aquí no da un hombre muerte,
sino un ave.

ALEJANDR. ¡Muera el ave!

PALADIO. ¿Sabe ella ley?

ALEJANDR. Esta sabe,
que el natural se lo advierte.
Y con tal disgusto estoy,
que como partes culpadas
de esta muerte, han de ver hoy
las aves más estimadas
el castigo que les doy.
Pájaro ninguno viva,
mis alcándaras derriba,
corta por los capirotes
el cuello a esos tagarotes
en quien más mi gusto estriba.
¿Qué? ¿Me miras y te ríes?
Parte al punto, y alcotanes,
jirifaltes y neblíes,
aletos y gavilanes,
torzuelos y baharíes,
juntos el cuello les siega,
cubra la caza esta vega.
Mueran por esta mohina
desde el halcón de la China
hasta el azor de Noruega.
Cuando estoy para jurar
por Rey, viene a derribar
la humildad a la grandeza.
¡Con gentil agüero empieza
quien mañana ha de reinar!
¡Cardenio!

CARDENIO. ¡Señor!

ALEJANDR. ¿Es vuestra
esta hija?

CARDENIO. ¿No os lo muestra
el talle y la rustiquez?
Es, señor, de mi vejez
el báculo que me adiestra.
Aquí el soldado que pasa
le recibe del camino:
los regalos son sin tasa
que previene al peregrino
si llega cansado a casa.
Tras de esto, de esos pastores,
sobre alcatifas de flores,
cuando de burlas los trata,
almas prende, cuerpos mata,
como me mata de amores.

ALEJANDR. Vos tenéis mucha razón.
¡Antandra!

ANTANDRA. ¡Señor!

ALEJANDR. Hablad.
Mujer que vence a un león
hablar puede.

ANTANDRA. Así es verdad
cuando se ofrece ocasión;
pero agora hame enojado
no sé qué que habéis mandado.

ALEJANDR. ¿Qué ha sido, por vida mía?

ANTANDRA. Matar la volatería
que vos mismo habéis criado.
Que si mató ese halcón
su rey, interpretación
otra se le puede dar
para poder escapar
su vida en esta ocasión.
¿No reina el águila?

ALEJANDR. Sí.

ANTARDRA. ¿No es el que la mató aquí
súbdito suyo?

ALEJANDR. ¿Pues no?

ANTANDRA. Pues ansí interpreto yo
el agüero.

ALEJANDR. Empieza.

ANTANDRA. Hoy
vuestro padre es rey, y estáis
dos hermanos que nacistes
de un parto, sin que sepáis
cuál fué el primero que distes
miedo al reino que heredáis.
Digo yo que, el rey difunto,
toma el reino vuestro hermano
y vos en el mismo punto
derribáis, por vuestra mano,
rey y silla, todo junto.
El halcón os da a entender
lo que os puede suceder.
Mirád que el muerto podría
trocarse la profecía.

ALEJANDR. ¿Eres mostro? ¿Eres mujer?
A ser gentil la creyera

(Entra GUILLERMO.)

y como a oráculo diera
fe a sus palabras.

GUILLERM. Ventura
ha sido en tal coyuntura
hallarte en esta ribera.

Ya, señor, llegó la hora
que es menester que prevengas
valor para una desdicha
y fuerza para una fuerza.
Dé fin la caza esta tarde,
deja las aves que llegan
a los extremos del mundo
y del suelo a las estrellas.

ALEJANDR. ¿Qué tienes, Guillermo? Mira
que por los ojos me enseñas
más fuego que vido Troya
por las traiciones de Grecia.
¿Qué ha sucedido en la Corte?
¿Qué desgracia? ¿Qué tragedia?
¿Es muerto mi padre?

GUILLERM. No.
Alejandro es muerto en ella.

ALEJANDR. ¿Yo? No pases adelante;
dame la cicuta o hierba,
Guillermo, en taza penada,
muera a espacio. Ten la lengua.

GUILLERM. Apenas de tu palacio
salistes para esta sierra,
cuando se vido en la Corte
la cifra de la grandeza.
¿Has visto abrasarse un monte
espeso de leña seca,
retrato del hondo abismo
por el fuego y la soberbia?
¿Has visto sobre la mar,
perdiéndose algunas velas,
dar voces "¡Misericordia!"
y en otras partes "¡Clemencia!"?
Pero ¿qué sirve cansarme
y cansarte con arengas?
Por lo que celebra el rey
con tanto gusto estas fiestas,
es porque quiere mañana
coronar...

ALEJANDR. Guillermo, espera.
¿Qué quieres decir? Aguarda.
Mira lo que dices; piensa
que en una torre subido
estoy para echarme de ella
en la tormenta mayor
sobre las olas soberbias,
en una tabla en la mar
y de tierra muchas leguas.
Mira que soy preso y eres
un secretario que llega
con la muerte o con la vida
del que espera la sentencia.

GUILLERM. ¿Y si la tardanza puede
hacerte, señor, ofensa,
y la brevedad te pone
la corona en la cabeza?

ALEJANDR. Dime que es muerto mi padre,
mi hermano que el mar navega
libre de su dura cárcel
y otro diluvio me enseña.
Di cuanto quisieres; dime
que, ella puesta en mi cabeza,
viviré solas dos horas
como dos horas la tenga.
Dele yo a Rosaura un reino;
vea yo a Rosaura reina,
y luego el cielo derribe
los polos que le sustentan.

GUILLERM. Tu padre quiere que el reino
jure a tu hermano y Bohemia
le da mujer, y mañana
es la jura y son las fiestas.
El vulgo está alborotado;
el eco en el aire suena
del que apellida tu nombre
es preso en las almas nuestras.
Pide caballos, que yo,
por avisarte, una yegua
dejo una legua de aquí
por los ijares abierta.

ALEJANDR. Paladio, ensilla.

PALADIO. ¿Caballos?

ALEJANDR. ¡Caballos! ¿Con esa flema?
Cuando tú lo fueras hoy
y el caballo viento fuera,
tú en traello, él en partir,
de plomo me parecieras.
¡Ah, cielo! ¡De este camino
no fuera el trecho una legua
no sufriera carga un ave
o no volaran las bestias!
Guillermo, delante parte,
entra en la corte, y en ella
sabrás la hora y el sitio
de la jura. Por las huellas
que dejas vuelve a avisarme,
serás testigo en la tierra
de que Nerón no fué en Roma
tan cruel.

GUILLERM. Yo parto.

ALEJANDR. Vuela
¡Oh, Antandra, ingenio divino,
mostro de naturaleza!,
¡qué peregrino acertar,

qué interpretación tan buena!
Mi hermano el águila ha sido;
yo seré el halcón que llega
a echarle, a pesar del mundo,
en los brazos de la tierra.
Mi volatería, Antandra,
desde aquesta tarde es vuestra.
dádiva que puede un rey
dar una ciudad por ella.
De toda os quito el halcón,
que ha de ser, en esta empresa,
el San Telmo de mi armada,
de mi camino la estrella;
será el timbre de mis armas,
el murciélago en Valencia,
el águila en Alemania
y el cuervo en Ingalaterra.
Adiós, Cardenio y Antandra.
Caballos.

PALADIO. Ensilla.

DENTRO. Enfrena.

(Vanse éstos, y sale toda la guarda, y detrás CÉSAR, *capitán de ella;* TURBINO, *viejo, y* ROSAURA *detrás de todos, algo triste.)*

CÉSAR. Esto manda.

ROSAURA. En hora buena.

CÉSAR. Vueseñoría perdone
si le enojo.

ROSAURA. No os dé pena;
basta para que lo abone
decirme que el rey lo ordena.
Pero grande novedad
en este tiempo parece
que mande su majestad,
cuando un reino se le ofrece,
aquesta riguridad.
Mandaros precisamente
con aquesta guarda y gente
poner aquí mi persona,
es decir que la corona
la recibe injustamente.
¿Yo guardas? ¿Yo en el lugar
que el reino le ha de jurar?
No entiendo su fin.

CÉSAR. Su fin
es poner guarda al jardín
que después ha de gozar.

ROSAURA. César, ¿qué dices?

CÉSAR. Señora,
hago lo que manda el rey,
que juran dentro de un hora.
Su mandato es ley, la ley
es la que yo guardo agora.
En este mismo lugar
le viene el reino a jurar,
y quiere veros presente
para que ciña esa frente
el laurel que le han de dar.

ROSAURA. César, si bien me estuviera,
el recado agradeciera;
pero soy de sangre tal,
que la corona real
ni me alegra ni me altera.
Que si coronas amara,
cuando ajeno rey buscara,
siendo hija de Turbino,
fueran, por cualquier camino,
coronas las que pisara.
La que esperaba perdí,
la que me ofrece no quiero;
Alejandro vive en mí,
amor es rey verdadero.
Esto a Filipo le di.
Si para darme tormento
quiere que presente esté
en la sala al juramento,
en eso obedeceré;
en lo demás no consiento.
Vos, por el amor sobrado,
Capitán, que habéis mostrado
al llamarme majestad,
este diamante tomad
que, a reinar, fuera un Estado.

CÉSAR. Besaré esos pies.

ROSAURA. La guarda
se vuelva. Decid al rey
que mi honestidad no aguarda
la guarda del rey, la ley
de mi honor es quien la guarda.

(Vase toda la guarda con CÉSAR, *y quedan* ROSAURA *y* TURBINO.)

Solos habemos quedado,
padre. Mucho he deseado
salir de una duda, y quiero
que vos, como caballero,
me saquéis de este cuidado.
¿Qué quiere decir que estando
en cualquiera fiesta o juego,
como vos la estéis mirando
os hallo a mi lado luego
tiernas lágrimas llorando?
Si estoy, como estoy, aquí,

dais mil suspiros; si río,
lloráis vos tanto, que allí
de esos ojos nace un río
que viene a parar a mí;
si os llamo ante mi presencia,
que he hecho de esto experiencia,
como al señor el criado
me respondéis destocado
y con una reverencia.
Mi nombre en ninguna hora,
que esta es mi sospecha agora,
os leo, y si algo os pregunto,
respondéis al mismo punto
"Sí, señora" o "No, señora".
Sepa esta duda, señor.
¿Qué enigma es ésta? El amor
del padre se echa de ver,
Turbino, en el responder
y en el respeto el rigor
que tenéis. ¿Qué habéis sabido?

TURBINO. ¡Ay, hija!

ROSAURA. Padre, ¿qué es esto?
¿Pesados golpes han sido
mis palabras, pues tan presto
los ojos han respondido?

TURBINO. No sé si es bueno el lugar
para poderlo contar.

ROSAURA. Solos estamos. Decid.

TURBINO. La mayor desdicha oíd,
si no lo estorba el pesar.
Habrá, Rosaura, hija mía,
veinte años que el rey de Albania
al de Escocia que hoy tenemos
le pagaba ciertas parias.
Lo que duró este concierto
de cobrallas y el pagallas
dejo aparte; diré sólo
lo que de esta duda aguardas.
Entonces ¡ay de mí, triste!
el albanés adoraba
una hija que tenía,
de quien ayo fuí en su casa.
Era de dos años solos
y, tanto mostró adoralla,
que mandó que en esta guerra
fuera el lucero del alba.
Quiso llevarla consigo,
y, ciego de amor, me manda
que en una tienda por sí
la lleve y la tenga en guarda.
Hícelo así; llegó el día,
Rosaura, de la desgracia
para que viese a mis ojos
la más sangrienta batalla.
Cubrió la sangre la tierra,
cuerpos muertos la campaña,
duró la guerra diez horas
sin conocerse ventaja
de ambas partes, y al fin de ellas,
retirándose el de Albania
con tres o cuatro heridas,
roto el campo y él sin armas,
del escocés vi en mi tienda
las belicosas espadas.
Entre el saco y confusión
me hallaron con la infanta.
Preguntóme el rey quién era;
negué con temor que estaba
la tienda diciendo el dueño
con lenguas de piedras varias;
dije que era un caballero
de Albania que a la batalla
trujo con amor de padre
esta niña de su casa.
Hice mi hija a mi reina
con temor de que llegara
el rescate a ser mayor
que la pérdida pasada.
Enamoróse de ver,
el rey, la beldad cifrada
y el sol entre hebras de oro,
vestir cebellinas martas.
Dióte mil besos, que tú
eres, querida Rosaura,
la niña, niña en mis ojos,
reina, y reina de mi alma.
Aseguróme la vida
y mándame que me parta
con él a Escocia. Entré en ella,
dióme aposento en su casa,
hízome tantas mercedes,
que puedo decir que basta
la menor de todas ellas
para ennoblecer mis armas.
Si no te he dicho quién eres,
temor ha sido la causa
que he tenido de perder
el espejo de estas canas.
Reina de Albania eres, hija;
yo, un criado de tu casa,
a quien un tiempo tu padre
puso en la mayor privanza.
Resucite la grandeza,
castíguese en mí la infamia;

dos vasallos pierda Escocia,
y Albania cobre a su infanta,
que para llevar las nuevas
con su clarín, ya la Fama,
para partirse a decillo,
está batiendo las alas.

ROSAURA. Padre, ¿qué decís? Mirad
fiel discurso que habéis hecho,
¿es cierto?

TURBINO. Es tan gran verdad
como estar vos en mi pecho,
casa que os dió mi lealtad.
Castigad, señora, en mí
la culpa de haber callado
este secreto hasta aquí.

ROSAURA. Errando habéis acertado.
Padre, levantaos de ahí;
alzad, dadme aquesos brazos,
lazos de mi amor.

TURBINO. ¿Qué lazos
han de igualar tal grandeza?

ROSAURA. Sois mi padre.

TURBINO. Vuestra alteza
lleva la humildad en brazos.

ROSAURA. Si a cobralle me anticipo
y el reino que participo,
será vuestra la mitad.

DENTRO. ¡Viva Filipo!

GUILLERM. ¡Tomad...

DENTRO. ¡Muerto soy!

GUILLERM. ¿Viva Filipo?
¡Pesar de la infame gente
cobarde que lo consiente!
Alejandro ha de vivir,
si pesa al mundo, y ceñir
la corona real su frente.
¡Señora mía!

ROSAURA. Guillermo,
¿qué ha sido aqueso?

GUILLERM. Un enfermo,
harto de vivir, pidió
la muerte, dísela yo,
y queda en el suelo yermo.

ROSAURA. ¡Peregrina caridad!

GUILLERM. Si su majestad pidiera
en aquella adversidad
la muerte, se la trujera
con la propia libertad.
¡Que por Filipo le quiten
el reino a Alejandro! Basta,
sin que a cólera me inciten;
¡pesia al rey, pesia la casta,
pesia los que lo permiten!
¿No vive Alejandro?

ROSAURA. Sí.

GUILLERM. ¿No tiene un rey feudatario
y tres mil hombres en mí?
Si su padre es su contrario,
¿qué aguarda Alejandro aquí?
Vamos de aquí, que ¡por vida
de la corona usurpada,
mal quitada y peor tenida!
por la cruz de aquesta espada
que traigo al lado ceñida,
de no ver del rey la tierra
aunque honor y vida importe,
de subir luego a la sierra,
de no entrar más en la corte,
de prevenille la guerra,
de sacar seis mil vasallos
pagados y mil caballos
al campo del albanés,
y venir a éstos después
con él a solo cobrallos.
Sepa el rey que soy amigo
de Alejandro, y un testigo
de sus hazañas, y puedo
con él, a pesar del miedo,
darle el mayor enemigo.

ROSAURA. Sois, Guillermo, la coluna
del reino, y si la fortuna
da las vueltas que ha de dar
con vos, le pienso asentar
en los cuernos de la luna.
La hidalguía agradezco
que habéis mostrado por él.

GUILLERM. Todo es nada cuanto ofrezco
si no le doy el laurel
de las sienes que aborrezco,
por su vida y por la mía,
que a estar él aquí podría
ver Filipo en este solio
lo que vió en el Capitolio
de Roma César un día.
¿No hay espadas que afilar?
¿No hay hombres? ¿No hay una daga
que le derribe al pasar?
Falta un Cébola que haga
otro Porsena temblar.
Dame licencia.

ROSAURA. Quisiera
ver con vos la furia fiera
de aquesta elección altiva.

GUILLERM. No podré.

DENTRO. ¡Filipo viva!
GUILLERM. Yo digo entre dientes ¡Muera!
La guarda llega.
ROSAURA. ¡Ay de mí!
GUILLERM. Con las cuchillas aparta
un mundo que trae tras sí.

(Vase.)

ROSAURA. ¡Ah, fortuna!
DENTRO. ¡Aparta! ¡Aparta!
ROSAURA. ¿Quién se ha de fiar de ti?

(Tocan chirimías y saldrán por este orden. Después de estar puestas tres sillas debajo de un sitial y al lado dos escaños de espaldar, el CAPITÁN *de la guarda con las* ALABARDAS *que pudiere, tras de él; cuatro* GRANDES*; tras de los* GRANDES, RODULFO, *embajador de Albania, y* ATAÚLFO, *embajador de Hungría, y tras de todos,* CLODOMIRO, ALEJANDRO, *rey viejo, y* FILIPO, *su hijo; al lado derecho un* CRIADO *con una corona en una fuente. En las tres sillas se sentarán padre e hijo y dejarán la derecha desocupada; los* GRANDES *se sentarán por su orden, y a los lados de cada parte su Embajador, sentados. Estará en pie* ROSAURA, *muy apartada, a un lado sola.)*

ALEJANDRO I.

Mil gracias doy al cielo, caballeros,
que me ha dejado ver este día
tan deseado de mi reino todo.
Aqueste es el lugar, el solio es éste
adonde me juraron rey de Escocia
vuestros pasados y mi padre mismo
me puso la corona que a Filipo
he de poner, jurándole vosotros —
Dos príncipes tenéis; ambos nacieron (1)
de un parto al mundo, sin saber quién fuese
el heredero, que a sabello, juro
por el cielo sagrado que nos mira
que no fuera otro rey; mas por la suerte
bajo la inocencia por descuido,
reine Filipo, y Alejandro quede
capitán general de mis ejércitos;
que éste en la silla y en el campo el otro
veréis a Escocia como a Roma un tiempo,
cuando la gobernaron Remo y Rómulo.

GRANDE PRIMERO.

Cuando Filipo, valeroso Cesar,
no fuera tan gran príncipe bastara
ser retrato de un rey tan cristianísimo.

GRANDE SEGUNDO.

Filipo es recto, es justo y gran soldado;
amoroso, pacífico, bien quisto;
para el gobierno muy capaz; el reino
quiere a Alejandro, como tú a Filipo,
y esperan verle rey. El Rey de Hungría,
con este embajador que está a mi lado
a su hija le ofrece, que a eso viene.
El que está en esotra parte trae el feudo
que negará mañana si Alejandro
las armas deja, que han vencido a tantos.
Si se enoja con éstos la corona
no está sigura si la guarda el César.
Este es mi parecer, tras de esto juro
por mi Rey a Filipo, y el primero
seré de todos quien su mano bese.

ALEJANDRO I.

Alto; pues ya Filipo es rey de Escocia,
¿juráisle todos?

TODOS.

Sí, juramos.

ALEJANDRO I.

Dame
primero a mí la mano.

FILIPO.

Sois mi padre;
sois Alejandro, en fin; con justa causa
el título tenéis.

ALEJANDRO I.

Vuelve a sentarte,
recibe esta corona, mas, primero
que ciña tu cabeza, encima de ella
has de jurar que, como recto príncipe,
guardarás a tus súbditos las leyes
que [por siempre] han guardado tus pasados...

FILIPO.

Ansí lo juro.

ALEJANDRO I.

Que merced ninguna
que dejo hecha quitarás; que viendo
al enemigo prevenir las armas
en ofensa de Escocia, al tercer día
estará tu persona en la campaña
como un soldado singular.

FILIPO.

Sí, juro.

ALEJANDRO.

Eres mi hijo, la corona es tuya,
tuyo es mi reino.

(1) El pasaje que se copia a continuación, hasta el "Sí, juro", está en el original tachado de arriba a abajo con dos rayas paralelas.

TODOS.
Danos esas manos.

FILIPO.
Levantaos, caballeros, de la tierra.

TODOS.
Sois nuestro rey.

FILIPO.
Amigo vuestro basta.
Tomad vuestro lugar, ya el reino es mío.
Llegue Rosaura.

ALEJANDRO I.
¿Qué la quieres?

FILIPO.
Padre,
agora lo veréis.

CÉSAR.
El rey, Rosaura,
pide que llegues a su lado.

ROSAURA.
(¡Cielo,
por Alejandro mira, que le adoro
y temo de Filipo alguna fuerza!)

(Llega ROSAURA.)

¿Qué me manda, señor, tu alteza?

FILIPO.
Daros,
después de aquesta silla, el reino Escocia.
Rosaura, reina por Filipo.

ALEJANDRO.
Hijo,
¿sabes qué dices? ¿A Rosaura? ¿Sabes
que es una dama de palacio, hija
de Turbino, un criado de mi casa?

FILIPO.
El que me replicare, de mi padre
al hombre más humilde de la tierra,
he de tener por enemigo. Escocia,
besad la mano a vuestra reina.

TODOS.
Denos
tu majestad las manos.

ROSAURA.
No he de dallas
sin que primero se me dé de término
cuatro días no más.

FILIPO.
¿Cuatro? Cuarenta,
con la palabra que, cumpliros, pueda

(Siéntase ROSAURA.)

quedar por mío este imposible.

ROSAURA.
Digo
que lo prometo.

FILIPO.
Embajador de Albania,
¿a qué venís?

RODULFO.
Con el tributo vengo
que Albania envía a Escocia cada un año.

FILIPO.
Es de Rosaura. Por Albania empiece
a cobrar el tributo de un rendido,
que si vivo dos años las dos águilas
verá Alemania en mi poder.—Hungría
¿qué dice, embajador?

ATAÚLFO.
No dice nada.
Esperó la corona en Alejandro;
quiso ofrecerle el reino con su hija
Reina. Filipo, volveré a Eduardo
a darle aviso del suceso.

FILIPO.
Parte.

ALEJANDRO *(dentro)*.
Ya no reina Filipo, sino Marte.
Apartad las alabardas
y abrid las puertas.

GUARDA. El Rey
las manda guardar.

ALEJANDR. La ley
no habla conmigo. Guardas,
abrid digo.

ALEJAN. I. ¿Quién da voces?

CÉSAR. Alejandro.

ALEJANDR. ¿Qué aguardáis?
que si no las apartáis
derribarélas yo a coces.

ALEJAN. I. No entre acá, César.

CÉSAR. Ya está
en la sala.

ALEJANDR. ¡Majaderos!

(Entra ALEJANDRO.)

¡Oh, señores consejeros,
todos estamos acá!
Buena está la sala. ¿Quién
al Rey le aconsejó tal?
¿Y a la corona real
votan mujeres también?
Si no la ha entrado a votar,
bastaba que su persona
me quitase la corona
sin darme aqueste pesar.

ALEJAN. I. ¿Cómo tan libre has entrado?
ALEJANDR. ¿Cómo tan seguro estás?
ALEJAN. I. ¿Cómo hablas?
ALEJANDR. ¿Cómo das
en la locura que has dado?
ALEJAN. I. ¿Sabes, Alejandro, di,
cómo ya Filipo es Rey,
y cómo manda la ley
besalle la mano?
ALEJANDR. Sí;
mas las leyes de ese modo,
si la perfeta deshace,
ha de pensar quien las hace
que hay quien las derogue y todo. (1)
Quien ha hecho tantas leyes,
quien tantas leyes quebró,
¿guardará la que ordenó
el más malo de los reyes?
Es malo el vulgo y la ley
que infama bajo el [intento] (2)
del primero pensamiento.
Malo el reino, peor el rey
que esa silla me ha quitado,
habiendo yo solo sido
el rey que os ha defendido
como soy el descartado.
Pero mi padre se guarde
.... (3)
que mío no participo
sangre de un rey tan cobarde.
Guárdese mi hermano; Escocia
se guarde de mi poder
que antes de un año ha de ver
como conmigo negocia. (4)
(*A* ROSAURA.)
Y vos, nuevo consejero,
contrario mío, ¿esa fué
la mano, palabra y fe
del juramento primero?
¿Esas las lágrimas fueron
que a mis pies se derramaron
cuando esos labios juraron
lo que tan mal me cumplieron?
¿Un mes de ausencia ha podido,
en un pecho tan honrado,
derribar el ensalzado
y ensalzar el abatido?—
Que una discreta mujer
¿piensa que un león se doma?
De esta suerte, abrase a Roma
Nerón; vuélvase a encender
Troya en venganza de Elena;
dé a sus caballos Diomedes
los güéspedes; Nicomedes
ponga a su padre en cadena;
haga otro tanto el tirano
Farnaces y Trasimundo;
eche del reino y del mundo
a su padre y a su hermano,
el perverso Tolomeo;
haga Lotario arrastrar
a su padre, y despeñar
a sus sobrinos Atreo;
destruya Sila en un día
su patria, que no ha de haber
venganza, a mi parecer,
que se iguale con la mía.

ALEJAN. I. ¡Teneldo!
ALEJANDR. ¡César, por Dios,
que os mate!
FILIPO. ¡Alejandro muera!
ALEJANDR. Si el mundo la guarda fuera
y el capitán de ella vos,
rompiera las alabardas.
FILIPO. ¿Esto sufro?
ALEJAN. I. ¿Aquesto sientes?
FILIPO. ¡Muera el traidor!
ALEJANDR. ¿Traidor? ¡Mientes!
Apartad las puntas, guardas.
ALEJAN. I. ¿Sabes lo que has hecho?
ALEJANDR. Marte
no considera este día.
ALEJAN. I. Loco estás.
ALEJANDR. Después, podría,
que esta es la primera parte.
(*Vase.*)
ALEJAN. I. Prendelde luego; llevalde

(1) Los cuatro primeros versos siguientes están tachados en el manuscrito original.
(2) Esta palabra es ilegible.
(3) Ilegible por completo este verso.
(4) Los seis versos anteriores, con éste, tachados.

a la torre que pretende,
Filipo.
CÉSAR. ¿Si se defiende?
ALEJAN. I. Si se defiende, ¡matalde!

(*Vanse todos.*)

FILIPO. Ya, Rosaura, has visto aquí
este imposible acabado.
La frente el monte ha humillado
que esperabas contra mí.
Ya has visto a Filipo rey;
ya has visto a Alejandro preso,
y que tengo el reino en peso
por justa y divina ley.
Ves aquí que no hay segundo
que se oponga a mi poder,
y que mañana he de ser,
si vivo, espanto del mundo.
Ves aquí a padre y hermano
sujetos a mi persona.
Mío el reino, y la corona
en la frente del Tebano.
Ves aquí que adoro y muero.
Si el plazo que me pedías
llega a dos, mucho es dos días;
a un día, mucho es entero;
una hora has de tomar
de plazo, al plazo que ves,
que este aguardar más después
la vida puede costar.
ROSAURA. Muy mal parece, señor,
en un rey tanta violencia.
FILIPO. Tengo amor.
ROSAURA. Tengo paciencia,
pudieras decir mejor;
que cualquier fuerza es delito
contra amor, si se defiende.

(*Dentro.*)

ALEJANDR. Dar gusto a quien se pretende
es amor, y éste apetito.
ALEJAN. I. Dese a prisión o matalde.
ROSAURA. ¡Matalde u dese a prisión!
ALEJANDR. Llegad, cobarde escuadrón,
que no lo compráis de balde.
ROSAURA. (¡Ay de mí, que aquella voz
es de Alejandro, y decir
deseo muera es prevenir
alguna desdicha atroz!
¡Oh, Rey cruel! Ya estarás (*Ap.*)
seguro, preso Alejandro.)

(*Entre aquí* GUILLERMO.)

GUILLERM. Anegó el mar [a] Alejandro;
porfió, no pudo más;
ya dió en el suelo este encanto;
ya la torre de Babel
vino a tierra, y dió Luzbel
en el reino del espanto.
Que oponerse a una hazaña
tan imposible, no era
para que otro fin tuviera.
¡Oh! ¡A cuántos hombres engaña
el ánimo y la fiereza!
FILIPO. ¿Prendióse [a] Alejandro?
GUILLERM. Ya
con veinte guardas está
en aquesa fortaleza.
Ha costado su prisión
a palacio treinta vidas.
FILIPO. Por esas treinta perdidas
doy vida a más de un millón.
Que si se escapa imagino
que no estábamos seguros
de estos muros, si estos muros
fueran de diamante fino.
¡Gracias a Dios que vencí!
Ya reino, que no reinaba
mientras Alejandro estaba
libre, ofendido de mí.
Tú, Guillermo, si codicias
mi amistad, la hora llegó
que puedes, si puedo yo,
mandar mi reino en albricias,
que puesto que he deseado
hacer mil veces contigo
de un enemigo un amigo,
pienso ahora haberlo acabado.
Y así quiero, mientras reina
Rosaura, que hoy todo el reino
la ha de jurar donde reino
mientras la tengo por reina,
la plaza de secretario
sirváis, que si hoy perdéis
un príncipe, un rey tenéis,
a pesar de mi contrario.
GUILLERM. Beso a vuestra majestad
los pies por tan gran merced.
FILIPO. ¿Sois mi amigo?
GUILLERM. Sí.
FILIPO. Creed
que me debéis amistad.—
Y tú, nuevo dueño impío,
vencido con la prisión
de un león, nuevo Sansón

que derribó el templo mío,
¿cuándo me darás la mano?

ROSAURA. Luego; mas con condición...

FILIPO. Pide, vencido, un león;
pídeme ese monte llano,
pídeme una estrella, a Marte
preso a tus pies por mi mano,
y pide libre a mi hermano,
que es lo más que puedo darte.

ROSAURA. No le quiero libre ya,
que estoy presa de tu amor;
mas quiero verle, señor,
en la torre donde está.
Déjamele ver y hablar,
que importa acabar dos cosas,
para gozarte dudosas,
fáciles de remediar.
Y a la salida me espera,
donde verás a tus pies
este imposible, y después
un diamante vuelto cera.

FILIPO. ¿Y cuándo pretendes ir?

ROSAURA. Esta noche lo procura
mi gusto.

FILIPO. Y por ir segura
de hombre te has de vestir,
que no quiero que las guardas
te conozcan al encuentro.

ROSAURA. Ni que sepan que estoy dentro
mientras tú en la puerta aguardas.
Y ha de ser de aqueste modo
que me has de dar un vestido
de los tuyos conocido,
que ha de parecerte en todo;
y al Alcaide has de avisar
que a tu hermano quieres ver
esta noche, y ha de ser
sin testigos el entrar.
De modo que con tu nombre
he de entrar y he de salir.

FILIPO. ¿Quién ha de ir contigo?

ROSAURA. Ha de ir
un hombre.

FILIPO. ¿No más de un hombre?
¿Quién ha de ser?

ROSAURA. El que más
sepa guardar el secreto.

FILIPO. Pues Guillermo, a ese respeto,
ha de ir contigo, si vas.

ROSAURA. No dices mal. Pues le has hecho
secretario, empiece a usar
su oficio.

GUILLERM. Puedes fiar
eso y más de aqueste pecho. (*Aparte.*)

ROSAURA. (¡Si Guillermo me ha entendido!)
(*Aparte.*)

GUILLERM. (¿Qué quiere intentar Rosaura?)

ROSAURA. Si esta vida se restaura
aro el mar y el viento mido.

(*Entra* CÉSAR.)

CÉSAR. Ya en aquesa torre fuerte
está el Príncipe.

FILIPO. Está bien.
Mañana ha de estar también
en los brazos de la muerte.
Y porque cerca le espera
esta noche me he de hallar
con él, que le quiero hablar,
César, primero que muera.
Y no quiero que las guardas
sepan que le voy a ver.

CÉSAR. ¿Solo has de ir?

FILIPO. Solo ha de ser.

CÉSAR. Quitaré las alabardas.
¿No va siquiera contigo
un hombre?

FILIPO. Guillermo irá.

CÉSAR. Para los dos estará
abierto.

FILIPO. Sólo un postigo.

(*Vase* CÉSAR.)

¿Quieres más?

ROSAURA. Hasme vencido.

FILIPO. ¿Quiéresme bien?

ROSAURA. Como a mí.

FILIPO. Pues tu ingratitud vencí,
ven y daréte el vestido.

(*Vanse, y salen con cuatro alabardas* CELIO, CLARINO, RICARDO *y* TIBALTE; *arriman las alabardas y siéntanse.*)

RICARDO. Arrimad las alabardas
a esa pared, y en el suelo
echados, diga del cielo
quien sabe más de las guardas
mientras la noche camina.

CELIO. Dadme un azumbre en un jarro,
y pase o no pase el carro,
calle o cante la bocina,
¿yo del cielo?, Tolomeo
lo diga, que lo escribió.

CLARINO. ¿Durará esta prisión?
TIBALTE. No.
RICARDO. No durará, a lo que creo.
CELIO. No me pudo suceder
cosa que mayor pesar
mediera como guardar,
Ricardo, a este Lucifer.
No ha podido averiguarse
con [todo] el mundo y pretende,
cuando de ellos se defiende,
con nosotros estrellarse.
Venga y guárdelo quien toma
la corona a su pesar.
RICARDO. ¿Quién dices que ha de reinar?
CELIO. Aqueso preguntó en Roma
cierto capitán romano
reinando Rómulo y Remo.
TIBALTE. Que ha de ser Rómulo temo,
Filipo.
RICARDO. Y Remo, su hermano.
CLARINO. ¡Ay de Escocia si se escapa
de la torre!
CELIO. No ha de haber,
Clarino, a mi parecer,
tanto que ver en un mapa.
Temblando estoy, ¡vive Dios!,
de que empiece por las guardas.
CLARINO. ¿No estamos veinte alabardas?
CELIO. Como si estuviesen dos.
Mirad, no os canséis; yo he estado
en las guerras que ha tenido,
sé los hombres que ha vencido,
sé los cuellos que ha pisado.
Hele visto atado y preso
y sentenciado a morir.
Un día le vi salir
con cuatro guardas en peso,
y, ¡vive Dios!, que imagino,
en la prisión que se ofrece,
Clarino, que me parece
que lleva el propio camino.
CLARINO. El miedo que tienes tú
te le ha pintado tan fuerte.
¿No es éste un hombre?
CELIO. Es la muerte,
es el propio Bercebú,
es el diablo que me trujo
aquesta noche tras noche.
RICARDO. Oscura ha vuelto la noche,
más sabe en ella que un brujo,
que doquiera siento ruido.
Oíd, que es el capitán.

(*Entra* CÉSAR.)

¡Oh, mi señor!
CÉSAR. ¿Dónde están
los demás?
CLARINO. Hanse esparcido.
¿Qué es lo que mandas hacer?
CÉSAR. Retirad las alabardas.

(*Vanse los* ALABARDEROS. *Sale* ALEJANDRO.)

ALEJANDR. No sé qué siento en las guardas
que me han dado que temer.
¡Oh, capitán!
CÉSAR. ¡Oh, señor!
ALEJANDR. ¿Qué hay de nuevo?
CÉSAR. El Rey, tu hermano,
te quiere ver.
ALEJANDR. ¡Que el villano
tenga para entrar valor!
Rosaura, César amigo,
¿se ha entregado a su querer?
CÉSAR. Ya reina.
ALEJANDR. ¡Reina el poder
que ha tenido mi enemigo!
CÉSAR. Yo me aparto, que me ha dado
el Rey esta orden.
ALEJANDR. ¡Cielo!
¿Ha tenido o tiene el suelo
hoy hombre tan desgraciado?
¡Que llegase estando abiertas
las puertas tras diez villanos,
y con la espada en las manos
se me cerrasen las puertas!
¡Por vida de todo el mundo,
si la cólera no templo,
que ha de ser la torre el templo
de aqueste Sansón segundo!
Y en ella he de derribar,
sin asirme a la coluna,
la rueda de la fortuna
que a mi hermano empieza a alzar.

(*Entra* ROSAURA *de hombre, y* GUILLERMO *con ella.*)

ROSAURA. ¿Voy bien, Guillermo?
GUILLERM. Un Narciso
me pareces en el talle.
ROSAURA. Solo está; quiero hablalle.
GUILLERM. Que te exigió el Rey te aviso...
ROSAURA. No importa; vete a la puerta,
por que si al salir nos sienten,
cuando cerrárnosla intenten,
la puedas tener abierta.

Que esta noche todos tres
hemos de perder la corte.

GUILLERM. Con tal estrella y tal norte
mil hallaremos después.

ROSAURA. ¡Oh, amor, qué dificultades
allanas cuando tú quieres!

GUILLERM. Otra Semíramis eres
si a serlo te persuades.

(Vase.)

ROSAURA. Si fuera mi hijo el preso
en algo le pareciera,
aunque en amar bien pudiera,
que le adoro con exceso.

ALEJANDR. (Este es Filipo el traidor.
Muere esta noche a mi mano.)

ROSAURA. (Fingiré que soy su hermano
primero. ¡Ayúdame, amor!)

ALEJANDR. (La noche es oscura, el fuerte
se ha abierto para su entrada;
él muerto, su propia espada
me ha de librar de la muerte.)

ROSAURA. ¡Alejandro!

ALEJANDR. ¿Qué me quieres?

ROSAURA. ¿Parécete bien querer
atropellar sin poseer
todo un reino? No te alteres.

ALEJANDR. ¿Alteración te parece
aquésta? Si me alteraras
¿vivieras cuando llegaras
a la ocasión que se ofrece?

ROSAURA. Ya reino, ya en mi poder
tengo a Rosaura, ya reina.

ALEJANDR. Pues no reine más; si reina,
traidor, conmigo ha de ser.

(Quítale la espada y cae ella en el suelo.)

ROSAURA. ¡Ay, de mí, Alejandro!

ALEJANDR. Parte,
vil cobarde, al reino espera,
que os baja desde su esfera
el rayo que ha de abrasarte.

ROSAURA. Muerta soy. Oyeme, espera.

ALEJANDR. Pagaste, vil, tu porfía.
¡Adiós, reino, que algún día
te veré de otra manera!

(Vase ALEJANDRO.*)*

ROSAURA. ¡Ay de mí! ¡Alejandro! Aguarda,
no te pierda yo. ¡Señor!

CÉSAR (*dentro*). Tené, que se va el traidor
de la torre. ¡Ah, de la guarda!
¿No me dijo el Rey a mí,
de su persona a la mía,
que a su hermano ver quería?
¿Qué traición ha habido aquí?
¿Cómo, si estuve al concierto,
me engañó así? (1)

RICARDO. ¡Ah, capitán!

CÉSAR. ¿Dónde las guardas están?

RICARDO. No lo sé, que vengo muerto.
Alejandro no ha dejado
de veinte que éramos, dos.

CELIO. ¿No os lo dije? ¡Juro a Dios,
Ricardo, que me he holgado!

(Vuelve la cabeza y ve a ROSAURA.*)*
(Sale ROSAURA *herida.)*

ROSAURA. ¡Ay de mí!

CÉSAR. ¡El Rey es muerto!

ROSAURA. César, la mano me da.

CÉSAR. ¿Hirióte Alejandro?

ROSAURA. Ya
estoy de la muerte al puerto
por seguir un desvarío.
¿Puedo hablar al Rey?

CÉSAR. Di quién
eres.

ROSAURA. Quien perdió su bien.
¡Alejandro mío!

CÉSAR. Señor,
pues ¿cómo? ¿Hirióte el traidor
y llámasle de esa suerte?

ROSAURA. No es de Filipo la muerte,
César; vivo es tu señor.
Rosaura soy, que a pagar
ha venido a la prisión.

CÉSAR. (Aquí, sin duda, hay traición.)

(Entra FILIPO.*)*

FILIPO. ¿Qué es esto? Dadme lugar.
¿Qué es de Rosaura?

ROSAURA. Aquí estoy.

FILIPO. ¡Que a dar un paso no acierto
sin tropezar con un muerto
por dondequiera que voy!
Dame, mi bien, esos brazos,
que por mi corona juro
que no está el traidor seguro
si le tiene Marte en brazos.

CÉSAR. ¡Señor!

(1) En este lugar hay una acotación tachada que dice: "*Sale con una herida en la cabeza* RICARDO, *y* CELIO *con él.*"

FILIPO. No me digas nada,
todo lo sé, por mi daño.
¡Ah, César! Que fué el engaño
de mujer determinada.
Llégate, mi bien, a mí.
Llevalda, que está afligida.

ROSAURA. (No importa; tenga yo vida
que yo iré, mi bien, tras ti.) (1)

FILIPO. Un bando echad que apercibo,
que a cualquiera que saliere
tras Alejandro, y me diere
a Alejandro, muerto o vivo,
le daré diez mil ducados.
Y ansí mismo pregonad
por traidor en la ciudad
y por todos mis Estados
al que le diere sustento.
Y tú en un caballo ponte,
con otros ciento, en el monte,
y parte en su seguimiento.
Dente, César, el favor
que a mi propio. Sepa el mundo
que es Alejandro el Segundo,
César, el primer traidor.

(FIN DE LA PRIMERA JORNADA.)

SEGUNDA JORNADA (2)

(Empieza la jornada GUILLERMO *en un monte.)*

GUILLERMO. ¡Gracias a Dios que he llegado
donde seguro podré
descansar del mal pasado!
No puedo tenerme en pie.
Tanto sin parar he andado.
¡Válame Dios, y qué tierra
tan montuosa! Esta sierra
descubre nuevo horizonte.
¡Linda fuente! ¡Hermoso monte!
¡Otro paraíso encierra!
¡Qué peregrina frescura
de árboles! ¡Qué de caza
juega por esta espesura!
Si este es bosque donde caza
algún señor, por ventura,
en veinte días que he andado
fuera de camino usado,
no he visto lo que en un día
me enseña de montería
este bosque y este prado.
Rosaura ¿no me mandó
tener del castillo abierta
la puerta que me ordenó?
Si Alejandro la halló abierta,
ella, ¿por dónde salió?
Embestimos con la guarda
los dos; Alejandro aguarda,
y de veinte alabarderos
que llegaron los primeros
dejó la una alabarda.
Cargó gente, y cuando quiso
volver a mí el poco aviso
dió con los tres al través,
de suerte que todos tres
nos perdimos de improviso.
Rosaura sé que perdida
quedaba; Alejandro vió
su remedio en su huída;
fuése a la montaña, y yo
salvé por aquí la vida.
¡Válame Dios! ¡Qué de breñas
he visto! ¡Qué pocas señas
de gente! ¡Qué de animales
cruzan entre estos jarales
y duermen entre estas peñas!
¡Quiera Dios que haya llegado,
tras de tanto mal pasado,
donde remediarme pueda!

(Dentro EDUARDO DE HUNGRÍA.)

EDUARDO. ¡Ayuda aquesta vereda!
¡Socorro!

GUILLERM. Voces han dado.
Socorro pide una voz.

---

(1) Esta redondilla está escrita al margen, de mano, al parecer, de LOPE, porque los del primer texto están tachados, y decían:

Llégate, mi bien a mí,
que estás herida.
ROSAURA. La herida
no es grande; tenga yo vida (*Aparte.*)
que yo iré, mi bien, tras ti.

(2) Después de las palabras "Segunda jornada" están los personajes que en ella figuran y los actores que los hicieron, en esta forma:

FEDUARDO	*Bázquez.*
ERGASTO	*Aguado.*
EDUARDO-TIFÓN, *carbonero*	*Macías.*
PALANTE	*Cristóbal.*
El bohemio RICAREDO.	
LISAURA	*Señora Juana.*
MIRALBA	*Jeromica.*
Paje del FLAMENCO.	
Paje del INGLÉS.	
Paje de FILIPO.	

Quizás en esta manera constarían los de la primera jornada en la hoja que se echa de menos.

Si no me engaño ésta es
traición. Es desdicha atroz
de alguno que está a los pies
de alguna bestia feroz.
Quiero entrarle a remediar
si puedo, que pide ayuda.

(Sale EDUARDO *abrazado con un oso.)*

EDUARDO. ¡Ya no me puedo escapar!
¡Ah, gente! ¿No hay quién acuda?
GUILLERM. Vivirás, a su pesar,
si puedo.

(Quítale el oso y lucha con él.)

EDUARDO. ¡Gran corazón!
GUILLERM. Morirá hecho pedazos
si fueran los de un león
aquesta vez sus dos brazos.
EDUARDO. ¡Qué venturosa ocasión!
¡El cielo, sin duda, aquí
me ha defendido y librado!

(Saca un puñal y déjalo muerto.)

GUILLERM. ¡Brava fuerza!
EDUARDO. ¿Es muerto?
GUILLERM. Sí;
dos veces por el costado
este puñal le metí.
EDUARDO. ¿Quién eres?
GUILLERM. Un peregrino
que, perdido del camino,
cansado de buscar gente,
me asenté junto a esta fuente
à la sombra de este espino.

(Entra gente de caza, y LISAURA *con un venablo.)*

LISAURA. ¿Voces dió Su Majestad?
CRIADO. Sí, señora.
LISAURA. ¿Qué decís?
CRIADO. Aquí está el Rey.
LISAURA. Apartad.
EDUARDO. Como San Telmo, venís
después de la tempestad.
LISAURA. Pues, señor mío, ¿es razón
que a esa edad embista a un oso?
EDUARDO. Engañóme el corazón.
Descubríle y animoso
le embestí, y era un león;
tiréle el venablo y dió
un salto tan liberal,
que le herí y libre volvió
de suerte que en animal
tal ferocidad se vió.
Del tiro ofendido cierra
conmigo, y hecho pedazos
muriera si aquesta sierra
no me diera estos dos brazos
ambos hijos de la tierra.
Del cielo ha venido.
LISAURA. Al cielo
doy gracias, que te libró.
Que estás herido recelo.

(Aparte GUILLERMO.*)*

EDUARDO. (No puedo pensar que el suelo
tan gran socorro me dió.) (1)
GUILLERM. (¡Qué prodigiosa aventura!
La fama en esta espesura,
entre robles y animales,
quiere empezar los anales
del libro de mi ventura.
Rey es a quien vida di.
Y si lo es yo imagino
que está el premio cierto en mí,
si la desgracia no vino
conmigo de Escocia aquí.)
EDUARDO. ¿Dónde caminas?
GUILLERMO. Perdido
he llegado aquí, señor,
buscando, cual perseguido,
sagrado para el rigor
de un poderoso ofendido.
¿Qué tierra piso?
EDUARDO. Esta es
Hungría.
GUILLERM. ¿Hungría? ¿Qué aguardo?
Desa manera a los pies
estoy del rey Eduardo.
EDUARDO. Alza.
GUILLERM. Cuando me los des.
EDUARDO. Levanta; dame los brazos.
GUILLERM. Bien estoy.
EDUARDO. Esto ha de ser.
Rey han de tener en brazos
brazos que saben hacer
los de una fiera pedazos.
¿De qué nación eres?
GUILLERM. Era
escocés; ya húngaro soy.
EDUARDO. ¡Pluguiera a Dios que ansí fuera;
que de que lo fueras, hoy

---

(1) Estos dos versos están en el original puestos al margen; pero, como se ve, son necesarios para la redondilla.

Hungría honrarte pudiera. (1)
Buena suerte es verte así.
¿Vienes de la Corte, acaso?

GUILLERM. Un mes habrá que salí
della, sin que sólo un paso
haya torcido hasta aquí.

EDUARDO. ¿Cómo el reino ha recibido
a Alejandro? ¿Hale jurado
Rey de Escocia?

GUILLERM. Halo perdido.
Filipo se lo ha llevado.

LISAURA. ¿Qué dices?

GUILLERM. Lo que has oído.

LISAURA. ¿Filipo reina?

GUILLERM. Señora,
ya murió la luz del sol
a las puertas del aurora
por colgar, como español,
la cuchilla vencedora.

(Entra ATAÚLFO, *embajador, de camino, solo.)*

ATAÚLFO. Dame tus pies.

EDUARDO. Bien venido
seas, Ataúlfo.

ATAÚLFO. Ha sido
ventura haberte hallado.
A lo que fuí he negociado.

EDUARDO. Muy mal; todo lo he sabido.

ATAÚLFO. Quien la nueva caminando
sin volar te trujo, entiendo.

EDUARDO. Para quien la está esperando
la buena viene corriendo,
pero la mala, volando.
Este hidalgo que ves.

ATAÚLFO. Ya le conozco.

EDUARDO. ¿Quién es?

ATAÚLFO. Es un gran varón de Escocia
contra quien el Rey negocia
cierta venganza. Después
que de la Corte saliste,
como Alejandro faltó
con la ayuda que le diste,
vuestro Estado confiscó
y por traidor dado fuiste.

GUILLERM. No importa. Alejandro esté
libre de su furia, y dé
los golpes sobre la hacienda;
a mí, amigo, no me ofenda,
que hacienda yo buscaré.
¿Sabéis si libre ha quedado
de todo punto?

ATAÚLFO. Huyendo
salió de todo el Estado,
la torre y prisión rompiendo.
Lo que más ha alborotado
fué que al tiempo del huír
hirió a Rosaura al salir.
De qué suerte el caso fué
no se sabe.

GUILLERM. (Yo lo sé.
Bien lo pudiera decir.)

ATAÚLFO. Como a Reina la mandó
llevar Filipo; sanó,
que era pequeña la herida,
y sana y de amor perdida
a su Alejandro siguió.

GUILLERM. Eso sólo he deseado
saber. ¿Ya libres los dos
están?

ATAÚLFO. A Escocia han dejado.

GUILLERM. ¿Cierto?

ATAÚLFO. Sí.

GUILLERM. ¡Gracias a Dios!
¡Dios los guarde! Que me he hol- [gado.

LISAURA. ¿Qué mujer es ésa?

GUILLERM. Es
la que le dió libertad;
hija de un vasallo.

LISAURA. Pues
¿es mujer de calidad?

GUILLERM. Sabréis su historia después,
ques buena para el camino. *(Ap.)*
(¡Alejandro peregrino,
con Rosaura, y que a buscallos
no vaya!)

EDUARDO. Pedid caballos,
que volvamos determino
a la Corte. En ella quiero
una justa publicar;
venga todo el mundo entero,
por armas la ha de llevar
el mejor aventurero. (1)
Pues la diestra más honrada
y el más fuerte corazón

(1) Después de este verso hay en el original otros cinco, de tal modo tachados que no es posible leer ninguno.

(1) Los diez versos que siguen están textados en el original con dos rayas cruzadas; pero son necesarios al sentido de este pasaje.

te faltó en esta jornada,
quiero, con esta invención,
darte la mejor espada.
Los príncipes pretendientes
que has tenido, en mil porfías,
sabrán por diversas gentes,
que has de ser, en treinta días,
de los brazos más valientes.

(Vanse, y sale ROSAURA *de galán, y con ella* ERGASTO, MIRALBA, PALANTE *y* TIFÓN, *todos de carboneros.)*

ROSAURA. El regalo y la posada
con la voluntad honrada
estimo en mucho.

MIRALBA. ¡Pluguiera
a Dios un palacio fuera
la pobre choza ahumada!
¡Pluguiera a Dios el asiento
ámbar fuera, telas finas
las tablas de ese aposento,
oro el polvo y cornerinas
las piedras de ese cimiento;
los pobres techos pajizos
de arrayán, mirto y carrizos
valieran un gran tesoro,
fueran las retamas de oro,
que agora son negros rizos.
Esa huerta se tornara
de coral; la fuente clara
que la ciñe, aljófar diera
y esta sierra de imán fuera,
por que partir no os dejara,
que sin duda soy de acero,
pues os vais y nos dejáis,
siendo vuestro el campo entero.

ROSAURA. Mucho, amigos, me obligáis.
Soy un pobre caballero
que paso a Albania, y querría
saber por qué tierra voy
antes que se pase el día.

ERGASTO. En Escocia estáis.

ROSAURA. ¿Que estoy
en Escocia todavía?

ERGASTO. Pasado aquese pinar
tenéis un día que andar
primero que la dejéis.

ROSAURA. ¡Válame Dios!

ERGASTO. Ya que os veis,
señor, en este lugar,
nos habéis de dar razón
de los pregones que ha dado
Escocia en esta ocasión,
que han este monte alterado
las nuevas.

ROSAURA. Aquéstos son.
Ya sabréis cómo prendió
el Rey a Alejandro.

ERGASTO. Bien.

ROSAURA. Y cómo también huyó
de la prisión.

ERGASTO. Sí.

ROSAURA. Y también
que Rosaura le siguió.

ERGASTO. Todo lo sabemos; que es
aquesta casa una venta,
y en sucediendo en los tres
reinos algo, se nos cuenta
cuatro o seis días después.
Que como aqueste camino
es tan real, de contino,
como la dejáis pagada,
paga en nuevas la posada
el que pasa peregrino.

ROSAURA. Finalmente, Ergasto, viendo
el Rey a Alejandro ausente,
ha pregonado, temiendo
que le ampare alguna gente,
mil prevenciones haciendo
que, so pena de traidor,
hacienda y honra perdida,
no acojan al malhechor.

ERGASTO. ¡Guarden los cielos su vida!

ROSAURA. ¿Conocéisle?

ERGASTO. No, señor;
mas por la nueva he sabido
su valor, que le adoró
el reino que le ha perdido.

ROSAURA. (A quererle como yo, *(Aparte.)*
no le hubiera sucedido.)
En conclusión: al que preso
se le entregase dará
diez mil doblas después deso,
y así buscándole va
todo el reino.

ERGASTO. ¡Bravo es eso!

ROSAURA. Agora yo, caminando
sobre esa fuente que azota
el mar, veo que, bajando
un mancebo, me alborota,
estas palabras hablando:
"Señor, así el cielo os dé
la vida que deseáis;
si podéis seguir a pie,

me sigáis, que si os cansáis
estos hombros os daré."
Seguíle sin descansar
hasta encima de una peña
terrible, en que bate el mar,
y, en allegando, me enseña
un sol que me vi abrasar.
Alza el sombrero y desata,
sobre nieve y escarlata,
hijas del mayor tesoro,
una madeja de oro
con unas manos de plata.
Apenas suelta la vi,
cuando dijo: "Caballero,
si a Escocia vais, le decí
al rey Filipo que muero
la muerte que veis aquí.
Yo soy Rosaura; si os veis
con el cruel, le diréis
que supe como murió
Alejandro, y, muerto, yo
tuve el fin que ahora veréis."
Quitóse aqueste joyel
y esta sarta asida de él,
y dijo: "Estos son testigos
que entre todos sus amigos
te han de acreditar con él."
Esto dijo, y sin pensar
que pudiera una mujer
yerro tan grande intentar,
sin poderla detener,
me la dió y se arrojó al mar.
Allegué con los dos brazos
porque sirvieran de lazos
al desesperado intento;
pero entre la voz y el viento
bajó al mar hecha pedazos.
Murió, al fin; tomé el joyel,
y en el monte, peregrino,
me meto, Ergasto, con él
dos días por un camino
mas que esta mujer cruel.
Llegué, en efeto, a esta casa,
donde reina la piedad,
que es donde tiene sin tasa
un palacio en nuestra edad
el peregrino que pasa.
Y en ella me habéis honrado,
servido y entre el carbón
blanco de vuestro cuidado,
el más flaco un corazón
de Alejandro me ha mostrado.
Y en pago, ya que está echada
la suerte de mi jornada,
ya a Escocia no he de ir con él.
Dejaros quiero el joyel
de esta mujer malograda.
De él os servid, y si acaso,
pues éste es de Escocia el paso,
alguien le fuere a buscar,
con él le podéis contar
la desventura del caso.

ERGASTO. Hame espantado el suceso,
y tomar la joya quiero,
no en paga, que fuera eceso
para quien soy; mas espero
ser testigo del proceso,
que podría suceder,
buscando aquesa mujer,
con ella excusar mis males.

ROSAURA. Escuchad. *(Habla aparte con él.)*

PALANTE. Montes, jarales,
ayudadme a enriquecer.
El que esto da lleva más.
Tifón.

TIFÓN. ¿Qué quieres?

PALANTE. ¿No estás
cansado de hacer carbón?

TIFÓN. Mucho.

PALANTE. ¡Qué brava invención
tiempo y ocasión me das!
En el tiempo que éste ha estado
güésped de esta casa, he echado
de ver que es algún señor,
en mil joyas de valor
que al descuido me ha mostrado.

TIFÓN. Es verdad.

PALANTE. Mucho porfía
de irse. La noche cierra
y, a más andar, pasa el día.

TIFÓN. ¿Qué quieres?

PALANTE. Muera en la sierra
por ver lo que al pecho cría,
que por brújula le he visto
una cadena, y quisiera,
puesto que quedo malquisto,
hacer aquesta primera
con los oros que conquisto.
Cuando se quiera partir,
Tifón, tienes de decir
que le vas a acompañar
hasta salir del pinar,
que al salir ha de morir.
Poco a poco has de ir con él,

que pues de hecho nos vamos,
me quedo por el joyel.
Hartos de hacer estamos
carbón, salga el fuego dél.

ROSAURA. Esto es lo que habéis de hacer,
ya que éstas sus señas son.

MIRALBA. ¿No nos volveréis a ver?

ROSAURA. A la vuelta. ¡Adiós, carbón,
que plata os vea volver!
¡Adiós, Ergasto y Miralba!
¡Adiós, monte! donde el alba,
cuando le faltan estrellas,
forma tiro de centellas
para que le hagan salva,
que si os dejo, es por temor.
¡Adiós, amigos!

TIFÓN. Señor,
licencia me habéis de dar
para poderos sacar
deste monte, que es traidor.

ROSAURA. Merced me haréis.

TIFÓN. Una espada
me saca, Palante.

PALANTE. Espera.

(Vase.)

ROSAURA. (¡Brava industria! Bien trazada
la dejo. Cuando el Rey quiera
seguirme en esta jornada,
podrá ser que, oyendo el caso,
le dé crédito, y el paso
vuelva el que me busca atrás.)

(Sale PALANTE.*)*

PALANTE. Tu espada es ésta.

ROSAURA. ¿Esto más?

ERGASTO. Partid.

ROSAURA. Vamos.

PALANTE. (Bien lo amaso.
Al romper del alba estoy
contigo.)

TIFÓN. (Despacio vamos.)

ERGASTO. Señora güéspeda, hoy
bien la posada cobramos.

MIRALBA. Tal fué el güésped: rica voy.

(Vanse todos. Queda PALANTE.*)*

PALANTE. ¿Quién tal ventura creyera?
¿Quién tal ocasión pensara?
¿Quién en un monte dijera
que esta suerte se encontrara
ni esta ventura se viera?
Basta el tiempo que engañado
en esta montaña he estado
haciendo en mi corazón
más arrobas de carbón
que en ese monte abrasado,
que, pues la ocasión llegó,
la tengo de aprovechar;
la joya que se quedó
en Ergasto he de robar
y matar a quien la dió.
Hechas las dos cosas, quiero
irme a la guerra, que en ley
de noble, debo primero
en ella servir a un rey
que en un monte a un carbonero.

(Vase, y sale ALEJANDRO, *solo, cansado.)*

ALEJANDRO.

Si el deseo de hallarle no me engaña.
Camino es éste y casa la que veo.
Un hombre he descubierto; una montaña
tan áspera con gente no lo creo;
mas tan cansado allego de la extraña
aspereza del monte, que el deseo
como un espejo mágico me enseña
que es hombre un ramo, y casa de una peña.
Pero no, que sin duda un hombre he visto
y una mujer con otros dos. El cielo
me quiere remediar. Ya el mal resisto
hallando en mi aflición tan gran consuelo.
¿Qué tierra es ésta? ¿En qué montaña asisto?
¿Si piso a Escocia todavía el suelo?
Parece que me dice aquesta venta
llegaron los pregones de tu afrenta.
Y si es así, parar no puedo en ella,
que me siguen cuadrillas a millares.
¡Fama veloz que cantas mi querella,
tiempo cruel que engarzas mis pesares,
así camines con mejor estrella
que siempre vueles o que siempre pares!

(Sale PALANTE.*)*

PALANTE.

¡Oh, sol! Corriendo pasa, aunque te aguarde
mañana más temprano.

ALEJANDRO.

¡Dios os guarde!

PALANTE.

Venga, señor, con vos.

ALEJANDRO.

¿Sois de esta tierra?

PALANTE.

En este monte vivo.

ALEJANDRO.

¿Hay casa alguna
por aquí?

PALANTE.

La que veis tiene esta sierra;
no hallaréis, señor, otra ninguna.
Catorce hombres y una moza encierra,
hija del mayoral, que la fortuna
carboneros nos hizo, aunque con tino
servimos de amparar al peregrino.
Parece que llegáis cansado.

ALEJANDRO.

Llego
hecho pedazos. ¿Qué provincia es ésta?

PALANTE.

Allí da fin Escocia, sobre el fuego
que veis ardiendo encima de la cuesta,
allí comienza Albania; Hungría luego
divide aquella sierra a estotra opuesta.

ALEJANDRO.

En buena parte estoy.

PALANTE.

¿Quién sois?

ALEJANDRO.

Un hombre
que pasa peregrino.

PALANTE.

¿Vuestro nombre?

ALEJANDRO.

¿Qué importa que os lo diga si he nacido
adonde no es posible conocerme?
Soy de aquí muchas leguas.

PALANTE.

Lo que pido
por el vuestro no es satisfacerme
del nombre, quiero de un varón perdido
que busca Escocia.

ALEJANDRO.

(¡Ay, Dios! Volví a perderme.
No estoy seguro aquí, pues han llegado
acá las nuevas. Irme es acertado.
¿Cómo podré trocar, sin dar indicio
de quien soy, el vestido con aquéste?
¡Ayuda, cielo, aquí! Séme propicio,
pase sin mi azar la casa de éste.
¿Piadoso [no] te llaman? Haz tu oficio.
Aquesta es la ocasión; el tiempo es éste.)

PALANTE.

(¿Si aqueste fuera el príncipe?)

ALEJANDRO.

Pregunto
de quién queréis saber.

PALANTE.

(Algo barrunto.)
¿De quién? De un hombre que si le acogemos
o le damos sustento adonde estamos,
hacienda, vida y el honor perdemos
por pregones del Rey, y así no osamos,
desde el punto, señor, que lo sabemos,
acoger a ninguno aquí. Les damos
de limosna algún pan, con harto miedo
a cualquier peregrino.

ALEJANDRO.

(¡Bueno quedo!)
De mil hombres que buscan ese hombre,
yo soy el uno por mandato expreso
del Rey de Escocia. Importa, no os asombre,
me deis ayuda para dalle preso.

PALANTE.

Pues ¿dónde está, señor?

ALEJANDRO.

Tuvimos nombre
que estaba ayer en ese monte espeso,
y así treinta caballos le han seguido,
y de ciento de a pie yo el uno he sido.
Réstame agora que troquéis conmigo
ese vestido, amigo, por aquéste,
que si del modo que me veis le sigo,
es cierto caso que él huirá por éste.

PALANTE.

Mejor os le daré.

ALEJANDRO.

Vamos, amigo.

PALANTE.

(Bien me ha venido.)

ALEJANDRO.

(Mi remedio es éste.)

PALANTE.

(Para mi pretensión, ¡qué buen vestido!)

ALEJANDRO.

(¿Carbonero eres tú? Angel has sido.)

(Vanse, y sale CÉSAR, *capitán;* CELIO, RICARDO, TIBALTE, CLARINO, ERGASTO *y* MIRALBA, *con el joyel y sarta.)*

ERGASTO.

Esto nos dijo, y se partió al momento,
pagándonos con esto el hospedaje.

MIRALBA.

Aquí estuvo dos días muy contento,
y de aquí tomó a Albania su viaje.

CÉSAR.

¿A Albania dijo que iba?

MIRALBA.

Aquese intento
nos dijo que llevaba; de linaje
hidalgo parecía.

CÉSAR.

Este es Rodulfo,
de Albania embajador, o es Ataúlfo.
Que de Escocia partieron en el tiempo
que Alejandro huyó y Rosaura vino
tras él, y pudo ser llegar a tiempo
que vieran la desgracia en el camino.

RICARDO.

(¿Alejandro y Rosaura tan sin tiempo
muertos de esa manera? Yo imagino
que aquéste nos engaña?)

CLARINO.

(Es caso cierto.)

CÉSAR.

(Antes sospecho que Alejandro es muerto.
Los pregones del Rey dicen que al hombre
que se le entregue vivo en sus Estados
dará veinte mil doblas, y en su nombre,
en éste y otros tres están ya dados,
y al que muerto le diese, no os asombre,
dará seguros ocho mil ducados.
¿Cómo queréis que muerto no le hayan,
y vivo o muerto con las nuevas vayan?)

CELIO.

¿Qué tanto puede haber que con vosotros
estuvo aquese hombre?

MIRALBA.

(Aquí me pierdo.)

ERGASTO.

(No lo digas.)

MIRALBA.

(¿Por qué?)

ERGASTO.

(Porque en nosotros
no pase la desgracia.)

MIRALBA.

No me acuerdo.

CÉSAR.

¿Pasaba solo?

ERGASTO.

No, señor; con otros.
Recámara llevaba.

MIRALBA.

(Andado has cuerdo.)

ERGASTO.

(No sea el del pregón, y aquesta prenda
o nos cueste la vida o la hacienda.)

MIRALBA.

Muy cansados vendréis, y los caballos
¿adónde los dejáis?

CÉSAR.

Entre esos pinos.

ERGASTO.

Tráiganlos a mi casa; regalallos
suele mi gente a varios peregrinos
que pasan por aquí.

CÉSAR.

Haz desatallos.
¿Qué camino es aquéste?

ERGASTO.

Hay dos caminos:
el de Hungría y Albania.

CÉSAR.

(No he dejado
cosa en ducientas leguas que no he andado,
y en el discurso del viaje veo
al fin de mi camino aquesta seña;
con otra de Alejandro mi deseo
satisfecho saliera de esta breña,
aunque es funesto el lastimoso empleo
y para tal ofensa es muy pequeña,
otra tomara de Alejandro y diera
por llevársela al Rey cuanto tuviera.)
Dadnos un jarro de agua.

MIRALBA.

Entrá a bebella;
descansaréis un rato.

CÉSAR.

No podemos.

ERGASTO.

¿Sois de la corte?

CÉSAR.

Sí; salimos de ella
hoy hace justo un mes, y en él no habemos,
sin ser guiados de infelice estrella,
dejado monte y sierra en cuanto vemos,
que no habemos andado, deseando
hallar cierto varón que voy buscando.

ERGASTO.

¿Es Alejandro?

CÉSAR.

Sí. ¿Tenéis noticia
del caso por acá?

ERGASTO.

¡Cómo si tengo!
Temblar hace a esos ramos la justicia,
y a mí con ellos cuando a casa vengo.

CÉSAR.

¿No lo habéis visto?

ERGASTO.

Fuera sin justicia
negallo. No, señor.

CÉSAR.

Irme prevengo.
Dadnos el agua, que en bebiendo juro
de no dejar del monte árbol seguro.

(Vanse, y sale ALEJANDRO, *vestido de carbonero muy pobre, y* PALANTE, *vestido de la misma manera, y en el brazo traírá el vestido que* ALEJANDRO *llevaba puesto; sea de color, porque importa que sea.)*

ALEJANDRO.

¿Voy bien de aquesta suerte?

PALANTE.

Vas de modo
que a no saber yo que eras caballero
por carbonero te tuviera en todo.

ALEJANDRO.

(Salvar la vida desta suerte espero.)

PALANTE.

(Bien para lo que intento me acomodo.)

ALEJANDRO.

Caballero eres ya.

PALANTE.

Tú, carbonero.

ALEJANDRO.

(Ya no veo la hora de dejallo.)

PALANTE.

(¿Cómo, para partir, podré engañallo?)

ALEJANDRO.

(Un húngaro me dijo esta mañana
que tiene Hungría mil pregones dados
para una justa, y que a Lisaura gana
en premio el que venciese, y que, avisados,
mil Príncipes están. Aunque inhumana
la jornada parece en tres Estados,
tengo de ver, si puedo, su grandeza
sólo guardado de esta vil corteza.
¡Ay, Dios, y quién llegara en tal porfía
a las fiestas a ver esas privanzas
de la misma manera que solía!
¡Ah, tiempo vil! ¡Fingidas esperanzas!
A no estar como estoy, este era el día
que me había de ver entre sus lanzas
sobre la tela haciendo maravillas,
hombres dando a la tierra, al cielo astillas.)

PALANTE.

La noche llega, el monte es algo espeso
y no podréis pasallo; yo quisiera
hasta mañana que os quedéis.

ALEJANDRO.

Yo beso
por tal merced las manos; si pudiera,
aunque en hacello cometiera exceso,
de mí podréis creer que lo hiciera.

(Sale CÉSAR *y las* GUARDAS.)

CÉSAR.

Ya en el camino estamos.

CELIO.

Ya has salido.

ALEJANDRO.

(¡Válgame Dios! Sin duda soy perdido.
César es éste, que me sigue. ¡Ah, cielo!
¿Tras tantos males éste me esperaba?)

CÉSAR.

Los caballos bajad a ese arroyuelo
que aquesa verde hierba baña y lava.
Beberán, subiremos y este suelo,
puesto que sea su espesura brava,
mediremos a pies, y luego iremos
al Rey con estas nuevas que tenemos.
Esta prenda llevamos solamente
y nueva que Alejandro queda muerto.

CELIO.

Cuando otra cosa procurar intente,
que no saldrá con ella es caso cierto.

CLARINO.

¿Cierto murió Rosaura?

CELIO.

Sí.

PALANTE.

(Esta gente,
¿qué busca por aquí?)

ALEJANDRO.

(¡Qué desconcierto
para librarme se me ofrece! Acuda
en lo que intento el cielo a darme ayuda.)

PALANTE.

La color me parece que has mudado.

ALEJANDRO.

Volveréla a cobrar de aquesta suerte.

(Dale con una daga.)

PALANTE.

¡Jesús! ¡Válame Dios!

CÉSAR.

Voces han dado.

CELIO.

Un hombre a otro aquí le ha dado muerte.

CÉSAR.

¡Tenelde!

ALEJANDRO.

Ya lo estoy.

CÉSAR.

¿Por qué le has dado
la muerte a este hombre? Di.

PALANTE.

¡Oh, hado fuerte!

CÉSAR.

Dejad, que aún habla. Di: ¿por qué te ha he-
[rido?

PALANTE.

Matóme por quitarme este vestido,
que otra cosa no pudo ser la causa
de mal tan grande. ¡Adiós!

CELIO.

A la otra vida
partió, sin duda.

CÉSAR.

¿Es muerto?

CELIO.

Ya hizo pausa
el cuerpo; el alma vive.

CÉSAR.

Di, homicida,
¿por qué le has muerto?

ALEJANDRO.

No lo está sin causa.

CLARINO.

¡Válame Dios! La ropa conocida
es ésta de Alejandro.

ALEJANDRO.

Es caso cierto.
Por el vestido que miráis le he muerto.
Deste monte que veis soy carbonero
desde edad de diez años, y conmigo
el propio tiempo fué mi compañero
éste que hice agora mi enemigo.
Llegó una nueva a este monte fiero,
que del pregón quizá seréis testigo,
que quien diere a Alejandro, vivo o muerto,
le darán cierto premio.

CÉSAR.

Así es, por cierto.

ALEJANDRO.

Ha tres días que falta, y al fin dellos
bajar le veo aquesta ropa al hombro,
de aquestos pinos y parado en ellos
una cosa me cuenta que es asombro.
Díjome que bajando ayer por ellos,
que la ventura por desdicha nombro,
vido a Alejandro muerto en su ribera,
medio cuerpo comido de una fiera.
Desnudóle el vestido, y por las nuevas
que tuvo del pregón, llevarle quiso
para dársele al Rey. Yo, entre otras pruebas,
teniendo ya también del caso aviso,
viendo ya muerto al Macedón de Tebas
y tan grande ventura de improviso,
le dije que era justo que me diese
para mí la mitad del interese.
Negómelo, no quiso, y meto mano,
y doile muerte, como veis; que intento
llevar la ropa yo.

CÉSAR.

(¡Cuento galano!

Todo parece que nos viene a cuento.)
Escuchadme.

ALEJANDRO.

(Mi mal es cierto y llano.
Que me han de conocer sospecho y siento.
Ayuda, cielo, aquí, que si hoy me libro
la fama escribe de mi vida un libro.
¡Válame Dios! ¿qué tratan?: ya adivino
lo que pueden tratar.)

CÉSAR.

(Cuando eso fuera,
esto se ha de hacer.)

ALEJANDRO.

Mas ¿que imagino
lo que hablado habéis?

CÉSAR.

¿Qué piensas?

ALEJANDRO.

Muerto
como el que muerto mide ese camino,
si no trazáis mi fin de la manera
que yo se la he trazado al que en el suelo
está tendido.

CÉSAR.

No has errado un pelo.
A mí me importa que esta ropa lleve,
ya que murió quien darnos cuenta pudo
del dueño de ella.

ALEJANDRO.

¿Qué queréis? Que en breve
prometo de hacello, si de escudo
ello me ha de servir y el llanto os mueve.
De mí la causa, como veis, sacudo.
Tomad, que aunque va dada en la partida,
no me dais poco, pues me dais la vida.

CÉSAR.

Vuestro término obliga a no ofenderos.
¿Dónde vivís?

ALEJANDRO.

En ese monte vivo,
con otros diez o doce carboneros.

CÉSAR.

A darle alguna cosa me apercibo.

CELIO.

¿Qué le dais?

CÉSAR.

Cien escudos.

ALEJANDRO.

¡Caballero!
No los he de tomar.

CLARINO.

¡Villano altivo!

CÉSAR.

Tomad, quedad con Dios. Vamos, que es tarde.

(Vanse.)

ALEJANDRO.

¡Venturosa ocasión, el cielo os guarde!
¡Ah, cielo! Pues que desta me he librado,
como de otros peligros de la guerra,
para algún grande bien estoy guardado.
Sepulcro quiero dar en esta sierra
al más infeliz cuerpo y desdichado
que vió la muerte en brazos de la tierra;
y enterrado, partirme adonde pueda,
de la fortuna detener la rueda.

(Mételo en brazos, y salen ROSAURA *y* TIFÓN.*)*

ROSAURA. De la merced recibida
tan agradecido quedo,
que yo no sé cómo puedo
pagarla en toda mi vida.
Desde aquí os podéis volver,
pues ya tan seguro voy.

TIFÓN. (En la misma parte estoy
que dijo Palante ayer.
¡No sé cómo no le veo!)

ROSAURA. Esta sortija llevad,
que a valer una ciudad
os la diera mi deseo.

TIFÓN. Perdonadme.

ROSAURA. No es razón
que os excuséis.

TIFÓN. (Importante
será, pues tarda Palante,
que supla el yerro Tifón.)

ROSAURA. Tomad, por amor de mí.

TIFÓN. Hidalgo, solos estamos.

ROSAURA. Es verdad.

TIFÓN. Peñas y ramos
son testigos de esto aquí.

ROSAURA. Verdad. ¿Por qué lo decís?

TIFÓN. Porque quiero que me deis
todo el oro que traéis.

ROSAURA. ¿Qué dices?

TIFÓN. Esto que oís.

ROSAURA. ¿El oro?

TIFÓN. Sí.
ROSAURA. ¿El oro?
TIFÓN. El oro.
Y ha de ser luego. ¿Qué espera?
Acabe.
ROSAURA. ¡Qué más dijera
en su misma playa un moro!
¿Esos los regalos fueron
que he recibido?
TIFÓN. Estos son.
ROSAURA. Como tratáis en carbón,
carbones se me volvieron.
Villanos, en fin.
TIFÓN. Presumo
que la vida has de dejar
con el oro.
ROSAURA. Y tú trocar
las joyas y el oro en humo.
TIFÓN. Defiéndeste.
ROSAURA. No, que quiero
matarte.
TIFÓN. ¿Qué dices? ¿Sientes
quien soy?
ROSAURA. Un ladrón.
TIFÓN. Tú mientes.
ROSAURA. ¡Oh, pesar del carbonero!
(Voces dentro.)
RODULFO. Acudid presto.
TIFÓN. Parece
que viene gente. Huír
me es forzoso.
ROSAURA. No te has de ir.
TIFÓN. Al socorro lo agradecc.
ROSAURA. Qué cierto es, ¡válame Dios!,
el ser un ladrón cobarde.

(Vase huyendo, y sale RODULFO, *embajador, y los que pudieren.)*

CRIADO. ¿Libre quedó?
RODULFO. El cielo os guarde.
ROSAURA. Y venga, señor, con vos.
RODULFO. ¿Qué ha sido aquesto?
ROSAURA. No es nada.
Un rasguño de un ladrón
que pintó con un carbón
alguna mano turbada.
RODULFO. Tiene muchos este valle.
(¡Bello mozo!)
CRIADO. (Como un sol.)
RODULFO. ¿Qué nación?
ROSAURA. Soy español.
RODULFO. (Linda cara.)
CRIADO. (Hermoso talle.)
RODULFO. ¿Vais a Albania?
ROSAURA. Allá camino.
RODULFO. ¿A qué pasáis?
ROSAURA. A buscar,
señor, si [le] puedo hallar,
un hidalgo peregrino
que voy buscando.
RODULFO. ¿Es pariente?
ROSAURA. El más cercano que tengo.
RODULFO. Huélgome que a tiempo vengo
que os pueda servir mi gente
y yo recibir merced
de tan buena compañía.
ROSAURA. Estimo la cortesía.
RODULFO. Que os he de servir, creed.
ROSAURA. (Rodulfo, el embajador,
es aquéste; no quisiera
que agora me conociera.)
¿Sois vos de Albania, señor?
RODULFO. Sí soy, y puedo serviros
el tiempo que en ella estéis,
y si dejarla queréis
regalaros al partiros,
que os he cobrado afición.
ROSAURA. Soy, señor, hechura vuestra.
RODULFO. (Este es noble.)
CRIADO. (Valor muestra.)
RODULFO. ¿Vamos?
ROSAURA. ¡Qué linda ocasión,
para buscar, he hallado,
a Alejandro y para ver
a mi padre! ¡Oh, amor! El ser
me vuelve que me has quitado.)

(Vanse, y salen FEDUARDO DE ALBANIA *y* RICARDO.)

FEDUARDO.

¿Eso responde el Húngaro?

RICARDO.

Esto dice.

FEDUARDO.

¿El propio no me dijo en cuatro cartas,
excusándome yo que de Lisaura
era digno marido? ¿Cómo agora
la palabra me niega? Quien ha sido
otro Trajano en obras y costumbres,
¿no me dijo: "Si ligan de los reyes
las palabras la doy de que Lisaura
no lo será de otro si la guarda el César?"
Pues ¿cómo agora me la niega?

RICARDO.

Ha puesto
un cartel en su corte y enviado
a las demás docientos, en que avisa
para una justa a príncipes y grandes,
diciendo en ellos que es Lisaura el premio
de aquel que la venciere, y fué tan público,
que han acudido de diversas partes
príncipes infinitos, y de gente
no caben los caminos.

FEDUARDO.

De ese modo
no tengo que esperar; de mis banderas
se ocupen otra vez mis capitanes.
Llamad al punto, que en persona quiero
hacer esta jornada.

(Entra RODULFO.*)*

RODULFO.

Tus pies beso.

FEDUARDO.

¡Oh, Rodulfo! ¿Qué nuevas hay de Escocia?

RODULFO.

Haylas muy grandes. Tu embajada hice
al tiempo que la corte alborotada
estaba con un caso harto nuevo.
Filipo reina ya.

FEDUARDO.

¿Qué dices?

RODULFO.

Digo
que le vieron mis ojos coronado.

FEDUARDO.

De esa manera Albania queda libre
del feudo que a Alejandro le pagaba.
Con buen principio la jornada emprendo.
Pues Alejandro ¿cómo queda?

RODULFO.

Huyóse
por cierta industria de Rosaura, hija
de Turbino, un criado de su casa,
acompañada de Guillermo, un hombre
cuatro veces barón, y con engaño
le libraron huyendo los tres juntos.
Tuve nuevas ayer que en el camino
que Alejandro y la dama en cierto monte
murieron a las manos de una fiera.

ROSAURA.

(¡Guárdele Dios mil años! ¡Qué gran nueva
para que no me sigan!)

FEDUARDO.

¿Cómo dices
que se llamaba el hombre que haces padre
de esa mujer que le libró?

RODULFO.

Turbino.

FEDUARDO.

¡Válame Dios!

RODULFO.

¿Qué tienes?

FEDUARDO.

Ese nombre
el ayo tuvo que le di a mi hija.
Pero de aquese nombre ser podría
que hubiese muchos.

ROSAURA.

(En aqueste punto
acabo de creer que éste es mi padre.
Turbino dijo la verdad en todo.
¡Ay, padre de mi vida! Sólo el verte
[a] Albania me ha traído. ¡Qué gallardo!
¡Qué mozo está! Sin duda en tiernos años
se debió de casar, porque es tan mozo
que mejor le juzgara por mi hermano.)

FEDUARDO.

Mañana has de partir, Rodulfo, al Húngaro
a decille que parten mis banderas
a tocar las almenas de sus muros
si no me da a Lisaura, y si la niega
tercera vez, le talaré sus campos,
su tierra abrasaré. Con la respuesta
te espero tan vecino de sus puertas,
que apenas me la des cuando mis tiros
han de volar las torres de su alcázar.
¿Quién es este mancebo?

RODULFO.

Un caballero
español dice que es. En el camino
le vide acuchillando unos ladrones
que robarle quisieron. Socorríle,
y hemos venido juntos. Es discreto,
cortesano, galán, prudente, y puedes
de su espada fiar cualquier empresa.

FEDUARDO.

(Hermoso talle y rostro.) Yo te juro

que debemos los dos de haber nacido
debajo de una estrella, y que quisiera,
si no es forzoso su viaje, hacelle
de mi boca y tenelle en mi servicio,
que le he cobrado amor. (¡Qué bello mozo!)
En efeto, español; sin duda España
es madre de la más airosa gente
que tiene el mundo. Llámale.

RODULFO.

Hidalgo,
llegad, que os llama el Rey.

ROSAURA.

¿Qué es lo que manda
vuestra real majestad?

FEDUARDO.

Decid: ¿qué causa
os trae a una provincia tan remota
del límite español?

ROSAURA.

Vengo buscando
cierto hermano perdido, a quien le debo
no menos que la vida. Tengo nuevas
que siguió esta derrota, y ansí vengo
de esta suerte, señor.

FEDUARDO.

Grande deseo
me ha dado de tener a mi servicio
vuestra persona.

ROSAURA.

Sus reales manos
me dé tu majestad.

FEDUARDO.

Alzad del suelo.

ROSAURA.

La merced, gran señor, que has de hacerme,
pues te sirves de mí, que esta embajada
que a Rodulfo le das que lleve a Hungría,
me la entregues a mí, que él es mi amigo
y lo tendrá por bien. ¿Sabré en su corte
si lo que busco está? Porque es mi hermano
persona de valor, y por el nombre
será posible hallarle, que es amigo
de torneos y justas, y estas nuevas
le habrán llevado a ver esa grandeza.
Y si le hallo, [te] juro como noble
que bien puedo jurar el juramento,
de partirme con él adonde pueda
recibir la merced que me promete
un rey tan poderoso, y ser podría
traerte buenas nuevas, que en mi vida
cosa pedí que me negase nadie.

FEDUARDO.

Y aun estoy por decir que por tus manos,
mira en la posesión que estás conmigo,
he de gozar lo que deseo.

ROSAURA.

Dame
licencia de partir.

FEDUARDO.

Entra, Rodulfo;
conmigo ven; prevengan su partida.

ROSAURA.

¡Ay, padre de mi vida! ¡Ay, Alejandro!
En la embajada que a mi cargo queda,
como llevo el principio el fin suceda.

(Tocan chirimías, y en callando, dan voces unos corrido, y tras de ellos GUILLERMO, *almirante, y sale* ALEJANDRO, *de carbonero muy pobre.)*

ALEJANDR. ¡Válame Dios! ¡Qué grandeza
he visto en solo un momento,
y qué de yeguas que al viento
vencen con la ligereza!
¡Qué de príncipes señalas
¡oh, fama! sobre las sillas
haciendo mil maravillas!
¡Qué de caballos con alas!
¡Ah, cielo! Aplaca el rigor
de tan grande y vil pobreza
cuando arrastra la grandeza
piedras de tanto valor. (1)
La fama de esta mujer
me tiene escandalizado.
¡Ah, Dios! que en aqueste estado
sin armas me vengo a ver.

(Toca la música, y van saliendo todos por este orden: el de Bohemia, el de Ingalaterra, el de Flandes, FILIPO, *con acicates, como que han corrido, y tras de ellos* GUILLERMO, *almirante, muy galán, y tras dellos* EDUARDO *con* LISAURA.)

¿No es éste mi hermano? Sí.
Pues si pretende a Lisaura,
¿qué ha hecho ¡Dios! de Rosaura?
Algún misterio hay aquí.
¿Este es Guillermo? Sí, él es.

---

(1) Siguen a éste cuatro versos ilegibles de puro tachados.

¡Ay, Dios! Si le hablaré.
Mi amigo fué, y preso fué
el que me libró después.
Este me dará favor.

GUILLERM. Tu majestad puede entrar.

ALEJANDR. Ya se van. Quiérole hablar.
Señor, señor, ¡ah! señor.

(Tírale de la capa a GUILLERMO.)

GUILLERM. ¿Qué me queréis? ¡Hola! ¿Quién
dejó entrar este villano
adonde está el Rey?

ATAÚLFO. ¡Ah, hermano!
En el campo estáis más bien.
Salid allá.

ALEJANDR. ¿Aquí os enfado?

ATAÚLFO. ¿Quién os metió hasta acá dentro?

ALEJANDR. Quien, como busco mi centro,
hasta vello no he parado.

ATAÚLFO. Salí allá fuera.

ALEJANDR. ¡Ah, señor!
Así a la infanta veáis
bien lograda si estimáis
el aumento de su honor.
Si es posible, me escuchéis
aquí aparte dos palabras.

GUILLERM. ¿Sois pastor?

ALEJANDR. De cuatro cabras.

GUILLERM. Irlas a guardar podréis.
Vamos, andá norabuena,
que me enfado ya con vos.

(Vanse todos: queda ALEJANDRO.)

ALEJANDR. Fuéronse. ¡Válame Dios!
¿Ay más dolor? ¿Ay más pena?
¿No era aquel Guillermo? El era.
Pero no, que si le hablara
yo a Guillermo, le obligara,
y, obligado, respondiera.
El deseo me pintó
su cuerpo, su aspecto y rostro,
que tal vez hizo de un mostro
cuanto el alma le pidió.

(Vuelve a tocar la música.)

¿De qué sirve haber venido
tantas leguas y pasado
tanto mal si ya llegado
ha de enterrarme el olvido?

(Vuelve GUILLERMO.)

GUILLERM. (No sé qué fuerza tuvieron
en mí, de aquel labrador,
las palabras, que en rigor
dejar al Rey me hicieron
antes de tiempo. No sé
qué hechizo tiene en sí,
que forzado vuelvo aquí
a saber lo que dudé.)

ALEJANDR. (Ya ha vuelto. Sin duda alguna
es Guillermo.)

GUILLERM. ¡Hola, pastor!
¿Quién sois?

ALEJANDR. Un hombre, señor,
que derribó la fortuna.

GUILLERM. La patria quiero saber.

ALEJANDR. Donde nacistes nací.

GUILLERM. ¿De adónde soy yo?

ALEJANDR. De mí.

GUILLERM. ¿Y vos?

ALEJANDR. De vos vengo a ser.

GUILLERM. No os entiendo.

ALEJANDR. Yo tampoco
me entiendo. No os espantéis,
que estoy tal...

GUILLERM. ¡Ojos!, ¿qué veis?
Id por el mar poco a poco.
¿Eres Alejandro?

ALEJANDR. Yo era
quien la escala escaló un tiempo,
de la fortuna; el que el tiempo
arrojó de la escalera.
Yo soy lo que tú quisieres.

GUILLERM. Dame, señor, esos pies.
¡Que te he vuelto a ver!

ALEJANDR. No des
voces.

GUILLERM. ¡Señor!

ALEJANDR. No te alteres;
mira y habla con cuidado.

GUILLERM. ¿De qué manera has venido?

ALEJANDR. Por milagro.

GUILLERM. ¿Qué vestido
es ese?

ALEJANDR. El que me ha librado.
¿Cómo estás aquí? ¿Qué estrella
te trujo aqueste lugar?

GUILLERM. Mi fortuna, que acertar
me hizo la fuerza de ella
el día que te libraste,
cuando yo y Rosaura fuimos
a la cárcel y te dimos
lo que tan mal nos pagaste.

ALEJANDR. ¿Qué dices, Guillermo? Espera.
¿Rosaura fué aquélla que

entró contigo?
GUILLERM. Ella fué.
ALEJANDR. ¿Rosaura?
GUILLERM. Rosaura era.
¿Qué te admiras?
ALEJANDR. Yo le di,
pensando que era mi hermano,
dos heridas.
GUILLERM. Cierto.
ALEJANDR. Es llano,
como te lo pinto aquí.
GUILLERM. Y aun con eso no salió.
ALEJANDR. Sin duda le di la muerte.
Errando acerté. La suerte
fué buena, pues me ofendió.
GUILLERM. ¿Cuándo te ofendió?
ALEJANDR. Sentada,
contra razón, contra ley,
estuvo al lado del Rey.
GUILLERM. ¿Qué importa, si fué forzada?
ALEJANDR. ¿Qué dices?
GUILLERM. ¿Qué digo? Digo
que el salir de la prisión
tú aquel día fué ocasión
el ir Rosaura conmigo.
El cómo te contaré
después. Rosaura te adora;
está viva, y hoy la llora
tu hermano porque se fué.
ALEJANDR. ¿Adónde?
GUILLERM. Apenas se vió
sana, cuando fué a buscarte.
ALEJANDR. ¿Súpose, a dicha, a qué parte?
GUILLERM. Quien lo dijo lo ignoró.
Esto, de un embajador
de Eduardo, supe [yo] un día
que en cierto monte de Hungría
le di vida a su señor,
dándole a un oso la muerte
en cuyos brazos rendido
le vi, vencíle y, vencido,
sucedió mi buena suerte;
hízome almirante, y, ciego
de mis servicios, me encarga
de todo el reino la carga,
pues lo vine a mandar luego.
Fuera del Rey, yo soy rey;
no hay más leyes que guardar
de las que yo quiero dar,
ni más ley de aquesta ley.
Y pluguiera a Dios hoy fuera
mío el mundo, que a este punto
te lo diera todo junto
si rey del mundo me viera.
ALEJANDR. Eres mi amigo.
GUILLERM. Vasallo
pudieras decir mejor,
tan humilde, que al menor
me igualo. ¿Quieres proballo?
ALEJANDR. Lo que por mí has de hacer,
pues te hallo en tal lugar,
es, porque quiero justar,
que me ayudes a vencer
de la manera que ves.
Esto y un arnés me falta,
y un caballo.
GUILLERM. No hará falta.
Caballos tendrás y arnés,
y tantos, que el Rey se asombre
de los que puedes mudar.
ALEJANDR. ¡Que aquí te vine a hallar!
¿Eres ángel?
GUILLERM. Soy un hombre
que rey te quisiera ver.
Entra, que vendrás cansado.
ALEJANDR. (Un imposible acabado,
otro comienzo a emprender.)

(FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.)

[JORNADA TERCERA]

(Empiezan la jornada tercera ATAÚLFO *y* CÉSAR, *capitán.)*

ATAÚLFO. En extremo me he holgado,
César, que hayáis allegado
a tiempo que podáis ver
en esta plaza correr
a todo un mundo abreviado.
Que, en efeto, aquesas nuevas
a Filipo le traéis
seguras con tantas pruebas.
CÉSAR. Ya murió, como oído habéis,
aquel Macedón de Tebas.
Quiérole las nuevas dar
a Filipo.
ATAÚLFO. Es el segundo,
César, que sale a justar,
y se está hundiendo el mundo
en esa plaza.
DENTRO. ¡Apartar! (1)
....

(1) Siguen ocho versos tachados e ilegibles.

¡Que un hombre pudo vencerme!
Celoso parto y corrido
de que un hombre haya podido
merecer tal hermosura...

INGLÉS. Dime, ¿qué desdicha ha sido?

PALANTE. Muy inclinada la vi
al caballero; una vez
se llevó el cuerpo tras sí
de Lisaura...

INGLÉS. Indicio (1)
que vencerá sin cautela
a los demás. Ven, Mauricio;
que para mí fué esta tela
hoy la tela del juicio.
No he de esperar más un día;
hoy he de salir de Hungría,
no he de vencer a quien
me ha quitado tanto bien.

(Vanse.)

CÉSAR. .... (2)
Mas ¿qué es aqueste rumor?
Ven y sabremos quién es.

(Sale FILIPO *asido a dos* CRIADOS *algo desmayado, quitándose algunas armas, y un* CRIADO *con capa de* ALEJANDRO, *de camino.)*

[CÉSAR.] Pero ¿qué es esto señor?
¿Cómo vienes?

FILIPO. Di a los pies,
Capitán, de mi rigor.
Huélgome de hallarte aquí.
Dame, César, un abrazo.

CÉSAR. ¿Has caído?

FILIPO. Amigo, sí.

CÉSAR. ¿Cómo?

FILIPO. Derribóme el brazo
mejor que en mi vida vi.
Un bote de lanza ha sido
quien me dejó sin sentido.
Perdí el caballo y la silla
por un brazo a quien se humilla
la grandeza que ha venido.
Venciónos a todos. Ya,
César, Lisaura tendrá
el marido que merece.
Déjame en pie. ¿Qué se ofrece?
¡Válame Dios! Llega acá.
¡Jesús qué golpe tan fuerte!
Imagino que la muerte,
César, no le da mayor.
Volvedme a dejar.

CÉSAR. Señor,
no estás bien de aquesta suerte.
Ven y acostaráste.

FILIPO. Juro,
por quien soy, de no comer
más en Hungría. Su muro
dejaré si sé perder
esta vida que aventuro.

CÉSAR. Si tantos vencidos van
de su mano y su poder,
puesto que el triunfo le dan,
¿qué te afliges?

FILIPO. No saber
por quién vencidos están.
El descubrirse [ha] excusado
con haber tan bravo andado
desde que en la plaza entró.

CÉSAR. ¿Y al Rey?

FILIPO. Al Rey se negó,
[de] que está el pueblo (1) admi-
[rado.
Pero sea lo que fuere.
¿Qué hay de nuevo?

CÉSAR. En el camino
lo sabrás.

FILIPO. El alma quiere
saberlo luego.

CÉSAR. (Imagino
que ya por sabello muere.)

FILIPO. ¿Prendiste a Alejandro?

CÉSAR. No.

FILIPO. Luego ¿libre está?

CÉSAR. Murió
una desdichada muerte.

FILIPO. ¿Rosaura?

CÉSAR. La misma suerte
y desventura corrió.
Las muertes sabrás después,
en el camino.

FILIPO. Ea, pues,
ensilla. Bienes y males
corren parejas iguales,
puesto que venganza es.
Lo que diciéndome estás
es la gloria que me das
tan grande, que ya no siento
la pena del vencimiento.
Ven.

CÉSAR. Vamos y lo sabrás.

(Vanse, y salen ALEJANDRO *y* GUILLERMO *quitándose las armas, y un* PAJE *con una capa.)*

(1) Verso corto: todo este pasaje es defectuoso.
(2) Verso ilegible.

(1) En el texto "la corte".

GUILLERM. Eres de valor profundo,
por la fe de caballero,
tan Alejandro en el mundo,
que a vivir hoy el primero,
fuera el primero el segundo.
Quisiera que hubieras visto
lo que he visto y lo que has hecho.
ALEJANDR. Todo es poco si hoy asisto,
ayudado de tu pecho,
a la hazaña que conquisto.
¡Ay, Guillermo, que te debo!
Vida me has dado y honor.
GUILLERM. Vuélveme a obligar de nuevo.
Soy un esclavo, el menor,
que a mi dueño en hombros llevo.
Asombrada está la corte
de lo que has hecho.
ALEJANDR. Otro corte,
Guillermo, habemos de dar.
GUILLERM. ¿Qué quieres?
ALEJANDR. Disimular
quién soy.
GUILLERM. Bien es cuando importe;
pero agora ¿cómo puedes
si a mil príncipes ecedes
en valor? ¿Te has de encubrir?
¿No ves que lo han de decir
por las rejas mis paredes?
¿No ves que el Rey ha mandado
que te busquen? Y han de hallarte,
que a su cargo lo han tomado
hombres que sabrán sacarte
del lugar más bien guardado.
¿De qué sirve haber vencido
tanto príncipe valiente,
haber mil lanzas rompido,
si al darte el premio la gente
te hallas arrepentido?
ALEJANDR. Si disculpada Rosaura
conmigo doy a Lisaura
la mano que le he de dar,
¿no es mal hecho?
GUILLERM. ¿Has de aguardar
mil años, si se restaura
tu vida y honor, a que ella
parezca, en cuanto podrías
perder a Lisaura bella
por esperar las porfías
de la fuerza de una estrella?
ALEJANDR. ¡Ay, Dios! Que bien podéis vos
este imposible vencer.
GUILLERM. Ya no os veréis más los dos.
ALEJANDR. Bien lo puede Dios hacer;
que, en efeto, Dios es Dios.
GUILLERM. Vamos, te desnudarás
las armas, que te has cansado.
ALEJANDR. ¡Ay, Rosaura! ¿Dónde estás?
GUILLERM. El Rey baja.
ALEJANDR. Con cuidado
vamos.
GUILLERM. Por aquí saldrás.

(Vanse, y salen EDUARDO, LISAURA *y* ATAÚLFO; *habrá cuatro sillas; en las dos sentarán los Reyes.)*

LISAURA.

Esta merced reciba
de tu mano esta vez para que viva.
Este hombre me has de dar, si mar y tierra
en su vientre le encierra.
Ha de ser mi marido
si, como es vencedor, fuera el vencido.

EDUARDO.

Repórtate.

LISAURA.

No mandes,
señor, que me reporte.

EDUARDO.

Ya los Grandes
le van buscando.

LISAURA.

¿Con Guillermo agora
le vistes?

ATAÚLFO.

Sí, señora.

LISAURA.

Pues búsquenme a Guillermo.
¿Estamos en la corte, o en un yermo?
Un hombre que a mis ojos
ha tenido a sus pies tantos despojos
de trofeos y premios conocidos,
de príncipes vencidos
¿no se halla en la corte,
y luego me pedís que me reporte?

EDUARDO.

Lisaura.

LISAURA.

¡Ay, padre mío!
holló [a] la honestidad el desvarío.
Vos sois la causa del amor que tengo.

EDUARDO.

A darte esposo vengo,

que la ocasión ofrece;
mas hemos de saber si lo merece
su sangre, su nación, su estado y casa.

LISAURA.

Señor, por lo que pasa
de la hazaña presente,
nos dice su nación, su patria y gente.
Su valor considera,
que de tan grande hazaña autor no fuera
menos que un hombre de prosapia ilustre.

EDUARDO.

Su calidad, su lustre
sabremos esta tarde,
y quiera Dios lo sea.

LISAURA.

¡Dios te guarde!

EDUARDO.

No quede en toda Hungría
casa que no se busque, hasta la mía.
Sepamos quién ha sido aqueste Marte
que, vencedor, se parte
del premio que ha ganado,
habiendo tantos hombres derribado.

(*Entran un* GRANDE, *y* GUILLERMO *y* ALEJANDRO.)

GUILLERMO.

Este es el caballero
que mandaste buscar.

ALEJANDRO.

Tus pies espero.

EDUARDO.

Los brazos es mejor.

LISAURA.

(¡Qué gallardía!)

ALEJANDRO.

Vencióme la porfía.

EDUARDO.

Sentaos.

ALEJANDRO.

(¡Qué gran belleza!)
Deme los pies, señora, vuestra alteza.

LISAURA.

Los brazos y la palma
será mejor que os dé. Vuestra es el alma.
¿Qué mucho que haya puesto por el suelo
tantos reyes, si el cielo
permite que yo entre ellos
le dé el laurel que aguardan sus cabellos?

EDUARDO.

De valor tan profundo
tiene noticia, caballero el mundo,
y quedo tan suspenso y admirado
de aquese brazo airado,
que imagino que Marte
tiene del vencimiento alguna parte.
Pero ya que vencido
habéis a tantos, lo que agora os pido,
para daros el premio, no os asombre,
me digáis vuestro nombre,
valor, sangre y estado.

ALEJANDRO.

Grande es el premio, y mucho lo ganado;
pero si el mundo fuera,
y con él a Lisaura se me diera
habiendo de decir mi nombre, digo
que luego desobligo
mi persona y la vuestra.

EDUARDO.

(¡Feroz semblante! De quien es da muestra.)

ALEJANDRO.

Es mi madre la tierra.

EDUARDO.

Grande valor por mi corona encierra.

ALEJANDRO.

Mi padre un río, como Remo dijo.
De aquestos dos soy hijo.
Si por yerno me cobras,
conocerás mis padres por mis obras.

EDUARDO.

Con atención le miro,
y cuanto más le escucho más me admiro.
¿Quién pierde el premio por negar el nombre?
Valor tiene este hombre.
Espero en la fortuna
que ha de ser de mi reino la coluna.
Ya que a cobralle vengo,
mayor necesidad de amparo tengo
en la ocasión que estoy, que de nobleza.
En éste mi grandeza
he de apoyar sin duda.

ALEJANDRO.

No es bien que vuestra alteza esté tan muda.

LISAURA.

Estoilo en la presencia
de mi padre, y aguardo la licencia.

EDUARDO.

Primero que la dé para que hables,
Lisaura, es bien que entables
el ser esposa suya.

LISAURA.

Mil años vivas, que es hazaña tuya,
que los brazos espero
que a tantos fueron, de templado acero,
rendidos, a los míos.

ALEJANDRO.

Vuestros son estos brazos.
Eternos vivan tan dichosos lazos.

(Entra ATAÚLFO.)

ATAÚLFO.

A la puerta parado
está un embajador de Albania. Ha dado
en que te quiere ver.

EDUARDO.

Dile que llegue;
nadie el paso le niegue.

ATAÚLFO.

¿No es mejor que te aguarde?

(Entra ROSAURA.)

ROSAURA.

(Qué cansado esperar.) ¡El cielo os guarde!

ALEJANDRO.

Notable entrada.

EDUARDO.

Ha sido
de embajador de rey que está ofendido.

ROSAURA.

¿Quién Eduardo es de los presentes?

EDUARDO.

Con él hablas. No sientes,
pues dudas de mi grandeza.

ROSAURA.

Quiere mi Rey hablar a vuestra alteza.

EDUARDO.

¿Adónde está?

ROSAURA.

Conmigo.

EDUARDO.

¿Cómo, si entraste solo, está contigo?

ROSAURA.

Yo soy el rey ausente Feduardo.
(Que me den silla aguardo *(Aparte.)*
y nadie llega a dalla,
y si no me la dan he de tomalla.
¡Válgame Dios! ¿Qué veo?
¿No es aquél Alejandro? ¿O el deseo
con el temor del lado que le ampara
me ha mostrado su cara?)

ALEJANDRO.

¿De qué se ha suspendido?

EDUARDO.

Hasta que hable escucha divertido.

ROSAURA.

(Alejandro es, sin duda.
Lengua turbada que quedando muda
le dais poder al agua de mis ojos
para que mis enojos
mis pesares le digan.
Ambos callad, si a entrambos os obligan.
Disimular conviene.)
¿No me dan silla? ¡Gran descuido tiene!

(Quita al que está asentado y siéntase.)

Téngola de tomar si al Rey le pesa.

EDUARDO.

Esto su Rey confiesa.

ROSAURA.

Pesar de la porfía,
traed más sillas, que esta silla es mía.

ALEJANDRO.

¡Notable pensamiento!

EDUARDO.

¿En mi presencia tanto atrevimiento?
¡Matalde!

ROSAURA.

El que llegare, ¡vive el cielo!,
que ha de medir el suelo.
Esta culpa ha tenido
quien me ha querido ver descomedido.
En Albania no usamos
con los embajadores que escuchamos

descortesías. Con mi Rey se asientan,
y sentados, le cuentan
lo que dicen sus reyes.
Si aquí usáis esta ley, son necias leyes.
Yo llego algo cansado
del camino, que es largo. Si asentado
me quieres escuchar, de mi jornada
os diré la embajada;
si no, dadme licencia.

EDUARDO.

Vuelve a sentarte.

ALEJANDRO.

Di.

ROSAURA.

Prestadme audiencia.
Ya sabes, Rey poderoso,
cómo a Feduardo diste
palabra de que a Lisaura
le darías.

EDUARDO. Verdad dices.

ROSAURA. Ya sabes cómo después
en varios reinos pusistes
carteles para una justa.

EDUARDO. Es verdad.

ROSAURA. Que todos dicen
que probando sangre ilustre,
valor y nobleza insigne,
darías al que venciese
a Lisaura.

EDUARDO. Aqueso dije.

ROSAURA. Ya sabes que entre mil brazos
allegaron dos felices
que le quitaran el premio
a los del greciano Aquiles;
que la venció y se le has dado.

EDUARDO. Es verdad.

ROSAURA. ¿Qué dices? Dime:
¿conoces a Feduardo?

EDUARDO. Como a mí.

ROSAURA. ¿Sabes que viste
más de ordinario el acero
que la espada que se ciñe?
¿Sabes que es rayo enojado?
¿Sabes que es cordero humilde?
¿Sabes que Marte en su esfera
tiembla como al aire brillen
de sus soldados las armas
cuando enojado le siguen?

EDUARDO. Tú me lo dices.

ROSAURA. Si sabes
que es verdad, ¿cómo permites
que Feduardo se queje
y venga marchando libre,
haciendo llanos los montes
que al sol el paso le impiden;
que haga tantos teatros
de tragedias infelices;
que lleguen los cuerpos muertos
a que con tus pies los pises?
Su campo viene marchando,
sus infantes y sus ristres
la tierra pisan, talando
cuanto nace y cuanto vive.
Viene tus trigos quemando,
agostando tus jardines;
tu tierra de sangre y cuerpos,
ha vuelto de selva en sirte;
tus villas quema en el fuego
de tus vasallos humildes.
No hay Anquises para Eneas;
no hay Eneas para Anquises.
Es el de Jerjes su campo;
su rigor, el de un caribe;
su valor es de Alejandro
y sus astucias de Ulises.
Considérale enojado
y que, vecino, te pide
que la palabra le cumplas
que cuatro veces le diste.
Si, engañado, se la niegas,
lugar hay de arrepentirse,
y si no, presta paciencia,
que, por el Señor que rige
el cielo, que vencedor
ha de dormir, si te embiste,
mañana en tu propia cama
sobre gasas carmesíes.
A aquesto vengo: responde
como discreto, no incites
la cólera a tantas muertes,
pues tanta justicia pide.

EDUARDO. ¿Sabes con quién hablas?

ROSAURA. Sí:
con un león, con un tigre,
con dos volcanes furiosos
de los que rayos despiden;
con el mar soberbio hablo
cuando sus olas embisten
con el cielo, y en dos tablas
camina el que te lo dice;
hablo con el monte Atón,
pendiente de un hilo humilde,
que tiene a Albania debajo
y a mi Rey. ¿Por qué lo dices?

EDUARDO. Matad ese embajador.
ROSAURA. Repórtense; no me inciten,
que mataré al que llegare
si alguno se descomide.
EDUARDO. Vamos, Lisaura, de aquí;
marido tienes, replique
a la presente embajada
de tantas palabras libres.
En campo os puedo poner
de soldados invencibles
más que Jerjes, si el de Jerjes
es el suyo, como dice.
Por la respuesta he de ver
quién sois, el valor que asiste
en el pecho que tenéis.
Respondelde solo y libre,
que libertad de palabras
libres palabras concibe.
Quede Guillermo con vos.
LISAURA. Apenas gozar te quise,
bien mío, en aquestos brazos,
cuando las armas lo impiden.
Mirad, Guillermo, por él
como responde se mire,
que temo deste principio
alguna historia infelice.

(Vanse, y quedan ALEJANDRO, GUILLERMO *y* ROSAURA.)

ALEJANDR. ¡Válgame el cielo! Guillermo,
mira aquese embajador.
¿Hasle visto?
GUILLERM. Sí, señor.
ALEJANDR. Pienso que despierto duermo.
GUILLERM. ¿Por qué lo dices?
ALEJANDR. ¿No ves
a quién retrata?
GUILLERM. Imagino
lo que sospechas.
ALEJANDR. ¡Divino
parecer al albanés!
ROSAURA. ¿Qué me quieres?
ALEJANDR. Responder.
ROSAURA. A eso aguardo.
ALEJANDR. ¿De dónde eres?
ROSAURA. Soy de adonde tú quisieres.
ALEJANDR. Quisiérate conocer.
Parece que el alma (Mira,
Guillermo, si alguien parece.)
que mirándote enmudece
y hablándote suspira,
eres...
ROSAURA. Sí soy. ¿Qué no fuera
la que ha dado por su parte
vuelta al mundo por buscarte
y te halló de esta manera?
Yo soy, Alejandro, quien
su bien se partió a buscar,
y acabádo[le] de hallar
hallo perdido mi bien.
Yo soy Rosaura.
ALEJANDR. Esos brazos
me enlaza al cuello, y pluguiera
a Dios que la muerte fuera
quien los hiciera pedazos.
GUILLERM. ¡Señora mía!
ROSAURA. ¡Ay, Guillermo!
¡Dios sabe lo que he pasado
en poblado, en despoblado,
en el camino, en el yermo,
desde el día que perdí
esa buena compañía!
GUILLERM. Fué toda desdicha mía.
ALEJANDR. No estamos muy bien aquí,
que hay mil disculpas que dar,
mil cosas a que acudir,
mucho que saber fingir
y mucho que negociar.
Sé, mi bien, que fuí engañado,
que fuiste forzada sé,
sé tu amor, supe tu fe
y sé que estás a mi lado.
Esto quiere más lugar
que el que tenemos primero,
pues Dios trae tan buen tercero
es menester remediar
el peligro que se ofrece.
¿Eres, cierto, embajador
del de Albania?
ROSAURA. Sí, señor.
El cómo no me parece
que hay lugar de que lo cuente;
que está tan cerca de ti,
que desde su campo aquí
se puede escuchar la gente.
ALEJANDR. ¿Viene enojado?
ROSAURA. Perdido
de enamorado dirás,
y tanto, que si le das
a Lisaura le has vencido.
ALEJANDR. ¿Qué infantes trae?
ROSAURA. Treinta mil.
ALEJANDR. ¿Fíase de ti?
ROSAURA. Infinito.
GUILLERM. ¿Por qué lo dices?
ALEJANDR. Os cito

para una industria sutil.
Si le llevas buenas nuevas
¿le podrás ¡qué intento loco!,
Rosaura, sacalle un poco
de su gente?

ROSAURA. Bien lo pruebas.
Dame las de que Lisaura
es ya suya, y le verás
venir hasta adonde estás
tras los pasos de Rosaura.

ALEJANDR. Prevén, Guillermo, cien hombres
de valor.

GUILLERM. Di: ¿para qué
los quieres?

ALEJANDR. Yo lo diré.

GUILLERM. ¿Cuándo?

ALEJANDR. Cuando me los nombres,
tiniéndolos a tu lado.

ROSAURA. Di lo que trazas.

ALEJANDR. Después.

ROSAURA. Advierte que al Albanés
le debo...

ALEJANDR. Cuanto te ha dado,
bien mío, le pagarás,
si es que pretende a Lisaura.

ROSAURA. Dime cómo.

ALEJANDR. ¡Ay, mi Rosaura!
Ven conmigo y lo sabrás.

(*Vanse, y sale* FEDUARDO, RODULFO, *y más los que hubiere.*)

RODULFO.

La gente, del trabajo del camino
algo cansada, retirada queda,
esperando, señor, lo que les mandes.
Dime tu pretensión, ya que los muros
del contrario tenemos a la vista.

FEDUARDO.

Aquí quiero del Húngaro, Rodulfo,
esperar la respuesta, y si responde
que a Lisaura me niega, treinta piezas
han de batir la torre de su alcázar,
por el cielo sagrado que nos mira.

RODULFO.

¿Tanto la quieres?

FEDUARDO.

¡Por el cielo juro
que la adoro, Rodulfo, de manera,
después que me quebraron la palabra,
que diera el reino por gozalla esclavo!

RODULFO.

La respuesta se tarda.

FEDUARDO.

Aquesta tarde
la tendremos, sin duda.

(*Entra* ROSAURA.)

ROSAURA.

¡Dame albricias!

FEDUARDO.

Yo te las mando.

ROSAURA.

¿De Rodulfo puedes
desviarte? Tendremos un buen rato,
que hay que considerar en la respuesta.

FEDUARDO.

Rodulfo, con la gente te recoge,
que yo te avisaré.

RODULFO.

Yo parto.

ROSAURA.

Vamos
por este arroyo abajo hasta esas sombras
de aquesos olmos, y diréte el alma
de Lisaura y el fin de tal principio.

(*Entra* ALEJANDRO *y* GUILLERMO.)

FEDUARDO.

¡Vivas mil años!

ROSAURA.

Ven.

ALEJANDRO.

(Aquí sospecho
que estaremos mejor.)

GUILLERMO.

(Más escondidos,
por lo menos, estamos; que ese monte
con esas peñas que sustenta en hombros
el secreto le guardan a este arroyo,
que murmurando baja a aquesos árboles.
¿No me dirás, señor, esto que intentas?
¿Cómo pueden cien hombres solamente
quitar la gloria de tan grande número?
¿A qué has venido? ¿Qué Rosaura intenta?
Di: ¿qué hacemos aquí?)

ALEJANDRO.

(Guillermo amigo,

la guerra todo es trazas; mil soldados
han rendido mil fuerzas con la industria,
y si algunas ha habido, aquesta sola
ha sido la mayor. Viviera Ulises,
que él lo dijera.)

(Entran ROSAURA *y* FEDUARDO.)

ROSAURA.

Dice que te adora;
que será tu mujer, si pesa al padre.

FEDUARDO.

¡Dame esos brazos!

ALEJANDRO.

Dese vuestra alteza
a prisión.

FEDUARDO.

¿Qué es aquesto?

ALEJANDRO.

Dé las armas
presto.

FEDUARDO.

¡Válgame Dios! ¡Vendido he sido!
¿Son aquéstas, traidor, di, las albricias
que me pedías de tan buena cara?
¡Quién tan grande traición pensar pudiera!
¡Oh, bárbaros amantes! ¡Cuántos yerros
hacéis amando! Veis aquí mi espada.
(¡Qué bien que me sacó de mis soldados!
¡Qué suspendido tras mi engaño vine!
No me harto de velle, con haberme
vendido; me parece el hombre un ángel.)

ROSAURA.

(¡Ay, padre de mi vida, y quién pudiera
quitarte del temor alguna parte
y tras de eso decir quién soy. Mas quiero
ver qué intenta Alejandro con tal máquina,
que aun a mí no ha querido darme parte
deste secreto.)

ALEJANDRO.

Vuestra alteza mire
que en aquesta prisión su gloria estriba.
Yo soy el digno esposo de Lisaura,
de quien cuenta la fama tantas cosas;
supuesto que hasta agora no le he dado
la mano para efeto de gozalla.

FEDUARDO.

¡Válgame el cielo!

ALEJANDRO.

¿Qué miras?

FEDUARDO.

Digo
que eres digno, señor, de las hazañas
que la fama me cuenta de tus obras.
Tu humilde preso soy. Lo que yo siento
es el tiempo que vengo a tal desdicha
cuando esperanza tuve de remedio.

ALEJANDRO.

No me conoces. Por el cielo juro
que has de ser de Lisaura digno esposo;
pero me importa que te envíe preso
a su poder, señor, por cierto intento
que sabrás otro día.

FEDUARDO.

¿Es sueño o fábula?
Si es verdad lo que dices, no la llames
prisión; de libertad ponme en el rostro
un letrero que diga el nombre tuyo;
haz de mi campo lo que tú quisieres,
que a Lisaura he de ver, aunque sea preso.

ALEJANDRO.

Libre la vas a ver. Dalde la espada.
¡Hola, Guillermo! A Feduardo lleva
con esta carta al Húngaro, que en ella
digo lo que ha de hacer cuando el Rey llegue,
que escrita vino para el mismo efeto.

FEDUARDO.

Muy contento me parto.

ALEJANDRO.

Resta agora
que me entregues un sello de tus armas
para que tus soldados me obedezcan.

FEDUARDO.

¿Tienes necesidad de que te sirvan?

ALEJANDRO.

Sin que te ofendan.

FEDUARDO.

De ese modo, dame
licencia que lo mande, y después juro,
así a Lisaura vea entre estos brazos,
de partirme a besar los pies del Húngaro.
Que en más estimo la prisión agora,
indicio de la gloria que me ofreces,
que estar en duda dándole un asalto.

ALEJANDRO.

No; me está bien aquéste. Firma y vete.

FEDUARDO.

¿No sabremos lo que es?

ALEJANDRO.

Escucha: "Digo

que por causas bastantes que me mueven,
al que os diere ese sello de mis armas
y esta patente mía, se obedezca
hasta que me volváis a ver el rostro.
Ese es mi general, ése me ha puesto
en los brazos divinos de Lisaura."

FEDUARDO.

No digo yo firmarlo; mas, si quieres
por soldado llevarme, con el alma
te iré sirviendo, y en cualquier peligro
seré el primero que al contrario embista.
¿Hate ofendido alguno, por ventura?

ALEJANDRO.

Tú lo sabrás después. Muestra una pluma.

FEDUARDO.

(Firma.)

¡Qué prevenido vienes!

ALEJANDRO.

Dióme el alma
que había de negociar de aquesta suerte.

ROSAURA.

(¿Qué máquina es aquésta que levantas?)

ALEJANDRO.

(Tú, mi bien, lo sabrás.) ¿Firmaste?

FEDUARDO.

Toma.

ALEJANDRO.

¡Hola, Guillermo! Parte con su alteza;
sírvanle mis soldados, y en llegando
se le entregue a Lisaura.

FEDUARDO.

¡Dios te guarde!

(Vanse los dos.)

ROSAURA.

Solos hemos quedado. Dime agora
qué es lo que intentas.

ALEJANDRO.

¡Ay, Rosaura mía!
Como te adoro, siempre estoy pensando
de qué manera levantarte puedo.
Mi reino me quitaron. En sus montes
fuíle seis años pastor de algunas cabras
cuando tú de la torre me libraste.
Después, como te dije, entré en Hungría
con el vestido que guardé ganado.
Hallé a Guillermo en ella, que Eduardo
hizo almirante, porque en una selva
le dió la vida un día dando muerte
a no sé qué animal que se la daba.
Llegué pobre; habléle; dióme armas
para la justa, que era el mismo día
que yo llegué; vencíla, y a Lisaura
me entrega al mismo punto que tú entraste,
dándome el reino con su hermosa mano.
Pero ¿de qué me sirve la corona
si no es, Rosaura, para aquesas sienes?
Feduardo la goce. Con su gente
has de tener la de Filipo.

ROSAURA.

Aguarda;
de Feduardo los soldados vienen.

(Entran RODULFO *y soldados.)*

RODULFO.

¿Dónde está el Rey?

ROSAURA.

Agora fué a la corte.

RODULFO.

Pues ¿cómo tan secreto hase partido
mandándolo Eduardo?

ALEJANDRO.

Esta patente
con este sello me mandó que os diese.

RODULFO.

El sello es suyo.

ALEJANDRO.

(¡Qué hazaña emprendo!
Ha de saber Escocia que Alejandro
pudo volver a su primer principio.)

RODULFO.

La patente obedezco; dame el orden.
¿Dónde quieres que marche el campo?

ALEJANDRO.

A Escocia.

RODULFO.

(Parece que otra vez he visto a este hombre.)
¡Ea, soldados! A marchar.

ALEJANDRO.

(Rosaura,
hoy el campo albanés mi honor restaura.)

(Vanse, y salen EDUARDO *y* LISAURA.*)*

LISAURA. Tan cerca el campo y no haber
venido, me da a entender
que algún peligro ha tenido.
EDUARDO. ¡Grande atrevimiento ha sido!
LISAURA. ¿Qué? ¿No pudiste saber
con el intento que fué?

EDUARDO. No lo dijo.
LISAURA. ¡Extraña cosa!
EDUARDO. Los que con él fueron sé
que era gente belicosa.
LISAURA. Temor tengo.
EDUARDO. ¿Tú? ¿De qué?
LISAURA. De que en aquella ocasión
para sujetalle hiciese
que la coyunda rompiese
tan notable sinrazón. (1)
Confieso que tuve amor
a Feduardo, que es noble,
valiente, muy gran señor,
mas son mayores al doble
las partes del vencedor.
EDUARDO. Presto le verás.
LISAURA. Partir
y sin quererme decir
su nombre, a mí hame dado
no sé qué, que he sospechado
que no tiene de venir.

(*Entra* GUILLERMO *con el* REY *preso y algunos* SOLDADOS.)

GUILLERM. Aquí, señora, te envía
a la misma cortesía
presa tu esposo.
LISAURA. ¿Quién es?
FEDUARDO. Dadme primero los pies
que sepáis la afrenta mía.
GUILLERM. Es, señora, Feduardo.
LISAURA. Alzá.
FEDUARDO. Que me des aguardo
los pies.
LISAURA. ¿Así he de hablarte?
FEDUARDO. Bien estoy.
LISAURA. Tienes de alzarte.
FEDUARDO. Mucho temo [y] me acobardo.
(¡Ay de mí, que aquésta ha sido
la que la fama ha esparcido
por tantas partes, y en quien
dió el cielo a guardar el bien
de la gloria que he perdido!)
¡Ay de mí! Si verdad fuese
la palabra del dichoso
que me da tanto interese,
hágame el cielo tu esposo
puesto que después me pese. (2)

(1) Falta un verso a esta quintilla. Los diez versos que siguen están cruzados en el manuscrito.

(2) Estos cinco versos que anteceden están también cruzados en el manuscrito.

EDUARDO. ¿Cómo, Feduardo, has hecho
jornada tan mal pensada?
FEDUARDO. Hícela por el derecho
que tuve.
EDUARDO. ¡Buena embajada;
digna de tu heroico pecho!
¿Pensaste que acá no habría
espadas, ni quién podía
tu soberbia derribar?
FEDUARDO. Amaba.
EDUARDO. Es saber amar
saber tener cortesía.
LISAURA. Señor, no porque esté preso
se ha de tratar con eceso
hombre de tanto valor,
que es rey y me tuvo amor
y que le quise confieso.
Y a no haber hoy sucedido
lo que en la justa ha pasado
por el vencedor que ha habido,
a no serlo el que me has dado,
le escogiera por marido.
Regálese al Rey del modo
que si mi marido fuera,
que puesto que es guerra todo,
entre las armas quisiera
la paz de tan fuerte godo.
FEDUARDO. Beso tus pies.
LISAURA. ¿Cómo tarda
mi esposo, Guillermo?
GUILLERM. Luego
lo sabrás; el cómo guarda
aqueste cerrado pliego.
LISAURA. Muestra. ¿A ver?

(*Lee quedo.*)

FEDUARDO. (¡Suerte gallarda!
¡Por cuán extraño camino
de la fortuna la rueda
tuve! En tan gran desatino
plega a Dios que me suceda
del modo que lo imagino.)
LISAURA. ¡Válame Dios!
EDUARDO. ¿Qué te altera?
LISAURA. Esa carta te dirá
el mal que Lisaura espera.
Toma.
EDUARDO. ¡Cielos! ¿Qué será?
Dice de aquesta manera:

"Vuestra Majestad, vista la presente, con mi esposa y la persona de Feduardo se parta luego al punto a la corte de Escocia, donde podrá saber lo que tanto ha deseado. Yo voy

marchando a ella con el campo del Albanés
a concluír lo que dejo para mejor ocasión."

LISAURA. ¡En gran confusión estamos!
EDUARDO. ¿Qué te parece?
LISAURA. Señor,
paréceme que partamos,
que temo y le tengo amor,
y hay peligro si tardamos.
¡Ay, Guillermo! ¿Quién será
este monstro peregrino?
GUILLERM. El tiempo te lo dirá.
EDUARDO. Partamos.
GUILLERM. Haga el camino
vuestra alteza, y lo sabrá.
Vamos, señor.
EDUARDO. Rey, conmigo
tienes de ir.
FEDUARDO. Tus pasos sigo
tras la luz de ese lucero.
EDUARDO. La tuya seguir espero.
FEDUARDO. Soy tu esclavo.
EDUARDO. Eres mi amigo.

(*Vanse, y salen* ALEJANDRO, ROSAURA *y* SOLDADOS.)

ALEJANDR. ¡Hola! Sosegad las cajas,
pues habemos allegado
de tan áspero camino
al lugar que deseamos.
Plantad esa artillería,
prevénganse los soldados,
que la gloria me han de dar
después de tantos trabajos.
Estas las murallas son
de aquel primero Alejandro
que desheredó al segundo.
ROSAURA. Las puertas nos han cerrado.
ALEJANDR. ¿Qué importa, si entrambas fueran
dos montañas de alabastro?
Han de volar sus astillas
al aire hechas pedazos.
ROSAURA. Sobre los muros se han puesto
algunos.
ALEJANDR. Si no me engaño,
hacen seña con un lienzo.

(FILIPO *en lo alto.*)

¡Ha del muro!
FILIPO. ¡Ha de allá abajo!
ALEJANDR. ¿Qué me quieres?
FILIPO. ¿Quién de todos
es el general del campo?
ALEJANDR. Yo soy; ¿qué me quieres?
FILIPO. Dime:
¿Qué le obliga a Feduardo,
tras ser tributario mío,
asaltar mis muros altos?
ALEJANDR. Sacudir el yugo infame,
quitarte el reino usurpado,
que es de Alejandro.
FILIPO. ¿Qué importa
si ha que murió tantos años?
ALEJANDR. Ya está, quien le vengue, aquí.
FILIPO. ¿Eres tú? ¿Quién eres?
ALEJANDR. Rayo
que ha despedido la ira
para vengarse de entrambos;
un río fuera de madre,
el rigor de Marte airado,
una bala de cien libras
en la boca de un petardo;
soy caudillo de esta gente,
general de Feduardo,
que vengo con poder suyo
a cobrar estos estados.
Bajad a darme las llaves,
o ¡por el cielo sagrado!
que he de poner vuestros muros
más llanos que aquestos llanos.
No precipitéis la ira.
Responded.—¡Hola, soldados!
jugad esta artillería.
ROSAURA. General, aguarda.
FILIPO. Vamos,
diré lo que se ha de hacer.
ROSAURA. Sin responder se quitaron.
Las llaves te van a dar.
ALEJANDR. ¡Oh, reino, qué me has costado!
Cuatro veces te he perdido
y otras tantas te he ganado.
¿Posible es, Rosaura mía,
que te he de ver en mis brazos
reina de Escocia?
ROSAURA. ¡Ay, mi bien!
Harta inquietud te ha costado.

(*Entra* GUILLERMO, *de camino, primero, y tras él los Reyes,* EDUARDO, FEDUARDO *y* LISAURA, *de camino también.*)

GUILLERM. Señor, ya llegan los reyes.
ALEJANDR. Si los reyes han llegado,
Guillermo, vos el primero
me habéis de dar un abrazo.
GUILLERM. Dadme, señor, vuestros pies. (1)

(1) Indudablemente falta algo para acabar la comedia, aunque se adivina lo que puede ser.

AMAR POR BURLA

[PERSONAS

D. Diego de Frías.
Matorral, *gracioso* (1).
Anarda.
Inés.
Aurora.
D. Sancho de Toledo.
Duque.
Jacinto (2).
Ramiro.
Dos Criados.
Fabio.]

PRIMERA JORNADA

(*Salen* Don Diego de Frías *y* Matorral, *gracioso.*)

D. Diego. Nunca en su pecho acredita
defeto en lo que es amado (3)
quien, con amor y cuidado,
amar firme solicita.

Matorral. Pues si el temor habilita
quien ama viendo el rigor,
¿no es defeto de valor
empeñarse y obligarse?

D. Diego. No, porque llega a premiarse
del ser que le da el temor.

Matorral. ¿Declararme es bien a quien
reprueba lo que pretendo?
Anarda, según entiendo,
a don Sancho quiere bien.

D. Diego. Aunque siento su desdén,
no me asusta acreditar
su sospecha, por no dar
al alma más sentimiento.

Matorral. No apruebo tu pensamiento.

D. Diego. Matorral, ¿quieres callar?

Matorral. Si tu quietud solicito,
y no pretendes vencer
con lo que debes temer
la fuerza de tu apetito,
al tiempo, señor, remito
mis sospechas.

D. Diego. Tú verás
en él qué engañado estás.

Matorral. Bien puede ser que lo esté;
mas por lo menos veré
desde afuera lo demás.
Al fin, ¿hemos de aguardar
a Anarda?

D. Diego. Para vivir.

Matorral. ¿Es cierto que ha de venir?

D. Diego. Por aquí es fuerza pasar.

Matorral. ¿Cuándo acaba de tomar
el acero?

D. Diego. Yo estimara
que acabara y no acabara
por el interés que espero,
pues mientras toma el acero
gozo de su hermosa cara.

Matorral. Esta pienso que es, señor.

D. Diego. Su donaire te previene.

(*Sale* Anarda *e* Inés.)

Matorral. Aquí vuesa merced tiene,
si lo admite, un servidor.

D. Diego. Dulce gloria de mi amor;
sol que este valle enamora,
¿cómo tan tarde, señora,
sales, sabiendo que el alba
te aguarda y ha de hacer salva
como anuncio de su aurora?
Las plantas de aquesta orilla,
que tus ojos fertilizan
vivos colores matizan
cuando ven su maravilla.
El sol, que envidioso brilla,
de tus ojos ofendido
se muestra más encendido
y queriendo escurecerte,
enamorado de verte,
de verte queda corrido.
Los penachos destas fuentes,
si libres murmuradores,
por jurisdicción de flores
te ofrecen ricas corrientes
cuando al cristal de sus fuentes
perlas le das que, al cogerlas,
enamoradas de verlas
en tu boca carmesí,
para bordar su rubí
te restituyen las perlas.

Anarda. Imperfección es, señor,

(1) Otras veces Maroto.
(2) Dice alguna vez, y en las demás, Ramiro.
(3) En el original dice: "defeto al que no en lo amado", que no tiene sentido.

que consulte el responderte,
si el ser que me das me advierte
que se lo debo a mi amor.
Repara en este favor,
pues cuando tu gusto apruebes
y el clavel de mi amor lleves,
hallarás en el intento
que debo a mi pensamiento
lo mesmo que tú me debes.
En cuanto a la estimación
de tu persona, confieso
que me ha puesto en tanto exceso
la fe de mi obligación.

D. DIEGO. Pregunta a mi corazón
lo que siente en esta parte
del bien de solicitarte,
cuyo imposible se advierte,
que está la pena de verte
en la gloria del mirarte.

ANARDA. ¿Qué sientes?

D. DIEGO. Un imposible.

ANARDA. ¿Imposible?

D. DIEGO. Sí, mi bien.

ANARDA. ¿Quién mueve la causa?

D. DIEGO. ¿Quién?
Ese valor invencible.

ANARDA. ¿Es muy grande?

D. DIEGO. Es imposible
que pueda el alma explicar
lo que llega a desear.

ANARDA. ¿Qué deseas?

D. DIEGO. Lo que veo.

ANARDA. ¿Quién te obliga?

D. DIEGO. Mi deseo.

ANARDA. ¿Para qué fin?

D. DIEGO. Para amar.
Si, amoroso al bien sigo,
siento el fin deste accidente,
y no digo lo que siente
el alma, que está contigo,
siente tú lo que no digo.
Y pues de mi pensamiento
sabes, señora, el intento,
aunque las penas sean breves,
obligada dellas debes
sentir, mi bien, lo que siento.
Aunque lo siento, no espero
el premio cuando quisiera
que tu pecho me entendiera,
pues sabes lo que te quiero,
por ti vivo y por ti muero.
Bien quisiera referillo;
pero no me maravillo,
cuando debes conocello,
pues la gloria de tenello
está en no saber decillo.
Loco estoy por tu hermosura,
acaba mi pensamiento,
mira tu merecimiento
disculparás mi locura.
Y si esto no te asegura,
justamente se acobarda
el alma, en el bien que aguarda
pues a decir me provoco
que fuera quererte poco
decirte mi amor, Anarda. (1)

ANARDA. Querido dueño adorado:
¡qué bien sabes obligarme
para vencerme y matarme
en el fin de tu cuidado!
Veneno dulce me has dado
con sus favores, si advierte
el alma en tan buena suerte,
yo aseguro de su parte
que ha de quererte y premiarte,
pues tanto gana en quererte.
Faltar mi agradecimiento
no puede al bien de su empeño,
que es poderoso su dueño
y pide en mi vencimiento.
Disculpa mi atrevimiento
con la causa que me das,
que si la juzgas, verás
cuando su verdad apruebes,
que ni tú menos me debes,
ni yo puedo querer más.

D. DIEGO. Advierte...

MATORRAL. Si quiere bien
un hombre que no ha querido
¿podrá ser reconocido
sin cláusula de desdén
de vusté?

INÉS. ¿De mí?

MATORRAL. ¿De quién
puede ser, señora Inés,
sino de vusté?

INÉS. Después
que nací no me he inclinado
a pícaros.

MATORRAL. Porque ha dado
en lo civil de interés.

INÉS. Ni hago caso, ni quiero,
dél.

---

(1) Esta décima está cruzada con dos rayas en el original.

MATORRAL. ¿De mí? ¿Por qué razón?
INÉS. Porque con lo de bufón
tiene lo de majadero.
MATORRAL. Ese es término grosero,
y está vusted engañada.
INÉS. ¿Qué es lo que dice?
MATORRAL. Probada
se hallará, porque ha de ser
como vusted la mujer...
INÉS. ¿Qué soy yo?
MATORRAL. Mujer honrada.
INÉS. Y él pícaro.
MATORRAL. Conocido.
INÉS. A su modo y a su trato
no me hable más.
MATORRAL. Ingrato
fuera yo si agradecido
no me mostrara.
INÉS. Ya atrevido
está el pícaro.
MATORRAL. Como ella,
sabiendo que conocella
es tan fácil.
INÉS. Yo, bufón,
soy doncella de opinión.
MATORRAL. Si vusté fuera doncella,
¿cómo la quisiera yo
siendo cosa conocida
que han llegado en esta vida
a lo que no se entendió?
INÉS. ¿A qué han llegado?
MATORRAL. A que no
se estime la que lo es,
porque, a fuero de interés,
se ha visto en otra como ella
dar a entender que es doncella
diez veces a un ginovés.
ANARDA. Estimo tu noble intento,
y con él tanto me allano,
que le ha de dar esta mano

(*Dale la mano a* DON DIEGO.)

premio en mi agradecimiento.
D. DIEGO. Rayo del sol que violento
a su mesma luz se atreve,
¿cómo, en término tan breve
dándole afrenta al cristal,
por ventanas de coral
muestras efetos de nieve?
Libre, como cautelosa,
te ofreces para mostrar
en tan pequeño lugar
tanto jazmín como rosa.
Prenda del cielo hermosa,
ya que mi muerte dilatas,
¿cómo si de matar tratas,
dulce hechizo del amor,
para templar tu rigor
das vida con lo que matas?
ANARDA. Quédate a Dios, que me espera
mi hermana.
D. DIEGO. Prenda querida,
mucho siento tu partida.
ANARDA. ¡Ojalá que yo pudiera
no partirme, porque diera
un buen día a mi cuidado!
D. DIEGO. Basta con el que me has dado.
Acuérdate de mi amor.
ANARDA. ¡Qué desdicha! ¡Qué rigor!

(*Vanse* ANARDA *é* INÉS.)

MATORRAL. ¿Fuese?
D. DIEGO. Sí.
MATORRAL. Dios sea loado.
D. DIEGO. ¿Quién dirá que esa mujer
no puede tener buen trato?
MATORRAL. Yo, que soy el más ingrato,
y lo llego a conocer.
Y tú también puede ser
que digas lo que yo digo.
Falta, señor, un amigo,
con ser hombre, en la ocasión
a su misma obligación
y se confirma enemigo,
¿y quieres no falte quien
en todas las ocasiones
de ingratas resoluciones
acredita su desdén?
Ninguna ha querido bien.
D. DIEGO. Engañado en eso estás.
MATORRAL. ¿Engañado? Tú veras
en la que más se ofreciere
que menos te estima y quiere
cuando tú le quieras más.

(*Entranse* DON DIEGO *y* MATORRAL, *y salen* AURORA *é* INÉS.)

INÉS. Sin atender al intento
que el tuyo mueve a mi ruego,
sabrás, al fin, que don Diego,
con un libre atrevimiento,
en el paso de la ermita
de San Pedro la aguardó
y con palabras mostró
lo que su amor solicita.
Tu hermana, al fin, entendida,

le dió la mano a don Diego,
a cuyo amoroso fuego
se mostró reconocida.

(*Entra un* Criado.)

Criado. Don Sancho, señora, pide
tu licencia para hablarte.

Inés. Vendrá, ¡por Dios!, a cansarte.

Aurora. Dile que nadie le impide.

(*Entra* Don Sancho de Toledo.)

Sancho. Mándale, señora, a Inés
que nos deje.

Aurora. Salte fuera.

(*Vase* Inés.)

Sancho. El darte a entender quisiera
lo que advertirás después.
Si acaso mi atrevimiento
rendido lo que merezco
dijere lo que padezco
con un justo sentimiento,
te suplico por quien eres,
que disculpes mi osadía.

Aurora. Servirte sólo quería.

Sancho. Yo la merced que me hicieres
estimaré en tan sagrado,
que eternamente tendrás
en mí quien te sirva más.

Aurora. Prosigue, di tu cuidado.

Sancho. Cuánto estimo y quiero [a] Anarda
ya sabes, Aurora hermosa.
Informarte dello es yerro,
pues mis cuidados te informan.
Dos años ha que padece
en su acuerdo la memoria,
desprecios e ingratitudes
entre pasiones celosas.
Dos años ha que ofendido
del rigor desta ponzoña,
vive el pecho, si es que vive,
en el infierno quejosa.
Tu hermana, mal advertida
a lo que el alma la adora,
determina mis pesares
cuando tanto amor no ignora.
Y para más convencerse
en su culpa licenciosa,
a mi vista favorece
con premios y con lisonjas
al que ingrato, como sabes,
se desvanece y remonta
al favor que no merece,
dándole con estas obras
a su soberbia, licencia;
a su presunción, costosa
ambición, y a sus alientos,
causa para que a mi costa
solicite desengaños
y atrevido se disponga
a ocasionar mis cuidados,
con que es fuerza que yo rompa
la cárcel de la paciencia.
El alma a rigores toma
este medio de quejarse
cuando tú debes, Aurora,
serlo de mis esperanzas,
que sola tú, como sombra
del sol que me niega vida
puede, a la que tengo corta,
dar alientos que afiancen
la esperanza que dudosa
juzga para que, ayudada
de mi amor y tu persona,
halle premio en sus temores,
medio en su ventura corta,
satisfación en su agravio,
conocimiento a sus obras,
osadía a sus deseos,
valimiento a sus congojas,
correspondencia a su fe
y, finalmente, señora,
memoria a tantas finezas,
si es que merecen memoria.

Aurora. Don Sancho, si en mí acredito
las penas que te alborotan,
y me animo, persuadida,
a tu ayuda, es cierta cosa
que el temor que me previene
me des ayuda y estorba
por dos causas que me advierte
la obligación que me toca.
Es la primera, que en mí
acredites una cosa
semejante, pues querer
que te sirva con mi honra,
o con amor te disculpas,
o desconocido ignoras
mi honor, cuando será justo
que mi obligación conozcas,
ya que amante te disculpes
y que pretendas que rompa
fiado de mi secreto,
el fin desta causa es otra,
es fuerza reconocer:
si te enojare, perdona.
Yo sé que Anarda, mi hermana,

si que la quieres no ignora,
te aborrece declarada
en su obstinación remota.
Si esto sabes y cuán libre
a quién presumes adora,
y que una mujer resuelta
cuando quiere es firme roca,
¿qué medio puedo intentar
que solicite y disponga
el fin que pueda premiar
tus acciones amorosas?
Y cuando para servirte
yo lo jure, es triste cosa
contrastar con persuasiones
un alma que tan furiosa,
ingrata, se desobliga,
declarada y cautelosa.
Esto dejado a una parte:
si a mi persuasión se enoja, (1)
¿qué medio puede bastar
a que de mí no conozca
que falto a la obligación
de su honor y de mi honra?
Propóngote esos peligros,
porque quiero que dispongas
por mejor medio tu intento.
Adviértelo bien.

SANCHO. Señora,
sólo quiero que le des
este papel, cautelosa,

(*Muéstrale un papel.*)

a los daños que refieres,
por que de ti no conozca
lo que dices. Si es posible
que lo lea y me responda,
lo estimaré por favor.

AURORA. Diligencia incierta y poca
es la de un papel, don Sancho,
cuando está dificultosa
la voluntad de lo amado.
(Por este medio mejora (*Aparte.*)
mi pasión y puede ser
que de ofendida y celosa
en el fin de lo que intento
alcance mi amor vitoria)
quisiera valerte agora. (2)
Obligada de obligarme
y de hacer por ti una cosa,
que si su efeto ejecutas
es la más fuerte de todas
cuantas puedes intentar.
Advierte, Sancho...

SANCHO. Que te oiga (1)
me manda amor, cuando estimo
que mis cuidados conozcas. (2)

AURORA. Anarda, mi hermana, Sancho,
de noche está y duerme sola
en una cuadra que tiene
correspondencia con otra
del cuarto de aquesa huerta.
Unas parras hacen sombra
a un postigo que se muestra
entre mirtos y entre rosas,
arrayanes y laureles.
Esta noche, si te importa,
cuando ella durmiendo esté,
por él entrarás de forma
que llegues hasta su cuarto,
donde, empañada la honra,
a la fuerza ha de premiarte.
Parece que te alborotas.
No me espanto que te admires.
Sosiega, el temor reporta. (3)
Con esta llave maestra
de esas puertas, sin que pongas
más que el obrar de tu parte
haciendo lo que te toca,
tu amor quedará premiado.
¿Me entiendes?

SANCHO. Que no responda,
menos que dándote el alma,
me advierte amor, porque nota,
no mi obligación ni el bien
que recibo, mas mi corta
dicha en poderte pagar.

AURORA. Estimo que lo conozcas.
Esta noche, como digo,
si tu temor no lo estorba,
tienen fin tus esperanzas.

---

(1) Después de éste hay tachados estos versos:
"A mi asistencia se enfada
y a mi cuidado apasiona."

(2) Falta un verso antes de éste.

(1) Este verso está en el original así: "Advierte, don Sancho, advierte.—SANCHO. Que se oiga."

(2) En el original "conoces", que no rima ni hace sentido. Estos cuatro versos, cruzados en el manuscrito.

(3) Después de este verso, repite estos otros cuatro que AURORA dijo antes:
"(Por este medio mejora (*Aparte.*)
mi accidente y puede ser
que, de ofendida y celosa,
en el fin de lo que intento
alcance mi amor victoria.)"

Mucho me debes.

SANCHO. Aurora,
¿cómo es posible pagarte?
Mil veces pongo mi boca
a tus pies.

AURORA. Levanta, Sancho;
vete, que temo nos oiga
mi hermana.

SANCHO. Quédate adiós.

(*Vase* SANCHO.)

AURORA. El te guarde.—¿Inés?

(*Sale* INÉS.)

INÉS. Señora,
¿qué me quieres?

AURORA. Que volvamos
a nuestra conversación,
pues nos da el tiempo ocasión
y solas las dos estamos.

INÉS. Como te digo quedó
don Diego de aquel favor
premiado y con grande amor.

AURORA. ¿La mano a Anarda le dió?

INÉS. Sí, señora.

AURORA. ¿Pasó más?

INÉS. Paréceme que te enfadas.
Si por dicha no te agradas
de la relación, podrás
advertirme y callaré,
que sólo tengo deseo
de servirte.

AURORA. Yo lo creo.

INÉS. Eso debes a mi fe.

AURORA. Inés, en tu voluntad
halla mi pecho ocasión
de decirte el corazón
una amorosa verdad.
Yo quiero a don Diego, Inés,
con eceso y con secreto;
de cuyo amoroso efeto
vive ajeno, como ves.
Quiere mi hermana a don Diego
con tan declarado amor,
que causa en mí su rigor
continuo desasosiego.
No me atrevo a descubrir
con que padece el deseo
y hacer a mi daño creo
el mal que llego a sentir.
Crezcan en mí los desvelos
con sentimiento interior
por haberme dado amor
este linaje de celos. (1)
Tú has de ser quien dé a mi mal
remedio, por ser el medio
que puede darle remedio
a su pasión inmortal.
Vámonos porque no advierta,
de vernos juntas Anarda,
alguna malicia.

INÉS. Aguarda.
¿Qué es lo que tu amor concierta?

AURORA. Vengarme por cierto modo.

INÉS. Sólo advertirte pretendo
mires por tu honor.

AURORA. Ya entiendo.
Después te lo diré todo.

(*Entranse, y salen el* DUQUE *y* JACINTO.)

DUQUE.

¿Que no quiso obligarme
ni el papel recibir?

RAMIRO.

Al declararme
temí su desagrado
y me pesó de haberme declarado.
La causa deste efeto,
según que me prometo,
es estar empeñada
en otro amor, pues muestra declarada
aborrecerte en todo
con desagrado y con sensible modo,
cosa que me ha admirado
si considero que en cualquier estado
se muestra agradecida
de ser solicitada y ser querida
la mujer más honrada.

DUQUE.

Muchas veces de ser solicitada
nace su desagrado.
Para salir, Ramiro, del cuidado
que me dan mis desvelos,
entre confusos celos (2),
no sé qué medio diera
que me templara al fin o me advirtiera.

JACINTO.

A don Diego de Frías
he visto por su calle muchos días

(1) Estos ocho versos anteriores, tachados en el original.

(2) Estos diez y seis versos anteriores, tachados en el manuscrito.

mostrarse cuidadoso
en mirar sus ventanas, receloso
de mí, que le miraba;
y puede ser, si yo no me engañaba,
de causa a tus enojos
que es culpa de los ojos
el descuido en quien ama.

DUQUE.

No a justa sospecha con su fama
en mi amor aprehendo,
que injustamente su valor ofendo.
Ya el alma no abona
descrédito en su honor ni en su persona;
el pecho se acobarda
a tu sospecha: puede ser que Anarda
se obligue de don Diego.

JACINTO.

Si pretendes sosiego,
informarte procura;
pues es, señor, cordura
hacerlo el que desea
salir de confusión.

DUQUE.

Que no te crea, (1)
Jacinto, amor me advierte.

JACINTO.

Pues, señor, desa suerte,
¿para qué te aconsejas
y das injustas quejas
de verte aborrecido?

DUQUE.

En grande confusión estoy metido.

RAMIRO. (2)

Para templar tu fuego,
procura, cauteloso, que don Diego
informe tu cuidado,
que puede ser que viéndose obligado
de ti, su pensamiento
te declare el intento.

DUQUE.

Bien dices; parte luego
y llámame a don Diego;
que tu consejo admito
si en él mi desengaño solicito.

(1) Los trece versos anteriores, también tachados.
(2) Como se ve, a este personaje unas veces le llama RAMIRO y otras JACINTO.

RAMIRO.

Yo parto a obedecerte.
Quiera [el] Señor que acierte
en servirte el cuidado.

(*Vase* RAMIRO.)

DUQUE.

Amor desengañado,
¿qué es esto que procuras
cuando más ofendido me aseguras?
¿Qué es esto que pretendes?
¿Cómo no te defiendes
de ti mismo si sientes
tan libres acidentes?
Pero ¿de qué me admiro
si mi firmeza y tu inconstancia miro?

(*Entra* DON SANCHO.)

SANCHO. Después de verte, a pedirte
que me des, señor excelso,
licencia para hablarte,
triste y temeroso vengo.
DUQUE. Seguro puedes hablar,
que en mi persona te ofrezco
un amigo que te ayude.
SANCHO. Mil años te guarde el cielo.
(Aunque Anarda me aborrece, (*Ap.*)
puede ser por este medio
que consiga, a su pesar,
lo que busco.)
DUQUE. Di tu intento.
SANCHO. Aquel opuesto del sol,
cuyos ojos, siendo negros,
para dar luz a sus rayos
le sirven al sol de espejo; (1)
aquel serafín de amor,
dulce milagro de Venus,
cuyo fuego solicita
globos de amoroso incendio; (2)
Anarda digo, imposible
de los milagros del tiempo,
con su agrado y con sus partes
sólo iguales en su extremo,
obligó mi libertad
a mostrar atrevimientos,

(1) Estos versos están al margen, tachados. En el texto, y también tachados, se leen:
"para dar luz al sol
en el cristal de su frente",
uno incompleto y otro que no rima.
(2) Estos cuatro versos están en el margen.

hijos del amor más firme
que mereció tanto eceso.
En algunas ocasiones,
aunque cobarde y suspenso,
le declararon mis ojos
sus amorosos empeños.
Su agrado en todas le dió
buenas nuevas al deseo,
cuyo impulso acrecentó
firme esperanza en el pecho.
Lisonjeaba mis quejas,
dudoso de los aciertos,
con pensarle agradecida
envidioso de mí mesmo.
Puede ser que el corazón
se engañase a lo que siento,
que, según mi corta dicha,
no dudo que será menos.
Viéndome, si no premiado,
en esperanzas de serlo,
con favores de sus ojos...
(Amor, ¿qué es esto? ¿qué es esto?
¿A qué me obligas si sabes
que me aborrece, en efeto?) *(Ap.)*
Señor, el temor me ha dado
unos celos o recelos
con que se abrasa mi alma
en dilatado tormento.
Aunque los teme mi amor
y de sus penas me advierto,
por disimular mi agravio
no sé, al fin, de quién los tengo,
que, para más condenarme
al rigor de aqueste infierno,
quiere mi dicha ocultarme,
por más convencerme, el dueño.
Teme la esperanza el fin,
acobárdase el esfuerzo,
no se remata el temor
y auméntase el sentimiento.
Para asegurar la causa
que ocasiona estos efetos
y que la memoria olvide
el mal que está padeciendo,
cuando dudo de mi dicha,
cuando mi desdicha temo,
cuando mis agravios sigo
y cuando mis penas siento,
en pago de tanta fe,
como en el alma confieso,
por no dilatar mi muerte
sólo busco, sólo quiero
el casarme con Anarda,
sólo esto, señor, pretendo,
esto sólo te suplico,
que si tú vienes en ello
y se lo mandas a Fabio,
fácilmente tendrá efeto.
Y si, por desdichas mías,
cuando, señor, trates dello
reconocieses que Anarda
no se allanare a tus ruegos,
te advierto en su condición
el desagrado, sí, es cierto,
que me ha dicho muchas veces...
(¿Qué digo? ¿Cómo no advierto
que falto a la obligación *(Aparte.)*
del valor que a su honor debo?
Perdone Anarda y su honor;
con este medio prevengo
la disculpa de mi culpa
si llegara, como espero,
el gozar de la ocasión
en que su hermana me ha puesto.)
Digo, señor, que me ha dicho
que teme lo que yo temo,
que aguarda lo que yo aguardo,
que quiere lo que yo quiero,
que desea lo que busco,
que busca lo que deseo,
que estima lo que yo estimo
y siente lo que yo siento.
Llama, señor, a su padre,
a quien mandarás que luego
remita a la ejecución
el fin de mis pensamientos.
Todos mis servicios pongo
a tus pies. En éste quiero
me pagues lo que te estimo,
cuanto te he servido. En esto
quiero que me satisfagas;
pues con mi amor y con ello
queda, válida mi fe,
premiados mis pensamientos,
la voluntad obligada,
reconocido el deseo,
acreditado mi gusto,
vencido el fin de su empeño,
el temor desengañado
y, finalmente, yo quedo
para servirte, señor,
obligado y satisfecho.

DUQUE. Puesto, don Sancho, que dices
que Anarda te quiere, pienso

que haré muy poco por ti.
Vete con Dios, que yo quedo
entendido y obligado
para poner en efeto
tu pretensión.

SANCHO. Dios te guarde.

(*Vase* SANCHO.)

DUQUE. ¿Qué es esto que siente el pecho?
¿Qué es esto que determina
el rigor de mis recelos?
Si has descubierto que Anarda
quiere a don Sancho, ¿no es cierto,
si don Diego no la quiere,
que quiere Aurora a don Diego?

(*Entran* DON DIEGO *y* JACINTO.) (1)

D. DIEGO. El cuidado de tu gusto,
por servirte como debo,
me trae, señor, a tus pies.

DUQUE. Yo lo estimo y lo agradezco.—
Salte, Jacinto, allá fuera. —

(*Vase* RAMIRO.)

Ya sabes cuánto te quiero.
Para una ocasión que importa,
fiando de ti el secreto,
quisiera que me sacaras
de una sospecha que tengo.

D. DIEGO. (Notable es la confusión (*Aparte.*)
en que estoy.) Señor, prometo
de servirte con el alma.

DUQUE. Tus finezas agradezco.
Digo, pues, don Diego amigo,
que, sabidos los empeños
que tienes con una hija
de Fabio...

D. DIEGO. (¡Válgame el cielo!) (*Ap.*)

DUQUE. Saber, don Diego, quisiera
en cuál de las dos has puesto
la voluntad de tu amor.
No te excuses. Lo primero,
por mi gusto; lo segundo,
porque me importa el saberlo.

D. DIEGO. Fuerza es, señor, el servirte.
(¿Qué he de hacer? Negarle quiero
mi amor, pues debo al honor (*Ap.*)
de Anarda este buen respeto.)
Con admiración me tiene
el caso que me has propuesto,
y no es mucho que me admire
si tu pretensión no entiendo.
Digo, señor, que hasta hoy
no he tenido pensamiento
de amar ni solicitar,
con asistencia ni ruegos,
a ninguna de las dos
que me propones. Lo cierto
es que de inclinarme yo
amoroso, por mi acuerdo
a la mayor me inclinara;
pero, como digo, es cierto
que a ninguna solicito.

DUQUE. Ni lo dudo ni lo creo.
(Este ha sabido, sin duda, (*Ap.*)
cómo quiero a Aurora, y (1)
con temor de no enojarme
califica mi respeto.)
Tus palabras acredito.

D. DIEGO. Y te la dan mis deseos
de cumplir tu obligación
y de servirte en aquello
que me ordenares, señor.

DUQUE. Por que sosiegues el pecho
te he de decir la ocasión
que me obliga a lo que espero.
Pretendo que Anarda case
con don Sancho de Toledo,
puesto que los dos se quieren;
y por excusar mi empeño,
si acaso la pretendías,
quise informarme. El secreto
guardaréis por lo que importa.
(Aquí es fuerza que los celos (*Ap.*)
descubran en su recato
su amor y lo que pretendo;
si no es que éste quiere Aurora
y no los tiene.)

D. DIEGO. (¡Qué infierno (*Ap.*)
me solicitas, amor!)

DUQUE. ¿Qué te parece?

D. DIEGO. Si es cierto
que, como dices, se quieren
los dos, (Amor, ¡qué tormento
me das con tanto rigor!) (*Aparte.*)
fácilmente tendrá efeto
la pretensión de don Sancho.

DUQUE. Bien te puedes ir.

D. DIEGO. (No acierto

---

(1) Tachado RAMIRO y puesto después JACINTO.

(1) En el original "y acordó", con que sobran tres sílabas y anula el sentido.

a salir de aquesta cuadra.) *(Ap.)*
Quédate a Dios.

(*Vase* Don Diego.)

Duque. Más suspenso
estoy con estas enigmas.

(*Entra* Ramiro.)

Ramiro. ¿Has, por dicha, descubierto
lo que pretendes?

Duque. Ramiro,
que la materia de celos
lo mal es el confesallos
y lo menos el tenellos
bien puede desengañarme.
Mas, según lo que sospecho,
a don Diego quiere Aurora,
porque de su modo infiero
el crédito de mis dudas,
si me ha engañado primero.
Que me he de satisfacer
y ha de sentir lo que siento,
tu cuidado me ha de dar
la satisfacción que espero,
y la tuya queda al mío.

Ramiro. Servirte en todo prometo. (1)

SEGUNDA JORNADA

de la comedia del Enamorar burlando.

(*Salen* Anarda, Aurora *é* Inés.)

Aurora. Notable es la inclinación
de don Sancho.

Anarda. Yo confieso
la calidad y el exceso
de su amorosa pasión.
¿Qué es lo que Sancho pretende?

Aurora. Quererte desobligado.

Anarda. Es muy propio de un picado
estimar a quien le ofende.

Aurora. Efetos del amor son
oponerse al desengaño,
solicitarse en el daño
y seguir su pretensión.
Y así, no te admirarás
que su agravio no acredite
ni que tu amor solicite.

Anarda. ¡Qué mal advertida estás!
Quien vive desengañado
y sus agravios no siente,
o carece de prudente,
o no siente su cuidado.
Mostrar, Aurora, osadía
aquel que vive ofendido,
desengañado y vencido,
es linaje de porfía.
No es amor, sino pasión
del altivo atrevimiento,
pues se vence del intento
de su poca estimación.
Porque quien quiere obligar
a quien no quiere que quiera,
si no teme lo que espera
es para desesperar.

Aurora. Nunca aquel que a amar llegó
acredita en su respeto
ingratitud ni defeto
del pecho a quien obligó.
Que es fuerza de la razón
no pensar que haya de haber
quien deje de agradecer
el fin de la obligación.

Anarda. Engañada en el pensar
estás, con que te diviertes,
que agradecer, si lo adviertes,
es diferente que amar.
Agradecer debo yo
que me quieras; pero amarte,
si no me inclino a premiarte,
no lo debo, Aurora, no.
Porque el amor es acción
del alma, y ha de tener,
para premiar y querer,
voluntad e inclinación.
Por amarme, no he de amar,
que fuera, sin duda, injusto
querer obligar el gusto
de agradecido a un pesar.

Aurora. Agradecer me parece
será estimar un favor;
y cuando no tenga amor,
la persona que agradece,
si reconoce el intento,
ha de quedar obligada
al premio, porque se agrada
del mesmo agradecimiento.
Este en quien tiene valor
muchas veces solicita

(1) Estos doce versos, tachados en el texto.

lo que menos acredita,
y viene a engendrar amor.

ANARDA. Eso mesmo te enajena
y me desobliga a mí,
que, como lo siento así,
a ingratitud me condena.
Es mengua en la voluntad,
por más que esté persuadida
el querer de agradecida;
y entendida a esta verdad,
agradezco exteriormente,
interiormente aborrezco,
de manera que agradezco
con ánimo diferente.
No agradezco por vencer,
si adviertes, mi inclinación,
sino por la obligación
del fin del agradecer.

AURORA. Ya lo creo.

ANARDA. ¡Inés!

INÉS. ¡Señora!

ANARDA. ¿Está mi padre acostado?

INÉS. Ya lo estará [que], encerrado,
le dejo en su cuarto agora.

ANARDA. Vete, hermana.

AURORA. Adiós te queda.

(Vase AURORA.)

ANARDA. ¿Vino don Diego?

INÉS. A las rejas
salí, y entre dulces quejas,
con voz agradable y queda,
me dijo cuánto te amaba,
y que, aunque estaba celoso,
ofendido y temeroso,
en servirte se empleaba.
Mandóme que le arrojase
una cinta, y yo, curiosa,
se la arrojé, recelosa
de que en ello te enojase,
cuando, entre suspiros, él,
al favor agradecido,
recatado y prevenido,
puso en ella ese papel.

(Dale un papel.)

ANARDA. Mil años vivas, Inés,
por el gusto que me has dado.
Yo te agradezco el cuidado.

INÉS. El servirte es mi interés.

ANARDA. Trae recado de escribir
sin que mi hermana lo advierta.

INÉS. Voy por él.

(Vase INÉS.)

ANARDA. Mi dicha es cierta.
¡Quién pudiera divertir
el cuidado en mis desvelos
y acreditar de su dueño,
si no la causa, el empeño
de su temor y sus celos!

(Lee el papel.)

"En triste obstinación y desventura
vive aquel que, cobarde y temeroso,
amando sigue premios de quejoso,
quejoso busca medios de ventura.
Quien entendido al daño se asegura,
nunca puede llegar a venturoso,
pues en su mesmo agravio receloso,
solícito a su bien, su mal procura.
Si esto es verdad, Anarda, y que te quiero,
sentir tu ingratitud temor es justo,
fin esperar ventura en mi cuidado.
Mi muerte solicitas, morir quiero;
con morir tendré premio y tendrás gusto;
no le niegues su alivio a un desdichado."

Si me quisieras, señor,
te aseguraras de mí
que soy la misma que fuí
y excusaras tu temor.
No entiendo el fin de tu amor;
cuanto más llego a quererte,
el alma en sí misma advierte
que, ingrato, te desesperas;
pero tú no, no lo fueras
si dejaras entenderte.

(Sale INÉS *con tintero, pluma y papel.)*

INÉS. Lo que pides está aquí.

ANARDA. Vete.

INÉS. Adiós.

(Vase INÉS.)

ANARDA. Quiero cerrar
esta puerta, por no dar
a entender lo que hay en mí.
Pues amor me trata así,
bien será solicitarme
en el sentir y el quejarme
de mi dicha y de su olvido,
pues apenas dicha ha sido
cuando trata de matarme.
Al papel responder quiero

satisfaciendo la queja
del que corrida me deja,
si su temor considero.
Mas ¿por qué me desespero,
si son efetos de amor
sentir el fin del temor,
dudar el premio y el bien,
ofenderse del desdén
y acreditar el rigor?

(*Pónese a escribir con el papel de* Don Diego *delante. Va escribiendo.*)

"Descrédito necesita
quien, como tú, por amar,
fácil, se deja engañar;
cobarde, se inhabilita.
Quien sabes me solicita
tu descrédito procura;
pero mi amor te asegura
firme fe, y en esta parte,
si no merezco obligarte
es defeto de ventura."

(*A este tiempo hacen ruido dentro como que se quiere abrir puerta. Levántase* Anarda *y deja los papeles sobre un bufete.*)

Si no me he divertido,
me parece que siento algún ruído
de llave en esta puerta:
quiero advertirme bien, no me divierta
el temor del cuidado;
confuso el pecho, el corazón helado,
me atiendo y me divierto.
El peligro está cierto
fraguado y no procuro
remedio a tanto empeño; más seguro
será, por no empeñarme,
de lo que puede ser, asegurarme
con abrir la otra puerta
y escaparme por ella, pues es cierta
mi sospecha. No puedo
mover los pies con el temor y el miedo.—

(*Alza la voz.*)

¡Aurora! ¡Inés! ¡Duarte!
a mi padre llamad. Por esta parte
retirarme pretendo.

(*Sálese por otra puerta dejando los papeles sobre el bufete, y entra* Don Sancho.)

Sancho.

Solicito a mi agravio, mas me ofendo
en el bien que deseo.
Desdichas de mi amor, ¿qué es lo que veo?
Velando su cuidado
hallo que Anarda está cuando empeñado
vive mi pensamiento
en dilatado fin de su tormento.
La ocasión he perdido:
en grande confusión estoy metido.
Yo mismo a mí me ofendo.
Sin duda que escribiendo
estaba. ¡Ah, quién pudiera
saber su pensamiento de manera
que quedara vencida
la inclinación del alma con la vida!
Dos papeles parece
que están escritos. ¿Quién te desvanece,
pensamiento cobarde,
si siempre llegas tarde?
Tomarlos será bueno (*Toma los papeles.*)
para que acabe, al fin, con su veneno.
De don Diego de Frías
es esta letra. ¡Ay, confusiones mías!,
pues vivís declaradas,
¿por qué, si me asistís determinadas,
no acabáis de acabarme
en el mal que queréis solicitarme?
Este será de Anarda.
¿Cómo la muerte tarda?
Ya que el lance he perdido,
antes que sea sentido
será bueno partirme,
no quiero divertirme
en leer lo que escribe
Anarda, porque vive
su memoria en mi pecho
y estoy de sus agravios satisfecho.
El papel que le daba,

(*Saca un papel que daba a* Aurora.)

a Aurora cuando el alma se quejaba
es éste; pues desea
el alma que le vea,
bueno será dejalle,
que si vuelve a tomalle
es cierto...

(*Habla* Anarda *de dentro.*)

Anarda.

¿Inés?

Inés.

¡Señora!

Anarda.

Dispierta y llama a Aurora.
¿Hay tan profundo sueño?

SANCHO.
Partirme quiero y excusar mi empeño.

(*Vase* SANCHO, *y entran* FABIO, *a medio vestir, y* ANARDA.)

FABIO. Toma esa luz. ¿Qué papel
es éste? (*Toma el papel.*)
ANARDA. ¡Señor!
FABIO. ¡Callando!
Anarda, estás confesando
la culpa que miro en él.
ANARDA. Señor, mi honor te asegura...
FABIO. ¿Tu honor? ¿Cómo puede ser
que llegue, ingrata, a tener
honor quien no le procura?
¿Qué papel es éste? Acaba
de declararme su dueño.
ANARDA. (Turbada estoy. Grande empeño.)
Señor, digo que yo estaba...
(¡Válgame Dios! Quién pudiera
dar la vida por no dar (*Aparte.*)
que sentir y que pensar
a mi padre.)
FABIO. Acaba.
ANARDA. Espera.
FABIO. Dime de quién es, ¡villana,
atrevida, licenciosa!
ANARDA. Señor, estoy temerosa
de decírtelo. Mi hermana
Aurora podrá informarte.
FABIO. ¿Aurora? Más mal espero
si en tu culpa considero
que Aurora llegue a culparte. (1)
ANARDA. No te enojes ni te enfades
hasta que mi culpa diga,
cuando la ocasión me obliga
a confesarte verdades.
Señor, don Diego de Frías
solicita (¡Qué rubor!), (*Aparte.*)
con asistencia y amor
el casarse, ha muchos días,
conmigo; pues es tu igual
en calidad, yo me ajusto
a su intento, si es tu gusto.
Ya conoces su caudal.
De don Diego es el papel
que miras. ¡Por Dios, señor,
no te admire mi disculpa:
confieso que tengo culpa:
tiempla, señor, tu rigor!

(1) Estos ocho versos tachados en el original.

FABIO. No digas más, cierra el labio; (1)
detén la lengua, atrevida,
que hoy he de perder la vida
en satisfacer mi agravio.
[ANARDA.] Advierte...
[FABIO.] No hay que advertir;
entrad, que yo haré de modo
con que lo declare todo
aunque aventure el morir.
ANARDA. ¿Qué es esto, amor? ¿Quién ha dado
causa a tu desasosiego?
Si fué por dicha don Diego
quien me ha puesto en tal cuidado,
¿cómo es posible pudiese
entrar? Si [sola] aprensión
me ha puesto en esta ocasión
sin que principio tuviese
la causa, ¿de qué me admiro?
Yo estoy loca, sólo siento
no advertirme en el intento
cuando mi deshonor miro.
A Aurora, mi hermana, espero
consultar lo que ha pasado,
pues me hallo en tal estado
que busco lo que no quiero.

(*Entrase* ANARDA, *y salen* DON DIEGO *y* MAROTO, *su criado.*)

D. DIEGO. Sospechas apasionado.
Temes bien cuando mal sientes.
MAROTO. Señor, por los accidentes
determina mi cuidado
el de Anarda.
D. DIEGO. Siempre has dado
en sentir indiferente
de lo que mi pecho siente.
MAROTO. Cuando amor tiene desvelos,
es condición de los celos
acreditar fácilmente.
D. DIEGO. Confieso que solicita
don Sancho el fin de su intento.

(1) Este verso y los siete siguientes están escritos al margen, de otra letra, pero también de la época, y tachados los del texto, que decían:

"¡Vive Dios, que si no fuera
en mi deshonor que hiciera
un disparate! (*Vase* FABIO.)
ANARDA. ¿Hase visto
semejante confusión
en ocasión semejante?
¿Hase visto en un instante
tan impensada ocasión?"

MAROTO. Siendo ansí, mi pensamiento
justamente necesita
de pasión, pues se acredita
de tu mesma confesión.

D. DIEGO. Antes muestra la pasión
declarada en pretender
que pueda Anarda tener
ingrata resolución.

(*Entra* FABIO, *padre de* ANARDA.)

FABIO. Estimo haberos hallado,
señor don Diego.

D. DIEGO. Quisiera
que en vuestro servicio fuera
de provecho mi cuidado.

FABIO. Despedid ese criado,
que quiero tratar con vos
cierto caso.

D. DIEGO. Vete.

MAROTO. ¡Adiós!

(*Vase* MAROTO.)

D. DIEGO. Serviros, señor, prometo.

FABIO. Sólo os encargo el secreto,
por lo que importa a los dos.
Señor don Diego de Frías,
obligaciones de padre
me tienen de vos quejoso;
las de mi honor y mi sangre
me han obligado que os vea.
Bien pudierais excusarme
de sentimiento, debiendo
atender cuán mal lo hace
quien, libre, le da ocasión
a los hombres de mis partes.

D. DIEGO. No os entiendo, aunque quisiera
entenderos.

FABIO. Escuchadme.
Más solícito a mi agravio
que entendido el fin que hace;
considerando a la culpa
mi pensamiento más grande, (1)
yo hallé en poder de mi hija
Anarda... (¡Pecho cobarde! (*Ap.*)
¿Cómo, si sientes tu ofensa,
inadvertido te vales
de medio tan afrentoso?)
este papel; tal la infame,
de la suma de mi agravio,
si hay quien se atreva a agraviarme.

(1) Estos cuatro versos tachados en el manuscrito.

Ella me dijo que es vuestro,
que, solícito y amante,
pretendéis su casamiento.
Bien pudierais excusarme
de la queja que mi honor
tiene de vos, casos tales
por diferentes caminos
suelen, don Diego, tratarse
sin empañar el respeto,
ni perderlo a quien, por padre,
y por sus obligaciones
lo debe sentir. Si hace
fuerza en vos este respeto,
para poder excusarme
de mayores sentimientos,
mis obligaciones hallen
en vos seguro júicio (1).
Tomá el papel, donde fácil

(*Dale el papel.*)

hallaréis lo que a mi honor
deberá el vuestro.

D. DIEGO. Escuchadme.
Conozco vuestra intención;
la justa razón que os trae
a declararos conmigo.
Cuanto, señor, a culparme (2)
no niego vuestra razón,
a tener culpa que baste.
En la que vos me ponéis
juzgo que estáis ignorante,
o informado mal, porque
este papel satisface
a cuanto puedo deciros.
Si os le dió Anarda, en el darle
por mío vive engañada,
pues ella, señor, bien sabe
que es de diferente dueño.
Y supuesto que intentase
casarme con vuestra hija,
para servirla y honrarme,
culpa ha sido, mas las culpas
que entre personas iguales,
inclinadas del amor,
son para fin semejante,
conocido el que les mueve,
deben, señor, perdonarse.

(1) Estos ocho versos tachados en el texto original.

(2) También en el texto tachados estos cuatro versos.

Volved el papel a Anarda,
que yo sé que disculparme
debe Anarda por quien es.
Pedidle que os desengañe
y que os declare su dueño,
que, a ser mío, fuera fácil
satisfacer vuestro honor
con el medio más suave
que determinareis vos.

FABIO. De admirado me combaten (1)
un millón de pensamientos,
cuando la culpa en mí hace
un cuerpo ingrato de injurias,
¿cómo el cielo a tantos males
da lugar y no concluye
lo flaco de este cadáver?
¡Ah, desdichas, de mis obras
declaradas y constantes
a mi deshonor! ¿Por qué
así dudáis de acabarme?

(*Vase* FABIO.)

D. DIEGO. ¿Qué aguardo yo de las mías?
si muestran en sus caudales
tantos géneros de agravios? (2)

(*Entra* MATORRAL.)

MATORRAL. Don Sancho quiere hablarte.
D. DIEGO. Sólo falta que don Sancho
venga con sus disparates
a irritarme la paciencia.
MATORRAL. ¿Puede saber quien no es nadie
lo que narró el señor Fabio?
D. DIEGO. Matorral, ¿quieres probarme
el sufrimiento?
MATORRAL. Señor,
yo no soy tan ignorante
que no sepa que lo tienes.
¡Ay, celuchos, tempestades,
truenos, rayos o... (3)
D. DIEGO. [Que] entre
don Sancho, y tú vete [antes]
de que me enoje.
MATORRAL. Perdona

(*Sálese* MAROTO.)

D. DIEGO. Que Anarda sin causa trate
de ocasionar mis cuidados
cuando debiera premiarme.

(*Entra* DON SANCHO.)

SANCHO. ¡Don Diego amigo!
D. DIEGO. ¡Don Sancho!
¿Qué es lo que queréis mandarme?
SANCHO. Suplicaros sólo quiero.
Lo que pienso será fácil
en vos.
D. DIEGO. Como sea serviros,
no lo dudéis.
SANCHO. Escuchadme.
Anarda, hija de Fabio,
sol de Europa, noble imagen
de los milagros del tiempo,
cuyo valor, cuyas partes,
si de admirables los juzgo,
no digo por admirables,
ha dos años que entendida
del amor firme y constante
de mi pecho, corresponde
[con] apremiarme y matarme.
Sé que vos la pretendéis,
tan cortés y tan amante
que solícito y discreto,
de que ella se ofende y hace
descrédito conocido, (1)
mandóme que os declarase
mi intento y su noble queja,
y que os suplique y encargue
que olvidéis vuestras acciones.
Por quien sois, y por honrarme,
debéis hacer lo que os pido,
pues contrastar voluntades
contra gusto no es acción
de un hombre de vuestras partes.
Ya sé que le habéis escrito,
y, para que os desengañe
la verdad y acreditéis
cuanto os trato en declarame,
este papel os lo afirme

(*Dale el papel de* DON DIEGO, *que tomó.*)

que le escribisteis, y al darle,
cerrado me lo envió.
No sintáis que se retrase
de su voluntad, que amor,
donde no asiste constante,
fácilmente en sus acciones,

(1) Al margen, sin referencia, hay estos dos versos:

"FABIO.- Guárdeos el cielo; que iguales
son vuestros respetos."

(2) Éstos siete versos tachados en el original.
(3) También tachados estos once versos.

(1) Estos cuatro versos tachados en el manuscrito.

determinado, se vale
del fin de la ingratitud.
Sólo pretendo casarme
con Anarda.

D. DIEGO. (Bien quisiera (*Aparte.*)
satisfacer este lance
de tan apretadas quejas;
pero me fuerza [a] que calle
Anarda y mi obligación.)
Señor don Sancho, mandarme
vos y Anarda que la olvide
es justo, y más cuando hace
ella alarde de mis culpas,
si es verdad que hace alarde.
Negaros que no la he escrito
fuera grande disparate,
que no puede ser mayor,
siendo verdad que ella sabe
la causa que me ha movido,
el agravio de culparme.
Y de daros mi papel
no fué justo, cuando amable
solicitaba su amor, (1)
mi amor no se satisface
con verla en vuestro poder;
que es el amor en mí estable,
para vencerme el agravio.
No dudo que pudo darle;
pero justamente dudo,
y puede ser que se engañe,
quien lo tomó y os le dió.
Advertid bien que repare
vuestro pecho en lo que dudo,
pues cuando dude y no allane
agravio tan conocido,
debéis mucho disculparme
si acaso tenéis amor.

SANCHO. Que vuestra disculpa halle
en mí crédito debido
es justo, si acreditarme
en la verdad que os he dicho
debéis; porque en casos tales
siempre, aunque duda quien ama,
acredita sus pesares,
por lo que tienen de pena,
si aquello dicho no baste (2)
para vuestro desengaño,
este papel os declare
la duda que pretendéis.
Otros pudieran sacarme
del descrédito que digo,
mas uno basta. ¡Ah, quién sabe

(*Muéstrale el otro papel.*)

las inconstancias del tiempo!

D. DIEGO. Esto es hecho. Dios os guarde.
Para que gocéis de Anarda,
palabra os doy de olvidalle.

SANCHO. Agradézcoos el favor.
¡Quedad con Dios!

(*Vase* SANCHO.)

D. DIEGO. El os guarde.
¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Quién como yo pudo hallarse
tan colmado de desdichas?
¿Quién de agravio semejante
puede salir sin que pierda
la vida para empeñarse
en mayores sentimientos,
y quién para tantos males
tendrá fuerzas ni valor
cuando se asiste cobarde?
¡Oh, amor! Retrato del mundo,
que al que más te satisface
más ingrato correspondes.
¡Ah, ingratitud! ¡Qué bien haces
de declararte conmigo!
¿No soy yo aquel que constante
a tantos golpes de celos,
a tantas penas estables,
a tantas dudas y agravios,
a tantas temeridades,
a tantos desasosiegos,
a tantas injurias graves,
a tantas ingratitudes
y, al fin, a tantos combates
me he opuesto amoroso y libre?
Pues para desengañarme
se ha de conjurar el cielo
a que satisfecho y fácil,
me acredite del engaño
y desconocido al áspid
que alimenta con veneno
el corazón por matarme.
Adoré su ingratitud,
justo es que atrevido pague
el daño que a mí por mí

(1) Este verso y el anterior escritos sobre otros dos que decían:

"Siento (aberración infame)
que Anarda lo hace mucho."

(2) Estos nueve tachados igualmente en el manuscrito.

me he hecho, para que acaben
los sentimientos en mí,
si es posible que acabarse
pueden con la vida injurias
de calidad semejante.

(*Entrase* Don Diego, *y salen* Sancho *y* Aurora.)

Sancho. Como digo, empeñado
del peligro mi amor dese cuidado
teniendo por incierta
mi esperanza llegué al fin a la puer-
la mano prevenida [ta,
a la llave maestra, si ofendida
del agravio y desvelo.
Pisadas oigo, túrbase el recelo;
acúsame la afrenta;
el alma, a su pesar, libre y exenta
solicita la culpa,
vencida del amor que le disculpa;
y al sentido le ordena
que asista atento a la temida pena.
Excusado el ruído;
al temor de la ofensa prevenido,
solícito al deseo,
advertido en la causa del empleo
y dudoso si acierta,
al fin abrí la puerta
del bien que él deseaba.
Anarda, que mi mal solicitaba,
reconocida o alerta [puerta
al suyo, antes de abrir la llave y
por otra se escapó, si no entendida,
a mi agravio y al suyo prevenida.
Confuso y ofendido,
viendo que la ocasión había perdi-
por darme más enojos, [do,
me ofrecieron los ojos
sobre un bufete de ébano pequeño
otro mayor empeño.
Su efeto solicito:
acerquéme al bufete y vide escrito
un papel. Al tomalle
otro en él hallé, quise dejalle
y obligado al intento
ordenó al corazón el sentimiento,
Aurora, que tomase
los dos papeles, y que le dejase
otro que la había escrito
declarándole el fin que solicito,
para que se advirtiese
y el imposible de mi amor supiese.
Y por no ocasionarme
otro empeño mayor, el retirarme
elegí cuando en calma
quedó rendida el alma.
¿Has visto ameno prado
de cristal de un arroyo acuchillado,
superior en colores
tan abril en el mayo de sus flores
lisonjear los ojos
con sus matices cárdenos y rojos;
que cuando más suspende
en un instante el sol que le defiende
de lugar, envidioso,
a un cierzo que rizado y riguroso
tala el verde atavío
y comprehende en el soñado río
el castigo violento,
opuesto libre al húmedo elemento,
en hielo convirtiendo
lo que antes fué cristal? Así yo,
el efecto impensado, [viendo
que destino admirado,
falto de confianza
convida sin aliento mi esperanza... (1)
esto que digo ha pasado. (2)

Aurora. Todo, Sancho, lo he sabido,
y hete querido escuchar
para darle más lugar
a la pena que he sentido.

Sancho. Mil años vivas, Aurora.

Aurora. Dios te dé lo que deseas.
Sólo pretendo que creas
que te he de servir.

(*Entra* Inés.)

Inés. Señora,
tu padre y Anarda vienen
a esta cuadra.

Aurora. ¿Qué he de hacer?
¡Todo está echado a perder!
Mira, Inés, si se detienen.

Inés. Ya llegan.

Aurora. Vete y advierte...
No te vayas. ¡Qué pesar!
Aquí te puedes entrar,
que después yo haré de suerte
que salgas sin que te vean.

Sancho. (¡Desdichas!, ¿qué me queréis?
Si matarme pretendéis

(1) Después de tan larga relación, todavía falta algo que enlace lo que sigue.

(2) Octosílabo suelto antes de una serie de redondillas.

¿para qué me lisonjean
los deseos cuando amor
declarado me condena
a la más injusta pena
y al más injusto rigor?)

INÉS. ¿No te vas?

AURORA. Sígueme, Inés.—
Adiós, Sancho.

SANCHO. Adiós, Aurora.

INÉS. ¿Qué es tu pretensión, señora?

AURORA. Yo te la diré después.

(*Entrase* SANCHO *en un retrete, y vanse por otra puerta* AURORA *e* INÉS. *Sale* FABIO *y* ANARDA.)

FABIO.

¡Aleve! Con la vida,
pues estás a tu honor desconocida,
has de satisfacerme.
¡Engañarme y ponerme
en empeño tan grave!

ANARDA.

No me culpes, pues sabe,
tu pecho mi disculpa;
que en lo que dices no he tenido culpa.
El papel que tomaste
tú mesmo le trocaste.
Este que me has mostrado,
cúyo sea no advierte mi cuidado,
a ti mesmo remito
el descargo que busco y solicito.

FABIO.

¿Estás en ti? ¿Qué dices?
¿Mi verdad contradices,
con sospechas villanas
ofendiendo estas canas?
¿Yo trocar pude, ingrata,
el papel que me ofende y me maltrata?

ANARDA.

Cuando el papel alzaste,
otro con él trocaste
de mi letra; éste afirma
la verdad que en mi pecho se confirma.
Dámele, por que veas
mi inocencia, señor, si es que deseas
saber lo que pretendes.

FABIO.

¡Villana! ¿Así me ofendes?
¿De otro engaño te vales
para aumentar mis males?
¿Cómo el morir resisto?
Sólo el papel que has visto
hallé cuando, confusa y engañada
de tu culpa, obligada
a la verdad incierta,
dijiste que en la puerta
de tu cuarto sentías
ruido.

ANARDA.

¿Qué porfías
son éstas, señor mío?
De mi verdad y tu valor confío.

FABIO.

¿Esto consiento? ¡Pierdo
el juicio, y me acuerdo,
si el tuyo considero,
cuando salir de tanto engaño espero,
más engaños intenta
tu condición por darme más afrenta!

ANARDA.

Si tú te reportaras,
padre y señor, sin duda que hallaras
la verdad que profeso.
A tus plantas rendida yo confieso (1)
la que tengo si advierte
tu amor en mi desdicha y corta suerte.
Si quieres que confiese
que tengo culpa, y tu designio es ése,
por lograr el intento
que don Sancho pretende, el casamiento
ha de ser voluntario.
No asistas temerario
a persuadirte, ingrato,
pues la verdad retrato.
Prudente te aconseja
y determina el modo
que he de guardar para servirte en todo. (2)
A la verdad remito
lo cierto que en el pecho solicito.

FABIO.

¡Que tal consienta el cielo!

ANARDA.

Señor, deja el desvelo,
desecha las pasiones,
en mí ejecuta tus resoluciones
si vieres que te engaño.
No te muestres extraño,

---

(1) Este verso está escrito al margen. En él texto hay dos ilegibles de puro tachados.
(2) Estos once versos también tachados.

pues en todo me ajusto
a cuanto tengas gusto.

FABIO.

Tu engaño me previene.

(*Entra* INÉS.)

INÉS.

Señor, el Duque viene.

FABIO.

Procura retirarte
sin que te vea.

INÉS.

Aquí puedes entrarte,
y sabrás el intento
del Duque.

ANARDA.

(¡Cobarde pensamiento,
acaba de matarme,
que muy fácil será sin declararme!)

(*Entra* ANARDA *donde está* DON SANCHO, *y sale el* DUQUE.)

DUQUE. ¡Fabio!
FABIO. ¡Señor!
DUQUE. Yo he querido,
pues que no me ves, venir
a verte, por prevenir
el nombre de agradecido.
FABIO. Como de pechos reales
siempre es, señor, calidad
favorecer la humildad,
y conocer lo que vales,
quieres honrarme mostrando
el peso de tu poder
en mí lo que puede hacer.
DUQUE. Siempre viviré estimando
tu nobleza.
FABIO. Si has de honrarme
en mi mayor interés,
será asistiendo a tus pies.

(*Vale a besar los pies.*)

DUQUE. Levántate.
FABIO. El levantarme
es estando aquí, señor.
DUQUE. Hombres de tu calidad
tienen en mi voluntad
muy seguro su valor.
FABIO. En la honra que me ofreces
siempre debo asegurarme,
que es cierto que con honrarme
descubres lo que mereces.
DUQUE. Fabio, el honrar el señor
al vasallo le es debido
cuando está reconocido,
como yo, de tu valor. (1)
Yo te pedí el casamiento
de don Sancho con Anarda,
y viendo cómo se tarda
la ejecución de mi intento,
saber el tuyo quisiera
por excusar el cansarte.
FABIO. Si es que puede asegurarte,
como mi humildad espera,
mi amor y mi obligación,
bien puedes acreditar
que como está en ti el mandar
vive en mí la ejecución.
En estos tiempos, señor,
porque mi edad se corrija,
la más encerrada hija
suele aventurar su honor. (2)
El tuyo le he declarado,
y según me ha respondido
tiene el suyo divertido,
con que me ha dado cuidado.
Disponiendo estoy servirte
de suerte que Sancho vea
cumplido lo que desea.
Sólo quisiera pedirte
dilates algunos días
el efeto.
DUQUE. Agradecido
estoy de ti.
FABIO. Yo entendido
de servirte, si es que fías
tu gusto de mi deseo.
DUQUE. El mío al tuyo remito.
FABIO. Sólo, señor, solicito
el servirte.
DUQUE. Así lo creo.
Aunque eres prudente y viejo,
y en todas acciones sabio,
por lo que te quiero, Fabio,
te quiero dar un consejo.
Es del padre obligación,
para salir de cuidado,
dar a los hijos estado
conforme a su inclinación.
Y no deben dilatar

(1) Estos cuatro versos, cruzados en el texto.
(2) Este verso sustituyó a otro más crudo que decía:

"pospone al gusto el honor."

por otro ningún respeto
la ejecución deste efeto,
porque dan que mormurar.
Según esto, no te aflijas
si adviertes en mí razón,
cumple con tu obligación
y [da espos]os a tus hijas.

(*Entranse, y salen de donde están escondidos* SANCHO *y* ANARDA, *asiéndola él del brazo.*)

SANCHO. Disculpa tiene, señora,
si advertís, mi atrevimiento.

ANARDA. No hay disculpa que lo sea.
Cuando, el que ofende indiscreto,
atrevido se dispone
a la ejecución del yerro,
y más en casos de honor
la disculpa es el tercero
que agrava más su delito.
Poneros en tanto empeño
no sé, don Sancho, qué sea,
aunque dudo mal, sabiendo
que es condición en los hombres
que asisten a sus desprecios,
infamar a quien no admite
el interés de su pecho.
¿Sabéis quién soy? ¿No advertís
que es poco temor y acuerdo,
viviendo desengañado,
solicitar con defetos,
obligar con libertades
y amar con atrevimientos?

SANCHO. Escuchadme una palabra.

ANARDA. Mayor queja de vos tengo,
si entendéis que he de escucharos,
que es conocido defeto
admitir satisfaciones
en agravios manifiestos.
Olvidad vuestras acciones,
corregid vuestros deseos,
retirad vuestros cuidados,
templad vuestros pensamientos,
venced vuestra inclinación
y conoced vuestros yerros.
Esto os pido, y os suplico
que os vais luego, y no pretendo
saber quién os dió licencia
para tanto atrevimiento,
porque fuera culpa mía
disimular un eceso
de calidad semejante.

(*Entra* AURORA.)

AURORA. ¡Anarda! ¡Sancho! ¿Qué es esto?
¿En la casa de mi padre
tanta libertad?

ANARDA. (¡El cielo
dé paciencia a mis cuidados!)

AURORA. Justo fuera que primero
que intentarais declararos
advirtierais el extremo
de agravio tan conocido.

ANARDA. ¿Qué dices?

AURORA. Mucho me ofendo
de que estés tan divertida
que te falte entendimiento
para conocer tu culpa.
¿No me entiendes?

ANARDA. No te entiendo.
Por no enfadarme y decirte
la que tú tienes en ello
me voy, que una libertad
en quien siente lo que siento
pide mucho y cuesta mucho.

AURORA. Escucha, hermana.

ANARDA. No quiero.

(*Entrase* ANARDA.)

AURORA. ¿Qué te parece, don Sancho,
del empeño en que me has puesto?

SANCHO. Que es hijo de mi desgracia.
Para tantos sentimientos
ni hallo caudal en mí,
si lo tienen mis deseos,
Aurora, para pagarte.

AURORA. El pagarme es conocerlo.
Vete, Sancho, y de mí fía,
que con cuidado y secreto
no perderé la ocasión
de tu dicha (y mi remedio). (*Ap.*)

SANCHO. Quédate a Dios.

(*Vase* SANCHO.)

AURORA. ¿Hase visto
en mujer como yo eceso
semejante, pues vencida
de un amoroso tormento,
solicitando mis dichas,
mi afrenta en ellas pretendo?

(*Entra* DON DIEGO.)

D. DIEGO. Por descansar, si es que puede
descansar, Aurora, el pecho,
que, desengañado, busca
en sus agravios remedio,
a verte vengo ofendido.
No quiero decir que vengo

celoso, que un desdichado,
a su mesmo seno puesto,
para que cuente su agravio
con mayores sentimientos
hasta los celos le dejan
lo que [más] siente.

AURORA. (Me huelgo.
Picado viene el galán,
y ha de sentir lo que siento,
pues es causa de mi agravio.)
De tus quejas y tus celos
tengo noticia; la causa
que te obliga, según pienso,
es justa, pero la culpa
vive en ti, porque sabiendo
que Anarda quiere a don Sancho,
firme a tu agravio y resuelto
solicitas en tu agravio
mayor desvanecimiento.
Mi hermana escribe a don Sancho
y empeñada en su respeto,
ingrata, te corresponde.
Para tanto desconsuelo
no hallo medio que pueda
satisfacerte, en efeto,
si no es que, considerado
el mal que estás padeciendo,
sin cuidado y con cuidado
le des celos, que los celos
muchas veces al que, ingrato,
se desvanece soberbio,
y al amor se desobliga
con desagrado y despecho,
solicitan el castigo
por camino tan violento,
que lo que no pudo amor
con sus halagos ni ruegos,
allana su condición,
de cuyo impulso y veneno
no hay ninguno que se escape.

D. DIEGO. Aurora, sólo pretendo
el no morir dilatado.
No me ajusto a tu consejo,
porque amor, cuando padece,
firme al mal y al bien ajeno,
no remedia su accidente
con la ofensa del sujeto,
a quien ama declarado;
antes como quiere opuesto
a su ser vencer su ser,
crece y se vende a sí mesmo.
Cuando venza este imposible,
que por tal, sin duda, tengo,
¿cómo le puedo obligar
con aquello que le ofendo
a quien me aborrece?

AURORA. ¿Cómo?
Con la ofensa.

D. DIEGO. Aunque confieso
que pueda ser lo que dices,
por más imposible tengo
el querer.

AURORA. Finge que me quieres.

D. DIEGO. ¿Se puede querer fingiendo?

AURORA. Fingir se puede. Repara.
Para darle más desvelos,
me has de querer.

D. DIEGO. ¿A ti?

AURORA. Sí.
Escucha mi pensamiento.
Solicitando mi amor
con libertad y despejo,
daré a entender que me quieres.
Sólo te encargo y advierto
que si llegare ocasión
de hablarte Anarda, modesto
te declares en mi culpa,
y en todo acontecimiento
no escuches satisfación.

(*Entra* INÉS.)

INÉS. ¡Señora!

AURORA. ¿Qué dices?

INÉS. Pienso
que quiere tu hermana hablarte.

AURORA. Aquí puedes, encubierto,
excusar que no te vea,
porque conviene el secreto.

D. DIEGO. Dices bien.

AURORA. Adiós.

D. DIEGO. Adiós.

(*Vase a esconder* DON DIEGO.)

AURORA. ¡Fuerte ocasión! ¡Grande empeño!

(*Sale* ANARDA.)

ANARDA. Aurora, ¿fuése don Sancho?

AURORA. Ya se fué.

ANARDA. Yo te confieso
que me quiere; tú pudieras
darle a entender el efeto
de mi amor, por que advertido
a esta verdad, por lo menos
excusara darme enojos.

Sólo te encargo el secreto
de todo lo que ha pasado,
que no quiero que don Diego
lo entienda.

(*Sale* Don Diego.)

D. Diego. Desos cuidados
vivo advertido, creyendo
que amas, ingrata, a don Sancho,
y no es bien...

Anarda. ¡Válgame el cielo!
¿Qué laberinto es aquéste?

D. Diego. No te enajenes, que siento
más eso que mis agravios.

Anarda. Yo de escucharte me ofendo.

D. Diego. Si te ofendes de escucharme,
quédate a Dios, que no quiero
darte ocasión.

Anarda. No te vayas
sin declararme el efeto
de la causa que te obliga
a tan ingratos respetos.

D. Diego. Hombres de mi obligación,
aunque sientan lo que siento,
no manifiestan agravio
semejante.

Anarda. No te entiendo.

D. Diego. Ni yo a ti.

Anarda. Escúchame.

D. Diego. Aventuras tu respeto.

Anarda. ¿Por qué?

D. Diego. Porque eres ingrata.

Anarda. ¿Yo, ingrata?

D. Diego. Así lo confieso.

Anarda. Has de escucharme o he de hacer.

D. Diego. ¿Qué has de hacer?

Anarda. Que tenga el tiempo
en mí el mayor ejemplar.

D. Diego. Si lo hicieres, por lo menos
te darás a conocer.

Anarda. ¿Esto sufro?

D. Diego. ¿Esto consiento?

Anarda. ¡Ay, ingrato!

D. Diego. ¡Ah, falsa!

Anarda. ¡Ah, villano!
Vete y déjame, que temo
que tu ingratitud me obligue
a más de lo que padezco.

(*Entrase* Anarda.)

D. Diego. Que una mujer principal,
por tan libre modo y medio
falte a su honor y que quiera,
con engaño y con despecho,
empeñarse y no advertirse
en su culpa, ¡vive el cielo!,
que es defeto de mis dichas.

Aurora. Ese defeto dejemos,
don Diego, si es que pretendes
vengarme de ese defeto.
¿Es posible que no adviertes
en el fin que te aconsejo
tu venganza? Considera
que con sólo lo que has hecho
basta para castigarla.
Tú verás en breve tiempo
lo que los desprecios obran.

D. Diego. Pues para morir [no] verlo
será necesario, Aurora.
Adviérteme.

Aurora. Estáme atento.
Tú me has de solicitar,
y fingiendo amor, fingiendo,
digo que me has de querer.
¿No me entiendes?

D. Diego. Ya te entiendo
Sólo quisiera advertirme
en el modo.

Aurora. ¿Cómo puedo
enseñarte el modo yo?
Haz cuenta que con tu dueño
estás cuando estés conmigo,
y dime tus pensamientos.

D. Diego. Escucha si digo bien.

(*Abre poca puerta* Anarda *y escucha, y dice.*)

Anarda. (Aunque me ofende don Diego,
quiero saber lo que trata
con Aurora, que no espero
bien de tan larga visita.)

D. Diego. Aurora, con el deseo
tanto te quiero y estimo
que, como sé que te quiero,
ofendido de mí mismo,
de mí mismo tengo celos.
Y aunque es injusto quererte,
como tan grande amor tengo,
porque no me debas más
quisiera quererte menos.
Padezco con tanto gusto
que, aunque miro que padezco,
como es por ti el padecer
me olvido del sentimiento.

Anarda. (¿Maldad desta calidad

ha intentado aleve pecho
desde que la ingratitud
dió principio a su veneno?
¿Es posible que esto escucho?)

AURORA. Don Diego, bien me prometo
el crédito dese amor,
si de mi dicha no espero,
que merezca esos favores.
Tu inclinación agradezco
y sé que el alma te estima
con tanto amor, que primero
faltara a su obligación
que falte al fin de tu intento.

ANARDA. (Conformes están los dos.
Sin duda que yo merezco
trato igual. ¿Esto es posible?
¿Tales son los hombres? Pienso
que me falta la razón
y me sobra el sufrimiento,
pues no atropello mi honor
y con valor y despecho
castigo esta libertad.
Retirarme es mejor medio
que entrar a darles mi queja,
porque de su empeño mesmo
obligados, han de dar
más ocasión a mi empeño.)

(*Vase* ANARDA.)

AURORA. Si nos hubiera escuchado
mi hermana, yo te prometo
que tú quedaras vengado.

D. DIEGO. Poco sentimiento espero
en quien aborrece, Aurora.

AURORA. Al más ingrato y soberbio,
si los celos le persiguen
dejarán en breve tiempo
que pierda el alma y la vida.

D. DIEGO. Lo que has dicho ejecutemos.

AURORA. ¿Al fin me quieres burlando?

D. DIEGO. Aurora, yo te prometo
que es el hechizo de amor
de tal calidad, que temo
que se ha de burlar de mí.

AURORA. ¿Cómo?

D. DIEGO. Sin quererte, pienso
que te he de querer.

AURORA. ¿Te burlas?
Advierte que yo no quiero
que me quieras de otra suerte;
y para que en este intento
esté segura de ti
y mi amor no tenga riesgo,
de no quererme de veras
has de hacerme un juramento
por que me asegure en todo.

D. DIEGO. Así lo hago.

AURORA. ¡Qué presto
te allanas!

D. DIEGO. Soy obediente.

AURORA. Eso es lo que yo no quiero.

D. DIEGO. Pues ¿qué quieres?

AURORA. Que me quieras.

D. DIEGO. ¡Vive Dios! que no te entiendo. (1)

AURORA. Que me estoy burlando. Adiós.

D. DIEGO. ¿Qué es esto, cielos, qué es esto?
Acaba ya de sacarme,
amor, de tantos enredos.

TERCERA JORNADA

de la comedia EL ENAMORAR BURLANDO.

(*Sale* AURORA *sola.*)

AURORA. Si quien ama ha de penar
y amando debe temer,
mal se excusa el padecer
siendo forzoso el amar.
Sentir, temer y dudar
efetos son del amor,
sienta el alma este rigor,
pues se empeñó inadvertida
por que pague con la vida
lo que le debe a mi honor.

(*Entra* INÉS.)

INÉS. El Duque me ha preguntado
dónde estás.

AURORA. Y él ¿dónde queda?

INÉS. En el corredor.

AURORA. ¡Que pueda
un amoroso cuidado

(1) Después de éste, siguen ocho versos, que no se copian arriba por lo defectuosos que son. Dice lo que ha podido leerse:

"AURORA. (*Verso ilegible.*)
D. DIEGO. ¿Estoy soñando o durmiendo?
¿Qué enigmas de amor son éstas?
¿Qué dilatado tormento
es éste con que me tratas?
O acaba con mi trabajo (*sic*)
o da medio a mis cuidados
si, por dicha, tienen medio"

Estos versos están tachados en el texto, como los otros.

tanto, que determinado
le venza en su obligación!

INÉS. Ya llega.

AURORA. (Pues, corazón,
sufrid si vivir queréis;
templaos y no os declaréis,
que no os faltará ocasión.)

(*Entra el* DUQUE *y sale* INÉS.)

DUQUE. Desesperado y celoso,
informado de mi suerte,
me he determinado a verte,
confuso si temeroso,
no quiero decir quejoso
de mi dicha y de tu olvido,
pues dello vivo entendido,
y así remedio no espero,
que yo pienso que te quiero
porque me has aborrecido.
Justamente me condeno
a padecer y a morir,
que es imposible vivir
sin el fin deste veneno.
Agradéceme que freno
la pena del sentimiento;
mas en vano mi mal siento
cuando del remedio trato,
que en un corazón ingrato
no cabe agradecimiento.

AURORA. Defeto fuera, señor,
el dejar de conocer
tu voluntad a poder
contrastar libre mi honor
el no quererte mayor.
Y así, diciendo verdad,
estimo tu voluntad
y temo de agradecida,
si no morir ofendida,
ofender tu autoridad.
Que, como debes mirar
por mi honor, desacreditas
aquello que solicitas,
si no con el fin de amar,
con la obligación de dar
el premio justo a mi honor.
Temer mi agravio es valor
y debes agradecerme
que tema, pues es perderme
obligarme de tu amor.

DUQUE. Agradecer por respeto.

(*Entra* ANARDA.)

ANARDA. Señor, impensadamente
me traen mis obligaciones
adonde estoy; si excediese,
movida, al fin, de mi honor,
al respeto que se debe
a vuecelencia, suplico
conozca lo que pretende
el intento de mi eceso,
como mi padre está ausente,
y su honor a mi cuidado
todo aquello que no fuese
en crédito de su honor
sentiré.

DUQUE. (Aquí me conviene (*Ap.*)
satisfacer y sufrir,
disimular y vencerme.)
No dudo en mi obligación
ni me admira lo que os mueve,
Anarda, a tales cuidados.
Sólo mis pasiones sienten
ocasionar vuestra culpa,
a tiempo que agradecerme
debéis lo que solicito.

ANARDA. Ajena, señor, me tiene
vuestro favor.

DUQUE. Siendo ansí
que lo dudáis, me parece
deciros lo que me obliga
a estar donde estoy, si advierte
vuestras quejas en mi intento,
viendo que don Sancho os quiere
y que os está bien casaros
con él, pues él lo pretende.
Entendido de que en vos
había correspondiente
voluntad, cuando no amor,
pedí a vuestro padre diese
consentimiento al efeto
deste amoroso acidente,
y sabiendo no gustáis
de casaros, por vencerme
y acreditar vuestro gusto,
antes que os culpe o me empeñe
quise de Aurora informarme.
Apenas la lengua mueve
el intento cuando vos,
tan inadvertidamente,
solicitáis presunciones,
si no ciertas, diferentes
a quien sois y a mis intentos.

ANARDA. Con vuestra licencia quiere
mi culpa satisfaceros,
confesándoos la que tiene

mi pecho en cuanto a pensar
de vos cosa que no fuese
dina de vuestra grandeza.
Sus atrevimientos siente
el alma y os pide, humilde,
le perdonéis. También quiere
satisfaceros, señor,
en lo que Sancho me ofrece.
Confieso que me está bien
el casarme y pretenderme
Sancho por muchas razones,
y cuando ninguna hubiese,
bastaba quererlo vos,
mas hacerlo eso [es] ponerme
contra toda mi quietud,
respeto que ella aborrece,
el alma tan declarada
en su mesmo ser, que teme
a venir en vuestro intento,
si no acabarme, perderse.
Y siendo cierta verdad,
el alma me pide os ruegue
que desengañéis a Sancho
si es verdad que amor me tiene.

DUQUE. Anarda, si estáis resuelta
a la ingratitud que él vence
la razón, el cielo os guarde.
Yo me voy.

ANARDA. Dejad que os bese
los pies por tan gran favor.

(*Vase el* DUQUE.)

(Disimular me conviene, (*Aparte.*)
porque esta ingrata villana
no se me case o se afrente
si le declaro su culpa.)
Aurora, poco se advierte
quien pudiendo remediar
con tiempo el mal que le ofende,
de temerosa se obliga
a padecer lo que teme.
Y aunque en aquesta ocasión
don Diego, ingrato, me ofende
y pudiera, de ofendida,
Aurora, satisfacerme,
debo mucho a mis cuidados,
quiero saber, si ser puede,
qué le obliga a ser ingrato.
No sé, Aurora, si me entiendes.

AURORA. Bien pudieras olvidallo,
supuesto que te aborrece,
y casarte con don Sancho,
que te adora.

ANARDA. Muchas veces
me has dado aquese consejo,
pretendiendo convencerme
contra mi gusto al intento
de don Sancho, y aunque advierte
el alma tu inclinación,
saber si es posible quiere
qué te obliga y cómo sabes
que don Diego me aborrece.

AURORA. Yo, que sin pasión conozco
la voluntad que le debe
tu obligación y tu amor,
quisiera, Anarda, que fueses
liberal y agradecida,
por el honor que me viene,
como tu hermana y amiga,
de aquel que tú recibieres.
También quiero declararte,
puesto que saberlo quieres,
el cómo sé que don Diego
ni te busca ni te quiere.
Aquel día que le viste
salir de aquese retrete,
culpándole yo de ingrato,
me informó que el pretenderte
para casarse había sido
contigo, y que el acidente,
sabiendo cómo don Sancho
te solicita y pretende,
faltaba de su memoria.
Díjele que se advirtiese
como tú le aborrecías.
Respondióme cuál mal siente
el que se quiere casar
con mujer que otro pretende,
aunque ella le estime y quiera,
pues si alcanza y llega a verse
en posesión de marido,
vive con recelos siempre.
De aquel principio, con esto
y con que sé que a otra quiere,
tu desengaño pretendo.

ANARDA. Esa dama, sea quien fuese,
en poco estima su honor;
mal, Aurora, de sí siente,
pues tan fácil al peligro
se solicita y se vence.
Sabiendo toda esa historia
pudiera reconocerse
y tomar ejemplo en mí;

pero sin duda que debe
de ser mujer poco cuerda,
fácil, libre, impertinente,
atrevida y temeraria.

AURORA. Tiene amor.

ANARDA. Mucho amor tiene,
pues a costa de su honor
con desvergüenza se atreve
a cosa tan mal pensada.

(*Entra* MATORRAL.)

MATORRAL. ¡Dios guarde a vuesas mercedes!
Estimo el haber hallado
juntas las dos. ¡Quiera el cielo
que no cause algún desvelo
la fuerza de mi cuidado!
Con los de mi obligación
ando tan inadvertido,
que me parezco un marido
quejoso de su opinión.
Digo, pues, que mi señor
don Diego, a quien sirvo, y quiero.
de lacayo, de escudero
y de culto embajador,

(*Muestra un papel.*)

me dió este papel, sí dió,
y a dármelo, a lo que entiendo...
(¡Vive Dios, que no aprehendo!) (*Aparte.*)

AURORA. ¿Qué dudas?

MATORRAL. (A quién mandó (*Ap.*
que lo diese de las dos,
si bien sé que quiere [a] Anarda.)

ANARDA. Muestra, Matorral.

AURORA. Aguarda,
hermana.

MATORRAL. ¡Válgame Dios!
¿Queréis que a pares y nones
lo echemos?

ANARDA. Dame el papel,
que con lo que viene en él
excusarán confusiones.

MATORRAL. Cuando te le quiero dar
me aconseja el corazón
que me retire a la acción
con que me hace dudar.

ANARDA. Yo lo tomaré, villano.

(*Toma el papel* ANARDA *y léelo para sí.*)

MATORRAL. Testimonio pido al cielo
desta violéncia, y apelo
para Tito y Vespasiano.

ANARDA. (Conviene disimular (*Aparte.*)
tal traición y tal rigor.
En fin, ¿qué os importa, honor?
Hasta que os podáis vengar,
cautelosa, con secreto,
sabré lo que no quisiera.)

AURORA. ¿Qué te escribe?

ANARDA. (¡Quién pudiera
dar a entender su defeto!)
Bien dices, que este papel
no es para mí.

MATORRAL. ¡Triste hora!

ANARDA. Para la señora Aurora
viene, como se ve en él.

(*Dale el papel a* AURORA.)

AURORA. ¿Para mí?

ANARDA. Para ti digo.

AURORA. Pues yo le responderé.

ANARDA. (Eso te conoceré.) (*Aparte.*)

(*Entrase* ANARDA.)

MATORRAL. Guarda el bulto.

AURORA. ¡Hola! ¿Qué digo?
No le digáis a don Diego
lo que ha pasado.

MATORRAL. Agradezco
lo que me mandáis, y ofrezco,
por ser embajador lego,
serviros, y agradeceros
el excusarme este enfado.

AURORA. Este que me habéis causado
estimo por conoceros,
para que más sienta Anarda
lo que pasa y lo que ignora.

(*Lee el papel.*)

"El alma esta noche, Aurora,
adonde sabes te aguarda."
(Para don Diego y su intento,
supuesto lo que desea,
está bien que Anarda vea
este papel. Sólo siento
el modo de la ocasión.
Pero ya ¿qué hay que sentir,
si es fuerza haber de fingir
y el sufrir obligación?)

MATORRAL. Digo que es muy necesario
decirme qué he de decir
a quien me ha hecho venir
con el dicho extraordinario.

AURORA. Decilde cómo le aguardo
donde manda.

MATORRAL. Soy contento.

AURORA. ¡Dios os guarde!

(*Vase* AURORA.)

MATORRAL. Sufrimiento
me preste un lego Bernardo.

(*Entrase* MATORRAL, *y salen el* DUQUE *y* JACINTO.) (1)

DUQUE.

Cuando más me resisto,
más solicito el daño a que me asisto:
mis desdichas son ciertas.

RAMIRO.

El Condestable, para que diviertas
el mal que te atormenta,
un escuadrón volante te presenta
de pájaros que han dado
nombre a la fama, a la región cuidado.

DUQUE.

Para olvidar la flecha
con que amor hiere el pecho, no aprovecha
divertirse, que ofende
violento el golpe más a quien pretende,
conocido el empleo,
oponer escasas fuerzas del deseo.
Esto es lo que yo siento.

RAMIRO.

No niego que su golpe sea violento;
pero cuando aconseja
la ingratitud al alma firme queja
del linaje que sientes,
para no acreditar... (2)
es consejo prudente
que se divierta el alma a lo que siente,
pues aumenta rigores
quien, cobarde, padece sus temores.

DUQUE.

Por padecer pudiera
merecer si mi fe se conociera; (3)
mas nunca fe segura
halló acogida, gozo ni ventura.

JACINTO.

Sal al campo esta tarde,
olvida el sentimiento, no acobarde
tu noble ser violento
la causa justa de tu sentimiento;
verás los baharíes
acosar la perdiz y los neblíes;
la garza y el milano,
con alto vuelo y con poder tirano,
hurtando a abril colores;
oponerse a la presa los azores,
y del sacre las trazas
rendir alcaravanes y picazas;
taladrando cristales,
seguir el pájaro en los dorales;
ayudarle al aleto,
presto a la presa, fácil al efeto;
a la liebre encogida
privarle el alfaneque de la vida;
el borni acompañarle,
valiente compañero en ayudarle
con pausas dilatadas;
el esmerjón peinar de las copadas
la cola, y, en su modo,
el gerifalte sujetarlo todo.

(*Entra un* CRIADO.)

CRIADO.

Don Sancho quiere hablarte.

DUQUE.

¿Qué me querrá?

RAMIRO.

Yo pienso que cansarte.

DUQUE.

Entre, que en mi tormento
lo mesmo siente Sancho que yo siento.

(*Entra* SANCHO.)

SANCHO.

El corazón me advierte
lo poco que merezco con mi suerte
cuando mi pecho entiende,
señor, que solicita a quien ofende. (1)
Sólo mi amor quisiera
saber su bien o mal porque pudiera,
al fin, descuidado
o vivir o morir desengañado.

[DUQUE.]

Don Sancho, de mi parte
he hecho lo posible para darte

(1) En el primer texto decía "y el Secretario" en lugar de "Jacinto".
(2) Falta lo demás de este verso.
(3) Estos veinticuatro versos están cruzados en el original.

(1) Estos cuatro versos anteriores están cruzados igualmente.

el bien que solicitas;
pero en vano pretendes y acreditas
favores en Anarda,
justamente tu pecho se acobarda.
Ella, determinada,
se excusa ingrata y siente declarada,
y, en efeto, no admite
que tu amor le pretenda y solicite.

SANCHO.

Estimo se declare
cuando, señor, es fuerza que negare
en su desdén ingrato
lo que debe a mi amoroso trato.
El amarla es debido;
sentir que me aborrezca concedido
a mi fe y mi cuidado;
y así vivo quejoso y obligado.
Y ¡por Dios! que quisiera
no amarla con verdad, porque pudiera
excusar enojarla;
mas no es posible en mí dejar de amarla.

DUQUE.

.... de haberse visto (1)
tan fino amante, Sancho.

SANCHO.

Como asisto
a mi amor, me condeno
a alimentar mi fe de su veneno.

DUQUE.

¿No me adviertes el medio
de tu venganza?

SANCHO.

Sólo es el remedio
amar solicitando,
señor, lo que me mata, porque amando
mi muerte y vida espero,
y así vivo por mí si por mí muero. (2)
Quédate adiós.

DUQUE.

Espera.

JACINTO.

¡Notable amor!

DUQUE.

[¡Oh,] Sancho! ¡Si pudiera
el mío declararte,
yo sé que no acabaras de admirarte!

(1) Ilegible el principio de este verso.
(2) Estos diez y ocho versos, cruzados.

Sancho, el que aborrecido
como yo vive, elige por partido
amar solicitando:
lo mismo pienso hacer, porque amando
conozca mi deseo
lo que le debe a mi amoroso empleo.

(*Entranse el* DUQUE *y* RAMIRO *y sale* DON DIEGO *vestido de color.*)

D. DIEGO. Celoso y desengañado
por sentir y padecer,
solicita mi querer
tormentos a mi cuidado.

(*Sale a la reja* AURORA.)

AURORA. (¿Al campo salís, amor?
¡Quiera Dios no os engañéis!
pues fácil os ofrecéis,
atropellad el temor.)
D. DIEGO. (Si no es que me engaño, creo
que Aurora está ya en la reja.)
AURORA. (O el deseo me aconseja,
o don Diego es el que veo.)
¿Eres tú?
D. DIEGO. Desconocido
tanto de mi dicha estoy,
que dudo ya lo que soy
y creo lo que no he sido.

(*Sale* ANARDA *a otra reja.*)

ANARDA. (A costa de mi sosiego,
solicitando mi daño,
desde aquí mi desengaño
sabré más bien de don Diego.)
AURORA. (Mira que te escucha Anarda.)
D. DIEGO. (Ya entiendo.) ¿Cuándo, mi amor,
no ha de sentir tu rigor?
AURORA. Don Diego, nunca acobarda,
a quien ama, no alcanzar
el premio que solicita;
antes se desacredita
con el temer y el dudar.
D. DIEGO. Ese remedio, si advierte
la que se precia de ingrata,
es una vida que mata
con dilaciones de muerte.
Bien es verdad que merece,
menos el que premio espera,
si cuando ama considera
los pesares que padece.
AURORA. Según eso, el ofendido
¿más ama?

D. DIEGO. En tanto pesar,
no es desdicha haber de amar,
sino amar aborrecido.
AURORA. Quién sea [decid].
D. DIEGO. No espero
confesarlo a quien lo sabe,
porque mi sosiego acabe
a manos de lo que quiero. (1)
AURORA. ¿Has de quererme?
D. DIEGO. Corrido,
de que lo dudes, me veo.
AURORA. Bien conozco tu deseo.
ANARDA. (¡Ah, falso y desconocido!
Tanta ingratitud con quien
te adora. Pero ¿qué dudo?
Si eres hombre en quien no pudo
hallar su constancia el bien.)
AURORA. Don Diego, ¿qué sientes?
D. DIEGO. [Verte.]
AURORA. Mal sientes cuando acredito,
con el bien que solicito,
el obligarte y quererte.
D. DIEGO. Como la desconfianza
vive en mí, nunca ha llegado
a que tenga mi cuidado
ni aun principios de esperanza.
AURORA. ¿Quisieras?...
D. DIEGO. Morir espero.
AURORA. ¿Quién te ofende?
D. DIEGO. Yo.
AURORA. ¿Tú?
D. DIEGO. Sí.
AURORA. ¿Cómo?
D. DIEGO. Porque yo por mí
vivo olvidando que muero.
AURORA. ¿Cómo olvidas?
D. DIEGO. Nunca olvido.
AURORA. Si no olvidas, ¿qué es tu intento?
D. DIEGO. Castigar mi atrevimiento,
pues se persuadió atrevido.
AURORA. Don Diego, yo no te entiendo.
D. DIEGO. Pues debieras entenderme.
AURORA. ¿Por qué causa?
D. DIEGO. Por deberme
el bien que estoy padeciendo.
AURORA. ¿Por quién padeces?
D. DIEGO. ¡Por quién!
¿No lo sabes tú?
AURORA. Quisiera
que tu pecho me entendiera.
D. DIEGO. Téngolo entendido bien,
para que el amor se acuerde
de lo que pasa inmortal
siempre fué su mayor mal
conocer el bien que pierde.
AURORA. Olvida ese bien.
D. DIEGO. No puedo.
AURORA. Poco sientes.
D. DIEGO. De sentido
me tiene amor divertido.

(*Hacen ruido dentro.*)

Mucho le debes al miedo. (1)
AURORA. ¿Don Diego?
D. DIEGO. ¡Señora!
AURORA. Espera;
no te vayas, que me ha dado
este ruido cuidado.

(*Entrase* AURORA, *y pasa* ANARDA *a su reja.*)

ANARDA. Aguarda.
D. DIEGO. ¿Quién es?
ANARDA. Yo fuera
a haber en tu pecho fe,
y el no haberme conocido,
es porque soy quien no ha sido,
si fuí la que no seré.
Soy la que, desengañada
de tu aleve y falso trato,
por no juzgarte de ingrato
se juzga la desdichada.
¿Así se paga un amor?
Pero en vano mi mal siento
cuando me dice tu intento
tu falso trato ¡traidor!
¿Para qué si a Aurora amabas
y tanto amor le tenías,
con amorosas porfías
a mí me solicitabas?
¿Para qué con tus engaños
me obligaste a tanto empeño
cuando a diferente dueño,
y por modos tan extraños,
solicitabas amor
fingido a quien te adoraba?
¿Y para qué me obligaba
tu pecho a tanto rigor?
¿No adviertes tu libertad?
Mas ¡qué mucho que no advierta
quien a cara descubierta
solicita una maldad!

(1) Estos diez y seis versos, cruzados.

(1) Estos treinta y dos versos, tachados en el original.

D. DIEGO. Escucha, Anarda.
ANARDA. ¿Querrás
satisfacerme o culparme?
Pero, mal digo, engañarme
para que me debas más.
Confieso me cuesta mucho,
la fe de mi noble trato,
y así no negaré ¡ingrato!
escucharte, pues te escucho.
Oírte quiero, y aquí
será imposible sin dar,
que sentir y mormurar
a quien tú sabes.
D. DIEGO. Así
lo confieso.
ANARDA. Pues mañana
en la noche me verás.
D. DIEGO. ¿Dónde, Anarda?
ANARDA. Donde estás,
sin que lo sepa mi hermana.
Quédate adiós.

(*Vase* ANARDA.)

D. DIEGO. ¡Fuese!

(*Sale el* DUQUE.)

DUQUE. ¡Amor,
mal tu favor me previene!
D. DIEGO. Parece que gente viene.
Retirarme es lo mejor.

(*Vase* DON DIEGO.)

DUQUE. Un hombre se ha retirado
que, según me pareció,
hablaba al tiempo que yo
llegué. Con algún cuidado
me tiene el poco sosiego.
Holgara, pues he venido,
mucho haberle conocido.
Don Diego era el que se fué. (1)
¡Vive Dios, que ha de pagarme
el resistir y ocultarme
los empeños de su fe!

(*Sale* AURORA.)

AURORA. No ha sido nada, don Diego.
Vete, y mañana vendrás
a esta hora.
DUQUE. ¿Para qué?
AURORA. Mañana te lo diré.
¡Qué inadvertido que estás!
Si puedo tendré las llaves
y entrarás.
DUQUE. ¿A qué?
AURORA. ¿No entiendes?
A gozar lo que pretendes,
aunque le pese a quien sabes.
DUQUE. Justo premio de mi amor.
AURORA. Advierte que a no venir
a abrirte yo, te ha de abrir
Inés.
DUQUE. Estimo el favor.

(*Entrase.*)

AURORA. ¡Adiós!
DUQUE. En tan grande abismo
asiste mi sentimiento,
que para mayor tormento
se atormenta de mí mismo. (1)
Ya he descubierto ¡cuitado!
vuestra sospecha. Templad
vuestro fuego. Si es verdad
que vivís desengañado,
no solicitéis el daño
si ha de ser en vos mayor
el sentimiento al rigor
que el valor al desengaño.
Decísme que no podéis.
¡Valiente al peligro estáis!
Decidme: ¿solicitáis
cuando vuestro agravio veis? (2)
Pues os vence la pasión
de un agravio declarado,
no dejéis de ser cuitado
hasta gozar la ocasión.

(*Entrase el* DUQUE, *y salen* RAMIRO *y* MATORRAL.)

MATORRAL. Para poder responder
con tanta resolución,
me advierto de la razón;
y es necesario saber
qué es lo que impensadamente
hoy le obliga a tu cuidado
a que le informe un criado
que ha de servir legalmente,
como yo, de caso tal.

---

(1) Este verso y los tres siguientes, al margen y de otra letra.

(1) Siguen a éste cuatro versos, tachados en el texto, y son los mismos que en la nota anterior se dice que se pusieron al margen, de otra letra.
(2) Estos cuatro versos, cruzados en el texto.

Advirtiendo que me afrento
si tu persona o tu intento
de mí ha presumido mal.
¿Yo traidor? ¿Yo magancés?
¿Yo Judas? Eso, te advierto
que sólo lo hace un tuerto
o un gordo injerto en francés.

RAMIRO. El Duque casar pretende
a Anarda y Aurora. Es
tan noble como cortés,
y aunque de las dos entiende
ha de descubrir su intento,
por no engañarse al disgusto,
quiere saber, con su gusto,
la eleción del casamiento.
Saber quiere a quién las dos
se inclinan, y me mandó
que de ti lo sepa yo.

MATORRAL. ¡El hermano Juan de Dios
me valga! Notable estrecho.
Grande empeño. ¿Qué he de hacer?

RAMIRO. Darte conmigo a entender
y descubrirme tu pecho.

MATORRAL. En un caso semejante, (*Aparte.*)
¿quién me habrá de disculpar
si me llego a declarar
con don Diego?

RAMIRO. Este diamante.

(*Dale una sortija.*)

MATORRAL. Estimo, no la prebenda,
sino la intención, señor,
y aunque callé del temor,
en el que tengo àprehenda
la sustancia del delito
y atropelle mi castigo.
Por este diamante, digo
que Anarda quiere poquito
a don Diego, mi señor.
El, de don Sancho celoso,
vive de Anarda quejoso
y a Aurora le muestra amor.
Recátate de mí, modo
solícita a lo discreto;
lo demás está en secreto.
Con que te lo he dicho todo.

RAMIRO. ¿No me dirás qué pretende?

MATORRAL. Sólo enseñarle a rezar.
(¡Que tal llegue a preguntar
un hombre barbado!)

RAMIRO. Atiende,
que eso lo quiero saber,
si en el modo de empeñarse
quiere don Diego casarse
o entretenerse.

MATORRAL. A mi ver,
una de esas cosas es.

RAMIRO. ¿A cuál le has visto inclinado?

MATORRAL. Sabrélo de su cuidado,
y te lo diré después.

RAMIRO. ¿A Aurora le tiene amor?

MATORRAL. No sé.

RAMIRO. Y Anarda, ¿ha sabido
que don Diego le ha ofendido?

MATORRAL. (Notable preguntador.) (*Aparte.*)
No sé si le quiere Aurora,
ni sé si Anarda le ofende,
ni sé de lo qué pretende,
sólo sé que le enamora.
Lo demás que saber quieres
ellas, pues, te lo dirán.

RAMIRO. Ella, o él.

MATORRAL. O el preste Juan.

RAMIRO. Escúchame.

MATORRAL. ¿Qué me quieres?

RAMIRO. Que me avises cuando acaso
visite Aurora a don Diego.

MATORRAL. ¿Quieres que haga el entrego
de Judas? Estrecho paso.
Basta; que por un diamante
lo he sido, cuando debía
no estragar la cortesía
de embajador y ayudante.
¿Qué te importa a ti el saber
lo que pretendes?

RAMIRO. Dar gusto
al Duque.

MATORRAL. Yo no me ajusto,
señor, con tu parecer;
porque jamás un tercero
se muestra tan cuidadoso.
¿Eres por dicha el celoso?

RAMIRO. Ni lo soy ni serlo quiero.

MATORRAL. ¿Quieres más?

RAMIRO. El secreto
te encomiendo.

MATORRAL. Ruego a Dios
que lo tengamos los dos.

RAMIRO. Por mi parte lo prometo. (*Vase.*)

MATORRAL. Parece que estoy corrido
de lo que he hecho. Mas ¿cuál,
rogado en un caso tal,
deja el ser agradecido?
Quien me culpase, ignorante,

es necesario que atienda
que no habrá quien se defienda
de la fuerza de un diamante.

(*Entrase* MATORRAL, *y sale* DON SANCHO *vestido de noche.*)

SANCHO. Ya que conocidamente
mi desgracia me condena,
premiar quiero mi desgracia
con la vista de estas rejas.
Aquí, que padece el alma
ofendida de sí mesma,
es justo que satisfaga
el pesar de que se premia.

(*Sale* ANARDA *a la reja.*)

ANARDA. (¿Si habrá venido don Diego?)
SANCHO. (O el amor me lisonjea,
o en esta reja y su marco
oigo gente. Cosa es cierta.
Bien será satisfacerme.)
ANARDA. (O el alma en lo que desea
no se advierte, o el que miro
es don Diego.)

(*Llégase.*)

SANCHO. (Di, ¿qué intentas,
amor, con tu atrevimiento?)
ANARDA. ¿Don Diego?
SANCHO. (Sin duda que esta
es Anarda, que, engañada
y mal advertida, piensa
que yo soy don Diego.)
ANARDA. Escucha.
SANCHO. ¿Qué me quieres?
ANARDA. Por que veas
lo que me debes, ingrato,
y a tu obligación adviertas,
te he de abrir.
SANCHO. El premio estimo,
porque quedes satisfecha.
ANARDA. Aguarda.

(*Baja* ANARDA.)

SANCHO. Notable caso.
Ventura, ayúdame en ésta,
pues debes a mis cuidados
tanta dicha como esperan.
ANARDA. Entrá, don Diego.

(*Abre la puerta. Entran dentro. Sale el* DUQUE.)

DUQUE. ¿Es posible,
oscura noche, que llegas
para dar a mis deseos,
si no el gusto que desean,
principio a las esperanzas
que me obligan y sustentan?

(*Sale* AURORA.)

AURORA. (Ya entra en el puesto don Diego.
¡Honor, bien sé que me empeñas!
Acaba ya de acabarme,
o dale medio a mi afrenta.)
¿Don Diego?
DUQUE. ¡Aurora!
AURORA. ¿Has de entrar?
DUQUE. Sólo eso el alma desea.
AURORA. ¿Para qué?
DUQUE. Para pagarte
la voluntad que me muestras.
AURORA. Engañado estás, don Diego.
DUQUE. (Puede ser que tú lo seas.) (*Aparte.*)
AURORA. Ya voy a abrir.

(*Baja* AURORA.)

DUQUE. Eso quiero.
Esta vez, aunque no quiera
mi dicha, la he de gozar,
que tal vez un hombre llega
a gozar aborrecido
lo que amado no pudiera.

(*Sale* AURORA.)

AURORA. Entrad.
DUQUE. (Buen lance has echado.)

(*Entran ambos.*)

D. DIEGO. Cuando confusa navega
el alma en tantos peligros,
por no sentir la tormenta
viene a divertirme el alma.
Con un millón de sospechas
me tienen las que acredito.
¡Quiera Dios que salga dellas!

(*Sale* INÉS.)

INÉS. Puesto que me manda Aurora
que si don Diego viniera
con recato y con secreto
le abriera al punto la puerta
y encerrara en una sala,
he de aguardar. No quisiera
que se tardara don Diego.
D. DIEGO. ¿Quién es?
INÉS. Quien desea
servirte.

D. DIEGO. Yo te agradezco
la voluntad que me muestras.
INÉS. Mi señora me mandó
que en esta reja estuviera
y te entrara con cuidado.
D. DIEGO. Estimo tu diligencia.
INÉS. Aguarda, ya voy a abrir.

(*Baja* INÉS.)

D. DIEGO. De esta vez, aunque no quiera,
he de salir de cuidados.
Animo, que amor me alienta.
INÉS. ¿Eres tú?
D. DIEGO. Yo soy.
INÉS. Acaba
de entrar. ¡Ay, Jesús, qué flema!

(*Entran* DON DIEGO *e* INÉS, *y salen por otra puerta* ANARDA *y* SANCHO.)

ANARDA. Don Diego, en aquesta sala
me aguarda hasta que yo vuelva
con luz, donde pueda hablarte.
SANCHO. Está bien.
ANARDA. (Para que entiendan (*Ap.*)
sin culpa Aurora y don Diego
y castiguen su vergüenza
con la razón de mi agravio,
he intentado que ambos vean
la infamia que solicitan
y la pasión que sustentan.
Y así, le voy a traer
porque quiero en su presencia
dar a entenderles su culpa.)

(*Entrase* ANARDA.)

SANCHO. ¿Qué castigo es el que intentas,
amor, cuando tan valiente
a un desengaño condenas
la esperanza que te aflige?

(*Entran el* DUQUE *y* AURORA.)

AURORA. ¿Don Diego?
DUQUE. ¿Qué quieres?
AURORA. Llega,
y en esta sala me aguarda.
DUQUE. Señora, mira que vuelvas
presto.
AURORA. Adiós.
SANCHO. ¿Quién será
la que se fué y el que queda?
No me advierto ¡vive Dios!
toda el alma se enajena. (1)

(1) Estos dos versos, tachados en el texto.

(*Entran* INÉS *y* DON DIEGO.)

INÉS. En esta sala me dijo
mi señora te pusiera
hasta que yo le avisase;
y así voy, con tu licencia,
a avisarla.
D. DIEGO. Adiós, Inés.
SANCHO. (Si yo no yerro la cuenta,
ya estamos tres enemigos.)
DUQUE. (De haber entrado me [pesa]
porque es fuerza el conocerme.
Este que ha entrado quién sea
no determino.)

(*Entran* ANARDA *y* AURORA *con luz, como entrando a* ANARDA *por fuerza.*)

AURORA. Has de entrar,
porque quiero que se entienda
cuán ajena estoy de culpa.
No te recates ni ofendas,
pues que sabes la que tienes...—
Señor, ¿quién a vuecelencia
ha puesto en esta ocasión?
DUQUE. ¡Don Diego! ¡Sancho! ¿Qué in-
vuestro atrevimiento? [tenta
AURORA. ¡El cielo
me valga! ¿Qué miro?
D. DIEGO. (Cierta
es mi muerte.)
SANCHO. (De admirado
me confundo de manera
que no sé qué le responda.)
AURORA. (Declarar mi culpa es fuerza, (*Ap.*)
aunque el Duque se me enoje.)
(*Al* DUQUE.)
Señor, si me das licencia,
la verdad diré de todo;
perdóneme vuecelencia.
DUQUE. Holgárame de saberla.
AURORA. Averiguada una culpa
de una persona suprema
se dispone a más castigo
el que la acusa o la niega. (1)
Rigores de mi destino,
inclinación de mi estrella,
o defeto de mi dicha,
si es dicha nacer sin ella,
me obligaron a que amase
a don Diego de manera
que, sujeto el albedrío

(1) Siguen otros cuatro versos ilegibles.

y la inclinación sujeta,
se rindió la voluntad
tan tenaz y tan resuelta,
que fué imposible vencer
el golpe de su violencia.
También mi hermana le amaba,
que, como la sangre nuestra
tiene un natural, dispuso
fácilmente la materia.
Ambos se correspondían
con billetes y promesas,
hechizos que tantas veces
engañan y desesperan.
Secretamente sentía
yo estos celos, que, por serlo,
con tormento dilatado
daban a mis ojos guerra.
A este tiempo procuraba
Sancho casarse con ella,
cuyo incentivo me dió
en la causa buenas nuevas.
Consultóme sus pasiones,
yo, por divertirme dellas
y no afligir la esperanza
de mi amorosa impaciencia,
puesto el medio de casarse,
le di una llave maestra
que tenía en mi poder,
de esa cuadra y de esa puerta,
para que gozar pudiese
de su honor, en cuya ofensa
libraba yo a mis cuidados
el premio que no debiera.
Mis desdichas le avisaron
a mi hermana...

ANARDA. Aurora, espera:
¿que don Sancho fué quien quiso
de mi cuarto abrir las puertas?

SANCHO. Yo la abrí, y en un bufete
hallé dos papeles.

AURORA. Cierta
fué mi presunción.

SANCHO. Tomélos,
y dejé, porque entendieras
mi amor, otro que había escrito
de mi mano y de mi letra.
Vencido de mi pasión,
busqué a don Diego (Aquí es fuer-
que me avergüence mi culpa), [za
y, con engaño y cautela,
se los mostré por vengarme,
dándole a entender cómo era
gusto de Anarda olvidase
su amor y correspondencia.

D. DIEGO. ¿Qüé? ¿En eso no tuvo culpa
Anarda?

SANCHO. Así lo confiesa
el alma.

DUQUE. Mal advertido
[en ley] de honor que profesas
estuviste.

SANCHO. El imposible
de mi amorosa cautela
me obligó desesperado.

INÉS. No fué mala diligencia.

AURORA. Celoso, pues, y ofendido
don Diego desta quimera,
un día, al fin, se dispuso
a darme de Anarda quejas.
Y yo, que hallé la ocasión
que buscaba mi firmeza
para disuadir su amor
y que a mí me lo tuviera,
a don Diego aconsejé
que para vengarse de ella
le ofendiese con desprecios,
por que ofendida sintiera
lo mismo que yo sentía;
y con fingida apariencia
amarme solicitase,
librando, señor, en esta
eleción, si no mi dicha,
la venganza de mis penas.
Ejecutó estos engaños
don Diego.

ANARDA. ¿Qué? ¿No fué cierta
de don Diego la mudanza?

AURORA. ¿No lo escuchas?

ANARDA. Siempre yerra
quien los celos acredita
hasta que los celos tengan
autoridad que acredite
el disgusto con que empeñan.

D. DIEGO. Según eso, Anarda, en mí
no ha habido culpa que pueda
persuadir la que me pones.

ANARDA. Claro está.

DUQUE. Cuando eso sea,
¿cómo está don Sancho aquí?

INÉS. ¡Notable pregunta es ésta!

SANCHO. Digo, señor, que pasando
por esa calle, en las rejas
de Anarda sentí ruido,
acerquéme, y en voz queda

oí a Anarda que hablaba,
de su mesmo ser ajena.
Preguntó si era don Diego,
y engañada de sí mesma
me ofreció la entrada al fin.

ANARDA. Es verdad lo que confiesa,
que como Aurora y don Diego
daban causa a mi sospecha
quise darles a entender
su ingratitud, y así cierta
de que el que entró fué don Diego
se fué a esta sala con ella. (1)

DUQUE. Y a don Diego, ¿quién le entró?

INÉS. Yo, señor.

DUQUE. ¿De qué manera?

INÉS. Mandóme Aurora acudiese
con secreto y diligencia
a las rejas desa calle,
y que si hallase en ella
a don Diego recatada
le diese entrada.

ANARDA. Suspensa
me tienen tantos engaños.

DUQUE. (Aunque más el alma sienta (*Ap.*
agravios tan declarados,
corazón, hoy os condena
la obligación de mi honor
a sufrir, y pues es fuerza,
sufrid y disimulad.)
También es justo que sepan
don Diego y Sancho, mi entrada;
y porque mejor adviertan
digo, pues, que, como Fabio
está ausente y a mi cuenta
la estimación de su casa,
[y ya] que he alguna ciencia
de lo que se ha referido,
pasando una noche déstas
por esa calle rondando
vi un hombre que en esas rejas
hablaba y cuando me vido
se retiró. Llegué a ellas;
salió Aurora y entendiendo
que yo era el mismo [de antes]
o acusada de su culpa
concertó que yo viniera
esta noche. Vine, abrióme... (2)
Conformaros de tal suerte,

(1) Estos seis versos, también tachados.
(2) Siguen dos versos ilegibles.

que honradas y satisfechas
queden Aurora y Anarda.

ANARDA. Déle Dios a vuecelencia
vida y gusto.

DUQUE. Dad la mano
a don Diego, por que vea
el premio de sus cuidados.
Y Aurora...

ANARDA. Con tu licencia,
señor, se la doy a Sancho,
que no puede el que sospecha
mal de quien no tiene culpa
estimar a quien debiera
más firme agradecimiento
ni hay disculpa que lo sea.
Reconocida a este agravio,
y advertida de mis deudas,
debo agradecer a Sancho
que, aborrecido, me quiera.
Y así su amor en mi alma
nuevo amor y ser engendra.

DIEGO. Con ese ejemplar, Anarda,
que será bien que agradezca,
me obligas y en confusión
venzo el rigor de mi estrella
y le satisfago a Aurora,
si no el amor, la firmeza
que ha mostrado en él, y así
doila la mano y con ella
el parabién de su dicha.

DUQUE. Cuando vuestro padre venga (1)
le satisfaré de todo.

ANARDA. Guarde el cielo a vuecelencia.

DUQUE. Alzad, alzad.

DIEGO. Aquí acaba
de acreditar el poeta
cómo quien ama burlando
suele amar también de veras.

(1) En vez de éste y los tres versos que siguen, en el manuscrito hay, pero tachados, estos otros:

"INÉS. En aqueste instante llega
Fabio, mi señor.

DUQUE. ¡Por Dios,
que me he holgado de que venga!

(*Entra* FABIO.)

FABIO. Señor, ¿en mi casa a esta hora?

DUQUE. Bien venido, Fabio, seas.
Tus hijas están casadas.

FABIO. ¿Cómo, señor?

DUQUE. [Eso], Fabio,
ellas te lo dirán."

ANTONIO ROCA O LA MUERTE MÁS VENTUROSA

COMEDIA EN TRES JORNADAS (1)

JESUS MARIA JOSE

ANTONIO ROCA.
EL VIRREY.
EL JUSTICIA.
JULIA, *viuda.*
LAURA, *dama.*
JUANA, *criada.*
MENDRUGO.
GUARDAS.
FELICIANO.
Cuatro BANDOLEROS, *que han de doblar papeles, saliendo con máscaras en otra ocasión* (2).

JORNADA PRIMERA

de ANTONIO ROCA O LA MUERTE MÁS VENTUROSA

(*Salen* ANTONIO ROCA *y* FELICIANO, *de clérigos, y* MENDRUGO, *de copihopón.*)

FELICIANO. Ya el parabién puedo darte,
Antonio, del nuevo estado,
pues de Epístola ordenado
estás, y espero mirarte
presto con los soberanos
adornos en el altar
donde Cristo hará bajar
su fe del cielo a tus manos.
Con mucho extremo te honró
el señor obispo.
ANTONIO. Sí;
pero te lo debo a ti.
FELICIANO. Tus méritos conoció.
Que te diga me ha mandado
que reformes el cabello
y que no pase del cuello.
MENDR. Mucho es haberte ordenado
con él sin decirte nada.
ANTONIO. Tú, Mendrugo, llamarás,
sin que lo dilates más,
en volviendo a la posada,
quien me lo quite.
FELICIANO. Ordenarte
con tanta aceleración
fué, Antonio, a mi persuasión,
recelando que a inquietarte
viniese, si lo sabía,
Laura, que estabas muy ciego.
ANTONIO. No, Feliciano, te niego
que la quise y que tenía
de casarme fino intento.
MENDR. Ella siempre lo creyó.
ANTONIO. Pero nunca la di yo
palabra de casamiento.
MENDR. Ya en Lérida la tuvieras,
a saber, cuando partiste,
el intento que trujiste,
y quizá no consiguieras
tan presto haberte ordenado.
ANTONIO. No lo pudiera impedir.
MENDR. Mucho hubiera que decir.
FELICIANO. Mendrugo, de lo pasado
no hablemos.—Amigo, ¿cuándo
te partes a Barcelona?
Porque estarán tu persona
ya tus padres esperando
con el deseo de verte
con la orden sacra primera.
ANTONIO. De aquí a dos días quisiera
partirme.
FELICIANO. De no poderte
acompañar pesaroso
estoy, porque a Tarragona
yo, cuando tú a Barcelona,
partirme será forzoso;
que allí, amigo, he de tomar
el hábito soberano
de aquel serafín humano.
ANTONIO. Muy solo me has de dejar.
FELICIANO. Yo te veré como importe,
que no estás lejos de mí.
ANTONIO. Sin norte quedo sin ti.
FELICIANO. Dios es verdadero norte.
Pero un instante me espera,
que el señor obispo pasa
desde la iglesia a su casa
y, aunque de paso, quisiera
hablarle.

---

(1) La tercera jornada escrita y firmada por Lanini Sagredo.

(2) Hablan además el ALCAIDE, ALBERTO, CAPITÁN, ALFÉREZ y otros con los nombres de UNO y EL MISMO, MUJER, VEJETE, LEONIDO, DAMA, CARPIDORO, LIRCANO.

ANTONIO. Aquí te esperamos.—
Mucho siento el apartarme
de Feliciano, que han sido
freno de mis mocedades
sus consejos y doctrina.

MENDR. Como con él te criaste
le escuchabas con cariño.
El consiguió que dejases
a Laura, que no fué poco,
siendo tu pasión tan grande.

ANTONIO. Fuerza fué apartarme de ella
para que a Dios me acercase.
Pero ¡qué miro! ¿No es ésta?

MENDR. ¡Sí, pardiez! Mas ya muy tarde
llega.

(*Salen* LAURA *y* JUANA.)

ANTONIO. Mucho el verla siento.

JUANA. ¿Qué consigues con hablarle
si ya no tiene remedio?

LAURA. Que el veneno no me mate
de mi rabia si del pecho
no le arrojo entre volcanes
por la boca.

ANTONIO. Pues ¿qué es esto?
¿Tú en Lérida?

LAURA. Vine a darte
el parabién, la primera,
de tus bienes y mis males.

ANTONIO. Mucho me admira que deje
una mujer de tus partes
su casa.

LAURA. De que al arbitrio
de un hombre tan inconstante
dejara mi honor pudieras
con más razón admirarte.

ANTONIO. Laura, por Dios te he dejado.

LAURA. Disculpa fuera bastante
a ser yo mujer con quien
no pudieras tú casarte
sin nota de desacierto
por desigual o por fácil.
Pero si fueron los míos
tan buenos como tus padres,
y yo no he desmerecido
nada por mí después ni antes
que el rostro me hubieras visto,
¿cómo puede disculparte
razón divina ni humana
de una ingratitud tan grande?
Que nada me prometiste
dijiste a Julia, tu madre.
¡Que bien sabes tú que mientes
y que yo puedo mostrarte
mil firmas! Mas suponiendo
que nada me asegurases,
¿cómo presumir pudiera
yo, siendo los dos iguales,
que no siendo para esposa
te atrevieras a mirarme,
cuando quiso mi desdicha
que pretenderme intentases
para turbar mi recato
y mi quietud? ¿No me hallaste
de un ciudadano, viuda,
honrado y de limpia sangre?
Y después que tus finezas
consiguieron obligarme
y entrada te di en mi casa,
¿puse los pies en la calle
sin orden tuya? Tu gusto
¿no fué en mí ley inviolable?
¿No eras dueño de mi hacienda?
Pues ¿no eran éstas bastantes
obligaciones, Antonio,
para que no me dejases
burlada y mi honor perdido
sin que ya pueda cobrarle?
No es estado más seguro
el que hoy por mi mal tomaste
que el del matrimonio, siendo
tan soberano carácter.
Porque es menester, Antonio,
para dignidad tan grande,
que los ángeles la envidian,
ser tan puro como el ángel.
Mas si ese intento tenías,
¿qué te importó (1) el inquietarme?
¿Para qué me pretendiste?
¿Por qué me solicitaste
con finezas que ablandaran
los bronces y los diamantes?
¿Dite yo ocasión alguna?
¿Era necesario, infame,
el desordenarme a mí
para que tú te ordenases?
¡Buena virtud! ¿A Dios quieres
que ingratitudes le agraden?
¿Por la puerta de un engaño
tan vil entras a buscarle?

ANTONIO. Laura, escúchame.

(*Vuelve a salir* FELICIANO.)

(1) Quizá deba leerse "movió" y no "importó".

FELICIANO. ¿Qué es esto?
¡Laura!
LAURA. ¿Qué ha de ser? Quejarme
de ti; pues de tus consejos
ha procedido mi ultraje.
Si con Antonio podías
tanto, ¿por qué no estorbaste
mi agravio y de Dios la ofensa?
¿Fué justo que le dejases
triunfar de mi honor, y luego
le impidieras el pagarle?
MENDR. (Para todos hay melones.)
LAURA. ¿No pudo también quietarse
casado conmigo Antonio?
¿Fué virtud aconsejarle
que me dejara sin honra?
Cuando en el último vale
de su vida se ve un hombre,
¿hay quien duda que son antes
las deudas que los sufragios?
Si al obispo declarase
Antonio lo que me debe,
¿fuera posible ordenarle?
Más quisiera ¡vive el cielo!
para que me aconsejase
un salteador entendido
que un virtuoso ignorante.
ANTONIO. Escucha.
LAURA. Ya no hay que escuche.
En Lérida he de infamarte
¡vive Dios! y en Barcelona,
y agradécele al carácter
que tienes ya, que yo hiciera
con tu muerte que tus padres
lloraran la afrenta mía
primero que te ordenases
de misa. Mas no será
tan presto como pensaste.
Yo hablaré al señor obispo.
FELICIANO. Repara...
LAURA. No hay que repare
sin honra ya; pero el cielo
de todos ha de vengarme.

(*Entranse las dos.*)

MENDR. Furiosa va.
FELICIANO. Poco importa
que al señor obispo hable,
pues ya no tiene remedio.
Si alguna hacienda gastaste
suya, volvérsela es justo,
y aun preciso.
ANTONIO. Mi dictamen
es darla cuanto yo tenga.
MENDR. No hayas miedo que la aplaques
con dineros.

(*Sale un* HOMBRE *vestido como de correo de a pie.*)

CORREO. Aquí está.

(*Llega a* ANTONIO ROCA.)

De Barcelona ayer tarde
salí con aquesta carta
para vos. (No quiero darle
yo la nueva.) (*Dásela.*)
ANTONIO. ¿Estáis pagado?
CORREO. Sí, señor. El cielo os guarde.

(*Entrase.*)

ANTONIO. De mi madre es esta letra.
Indispuesto está mi padre,
pues no escribe de su mano.
FELICIANO. El leerla no dilates,
que quizá será la carta
de letra suya.
ANTONIO. Con grande
sobresalto estoy. También (*Abrela.*)
es la letra de mi madre.

(*Lléganse los dos cerca de* ANTONIO ROCA *como para oír la carta.*)

MENDR. Breve escribe mi señora.
FELICIANO. ¿Qué esperas?
ANTONIO. (*Lee.*) "Vente al instante
que recibas esta carta,
hijo, si quieres hallarme
viva, porque un caballero
traidor me ha muerto a tu padre."
¡Jesús mil veces!

(*Como que va a caer desmayado, y tiénenle los dos.*)

FELICIANO. Antonio,
para las desdichas grandes
es el ánimo.
MENDR. (El barón
Alverino, que es amante
de mi señora, le ha muerto,
sin duda, por despreciarle.)
ANTONIO. No fué del valor defecto
que el ánimo me faltase,
que el corazón, oprimido
con el susto, de la sangre
no pudo batir las alas,
y no alienta si no laten.

FELICIANO. Amigo, a tan triste nueva
quiso Dios anticiparte
el remedio, disponiendo
que primero te ordenases.
Docto eres, cuerdo y cristiano;
clérigo eres ya, bien sabes
a lo que te obliga el serlo.
A Dios ofrece constante
tu dolor.
ANTONIO. Yo se lo ofrezco;
pero temo el de mi madre,
que es su condición terrible
sobre ser la causa grande,
y como se casó niña,
tuvo a su esposo por padre.
MENDR. Trece años tenía cuando
te parió, y aún no cabales.
ANTONIO. Hoy la he de ver. Traerme postas,
que he de partirme al instante;
pero en casa del maestro
me pondré a caballo. Dame
los brazos, que a la posada
no quiero volver. (*Abrázanse.*)
FELICIANO. Pues tráele,
Mendrugo, capote y botas.
ANTONIO. Como estoy he de apearme
en mi casa.
FELICIANO. Con (1) extremo
siento que de mí te apartes;
mas yo te doy la palabra
de verte, si te importare.
ANTONIO. Yo la aceto. Pero a Dios
le pide, amigo, que aparte
el rencor y la venganza
del corazón de mi madre,
y que a mí me dé paciencia.
FELICIANO. Yo lo haré. Vuelve a abrazarme.

(*Abrázanse.*)

ANTONIO. Adiós, Feliciano amigo.
FELICIANO. El te consuele y te guarde.

(*Entrase* FELICIANO.)

ANTONIO. Tú, Mendrugo, con la ropa,
en lo primero que hallares
te partirás.
MENDR. Norabuena;
mas mira, señor, que andes
con cuidado, que el traidor,
quizá por asegurarse
de tu razón y tu brío,
ha de procurar matarte.
ANTONIO. No querrá Dios que lo intente.
MENDR. En duda, bueno es guardarse.
ANTONIO. Dices bien; pero yo llevo
intención de perdonarle.

(*Vanse, y salen el* VIRREY *y el* JUSTICIA *y* CRIADOS.)

VIRREY. ¿Queda preso?
JUSTICIA. Por prisión
la Atarazana le he dado,
y con guardas le he dejado,
porque es muy noble el Barón.
VIRREY. No importa la preminencia
de noble en tan gran delito.
JUSTICIA. Que he de juzgar por lo escrito
sabe, señor, vuecelencia,
puesto que el Justicia soy.
VIRREY. Ser de doña Julia amante
parece indicio bastante,
y de esto informado estoy.
JUSTICIA. No hay testigo que lo diga;
pero cuando alguno hubiera,
tampoco bastante fuera.
Su querella Julia siga,
que yo haré lo que me toca,
pues que le tengo en prisión,
si averigua que el Barón
fué quien mató a Pedro Roca.
VIRREY. A ser pobre el agresor
no fuera dificultoso;
pero contra un poderoso
no habrá testigos.
JUSTICIA. Señor,
siendo en el campo la muerte
no hay de averiguarlo traza.
VIRREY. Si hubiera sido en la plaza
fuera de la misma suerte.
Doña Julia me informó
de todo cuanto ha pasado,
y no sólo está culpado
en que a su esposo quitó
infamemente la vida,
sino en infamia mayor,
sobre defender su honor
Julia.
JUSTICIA. Que fué el homicida
de Pedro Roca el Barón,
no dudo, y tengo creído
cuanto vos habéis sabido;
pero aunque fuera razón

(1) En el texto "Con grande extremo"; pero resulta verso largo.

el castigar su malicia,
sabiéndolo vuecelencia,
y yo, con vuestra licencia,
sin probanza no es justicia.

VIRREY. Para tormento bastantes
indicios hay.

JUSTICIA. Es ansí;
mas no dan tormento aquí
por delitos semejantes.
Que en estos reinos es ley,
y justa, según yo siento,
que al noble no den tormento
si no es por traidor al rey.

VIRREY. ¿Están embargados ya
los bienes libres?

JUSTICIA. Señor,
no se estila ese rigor
con ninguno por acá.
Basta que al dueño se prenda.

VIRREY. ¿Por qué?

JUSTICIA. Porque en Barcelona
sólo paga la persona
el delito, no la hacienda.

VIRREY. ¿No se embarga?

JUSTICIA. Señor, no,
porque no han de perecer
mis hijos y mi mujer
siendo el delincuente yo.

VIRREY. Esa ley es, por piadosa,
justa; pero, aunque es verdad
que, al parecer, es crueldad
que los hijos y la esposa
paguen lo que no han pecado,
sólo aquel temor de ver
pobres hijos y mujer
a muchos ha reportado.
Y en Aragón, por ventura,
menos delitos hubiera
si osadía no les diera
tener su hacienda segura.
¿Quedaron hijos del muerto?

JUSTICIA. Un hijo solo dejó;
mas no le conozco yo;
pero he sabido de cierto
que es virtuoso y que tiene
letras.

VIRREY. ¿Pues es hombre ya?

JUSTICIA. Sí, señor.

VIRREY. ¿Y dónde está?

JUSTICIA. En Lérida. Mas hoy viene,
según la madre me dijo
que ya el aviso le ha dado.

VIRREY. Será menester cuidado
con él, porque ver un hijo
muerto a su padre a traición,
es trance muy riguroso,
aunque sea virtuoso.

JUSTICIA. No ha de atreverse al Barón.
Voy a hacer la diligencia
primera con los criados.

VIRREY. ¿Están presos?

JUSTICIA. Y encerrados.

CRIADO. Ya es hora de dar audiencia.

VIRREY. Vamos.—Adiós.

JUSTICIA. El os guarde.

VIRREY. Después hablarme podéis
si algo averiguado habéis.

JUSTICIA. Vendré, señor, esta tarde.

VIRREY. En esto habéis de mostrar
cuidado.

JUSTICIA. Haré lo que debo,
mas poca esperanza llevo
de poderlo averiguar.

(*Entranse por diferentes puertas, y salen* ANTONIO ROCA *y* JULIA, *su madre, llorosa.*)

ANTONIO. Madre, no aumentéis mi pena;
dejad de llorar.

JULIA. No puedo,
que en tu rostro el de tu padre,
Antonio mío, estoy viendo.

ANTONIO. Tened, señora, paciencia,
que, ofreciéndosela al cielo,
espero en él que os consuele.

JULIA. No es posible que en mi pecho
puedan ya caber, Antonio,
ni paciencia ni consuelo.

ANTONIO. Dios lo hará. Decidme, madre,
quién el homicida fiero
es y la ocasión que tuvo.

JULIA. Escucha, pues, el suceso.
Vióme el barón Alverino,
(¡Sólo de nombrarle tiemblo!)
en San Juan, su mismo día,
sólo para mí funesto,
si para todos alegre,
y como loco mancebo
al sol de mi honor opuso
sombras de torpes deseos.
Hizo diligencias grandes
con músicas, con terceros,
con papeles, con regalos,
con joyas y con paseos.
Hasta que un día en la calle,

saliendo a misa, resuelto
me detuvo, y yo le dije:
"No creí que en caballeros
como vos caber pudieran
tan locos atrevimientos,
con mujeres de mis prendas,
atropellando el respeto
que se le debe a mi esposo,
cuando vos estáis sabiendo
que es cosa tan imposible
poder lograr vuestro intento
como con balas de cera
romper murallas de acero."
En fin, de doña Ana Laura,
mi amiga tan largo tiempo,
se valió, que fué de toda
mi desdicha el instrumento.
Esta, pidiendo a mi esposo
licencia, que me dió luego,
me llevó al campo, y llegando
al sitio que ya dispuesto
para la traición tenían,
salió el Barón al encuentro,
y, después de exagerarme
su pasión con rendimientos,
quiso atreverse a mis brazos;
halló resistencia en ellos,
y, finalmente, le dije:
"A Pedro Roca por dueño,
por mi padre y por mi esposo,
estimo, adoro y venero,
y si él hubiera llegado
a tener algún recelo
de que ofenderle intentabais,
sin duda os hubiera muerto
por haberlo imaginado
solamente, que bien cierto
está de quién soy mi esposo.
Y claro está que, pues tengo
a Pedro Roca en el alma,
será una roca mi pecho."
El, entonces, despechado
de mi amor y su desprecio,
con injuriosas palabras,
corrido y celoso a un tiempo,
puso la mano en mi rostro.
No sé cómo te refiero
su infamia sin que me mate
de mi cólera el veneno.
Con lo ciego de la ira
no pude encontrar tan presto
su daga ni una pistola
que vi en su cinta primero.
Al intentar abrazarme
púsose doña Ana en medio,
cuando tu padre venía
buscándome, y por su riesgo
fué el disimular forzoso,
que el infame caballero
estaba con dos criados,
demás del arma de fuego.
Fuíme, y quedóse tu padre
descolorido y suspenso.
Llegué a casa reventando
el corazón en el pecho
de alborotado, y apenas
dentro de una hora siento
mucho ruído en la calle,
y al instante mismo veo
en los brazos de tres hombres
entrar a tu padre muerto
de un balazo y dos heridas,
de polvo y sangre cubierto.
Salgo a la calle furiosa,
pidiendo justicia al cielo.
Entréme por el Palacio,
salió el Virrey al estruendo
de la gente y de mis voces,
informéle del suceso;
encargóselo al Justicia;
buscó al Barón y, en efeto,
mientras se averigua el caso,
le tiene con guardas preso.
Pero es noble, no hay testigos,
soy mujer, fáltanme deudos,
saldrá libre en cuatro días.
Muero en pensarlo, aunque pienso
que con mi temor te agravio
y con mi furor te ofendo.
Antonio, tú eres su hijo;
tú naciste monstruo al suelo,
porque tu pecho cruzaban
dos líneas de largo pelo;
de trece años te di al mundo
que fué menester tan presto
para que fueses tan hombre
cuando a tu padre me han muerto.
¿No se te altera la sangre?
¿No se te eriza el cabello?
¿No te pulsa el corazón
y brotan los ojos fuego?
Toma, hijo, aquella espada
que asida al lado siniestro
llevaba tu padre el día

de aquel trágico suceso.
Entra en la misma prisión,
vida de mi muerto Pedro.
No aguardes a que el juez
sentencie en mi contra el pleito.
Haz como honrado, aunque mueras;
que, si vengada me veo
del traidor, matarme al punto,
si mueres tú, te prometo.

ANTONIO. Sin sentido, madre, estáis.
Reportaos, volved en vos
y dejad, señora, a Dios
la venganza que intentáis.
Cuando reportarme a mí,
si la venganza emprendiera,
cosa tan de madre fuera,
¿me incitáis y habláis ansí?
Cristo, en la cruz, por mostrar
a los que Dios le creemos
que las ofensas debemos,
a su ejemplo, perdonar,
pidió por sus enemigos
perdón a su Eterno Padre,
siendo su primo y su Madre
de tanta verdad testigos.
El perdonar los agravios...

JULIA. Tente, que el haberte oído
me ha dejado sin sentido.

ANTONIO. ¡Señora!

JULIA. Cierra los labios.
¿Esto engendró Pedro Roca?
¿En mi rostro un bofetón
y un padre muerto a traición,
cobarde, no te provoca?
¡Oh, quién arrancar pudiera
el seno donde estuviste!

ANTONIO. Tú misma me persuadiste
a que de la Iglesia fuera;
y ya vengarme no puedo.

JULIA. ¡Buena excusa me previenes!
¿A las órdenes que tienes
achacas culpas del miedo?
El cielo estima, villano,
los hombres fuertes también,
que a Dios agradó Moisén
porque dió muerte al gitano.

ANTONIO. Madre, el demonio habla en vos
o la ira os ha privado
de sentido, que el pecado
no puede agradar a Dios.
Cuando Moisén, sin recelo,
muerte al gitano le dió,
la culpa le perdonó
Dios por su cólera y celo
y porque librada, en él
tenía su voluntad
divina, la libertad
de su pueblo de Israel.

JULIA. Mas sólo le dió la muerte
en venganza de un hebreo
que maltrató, según creo.
¡Y tú, con dolor tan fuerte
como haber muerto a tu padre...!
Pero vengaréle yo,
pues tan vil hijo engendró.

ANTONIO. ¡Madre!

JULIA. No me llames madre.

(*Entrase furiosa.*)

ANTONIO. ¡Bien este lance temía!
¡Ay de mí! Valedme, cielos,
porque, sobre ser tan grande
el dolor que estoy sintiendo,
es agarrochada fiera
de una mujer el despecho
que, a la venganza resuelta,
cierra los ojos al riesgo.
Pero... ver muerto al que tuvo
por padre y esposo a un tiempo,
sobre el haber ultrajado
su rostro, dolor es fiero.
En mi corazón batallan
el estado en que me veo
y la obligación de hijo.
Pero, a Dios dejarle debo
la venganza que me toca.
Dios manda que perdonemos
las injurias. Mas, mi madre,
si vengarla no resuelvo,
ha de salir despechada,
con afrenta y vituperio
mío. ¿Qué haré? Que aunque sea
la orden sacra que ya tengo
la que mi venganza impida,
que han de juzgar todos creo
mi templanza, cobardía.
¡Ya estar ordenado siento!
Pero, arriesgarme a que crean
que pudo obligarme el miedo
a no vengar a mi padre,
por ser difícil empeño,
no puede tener disculpa.
Ya de ardiente furor siento
el corazón inflamado.
¡Mi honor ha de ser primero!

(*Vuelve a salir* JULIA *con espada y daga desnudas, y detiénela* ANTONIO.)

JULIA. Pues un hijo, por cobarde,
de quien le dió el ser se olvida,
yo mataré al homicida.
ANTONIO. Madre, aguardad.
JULIA. No hay que aguarde.
ANTONIO. Señora, esperad. ¿Qué es esto?
JULIA. Suelta, que estoy despechada.
ANTONIO. Dadme esa daga y espada,
que a matar estoy dispuesto,
donde estuviere, al Barón.
JULIA. ¿Eso me prometes?
ANTONIO. Sí.
JULIA. De gozo no estoy en mí.
Los brazos y el corazón
toma. Venga, como honrado,
a quien el ser has debido.
ANTONIO. Yo haré lo que he prometido.
Pero ¿qué prisión le han dado?
JULIA. La Atarazana; mas no es
prisión, pues están abiertas
siempre de día las puertas.
Mas la salida después
será difícil.
ANTONIO. En dando
muerte al infame homicida
yo buscaré la salida
o, al fin, moriré matando.
JULIA. Y yo, como te ofrecí,
por que muramos los dos.
ANTONIO. No, madre; que viváis vos
me estará mejor a mí.
Con el manteo la espada,
pues es largo, encubriré.
JULIA. Mi palabra cumpliré.
¡Adiós!

(*Entrase* JULIA.)

ANTONIO. ¡Adiós, madre amada!

(*Entra por una puerta y sale por otra.*)

¡Y adiós, también, patria mía!
¡Adiós, casa, que ya es fuerza
no volver jamás a verte
otra vez, que viva o muera!
Por donde haya menos gente
iré, porque me avergüenza
ya que, sin verme vengado,
ninguno el rostro me vea.
Templar la ira es forzoso,
que importa para esta empresa
cordura para lograrla,
si valor para emprenderla.
Ya estoy en la Atarazana.
Bien dijo mi madre. Abierta
su puerta está. ¡Buena cárcel
para una traición tan fiera!
Mas no me está mal. ¿Qué aguardo?
Pero, las guardas son éstas,
y si me conoce alguno
que la entrada me defiendan
es preciso. Mas, no importa.
Como no cierren la puerta
primero...

(*Salen tres* GUARDAS *y quédanse junto al paño.*)

PRIMERO. El Justicia dijo
al Barón que no se prueba
nada, y que de aquí a dos días
le dará su casa mesma
por cárcel.
SEGUNDO. Mucha merced
el Justicia nos hiciera
en dársela desde luego,
que del Barón la moneda
no la hemos de ver.
TERCERO. Es cierto.
ANTONIO. (¡Si me hiciesen resistencia!
La suerte está echada.) ¡Hidalgos!
PRIMERO. ¿Qué mandáis?
ANTONIO. Hablar quisiera
al señor Barón, si puedo.
SEGUNDO. Todos cuantos quieren entran
a hablarle.
ANTONIO. ¿Cuál es de aquéllos?

(*Señalando al vestuario.*)

TERCERO. El que está de espaldas.
ANTONIO. (¡Buena
es la ocasión!)
TERCERO. Y los dos,
sus criados.
ANTONIO. (No me pesa.)

(*Entrándose.*)

PRIMERO. Muy enfermo el licenciado
debe de estar, porque lleva
el rostro como una gualda.
Mas... ¿qué miro?
UNO (*dentro*). ¡Jesús!
PRIMERO. Echa
presto el golpe, que al Barón
le ha dado la muerte.
SEGUNDO. Cierra.

ANTON. (*dentro*). No me ha de quedar ninguno.
OTRO (*dentro*). ¡Muerto soy!
PRIMERO. El traidor muera,
pues ya no puede escaparse.
OTRO (*dentro*). ¡Ay, que me ha muerto!

(*Sale* ANTONIO *con la espada desnuda.*)

ANTONIO. Ya quedan
muertos los tres agresores.
SEGUNDO. Alcaide, acudid apriesa.

(*Sale el* ALCAIDE *con la espada desnuda y en la otra mano el bastón y las llaves.*)

ALCAIDE. ¡El Barón y sus criados
están muertos! Hombre o fiera,
date a prisión.
ANTONIO. De este modo,
cobardes.

(*Mételos a cuchilladas. Vuelven a salir los tres huyendo de* ANTONIO.)

PRIMERO. Detente, espera.

(*El* ALCAIDE *de dentro*:)

ALCAIDE. ¡Muerto soy!
SEGUNDO. Tente, que has muerto
al Alcaide.
ANTONIO. Abrid la puerta,
o haré lo mismo con todos.
TERCERO. Vete, hombre; que ya está abierto.
ANTONIO. Ya en la calle estoy. (*Saliendo.*)
DENTRO. Seguilde.
No se escape el traidor. ¡Muera!
ANTONIO. ¡Mucha gente se ha juntado!
Ya es imposible que pueda
escapar de muerto o preso.
Pero elegir será fuerza
el morir.

(*Salen el* JUSTICIA *y las* GUARDAS *y los que puedan con las espadas desnudas.*)

JUSTICIA. Date a prisión,
traidor.
ANTONIO. Se engaña el que piensa
que es traidor Antonio Roca;
los tres que traidores eran
maté yo.
JUSTICIA. Rinde las armas.
ANTONIO. Vueseñoría se tenga,
que no es mi juez.
JUSTICIA. ¡Matalde!
ANTONIO. No es tan fácil como piensa.

(*Entrase retirando de todos, y queda el* JUSTICIA.)

JUSTICIA. Muera si no se rindiere.
Pero, al alboroto llega
el Virrey.

(*Sale el* VIRREY *y los que puedan acompañarle.*)

VIRREY. Don Juan, ¿qué es esto?
¿Qué causa es la que fomenta
tan grande alboroto?
JUSTICIA. Un hombre,
de quien yo no lo creyera,
el hijo de Pedro Roca,
ha muerto en la prisión mesma
al Barón y a dos criados,
de quien también dió querella
doña Julia.
VIRREY. Aunque lo siento,
dejando aparte que es vuestra
la culpa, pues al Barón
disteis prisión tan ligera
y a sus criados, que pudo
ese mozo entrar en ella,
permisión del cielo es,
sobre ultrajar a su madre,
si tres mataron al padre,
que el hijo mate a los tres.
JUSTICIA. Pero al Alcaide mató
también, y si no le abrieran
la puerta, también murieran
las guardas.
VIRREY. Si ya se halló
perdido, de cualquier modo
bien hizo en querer salir,
que, siendo fuerza el morir,
lo mismo es morir por todo.

(*Sale la guarda segunda, que se llama* ALBERTO.)

ALBERTO. ¡Raro valor!
JUSTICIA. ¿Qué hay, Alberto?
VIRREY. ¿Queda preso?
ALBERTO. No, señor,
aunque es lo mismo en rigor;
pero cinco hombres ha muerto
y a tres ha herido muy mal.
Y viendo su muerte cierta,
a un niño que en una puerta
de una casa principal
sentado estaba, cogió
y en esa torre se ha entrado,
donde queda bien cercado;
con que él mismo se prendió.
Aunque librarse imagina,

esa torre quedó en pie
de una iglesia que lo fué,
y ya es del tiempo ruina.

JUSTICIA. Será ejemplar su castigo.
La hambre le ha de entregar,
pues no se puede escapar.

VIRREY. Si a un niño tiene consigo,
no permitirle el sustento
no sé cómo pueda ser,
porque no ha de perecer
un ángel.

JUSTICIA. Con ese intento,
sin duda, se le llevó.

VIRREY. De que tan en sí estuviese
que ese riesgo previniese
es lo que me admiro yo.

JUSTICIA. Pues el prenderle es forzoso.

VIRREY. Sí; pero no de esa suerte.

JUSTICIA. Si en la torre se hace fuerte
será muy dificultoso
prenderle de otra manera.
Nueve hombres ha muerto ya.

VIRREY. Cercado en la torre está,
y aunque cien hombres hubiera
muerto es muy fiero rigor
que perezca un inocente
por prender a un delincuente
que no es a su Rey traidor.
Medios hay para prenderle.

ALBERTO. De Epístola está ordenado.

JUSTICIA. No le valdrá ese sagrado.

VIRREY. Lleguemos, que quiero verle.

ALBERTO. El es hombre prodigioso.

(*Paseándose como que va hacia la torre.*)

VIRREY. (Si yo virrey no me viera,
¡vive Dios!, que le pusiera
en salvo por valeroso.)

(*Sale* MENDRUGO.)

MENDR. ¿Hay desdicha semejante?
(Mas, con el Virrey he dado.)

JUSTICIA. ¿Dónde vas?

MENDR. Voy a un recado.

VIRREY. ¿Quién eres?

MENDR. Un estudiante

ALBERTO. Este es criado de Antonio
Roca.

MENDR. No le vi en mi vida.

ALBERTO. Criado de ese homicida
eres.

MENDR. Es un testimonio.

ALBERTO. ¿Para qué son los recatos?
Si le sirve, ¿por qué miente?

MENDR. ¿Usté, acaso, es descendiente
de la moza de Pilatos?

VIRREY. Hombre, no tengas temor,
pues con él no te has hallado.
¿Eres de Roca criado?
Di la verdad.

MENDR. Sí, señor.
En este instante llegué.
Supo su madre el suceso,
y a saber dónde está preso
me envía.

JUSTICIA. La madre fué,
sin duda, quien le incitó.

VIRREY. Claro está que le daría
del Barón la alevosía.
Pero no la culpo yo,
que no puede haber prudencia
para tan fiero dolor.

(*Sale una* MUJER *con un canastillo en el brazo, llorosa.*)

MUJER. ¿Aquí está el Virrey? Señor,
duélase vuestra excelencia
de mi desdicha. Yo soy
madre del niño que ahora...

VIRREY. Basta. No lloréis, señora;
de todo informado estoy.

MUJER. Hanme dicho que queréis
quitar a este hombre el sustento
para prenderle.

VIRREY. Ese intento
tuve; pero ya podéis
de eso estar asegurada.
El Justicia mirará
por el niño.

JUSTICIA. Así se hará.

MUJER. Con eso estoy consolada.

(*Asómase* ANTONIO ROCA *a la torre, que estará pintada en lienzo.*)

ANTONIO. ¡Ha, de abajo!

MENDR. Mi señor
es aquél.

VIRREY. Con mucho aliento
está.

JUSTICIA. ¡Grande atrevimiento!

ANTONIO. (La sed me aflige.)

JUSTICIA. Traidor,
sangriento, fiero homicida,
¿qué quieres?

ANTONIO. Que agua me den.

JUSTICIA. No la hay para ti.
ANTONIO. Está bien.
Quien la ha menester la pida.

(*Levanta al* NIÑO *en los brazos.*)

(Pide agua.) Niño, ¿qué quieres?
NIÑO. ¡Agua! ¡Agua!
ANTONIO. Yo no pido
nada; este muchacho ha sido.
Muchacho, importuno eres.
MUJER. ¡Ay, hijo del alma mía!
MENDR. (¡Brava traza!)
JUSTICIA. Mis enojos
crecen.
MUJER. Ya la de mis ojos,
mi bien, el agua os envía.
ANTONIO. Este niño está sediento,
fuerza es darle de beber,
y también querrá comer,
que está falto de sustento.
¿Quieres comer?
NIÑO. Sí, señor.
ANTONIO. De comer pide también.
VIRREY. Preciso es que se lo den.

(*Al* JUSTICIA.)

JUSTICIA. (No estoy en mí de furor.)
MUJER. Sed como el cielo, que llueve
para el bueno y para el malo.
ANTONIO. El ha menester regalo
agora...
VIRREY. (A risa me mueve.)
ANTONIO. Que en cuanto a mí, con un pan
duro de cuarenta días,
por no hacer justicia vos,
como a los perros le dan,
tengo para tres semanas;
pero el niño es delicado,
porque es recién destetado.
JUSTICIA. Deja esas palabras vanas,
que ya te entiendo, traidor.
Nueve vidas has quitado.
ANTONIO. Vos la ocasión habéis dado.
MENDR. (No mata más un doctor.)
ANTONIO. A quien el ser le debí
mató el Barón y otros dos:
por no hacer justicia vos,
me hice yo justicia a mí.
Si esotros seis intentaron
o mi muerte o mi prisión,
viendo mi resolución,
ellos mismos se mataron.

JUSTICIA. La torre he de derribar
o quemarla.
VIRREY. Reportaos.
Antonio Roca, entregaos,
pues no os podéis escapar
con humana diligencia.
ANTONIO. Señor, si Virrey no fuerais
luego mi obediencia vierais;
mas, siéndolo vuecelencia
es juez y no lo es mío,
con que habréis de perdonar,
que no me puedo entregar.
JUSTICIA. Tu desesperado brío,
traidor, no te ha de valer.
MENDR. (¡Quién de mi amo creyera
que en este estado se viera!)
MUJER. ¡Señor!
VIRREY. Traigan de comer
para los dos.
JUSTICIA. Aquí está.
MUJER. Mil años os guarde el cielo.
VIRREY. Bien podéis ir sin recelo.
¿Las guardas?
ALBERTO. Aquí están ya.

(*Salen dos* GUARDAS, *que, con* ALBERTO, *son tres.*)

VIRREY. Adiós, don Juan.

(*Vase el* VIRREY.)

JUSTICIA. El os guarde.
¿Tenéis vino?
ALBERTO. Y veneno.
JUSTICIA. ¡Alerta!
ALBERTO. Descuida.
GUARD. 2.ª (Si abre la puerta,
el demonio que le aguarde.)
JUSTICIA. Diez hombres en cada boca
de las dos calles pondré.
MENDR. (Agora darle podré
el papel de Laura.)
JUSTICIA. Roca,
una cuerda echad.—Cuidado,
Alberto, que es menester.
Adiós, que tengo que hacer.

(*Vase el* JUSTICIA.)

ALBERTO. Grande pasión ha mostrado.
ANTONIO. Allá va un cordel.
GUARD. 2.ª Echad.
ALBERTO. Atalde bien a esa cesta.
MUJER. No es menester; atad ésta
y con esotra cenad.

ALBERTO. Haréisnos mucho favor.
ANTONIO. Por el niño miraré,
señora.
MENDR. Yo la ataré,
pues es para mi señor.
GUARD. 3.ª Atad muy enhorabuena.

(*Ata la cesta* MENDRUGO.)

MUJER. Pon dentro ese pistolete.

(*Recatándose de las* GUARDAS.)

ANTONIO. ¡Mendrugo!
MENDR. ¿Qué mandas?
ANTONIO. Vete.
MENDR. Ya me iré. Tira.

(*Mientras dicen los tres versos se sientan las* GUARDAS *a cenar, y recoge* ANTONIO *la cesta.*)

ANTONIO. La pena
que tendrá mi madre siento.
Vete.
MENDR. De muy buena gana.

(*Vase* MENDRUGO.)

MUJER. Con la comida mañana,
si no mudareis de intento,
vendré. Adiós.

(*Vase la* MUJER.)

ANTONIO. Págueoslo el cielo.
ALBERTO. Tratemos, pues, de cenar.
GUARD. 3.ª Ya que habemos de velar...
GUARD. 2.ª Inútil será el desvelo.
ANTONIO. Hijo, bien puedes comer,

(*Como que va sacando lo que hay en la cesta.*)

que tu madre lo ha enviado.
GUARD. 2.ª No muestra mucho cuidado.
GUARD. 3.ª Pues bien tiene que lamer.
ALBERTO. Brindis.

(*Toma la bota* ALBERTO *y bebe, brindando a* ANTONIO.)

ANTONIO. No hago la razón.
Tomad también esa bota.

(*Arrójales la bota.*)

GUARD. 2.ª Pues no le quedará gota.
ALBERTO. Dormirás como un lirón.
ANTONIO. (Pero un pistolete viene
aquí, y un papel.)
ALBERTO. ¡Por Dios,
que temo a Roca!
GUARD. 3.ª Y los dos.
GUARD. 2.ª Gran valor el hombre tiene.
ALBERTO. Yo temo que ha de salir.
ANTONIO. (Leeréle, que todavía
tiene alguna luz el día.)
GUARD. 3.ª Pues yo no lo he de impedir.
ANTONIO. (*Lee el papel.*)

"Con tu valor y ese pistolete que te envía el padre de ese niño procura salir de la torre, que él también te espera a la vuelta de la calle con sus amigos y dando a entender que dan favor a la justicia, te harán espaldas para que salgas al mar, donde está una galera para partirse a Nápoles, desde donde me podrás avisar para que yo te siga.—*Laura.*"

(No me desampara el cielo.
Por cobrar su hijo intenta
tomar mi amparo a su cuenta
este hombre, que no es buen celo.
Pero el intentar salir
es fuerza de cualquier suerte,
que aquí está cierta mi muerte
sin poderme resistir.
No he de perder la ocasión.
Yo bajo: ayúdeme el cielo,
que ya de la noche el velo
me presta su confusión.)

(*Entrase.*)

GUARD. 3.ª Si no le abrimos la puerta
de la Atarazana es cierto
que a los tres hubiera muerto.
ALBERTO. Estemos todos alerta.
GUARD. 2.ª ¿Para qué?
ALBERTO. Para excusar
aquel primer antuvión;
mas no por otra razón,
que yo no le he de tirar.
GUARD. 2.ª Ni yo tampoco ni puedo,
que aunque me lo hayan mandado,
de Epístola está ordenado.
GUARD. 3.ª ¡Qué buen cristiano es el miedo!

(*Sale* ANTONIO *con la espada en la mano y en la otra el pistolete.*)

ANTONIO. ¡Guardas, lugar!
ALBERTO. ¡Tente!
GUARD. 2.ª ¡Espera!
ANTONIO. Ninguno el paso me impida,
que le costará la vida.
GUARD. 2.ª No hay quien ofenderte quiera

GUARD. 3.ª Avisa a la gente, Alberto.
ALBERTO. ¡Socorro! Amigos, cercalde.

(*Mételos huyendo.*)

GUARD. 2.ª Tomad los pasos. ¡Matalde!

(*Todo esto dentro.*)

OTRO. ¡Favor al rey, que me ha muerto!

(*Vuelve a salir* ANTONIO.)

ANTONIO. Ya no hay remedio. ¿Qué espero?
Cercado estoy.

(*Salen los que pudieren con las espadas desnudas.*)

UNO. ¿Roca?
ANTONIO. Sí.
EL MISMO. Pues ya nos tienes aquí.
¡Muera si no se rindiese!
¡Favor al rey!

(*Salen por la otra puerta con las* GUARDAS, *todas las que fueran posibles.*)

Aquí estamos
¡Favor al rey! No se vaya.

(*Los que le amparan y* ANTONIO, *encorporado con ellos.*)

EL MISMO. Antonio, tomad la playa.
Teneos, que nos matamos.

(*Entranse retirando las* GUARDAS *de esotros, diciendo, al entrarse, estos tres versos el que favorezca a* ANTONIO, *y vuelve a salir por otra puerta. Salen por la otra puerta con las* GUARDAS *todo lo que fuese posible.*)

CONTRARIOS. A la torre el delincuente
se vuelve. Cerrad la puerta
de la torre, que está abierta.

(*Sale* ANTONIO.)

ANTONIO. Pues me da lugar la gente
que en mi amparo está empeñada,
saldré al mar. Madre, por ti
virtud y patria perdí;
mas ya te dejo vengada.

JORNADA SEGUNDA
de ANTONIO ROCA.

(*Salen* MENDRUGO *y* LAURA *y* JUANA, *con mantos.*)

LAURA. Dicha fué que se escapase.
MENDR. Si la galera no zarpa
luego, temo que no baste
del Capitán la palabra,
que es fuerza que esté irritado
el Virrey con muertes tantas
como ha hecho, y el Justicia
le ha de hacer muchas instancias
también para que le pida.
JUANA. Mal por mal, mejor estaba
en la torre, que, en efeto,
siendo de aquel niño el ama,
era fuerza sustentarle.
LAURA. Mas eso sólo durara
un día más, que después,
cuando no la derribaran
por el peligro del niño,
poniendo a la torre escalas
por tres o por cuatro partes,
le prendieran o mataran.
MENDR. Mi señora al Capitán,
por obligarle, la plata
que tenía le ha enviado.
Pero en fin, señora, ¿tratas
de dejar a Barcelona?
LAURA. Antes que otra vez esparza
el sol la madeja de oro
sobre el peinador de plata
me he de embarcar.
JUANA. Considera
que es terrible arrojo.
LAURA. Juana,
quédate, o no me repliques,
pues me ves determinada
que viva o que muera. Antonio,
donde es pública mi infamia
no me he de quedar.
JUANA. Pues manos
a la obra, que la Italia
dicen que es tierra del cielo.
MENDR. Pero ¿no determinabas
no ausentarte hasta saber
que ya en Nápoles estaba
mi amo?
LAURA. Con él iré,
Mendrugo, más bien aguarda,
pues la ocasión es tan buena.
MENDR. Eso es verdad; pero falta
que el Capitán lo permita.
LAURA. Necio, si dispuesto estaba
que te quedases conmigo
por que después me llevaras
con título de tu esposa
cuando Roca me avisara,

¿qué más tiene el embarcarnos
luego con la misma traza?

MENDR. ¿Título sin ejercicio?
Yo juzgué que te burlabas.

JUANA. Como te cases conmigo
mezclarás veras y chanzas.

MENDR. Della no, tu ama tira,
no tires de corte, Juana.

LAURA. Pues con nombre de mi padre
podrás ir.

MENDR. Aun eso vaya,
que no hay riesgo en que lo crean.

JUANA. Del Justicia acompañada
entra Julia en el palacio.

MENDR. Sin duda el Virrey la llama.
Desta vez manda prenderla.

LAURA. Para eso no la llamara,
ques muy gran señor el duque,
y aunque es tan grave la causa,
es dama, en fin, doña Julia.

JUANA. Pero muy terrible dama.

MENDR. Fuerza es quedarme a saber
lo que resulta.

LAURA. En la playa
te esperamos porque hablemos
al Capitán. Vamos, Juana.

MENDR. Luego soy contigo.

LAURA. Adiós.

MENDR. Muy como a reo la tratan
a mi señora. En el patio
la detienen. Mas ya baja
el Virrey.

(*Salen el* VIRREY *y el* JUSTICIA, *y doña* JULIA *y* CRIADOS.)

JULIA. De vuecelencia,
señor, he sido llamada,
y para que yo viniese
a saber lo que me manda,
excusada diligencia
fué traerme de mi casa
rodeada de ministros,
que, aunque pobre, soy honrada
y mujer.

JUSTICIA. Mas también sois
de tantas muertes la causa.

VIRREY. Ser la causa no es lo mismo,
Justicia, que ser culpada,
y bien pudierais traerla
con decencia.

JUSTICIA. Acompañada
yo y mandar que los ministros
su persona rodearan,
fué recelar que los deudos
del Barón la maltrataran.
Además, de que teniendo
su culpa yo averiguada,
con decencia la he traído,
que es reo, en fin, aunque dama.

VIRREY. ¿Cuál es la culpa?

JUSTICIA. El haber
persuadido a la venganza
a su hijo y el haberle
puesto en la mano la espada,
y haberle dicho que entrase
en la prisión donde estaba
el Barón y le matase.

JULIA. Si fuera prisión no entrara,
y que averigüéis me espanto
lo que, encerrada en mi casa,
solos los dos, a mi hijo
le dije, y no averiguarais
una muerte tan infame
donde tres hombres estaban,
hortelanos y otra gente
que por el campo cruzaban,
que al Barón y a sus criados,
en las manos las espadas,
vieron salir de la güerta
después de un carabinazo,
donde, de tres estocadas,
muerto a mi esposo dejaban.

JUSTICIA. No habiendo testigo alguno
que contra el Barón jurara,
bastante prisión tenía,
y el nombre sólo bastaba
de prisión, sin que lo fuese,
siendo la nobleza tanta
del Barón, para que un hombre
plebeyo le respetara.

JULIA. De eso, señor Virrey,
el que lo piensa se engaña.
Mi hijo, por padre y madre,
aunque de fortuna escasa,
es notoriamente hidalgo
y los más nobles de España
de unos hidalgos proceden
a quien dieron sus hazañas
poder para que ilustrasen
la nobleza de sus casas.

JUSTICIA. Las que vuestro hijo ha hecho
le pondrán en cuatro escarpias
como infame y homicida
traidor.

VIRREY. Justicia, ya basta;
que los jueces castigan
al reo, mas no le ultrajan.
No os mostréis apasionado
que parecerá venganza
su castigo, aunque es tan justo.

JULIA. Si muriese en esa plaza
y su cuerpo, hecho pedazos,
pusiereis en cuatro escarpias,
no morirá con deshonra,
que el delito es el que agravia,
no el género de la muerte.
Y cuando siendo la causa
tan grande no hubiera muerto
al Barón, yo le matara,
que para hombre tan infame
sola una mujer bastaba.
Demás, de que aún no está preso
Antonio, y tengo esperanza
de que no le prendáis vivo
y, en fin, él tiene Orden sacra
y es clérigo.

VIRREY. Doña Julia,
mucho me admira que en dama
tan hermosa caber pueda
fiereza tan catalana.

JULIA. Perdóneme vuecelencia,
que no estoy en mí.

VIRREY. Llevalda
en una carroza mía.

CRIADO. ¿Dónde, señor?

VIRREY. A su casa.
Y a su puerta desde luego,
sin entrar dentro, de guarda
pondréis diez arcabuceros
y no permitan que salga
ni entre persona ninguna.

CRIADO. Haráse como lo mandas.

VIRREY. Antes que las guardas pongan
voy a dejar mi sotana
y a tomar mi vestidillo.

JULIA. ¿Me da por prisión mi casa
vuecelencia?

VIRREY. No, señora.
Por que estéis asegurada
de los parientes y amigos
del Barón os pongo guardas.
(Y también por que no sepa,
hasta que esté ejecutada,
de Antonio Roca la muerte,
pues el Capitán se encarga
de entregarle.) Y no vais presa,
que vuestro disgusto basta
por prisión.

JULIA. El cielo os guarde
mil años.

VIRREY. Acompañalda
y ejecutad lo que he dicho.
Adiós.

JULIA. Beso vuestras plantas.

(*Llevan a doña* JULIA.)

JUSTICIA. Muy piadoso vuecelencia
se ha mostrado.

VIRREY. No hallo causa
ninguna para prenderla,
sino el haber sido honrada.
A su hijo traerá preso
el Capitán. En la playa
le recebid.

JUSTICIA. El castigo
será ejemplar.

VIRREY. Orden sacra
tiene. No es justo que muera
muerte afrentosa en la plaza,
que los delitos de este hombre
se los trujo su desgracia.

JUSTICIA. Pero está, con tantas muertes,
la ciudad alborotada,
y el darla satisfación
es justo.

VIRREY. Que muera basta,
que infinidad de delitos
con una vida se pagan.

(*Entrase, y sale* ANTONIO ROCA, *como que está en la galera.*)

ANTONIO.

Yerro ha sido fiarme
del Capitán, que, aunque ofreció ampararme,
el verle disgustado
me tiene receloso y asustado.
Si el Virrey le ha vencido
a que mude de intento, soy perdido,
que la esperanza de escaparme cierra
no ser posible ya saltar en tierra
que en el mar no hay ninguna.
Pero, en fin, si lo quiere mi fortuna,
morir hecho pedazos
será mejor que de afrentosos brazos
a trozos dividido
como facineroso forajido.
Que si, en fin, es la vida
prestada y el deudo que más la olvida,

es fuerza que la deuda satisfaga.
Poco me importa anticipar la paga,
que, en los malos y buenos,
viene a ser cuatro días, más o menos.
Pero ya con certeza
examino de este hombre la vileza,
supuesto que previene
su gente toda y hacia mí se viene.
Pero la culpa es mía.
¡Malhaya el hombre que en el hombre fía!

(*Sale el* CAPITÁN.)

CAPITÁN. Todos estad prevenidos,
y cuando os llame llegad.—
Mucho siento, Antonio Roca,
el ser preciso faltar
a lo que ofrecí.

ANTONIO. ¿Con eso
me habéis dicho que intentáis
entregarme al Virrey?

CAPITÁN. Sí,
que no lo puedo excusar,
¡vive Dios!

ANTONIO. Un caballero
español y capitán
¿quiere entregarme a la muerte
prometiéndome amparar
hasta dejarme seguro
en Nápoles?

CAPITÁN. Es verdad
que os lo ofrecí; mas yo vengo,
como sabéis, a llevar
docientos hombres al reino
de Nápoles, y zarpar
sin ellos es imposible,
y me los ha de entregar
el duque como virrey
y capitán general
de Cataluña. No puedo
a sus órdenes faltar.
El me manda que os entregue
luego porque a la ciudad
sosiegue vuestro castigo.

ANTONIO. Como Virrey, claro está
que es el mandarlo forzoso;
pero como general
y gran señor, no es posible
que el duque pueda culpar,
el ampararme, que yo
ni he sido al rey desleal
ni tengo delito infame.

CAPITÁN. Vuestra desgracia culpad,
que yo no puedo ampararos.

ANTONIO. Grande sinrazón usáis,
señor Capitán, conmigo.
En ese esquife me echad
en tierra fuera del puerto,
que esos montes me darán
paso por sus asperezas.

CAPITÁN. En vano, Roca, os cansáis.

ANTONIO. Yo disuadiros pretendo
de la infamia que intentáis,
que el ejecutarla tiene
muy grande dificultad.

CAPITÁN. Yo he prometido entregaros,
y ya esperándome están.

ANTONIO. La mitad habéis cumplido;
mas falta la otra mitad,
y tengo por muy difícil
que la que falta cumpláis.
Que no es bastante que vos
al Virrey le prometáis
entregarle a Antonio Roca
si él no se quiere entregar.

CAPITÁN. Pues dentro del mar ¿quién puede
libraros?

ANTONIO. El mismo mar.
Pues es mejor que en sus ondas
rinda el aliento vital
que entregándome un perjuro
y cobarde capitán.

CAPITÁN. ¡Soldados, llegad! ¡Prendelde!

(*Salen los que puedan de* SOLDADOS, *y un* ALFÉREZ, *con venablo.*)

ANTONIO. Vivo no podrás lograr
tu traición, vil caballero.

CAPITÁN. Alférez, ¿a qué esperáis?
¡Prendelde o matalde!

ALFÉREZ. Roca
tiene Ordenes sacras ya,
y el venablo me dió el rey
sólo para pelear
con sus enemigos, no
para prender ni matar
clérigos.

CAPITÁN. El Virrey tiene
su poder en tierra y mar,
y me manda que le entregue.

ALFÉREZ. Pues el señor Capitán
le prenda.

CAPITÁN. Rinde la espada.

ANTONIO. Muerto me la quitarás.

CAPITÁN. ¡Soldados, prendelde o muera!

ALFÉREZ. Amigos, no le ofendáis,
que es infamia y sacrilegio.
CAPITÁN. ¡Vive Dios! De castigar
al que no me obedeciese.

(*Defendiéndose de todos, dice al entrarse* ANTONIO.)

ANTONIO. ¡Cobarde! No lograrás
tu vil intención. ¡El cielo
me ayude!
UN SOLD. ¡Arrojóse al mar!
CAPITÁN. ¡Tiralde! ¡Muera en el agua!
ALFÉREZ. Nadie le tire. Mirad
que es clérigo.
SOLDADO. Si es de noche,
¿cómo le hemos de apuntar?
ALFÉREZ. Pero no excusa su muerte;
que es imposible llegar
a tierra fuera del puerto
sin milagro.
CAPITÁN. Claro está.
Pero ¿cómo vos, Alférez,
a un delincuente amparáis
en mi contra y contra el orden
de un capitán general?
ALFÉREZ. General de las galeras
es don Alvaro Bazán.
El me dió vuestra bandera,
y, aunque sois mi capitán,
solamente obedeceros
me toca en lo militar.
El Virrey es gran señor
y gran soldado, y dirá
que hice lo que hacer debía.
CAPITÁN. Presto lo veréis. Llegad
el esquife.
ALFÉREZ. A mí también
el Virrey me escuchará.
CAPITÁN. ¡Boga a tierra!
ALFÉREZ. ¡Boga a tierra!
SOLDADO. Por cierto, buen capitán.

ROCA (*dentro*).

¡Cielos, piedad! Mas no piedad os pido,
que es impropio lograrla un afligido
en quien cuenta una a una
todas sus sinrazones la fortuna.

(*Sale como mojado.*)

Y no lo ha sido que la mar severa
al puerto de la playa me trujera,
sino dar a entender, aunque arrojado,
que aun no sufre la mar a un desdichado.
¿Dónde iré, que confuso el pensamiento,
tropezando la vida en el aliento,
el respirar sin orden, confundido
y el corazón latiendo en el oído,
y en su pálido coche
el horror ayudado de la noche
ni sé qué puerto a mis desdichas haya
ni acierto a descubrir en esta playa
refugio ni acogida
para esta triste y miserable vida?
Mas si acaso la vista no ha mentido,
sobre aquel mal tejido
cerco de ramas veo,
si no ha sido que ansioso mi deseo
me finge que lo vea,
ya casa, ya algaria o choza sea,
irme acercando quiero
porque antes que el crepúsculo postrero
la noche ciegue, vea si me ha dado
la incansable tarea de mi hado
el alivio de hallar donde ocultarme
y también en fugarme
hasta ver si mi suerte se mejora
con las primeras luces del aurora.
Casa es; pero está cerrada
la puerta. Dar golpes quiero.

(*Da golpes, y sale al paño una* MUJER.)

MUJER. ¿Quién llama?
ANTONIO. Un hombre infeliz,
un perdido pasajero
que hoy a vuestra piedad pide
permitáis se albergue dentro
de vuestra casa entre tanto
que amanece.
MUJER. Caballero,
perdonad, que esta no es venta
y no hay donde recogeros.
ANTONIO. Entre tanto que amanece
basta un rincón.
MUJER. (Por el miedo
con que estoy he de albergarle.)
Solamente un aposento
hay; mas no querréis dormir
en él.
ANTONIO. ¿Por qué?
MUJER. Porque un muerto
le ocupa, que hasta enterrarle
mañana le tienen puesto
en él.
ANTONIO. Pues eso ¿qué importa?
Decidme: ¿acaso los muertos
no dejan dormir los vivos?

MUJER. Es que el horror...
ANTONIO. Nada temo.
MUJER. Pues entrad muy en buen hora.

(*Entran por una puerta y salen por otra.*)

ANTONIO. Yo satisfacer ofrezco
el hospedaje.

(*Descúbrese una cama donde está un difunto, y una vela en una mesa.*)

MUJER. Ninguna
paga, hidalgo, de vos quiero.
ANTONIO. Pues creed que Antonio Roca,
a quien el agrado vuestro
ampara, no será ingrato.
MUJER. ¿Sois vos acaso el que huyendo
anda del Virrey?
ANTONIO. Yo soy.
MUJER. Gran riesgo tenéis. ¡El cielo
os libre! Quedad con Dios,
que cerrar la puerta quiero
y recogerme. (*Entrase.*)
ANTONIO. Fortuna,
en buen estado me has puesto.
Ayer ministro sagrado
me juzgaba, y hoy me veo
de mi patria perseguido
por homicida sangriento.
Señor difunto, preciso
es que nos acomodemos
en esa cama los dos,
que ni es razón que viniendo
yo tan mojado y molido
me eche a dormir en el suelo,
ni arrojarle de su cama
tampoco fuera bien hecho.
Hágase a un lado, y perdone.
Mas ¡ay! que agora me acuerdo
de que ayer y hoy mis desdichas
me han olvidado del rezo
a que por la Orden sacra
estoy obligado. El cielo,
piadoso, me lo ha acordado;
mas por muy perdido y ciego
que en sus delitos se vea
el hombre, le está asistiendo
a ratos la inextinguible
llama del conocimiento.
Y aunque la noche esté ya
tan adelantada, quiero
empezar, pues el breviario,
porque le traigo en el pecho
y por las tablas, no viene

(*Saca del pecho un breviario pequeño.*)

ni bien mojado ni seco
del todo. *Domine labia
mea, aperies.* Mas ¿qué es esto?
Rumor he sentido.

(*Sale la* MUJER *asustada.*)

MUJER. ¡Antonio!
ANTONIO. ¿Qué hay?
MUJER. Mucho mal.
ANTONIO. Dile presto,
MUJER. Cuatro hombres con mascarillas,
todos con armas de fuego,
te buscan, que alguna espía
que te vió entrar aquí dentro,
les dió el aviso sin duda.
ANTONIO. Cobra, señora, el aliento.
MUJER. No hallo forma de librarte.
ANTONIO. Vuelve y diles que durmiendo
estoy; pero no les digas
que hay en aqueste aposento
difunto.
MUJER. Pues ¿qué pretendes
hacer?
ANTONIO. Tú lo verás presto.
MUJER. ¡Dios te libre!

(*Entrase la* MUJER.)

ANTONIO. Vete aprisa,
que quizá dispuso el cielo
que me libre de la ira
de muchos vivos un muerto.
Ellos han de entrar juzgando
que yo estoy aquí durmiendo,
y, de la venganza ansiosos
y de la cólera ciegos,
han de llegar a la cama,
y debajo de ella intento
probar si con este ardid
de su rabia me defiendo.
Camarada, por mí quede
a lance tan raro puesto,
que aunque le den mil heridas
no puede quedar más muerto.

(*Compone al difunto y métese debajo de la cama. Salen cuatro con mascarillas y carabinas.*)

PRIMERO. No nos mintió la mujer;
en la cama está durmiendo.
SEGUNDO. Y como si no tuviera
enemigos.
ANTONIO. (Sí los tengo,

canalla vil; sois vosotros;
pero, sin embargo, duermo.)

TERCERO. ¿A qué esperamos, amigos?
De puñaladas le demos.

(*Llegan a la cama y danle todos.*)

PRIMERO. ¡Muere, traidor!

ANTONIO. ¡Ay, Jesús!

SEGUNDO. Ya pagó el atrevimiento
de la muerte del barón
Alverino.

TERCERO. Ya está muerto,
y pues esta casería
de la ciudad está lejos,
entre tanto que amanece
aquí descansar podemos.

PRIMERO. Dices bien. Arrimen todos
las pistolas.

(*Arriman las pistolas donde las pueda alcanzar* ANTONIO ROCA.)

ANTONIO. (Eso espero.)

(*Siéntanse todos.*)

SEGUNDO. ¡Qué descansado que queda
el brazo libre del peso
de una afrenta!

TERCERO. Dicha ha sido
encontrarle.

ANTONIO. (Sí, por cierto.)

PRIMERO. Con qué descanso dormía
el infame.

SEGUNDO. No dió un vuelco
en la cama.

ANTONIO. (Me dolía
poco, y estábame quedo.)

PRIMERO. A mí me parece...

TERCERO. ¿Qué?

PRIMERO. Que a la ciudad le llevemos,
porque tengan un buen día
nuestros amigos y deudos.

CUARTO. Busquemos en qué llevarle.

(ANTONIO *ha recogido las pistolas, y sale con una en la mano.*)

ANTONIO. El que se escapare huyendo,
podrá buscar en qué lleve
a la ciudad vuestros cuerpos.

(*Dispara, cae uno, y mete a los demás riñendo, y vuelve a salir.*)

CUARTO. ¡Muerto soy!

ANTONIO. Antonio Roca
soy, el que juzgabais muerto,
¡infame gavilla!

DENTRO. ¡Huyamos!

ANTONIO. No os valieran ¡vive el cielo!

(*Ahora sale.*)

los pies a no estar cansado.
Pero pues libre me veo,
ahora importa retirarme,
porque es fuerza que dando éstos
en Barcelona el aviso
salgan a buscarme, y puesto
que ya por el horizonte
ilustrado de reflejos
del padre hermoso del día
se asoman los rayos bellos...

JUANA (*dentro*). Yo determino hacia acá,
que por ahí nos perderemos.

MENDR. (*dentro*). Pues ¿por qué parte no vas
siempre perdida?

ANTONIO. Los ecos
de caminantes, sin duda,
son, que los ásperos cerros
huellan del monte.

LAURA (*dentro*). ¡Ay de mí,
infelice! ¿Cuándo el cielo
será piadoso conmigo?

ANTONIO. De mujer son los acentos.
¡Caminantes! Por aquí
está el camino.

(*Salen* MENDRUGO, LAURA *y* JUANA.)

LAURA. Siguiendo
tu voz, cualquiera que seas,
voy. Pero, ¡válgame el cielo!

ANTONIO. ¡Laura!

LAURA. ¡Antonio de mi vida!

ANTONIO. ¿Tú aquí, Laura? Pues ¿qué es [esto?

LAURA. ¿Eso extrañas?

MENDR. Y Mendrugo
también, por si no hay sustento.

JUANA. Y Juana viene también,
como un Roldán, asistiendo
a su ama.

ANTONIO. Dadme todos
los brazos. Llegad. (*Abrázalos.*)

LAURA. Ya en ellos
hallan las desdichas mías
el apetecido riesgo.

ANTONIO. ¿De quién o cómo supiste
que me arrojé al mar tan presto?

LAURA. Como los tres en un barco
estábamos no muy lejos

ya de la galera, cuando
vimos arrojarse luego
de ella al esquife tres hombres
o cuatro, y el uno de ellos
es el Capitán infame
que a voces iba diciendo:
"¡Por vos se ha escapado Roca!"
y ellos le respondieron:
"Ya le habrá dado sepulcro
el mar, que vestido es cierto
que no ha de poder salir
a tierra fuera del puerto."
Con esto nos resolvimos
a seguirte, por si el cielo
me concedía el hallarte
en mar o en tierra. Mas luego,
para mayor pena mía,
otro barco a vela y remo
salió a buscarte, sin duda,
que todos los que iban dentro,
si no me engañó la vista,
eran de Alverino deudos.

ANTONIO. De esos me libró mi dicha
por un extraño suceso,
y a Barcelona se vuelven
con más prisa que salieron.
Mas no todos, que uno queda
con sus mismas armas muerto.
Pero, esto dejando aparte,
mucho, Laura mía, siento
no ser posible pagarte
las finezas que te debo.

LAURA. Mi suerte lo quiso, Antonio.
Mas ya que cobrar no puedo
mi honor con quien me le debe,
vivir y morir prometo
en el más remoto clima
o el más áspero desierto
del orbe.

MENDR. Presa por mil,
presa por mil y quinientos.
Pero entre tanto que sales
de Cataluña, tu riesgo
se queda en pie, y el salir
es difícil, según creo,
que es menester caminar
por montes y vericuetos
huyendo de los poblados.

ANTONIO. Como yo en los Perineos
ponga los pies, no hay peligro
que me aflija. Sólo temo
que Laura y Juana se rindan
al cansancio.

LAURA. Ese recelo
pierde; que mi amor, Antonio,
me dará fuerzas y alientos
para seguirte.

JUANA. Y a mí,
pues a mi Mendrugo llevo.

MENDR. Ya yo sé que por ligera
caminarás como el viento.

JUANA. Y por firme.

MENDR. Señor, vamos,
que hay por aquí bandoleros
y ya es de día.

ANTONIO. Bien dices.
Pero llégate primero,
Mendrugo, a esa casería
y saca de un aposento
donde están muertos dos hombres
las pistolas que están dentro.

MENDR. ¿Dos muertos hay?

ANTONIO. Sí; ¿qué esperas?

MENDR. Tú puedes ir, que yo tengo
gran pavor a los difuntos.

ANTONIO. Pues, ¿por qué los tienes miedo?

MENDR. Porque es gente desalmada.

DENTRO. Ataja, que pasajeros
son.

LAURA. ¡Ay de mí! Gente suena.

JUANA. Dimos con los bandoleros.

MENDR. ¡Esto es peor!

DENTRO. Corta el paso.

MENDR. Cortado esté en los infiernos
tu gaznate.

ANTONIO. Nada temas,
Laura mía.

LAURA. Sólo temo
tu condición, que yo traigo,
como estribe en el dinero,
con que poder contentarlos.

DENTRO. No se escapen.

MENDR. Esto es hecho.

ANTONIO. ¡Calla, gallina!

(*Salen cuatro* BANDOLEROS, *que pueden ser los mismos que salieron con máscaras con unas gabardinas.*)

PRIMERO. Aquí están.

ANTONIO. Y todos sanos y buenos,
gracias a Dios. ¿Qué se ofrece?

SEGUNDO. Se ofrece que larguen luego
los vestidos, armas, ropa,
las alhajas y el dinero

que traen consigo, y después
de entregado todo esto,
nos den ese par de daifas,
porque de verdad las hemos
menester, y no pedimos
mucho, ¡por mi vida!

ANTONIO. Bueno.
De modo, señores míos,
que ustedes son tan atentos,
que no piden más que damas,
espadas, ropa y dinero?

SEGUNDO. Sí.

ANTONIO. Pues yo no con tan poco,
ladroncillos, me contento
como su dinero y armas,
porque han de dejar primero
las vidas, si no les valen
los pies.

TERCERO. ¿Has perdido el seso?

ANTONIO. Laura, ponte a mis espaldas.

LAURA. De esta suerte. ¡Suelta presto,
la espada, gallina!

(*Quítale la espada a* MENDRUGO *y pónese al lado de* ANTONIO.)

MENDR. Toma.

(*Sacan las espadas, y métenlos á cuchilladas.*)

SEGUNDO. ¡Muera!

(*Vuelven a salir por otra puerta.*)

ANTONIO. ¡Ladrones, rateros!
Huíd.

JUANA. ¡Jesús, qué desdicha!

MENDR. (Ya con mi amo se ha vuelto
tu señora marimacho.)

(*Salen los* BANDOLEROS.)

SEGUNDO. Huye, que es rayo su acero.

ANTONIO. Por regirle Antonio Roca.

PRIMERO. Detente, que a tus pies puestos,
valeroso Roca, estamos
rendidos; que, ¡vive el cielo!
que debes a los que habitan
estos montes tanto afecto,
sin conocerte, que todos
estábamos ya resueltos,
juzgando que te prendiesen,
de ir esta noche, y a riesgo
de nuestras vidas librarte.

ANTONIO. Yo, amigos, os agradezco
los deseos.

TERCERO. Obras fueran,
¡vive Dios!

ANTONIO. Así lo creo.

PRIMERO. De cuantos bandidos viven
en esos ásperos cerros
somos cabezas los cuatro,
y en su nombre te ofrecemos,
si tú lo admites, jurarte
desde hoy por capitán nuestro.

SEGUNDO. Así excusas tu peligro
y pagas nuestros deseos.

CUARTO. Admite, famoso Antonio,
el cargo, que si nos vemos
con tan valiente caudillo,
en pocos días espero
que tiemblen en Cataluña
de tu nombre.

LAURA. (Por tu riesgo
debes, Antonio, aceptarlo.)

ANTONIO. De un yerro nacen mil yerros;
pero éste es forzoso. Amigos,
lo que me ofrecéis aceto
si me juráis obediencia.

PRIMERO. Todos juntos juraremos
guardar las órdenes tuyas
como inviolables preceptos,
sin réplica alguna.

MENDR. (Así
guardaran los Mandamientos.)

JUANA. (En fin, somos bandoleros.)

LAURA. (A vivir y a morir vengo,
Juana, con Antonio Roca.)

JUANA. (Iráste derecha al cielo.)

MENDR. Díganme ustedes: aquí
¿cómo se vive?

SEGUNDO. Saliendo
a todos esos caminos
y hurtando a los pasajeros
lo que llevan; mas son hurtos
con los rostros descubiertos.

MENDR. ¿Esa es cosa muy decente?

ANTONIO. Claro está que lo es, pues vemos
ya que lo quiso mi suerte,
(así animarlos pretendo),
que no se puede pasar
sin tan preciso desdoro,
a la tierra se hurta el oro,
las perlas se hurtan al mar.
Alejandro, el sin segundo,
¿cómo su imperio formó?
¿Con sus escuadras no hurtó
a muchos dueños el mundo?
La romana monarquía
dos ladrones la empezaron,

y con sus armas hurtaron
cuanto descubierto había.
De los célebres varones
que la antigüedad creyó
ser sus dioses, ¿quién no hurtó?
Mercurio, dios de ladrones,
lo diga; en eterna fama
quedó por alto trofeo
cuando le hurtó Prometeo
al sol su luciente llama.
¿Qué ave o fiera no profesa
hurtar con valor o traza?
El león vive de su caza,
el águila de su presa,
y no será sinrazón
que el hombre busque el sustento,
como en la tierra y el viento
el águila y el león.

MENDR. Deja antiguos ejemplares,
que hoy vemos en los poblados,
sin riesgo de castigados,
los ladrones a millares.

ANTONIO. No para ser capitán
de vuestro valor aceto,
el quedarme con vosotros
por amigo y compañero,
me alisto no más, y juro
a esos cristalinos cielos,
en cuyo sagrado libro
todos escrito tenemos
la sentencia de los hados,
ya prósperos o ya adversos,
que por el menor de todos
ofrezca el último aliento.

TODOS. ¡Viva nuestro capitán
y heroico caudillo nuestro!

ANTONIO. Advertid que importa, amigos,
para que nos conservemos,
avenirnos bien con todos
los circunvecinos pueblos,
pagándoles lo que hayamos
menester para el sustento,
que villanos irritados
son enemigos muy fieros.
Ninguno a los caminantes
les trate mal, si el dinero
sin resistencia entregaren,
pidiéndosele primero,
que no ajándoles con obras
ni palabras; por lo menos
no podrán ir ofendidos,
ya que no vayan contentos.
Sólo de nuestros contrarios
la vidas no reservemos,
y desde hoy el rencor mío
también viva en vuestro pecho,
como en mí vivirá siempre
con los enemigos vuestros.

(Desnudándose el brazo, pica con el puñal una vejiga, y va saliendo la sangre, que ha de estar llena, que será clarete.)

Lo que los lacedemonios
acostumbraron, haciendo
de alianzas y amistades
el más firme juramento,
porque era ley inviolable,
con vosotros hacer quiero.
Bebed de mi sangre, amigos.

LAURA. (¡Ay de mí! ¡Válgame el cielo!)

PRIMERO. (¡Grande valor!)

SEGUNDO. (¡Raro asombro!)

MENDR. (¡Hombre del diablo! ¿Qué has [hecho?)

ANTONIO. Bebed todos.

JUANA. (¡Se ha sangrado!)

MENDR. (¡Sin venda, luz ni barbero!)

ANTONIO. Bebelda, si no queréis
que no le quede a mi cuerpo
ni una gota.

TERCERO. Porque no
te desangres, la bebemos.

(Beben los cuatro.)

MENDR. (Sanguijuelas racionales
por buena parte se han vuelto.)

LAURA. Basta, Antonio, ¡por mi vida!
Atale con ese lienzo
la herida, mientras se busca
quien le cure.

(Atale MENDRUGO.)

MENDR. (No habrá un güevo
por un ojo de la cara.)

PRIMERO. Vamos, pues, donde te demos
todos juntos la obediencia
y elijas alojamiento.

ANTONIO. Sígueme, Laura.

LAURA. Seguirte,
mientras viva, te prometo.

JUANA. Y yo a ti y a mi Mendrugo.

MENDR. ¿Y qué casa de aposento
tendré yo?

PRIMERO. Junto a tu amo
tendrás de una peña el güeco.

MENDR. Pues de allí saldré lagarto.

JUANA. Los dos juntos estaremos,
como te cases conmigo.
MENDR. (¡No lo quiera Dios del cielo!
Que es bandolero tu amor,
y estás entre bandoleros.)
ANTONIO. Vamos.
TODOS. ¡Viva Antonio Roca,
heroico caudillo nuestro!
ANTONIO. Pues mi estrella lo ha querido,
seguir su influjo pretendo,
guardando mi vida, a costa
de muchas, ¡viven los cielos!

JESÚS MARÍA JOSÉ

TERCERA JORNADA

ANTONIO ROCA LA MUERTE MÁS VENTUROSA.

(*Salen* ANTONIO *y* LAURA, *de bandoleros.*)

LAURA.

En este altivo monte,
pirámide inmortal del horizonte,
ya seguro te miras,
Antonio, de las iras
con que intenta la gente
prenderte del Virrey, y ya valiente,
con una y otra hazaña,
siendo el horror de toda esta campaña,
te ves obedecido
de tanto forajido,
de todos respetado,
y asistido, que es más, de mi cuidado;
pues si empeñada tu persona viera,
tu vida, que es la mía, defendiera
tan firme y tan constante,
que muralla me vieras de diamante.

ANTONIO.

La hidalga bizarría
de tu valor estimo, Laura mía,
y el afecto, de suerte
que es fuerza en mis fortunas concederte,
que tener a mis ojos tu hermosura
no es lo menos que logra mi ventura.

LAURA.

En haberte ordenado
anduvistes, Antonio, muy errado,
y más cuando sabías
la obligación y amor que me debías.

ANTONIO.

Ya no tiene remedio, y pues no puedo
pagarte con mi mano, no le quedo
a deber a tu afeto, Laura, nada,
pues del mío te ves idolatrada,
estimada y servida,
y no es malo que estés correspondida.

LAURA.

Que no seas mi esposo Feliciano
la culpa tuvo; pues, ciego y inhumano,
te aconsejó, imprudente,
que te ordenasen tan secretamente.
Mas que un yerro aconseje era constante
un hipócrita, necio y ignorante.

ANTONIO.

Que me enoje pretendes,
pues con oprobios, sin razón, ofendes
al amigo mayor que yo he tenido.
Feliciano, no sólo era entendido,
Laura, sino prudente y virtuoso.
Y ayer supe de un noble religioso
de su Orden que en ella, con espanto,
le veneran ya todos por un santo; (*Disparan.*)
y así, mira... Mas, ¿qué oigo?

LAURA. En el monte dispararon
un pedreñal.
ANTONIO. Pues sería
alguno de los soldados,
que, en escuadras repartidas,
en busca de mis contrarios
andan siempre, por si logra
con que acaben a mis manos
de mi venganza templar
esta sed, que nunca apago.
LAURA. Mendrugo y Juana aquí llegan,
y ellos podrán informarnos.

(*Salen* JUANA *y* MENDRUGO, VEJETE *sevillano.*)

ANTONIO. Mendrugo, ¿quién disparó?
MENDR. Leonido, que fué por cabo
de la gente que enviaste
a reconocer el llano
del camino a Barcelona,
en señal de que han pillado
una presa de importancia,
y yo cogí este zamarro.
VEJETE. Hable con más cortesía,
que soy hombre muy honrado.
MENDR. ¿Es casado?
VEJETE. No lo soy.
Helo sido.

MENDR. Pues, hermano,
bulas de difuntos hay
como de vivos.
ANTONIO. En tanto
que Leonido llega, di,
hombre (sin ningún engaño),
quién eres, dónde caminas
y, sin recatarlo, cuánto
es tu dinero.
MENDR. Y si no,
al punto le espulgo a Marcos
el festejo del trapillo.
VEJETE. En este lugar cercano
soy un pobre labrador,
que cómo de mi trabajo;
a Barcelona camino,
y todo el caudal que traigo
son diez escudos en oro,
que a la ciudad a emplearlos
en una lámpara iba
de metal, que ofrecí a un santo
de mi devoción.
LAURA. ¿Cuál es?
VEJETE. San Babilés.
MENDR. Abogado
de los pronósticos es:
el vejete es calendario.
¿Cuándo lloverá?
VEJETE. En lloviendo.
JUANA. ¡Brava necedad!
VEJETE. No tanto,
que aquí y en Madrid, si llueve,
no lo deja en todo el año.

(*Salen por una puerta* LEONIDO *con una* DAMA *y un* CRIADO, *y por otra puerta* CARPIDORO *con dos* HOMBRES *vestidos de soldados.*)

LEONIDO. De mi capitán a vista
ya estás, divino milagro
de hermosura.
CARPIDOR. A la presencia
de mi capitán llegamos.
LAURA. ¿Qué es aquesto, Carpidoro?
ANTONIO. ¿Qué es esto, Leonido?
LEONIDO. Al llano
del monte, como ordenaste,
bajé, y en él encontramos
esta dama, acompañada
de criadas y criados,
en un coche, una litera,
hasta diez o doce machos
con recámara bastante
con que podamos fardarnos.
Y sin tomar de ella nada,
ni hacerla ningún agravio,
como ordenado nos tienes,
a tu presencia la traigo.
(¡Harto lo siento, sin que
antes hubiesen templado
mis deseos este fuego
que en mí encendieron sus rayos!)
DAMA. ¿Hay mujer más desdichada?
¡Yo, que el siniestro costado
del monte tomé, estos hombres
hallé en dos bellos caballos,
dos o tres criados suyos,
con el bagaje ordinario
de alforjas y de maletas!
LEONIDO. Mira agora qué dispones.
DAMA. Si de una mujer el llanto,
noble capitán valiente,
tu pecho enternece, hidalgo,
lo que te ruegan mis ansias
es, ofrecerte cuanto
en joyas, plata y vestidos,
en esos baúles traigo,
que el honor y vida sólo
me reserven tus soldados,
y la de mi gente toda.
ANTONIO. Señora, el temor perded;
pues habéis caído en manos
de hombre que es más compasivo
en todo que temerario.
Antonio de Roca soy,
y encontrarme en este estado,
no la ambición de la hacienda
motivó mi impulso tanto
como la triste venganza
de una muerte y un agravio.
Y para poder tomarla
de poderosos contrarios,
es preciso que se valgan
mis bríos de estos hidalgos,
que, poco favorecidos
de su fortuna, debajo
de mi mano, la aspereza
habitan de estos peñascos.
Y en este ejército todos
es preciso que comamos.
MENDR. (Y aun cenemos.)
ANTONIO. Y así, hermosa
beldad, sin ningún recato,
decidme quién sois, y dónde
es el viaje, y qué tanto

en dinero es el caudal
que lleváis.

CRIADO. Yo, que criado
suyo soy y guarda suya,
lo diré al punto.

DAMA. Apartaos.
Yo, señor, estoy casada
con el maestre de campo
don Juan de Estrada, a quien dió
su majestad, habrá un año,
el tercio de Lombardía.
A Barcelona ahora parto
a embarcarme para Italia,
y todo el caudal que traigo
serán seiscientos escudos
en oro, sin otros tantos
que valdrán aquestas joyas,
las cuales, por agasajo,
mi fe rinde a esta beldad,
aunque en su hermosura es llano
no hacen falta de estas piedras
ni las luces ni los rayos.

LAURA. No os las quitéis, deteneos;
que era querer usurparlos
a los diamantes las luces
que las vuestras les prestaron.

LEONIDO. (Mientras más sus ojos miro,
más en su beldad me abraso,
Lircano.)

LIRCANO. (¿Hay más que seguirla
después?)

LEONIDO. (Dices bien, Lircano.)

ANTONIO. Pues, puesto que generosa
y tan liberal os hallo,
sólo lo que os pido es
noventa escudos prestados
para socorrer con ciento
esta escuadra de soldados,
que puede ser que algún día
pagarlos pueda.

MENDR. (En cobrando
otro mil que está debiendo
los dará, que, confiados
en esto, hay muchos que pegan
en la corte hartos petardos.)

DAMA. Los novènta y cuanto traigo
te ofrezco.

ANTONIO. Basta con esto,
que yo me precio de honrado,
y a soldados ni mujeres
jamás supe hacer agravio.

VEJETE. Mis diez escaparon ya.

MENDR. (¡Hay tal pico de zamarro!)

ANTONIO. Y la parte que nos toca,
en pagando a los soldados,
a ti y a mí, se le den
sin dilación a este honrado
pobre viejo, pra que haga
la lámpara al santo
de plata.

VEJETE. Cincuenta mil
lámparas tengas en pago
en el alma y en el cuerpo.

MENDR. (Y a ti te den tantos palos.
Mas de sus diez mandamientos
yo iré a ver si alguno casco.)

ANTONIO. Carpidoro, luego al punto
los veinte escudos te encargo
que des a este hombre.

MENDR. Yo
soy quien ha de ir a entregarlos.

ANTONIO. Ya yo te entiendo, Mendrugo.
No te vayas.

MENDR. (¡Bien quedamos,
y lucidos!)

ANTONIO. Vos, señora,
podéis partir con el salvo-
conducto que a las deidades
debe dar el cortesano
rendimiento de los hombres.
Leonido, ve acompañando
a esta dama hasta ponerla
libre de otro sobresalto
que, grosero el sol, eclipse
de su hermosura y recato.

LEONIDO. (Eso es lo que yo deseo.)

DAMA. Reconocida, las manos
os beso por tal favor.—
Y las vuestras.

LAURA. A mis brazos
llegad, y por si es que Antonio
de Roca tardare en daros
satisfación de la deuda,
esta sortija entre tanto
asegure su palabra,
que el hombre menos ingrato
suele tal vez no cumplirla.

MENDR. (A ti viene este recado.)

DAMA. Yo la tomo, con que vos
(*Toma la sortija.*)
me deis la palabra y mano
de hacerme otro gusto a mí.

LAURA. Yo nada puedo negaros.
Decid.

DAMA. Pues es que os pongáis
este corazón flechado
de diamantes.
LAURA. Eso es
querer deslucirme el garbo
del corto agasajo mío,
y así no debo aceptarlo.
DAMA. Vuestra palabra empeñasteis.
(Dale una joya.)
LAURA. Paciencia; sí, ya la he dado.
DAMA. Pues, adiós.
LAURA. El cielo os guarde.
DAMA. Vamos, señores.
LEONIDO. (Lircano,
a emboscarlos.)
LIRCANO. (Ya te entiendo.)
LEONIDO. (Robaréla.)
DAMA. Este criado
dará los noventa escudos,
y más, si queréis tomarlos.
LIRCANO. (Allá en eso nos veremos.) *(Vanse.)*
LAURA. Corrida, en fin, me ha dejado.
JUANA. No ha sido muy malo el trueque:
diamante hay como garbanzo
de la Fuente del Saúco.
MENDR. Falta saber si son falsos;
pero yo he quedado bien,
no habiendo nada tocado.
ANTONIO. Cierto que eres ambicioso,
sobre necio y mentecato.
Di: ¿qué te falta conmigo,
Mendrugo?
MENDR. Ser tu pan blando;
pues, en vez de ladrón, eres
en este monte ermitaño.
Pues pudiendo tomar, pides
con límite bien escaso:
cosa que mormuran todos
los bandoleros, al paso
que el rigor culpan con que
das la muerte a tus contrarios,
sin perdonar a ninguno.
ANTONIO. ¿Sólo eso dicen?
MENDR. ¿No es harto?
Y que si no hacen tu gusto
cruel eres con tus soldados.
ANTONIO. ¿Mormuran más?
MENDR. ¿Qué más quieres?
ANTONIO. Respóndeles a esos cargos
que aunque soy cruel, vengativo,
atroz, fiero y temerario,
no tengo genio de ser
ladrón, pues razón no hallo
para quitarle su hacienda
a aquel que no me hizo agravio,
y que al que hacérmele intente
es solamente a quien mato,
y que si soy cruel con ellos,
es política en mi cargo;
pues si no fuera temido,
menos fuera respetado.
Pero esto no es para ti,
dárselo a entender aguardo
a ellos; pues, ¡vive el cielo!
y vivo yo, que, si osado,
se adelanta alguno a hacer
a algún caminante agravio,
que ha de ver quién es...

(Dentro el CRIADO *de la dama.)*

CRIADO. ¡Antonio
de Roca!
ANTONIO. ¿Quién me ha usurpado,
cuando a articularte iba
mi voz, mi nombre del labio?
CRIADO *(dentro)*. ¡Antonio Roca!
MENDR. (¡Ya escampa!)
ANTONIO. ¿Quién me llama?
MENDR. Quien rodando
baja el monte por llegar
hecho más presto pedazos.
CRIADO. ¡Válgame el cielo!

(Sale como precipitado.)

LAURA. ¿Qué es esto?
ANTONIO. ¿Quién eres, hombre?
CRIADO. El criado
de la dama a quien tú ahora
ordenaste a aquel cabo
que acompañándola fuese;
y después de haberle dado
los noventa escudos, ciego,
torpe, cruel y temerario,
faltando al salvoconducto
que la concedió tu halago,
entre esos riscos intenta
violar su honor y recato.
MENDR. (No tiene mal gusto, que ellas
no han de rogar a un cristiano.)
ANTONIO. ¿Qué dices, hombre? Camina,
llévame donde el villano
está, para que a mis iras
acabe hecho mil pedazos.

LAURA. Yo la primera he de ser
que dé principio a su estrago. (1)
(*Vanse.*)

DAMA. En vano, atrevido, intentas
triunfar de mi honor.

LEONIDO. Y en vano
solicitas defenderte
del incendio en que me abraso.

DAMA. Yo me sabré dar la muerte. (2)

[MENDR.] No me atreviera yo a tanto.

JUANA. Si el pícaro se atreviera
¿no le hiciera mil pedazos?

(*Éntrase huyendo la* DAMA *y* LEONIDO *tras ella.*)

LEONIDO. En vano buscas amparo,
pues no hay quien de mí te pueda
defender.

ANTONIO (*dentro*). Sí habrá, tirano,
y quien te saque, en castigo,
el corazón a pedazos.

LAURA (*dentro*). Y a cuantos contigo están.

UNO (*dentro*). ¡Muerto soy!

LAURA (*dentro*). No huyáis, villanos.

(*Salen* ANTONIO *y* LEONIDO, *peleando.*)

LEONIDO. Pues de tu airado furor
defenderme cuento en vano,
válganme los pies ahora,
pues que no pueden las manos,
que entregándote al Virrey
me vengaré de este agravio.

ANTONIO. Antes te daré mil muertes.

LEONIDO. No será fácil lograrlo.

ANTONIO. No podrá de mí librarte
ni aun el cielo soberano.

(*Entrase retirando* LEONIDO *y* ANTONIO *tras él, y al irle siguiendo a las peñas, le sale al encuentro* FELICIANO, *de fraile francisco.*)

FR. FELIC. Sí podrá.

ANTONIO. ¡Cubrióme un hielo!
¿Quién eres (Yo estoy mortal),
que vestido de un sayal
traes los poderes del cielo?

FR. FELIC. Soy quien viendo tus precitos
yerros, es bien te refrene,
porque esta culpa no llene
el número a tus delitos.

ANTONIO. ¿Tantos son? ¿Sabéislos vos?

FR. FELIC. Tantos, que para poder
sufrirlos ha menester
toda su clemencia Dios.
Mira en tanta inmensidad
qué infierno tu error merece,
cuando hay quien allá padece
por uno una eternidad.
Ya Dios te dejó enojado,
que le busques te aconsejo.

ANTONIO. Yo soy solo quien le dejo,
que Dios a nadie ha dejado,
pues por más que el pecador
su piedad tenga ofendida,
busca la oveja perdida,
preciado de buen pastor.

FR. FELIC. Si el hombre con la atención
su piedad no busca rara,
suele Dios volver la cara
tal vez a la obstinación.
Búscale, no estés cobarde,
por que El te perdone a ti.

ANTONIO. Si Dios no me busca a mí,
yo pienso buscarle tarde.

FR. FELIC. No te precipites. Mira
que a Dios pierdes.

ANTONIO. Padre, deje
que ahora mis iras vayan
a dar a un aleve muerte
que forzar quiso a una dama
entre estos riscos.

FR. FELIC. Detente.
¿No me conoces?

ANTONIO. No, padre.

FR. FELIC. No me espanto, que mal puede
conocer a otro quien
no llega a sí a conocerse.
Feliciano soy.

ANTONIO. ¿Qué dices?
El hábito te desmiente
tanto de humano, que ciegas
mis iras, el rostro a verte
hasta aquí no se movieron.
A mis brazos llega.

FR. FELIC. Tente,
que aún soy muy humano y temo
que el contagio se me pegue
de tus culpas y maldades.
Y así, hasta que llegue a verte
de ellas muy arrepentido,
los brazos es bien te niegue.

ANTONIO. Sin ellos me pasaré.
Y a esta montaña ¿a qué vienes?

---

(1) Después de este verso hay la frase suelta de "¡Muera el vil!", que es innecesaria.

(2) También después de este verso hay la de "¿Oyes, Juanilla?".

FR. FELIC. A cumplirte la palabra
que te di tan tiernamente
la última vez que nos vimos,
la cual fué, Antonio, que siempre
que me hubieses menester
te buscaría.

ANTONIO. ¿Qué quieres?
que, aunque ingrato a mi amistad
de abrazarme te desdeñes
porque soy malo y tú bueno,
haré cuanto me pidieres.

FR. FELIC. ¿Me das la palabra?

ANTONIO. Sí,
te la doy.

FR. FELIC. Pues que te enmiendes
es sólo lo que te pido.
Que de ofender a Dios dejes,
que a imagen y semejanza
suya te hizo, y tú, rebelde
a tan grande beneficio,
ya que la imagen no puedes
perder, que es la facultad
y don que su omnipotente
poder te dió generoso
para que vida tuvieses
natural y común, tú
la semejanza que tienes
con Dios pierdes, que es el don
de gracia que virtualmente
te concedió porque vida
sobrenatural vivieses,
y merecedora en todo
de sus celestiales bienes.
La cual semejanza, Antonio,
por nuestras culpas se pierde,
y bruto queda hecho el hombre.
Ve lo que un pecado puede.
Pídele perdón a Dios.

ANTONIO. Feliciano, no me aprietes
tanto en el sermón, que temo
que el sufrimiento reviente.
Déjame, que ahora no es fácil
que yo arrepentirme acierte.

FR. FELIC. ¿Pues para cuándo lo guardas
si el tiempo en insultos pierdes
en delitos?

ANTONIO. Para cuando
de Dios el auxilio llegue,
que sin él no puede el hombre
que está en sus culpas rebelde
enmendarse.

FR. FELIC. ¡Qué ignorancia!
El hombre a Dios puede siempre
pedir perdón, que aunque el hombre
sin Dios nada es lo que puede
ya le dejó el albedrío
libre por que le pidiese.

ANTONIO. Pues ve aquí que yo no puedo,
aunque quiero muchas veces.

FR. FELIC. Es que no te ayudas tú
cuando esos amagos tienes.

ANTONIO. Dios es misericordioso,
y cuando llegue la muerte
le sabré perdir perdón.

FR. FELIC. ¡Ay de ti si aguardas a ese
pavoroso trance en que
el aliento desfallece
y sólo el dolor acude
a lo que en la vida pierde
más que al horror de la culpa!
Mas ya que no te convence
la ofensa que haces a Dios
para que esta vida dejes
llena de insultos, la afrenta
a que expuesto estás moverte
pudiera, pues el Virrey,
viendo que asombrada tienes
a Barcelona con tantas
atrocidades y muertes,
con cuatrocientos soldados
viene en persona a prenderte.
Procura, Antonio, escapar;
vete a Roma, que es la fuente
donde la culpa se lava
y los pecados se absuelven.
Dale este placer a Julia,
tu madre, que eternamente
en lágrimas se deshace
viendo tu riesgo evidente,
y desalada a buscarte
dicen que a estos riscos viene.
Mira las Ordenes sacras
que, indino, tener mereces,
y si te prenden es fuerza
morir afrentosamente
en un palo, degradado
de los honores.

ANTONIO. Detente,
Feliciano, no pronuncien
tus voces severamente
tal desdicha, pues primero
con las manos, con los dientes,
si instrumentos me faltaran,
me daré airado la muerte,

y me quejaré del mismo
cielo, que la culpa tiene
de mi desastrada vida.

FR. FELIC. Antonio, no te despeñes,
que yo, de parte de Dios,
confiado en su clemente
bondad, palabra te doy
no mueras, como mereces,
afrentado.

ANTONIO. Yo la tomo;
mas sabes de ti resuelven
mis temores, ¿en qué fundas
la palabra que me ofreces?

FR. FELIC. En que aunque yo soy tan grande
pecador como tú eres,
es más grande la piedad
de Dios, y al paso que crueles
tus iras insultos obren,
sin que estos peñascos deje,
penitencias haré yo
por que Dios llegue a dolerse
de ti y auxilios te dé
para acabar felizmente
sin que padezca tu fama.

ANTONIO. Mucho mi amistad te debe.

FR. FELIC. Nada me debes, Antonio,
pues obligados los fieles
a pedir todos estamos
por los que están ciegamente
en pecado. Pero dime:
¿qué causa es la que te mueve
más a no volverte a Dios?

ANTONIO. La ciega pasión ardiente
de un afecto que, apagado,
volvió más vivo a encenderse.

FR. FELIC. Pues ¿qué pasión puede ser
que te estorbe?

ANTONIO. Si la quieres
saber...

FR. FELIC. No me digas nada,
pues la causa está patente.

(*Sale* LAURA.)

LAURA. Ya dejo en salvo la dama.
¿Diste ya a Leonido muerte?
Porque si no... Mas ¿qué veo?
¡Sin mí estoy! ¡Cielos! ¿No es este
religioso Feliciano?
¿Qué es esto que me sucede,
pues en temor vergonzoso
todo el odio se convierte
que tenía contra él?
Mas ¿qué es lo que dudo al verle
si del horror de mi culpa
nace este temor aleve?
¡Qué cobarde es el pecado,
qué feo, pues tanto teme
a vista del virtuoso!
¡Ya el alma la ofensa siente
que a Dios hizo!

ANTONIO. Feliciano,
por tu vida, que te quedes
con Laura mientras yo vuelvo;
pues, alterada mi gente
con el castigo que quiso
dar mi esfuerzo aquel aleve,
es fuerza que inquieta esté.
Ya vuelvo.

FR. FELIC. Aguardar no debe
mi obligación.

ANTONIO. Pues ¿por qué?

FR. FELIC. Porque si ese instante pierde
mi penitente fervor,
hacerte falta a ti puede.

ANTONIO. Vete si ha de aprovecharme,
que, como el monte no dejes,
te iré a buscar. Adiós.

FR. FELIC. El
quiera que tu vida enmiendes.—
Laura, ya sé que el horror
de tus pecados te tienen
arrepentida de haber
ofendido ciegamente
tanto a Dios, y que la enmienda
con la penitencia ofrece
(quiera Dios que verdad sea);
mas su amor hacerlo puede.

LAURA. A Dios se lo ofrezco, padre,
pues a su piedad le deben
tanto mis ansias, que, estando
en mis culpas tan rebelde,
tan ciega en mis liviandades,
ha permitido que llegue
a conocer el error
de mi delito y me pese
tanto de haberle ofendido,
que ya el corazón parece
que de dolor se me parte
y que por los ojos quiere
salir en líquido aljófar
o en diluvios deshacerse.

FR. FELIC. Eso sí; llora, mujer,
pues el llanto ha sido siempre,
contra el veneno mortal,
el antídoto más fuerte.

LAURA. Ya en el golfo de mi llanto
anegarse el dolor puede.
Perdón muchas veces piden
mis ansias a Dios de haberle
ofendido.

FR. FELIC. Pues confíe,
que a su ruego han de vencerse
sus piedades; pero mire
que jamás vuelva a ofenderle.

LAURA. De Dios lo fío.

FR. FELIC. Pues, Laura,
lo que hacer ahora debe,
pues su cariñoso hechizo
a pervertir tiernamente
ayudó a Antonio en sus culpas
y atrocidades, que siempre
a un abismo de pecados
muchos abismos suceden,
es persuadirle constante
que tantos errores deje,
que a Dios busque, y que le pida
perdón antes que la muerte
llegue, cuyo plazo creo
que en él ha de ser muy breve.

LAURA. Con mis ruegos, con mi llanto
persuadirle, padre, ofrecen
mis ansias.

FR. FELIC. Pues quiera el cielo,
Laura, que a Antonio aprovechen:
pero dél lo espero. Adiós.

LAURA. ¿Es posible que nos deje?

FR. FELIC. Es preciso a Antonio busque.

LAURA. Ya mi fe, padre, obedece.
¡Qué gozosa que va el alma! (*Vase.*)

FR. FELIC. De la obstinación rebelde
de Antonio os doled Señor:
vuestro auxilio grato llegue.
¡Mi Dios, no se pierda cosa
que tan grande costa os tiene!

(*Vanse, y salen el* VIRREY, *el* JUSTICIA *Mayor y* SOLDADOS.)

VIRREY.

De este rudo obelisco
el ámbito se cerque, y risco a risco
le examine mi gente.
Vos los pasos, don Juan, tomad valiente
con la gente y justicia que, agregada
de aldeas y lugares, convocada
al bando que eché, vino,
pues el monte sitiado y del camino
tomadas las veredas, es muy cierto
que este monstruo escapar de preso o muerto
en vano de esta vez pueda de mis manos,
ni ninguno de cuantos inhumanos,
infames forajidos
de estas rocas se miran defendidos.

JUSTICIA.

Señor, si vuecelencia
con su valor, su industria y diligencia
lleva de Antonio presa la persona,
bravo día ha de darle a Barcelona.
Mas de Julia, su madre, ya avisado
del peligro, señor, habrá escapado,
pues en su busca, con cautela extraña,
he sabido que vino a esta montaña,
y si a ella ha venido,
le tendrá ya a la fuga persuadido.

VIRREY.

(Que escapado se hubiera,
aunque a prenderle vengo, no sintiera,
que a su valiente brío aficionado,
que no muera, deseo, ajusticiado.)
Id, don Juan; ordenad que diligente
las veredas ocupe vuestra gente
mientras que yo con maña
con la mía les sitio la montaña.

JUSTICIA. Ya obedezco. Pero un hombre
hacia nosotros a toda
prisa acercándose viene.
Quién sea, la vista ignora.

VIRREY. Ya llega.

JUSTICIA. ¿Qué buscas, hombre?

(*Sale* LEONIDO.)

LEONIDO. Hablar al Virrey me importa.

JUSTICIA. Pues ya le tienes delante.

VIRREY. ¿Qué quieres?

LEONIDO. Sabiendo ahora
que en persona vuecelencia
a prender a Antonio Roca
viene a esta montaña, yo
a ofrecerle su persona
vengo también sin que tenga
su prisión ninguna costa.

VIRREY. ¿De qué manera ha de ser?

LEONIDO. Yo me ofrezco a dar la forma
como vuecelencia empeñe
su palabra siempre heroica
que de cualquiera delitos,
hurtos, muertes alevosas,
el que vivo le entregase
desde luego le perdona.

VIRREY. Indulto de cualquier culpa,
en nombre del Rey, le otorga
mi palabra.

LEONIDO. Pues en fe
de seguridad tan propia
yo le entregaré. (Mi agravio
así la venganza cobra.)

VIRREY. ¿Quién eres para cumplir
lo que dices?

LEONIDO. De sus tropas
un cabo; Leonido soy.

VIRREY. Noticias de tu persona
tengo. ¿Cómo has de entregarle?

LEONIDO. Llevando sólo de escolta
ocho hombres conmigo, pues
sabiendo dónde es la choza
en que asiste con su dama
prenderle es muy fácil cosa
sin que resistirse pueda.

JUSTICIA. Y ¿cuándo ha de ser?

LEONIDO. Ahora.
Porque si a sus centinelas
se da lugar que conozcan
que les buscan, es preciso
el que en defensa se pongan.

VIRREY. Dices bien, vamos.

JUSTICIA. ¿Qué intenta
vuecelencia?

VIRREY. Con la escolta
ir yo.

JUSTICIA. Eso es arriesgarse.

VIRREY. En mi valor nada importa,
que él mi persona asegura.

JUSTICIA. Ya ir también a mí me toca.

LEONIDO. No nos detengamos.

VIRREY. Guía.

(*Vanse. Disparan un carabinazo y dice dentro.*)

ANTONIO. Muere, aleve, y muera toda
Barcelona a mis rigores,
pues que ya todos me enojan.

UNO. ¡Muerto soy!

(*Salen* ANTONIO, LAURA, JULIA *y* MENDRUGO.)

MENDR. Pues enterrarle.

JULIA. ¿Qué has hecho, Antonio?

ANTONIO. Señora,
dar muerte a un hombre no más
porque me previno ahora
que me ha de ahorcar el Virrey
si me prende.

JULIA. ¿Por tan poca
causa le mataste?

ANTONIO. Sí,
pues se excusan mis zozobras
tener un testigo menos
que pueda ver mi deshonra.

MENDR. Hizo bien, que hay gente muerta
por ir a ver al que ahorcan.

JULIA. ¿Es posible, Antonio mío,
que cuando en tantas congojas
hechos dos mares mis ojos,
en quien el dolor se ahoga,
viene mi llanto a pedirte
dejes tan escandalosa
vida y que a tus crueldades
la razón límite ponga,
en vez de enfrenar tus iras
más airado las desbocas
a mis ojos porque cieguen,
si no basta lo que lloran,
al ver las atrocidades
y los insultos que obras?
Mira, hijo, que el Virrey
tardar no puede, y que toda
Barcelona puesta en arma
te viene a prender.

ANTONIO. ¿Qué importa?
Que yo basto contra un mundo.

MENDR. Y hará que ruede la bola.

JULIA. Imposible es escaparte.
Resolución presto toma,
que es su poder grande; deja
estos peñascos.

MENDR. A Roma
vamos por todo.

ANTONIO. Te cansas;
que en guardar mi ira logra
tomar de una vez venganza
en todos cuantos me enojan.

LAURA. El riesgo, Antonio, no mires
que a la vida se ocasiona,
sólo el peligro del alma
es el que mirar te importa.
A Dios tienes ofendido;
su grande misericordia
te está aguardando, que llegues
a pedirle perdón; goza
el favor de su clemencia.
Llega, no dejes que corran
los términos, que fatales
hoy su justicia te otorga;
busca a Dios, que Dios te aguarda.

ANTONIO. Cierto que estáis enfadosas
una y otra, y ¡vive Dios!

MENDR. No le prediquen ahora.
En llegando el Jueves santo
cumplirá con la parroquia,
que aún no tiene bula.
JULIA. Mira.
LAURA. Advierte.
ANTONIO. Nada hay que oiga,
pues en vano reducirme
vuestras persuasiones todas
podrán, cuando no ha bastado
a hacerlo la rigurosa
penitencia que por mí
está haciendo entre esas rocas
Feliciano, a quien acabo
de ver, tan rebelde ahora
que el menor amago en mí
de atrición el pecho ignora.
(Pero miente el labio; pues
el corazon ya con otra
moción alterado pulsa
la tribulación sufoca
la parte de lo mortal
porque mi culpa conozca,
pero a sus golpes y avisos
mi óbstinación se hace sorda.)
JULIA. Mira que el Virrey es fuerza
que llegue ya y que tu honra
y vida corren peligro.
ANTONIO. Imposible es que la corra.
LAURA. Que te espera Dios advierte.
Búscale, que si malogras
un instante, puede ser
llegue tarde a sus piadosas
puertas tu dolor contrito.
ANTONIO. Nunca llega, si lo notas,
tarde el pecador, si llega.
LAURA. Si hace tal, cuando se acorta
el plazo a su muerte. ¿Sabes
si vivir puedes un hora,
un instante?
JULIA. Dices bien,
Laura.
ANTONIO. ¿Qué escucho? De otra
aljaba es aquesta flecha,
pues con fuerza poderosa
el pecho me ha penetrado.
LAURA. Mira, Antonio, ¡qué congoja!
que la hora llegar puede.
ANTONIO. Pues cuando llegue la hora
¿hay más, pues tan grande es
de Dios la misericordia,
tan suma, tan infinita
que a un ladrón sólo perdona
porque le confiesa y pide
se acuerde dél en su gloria,
que poner la confianza
en sus piedades heroicas?
¿Hay más que buscar entonces,
por mi fiel intercesora
a María soberana,
que es con Dios tan poderosa,
que nada Madre le pide
que hijo no se lo otorga,
y suplicarla con ansias
que sea mi valedora,
pues lo es de los pecadores,
y el mayor es quien invoca
sus clemencias, y a mis ruegos
lucen las misericordias?
¿Hay más que viendo el horror
de mis culpas, y que contra
un Dios sumamente bueno
las cometió mi alevosa
ingratitud, cuando El
me redimió a tanta costa,
por ser quien es solamente,
sin obligarle otra cosa,
que de pesar, de dolor
de haberle ofendido, sola
por su bondad inefable
y su pasión amorosa
que el corazón, que hasta aquí
fué a sus auxilios de roca
se arranque de sentimiento
o que en pedazos se rompa?
Pero ¿qué mortales ansias
son, cielos, éstas, que postran
tanto mi esforzado aliento?
Los sentidos ya no obran
como sentidos, la vista
percibe como dudosa,
el oído ya no atiende,
al acto sin pulso toca.
Todo cedió a lo mortal,
lo que vive y lo que informa.
Las potencias barajadas
se miran unas con otras.
Del corazón se ha parado
el volante de las horas,
porque llegó la fatal
o la última de todas:
Yo muero, Señor; yo muero.
Ahora, mi Dios, ahora

mi contrición necesita
de vuestra misericordia.

(*Dentro* FRAY FELICIANO *y* ANTONIO.)

FR. FELIC. ¡Misericordia, Señor!
¡Vuestras piedades me oigan!
MENDR. Parece que va de veras;
él se muere por la posta.
JULIA. De mortal el rostro avisa.
LAURA. ¡Qué ansia, cielos!
JULIA. ¡Qué congoja!
ANTONIO. ¡Pequé, Señor, contra Vos,
que es lo que el alma más llora,
por ser quien sois esta pena,
estas ansias rigurosas,
que de haberos ofendido
tengo en tan graves zozobras!
En descuento recibid
de mis culpas y mis obras;
mas ya balbuciente el labio
las voces en vano forma.
Ya a su primero principio
vuelve esta máquina toda,
y a ser polvo... tierra... nada...
su fábrica se desploma...
En tus manos, inefable
Señor, mi aliento se postra...

(*Cae en el suelo.*)

MENDR. ¡Ya murió!
LAURA. ¡Qué sentimiento!
JULIA. ¡Qué ansia tan dolorosa!

(*Sale* FRAY FELICIANO.)

FR. FELIC. ¡Misericordia, Señor!
¡Vuestras piedades me oigan!
JUL. y LA. Padre Feliciano.
FR. FELIC. ¡Hijas!
¿Qué es lo que sienten? ¿Qué llo- [ran?
Mas ¿qué veo? ¡Antonio muerto!
LAURA. De morir acaba ahora
de dolor de sus delitos
pidiendo misericordia
a Dios.
FR. FELIC. ¿Qué dice? ¡Señor!
¡Qué admirables son tus obras!
Por tan grande beneficio
te alaben tus obras propias.

(*Salen el* VIRREY, *el* JUSTICIA, LEONIDO *y* SOLDADOS.)

LEONIDO. Aquí está Antonio.
JUSTICIA. Lleguemos.
LEONIDO. No se escape su persona.
JUSTICIA. Daos a prisión al Virrey.
VIRREY. ¿Adónde está Antonio Roca?
FR. FELIC. Aquí el cadáver está
que el alma de Dios ya goza.
VIRREY. ¿Qué dice, padre?
FR. FELIC. Que dando
ejemplo su prodigiosa
conversión, fin dió a su vida.
JUSTICIA. Pues para que su persona
dé escarmiento, su cadáver
llevemos a Barcelona.
FR. FELIC. Quien de Dios goza no debe
padecer ignominiosas
afrentas.
JUSTICIA. Pues ¿quién podrá
asegurarle la gloria?
FR. FELIC. El cielo.
VIRREY. No sé que impulso
o qué fuerza poderosa
me obliga a creerlo.
TODOS. Lo mismo
nos sucede a todos.
FR. FELIC. Obra
es del cielo, que ninguno
lo dude.
VIRREY. Pues tan notoria
su salvación se hace a todos,
llevémosle a Barcelona,
donde, en vez de afrentas, se hagan
a su cadáver las honras.
JULIA. Sus exequias hará siempre
mis lágrimas amorosas.
LAURA. Yo en un convento la vida
acabaré religiosa.
FR. FELIC. Yo a Dios daré sumas gracias
por tantas misericordias.
MENDR. Yo, pues fuí cesto hasta aquí,
ser capacho ofrezco ahora.
VIRREY. Y aquí, senado discreto,
tenga fin de ANTONIO ROCA
en tan peligrosa vida
LA MUERTE MÁS VENTUROSA.

LAUS DEO

D. PEDRO FRANCISCO LAMINE SAGREDO. (*Rúbrica.*)

ARMINDA CELOSA

COMPUESTA POR EL

CABALLERO LISARDO

PASA EN MADRID, AÑO DE 1622 (1)

PERSONAS QUE HABLAN EN EL PRIMER ACTO

ARMINDA, *reina*.
OCTAVIA, *dama*.
TEODORO, *secretario*.
El DUQUE ANTONIO.
AURELIO, *caballero*.
El INFANTE CÉSAR.
El CONDE FELICIANO.
JULIO, *criado del* DUQUE.

ACTO PRIMERO

(ARMINDA *y* OCTAVIA, *de caza*.)

OCTAVIA. Ya, señora, estamos solas.
¿Qué es lo que quieres a Octavia?
ARMINDA. Teme el castigo el que agravia
y el navegante las olas.
Octavia hermosa, yo soy
tu Reina.
OCTAVIA. Yo soy tu esclava.
ARMINDA. Mucho temo hablarte.
OCTAVIA. Acaba,
mira que muriendo estoy;
habla o mátame.
ARMINDA. El que quiere
castigar la ingratitud
o la soberbia, en virtud
de la causa que refiere,
pinta las obras que ha hecho
o la sangre desigual.
OCTAVIA. La tuya es sangre real,
y el obligado es mi pecho.
ARMINDA. Al Duque hice rey y a mí
le igualé.
OCTAVIA. Ya es tu marido.
ARMINDA. Celos del Duque he tenido.
OCTAVIA. ¿Del duque Antonio?
ARMINDA. Y de ti.
OCTAVIA. ¿De mí?
ARMINDA. Yo sé que hay testigos.
El te quiere.
OCTAVIA. Es testimonio.
ARMINDA. ¿Niegas que te quiere Antonio?

(*Salgan* TEODORO *y* AURELIO *con dos máscaras y dos dagas desnudas, y pónganselas a los pechos a* OCTAVIA.)

TEODORO. ¿Morirá?
ARMINDA. Escuchad, amigos. [das?
Di, Octavia, lo que hay. ¿Qué du-
OCTAVIA. ¿Qué es lo que queréis hacer?
¿A un pecho de una mujer
poner dos dagas desnudas?
Una basta para mí.
Una vida soy y un ser.
ARMINDA. Dos dagas son menester,
que está el Rey dentro de ti.
OCTAVIA. Pues ¿es matarle bien hecho?
¿Eso es razón? ¿Eso es ley?
ARMINDA. No quiero matar al Rey,
sino matarle en tu pecho.
OCTAVIA. Si tu palabra real
me das de ablandar tu furia,
yo te diré quién te injuria
con atrevimiento igual.
ARMINDA. ¿Luego no eres tú?
OCTAVIA. Si digo
quien te ofende, no soy yo.
ARMINDA. ¿Que no eres tú, Octavia?
OCTAVIA. No.
ARMINDA. ¡Qué mal me han puesto contigo!
Habla, mi Octavia, y perdona:
dime quién es esta fiera.
OCTAVIA. Florela, tu camarera:
y aun se atreve a tu corona.
ARMINDA. ¿Qué es esto, cielos airados?

(*Quítase* TEODORO *la máscara*.)

(1) Si estas palabras se refieren a la acción, son inexactas, pues no pasa en Madrid, sino en Inglaterra, ni en 1622, puesto que la comedia estaba escrita en 1618.

TEODORO. Mientes, Octavia enemiga;
y porque su honor me obliga,
que estamos medio casados,
aunque la Reina perdone
me descubro en tu presencia,
que ella me dará licencia
para que su honor abone.

OCTAVIA. Yo digo en esto verdad,
y que tú has sido el tercero.

ARMINDA. Teodoro, ¿este engaño espero
de tu servicio y lealtad?

TEODORO. La muerte pensaba darte
encubierto, Octavia fiera,
y descubierto quisiera,
por esa traición, matarte.
Perdona, Reina, esta furia,
que de Florela el amor
me obliga con tal rigor
a satisfacer su injuria,
que ésta, temiendo la muerte,
se ha valido deste engaño.

OCTAVIA. Podré con el desengaño,
señora, satisfacerte.
Ven a Palacio, y si allí
juntos no te los mostrare,
¿qué puede haber que repare
que pongas la mano en mí?
Préndeme, mátame, acaba
con mi vida.

ARMINDA. ¡Vil Teodoro!
¿Es este el justo decoro
que de mi honor te obligaba?
¿Es esto el haber buscado
de mis celos la ocasión?
¿Es aqueste el galardón
de haberte mi honor fiado?
¿Dióte el Rey este consejo?
¿Florela es del Rey la dama,
la que quiere, la que ama,
la que es su vida y su espejo,
y tú el que los juntas, di,
con sombra de su marido?
¿Que el Rey la goce he sufrido?

TEODORO. ¿Esto esperaba de ti?
Una mujer tu enemiga,
loca, fingida, cruel,
¿más que un hombre tan fiel
a que la creas te obliga?
¿Tu secretario no he sido
diez años? ¿Qué deslealtad
conoces de mi verdad?

ARMINDA. No sé, que pierdo el sentido.
Veo que eres mi privanza,
Teodoro; sé tu virtud;
fuera extraña ingratitud
a mi amor y confianza.
Firme como el curso eterno
del cielo en mis cosas fuiste;
siempre en tus hombros tuviste
el peso de mi gobierno;
de nada te hice; al cielo
de mi honor te levanté.
Ten, Teodoro, que daré
con tu privanza en el suelo.

TEODORO. Si lo que dices de mí
sabes como aquí lo cuentas,
¿por qué, señora, me afrentas?
¿Por qué me infamas ansí?
Quita, Aurelio, el rostro; quita
la máscara; di a la Reina
cuál hombre, después que reina,
más su vida solicita.

(*Descúbrese* AURELIO.)

AURELIO. Reina, si viera caerse
el sol, del cielo, en la tierra
y el extremo desta sierra
valle profundo volverse;
si viera secarse el mar,
si viera sin precio el oro,
fuera menos que a Teodoro
verle en tu lealtad faltar.
Y si viera hablar los peces,
que hicieron los cielos mudos,
y los animales rudos
ser de los hombres jueces;
si guardar palabra un moro
o firme ausente mujer,
más lo creyera que ver
que aborreces a Teodoro.

ARMINDA. Aurelio, los celos son
una cierta fantasía
en que apenas se confía
el alma de la razón.
Los ojos no hacen fe,
ni se creen los oídos,
sueños parecen fingidos
cuanto se toca y se ve.
No te espantes que no crea;
pero vamos a Palacio,
y sabrá el alma despacio
lo que saber no desea.
Que si Octavia me ha engañado,
Teodoro será quien es.

TEODORO. Yo sé que verás después
que es mi pensamiento honrado.
OCTAVIA. Y yo sé que lo es el mío.
AURELIO. Octavia todo es cautela.
ARMINDA. Si es dama del Rey Florela
he de hacer un desvarío.

(*Váyanse.* [*Salen*] *el* DUQUE ANTONIO, *marido de la* REINA *y* JULIO.)

ANTONIO.

Ciego, que a tantos ciegas;
lince, que a tantos pensamientos miras;
cruel, que a tantos tiras;
niño, que a tantos que desprecias ruegas,
¿por qué niño pareces,
si eres mayor que el tiempo dos mil veces?
Al tiempo pintan cano
y a ti, niño cruel, cabellos de oro,
que seas niño ignoro,
amor, pues eres más que el tiempo anciano.
Mas ¡ay!, que los discretos
te llaman niño, amor, por los efectos.
No es tirana la muerte
fiera y cruel, sino el efecto suyo.
Amor, el nombre tuyo
es niño entre los hombres desta suerte;
bien se prueba conmigo;
dejo mis veras y tus burlas sigo.
Ayer Duque y vasallo,
hoy Rey de un reino respetado vivo,
mas a tus pies cautivo
mi libertad en tus prisiones hallo.
Allá mi razón tienes,
¿qué harás, amor, de mí?

JULIO.

¡Qué triste vienes!

ANTONIO.

¡Ay, Julio! Estoy ausente;
y, al fin, en el amor las soledades
descubren las verdades
con que suele engañar el bien presente.
Amando hiciera Apolo
discursos tristes si estuviera solo.

JULIO.

¿Por una breve ausencia
estás de aquesta suerte?

ANTONIO.

No te espantes.

JULIO.

Amor quiere paciencia.

ANTONIO.

Pues ésa falta a todos los amantes.
Mas, con las horas buenas,
quien ame ha de llevar también las penas.
Julio: ¿qué hará mi Octavia?

JULIO.

La Reina, gran señor, entreteniendo
estará, maldiciendo
a quien las horas de su gusto agravia.

ANTONIO.

¡Quién supiera si agora
desea verme!

JULIO.

Por tu ausencia llora.

ANTONIO.

¿Cómo sabré si tiene
memoria del reparo de mis daños?

JULIO.

Quien ama, con engaños
la ausencia de sus glorias entretiene.

ANTONIO.

Suertes echar podemos.

JULIO.

Bien has dicho. ¿Qué suertes echaremos?

ANTONIO.

Si lo que estoy pensando
adivinas, ¡oh, Julio!, yo te digo
que Octavia está conmigo
agora en mi cuidado imaginando.

JULIO.

¿El pensamiento? ¿Cómo?
Mas, por tu gusto, ese imposible tomo.

ANTONIO.

Será respuesta sabia.

JULIO.

Escucha.

ANTONIO.

Pues, ¿qué pienso, Julio amigo?

JULIO.

Pensando estás... (¿Qué digo?)
Que piensas en Octavia.

ANTONIO.

¡Ay, dulce Octavia!

¡Vive Dios!, que acertaste,
que eso mismo pensaba que pensaste.
Aquel vestido verde que bordado
ayer llevé a las fiestas, di a Fabricio
que te den, Julio amado,
por divino adivino.

JULIO.

Mi servicio
tu galardón merece.

ANTONIO.

Mira quién viene.

JULIO.

Alberto me parece.

(ALBERTO *entre.*)

ALBERTO. A la puerta de Palacio
dejo un alazán abierto
por los ijares.

ANTONIO. ¡Oh, Alberto!
Y aun has venido despacio.
¿Es papel de Octavia?

ALBERTO. Sí;
pero hay gran mal.

ANTONIO. Muestra a ver.

ALBERTO. Apriesa puedes leer,
que viene el mundo tras mí.

(*Lee.*)

"La Reina sabe nuestros amores; para que los confesase me pusieron dos máscaras las dagas a los pechos. Dije que hablabas con Florela por disculparme, y por defenderla se descubrieron el rostro Teodoro y Aurelio. Estos son los que han trazado mi muerte y tu disgusto; yo me ofrecí mostrar a la Reina que Florela es tu dama; finge lo mismo, que me va la vida."

ANTONIO.

¿Cómo fingir? Si agora del infierno
saliera Alecto al mundo, y de sus crines
de víboras echara fuego eterno
que abrasaran del orbe los confines,
y si temblara el celestial gobierno
de ver ejecutar trágicos fines,
no fuera tan extraño su prodigio.
¡Alecto soy, mi pecho es lago Estigio!
¿Que ya sabe la Reina mis amores?
¡Que Teodoro y Aurelio me persigan!
¡Esto pueden privanzas y favores!
¿A tanta deslealtad un hombre obligan?

JULIO.

Ellos no pensarán que son traidores
porque a la Reina tus amores digan:
que, aunque juntos estáis por matrimonio,
ella es la Reina al fin, tú el duque Antonio.

ANTONIO.

El más celoso, el más desatinado,
con su satisfacción está contento:
no hay amante tan bravo y enojado
que no se rinda a un tierno sentimiento.
Con lágrimas se ablanda el agraviado;
gran fuerza tiene el arrepentimiento;
siempre queda de amor cualquier sospecha
con juramentos falsos satisfecha.

(*Entran* CÉSAR, FELICIANO, AURELIO *y* TEODORO *delante, la* REINA ARMINDA *luego, y* OCTAVIA.)

CÉSAR. Aquí está el Rey.

ANTONIO. Vuestra alteza
sea mil veces bien venida,
a dar alma, gloria y vida
a quien mató su tristeza.
Ya mandaba apercebir
en que dejar la ciudad,
porque tanta soledad,
¿cómo se puede sufrir?
No puede, aunque lo procura,
el alma caber en mí,
que me mataban aquí
memorias de su hermosura.
Y como en ella la estampo
no hay gusto que me reporte,
que mal vivirá en la corte
quien trae el alma en el campo.
¿Qué ha hecho allá vuestra alteza?

ARMINDA. Corrí el campo hasta la playa.

ANTONIO. Nunca vuestra alteza vaya
al mar si tiene tristeza,
porque la aumenta, por Dios.

ARMINDA. Poco en su ribera estuve;
a solas también anduve
con Octavia, hablando en vos,
que es lo más que estima y precia,
mi señor, el alma mía.

ANTONIO. ¡Qué bien os entretendría,
porque es Octavia una necia!

ARMINDA. ¿Necia es Octavia?

ANTONIO. Yo sé
que es necia.

ARMINDA. (Yo me he engañado.)

ANTONIO. Si la escucháis con cuidado
veréis que no me engañé.
Si fuérades con Florela,
viérades un peregrino

entendimiento divino.
(Aquí ha de entrar mi cautela.) (*Ap.*)
Es gallarda y sabe bien
cuándo ha de callar y hablar,
con donaire singular
que admira cuantos la ven.
Es mujer que puede hacer
a un rey del mundo sabor;
es mujer...

ARMINDA. Paso, señor;
que ya yo sé que es mujer.

ANTONIO. Dígolo porque querría
que os holguéis y entretengáis;
que lo haréis, si la llevàis
siempre en vuestra compañía.

ARMINDA. No me ha parecido a mí
Florela tan entendida.

ANTONIO. Pues yo no he visto en mi vida
tal entendimiento.

ARMINDA. Ansí,
yo me visto y me desnudo
con Florela, y no he caído
en su entendimiento.

ANTONIO. Ha sido
que siempre el respeto es mudo
Los que privan son dichosos;
que son del privar efectos
hacer los necios discretos
y los más feos hermosos.

ARMINDA. ¿Y es Florela muy hermosa?

ANTONIO. No lo he mirado, por Dios;
porque quien os mira a vos
no ha de mirar a otra cosa.

ARMINDA. (Siempre ha sido error antiguo,
celos, el averiguaros.
Más confusos vengo a hallaros
mientras más os averiguo.)
La noche se cierra: entrad,
para que lugar me deis.

ANTONIO. Lo mismo que el sol haréis,
y con mayor claridad:
que más por faltarle vos
cesará la luz del día.
Adiós, dulce Reina mía.

ARMINDA. Mil años os guarde Dios.

ANTONIO. (Julio, con esta antepuerta
te cubre y ve lo que pasa.)

(*Váyase* ANTONIO.)

JULIO. (Aquí me escondo.)

ARMINDA. (¿Mi casa
tiene esta fiera encubierta?)
¡Infante y Conde!

FELICIANO. ¡Señora!

ARMINDA. ¿No es hora de descansar?

CÉSAR. Ya os queremos dar lugar.

FELICIANO. (Celos son.)

CÉSAR. (¿Celos agora?) (*Ap.*)

FELICIANO. La Reina de celos rabia.

CÉSAR. Y yo, Conde, lo he trazado,
que a la Reina le he contado
la desvergüenza de Octavia.
De envidia del Duque ha sido,
que pretendo a toda ley
quitarle el amor del Rey.

FELICIANO. Matar a Antonio he querido.

CÉSAR. Lo mejor era matalle.

FELICIANO. Si ella le desfavorece,
lo mismo a mí me parece;
pero idolatra en su talle.
Caso que ya fuese muerto,
de tu hermana ¿qué has de hacer?

CÉSAR. Dártela a ti por mujer
es el primero concierto,
y tú darme a mí lugar,
como amigo verdadero,
para que reine.

FELICIANO. Ahora quiero
tus pies, Infante, besar.
(Si con la Reina me caso
no reinará quien lo piensa.)

CÉSAR. ¿Qué dices?

FELICIANO. Que de la ofensa
en justo furor me abraso.

CÉSAR. Ten ánimo.

FELICIANO. Como amor
es niño, es muy temeroso.

CÉSAR. Ven conmigo.

FELICIANO. (A un alevoso
nunca le falta un traidor.)

(*Váyanse.*)

TEODORO. ¿Posible es que te ha contado
el Rey tantas gracias della?

ARMINDA. Y se muestra, hablando en ella,
perdido de enamorado.

OCTAVIA. Señora, si verlo quieres
y que el secreto descubra,
toma algún disfraz que cubra
la majestad de quien eres,
y esta noche lo verás.

TEODORO. Octavia, obstinado estoy.
Si a verlo también no voy
mal persuadirme podrás.

OCTAVIA. Yo gusto que vengas, ven.

TEODORO. Sí; pero a ninguna parte
de la Reina has de apartarte.
TEODORO. Dice Teodoro muy bien.
Que bien podrás con enredos
hacer verdad tu mentira.
OCTAVIA. Que así me aprietes me admira.
ARMINDA. Octavia, amor todo es miedos.
Aquí te quiero encerrar
en aqueste corredor.
OCTAVIA. Hazme, señora, un favor.
TEODORO. ¿Ves? Ya se empieza a turbar.
OCTAVIA. No turbo; mas es razón
que tampoco tú te apartes
de la Reina.
ARMINDA. A entrambas partes
quiero dar satisfacción.
Teodoro se irá conmigo
y tú quedarás aquí.
OCTAVIA. Sí, que apartado de ti,
por no desprivar contigo,
irá avisar a Florela.
ARMINDA. Venid conmigo los dos.
TEODORO. Vamos y cierra.
(*Váyanse la* REINA *y* TEODORO.)
OCTAVIA. ¡Por Dios,
que es todo engaño y cautela,
que está Florela inocente,
que sólo a Teodoro adora!
Mi muerte he trazado agora;
merézcola justamente.
(JULIO *salga.*)
JULIO. No te entristezcas.
OCTAVIA. ¡Ay, Dios,
qué sobresalto me has dado!
Julio, ¿por dónde has entrado?,
que hoy moriremos los dos.
JULIO. Detrás de aquesta antepuerta
escondido me quedé;
mas cuidado no te dé
el ver cerrada la puerta,
porque el Rey está escuchando
y llave maestra tiene.
OCTAVIA. Mi muerte pienso que viene.
(ANTONIO *entra.*)
ANTONIO. Tu vida estoy deseando.
Yo soy, mi querida Octavia,
no te alteres, que yo soy;
contigo a solas estoy,
a pesar de quien te agravia.
Yo soy aquel venturoso,
en los ojos de la gente,
porque fuí ambiciosamente
de la reina Arminda esposo.
Y yo soy el desdichado
en mis ojos, pues perdí,
por estar casado así,
no estar contigo casado.
¡Malhayan reinos, amén,
poseídos con disgusto,
que adonde no reina el gusto
desdicha se vuelve el bien!
Yo era Duque, libre, honrado;
ni pobre humilde, ni altivo;
quise ser rey, soy cautivo,
que estoy sin gusto casado.
Mas no quiero entristecerte:
ve, Julio, y haz que Florela
ayude a nuestra cautela
y ella se cause la muerte;
que de tu ingenio lo fío.
JULIO. Presto, señor, lo verás.
ANTONIO. No te vean, que esto más
de tus astucias confío.
JULIO. Argos con cien ojos vela;
pero a ciento y a cien mil
vence un Mercurio sutil.
Voy a engañar a Florela.
(*Váyase* JULIO.)
OCTAVIA. Aún no he perdido el cuidado:
cierra esa puerta, mi bien.
ANTONIO. ¡Que sean terceros también
los celos!
OCTAVIA. Ellos han dado
traza con que pueda verte.
ANTONIO. Aquí cualquiera traidor
tiene llave y de mi amor
sólo la tiene la muerte;
y pues mi mujer ha sido
quien tan bien nos ha juntado,
abrázame, que es cansado
el tiempo en amor perdido.
OCTAVIA. Son mi descanso tus brazos;
y cree lo que te quiero
en que por puntos espero
cuando me han de hacer pedazos.
Que amor que llega a ofrecer
la vida no tiene extremo
donde subir.
ANTONIO. Ya no temo
que eso pueda suceder,
los celos asegurados
con la discreta cautela
de que es mi dama Florela
andaremos recatados;

que no nos fiemos, digo,
aunque amor por fuerza obliga,
tú de la mayor amiga
y yo del mayor amigo.
Desto, Octavia, se te acuerde
para que tengas temor,
que el más concertado amor
por los amigos se pierde.
Yo sé bien lo que te debo,
si nos sucediere mal,
daremos con muerte igual
a amor un ejemplo nuevo.

OCTAVIA. Yo soy tuya, y sólo quiero
morir por ti agradecida
a tu verdad.

ANTONIO. Ya mi vida
es tuya, pues por ti muero.
Torna, tórname a abrazar.

OCTAVIA. La llave siento en la puerta.

ANTONIO. Detrás de aquesta antepuerta
hay de esconderme lugar.

(AURELIO *entre.*)

AURELIO. La Reina está disfrazada;
bien puedes venir conmigo.

OCTAVIA. No dirán, Aurelio amigo,
que a Florela tengo hablada.

AURELIO. ¿Qué? Luego, ¿será verdad
que el Rey la quiere?

OCTAVIA. ¡Pues, no!
A la Reina llevo yo
para verlo.

AURELIO. ¡Qué maldad!

(*Váyanse los dos, y el* REY *diga alzando el paño.*)

ANTONIO. Ya se partieron. ¿Qué espero?
¡Oh, qué bien se traza así!
Irme quiero, desde aquí,
a las rejas del terrero,
que más fácil es de hacer
una víbora amansar
que querer asegurar
los celos de una mujer.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO (1)

(FLORELA, *dama, y* JULIO.)

JULIO. Por señas de que le diste
hoy una banda encarnada
y que era de ti bordada,
Florela, al paje dijiste.
Dice que te pongas luego
a la ventana, Teodoro.

FLORELA. Esa novedad ignoro;
amor no es mudo, que es ciego.

JULIO. O le burlas o desdeñas.

FLORELA. No es burla, Julio, que amor
es en Teodoro, en rigor,
mudo, pues habla por señas.

JULIO. Lo que me dijo te digo.

FLORELA. Di que yo le saldré a hablar.

JULIO. Pues, oye: que has de pensar
que tiene un grande enemigo.

FLORELA. ¿Es el infante?

JULIO. Ha jurado
ese bastardillo fiero,
si le halla en el terrero
matarle desesperado,
y Teodoro, por poder
hablar con seguridad,
me dijo...

FLORELA. ¡Extraña maldad!
¿Soy su dama o su mujer?

JULIO. Que le llamases alteza
y como al Rey le tratases,
para que así le engañases
y guardases su cabeza:
que él, pensando que es el Rey,
no osará llegar.

FLORELA. No crea
que podrá, como desea,
poner a mis gustos ley.
Llamaré alteza a Teodoro
porque es mi rey.

JULIO. Esto dice
que hagas.

FLORELA. Siempre lo hice,
que yo por mi rey le adoro.
¿Fieros el Infante a mí?
¿Y de qué favor le nace?

JULIO. Yo presumo que los hace
a Teodoro, que no a ti.

FLORELA. Vete y dile a mi Teodoro
que a la ventana me voy,
aunque con enojo estoy.

JULIO. Guarda a tu honor el decoro,
y mira que has de llamar
rey a Teodoro y alteza.

FLORELA. Bien lo entiendo.

JULIO. (Bien empieza;
con bien se venga a acabar.)

(1) No hay reparto de él. Entran, además de los dichos, FLORELA, *cuatro* EMBOZADOS, AMASIO *y* ALEJANDRO, *Embajadores.*

(*Váyanse, y salgan la* REINA *en hábito de hombre y* OCTAVIA *con capotillo y sombrero.*)

ARMINDA. ¿Cuál es, Octavia, el balcón
de aquella ingrata sin ley?
OCTAVIA. Oye: ¿no es aquél el Rey?
ARMINDA. Creo que él y Julio son.
OCTAVIA. Huélgome, que aquí verás
si le quiere o no Florela.
ARMINDA. Fué de Teodoro cautela;
no más privanza, no más.

(*El* REY *y* JULIO *en hábito de noche, capa con oro y broqueles.*)

ANTONIO. En fin, ¿saldrá?
JULIO. ¿No te digo
de qué suerte la engañé?
ANTONIO. ¿Conoceráme?
JULIO. No sé;
mas yo sé para conmigo
que de noche, en una calle,
y medio embozado un hombre,
mudando señas y nombre,
y en algo imitando el talle,
será por otro tenido
como no hable muy alto.

(FLORELA *en una ventana.*)

FLORELA. Ya del alma el sobresalto
me dice que habéis venido.
JULIO. Paso, ¡vive Dios! que es ella.
FLORELA. ¡Ah, mi rey!
ANTONIO. ¡Ah, mi señora!
OCTAVIA. ¿Oyes aquello?
ARMINDA. ¡Ah, traidora!
Muere por él y él por ella.
FLORELA. ¿Cómo viene vuestra alteza?
OCTAVIA. ¿Ves si es el Rey o Teodoro?
ARMINDA. Luego, por el Dios que adoro,
le haré cortar la cabeza.
Honrada quedas, Octavia.
Darte mil abrazos quiero.
OCTAVIA. Yo echarme a tus pies primero.
ARMINDA. Florela fué quien me agravia.

(TEODORO *y* AURELIO *entran.*)

TEODORO. Aquí vengo, Aurelio mío,
a ver de Octavia el engaño,
hasta ver el desengaño.
Poco de Florela fío,
que es, en efecto, mujer.
FLORELA. En fin, ¿vuestra alteza vino
cansado?
ANTONIO. Es largo el camino.
AURELIO. Oye, el Rey debe de ser.
TEODORO. El Rey y Florela son.
AURELIO. Y Octavia y la Reina aquéllas.
TEODORO. ¡Oh, mujeres!
AURELIO. Fiad en ellas.
TEODORO. Todo es engaño y traición.
FLORELA. ¿Agradó la prenda?
ANTONIO. Sí,
por ser vuestra me agradó.
AURELIO. (Oye, que prenda le dió.)
TEODORO. (Con otra me engañó a mí.
¿Es posible que esto veo?
Mas no mandes que lo vea;
pero bien será que sea
veneno de mi deseo.
¡No más amor! Ven tras mí,
que daré al Rey ocasión
con mi celosa pasión
para que me mate aquí.
Dél abajo por los cielos
que ninguno me quitare
que mi afrenta no vengare.)
AURELIO. (Calla.)
TEODORO. (¡Ah, celos!)
AURELIO. (Todo es celos.)

(*Váyanse* TEODORO *y* AURELIO.)

OCTAVIA. Sin duda Teodoro es
el que a la esquina llegó.
Así se lo dije yo.
ANTONIO. Allí hay dos hombres o tres.
JULIO. Dos son, y ninguno es hombre.
ANTONIO. Engañarme, Julio, quieres.
JULIO. Pues cree que son mujeres.
ANTONIO. ¿Puedo yo saber su nombre?
JULIO. La Reina y Octavia son.
No te acerques más.
ANTONIO. No haré;
pero, escucha, te diré
una notable invención.

Llámame al Conde y dile que consigo
traiga al terrero dos o tres criados,
y cuéntale el suceso de la Reina,
y que con la ocasión que se me ofrece
quiero quitarle a Octavia de los ojos.

JULIO.

¿Cómo quitarla?

ANTONIO.

Dile que metiendo
mano a la espada, sin hacerle ofensa,
en brazos lleven a mi hermosa Octavia,
y que en su casa me la guarde el Conde,

porque con esto no sabrá la Reina
quién la ha robado y yo podré gozalla
sin que la Reina me la mate.

JULIO.

Has dicho
la cosa más discreta que pudiera
imaginar agora ingenio humano.
Voy a llamar al conde Feliciano.

(*Váyase* JULIO.)

ANTONIO. Requebrar quiero entre tanto
a Florela.
OCTAVIA. ¿Qué has de hacer?
ARMINDA. Necedades de mujer,
Octavia, que quiere tanto.
OCTAVIA. Vámonos, que ser podría
que te conociese el Rey.
ARMINDA. Si hay necesidad sin ley
ninguna como la mía,
déjame ver mis enojos
que del amoroso daño
es la purga el desengaño
y bébese por los ojos.

(FLORELA *en alto.*)

ANTONIO. ¡Ah, mi bien!
FLORELA. Mi rey, ¿sois vos?
ANTONIO. Yo soy.
FLORELA. ¿Quién era esa gente?
ANTONIO. Ese bastardo insolente
que nos divide a los dos.
Pero no os cause pesar,
que yo le desacredito
con la Reina.
FLORELA. Y yo os imito
cuando se ofrece lugar.
ARMINDA. (¡Ay, Octavia!)
OCTAVIA. (Esfuerza el pecho.)
ARMINDA. (No se llamará de hoy más
rey este traidor.)
OCTAVIA. (Podrás
deshacerle, pues le has hecho.)

(*Entre el* CONDE *y cuatro* EMBOZADOS *con tafetanes negros y las espadas desnudas.*)

FELICIANO.

(Aquellos son sin duda; llegad quedo,
y en brazos le llevad los dos a Octavia
y los dos quedaréis a resistilla.)

ARMINDA.

(¿Qué gente es ésta?)

OCTAVIA.

(De mirarlos tiemblo.)

FELICIANO.

Suelta la capa.

ARMINDA.

¿No hay aquí justicia?
¡Aquí, favor, que mi mujer me llevan!
¡Favor aquí del Rey! ¡Valedme, cielos!
Quien quiera enloquecer mátese en celos.

ANTONIO. (Entraos, que lo quiero ver.)

(*Los* EMBOZADOS *llevan a* OCTAVIA *en brazos.*)

FLORELA. (Adiós.)
ANTONIO. [Adiós.] Pues, hidalgo,
¿puédoos ayudar en algo?
ARMINDA. Llevádome han mi mujer.
ANTONIO. ¿Eso poco?
ARMINDA. No es más que esto.
ANTONIO. Si la aborrecéis, fué dicha.
ARMINDA. Yo la tengo por desdicha;
mas pienso cobrarla presto.
ANTONIO. ¿Quién era la gentecilla?
ARMINDA. Cierta sospecha me ha dado.
ANTONIO. Si una vez os la han llevado,
no volváis a recibilla.
ARMINDA. ¡Válgame Dios! Si conmigo,
y a mi lado, mi mujer
me quitaron sin poder
resistir a mi enemigo,
el Rey, que a su mujer deja
y anda de otra enamorado,
¿cómo está tan descuidado?
ANTONIO. De vicio Arminda se queja,
que yo sé que no la agravia.
ARMINDA. Pues ¿qué es?
ANTONIO. Martelo y cautela.
ARMINDA. Pues ¿por qué habla a Florela
y roba de noche a Octavia?
ANTONIO. ¿El Rey?
ARMINDA. El Rey.
ANTONIO. Es mentira.
ARMINDA. Yo le he visto.
ANTONIO. No lo creas.
ARMINDA. ¿Viéndolo no?
ANTONIO. Aunque lo veas.
ARMINDA. Tu mal término me admira.
¿Dónde has hallado esas leyes
que callemos y veamos?
ANTONIO. Ahora bien, no nos metamos
en las cosas de los reyes,
(La Reina me ha conocido.)

ARMINDA. (Ya el Duque me conoció.)
ANTONIO. ¿Qué decís?
ARMINDA. Que en amor yo
siempre desdichado he sido.
ANTONIO. Vámonos en paz los dos,
y ellos riñan y hagan tiros.
¿Mandáis algo?
ARMINDA. En qué serviros.
ANTONIO. Pues, hidalgo, adiós.
ARMINDA. Adiós.

(*Váyanse, y entre* JULIO.)

JULIO. No sé qué traigo conmigo
después que he visto a Florela
y al Rey con tan lindo embuste
tener celosa a la Reina.
Todo por librar que Octavia
en esta ocasión no muera,
yo, por servirle, he trazado
esta notable cautela,
que pienso que ha de venir
a llover en mi cabeza;
porque celos de casados
paran, y es cosa muy cierta,
en amistades y paces
y en daño de los que tercian.
Yo creo que el pobre Julio
ha de mediar en la feria
algún jubón carmesí
o alguna muerte violenta.
Si es éste que vuelve el Rey.
¡Ay, cielos! ¿El qué se queja
ya que le han robado a Octavia,
si no es que a la Reina tema?

(*El* REY *entre.*)

REY. ¡Soledades que nacientes
de mis confusas tristezas
que al cielo esta triste noche
me obligáis a dar mil quejas!
La luna y estrellas claras
se escondan, por que no entiendan
que el temor rompe el silencio
a quien la muerte desea.
Con llaves cierran mi Octavia;
gruesas paredes la cercan,
si estas puertas no me abren,
mi muerte saldrá por ellas.
¡Tristezas y soledades,
cielos, noche, luna, estrellas,
muerte, silencio, temor,
llaves, paredes y puertas,
cuando yo muera por Octavia bella
la causa en gloria volverá la pena.
¡Oh, pinturas, que mostráis
en historias verdaderas
amores como los míos
y no menores tragedias!
¡Jaspes y mármoles blancos
que deste jardín las hiedras
visten, como mi esperanza,
al viento de aquellas selvas!
Amor me ha dado esta cárcel
llena de sombras inciertas,
por cuyas rejas el alma
quiere salir y me deja.
Pinturas, historias, jaspes,
mármoles, jardines, hiedras,
esperanzas, selvas, viento,
amor, cárcel, sombras, rejas,
quien casa por tesoros de la tierra,
fuego es el oro y el reinar pobreza.
A desatinos me obligan
pensamientos que me alteran,
enojos de una mujer
estas congojas me cuestan.
Penas y imaginaciones
a mil ansias me condenan,
que las tristezas me matan
como el pensar salir dellas.
Suspiros te envía el alma,
dulce Octavia, porque piensa
con sospechas de tu amor
que ya de mí no te acuerdas.
Desatinos, pensamientos,
enojos, congojas, penas,
imaginaciones, ansias,
suspiros, alma y sospechas,
mi muerte es cierta, pues quitarme intenta
mi bella Octavia la celosa Reina.
JULIO. No he querido interrumpirte.
¿De qué, señor, te lamentas
si la Reina está de Octavia
engañada y satisfecha
y Octavia en poder del Conde,
donde presto puedes verla
en tus brazos?
ANTONIO. ¡Ay, mi Julio!
No falta causa que sea
bastante a darme fatiga.
JULIO. No hay quien al amor entienda.
Bien le pintan como niño,
pues en un punto se queja
de lo mismo que le han dado.

¿Qué te han hecho? ¿Qué deseas?
(¡Ay de mí! Que estoy temiendo,
cuando a mis hombros decienda,
la tempestad destos celos.)

ANTONIO. ¿No quieres que me dé pena
ver que ambición de reinar
me casase con la Reina
cuando adoraba en mi Octavia?

JULIO. Pues ¿eso no se remedia
con ser rey, y hacer tu gusto,
gozando de Octavia bella,
que, en poder de Feliciano,
aquesta noche te espera?

ANTONIO. No me atrevo, Julio amigo,
porque el día que se sepa
se me caerá la corona
que ya en la frente me tiembla.
Pues matar a Arminda es hecho
cruel, y que mi cabeza
pone a notable peligro,
porque, en fin, la Reina es ella
y yo un Duque, su vasallo,
y aunque también yo los tenga,
de los reyes sus parientes
no puedo excusar la guerra.
Vamos a ver qué hay de Octavia
y consolaréme en vella,
o pediréle a la muerte
que acabe con tantas penas,
que no hay cosa más triste ni más fea.
que, sin querer, fingir amor por fuerza.

JULIO.

Ni más cruel que, por servir de tercio,
poner la espada y esperar ducientas.

(*Váyanse, y entre la* REINA ARMINDA *y el* CONDE.)

FELICIANO. Eres mi reina y señora;
no he de serte desleal.

ARMINDA. ¿Puede haber traición igual
como la que escucho agora?
que tú fuiste, conde amigo,
el que a Octavia me robó.

FELICIANO. Así el Rey me lo mandó.
No vi que estaba contigo.
Al fin, la tengo en mi casa.

ARMIDA. Luego ¿presa sin razón
está Florela?

FELICIANO. Es traición
que entre el Rey y Julio pasa.

ARMINDA. No le llames Rey.

FELICIANO. Pues ¿qué?

ARMINDA. El Duque.

FELICIANO. El Duque, señora,
en mi casa tiene agora
a Octavia.

ARMINDA. Su engaño fué.
Sácame de la prisión
con este anillo a Florela
y a Teodoro.

FELICIANO. (Hoy el Rey vuela.
Buena va mi pretensión.)

[(*Entra* CÉSAR.)]

CÉSAR. Aquí está el Embajador
del Rey de Irlanda, señora.

ARMINDA. Vos, César, ¿sois paje agora?

CÉSAR. Soy vuestro esclavo en amor.

ARMINDA. Sois mi hermano y yo muy vuestra.

CÉSAR. Y yo tan vuestro he de ser,
que deste amor se ha de ver
antes de una hora la muestra.

(AMASIO *y* ALEJANDRO, *embajadores.*)

AMASIO.

La prisa que por cartas nuestro Príncipe,
segundo hermano de tu esposo muerto,
nos da, señora, nos obliga a darte
la misma en que concluyas lo que pide,
como verás en ésta.

ARMINDA.

Ya he sabido
el gusto, embajador, que el rey Albano
tiene de que le case de mi mano.
Harélo agora, que ocasión se ofrece.

ALEJANDRO.

Albano, por quererte, lo merece.
Resuelve presto, así te aumente el cielo
los reinos que heredaste y que gobiernas,
lo que te pide el Rey, que es tu cuñado
y tu amigo el mayor.

ARMINDA.

No se ofrecía
ocasión como agora. Yo os prometo
de casarle muy presto.

AMASIO.

El cielo santo
prospere tu valor, tu vida y reino.

CÉSAR.

Por la respuesta volveréis mañana,
que yo me encargo de avisar mi hermana.
Dales, señora, una famosa reina,
por tal amor, a los de aquellas islas.

ARMINDA.

Soy, César, desdichada en casamientos.

CÉSAR.

Amas al Duque, no te digo nada.
De muchos reyes fuiste deseada.

ARMINDA.

Ninguna de las damas de mi Corte
me parece apropósito.

CÉSAR.

De todas
bien puedes escoger quien le merezca.

AMASIO.

Mil años vivas.

ALEJANDRO.

Guárdente los cielos.

(*Vanse.*)

CÉSAR.

¿De qué estás triste?

ARMINDA.

¡Oh, César! Tengo celos.

(*Idos los* EMBAJADORES, *entren el* CONDE, FLORELA *y* TEODORO.)

FELICIANO. Los presos están aquí.
ARMINDA. Amigos, vuestra verdad
venció la temeridad
de quien me ha engañado ansí.
Juzgué por la información,
que es oficio de juez,
sin que pudiese esta vez
cegarme vuestra afición.
Vi a Florela con Antonio,
Teodoro también la vió,
¿cómo pude pensar yo
que era falso testimonio?
FLORELA. Señora, Julio me había
dado un recado engañoso,
porque de César celoso
guardar Teodoro quería.
Llamábale rey y alteza
por que ser el rey pensase
y de esta suerte me hablase.
ARMINDA. ¡Julio, al fin! ¡qué buena pieza!
FLORELA. Sabe Dios, señora mía,
que por ti al Rey mi señor,
tengo un doméstico amor.
ARMINDA. Duque es ya desde este día.
Ninguno le llame alteza,
porque le haré castigar.
CÉSAR. ¿No quiere, Teodoro, hablar?
Alzad, Teodoro, cabeza.
TEODORO. Quien se vió como me vi
en tu gracia, es bien que sienta
con este extremo su afrenta.
ARMINDA. Tu amor, Teodoro, ofendí.
Hoy vuelves a mi privanza,
hoy te querré mucho más.
TEODORO. De hacerme merced me das
con tu valor confianza.
ARMINDA. Vuélvanle, César, al punto
sus papeles a Teodoro,
su honor, su oficio y decoro.
TEODORO. Todo el bien me viene junto
de aquesas manos reales.
ARMINDA. Vamos, que quiero mostrar
cómo el Duque ha de tratar
las mujeres principales.
FELICIANO. ¡Bien se va haciendo!
CÉSAR. Estoy loco
FELICIANO. Desta vez el Rey despriva.
CÉSAR. Pues no hayas miedo que viva.
FELICIANO. (Ni que tú vivas tampoco.)

(*El* DUQUE ANTONIO.)

ANTONIO. Deténgase vuestra alteza.
ARMINDA. ¿Para qué?
ANTONIO. Para que soy
quien la detiene.
ARMINDA. Ya estoy
libre de aquella tristeza.
ANTONIO. Ponga en Antonio los ojos;
no esté ansí.
ARMINDA. ¡Triste de mí!
ANTONIO. Advierta que estoy aquí
y recibo de eso enojos.
¿Desa suerte, Arminda mía,
con Antonio? ¡Quién dirá
que esto es verdad!
ARMINDA. ¡Bueno está!
Calle vuestra señoría,
que tengo justa tristeza.
ANTONIO. ¿Eso tenemos agora?
¿Qué es señoría, señora?
Solía yo ser alteza.
¿Cómo habláis conmigo ansí?
ARMINDA. Y aun mejor fuera no hablar,
que con decir mi pesar
sé yo que os vengáis de mí.
Bastaba, a mi parecer,
el dejarme por Octavia,
ni más bella, ni más sabia,
ni más principal mujer.

Bastaba haberla robado,
pues está en casa del Conde,
que de la Elena que esconde
ha sido Paris forzado.
Bastaba que despreciéis
el amor que os he tenido,
aunque yo sé que esto ha sido
porque no me merecéis.
Fué justo agradecimiento
de haceros Rey de un vasallo,
sin otras cosas que callo
por honrar mi pensamiento.
Esto, Antonio, es comenzar;
mañana habéis de querer
matar a Arminda y hacer
que podáis solo reinar,
o que ella reine trazáis
y tiranizar mi Estado.
Pero vivís engañado,
que vuestra muerte buscáis.
Yo, que Rey os pude hacer
de Duque, siendo engañada,
de Rey os haré no nada,
y vendréis a estar sin ser.
Esperad.

ANTONIO. ¡Arminda mía!
¡Reina! ¡Señora! ¡Mi bien!

ARMINDA. ¿Vuestra yo y Reina también?

ANTONIO. ¡Y mi sol, mi estrella y día!

(JULIO *entre.*)

JULIO. De una carroza se apea
Octavia, y te quiere hablar.

ARMINDA. ¿Octavia?

JULIO. Octavia, y llegar
a besar tus pies desea.

ARMINDA. Vendráme a matar. ¿Quién duda?
¡Hola, guarda! ¡Ha, Infante! ¡Ha,
[gente!

ANTONIO. Antes vendrá humildemente
a pedir, Reina, tu ayuda.

(*Entre* OCTAVIA.)

OCTAVIA. Déjame poner la boca
en la tierra de tus plantas.

ARMINDA. Mucho, Octavia, te adelantas,
mas es tu vergüenza poca.
Llega a besar las de Antonio,
pues a buscarle vendrás;
que ángel le parecerás
y me pareces demonio.

OCTAVIA. ¿Quién duda que te han contado
traidores, que te han mentido
que el Rey, mi señor, ha sido,
señora, el que me ha robado?

ARMINDA. Bien dices, pues es tu rey,
en decir rey y señor;
licencia tiene el amor
de quebrar cualquiera ley.
Amor de rey es; rey, no;
tú no tienes para qué
llamarle Duque.

OCTAVIA. No sé
si has hecho reyes o no.
Pero el Duque o el Rey sea,
oye mi desdicha.

ARMINDA. Di;
pero no pienses de mí
que has de alcanzar que te crea

OCTAVIA. El Conde me ha perseguido,
y viendo mi resistencia,
por no tener tu licencia
para llamarle marido,
supo que contigo fuí
y embozado me robó,
donde sólo el cielo oyó
las muchas voces que di.
Hoy dije que lo sabías,
y libróme por temor.

ARMINDA. Octavia, es músico amor
y da en tañer fantasías.

OCTAVIA. Dios me confunda a las penas
de las que el infierno esconde
si no me ha robado el Conde.

ARMINDA. Bien juras; no te condenas.
Todos juráis, y he venido,
por lo que he visto, a creer
que ya debéis de tener
el buen crédito perdido.
Ninguna verdad decís,
ninguna lealtad mostráis,
y en ver que todos juráis
veo que todos mentís.
Octavia, ya sin trabajo
goza al Duque, que este día
podrás llamar señoría,
que para alteza es muy bajo.
No entre en mi cámara. ¡Hola!
Sírvanle aparte en su cuarto.

(*Vase.*)

OCTAVIA. Señor, tras ella me parto,
que estoy mal contigo y sola.

ANTONIO. ¡Ay, Octavia! ¿Qué esperanza
me queda, pues tan sin duda

veo en tu cuello desnuda
la espada de su venganza?

OCTAVIA. Pues si me quieres guardar
mándame luego prender
diciendo que a tu mujer
doy ocasión de pesar.
Y así, con guardas y presa
nadie entrará donde estoy.

ANTONIO. Bien; pero, a fe de quien soy,
que aunque es de burlas me pesa.

JULIO. El Infante viene aquí.

ANTONIO. Fingirme quiero enojado.

[(*Entra* CÉSAR.)]

Tú, infame, ocasión has dado
para que se vaya ansí.

OCTAVIA. Señor, ¿yo que dije agora?

CÉSAR. Duque, ¿qué quieres hacer?

ANTONIO. ¡Que enoje aquesta mujer
a la Reina, mi señora!
César, llevalda a una torre.
Prendelda, para que vea
la Reina si la desea
el Duque o si la socorre.
Y pues que vos sois su hermano,
la llave y guarda tened.

CÉSAR. Hacéisme en esto merced
y vuestro negocio llano.
Aplacaréis a mi hermana
y el pueblo sosegaréis.

ANTONIO. Pues, alto. ¿En qué os detenéis?
Camina, hermosa tirana.

OCTAVIA. Una palabra, señor.

ANTONIO. Dejalda llegar. ¿Qué quieres?

OCTAVIA. (Ya sabes que a las mujeres
es natural el temor.
Sácame presto de allí.)

ANTONIO. (¡Ay, Octavia! Si haré,
porque el alma libre esté,
que me llevas presa en ti.)

CÉSAR. Vamos ya.

ANTONIO. ¡César!

CÉSAR. ¡Señor!

ANTONIO. Di a la Reina lo que ves.

CÉSAR. Todo lo sabrá.

ANTONIO. Y después
sabrá que todo es amor.
Ve, amigo, tras ella y mira
cómo queda y dónde queda.

JULIO. Siguiéndola iré.

ANTONIO. ¡Que pueda
esto el temor!

JULIO. ¿Qué te admira?
¿Es poco lo que aventuras?
¡Por Dios, que quedamos buenos!
Rey fuiste ayer por lo menos,
y hoy nos quedamos a escuras.

ANTONIO. Bien dices, Julio, también;
aunque estoy de amor mortal,
porque no hay tan fuerte mal
como haber perdido el bien.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

LAS PERSONAS DEL TERCER ACTO

TEODORO.
FLORELA.
El DUQUE ANTONIO.
El INFANTE CÉSAR.
El CONDE FELICIANO.
La REINA ARMINDA.
JULIO, *criado.*
AMASIO.
ALEJANDRO.
El REY DE IRLANDA
OCTAVIA, *dama.*

(TEODORO *y* FLORELA.)

FLORELA. De cómo estamos yo y vos
¿estáis ya desengañado?

TEODORO. Tanto lo estoy, que he quedado
muy sosegado, por Dios.

FLORELA. Pues ¿pudo ser de otra suerte
más notorio el desengaño?

TEODORO. No he querido hacerte daño,
lastimado de tu muerte;
pero para mí bien sé
que al Rey hablaste.

FLORELA. ¿Yo?

TEODORO. Sí.

FLORELA. Habléle, pero por ti.

TEODORO. Por mí o por él. ¿Cómo fué?

FLORELA. ¿No sabes que a Octavia adora?

TEODORO. Bien lo sé; pero también
pienso que te quiere bien
y eres la que priva agora.
De Octavia estará cansado
y vendrásle más al justo,
que en un poderoso el gusto
es delito estar parado.
Sólo será lo invisible:
lo que ven quieren querer,
porque les dice el poder
que todo será posible.

FLORELA. En mí no querrá buscalle.

TEODORO. Es muy de pobres estar
quedos siempre en un lugar,
y muy de ricos mudalle.
Los pobres firmes están
por más que ofenderlos veas,
porque son como las feas

que a los primeros se dan.
Yo sé, Florela, que el Rey
es un poco antojadizo.

FLORELA. ¿Y si de burlas lo hizo?

TEODORO. Es alarbe amor, sin ley.
El hombre que más adora
suele en la fuga de amar
por sólo su antojo, dar
en la más fea, señora.
No libra mis desengaños
desta dura obstinación
que me cuentes la afición
de Octavia por tantos años.
Yo vi al Rey la noche toda
hablarte sin mover paso,
y ver sombras es mal caso
la víspera de la boda.
Y advierte, si advertir quieres,
en lo que es celos honrosos,
que gozan los poderosos
con los ojos las mujeres.
No quiero amor sospechoso,
porque en la honra, Florela,
cualquier pequeña cautela
deja a un hombre sospechoso.
No me hables ni me mires
ni más de casarte trates.

FLORELA. ¿Quédante más disparates?
¿Quédate más que delires?
Lo que a la Reina asegura
¿no te puede asegurar?

TEODORO. La paz la podrá engañar
que con su esposo procura.
La ofensa de la mujer
no es cosa que la deshonra,
mas como en el hombre es honra,
nadie la quiere perder.
Quédate, Florela, a Dios.

FLORELA. Oyeme.

TEODORO. Serás mi muerte,
que, oyéndose desa suerte,
presto se conciertan dos.

FLORELA. Pues, óyeme y no me veas.

TEODORO. No podré sin verte hablarte.

FLORELA. Luego, ¿nada ha de ser parte
para que esta verdad creas?

TEODORO. Cuando averiguan verdades
dos amantes enojados,
entran muy desatinados
y salen con amistades.

FLORELA. Loca es la mujer que ruega.

TEODORO. Pues déjame, si es razón.

FLORELA. Basta. Que los celos son
enfermedad que se pega.

(*Váyanse, y entren el* DUQUE ANTONIO *y* JULIO.)

ANTONIO.

Mata, desdeña, abrasa, hiela, enciende
el alma que te adora, desdén mío,
que cuanto más me matas más te envío
la libertad del alma que te ofende.

Castiga, aflige, rompe, injuria, prende,
lo que el cielo me dió [de mi] albedrío,
que en mi firmeza contratar confío
cuanto la tuya en su rigor pretende.

Compitamos los dos: yo en atreverme,
para que mi locura se confirme,
y tú en matarme, helarme y encenderme.

Que no pienso jamás arrepentirme;
que aunque es verdad que puedes deshacerme
no serás tan cruel como yo firme.

JULIO. Pese a Octavia y quien te engaña
quiere hacerte por castigo,
aquí en Bretaña, Rodrigo,
como la Cava al de España.
Vuelve en ti, que es cobardía
por una indigna flaqueza
que el que ayer te llamó alteza
hoy te llame señoría.
Procura hacer amistad
con la Reina a toda ley;
vuelve, señor, a ser Rey,
que es lo demás vanidad.
Dejaránte tus amigos,
que es ley del mundo al que baja,
y podrán con más ventaja
vengarse tus enemigos.
Si oro ciñe tu cabello,
acero será después;
los que besaron tus pies
pondrán los pies en tu cuello.
Tente y no seas Luzbel,
porque cuando baja el alto
todos se ríen del salto
y todos pasan por él.

ANTONIO. ¡Ay, Julio! Bien me aconsejas;
que, no sólo han de faltarme
amigos para matarme
de Arminda las justas quejas.
Si hubiese alguna invención
para que la Reina vuelva
a mi amor y se resuelva
de Octavia tanta afición,
no dudes que lo intentase,
porque el estado perdido

me muestra cuán loco he sido.
JULIO. ¿Qué dirás si yo la hallase?
ANTONIO. Di. Veamos.
JULIO. Tú has de darte
alguna pequeña herida,
de cuya sangre vertida
teñido podrás mostrarte,
y yo a la Reina corriendo
iré a decir que te matas
por ver que tan mal la tratas,
o que ya quedas muriendo.
Y que el verte arrepentido
te obliga de aquella suerte
a estar loco y darte muerte.
Y todo ha de ser fingido.
ANTONIO. ¿Y sabes tú que vendrá?
JULIO. Pues ¿no había de venir?
ANTONIO. ¿Qué le diré?
JULIO. Que morir
quieres, pues la ofendes ya.
ANTONIO. Voy a herirme.
JULIO. Yo a llamarla.
ANTONIO. Quédate, que viene aquí.

(*Váyase el* DUQUE. [*Entren*] *la* REINA *y el* INFANTE.)

ARMINDA. ¿Qué? ¿Prenderla manda?
CÉSAR. Sí;
y en una torre guardarla.
ARMINDA. Calla, Infante, que habrá sido
por llamarle señoría.
CÉSAR. Yo te juro que reñía
con ella.
ARMINDA. Habránlo fingido.
CÉSAR. De sus enredos yo creo
más que me puedes decir.
JULIO. (Agora quiero salir,
que a César con ella veo.)

Si la piedad alguna vez, señora,
halló aposento en tu divino pecho,
que más los cetros de los reyes dora
que el oro puro de que el tuyo es hecho,
date priesa a llegar; camina agora,
que el duque Antonio llega al paso estrecho
de su vida mortal.

ARMINDA.

¡Ay, cielo santo;
toda me cubres de temor y espanto!

JULIO.

Así como te fuiste matar quiso
a Octavia, a quien mandó prender, y luego
perdió el discurso y seso de improviso
y el grave entendimiento quedó ciego.
Quísete dar de su locura aviso,
y cuando a alzar el antepuerta llego
veo que con la daga al pecho tira,
diciendo: "Hoy, Reina, tu enemigo expira."
Arremeto y deténgole de suerte
que fué pequeña la primera herida;
tiróme a mí; temíle aunque mi muerte
no la temiera por salvar su vida.
En fin, la guarnición [no era] tan fuerte
que media mano, como ves, rompida,
la daga le saqué de entre las suyas.

ARMINDA.

Mi vida, Julio, deberé a las tuyas.
Parte, César, por él.

CÉSAR.

No será nada.
(¡Oh, plegue a Dios que de la herida muera!)

ARMINDA.

¡Ay, mi querido Antonio!

JULIO.

(¡Oh, bien trazada
industria! ¿Qué Sinón mejor la hiciera?)

ARMINDA.

Confusa toda estoy, estoy turbada;
mi bien, si has de morir, espera, espera.

JULIO.

(La máscara de enojo, amor, se quita.
Con esta muerte el Duque resucita.)

(*El* DUQUE *con sangre en el rostro, y* CÉSAR *y* CRIADOS *teniéndole.*)

ANTONIO. César, no me detengáis.
César, mi bien he perdido.
CÉSAR. Señor, pues ¿así os matáis?
ARMINDA. ¡Ah, mi Rey! ¡Ah, mi marido!
Suplícoos que en vos volváis.
JULIO. (Ya le llama Rey.)
ANTONIO. ¡Ah, cielos!
Que entre tantos desconsuelos
habéis mi vida guardado.
ARMINDA. ¡Que esto celos han causado!
¡Oh, maldiga Dios los celos!
ANTONIO. ¿No veis que mi Reina bella
al cielo de amor se sube
y se convierte en estrella?
Quita, Infante, que eres nube
y quiero adoralla y vella;
pero en el tormento eterno
y debajo del gobierno
de Minos ¿no veis a Octavia?
Mas quien tanto al cielo agravia
pene en el profundo infierno.

ARMINDA. ¿Hay lástima semejante?
Volved en vos, señor mío.
¿Es la herida penetrante?
JULIO. No, que fué punto en vacío.
CÉSAR. No te aflija ni te espante,
que toda la herida fiera,
sangre, locura y quimera
se resuelve en un rasguño.
JULIO. Túvele yo por el puño,
que, si no, muerto estuviera.
ARMINDA. ¡Ah, mi Rey! ¡Ah, mi señor!
JULIO. Llámale Rey muchas veces,
que así volverá mejor.
ARMINDA. ¡Mi Rey!
ANTONIO. A Arminda pareces,
que fué mi primero amor.
¿Eres tú, señora mía?
ARMINDA. Yo soy, que pagar querría
llorando tanta crueldad.
¿Qué tienes?
JULIO. La enfermedad
de llamarle señoría.
ANTONIO. Tengo el haberte ofendido,
tengo un tierno sentimiento,
tengo estar arrepentido.
CÉSAR. (Todo ha sido fingimiento.)
ARMINDA. Dios sabe si lo he sentido.
ANTONIO. No me verás vivir más
si a tu gracia no me vuelves.
ARMINDA. ¡Ay, mi bien. En ella estás
si es que a dejar te resuelves
a Octavia.
ANTONIO. ¿Qué? ¿En eso das?
¡Fuera, que el sentido pierdo!
¡Fuera, que ya tengo en poco
la vida de que me acuerdo!
JULIO. ¿No ves que vuelve a estar loco?
CÉSAR. (Harálo de puro cuerdo.)

ANTONIO.

Dulce desdén, ¿a qué remota parte,
a qué tierra, a qué cielo diferente,
apacible, cruel, helado, ardiente,
no fuera yo para poder templarte?
Hermosos ojos, pues ignora el arte
ciencia de serenar la hermosa frente;
donde hace el sol su más ilustre oriente
y tantas flechas el amor reparte.
Quien sólo en esto ocupa la memoria,
noble desdén ¿de quién queréis vengaros... (1)
Que cuando más segura la victoria
me dais, desdén, en esos ojos claros
pena mirando y con miraros gloria.

ARMINDA. Mi Antonio, mientras viviere
Octavia, ¿qué puedo hacer
si tu gusto la prefiere?
ANTONIO. No me debes de querer.
ARMINDA. Mas así teme quien quiere.
ANTONIO. Castígala.
ARMINDA. Yo no quiero
castigarla, mas honrarla.
ANTONIO. ¿Cómo?
ARMINDA. Quiero a un heredero
de un reino por mujer darla;
mas con tu gusto primero.
ANTONIO. ¿Es el de Irlanda?
ARMINDA. Ha partido
por el rey su embajador.
ANTONIO. ¿Qué, en fin, por el rey es ido?
ARMINDA. Sin duda.
ANTONIO. Por tal favor,
Arminda, los pies te pido.
ARMINDA. Luego ¿gustas que la case?
ANTONIO. Y se lo agradezco al cielo.
(¡Oh, amor! ¡Que esto por mí pase!
Mas la razón le hará hielo
cuando más fuego me abrase.)
¡Ay, si le viese llegar!
ARMINDA. Pues yo voy a despachar
que se dé priesa.
ANTONIO. Pues di,
¿veréte esta noche?
ARMINDA. Sí;
conmigo la has de pasar.
ANTONIO. Vete a escribir.
ARMINDA. A eso voy.

(*Váyase.*)

ANTONIO. Infante, traed a Octavia.
CÉSAR. (Paces han hecho. Ya estoy
temblando de enojo y rabia.)

(*Váyase.*)

ANTONIO. Julio, desdichado soy.
JULIO. Antes eres muy dichoso;
pues a ser rey vuelto has
en tiempo tan peligroso,
y Octavia lo es mucho más
con tal reino y tal esposo.
ANTONIO. ¡Muero! ¡Pierdo la paciencia!
JULIO. Callá, señor, que el ausencia
es el médico más sabio.
ANTONIO. Eso es cuando hay agravio
que hace al amor resistencia.

(1) Falta, por desgracia, un verso a este bellísimo soneto.

¡Ah, codicia de reinar!
¿Que a Octavia vengo a casar
que aparto a Octavia de mí?
¿Que tal cosa permití?

JULIO. Remedios ando a buscar,
y tengo en la fantasía
uno muy bueno, señor.

ANTONIO. ¿Cómo?

JULIO. De la señoría
haz que se acuerde tu amor,
y verás cómo se enfría.

ANTONIO. ¿Casar yo a Octavia? ¿Yo mismo
a Octavia he tratado así?
¿Hay tan loco barbarismo?

(CÉSAR *y* OCTAVIA.)

CÉSAR. Octavia, Rey, está aquí.

ANTONIO. (Y en mí el fuego del abismo.)
Ve, César, dile a tu hermana
que se dé priesa a escribir.

CÉSAR. (Salió mi esperanza vana;
pues o reinar o morir.)

(*Váyase.*)

ANTONIO. ¿Sabes tu muerte, inhumana?
¿Sabes, Octavia, que soy
el que a los dos notifico
dos muertes, la que te doy
y la que a mi pecho aplico?
¿Sabes que te casas hoy?
¿Sabes que te has de embarcar
presto en el mar de mis ojos
más que en el vecino mar?
Esta paz de mis enojos
ha venido a resultar.
Esto la Reina me pide
o darte muerte.

OCTAVIA. ¡Ah, traidor!
Grande amor nunca se mide,
que la ambición del honor
es la que a los dos divide.
¡Hallábaste, Duque, mal
y á ser rey quieres volver!

ANTONIO. Partido, Octavia, es igual.
A un rey te doy por mujer,
si aspiro al cetro real.
Gozarte ya no podría;
ya la Reina lo sabía...
Dividámonos los dos.

OCTAVIA. ¡Qué bravamente, por Dios,
te enfadó la señoría!

ANTONIO. Dejemos eso. Tú eres
reina.

OCTAVIA. ¡Qué amor! ¡Qué desvío!
¿Tú eres hombre? ¿Tú me quieres?
Antonio, ¿este pago mío
tienen todas las mujeres?

ANTONIO. ¡En verdad que quedas mal!
¿Darte a un rey son falsas leyes?

OCTAVIA. ¡Oh, cómo estás liberal!
Tan rey eres, que das reyes.
¿Quién ha visto cosa igual?

ANTONIO. Pensé aquí llorar contigo
el ver que te has de casar,
y tú búrlaste conmigo.

OCTAVIA. ¿Tú llorar?

ANTONIO. ¿No he de llorar
lo que siento y lo que digo
y el ver que tú no te asombres?

OCTAVIA. ¡Ah! ¡Malditos seáis los hombres!
Cuando dejarnos queréis
¡qué de faltas nos ponéis!
¡qué de bajezas y nombres!
Vete, loco, por tu alteza,
que yo me iré por la mía.

ANTONIO. Mal conoces la grandeza
de mi amor.

OCTAVIA. La señoría
te ha puesto en tanta bajeza. (1)
Como Reina ha procedido,
tú como vil, pues me ha dado,
habiéndola yo ofendido,
el castigo más honrado,
que ha sido darme marido.
Si la ofendiese en quererte,
en nombrarte más, ni en verte,
quíteme el cielo la vida.

(*Vase.*)

ANTONIO. ¡Octavia, Octavia querida!
¡Mi vida, escucha, mi muerte!
¿Viviré sin ella? No.
¿Pues han de llevarla? Sí.
¿Lloré a Octavia?, No lloré.
¿Perdíla? Ya la perdí.
¿Quién tuvo la culpa? Yo.
¿Si la llamaré? No puedo,
y sin ella muerto quedo.
¡Qué desdichas de mí nacen!
¡Ved qué batalla que hacen
conmigo el amor y el miedo!

(*Vase, y tocando en la plaza una corneta, vayan entrando* CABALLEROS *muy galanes por la posta, todos con bandas y plumas blancas, y detrás venga el* REY DE IRLANDA *a casarse y, apeado, suba al teatro y diga así:*)

REY. Decirle podéis a Arminda

(1) Falta una quintilla que justifique la transición al hablar de ARMINDA.

que, como me hallé tan cerca
en el disfraz que venía,
luego quise obedecerla,
y que el retrato de Octavia,
que me ha enviado por prenda,
es carta de confianza
para que todo lo crea
y el mayor salvoconducto
para que seguro venga
sin temer peligro alguno,
más que si fuera en mi tierra.

AMASIO. Aunque ya corrió delante
Belisario a que lo sepa,
iré, señor, por tu gusto.

REY. Pues, Amasio, esta cadena,
de cuyos ricos diamantes
pende mi retrato, lleva
a mi esposa Octavia, y di
cómo ya de Irlanda es reina;
pero que reina en mi pecho
que es ciudad de más grandeza,
donde la torre del alma
le ha dado sus tres potencias.

ALEJANDR. Ya no hay para qué le avises,
porque toda la nobleza
de la corte la acompaña
y el Duque viene con ella.

(*Toquen la música de chirimías, y salgan muy galanes el* INFANTE CÉSAR, *el* CONDE FELICIANO, TEODORO *y los demás* CRIADOS, *el* DUQUE ANTONIO, JULIO, FLORELA *y* OCTAVIA *y la* REINA.)

ANTONIO. Sea, señor, bien venido
vuestra alteza.

REY. Y vuestra alteza
me dé sus manos.

ARMINDA. Señor,
justo será que agradezca
la priesa de tu venida
con los brazos.

ANTONIO. Y que tenga
parte dellos vuestro deudo.

REY. Amor es la mayor deuda.

ARMINDA. Octavia.

OCTAVIA. ¿Señora mía?

ARMINDA. Besa al Rey la mano, llega.

REY. A mí me toca, y es justo,
besar, Octavia, las vuestras.

OCTAVIA. Yo he sido muy venturosa.

REY. La ventura fué tan cierta
en mí cuanto se conoce
de que estas manos merezca.

ANTONIO. (Julio, el seso estoy perdiendo.)

JULIO. (Pues mi señor, no le pierdas,
que en las cosas sin remedio
son inútiles las quejas.)

ANTONIO. (¿Qué haré, que se casa Octavia?)

JULIO. (Querer muy bien a la Reina,
que es lo que te manda el cielo.)

ANTONIO. (Y es muy justo que la quiera,
y al mismo doy la palabra
de que otro gusto no tenga
mientras que tuviere vida.)

JULIO. (La misma razón te enseña.)

ANTONIO. Caballeros de Bretaña,
háganse notables fiestas
a la venida del Rey.

FELICIANO. Señor, el infante César,
previno una fiesta acaso.

CÉSAR. (Otra pensé yo que hiciera
quitándole el reino a Antonio.) (*Ap.*)

FELICIANO. Por el gusto de Florela
quiere hacer una sortija.

TEODORO. ¿Hay quien tenga celos della?

FLORELA. No seréis vos a lo menos.

TEODORO. Mi alma os estima y precia,
y a la Reina, mi señora,
por el amor que me muestra,
en pago de mis servicios,
por mujer os pido.

ARMINDA. Fuera
de casar, Teodoro, a Octavia,
ninguna cosa en la tierra
me diera más alegría.

CÉSAR. Pues mientras que se conciertan
las bodas, tomen asientos,
señores, vuestras altezas,
porque ya el mantenedor
de la sortija se acerca
y están los aventureros
previniendo sus empresas,
deseosos que sus damas
entiendan su amor por ellas.

ANTONIO. Deme mi Arminda la mano,
como mi señora y Reina.

ARMINDA. Yo os la doy.

ANTONIO. Y yo os prometo
eterno amor y obediencia.

REY. La vuestra me dad, Octavia.

OCTAVIA. Y el alma, señor, con ella.

TEODORO. Teodoro, Florela, os pide
humildemente la vuestra.

FLORELA. Ya que estoy desenojada,
dice amor que os la conceda.

ANTONIO. Dé fin LA CELOSA ARMINDA,
pues la sortija comienza.

(*Sentados todos en el teatro se puede hacer la sortija, con que acabe la fiesta.*)

ERRATAS, ADICIONES Y ENMIENDAS

Tratándose de un texto tan difícil e inseguro como el presente, no es extraño que, a cada revisión, aparezcan, a más de algunas erratas, nuevos errores e infidelidades en unos traslados que, aparte de ser obra de persona inhábil, como hemos dicho al comienzo, no reproducen el autógrafo ni siquiera copia autorizada por Lope de Vega. A estos manuscritos pertenecen, pues, los defectos cuya depuración se intenta en las siguientes notas, aunque en muchas, en obsequio a la brevedad, se omita el especificarlo. Es posible que algún descuido pertenezca al encargado por la Academia de copiar tan malos originales, si bien el cotejo se ha hecho ya sobre pruebas impresas y por persona competente. Y, por último, la moderna linotipia, en que esta obra se imprime, es muy ocasionada a que al hacerse una corrección surjan nuevas erratas en la misma línea, siendo poco todo el cuidado que en esto se emplee.

Muchas de las enmiendas que se proponen habían sido pensadas por el colector en la primera lectura de pruebas; pero, por no plagar el texto de notas y por considerarlas o dudosas o menos importantes, quiso relegarlas a este lugar. Las erratas notorias, cuando no respondan a las causas antes enumeradas, serán achacables a sus limitados recursos intelectuales.

Página VII, línea 20. Al decir que Lope compuso la comedia del *Galán escarmentado* al regresar de su expedición a bordo de *La Invencible,* es porque creemos que es así, aunque en la comedia lo que se describe es la conquista marítima de las Terceras, ocurrida diez años antes. Lope estuvo en ambas jornadas. Lo recordaba aún en los postreros días de su vida, en su *Huerto deshecho,* al decir:

"Ni mi fortuna muda
ver *en tres lustros* de mi edad primera,
con la espada desnuda,
al bravo portugués *en la Tercera,*
ni después en las naves españolas
del *mar inglés* los puertos y las olas."

Todas las alusiones personales de la comedia son posteriores a 1588, fecha de esta última empresa.

Pág. 1, col. 2, lín. 1: vengo. Lope habrá escrito "quedo", pues Ascanio no va ni viene.

Pág. 2, col. 2, lín. 18: ¿qué dirás... Para que el verso conste deberá leerse: "¿qué [me] dirás..."

Pág. 7, col. 2, lín. 40:

"y así este tiempo es mejor
que en otro tiempo se gaste".

El segundo "tiempo" parece que debe ser "juego" (que es lo que hacían los interlocutores) o "empleo".

Pág. 10, col. 2, lín. última: suena. Deberá leerse "suenan".

Pág. 14, col. 1, lín. 29: tirera; "tierra."

Pág. 31, col. 2, lín. 15: Yo soy ahorcado. Léase: "¿Y yo soy ahorcado?"

Pág. 35, col. 2, lín. 35: de afición. Debe ser "el" o "la afición".

Pág. 36, col. 1, lín. 25: espaced. Es errata por "esparcid".

Pág. 37, col. 2, lín. 38: Vireno. "Liseo".

Pág. 40, col. 1, lín. 17: loara. Es evidente que debe leerse "casara".

Id., col. 1, lín. 25: sospechoso. "sospecho".

Pág. 41, col. 2, lín. 40: Isis. "Ifis".

Pág. 43, col. 1, lín. 22: encarga. "encargas".

Pág. 46, col. 1, lín. 14: francas. "fianzas".

Pág. 48, col. 2, lín. 37: robre. "cobre".

Pág. 50, col. 2, lín. 6: Este verso se habrá escrito así por el autor:

"[allá] a las vacas y al grosero paño."

Id., col. 2, lín. 39: Por dicha, tu padre. "Por dicha [ya] tu padre".

Pág. 51, col. 1, lín. 40: donde más crecido. "donde el mar crecido". Esta enmienda parece evidente.

Pág. 52, col. 2, lín. 20: empedimiento. Así dice el original; pero parece claro que persona culta, como Ricardo, diga "impedimento".

Pág. 58, col. 1, lín 26: injusta muerte. No es este el calificativo propio de este lugar, sino "infausta", "triste" u otro semejante.

Pág. 61, col. 1, lín. 17: Si supiera que supieras. Errata clara, por "Si supiera que pudieras."

Pág. 63, col. 2, lín. 17: Ya cumpliré: "Yo cumpliré".

Pág. 65, col. 1, lín. 2: vengarme de tí. Parece claro que deberá decir "vengarte de mí,".

Pág. 70, col. 2, lín. 7: de sus dificultades es impida.

En la nota a este verso no nos atrevimos a dar la enmienda. Sin embargo, pudiera ser:

"que sus dificultades no me impida".

Pág. 76, col. 2, lín. 6: lama. "alma".

Id., íd., lín. 9. Este verso está mal puntuado. Deberá leerse:

"que me dicen que... ya voy..."

Pág. 84, col. 2, lín. 4: errar el. "errar [en] el".

Pág. 96, col. 1, lín. última. Añádase: "A no ser que en la pronunciación se deshaga el diptongo que resulta de "parará -en".

Pág. 97, col. 2, lín. 36. Este verso y el siguiente deben puntuarse así:

"que, como pobreza sobre,
iba, cual digo, a vender".

Pág. 98, col. 1, lín. 1: Haz tú. "Haz[lo] tú".

Id., col. 2, lín. 42: ¿sólo te vas, señor? La rima pide: "¿sólo, señor, te vas?"

Pág. 100, col. 2, lín. 13: más grata y más importuna. Es seguro que deba leerse "más ingrata e importuna". Pero, aun así, el pasaje es defectuoso.

Pág. 107, col. 1, lín. 8: bien a espantarme. "es a espantarme".

Pág. 118, col. 1, lín. 24: priesa. La rima pide "prisa".

Pág. 127, col. 2, lín. 45: mran. "miran".

Pág. 130, col. 1, lín. 34: no coman. "nos coman".

Pág. 131, col. 1, lín. 48: casa. La rima exige "cara".

Pág. 132, col. 2, lín. 2: pares. Mejor estaría "dares".

Pág. 148, col. 2, lín. antepenúltima: horas. Parece más propio "honras".

Pág. 153, col. 2, lín. 2: Marcias. "Marsias".

Pág. 154, col. 1, lín. 46. Creemos que este verso y el siguiente deben leerse así:

"[Pradelo.] Que eres toda bella, al fin;
que eres setiembre, en efeto".

Pág. 155, col. 1, lín. 25: Isis. "Ifis".

Pág. 158, col. 1, lín. 27: dice en. "dicen".

Id., col. 2, lín. 19: Isis. "Ifis".

Pág. 161, col. 2, lín. 5: laberintio. Así en el ori-

ginal; pero claro es que se refiere al Laberinto de Creta.

Pág. 162, col. 1, lín. 10: me pesa el miedo. Así en el manuscrito; debe entenderse "me pone miedo".

Pág. 163, col. 2, lín. última. Añádase: "o "te-y-un".

Pág. 166, col. 1, lín. 1: pestliencia. "pestilencia".

Pág. 169, col. 1, lín. 9: paraderos, "paralelos,".

Pág. 174, col. 1, lín. 37: Lepido. "Lépido".

Id., col. 2, lín. 1: Lepido. "Lépido".

Pág. 175, col. 1, lín. 2: metereos. "meteoros".

Id., íd., lín. 10: tiene. "tienen".

Id., íd., lín. 19: de Leteo. "del Leteo".

Pág. 177, col. 2, lín. 48: Este verso y el siguiente creemos que deberán leerse así:

"Y bien me atrevo a llevaros
si me quereis dar licencia..."

Pág. 180, col. 2, lín. 45. Este verso pudiera suplirse así:

"[Ven, verás a lo que llega]"

Pág. 181, col. 1, lín. 37: águila ponte. Parece claro que es "águila potente".

Pág. 185, col. 2, lín. antepenúltima: doblé. Sobra el acento.

Pág. 186, col. 2, lín. 33: un señor conocido? También parece seguro deberá leerse: "un solar conocido?"

Pág. 191, col. 1, lín. 4. En este verso y el que sigue sobran los interrogantes.

Pág. 196, col. 1, lín. última. Añádase: "Pudiera este pasaje leerse así:

ROSARDO. Y yo a vos
por mi bien.
COTALDO. ¡Bendígaos Dios!"

Pág. 201, col. 1, lín. penúltima. ni piensa. Probablemente se habrá escrito por el autor: "ni pienses".

Pág. 202, col. 1, lín. 36: Este verso debe decir:

"Venturoso atrevimiento,".

Pág. 210, col. 2, lín. última. Sobra la nota, que no es del colector.

Pág. 214, col. 2, lín. 21: negado. Es claro que deberá leerse "anegado".

Pág. 221, col. 1, lín. 27: (1). Debe ser (2).

Pág. 223, col. 2, lín. 10: libre. "libres".

Pág. 230, col. 1, lín. 30: Decid que... El consonante pide que se diga: "Decid cuanta..."

Id., íd., lín. 34: galardona. "galardonas."

Pág. 241, col. 2, lín. 10: estás, "estar". Parece ésta mejor corrección que la propuesta.

Id., íd., lín. 13: ¡Que gustas... Deberá ser "¿Qué gustas..."

Pág. 246, col. 2, lín. 38: daba la gente. "daba [a] la gente".

Pág. 247, col. 2, lín. 34: que os espanta. "que espanta".

Pág. 254, col. 1, lín. 43: me niega! "me anega!"

Pág. 261, col. 2, lín. 26. Este verso y el siguiente deben leerse así:

"que él por Délbora se arde
y a él Délbora aborrece!"

Pág. 263, col. 1, lín. 25: Este verso debe decir:

"verás qué vanamente me fatigo,".

Pág. 267, col. 1, lín. 31: Es casi seguro haya error en repetir el verbo "espero". Quizá deba leerse el segundo "entiendo", en esta forma:

"la cual espero que será muy presto,
según entiendo de esta carta suya".

Pág. 268, col. 1, lín. 21: En lugar de "aspirar?", "espira?"

Pág. 268, col. 1, lín. 24: Las hachas no son *negras* sino blancas o amarillas. Deberá leerse, pues, a nuestro juicio:

"de blancas hachas y de negros paños."

Id., íd., lín. 27: En vez de "quando" sera "cuerpo".

Pág. 272, col. 2, lín. 1: incita la codicia. Para que el verso conste sobra el "la".

Pág. 273, col. 1, lín. 14: un hielo. "en hielo".

Id., col. 2, lín. 28: todo es lumbre. "toda es lumbre".

Pág. 274, col. 1, lín. 20: Pofo. "Pafo", y en la línea subsiguiente "Selémaco"; quizá sea "Telémaco" porque no se refiere al personaje histórico, si no, no habría duda.

Pág. 280, col. 1, lín. 4: encarecí.) "encarecía.)"

Pág. 282, col. 2, lín. 35: della. "dellas".

Id., íd., lín. 49: deriva. "derriba".

Pág. 284, col. 2, lín. 26: alcagüetadas? "alcagüete das?"

Pág. 285, col. 1, lín. 35: Este verso y el siguiente deben leerse así:

"BELARISO. Mejor fuera
no le hablar tan en razón."

Id., col. 2, lín. 8: Y lo vengáis. "Y vos vengáis".

Pág. 286, col. 1, lín. 24: que vino. "que vivo".

Pág. 288, col. 2, lín. 34: durara. "durará".

Pág. 304, col. 1, lín. 44: La repetición de la palabra "pecadores" en este y el siguiente verso, parece indudable errata del copista. Pudieran leerse así:

"¡Oh, capa de pecadores
y de amadores manto!"

Pág. 309, col. 1, lín. 6. La rima pide que este verso se lea:

"de aquesta historia tan larga".

Pág. 311, col. 1, lín. 46: (*Vase.*) "(*Vase* [ALBANO].)

Pág. 313, col. 2, lín. 32: trabaja. Deberá decir "trabajad" o bien "trabajá", pues le trata de *vos* y no de *tú*.

Pág. 314, col. 2, lín. 9: Préstame. "Prestadme" o quizá "prestáme", por la razón de la nota anterior.

Pág. 319, col. 2, lín. 6. Este verso creemos deba leerse:

"[A] todo el mundo comprende".

Pág. 325, col. 1, lín. 29. A este verso sobra una sílaba: el numeral "dos" es la menos necesaria.

Pág. 326, col. 1, lín. 43: bien puedes. "bien podéis", pues se refiere a dos personas.

Pág. 337, col. 1, lín. 33: "mitigue" y "vive" no son consonantes; ni tampoco "habla" y "palabra", que hay poco después.

Id., col. 2, lín. 13. Aunque es frecuente en estas comedias repetir como consonante una misma palabra, creemos que en el presente caso el primer "acude" debe reemplazarse por "recude".

Pág. 359, col. 2, lín. 49: me guarda. "no guarda".

Pág. 375, col. 1, lín. 33: el mozo. "el moro".

Pág. 380, col. 2, lín. 35: tengo a guisa. "tengo: ¡aguija!".

Pág. 384, col. 2, lín. 16: reino con. "reino [si] con".

Pág. 388, col. 2, lín. 10. Por defecto de ajuste se leen mal este verso y el siguiente. Debe ser:

"que podré vencerlas.
EMBAJ. ¿Qué es
de ese poder?
PRÍNC. ¿No ves".

Pág. 392, col. 1, lín. 39. Este verso se completa así:

"De albricias, por el gozo mucho,"

y por consiguiente sobra la nota (2).
Pág. 393, col. 1, lín. 18: chendi. "Chendi".
Pág. 403, col. 2, lín. 42. En lugar de Orbeta deberá leerse "Orbá".
Pág. 407, col. 1, lín. 37: por su mal. "por mi mal."
Pág. 413, col. 2, lín. antepenúltima. es estugafotulés. Deberá leerse: "está gafo: tal es".
Pág. 419, col. 1, lín. 32: poco barbado, "mal barbado".
Pág. 424, col. 1, lín. 46. Este verso y el siguiente deberán leerse así:

"¿qué es lo que hacer quieres?
REY. [Quiero]
decirles a todos juntos".

Pág. 426, col. 2, lín. 11: tienes agora. "tienes ahora". Con "agora" sobra una sílaba.
Pág. 430, col. 1, lín. 17: mataser. "matasen".
Pág. 431, col. 1, lín. 45. Este verso no tiene sentido; pero no sabemos cómo enmendarlo.
Pág. 432, vol. 1, lín. 21: morió. "murió".
Pág. 439, col. 2, lín. 24. Quizás este verso deba leerse así:

"mejor rey, que un jardinero".

Pág. 442, col. 1, lín. 26: que escape. "que [se] escape".
Pág. 443, vol. 1, lín. 46. El consonante pide que este verso se lea:

"Vete, pues, en hora buena."

Id., col. 2, lín. 35. También el consonante exige que se lea: "Fabio mío" y no "Fabio amigo".
Id., íd., lín. última. Sobra una sílaba que será "la".
Pág. 445, col. 1, lín. penúltima: buen hora. "buena hora".
Pág. 447, col. 2, lín. 32: Quede. "Que de".
Pág. 448, col. 1, lín. 6. Pudieran leerse este verso y el siguiente:

"Yo callaréme con todo,
mas téngome de vengar."

Pág. 451, col. 2, lín. 15: Sobra una sílaba a este verso, que será el "te".
Pág. 452, col. 2, lín. 31: hacello. "hacelle".
Pág. 458, col. 2, lín. 22: Sobra una sílaba: la conjunción "y".
Pág. 462, col. 2, lín. últimas. Este pasaje quedará bien así:

"FRAILE. ¿Sois de aquí cerca?
ANGELO. [Sí, padre;]
de aquí cerca natural.
FRAILE. Vuestra humildad da señal
de ello. ¿Tenéis padre y madre?"

Pág. 463, col. 1, lín. 36: Este verso está equivocado. Debe decir:

"y si tienen galanes encerrados,".

Pág. 464, col. 1, lín. última. Añádase: "Quizá dijese: Que es ello terrible caso."
Id., col. 2, lín. 15: montes. "monte."
Pág. 467, col. 2, lín. 23: en tierra, "en [la] tierra".
Pág. 469, col. 1, lín. 29: nuestra España. Debe ser "vuestra" porque fray Angelo no era español.
Id., íd., lín. 34: divino. "divina".

Pág. 470, col. 1, lín. 31: Basta un modo. Quizá deberá decir "Hasta un modo".
Id., col. 2, lín. 12: Mejor sería leer: "Iré contento, en verdad"; porque "gana" no es consonante de "Santidad".
Pág. 471, col. 2, lín. 46. Debe corregirse "dimonio" por "demonio", pues el AYO no era lugareño.
Pág. 473, col. 1, lín. 4: del. "dél".
Id., col. 2, lín. 15. Falta, al parecer, en este verso el nombre de la hermana de Berengario. Según la historia se llamaba Margarita. La redondilla se habría escrito quizás al principio así:

"Con su hermana Margarita, etc.
....
....
de que a Dios con ello irrita."

Pág. 475, col. 1, lín. última: Añádase: "Pudiera ser:

Habé piedad de mí, [¡oh, Dios!]"

Pág. 476, col. 2, lín. 35. Acaso "La mano te he de ganar".
Pág. 479, col. 2, lín. 20. Quizá será "pretendella" y no "descalla"; para que rime con "perdella".
Id., íd., lín. 45. Probablemente deberá leerse "estado" y no "estrago" para que rime con "despoblado".
Pág. 484, col. 2, lín. 7: Este verso parece mejor así:

"aunque es de mortal su nombre".

Pág. 518, vol. 2, lín. 7: afrentando. "afrentado".
Pág. 519, col. 1, lín. 11: puso. "preso".
Pág. 522, col. 1, lín. 6: "Carnes" no parece la palabra propia. Quizá deba decir:

"Trabajos, dejadme hoy."

Id., íd., lín. 17: ella. "vella". Parece ser mala lectura del primer copiante.
Id., íd., lín. 41. Este y los dos versos siguientes están así en el original; pero es casi seguro que se habrán escrito por el autor de este modo:

"SOLDADO 1.º No hagáis que la cama aguarde,
que aparejada la tengo.
CRISELA. Que ya me hallaba indispuesta."

Pág. 524, col. 1, lín. 43: grande perchería, "gran superchería".
Pág. 528, col. 1, lín. 26: hubiese. "hubiera".
Id., col. 2, lín. 48: que Carlos. "que [a] Carlos".
Pág. 530, col. 2, lín. 35: presentó don Félix a Leonora. "presentó, don Felix, a Leonora".
Pág. 534, col. 2, lín. 48: toquilla. "toquilla,".
Pág. 537, col. 2, lín. 10: a su. "ha su".
Pág. 540, col. 1, lín. 42: no eché. "no eche".
Pág. 551, col. 2, lín. última. Añádase: "Pudiera ser éste:

y menos para mujer."

Pág. 552, col. 1, lín. 7: remediado. "remediarlo".
Pág. 555, col. 2, lín. 39: correr mis hijas procura. "correr, mis hijas, procura".
Pág. 556, col. 1, lín. 41: Faltan palabras que completen este verso y el que sigue.
Id., col. 2, lín. 10: silla, silla. "silla, [la] silla".
Id., íd., lín. última: Dispuesto. "Di, presto,".
Pág. 557, col. 1, lín. 9: Este verso estaría mejor así:

"que [el] sobrino del Rey tiene cautivo."

Pág. 561, col. 1, lín. 7: Este verso está equivocado. Quizá deba leerse:

"porque veas lo que me debes",

o cosa semejante. Pero aun así falta lo que ha de jurar Leonor: probablemente guardar secreto. Esta diría el verso 11 en esta forma:

"de no venderme después,".

Pág. 576, col. 2, lín. 39: Sobra una sílaba; por lo que habrá que leer "alarbes" y no "alárabes".
Pág. 577, col. 1, lín. 45: alárabes. "alarbes".
Pág. 579, col. 1, lín. 23: Este verso está equivocado. Será:

"que el valor de quien soy, mengua,".

Id., íd., lín. 42: a negar. "a anegar".
Pág. 582, col. 1, lín. 20: el temor. "el valor".
Id., col. 2, lín. 35: ZAIDE. "CELIMA."
Pág. 590, col. 1, lín. 8: fiel. "si el", y sobran las interrogaciones del verso siguiente.
Pág. 617, col. 1, lín. 37: Este verso y el siguiente están errados. Acaso se escribirían así:

"Con él hablar no sientes,
pues dudas mi grandeza."

Pág. 619, col. 1, lín. 40. Este verso está también equivocado: deberá leerse.

"parecer! ¿Ah, el albanés?"

Pág. 620, col. 1, lín. última: esclavo. "esclava".
Pág. 622, col. 1, lín. 42: fuíle. "fuí".
Pág. 627, col. 1, lín. 19: Ya atrevido. Sobra el "Ya".
Id., col. 2, lín. 40: tú le. "tú la".
Pág. 631, col. 1, lín. 9: a justa. "ajusta".
Pág. 635, col. 2, lín. 20: fin esperar. "sin esperar".
Pág. 639, col. 1, lín. 25: Aquí vuelve a llamar MATORRAL al que antes MAROTO y luego otra vez. Se ve que esta copia no fué corregida.
Pág. 640, col. 1, lín. 22: amable. "amante".
Pág. 645, col. 1, lín. 17. Este verso probablemente se habrá escrito:

"firme en tu amor y resuelto".

Id., íd., lín. 32: También está errado este verso. Diría, quizá:

"y al que el amor desobliga".

Pág. 646, col. 2, lín. 8: vengarme. "vengarte".
Pág. 649, col. 1, lín. 26: que él vence. "que vence".
Pág. 651, col. 2, lín. 13. Este verso es defectuoso. Acaso será:

"seguir el tagarote los dorales;".

Pág. 652, col. 1, lín. penúltima. Añádase: "Quizá diga:

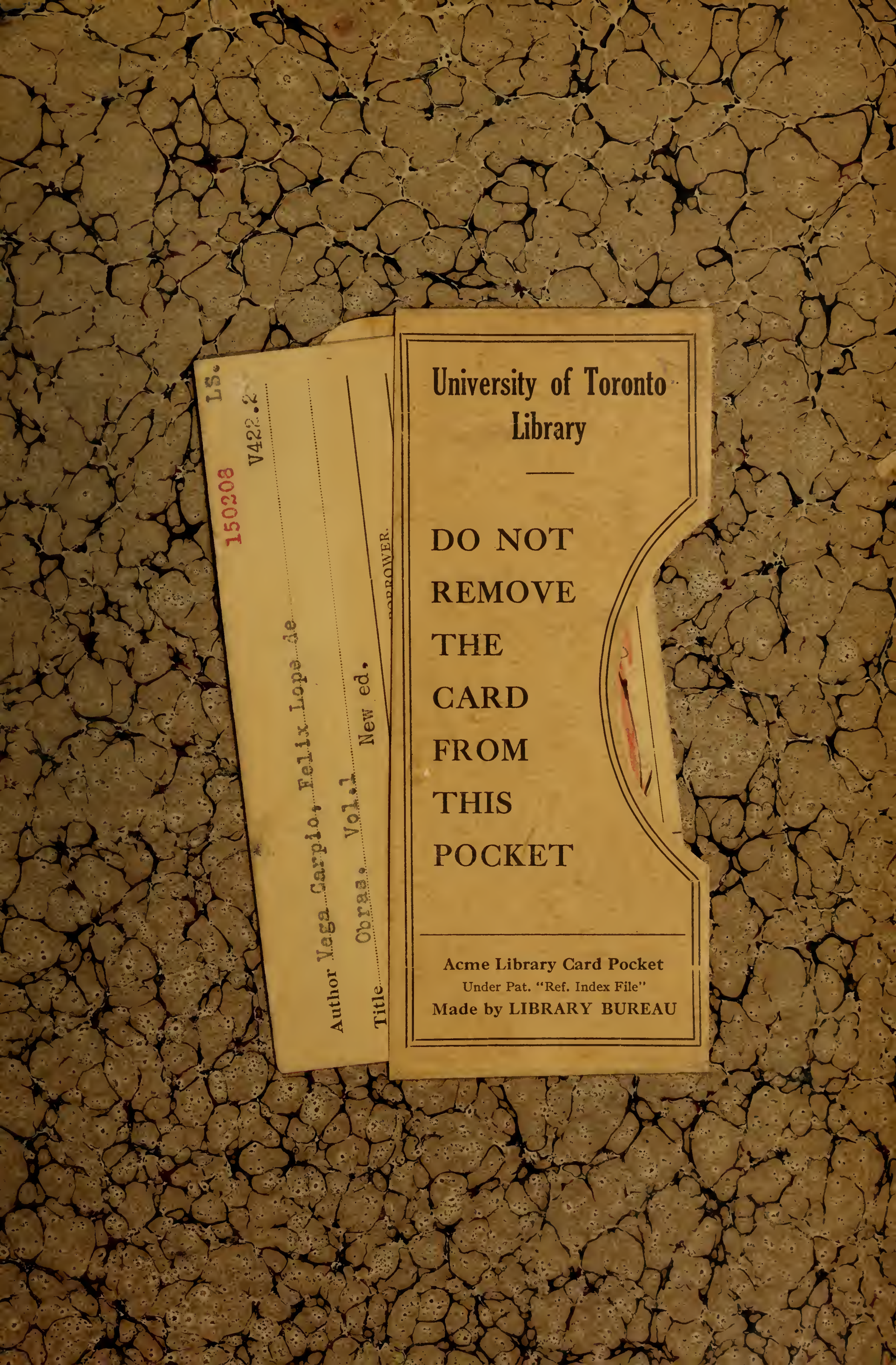
"[No pue]de haberse visto".

Pág. 655, col. 2, lín. 25. Mejor lectura de este verso será:

"visite a Aurora don Diego."

Pág. 656, col. 1, lín. 13. El "premia" de este verso será de seguro "precia".
Pág. 658, col. 1, lín. 41: AURORA. "ANARDA."
Pág. 669, col. 2, lín. 16: daría. "diría".
Pág. 679, col. 1, lín. antepenúltima: Perineos. "Pirineos".
Pág. 689, col. 1, lín. 6. Desde aquí, el fraile, trata a Laura de *vos* y no de *tú*, como antes. Prueba de que el pasaje es de Lanini. También en este tercer acto suele llamar al protagonista Antonio *de* Roca y no Antonio Roca, como en los dos primeros.




University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
150208
V422.2
Author Vega Carpio, Felix Lope de
Title Obras. Vol.1 New ed.
BORROWER.

